



Andrés Ibáñez 
Brilla, mar del Edén



Lectulandia

Un Boeing 747 que va de Los Ángeles a Singapur se estrella en mitad del Pacífico. Los supervivientes se ven atrapados en una isla idílica aparentemente deshabitada...

Entre los naufragos hay norteamericanos, indios, latinoamericanos, dos mormones, un obispo católico, un escritor chileno que se hace llamar Roberto B., la actriz Nicolette Sheridan, un español llamado Juan Barbarín — obsesionado con las mujeres y la música romántica— y hasta un maestro de yoga con sus seguidores. ¿Cómo se relacionarán entre sí los miembros de este grupo tan variopinto? ¿Cómo harán frente a los peligros y a lo desconocido en esa isla que parece cada vez más extraña?

Andrés Ibáñez levanta una monumental historia de historias que nos lleva de la India y Japón a México y Estados Unidos y nos habla del fin de las creencias en un mundo donde todos, de alguna manera, nos sentimos perdidos.

Lectulandia

Andrés Ibáñez

Brilla, mar del Edén

ePub r1.0

Titivillus 08.07.17

Título original: *Brilla, mar del Edén*
Andrés Ibáñez, 2014
Ilustración de cubierta: Andrés Ibáñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mariajo

1

Caemos

Muchos afirmarían más tarde que habían visto la isla desde lo alto unos minutos antes del accidente. Esto significaría una altura de unos diez mil metros, aunque es posible que el avión llevara ya un rato descendiendo. No lo sé. Yo no la vi. El hecho es que en un cierto punto del viaje, cuando nos encontrábamos en medio del océano Pacífico, calculo que cerca del meridiano 170, los sistemas eléctricos del avión dejaron de funcionar. Los pasajeros notamos el fenómeno inmediatamente. Las pantallas de vídeo se apagaron, así como las luces de los innumerables pilotos *led* que hay siempre encendidos en un avión, y las toberas de alimentación de aire acondicionado dejaron de lanzar su chorro de aire helado. Los que estaban en los servicios golpearon en las puertas al verse de pronto atrapados en la oscuridad. La situación era totalmente anómala, porque no sólo habían fallado las luces, el vídeo y el aire acondicionado sino que todos los aparatos eléctricos que se encontraban dentro del avión habían dejado de funcionar, incluidos los ordenadores personales, los teléfonos móviles y las consolas de juegos. Nada de esto era grave, por supuesto. Lo verdaderamente grave era que los sistemas de navegación de la aeronave se habían apagado también. De pronto el avión, un Boeing 747 con casi cuatrocientos pasajeros a bordo, se había convertido en una piedra arrojada a los aires impulsada sólo por su propia inercia.

Recuerdo lo rápido que sucedió todo, lo poco que tardamos en darnos cuenta de que algo iba mal. Las azafatas corrían por los pasillos y se hablaban a gritos de un extremo al otro del avión. No funcionaban los altavoces ni los intercomunicadores, de modo que la puerta de la cabina, me imagino, hubo de abrirse, y el copiloto tuvo que dar las instrucciones a los auxiliares de vuelo en alta voz. Sea como fuere, la información recorrió el avión como una oleada, desde los asientos de primera clase del piso superior hasta los de clase *business* y luego hasta la cola del avión. Los sistemas eléctricos han dejado de funcionar. Los motores se han apagado. A no ser que la avería se solucione en unos pocos minutos, nos veremos obligados a amerizar.

Yo nunca había creído realmente que un *jet* pudiera posarse sobre el mar. Siempre había pensado que todas esas instrucciones que se dan a los pasajeros en caso de amerizaje eran o bien una ilusión fantástica o bien una forma de distraerles o incluso de tranquilizarles. Jamás he oído que un avión tenga problemas técnicos y haya tenido que posarse en el agua del océano. Siempre he supuesto que lo más probable en caso de intentar un amerizaje sería que el avión chocaría con las olas y se hundiría en el mar con todos los pasajeros que llevaba a bordo. Ha habido muchos aviones que se han caído al mar y se han hundido, pero jamás he oído hablar de un avión que americe en mitad del océano. Más tarde me dediqué a investigar un poco el tema (quería saber si lo que nos había sucedido había sucedido antes en algún lugar del

mundo o, dicho de otro modo, si lo que nos había sucedido nos había sucedido realmente) y averigüé que, en efecto, los casos en que una aeronave comercial, es decir, un avión de enorme tamaño, se ha visto obligada a posarse en el mar, son muy raros, y que el resultado ha sido trágico en la mayor parte de los casos. Con una excepción: el amerizaje del Airbus A320 de US Airways en el río Hudson en el año 2009, un caso especial porque el *jet* acababa de despegar del aeropuerto de La Guardia y no tenía ni mucha velocidad ni mucha altura, porque un río es un cuerpo de agua singularmente liso y tranquilo y porque a los cinco minutos exactamente de caer en el agua, el aparato estaba rodeado de embarcaciones que comenzaron a recoger a los pasajeros. Pero ni siquiera en este caso las cosas funcionaron perfectamente: las balsas de goma se hincharon, pero la mayoría de los pasajeros no pudo llegar a ellas, y salieron a las alas del avión, donde estaban amontonados y con el agua por los tobillos cuando comenzaron a ser evacuados, ya que el avión se hundía rápidamente. Muchos de ellos no se habían puesto el chaleco salvavidas. Si hubieran estado en mitad del mar la ayuda nunca podría haber llegado tan rápido y habrían muerto todos ahogados.

Sin embargo, cuando oí aquello de que íbamos a vernos obligados a amerizar no sentí miedo en absoluto. Si acaso excitación, nerviosismo. El mar estaba allá abajo. Se veía a través de todas las ventanillas. Lo único que había que hacer era descender hasta aquel suelo azul y posarse sobre él.

Las azafatas se situaban en los pasillos pidiendo calma, diciendo que nos abrocháramos los cinturones y que no nos levantáramos de los asientos. Estábamos experimentando «dificultades técnicas», nos dijeron, pobres muchachas de veintidós años pensando en el fulgor de los centros comerciales de Singapur, señoras de mediana edad pensando en sus hijos adolescentes y en jubilaciones anticipadas. Los viajeros les hacían todo tipo de preguntas, alguno incluso se puso de pie y demandó hablar directamente con el capitán de la nave. Había algo muy extraño: el silencio. No es que los viajeros estuvieran callados, precisamente: muchos de ellos hablaban e incluso gritaban. Me refiero al silencio de las máquinas. Qué terrible es el silencio de las máquinas cuando la vida depende de las máquinas. Los reactores estaban mudos y también el aire acondicionado, y de pronto los oídos registraban una ausencia de saturación que resultaba intrigante. Uno nunca es consciente del volumen de ruido que hay en un avión. Incluso con el aislamiento de la cabina, el estruendo de los motores es ensordecedor.

Descendíamos a una velocidad vertiginosa, y a pesar de todo la bajada se me hizo eterna. El avión sufría fuertes bandazos como los que se experimentan cuando hay turbulencias, golpes repentinos, la sensación súbita de caer en vertical desde una altura de diez pisos. Saltábamos, literalmente, en los asientos. Luego se estabilizaba, sin duda a consecuencia de las corrientes de aire, y parecía que estaba completamente inmóvil, como si de pronto nos hubiéramos posado en tierra y estuviéramos detenidos. Unos segundos más tarde sentíamos de nuevo una angustiada sensación de

caída en el vacío y el avión comenzaba otra vez a sufrir fuertes sacudidas. A mi alrededor, los pasajeros gritaban y lloraban. Algunos rezaban. A veces la fuerza del viento levantaba el avión con ímpetu y luego lo volvía a dejar caer. Era verdaderamente espantoso sentir aquella caída muerta, sin motores que nos impulsaran, sin tren de aterrizaje, sin protección ninguna, con la conciencia cada vez más clara y terrorífica de lo que nos esperaba allá abajo. Un mundo salvaje de olas, de viento. Un abismo azul iluminado de medusas. La muchacha que había a mi lado estaba tan asustada que se había quedado completamente blanca. Estoy asustada, me dijo con un hilo de voz. Era la primera vez que se dirigía a mí en todo el viaje. Era muy hermosa, una de esas muchachas de largo cuello y preciosos ojos, de labios rugosos y barbilla perfecta. En un cuento de hadas habría sido una princesa. No te preocupes, le dije, no va a pasar nada. Entonces noté que me temblaba la voz. ¿Tú crees?, dijo ella. Y luego: ¿estás seguro? Era muy joven, no debía de tener más de veinte años. Recuerdo que me dijo: por favor, dame la mano. Yo cogí su mano de largos dedos fríos, y le dije: lo que deberíamos hacer es ponernos el chaleco salvavidas. Las azafatas iban por los pasillos diciendo que nos pusiéramos el chaleco salvavidas pero que no lo infláramos. Nos decían que permaneciéramos sentados y con el cinturón de seguridad abrochado, pero había muchos pasajeros tan histéricos que no les hacían caso. Algunos se levantaban de los asientos, y muchos, después de colocarse el chaleco salvavidas tiraban de las cuerdas para inflarlo a pesar de que acababan de decirles expresamente que no lo hicieran. A mi izquierda había una pareja de color, un hombre y una mujer, y el hombre se había soltado el cinturón de seguridad y parecía decidido, por la postura que tenía, a salir corriendo por el pasillo. Una de las azafatas se le acercó y le dijo muy seria: si no se pone el cinturón y se queda en su sitio, morirá. Creo que sólo en ese momento comencé a darme cuenta de lo grave que era la situación. ¿Cómo?, dijo el hombre. Era muy alto, corpulento, e iba vestido con un traje azul muy elegante, con gemelos de oro en los puños de la camisa. Se llamaba Ngwane. Su esposa se llamaba Omotola. Eran nigerianos, y trabajaban en la industria del cine de su país. Claro que todo esto lo supe más tarde. Cuando el avión tome contacto con el agua, sufriremos un impacto terrible, le explicó la azafata a Ngwane con una calma glacial. Si usted no tiene el cinturón abrochado, saldrá despedido de su asiento y se destrozará el cráneo. Yo miré la placa de la azafata. Se llamaba Eileen. Eileen, le dije, ¿ha vivido alguna vez un amerizaje? Ella se volvió a mirarme como si no me entendiera. Comprobó que tenía puesto el cinturón y me dijo: coloque las manos sobre el asiento de enfrente y apoye la frente en las manos. Eileen, repetí, ¿alguna vez ha vivido algo así? Nadie ha vivido nada así, me dijo. Pero nos han entrenado para la eventualidad de que suceda. Entonces vi que también ella estaba muy asustada, mucho más asustada que todos los demás.

Los padres ponían los chalecos salvavidas a sus hijos. Las mujeres lloraban. Se oían rezos en distintos idiomas, dedicados a distintas deidades. En ese momento, todos los nombres de Dios sonaban igual, todos sonaban como el nombre de un perro

lejano, un perro gris que se volvía a mirar, vagamente asombrado de lo que había hecho. La muchacha de mi lado estaba tan pálida que pensé que iba a desmayarse. Por favor, por favor, por favor, murmuraba. ¿Cómo te llamas?, le dije. Mírame, le dije, ¿cómo te llamas? Swayla, me dijo. Swayla Sanders. Yo me llamo John, le dije, John Barbarin. John, dijo ella, ¿vamos a morir?

Poco a poco se aproximaba el momento del amerizaje. El tiempo, de pronto, se abrió, del mismo modo que se abre una flor o que se abre un libro. Cogemos el libro, un objeto que cabe en la palma de la mano, lo abrimos y de pronto se convierte en un objeto infinito. Lo mismo sucedió entonces con el tiempo. Yo entré en un tiempo distinto del habitual. Creo que algunas veces se describe esta forma de vivir la temporalidad como la sensación de que las cosas suceden *a cámara lenta*. Veía a las personas que gritaban y lloraban a mi alrededor, pero no me sentía involucrado. Me sentía libre, indiferente, poseído por una especie de placidez. Es como si llevara toda la vida esperando aquel momento, el momento del supremo peligro. Como si por fin hubiera llegado lo que siempre había sabido que llegaría.

La situación era crítica porque, al haber perdido toda alimentación eléctrica, los pilotos no podían manejar el avión. Cuando un avión se queda sin combustible, se detienen los motores y también los sistemas eléctricos que permiten, por ejemplo, mover los alerones o el timón del avión. Sin embargo, eso no era lo que le había sucedido a nuestro avión: los tanques estaban llenos al 60% cuando tuvo lugar el accidente, y el fallo eléctrico generalizado que estábamos experimentando, que alcanzaba incluso a los aparatos eléctricos autoalimentados de los pasajeros, nada tenía que ver con una hipotética avería. En realidad, la electricidad no funcionaba por un problema de electromagnetismo, quiero decir, por algo que tenía que ver con las condiciones del electromagnetismo de la zona. De acuerdo con lo que averiguaría más tarde, aquel fenómeno, que a mí me parecía poco menos que mágico, podía ser explicado de forma relativamente convincente desde un punto de vista científico. Lo curioso es que yo recordé entonces que en los relatos de los encuentros con ovnis siempre se produce este mismo fenómeno: todos los aparatos eléctricos dejan de funcionar. A lo mejor fue ese recuerdo, precisamente, lo que me ayudó a atravesar aquellos momentos de confusión y de pánico de una forma relativamente tranquila. Recordaba el episodio de la película *Encuentros en la tercera fase*, por ejemplo, en que un ovni se detiene justo encima de la camioneta de Richard Dreyfuss. De pronto, las farolas de la calle se apagan, la radio del coche queda en silencio, el coche se detiene. Sí, es posible que pensara: este fenómeno inexplicable es, en realidad, una bendición. Hemos entrado en contacto con algo inmenso y misterioso. Una fuerza benigna que nos contempla, que nos ayuda y que sabe de nosotros. No va a pasar nada. Nada puede herirnos. Moriremos, pero no moriremos hoy. Pero cuando escuché las heladas palabras de Eileen, la azafata, los labios de Eileen (hablaba con uno de esos suaves acentos de Boston que tienen algo de altivo pero que yo siempre he encontrado sumamente sensuales) diciendo: cuando entremos en contacto con el mar,

se producirá un choque muy violento, sentí como si de pronto regresara a la realidad. Miré a Swayla. Estaba muy callada y con los ojos fijos en el asiento que tenía enfrente, y comprendí que estaba rezando. Nuestras manos seguían entrelazadas.

Algunos aviones (todo esto lo supe después) disponen de un sistema de emergencia que salta cuando fallan los sistemas eléctricos. Se trata de unas pequeñas turbinas que se despliegan en las alas, una especie de hélices que se activan con el aire y que proporcionan electricidad mediante la energía eólica. Muy bien pensado, barato y ecológico, me diréis. En efecto. Pero el problema no era mecánico, como ya he explicado, y aunque las turbinas se abrieron y las hélices se pusieron a girar a toda velocidad, no se produjo electricidad de ningún tipo. Todos estos detalles técnicos provienen de Luigi Campanella, el ingeniero italiano.

La situación era muy grave, porque para lograr un amerizaje con éxito es necesario, entre otras cosas, desplegar los alerones para reducir la velocidad del avión, hacer que el avión se sitúe de cara al viento, o bien paralelamente con respecto al oleaje, lograr que el avión esté horizontal (ya que de otro modo una de las alas se hundiría en el agua y resultaría arrancada de cuajo) y, por último, levantar lo más posible el morro del avión sin que entre en pérdida. Y para conseguir todas estas cosas, es necesario que los mandos del avión funcionen. Lo que sucedió en el amerizaje, por tanto, fue una especie de milagro, aunque otros dirán que el único milagro fue el prodigioso diseño de los ingenieros de Boeing.

Dadas las circunstancias, podría decirse que tuvimos suerte. El avión podía haber entrado en el agua de morro, con lo cual el impacto, similar al que se produciría al chocar contra una pared a cuatrocientos kilómetros por hora, nos hubiera matado a todos al instante. Si hubiera habido mar gruesa y hubiera amerizado contra las olas, el impacto podría haber destrozado también el fuselaje y haber hecho que el avión se clavara en el agua igual que una aguja, de modo que los que no murieran por el impacto fallecerían atrapados en el avión o bien, en el caso de haber logrado abrir las puertas, ahogados por las trombas de agua que llenarían el avión en cuestión de segundos. Por último, dada la situación de la isla más o menos en el punto en que la inercia nos haría entrar en contacto con el planeta Tierra, el avión podría haberse estrellado en una de las montañas de la isla. Pero no sucedió nada de esto. El avión estaba más o menos horizontal, con el morro levantado en un ángulo de cinco grados (once grados hubiera sido lo óptimo) y bien situado en línea con las olas cuando tocamos el agua.

Sin embargo, la velocidad era excesiva. En el momento de tocar el agua, el avión se movía a unos cuatrocientos kilómetros por hora, lo cual, como sabe cualquier aficionado a la aeronáutica, es una velocidad endemoniada para tomar tierra incluso en circunstancias normales. El choque fue brutal, tan brutal que perdí el conocimiento. El avión entró en el mar, además, ligeramente ladeado. Lo primero que tocó el agua fueron los reactores izquierdos, dos inmensos cilindros que nada más «engancharse» en la superficie del mar hicieron que el avión sufriera, primero una

tremenda sacudida, y luego, al hundirse el ala en las aguas y romperse de cuajo, que todo el fuselaje del avión se partiera en tres partes. Algunos suponen que el ala no se rompió simplemente por el efecto de la resistencia del agua, sino porque chocó con un arrecife de coral sumergido en las aguas poco profundas cercanas a la costa. No lo sé. Si hubiéramos entrado en el agua con el morro más levantado y las alas horizontales, el número de víctimas habría sido mucho menor. Es posible, incluso, que no hubiera muerto nadie. Pero las cosas sucedieron como sucedieron.

A cuatrocientos kilómetros por hora, el agua es una superficie sólida como la roca. Recuerdo haber visto por la ventanilla nuestra propia sombra, la sombra en forma de cruz del avión, avanzando a una velocidad de vértigo sobre la superficie del mar. Parecía que la sombra iba mucho más deprisa que el avión, y que pronto escaparía hacia delante y se apartaría de nosotros. Estaba cada vez más cerca. Iba a nuestro encuentro. Luego dejé de verla, supongo, porque estábamos precisamente encima de ella. En aquellos momentos, todo el mundo estaba en silencio. Nadie lloraba, ni gritaba, ya no se oían rezos. Al fondo del avión se oía llorar a un bebé. Eso era todo. Muchos nos colocamos como nos habían recomendado, con la frente sobre las manos cruzadas y apoyadas en el asiento de delante, pero creo que la mayoría de la gente ignoró estas instrucciones. Lo que estaba sucediendo era tan salvaje, tan brutal, tan incomprensible, que cualquier medida para paliarlo parecía redundante. Yo mismo, al colocarme en aquella posición, sentía que era inútil hacer nada, y que estábamos todos en manos del destino.

Sentí una sacudida brutal y luego me hundí en una especie de pozo sin fondo, una caída lenta, silenciosa, en dirección a la noche. No sé cuánto tiempo estuve desmayado. Me imagino que fueron sólo unos minutos, aunque yo lo sentí como una eternidad.

2

Llegamos a la isla

Lo primero que vi al abrir los ojos fue una larga franja triangular de cielo claro y azul, a través de la cual una garza de grandes alas blancas cruzaba volando pausadamente. Estaba muy aturdido, no comprendía lo que me sucedía ni sabía exactamente dónde estaba, pero tenía la vaga sensación de que aquel cielo no debería estar allí donde estaba y que tampoco aquel pájaro debía estar allí donde estaba. Mi conciencia estaba confusa: ¿No era yo un pájaro? ¿No iba yo en un pájaro? ¿Era yo mismo ese pájaro que estaba viendo? A mi alrededor todo el mundo gritaba. Hacía un calor espantoso en el interior del avión, era como estar dentro de un horno encendido, y se sentía además una humedad pernicioso y asfixiante. En esos primeros momentos de confusión, yo atribuí el calor al accidente, y esperaba, absurdamente, que el calor descendiera poco a poco ahora que el avión había quedado inmóvil sobre el mar.

Y en medio del calor, los gritos. Poco a poco, a medida que iba recuperando la conciencia, los gritos se iban haciendo más claros y definidos. Eran gritos en distintos idiomas, en inglés, en español, en hindi, en francés. Pero no eran los idiomas lo más llamativo, sino las diversas tonalidades de angustia y de dolor que resonaban en esas voces. El llanto de los heridos, los alaridos de los que tenían el cuerpo destrozado o de los que veían a su lado el cadáver de un ser querido. También había otros que gritaban o lloraban por simple histerismo. Bajé los ojos, miré mi cuerpo. Me encontré cubierto de objetos. Una maleta Samsonite color rojo sandía había caído de algún lugar y se había abierto vaciando sobre mí un aluvión de objetos, muchos de los cuales me habían golpeado en las costillas y en el rostro produciéndome heridas y contusiones. Debía de pertenecer a un rabino, porque estaba llena de objetos judíos de culto: unos rollos de la Torah con su funda de terciopelo azul oscuro, sus dos mangos de madera con contera de latón (uno de los cuales me había golpeado en la barbilla) y sus *rimmonim* decorativos de plata en forma de campanarios; una *menorah* de *Hanukkah* de latón; un *besamim* o incensario de plata con forma de corona imperial adornado en la parte superior con un pajarito de pico afilado con aspecto de cuervo que bien podía haberse clavado en mi cráneo o haberme atravesado el corazón; un *shofar* ritual, un retorcido cuerno de carnero con una embocadura de plata; un *Tanaj*, la Biblia hebrea, que ahora reposaba abierta sobre mi abdomen; dos *natlas* o jarras rituales de acero inoxidable, una de ellas abollada, creo, al golpearme en la cabeza, además de innumerables objetos pequeños: un *yad* de plata consistente en una vara terminada en una manita con un índice extendido que se usa para marcar el punto por el que ha de leerse la Torah; varios *tefillin* de cuero; una caja de *mezuzah* de metal, una copa de *kiddush* de plata tallada. Estaba además cubierto por una infinidad de objetos salidos de la misma maleta y también, sin duda, de otras maletas: un mapa desplegable de Tel Aviv, varias cajas de puros rotas y con todos los puros derramados

sobre mi anatomía; tres libros de problemas de ajedrez; un maletín de maquillaje lleno de botellitas de licor como las que suele haber en los muebles bar de los hoteles, algunas de ellas rotas y rociando mis ropas del aroma de ginebra Bombay Sapphire y de Vodka Stoli; un sari enrollado color azul ultramar con ribetes dorados y rojos, rasgado violentamente por el *besamim* y el *yad*; una Nintendo abierta por una pantalla donde un hombrecito en una moto corría por un camino interminable; algo que en un principio tomé por sangre y que resultó ser el líquido granate que llenaba una esfera de cristal decorativa, rota al estrellarse con alguno de los objetos ceremoniales; otro maletín de maquillaje también abierto, derramando sobre mí espejos rotos en pedazos, frascos de perfume, estuches de polvos, tarros de lociones, cepillos para desenredar el pelo además de un estuche de bigudíes, un secador eléctrico BaByliss, un rizador de pelo Philips, un bote de espermicida y un estuche de píldoras anticonceptivas medio vacío; a todo lo cual había que añadir, entre los objetos que me cubrían, una revista de Global Orbit, el libro que yo mismo estaba leyendo, una novela de Pascal Quignard cuyo título no recuerdo, un vaso de papel estrujado con una nítida marca de carmín de labios rojo Rosellón, una jirafa de juguete con el cuello doblado, una gorra de los Orioles, un ajedrez de viaje con varias fichas aún clavadas en sus cuadraditos, un tubo de pasta de dientes aplastado por el centro, un llavero de Hello Kitty, un antifaz para dormir, un bote de pastillas de Orvival, una caja de lápices de colores, un tarro de pomada para la piel (abierto), la tapa del tarro, unos patucos de la compañía todavía unidos con el precinto de plástico, una bolsa de plástico con más objetos de tocador, un peine color Carey, un cojín reposacabezas, dos cepillos de dientes, color fucsia y color ámbar, una maquinilla de afeitar, un frasco de loción de afeitado, un tarro de vaselina, una cajita metálica como las que se usan para las gominolas, un sándwich de pavo a medio comer, una hoja de lechuga, una fina rodaja de tomate manchada de mayonesa, un sobrecito de mayonesa, las instrucciones de un aparato electrónico manchadas de mayonesa, una fotografía del papa manchada de mayonesa, una fotografía de una mujer embarazada desnuda, una foto de la misma mujer vestida de novia, una agenda de teléfonos con separadores de celofán de colores, un dado de cristal rojo que mostraba un seis, una servilleta usada y arrugada, un cigarrillo de plástico con dispensador de nicotina, un alfiler para el pelo en forma de mariposa, varias aceitunas, un estuche para gafas, una torre Eiffel en miniatura, un folleto de publicidad del acuario de Los Angeles, un colgante en forma de esfera adornada con letras chinas, una playera de mujer de color verde y blanco, la otra mitad del sándwich de pavo, objetos que me cubrían por completo y de los que comencé a desembarazarme al instante moviendo los brazos y las piernas. No podía comprender de dónde había salido todo aquello, y cómo podía haberse producido un caos tal en apenas unos instantes. Al menos yo estaba entero. No estaba herido. Me toqué la cabeza, el cuerpo, las piernas. Algunas contusiones, un chichón producido por una de las jarras de plata, un corte en la barbilla producido, quizá, por alguna de las campanitas de los *rimmonim*. Con dedos temblorosos aparté todas las cosas que

me habían caído encima e intenté luego desabrocharme el cinturón de seguridad. Tardé en conseguirlo, porque estaba todo yo temblando, como si mi cerebro no lograra conectar de forma satisfactoria con mis nervios ni con mis músculos. Miré a mi alrededor. Ngwane, el hombre de color que había a mi izquierda estaba caído en el pasillo, cabeza abajo, en una postura rara, con las piernas en alto apoyadas en el brazo y el respaldo de uno de los asientos y los lujosos zapatos de cuero nuevo y satinado señalando hacia el cielo. Omotola, su esposa, no cesaba de gritar pidiendo ayuda. Miré a mi derecha. Swayla estaba con la cabeza caída hacia adelante, completamente inmóvil. Le sacudí en el hombro. Le levanté la cabeza y dije su nombre en voz alta varias veces. No parecía estar herida. Abrió los ojos. Le pregunté que si estaba bien. No me entendía. Miraba a su alrededor con los mismos gestos que haría un animal irracional. Mientras tanto, el caos a nuestro alrededor iba en aumento a medida que los pasajeros se iban poniendo de pie con intención de salir del avión. Swayla, le dije, ¿puedes ponerte de pie? ¿Puedes andar? Tenemos que salir de aquí. Resultaba difícil ponerse de pie, porque el avión no estaba completamente horizontal, sino un tanto inclinado hacia la izquierda. Con el golpe recibido al estrellarse se habían abierto muchos de los compartimentos superiores soltando su carga de maletas, carritos, bolsas y prendas de ropa y había además secciones en que los asientos se habían aplastado entre sí y en que los armarios del techo se habían soltado y habían caído sobre los pasajeros provocando todavía más heridos e incluso muertes. Los asientos se habían desenchajado en ciertas zonas, y las barras metálicas que los sostenían se habían convertido en armas letales, atravesando cuerpos y produciendo muertes instantáneas, mutilaciones y heridas sangrantes. Pero había sucedido algo más. Como ya he dicho antes (y ésta era la razón del fragmento de cielo azul que yo había visto al abrir los ojos), el golpe sufrido por el fuselaje del avión al amerizar había sido tan grande que el cuerpo del avión se había roto en tres fragmentos. Una de estas rupturas había tenido lugar, precisamente, unos pocos metros por delante de donde yo me encontraba. El cuerpo del avión se había abierto por la izquierda, sin llegar a partirse por completo, dejando una abertura de unos cinco metros en la parte más ancha. Cuando me incorporé en mi asiento, agarrándome al respaldo del asiento delantero para lograr mantener el equilibrio, vi que a través de la abertura no sólo se veía el cielo, sino también el mar en calma, y a unos doscientos metros de distancia, la línea de tierra, una playa blanca con cocoteros.

De modo que ésta era la situación: habíamos logrado amerizar y estábamos cerca de la costa. Lo primero que había que hacer era ayudar al hombre que había caído en el pasillo a mi izquierda. Por favor, gritaba la mujer, por favor, ayúdeme. En el asiento que había justo delante de mí había un hombre sentado. Era un hombre muy alto y con el cráneo rasurado, como de unos cincuenta y cinco años. Creo que la maleta llena de objetos judíos que se había derramado sobre mí le había golpeado en la cabeza al caer, porque tenía una herida en lo alto del cráneo, pero comprobé que estaba consciente y que miraba a ambos lados con los ojos abiertos y gesto de

preocupación. Lo que yo no entendía era que siguiera sentado en su asiento, sin siquiera intentar levantarse.

—Ayúdeme —le dije dándole en el hombro, suponiendo que a pesar de estar consciente se encontraba aún en estado de *shock*—. Vamos a levantar a ese hombre.

—¡Me gustaría hacerlo! —dijo él con un tono fuerte y claro.

—¿Está herido? —pregunté.

—No, no, estoy bien —dijo él—. No estoy herido.

—Entonces *ayúdeme* a levantar a este hombre —dije—. Así dejaremos libre el pasillo.

El hombre caído que obstruía el pasillo, Ngwane, estaba justo a la altura del hombre calvo, que sin llegar a incorporarse comenzó a tirar de uno de sus brazos. Yo, al mismo tiempo, liberaba sus piernas que señalaban hacia el cielo. Lo que hubiera sido necesario era cogerle por debajo de los brazos e incorporarle. Por la postura que tenía, parecía evidente que estaba muerto, con el cráneo destrozado o el cuello roto, y lo que yo pretendía era colocarlo en uno de los asientos laterales para dejar el pasillo libre y permitir la salida de los pasajeros. Pero los esfuerzos del hombre calvo no me eran de mucha ayuda. Yo no podía comprender lo que estaba haciendo.

—¡Levántese! —le grité—. ¡No puede hacer nada si sigue sentado!

—No puedo levantarme —dijo él muy alterado. Se volvió a mirarme. Tenía unos ojos azules que no olvidaré jamás. Todavía hoy en día los veo a menudo, muchas veces cuando cierro los ojos para dormir, a veces en mitad del día. A veces cierro los ojos en un lugar cualquiera y allí están esos ojos observándome, contemplándome, ojos inmensos, con un mundo azul en cada uno de ellos.

Yo supuse que estaba atrapado, y pasé por encima del hombre caído en el pasillo para ver cómo podía ayudarlo. Pero el hombre calvo estaba cómodamente sentado en su asiento y no había nada, al menos en apariencia, que le impidiera salir de allí. Los pasajeros se amontonaban en el pasillo. Un hombre que venía por detrás me ayudó a levantar al hombre caído y juntos lo colocamos en uno de los asientos laterales, doblándole las piernas y dejándolo en posición fetal. Me sorprendía que un hombre tan corpulento y tan bien vestido hubiera muerto con tanta facilidad. La esposa del fallecido nos ayudaba también, aunque no dejaba de gritar y de decir en voz alta el nombre de su marido, Ngwane, Ngwane, Ngwane. Pero Ngwane estaba muerto. Había muerto exactamente como le había dicho la azafata, destrozándose el cuello al salir despedido tras el impacto del avión.

Me acerqué a la abertura del avión, teniendo cuidado de no verme arrastrado por los pasajeros histéricos que avanzaban hacia allá dando codazos, muchos de ellos arrastrando sus maletas consigo. El cuerpo del avión había sido abierto en una sección casi completa, de modo que se veía un corte del tubo del avión como en el diagrama de un plano: la cabina donde viajaban los pasajeros con sus tres cuerpos de asientos, que ocupaba la sección superior, y la bodega que había debajo, por la que en aquellos instantes se colaba vorazmente el agua del mar, inundando la sentina del

avión. Entonces pensé que estábamos todos condenados. De haber quedado intacto el fuselaje, el avión podría haber flotado durante un cierto tiempo pero, abierto como estaba, el agua entraba en el avión como un río. El agua llenaría la cabina en cuestión de minutos y nos ahogaríamos todos. ¡Y eso a pesar de que nos encontrábamos al lado de la costa!

Los pasajeros saltaban al agua y se alejaban nadando, aunque eran arrastrados por la fuerza del agua que entraba al interior del avión. Algunos se agarraban al fuselaje. Los que saltaban con sus maletas se veían arrastrados con ellas, pero incluso así había personas que no las soltaban. A pesar de todo, los pasajeros seguían saltando al agua desde ambos lados, el lado en que yo me encontraba y el de enfrente, algunos con el chaleco salvavidas y otros sin él, y a menudo casi sin mirar quién había debajo, de modo que los que estaban en el agua se arriesgaban a que les cayera alguien encima si no se alejaban nadando enseguida. Todos nosotros íbamos vestidos de pies a cabeza, además, y no precisamente con ropas ligeras, ya que todos sabemos el frío que suele hacer en un avión que vuela a gran altura, y los que saltaban al agua con pantalones y rebecas se veían de pronto entorpecidos por sus ropas empapadas. La mayoría de los pasajeros se habían puesto el chaleco salvavidas, y muchos lo habían inflado, de modo que el movimiento se hacía todavía más difícil. Pero ¿cómo decirle a alguien que no sabe nadar que no infle su chaleco antes de saltar al agua?

Al otro lado de la abertura apareció una azafata. Era la misma azafata de antes, Eileen. Era una mujer de unos treinta y cinco años, con los labios pintados y los ojos muy maquillados de negro.

—¡Hay que abrir las puertas para liberar las balsas! —gritó. Y luego se dirigió a mí—. ¡Usted! ¡Busque hombres!

—¡No hay tiempo! —dije yo—. ¡El avión se va a hundir!

—Hemos tocado el fondo —dijo la azafata—. No se hundirá. Y no se llenará de agua. ¿Lo ha entendido?

—¿No se hundirá?

—No.

—¿Está segura?

—¿Cómo se llama?

—John Barbarin. John.

—Yo me llamo Eileen Stevens. Tiene que abrir la puerta de emergencia para liberar la balsa. Luego busque más hombres y organicen el desalojo. ¿Me ha entendido, John?

—Sí, Eileen.

No sé qué había en ella, o en su voz, que me hizo creerla. Me volví y comprobé que la puerta de emergencia estaba sólo cinco filas por detrás de mí. Pero necesitaba ayuda, y de pronto me vi a mí mismo gritando a pleno pulmón.

—¡Necesito ayuda! —grité—. ¡Los que no tengan que ayudar a nadie, que se queden!

—¡Va a explotar! —gritó una mujer a mi lado—. Tenemos que salir o moriremos todos.

—El avión no se va a hundir y no va a explotar —oí gritar a Eileen—. Tienen que mantener la calma.

En ese momento, vi a un hombre que avanzaba por el pasillo por detrás de la azafata y le daba un fuerte golpe. Eileen perdió el equilibrio y cayó al agua. No pudo hacer nada más, porque los que se lanzaban al agua la empujaban y la arrastraban. Intentó regresar al avión, pero resultaba imposible y tuvo que alejarse nadando en dirección a la playa. El hombre que la había empujado, un tipo de unos treinta años de cabellos rubios y aspecto de deportista, llevaba consigo una raqueta de tenis dentro de su funda. Antes de saltar al agua, se tropezó con mis ojos. Por espacio de un instante pareció confundido, como si yo le hubiera pillado haciendo una travesura. Luego sonrió y me guiñó un ojo. Y antes de saltar al agua con su raqueta, dijo algo que jamás olvidaré:

—¡Sayonara!

Era Jimmy Bruëll.

El agua comenzaba a llenar ahora la cabina del avión. Pensé que nuestras oportunidades de abrir las puertas y de liberar las balsas eran cada vez más escasas, pero que era algo que debía hacerse para salvar a la mayor cantidad posible de personas. Todavía hoy no entiendo cuál era la razón de que tuviera la cabeza tan clara y fuera capaz de actuar con tanta calma. ¿Por qué no me puse histérico como casi todos los demás? ¿Por qué no salté también al agua y me alejé del avión siniestrado, yo que había tenido la suerte de encontrarme justo en el punto en que el fuselaje estaba abierto? ¿Por qué me arriesgué a quedarme dentro de un avión que se llenaba de agua a marchas forzadas?

Avanzar por el avión destrozado no resultaba fácil. Estaba lleno de cuerpos inertes, de heridos ensangrentados que gritaban, de maletas caídas y de pasajeros histéricos que intentaban salir de allí por todos los medios, en ocasiones empujándose unos a otros. El hombre calvo seguía inmóvil, sentado en su silla. Le agarré del hombro y le grité que se levantara de una vez y me ayudara. Entonces él me miró intensamente con sus ojos azules, demasiado azules, demasiado claros, y comenzó a incorporarse apoyándose en los brazos del asiento con sus brazos largos y musculosos. Entonces me di cuenta de que era un hombre muy alto, bastante más alto que yo. Le pregunté su nombre, y me dijo que se llamaba Wade Erickson. Y entonces, sucedió algo extraordinario: por primera vez, alguien *sonrió* en el avión siniestrado. Vi que me miraba con unos ojos muy abiertos por un asombro que yo no lograba comprender. Y luego vi su sonrisa. Era una sonrisa de intensa felicidad, yo casi diría que una sonrisa de paz.

—Vamos —dije—. Hay que abrir la puerta de emergencia.

Fui caminando por los asientos, pisando sobre cuerpos inertes y los brazos de los asientos, pero Wade fue por el pasillo, avanzando lentamente con su gran sonrisa en

el rostro. A pesar de su enorme altura (era casi un gigante) y del tráfico del pasillo, logró reunirse conmigo enseguida. Una vez llegamos a la puerta de emergencia, todo resultó sencillo. Había que tirar de una palanca. Lo hicimos, y la puerta se abrió con un resoplido. Luego había que tirar de una arandela roja de plástico para liberar la balsa. Yo tiré con fuerza, e inmediatamente brotó frente a nosotros una larga balsa inflable de color anaranjado. Debía de tener capacidad para unas treinta personas.

—Estamos en el fondo —dije yo—. El avión no se va a hundir.

—¿Está seguro? —me preguntó Wade.

—Se ven las rocas ahí mismo —dije—. No debe de haber más de cuatro metros de profundidad.

Wade se asomó a mirar por la puerta abierta.

—Usted suba a la balsa, llévela a tierra y vuelva —me dijo Wade—. Yo me quedo aquí a organizar esto.

—¡Hay una balsa! —gritaban los pasajeros.

—Es necesario mantener la calma —grité yo—. Vamos a hacer varios viajes. Primero niños y heridos. Tú —dije, agarrando con fuerza el brazo de un joven—. Quédate aquí y ayuda a Wade.

—Ok, tío —dijo él hablando inglés con un fuerte acento que me hizo pensar que era español o latinoamericano—. Pero mi novia sube a la balsa.

Su novia era una muchacha morena de largos cabellos que venía detrás de él. No quería saltar a la balsa, pero no tuvo más remedio, porque los que venían detrás la empujaron. Reclutamos a otro hombre más, de unos cuarenta años, que accedió a quedarse en la puerta junto con Wade y con el joven para controlar el embarque en la balsa. Nos presentamos rápidamente estrechándonos la mano, nos dijo que se llamaba Joseph Langdon. El joven se llamaba Christian y era chileno, pero esto lo averigüé más tarde. Nuestra tarea más acuciante consistía en evitar que la gente se abalanzara a la balsa tirándose unos sobre otros, y también que subieran demasiados a la balsa y la hundieran. Había un problema añadido con los que se habían puesto el chaleco salvavidas y lo habían inflado. Ocupaban tanto espacio que se impedían el paso entre sí, y a veces se les veía forcejear a uno contra otro. Poco a poco la balsa se llenó. Yo salté el último. Queríamos asegurarnos de que la balsa regresaba al avión, de modo que uno de nosotros tenía que ir en la balsa también. El calor era asfixiante, y estábamos todos empapados en sudor. Hasta ese momento yo no había prestado atención a la temperatura, pero al salir a pleno sol, la realidad del calor se me hizo de pronto evidente. La balsa estaba provista de dos pares de remos, y pudimos remar sin dificultad en dirección a la costa. Ya se veían figuras en la playa, los primeros viajeros que iban llegando allí después de cruzar a nado la distancia que les separaba de la tierra firme. Por el camino íbamos recogiendo a los que nadaban, aunque se produjeron algunas escenas desagradables cuando hubo que impedir que subiera más gente a la balsa, que llevaba ya muchos más pasajeros del número permitido, y cuyos bordes se hundían peligrosamente en el agua. También vi a Eileen, que nadaba en

dirección a la playa. ¡Eileen!, grité. Ella me miró y levantó un pulgar hacia arriba. Me pregunté cómo podía nadar con el uniforme de azafata, con la chaqueta, con la falda cerrada. Incluso seguía llevando el gorrito del uniforme, sujeto con alfileres al pelo.

El agua era de un color como yo jamás había visto. No era exactamente verde, ni tampoco azul, aunque parecía una combinación de los dos. Era de un radiante color turquesa cuando se miraba a una cierta distancia, un color tan hermoso que me pareció lo más hermoso que mis ojos habían visto nunca, el color de la cola del pavo real convertida en la piel viviente del mar. Cuando se miraba directamente al agua, el color turquesa se transformaba en un verde que parecía al mismo tiempo dorado, lila, rosa. Tenía una transparencia sobrenatural, de modo que con cinco metros de profundidad se veía claramente la sombra rectangular de nuestra balsa sobre el fondo de arena y también los dibujos concéntricos de los remos al entrar en el agua. Se veían peces en el agua, un cardumen de grandes peces negros y blancos que avanzaban sincronizados, y luego un pez rosado con aletas abanicantes, de más de un metro de longitud, que nadaba solitario. Unos cien metros más allá comenzaba a hacerse pie, de modo que los que nadaban podían realizar caminando sobre el fondo la última parte del trayecto. Sólo había cuatro remos en la balsa y yo no tenía ninguno de ellos, de modo que podía contemplar a mis anchas lo que me rodeaba. El sol me quemaba en los brazos y en el rostro, pero después del encierro del avión resultaba maravilloso estar a cielo abierto, respirando a grandes bocanadas el aire del mar. Las aves marinas volaban sobre nosotros y lanzaban sus gritos fúnebres y desolados. Eran fragatas, gaviotas, cormoranes, garzas pescadoras. A lo lejos vi un pelícano volando cerca de las aguas.

Volviéndome, contemplé el avión que acababa de estrellarse. Era una imagen misteriosa y terrorífica. El avión, o más bien sus restos, su cadáver, estaba como incrustado en el mar, un cuerpo de resplandeciente blancura, extraño en medio del solitario paraje tropical del fin del mundo. Se había partido en tres pedazos, aunque sólo había dos a la vista, separados por la grieta que había quedado unos pocos metros por delante del asiento que yo ocupaba. El ala derecha, que quedaba al otro lado del cuerpo del avión, mirando al mar abierto, estaba todavía en su lugar, levantada hacia el cielo y con los dos motores en su lugar, pero el ala izquierda, que había sido la primera en golpear el agua, había desaparecido. Yo supuse que estaba hundida en el agua entre el cuerpo del avión y la costa, quizá por debajo de nosotros, pero no era así. Al golpear en la superficie marina se había arrancado de cuajo y había caído al mar lejos de allí. Había sido el impacto de este golpe violento, de hecho, lo que había destrozado todo el fuselaje del avión, al producir un efecto de palanca que había doblado y partido el acero como si fuera papel. El tercer trozo del avión, correspondiente a la cola, no se veía en parte alguna. Faltaba un buen trozo de cola, y con ella todos los pasajeros que estaban alojados allí. Hacia el este, la línea de la costa cortaba la visión del mar de más allá, y yo me imaginé que la cola estaría por allí, al otro lado de la punta de tierra de la bahía en la que habíamos caído. Cortada en

sección, la cola del avión se habría llenado de agua y se habría hundido en cuestión de minutos. A no ser que hubiera caído en aguas poco profundas, como las que ahora mantenían la parte delantera del Boeing fuera del agua. ¿Habría otra bahía al otro lado de la barra de tierra y de árboles? ¿Continuaría por allí la línea de arrecifes coralinos? ¿O sería ya el mar abierto? ¿Se habrían salvado los que iban en la cola del avión o yacían ahora todos ahogados en el fondo del mar?

Me volví para observar la costa. Estábamos aún lejos de la orilla pero el agua cubría ya por la cintura, de modo que los que habían ido hacia la orilla a nado podían vadear ahora las aguas con toda comodidad. Grandes peces rosados de casi un metro de longitud se deslizaban sin miedo por estas aguas poco profundas, casi rozando a los que vadeaban las aguas. Era evidente que jamás habían sido pescados y que no tenían miedo a los seres humanos. Vi uno de estos peces muy cerca y me pareció que me observaba con su ojo inexpresivo. Tenían una forma extraña estos peces que me recordó la de los celacantos que había visto dibujados durante mi infancia en el libro de Willy Ley sobre animales fantásticos: escamas muy grandes, lóbulos carnosos en la base de las aletas y una cola redondeada parecida a un abanico que surgía directamente del cuerpo del pez.

No tardamos en llegar a la playa, donde muchos de los supervivientes contemplaban ya el avión desde la arena o se refugiaban en la sombra de los cocoteros para protegerse del inclemente sol del trópico. La playa tendría unos dos kilómetros de punta a punta. Su anchura era también considerable, un fenómeno que yo atribuí entonces a la bajamar, aunque no sabía que en la isla las variaciones de la marea no eran muy marcadas, como sucede por lo general en las latitudes próximas al ecuador. Era una de esas playas de los mares del sur cuya arena no tiene un origen mineral, sino que está formada en realidad por conchas de moluscos pulverizadas, y que tienen un color muy claro, casi blanco, que hace daño a los ojos. Tras la amplia franja de arena blanca comenzaban los árboles de la selva, primero cocoteros más o menos separados entre sí y luego la espesa vegetación tropical, por encima de la cual se veía, un poco hacia el oeste, el perfil de unas montañas, que la distancia teñía de azul añil o de morado. Me sorprendió contemplar aquellas montañas lejanas, tras las cuales parecían insinuarse otras montañas todavía más altas, ocultas por las nubes. Sí, sin duda era una isla, pero parecía una isla muy grande. Yo me preguntaba qué isla podía ser aquélla, dado que al oeste de las Hawaii, con excepción de algunos atolones coralinos que apenas sobresalen unos metros del mar, prácticamente no hay tierras emergidas hasta llegar a los atolones de Maloelap o de Wotje o a las islas Marshall. Pero no estábamos en las Marshall ni mucho menos en la Polinesia. No habíamos llegado tan lejos. Debíamos estar, de acuerdo con mis cálculos (basados en las pantallas de información del avión, que siempre observo obsesivamente en todos los vuelos largos) a unos mil cuatrocientos kilómetros al sudoeste de Hawaii, en una zona del océano prácticamente desierta. Además, las pocas tierras que había en aquella zona del mundo, como el atolón de Jonhston por ejemplo (una mota de

apenas tres kilómetros de longitud en medio de la inmensidad del Pacífico), eran islas de coral, no volcánicas como lo era evidentemente aquella en la que habíamos caído.

Cuando llegamos a la playa, salté al agua para ayudar a bajar a los pasajeros mayores y a los niños que venían en la balsa, y fue entonces cuando pisé por primera vez la tierra de la isla. Llevamos la balsa hasta la arena, y una vez allí me adentré unos metros en tierra, hasta internarme en la sombra de los cocoteros. Resultaba extraño el silencio que había en aquel lugar. Se oía el rumor de las olas, el silbido del viento, el grito distante de las aves marinas. Nada más. Era como el silencio del fin del mundo, o del principio del mundo. Era como el silencio del paraíso, o quizá el silencio que hay en el país de los muertos.

3

Rescatamos a los heridos

Todos estábamos convencidos de que los helicópteros no tardarían en aparecer, y que en el curso de unas pocas horas estaríamos recibiendo ayuda médica, cuando no siendo ya embarcados en algún carguero para ser repatriados. Sin embargo, las horas transcurrían y no aparecía nadie ni en el cielo ni en el mar. Los aparatos eléctricos funcionaban ahora con normalidad, pero los teléfonos móviles no tenían cobertura, de manera que resultaban inútiles. Tampoco las radios recibían ningún tipo de señal, sólo ruido estático, lo cual resultaba verdaderamente extraño, ya que los programas de radio de onda larga se reciben hasta en el espacio exterior. Daba la impresión de que habíamos llegado al lugar más solitario y abandonado del planeta.

Sin embargo, un Boeing 747 cargado de pasajeros no puede pasarse por alto tan fácilmente. Los controladores aéreos internacionales y los radares de diversos países debían de conocer nuestra posición con toda exactitud, y al perder el contacto radiofónico con el avión y perder, además, su señal en los radares, habrían imaginado que algo terrible había sucedido y habrían lanzado de inmediato la señal de alarma. Se habrían enviado mensajes para que los barcos cercanos se dirigieran a la zona, suponiendo que el avión hubiera caído al mar y hubiera, quizá, centenares de pasajeros en lanchas inflables o flotando con sus chalecos salvavidas y a merced de los tiburones. Se debería haber previsto, además, la posibilidad de que hubiera centenares de heridos. Ayuda médica, comida y agua potable eran prioridades absolutas. Pero pasaban las horas y no aparecía nadie.

Yo hice muchos viajes con la balsa entre el avión y la costa. Intentamos abrir las otras puertas de emergencia y soltar otras lanchas, pero resultó imposible. Habían quedado inutilizadas por el accidente, de modo que teníamos que manejarnos con una balsa solamente. Logramos abrir otra puerta del avión, pero no liberar la balsa, que debía de haber quedado inutilizada. A esas alturas era ya evidente que el avión no se hundiría. Estaba inmóvil en aguas de unos seis o siete metros de profundidad en las que había abundantes arrecifes de coral sumergidos.

Poco a poco trasladamos a todos los pasajeros a la playa. Llevar a los heridos resultó la tarea más difícil. Por todas partes se oían voces de dolor y voces pidiendo ayuda en el interior del avión. Wade, Joseph y Christian habían reclutado a unos cuantos pasajeros más para que ayudaran a sacar de allí a todos los que aún continuaban con vida, en algunas ocasiones con terribles heridas o con hierros clavados. Vi que Joseph se había hecho el dueño de la situación y que era él quien organizaba el traslado de los heridos. Se acercaba a los que gritaban y pedían ayuda, les tranquilizaba, les preguntaba cómo se sentían y al mismo tiempo evaluaba rápidamente su situación. Le pregunté si era médico. Se lo pregunté con esperanza, como el que aguarda un milagro.

—Cirujano —me dijo sin siquiera levantar la vista—. Hospital Saint Vincent de Los Angeles. Escuela de Medicina de Harvard.

—En la playa he localizado a otro médico —le dije—. Una mujer.

Me preguntó qué clase de médico era y le dije que no lo sabía. Luego dijo, con perfecta seriedad, que esperaba que no fuera psiquiatra, y de pronto sentí una oleada de afecto por este hombre que, en medio del caos, tenía el temple de ponerse a hacer bromas. Luego dijo que nos pusiéramos a buscar todo el material médico que pudiéramos encontrar. Buscamos los botiquines del avión y los cargamos en la balsa. Todavía había muchos pasajeros esperando a ser transportados a tierra, pero ya era evidente que el avión había quedado estable y no había peligro inmediato de que se hundiera. En viajes sucesivos fuimos trasladando a los heridos a la costa. Joseph se quedó en tierra para atender los casos más urgentes, y me instruyó que trajera toda la ropa, mantas, trapos y servilletas de papel que pudiera encontrar, así como cinturones, que me vi a mí mismo (uno jamás puede imaginar las cosas que llegará a hacer en la vida) desabrochando y extrayendo de los pantalones y faldas de los cadáveres. Luego vi que utilizaba los cinturones para hacer torniquetes y para asegurar brazos rotos, entre otras cosas. Jamás se me habría ocurrido que un cinturón tuviera tantos usos posibles. Íbamos colocando a los heridos a la sombra de las palmeras, directamente sobre la arena. Había bastantes heridos graves. Joseph me dijo que muchos de los supervivientes debían de tener lesiones internas y morirían sin remedio. Otros podrían salvarse si éramos rescatados con rapidez y podíamos obtener ayuda médica pronto. De otro modo, el número de víctimas iría en aumento a medida que fueran pasando las horas.

Luego he reflexionado que en esos primeros momentos Joseph ya sabía, con sólo mirar a los heridos y sus síntomas, quién iba a morir en el curso de una hora, quién duraría cinco o seis horas, quién dos o tres días, quién moriría en paz, suavemente aturdido, quién sufriría horribles dolores y moriría gritando.

A esas alturas, todos veíamos a Joseph como una especie de salvador, una bendición del cielo. Tenía una energía incansable y un ingenio incansable, también, para utilizar los pobres y dispersos elementos de que disponía. Era, como digo, un hombre de unos cuarenta años, de pelo negro y algo ralo, ojos estrábicos y expresión agradable. Se notaba que estaba acostumbrado a enfrentarse con la muerte a diario, a hablar de forma tranquilizadora a los pacientes y a tomarse con calma las situaciones más difíciles. Sin embargo, la falta de instrumentos y de analgésicos le desesperaba e impacientaba.

En cuanto a la otra doctora, la mujer de la playa, Roberta, una canadiense de unos cuarenta años de rostro prematuramente envejecido, era pediatra y no tenía mucha experiencia quirúrgica. Pero era tranquilizador saber que había entre nosotros al menos dos médicos. Tres, si contamos al marido de Roberta, un caballero muy elegante y distinguido, de nombre Bentley, que era, precisamente, psiquiatra. Pero él mismo dijo que de medicina general, y no digamos ya cirugía, sabía bastante poco. Si

estábamos deprimidos, si escuchábamos voces dentro de nuestra cabeza, si nos daba la impresión de que había caras que nos espiaban entre los árboles, entonces podría servirnos de ayuda. Dicho demasiado rápido. Dicho demasiado pronto. Usaba gafas de cerca y de lejos y un tercer par de bifocales de sol teñidas de rojo y, quién sabe cómo, había tenido la presencia de ánimo para salir del avión con sus tres pares de gafas, que se pasaba el rato cambiándose, además de su pipa, su bolsa de tabaco y su *Herald Tribune*. A mí me pareció ridículo que se hubiera traído el periódico en la balsa, pero bastaron unas pocas horas para que me diera cuenta de la cantidad de buenos usos que puede tener un periódico cuando uno no dispone de las comodidades vitales más básicas.

El pasaje del avión me deparó unas cuantas sorpresas. En un vuelo entre Los Angeles-Singapur-Calcuta (aunque varios de los pasajeros pensaban cambiar en Singapur para volar a Japón o a Australia), uno esperaba encontrar sobre todo viajeros norteamericanos, indios y singapurenses. Sin embargo, aunque los norteamericanos eran mayoría, apenas viajaban indios en el avión, y había además pasajeros de muchos países distintos. Lo más sorprendente es que viajaban en el avión un grupo de españoles. Más sorprendente aún resultó el hecho de que yo conociera a varios de ellos. Puede parecer raro que no nos hubiéramos encontrado antes, pero durante el embarque en Los Angeles yo fui de los últimos en subir al avión. No soporto las largas colas ni tampoco esperar sentado y sin aire acondicionado a que se llene todo el avión, de modo que suelo aparecer en la puerta de embarque lo más tarde posible. Cuando ocupé mi sitio, la mayor parte de los pasajeros estaban ya en sus asientos.

Era mi viejo amigo Ignacio. ¿Cuántos años hacía que no le veía? Catorce años, al menos. Cuando le descubrí asomado a la puerta del avión, esperando la llegada de la balsa para ser transportado a tierra, no podía creer a mis ojos. ¿Era realmente Ignacio Recalde, mi viejo compañero de correrías en los años del Conservatorio, el que aguardaba allí? ¿Y era Idoya la que estaba a su lado? Cuando ellos me vieron, pusieron también la misma cara de asombro e incredulidad.

—¡Juan Barbarín! —gritó Ignacio—. Pero ¿qué haces tú aquí?

Embarcamos en la balsa a todos los heridos que pudimos, y luego Ignacio e Idoya subieron también, y me contaron, durante el trayecto que nos llevaba del avión siniestrado a la playa, que iban a la India para participar en un viaje espiritual. ¿Qué tipo de viaje espiritual?, le pregunté, distraído por la belleza frutal de aquella Idoya de treinta y tantos años, que seguía peinándose con trenzas y seguía con una rosa de rubor en cada mejilla, como cuando tenía veinte años y yo estaba enamorado de ella en secreto. Ignacio me contó que iban a la India, a Rishikesh, para visitar el *ashram* de *Swami* Kailashananda, que era el gurú del gurú de Julián. ¿De Julián?, le pregunté. ¿De Julián Fuentes? Sí, me dijo, y que también Julián venía en el avión. Y Matilde, y unos cuantos más a los que yo también conocía. Pedro, Eulalia. Joaquín, el primo de Cristina. ¡De modo que todos estaban allí, la vieja pandilla al completo! Incluso la

propia Cristina podría haber estado allí, dado que muchos de ellos la conocían perfectamente y algunos eran, incluso, miembros de su familia. No podía comprender qué hacían en aquel avión todos aquellos fantasmas del pasado, pero las circunstancias eran tan extraordinarias que me daba la impresión de que mi capacidad para el asombro estaba saturada.

Me sorprendió volver a oír aquellas palabras, que yo pensaba que pertenecían a mi pasado, *ashram*, *swami*, Rishikesh, la capital mundial del yoga, situada en la orilla del Ganges y en las faldas del Himalaya. Todo aquello me traía recuerdos de años atrás, cuando todos éramos jóvenes y Cristina y yo éramos novios. ¿De modo que Julián les había embarcado a todos en aquella aventura?, le pregunté a Ignacio. En efecto, me contó, Julián les había embarcado a todos. Pero entonces, ¿Julián se dedicaba ahora al yoga, a organizar viajes a la India, a qué exactamente? Y ¿por qué volaban a la India por el otro lado de la tierra? ¿No habría sido más sencillo ir hacia el este desde Madrid?

—Ha sido un viaje muy largo —me dijo Ignacio, que parecía feliz, con una felicidad que me extrañó, que me asustó casi, mientras nos turnábamos en el remo, bogando en dirección a la orilla, y yo lanzando furtivas miradas a Idoya, que parecía totalmente tranquila con la situación, recostada en el borde de la balsa neumática como el que disfruta de una tarde de vacaciones y que miraba la isla entrecerrando un poco los ojos, como hacen los miopes—. Primero fuimos a México y pasamos un mes. Luego a Nueva York, dos semanas. Luego a Los Angeles a tomar un curso. Y fue allí donde decidimos seguir a la India. Este vuelo era tan barato. Los vuelos de Global Orbit son tan baratos...

—Sí, y mira luego lo que pasa —dije yo señalando las ruinas del avión.

—Global Orbit no tiene la culpa de nada —dijo entonces uno de los pasajeros, hablando en español con un fuerte acento cuyo origen no localicé en un principio—. No ha sido un fallo del avión lo que ha producido el accidente.

—Ah, ¿no? —dijo Ignacio—. ¿Entonces qué?

—Un problema de electromagnetismo —dijo el hombre—. Todos los sistemas eléctricos se apagaron. Nada que ver con el avión.

Todos quedamos callados. El hombre se disculpó por haberse entrometido en nuestra conversación. Le dije que no se preocupara, que todos estábamos nerviosos y alterados. Con mis perfectas maneras americanas me presenté, y él se presentó también: Luigi Campanella, ingeniero, de Milán. ¿Qué clase de ingeniero?, le pregunté. De los que construyen motores, me dijo. Motores de automóvil y de camiones. Era un hombre de unos sesenta años, de pelo abundante color blanco amarillento, gafas negras, nariz de águila y rostro rojizo y curtido surcado de pliegues profundos. Era pequeño y nervioso e intenté que me gustara, ya que siempre he sentido predisposición hacia los ingenieros, en los que encuentro siempre un aire de familia con los músicos. Le pregunté que si viajaba solo y me dijo que no, que viajaba con una sobrina que ya había ido a tierra en un viaje anterior. Me volví para

mirar a Idoya y la descubrí a ella mirándome a mí. Me sonrió. Luego me preguntó que qué tal estaba yo y cuál era el motivo de que fuera a la India. Les expliqué que la Universidad de Calcuta me había invitado a dar un curso de composición durante dos semanas. Luego siguieron las consabidas preguntas cuyo objetivo suele ser descubrir si soy un compositor famoso, y surgieron palabras como Oakland, Rhode Island, Rosley College, *Ballard* (el nombre de mi perro de lanas del Labrador) o *Panache*, una ópera cómica estrenada en Boston por los Tea Time Players, una joven compañía de bastante renombre en New England o mi Cuarteto número 3, estrenado en la Public Library de Nueva York nada menos que por el Cuarteto Emerson, mi corona de gloria hasta el momento. A Ignacio le impresionó enterarse de que los Emerson habían tocado mi música. Pero en aquellos momentos teníamos preocupaciones más acuciantes que los logros profesionales de cada uno o las miradas acariciadoras de las antiguas amigas.

La tarea de rescatar a los heridos y transportarlos a la balsa resultaba cada vez más dura. Joseph no podía estar allí con nosotros, y muchas veces no sabíamos cómo levantar y mover los cuerpos dolientes con los que nos encontrábamos. Además, los voluntarios no solían durar mucho. El calor dentro del avión era insoportable, apenas aliviado por la brisa ocasional que entraba por la cola cortada y la sección abierta en mitad del fuselaje, y todos los que estábamos allí dentro teníamos las ropas empapadas en sudor y sufríamos la tortura de la sed. En un par de ocasiones me acerqué a la sección de las azafatas a beber, y me tragaba medio litro de agua sin respirar. Resultaba especialmente difícil rescatar a los pasajeros de Primera Clase, a los que había que bajar por una escalera de caracol. Así ayudamos a descender a un matrimonio suizo, a los que prácticamente tuvimos que transportar en brazos hasta la balsa para luego descubrir que no tenían ni un rasguño (eran los Kunze, de los que luego hablaré), y a una mujer de cuarenta y tantos años, rubia, muy atractiva, cuyo rostro me resultaba familiar. No estaba herida, pero había sufrido un ataque de pánico y estaba inmovilizada.

Joseph Langdon. Efectos del accidente

La mayoría de los fallecidos tuvieron una muerte inmediata a consecuencia de contusiones en zonas vitales, tales como traumatismos cráneo-encefálicos. Muchos murieron aplastados por los asientos o por los módulos de equipajes desprendidos del techo, o bien perdieron el conocimiento. Ante la falta de sangre oxigenada el cerebro comienza a enviar señales, potentes en un principio, para que el corazón reaccione, pero el corazón no puede hacerlo, señales al corazón y a los pulmones cada vez más débiles, y es necesario aplicar un masaje cardíaco para reanimar al afectado y evitar que se produzca un paro cardíaco. Esto debe hacerse inmediatamente, ya que después de tres minutos sin oxígeno, el daño cerebral comienza a ser irreversible. En otros casos, la persona inconsciente puede mantenerse con vida entre treinta y cuarenta minutos, aunque morirá si no recupera el conocimiento. Resulta difícil distinguir a una persona fallecida de una inconsciente. Roberta volvió al avión con un fonendoscopio para auscultar a las víctimas inmóviles e intentar capturar señales de un corazón todavía funcionando. Así logramos salvar unas cuantas vidas, aunque muchos de los que creíamos haber salvado en esos primeros momentos murieron en las siguientes horas o en los días siguientes. En muchos casos se produjeron heridas sangrantes y fracturas abiertas. Los asientos de un avión no son otra cosa que hierros atornillados al fuselaje. En un accidente, se convierten en armas letales que rompen el fémur o la tibia, atraviesan la espalda, rompen la cavidad torácica atravesando un pulmón o se incrustan en el vientre produciendo heridas penetrantes. En los casos de heridas en los miembros superiores o inferiores, lo que resulta crucial es hacer un torniquete. Si hay alguien cerca con sentido común, o el herido cuenta con ayuda médica pronto, se le puede salvar la vida. Cuando un vaso se rompe, un montón de plaquetas sanguíneas se dirigen al lugar de la ruptura para cerrarla. El cuerpo humano está bien diseñado y tiene una maravillosa capacidad de autocuración. Fue entonces cuando aprendí que muchas hemorragias se cortan en apenas dos minutos por el simple expediente de tapar y comprimir bien la herida. En los casos en que se ve afectada una arteria importante como la femoral, por ejemplo, la víctima se desangrará sin remedio, pero en caso de una hemorragia menos grave, si se aplica presión a la herida, nos explicó Joseph (y todavía oigo su voz calmada, implacable, imparable, en medio de los gritos y los lamentos), era posible lograr que el herido llegara con vida a la playa. Aunque muchos heridos necesitaban atención inmediata, no era posible atenderles dentro del avión. Era necesario trasladarlos a tierra firme, y muchas veces el traslado en la balsa se demoraba más de lo que hubiéramos deseado. Muchos morían en la balsa, que acabó llena de sangre, sangre oscura que se mezclaba con el agua de mar y que dejó marcas indelebles sobre la cubierta de goma.

El accidente produjo además numerosas hemorragias internas que no eran visibles

a simple vista y que en muchos casos ni siquiera eran percibidas por los que las sufrían, que pensaban que habían resultado ilesos. Al sufrir un fuerte golpe tal como el impacto del avión sobre la superficie marítima, los ligamentos que unen el hígado, el intestino, los pulmones y los otros órganos a la cavidad abdominal o torácica se cizallan, se avulsionan. Por lo general estas lesiones producen síntomas como un ligero dolor, un mareo leve, un cierto malestar, una sensación de debilidad que muchas veces, como decía, pasan casi inadvertidas en los primeros momentos. Los afectados lograban llegar a tierra, donde se tendían en el suelo presas de un malestar y una debilidad inexplicables. Existen mecanismos de regulación en el cuerpo que comienzan a operar en estas situaciones. Los afectados no pueden casi moverse, porque apenas tienen sangre intravascular circulando, pero pueden sobrevivir entre seis y diez horas. Había otros que morían ante nuestros ojos en apenas sesenta minutos. Éstos tenían rasgado algún vaso importante y no había nada que pudiéramos hacer por ellos más que colocarles en un lugar cómodo y cogerles la mano mientras morían. Tenían una muerte dulce, iban perdiendo el conocimiento poco a poco, desvaneciéndose como una vela que se apaga. Otros fueron muriendo a lo largo de la tarde y durante la noche. En total, unas veinte personas de las que lograron llegar a la playa murieron a lo largo del día, muchos de ellos sin heridas ni traumatismos visibles. Otras personas con hemorragias internas lograrían sobrevivir después de pasar varios días de intensos dolores. Pero los casos más graves eran aquellos en que se producía una perforación del tracto digestivo. El tubo digestivo, el estómago, los intestinos, me explicaría Joseph más tarde, están llenos de aire. Cuando se rompe la pared intestinal, se produce una salida masiva de gérmenes que produce una infección generalizada, peritonitis, que produce la muerte en un período de tres a cinco días. Éstos eran los peores casos, porque los dolores eran muy intensos, y lo único que Joseph podía hacer por ellos era darles analgésicos para aliviar sus sufrimientos. Uno de estos casos fue el de Noboru Endo, que contaré con detalle más abajo. Cuando se declara la peritonitis, la muerte está asegurada. Las piernas se ponen blancas, el vientre se endurece como si fuera de piedra, los dolores son insoportables. La agonía puede durar días.

En cuanto a las heridas y contusiones, la ausencia de higiene y de asepsia era nuestro principal enemigo. Encontramos antibióticos en el avión y también botiquines de primeros auxilios con los que Joseph y sus ayudantes curaban y cosían heridas abiertas, aunque varios de los heridos morirían a los tres o cuatro días a causa de las infecciones. Joseph mantenía muchas veces las heridas abiertas, asegurando que si las tapaba se contaminarían con gérmenes anaerobios. En otros casos, ante la sospecha de que la herida pudiera estar infectada, la abría para impedir que se declarara la gangrena.

Había algunos que necesitaban ser operados, aunque Joseph no tenía medios para hacer una operación en condiciones y ni siquiera cuando encontramos anestésicos, como se verá, podía dormir completamente a sus pacientes, de modo que en algunos

casos se produjeron escenas verdaderamente escalofriantes, escenas más propias de la carnicería, horrores medievales. En el quirófano, el anestesista no sólo duerme al paciente, sino que le administra un analgésico que le quita el dolor y también un relajante muscular, derivado del curare (en efecto, la misma sustancia que utilizan los jíbaros amazónicos para inmovilizar a sus presas), que le deja completamente inmóvil y previene las contracciones musculares y las sacudidas involuntarias. En las condiciones precarias en que nos encontrábamos, Joseph hizo lo que pudo, y en muchos casos mucho más de lo que parecía posible hacer. De todos los que sobrevivimos al accidente, una cuarta parte, aproximadamente, murieron en los días siguientes.

Estamos de vacaciones

Pasaban las horas, y nadie aparecía ni en el cielo ni en el mar. Casi todos los pasajeros se habían refugiado en la sombra de los cocoteros. Había muchos cocoteros en la playa, creando una amplia zona de sombra que era, además, refrescada por la brisa del mar. Eran los vientos alisios, que todos habíamos estudiado en el colegio cuando éramos niños. Joseph reclutó a un grupo de auxiliares para que le ayudaran con los enfermos. Tenía facilidad para hacerse obedecer y parecía además buen psicólogo, porque cada vez que se dirigía a alguien para pedirle que hiciera algo, la persona en cuestión le obedecía sin rechistar. Swayla fue una de las improvisadas enfermeras, pero enseguida empezó a ponerse blanca al ver las cosas que Joseph tenía que hacer, cortando y cosiendo heridas a lo vivo, restañando chorros de sangre con un puñado de *kleenex* sujetos con fuerza y entablillando brazos con cinturones, palos y cables, de modo que el médico la echó de allí enseguida, viendo que la joven no resistía la visión de la sangre. Por alguna razón, las mujeres parecían más dispuestas a cumplir con ese trabajo que los hombres. Una señora americana que debía de tener unos ochenta años se ofreció a ayudarle. Se llamaba Jean Jani y era de Ohio. Luego se ofrecieron también Sophie Leverkusen, la esposa del famoso arquitecto de Los Angeles; Josephine Winslow, una mujer australiana, analista de sistemas subacuáticos de Sidney sin ninguna experiencia médica, y también Violeta Lubetzki, una señora argentina que, según dijo, había sido enfermera en su juventud y que en el presente era especialista en Tarot y en Ciencias Ocultas. Si sabes algo que yo no sé, le dijo Joseph, si sabes algo de magia, no nos vendría mal. Era encantador, aun en medio del desastre.

Éstas fueron nuestras valerosas enfermeras, ninguna de las cuales, a excepción de Violeta, tenía el menor entrenamiento médico: Jean Jani, de Ohio; Josephine Winslow, de Sidney; Sophie Leverkusen, de Los Angeles; Violeta Lubetzki, de Buenos Aires; Ruth Sweelinck, la autora canadiense de ciencia ficción feminista, y también mi amiga Idoya. ¿Por qué sólo mujeres?

Wade, por su parte, juntó un grupo de tres hombres y dos mujeres y se fueron hacia el este para intentar localizar la cola del avión y ponerse en contacto con los supervivientes, en caso de que los hubiera. Volvieron una hora y media más tarde, aproximadamente. Habían caminado unos cuantos kilómetros por la costa sin avistar ni rastro del trozo perdido del avión. No era pensable que pudiera estar más lejos. El Boeing no podía haber avanzado más de dos kilómetros al caer al agua, y ellos habían caminado casi cinco costa abajo. De modo que todos imaginamos que la cola se había hundido en el mar y había arrastrado consigo a todos los desdichados que tenía en el interior, ya que de haber habido supervivientes, algunos, al menos, habrían logrado llegar a la costa. Esta noticia nos entristeció y nos asustó todavía más. De los

cuatrocientos pasajeros que volaban en el Boeing, sólo habíamos sobrevivido unos ciento veinte. De los cuales, unos cuantos se debatían entre la vida y la muerte, mientras que unas tres decenas estaban heridos, con huesos rotos o con serias magulladuras.

Decidí no acercarme al improvisado hospital de Joseph. Cada uno conoce sus capacidades y sus limitaciones, y yo no puedo soportar las heridas ni la sangre. Además, me di cuenta de pronto de que estaba agotado. Agotado y sediento, tan sediento como no lo he estado en mi vida. Y no era el único en sentir el sufrimiento de la sed. La lancha, que ahora parecía haber quedado bajo la jurisdicción de Wade, acababa de partir en dirección a la aeronave para traer, entre otras cosas, todas las bebidas que hubiera a bordo. Durante mis expediciones al avión yo había tenido ocasión de beber, pero los náufragos de la playa, sometidos a una pérdida de líquido equivalente a la de un grifo mal cerrado, llevaban horas sin probar una gota. Recuerdo, sobre todo, el llanto de los niños. Lloraban de sed, de miedo, de cansancio. Pronto comenzarían a llorar de hambre.

Los siguientes viajes de la balsa se dedicaron a traer maletas del avión. Así fueron llegando a tierra cosas inverosímiles como, por ejemplo, una silla de ruedas (que, aparentemente, no pertenecía a ninguno de los supervivientes), unos palos de golf, también sin dueño, o un rifle de caza, un Lazzeroni dentro de su estuche de madera que pertenecía a Stephan Kunze, el millonario suizo. Había algunos que regresaban al avión para buscar sus cosas, e incluso se metían a nado en las bodegas inundadas para ver qué podían encontrar, poseídos por un espíritu que tenía mucho en común con el de los saqueadores de antaño o, realmente, de cualquier época. Es cierto que este saqueo estaba, al menos en parte, justificado: necesitábamos casi cualquier cosa que guardaran los equipajes, empezando por medicinas. Necesitábamos, en realidad, casi cualquier cosa que pudiéramos encontrar, prendas de ropa para fabricar vendas, bebidas, alimentos, productos de limpieza y de higiene. Pero no me parecía que todos los que iban al avión en estas expediciones de aprovisionamiento tuvieran propósitos loables. Yo mismo, que no tengo alma de ladrón, pensaba en las joyas, los diamantes, las pulseras, los relojes de marca.

Me senté en la arena para descansar a la sombra de los cocoteros. Me quité la chaqueta, la camisa y los zapatos y dejé las prendas de ropa dobladas sobre los zapatos. Llevaba, he de confesarlo, un absurdo traje color amarillo huevo, una camisa blanca con gemelos, una pequeña corbata color espinaca y un sombrero Stetson comprado unos años atrás a través de un anuncio de esos que aparecen en los márgenes de *The New Yorker*. Uno de mis absurdos trajes de Aschenbach que, según creía, me daban un sofisticado aire europeo e impresionaban a las damas de Oakland, una estúpida vestimenta de *sahib*, que ya resultaba excesiva en los veranos de Rhode Island y que aquí, en el trópico, era decididamente ridícula. Sí, ahora me resulta difícil entender por qué me había dado por vestir así. Creo que desde ese momento en que me quité el traje para vestir con ropa más ligera, ya no volví a ponérmelo. Ni

siquiera sé qué fue de él.

A través de los gráciles troncos de las palmeras, la escena de la tragedia se transformaba en una escena de vacaciones. Algunos náufragos lloraban unos en brazos de otros. Otros estaban tendidos en el suelo, muriendo, algunos rodeados de amigos o de familiares, otros muriendo solos. Algunos sabían que estaban muriendo y lloraban y otros no lo sabían. Pero había no pocos de los náufragos que hablaban tranquilamente en grupos o paseaban relajadamente charlando sobre deportes o sobre atracciones turísticas de la India, el destino final de muchos de ellos. Algunos consultaban mapas o guías de viaje, Fodor's, la Michelin, Lonely Planet, utilizando maletas a modo de asientos. Vi pasar a Christian y a Sheila, los dos jóvenes chilenos, caminando por el borde del agua. Habían recuperado sus trajes de neopreno y sus tablas de surf, y se dirigían a la boca de la bahía en busca de las grandes olas de mar abierto. Unos cuantos se bañaban en las aguas verdes maravillosamente tranquilas y transparentes de la bahía, algunos en bañador, otros en ropa interior. De pronto, me sedujo la idea de darme un baño, de sentir el frescor de las olas arrancándome el sudor y el cansancio, de modo que me incorporé y me dirigí hacia la orilla. Vi también a Swayla, que caminaba como yo en dirección al agua con un exiguo bikini naranja que revelaba al mundo la esbelta, huesuda, dorada cualidad de su belleza. Supongo que ya habréis adivinado lo mucho que le gustan las mujeres a vuestro viejo amigo Juan Barbarín. Supongo que ya sospecharéis que *Ballard*, el gentil perro de lanas, es el compañero solitario de un solterón impenitente, y que en la casa rodeada de olmos de Oakland, Rhode Island, un único cepillo acodado indolentemente en el borde de su vaso se refleja, noche tras noche, en el espejo del cuarto de baño. Normalmente no me siento atraído por las mujeres tan delgadas, ese tipo espigado y sinuoso que favorecen las revistas de moda y las pasarelas, pero en aquella ocasión mi fascinación fue absoluta. Swayla caminaba abstraída, mirando el suelo, nítidamente recortada sobre el resplandor del arenal, con el turquesa del mar a sus pies y el esmeralda del palmeral a su espalda, y por un instante me pareció estar contemplando a Eva dando sus primeros pasos en el Edén original. Tenía el pelo rubio cortado en media melena y un largo cuello que la asimilaba al reino de las aves o, quizá, al más apto de las gacelas. Le dije «Hey» y ella levantó los ojos y me dijo «Hey». ¿Te sientes mejor? le pregunté. Y ella me dijo: gracias por sujetar mi mano. *No problem*, dije. ¿Te vas a bañar? me dijo muy alegre. Ven, ven al agua. Tenía un vientre tan plano que los sobresalientes huesos de la cadera obligaban al bikini a separarse casi dos centímetros de la piel pálida y tensa, para luego marcar casi exageradamente la prominencia de la hipófisis púbica y el *mons veneris*. Le dije que no tenía bañador, y contemplé cómo Venus regresaba corriendo a la espuma. Tú no necesitas bañador, me dijo dejándose caer hacia atrás en las olas con los brazos abiertos. Regresé a las palmeras, me quité los pantalones, los coloqué doblados sobre mi pila de ropa y volví al agua vestido con mis *boxers* blancos de tela. El agua estaba tibia en la orilla, y avancé caminando sobre la arena hasta que me cubrió hasta el

cuello. La maravillosa frescura del agua. El poderoso músculo del mar. El placer del baño después del sudor. Uno de los grandes peces rosados que había visto desde la balsa pasó apenas a un metro de mí por el agua transparente. No parecía agresivo, pero pensé en los enormes dientes de las barracudas y me dio miedo su compañía, de modo que regresé hacia la orilla.

6

Wade tiene ideas extrañas

Pasaban las horas y nadie nos rescataba. El cielo seguía vacío, las aguas desiertas, los teléfonos sin cobertura, las radios mudas. Estábamos, aparentemente, en una zona del planeta donde ni siquiera se recibían señales de GPS. Tal zona, nos decíamos, no puede existir. Yo había oído hablar de una zona del desierto de Sonora donde no era posible recibir señales de los satélites, pero supongo que eso era más una leyenda o un metáfora que una realidad. Luigi, el ingeniero italiano, dijo que la radio del avión tenía que funcionar, y que podríamos utilizarla para pedir auxilio. Otra expedición se dirigió al avión para intentar esta posibilidad, también sin resultado. Ahora los aparatos eléctricos del avión funcionaban, pero en la radio sólo se oían ruidos estáticos. No era posible escuchar nada, ni tampoco emitir nada. El relato de los que regresaron del avión, entre los que estaba Luigi Campanella, el ingeniero italiano, nos dejó todavía más confundidos. También contaron que todos los que estaban en la cabina habían muerto.

Así fue como llegó la noche, nuestra primera noche en la isla. Yo jamás había visto un crepúsculo en el trópico, y me pareció que lo que sucedía entre el cielo y el mar a esa hora tenía algo de sobrenatural, no, verdaderamente algo de espiritual, una sensación difícil de explicar y que ni siquiera intentaré describir aquí. Cayó la noche, pero nadie pensaba en dormir. En el trópico anochece temprano, y además nosotros seguíamos convencidos de que seríamos pronto rescatados.

Sin embargo, las sospechas, la sensación de algo profundamente extraño y perturbador, que yo ya había detectado en muchos de nosotros, y especialmente en los que llegarían a convertirse, de algún modo, en líderes del grupo, se agudizaron cuando se hizo de noche. Cenamos de las provisiones que había en el avión, cientos y cientos de bandejas de comida en las que había centenares de raciones de ensalada de frutas, panecillos, pollo al *curry*, pasta con verduras, solomillo con salsa de mostaza, pastel de manzana, yogur de frutas y muchas otras delicadezas de las que suelen servirse en los aviones. Sobraba mucha comida, pero aunque hubiéramos querido tampoco habríamos podido conservarla. Todos comimos y bebimos demasiado esa noche, aunque no sabíamos que era la última, o una de las últimas comidas civilizadas que haríamos en mucho tiempo. Yo cené con mis antiguos amigos, Eulalia, Julián, Matilde, Joaquín y los demás, hablando del pasado, aquellos lejanos años en Madrid cuando Cristina y yo éramos novios y Julián era mi mejor amigo. Sin embargo, la situación era tan extraña que la conversación no fluía con naturalidad, y volvíamos una y otra vez a hablar del accidente, de lo extraño que era lo que nos había sucedido, de cómo había vivido cada uno la caída al mar y de la suerte que teníamos de haber sobrevivido. Otros del grupo con el que iban se acercaron para decirles que Dharma, su conductor espiritual, iba a comenzar una meditación en unos

minutos. Mis amigos me invitaron a que me uniera a ellos, y me dijeron que me gustaría conocer a Dharma. Me excusé diciendo que estaba muy cansado y que además yo jamás había participado en ninguna meditación y no sabía qué hacer.

Ellos me miraban con grandes sonrisas que me daban miedo. Me hablaban con voces dulces, con ojos llenos de amor y de bondad, y yo me decía que aquéllos no eran mis amigos sino grandes vainas extraterrestres que habían invadido sus cuerpos. Hasta mi amigo Ignacio jugaba ahora a ser oriental y a buscar, en medio del desastre y del espanto, una paz que no existe. Pensé con cinismo que si él deseaba el Nirvana bien podía dejarme a mí disfrutar de Idoya. Me aseguraron que me resultaría fácil seguir las indicaciones de su maestro, e insistieron un poco más, sobre todo las mujeres, para que me uniera a ellos. Yo decliné amablemente.

Les vi marcharse a todos y unirse al círculo de figuras sentadas sobre la arena, cuyos bultos se perfilaban con claridad a la luz de la luna, y vi también a su maestro espiritual, vestido con una amplia camisa amarilla y unos pantalones anaranjados, sentado con las piernas cruzadas sobre una esterilla. En el grupo había españoles y americanos, y entre los españoles una mujer que viajaba con una niña india de piel oscura que debía de ser su hija adoptiva. La mujer se sentó también en el círculo, y la niña a su lado. Ya la había visto antes en la playa y me había llamado la atención.

Luego me fui a buscar a Wade y a Joseph para hablar con ellos sobre la situación en que nos encontrábamos. Los encontré en la playa sentados en la arena alrededor de un pequeño fuego, cuya función ciertamente no era calentarse, ya que seguía haciendo un calor agobiante. Swayla también estaba allí, todavía con su bikini naranja, y también, entre otros, un muchacho muy corpulento de largos cabellos rizados y barbita rala que tenía aspecto de hispano. Le llamo «muchacho» aunque bien podría tener treinta y cinco años, pero el aire de indefensión de sus ojos y el permanente gesto de desconsuelo de sus labios le daban un aire juvenil y casi añorado. Era una de esas personas que inspiran confianza y que caen bien a todo el mundo. Se llamaba Santiago Reina, pero se hacía llamar Jack, Jack Reina.

—Necesitamos organizarnos —decía Wade—. Aquí hay mucha gente. Además, no sabemos quién es cada uno. He visto gente robando pulseras y relojes a los cadáveres. No sabemos quién es de fiar y quién no lo es. Tenemos que establecer algún modo de organización y de vigilancia. Sobre todo de los indefensos, de los más jóvenes y de los mayores.

—En cualquier momento vendrán a rescatarnos —dijo Joseph, que tenía marcadas bolsas bajo los ojos y parecía agotado—. Esto no va a durar mucho más.

Estaba fumando un cigarrillo. Luego me enteré de que era el primero que fumaba en cinco años.

—Creo que te equivocas, Joseph —le dijo Wade mirándole intensamente con sus grandes ojos azules—. Creo que las cosas no son como imaginas.

—¿Ah, no? —dijo Joseph mirándole con gesto de cansancio y de escepticismo—. Pues ¿qué te imaginas tú?

—No creo que vengan a rescatarnos —dijo Wade mirando a lo alto, a las estrellas, a los árboles de la isla—. No lo creo. Eso es todo.

—Los radares señalan claramente nuestra posición, tío —dijo Jack Reina—. Lo que es extraño es que no haya llegado nadie todavía. Incluso suponiendo que la señal se perdiera en el momento del fallo eléctrico, se podría calcular fácilmente el lugar del impacto del avión. No van a dejarnos aquí abandonados.

Wade negó con la cabeza. Negó sonriendo. Y de nuevo me sentí fascinado por esa sonrisa. ¿Qué significaba, exactamente? Era una sonrisa de inequívoca felicidad, de plenitud, de gozo, de alivio, de confianza. Pero ¿por qué estaba Wade tan contento? Su rostro brillaba rojo a la luz del fuego. Profundos pliegues lo recorrían verticalmente desde los ojos a través de las mejillas, a ambos lados de la boca, partiendo la barbilla en dos. A la luz de las llamas, sus ojos azules parecían más claros y azules que nunca. Las gruesas raíces de palmera de la hoguera ardían alegremente y soltaban serpientes de chispas rojas.

—Creo que Wade sabe algo —dije yo entonces—. O cree que sabe algo.

—¿Qué es lo que sabes? —dijo entonces Joseph, con un filo de fastidio en la voz, seguramente producto del cansancio—. ¿Por qué dices que no van a rescatarnos?

—Porque en realidad *no hemos sufrido ningún accidente* —dijo Wade arqueando las cejas—. No, no ha sido un accidente. En absoluto.

—¿Cómo? —dije yo—. ¿No hemos sufrido un accidente? ¿Te importaría explicarnos eso?

—Creo que las cosas se explicarán por sí solas, John —dijo Wade. Y luego añadió, como citando algo, quizá la letra de una canción—: *Todos los misterios serán revelados / para ti, amigo, y también para mí...* Y ahora, caballeros, es el momento de descansar un poco.

Cuando se incorporó, me sorprendió de nuevo su altura imponente. Llevaba la misma ropa que antes, unos pantalones caqui y una camisa color verde hoja, pero había añadido a su atuendo una mochila negra de cuero y un grueso cinturón del que pendían una cantimplora metálica y un cuchillo de monte de buen tamaño dentro de su estuche de caucho. Llevaba además unas gruesas botas de aspecto militar que no le había visto antes. Creo que cuando le vi por primera vez en el avión sólo llevaba calcetines en los pies. Es cierto que hay muchas personas que se descalzan en los aviones, pero al ver aquellas botas yo tuve la clara y distinta impresión de que no eran suyas. Se retiró, caminando con una prestancia casi marcial, en dirección a las sombras.

—Vaya un tipo —dijo Joseph con una media sonrisa—. *En realidad, no hemos sufrido ningún accidente.*

Yo dije que probablemente estábamos todos en estado de *shock*, y que nada de lo que pensáramos ni dijéramos esa noche debería de tener mucho sentido. Seguimos allí charlando un rato, pero el cansancio enseguida hizo presa en mí. Swayla se había quedado dormida, apoyada en el hombro redondeado y acogedor de Santiago. Pensé

que era el momento de retirarme yo también. Busqué un lugar tranquilo, tendí sobre la arena una de las mantas que habíamos traído del avión, y me quedé dormido al instante.

Vaciamos el avión. Un grito

Recuerdo la desagradable sensación de despertarme a la mañana siguiente y descubrir que estaba dormido en el suelo, con las mismas ropas del día anterior y con la piel irritada y escocida por la sal del mar y por la arena. A mi alrededor, muchos seguían durmiendo en extrañas posiciones. Otros caminaban de acá para allá. Santiago Reina había capturado un cangrejo y se lo enseñaba a un grupo de niños que chillaban cuando les amenazaba con sus largas pinzas. Reconocí entre los niños a Sebastian y Carl, los hijos de los Leverkuhn, y también a la niña india de piel oscura, que se reía sin parar (en realidad, siempre se estaba riendo). Al parecer se llamaba Syra.

Había un ambiente extraño, mezcla de estupor, miedo y relajación tropical. Algunos consultaban guías de viaje de la India o se bañaban en el mar, mientras que otros lloraban abrazados. Dos jóvenes mormones, cuyos nombres eran Robert Frost y Robert Kelly, iban de grupo en grupo extendiendo su mensaje evangélico, ofreciendo ejemplares del *Libro del mormón* y preguntando a los náufragos si no les gustaría vivir durante toda la eternidad con sus seres queridos y convertirse, después de la muerte, en los dioses de algún mundo lejano. Iban vestidos con pantalones negros y camisas blancas de manga larga, esas ropas excesivamente formales que parecen llevar siempre los mormones. Algunos los mandaban a paseo. Otros, en cambio, agradecían aquella conversación extemporánea y se ponían a hacerles preguntas sobre la poligamia.

Reconocí a la atractiva mujer de cabello rubio y largas piernas que venía en primera clase, y cuyo rostro me había resultado tan familiar el día anterior. Se trataba de Nicollette Sheridan, la actriz que durante los años ochenta, cuando era muy joven, había hecho aquellos anuncios de Martini que tanto impacto habían tenido, creo yo, en todos los de mi generación. En uno de ellos va vestida con un top y una minifalda y va patinando por las calles con una bandeja en la que hay una botella de Martini, una botella que milagrosamente sigue en su sitio sin caerse hasta que Nicollette se mete dentro de un ascensor, moviendo suavemente las caderas, y las puertas se cierran. En otro anuncio ella camina con un bikini blanco por una playa tropical muy parecida a aquella en que ahora nos encontrábamos y se encuentra con un aparato de televisión medio enterrado en la arena. Las olas pasan sobre el aparato de televisión una y otra vez. A pesar de todo está encendido y en la pantalla se ven rutilantes imágenes de botellas de Martini Rosso. Pero yo la había visto también en *Knots Landing*, una serie televisiva donde interpretaba el papel de Paige Mattheson, y en *Noises off!* de Peter Bogdanovich, donde se pasaba toda la película en ropa interior. Los dos mormones se acercaron también a ella y comenzaron a hablarle. Me pregunté por qué casi todos los actores de la gran pantalla nos parecen tan pequeños e indefensos cuando los vemos en el mundo real. Vi cómo Nicollette Sheridan reía a

carcajadas con los dos jóvenes mormones y cómo ellos reían también. Me dije que debía reunir el valor para hablar con ella y que jamás me lo perdonaría si no lo hacía. Barajé varias posibilidades, y qué sería mejor, si acercarme a ella y fingir que no sabía quién era, o bien jugar la baza del admirador incondicional.

Wade había entrado en la selva y había regresado con dos enormes racimos de plátanos, algo verdes por fuera pero de carne deliciosa y aromática. Los partía con su gran cuchillo de monte, repartiendo pencas de bananas a los náufragos como un salvaje dios de la abundancia. Todavía quedaban muchas provisiones del avión para desayunar, pero la leche, por ejemplo, estaba rancia, y el resto de los alimentos comenzaban ya a estropearse. Nunca olvidaré los cruasanes y los scones y la *danish pastry* del desayuno de primera clase, y la mantequilla disuelta y los pequeños contenedores que escondían un prisma de gelatina de cereza o de confitura de melocotón. No lo sabíamos, pero aquélla fue en realidad nuestra última comida civilizada.

No era agradable estar sin instalaciones higiénicas. Cuando uno tenía una necesidad, simplemente se metía entre los árboles de la selva, que comenzaba allí mismo, y se ponía en cuclillas, aunque éramos tantos que a veces era difícil evitar la compañía, y había que silbar o advertir, con buena educación, que «el servicio estaba ocupado». Yo tuve que ir un par de veces a hacer mis necesidades, especialmente después del desayuno, quizá la hora favorita de mis intestinos. Bastaba caminar unos pocos metros tierra adentro para encontrarse completamente sumergido en la vegetación más espesa y lujuriente que yo había visto nunca, espesas lianas que caían de árboles altos como pilares góticos, raíces retorcidas que surgían de la tierra, hojas grandes como la verde oreja de un elefante, y para quedar completamente oculto de la vista de los otros. Pero aquella selva me daba miedo, y las dos veces que me refugié en el verde laberinto para evacuar mis entrañas tuve la sensación de ser observado por ojos invisibles entre las hojas y, más aún, de escuchar voces y susurros a mi alrededor. Las dos veces respondí en voz alta y pregunté si había alguien por allí, porque estaba seguro de haber oído voces que susurraban. Pero seguramente eran insectos, o pájaros, hojas que frotaban entre sí o quién sabe qué invención de mi miedo.

Comenzaba nuestro segundo día en la isla, y seguíamos mirando al cielo y al mar esperando la aparición de unos rescatadores que seguían sin mostrarse. Me acerqué a la zona del hospital, y me encontré a Joseph, a Josephine Winslow y a Sophie Leverkusen (la esposa de Leverkusen, el arquitecto) trabajando con los heridos, algunos de los cuales no habían podido dormir ni descansar y tenían un aspecto miserable. Durante la noche, me dijo Josephine, habían muerto siete de los que estaban más graves, y Joseph me confió que al menos a uno de los que más sufrían tenía que operarle urgentemente en las siguientes horas o moriría también. Era un muchacho japonés llamado Noboru Endo (igual que el novelista) y nacido en 1977, datos que habían averiguado porque llevaba su pasaporte en el bolsillo, ya que hasta

el momento no había hecho otra cosa que gemir y quejarse y ni siquiera sabían si hablaba inglés. Noboru tenía una barra metálica clavada en el vientre. Así lo habían encontrado en el avión y así lo habían trasladado a tierra. Joseph dijo que era mejor no intentar sacarle la barra metálica por el momento, ya que si lo hacían y comenzaba a sangrar, sería imposible salvarle. A mí me pareció extraño que le dejara con aquel horrible pedazo de metal dentro del vientre, pero Joseph se limitó a darle analgésicos para mitigar su dolor. Yo no comprendía cómo era capaz de tomar decisiones de ese calibre con tanta seguridad, pero no me cabía duda de que sabía lo que estaba haciendo.

Pedí unos cuantos voluntarios para que me acompañaran al avión, y me subí a la balsa con idea de traer a tierra la mayor cantidad posible de equipajes. El día anterior ya habíamos traído a tierra unas cuantas maletas, así como cosas aparentemente inútiles como una silla de ruedas que luego nadie había reclamado y un rifle de caza. En esta ocasión buscaríamos sobre todo material que pudiera ser de utilidad en el hospital: algo para cortar, algo para coser, vendas, algodón, gasa o cualquier posible sustituto y, finalmente, alcohol y morfina. No parecía probable que encontráramos morfina en el avión (a no ser que viajara entre nosotros algún traficante de drogas), pero un simple *cutter* de papel y una aguja de coser esterilizados al fuego, me dijo Joseph, bastarían para coser heridas y hacer ciertas curas de emergencia. También teníamos la intención de descender a las bodegas sumergidas para ver qué podíamos rescatar de allá abajo.

Jimmy Bruëll se unió al grupo cuando pedí voluntarios que supieran nadar bien. Tenía unas gafas de bucear que había encontrado no sé dónde y que nos resultarían útiles para entrar en la bodega inundada. En aquellos momentos, para mí él era sólo el tipo que había arrojado a una mujer al agua con tal de salir del avión, el tipo que me había guiñado un ojo y me había dicho «sayonara», es decir, una sabandija despreciable, pero no me sentía con ninguna autoridad para decirle que no viniera con los demás. Además, me interesaban sus gafas de bucear. Yo no le conocía entonces y no sabía que Jimmy era un buscavidas profesional, un seductor, un pícaro y también un oportunista de primera, y que una de sus grandes especialidades era tener siempre aquello que todos deseaban o necesitaban. Más tarde me enteré de que había conseguido las gafas cambiándoselas a Syra, la niña india que estaba con el grupo de los españoles, por una caracola que había encontrado en la playa. Al parecer, Syra sufrió luego una tremenda reprimenda de su madre adoptiva por haberse dejado engañar de ese modo. Pero si Bruëll se ganaba la vida seduciendo y robando a mujeres ricas, ¿cómo no iba a lograr embaucar a una niña de doce años?

Cuando alcanzamos el avión me sorprendió comprobar que había muchas aves posadas sobre el fuselaje, gaviotas, cormoranes y algo así como zopilotes o buitres, y muchas más volando en círculos por encima de los restos del gran pájaro caído. Entendí lo que sucedía cuando entramos en el avión y nos sorprendió el hedor que desprendían los cadáveres. No era todavía insoportable, pero sí ya claramente

perceptible. Me pregunté qué íbamos a hacer con todos aquellos cuerpos muertos. Enterrarlos a todos habría sido una tarea agotadora, quizá imposible, dado que no teníamos herramientas para cavar tumbas en la isla. Tampoco podíamos tirarlos al mar, porque las olas los habrían arrastrado hacia la playa. De cualquier modo, en aquellos momentos todavía seguíamos convencidos de que seríamos pronto rescatados, y pensábamos que ocuparnos de los cadáveres no era tarea nuestra, sino que les correspondería hacerlo a nuestros salvadores, fueran quienes fueran.

Meditaba yo que era una suerte que los cadáveres hubieran quedado por encima del nivel del agua, ya que de otro modo habrían sido pasto de los peces y habrían atraído, quizá, a grandes bandadas de tiburones. Por otra parte, el poco espacio que había en el interior del avión hacía difícil que entraran en la cabina las aves carroñeras que habían olido ya su golosina, demasiado torpes y demasiado grandes para ser capaces de moverse allí dentro. Pero tuvimos que espantar a algunas gaviotas y fragatas que entraban por la cola cortada del avión, y atacaban ya a los cadáveres que estaban más cerca del aire libre. Iban directos a los ojos y a la lengua, las partes más húmedas y tiernas. Me horrorizó ver cómo una gaviota picoteaba salvajemente los ojos de una muchacha muerta. Era una muchacha hermosa, pálida, con una gran cabellera rubia, que tenía las manos sobre los muslos, como si estuviera esperando en la sala de espera de un médico. Grité para alejar al pájaro hambriento y luego le arrojé un zapato que encontré por ahí, pero sabía que en cuanto me alejara regresaría para devorar los ojos y los labios y la lengua de la que una vez había sido una muchacha que había jugado al baloncesto en el instituto, había leído *El guardián entre el centeno* y había hecho el amor con su novio en mitad de la tarde cuando la casa estaba vacía y ahora sólo era comida, un trozo de carne picoteada por un pájaro.

En un avión como el nuestro, los equipajes van colocados en la bodega en enormes contenedores de aluminio y lexán tipo LD-1, que tienen una capacidad cercana a los cinco metros cúbicos cada uno, y también en palés metálicos tipo LD7 con una base de 244 por 318 centímetros, en los que los bultos van sujetos mediante mallas de caucho. Los contenedores y palés se introducen en la bodega mediante raíles, de modo que una vez terminada la carga, no queda el menor espacio para moverse dentro del avión. El hecho de que el fuselaje se rompiera en dos puntos fue, en este sentido, una suerte para los supervivientes, ya que nos permitió acceder a los contenedores. Por la fuerza del impacto, cinco contenedores habían salido de la bodega del avión y yacían ahora sobre los arrecifes de coral o posados sobre el lecho marino. Teníamos también acceso a varios palés cargados de maletas situados todavía dentro de la bodega del avión, dentro de la cual nos veíamos obligados a bucear en una oscuridad casi total. Los que entraban en la bodega del avión lo hacían siempre atados con un cable a la cintura, ya que nos daba miedo que alguien pudiera quedarse encerrado allí dentro o perdiera la orientación a causa de la oscuridad.

Logramos rescatar muchas maletas, y también recuperamos las mallas de caucho de los palés, previendo que podrían sernos de utilidad. En cuanto a los contenedores,

es evidente que no podíamos subirlos a la superficie. Dos de ellos se habían destrozado contra las rocas, y la carga que contenían estaba dispersa por los arrecifes y el fondo marino. Tuvimos suerte, porque al menos uno de ellos estaba íntegramente ocupado por cajas de alimentos envasados, sobre todo latas y botes de leche condensada, crema de cacao, mermeladas de diversos sabores, latas de carne de cangrejo y de atún, de codornices escabechadas y de ternera en salsa, así como de ravioli en salsa marinara, caviar rojo, melocotón y piña en almíbar y otras delicadezas similares. Recuperar toda esta comida del fondo del mar fue una verdadera proeza que puso al límite las capacidades de los buceadores, ya que las cajas eran tan pesadas que teníamos que atarlas con cables y subirlas tirando desde arriba. Encontramos muchas otras cosas, algunas de ellas perfectamente inútiles, como una bicicleta de carreras o un violonchelo en su estuche, pero encontramos también un palé lleno de cajas de madera, en una de las cuales había estuches de jeringuillas con calmante como las que usan los zoólogos para dormir a los grandes mamíferos cuando necesitan vacunarlos o darles tratamiento médico, y a Joseph le brillaron los ojos cuando vio aquellas cajas llenas de ampollas azules, y más aún cuando leyó su composición. Eran cartuchos de 100 miligramos de ketamina y de tiletamina con zolazepam. También encontramos dos rifles de aire comprimido marca Shark para lanzar los dardos tranquilizantes, por lo que supusimos que en el avión viajaba un grupo de zoólogos o veterinarios que iban a trabajar en alguna de las reservas de vida salvaje de la India, aunque entre los supervivientes no aparecía nadie que diera razón de aquellos medicamentos ni tampoco de las armas. Sea como fuere, Joseph aseguró que la ketamina y la tiletamina en combinación con el zolazepam podían y solían usarse también como anestésicos en seres humanos, de modo que por el momento, al menos, habíamos logrado vencer el dolor. En cuanto a los dos rifles de aire comprimido, quedaron bajo el cuidado de Wade que, quién sabe por qué, se había convertido en algo así como el jefe militar del grupo. Yo suponía que Wade era militar, probablemente exmarine.

Encontramos más armas. Otro rifle de caza, un Weatherby Magnum con varias cajas de munición, cajas de munición para el Lazzeroni de Kunze, dos escopetas, una Remington 870, junto con veinte cajas de cartuchos de calibre 12 y una Mossberg 500 con mira telescópica; dos pistolas Beretta, una modelo 92, como las que usa la policía americana y otra modelo 8000 (las conocidas como «cougar») y dos revólveres Smith & Wesson, uno modelo 586 de tamaño mediano y un pequeño Centennial 442. Una de las Berettas era propiedad de Henry McCullough, el diplomático australiano, mientras que el Centennial 442 pertenecía a Brigitta Kunze, un regalo de su marido que ella, al parecer, jamás había disparado. Desconocíamos el origen del resto de las armas. Encontramos también una pequeña colección de navajas de barbero, que podrían ser usadas por Joseph a modo de escalpelo, junto con los correspondientes afiladores de cuero y piedras de afilar. Wade examinó las navajas con interés y afirmó que eran de México (en efecto, dos de ellas habían sido

fabricadas en Michoacán, Morelia, y otra en México D. F., aunque las otras eran japonesas) y que en muchos estados de América esas armas estaban prohibidas. Permitidas en Texas, en Pensilvania y en Boston, prohibidas en Connecticut y en Nueva York, nos explicó con esa sonrisa misteriosa y enigmática que no abandonaba su rostro. Aproveché la circunstancia para preguntarle de dónde era, y me contestó que era de todas partes, de aquí y de allá, como los pájaros, pero que llevaba muchos años viviendo en Farber, Connecticut, donde muchas veces, especialmente en las fragantes mañanas del principio de la primavera, había echado de menos esas limpias navajas de acero con las que su padre le había enseñado a afeitarse cuando tenía catorce años. Lejos, lejos en el oeste, me dijo mirando el cielo, como si el oeste fuera el cielo.

Ah, el verbo de Wade. Hablaba como un poeta. Había algo que le poseía, una especie de luz, una especie de fuerza. Le pregunté también a qué se dedicaba y me dijo: a esto y a aquello, amigo, según la estación, moviéndome río arriba como un salmón, río abajo como un tronco cortado, subiendo nieve arriba con el caribú y bajando con el zorzal... Pero la historia de Wade tiene un interés especial, y es mi intención contarla en otro lugar con detalle.

El segundo día en la isla pasó sin nada especial que contar. Comí con mis antiguos amigos, con Julián, Matilde, Ignacio, Idoya y Joaquín, el primo de Cristina, sin atreverme a preguntar por Cristina, cuya presencia flotaba entre nosotros como uno de esos comensales invisibles de los relatos de fantasmas. Yo me preguntaba qué haría ella, dónde viviría, si habría regresado a España, si estaba casada, si tenía hijos, y me moría por preguntar, pero había una fuerza que me impedía hacerlo.

¡Una fuerza! Cuántas veces usamos esa expresión y qué poco significa siempre, en realidad, para nosotros. ¡Una fuerza! Porque existen verdaderamente fuerzas que nos mueven, que nos callan, que nos obligan a hacer esto o aquello. ¿Cómo era posible que yo estuviera hablando con Joaquín y no le preguntara por Cristina, cuando todas las veces que nos habíamos visto él y yo, cuando éramos niños, había sido estando con ella y con los hermanos de ella?

—Y tú, Joaquín —le dije—, ¿cómo has llegado a unirte a este grupo? ¿Cómo has conocido a Ignacio y a Julián?

—Eso son cosas que no tienen fácil respuesta —me contestó Joaquín con una de sus risitas características—. Creo que hay Algo que nos va juntando a los que busamos lo mismo. Como lo que nos ha juntado aquí a todos nosotros en esta isla, ¿no?

Pensé que era imposible obtener respuestas sensatas de aquel grupo de chiflados, y le dije que lo que nos había juntado a todos en aquella isla era el simple azar. Una suma de acciones, de coincidencias, de circunstancias.

—¿Tú crees eso? —me preguntó Joaquín—. ¿Crees que nuestra vida es una suma de coincidencias y de circunstancias sin sentido ninguno?

—Por supuesto —dije—. El «sentido» que tiene nuestra vida se lo damos

nosotros.

Mis antiguos amigos me miraban casi con pena. Me miraban con cierta conmiseración, como si yo me hubiera quedado atrás. Como si no diera la talla. Como si desde el punto en que habíamos dejado de vernos, muchos años atrás (muchos en el caso de Joaquín, a quien no veía desde que yo tenía, quizá, catorce años), ellos hubieran seguido evolucionando y creciendo interiormente y yo me hubiera quedado estancado. De pronto me di cuenta de que toda su humildad era fingida, y de que en realidad todos ellos se sentían superiores por el hecho de ser «espirituales». Dios mío, me dije, pero ¿cómo había podido llegar toda aquella basura mística, que yo identificaba con las comunas de California y con los *hippies* de Vermont, a la vieja España? Y ¿cómo podía haber contaminado a mis viejos amigos, que tiempo atrás eran todos ateos y de izquierdas?

Fuerzas. Un «Algo», había dicho Joaquín. «Algo», el nombre de una fuerza. En el colegio había oído hablar de «vectores» y de «factores», y a menudo me había preguntado en qué consistían esos «factores» que habían causado, por ejemplo, el fin del feudalismo o la toma de la Bastilla. Fuerzas. La fuerza de la gravedad. El electromagnetismo.

Al principio de la tarde se puso a llover, y a partir de entonces (parece que la naturaleza había decidido darnos una tregua el día de llegada) llovía todos los días, normalmente a media tarde, lluvias torrenciales que duraban un par de horas y a las que seguía un maravilloso despertar del sol. Por esa razón esa misma tarde, cuando se cumplían veinticuatro horas de nuestra caída al mar, algunos ya comenzaron a construirse pequeñas palapas con hojas de palmera, especialmente los padres con niños pequeños, chabolas o favelas levantadas con cualquier cosa que pudieran encontrar.

En cuanto a los supervivientes, eran un grupo de lo más curioso y variado. Por ejemplo, el matrimonio Kunze, Stephan y Brigitta, que viajaban con un secretario-ayuda de cámara que estaba al cargo de los asuntos del marido, un muchacho prematuramente calvo y muy ceremonioso llamado Udo, y una secretaria-camarera encargada de los de la esposa, Di Di, una mujercita muy zalamera que me recordaba a la esposa del guardabosques de *La regla del juego* de Jean Renoir. Luego me enteraría de que Udo y Di Di estaban casados, aunque ella le era infiel con todos los hombres con los que se cruzaba.

Los Kunze eran unos millonarios suizos que, según nos explicaron, pasaban parte del año viajando, conociendo el mundo, cazando y realizando visitas y donaciones filantrópicas, dado que ahora era el primogénito de ambos, Herbert Emile, el que se ocupaba de dirigir desde Zürich las empresas familiares. Eran muy religiosos, y enseguida hicieron buenas migas con Tudelli, un sacerdote que resultó ser nada menos que obispo de la Iglesia católica americana (era obispo de la sede de Los Angeles), al que llamaban monseñor y cuya mano lacia y llena de anillos besaban siempre con mucha deferencia. Tudelli era un personaje que me resultaba

desagradable. Tendría unos sesenta años, y era uno de esos curas carcomidos al estilo de Zurbarán, que tienen un frío brillo de acero en los ojos y hablan con voz de pájaro lírico. Siempre tenía puestas unas gafas negras y una sonrisa beata en el rostro. Desde que se enteró de que yo era español, me miraba siempre con fingida simpatía, como si viera en mí a un posible adlátere, una posible alianza. Claro está que mis amistades eran, a sus ojos y a los ojos del matrimonio Kunze, todas erróneas: el grupo de españoles (al que yo no pertenecía, pero con el que me unían obvios lazos) viajaba con un *swami* de la India, y luego estaban Wade, que se había convertido en una especie de líder u organizador, y que desde que salimos del avión iba siempre pertrechado de cuero y de armas como un comando, y sobre todo Swayla, la unglada ninfa del bikini naranja, cuya ostensible desnudez les parecía a todos ellos escandalosa. Había otro sacerdote, un cura de unos treinta años llamado Septimus Hansa, un muchacho austríaco de rostro sensual e ingenuo que vivía en México desde hacía varios años y pertenecía a los Legionarios de Cristo. También los Kunze hicieron buenas migas con él.

Todos ellos, los Kunze, Tudelli y Hansa tenían un verbo muy dulce y eran exquisitamente educados. Hablaban entre sí en alemán, en latín y en inglés con acento suizo. Al caer la tarde de nuestro segundo día en la playa organizaron una misa oficiada por el obispo Tudelli y el joven Hansa a la que invitaron a todos los náufragos. Atrajo bastante concurrencia, incluso entre las personas no religiosas, porque todos vimos en ella, supongo, una especie de celebración del hecho de haber sobrevivido al accidente y también un rito de agradecimiento —y también porque muchas personas no practicantes se vuelven intensamente devotas en cuanto sufren algún problema grave—. Pero había algo emocionante en el hecho de celebrar una misa entre las palmeras de una playa desierta, frente al rumor incesante de las olas blancas, sin bancos, sin púrpura, sin cálices ni cruces, sin parafernalia alguna. Yo asistí a distancia, situándome al fondo de los que escuchaban, sin querer participar del todo (no quería ser grosero) pero sin implicarme. Siempre he aborrecido cordialmente a la Iglesia católica y jamás he sido ni creyente ni practicante, pero intentaba convencerme a mí mismo de que lo que se celebraba allí no era exactamente un acto religioso, sino una ceremonia de unión, de amistad y de consuelo entre los perdidos. Vi a Wade en una de las primeras filas, de rodillas sobre la arena y con una actitud muy devota que me sorprendió. Joseph se había retirado a cuidar a sus enfermos. El *swami* indio que dirigía el grupo de mis amigos practicantes de yoga también asistió, arrodillándose y levantándose de acuerdo con las instrucciones del oficiante. Había una mujer a su lado, que yo creí su ayudante o su discípula, y que era en realidad su esposa, ya que el *swami* indio estaba casado y no era realmente un *swami*. No entendí por qué participaba en una ceremonia de otra religión, pero más tarde mis amigos me explicaron que en el yoga se adora a Dios bajo cualquier forma, y que en un *ashram* era posible encontrar imágenes de Buda, de Cristo, de San Francisco de Asís o de Kabir. Yo les pregunté si yo podría adorar a Dios bajo la forma de Johann Sebastian

Bach o, mejor aún, bajo la forma de Nicollette Sheridan con un bikini blanco. Pero ellos, pobres ignorantes (aunque Ignacio recordaba perfectamente, como todos los de mi generación, sus anuncios de Martini) no sabían quién era Nicollette Sheridan.

Sin embargo, la misa entre las palmeras no era un acto totalmente desinteresado. Durante la homilía, el obispo Tudelli habló de las extraordinarias circunstancias en que nos encontrábamos, y dijo que en aquellos momentos de extrema privación y necesidad deberíamos organizarnos y unirnos, y poco menos que propuso a Stephan Kunze como líder natural de nuestro grupo, un hombre de negocios de reconocido prestigio en Europa, explicó, además de padre de ocho hijos y abuelo de diecinueve nietos, habituado a enfrentarse a situaciones difíciles y también a comandar equipos mucho más grandes y diversos que el nuestro. También habló de los heridos, tuvo unas palabras de recuerdo para los fallecidos e hizo mención a la necesidad de mantener la «dignidad humana» (ésas fueron exactamente sus palabras), la cortesía y el mutuo respeto en aquellas situaciones extraordinarias en que nos encontrábamos, con especial atención a los más débiles, es decir, las mujeres, los mayores y los niños. Pidió, por ejemplo, con su suave voz de pájaro que parecía rivalizar en musicalidad con los chillidos de las gaviotas y las fragatas que sobrevolaban la playa, que mantuviéramos todos un código de vestido respetuoso con el pudor, y afirmó que no podían consentirse los actos de desnudez pública y de desafío manifiesto a las buenas costumbres que se habían venido produciendo, y que a pesar de las circunstancias extraordinarias en que nos encontrábamos debíamos mantener la discreción cristiana y respetar escrupulosamente las reglas universales (a él, al menos, le parecían universales) de la convivencia. Yo me imaginé que se refería al hecho de que muchos náufragos se hubieran bañado en el mar en ropa interior, algunas mujeres desnudas de cintura para arriba y algunos incluso (Christian y Sheila al quitarse el traje de neopreno que usaban para hacer surf) completamente desnudos.

No escuché más. Me aparté del grupo y decidí caminar hasta el otro extremo de la playa para estar un rato a solas y contemplar el crepúsculo a mis anchas. Vi que Swayla se apartaba del grupo también y se dirigía hacia la arena. Llevaba su bikini naranja y unos pantalones cortos de tela blanca. Cuando llegó al agua se quitó los pantalones y la parte de arriba del bikini y se adentró en el mar. Vi en aquel acto un desafío ostensible a las prédicas de Tudelli, ya que todos los que asistían a la misa podían ver ahora con toda claridad su pecho desnudo. La saludé levantando el brazo y ella me devolvió el saludo, hundida en el agua hasta la cintura. Sus senos eran casi inexistentes, pero no me gustaba menos por eso.

Caminé hasta el extremo de la playa, donde me encontré a Santiago Reina, el grueso muchacho hispano. Estaba sentado en la arena húmeda, dejándose mojar por las olas suaves que le rodeaban empapando sus pantalones y luego se retiraban. Él hundía las manos en el agua y luego dejaba que las gotas de barro color violeta y rosa cayeran de sus dedos gordezuelos.

—¿Tampoco te gusta la voz de los sacerdotes católicos? —me dijo con aire

melancólico—. ¿También te trae malos recuerdos?

Le pregunté que si hablaba español y me dijo que sí, que sus padres eran puertorriqueños. Hablamos un poco en español, pero él había nacido en Estados Unidos, en Jersey City, New Jersey, y su español no era fluido. De modo que regresamos al inglés. Al cabo de un rato quedamos los dos callados, poseídos por la visión del crepúsculo.

—Es hermoso —dijo señalando las luces sobrenaturales del atardecer del trópico, las nubes anaranjadas, la luz verde sobre el mar.

—Sí —dije yo—. Lástima que no vayamos a disfrutarlo mucho.

—¿Por qué no?

—Porque pronto seremos rescatados.

—No, tío, te equivocas —me dijo él muy serio—. No vamos a ser rescatados.

—¿Cómo que no?

—Nadie nos va a rescatar, tío —me dijo—. Hemos llegado a esta isla y eso es todo lo que hay. No vamos a salir de aquí. *This is it, dude.*

—¿Por qué dices eso? Es lo mismo que dice Wade. ¿Has hablado con él?

Santiago parecía no saber qué contestarme. Era muy corpulento y muy alto, pero me dio la impresión de que intelectualmente no era más que un niño. Un niño grande y asustado y lleno de secretos y misterios, como todos nosotros.

—Mira, Juan —me dijo en español—. Yo no creo en Dios, pero no soy estúpido. Y sé que esto es un castigo. Estamos siendo castigados.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté.

—Dígame, ¿usted conoce a alguien que no se merezca ser castigado? Yo sé que lo merezco, y usted sabe que lo merece también. Yo no voy a la iglesia, ¿usted me comprende? Yo no creo esa vaina. Pero sí creo en el castigo. El castigo nos persigue toda la vida, pero no es Dios quien nos castiga, *man*. Dios no nos está mirando. Si hay un Dios, no sabe nada de mí y no me está mirando. El castigo no viene de Dios. No es un castigo justo, ¿usted me comprende? Es un castigo con el que nacemos. Nada más llegar a este mundo el castigo comienza. No es justo. No tiene fin. Lo merecemos, pero quien nos pone el castigo no pretende hacernos mejores, ni quiere hacernos pagar por lo que hicimos, y por eso el castigo no termina nunca. Dura todo lo que nosotros resistamos en este mundo. Nos persigue todos los días de nuestra vida. Y al final nos alcanza. ¿Usted me comprende? Podemos correr y escondernos, correr y alejarnos y mantenerlo muy lejos, y correr y correr y poner paredes por medio, pero llega un día en que nos alcanza. Y entonces es como un perro cuando agarra una rata. Ya no nos suelta.

Entonces sucedió algo muy muy extraño. Nos produjo a los dos un tremendo sobresalto. Oímos un tremendo aullido en el interior de la isla. Parecía el aullido de un animal que estuviera sufriendo un dolor insoportable. Sonó una vez, durante unos cinco segundos. Luego hubo una pausa y volvió a sonar. No sé por qué tuve la sensación de que sonaba muy lejos. Muy lejos, a muchos kilómetros de distancia,

aunque se escuchaba con toda claridad. Vimos cómo todos los que estaban escuchando la misa se habían vuelto a mirar en la dirección del grito. Bandadas de pájaros se habían levantado a lo lejos, en la selva.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. ¿Lo has oído?

—Claro que lo he oído, tío —dijo Santiago.

Sus grandes mejillas estaban blancas. Vi un gesto de terror en sus ojos, terror y desvalimiento.

El grito volvió a producirse. Podría describirse como un aullido pero no parecía realmente un aullido ni el grito de un animal salvaje, sino más bien el alarido de una criatura consciente que estuviera siendo sometida a un dolor enloquecedor. No parecía un grito humano, pero los gritos de los torturados a veces no parecen humanos. Estaba en el límite entre lo humano y lo no humano y quizá por esa razón resultaba tan terrorífico. Yo intenté decirme que se trataba de un sonido natural, quizá del grito de un pájaro u otro animal, pero a pesar de mis intentos de racionalización, sentía que se me erizaba el vello de la nuca, y que un terror helado me bajaba por la espalda. No era posible que ninguna criatura pudiera emitir un grito de tal potencia desde tanta distancia. Ninguna criatura de las que conocemos, quiero decir.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté de nuevo—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, tío —dijo Santiago mirándome con consternación—. Un pequeño adelanto de lo que nos espera, supongo.

Los niños. Conozco a Rosana

Al día siguiente me despertó el sonido de un violín interpretando el principio de la partita número 3 BWV 1006 de Johann Sebastian Bach. El que tocaba era Sebastian Leverkuhn, el hijo mayor de los Leverkuhn. Tenía sólo doce años, pero tocaba con madurez, con dominio, con perfecto control del fraseo y el estilo. Sophie Leverkuhn le escuchaba sentada en la arena sobre las rodillas; vestía una blusa bastante sucia (seguramente no se había cambiado desde la noche anterior) y unos *shorts* color caqui, y tenía una postura curiosa que les resulta cómoda a algunas mujeres cuando se sientan sobre las piernas dobladas, separando los pies a ambos lados en vez de unirlos por debajo de las nalgas. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y me imaginé que apenas había dormido. Las noches en el hospital eran espantosas.

La playa ascendía en una suave pendiente y como ella estaba un poco más abajo, sobre la arena fresca, el pequeño Sebastian con su violín parecía muy alto, casi un gigante. Admiré la atención y la seriedad con que Sophie escuchaba a su hijo, sólo comparable a la seriedad y dedicación con que él tocaba. Me pareció ver en aquella relación intensa algo hermoso y terrible, la raíz de las grandes carreras artísticas y de los grandes desastres personales. Era evidente que Sebastian no tocaba para ella, sino para Bach, para la música, para sí mismo, pero al mismo tiempo todo aquel torrente de cálida música era devorada por los oídos amorosos de la gran flor carnívora, la madre abnegada.

Sebastian y Sophie estaban rodeados por un grupo de curiosos que le escuchaban con ese asombro que suele suscitar la música incluso entre las personas a las que no les gusta ni la entienden. También los otros niños estaban en el círculo, Syra y Carl y Branford y Adele y Estelle.

Sebastian terminó de tocar y bajó el arco. Todos los presentes aplaudieron y Sophie comenzó a hacerle correcciones, supongo que las mismas que le había oído al profesor del muchacho. Le corrigió un par de arcos y lo hizo bien, lo cual me sorprendió porque yo sabía que ella no tenía formación musical y no tocaba ningún instrumento. Le dijo también que era demasiado *expressivo* en algunos pasajes, y que exageraba en ciertos *rallentando* que yo había encontrado exquisitos y muy musicales. En observaciones como ésta yo veía el eco castrador del viejo profesor del Conservatorio, que poda la interpretación igual que a un rosal o a un bonsái y la deja reducida a un tallo duro y helado.

Yo admiraba a Sophie pero me sentía intimidado ante ella. Era una mujer brillante, que habría destacado en cualquier grupo humano. Tenía la capacidad de involucrarse en cualquier situación, de hablar con cualquiera, de ser amable con todos, de retar suavemente a todos. Había sido redactora jefe de una revista importante del estilo de *Harper's Bazaar* (quizá de la propia *Harper's Bazaar*) y

había abandonado su carrera para cuidar a sus hijos, algo poco corriente en América, y para vivir a la sombra de su célebre marido, que iba levantando residencias de millonarios en las laderas y centros comerciales de los valles cercanos a Los Angeles. Era grande, alta, rubia, radiante. Su sonrisa no era una verdadera sonrisa, sino algo que estaba siempre puesto en su rostro para embellecerlo. Para endurecerlo, a modo de ariete. Creo que yo nunca he comprendido a ese tipo de personas, especialmente a esas mujeres en las que la bondad y el dominio están unidos, y en las que un intenso e indudable espíritu de entrega y de generosidad parecen ser el anverso de una atención desmedida por la apariencia y un inequívoco amor al lujo y al éxito.

Luego Sophie se volvió a Carl, su hijo pequeño, y le pidió que multiplicara una cifra de tres dígitos por otra cifra de tres dígitos. Carl dio el resultado al instante. Pensé que era una broma, y que era imposible que un niño de diez años realizara una operación tan complicada sin apenas pensar. Uno de los presentes, que todavía tenía batería en el móvil, hizo la multiplicación en la calculadora y dijo que el resultado era correcto. Esto provocó todavía más gritos de admiración que la maestría musical de Sebastian. Todos comenzaron a preguntarle a Carl operaciones aritméticas imposibles, y el niño contestaba imperturbable y sin apenas tomarse tiempo para buscar la respuesta. Le preguntaban números primos, le daban un número muy elevado y le preguntaban el siguiente número primo. Y siempre sabía la respuesta.

—Tienes dos hijos geniales —le dije a Sophie—. Sebastian toca muy bien. Va a ser un gran violinista.

—Técnicamente, sólo Carl es realmente un «genio» —dijo ella, sin dejar de mirar a sus hijos con un orgullo ávido e insaciable—. Tiene un coeficiente de inteligencia de 163. Superior al de Albert Einstein.

Pero los otros niños querían jugar, especialmente Syra, la muchachita india que era sólo unas semanas mayor que Sebastian. Estaba al lado de Sebastian, y contemplaba la escena con los brazos cruzados y una gran sonrisa traviesa en el rostro. Tenía las piernas muy largas y finas, ligeramente zambas. De pronto salió corriendo y se abalanzó sobre Carl, que seguía recitando resultados y resolviendo ecuaciones, y le derribó blandamente sobre la arena. Era una muchachita muy ligera y sin apenas fuerza en las muñecas, pero era bastante más alta que Carl y además le había cogido desprevenido. Le sujetó los brazos y las piernas sobre la arena y dijo que ya estaba bien de números y de cuentas. Carl chillaba como un histérico, sintiéndose humillado al haber sido derribado en el suelo por una niña y pensando que todos los que contemplaban la escena se estaban riendo de él.

—¡Te voy a matar, Syra! —chilló.

Syra reía inconteniblemente con esas carcajadas ligeras y despreocupadas de los niños, que revelan pura felicidad y son tan quebradizas y frágiles como el vidrio, y luego se apartó de Carl incorporándose rápidamente y subiéndose las gafitas de pasta sobre el tabique nasal. Carl hizo dos puños, se abalanzó sobre Syra y pareció que iba a golpearla, y entonces su hermano Sebastian se interpuso entre ambos sosteniendo

todavía el violín en la mano derecha. Carl no podía golpear a Syra y tampoco podía golpear el carísimo violín de Sebastian, de modo que se puso todavía más furioso y empezó a chillar que Syra y Sebastian eran novios y que a él le gustaba ella y por eso la defendía.

—Carl, no puedes pegar a una chica —le dijo su madre pausadamente.

—¡Es mayor que yo! —dijo, completamente rabioso—. ¡Si es más alta que yo y mayor que yo, sí puedo!

—Aunque sea mayor que tú y más alta que tú. No se les pega a las mujeres.

—Carl, tranquilízate —dijo Sebastian protegiendo a Syra con su cuerpo y el violín con el antebrazo.

—¡Sois novios! —chilló Carl—. ¡Por eso la defiendes!

En ese momento apareció la madre de Syra. Era una mujer española aproximadamente de mi edad, que estaba con el grupo de los meditadores que viajaban con el gurú indio. Creo que ya he hablado de ella. Era un poco más baja que yo, pequeña, compacta, muy hermosa, con labios pequeños y carnosos pintados de rojo geranio y una cabellera muy oscura que le caía por encima de los hombros. Tenía gafas de mucho aumento, bajo cuyas ácueas lentes sus ojitos pequeños y estrábicos se transformaban en enormes ojos oscuros y seductores. Llevaba una blusa blanca con los picos atados sobre el ombligo y unos pantalones piratas color caqui. Se llamaba Rosana.

—¡Syra! —gritó muy furiosa—. ¿Qué estás haciendo?

Me sorprendió tal explosión de ira. Me pregunté qué habría sucedido antes para que Rosana estuviera tan enfadada con su hija, o bien si habría algún elemento en la escena que todos acabábamos de presenciar que a mí se me escapaba.

Vi cómo la niña se encogía de pronto, apartándose de Sebastian y bajando ligeramente la cabeza. La sonrisa de su rostro desapareció al instante, sustituida por un gesto de irritación y de fastidio. Su boca se dobló hacia abajo. Sus párpados cayeron.

—Esta niña, cómo me tienta la paciencia —dijo su madre adoptiva—. ¿Qué estabas haciendo, Syra? ¡Contéstame cuando te hablo!

—Estaban jugando, nada más —dijo Sophie.

—¡Contéstame! —repitió Rosana dirigiéndose a su hija—. ¿Por qué bajas la cabeza? ¿Es que estás sorda?

Su enfado era tan excesivo que ninguno de los presentes sabía cómo reaccionar. Los otros niños miraban a Syra y a Rosana, sin saber qué hacer. Pareció que Carl iba a protestar de nuevo, pero Sebastian le hizo una seña para que se mantuviera callado.

—No ha pasado nada —dije yo—. Estaban jugando.

Rosana recuperó inmediatamente el buen humor. Cuando se dio cuenta de que en realidad no sucedía nada suspiró profundamente y dijo que los niños vuelven loco a cualquiera. No creo que ella creyera lo que decía, porque al menos en aquella ocasión Syra no había hecho nada para volver loco a nadie, pero me parece que quería que

creyéramos que lo creía, ya que de este modo, aunque estuviera equivocada, su conducta tenía una explicación. Syra corrió en dirección a Sebastian y le cogió de la mano, y Rosana comentó que en doce años después de su divorcio ella no había conseguido echarse un novio y que Syra lo conseguía, en una isla desierta, sólo en veinticuatro horas. Hablaba un inglés rápido y descuidado, como los que usan esa lengua sólo en las reuniones de trabajo. Como muchos españoles, creo que ella consideraba (quizá con buen criterio) que un perfecto acento español es mucho mejor que una torpe imitación del acento nativo. A pesar de todo a mí me gustaba y me caía bien.

Una cosa que me gustaba de Rosana (llamadme clásico, llamadme convencional) es que era probablemente la única mujer de la isla que llevaba los labios pintados. De un color rojo intenso, algo más oscuro que el rojo amapola. Tenía, de hecho, una barra de labios en el bolsillo con la que se los retocaba de vez en cuando, una costumbre que me pareció de lo más pertinente.

Sophie la miraba con sus grandes ojos color aguamarina y con una vaga sonrisa convencional en el rostro. Era su falsa sonrisa, la sonrisa que dice: si pudiera matarte, lo haría. Ella había dicho «están jugando, nada más», y luego había seguido mirando a Rosana y observando su explosión de ira con curiosidad, midiendo, considerando. No había dicho nada, pero yo sabía que Rosana se había sentido juzgada por ella, y que había sentido una antipatía visceral hacia aquella anglosajona perfecta de largos ojos azules.

Creo que aquélla fue la primera vez que Rosana y Sophie se encontraron frente a frente y creo que a partir de entonces se odiaron en secreto. Eran las dos formidables ejemplos de madres, las dos tan diferentes como sólo pueden serlo seres de la misma especie.

—Estamos partiendo cocos —me dijo Rosana—. ¿Te interesan los cocos, Juan Barbarín?

Oh, allí estaba. Acababa de conocerme y ya había adoptado la costumbre de todo el mundo de llamarme por el nombre y el apellido. Le dije que me interesaba cualquier cosa que pudiera beberse, y caminamos juntos hasta el grupo de españoles, dedicados a la difícil tarea de partir los durísimos cocos.

Fue Wade quien nos enseñó a hacerlo utilizando un cuchillo grueso y de forma que no perdiéramos el precioso líquido al romper la cáscara en mil pedazos. Rosana llamó a Syra para que se tomara la leche de un coco y vinieron los otros niños y también Sophie, y Sebastian y Carl olieron un coco abierto y dijeron que no pensaban beberse tal cosa, pero Syra cogió el coco que le daba su madre y se lo bebió entero y sin dejar una gota. Quién sabe. A lo mejor estaba muerta de sed, aunque beberse de un tirón el líquido espeso y dulce de un enorme coco requiere capacidades sólo al alcance de los muy sedientos o bien de los que desean acabar con el asunto como sea. Rosana puso el coco boca abajo muy orgullosa, quizá para demostrar que su hija comía y bebía cualquier cosa, quizá para congraciarse conmigo después de los gritos

que le había dado a la niña. Conmigo y con los demás, supongo, aunque quizá especialmente conmigo, a quien acababa de conocer, y que quizá, tal como a mí me pasaba con ella, me viera como una persona por la que podría interesarse románticamente.

Sophie dijo a sus hijos que hicieran lo mismo que Syra, pero ellos se negaron y salieron corriendo. Creo que se miraban con asombro unos a otros: los dos hermanos asombrados de que Syra obedeciera sin rechistar, Syra asombrada de que ellos pudieran desobedecer tan fácilmente y sin ganarse una reprimenda.

Rosana y yo nos alejamos por la playa caminando, charlando, conociéndonos. Era muy atractiva, y lo era además de una forma que desafiaba las convenciones, ya que no tenía un cuerpo precioso ni un rostro precioso, pero a su modo era preciosa, sus ojos y sus labios eran preciosos, y su piel era rosada y limpia y toda ella exhalaba una curiosa feminidad. Además me gustaba su energía y su forma de hablar, que me recordaba a mi vida en Madrid cuando era joven. Me gustaba su estilo, me intrigaba, me divertía.

Había iniciado la adopción de Syra cuando todavía estaba casada, y había hecho con su marido el largo proceso burocrático. Luego él se había enamorado de otra mujer y se había ido de casa a través de un largo proceso de indecisiones y de falsos regresos. Fue al final de esa larga agonía de separación cuando llegó, por fin, el momento tan deseado de ir a recoger a Syra al orfanato de la Madre Teresa en Calcuta. Syra era en aquellos momentos sólo una foto diminuta que le habían enviado las monjas, en la que aparecía una niñita de dos años muy morena y con unos ojos preciosos y asustados, pero la foto dejaba constancia de la existencia real de un ser humano, una niña, una niña pequeñita que respiraba, y que lloraba, y que esperaba. Rosana fue a la India con un amigo para recoger a la niña y regresó con ella a Madrid. Lo que siguió fue un suave infierno para ambas, y aquel infierno se prolongó durante varios años. Syra venía llena de enfermedades y de problemas de alimentación y de sueño. En el orfanato, los niños estaban siempre rodeados de otros niños y dormían con la luz encendida en cunas llenas de niños. No es que estuvieran mal atendidos, me explicó: el orfanato estaba limpio y las cuidadoras y las monjas eran cariñosas y eficientes, pero el amontonamiento era inevitable, y los contagios imposibles de prevenir. Syra había tenido tuberculosis y había tenido sarna, y aunque ahora estaba curada de ambas enfermedades, la sarna le había dejado el hábito de rascarse a todas horas. Tenía también problemas de estómago y problemas en la piel y problemas en los ojos (había sufrido mucho por culpa de unos parásitos que tenía en los ojos) y problemas con la flora intestinal, y tenía además una tos sempiterna, seca y fuerte, esa que los médicos llaman «improductiva», que se origina en llagas sin curar de la garganta, y había tenido además todo tipo de problemas de atención en el colegio, primero a causa de sus problemas de visión, que sus profesores y su madre habían tardado en descubrir, y luego por una fuerte tendencia a la introversión y una dificultad de la niña para expresarse verbalmente. Syra tenía un temperamento

infantil, era tímida y misteriosa, se sentía perpetuamente insegura. Le gustaban los animales y los niños muy pequeños, cualquier cosa que estuviera viva y no hablara. Cuando se sentía a gusto reía sin parar, alternando la risa con su tos seca e improductiva. Era muy delgada y estaba muy alta para su edad, aunque un desarrollo tan temprano indicaba, quizá, que dejaría de crecer pronto y que sería una joven pequeña, pequeña y esbelta, de largos cabellos satinados y delicado rostro oriental. Sí, su rostro era oriental y no agitanado como el de los indios. Había nacido en las laderas del Himalaya, en Darjeeling, y pertenecía a la etnia tibetana. Tenía los ojos rasgados y la nariz pequeña y redondeada. Lo curioso era que se parecía bastante a Rosana, que tenía también rasgos vagamente orientales, un rostro redondeado y ojos rasgados y facciones regulares y poco prominentes. Aunque es posible que el curioso parecido que había surgido entre madre e hija se hubiera ido creando en sus años de convivencia, por asimilación de gestos y mutua imitación inconsciente.

Caminando, llegamos al extremo de la playa, y luego subimos por las rocas y seguimos por la selva durante unos cuatrocientos metros y bajamos hasta la siguiente playa. Allí nos sentamos a la sombra de los cocoteros y nos pusimos a contemplar el mar.

—¿Por qué tardarán tanto en venir a rescatarnos? —preguntó Rosana.

—No lo sé. Pero no pueden tardar mucho más —dije yo—. Llevamos tres días aquí perdidos.

—Al fin y al cabo hemos tenido suerte —dijo ella—. Hemos sobrevivido.

—Sí.

—Es como si nos hubieran dado una segunda oportunidad.

—Sí.

—Es como si ahora estuviéramos en el limbo entre dos vidas —dijo ella—. Yo me siento así.

—¿En el limbo entre dos vidas?

—Sí. Como si este sitio no fuera realmente un sitio del mundo, sino un mundo intermedio. Un paréntesis.

—Un paréntesis.

—Un paréntesis para reflexionar antes de regresar.

—Entiendo.

—Aquí no hay nada que hacer, y entonces todo tu pasado se te viene encima. Te obliga a replantearte las cosas.

—Hay algunos que piensan que no van a venir a rescatarnos.

—¿Cómo?

—Que no han venido todavía porque no van a venir nunca.

—¿Cómo que no van a venir?

—Sí, se lo he oído decir a Wade, a Santiago Reina...

—¿Qué quiere decir eso de que no van a venir a rescatarnos?

—Ellos piensan que hemos caído en un lugar raro. Un lugar del que no se sale.

—No entiendo nada de lo que dices —dijo Rosana—. ¿De qué hablas, Juan Barbarín?

—No sé —dije.

—No digas cosas raras —dijo ella—. Llegarán, tarde o temprano. Nos buscarán y nos encontrarán.

—Sí, pero hay algo raro —dije—. ¿No te parece? En este sitio hay algo raro.

—¿Raro? ¿Qué te parece raro?

—No sé. Por lo pronto, llevamos tres días en esta isla sin que aparezca nadie, ni un avión, ni un helicóptero.

—Sí, eso es raro.

—Es raro, ¿verdad?

—Pero no inexplicable, ni sobrenatural.

—Está en el límite de lo inexplicable —dije yo.

—Cuando vuelva a mi casa voy a cambiar de vida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Lo veo con toda claridad. Ahora que me he parado, que he salido de la rueda, lo veo con claridad.

—Ah, ¿sí?

—Voy a dejar de hacer las cosas que no me gustan. Voy a cambiar de trabajo. Hace unos años me compré una casa en el campo, pero ya la he pagado. No necesito trabajar tanto.

—¿En qué trabajas?

—En una multinacional. Soy jefazo. Soy una superejecutiva, Juan Barbarín.

—Vaya.

—Gano un montón de pasta.

—¿Te quieres casar conmigo? —dije yo.

Ella soltó una carcajada.

—Vale —dijo.

—¿Vale?

—¿Por qué no?

Quedamos en silencio. El mar, desde esta playa, me parecía diferente del de la playa de la que veníamos. Qué extraño. ¿Acaso no era el mismo mar, la misma arena, idénticos cocoteros? La música del aire me parecía diferente, como si en esta playa fueran posibles cosas que en la otra no lo eran. ¿Por qué juegan de ese modo nuestros sentidos con nosotros? Somos esclavos de nuestras sensaciones.

—Dedicaré más tiempo al yoga y a la meditación —dijo Rosana—. Dedicaré más tiempo a mi huerto. Y dedicaré más tiempo a mi hija. Ahora casi no tengo tiempo de verla una hora al día.

—¿Una hora?

—Les pasa a todos los padres. Trabajamos tanto que llegamos a casa casi cuando los niños se acuestan.

—O sea que quieres cambiar de vida.

—Quiero dedicarme a mi hija, a mi huerto, a mis amigos y a oír música de Mozart.

—No suena mal, pero ¿y el amor?

—¿El amor? Yo ya me he olvidado del amor.

Quedé en silencio. ¿Qué podía decir? ¿Acaso yo no me había olvidado también del amor? Dejado atrás, imposible, terminado, sin esperanza.

—No somos tan viejos como para olvidarnos del amor —dije, a pesar de todo.

—No —dijo ella—, pero ¿qué pasa si el amor se olvida de ti?

Había más niños en el avión. Luego se entenderá por qué insisto en el tema de los niños y por qué los describo con cierto detalle. El hecho es que los niños eran importantes en la isla. Eran importantes para la isla, quiero decir.

Había un niño de cuatro años, Branford, hijo de una pareja de neozelandeses, Bruce y Gloria Griffin, que trabajaban como guionistas de la cadena CBS en Los Angeles. Era muy simpático, y a mí me recordaba por su aspecto y sus pantalones siempre caídos a Daniel el travieso, el niño de los cómics. Se dedicaba a pasear por la playa en busca de conchas, caracolitos y cangrejos muertos, que luego se metía en los bolsillos.

Había dos niñas muy poéticas y misteriosas, Adele y Estelle, de siete y ocho años, hijas de una pareja de diplomáticos australianos, Henry y Diffy McCullough. Iban vestidas con vestiditos cortos blancos, dos perfectas señoritas en medio de la jungla. Eran muy tímidas y siempre estaban juntas y cerca de sus padres. Luego nos enteramos de que Adele era autista, y que había tardado mucho en aprender a hablar. Las dos hermanas habían desarrollado un idioma propio para comunicarse que se parecía a los gritos de los pájaros.

Y estaba Seymour, el más pequeño de todos. Tenía sólo dos meses y era hijo de una muchacha muy joven llamada Lizzy, una rubia platino que trabajaba como camarera en un *diner* en Sausalito y no había llegado a terminar la *High School*. Al parecer, Seymour tenía un tumor en el cerebro, y Lizzy se lo llevaba a la India para que le vieran en un hospital ayurvédico de Madrás. Había oído hablar de este hospital en un documental que había visto en el Canal 13 o, más probablemente, que alguna amiga suya había visto en el Canal 13, porque no creo que Lizzy hubiera sintonizado en su vida el Canal 13. También ella se había aprovechado de las tarifas increíblemente económicas de la compañía Global Orbit, ya que de otro modo jamás habría podido ahorrar dinero suficiente para viajar tan lejos. Al parecer, todos los camareros del *diner* donde trabajaba le habían dado las propinas de una semana para ayudarla a pagar el billete de avión.

Aquella historia de Lizzy llegó pronto a oídos de todo el mundo, dado que Seymour era el más joven de todos los naufragos y eran muchos los que se acercaban a Lizzy para ofrecerle ayuda con el bebé, especialmente las mujeres del grupo. Estábamos todos en una situación penosa, pero la situación de Lizzy era

especialmente dramática, con un bebé al que tenía que dar de mamar cada dos o tres horas, sin pañales ni ropa para cambiarle ni agua dulce para lavarle. Seymour se despertaba llorando durante la noche. Lizzy estaba agotada y estresada, tenía poca leche y el niño lloraba de hambre. Le había hecho una especie de cuna o de nido utilizando hojas de palmera, ramas, mantas y almohadas traídas del avión, pero pronto descubrió que esta cuna no protegía al bebé de los animales. En una ocasión en que Seymour dormía plácidamente después de mamar, decidió alejarse unas decenas de metros para darse un baño en el mar, y apenas había entrado en el agua cuando un presentimiento horrible la hizo salir y correr hacia la cuna del bebé. Se encontró a un lagarto muy oscuro de casi dos metros de longitud, con una larga lengua rosada que entraba y salía velozmente de su boca, dando vueltas alrededor del nido del niño. Asustó al lagarto dando gritos y tirándole arena a los ojos, y el animal desapareció corriendo pesadamente, pero a partir de entonces Lizzy no dejaba a Seymour solo ni un instante.

Sophie Leverkuhn, Josephine y otras mujeres del grupo la ayudaban a cuidarlo, y también un joven de aspecto bonachón llamado George, que se pasaba el día charlando con ella, ayudándola a cambiar al niño y llevándolo en brazos mientras paseaban. Las opiniones estaban divididas en torno a George: para algunas mujeres del grupo era un ejemplo del que deberíamos aprender los otros hombres, todos nosotros egoístas congénitos y seres carentes de sensibilidad; para otros, George había decidido dedicarse tanto a Seymour no porque le gustaran los niños, sino porque deseaba lograr los favores de la madre, que poseía una de esas bellezas dulces y como de muñequita austríaca que a algunos hombres les hacen perder el seso.

Fuera como fuera, la historia de Seymour y la razón del viaje de Lizzy a la India con su bebé se habían extendido rápidamente por nuestra pequeña sociedad. Joseph, al conocerla, se fue a hablar con Lizzy y le dijo que no tenía sentido que abandonara Los Angeles, donde se encontraban algunos de los mejores hospitales del mundo, para llevar a su hijo a un país del Tercer Mundo a que recibiera un tratamiento de medicina tradicional basado en aceites, masajes y cortezas de árbol. Le dijo que, por lo que él sabía, la medicina ayurvédica era una forma de curación basada en unos textos que tenían cientos o quizá miles de años de antigüedad. Pero en medicina, le dijo, cuanto más antiguo, menos fiable. La medicina de hace cincuenta años, dijo Joseph, ignoraba la mitad de las cosas que nosotros sabemos hoy en día. Imagínate la de hace mil años.

—Creo que deberías dejar que Lizzy tome sus decisiones por su cuenta —le dijo Wade a Joseph hablando con gran suavidad y sin perder la sonrisa.

—Uno tiene que estar informado antes de tomar una decisión, Wade —dijo Joseph—. Y creo que en temas médicos, yo soy una fuente de información bastante fiable.

—Ellos dijeron que mi niño iba a morir —dijo Lizzy apretando las mandíbulas—. Eso fue lo que dijeron ellos.

—Nadie debería decir ese tipo de cosas —dijo George—. Nadie debería quitar la esperanza a otro de ese modo.

Alguien, una de las mujeres, le preguntó a Lizzy por el padre del niño, y ella dijo que el niño no tenía padre, que era suyo solamente, que los dos habían estado siempre solos, que seguirían estándolo, y que estaban muy bien así. Luego cogió a Seymour y George y ella se fueron a pasear por la playa. Lizzy era bajita, de caderas anchas y, como ya he dicho, con una larga cabellera de color rubio platino. George era mucho más alto que ella, un muchacho de aspecto apacible. Yo no sabía a qué se dedicaba, pero me lo imaginaba despachando en una tienda, quizá en una papelería, o en una tienda de fotocopias, alguna actividad tranquila y poco problemática donde pudiera ser amable con la gente y ofrecer a todos su ayuda y su sonrisa impersonal.

Volví a ver a Rosana y a Syra ese mismo día, en una visita que hice al grupo de españoles. Encontré a Rosana gritando a su hija y agarrándola con fuerza del hombro. Se había puesto un bañador de flores rojas y blancas y llevaba un gorrito blanco y unas gafas de sol. La niña estaba callada y encogida, con los ojos bajos y como esperando a que la furia de su madre se agotara.

—¿Por qué estás siempre haciendo cosas que enfadan a mamá? ¿Por qué estás siempre haciendo cosas que enfadan a mamá? —le decía a gritos.

—Lo siento —decía la niña débilmente, con rabia apagada.

—¡Cállate! ¡No digas nada! ¡No digas nada porque todavía te voy a soltar un par de tortas!

Pensé en retirarme, porque me hacía daño contemplar la escena, pero entonces Rosana me vio. Su actitud cambió por completo y su voz se dulcificó.

—Juan, no te había visto —dijo—. Esta niña imbécil me saca de quicio. Dios mío, cómo me saca de mis casillas. Dios mío, cómo me tienta la paciencia.

—¿Qué has hecho, Syra? —le pregunté a la niña intentando buscar la complicidad de sus ojos.

—Nada —dijo ella.

—Nada —dijo Rosana, recuperando su furia de nuevo—. Echar a perder una lata entera de mermelada y una lata de cacao con avellanas. Regalársela a las hormigas y a los escarabajos. ¡Con la poca comida que tenemos! ¡Es que no tiene cerebro!

—Ya te he dicho que lo siento —dijo la niña, sin atreverse todavía a levantar los ojos pero envalentonada por mi presencia.

—¡Te he dicho que no me contestes y no te consiento que me levantes la voz! ¡No me levantes la voz! —le dijo a gritos.

Me sentía avergonzado por la escena que estaba contemplando y deseaba marcharme de allí cuanto antes. Sentía lástima por la niña y también lástima por la madre, poseída hasta tal punto por aquel diablo de rencor y de maldad que la hacía convertirse en una verdadera bruja con su hija. Syra me miró de reojo y vi en sus labios y en sus ojos, medio ocultos por sus largas trenzas negras, una sonrisa irónica que sólo yo podía ver y que permanecía invisible a su madre. Esta sonrisa me

sorprendió. Pensé que Syra estaba avergonzada y disgustada y, por el gesto de su labio inferior, que sobresalía en un puchero desconsolado, que estaba a punto de llorar. Pero en realidad no lloraba, sonreía. Me sonreía. Su disgusto, su vergüenza, eran puro teatro. Su madre gritaba frenéticamente y la niña se reía en secreto, como si en realidad fuera ella la bruja, la pequeña brujita que había aprendido cómo volver loca a su madre y convertirla en un ser odioso a los ojos de los demás.

Encontramos la antena

Así transcurrió la mañana del tercer día. Todos mirábamos al mar esperando que nuestros salvadores aparecieran por fin. Suponíamos que llevaban tres días buscándonos y no nos parecía posible que los helicópteros o los barcos tardaran mucho más en aparecer. Pero no aparecían.

Wade señaló que necesitábamos encontrar urgentemente agua corriente y pidió voluntarios para acompañarle. Dije que iría con él, y también nos acompañaron Christian y Sheila, Gwen Heller, Santiago Reina, Joaquín y Xóchitl, una muchacha mexicana del grupo de latinoamericanos. Xóchitl tenía una de esas trágicas bellezas mexicanas, intensas y turbadoras, y creo que Joaquín se sentía atraído por ella. Lo cierto es que éramos un grupo bastante heterogéneo. Me sorprendió que Santiago, un muchacho con bastante sobrepeso, se ofreciera a pasarse el día caminando. En cuanto a Gwen, creo que era la primera vez que posaba los ojos en ella. Debía de tener alrededor de treinta años y vestía como una exploradora, con camisa verde hoja, pantalones cortos color caqui y botas gruesas. Tenía cuerpo de deportista y rostro de intelectual, unas magníficas rótulas en sus rodillas morenas y unas gafas redondas sobre su pequeña nariz redondeada, una combinación que, a mis ojos, la hacía irresistible, aunque ya sabéis que a vuestro viejo gato cariñoso Juan Barbarín casi todas las mujeres le resultan irresistibles. Según nos explicó, era bióloga y trabajaba en el zoo de San Diego, donde se ocupaba sobre todo de las crías y los recién nacidos.

Pero mi principal motivo para unirme a esa primera expedición no era el deseo de conquistar a Gwen, sino averiguar qué eran exactamente esa especie de susurros o de voces que yo había creído oír entre las hojas en las ocasiones en que me había metido entre la vegetación para hacer mis necesidades. Sin embargo, ahora que íbamos todos en grupo no se oía otra cosa que los chillidos de los pájaros y los cachetes que nos dábamos en la piel para matar a los mosquitos que nos picaban. Los susurros que yo había creído oír entre las hojas en mis incursiones solitarias en la selva habían desaparecido.

La vegetación era muy densa, pero tuvimos la inmensa suerte de encontrar un machete clavado en la raíz de un árbol. Quién sabe cuántos años llevaría allí. Estaba muy viejo y oxidado, y Wade dijo que seguramente lo habría clavado allí un soldado japonés durante la Segunda Guerra Mundial. Le costó un buen rato extraerlo de la raíz, y cuando lo logró por fin, lo enarboló en el aire. Yo pensé en la espada de Arturo clavada en un yunque, y que Wade acababa de convertirse en el rey de la isla. Se lo dije y él me miró con una sonrisa extraña, como si yo hubiera tocado un tema sensible.

A una media hora de allí encontramos un arroyo de aguas limpias, en el que todos nos agachamos para beber con la mano. Wade abrió su mochila y sacó un vaso

metálico, que nos entregó con gesto serio. Cuando todos saciamos la sed, bebió él también. Tenía algo de héroe, sobre todo en esos días, algo de caballero de la mesa redonda, algo de rey antiguo, magnánimo, poderoso, gentil, impenetrable. Parecía sentirse muy feliz y a gusto en aquel lugar olvidado de la mano de Dios. Se movía con soltura por la isla, trepaba a los árboles, barruntaba la lluvia, cortaba un fruto y se lo llevaba a la boca. Además, siempre parecía saber qué era lo que debíamos hacer. Me pregunté si por su edad podría haber estado en Vietnam, y si había sido allí, en el sur de Asia, donde había aprendido a moverse y a sobrevivir en la selva. Yo me lo imaginaba como uno de esos soldados que caen enamorados del trópico, aunque no había nada sombrío ni mortuorio en él. No, no eran la muerte ni la impunidad, ni la noche lo que él amaba de la selva, sino su fluidez, su permanente estado de exaltación, su humedad contagiosa. Dijo que continuaríamos hacia el interior durante una hora para intentar encontrar un punto elevado desde el que pudiéramos ver el paisaje que nos rodeaba y que luego regresaríamos al arroyo y lo seguiríamos hasta la desembocadura, y que allí, en el lugar donde el arroyo desembocara en el mar, era donde deberíamos instalar nuestro campamento. Parecía lógico, pero dudo que a mí se me hubiera ocurrido una cosa así.

Seguimos caminando en dirección a las colinas. No veíamos animales grandes a nuestro paso, nuestra principal esperanza de hallar alimentos en la isla, sin duda porque nosotros mismos los asustábamos. Había árboles inmensos por encima de nosotros, especies desconocidas para mí con gruesos troncos y ramas cargadas de lianas que llegaban hasta el suelo, y en lo alto de estos árboles vimos monos de larga cola, que nos observaban, según creo, sin atreverse a acercarse. Eran monos capuchinos, de rostro pálido y fantasmal. En aquella época yo no pensaba que los monos fueran comestibles ni se me había ocurrido nunca la posibilidad de comerme un mono, un ser con rostro y con manos. Vimos también una enorme cacatúa blanca y rosada volando bajo el dosel de las copas de los árboles, una visión tan hermosa como la de un ángel. Luego salimos de la zona de los grandes árboles y llegamos a una zona más elevada donde la vegetación se hacía más dispersa. Era una especie de meseta donde los árboles crecían muy separados unos de otros, y desde donde podíamos ver varias colinas verdes a nuestro alrededor. Sheila gritó cuando descubrimos que en lo alto de una de ellas asomaba lo que era inequívocamente una antena de radio. Creo que en ese momento todos sentimos que estábamos salvados, que por fin nuestros sufrimientos habían terminado.

Tardamos casi una hora más en llegar a lo alto de la colina donde estaba la antena. Era mucho más alta de lo que parecía desde abajo, una formidable construcción metálica estabilizada con largos cables de acero que se elevaba unos treinta metros sobre la cumbre y situada sobre una plataforma de hormigón en la que había también una especie de búnker y varias edificaciones abandonadas. Enseguida comprendimos que el lugar estaba desierto y que hacía muchos años que aquella antena no funcionaba.

Exploramos las edificaciones en busca de pistas, de claves. La estación de radio resultaba inservible sin un generador eléctrico, aunque los aparatos parecían estar en buen estado. Había unas cuantas habitaciones con literas, y también una cocina con abundantes aperos y una despensa atiborrada de provisiones, aunque todas las latas estaban caducadas. Había un salón de descanso con algunos muebles, un sofá, una mesita, algunos juegos, un tablero de ajedrez, un *backgammon*, un Scrabble y un revistero con varios números de *Life* de los años sesenta y un número de *Playboy* de Julio de 1957, cuya *pin-up* era una tal Jean Jani, una morena muy atractiva de larga cabellera negra cuyas fotos en bañador (había otras sin bañador) me recordaron a las de mi madre en la playa a fines de los años cincuenta.

Joaquín, el primo de Cristina, exploraba las habitaciones interiores con Xóchitl. Les oía reír, como dos adolescentes disfrutando en una excursión. Yo conocía a Joaquín desde que éramos niños, pero en los últimos años apenas nos habíamos visto y sólo sabía de él de forma indirecta. Yo tenía la idea de que se había convertido en una persona «rara», y que a pesar de su formación científica (había estudiado Ciencias Químicas) estaba muy interesado en los extraterrestres y las energías espirituales. También sabía que le gustaban las mujeres bellas y problemáticas, y que había tenido algunas relaciones tempestuosas y difíciles. Yo sentía afecto por él, pero me daban miedo aquellas rarezas suyas de las que había oído hablar. Por motivos que se harán evidentes más tarde, yo no quería tener relación en mi vida con budistas, espirituales, vegetarianos ni chiflados que miran el cielo en busca de luces que se mueven. Las personas que están completamente convencidas de algo y que poseen unas leyes internas, sean cuales sean, de acuerdo con las cuales actúan en todo momento, siempre me han producido un profundo desasosiego. Sin embargo Joaquín no parecía dogmático ni rígido. A mí me recordaba más bien a un duende juguetero, deseoso de maravillas y aventuras.

Xóchitl reía cuando caminaban los dos juntos por las habitaciones abriendo cajas metálicas y forzando armarios. Era una muchacha alta y delgada, muy morena, con una gran mata de pelo negro, nariz y labios aztecas y grandes ojos negros llenos de melancolía. Encontraron una especie de anillo de cristal en uno de los armarios, y Joaquín dijo que era el anillo del poder y se lo puso a Xóchitl en un dedo. Creo que ella no sentía el menor interés por la fantasía.

Oí que Joaquín me llamaba desde el interior y me acerqué a ver qué pasaba. Estaban en la habitación del fondo, que estaba llena de muebles amontonados.

—Echa una mirada a esto —me dijo Joaquín, señalando a la pared. Me sorprendió su gesto de seriedad, casi de miedo. Creo que era la primera vez que veía un gesto así en sus ojos.

En la pared había unas palabras escritas. Decían así:

NADA ES LO QUE PARECE
ESTO NO ES UNA ISLA

DIOS SE APIADE DE NOSOTROS

No sé por qué, al leer aquellas palabras sentí un escalofrío de terror. Pero no supe cómo interpretarlas. Ni quise pararme a interpretarlas. Salí y llamé a Wade para que leyera el letrero. Joaquín dijo que aquel mensaje era reciente y que iba dirigido a nosotros. Vamos, muchachos, dijo Xóchitl, no hay nadie dentro de la isla. Esto lo escribió alguien mucho tiempo atrás, quién sabe por qué. Lo que nos está diciendo, insistió Joaquín, es que no nos creamos las cosas que vemos. Nos está alertando, y es posible que no pueda hacerlo de forma más concreta.

—A ti te gustan los misterios, Joaquín —le dijo Xóchitl mirándole con una sonrisa triste—. ¿Que no sabes que en el mundo no hay ningún misterio?

—Yo creo que el mundo está lleno de misterios —dijo Joaquín.

—Llamamos misterio a lo que todavía no podemos explicar —dijo Xóchitl.

—Vale —dijo Joaquín—. Pero no digas que no hay misterios.

Wade no hizo ningún comentario. Frunció las cejas y se agarró la barbilla con la mano derecha y seguía mirando y mirando obsesivamente las palabras escritas en la pared. Le dejamos allí dentro, apoyado sobre su rifle como si fuera un cayado, releendo el letrero como si contuviera un mensaje que él específicamente debía desentrañar.

Era hora de regresar. Cogimos unas cuantas ollas, cucharas y cuchillos, que nos parecieron los instrumentos más útiles, además de cajas de cerillas suecas, de las que en la cocina había una provisión casi infinita y que no se habían visto afectadas por la humedad, y regresamos de nuevo hasta el río. Lo fuimos siguiendo durante varios kilómetros, pero no parecía querer decidirse a girar hacia el norte, en dirección al mar. Lo hizo, finalmente, y se fue haciendo más ancho y remansado. Era muy hermoso y relajante contemplar aquel arroyo de aguas frescas y dulces que se deslizaba por debajo de las retorcidas ramas de los árboles más hermosos que yo había contemplado jamás, ramas cargadas de lianas en cuyos nudos nacían otras plantas que clavaban sus raíces en el tronco de la primera, plantas de las que nacían otras plantas con otras hojas y otras flores. El arroyo se unía a otro arroyo, y luego a otro más, y se hacía todavía más ancho. Ahora tenía casi veinte metros de anchura, y podía ser considerado un verdadero río. Yo no sabía que en una isla pudiera haber ríos tan grandes porque, de hecho, la mera existencia de los ríos siempre me ha parecido un milagro inexplicable. Allí estaba, pues, el pleno misterio de los ríos, deslizándose para mí en un fluir que parecía no provenir de ningún sitio ni ir tampoco a ningún lugar. ¿Era el río de los muertos o el río de la vida aquél? Lo seguimos hasta su desembocadura en el mar, en unas amplias riberas sombreadas que me recordaron a ese grabado de Blake que representa al río del Paraíso, cuyas aguas son luz y en cuyas riberas habitan los bienaventurados. Un pavo real de plumaje de intenso turquesa paramor nos saludó a nuestro paso, para luego abrir las alas asustado y escapar volando con su larga cola de zafiros colgando en el aire. Varios bananos de la

altura de un hombre cargados de frutos amarillos, verdes, rojizos y violáceos, ponían su verde dulce entre la sombra misteriosa de los árboles más altos. Había árboles del pan, con sus enormes frutos color verde amarillento colgando de las ramas. Gwen señaló también plantas de ñame en las riberas de aquel río maravilloso. Parecía que habíamos llegado al país de la abundancia. Regresamos a nuestro campamento caminando por la costa en dirección al este. Estábamos sólo a cinco kilómetros de nuestra playa, aunque realizar el recorrido por el interior y siguiendo los caprichos del arroyo (sin contar con la subida a la colina de la torre de radio) nos había llevado casi todo el día.

Recuerdo el sentimiento de exaltación que me poseía al regresar. Exaltación por el cansancio y también por la sensación de haber realizado una acción difícil, casi una hazaña. Yo jamás he sentido el menor interés por el ejercicio físico ni por la aventura, pero en la isla me sentía diferente. Algo nuevo había nacido en mí, el deseo del riesgo, la necesidad de medirme físicamente con el mundo —y conmigo mismo—. Y no sólo era la sensación física, el atrevimiento (así lo sentía yo entonces) de adentrarse en una isla desconocida y llena de posibles peligros, sino además la sensación de estar haciendo algo que no sólo era bueno y necesario para mí, sino también bueno y necesario para otros. Un deseo de ayudar y de servir a los otros como jamás había experimentado antes. Recuerdo que sentía, además, que nunca en mi vida me había sucedido nada tan interesante, nada que hubiera requerido de tal forma mi atención ni que me hubiera asustado ni emocionado tanto. Pensé en el descubrimiento del río, en la antena, en la inscripción en la pared que habían descubierto Joaquín y Xóchitl, en su mensaje ominoso: esto no es una isla, Dios se apiade de nosotros. Pensé que en cualquier momento llegarían, por fin, los equipos de rescate y nos sacarían de allí, y de pronto me descubrí sintiendo tristeza al pensar que aquella aventura pudiera terminarse.

Abandonamos los cuerpos

Busqué a la señora mayor cuyo nombre, según creía recordar, era Jean Jani y la encontré en el hospital cuidando a los heridos. Le pregunté si era la misma Jean Jani que había sido *pin-up* de *Playboy* algunos años atrás y, para mi gran sorpresa, se echó a reír y me dijo que, en efecto, era ella, pero que no era posible que yo la hubiera reconocido. Le mostré la revista que habíamos encontrado en el interior de la isla. En la portada aparecía ella en la cubierta de un yate, vestida sólo con una chaqueta roja cuya cremallera se abría de forma insinuante mostrando el nacimiento de un seno y bajo la cual, aparentemente, no llevaba nada de ropa.

—Vuelve una y otra vez —dijo sonriendo—. Hace unos años mi hija la descubrió, descubrió que yo había sido *pin-up*. ¡Nadie sabía nada! Cuando se enteraron, todos estaban orgullosos. Yo pensaba que era algo que había quedado atrás para siempre. Pero ya ves, nada queda atrás para siempre. Todo vuelve una y otra vez.

Le dije que me parecía una casualidad asombrosa que hubiéramos encontrado aquella revista allí, pero a ella aquello no parecía extrañarle tanto. *Playboy* es una revista muy popular, y es posible hallar un ejemplar casi en cualquier sitio.

Me encontré con Rosana, que acababa de salir del mar y se secaba con una toalla sus largos y espesos cabellos negros medio oculta entre las palmeras y las bromeliáceas, en un entorno densamente aforestado que me recordó al encantador de serpientes del cuadro de Rousseau, aunque la piel blanca de Rosana entre las hojas oscuras y las polilobuladas flores rosadas contrastaba con la piel casi negra que el encantador de serpientes tiene en el cuadro. Pensé que se había ocultado entre las hojas para desnudarse, pero no tenía muda de ropa. Hablé un rato con ella, le conté nuestra aventura en el interior de la isla y le hablé del río que habíamos encontrado. Noté que ella me miraba de una manera especial y que sonreía, y entonces me di cuenta de que no llevaba aquellas gafas que llevaba siempre, cuyas lentes de mucho aumento le hacían unos ojos enormes. Le pregunté por sus gafas y me felicitó por mis dotes de observación. Al parecer, yo era la primera persona en todo el día que se daba cuenta de que no llevaba gafas. Me explicó que desde su llegada a la isla se notaba rara con las gafas, como si los cristales no le sirvieran. En un principio había pensado que sus dioptrías habían aumentado aunque, según me explicó, la enfermedad de sus ojos no era degenerativa y no había motivo para esperar que sucediera algo así. Pero al quitárselas descubrió que había sucedido lo contrario, y que ahora veía bien sin las gafas.

—¿Entonces? —pregunté.

—Mis ojos se han curado —me dijo—. No sé cómo, pero ahora veo perfectamente.

—¿Las llevabas desde hace tiempo?

—¡Desde que tenía cuatro años! —dijo Rosana—. Siempre he tenido unos ojos débiles. Cuando era niña me tapaban un ojo para que el otro no se hiciera perezoso. Tenía estrabismo, mucho estrabismo, y muchas dioptrías. Yo siempre he llevado gafas, siempre, todos los días de mi vida.

—¿Entonces?

—Yo qué sé, tío. Ahora veo de puta madre.

—Pero eso es muy extraño, ¿no?

—Es inexplicable.

Se puso la toalla alrededor del pelo como un turbante, esa clase de cosas que saben hacer las mujeres y que a mí tanto me admiran. Luego se calzó unas sandalias para caminar sobre la arena. Estábamos allí los dos solos, en medio de las palmeras y soplaba una brisa deliciosa. Le dije que era la primera vez que la veía sin los labios pintados, y entonces ella se me acercó, se puso un poco de puntillas y me besó en la boca. Fue un beso rápido, quizá fraternal, pero no tan rápido como para no sentir claramente el contacto mullido y curiosamente íntimo, quizá íntimo en exceso, de sus labios pequeños y compactos. Tenía la boca fría a consecuencia del baño que acababa de darse, pero a pesar de todo yo sentí el calor de su sangre por debajo del frío. No sé por qué me besó así de pronto. Quizá se debiera simplemente a que se sentía feliz. No supe cómo interpretar ese beso, pero me gustó.

Al caer la tarde hubo una especie de gran asamblea en la que participaron todos los náufragos y en la que, a la luz de una gran hoguera, nos enfrentamos por primera vez colectivamente a la situación incomprensible en la que nos encontrábamos. Wade informó de nuestro descubrimiento, es decir, que unos cinco kilómetros playa abajo, hacia el oeste, desembocaba el río que habíamos encontrado y que aquél era el lugar ideal para instalarnos. Sin embargo, muchos de los náufragos, especialmente los liderados por los Kunze y el obispo Tudelli, se manifestaron en contra de abandonar «nuestra» playa. La ayuda no tardaría en llegar, afirmaban, y si desaparecíamos todos de la playa sin dejar ni rastro, nuestros salvadores podrían suponer que estábamos todos muertos y ahogados. El razonamiento no era absurdo, pero el problema que planteaban admitía una fácil solución: dejar un puesto de vigilancia en la playa del accidente para recibir a unos hipotéticos salvadores.

Joseph resumió nuestras prioridades básicas: encontrar agua, enterrar los cadáveres que aún seguían en el avión, construir refugios contra la lluvia que caía en la isla constantemente y organizar grupos diferentes para encontrar comida. Insistió en que si queríamos sobrevivir y mantenernos sanos hasta que llegaran a rescatarnos, tendríamos que organizarnos y trabajar en equipos.

Discutimos también sobre la necesidad de enterrar a los cadáveres del avión pero finalmente, y después de varias intervenciones muy airadas, decidimos que nuestras prioridades eran otras, y que no teníamos ni los medios ni el tiempo para trasladar casi doscientos cadáveres ya en estado de descomposición hasta la costa y cavar doscientas tumbas. Nadie que no lo haya intentado sabe lo difícil que es cavar una

tumba en la dura tierra sin las herramientas adecuadas. Jimmy Bruëll resolvió la cuestión con elegancia al pedir voluntarios para ir al avión a recoger cadáveres malolientes, luchar contra los pájaros que se abalanzarían sobre nosotros, traerlos a la isla y luego pasarse dos o tres días abriendo fosas en la tierra hasta lograr inhumarlos a todos. Sólo se levantaron tres o cuatro manos, de modo que el problema se deshizo por sí solo. El obispo Tudelli clamó con indignación contra Bruëll diciendo que aquello de dejar que los cuerpos se pudrieran al aire libre y fueran devorados por los animales no era cristiano.

—Entonces ve tú al avión, hermano —le dijo Jimmy—. ¡Nadie te detiene!

—¿Es que no tienen ustedes sentimientos? —preguntó Tudelli—. ¿Es que no tienen ustedes compasión?

—Yo sólo digo que no pienso hacerlo —dijo Jimmy—. Que los muertos se ocupen de los muertos. ¿No dice eso el Buen Libro?

Tudelli le miraba desconcertado. Seguramente no estaba acostumbrado a que nadie le hablara de ese modo. A pesar de todo, seguía sonriendo.

—Está hablando con un apóstol de la Iglesia —le dijo entonces Kunze a Jimmy muy enfadado—. ¡Muestre un poco de respeto!

Kunze, el millonario suizo, era un hombre septuagenario, pero había algo en él que imponía respeto. Algo físico, quiero decir. El poder, la riqueza, la autoridad emanaban de él de forma natural.

Jimmy se volvió a mirarle con un gesto extraordinariamente simpático y amistoso, aunque en sus ojos rubios había un brillo de violencia y de desdén que casi me asustaban.

Era una de esas conversaciones imposibles, la charla de un millonario con un criminal.

—Su amigo Puccini será apóstol, Dalai Lama, Gran Pachá o incluso Lord Sith en el sitio de donde viene —dijo Jimmy—. Pero aquí somos todos iguales.

—¡Es usted un bárbaro! —dijo Kunze.

—Llámeme Conan —dijo Jimmy guiñándole un ojo.

Conozco a Carlos

Nos trasladamos a la desembocadura del río que habíamos descubierto el día anterior, y comenzamos a construir cabañas en las amplias riberas, algo alejados del agua dulce para evitar los mosquitos. El río no desembocaba directamente en el mar, sino en una laguna de aguas tranquilas y transparentes cuya área crecía y decrecía suavemente con la marea, y que llegaría a convertirse en el lugar favorito de los juegos de los niños. Era ovalada, de color turquesa, de amplias orillas blancas, y tenía unas aguas tan tranquilas como las de una piscina.

Había un grupo de cocoteros a este lado de la laguna y al otro lado, a barlovento, una espesura de grandes árboles de copas oscuras que traían un olor medicinal a través de las aguas con el soplo de los vientos alisios, y que según me explicó el doctor Masoud, un juez retirado de Lucknow, eran alcanforeros, árboles que en la India se consideran de mal agüero y cuyas hojas son letales para los pájaros y pueden envenenar el agua de un río y hacerla no potable. Afortunadamente aquéllos estaban corriente abajo y alejados del poblado. De cualquier modo, creo que el doctor Masoud tenía una relación de amor con aquellos árboles intensamente perfumados, ya que se construyó una pequeña barquita y un remo a fin de poder cruzar la laguna para visitar los alcanforeros y coger ramas caídas en buen estado, que utilizaba para hacer tallas de animalitos que luego les regalaba a los niños. Era muy hábil con aquellas tallas, y su repertorio de animales era infinito. A mí me regaló un pingüino y un delfín.

Lo más difícil fue trasladar a los heridos, algunos de los cuales estaban empeorando sin remedio dada la pobreza de las condiciones higiénicas. Las heridas aparecían llenas de gusanos blancos, y había que abrirlas de nuevo para limpiarlas y desinfectarlas. Los heridos gritaban igual que las gaviotas. Joseph quería reservar las jeringuillas de anestesia para las posibles intervenciones quirúrgicas, y los analgésicos corrientes a veces no bastaban. En la isla me hice consciente más que nunca antes en mi vida de la realidad del dolor humano.

Cuando terminamos el traslado de los heridos y de nuestras escasas pertenencias a las orillas del río, comenzamos la edificación de las cabañas. Fue la tarde de ese mismo día cuando conocí a un brasileño de unos sesenta años que parecía enormemente hábil con la madera y que se ofreció a ayudarme para construir mi palapa, seguramente conmovido al ver mi torpeza. Unos días más tarde me enteré de que él ni siquiera se había construido un techo para sí mismo y que a pesar de que se pasaba el día ayudando a los otros a construir techos y levantar paredes, él dormía sobre la arena, a la intemperie, y me maravillé de su generosidad. Hablábamos en inglés, pero él a veces me hablaba en un portugués muy pausado que yo entendía perfectamente. Yo sentía en aquellas palabras portuguesas la amplitud de un corazón

tan dulce y sereno como el río verde que fluía un poco más allá. Le dije que había personas que necesitaban más su ayuda que yo, personas con hijos, enfermos, personas mayores, y me dijo que me daría unas instrucciones básicas para que luego yo pudiera seguir por mi cuenta y pudiera, además, ayudar a otros. Con breves palabras, y muchas veces sin palabras y simplemente mostrándome cómo hacerlo, ya que no era hombre excesivamente locuaz, me explicó cómo cortar las cañas y cómo atarlas para formar un armazón, y luego cómo doblar las hojas de las palmeras y entrelazarlas en el armazón de cañas a fin de formar planchas más o menos impermeables. Tenía un hacha, un formón y un cepillo, herramientas de carpintero con las que cortaba árboles y ramas, las descortezaba, las pulía y las transformaba en piezas que, milagrosamente, encajaban entre sí. Me enseñó a tejer rápidamente cuerda con fibras vegetales y a hacer nudos prietos que no se desataban.

—Ahora que ya sabes un poco, puedes ayudar a los enfermos —me dijo.

Le pregunté cómo se llamaba y me dijo que su nombre era Carlos. Nos dimos la mano. Era un hombre de pelo gris, no muy alto, muy musculoso, de piel oscura del color del café cortado con un poco de leche. Tenía grandes manos de carpintero con largos y gruesos dedos y palmas de color rosado, y un temperamento inusualmente plácido y sereno. Trabajaba de forma concienzuda, sin prisa, siempre con una sonrisa en el rostro. Medía, miraba, comprobaba, volvía a medir. Le pregunté de dónde era y me dijo que había nacido en Belo Horizonte, en el estado de Minas Gerais, pero que llevaba más de treinta años viviendo en Estados Unidos. Yo supuse que era carpintero, o quizá ebanista, pero como de costumbre desde mi llegada a la isla, me equivocaba.

Me acerco a los meditadores

Construimos una pequeña villa a la que llamábamos «el poblado», a la orilla de un río que llamábamos «el río», cerca de una playa a la que llamábamos «nuestra playa», ya que ésta era ahora «nuestra playa» por oposición a «la playa del avión», que era aquella en la que habíamos pasado los primeros días.

De pronto, se instaló entre nosotros un fantasma y una presencia constante. Era el hambre. Nos dimos cuenta de que teníamos que dedicar casi todos nuestros esfuerzos a encontrar comida o bien moriríamos todos, si es que no empezábamos antes a comernos unos a otros.

En los primeros días, los que más éxito lograron fueron los pescadores. El mar se convirtió en nuestra principal fuente de alimento. Había un coreano, un hombre de negocios llamado *Mr. Lee*, que había vivido en su infancia en una isla, muchos de cuyos habitantes vivían del mar, y conocía infinitas técnicas de pesca. Sabía hacer jaulas con juncos para atrapar langostas y peces, sabía pescar con caña, con red, con arpón, sabía dónde se escondían los peces bajo la arena, y dónde era posible desenterrar almejas hundiendo los pies en el fondo de las aguas próximas a la orilla. Bajo su dirección, los pescadores fabricaron varios arpones y se iban a la playa del avión, cuyas aguas eran tranquilas y poco profundas, para cazar pulpos. Luego golpeábamos la carne de los cefalópodos con piedras para reblandecerla, los hervíamos y los cortábamos en rodajas. Una comida deliciosa, pero ¿cuántos pulpos son necesarios pescar diariamente para alimentar a tanta gente? Otros recogían cangrejos y erizos de mar o buscaban ostras en las rocas, que resultaban sabrosísimas pero que intentábamos racionar para no terminar con ellas en pocos días, o lanzaban sedales con anzuelos fabricados a mano y esperaban pacientemente a que picaran los peces, que luego comíamos asados sobre piedras calientes o fritos en su propia grasa.

Gwen me explicó que, en contra de lo que pudiera parecer, el hábitat de la selva tropical es el más pobre que existe desde el punto de vista de la alimentación, y que aunque eran muchas las especies vegetales comestibles que había en las florestas que rodeaban el poblado, la cantidad de frutas y verduras que encontraríamos siempre resultaría escasa para alimentar a una población tan grande. Había cocos en abundancia, quizá nuestra fuente principal de vitaminas, y también limas apretadas y ácidas, que crecían de limeros salvajes en la misma playa, pero enseguida acabamos con los plátanos de las palmeras cercanas y con los frutos del pan de los árboles que crecían en aquellas orillas que nos habían parecido de una abundancia indescriptible, y luego nos costaba encontrar otros árboles frutales. Jung Fei Ye y su esposa, Pei Pei Je, dos chinos de Singapur, nos descubrieron otras frutas que los europeos ni siquiera habríamos reconocido como tales: por ejemplo el tamarindo, que crecía en altos y enredados arbustos arborescentes llenos de hojas rosadas, la fruta del dragón, una

extraordinaria cápsula verde erizada de largas púas moradas, y también el drurian, la fruta típica de Singapur, una especie de enorme nuez erizada de picos, mucho más grande que un coco, y en cuyo interior el hambriento encontraba algo así como dos amarillentos hígados disecados, de aspecto y olor repugnante pero muy sabrosos al paladar.

Los cazadores tuvieron menos suerte, a pesar de que disponíamos de dos rifles y dos escopetas y que la munición no faltaba. Se organizaron varias partidas de caza, pero por alguna razón los animales huían y era imposible acercarse a ellos. Los cazadores se cubrieron el rostro con barro, evitaron los colores llamativos en la ropa así como los perfumes, los desodorantes y las lociones antimosquitos que advertían a los animales de su presencia kilómetros antes de que aparecieran, pero incluso así apenas lograron disparar a algunos pájaros, a algún lagarto y a un par de monos capuchinos que, a pesar de nuestra hambre, nadie se decidía a comerse.

Al tercer o cuarto día, los cazadores tuvieron un encuentro insospechado. No habíamos contado con que en la isla hubiera animales peligrosos, pero esa tarde los cazadores regresaron a la aldea contando que habían sido atacados por una manada de lobos de un tamaño gigantesco. Yo recordé los lobos de *El libro de la selva*, y lo mucho que me había extrañado cuando era niño encontrar lobos, que yo siempre relacionaba con la nieve y con el norte, en la selva del interior de la India (aunque la «jungla» de esos libros no era, quizá, la espesa selva tropical que yo imaginaba entonces). Uno de los cazadores, Bill Higgins, había sido mordido por un lobo, y venía en un estado lamentable, cubierto de sangre y con el rostro mortalmente pálido. Era un hombre de casi dos metros de altura, un abogado de Los Angeles especialista en divorcios, cuya esposa había muerto en el accidente. Había perdido tres dedos de la mano derecha y tenía el brazo derecho, con el que se había defendido de los colmillos del animal antes de que sus compañeros pudieran arrancárselo de encima, prácticamente destrozado. Habíamos fabricado una especie de «hospital» en la zona más fresca y aireada de nuestro poblado, un espacio amplio protegido de la lluvia en el que había varias camas y una especie de rudimentaria mesa de operaciones, y fue allí donde Joseph examinó a Bill Higgins y donde, unos cuantos días más tarde, tendría que amputarle el brazo por encima del codo. La historia de Bill Higgins nos aterrorizó a todos.

Gwen había participado en la cacería y había visto también a los lobos. Hablé con ella al final de aquel día, y la encontré conmocionada por lo que había sucedido en la selva.

—Una cosa es encontrar monos capuchinos en una isla del Pacífico y otra muy distinta encontrar lobos gigantes —me dijo—. Juan Barbarín, éstos eran lobos canadienses, cubiertos con dos capas de pelo, animales diseñados genéticamente para vivir en las regiones boreales. Pero lo más extraordinario es el tamaño. Son grandes como caballos. No existen lobos así en el mundo, en ningún lugar del planeta. Los lobos siberianos son inmensos, y hay noticia de lobos de la taiga que han llegado a

pesar cien kilos, e incluso noticias de cazadores imaginativos y delirantes que aseguran haber encontrado lobos de ciento cincuenta kilos. Pero los lobos que nos hemos encontrado debían de pesar entre doscientos y doscientos cincuenta kilos. Eran inmensos, Juan Barbarín. No es posible, simplemente no es posible.

—Entonces, ¿cómo lo explicas?

—No lo sé —dijo—. No puedo explicarlo.

Recuerdo que hablamos de las otras cosas raras que pasaban en la isla y le pregunté si también ella oía voces entre las hojas cuando se adentraba sola en la selva. Me dijo que sí, que las oía, que todos las oíamos. Le pregunté qué creía ella que podían ser esas voces y me dijo que no tenía la menor idea.

—Pero ¿tú también las oyes?

—Sí.

—Nadie habla de ello.

—Tienen miedo de que les tomen por locos.

—A veces creo que me hablan a mí —dije—. No sólo oigo voces, oigo voces que me hablan, que dicen mi nombre.

—¿Tu nombre?

—Sí.

—Eso es extraño —dijo ella—. Yo nunca las oigo con tanta claridad.

—Eso es típico de la esquizofrenia —dije—. ¿No es así? Eso de oír voces dentro de tu cabeza.

—Pero no están dentro de tu cabeza —dijo ella.

—No, porque tú también las oyes.

—Sí, yo también las he oído a veces, sí.

—Si todos las oyen, entonces no estoy loco —dije.

—O lo estamos todos.

—O lo estamos todos.

—No creo que estés loco, Juan Barbarín.

—Cuando uno va en grupo por la selva no se oyen, tienes que estar tú solo para que comiencen a sonar.

—Sí, así es.

Había varias hogueras encendidas en el poblado, y llegaba hasta nosotros el delicioso aroma del pescado asado. Gwen había estado ocupada con otras tareas y no se había construido ninguna cabaña, de modo que la invité a que durmiera conmigo después de cenar. Le dije que no había intenciones ocultas, que simplemente le ofrecía protección contra la lluvia. Ella me dio las gracias, pero me dijo que se sentiría más cómoda durmiendo al lado de otra mujer. No sé qué cara debí de poner, porque ella me cogió la mano y me dijo que yo le gustaba, pero que no era el momento adecuado para iniciar nada.

Lo cierto es que aunque mi ofrecimiento era genuino, esa noche yo me sentía bastante excitado sexualmente. El calor, la humedad, la promiscuidad obligada de

nuestra vida de náufragos. Aquella noche cenamos pescado asado y galletas con mermelada, fruta del dragón, que nuestros amigos chinos comían salpicándola con unas gotas de zumo de lima, y un poco de drurian frito en finas rodajas a manera de chips. Vi a Swayla cenando al lado de Jimmy Bruëll, con el que parecía haber hecho muy buenas migas. Seguía yendo todo el rato en bikini. Tenía dos bikinis, los dos espectaculares, uno naranja y otro blanco con aros dorados a ambos lados de las caderas y entre los senos. Después de cenar, me acerqué al grupo de los españoles para hablar con Rosana, y me los encontré a todos sentados en círculo, preparándose para iniciar una meditación junto con su gurú indio. Rosana me vio enseguida, y me hizo señas de que me acercara y me sentara con ellos. Nunca me he sentido atraído por las cosas orientales, y la palabra «meditación» evoca en mí recuerdos que bien desearía borrar porque me hacen daño y se me clavan como estacas afiladas en el corazón, pero sí me sentía atraído por ella, de modo que después de un momento de vacilación me acerqué al círculo y me senté a su lado. Entonces tuve una gran sorpresa. El gurú de mis amigos y del resto de los practicantes de yoga no era realmente del Indostán como yo había supuesto, aunque su piel era ciertamente muy oscura. Siempre le había visto de lejos y nunca me había fijado bien en su rostro. No le había mirado como individuo, me temo, sino como representante de una categoría. Llevaba una camisa amarilla llena de palabras sánscritas, un rosario de gruesas semillas de rudram y unos pantalones blancos, y no era otro que Carlos, el brasileño con el que había estado trabajando esa tarde y que me había estado ayudando a construir mi cabaña, y cuya irradiación de paz y de bondad yo había sentido penetrar hasta lo más profundo de mis huesos. De modo que Carlos no era carpintero ni ebanista, ni trabajaba en un taller ni tampoco en un almacén de maderas, como yo había supuesto. Carlos era Dharma Mitra. Me puse a escuchar sus instrucciones para la meditación, pero me costaba prestar atención. Hablaba de una rosa en el centro del pecho, y esa rosa tenía doce pétalos que eran como doce estancias, y había un sendero en espiral que iba de una a otra hasta la estancia central, que estaba completamente vacía. Y en la estancia central ardía la llama de una vela. Estaba tan cansado que se me caían los párpados. ¿Quizá estaba soñando ya, y soñé con la rosa de las doce cámaras y la cámara central parecida a una hornacina en la pared de un viejo muro de piedras oscuras, en la que arde la llama del yo desconocido? Al final, me quedé dormido en la postura, completamente dormido y roncando, y Rosana tuvo que tocarme en el hombro al final para despertarme. No sé cuánto dormí, quizá sólo unos minutos, pero tuve un sueño extraordinario.

Soñé que yo era un pájaro, una especie de pavo real, con el cuerpo azul y una gran cola dorada que más bien parecía la cola de un faisán, hecha de destellos y de joyas, circuitos eléctricos y condensadores iridiscentes. Yo era un pájaro, pero el pájaro era al mismo tiempo una especie de nave espacial, un buque de los aires, y yo estaba dentro de la cabeza del pájaro, en una sala de mandos llena de ruedas y timones dorados desde donde controlaba las evoluciones de su vuelo. El vientre del

pájaro estaba lleno de niños nonatos que olían intensamente a manzana verde, niños con los ojos cerrados y envueltos en ceñidas telas blancas bordadas con embroiderías, como suelen fajar los indígenas a las crianzas para que se tranquilicen. Y el pájaro volaba sobre amplios paisajes de fábricas, torres industriales coronadas por llamas de fuego y grandes estanques negros como la tinta en los que se reflejaban las llamas, y también campos de fútbol iluminados con torres de focos entre los estanques oscuros, y autopistas iluminadas por alamedas de farolas que se perdían en la noche girando lentamente hacia izquierda o derecha, por entre zonas residenciales de *bungalows* blancos con ventanas iluminadas de luz naranja bajo las copas negras de ceibas gigantescas. Y nuestra misión, la misión del pájaro, era ir lanzando a estos niños no nacidos sobre el mundo para que nacieran. Estaban guardados en el vientre del pájaro, que era como la bodega de un barco o de un avión, una especie de sala muy larga con arañas de cristal, espejos ovales colgados oblicuamente y paredes forradas de rombos de damasco rosa, cuyo suelo se abría como los labios de una enorme vulva femenina para soltar, igual que un hongo lanza sus esporas al vacío, a los bebés dulcemente fajados, que caían lentamente como puntos luminosos sobre el paisaje de fábricas, de autopistas, de estanques, de campos de fútbol, de *bungalows* iluminados. Y el gran pájaro que era yo, y su voz que sonaba como un susurro en el vientre de damasco rosa que era mi vientre lleno de niños sin nacer, decía cada vez: «a nacer... tienes que nacer... ve, es el momento de nacer...».

Rosana me despertó suavemente, y yo abrí los ojos y me encontré con sus ojos sonrientes y sus labios pintados de violeta. Me dijo que la meditación había terminado y, por alguna razón, acercó su rostro al mío, cerró los ojos y volvió a besarme en los labios. Yo no sabía si esto era algo que solía hacerse al final de una meditación, besar en los labios al que tenías a tu lado, pero no vi que nadie más lo hiciera, de modo que supuse que lo que ella quería decirme es: soy tuya, si tú me quieres. Sí, no había manera de interpretar aquel segundo beso como un ósculo fraterno. Charlamos un rato y nos besamos un par de veces más en la boca y al final la invité a dormir conmigo en mi cabaña, pero ella entonces me miró con gesto casi altanero y me dijo que no, muchas gracias, que ella dormía con su hija. Y pensé que por un instante había olvidado cómo eran las mujeres. Aunque a lo mejor había olvidado simplemente cómo eran las mujeres españolas.

Swayla me visita

Me retiré a mi cabaña, agotado después de un día lleno de emociones casi hasta el límite de lo soportable, y me tumbé en el suelo dispuesto a dormir. Pero el día todavía me reservaba una sorpresa. Poco después de tenderme sobre mi improvisado lecho de hojas de palmera y mi improvisada almohada fabricada con una camiseta llena de prendas de ropa (jamás he sido capaz de dormir sin almohada), recibí una visita inesperada. Era Swayla. Se tendió a mi lado, casi tan tenue como uno de esos insectos que se posaban sobre nosotros a todas horas, y me abrazó. Su mano derecha acariciaba mi pene a través del pantalón. Me dijo en un susurro que se moría por hacer el amor. Yo estaba medio dormido. Swayla, *honey*, le dije, pensaba que estabas con Jimmy. Él no me quiere, me dijo. Y tú siempre has sido tan dulce conmigo. Tienes aspecto de ser un hombre bueno. ¿No te quiere?, dije, casi enloquecido al sentir la caricia de sus dedos sobre mi verga, perezosos y tibios como la cerveza. Pero si eres preciosa. Le quité la parte de arriba del bikini y comencé a besar sus pequeños senos de niña, y entonces ella me detuvo. No, amor, espera, me dijo. No quiero engañarte. Quiero que sepas lo que soy antes de que sigas. ¿Lo que eres? ¿Lo que soy? Quiero que sepas lo que soy, dijo Swayla, pero yo entendí otra cosa. Yo entendí: quiero que sepas lo que eres. Antes de que sigas. Y cómo podía yo saber lo que era, especialmente allí, especialmente esa noche, después de conocer la bondad del corazón en un ebanista brasileño que me enseñó que es inútil intentar dar algo a los otros si uno no tiene nada que dar, después de enterarme de que en aquella isla los animales crecían al doble o triple de su tamaño habitual, después de soñar que el avión, que era el gran pájaro de mi sueño, nos había llevado a aquella isla *para nacer*, porque eso era lo que significaba en realidad el sueño que había tenido cuando estaba sentado en el círculo de los meditadores, y el gran pájaro-pavo-real-faisán lleno de niños no nacidos no era otra cosa que el Boeing 747 de Global Orbit en su vuelo GO-1037 para Calcuta, con escala en el aeropuerto de Kanji, Singapur, y los niños fajados que teníamos que nacer éramos todos nosotros, los náufragos, «¡Ve, es el momento de nacer!», y habíamos caído en aquella isla sólo para eso, para poder nacer. Y a pesar de todo, el día me guardaba una sorpresa más.

Swayla cogió mi mano y la llevó entre sus muslos. Y acaricié su pequeño pene de juguete, sus pequeños testículos como habas forradas de terciopelo, que solía llevar apretados por debajo del bikini con una banda elástica para que no sobresalieran apenas, y entonces comprendí la inusual prominencia de su monte de Venus que tanto me había llamado la atención, y también la singularidad de su belleza. Soy una mujer, me dijo Swayla, lo seré completamente dentro de poco, para eso iba a la India, pero todavía tengo pene. Yo retiré la mano enseguida, porque no quería acariciar el sexo de un hombre, pero no aparté la mano delicada y ardiente que ella tenía sobre mí.

Jamás he sentido atracción por los hombres, pero ella sí me atraía. Me atraía poderosamente, con un poder que yo no podía comprender. Me deseas, me dijo Swayla besándome delicadamente en la garganta y humedeciendo mis labios con la punta de su lengua cálida, pero te da vergüenza que se sepa. No te preocupes, nadie lo sabrá. Le dije que nunca había hecho el amor con un hombre, y ella me dijo, mirándome desde el embrujo ambiguo de sus ojos, cuya belleza de Venus o de Urano yo comenzaba ahora a comprender, señalándome su piel mórbidamente limpia, sus senos simétricos, sus caderas femeninas, si yo pensaba realmente que ella era un hombre. Pronto estuvimos los dos desnudos. Ella me lamió el pene y luego se tendió para que la penetrara. Boca abajo, su cuerpo sinuoso y delicado de cintura esbelta y caderas llenas era, inconfundiblemente, el de una mujer. Yo sentía su deseo como un látigo que la recorriera interiormente, pero de pronto comprendí que no podía ir más allá. Ella ardía literalmente de deseo. Házmelo, házmelo, me decía en susurros. Pero ella deseaba ser tomada y violentada de una forma que no lo desean las mujeres. Deseaba ser dominada por una fuerza superior, recibir una humillación y un castigo que sentía merecidos. Deseaba sufrir la humillación absoluta que la dejaría, al menos durante un rato, tranquila y feliz. No deseaba la cópula para completarse, para ser una con otro, sino para anularse del todo, para lograr por fin no ser nada. De pronto sentí asco y lástima. No puedo, lo siento, le dije. Lo siento, cariño, eres muy hermosa pero no puedo. De pronto ella no era una mujer extraña, sino un jovencito disfrazado, y sentí asco. Ella se incorporó y comenzó a colocarse los tirantes de su bikini. Me habló con una suave voz de hombre y me dijo: no te preocupes, cielo. Yo soy un pájaro raro. No soy para todos. Pero tú me deseas como jamás has deseado a nadie. Admítelo. Le dije que era verdad, que lo admitía. Se vistió a toda prisa y desapareció.

Muere Noboru. La columna azul

Creo que todos oímos llorar a Bill Higgins cuando Joseph le contó lo que tenía que hacerle. No de dolor, porque todavía disponíamos de anestesia en abundancia, sino de desesperación y de miedo. Los dientes del lobo que le había atacado habían destrozado su brazo derecho de tal modo que no había recuperación posible, y era necesario amputarlo. De otro modo, le explicó Joseph, se declararía la gangrena, y moriría en una semana. Las navajas de barbero encontradas en el avión se habían convertido en parte del instrumental de Joseph, pero tuvo que pedirle una sierra a Carlos, mi bondadoso amigo carpintero de Belo Horizonte, para cortar el hueso. Fui a visitar a Bill Higgins un par de veces después de aquello, y me impresionó lo que vi en sus ojos.

Todo el mundo tiene un límite, un límite para la desdicha, un límite para la esperanza, y una vez traspasado ese límite, la persona queda deshecha y reducida a nada. Ésa es una de las cosas que aprendí en la isla, y también que nadie puede saber por anticipado dónde está ese límite. A veces se llega a él muy fácilmente. A veces la persona muestra una entereza frente a la desdicha como la que asociamos con los héroes. A veces la persona es un baobab, a veces un junco. En el caso de Bill Higgins, la amputación de su brazo derecho fue demasiado para él. Lo vi en sus ojos, en el miedo y en la indefensión de sus ojos después de la operación. Vi que los dientes del lobo no sólo le habían arrancado el brazo, sino que también habían matado su alma. Ahora estaba enteramente devorado por el miedo. Tenía el pelo gris. Ya era viejo. Ya estaba muerto.

Uno de los heridos que habíamos trasladado cargándolo en unas toscas parihuelas era Noboru, el japonés que tenía el mismo nombre que el célebre novelista autor de *El gato Michío*, *Diario de una sombra antigua* y *Korb en el planeta de las mujeres infieles*. Le llamo «muchacho», pero bien podía tener treinta y cinco o cuarenta años. Había sufrido gravísimas lesiones internas y se estaba muriendo, sin que Joseph pudiera hacer nada por evitarlo.

Yo no quería ni acercarme al hospital de Joseph, donde Roberta y él, junto con Sophie, Josephine y Jean Jani cuidaban de los heridos en condiciones infrahumanas, a veces teniendo que restañar la sangre con las manos desnudas y viendo cómo los heridos iban muriendo uno tras otro, sin poder hacer nada por evitarlo, pero sentía que debía ayudar de algún modo a los que sufrían, y a la tarde siguiente a nuestro traslado a la orilla del río busqué a Noboru para charlar un rato con él. Era el único japonés de todo el pasaje y me parecía que estaba especialmente solo. Durante su transporte en parihuelas, que habíamos realizado Santiago Reina y yo, Noboru nos había contado que no soportaba el exceso de luz solar que había en la isla ni tampoco aquella sensación de estar continuamente al aire libre, en medio de un espacio natural

abierto e ilimitado. Le pregunté si sufría de agorafobia y me dijo que nunca había pensado en ello, pero que antes de realizar aquel viaje a Estados Unidos se había pasado casi tres años encerrado en su habitación, en la ciudad de Yokohama, sin salir ni una sola vez a la calle. Nos dijo que era un *hikikomori* (una palabra que yo oía entonces por primera vez), una de esas personas que se encierran en su cuarto, duermen durante el día y viven durante la noche conectados a su ordenador, y yo sentí que detrás de aquellas declaraciones había una historia que me hubiera gustado conocer. Me pasé los días siguientes preguntando aquí y allá hasta que conseguí localizar a alguien que tuviera unas gafas de sol de las que quisiera desprenderse (fue Jimmy Bruëll, finalmente, quien me las consiguió —a cambio de mi sombrero Stetson—), y se las llevé a Noboru para que pudiera aliviar un poco su ftofobia. Le busqué en el hospital, pero ya no estaba allí. Josephine me dijo que Joseph le había desahuciado, que le daban por perdido y que no había nada más que pudieran hacer por él. Josephine, una mujer australiana de cuarenta y tantos años, madre de dos hijos que le esperaban en Sidney y especialista en sistemas de seguridad submarinos (sí, creo que ya lo he dicho, me resulta difícil llevar la cuenta de lo que he dicho y lo que no), me miraba con sus ojos azules muy claros apretando la mandíbula para mantener la entereza, pero yo veía que estaba a punto de llorar. Me dijo que lo más probable era que Noboru no pasara de aquella noche. Que le habían colocado a la sombra de las palmeras, frente a la laguna que había en la desembocadura del río, para que descansara.

El caso de Noboru era especialmente dramático. Al estrellarse el avión se le había clavado en el vientre una barra metálica de unos treinta centímetros de longitud. Era parte de la estructura de los asientos, un fragmento cortado limpiamente que le había atravesado como una espada. Conseguimos sacarlo del avión con el trozo de aluminio todavía dentro de él. Le había producido una herida penetrante en la pared abdominal, aunque apenas sangraba. A mí me parecía mágico ver aquel trozo de metal incrustado en su vientre como si no pasara nada. Así pasó la primera tarde y la primera noche en la isla. Al día siguiente, Joseph decidió intentar extraerle el trozo de metal. Según me explicaría más tarde, en esos casos si al extraer la pieza que causa la herida el paciente no sangra en exceso, existe una posibilidad de que se salve. Al sacar la pieza de aluminio Noboru apenas sangró, de modo que le cosieron la herida y esperaron a ver cómo se desarrollaban las cosas. Pero enseguida se presentaron los síntomas de la peritonitis. El trozo de metal que había entrado en el vientre había desgarrado la pared intestinal, liberando así una gran cantidad de gérmenes que habían producido una infección generalizada del abdomen. Ahora la palabra peritonitis, que hasta entonces no había tenido ninguna importancia en mi vida, me producía verdaderos escalofríos, porque sabía que significaba una muerte casi segura. Le pregunté a Joseph si no podría abrir a Noboru y coserle por dentro para evitar que muriera, pero me explicó que con los medios de que disponía abrirle sólo hubiera servido para averiguar si iba a morir o no, lo cual no era de mucha ayuda. Me dijo que en

condiciones ideales se podía abrir, limpiar el abdomen, coser la parte rasgada del tracto digestivo, fuera el estómago, el colon o el intestino delgado, pero que, con los medios de que disponía, hacer algo así era imposible. Enseguida apareció la lividez en los miembros inferiores y el vientre de Noboru se puso duro como una tabla. Sufría mucho y tenía mucha fiebre. Joseph le administraba calmantes para aliviar su agonía, que se prolongaba de día en día. Yo tenía la esperanza de que Joseph se hubiera equivocado en ese caso y que después de tanto tiempo Noboru acabara por recuperarse. Pero no fue así. Había llegado el momento, y se moría.

Le encontré frente a la laguna, recostado en el tronco de una palmera. Tenía muy mal aspecto, rostro ceniciento y ojos huidizos y apagados. Tenía mucha fiebre y a ratos deliraba y no sabía dónde estaba, tal y como me había dicho Joseph que sucedería. Pero me reconoció. Creo que se alegró de verme, pero no tenía energías ni para sonreír. Le entregué las gafas de sol, pero como él no podía ponérselas tuve que colocárselas yo mismo. Luego murmuró que en aquel lugar había siempre demasiada luz, que él no soportaba la luz del sol.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Muy mal —me dijo—. Esto se termina. Lo sé. Nadie me ha dicho nada, pero sé que esto se acaba.

Me preguntó entonces si yo era de los que habían ido al avión a sacar cosas de la bodega (no sé cómo se había enterado, pero supongo que uno siempre encuentra medios para averiguar las cosas que le importan), y me preguntó también ansiosamente si había visto allí abajo una caja muy alargada de color dorado. Una caja, me dijo, del color del sol. Por la forma en que la describía (dos metros veinte de largo por setenta de ancho y un metro veinte de alto), parecía algo así como un sarcófago dorado. Le dije que no había visto nada parecido. Me dijo que brillaría, que estaba construida con un metal muy brillante y que brillaría incluso en la oscuridad. Le pregunté qué había allí dentro y me dijo evasivamente que aquella caja dorada era el motivo de su viaje, que había ido desde Japón a Los Angeles para trasladar aquella caja (ése es el verbo que utilizó, «trasladar») de América a Japón, y que la caja y su contenido no podían perderse de ningún modo. Era aquella caja la que le había sacado de su encierro de dos años y medio, me dijo, la razón por la que había abandonado su existencia de *hikikomori*. Estaba muy nervioso y agitado, y me ofreció una suma extravagante, creo que diez mil dólares, por regresar al avión y buscar la caja en las bodegas. Le dije que yo no hacía ese trabajo por dinero, y le pregunté directamente si la caja era verdaderamente un ataúd.

—No, no es un ataúd —dijo él después de un segundo de vacilación, ya que, según creo, tenía dudas sobre la palabra inglesa *coffin*—. En un ataúd se guarda el cuerpo de un muerto, ¿no es así? Entonces no es un ataúd.

Murió poco después. Murió prácticamente en mis brazos, el pobre muchacho. Luego vino Josephine y le auscultó y me dijo que, en efecto, estaba muerto. Le trasladamos hasta la cabaña del hospital y le tendimos en una de las camas, poniendo

una tela de lona sobre las hojas de palma con la que más tarde le envolveríamos a modo de sudario. Joseph confirmó el fallecimiento y dio como causa de la muerte una infección generalizada de la cavidad intestinal. Decidimos enterrarle esa misma tarde. No había ninguna razón para esperar más. La corrupción se presentaba muy rápido en la isla, y al cabo de unas pocas horas el cuerpo de Noboru comenzaría a despedir hedor y a atraer a los insectos y a otros animales.

Sin embargo, nunca llegamos a enterrar a Noboru. Christian, Santiago y yo pasamos el resto del día abriendo una profunda tumba en una zona situada a unos doscientos metros del poblado (el cementerio donde habíamos enterrado a la mayoría de los fallecidos, en la playa del avión, quedaba ahora demasiado lejos de donde nos encontrábamos) y cuando la tumba estuvo preparada envolvimos el cuerpo del japonés en la lona blanca sobre la que reposaba y lo colocamos en el suelo, al lado de la tumba. De todos los naufragos yo era el que más había hablado con él y el que mejor le conocía, de modo que me tocó decir unas pocas palabras. Hablé poco. Me despedí de Noboru. Le deseé que descansara en paz, o que llegara al lugar adonde uno debe llegar cuando muere, si es que ese lugar existe. Era suficiente. El ritual se había cumplido.

Entonces sucedió algo. Se desató una tormenta en el interior de la isla y comenzaron a caer rayos y a brillar los relámpagos. Pero no parecía realmente una tormenta, ya que no había precipitaciones. Tampoco se veían nubes oscuras en parte alguna. Se oía el rugido de los truenos y el resplandor de los relámpagos a lo lejos, hacia el sur, pero el cielo continuaba descubierto por encima de nosotros y no caía ni una gota de agua. Los asistentes al funeral de Noboru miraban temerosamente al cielo en dirección al interior de la isla. Creo que todos deseaban acabar de una vez con la ceremonia y regresar a las cabañas para no verse sorprendidos por la lluvia.

Entonces sonó de nuevo el aullido, el terrorífico aullido que habíamos escuchado unos días atrás en el interior de la isla. Me pareció que en aquella ocasión sonaba mucho más cerca. Me pareció que sonaba más cerca y que además se acercaba hacia nosotros. Me pareció que había algo que se acercaba a nosotros por la selva, algo inmenso y terrorífico. Algo grandioso y sublime. Cuando pensaba en ello, cuando intentaba imaginarlo volviendo con temor mis ojos hacia el origen del aullido, casi sentía el temblor de la felicidad. Algo venía, ¡por fin! Algo iba a suceder por fin. Aunque fuera malo, aunque fuera horrible, no importaba. Santiago y Christian estaban los dos dentro de la tumba, preparados para coger el cuerpo de Noboru y bajarlo allí dentro. La tumba tenía los seis pies proverbiales de profundidad, de modo que sus cabezas estaban un poco por debajo del nivel del suelo. Los dos se habían vuelto a mirar en dirección de los resplandores y de los truenos. El aullido horrendo sonó de nuevo. Aullido de dolor y de miedo desde el corazón del mundo.

—¡Mirad! —chilló Santiago señalando a lo alto.

Caían rayos de lo alto. Rayos dorados y brillantes, aquí y allá. Caían de lo alto, pero no había nubes en el cielo. Caían feroces, tensos, rectilíneos. No parecían rayos.

Lo que sí había era una inmensa columna azul de unos doscientos metros de alto. No sé lo que era. No sé de dónde había salido, si había brotado de la tierra o si había venido descendiendo hacia nosotros por la selva. Nunca había visto nada parecido. Parecía un tornado, pero no giraba ni se movía tampoco sobre el paisaje. Estaba allí, por encima de nosotros, elevándose sobre los árboles de la selva en dirección a las nubes. Una columna de un color azul celeste, pero más sólido, más brillante que el azul del cielo. El grito sonó de nuevo, pero esta vez sonaba en lo alto. Un grito de dolor lacerante y de desesperación sin remedio que caía desde lo alto.

También caían los rayos dorados sobre la arena, entre los árboles, iluminando los árboles, chamuscando hojas y ramas que caían al suelo ardiendo. Casi todos los presentes echaron a correr aterrados. Otros se quedaron, nos quedamos, supongo, inmóviles por el miedo y sin saber cómo reaccionar. Un rayo cayó sobre Christian y lo iluminó violentamente, envolviéndole en un resplandor blanco y dorado. Yo pensé que le había matado, pero no era así. Estaba ileso, aunque la luz violenta y dorada seguía iluminándole. Otro rayo cayó cerca de Wade, que dio un salto hacia atrás. Otro rayo cayó sobre el cuerpo de Noboru. Y luego un segundo rayo, y un tercero, tres rayos sobre el cuerpo inerte de Noboru envuelto en su tosco sudario al lado de la tumba abierta en la tierra. La tela que le envolvía se chamuscó ligeramente, y un borde comenzó a arder un poco y luego se apagó. Luego los rayos dejaron de caer, y la columna azul, simplemente, se desvaneció en el aire. Los truenos, los relámpagos, los resplandores, los salvajes aullidos, desaparecieron también.

Todos gritábamos. Christian gritaba. Santiago se esforzaba pesadamente por salir de la tumba y gritaba también. Wade gritaba. Yo gritaba. Sheila corrió gritando hacia Christian, saltó al interior de la tumba y se abrazó a él. Christian seguía envuelto en una especie de fulgor dorado, pero no despedía calor.

Entonces vi que el cuerpo de Noboru se estaba moviendo. Joseph y Tudelli, que estaban presentes, lo notaron también. Yo supuse en un principio que las descargas eléctricas de los tres rayos que habían caído sobre el cadáver (si es que aquello que habíamos visto caer sobre nosotros eran realmente rayos y si aquello que había fulminado el cuerpo de Noboru era realmente electricidad) habían producido algún tipo de espasmo muscular en el cuerpo del japonés. Pero no era así. Joseph apartó la tela que le envolvía para averiguar qué sucedía, y vimos que Noboru movía los brazos y las piernas y giraba la cabeza de un lado a otro. Luego se quedó inmóvil. Luego abrió los ojos y se sentó sobre la arena, más calmado. Tosió con fuerza. Tenía los ojos abiertos. Los ojos abiertos de un muerto, pensé. Pero no estaba muerto. Quiero decir que ya no estaba muerto. Nos miró de hito en hito. Yo grité que Noboru estaba vivo. Me acerqué a él, y él me miró como sin reconocermelo. Me arrodillé frente a él.

—¡Noboru! —grité—. ¡Noboru, estás vivo!

—Sí —dijo él, como si fuera obvio.

—Pero antes estabas muerto —dije yo—. Has muerto.

—¿He muerto? —dijo él mirando a su alrededor desorientado, y viendo la tumba abierta en la tierra a su lado.

—Has muerto —dije yo—. Estabas muerto.

—¿Yo estaba muerto?

Joseph le cogió la muñeca y comprobó su pulso. Le miraba con gesto de alarma y de miedo. También Wade se acercó a nosotros. Pero en sus ojos no había alarma ni miedo. Le miré, y me guiñó un ojo. Estaba sonriendo. De nuevo sonriendo. Pero ¿por qué sonreía? ¿Qué sabía que los demás no sabíamos?

A partir de entonces, Noboru se recuperó rápidamente. Un par de días más tarde comenzó a comer comida sólida, a caminar y a bromear. Los síntomas de la peritonitis, incluso la huella de la herida, habían desaparecido por completo.

Hubo distintas versiones sobre lo sucedido. Tudelli hablaba de un milagro. No era el único. Los esotéricos, Christian y Sheila, Violeta Lubetzki, mis amigos chiflados, todos estaban dispuestos a admitir (deseosos, diría yo) que lo que había sucedido era un milagro. Joseph aseguraba que no había ninguna duda de que Noboru había fallecido unas horas antes, aunque algunos cuestionaban su diagnóstico y suponían que el médico, quizá por agotamiento y exceso de trabajo, se había precipitado al afirmar que el corazón de Noboru había dejado de latir. Josephine aseguró que ella también había auscultado a Noboru y que su corazón no latía. Se inventaron posibilidades de «muerte suspendida» o de corazones que laten tan suavemente que su latido permanece indetectable, pero Joseph afirmó que Noboru tenía todos los síntomas de la muerte y no sólo la parada cardíaca. No respiraba, su temperatura corporal había descendido y unas dos horas y media después de la hora estimada del fallecimiento había comenzado a producirse el *rigor mortis*. El proceso de descomposición en el trópico es muy rápido, y el hedor que despedía el cuerpo había comenzado a ser también claramente perceptible. Joseph explicó que la muerte no se produce exactamente cuando el corazón se detiene, sino cuando el cerebro se lesiona hasta tal punto que no puede ya controlar las funciones vitales. A la detención del corazón se le llama «muerte clínica»: todavía no es la muerte real o biológica, ya que después de la detención del corazón, el cerebro sigue vivo durante un cierto tiempo. Pero si el corazón sigue sin latir por un espacio que puede ir de tres a quince minutos, los daños cerebrales son irreversibles. En un hospital se puede mantener con vida a un paciente cuyo corazón y pulmones no son capaces de ventilar y de latir por sí solos, pero hacen falta máquinas para hacer tal cosa. Si los pulmones no envían oxígeno a la sangre y el corazón no la bombea, el cerebro muere. Ésta es la «muerte clínica», la muerte irreversible. Y esto era también lo que le había sucedido a Noboru, explicó Joseph, no había duda posible.

Unos hablaban de milagro. Otros, en cambio, hablaban de la gran columna azul, del grito que cayó del cielo, de los rayos, de los tres rayos que habían caído desde lo alto sobre el cuerpo inerte de Noboru. Como no habían sido muchos los que habían contemplado estos fenómenos, y tampoco todos habíamos visto lo mismo (unos

habíamos visto una columna de luz azul, otros una especie de nube suspendida sobre la selva, otros un gigante azul que caminaba sobre los árboles, un personaje de fantasía, la mayoría nada en absoluto), como todos sabemos, en fin, lo que es un rayo y sabemos que los rayos no caen cuando no hay nubes en el cielo y, sobre todo, que los rayos sólo son capaces de dar vida a un cuerpo muerto en las viejas novelas románticas y en las películas de terror de la Hammer, esta historia confusa y absurda acabó por caer en el olvido.

No es posible recordar aquello que no tiene nombre. «Columna azul» no es nada si no se refiere a la arquitectura o a la escultura. Las cosas nuevas que no sabemos cómo definir, todo aquello que no sabemos cómo explicar o describir, escapan a nuestra memoria e incluso a nuestra percepción.

Quedaba, sin embargo, el efecto de aquellos rayos que, tal y como yo suponía de acuerdo con lo que había visto o había creído ver, habían caído no desde lo alto de las nubes, sino desde lo alto de aquella extraordinaria columna azul que había brotado sobre nosotros. El efecto sobre Christian había sido que ahora el muchacho estaba siempre envuelto en una vaga luminiscencia dorada, que se hacía más evidente durante la noche. El efecto sobre Noboru había sido todavía más espectacular.

Yo veía a Joseph confuso y miserable tras el episodio de Noboru. Era como si algo se hubiera roto en su interior. Creo que de todos nosotros él era quien mejor preparado estaba para aceptar la realidad de la muerte y quien peor lo estaba para enfrentarse al escándalo de la resurrección.

Los seres humanos no comprenden las transiciones. No las necesitan. Se habitúan enseguida a los cambios, olvidan lo que fue antes y aceptan lo que es ahora como si siempre hubiera sido. Noboru se recuperó completamente y comenzó a construirse una cabaña y a llevar una vida tan normal como las de los otros náufragos. La historia de su «resurrección» se fue olvidando poco a poco. Al fin y al cabo, sólo había estado «muerto» unas pocas horas. Según me contó, en ese período de tiempo había tenido muchos sueños, y la experiencia le había servido para descubrir que el estado posterior a la vida era similar al estado onírico. Le pregunté con qué había soñado, y si los sueños habían sido buenos o malos, pero me dijo que todavía no estaba preparado para hablar de nada de eso, aunque me aseguró que algún día me contaría sus sueños, aquellos sueños que había tenido cuando estaba muerto.

Hablé varias veces con Joseph del caso Noboru y el buen doctor me dijo que aunque los casos inexplicables y contrarios a la lógica abundaban en la práctica médica, simplemente no podía explicarse lo que había sucedido. Me dijo también que él no creía en los milagros, pero que lo que le había sucedido a Noboru era lo más parecido a un milagro que había visto nunca. Existen plantas cuya ingestión produce una inmovilidad cadavérica, y picaduras de insectos y de peces que pueden dejar a un ser humano aparentemente muerto. Pero Noboru no estaba aparentemente muerto, sino verdaderamente muerto. Y fuera como fuera, tenía una infección en la cavidad abdominal en una fase crítica. ¿Cómo podía haberse desvanecido todo aquello?

¿Cómo era posible que no hubiera quedado ni rastro de la herida?

Le hablé de los sueños de Noboru cuando estaba muerto, y me dijo que eso tampoco era posible. Que cuando el corazón está parado el riego sanguíneo deja de llegar al cerebro, y que si el cerebro no tiene riego no puede funcionar. Los muertos no sueñan, me dijo Joseph. Le dije que a lo mejor los sueños no dependían exclusivamente del cerebro, o que quizá fuera cierto, como algunos aseguran, que no soñamos con el cerebro. No, no, me dijo, no, John. Eso son fantasías. La conciencia no puede existir cuando el cerebro deja de funcionar. La conciencia es una función del cerebro. Tampoco es posible que los muertos resuciten, le dije yo. En eso, me dijo, tienes toda la razón.

Intentamos divertirnos

Construir Villa Naufragio, como la llamaban los latinoamericanos del grupo, nos llevó más tiempo del que esperábamos. Necesitábamos letrinas, cocinas, comodidades rudimentarias para no comer en el suelo. Los carpinteros del grupo trabajaban sin cesar.

A pesar de nuestros trabajos y de nuestra hambre, teníamos más tiempo libre del que hubiéramos deseado. En los equipajes del avión habíamos descubierto una gran cantidad de libros en distintos idiomas, y muchos de los náufragos pasaban gran parte de su tiempo libre leyendo. Fue entonces cuando Jimmy Bruëll, que era de todos nosotros el que tenía más sentido comercial, creó su biblioteca, la Biblioteca Bruëll, que prestaba libros a cambio de pequeños regalos. También negociaba con medicinas, comodidades básicas de la vida (cremas, lociones, tiritas, preservativos, tabaco) y alimentos. Nadie sabía cómo conseguía todo aquello.

Durante aquellos primeros días y semanas todavía seguíamos esperando que nos rescataran. Todavía sentíamos aburrimiento por lo larga que era la espera y lo mucho que tardaban en llegar nuestros rescatadores. Seguíamos mirando el mar y el cielo, y a veces eso era todo lo que hacíamos durante largas horas interminables. Nos sentábamos en la playa, convencidos de que ya no era posible que el rescate se dilatará más tiempo. Pero no aparecía nadie, y pasaban los días, y muchos náufragos habían muerto y era necesario que la vida siguiera adelante, y poco a poco nos fuimos convenciendo de lo que parecía inconcebible: que los rescatadores no llegarían nunca, y que nos habíamos quedado en aquella isla abandonados y solos para siempre.

Nuestras diversiones se hicieron más variadas y, en cierto modo, más sofisticadas. Ernst-Maria Hovorka, profesor emérito de Antropología en UCLA de origen austríaco, dio una conferencia sobre el tema «Hermenéutica del peinado y del tatuaje rituales en las ceremonias nupciales de los pueblos antiguos de la Polinesia», que resultó tan apasionante que todos le pedimos que preparara otra conferencia enseguida sobre cualquier tema que él considerara apropiado. Nos propuso los siguientes: «El ritual de la serpiente entre los indios Pueblo de los Estados Unidos y el origen del mal en el mundo», «Significado místico de la zambomba o *Reibentrommel* (“tambor de fricción”) entre los indios sibundoyes de la Amazonia Colombiana» y «Criterios morfológicos para el establecimiento de un canon místico de formas puras basado en los contornos rítmico-lineales de los instrumentos musicales». Abrumados ante la inmensidad de su saber, dejamos la elección del tema a su criterio.

Bentley había sido el médico de Hovorka, y algunas veces se les veía hablando juntos, paseando lentamente alrededor de la laguna que se formaba en la

desembocadura de nuestro río en el mar. Eran una imagen memorable, el alto, apuesto Bentley, con sus oscuros rizos satinados y su humeante pipa de espuma de mar entre los dientes, y el septuagenario profesor austríaco de grandes bigotes blancos y largas piernas temblorosas, dos autoridades en sus especialidades respectivas, paseando por el otro lado del azulado estanque (creo que cruzaban usando por turnos la barca del doctor Masoud), la sabiduría de la vieja América y la joven Europa caminando bajo los alcanforeros que rodeaban la laguna de la reminiscencia, por la que a veces se adentraban lentamente los peces Buda, ya que estos extraordinarios animales podían vivir por igual en aguas dulces y saladas.

Al parecer, dos o tres años atrás el profesor había pasado un año y medio ingresado en el Sanatorio Emil Kroepelin de Los Angeles, aquejado de un episodio psicótico con «delirios de perjuicio y persecución de tipo presenil» que había culminado en un intento de suicidio, y Bentley había sido uno de los médicos que se había ocupado de su caso. El profesor había tenido otros episodios similares a éste a lo largo de su vida, aunque ninguno tan severo ni tan prolongado. Habían sido su esposa y su hijo los que le habían ingresado en el sanatorio, ya que el profesor sufría incontrolables ataques de furia y fuertes alucinaciones en las cuales veía hombres vestidos de negro que se le acercaban, apareciendo por detrás de los muebles, a través de las paredes, por detrás de los árboles, del otro lado de las esquinas, e intentaban sujetarle y amordazarle metiéndole cosas sucias y asquerosas en la boca. Estaba convencido de que los hombres de negro querían raptarles a él, a su mujer y a su hijo para realizar con ellos experimentos de modificación de la conciencia y practicarles intervenciones quirúrgicas monstruosas, y, quién sabe cómo (en realidad, entrando en una tienda de armas cualquiera), consiguió un revólver con el que les amenazaba diciéndoles que tenía que matarles para librarles de cosas peores que la muerte. En cierta ocasión los hizo sentar a todos en el salón de la casa, aparentemente con la intención de hablarles, y entonces sacó su revólver y les dijo: «a las siete van a venir a por nosotros, pero yo no puedo permitir que os atrapen vivos». Más tarde comenzó a culparles a ellos también de estar de acuerdo con sus torturadores, y se obsesionó con que su mujer no era realmente su mujer, sino una antigua novia que había tenido en su juventud, de nombre Selma, que había muerto en un accidente de tren en Suiza. Se llenó de fobias y de manías. Se lavaba las manos hasta treinta veces al día y no probaba la comida por miedo a ser envenenado. Aseguraba que había en la casa una caja que contenía un material radiactivo muy peligroso que producía interferencias en sus pensamientos y le hacía ver cosas inexistentes, y se pasaba el día buscando esta caja, convencido de que los hombres de negro, su mujer y su hijo la iban trasladando de acá para allá, de habitación en habitación, para que él no lograra encontrarla jamás. Otra de las fantasías de su enfermedad consistía en interpretar el espacio que le rodeaba como una construcción intencionada. Los setos de un parque se habían puesto allí para conducirlo insensiblemente a un lugar donde le esperaban para asaltarle y robarle. Las sombras de los árboles sobre el césped contenían un mensaje

en clave que le avisaba de peligros y emboscadas. Las manchas del yeso de una pared componían mensajes en código Morse, en una ocasión (aunque casi siempre se trataba de mensajes soeces o de juegos de palabras infantiles) una línea completa en alemán de un poema de Rilke, esa que dice: «Espejos, nadie ha llegado a decir nunca lo que sois en realidad», de los *Sonetos a Orfeo*. Se dio la circunstancia de que en esa época la familia Hovorka estaba haciendo obras en la casa, tirando paredes y reestructurando las habitaciones, y el profesor (que era, precisamente, el que había diseñado la nueva distribución a fin de ampliar su biblioteca y unirla con su despacho) agredía a los obreros, a los que identificaba con los seres oscuros de sus alucinaciones, e incluso llegó a atacar a un joven jamaicano con un cuchillo y le provocó heridas leves. Ingresado en el Sanatorio Kroepelin, se le administró una fuerte medicación y se le sometió a una intensa terapia de largos baños tibios, paseos por la naturaleza y «arteterapia», un campo en el que el Kroepelin se hallaba, al parecer, a la vanguardia. Su recuperación había sido lenta y dolorosa, con episodios de violencia durante los cuales golpeaba a los enfermeros y había que atarle con correas a su cama y gritaba palabras obscenas en inglés, en alemán, en latín y en otra lengua desconocida de todos que resultó ser el idioma de los indios sibundoyes, en el cual la peor palabra consiste en llamarle a alguien «capibara ciega» (como si no fuera bastante malo llamarle a alguien, simplemente, «capibara»). Esto sucedía sobre todo por las mañanas. Por las tardes, por el contrario, se convertía en una persona enormemente refinada y sensible, recibía a las visitas, tomaba el té sosteniendo delicadamente la taza con el meñique extendido, paseaba entre los álamos del parque y hacía bromas extraordinariamente inteligentes sobre su «locura». Como nunca había llegado a perder la lucidez intelectual, y al cabo de cuatro o cinco meses las alucinaciones y los episodios de violencia física habían desaparecido por completo, Bentley le había pedido a Hovorka que, como parte de su terapia, preparara una conferencia sobre un tema de su elección. El profesor se había tomado el encargo muy en serio y había pedido libros y carpetas de notas de las que guardaba en su despacho, láminas, mapas, fotografías y reproducciones de obras de arte, y había estado encerrado durante varias semanas consultando libros y notas y preparando paneles en los que clavaba mapas y reproducciones fotográficas de obras de arte. La conferencia versaba sobre la cultura y rituales de los indios Pueblo del sudoeste de Estados Unidos, y tenía como subtítulo «¿Por qué existe el mal en el mundo?». Bentley pensó que sería una buena idea que el profesor pronunciara verdaderamente la conferencia en el Salón de Actos del sanatorio, y se organizó el evento de manera formal, con asistencia de todas las autoridades médicas y una audiencia de internos cuidadosamente seleccionada. La conferencia fue un éxito y, según me contó Bentley, marcó el verdadero comienzo de la curación del profesor. «*Symbol tut wohl*», una frase del propio Hovorka, se convirtió en una broma mil veces repetida en la pequeña comunidad médica del Kroepelin. El símbolo hace bien.

Enseguida se organizaron otras conferencias. Luigi Campanella dio una

conferencia sobre electricidad y electromagnetismo que resultó fascinante, ya que la mayoría de nosotros ignorábamos que los polos magnéticos de la tierra pudieran moverse de su lugar y que de hecho se movían igual que manadas de renos o que bandadas de pingüinos errantes, y que el Polo Norte (por ejemplo) llevaba bastantes años moviéndose a razón de varios kilómetros al año en dirección a Siberia. Yo siempre había supuesto que el magnetismo de la tierra era un fenómeno automático e inalterable, y que la carga eléctrica del planeta se debía simplemente a su masa, pero Luigi explicó que el campo electromagnético provenía del giro continuo, dentro del interior de la esfera terrestre, de un gigantesco núcleo de hierro que tenía la forma aproximada de un huso (la misma forma, observó el profesor Hovorka, que tiene el «demiurgo» platónico) y que era tan inmenso (tenía una masa equivalente a la de la luna) que sus extremos casi llegaban a tocar ambos polos del planeta. Campanella hizo un dibujo aproximado de una esfera en cuyo interior había una forma que, más que un huso, parecía algo así como una retorcida raíz de mandrágora, o una mano humana con el índice apuntando hacia arriba y el meñique y el pulgar extendidos. Este huso era de hierro sólido, estaba a la misma temperatura que la superficie del sol y se hallaba rodeado de una capa de hierro líquido. Del frotamiento producido por el hierro líquido y el sólido, surgía el campo magnético. De cualquier modo, explicó, todavía no comprendemos cómo esta gigantesca dinamo puede funcionar, ni cómo es capaz de generar un campo electromagnético tan intenso, ni tampoco por qué tiene una estructura bipolar, ni por qué sus polos están casi perfectamente alineados con los polos terrestres.

A mí me extrañó sobremanera enterarme de que el núcleo de la tierra, que es una esfera, no fuera una esfera también, una especie de perfecto hueso de aguacate, y tampoco podía comprender cómo podía estar aquel núcleo en estado sólido si se hallaba a la temperatura del sol. ¿De modo que el hierro al calentarse se deshace y se licúa y al calentarse mucho más se solidifica de nuevo? Éstos han sido siempre mis problemas con la ciencia: que sus explicaciones, por mucho que sepa con mi mente racional que son ciertas, me parecen totalmente increíbles y fabulosas. Yo también había dado siempre por sentado que la tierra giraba sobre su eje como un todo, y no podía imaginarme que por debajo de la corteza terrestre, cuyo espesor, según explicó Campanella, era de apenas setenta kilómetros (es decir, ¡mucho más fina que la piel de una manzana!), hubiera un inmenso océano de hierro líquido en cuyo interior una extraña mandrágora ardiente del tamaño de la luna girara a una velocidad diferente que la de la corteza. Sí, todo aquello era extraordinario y aterrador. ¿Cómo era posible, entonces, que la frágil corteza de roca de la tierra no se resquebrajara, hundiendo nuestro mundo en un infierno de lava? ¿Cómo no era disuelta esa piel finísima por la ardiente masa de hierro líquido del interior? ¿Éste era, pues, nuestro planeta, una especie de estrella de fuego sobre cuyo endeble y casi inexistente epicarpio una finísima «biosfera» de bosques y océanos era el frágil escenario de esa aventura de homínidos, robles y ballenas que llamamos «vida»?

La polaridad del campo electromagnético, explicó Campanella, podía invertirse, y de hecho se invertía de manera periódica, de manera que el Polo Norte comenzaba a ser negativo y el Polo Sur positivo. En la actualidad, el Polo Norte magnético se encontraba aproximadamente en el Polo Sur, mientras que el Polo Sur magnético se encontraba a unos 1800 kilómetros del Polo Norte, moviéndose en dirección a Siberia a razón de unos diez kilómetros por año. Aunque habían podido producirse muchas inversiones polares más breves (las llamadas «excursiones electromagnéticas», de una duración de cientos o quizá unos pocos miles de años), la última inversión del campo se había producido hace unos 780 000 años. Era de suponer que dicha inversión se producía después de que el campo magnético desapareciera por completo, en un período de campo magnético cero que pudo extenderse durante miles de años. ¿Qué sucedería entonces? En este punto la ciencia no se ponía de acuerdo. El campo magnético tiene un efecto protector contra el viento solar (su efecto es visible en las llamadas «auroras boreales», que no son sino ráfagas de materia solar que alcanzan la atmósfera, o más bien la magnetosfera, de nuestro planeta), de modo que en su ausencia las radiaciones solares barrerían libremente la superficie de la tierra. Por los testimonios geológicos sabíamos que los polos habían intercambiado sus posiciones varias veces a lo largo de la vida de la tierra y que el fenómeno no había tenido consecuencias visibles en las especies vivas. La última vez que se produjo el fenómeno, setecientos ochenta mil años atrás, ya existían los homínidos, y éstos no fueron exterminados. Sin embargo, ¿qué sucedería si nuestra civilización tuviera que enfrentarse a una desaparición total del campo electromagnético? Dicho campo había descendido un 5% durante los últimos cien años, de modo que los científicos estimaban que desaparecería por completo en el curso de unos mil o mil quinientos años. El descenso del campo era diez veces más acelerado en la zona del Atlántico Sur, la llamada «anomalía del Atlántico Sur», que ya estaba afectando a la navegación de los satélites en órbita alrededor de la tierra. De modo que cabía preguntarse si lo que le había sucedido a nuestro avión tendría algo que ver con los fenómenos que describía el ingeniero Campanella. Explicó además que el campo magnético terrestre era extremadamente irregular, y que su distribución parecía depender de la configuración interna del planeta, o quizá de movimientos caóticos de las masas de hierro líquido, o quizá, según algunos, de trozos de las placas continentales que son devorados por el núcleo. Aquí intervino Joaquín, el primo de Cristina, que preguntó si no creía el ingeniero que tales irregularidades podrían deberse al hecho de que la tierra estaba parcialmente hueca, algo así como un queso Emmental, con grandes burbujas de aire subterráneo en forma de cavernas gigantescas comunicadas entre sí, pero Campanella negó todas aquellas teorías de la Tierra Hueca y las relegó al terreno del mito y de la fantasía y se rió, de forma casi desagradable, de esos «chiflados» y «farsantes» que propagan creencias absurdas de un mundo «intraterreno». Así fue como descubrí que había varios en el grupo que creían firmemente, de hecho, en el mundo intraterreno y en la existencia de una

Intratierra, entre ellos Christian y Sheila, que habían visitado varios lugares del mundo en los que, según aseguraban, había «puertas dimensionales» que abrían vías de comunicación con los intraterrenos: el cerro Uritorco en Argentina, el Thor de Glastonbury en Inglaterra, el cerro del Palomo en Chile, y dos lugares indeterminados situados en los Pirineos y en el centro del Himalaya («Shambhala, weón», decía Christian a mi lado con ojos brillantes).

Como teníamos mucho tiempo libre, florecieron los juegos. Se jugaba al ajedrez y a las cartas. Los jugadores de golf, a falta de un verdadero campo, ponían una bandera en la arena y se dedicaban a hacer tiros para practicar el *swing*. Los indios jugaban al críquet, y lo hacían con una seriedad y dedicación que me sorprendía. Septimus Hansa, el sacerdote austríaco que pertenecía a los Legionarios de Cristo, organizó dos equipos de fútbol que se enfrentaban en reñidos partidos a última hora de la tarde, cuando el calor ya no era tan intenso. Violeta, la señora argentina especialista en Cábala y Astrología, hacía lecturas de Tarot. Ella me caía bien, porque era una mujer muy culta y muy agradable, pero yo no llegaba a comprender cómo podía tratar sus cartas de bruja con tanta seriedad. Le hubiera horrorizado enterarse de que para mí el Tarot no era más que un juego. Sé que para ella no lo era, pero a lo mejor también lo era, en realidad, un juego tan profundo como la filosofía y tan crucial para el destino del mundo como el giro del gran huso de hierro que crea el campo electromagnético de la tierra.

El Tercer Reich

Los latinoamericanos tenían un juego de mesa llamado El Tercer Reich. Su propietario era un chileno que se llamaba, o más bien que se hacía llamar, Roberto B., y que a mí, quién sabe por qué, me irritaba profundamente. No entiendo la causa de la inquina que yo sentía hacia él. Quizá se debiera a aquel aspecto que tenía de típico latinoamericano de los ochenta, con su pelo revuelto, sus gafitas redondas de intelectual (al parecer era escritor), su barba de tres días, su pitillo siempre en la comisura de los labios y su jersey de cuello alto que no se quitaba nunca a pesar del calor espantoso que hacía en la isla. Ese aire de desconsuelo, de ser la sal de la tierra y de sentirse, al mismo tiempo, tremendamente interesante. También me irritaba que se hiciera llamar Roberto B. ¿Por qué «B»? ¿Qué escondía bajo esa «B»?

El Tercer Reich se jugaba en un tablero muy grande, de un metro por sesenta centímetros de área, en el que aparecía representado un mapa geopolítico de Europa dividido en pequeños hexágonos. Podía jugarse individualmente o bien en equipos: un equipo era el Eje y el otro los Aliados, aunque también era posible dividir a los jugadores en Alemania, la URSS, Inglaterra, Italia, etc. Era un juego obsesivo e infinitamente complicado. Había cientos de fichas hexagonales que representaban a los ejércitos y los recursos de cada país (tanques, aviación, artillería, abastecimiento, etc.), así como a ciertos líderes de los distintos países (había una ficha para Hitler, una para Goebbels, una para Churchill, una para Stalin, etc.), un doble juego de tarjetas, rojas y azules, dados de distintas formas y colores, unos en forma de cubo como los dados tradicionales y otros con forma de tetraedro, octaedro o icosaedro, además de otras fichas, hexagonales o de otras formas, que representaban no sé exactamente qué, y las instrucciones tenían la forma de un librito muy manoseado que los jugadores se pasaban todo el tiempo consultando. Al parecer, parte del encanto del juego consistía en que uno podía crear sus propias reglas («aperturas» y «soluciones» les llamaban), que luego podían enviarse a alguna de las revistas especializadas (*Wargames*, *Black Sun Zone*, *Battle Ground*) y que, después de ser revisadas y evaluadas por los creadores, podían llegar a formar parte del manual oficial, del que había dos nuevas ediciones cada año. Roberto B. se pasaba horas y horas jugando al Tercer Reich con Christian, Sheila y Óscar Panero, un mexicano de barbita recortada que también era escritor, o bien a solas con Óscar Panero, al que había conseguido obsesionar con la Segunda Guerra Mundial casi tanto como lo estaba él mismo.

Roberto B. era novelista y poeta. Óscar Panero era poeta y ensayista. La novia de Óscar también era escritora, poetisa y novelista. Se llamaba Brenda Esquivias Ponce. Xóchitl también pertenecía a su grupo. Roberto, Óscar y Xóchitl eran amigos desde hacía años. Todos ellos viajaban juntos a la India. Xóchitl no era escritora, sino

socióloga. Pero la historia de Xóchitl la contaré más tarde.

Brenda Esquivias, la novia de Óscar Panero, era una diminuta muchachita mexicana de tez morena y largos cabellos negros que se pasaba el día leyendo a Chéjov (tenía una edición en español de los *Cuentos* publicada en México) y había escrito una novela titulada *Sierva dolorida* que trataba de las vidas de seis mujeres jóvenes que vivían en Ciudad Juárez, en el norte de México, estado de Sonora. Las seis eran amigas del colegio («el liceo», decía ella) y pertenecían a la clase alta de Ciudad Juárez. Se pasaban el tiempo viajando a El Paso, al otro lado de la frontera, para visitar los maravillosos hoteles de los gringos, las piscinas de los gringos y los *malls* de los gringos y comprarse ropa interior, zapatos y vestidos, hasta que una de ellas desaparece durante dos semanas y luego encuentran su cuerpo horriblemente desfigurado y abandonado en una bolsa de plástico en una escombrera de las afueras de la ciudad. Y éste era el quid de la historia, que los asesinos, sin duda por error, han elegido esta vez como víctima a una hija de la alta burguesía ciudadjuareense. Al parecer, la novela, que Brenda tenía escrita en un bloc grande de hojas cuadriculadas y tapas de color verde fosforescente, estaba ya terminada, pero ella la leía y la corregía obsesivamente. Todas las horas que no dedicaba a bañarse en el río (se bañaba con camisa, como en el siglo XIX, jamás utilizaba bañador ni bikini, quién sabe por qué, y yo imaginaba que tenía en el cuerpo cicatrices que no quería mostrar), todas las horas que no dedicaba a recoger tubérculos, cocos y frutas del pan y a leer su ejemplar mexicano de cuentos de Chéjov, las empleaba en corregir su novela. Roberto B. estaba obsesionado con *Sierva dolorida* y se pasaba el día intentando convencer a Brenda de que se la dejara leer, pero ella se negaba, y entonces Roberto B. le hacía preguntas sobre el desierto de Sonora y sobre Ciudad Juárez, donde Brenda había pasado una adolescencia horrible cuyo recuerdo le ponía un brillo metálico en los ojos pero también sacaba cualidades distintas de su voz, en las que uno sentía el rumor de una lluvia inexistente en largas avenidas polvorientas y pájaros blancos posados en las ramas de grandes árboles. Quién sabe, quizá eran ilustraciones de algún libro que había leído de niña y no tenían en realidad nada que ver con Ciudad Juárez, o eran sueños, o poemas leídos aquí o allá, ya que en Ciudad Juárez no hay grandes árboles, sino árboles pequeños y raquíticos, y tampoco hay pájaros blancos, en Ciudad Juárez no hay nada blanco, nada completamente blanco. Una de sus hermanas, según nos contó una noche, había sido asaltada y violada en dos ocasiones antes de que la familia decidiera marcharse de la ciudad para instalarse en Ciudad de México, que era donde había conocido a Óscar. Las tres hermanas habían recibido amenazas y habían sentido el peligro de algún modo, ya que en México este peligro se siente toda la vida si uno es mujer, nos contaba Brenda, uno se acostumbra a vivir con este miedo, con esta especie de alerta refinada que crea como una especie de tercer ojo que tienes en la parte de atrás de la cabeza y con el que estás todo el rato oteando lo que hay detrás de ti, las zonas oscuras, los pasillos, los callejones, los vendedores de jícama y de amaranto, las taquerías, las casas donde se venden tamales

al caer la tarde, los grupos de hombres que beben cerveza en las esquinas y el temor es algo tan consuetudinario (sí, Brenda utilizaba palabras así) que uno ya lo incorporaba a su realidad y vivía así año tras año, iba a tomar licuados de frutas con las amigas, cócteles en el bar del hotel Radisson, iba al cine, iba a visitar a las amigas para estudiar juntas, iba a la biblioteca, iba a la universidad, iba al teatro, iba a ver la puesta del sol en los cerros, en grupos, en carros, con hombres, claro está, y el temor estaba allí todo el rato a pesar de ir en grupo, en carros y con hombres y a pesar de tener buenos carros y nombres largos y saber que la policía judicial no se metería con ellos a causa de sus carros grandes y sus nombres largos. Pero los agresores siempre sabían a quién debían atacar, porque violar a una mujer no es una cosa fácil a pesar de que estamos en tiempos en que nadie está dispuesto a morir con tal de no dejarse violar, a pesar de eso, y por eso su hermana Lucrecia, dos veces a su hermana Lucrecia, una de las veces en Noche Triste, al lado de la Plaza de Armas, por eso precisamente a Lucrecia y no a ella ni a Bernardina, porque Lucrecia era de hierba y Bernardina era de metal y ella, Brenda, era de piedra, y esos pinches cabrones eso lo saben sólo con ver tu sombra, decía, sólo con ver tu sombra proyectada en una pared al atardecer, cuando las sombras son más largas y llegan más lejos, porque ellos nacieron para reconocer eso del mismo modo que los coyotes saben siempre cuál es el carnero más débil, el que se va a acobardar, el que no va a luchar, o los tiburones huelen la sangre a kilómetros, o los mosquitos saben qué piel es más fina.

Roberto B. la escuchaba fascinado, aunque intentaba esconder su fascinación con una sonrisa condescendiente. Pero no paraba de preguntarle cosas, todo tipo de cosas sobre el norte de México: cómo era la luz en las avenidas de Ciudad Juárez por la noche, si había eucaliptus en las calles, grandes eucaliptus oscuros, y si la luz de las farolas se filtraba a través de los grandes eucaliptus oscuros. Le preguntaba por las discotecas y las *boîtes* de Ciudad Juárez, y le preguntaba si había grandes discotecas lúgubres en mitad del desierto. Le preguntaba si había piscinas en Ciudad Juárez, y si ella solía ir a alguna piscina allí, y cómo miraban los hombres a las chicas en las piscinas, y cómo miraban las chicas a los hombres, y de qué color era el agua, si era azul, si era verde, si era gris, y si había polvo sobre los *fenders* de los coches y sobre los magueyes y de qué color era el polvo que había sobre los magueyes, si era rojo o blanco, amarillo o marrón, ocre o pardo. Le preguntaba qué tabaco se fumaba por allá, y qué marca de tequila se bebía, y qué marca de cerveza, y qué marca de condones se vendía en las farmacias y de qué color eran los condones. Le preguntaba si había barrancas o pedregales, y si en los pedregales había nopales, y si había visto algún basurero de la ciudad, esos maravillosos basureros de Latinoamérica donde hay enormes pájaros vultúridos de grandes alas pardas y humaredas espesas y oscuras que nunca terminan de arder y niños cubiertos de suciedad y con el rostro negro por la porquería y la miseria que viven entre las montañas de basura como grandes arañas de ojos brillantes (¿y eso qué tiene de maravilloso?, le dijo Brenda, y le decía también que en Ciudad Juárez no hay piscinas, no hay agua, no hay árboles, no hay parques,

no hay nada de eso que él soñaba, que Ciudad Juárez es el infierno, que hay Casas de Empeño, taquerías, descampados, calles infinitas de edificios de una planta rodeados de rejas con un palmito creciendo con paciencia en el patio y paredes desconchadas y perros abandonados y que todo está como aplastado por el sol, aplastado contra el piso, aplanado, destruido por el sol, calcinado, como si la ciudad no fuera más que un montón de huesos viejos y descascarillados, y luego estaba el Río Bravo, y los puentes que pasaban al Norte, al paraíso de los gringos, puentes alambrados y enrejados), y luego Roberto B. le preguntaba, siempre con su sonrisa suave e irritante, a un tiempo tímida e insolente, si ella había visitado algún rancho de los alrededores, y ella le decía que si estaba loco, que en los ranchos del desierto de Sonora era donde se refugiaban los narcos y donde se hacían las *snuff movies* y que había fiestas muy torcidas por allí, fiestas muy raras donde se hacían cacerías de gamas (¿de gamas? preguntó Roberto B., y ella le explicó que las gamas eran mujeres, mujeres a las que soltaban desnudas en el desierto y les daban dos o tres horas de ventaja y luego salían a rastrearlas y a cazarlas como si fueran animales; a veces les daban botas para que pudieran correr mejor e irse más lejos, pero siempre acababan encontrándolas y abatiéndolas a tiros; normalmente las enterraban en el lugar, al fondo de alguna zanja, pero algunos estaban tan locos que se las llevaban a su casa como se hace con un gamo o con un león (quería decir con un puma) o con un jaguar, y se decía que había estancieros que tenían una sala con cabezas de jaguares y de búfalos africanos adornándole la pared y también con cabezas de mujeres disecadas, gamas procedentes de alguna cacería, porque había algunas de estas presas que huían durante días enteros y entonces la caza se tornaba realmente interesante porque la presa, decían los cazadores, y ésta era una muestra de su humor refinado, «era casi tan inteligente como un ser humano»), ranchos en medio del desierto que parecían abandonados y que sólo se animaban en las fiestas, cuando los cuatro por cuatro Peregrino negros aparecían de aquí y de allá en el polvo del desierto, grandes vehículos de cristales negros conducidos por choferes con gafas negras, fiestas de varios días al final de las cuales siempre alguna muchacha que trabajaba en alguna maquiladora acababa en una bolsa de plástico, estrangulada con su propio sostén y con el vientre lleno de puñaladas. Y gente de clase alta mezclada con todas aquellas aventuras sórdidas, gente de la clase política, gente con dinero y con poder que paraban todas las investigaciones policiales, y las mujeres morían poco a poco, una tras otra, y la policía investigaba y jamás encontraba a ningún culpable. Ay, Brendita, ¿por qué no me dejai leer tu novela?, decía Roberto B. una y otra vez. Pero ella se negaba: no está terminada, le decía. Falta, todavía le falta. Y esto sólo servía para obsesionar a Roberto B. todavía más. Éstas eran las obsesiones de Roberto B.: el juego de guerra El Tercer Reich; *Sierva dolorida*, la novela de Brenda Esquivias Ponce y Sheila, la bella y sinuosa Sheila, con la que se pasaba el día flirteando frente a los ojos de su novio.

Oh, Dios mío, cómo me irritaba aquel tipo. Había en él algo lento, grácil, casi

armonioso. Una especie de indolencia, una especie de parsimonia, una indiferencia casi divina. Me irritaban sus gafas redondas de intelectual, aquel jersey de cuello alto que no se quitaba jamás. Me irritaba que fuera invulnerable o indiferente al calor, aquel aspecto que tenía de progre de los años setenta, mal peinado, mal afeitado, siempre con un cigarrillo en los labios. Me irritaba su barbilla, cuyo perfil me parecía insolente, me irritaban sus mejillas pálidas, me irritaba la expresión acuosa y casi tierna de sus ojos claros, porque tenía unos dulces ojos claros de follador sin escrúpulos de esos que vuelven locas a las mujeres, su forma de sujetar el cigarrillo entre los dedos como si se tratara de un objeto sacro dotado de un poder sobrenatural, su forma de entrecerrar los ojos cuando daba una calada al cigarrillo. Me irritaba aquella seguridad en sí mismo que tenía, y me irritaba también que me pareciera un tipo tan interesante, tan fascinante, cuando no había nada en él que debiera realmente fascinarme. Pero se ponía a contar anécdotas de Santiago de Chile o de México D. F., donde había vivido toda su adolescencia y juventud, o de Los Angeles, y yo me quedaba callado, escuchándole y como rogando interiormente que no se detuviera, que siguiera hablando. Y hablaba de El Tercer Reich, y de la Segunda Guerra Mundial y del sentido del mundo y del misterio del mal, cuyo verdadero misterio terrible y terrorífico era que no era ningún misterio, decía, porque en el mundo no hay ningún misterio, no hay ninguna clave, no hay ninguna Rosa Secreta como la que quería encontrar Yeats, decía, y luego hablaba de la rosa de Milton, aunque no es que hubiera leído realmente a Milton (no creo que leyera inglés, y no creo que pudiera leer el inglés de Milton), pero sí había leído a Borges, y mucho, la rosa de Milton, el poema de Borges, la rosa que no es un símbolo del mundo sino un objeto más del mundo, y ése (decía, entrecerrando los ojos para evitar el humo de su propio cigarrillo, y yo le escuchaba fascinado a mi pesar, rabioso contra mí mismo, igual que un perro rabia contra la mano que le alimenta porque está lleno de odio y le gustaría arrancar esa mano a mordiscos pero no puede hacerlo y sabe que no puede hacerlo), ése era el mejor poema de Borges y un poema realmente importante, decía, un poema para despertar para siempre del sueño, porque no hay nada que contenga al mundo, nada que explique el mundo, nada que resuma el mundo, sólo hay mundo, sólo mundo, mundo, mundo, cosas, camas, leche, semen, lluvia, eucaliptus, la sombra de la lluvia sobre las sábanas y la sombra de la lluvia sobre los muslos de la muchacha con la que estamos haciendo el amor en un hotel barato y el vello de sus ingles, a pesar de todo lo más hermoso que existe, el vello negro de sus ingles negro sobre blanco como palabras negras sobre la piel blanca de la página ingle, y letreros de hoteles y moteles abandonados y coyotes de ojos luminosos cruzando la noche de los desiertos y cuerpos enterrados y trenes y camiones cargados de madera y camiones cargados de chanchos que van al matadero y camiones cargados de muchachas que van a los burdeles del norte y furia y miedo, y bares en la frontera y perros asesinados y perros crucificados y noches de borrachera azul y noches de borrachera violeta y muchachas y más muchachas y mujeres, mujeres embarazadas que gritan en el parto,

y hombres solos que sueñan, y hombres que aguardan en el callejón oscuro, y parejas de hombres casados que se encuentran en hoteles para chingar y ni siquiera se dicen el nombre, y niños dormidos, y niños que van camino de la escuela, y barracones del ejército, y un joven recluta con rostro de indígena que se parece a Benito Juárez y mira a las muchachas de piernas pálidas y ellas le miran a él y todos sueñan, y el mar, y el desierto, y deseos, y sueños, y poemas y libros y hablar por teléfono y ducharse y escribir por la noche, a cualquier hora realmente, pero sobre todo por la noche, después de hacer el amor, en la lucidez que trae la noche después del sexo y después de darse una ducha fresca después del sexo, y lo que no hay en parte alguna es una rosa secreta, decía Roberto B. Lo que no hay en parte alguna es una rosa secreta, a no ser entre los muslos de una muchacha. Allí está la única rosa secreta, decía Roberto B. Como bien sabía Empédocles. Como bien sabía Courbet. El principio del mundo. La rosa del mundo. La concha de nácar de Afrodita. Como bien sabía Quirón el centauro, en el poema de Rubén Darío. La rosa, la concha, el coño. La rosa triunfante del mundo.

—Roberto, no te fundai —le decía Christian, contemplando con atención el tablero de El Tercer Reich—. Te voy a mandar pal carajo a Rommel, compadre, ¿cachá?

—No podei —replicaba Roberto B. dando una calada a su cigarrillo—. A Rommel lo tengo en un bar de putas de Trípoli totalmente mamado. Una puta argentina de nombre Sibila le dio una conferencia de prensa, ¿cachá?, y lo dejó al tipo tan tierno como choclo hervido. La puta argentina no sabe que acababa de mamarle la verga al Zorro del Desierto y él no sabe que acaba de ser gratificado por una hija de Israel.

—No hables de porquerías delante de las damas —le dijo Brenda arrugando la nariz.

—Robertico, no te fundai —repitió Christian.

—Eso es lo bueno de jugar al Tercer Reich con Bobby B. —dijo Óscar—. Después de un rato, uno ya no está viendo un tablero, sino una especie de película animada.

Yo me aparté de allí y me fui a pasear solo por la playa, porque tenía los ojos llenos del esplendor del mundo tal y como lo había descrito Roberto B. entre calada y calada. Del esplendor y de la miseria del mundo, y del ruido y de la gloria del mundo.

Tenía el alma llena de sol, de gladiadores y de la gloria del mundo, como había leído en aquel relato de Nabokov años atrás. Una emoción profunda me llenaba, y no sabía de dónde venía esa emoción. Quizá venía de la isla, de la intensa sensación de soledad. Quizá venía de lo que Roberto B. había dicho acerca de la rosa de Milton y de la Rosa Secreta de Yeats. Que no hay un centro, ni una explicación, ni una clave del mundo. Quizá venía de su rapsódica descripción de lo que era el mundo. Lluvia, y tristeza, y amor, y coyotes cruzando el desierto. Una sensación oscura de maravilla me llenaba.

¿Será cierto, me pregunté de nuevo, que hemos venido a esta isla para nacer?

Mi relación con Roberto B.

Unos días más tarde, coincidí con Roberto B. haciendo la colada. Solíamos lavar la ropa en la orilla del río, como yo había visto a hacer en España en los pueblos cuando era niño. Él me llamaba Johnny, y a cambio yo le llamaba Bobby B., porque sabía que no le gustaba. Él lavaba su ropa sin llegar a quitarse el cigarrillo de los labios y de forma bastante descuidada, me pareció. Le pregunté por sus libros, que al parecer estaban publicados en España, donde también había vivido. Me contó que había sido vigilante nocturno en un *camping* de la Costa Brava, entre otros trabajos ocasionales y viajes aquí y allá con una mochila en la espalda, comiendo bocadillos de mortadela y durmiendo en albergues juveniles y en casas de chicas a las que iba conociendo a lo largo del camino, visitando las casas de otros amigos escritores y durmiendo en sus sofás. Él era, me dijo, un especialista en sofás. Vivía en los sofás de otros. Era un escritor de sofá, me dijo. Allí donde todo sucede, allí donde todo se oye, allí donde todo se sabe. Viviendo en la intersección de las cosas, la intersección del día con la noche, del salón con el dormitorio, del sofá con la cama. Escritor de intersecciones, me dijo, porque es en las intersecciones donde suceden las cosas interesantes, las intersecciones del cuerpo, las de la ciudad, las de la casa. Y no sé cómo, terminamos hablando de mujeres.

—Desde que caímos aquí, es como una orgía —me dijo—. Casi voy a lamentar cuando nos rescaten de esta isla de mierda.

—¿Y eso? —pregunté yo sorprendido.

—Por las mujeres, weón —me dijo.

—Las mujeres, sí —dije yo, todavía sin entender de qué me estaba hablando. Ya que la isla no parecía un lugar particularmente idóneo para el amor. Estábamos todos sucios y sudorosos y apenas existía la intimidad.

—No sé qué tiene este lugar, pero desde que caímos acá ha sido una distinta cada noche, weón. Esta isla les pone fuego en las ingles.

—Vaya —dije yo—. ¿Tantas?

Él enumeró: Swayla, Sophie Leverkuhn, Idoya, Rosana, una joven americana cuyo nombre no recordaba, una mujer australiana cuyo nombre nunca había llegado a entender, la señora Lee (la mejor de todas, me dijo, a pesar de la cruz de oro que lleva siempre colgada del cuello), Brenda y Sheila, aunque con las dos últimas sólo habían sido besuqueos y caricias. Me quedé sin habla y casi sin respiración, como cuando uno recibe un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Rosana? —pregunté.

—La mamá de la niña india —me dijo—. Uf, compadre. Nos hicimos mierda. Qué pasión que tienen las españolas.

Parecerá increíblemente ridículo, pero me fui directamente a hablar con Rosana.

La encontré en su palapa, limpiándola y organizando su ropa y la de Syra en una maleta. Estaba vestida con unos pantalones blancos cortos y con un sujetador blanco de encaje. Ah, cómo me gustaba aquella mujer. Se le marcaban voluptuosos pliegues de grasa en la cintura, como en una Venus de Rubens, pero la piel de su espalda era limpia y sonrosada, y poseía ese lustre marmóreo y ese aire fragante de salud que son característicos de los cuerpos entrenados en alguna disciplina física. ¿Qué sería, en su caso? ¿Pilates, aerobio, una tabla de ejercicios, *paddle*? Toc, toc, dije. Ella se volvió, sin intentar cubrirse. Dije: me voy, no estás vestida. No importa, dijo ella colocándose con desenvoltura uno de los tirantes, es que tengo mucho calor. Los gruesos elásticos le dejaban marcas rojas sobre la mullida piel de los hombros. Tenía los labios pintados de rojo cereza. Minúsculas gotas de sudor le brillaban sobre la frente y sobre el labio superior. Sólo quería preguntarte una cosa. No sé qué vas a pensar de mí, pero me da igual, porque te lo tengo que preguntar de todos modos. ¿Tú te has acostado con Roberto B.? ¿Quién es Roberto B.?, preguntó ella abriendo mucho sus preciosos ojos negros, que habían sido enormes bajo las lentes de sus gafas y ahora eran pequeños e intensos. Se lo describí con bastante detalle, y me dijo que sólo había cruzado con él un par de palabras, pero que en todo caso aquello no era cosa mía. Tienes razón, dije, no es cosa mía. No, claro que no me he acostado con Roberto B., dijo ella. ¿Por qué me preguntas eso? Porque él va diciendo por ahí que lo habéis hecho y que menuda pasión tienen las españolas. No me lo puedo creer, dijo ella. No me lo puedo creer, Juan Barbarín, ¿estás celoso? No, es simple curiosidad. O sea que va diciendo eso por ahí, ¿no?, dijo ella. Tenía una expresión de diversión en el rostro, casi de ternura, aunque yo sabía que aquellos sentimientos no iban dirigidos a mí precisamente. Sabiendo lo raras y contradictorias que son las mujeres y lo mucho que les atraen los peores ejemplares del sexo opuesto, me imaginé que Rosana se habría quedado encantada al enterarse de que Roberto B. iba diciendo que había gozado de sus favores, y que en vez de despreciarle o enfadarse con él por su desfachatez, lo más probable es que ahora comenzara a sentirse interesada por aquella sabandija, incluso románticamente interesada. Pero ¿por qué estabais hablando de mí?, dijo entonces ella, colocándose el otro tirante del sujetador mientras me miraba a los ojos con toda inocencia. El blanco de la prenda contra el rosa húmedo de su piel era tan llamativo como el fuego de un incendio, y ella se me acercaba peligrosamente, plenamente consciente del efecto que producía en mí. No estábamos hablando de ti. Hablábamos de otra cosa, y entonces él ha dicho... No importa, añadí apresuradamente. Olvídalo. Salí de la palapa, pero un instante después volví a entrar. Ella se había arrodillado frente a la maleta, y se volvió al verme aparecer otra vez. Me arrodillé a su lado. Ella me observaba divertida, con una ceja enarcada. Comencé a acariciar sus cabellos oscuros y revueltos y ella se quedó inmóvil, recibiendo mis caricias. Tenía el cuello sudoroso y ardiente. Toda ella estaba cubierta de sudor, igual que yo, igual que todos. Entonces me acerqué para besarla en la boca. Nos besamos durante un rato, pero ella, sin llegar a apartarse, no respondía a mis besos, o lo hacía

con enorme timidez y discreción, negándose a separar los labios y a ofrecerme su lengua. Era como besar a una estatua.

—Me gustas mucho —le dije.

—Tú también me gustas —dijo.

—¿Y entonces?

—Entonces —dijo poniéndome cinco dedos con las uñas pintadas de violeta sobre el pecho y apartándose con suavidad—, ten paciencia, no lo estropees.

Los lobos se acercaron al poblado esa noche. Corrió el rumor de que estaban enfadados y buscaban venganza por aquel lobo que habían matado los nuestros unos días atrás. Me despertaron gritos en mitad de la noche, salí de mi palapa a toda prisa y vi a Wade con una antorcha adentrándose entre los árboles y dando gritos. No sé cuándo había fabricado aquella antorcha, pero había otras más y otros hombres que las portaban. Sus perfiles anaranjados a la luz de las llamas se adentraban en la selva en tinieblas. Oí gritos de mujeres y el llanto inconfundible de Seymour. Los lobos, decían, han venido los lobos. Yo no me atrevía a entrar entre los árboles desarmado y sin fuego, y me sentí avergonzado de mi miedo. Pero pensé en el brazo amputado de Bill Higgins y sentí un cosquilleo en la vejiga urinaria. Se oyeron dos disparos entre los árboles. Vi a los Leverkuhn con sus niños, que se habían despertado con los gritos. Un rato después, volvieron los que se habían internado en el bosque con las antorchas, y luego, un rato después, regresó Wade. Parecía asustado, y por primera vez desde la llegada a la isla vi que no sonreía, aunque el aura heroica y casi sobrehumana que le envolvía no le había abandonado. Le preguntaron que si eran los lobos y dijo que creía que sí, que habían visto los ojos brillantes de los lobos en la oscuridad, pero que el fuego los había espantado.

—Tenemos que hacer fuego todas las noches —dijo—. Y los niños deberían dormir juntos en una zona bien protegida. Los lobos siempre van a por los más débiles.

De pronto se dio cuenta de que había niños escuchándole. Le vi abrir mucho sus ojos azules, sabiendo que los nervios y la adrenalina le habían traicionado, ya que lo último que deseaba era asustar a los niños o que cundiera el terror entre los naufragos. Sebastian Leverkuhn le miraba muy serio y muy pálido, pero entonces habló su hermano pequeño, Carl.

—Señor Erickson —dijo el niño con un aplomo que me sorprendió—. No se preocupe por los lobos. Los lobos no quieren hacer daño a los niños.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —le preguntó Wade con una sonrisa.

—Los lobos son amigos de los niños —dijo Carl—. Son los mayores los que no les gustan. Además, esos que han venido esta noche no eran lobos de verdad.

—¿No eran de verdad? —preguntó Wade—. ¿Cómo... qué quieres decir?

—Wade, es un niño pequeño —le dijo Joseph, que era uno de los que empuñaban antorchas—. No tienes que escucharle como si fuera un oráculo.

—No, espera, Joseph —dijo Wade levantando dos dedos en el aire—. Permíteme

(*bear with me*)... Deja que el niño diga lo que sabe.

—No «sabe» nada, Wade —dijo Joseph—. Tiene nueve años.

—Eran lobos falsos —dijo Carl. Y luego añadió, señalando a su alrededor con las manos—. Todo lo que hay en esta isla es falso.

—¿Qué quieres... qué quieres decir? —preguntó Wade.

Sophie dijo que era muy tarde y que los niños tenían que descansar, y el grupo se disgregó poco a poco. Había varias hogueras ardiendo todavía, y supongo que la visión del fuego me tranquilizó. Vi a Rosana a lo lejos: le hice un gesto de saludo y ella me devolvió el gesto. Era la historia de siempre, la típica historia del viejo *Sir John Barbarin*: llevaba una semana en aquella isla y ya había demasiadas mujeres en mi vida, y al mismo tiempo no había ninguna.

Otra cosa más. Una nueva emoción se había manifestado para mí en la isla. El disgusto que sentía por Roberto B. ahora se había convertido en verdadero odio. Odio porque me había tomado el pelo. Odio porque se había reído de mí y me había hecho quedar en ridículo. De pronto comprendí por qué Roberto B. era imbatible jugando al Tercer Reich, por qué era imposible contener el avance de sus ejércitos. Brenda, Óscar, Christian y Sheila jugando juntos no podían con él. La razón era que Roberto B. hacía trampas. Ésa era la explicación, la única explicación posible. Lo hacía de noche, cuando todos estaban dormidos y el tablero quedaba abandonado en la mesa especial que habían construido para jugar. Era imposible recordar la posición exacta de centenares de fichas en centenares de hexágonos. Una de aquellas noches le vi deslizándose subrepticamente hacia el tablero y cambiando fichas de sitio, añadiendo y quitando fichas. No puedo asegurar que fuera eso lo que estaba haciendo pero ahora, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de ello. Le vi sentado frente al tablero, en la oscuridad, una oscuridad tan espesa que era imposible ver las fichas y los hexágonos, aunque creo que tenía una linterna y que la apagó al sentir que yo me acercaba. Me dijo que no podía dormir, y yo le dije que con aquel calor del infierno era imposible hacerlo. Me dijo que estaba meditando las jugadas del día siguiente, y yo le pregunté cómo era capaz de ver el tablero en la oscuridad. Después de tanto tiempo jugando, me dijo, uno desarrolla una especie de intuición con el tablero. A veces, me dijo, creo que podría jugar con los ojos cerrados. Es cuando uno puede jugar intuitivamente cuando el juego se hace interesante. Yo le odiaba y no quería seguir hablando, pero Roberto B. me fascinaba y no podía apartarme de él tan fácilmente. Yo siempre he buscado eso que tú llamas la Rosa Secreta, le dije. Lo sé, dijo él. Luego me ofreció un cigarrillo, y me dijo que eran de los últimos, y yo acepté su ofrecimiento aunque no soy fumador, y me puse a fumar con él sin tragarme el humo. Lo sé, me dijo, se ve en tus ojos. Pero otros hemos nacido sin fe, sin esperanza y con poca caridad. Pero saber que no hay Rosa Secreta, dije yo, ¿no es también conocer el sentido del mundo? Saber que el mundo no tiene sentido, ¿no es, quizá, la Rosa Secreta? Yo sí creo en la Rosa Secreta, dijo él después de unos instantes de silencio, que empleó en rascarse con fuerza en el tobillo derecho, uno de los lugares

favoritos de los mosquitos. Creo que existe, siguió diciendo, pero está en un lugar al que nosotros no podemos llegar. A lo mejor, dije yo, está en esta isla. A lo mejor hemos venido a esta isla para nacer. Quieres decir que a lo mejor hemos venido a esta isla para morir, dijo él. No sé por qué tengo la sensación de que no vamos a salir nunca de aquí, dijo. De que nos vamos a pudrir todos aquí. De que estamos en nuestro cementerio. Eso dijo Roberto B., que a veces sentía que estábamos en un cementerio. Que aquella isla florida y llena de palmeras y de pájaros era, en realidad, un camposanto.

Pero yo le odiaba, de modo que meforcé a no seguir hablando con él, murmuré una despedida apresurada y continué caminando en dirección a la playa, dejándome guiar por el perfume de los alcanforeros y el resplandor de las olas. Me senté en la arena y me puse a contemplar las constelaciones. Unos días atrás había oído decir a Violeta, la señora argentina, que el cielo que teníamos encima era el del hemisferio sur. Lo cual era imposible, por supuesto, ya que no estábamos en el hemisferio sur. Mil cuatrocientos kilómetros al sur de Hawaii, (aunque en realidad no volábamos en línea recta hacia el sur, sino hacia el sudoeste), es todavía, y durante largo rato, el hemisferio norte. Pero ella conocía bien las estrellas y nos señaló la Cruz del Sur y nos desafió a que encontráramos la Vía Láctea, la estrella Polar o la Osa Mayor encima de nuestras cabezas. También había dicho que había una estrella en aquel cielo, la más brillante de todas con diferencia, que no era ninguna estrella conocida. Dijo que quizá se tratara de un planeta, o de un cometa, pero que, fuera lo que fuera, nunca había estado ahí. Yo me puse a contemplar esta nueva estrella, inmensa y amenazante, y de pronto me puse a llorar. Lloré un rato mirando el cielo, escuchando el romper de las olas, mirando la horrible negrura del océano. Luego me tranquilicé, suspiré, me sequé los ojos. No sé exactamente por qué lloraba, aunque supongo que tenía sobradas razones para hacerlo. Fue más tarde cuando medité que lo que hacía en realidad Roberto B. sentado frente al tablero en mitad de la noche era cambiar las fichas de sitio para situar a sus tropas en posiciones más ventajosas. ¡Hacía trampas! Ésa era la razón de que fuera imbatible en El Tercer Reich y que ganara una y otra vez la Segunda Guerra Mundial. Aunque a mí aquel juego no me iba ni me venía, este descubrimiento me hizo odiarle todavía más.

Santiago descubre a un traidor

Establecimos un puesto de vigilancia en la playa del avión (ahora que esa designación había alcanzado casi el rango de nombre propio), para recibir a nuestros hipotéticos rescatadores. Los turnos eran de seis horas, y se hacían siempre por parejas, para impedir que una persona sola se durmiera. Por la noche, los vigilantes mantenían una hoguera encendida. Santiago Reina era el encargado de organizar los turnos basándose en una lista de pasajeros que alguien había encontrado, al parecer, en uno de los armarios de las azafatas del avión. Fue gracias a esa lista como logró descubrir algo ciertamente extraño.

Nos reunió esa noche a Joseph, a Wade, a Christian y a mí en su cabaña y nos contó lo que había averiguado. Hablaba muy bajo, como si alguien pudiera oírle. Parecía aterrado, una reacción que me pareció excesiva dadas las circunstancias. Tenía la lista de los pasajeros en las manos. Esos días se pasaba todo el día con esa lista, mirándola de arriba abajo y dándole vueltas y vueltas. Había encendido una vela para tener un poco de luz, aunque las velas escaseaban e intentábamos no gastarlas inútilmente. Aquella que había encendido Santiago sólo alcanzaba para iluminar las hojas de papel desgastadas y arrugadas y nuestros rostros macilentos y brillantes de sudor. Siempre estábamos sudando en la isla, día y noche.

—Tíos —nos dijo hablando casi en susurros—. En la lista de pasajeros del avión no hay nadie que se llame George.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joseph.

—Creo que está claro lo que quiero decir, tío —dijo Santiago con rostro fúnebre.

—Dilo en voz alta para todos nosotros —pidió Wade.

—Ya sabéis lo que significa. Estamos todos en la lista. Todos los nombres. Todos menos uno.

—¿Y eso quiere decir...? —insistió Joseph.

—Eso quiere decir, tío, que George no venía en el avión. Eso es lo que quiere decir.

—¿George? ¿George, ese chico alto e inofensivo que se pasa el día con Lizzie y con su bebé, ayudándola a bañarlo y durmiéndolo en sus brazos?

—No hay otro George —dijo Santiago—. Sí, ese George. No está en la lista —repitió mostrando los papeles de la lista, acercándola a la vela oscilante para que pudiéramos ver los nombres—. No está en mi lista, tíos. Le he buscado un millón de veces, pero no está.

—Seguro que hay una explicación —dije yo—. Los nombres aparecen a veces muy desfigurados en los billetes de avión. Si es un nombre largo, lo cortan. Además, a veces hay errores de ortografía.

—Se llama George —dijo Santiago—. Y en esta lista de casi cuatrocientas

personas no hay ningún George ni nadie que se llame G. ni tampoco ningún nombre parecido a George. La he mirado tantas veces que ya casi podría recitarla de memoria, tíos. Aquí estamos todos, uno por uno. Están los nombres de todos, menos el nombre de George.

—A lo mejor se llama George Malcolm, por ejemplo —dije yo—, y en el billete aparece como Malcolm.

Wade había fruncido el ceño y miraba la lista de pasajeros con expresión de seriedad.

—Tenemos que resolver esto —dijo.

—Pero lo que no entiendo, Jack, es qué es lo que quieres decir —dijo Joseph—. ¿Qué quiere decir para ti que no esté en la lista? ¿Qué quiere decir eso de que no venía en el avión?

—Creo que George ya estaba en la isla cuando llegamos —dijo Santiago—. Eso es lo que creo, tíos. Estaba aquí, y cuando llegamos a la isla decidió hacerse pasar por uno de los nuestros. Se infiltró en nuestra pequeña sociedad. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—¿Que estaba ya aquí? —dijo Christian—. ¿Quieres decir que es un náufrago que cayó en esta isla antes que nosotros?

—¡Yo qué sé! —dijo Santiago—. Yo no lo entiendo, tíos. Si ya estaba en la isla, ¿por qué mentir? ¿Por qué no decirlo? Eso es lo que más me extraña. Eso es lo que me acojona, tíos.

—George parece inofensivo como un corderito —dije yo—. Es un chico amable, simpático. Se pasa el día ayudando a Lizzie con el bebé. Se lleva bien con todo el mundo.

—Está fingiendo —dijo Santiago—. Estoy seguro. Es todo fingido (*an act*, dijo, una actuación).

—¿Alguien recuerda haber visto a George en el avión, o en el aeropuerto de Los Angeles? —preguntó Wade—. Yo no le recuerdo. Pero había tanta gente que es imposible recordar a todos.

Ninguno de nosotros le recordaba. No le habíamos visto ni en el aeropuerto, ni en el avión, ni durante el desembarco en la isla. Pero eso no probaba nada necesariamente.

Quedamos los cuatro en silencio.

—No tiene sentido —dije yo—. Supongamos que George ya estaba en la isla cuando nosotros caímos aquí. Supongamos que llevaba un tiempo siendo un náufrago en la isla. Supongamos que iba conduciendo un velero a través del océano y naufragó, o se cayó de un yate durante la noche y llegó nadando a la isla, o se estrelló con una avioneta en el interior de la isla. Supongamos que ya estaba en la isla y que llevaba aquí un tiempo, quién sabe cuánto. Lo lógico al vernos aparecer habría sido saludarnos, recibirnos muy feliz, contarnos su historia y su aventura. Si llevaba un tiempo solo en la isla, debería de haberse alegrado al tener compañía, y tanta

compañía además. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué no decirlo? ¿Por qué fingir que venía también en el avión?

—Eso es lo raro —dijo Santiago—. Eso es lo que me acojona, tíos.

—Tiene que haber una explicación racional —dijo Joseph—. Tiene que haber una sencilla explicación para todo esto. Vamos a hablar con él.

—Woa, woa —dijo Santiago, que evidentemente había dado muchas vueltas al asunto y lo tenía todo bien pensado—. No podemos ir a hablar con él así como así. Tenemos que pensar antes qué es lo que vamos a decirle. Es posible que haya previsto la eventualidad de que le descubramos y tenga preparada alguna historia. Necesitamos un plan.

—Pero no entiendo por qué te da tanto miedo la posibilidad de que George no estuviera en el avión y estuviera ya en la isla —dijo yo—. Bueno, supongamos que estuviera ya en la isla.

—Pero ¿por qué lo oculta? ¿Por qué finge que venía en el avión?

—A lo mejor *venía* en el avión —dijo Joseph—. A lo mejor te estás preocupando por nada. Creo que lo mejor sería hablar con él y oír lo que tenga que decir.

—Yo creo que aquí hay algo muy extraño, tío —dijo Santiago—. Yo creo que ese tipo George tiene un plan.

—¿Un plan? —dijo Joseph.

—No, esperad —dijo Wade, que llevaba largo rato en silencio y a quien yo veía pensando intensamente—. Esperad, dejad que Jack diga lo que piensa.

—Tíos —dijo Santiago—, lo que me preocupa no es sólo que George estuviera ya en la isla, sino que es más que probable que no esté solo. Si él estaba ya en la isla, es posible que haya más gente con él. ¿Comprendéis lo que os estoy diciendo? ¿Vosotros me comprendéis?

Así fue como llegó el terror a la isla. A la luz de una vela que ardía en el suelo de una cabaña. Me di cuenta de que a Santiago le temblaban las manos, y que estaba completamente aterrado.

—Ésa es la única explicación —dijo Santiago—. La única explicación es que son un grupo. Hay otros dentro de la isla. Llevan observándonos desde que llegamos aquí.

—Estás loco —le dije.

—No me llames loco —me dijo Jack mirándome muy serio—. Tío, nunca vuelvas a decirme que estoy loco.

—Lo siento, Santiago.

—No pasa nada. Pero no vuelvas a hacerlo.

—No quería ofenderte, tío.

Decidimos hablar con George a primera hora de la mañana siguiente. Tengo que decir que, a pesar de todo, dormí perfectamente esa noche. La idea de que George estuviera ya en la isla cuando nosotros caímos en ella era entonces sólo una idea, una semilla, todavía no había tenido tiempo de germinar. Dormí bien y a la mañana

siguiente, al salir de mi cabaña y contemplar las otras cabañas, y las palmeras, y el río, y la laguna azul entre los troncos de las palmeras, y la luz, y el mundo, sentí que todos los temores de la noche anterior eran absurdos. Entré en la selva para hacer mis necesidades (habíamos construido letrinas, pero el olor era allí desagradable, y éramos muchos los que no las usábamos) y luego regresé, desayuné con mis amigos españoles y con Rosana y con Syra, hicimos las consabidas bromas, las preguntas de si quería el café muy cargado o poco cargado y si quería leche entera o descremada, y luego vi a Santiago y a Joseph que se acercaban y me hacían señas con los ojos. Me uní a ellos. Recogimos a Wade, que descendía de la selva con dos pájaros atados al cinto, y nos fuimos a buscar a George.

Estaba lavando ropa en la zona de lavado, rodeado de mujeres y haciendo bromas con ellas. Era el chico ideal, el muchacho encantador. Le dijimos que queríamos hablar con él, nos apartamos un poco, y luego fuimos a la cabaña de Santiago. George dijo que tenía la ropa a medio lavar, que no podía dejar su ropa así tirada en el río, e intentó apartarse de nosotros y regresar a la orilla, pero no se lo permitimos. Santiago le dijo a bocajarro (aunque era éste un movimiento que debía de tener muy estudiado) que sabíamos que no estaba en el avión y que ya estaba en la isla cuando nosotros caímos del cielo. La reacción de George fue de lo más extraña.

Se indignó, dijo que lo que decíamos era una estupidez. Le dijimos que nadie le había visto ni en el avión ni antes del avión, que habíamos estado preguntando a los naufragos y que ni uno solo recordaba haberle visto dentro del avión. Le dijimos que su nombre no estaba en el atestado de pasajeros. Le dijimos que sabíamos que no venía en el avión, y le exigimos que nos explicara de dónde diablos salía, qué hacía en la isla y por qué se había hecho pasar por uno de nosotros.

Cualquiera que no fuera culpable habría exigido ver la lista de pasajeros para buscar su nombre, o bien daría una explicación de por qué su nombre, o al menos el nombre de pila «George», no aparecía allí. Pero George no hizo nada de esto. No hizo el menor intento de revisar la lista de pasajeros que tenía Santiago. Dijo, con muy malos modos, que él no tenía la culpa de que se cometieran errores y su nombre no estuviera en la lista. Que las acusaciones que le estábamos haciendo eran absurdas, que estábamos locos y paranoicos. Santiago le preguntó su apellido, y dijo que era Payne. En el atestado de pasajeros había un Payne, una tal Olga Payne, que evidentemente no había sobrevivido. George no supo decir por qué su nombre no estaba allí, ni hizo el menor intento de aventurar una explicación. Santiago le preguntó dónde vivía, y George dijo que trabajaba en una tienda de pinturas de West Hollywood y que vivía con un *roommate* llamado Irving que era aparejador y tocaba la tuba. Santiago le preguntó cómo había llegado a la isla. Le preguntó para qué iba a la India. Se lo preguntaba una y otra vez. Me asombraba aquel muchacho grande y torpe, que hablaba como alguien que no ha terminado el colegio y que tenía una claridad mental y una sagacidad que los demás, hombres hechos y derechos, con estudios superiores y, al menos en teoría, experiencia de la vida, no teníamos. Le

preguntó en qué asiento estaba sentado y George dijo que no lo recordaba, pero yo, por ejemplo, tampoco recordaba el número de mi asiento. Hay personas que no recuerdan los números como hay personas que no recuerdan los nombres.

George dijo que estábamos locos y que no pensaba aguantar nuestras tonterías, y salió de la cabaña gritando que no estaba dispuesto a ser tratado como un criminal cuando no había hecho nada. Nosotros le dejamos marchar. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? No podíamos retenerle allí, no teníamos pruebas y tampoco teníamos ningún motivo real para dejarle allí dentro bien atado, que es lo que deberíamos haber hecho.

De modo que George salió de la cabaña, y se dirigió a la cabaña de Lizzie. La muchacha estaba en la zona de la laguna, donde solían jugar los niños. Estaba a la sombra de las palmeras terminando de dar de mamar a Seymour. Cuando George apareció, Lizzie le pidió que cuidara unos minutos del bebé mientras ella iba al baño. El niño terminó de mamar, ella se cubrió el pecho y le entregó el bebé a George. El pequeñito acababa de alimentarse y estaba muy tranquilo, todavía despierto pero con aire de ir a quedarse dormido, ahíto y satisfecho. En cuanto Lizzie desapareció, George echó a caminar con el niño en los brazos y se perdió en el interior de la selva. Nadie le vio. Nadie pudo decir, más tarde, en qué dirección había desaparecido. No volvió a pasar por el poblado, donde sin duda alguien le habría visto caminando con el bebé en los brazos, de modo que lo más probable era que se hubiera adentrado en la selva caminando en dirección al sur o al sudeste, ya que tampoco habría sido capaz de cruzar la laguna o la desembocadura del río con el niño en los brazos.

Tardamos mucho en darnos cuenta de la desaparición de George y de Seymour. Al no encontrarles en el lugar donde les había dejado, Lizzie supuso que George habría regresado al poblado, quizá para cambiar al bebé, quizá para acostarle en su cuna. Le había buscado en su cabaña y en la cabaña de George. Había pensado que quizá el niño tuviera gases o se hubiera puesto a llorar y George le hubiera llevado a dar un paseo, ya que el ritmo de los pasos tranquilizaba mucho a Seymour, así como la inmovilidad le hacía ponerse inquieto. Le buscó río arriba, le buscó por la playa. Finalmente, comenzó a asustarse. Cuando nos enteramos de que hacía un par de horas que nadie había visto a George y que George había desaparecido llevándose a Seymour en brazos, Santiago, Wade, Joseph y yo comenzamos a comprender. Comenzamos a comprender que George no era quien decía ser, que no venía en el avión con nosotros, que ya estaba en la isla a nuestra llegada y que, al verse descubierto, había optado por huir llevándose consigo al bebé de Lizzie.

Organizamos partidas de búsqueda. Nos pasamos el día recorriendo la selva en diversas direcciones. Intentamos ser racionales, pensar hacia dónde y por dónde era más probable que hubiera huido George. Nos decíamos que un hombre que camina con un niño en los brazos no puede avanzar muy rápido, y que si todos nos poníamos a buscarlo en todas direcciones, acabaríamos por encontrarlo. Pero no lo encontramos.

Al día siguiente volvimos a organizar grupos de búsqueda, y al tercer día también.

Batimos la selva, recorrimos kilómetros y kilómetros de territorio en todas direcciones, buscamos a lo largo de la costa y siguiendo el curso de los ríos, suponiendo que aquéllos eran los lugares más adecuados para tener un campamento, pero no logramos encontrar ni rastro de George.

Llega el miedo

El Terror se instaló entre nosotros.

Unos imaginaban que George era un náufrago que había llegado a la isla hacía algún tiempo, y que la larga estancia en soledad había terminado por minar sus facultades mentales. Ben Gunn, decía yo. George es Ben Gunn, ese personaje de la Isla del Tesoro que tanto me inquietaba cuando era niño. Imaginábamos que George viviría en alguna cueva en el interior de la isla donde pudiera protegerse de las continuas lluvias, y que al ver nuestro avión caído del cielo y descubrir la playa llena de náufragos había decidido, quién sabe por qué, hacerse pasar por uno de nosotros, abandonar su refugio y venirse a vivir a nuestro poblado.

Otra posibilidad, tal y como imaginaba Jack Reina, era que la isla no estuviera realmente desierta y que hubiera un grupo de hombres que vivieran en el interior. No podíamos imaginarnos para qué querrían aquellos hombres hipotéticos a un bebé lactante, pero no había ninguna explicación posible que fuera buena.

Imaginábamos a un grupo de criminales, quizá piratas de los que todavía existen en los mares del Sur, que nos observaban desde hacía días y que podían tener todo tipo de planes perversos o dementes con respecto a nosotros. Matarnos, obligarnos a trabajar para ellos, pedir un rescate por nuestra liberación, violar a nuestras mujeres, utilizarnos como comida. ¿Sería ésa la razón de que George hubiera raptado al bebé? ¿Se lo había llevado para guisarlo y comérselo? Yo recordaba relatos, leídos tiempo atrás, de personas enloquecidas por el hambre en Siberia, en China, en Manchuria. Recordaba también un relato, leído hacía años, sobre las grandes hambrunas de China durante el período del «Gran Salto Adelante» de Mao, cuando las autoridades robaban el grano a los campesinos y lo guardaban en silos, y cómo muchos campesinos muertos de hambre se dedicaban a comerse a las niñas pequeñas (los niños siempre han sido más apreciados en China y en cualquier parte), y recordaba también una frase de aquel libro terrible, quizá un informe de Amnistía Internacional, que decía: «una niña de pecho duraba sólo dos días». Es decir, que al cabo de dos días, la familia volvía a estar hambrienta y había que ponerse a buscar otra niña.

A partir de entonces, todas las noches me unía al círculo de los meditadores. Las meditaciones solían durar una hora y media, y a mí me costaba mantenerme despierto durante tanto tiempo. Además, no acababa de comprender qué era lo que estábamos haciendo y me daba cuenta de que mi desconocimiento del mundo interior de la psique era muy grande y que las nociones habituales de «pensamiento», «imaginación», «sueño», «idea», «mente», etc., con las que había vivido hasta entonces no eran suficientes para explicar lo que de verdad sucede dentro de nosotros. Pero creo que sentía el deseo de adentrarme en mi interior como una forma de huir de la horrible realidad de la isla. Creo que fue el horror que comenzaba a

rodearnos, el terror que se había infiltrado en nuestra pequeña sociedad, lo que me impulsó a interesarme por la búsqueda del silencio interno. Quizá lo que buscara, una vez más, fuera un techo, un refugio contra la tormenta.

En la enseñanza de Dharma Mittra la respiración, la postura, el estado físico del cuerpo, la salud de los órganos, la actuación correcta de las glándulas, estaban directamente relacionadas con la salud espiritual y con el estado de ánimo. Me sorprendía aquella enseñanza «espiritual» que tan poderosamente dependía del funcionamiento de los órganos del cuerpo. Muchos de los ejercicios mentales que hacíamos como preparación previa para la meditación tenían que ver, explicaba mi buen amigo el carpintero brasileño, con la estimulación de la glándula pituitaria o de la glándula pineal, así como de la estimulación del sistema nervioso y de las zonas no desarrolladas del cerebro. Los ejercicios de respiración eran a menudo complicados y yo me perdía al realizarlos, aunque Rosana y mis amigos, Julián y Matilde, me ayudaban. Sí, todo aquello me interesaba, me intrigaba (me intrigaba descubrir, por ejemplo, el efecto que tenían ciertas respiraciones rítmicas en el estado de ánimo o en la claridad de la percepción, temas que me prometía investigar por mi cuenta más adelante, cuando tuviera tiempo y ocasión, ya que me decía que esa claridad de la visión y de la audición podrían ser herramientas útiles para un artista), pero más que nada me atraía el momento en que comenzaba el viaje de la introspección y entrábamos en el mundo de las imágenes interiores. Dharma explicaba una y otra vez que el propósito de la meditación era ir más allá, alcanzar el estado sin pensamientos, lograr que la mente se detuviera por completo, y que era entonces, en ese punto, donde la verdadera meditación comenzaba, pero que a fin de lograr que la mente se calmara, los yoguis y las yoguinis practicaban, de acuerdo con las técnicas tántricas, la creación voluntaria de imágenes interiores, lo cual servía para dirigir la energía psíquica en la dirección deseada y para aprender a controlar la mente. Tras el control llegaría, con el tiempo, quizá un instante de detención total de la mente, y era en ese momento cuando la verdadera meditación podía comenzar. Es cuando la mente se detiene, explicaba Dharma, cuando el dios puede descender y manifestarse.

Cuatro días después del raptó de Seymour, desapareció otro de los niños. Sucedió durante un ataque nocturno de los lobos. Yo no alcancé a verlos. ¿O quizá sí? Sombras de grandes perrazos corrían entre los árboles y entre las cabañas. Pero sí los oí, oí sus ladridos. Creo que todos oímos con claridad sus ladridos y sus aullidos estremecedores. Kunze salió con su Lazzeroni e hizo varios disparos sin lograr herir a ninguno de los lobos. En medio de la confusión, nadie se dio cuenta de que el pequeño Branford, el hijo de los Griffin, había desaparecido. Sus padres no lo descubrieron hasta la mañana siguiente, cuando al ir a despertar al niño hallaron que bajo la sábana que le cubría alguien se había molestado en crear un pequeño bulto con ropa para que pareciera que el niño seguía allí dormido. Recuerdo los gritos de Gloria al descubrir que su hijo no estaba en su camita. Gritos de animal herido, de animal en agonía.

Branford tenía cinco años y era un niño bastante solitario. Yo lo recuerdo siempre enfurruñado y con el pelo revuelto, porque tenía una de esas cabelleras rubias e indómitas en las que el pelo parece arracimarse en masas sólidas. Era un niño con fuerte personalidad y se podía adivinar en él ya al adulto en que iba a convertirse. Con algunos niños sucede así, que uno les mira y sabe con total exactitud cómo serán cuando tengan cuarenta años. Pasaba mucho tiempo en las rocas de la orilla buscando pequeños animales marinos, estrellas de mar y cangrejos, y tenía una botella de cristal azul donde iba guardando los diminutos caracolitos blancos que encontraba en la playa. Curiosamente, también la botella azul llena de caracolitos había desaparecido. Era como si el raptor, o los raptores, supieran lo importante que era aquella botella para Branford, o como si el niño hubiera tenido la oportunidad de cogerla. Pero entonces ¿por qué no había gritado? ¿Por qué había aceptado irse con sus captores?

Dios mío, qué extraño era todo aquello. El ataque de los lobos, la desaparición del niño, y sobre todo el siniestro, horrendo muñeco bajo las sábanas, todo aquello parecía un plan perfectamente organizado y escenificado. ¿Sería cierto, tal y como había afirmado Carl, que los lobos no eran verdaderos lobos? Pero los habíamos visto y oído en varias ocasiones, y algunos de los nuestros los habían contemplado en la selva a pleno día y los habían descrito con todo detalle, entre ellos Gwen, que era zoóloga, y uno de ellos había destrozado a mordiscos el brazo de Billy Higgins. Los lobos eran reales, de eso no cabía duda, pero George y los suyos se habían aprovechado de su ataque al poblado (quizá habían sido ellos los que habían instigado a las bestias a que nos atacaran) para poder apoderarse del pequeño Branford en medio de la confusión.

A esas alturas ya no nos quedaban dudas de que George no actuaba en solitario. Imaginábamos que había unos cuantos hombres más con él, quizá un grupo de cuatro o cinco hombres desesperados y salvajes que vivían en algún lugar del interior de la isla, náufragos abandonados en la isla tiempo atrás y enloquecidos por la soledad y por el hambre.

De nuevo salimos a buscar a los niños raptados, los buscamos durante días, pero no logramos encontrar ni un solo rastro.

A mí había algo que me extrañaba poderosamente en todo aquello. Es cierto que buscamos a los niños desaparecidos durante días, pero ¿por qué decidimos interrumpir la búsqueda? ¿Cómo consintieron los padres en que la búsqueda se interrumpiera? Es verdad que buscamos por todas partes, pero la isla era muy grande, y los niños bien podrían haber sido llevados lejos, a algún lugar del interior quizá. ¿Por qué tardamos tanto en entrar en la isla?

Los efectos del miedo

Bruce y Gloria, los padres de Branford, sufrieron una crisis profunda tras la desaparición de su hijo. No puedo ni siquiera sospechar lo que debían de estar pasando, saber que un desequilibrado o un grupo de desequilibrados se había llevado a su hijo quién sabe dónde para hacer con él quién sabe qué, el tormento del miedo y de la imaginación. Y ¿cómo detener a la imaginación? A veces, durante las meditaciones, yo veía a los niños clavados en espetones y asados al fuego alrededor de un grupo de hombres brutales y babeantes, y tenía que abrir los ojos para borrar esas imágenes horribles de mi mente. Me preguntaba si aquellas imágenes no surgían de mi interior, si no responderían a pulsiones, a fantasías que existían en el interior de mi mente. Esos días di gracias una y mil veces por no tener hijos y me dije que jamás los tendría, porque el terror y la responsabilidad de la descendencia nunca me han parecido algo posible de soportar.

Gloria culpaba a Bruce de la desaparición de Branford, de modo que abandonó la cabaña familiar y se fue a vivir con Jimmy Bruell. Sí, una reacción de lo más extraña. En vez de estar cerca de su marido en aquellos momentos de angustia, ahora Gloria se pasaba las noches bebiendo cerveza y vodka con Jimmy y dejándose follar por él. Supongo que la degradación es más fácil de soportar que el miedo.

Todos estábamos indignados con el comportamiento de Jimmy y con la forma en que se aprovechaba de la crisis de una pareja y del estado de alienación y de locura en que se encontraba Gloria. Hablamos con él, y Jimmy le dijo a Gloria Griffin que no la quería más en su cabaña. Pero Gloria se negó a volver con su marido. Lo intentó con Joseph, lo intentó conmigo. Finalmente Omotola, la mujer nigeriana, se hizo cargo de ella. Les unía el común dolor de la pérdida, supongo. Ahora estaban todo el día juntas, en silencio una al lado de la otra, en ocasiones peinándose mutuamente o bien haciéndose trenzas adornadas con abalorios, recolectando fruta o hirviendo fruta del pan. Apenas hablaban. Yo, al menos, nunca las oí hablar. Pero ahora Gloria, al menos, estaba tranquila.

A partir de la noche de la desaparición de Branford, pusimos a todos los niños juntos en la palapa de Rosana y Syra, que estaba en el centro del poblado, y establecimos turnos de vigilancia. No sucedió nada esa noche, ni tampoco a la siguiente. Pero al tercer día, en algún momento del día (ya que no podíamos vigilar a los niños veinticuatro horas ni tenerles encerrados en una jaula todo el tiempo), desaparecieron Adele y Estelle, las dos hermanas que se pasaban el día gritando como ardillas y jugando a juegos indescifrables. Desaparecieron en un momento en que sus padres, Henry y Diffy (de Daffodil, creo) McCullough, se despistaron. Quizá durmieron demasiado y las niñas salieron de la cabaña y se perdieron río arriba, jugando, donde fueron fácilmente atrapadas por brazos de hombres que surgían de la

selva. Henry McCullough era un diplomático australiano que había sido agregado comercial en diversos puestos de África y del sur de Asia. Su esposa, Diffy, era alta, majestuosa y bella como una primera dama. Todos la vimos llorar en silencio y les vimos discutir y les vimos rezar y vimos a Henry McCullough, un hombre corpulento y de aspecto señorial, recorrer las selvas con los grupos de búsqueda empuñando inútilmente en la mano su arma, una pistola que, según nos confió su esposa, no sabía disparar. Los grupos salieron en busca de Adele y Estelle como habían salido en busca de Branford y antes en busca de Seymour y no lograron encontrar nada. Y ahora ya había cuatro niños desaparecidos, y la sensación de miedo y de desánimo en el grupo iba en aumento. No sé si fue ya por esos días cuando comenzamos a referirnos a George y a los que estaban con él como «los del interior», los *Insiders*.

Los Leverkahn estaban ahora siempre juntos, y se turnaban durante la noche para que hubiera siempre alguien despierto. En cuanto a Rosana y a Syra, sus relaciones no mejoraron. Syra seguía escapándose y haciendo aquellas cosas extrañas con las que solía divertirse: coger cosas y esconderlas o «desplazar» objetos de manera que alguien se volviera loco buscando sus gafas, o su reloj, o su diario, o el libro que estaba leyendo, o los pantalones que había colgado a secar, para encontrarlo luego en el lugar más inverosímil, en lo alto de un tamarindo o en el fondo transparente del río. Y desaparecía todo el rato, jugando con el miedo que sentía su madre al pensar que también ella había sido raptada, y disfrutando, quizá, de esa pequeña venganza. Rosana se pasaba el día llamándola a gritos con su voz aguda y chillona. En esas ocasiones yo no quería ni verla, porque me hacía daño escuchar las cosas que le decía a Syra, y contemplar la forma en que la ira que la dominaba la descomponía por completo.

Sometida a un control implacable y a una crítica constante, Syra había desarrollado formas de rebeldía oblicuas y retorcidas. Se dedicaba, por ejemplo, a morderse los padrastrós de los dedos hasta dejárselos en carne viva, cosa que sacaba a Rosana de quicio (según me contó en una ocasión, ella misma había tenido ese mismo vicio cuando era pequeña) y se rascaba los habones de las picaduras de mosquito hasta convertirlos en heridas y luego en llagas que no acababan de curarse jamás. Rosana se pasaba el día persiguiéndola para que no se rascara y no se hiciera heridas, le cortaba las uñas, se las limaba, se las cubría con esparadrapos, la castigaba, pero Syra seguía rascándose. Se hacía heridas, las heridas cicatrizaban y entonces comenzaba a arrancarse la costra, disfrutando de la delicia del picor, de la delicia del dolor. Se escondía de Rosana para no ser descubierta, pero tenía el hábito tan enquistado que se ponía a hacerlo en cualquier momento y entonces Rosana la veía rascándose de nuevo y se ponía furiosa.

En una ocasión, Syra se marchó con un grupo de recolectores a la playa del avión para coger cocos, no le dijo nada a su madre y aseguró a los recolectores que tenía el permiso de Rosana para acompañarles. Rosana se pasó la mañana buscándola, completamente histérica, y cuando ya estaba convencida de que los misteriosos

raptos se la habían llevado también a ella, la vio aparecer muy sonriente de la mano de Josephine y al lado de Óscar y Brenda, Udo, el secretario personal de los Kunze y Di Di, la secretaria de Brigitta Kunze, todos cargados con bolsas y sacos llenos de cocos. Rosana perdió los estribos.

—¿Te has ido? —le gritó Rosana, completamente histérica, al ver a Syra de la mano de Josephine—. ¿Te has ido sin decirle nada a mamá? ¿Te has ido sin decirle nada a mamá? ¡Contesta! ¿Te has ido sin decirle nada a mamá sabiendo que mamá estaría muerta de preocupación?

—Te he dicho que me iba —dijo Syra débilmente.

—¿No le dijiste a tu madre que venías con nosotros? —le preguntó Josephine, que hablaba un poco de español—. ¿Nos mentiste?

—Yo qué sé —decía Syra bajando los ojos, fingiendo un gesto de disgusto.

—¡Eres imbécil! —le gritó Rosana acercándose a ella y agarrándola del brazo—. ¿Tú sabes el miedo que ha pasado mamá? ¿Sabes la preocupación que ha pasado mamá? ¿Es que no sabes obedecer? —estaba tan furiosa que retorció el brazo de la niña y luego, sin saber cómo desahogar su furia, la agarró del brazo con fuerza—. Te voy a atar con una cuerda. Vas a estar castigada sin salir. ¡Tú no me conoces a mí!

—¡Me estás haciendo daño! —decía débilmente Syra.

Yo estaba cerca de la niña, y la miré a los ojos. Y ella me miró a mí desde debajo de sus grandes crenchas oscuras y me sonrió. Dios mío, qué miedo me dio esa sonrisa. Tenía el rostro contraído por el dolor, ya que Rosana la estaba agarrando del brazo con una fuerza excesiva, pero a pesar de todo Syra sonreía, me sonreía, como haciéndome partícipe de su secreto. Varias personas del poblado se habían acercado al escuchar los gritos, entre ellos Sophie Leverkusen y la joven pareja de chinos de Singapur. Jung Fei Ye, que se hacía llamar Michael, y su mujer Pei Pei Je.

—¡Ya está bien! —gritó entonces Sophie—. ¡Suelta a la niña!

—¡No te metas! —gritó Rosana soltando a la niña—. ¡Es mi hija!

Estaba tan nerviosa que casi no podía encontrar las palabras en inglés.

Sophie se puso frente a Rosana. Era más alta que ella y más fuerte, y componía una imagen ciertamente imponente frente a la pequeña Rosana.

—No —dijo—. No puedes hacer daño a la niña. No lo consiento. Llevo días y días viendo cómo tratas a tu hija y ya no puedo soportarlo más. Y creo que no soy la única. Lo hemos hablado. Lo hemos hablado entre nosotros y no puedes seguir tratándola así.

Rosana soltó el brazo de la niña, y Syra corrió enseguida en mi dirección, se estrechó contra mí y me cogió de la mano.

—Tienes a la niña aterrorizada —dijo Sophie—. Puedo entender que estés histérica y que hoy hayas tenido una reacción incontrolada. Todos estamos histéricos. Yo también estoy histérica. Pero esto no es de hoy. Llevas así desde el primer día. Incluso antes. Ya te vi en el aeropuerto de Los Angeles gritándole a tu hija quién sabe por qué. Ya no puedo aguantarlo más.

Rosana no sabía qué decir. Los nervios, el miedo, la ira, le impedían reaccionar de forma coherente.

—Hablabamos más tarde de todo esto —dije yo entonces—. Ahora estamos todos demasiado nerviosos.

—La señora española tiene razón —dijo entonces Pei Pei Je, hablando con el delicado inglés de Singapur—. Esa niña se porta muy mal.

—Es una niña sometida a un trato abusivo —dijo Sophie—. Es una niña aterrorizada. Por eso hace las cosas que hace.

—No obedece —insistió Pei Pei, y un brillo implacable y duro brilló en sus pequeños ojos oscuros—. Los niños tienen que obedecer a sus padres. Y ella no obedece. Los niños tienen que obedecer.

—Menos mal que alguien me defiende —dijo Rosana, que estaba a punto de echarse a llorar.

—En mi país, cuando un niño se porta como ella, reunimos a todo el colegio en el salón de actos —dijo Michael, el marido de Pei Pei, hablando con una voz muy suave y educada—. Ponemos al niño frente a todo el colegio, colocamos una mesa y hacemos que apoye las manos sobre la mesa, y le azotamos fuertemente con una caña. Frente a todos sus compañeros. Cinco bastonazos en las nalgas suelen ser suficientes. Ese niño ya no vuelve a portarse mal nunca más.

—A esa niña habría que azotarla —dijo Pei Pei—. Así aprendería que tiene que obedecer a los mayores.

Pei Pei y Michael debían de tener treinta y tantos, pero como les sucede tantas veces a los chinos, tenían aspecto de ser casi adolescentes. Eran delgados, de piel pálida, atractivos, elegantes, fríos. Pei Pei, una señora casada que poseía una tienda de electrónica en una *shop house* del Barrio Chino de Singapur en la que trabajaban diez empleados, no era mucho más alta ni parecía mucho más mayor que la propia Syra. A pesar de las condiciones extremas en que nos encontrábamos, seguía vistiendo con toda elegancia, con zapatos de tenis color naranja, pantalones corsarios color caqui y blusa blanca bordada sin mangas, todo de Prada. En cuanto a Michael, Jung Fei Ye, había sido policía, funcionario de prisiones, había alcanzado el grado de teniente, y en la actualidad se encargaba de la seguridad de uno de los centros comerciales de Orchard Road. Todo esto lo supimos más tarde. Creo que hasta ese día, jamás había oído el sonido de la voz de ninguno de los dos.

No había nada más que pudiera decirse. Rosana y Sophie se miraron a los ojos. Sophie se había quedado muda. Yo apreté la mano de Syra, me dirigí a Rosana y la cogí con la otra mano y nos alejamos los tres de allí. Pei Pei, la dulce muchachita china, seguía diciendo que los niños tienen que obedecer, y que a aquella niña había que azotarla.

Nos reunimos en asamblea

Esa noche hubo una especie de asamblea general en la que participaron todos los náufragos. Los expertos en hogueras encendieron un fuego en la orilla del río para tener luz y poder vernos las caras, pero aun así las sombras del bosque nos rodeaban por todas partes y pequeños animales, pájaros y pequeños reptiles y ágiles primates se asomaban en la floresta mirando cautelosos entre las hojas y acercándose por las lianas y las ramas para observar la asamblea de los hombres. No me decido a contar con detalle todo lo que se dijo allí, y me limitaré a contarlos por encima y de forma resumida. Sophie planteó ante todos la necesidad de establecer unas ciertas normas de conducta. Hizo una referencia a *El señor de las moscas* que no creo que todos entendieran (tengo que confesar que yo nunca he leído el libro, aunque conozco la historia y vi la versión cinematográfica de Peter Brook), y dijo que teníamos que esforzarnos por seguir portándonos como personas civilizadas y no ceder a la presión de la situación límite en que nos encontrábamos. Todo el mundo estuvo de acuerdo con ella, aunque la interpretación que unos y otros daban a sus palabras no podía ser más diferente. Para Michael y su mujer, tanto como para Tudelli, Hansa, los señores Lee y los Kunze, esto quería decir establecer unas normas mucho más estrictas a fin de «parar los pies» a los que no se comportaran de la forma debida.

Pei Pei propuso de manera formal que se hiciera un escarmiento con Syra. Aquella niña, dijo, se portaba muy mal y no obedecía, y era necesario azotarla con una caña de *rattan* delante de todos. Así aprendería, de una vez por todas en la vida, la importancia de la disciplina. Sería, dijo, muy bueno para ella. Sería lo mejor que le pasara en la vida.

—¿Eso es lo que te hicieron a ti, muñeca? —le dijo Jimmy Bruëll—. ¿Así aprendiste tú la importancia de la disciplina?

—Mi esposo puede tenerte en el suelo y chillando en medio segundo —le dijo Pei Pei a Jimmy calmosamente—. Por favor, no le provoques.

—Por favor —dijo Michael con una exquisita sonrisa y haciendo una reverencia—. Habla a mi esposa con respeto.

—Me gusta el respeto —dijo Jimmy—. Lo que no me gusta es administrarlo con latigazos. ¿O era con bolas chinas? Estoy un poco confuso.

No estoy seguro de que Michael entendiera la pequeña broma racista de Jimmy. Estoy convencido de que un hombre como él debía de saber perfectamente lo que son las «bolas chinas», especialmente viniendo de Singapur, que a pesar de sus leyes moralistas es un conocido paraíso de la depravación. Quizá no lo oyó o quizá consideró que Jimmy era un palurdo cuyas ofensas no merecían ser tenidas en cuenta.

—Lo de los castigos físicos está fuera de cuestión —dijo Joseph—. No somos unos bárbaros y no nos vamos a convertir en unos bárbaros.

—¿Estás diciendo que yo soy un bárbaro? —le dijo entonces Michael—. ¿De nuevo los norteamericanos nos enseñan valores humanos a los demás? ¿Soy yo un bárbaro? Yo no he tirado napalm sobre niños, ni bombas atómicas sobre ciudades, ni he tenido esclavos negros ni he masacrado a los indios. ¿Soy yo un bárbaro?

—Ok, *folks, folks, folks* —dijo Wade levantándose y avanzando hacia el fuego con los dos brazos abiertos—. Creo que todos estamos olvidándonos de lo más importante (*missing the point*, dijo). Todos estamos nerviosos y asustados, y el miedo y los nervios son los peores consejeros.

—¿Qué es «lo más importante», Mr. Erickson? —dijo entonces Stephan Kunze, el millonario suizo—. ¿Qué es, según usted, eso tan importante que estamos olvidando?

Kunze tenía una voz muy tenue y no hacía el menor esfuerzo por elevarla, pero a pesar de todo cuando él habló se acallaron todos los rumores. No sé cómo es posible una cosa así, ni de dónde proviene una fuerza semejante. Los Kunze solían estar siempre sentados en butacas del avión, butacas azules con reposabrazos grises y respaldos almohadillados y un revistero en la parte de atrás, que sus «ayudantes» iban moviendo siempre de un lado a otro, y en aquella ocasión los dos esposos también estaban sentados en sus butacas en el amplio círculo que había alrededor de la hoguera. También Tudelli tenía una butaca del avión. Y Jimmy Bruëll se había conseguido otra, todo hay que decirlo, pero la tenía a la entrada de su cabaña y solía sentarse en ella para leer. Pero allí, apoltronado en su ridícula butaca azul, aquel hombre septuagenario mal afeitado, ¿de dónde sacaba aquella fuerza hipnótica que obligaba a noventa personas a quedar en silencio cuando él despegaba los labios?

—Díganos, Mr. Erickson —siguió diciendo Kunze—, qué es eso tan importante. Porque aquí lo único que yo veo es que nos estamos desmoronando. Nuestra pequeña sociedad está en crisis, y necesita liderazgo. Especialmente liderazgo moral.

Vi que Sophie estaba desesperada. Estaba de pie llorando. Jamás he visto nada parecido. Estaba de pie, al lado de su esposo, con sus dos hijos a su lado, y las lágrimas caían brillantes por sus mejillas. Lloraba sin gemir, sin sollozar. Un río de lágrimas caía de sus ojos, lágrimas de impotencia porque el Señor de las Moscas se había instalado entre nosotros y había comenzado a alimentarse de nuestra desesperación y de nuestro resentimiento y no había nada que pudiera hacerse al respecto.

—Lo que estamos olvidando —dijo Wade mirándonos a todos con su sonrisa inolvidable, girando para incluirnos a todos en sus palabras, mirándome a mí con sus ojos azules, y luego a otro, y a otro, y a otro—, lo que estamos olvidando es que nada de lo que sucede en este lugar sucede por casualidad. Que hay una razón de que estemos aquí. Que todo esto que está sucediendo en esta isla sucede por una razón y tiene un propósito. Eso es lo que estamos olvidando. Y que es posible que hasta las cosas terribles e inexplicables que suceden, las que nos aterran y nos confunden, sucedan por una razón.

—Todo sucede por voluntad de Dios —dijo Hansa.

—No sé si es por voluntad de Dios —dijo Wade—. No sé si Dios tiene voluntad, o si Dios existe, o si, en el caso de que exista, nosotros le importamos mucho. Ni siquiera sé si Dios conoce la existencia de este lugar en que nos encontramos. Es posible que éste sea un lugar que Dios ha olvidado, y es posible que ésa sea, a pesar de todo, nuestra gran suerte, la de estar en un lugar en donde Él no puede vernos. No soy un hombre sabio. Aquí hay hombres más sabios que yo, más inteligentes, más cultos que yo. Hay médicos, psiquiatras, financieros, obispos, arquitectos, profesores. Yo no soy nada. Soy Wade Erickson y no soy nada, pero desde que llegué a esta isla soy alguien. Soy alguien que sabe que su vida no es un poco de agua que corre por las tuberías cuando alguien tira del tapón de la bañera. Porque estoy aquí. Porque estoy sobre mis dos piernas y estoy aquí y estoy vivo. Porque he sobrevivido, como todos vosotros. Hemos sobrevivido, no lo olvidéis. Se nos ha entregado una segunda vida. Nos han dado una segunda oportunidad. No podemos desaprovecharla. No sé cómo explicaros lo que siento. No sé cómo explicaros que a pesar de todas las cosas malas que nos están sucediendo y de las heridas que todos tenemos en el corazón por los que han muerto, por los heridos, por los niños desaparecidos, estoy convencido de que todo tiene un sentido, y que llegará un momento en que comprenderemos qué es lo que hacemos aquí y por qué llegamos aquí, por qué volamos hasta aquí y por qué caímos aquí y por qué hemos sobrevivido y qué hemos venido a hacer aquí. Todos sabemos que esta isla no es un lugar como los demás. Aquí suceden cosas extraordinarias. Lo sabemos, lo hemos vivido. Lo vivimos todos los días. En este lugar suceden milagros. De eso es de lo que deberíamos hablar. No de castigar a los niños. No de establecer leyes crueles. Deberíamos hablar de los milagros, y dar gracias, e intentar comprender. Tenemos que dejar atrás nuestro deseo de venganza. Yo siempre he tenido deseos de venganza. Creo que desde que cumplí los doce años, o quizá antes, siempre he sentido miedo, odio y resentimiento y siempre he deseado vengarme y siempre he vivido con la opresión de tener que ser aquello que no quería o que sentía que no podía nunca llegar a ser. Pero al llegar a esta isla todo eso ha desaparecido. Mi deseo de venganza ha desaparecido. Perdono a todos los que me han hecho daño. Perdono a todos los que me han hecho daño porque ahora ya no pueden tocarme. Tampoco mi culpa puede tocarme, también me libero de mi culpa. Perdono a los que me han hecho daño y perdono también a aquellos a los que hice daño yo. Me perdono a mí mismo. Me acepto completamente. Me abrazo. Me saludo. Soy mucho más de lo que era, y puedo mucho más de lo que podía. Nada puede tocarme porque ahora sé quién soy. Y lo sé gracias a esta isla.

—¿Cuál es esa razón, Wade? —preguntó Joseph entonces—. ¿Podrías explicármelo? ¿Podrías decirme qué es eso tan importante que hemos venido a hacer aquí? ¿Podrías explicarme qué tipo de «milagros» suceden aquí?

—Tú lo sabes mejor que nadie —dijo Wade—. Mejor que nadie. Tú mismo has visto cómo un hombre volvía a la vida delante de tus propios ojos.

—No existen los milagros, Wade —dijo Joseph—. Sí, yo puedo haber dicho... A veces decimos cosas... La ciencia está hecha de milagros, Wade. Hay cosas inexplicables, pero no son milagros. Rosana se ha curado de su enfermedad de los ojos. Pudo deberse al estrés. Algunas veces el cuerpo reacciona de forma inesperada en situaciones de extremado peligro. Se han descrito casos similares en la literatura científica.

—¿Qué pasó con Noboru, Joseph? —dijo Wade—. Tú mismo viste cómo regresaba a la vida después de estar clínicamente muerto. Todos lo vimos. ¿Y qué pasó con Christian, que fue sacudido por un rayo y no sufrió el menor daño? ¿No os dais cuenta de que lo que está pasando simplemente no es posible que pase? ¿De dónde hemos salido todos los que estamos aquí? ¿Cuál fue nuestro motivo para viajar de Los Angeles a Singapur, o a la India, o a Australia? ¿Cómo es posible que en el pasaje haya una actriz británica y también dos guionistas que escribieron las líneas que ella diría en una serie de la televisión? ¿Cómo es posible que encontremos aquí, en esta isla, una revista del año 1958 y que entre los pasajeros esté la mujer que aparece fotografiada en la portada de esa revista? ¿Cómo es eso posible? ¿No os parece demasiada casualidad? ¿Cómo es posible que John se haya encontrado en este avión con sus amigos de la infancia, que viven en el otro extremo del mundo y a los que no veía desde hacía veinte años? No, todo esto no puede ser una casualidad. Es imposible. No es una casualidad que todos nosotros nos subiéramos a ese avión de Global Orbit. No es una casualidad que tuviéramos un accidente. No es una casualidad que el avión cayera precisamente en las costas de esta isla. No, no es una casualidad ni un accidente. El hecho es que *no sufrimos ningún accidente*.

Hubo voces que se levantaban aquí y allá.

—Usted es un loco, Erickson —le dijo Kunze—. No quiero seguir oyéndole.

—Bueno, Kunze —dijo Wade de buen humor—, no sé cómo podría usted callarme. Lo cierto es que no puede.

—Usted parece feliz de estar aquí —dijo Kunze—. ¡Feliz! Usted cree que tiene una especie de misión, o algo así. Usted es un chiflado.

Los ánimos empezaban a caldearse, y se levantaban voces aquí y allá en apoyo a Wade, en apoyo a Kunze, voces que cuestionaban a Wade, voces que gritaban que estábamos cambiando el tema de la reunión. Y entonces todos oímos el sonido de un violín. Era Sebastian Leverkuhn, que había sacado su instrumento y se había puesto a tocar.

Tocaba el Largo de la Sonata para violín solo número 3 de Bach. No sé por qué se había puesto a tocar, ni si la idea de coger el violín fue suya o de su madre, aunque estoy convencido de que Sebastian no necesitaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. No, seguramente nadie le dijo que se pusiera a tocar, aunque los Leverkuhn iban en esos días a todas partes juntos y Sophie (era lo único sensato) no se separaba de sus hijos ni un segundo. Me los imaginé a los dos yendo a buscar el estuche del violín, y al niño muy serio abriendo el estuche y sacando el violín y el arco ante los

ojos llorosos de su madre, y luego ella sosteniendo el estuche, y él afinando y luego los dos caminando de vuelta en dirección al lugar donde se celebraba la reunión, alrededor de la gran hoguera en la orilla del río.

Jamás olvidaré esa noche. Los ánimos estaban caldeados y había fuertes emociones y mucha animosidad en el aire. ¿Cuánto faltaba para que alguien hiciera algo? ¿Cuánto faltaba para que la locura comenzara a manifestar su rostro tuerto y deforme? El pequeño de los Griffin había desaparecido y su madre abandonaba a su marido y se iba a follar con Jimmy Bruëll. Syra cometía una pequeña travesura y una pareja china muy agradable vestida de Gucci y de Prada proponía que la azotaran públicamente. Era la obra del Señor de las Moscas. Los partidos enfrentados alrededor de la hoguera eran tres, los justicieros, los visionarios y los pragmáticos. Pero la voz de los pragmáticos siempre se oye menos, y sus argumentos poseen menos pasión que los de los otros. Los justicieros querían comenzar a poner leyes, a inventar castigos floridos. Los pragmáticos y los visionarios se oponían a los justicieros, pero estaban peleados entre sí. Y luego estaban los que no se pronunciaban, los que quedaban siempre en silencio, los que se sentaban al fondo o se marchaban a dormir.

Cuando comenzó a sonar el violín de Sebastian todo cambió. No podría explicar de qué modo cambió ni sé tampoco cómo oían los demás aquella música ni qué significaba para ellos. La reunión comenzó a disgregarse. Varias mujeres comenzaron a llorar. Y muchos de los náufragos comenzaron a abrazarse, como al final de una fiesta, como en un regreso, cuando vuelven los que partieron, como al final de un año, como al final de una guerra. Los Kunze y Tudelli hablaban apasionadamente, sentados todavía en sus ridículas butacas azules. Pero recuerdo que muchos comenzaron a abrazarse, y yo también sentí el ardiente deseo de abrazar a alguien, y no creo que eso se debiera a la música de Sebastian, aunque es posible que se debiera realmente a la música, que seguía sonando y que me parecía la música más hermosa y más extraña que había oído nunca. Y no sonaba como música, como vieja música alemana de la reforma escrita por un hombre con una pluma de ganso a la luz de una vela en una casita de dos pisos en una calle empedrada frente a un manzano en el corazón de Europa. No sonaba como música. No, no era música. No sé qué era, pero no era música. Busqué a Gwen y me la encontré abrazada a Joseph, que tenía los ojos cerrados y le decía a cosas al oído. Busqué a Swayla y me la encontré abrazada a Santiago Reina, y como hundida en su torso enorme y blando. Busqué a Idoya y me la encontré abrazada a Ignacio. Busqué a Sheila y me la encontré abrazada a Christian. Busqué a Nicollette Sheridan y me la encontré abrazada a Jean Jani. Busqué a Rosana y me la encontré abrazada a su hija y acariciándole los largos cabellos negros. Observé los ojos de Syra por encima del hombro de su madre, y vi que la niña estaba distraída y se dedicaba a observar las cosas que había a su alrededor, las luces del fuego, los reflejos en el agua del río, los monos capuchinos que observaban la escena desde lo alto de las ramas. Me pareció que sus ojos eran

insondables, pero también que la niña estaba pensando en otra cosa, ajena al sufrimiento, al remordimiento, al difícil amor de su madre. Cuando me descubrió allí a su lado, me sonrió.

Vemos un platillo volante

A la mañana siguiente me despertaron los gritos alborozados de Sheila. Me levanté de mi colchón de hojas y fui corriendo hacia la laguna. Omotola y Gloria estaban sentadas en la orilla del río comiendo blanca carne de coco a modo de desayuno, silenciosas y pensativas. Kunze se bañaba en las oscuras aguas, que le llegaban por encima de las tetillas, aunque por la postura que tenía y por su aire concentrado parecía que estuviera defecando dentro del río. Gwen hacía una postura de yoga a la sombra de un árbol del pan. Jimmy Bruëll leía sentado en la butaca del avión que había colocado frente a su cabaña. A su lado humeaban los rescoldos de una hoguera, sobre los cuales habían colocado en un cordel dorados filetes de pescado puestos para ahumar. Eran las imágenes de la mañana. Un mono capuchino gritó desde lo alto de un árbol, al otro lado del río. Nos observaban siempre, con curiosidad inexplicable, pero jamás se acercaban. Wade, de cuclillas sobre una piedra plana que solíamos usar para esos menesteres, limpiaba con su cuchillo un pez Buda de brillantes escamas verdes y nacaradas al que acababa de eviscerar, y espantaba con la hoja plateada a los insectos que ya se abalanzaban sobre la masa viscosa y sangrienta. Aparté el rostro, asqueado (nunca he soportado ver limpiar pescado) y giré bajo el sol, bajo las enormes hojas abanicantes de los árboles del pan, bajo el rumor de pequeños pájaros verdes y rojos y enormes insectos anaranjados y carmesíes, hasta el lugar donde Sheila y Christian señalaban al cielo. Sheila saltaba de alegría como una niña corriendo por el borde del agua y sus pechos temblaban bajo la ceñida presa de neopreno de su traje de surfista. También otros se dirigían hacia allí y miraban hacia lo alto, donde un enorme platillo volante de resplandeciente color blanco flotaba por encima de nuestras cabezas, a unos tres o cuatro kilómetros por encima de nosotros. Su sombra, me pareció, caía sobre el mar y rozaba la playa. Una inmensa construcción blanca de luminosidad irradiante. Era difícil calcular sus dimensiones.

Sheila y Christian estaban muy excitados, así como Joaquín, el primo de Cristina. No paraban de reír y se abrazaban señalando alborozados el platillo volante, inmóvil en mitad del cielo, haciéndose visera con la mano para proteger los ojos del sol. También Violeta, la señora argentina, miraba hacia el platillo con ojos cansados en los que ahora brillaban la ilusión y la esperanza. Christian dijo que ahora no les quedaba ninguna duda de que en el interior de la isla había una base de platillos volantes subterránea a la que se accedía, sin duda, a través del cráter del volcán central (un volcán que, por lo que nosotros sabíamos en esos momentos de la orografía del lugar, sólo existía en su imaginación). Los extraterrestres que habitaban en aquel lugar, especulaban Christian, Sheila y Joaquín, habían tenido noticias de nuestra desorientación y nuestra angustia y habían enviado a una de sus naves sonda para transmitirnos un mensaje de aliento. Lo cierto era que les había costado

comprendernos. Habían tardado muchos días en lograr interpretar nuestros confusos y contradictorios estados psicológicos, ya que para ellos nuestras mentes son demasiado veloces, demasiado inestables. La mente extraterrestre está conectada con la mente cósmica, y les resulta difícil comprender nuestra mente primitiva, dijo Christian. Pero finalmente habían comprendido que estábamos perdidos, que necesitábamos ayuda. Y habían venido. Y allí estaban. También Wade miraba hacia lo alto, sosteniendo en la mano derecha su gran pez eviscerado ensartado en un junco, así como Sophie, Rosana y mis amigos españoles, y los latinoamericanos, y los indios, y Tudelli, y Kunze, y casi todos los demás náufragos. Tudelli observaba el platillo volante con gesto contrariado y el ceño fruncido, como si de pronto le hubieran aparecido competidores en las alturas. Robert Frost y Robert Kelly iban de acá para allá contándole a todo el mundo que los platillos volantes eran parte de las creencias de la religión anunciada por Joseph Smith y que no eran otra cosa que naves habitadas por ángeles que venían de otros planetas para extender por el universo el evangelio de los Santos de los Últimos Días. Yo ignoraba que los mormones, que tantos problemas tienen con tantas cosas, no los tuvieran con los platillos volantes. Pero el mundo, como sabemos, está lleno de sorpresas.

Joseph Langdon estaba allí también, contemplando la escena con los brazos cruzados. Nuestras miradas se encontraron. No había ninguna expresión en su rostro. Me acerqué hacia él caminando sin prisa. Santiago Reina también se acercaba, comiendo mermelada de melocotón directamente de un frasco y rascándose despreocupadamente el trasero por encima del pantalón con la otra mano (nos rascábamos mucho en esa época), mientras contemplaba el platillo volante con gesto crítico. La verdad es que era muy bonito. Perfecto de forma, de un blanco resplandeciente, construido quién sabe con qué aleaciones imposibles. De una blancura maravillosa y conmovedora. Completamente inmóvil en mitad del cielo. Su sombra ovalada sobre el mar casi llegaba a la playa.

—La vaca sagrada —nos dijo Santiago al acercarse hundiendo ahora dos dedos en el bote de mermelada—. ¿Qué les pasa a estos tíos? ¿Están chiflados o qué?

—Están desesperados —dijo Joseph—. Necesitan agarrarse a algo.

—Pero bueno —dije yo entonces, dirigiéndome a Joaquín y a los chilenos—, vosotros os dais cuenta de que es una nube, ¿no es así?

Joaquín me miró con gesto de estar molesto, y casi haciendo un puchero de disgusto.

—¡No es una nube, Johnny! —me dijo Sheila, hablándome como si yo fuera un rematado estúpido—. Parece una nube, no más. Es una forma clásica de camuflaje. Muchas veces se camuflan bajo la forma de nubes. Los fotografían a pleno día y luego la gente dice: «weón, eso no es más que una nube...».

—¿Alguna vez has visto una nube con esa forma? —se quejó Joaquín.

—La verdad es que yo he visto muchas veces fotos de nubes así —dijo Joseph—. No son muy comunes pero tampoco resultan tan extrañas. Sobre todo en el trópico,

donde la evaporación es muy acentuada.

—Se llaman altocúmulos —dijo entonces Gwen—. No creas que se producen sólo en el trópico. Aparecen en todas las zonas del planeta. Estos altocúmulos se llaman lenticulares, porque parecen estar compuestos por una serie de lentes circulares colocadas una sobre otra. La luz del sol crea sombras y les da una sensación de volumen muy definido.

—Y ahora vienen los racionalistas, destruyendo cualquier posibilidad de soñar —dijo Joaquín murmurando entre dientes—. Destrozando toda esperanza...

—Pero Joaquín —dije yo—, ¿para qué quieres creer en algo que no es verdad? ¿De qué sirve eso?

Entre los grupos de náufragos se discutía si lo que estábamos viendo era un platillo volante o una nube. Entonces la nube comenzó a moverse. Lo cual no es extraño, ya que todas las nubes se mueven y están siempre moviéndose. Pero lo que resultaba realmente extraño era la velocidad con que se movía aquella nube, si es que era realmente una nube. Su sombra pasó velozmente sobre nosotros, cubrió la playa, oscureció las aguas de la laguna y luego continuó río arriba, adentrándose en la selva, en dirección al interior de la isla, y luego cada vez más rápido en línea recta hacia las montañas. Me volví a mirar a Joseph, que estaba detrás de mí y vi en sus ojos el mismo gesto de extrañeza que había en los míos. ¿Era una nube o no era una nube?

—No necesitamos más indicaciones ni más señales —dijo Wade—. Ha llegado el momento de adentrarnos en la isla.

—¿Adentrarnos en la isla, tío? —dijo Santiago con gesto de desconsuelo, todavía con los ojos fijos en la nube que se alejaba—. Y ¿para qué va a servir eso? Sólo para que nos devoren los lobos.

—¿Qué pasará si mientras tanto vienen a rescatarnos? —dijo Joseph—. ¿Les diremos que esperen, que un grupo de los nuestros se han ido a hacer una pequeña excursión al interior de la isla...?

Wade miró al suelo sin dejar de sonreír, y por espacio de un segundo, tuve la sensación de que estaba mirando al suelo desde la nube. O que él mismo era la nube. No sé muy bien cómo explicarlo. Seguía sonriendo.

—Joe —le dije, y creo que era la primera vez que le oía llamarle así—, ¿por qué te cuesta tanto comprender que *nadie va a venir a rescatarnos*?

—Porque es absurdo —contestó Joseph.

—Sí, es absurdo. Más que absurdo, es imposible —dijo Wade hablando con mucha lentitud—. No estamos en el siglo XVI. Tenemos radares, satélites. Desde el espacio se puede fotografiar hasta un perro orinando en una pared. Pero entonces, ¿por qué no nos ven? ¿Por qué no vienen a por nosotros? En nuestra época, nadie puede estar perdido tanto tiempo. Pero eso mismo debería darte la clave. Si pudieran rescatarnos, ya lo habrían hecho. El hecho es que *no pueden*.

—¿Por qué no pueden, tío? —dijo Santiago—. ¿De qué estás hablando?

—No sé de qué estoy hablando, Jack —dijo Wade—. No lo sé, te lo aseguro. Pero

sé que no vamos a ser rescatados. Sé que sólo nosotros podemos rescatarnos a nosotros mismos.

—Venga ya, Wade —dijo Joseph.

A pesar de todo creo que estaba tan fascinado con las palabras de Wade como todos nosotros.

—Nosotros no somos náufragos, Joe —siguió diciendo Wade—. No hemos tenido ningún accidente y no hemos sufrido ningún naufragio.

—Claro, y esa nube es un platillo volante extraterrestre —dijo Joseph.

—No, Joe —dijo Wade—. Es posible que esa extraña nube sea sólo una nube. Gwen tiene razón. Altocúmulo lenticular, muchas veces confundidos con platillos volantes. Pero nosotros no somos náufragos.

—¿Qué somos entonces? —preguntó Joseph.

—Somos colonos —dijo Wade—. Eso es lo que somos. No, todavía no somos ni siquiera eso. No nos lo hemos ganado. En realidad, somos pioneros. Por eso tenemos que ir hacia el oeste. Por eso tenemos que ir tierra adentro. Como hicieron nuestros padres antes que nosotros, y sus padres antes que ellos.

Señaló al interior de la isla con su cuchillo.

—Tenemos que entrar ahí dentro, Doc —dijo con su gran sonrisa y con los brillantes ojos azules que jamás olvidaré—. Eso es lo que tenemos que hacer. Para buscar a esos niños perdidos. Para buscar a esos niños perdidos.

Alguien desciende de la selva

El grupo se formó pronto. Estaba formado por Wade, Santiago, Joseph, Christian, Sheila, Gwen y vuestro seguro servidor, Juan Barbarín, más muerto que vivo pero a pesar de todo entusiasta y animoso. Nos preparamos para salir al final de la mañana, después de pertrecharnos de armas y de víveres. Creo que todos teníamos miedo, y creo que incluso Wade, a pesar de que se comportaba como una especie de superhéroe de los cómics de Marvel que yo leía cuando era niño (me recordaba especialmente al Capitán Selva, el comando tuerto que volaba en improbables lianas sobre los ríos cerúleos de Corea), tenía miedo. Todos teníamos miedo entonces, miedo a lo desconocido, miedo a lo que podía esperarnos en el interior de la isla, pero aquel miedo de entonces no era nada comparado con el que tendríamos más tarde. Recuerdo mis dudas a la hora de unirme a la expedición, el intenso cuestionamiento interior, las discusiones conmigo mismo. Pero había algo en mí, o quizá alguien en mí, que deseaba ir a pesar de todo. Alguien que deseaba el peligro, el miedo, la aventura. Era el nuevo Juan Barbarín que había aparecido en la isla.

Pero entonces sucedió todavía otra cosa más que volvió a retrasar nuestra salida. Una casualidad, diréis. Pero en la isla no había casualidades.

Alguien descendió de la selva.

Era alguien que llevaba varios días caminando en dirección a nosotros, una mujer, o lo que quedaba de una mujer, poseída por esa fuerza inexplicable que a veces llamamos «instinto de supervivencia» y que es capaz de hazañas físicas imposibles. No sé quién la vio primero. Era una mujer desnuda, que había surgido de los árboles de la selva y caminaba tambaleándose, casi al límite de sus fuerzas. Tenía un pelo negro muy largo que le caía por los hombros, sucio y revuelto como si acabara de revolcarse en un lodazal. Creo que fueron los jugadores de críquet los primeros que la vieron. El doctor Sutteesh, un joven profesor de literatura inglesa de la Universidad de Calcuta, que tenía la pala en la mano preparada para golpear la pelota. La mujer que avanzaba hacia ellos parecía un monstruo, un muerto viviente. Estaba cubierta de heridas, raspaduras y quemaduras. Estrías de sangre seca le recorrían toda la piel, desde los tobillos hasta los hombros, además de excoriaciones y desollamientos diversos. Uno de sus pechos, el izquierdo, había sido amputado, y la bárbara cicatriz estaba todavía tierna, los girones de piel cosidos. Los jugadores de críquet se quedaron completamente inmóviles, poseídos por la sorpresa y el horror. La mujer, al verles, extendió una mano, como pidiendo ayuda. Luego, simplemente, se dejó caer sobre la arena, incapaz de dar un paso más. Pero no dijo nada, ni una palabra, ni llamó, ni les gritó. No podía hacerlo, dado que tenía los labios cosidos el uno al otro con un cordel vegetal fino y fuerte como un sedal. Los jugadores de críquet descubrieron este último detalle macabro cuando se inclinaron sobre ella para

recogerla del suelo y llevarla al poblado. No había sangre en sus labios, de modo que las heridas producidas por la costura habían sanado ya. Pero ¿cómo había logrado subsistir con los labios sellados, sin poder comer ni beber?

Una pequeña multitud se reunió alrededor de la mujer que había surgido de la selva cuando el doctor Sutteesh, el doctor Masoud y los demás aparecieron con ella en brazos para llevarla a la cabaña que llamábamos el hospital, a fin de que Joseph la reconociera. El médico nos pidió a todos que nos retiráramos, y sólo Josephine y Sophie, sus enfermeras habituales, se quedaron con él para ayudarle a lavar a la mujer y a examinarla. Pero yo había visto ya su rostro desfigurado por el sufrimiento y la vida a la intemperie, y a pesar de todo la había reconocido. Se trataba de Eileen, la azafata.

Eileen, por supuesto. ¿Cómo no había vuelto yo a pensar en ella? ¿Cómo podía no haberme dado cuenta, yo entre todos los miembros del pasaje, de que Eileen había desaparecido de la faz de la tierra? La última vez que la había visto ella iba nadando hacia la playa, todavía con su uniforme de azafata y con su gorrito azul prendido del pelo, mientras yo iba en la balsa de salvamento. Nos habíamos hecho una señal, creía recordar, un saludo, o un pulgar hacia arriba. Una sonrisa. Después, desaparecía de mi memoria.

Lo primero que hizo Joseph fue descoserle los labios. Aquel castigo, si es que era realmente un castigo, había sido realizado con una aguja muy fina y con una enorme habilidad. Era difícil saber cuánto tiempo llevaba en aquel estado. Habría sido posible introducir una pajita entre las costuras para permitirle beber, pero ¿cuánto tiempo llevaría sin comer? Fuera como fuera, no presentaba signos de malnutrición, de modo que no era probable que llevara más que unos pocos días en aquella situación miserable. Hubiera estado donde hubiera estado, y por mucho que hubiera sufrido, sus captores la habían alimentado bien.

Julián, mi amigo Julián, dijo que la costura de los labios no era un castigo, sino un mensaje. Y uno bastante fácil de traducir: no hables. Guarda el secreto. Sí, en aquella época todavía creíamos que los mensajes de la isla eran fáciles de desentrañar.

Sophie y Josephine lavaron bien todo el cuerpo de Eileen, y luego comenzaron a curarle las heridas, la mayor parte de las cuales se las había hecho caminando desnuda por la selva, quizá corriendo al escapar de sus captores, quizá por la necesidad de esconderse entre la maleza o de arrastrarse para no ser vista. Otras tenían un origen más misterioso, y parecían haber sido producidas con un cuchillo o un objeto muy cortante, en forma de líneas paralelas en las nalgas y en la parte trasera de los muslos. Tenía pequeñas quemaduras por todo el cuerpo, en el torso, en la espalda, en los muslos, como si le hubieran aplicado alambres al rojo, y mostraba además las muñecas y los tobillos desollados, como si la hubieran mantenido atada con alguna sogas tosca y áspera fuertemente ceñida a la piel desnuda. En cuanto a la horrible cicatriz del pecho, Joseph confirmó que era reciente. Le habían cortado un pecho limpiamente, y luego habían cosido la piel tirando de aquí y de allá en pliegues

cerrados sobre sí mismos. El que había hecho aquello, nos dijo Joseph, parecía tener conocimientos de cirugía, porque la herida estaba bien cerrada y parecía estar cicatrizando bien, sin supurar y sin infecciones. Más tarde, cuando nos informó de la situación de Eileen, nos dio también algunos detalles técnicos sobre las mastectomías que yo preferiría no haber escuchado, y que me hicieron desear no volver a mirar un pecho femenino en mi vida. Lo que era imposible, nos dijo, era saber cómo se había producido la operación, si los sádicos captores de Eileen disponían de anestesia, si ella había estado consciente durante el horrible procedimiento. Tampoco estaba clara la razón de que le hubieran hecho aquello. ¿Un castigo? ¿Una advertencia? ¿Un extraño rito salvaje? Todo aquello resultaba incomprensible.

Por lo demás, Eileen estaba bien de salud. Por lo que él podía ver, nos contó, aparte de deshidratación y de agotamiento, su estado general era bueno y parecía que se recuperaría enseguida. El problema era que no hablaba, y tampoco parecía reconocernos ni comprender la situación en que nos encontrábamos. Tenía la mirada completamente inerte.

A petición de Joseph me acerqué a hablar con ella, ya que yo era el único de todo el pasaje, al parecer, que recordaba su nombre y que había intercambiado unas palabras con ella. Cuando entré en la cabaña la encontré recostada en una de las camas de paja. Le habían dado pescado ahumado para comer y un poco de drurian frito, que ella había devorado con avidez, y también unas galletas de chocolate de las provisiones que todavía quedaban de la bodega del avión. También había bebido agua y leche de coco. Debía de estar agotada, pero a pesar de todo seguía despierta. La llamé por su nombre, pero no pareció reaccionar.

—Eileen —le dije—. ¿Te acuerdas de mí? En el avión. ¿Te acuerdas?

Ella me miraba con gesto inexpresivo.

—¿Me entiendes? —pregunté—. ¿Entiendes lo que te digo?

Ella seguía inmóvil. Me miraba, pero no parecía comprender que yo era una persona. Yo no sabía qué decirle.

—Somos tus amigos, Eileen. Estamos aquí para ayudarte. Tú te llamas Eileen, y eres probablemente norteamericana, y eres azafata de la compañía Global Orbit. Eras azafata en el vuelo GO-1037, que iba de Los Angeles a Calcuta con escala en Singapur, y tuvimos un accidente cuando cruzábamos el océano Pacífico. ¿Lo recuerdas?

Ella me miraba en silencio. No me reconocía, y creo que tampoco entendía lo que yo le decía. Llamamos a Bentley para que la examinara, y confirmó lo que ya todos sabíamos: que debía encontrarse en un estado de *shock* producido por las horribles experiencias a que había sido sometida. Pero dijo también, después de examinarla, que Eileen había sido fuertemente drogada y que debía de estar todavía bajo el influjo de alguna sustancia. Bentley afirmó que deberíamos esperar a que se desvanecieran los efectos de las drogas para poder evaluar cuál era verdaderamente su situación. Seguramente su falta de sueño a pesar del agotamiento se debía, también, al estado

anormal inducido por las drogas.

Intentábamos reconstruir los hechos. Al parecer, nada más poner pie en la isla, alguien había raptado a Eileen y se la habían llevado al interior de la isla, donde la habían mantenido atada de pies y manos y habían estado abusando de ella y torturándola durante semanas. Resultaba estremecedor pensar que los ocupantes de la isla, fueran quienes fueran, nos hubieran avistado tan pronto, y que estuvieran además tan cerca de nosotros como para haberse podido llevar a uno de los nuestros quizá a las pocas horas de nuestra llegada a la isla.

Se hizo entonces evidente para todos que George no estaba solo en la isla, que había un grupo en el interior bien organizado, y que los isleños, fueran quienes fueran, eran capaces de las mayores atrocidades. Era imposible imaginar al suave y afable George ocupándose de torturar y mutilar a una mujer indefensa. Aunque, nos decíamos, cada vez comprendíamos menos lo que sucedía en aquel lugar infernal en el que habíamos ido a caer. Recordábamos a esos nazis, asesinos rutinarios de niños, que lloraban al escuchar una canción de Schumann donde se habla de un enebro, un corzo y un arroyo. ¿Serían los ocupantes de la isla occidentales y educados, como George? ¿Un grupo de criminales? ¿Piratas? Nos volvíamos locos intentando imaginar quiénes podrían ser, cuántos y sobre todo qué motivo podrían tener para raptar a uno de los nuestros para torturarlo, mutilarlo y coserle los labios. Aquel comportamiento no parecía propio de criminales, sino más bien de salvajes en estado primitivo. Aborígenes que vivieran en aquella isla completamente aislados de la civilización. La idea parecía absurda, ya que no quedan ya salvajes en el mundo. Adiós, bellas tribus de antaño. Adiós, caníbales de la Polinesia. Adiós, huella de un pie solitario en la arena. O al menos, eso era lo que yo creía entonces. Unos salvajes en una isla perdida en mitad del océano. Una isla en la que todavía quedan habitantes de la Edad de Piedra que practican la mutilación ritual y el canibalismo. ¿Era eso posible? Gwen Heller afirmó que sí, que sí era posible, y que sólo en Indonesia había varios miles de islas (¡miles!) que no tenían nombre y no habían sido pisadas jamás. Hovorka afirmó que el canibalismo del Pacífico había terminado en los años treinta del siglo xx, pero que, en efecto, quedaban todavía poblaciones aisladas en el mundo, especialmente en la Amazonia. Seguramente más de cien en toda la Amazonia, dijo Hovorka, comunidades de entre 100 y 300 individuos en la mayor parte de los casos, de los que muchas veces ni se conoce el nombre con el que se llaman a sí mismos ni el lenguaje que hablan. Algunas de estas tribus, como los Miqueleno del río São Miguel, o los Mamaindé del río Corumbiara, en el estado de Rondonia, han sido masacrados y aniquilados por los sicarios contratados por las industrias madereras que se adentran en la selva en busca de caoba o de caucho. Otros son hostiles. Otros han decidido aislarse después de sufrir ataques de los madereros. Otros tienen la suerte de vivir en zonas protegidas. También hay comunidades aisladas en Papúa-Nueva Guinea, contó Hovorka, hasta cuarenta tribus en el interior de la isla que nadie se atreve a investigar por el peligro que entraña adentrarse en las zonas en que viven,

y también en las islas Andamán, en la India, especialmente en la isla North Sentinel, donde viven los sentinelenses, que son la población más aislada del planeta y que llevan unos sesenta mil años habitando en su isla diminuta y remota. Otros, como los jarawa, nos contó Hovorka, salieron de su aislamiento recientemente, cuando se construyó una carretera que dividió en dos sus tierras. De modo que, al contrario de lo que habíamos pensado, imaginar que en la isla había una comunidad de nativos completamente aislados de la civilización no era una idea absurda. Que conservaran sus ritos ancestrales, que jamás hubieran visto un hombre blanco, nada de esto era imposible. Lo que era evidente, una vez más en la isla, era que nada de lo que sabíamos previamente nos servía para nada, y que toda la erudición que pudiéramos reunir en materia de biología, antropología, electromagnetismo, física, zoología, botánica, geografía y cualquier otra rama de la ciencia estallaba en pedazos al ser sometida a la prueba de la isla.

—Es un mensaje, weón —dijo Christian—. Un mensaje.

—¿El qué es un mensaje? —preguntó Roberto B., inmerso en una partida de El Tercer Reich con Óscar Panero.

—Los labios cosidos, weón. Quiere decir: «no hablei, weón, no contei nada».

Los aliados acababan de invadir Sicilia, igual que en cierta ocasión hicieron los osos descendiendo de las montañas. Los aliados habían invadido también Holanda y habían recuperado Stalingrado, aunque las fuerzas del Eje, en un movimiento extemporáneo y fantástico habían invadido Islandia y ahora se adentraban en la deshabitada Groenlandia, con la aparente intención de invadir el océano Ártico y llegar al Polo Norte. Pero ¿qué había allí, en el Polo Norte, que tuviera interés táctico?

—Es posible que los labios cosidos sean un mensaje —dijo entonces Roberto B., que seguía mirando con atención el tablero donde la Segunda Guerra Mundial volvía a combatirse por enésima vez—. Pero no significa lo que tú crees, weón. El significado no es «no hablei, cierra la boca». La cosa es que el cuerpo de la mujer es la isla. Ella ya no es una persona, es la isla. La boca sellada quiere decir: la isla está cerrada. No entrei en la isla, ése sería el mensaje. ¿No pensai tú, Óscar?

—Es posible —dijo Óscar Panero, que contemplaba perplejo el avance de las fuerzas alemanas por extensiones desoladas de nieve y glaciares remotos.

—Tendría que ver esos labios cosidos —dijo Roberto B. con un suspiro—. Tendría que levantarme ahora mismo e ir a verlos.

—Eres un morboso —le dijo Brenda.

—Sí, soy morboso —dijo Roberto B.—. Pero no lo haría por eso. No sólo por eso, sino sobre todo porque soy novelista. Tú lo eres también, ¿no quieres ir a ver esa boca cosida? Nunca más tendrás la oportunidad de ver una cosa así. Es una cosa bien enferma, weón. Bien enferma.

A pesar de todo seguía allí sentado, observando las fichas de El Tercer Reich e intentando encontrar la manera de romper el cerco que los rusos, los ingleses y los

americanos habían impuesto a las tropas del Eje.

—Pero lo que no entiendo es por qué dices que quieres verlo porque eres novelista, buey —le dijo Óscar—. Como si tuvieras que verlo todo en persona, buey.

—No es posible inventar —dijo Roberto B.—. Hay un pasaje de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge...* ¿Lo leíste, weón? No se puede inventar nada, absolutamente nada... cuando habla del hombre al que van a hacer una punción en el corazón...

—¿Cuál no es posible inventar? —dijo Óscar—. Para eso está la imaginación.

—Ahí está tu error —dijo Roberto B. moviendo una ficha por fin y asesinando a Charles de Gaulle. Lo que no logró el protagonista de *Chacal*, lo lograba él con una tirada de dados. Pero no estaba claro a qué tipo de error se refería—. La imaginación no puede inventar, weón, ¿cachá? La imaginación no está para inventar, weón.

—Charles de Gaulle, cabrón —murmuró Óscar—. El viejo cabrón.

—No se puede inventar nada, absolutamente nada. Esto dice Malte, y debemos seguirlo en esto. «No se puede inventar nada, ni la menor cosa. Porque siempre nos faltan los detalles».

—¿Dónde lo leíste? ¿En la traducción de Francisco Ayala?

—No, en una traducción argentina —dijo Roberto B., que probablemente sólo conocía pasajes aislados de *Malte* y ni siquiera sabía que existía una traducción de Francisco Ayala.

Los pájaros gritaban en la floresta, los niños se bañaban en la laguna, las olas rompían en la playa y los intelectuales hablaban a la sombra de un árbol del pan. Hablaban y hablaban de lo que era y de lo que no, y de lo que debería hacerse y no hacerse, de versiones y traducciones, de lecturas y de teorías sobre la realidad y la imaginación. Qué inútil era todo aquello. Qué desolado, qué inútil. Y mientras tanto un cuerpo humano mutilado y mancillado se retorció de dolor en una cama de hierba seca.

Era asombroso comprobar cómo la vida seguía por todas partes, indiferente y casi feliz.

Busqué a Rosana, y la encontré gritándole a su hija porque había trepado a un árbol y se había roto el vestido que llevaba. Le decía, con buen sentido, que debía cuidar las prendas que teníamos porque disponíamos de poca ropa y no teníamos forma de arreglar ni de reponer la rota. Pero ¿por qué con tanta furia? ¿Por qué con esa rabia, ese resentimiento? Y ¿qué importancia tenía todo aquello comparado con lo que le habían hecho a Eileen? Pensé que nunca la había visto tan bella. Tenía los labios pintados de rojo, y le temblaban los pechos. A pesar de todo, la escena me hacía daño, y no quise acercarme. Busqué a Gwen, y la encontré con Wade y con Kunze examinando las armas y la munición de que disponíamos y hablando de la posibilidad de enseñar a disparar a los que no sabían hacerlo. Tampoco era un tema que me agradara en exceso. Ahora ya no sabía a quién dirigirme, ni con quién hablar. Me daba cuenta de que deseaba una compañía femenina, simplemente la voz y la

presencia de una mujer. Vi a Swayla mirándome entre el humo blanco de los rescoldos donde se ahumaban doradas tiras de pescado. Estaba como al otro lado de un velo de vaporoso humo blanco, que luego se iba flotando en jirones sobre el agua verde del río. Pero ahora que sabía que no era una mujer sino un muchacho, yo ya no buscaba su compañía, y ella tampoco se me acercaba. La saludé levantando una mano, y ella respondió al saludo.

Busqué a mis antiguos amigos. Temía encontrármelos de nuevo sentados en círculo y meditando, pero Dharma, su maestro, estaba trabajando una pieza de madera con un escoplo y un martillo y Eva, la esposa de Dharma, estaba lavando ropa blanca en las piedras del borde del río. Casi nunca estaban juntos, y no los había visto nunca hablar el uno con el otro. Ni siquiera creo que durmieran juntos. Sólo estaban juntos en las meditaciones o en las sesiones de yoga, en las que los dos eran capaces de realizar contorsiones increíbles. Me encontré a Ignacio, Idoya, Pedro Rojo, Eulalia, Julián y Matilde sentados en la cabaña de Julián y Matilde. Pedí permiso para entrar. Claro, me dijeron, Juan Barbarín, ¿dónde te metes? Todavía no hemos tenido ocasión de ponernos al día, Juan Barbarín. Y hay tanto, tanto en que ponerse al día. Todavía no hemos hablado, siquiera, de lo extraño que es estar aquí todos juntos. Pero ¿qué haces? ¿Dónde andas? ¿Por qué eres tan huidizo?

Les dije, con toda sinceridad, que no lo sabía.

Estaban tomando té, y charlaban sobre Eileen, inventando conjeturas para explicar lo que había pasado. Era el tema del momento, y resultaba imposible hablar de otra cosa. Yo también aventuré hipótesis. Me manifesté contrario a la teoría de que en la isla hubiera salvajes que nunca habían estado en contacto con la civilización, aunque en otro momento podría haber defendido la idea contraria. Busqué argumentos en los que creía sólo a medias (que ya no había paraísos perdidos ni lugares recónditos en nuestro mundo globalizado), y casi logré convencerme a mí mismo. Los otros me rebatían mis argumentos uno tras otro. Yo contraatacaba. Casi había olvidado el extraño placer de estas conversaciones españolas donde todo el mundo defiende lo contrario que el otro y rebate sistemáticamente las ideas opuestas por sensatas y coherentes que sean.

Un grupo de mujeres, entre las que estaban Nicollette Sheridan, Brenda Esquivias, Omotola, Gloria Griffin y Lizzie se acercó a la cabaña, y Brenda nos contó que habían tenido la idea de acercarse juntas para estar con Eileen y rodearla de compañía femenina, de calor y de cariño femeninos. Que querían hacer que se sintiera segura y protegida entre mujeres, todas las mujeres que desearan unirse a ellas. Idoya y Matilde se levantaron y se fueron con ellas, y nos quedamos los hombres solos.

Salí de la cabaña porque quería verlas caminar a todas juntas por entre los árboles de la orilla. Parecían ciervas, o hembras de guanaco, así de gráciles y de elegantes me parecieron caminando tranquilas con la fuerza de las madres y con la fuerza de las hermanas por entre los troncos de los alcanforeros y los árboles del pan y los

cocoteros y los palmitos y los ficus cargados de gruesas lianas y las palmeras del viajero con sus palmas entrelazadas.

Fueron caminando hasta llegar al fondo del poblado, donde estaba situada la alargada cabaña construida con troncos y hojas de palmera y cubierta con grandes telas de lona encerada que llamábamos «hospital». Llamaron educadamente a la puerta de lona con la fuerza de las madres, con la fuerza de las hermanas, y Joseph salió con las manos y los antebrazos enjabonados y una toalla blanca al hombro. Una franja de sol que se colaba entre las hojas de las palmeras le daba en el rostro. Parecía un estanciero del Mato Grosso en la puerta de su estancia. Parecía un cuatrero o un contrabandista, todos parecíamos cuatros o contrabandistas en esos días. Las mujeres pidieron permiso para entrar.

Era la fuerza maternal de las mujeres la que se acercó a la cabaña del hospital y pidió permiso para entrar, la fuerza de las madres y de las hermanas, la fuerza de las esposas y de las hijas. Eileen seguía inmóvil, tendida en uno de los lechos de hierba y con los ojos fijos en el vacío. Le habían curado las heridas, le habían puesto una bata ligera de flores y la habían tendido en una de las camas de hierba para que durmiera, pero seguía con los ojos abiertos. Tenía tantas heridas y magulladuras que seguramente no habría una postura cómoda en la que pudiera tumbarse, aunque ella no parecía acusar dolor alguno. Las mujeres entraron en la cabaña, la rodearon, la abrazaron. Tocaron con suavidad sus labios heridos. Nicollette Sheridan le abrió discretamente la bata y al ver el amasijo de piel plegada, cosida y retorcida a que había quedado reducido su pecho izquierdo, una horrenda rosa de carne al lado de su pecho derecho, blanco, lleno y maternal, algunas de ellas se echaron a llorar. Sophie y Josephine echaban de allí a las que lloraban. Las otras acunaban a Eileen, le hablaban con voz suave. Nicollette Sheridan se puso a cantar una canción inglesa de niños. Fue entonces cuando Eileen se volvió a mirarla, me contó Idoia, y cuando sus ojos se fijaron en los labios de Nicollette. Y una lágrima apareció en sus ojos. Parecía que despertaba, que su conciencia volvía. Quién sabe, quizá aquella canción despertaba en ella algún recuerdo.

Eileen abrió los labios.

—Ellos no quieren que entremos en su isla —dijo entonces—. Es su isla, y no quieren que entremos en ella. Ellos no quieren que entremos en su isla.

—¿Quiénes son ellos? —le preguntó Nicollette—. ¿Quiénes son «ellos», cariño?

—Son los que viven dentro de la isla —dijo Eileen—. Son muchos, y tienen armas, muchas armas, y no quieren que entremos en su isla.

—Pero ¿cuántos son? —preguntó Rosana—. ¿Son muchos? ¿Cuántos?

—Son muchos, no sé cuántos. Tienen armas, y son los dueños de la isla. Hay hombres y también hay algunas mujeres. Son los dueños de la isla, y no quieren que entremos en la isla.

—Pero ¿quiénes son? ¿Qué quieren?

—No lo sé. No sé quiénes son. No les conozco —dijo Eileen, entrando y saliendo

de la lucidez—. Yo no les conocía. Nunca les había visto antes. Me hicieron cosas, me hicieron muchas cosas. Yo gritaba. No querían que gritara. Me dijeron que no podía hablar. No se puede hablar en la isla. No se puede hablar en la isla. Me lo dijeron muchas veces.

—Pero ¿quiénes son? ¿Dónde viven?

—No lo sé. Lejos de aquí. Muy lejos de aquí. Muy lejos. Son los dueños de la isla, y no quieren que entremos en la isla.

Repetía las mismas frases una y otra vez, y poco a poco se fue quedando dormida.

Aprendemos a disparar

Salimos dos días más tarde después de la aparición de Eileen, a primera hora de la mañana para aprovechar la frescura de las primeras horas de luz. Íbamos Wade, Joseph, Christian y Sheila, Gwen, Santiago, Joseph y yo, armados con el rifle Weatherby Magnum, la Remington 870, la Beretta 8000 y el revólver Smith & Wesson Centennial 442. Wade llevaba la escopeta, Joseph el rifle, Sheila la Smith & Wesson y Gwen la pistola, una semiautomática con un cargador de 15 balas. Se hicieron bromas con el sobrenombre del arma, «Cougar» («puma»), que es la forma en que en inglés vernáculo se designa a las mujeres maduras y atractivas que seducen a jovencitos. Gwen protestó que ella tenía treinta y cuatro años y no tenía edad, por tanto, para ser una *cougar*. Habíamos dejado el resto de las armas en el poblado para que los que quedaban allí pudieran defenderse en caso de un ataque. Del mensaje traído por Eileen podía deducirse que si nos manteníamos dentro de los límites de nuestro pequeño país (es decir, en la costa y en la desembocadura del río) nuestros desconocidos agresores no nos harían daño. Pero si descontamos de esta macabra advertencia el rapto de la propia Eileen, las desapariciones de los niños y los ataques de los lobos, parece obvio que ni siquiera en la costa estábamos completamente a salvo.

Aunque no todos los que íbamos en la expedición llevábamos armas (no había armas para todos), todos los que no lo habíamos hecho nunca habíamos aprendido a disparar el día anterior. Con la aparición de las armas, Swayla enseguida se había retirado. Christian y Sheila estaban reticentes al principio, pero todo cambió cuando Stephan Kunze, que era el instructor de tiro, puso en las manos de Sheila una preciosa Smith & Wesson Centennial 442 con tambor interno y acabado de acero satinado, diciéndole que aquella pistola era el arma favorita de las damas y que la probara como se probaría un collar de diamantes, sólo para ver cómo le sentaba, sólo para ver cómo se sentía con él puesto. Sheila dijo que a ella no le interesaban los valores burgueses y que ella odiaba los diamantes. Nadie *odia* los diamantes, dijo Kunze con una carcajada. Luego le preguntó (y le pidió que contestara sinceramente) si al sostener la pistola entre las manos se sentía más atractiva o menos atractiva que antes. A continuación le preguntó a Christian si veía a su novia más atractiva o menos atractiva que antes. Christian, que contemplaba la escena obnubilado, y a quien la visión de su novia en bikini y sosteniendo una Smith & Wesson compacta creo que le estaba produciendo una erección, no dijo ni una palabra. Las armas son como la ropa interior cara, le dijo Kunze a Sheila. Normalmente las llevamos ocultas, cerca de la piel, y no son para mostrarlas continuamente. Pero dicen algo de nosotros, de la forma en que nos vemos a nosotros mismos, y nos protegen, nos hacen sentir seguros. Tienen ese doble aspecto de intimidad y de exhibición, como ese bikini que llevas,

que cubre mucho menos que exhibe. Ese bikini dice: aquí estoy, no tengo miedo de mi cuerpo, sé que soy atractiva. Puedes ver, imaginar, pero este cuerpo sólo es de uno. O de nadie. Es lo mismo que dice tu arma personal. No soy de nadie. Soy sólo mía. Pensaba que este bikini le parecería inmoral, dijo Sheila mirándole directamente a los ojos. No imaginaba que pudiera gustarle. Si fueras mi mujer, dijo Kunze, no te permitiría que lo llevaras. Si te refieres a eso. Tenía la habilidad de lanzar un dardo implacable con los ojos mientras sus labios se expresaban con la mayor calidez y cordialidad. ¿Le parece que voy impúdica? le dijo Sheila, todo el rato con el arma en la mano. Toda tu generación es impúdica, dijo Kunze de buen humor. No eres tú, no es una cosa personal. Porque no sabéis el valor de las cosas, ni conocéis la fuerza de los instintos, ni sabéis lo que significan el deseo, ni el amor, ni el respeto, ni el valor. Te parecerá que soy un viejo lleno de valores anquilosados, pero yo os veo como ángeles caídos. Llenos de potencial, llenos de fuerza, llenos de ese brillo que sólo tienen los ángeles, pero con todos vuestros dones mal utilizados. Como al que le entregan una moneda de oro y la entierra para ver si crece. Como al que le entregan un palacio y se va a vivir a una cabaña. Vosotros nos veis a nosotros como unos viejos llenos de arrugas, ridículos, anticuados, llenos de prejuicios. Es verdad que lo somos. Pero cuando nosotros éramos jóvenes, un hombre era un hombre y una mujer era una mujer, y ahora ya no veo hombres ni mujeres, sino sólo niños, niños mal criados que se quejan por todo, como si el universo estuviera compuesto de papás y mamás que tuvieran que satisfacer siempre sus deseos. Valores como moral, honra u honor os hacen reír y sentir os superiores, pero al perder esos valores habéis perdido también todos los demás. No sois leales, no sois independientes, no sois valientes, no tenéis ni idea de lo que son el sacrificio ni la responsabilidad. Tenéis miedo al poder porque no soportáis la responsabilidad que trae el poder. Odiáis el dinero porque no soportáis la sensación de ser dueños de vuestro destino, de decidir y de crear. Todas vuestras ideas sobre el amor, la pareja, la moralidad y la sexualidad se basan en el olvido de los valores de la civilización, en la creencia de que somos todos puros y angelicales. Nadie es así, y vosotros tampoco. Esa «libertad» de la que disfrutáis ahora se convertirá muy pronto en pornografía, en lubricidad, en adulterio. En todo sois libres, originales, nuevos. Os besáis en público, camináis desnudos en público, no tiene importancia, nada tiene importancia. La verdad es que no respetáis nada porque tampoco os respetáis a vosotros mismos. Eso es lo que os toca descubrir. La cantidad de frustración y de impotencia que se esconde bajo vuestra «libertad». Habéis elegido ser los esclavos en vez de ser los señores. Tenéis costumbres de esclavos: la falta de valores, la animalidad, la falta de pudor. Os decís que estáis orgullosos de ser esclavos. Pero os engañáis. No hablo de la sociedad, ni de valores sociales, ni de ser pobre o rico. Hablo de ser esclavo de sí mismo. Hablo de algo interior. Hablo de ser verdaderas personas o ser sólo simulacros de personas. Mirad cómo es el mundo de hoy. Las mujeres se sienten solas porque no tienen un hombre cerca, cuando son ellas mismas las que han espantado a los hombres al convertirse

ellas mismas en hombres. Los hombres se desprecian a sí mismos porque no pueden ser hombres y se dedican al donjuanismo, a la masturbación o a la homosexualidad. ¿Os parece que es un viejo loco el que habla? Esperad unos años. No estamos en un jardín de infancia. Estamos en un campo de batalla. Nadie ha elegido venir aquí. Nadie elegiría por su propia voluntad venir a un campo de batalla. Pero aquí es donde estamos, y negarlo es estar ciego. Esto es un arma de fuego. La tienes en la mano no porque desees violencia ni venganza, ni tampoco porque tienes miedo, quiero decir, un miedo incontrolable. A un loco, a un cobarde, a un niño, no se le puede dar un arma. Un arma no la tiene el que tiembla de miedo, sino el que sabe dominarse. Cuando uno tiene un arma en las manos, sabe que sus acciones cuentan y que pueden tener consecuencias. Y uno acepta esa responsabilidad porque ha aprendido a ser dueño de sí mismo. Eso es lo que significa tener un arma. Y ahora extiende los brazos, sujeta el arma con fuerza y apunta. Ahora quita el seguro y aprieta el gatillo.

No sé si éstas fueron las palabras exactas de Kunze, y es posible que muchas de las cosas que he transcrito y que creo recordar no sean más que obsesiones mías, o creencias mías acerca de lo que Kunze pudiera pensar o defender. Sea como sea, tengo que decir que sus palabras me impresionaron, porque siempre me impresionan las personas que tienen profundas convicciones. Quizá por mi carácter poco fanático, por mi suavidad gatuna.

A pesar de todo, Joaquín no cedió. Dijo que quería ir en la expedición pero que se negaba a llevar armas. Dijo que él no creía en la violencia ni en el «ojo por ojo». Entonces no puede ser, hijo, le dijo Wade. No podemos correr riesgos. Joaquín estaba furioso, furioso por la forma en que los partidarios de las armas y de la guerra convencían a los delicados y a los tiernos. Me miraba en busca de apoyo, pero yo ya no sabía qué pensar. Toda mi vida he sido una persona de reflexión más que de acción. Soy un artista, un intelectual, un profesor (por ese orden, espero), mi vida han sido la música, los conciertos, los libros, la apacible vida universitaria, la tediosa vida universitaria. Pero las razones de Joaquín de pronto me parecían débiles. Eran mis razones, las mismas que yo había defendido siempre y las que seguía defendiendo. Pero pensaba en Roberto B. y en Óscar Panero con la mirada perdida en su juego de mesa, hipnotizados por una guerra de mentira cuando a su alrededor se desarrollaba una guerra de verdad. Pensaba en Hovorka y sus indios Pueblo, en Bentley y su pipa de espuma de mar y sus tres pares de gafas, en Violeta y sus constelaciones, en Rosana y sus meditaciones, en Robert Kelly y en Robert Frost y sus camisetas con mensajes mormones, en Brenda y su manoseado volumen de cuentos de Chéjov y me decía que todo aquello tenía cada vez menos sentido. La cultura, la belleza, la reflexión, la espiritualidad, la huida del mundo, el temor a mancharse con el fango de la vida, ¿qué eran frente a la acción, la ciencia, la realidad? Pensaba en la forma en que Gwen Heller miraba los animales y las plantas. Era capaz de ver su belleza, pero también veía su función, mientras que nosotros, los delicados, los tiernos, sólo veíamos una belleza subjetiva y basada en un complicado sistema de símbolos. ¡El

símbolo hace bien! Joaquín me miraba y me decía con los ojos: di algo tú que hablas bien inglés; tú, que eres europeo, que no eres un salvaje, que no eres un fanático. Pero yo ya no sabía qué pensar ni qué decir. De pronto, me preguntaba si no habría estado equivocado yo toda mi vida, si la vida de la acción y de la ciencia no sería en realidad mucho más misteriosa y estimulante que la de la reflexión y la del arte.

—Joaquín —le dijo Xóchitl—. Las armas son necesarias en este mundo. Pero ¿es que acabas de nacer?

—A lo mejor son necesarias en México —dijo Joaquín—. Pero a lo mejor en México son tan necesarias porque todo el mundo las tiene.

—¿Y en Europa es diferente? —preguntó Xóchitl, me pareció, con verdadera curiosidad.

—Creo que sí, que en Europa es diferente —dijo Joaquín.

—Pues sois afortunados.

En cuanto a los demás. Santiago no quería ni tocar un arma porque decía que era torpe con las manos, que siempre lo rompía todo y que mucho se temía que si empuñaba un rifle acabaría volándose un pie o hiriendo a alguien. Pero cuando sintió entre sus brazos una de las armas de caza, seguramente la Remington, fue como un amor a primera vista. Miraba la escopeta de un extremo a otro como se miran los brazos extendidos de una hermosa mujer. Christian, por su parte, cogió el otro revólver, y de pronto Sheila y él se sentían como Luke Skywalker y la princesa Leia, creo, o como Brad Pitt y Angelina Jolie, hombro con hombro, jóvenes, hermosos —y armados.

A última hora de la mañana, cuando estábamos a punto de hacer una pausa para almorzar, apareció Joseph en el campo de tiro. A todos nos sorprendió que deseara unirse a nosotros. Pero, según nos dijo, no había nada en el hospital que no pudiera quedar en manos de Roberta, y Eileen se recuperaba bien de sus heridas. También sabía disparar, porque era cazador, o lo había sido de joven. Finalmente, yo me uní también al grupo, aunque ya no había apenas tiempo de enseñarme a usar un arma. Pero había asistido al entrenamiento de todos los otros, de modo que me dieron por bueno. Creo que si me aceptaron fue por el elevado estatus que yo había logrado alcanzar dentro de nuestra sociedad, porque había organizado el desalojo del avión y participado en la búsqueda de agua y, en general, porque les caía bien.

Pasamos el resto del día organizando nuestros equipajes. Botellas de agua, comida (pescado ahumado, carne de coco, drurian frito, fruta del pan asada, papayas y cuatro botes de leche condensada y cuatro de Nutella, manjares que racionábamos con celo), calzado adecuado, un botiquín básico, cajas de munición, cerillas y gasolina para encender fuego, lona para protegernos de la lluvia durante la noche (sólo disponíamos de una muy pequeña bajo la cual apenas cabríamos todos), dos linternas y dos sogas de veinte metros por si teníamos que descender o ascender laderas montañosas o desniveles del terreno. En cuanto a la brújula, era inútil en la isla, y la aguja señalaba a diferentes puntos según el lugar donde uno se encontrara.

Wade supervisó nuestra ropa y nos dijo que evitáramos los colores claros, el rojo, el amarillo y el blanco, y que utilizáramos sólo verde, pardo o gris, y nos avisó de que lleváramos pantalones largos si no queríamos terminar con las piernas llenas de heridas y de picaduras.

Estaríamos ocho días fuera, cuatro de ida y cuatro de vuelta. Considerábamos que en cuatro días seríamos capaces de llegar a las montañas del interior de la isla y podríamos hacernos una idea general del lugar. El principal objetivo de nuestra misión era encontrar a los niños y traerlos de vuelta al poblado. El objetivo secundario, averiguar quién vivía en la isla y qué diablos pasaba en aquel lugar.

Se decidió que Kunze quedaría encargado de la defensa del poblado. La idea partió de Wade, seguramente porque quería ganarse a Kunze y porque pensaba que era crucial que nos mantuviéramos unidos. A todos nos pareció bien.

Conozco a Cristina

Una tarde de primavera de principios de los años setenta (yo debía de tener entonces unos once años), mis padres y yo fuimos a Pozuelo para conocer a unos nuevos amigos. Juan Villar, un viejo amigo de mi padre, acababa de regresar a España con su familia después de vivir varios años en Inglaterra, donde había sido profesor en la Universidad de Leeds y, creo, también en la de Birmingham. Hacía años que mi padre y él no se veían. Tampoco sé exactamente dónde ni cuándo se habían conocido. Supongo que en Inglaterra, en los años en que mi padre estudiaba en el Fircroft College, en Birmingham.

Juan Villar era físico teórico, y mi padre sentía por él una admiración sin límites porque, según nos contaba, Juan Villar era capaz de comprender la Teoría de la Relatividad, una hazaña reservada a muy pocos y que, de acuerdo con mi padre, le ponía en la categoría de los genios. Se había casado en Inglaterra con una mujer llamada Marianne y tenía dos hijos aproximadamente de mi edad: una niña dos años más pequeña que yo y un niño un año menor que ella. Vivían en Pozuelo, donde habían alquilado un hotelito muy grande de estilo moderno (que yo relacioné nada más verlo con las fotos de edificios de Frank Lloyd Wright que había visto en los números de *Life* que había por casa) rodeado de un amplio jardín, casi media hectárea de césped perfectamente segado en el que había rosales de rosas blancas y amarillas (a Marianne no le gustaban las rosas rojas), unos cuantos abedules y un pequeño huerto en el que Juan Villar cultivaba lechugas, judías verdes, tomates y calabazas.

Cuando llegamos, los niños no estaban. Nos explicaron que todavía no habían regresado de su clase de esgrima. A mí me sorprendió que los niños Villar fueran a Madrid a aprender a luchar con espadas, algo que todos los niños suelen aprender fácilmente sin que nadie les enseñe, pero estaba claro que en aquella familia nada era normal. Los niños no acababan de llegar (luego nos enteramos de que Patricia, la vecina, que les llevaba en su coche, había tenido un pinchazo en la autopista) y yo no tenía nada que hacer en aquella reunión de mayores. Pero no me importaba, porque estaba fascinado con Marianne, la dueña de la casa. Tan fascinado que, literalmente, no podía apartar los ojos de ella. Marianne debía de tener entonces veintinueve años, dieciocho más que yo, y estaba embarazada de seis meses.

Era una mujer muy alta y muy rubia y me pareció la mujer más hermosa que había visto jamás. Estaba envuelta en ese aire de calor y de salud que impregna muchas veces a las embarazadas, su belleza multiplicada muchas veces por los signos de la preñez. Tenía los pechos hinchados, los labios rojos, las mejillas arreboladas, los ojos húmedos, brillantes de una misteriosa tristeza, signos de feminidad acentuada que me causaron una impresión que todavía hoy no puedo acabar de comprender, ya que normalmente los niños de diez años no sienten el menor interés por las señoras

embarazadas de treinta, y porque yo, hasta aquella tarde, jamás había dado muestra alguna de precocidad sexual. Recuerdo que no podía apartar los ojos de los opulentos pechos de Marianne y de la forma en que se apoyaban suavemente sobre su vientre prominente y redondo. Llevaba uno de esos vestidos de embarazadas muy amplio y vaporoso que no hacía sino resaltar la rotundidad de sus formas, y una rebeca de punto color beis de la que sólo podía abrocharse un botón. Yo la miraba tanto que ella no paraba de sonreírme y servirme nuevas raciones de tarta y de helado, y yo me lo comía todo por timidez y acabé casi empachado.

Quizá por apartar mis ojos de Marianne y no estar espiándola todo el rato, concentré entonces toda mi atención en la colección de discos de Villar. Yo jamás había visto tantos discos juntos, ni imaginaba tampoco que uno pudiera tener tantos discos. Nosotros teníamos en esa época, quizá, veinte o veinticinco discos (y eso teniendo en cuenta lo mucho que les gustaba la música a mis padres), pero Villar tenía cientos o quizá miles, una pared entera llena de discos. Me maravilló encontrar allí todas las óperas de Wagner, que yo había empezado a escuchar por esa época, y también todas las óperas de Verdi, y todas las sonatas de Beethoven, y cajas y cajas de cuartetos de Haydn, de canciones de Schubert, de cantatas de Bach, de ciclos de canciones de Hugo Wolf. Había además muchos discos de compositores que yo desconocía como Havergal Brian, Vagn Holmboe, Erich Von Korngold, *Sir Granville Bantock*, y otros que me obsesionaban y de los que leía sin cesar pero cuya música no había tenido ocasión de escuchar aún, como Hans Pfitzner, Anton Bruckner o Gustav Mahler. Juan Villar se había especializado en compositores británicos, en sinfonistas tardíos y en neorrománticos (con el tiempo yo también llegaría a ser un sinfonista tardío y un neorromántico) y se deleitaba hablándonos de rarezas como el *Réquiem por Nietzsche* de Vagn Holmboe o *El poema épico de Gilgamesh* de Martinu o asombrándose, por ejemplo, de que nunca hubiéramos oído nada de Anton Bruckner, que era, según nos dijo, uno de sus compositores favoritos. Me preguntó qué quería escuchar, pero yo estaba tan aturdido que no sabía qué elegir. Entonces cogió la caja de la Octava Sinfonía de Bruckner, la versión de Klemperer con la Orquesta Philharmonia, y puso el Adagio.

Anton Bruckner estaba lejos de ser un compositor popular durante aquellos años en España. Mis libros de historia de la música lo trataban con displicencia, como a un tipo raro (Bruckner era, al fin y al cabo, un tipo bastante raro) y aseguraban que sus sinfonías eran demasiado largas, estaban mal orquestadas y carecían de «garra», curioso concepto musicológico que también había visto aplicado al *Parsifal* de Wagner. Bruckner, decían mis libros de historia de la música, era un compositor religioso, una especie de santo infantil, un niño grande, y se había equivocado al elegir el género sinfónico para expresar su mensaje musical, que era de tipo evangélico y abstracto y no mundanal y épico como el que correspondería a un verdadero sinfonista. «La música de Bruckner», decía uno de mis libros de cabecera, *El mundo de la música* de K. B. Sandved, «obtuvo un éxito decisivo a partir de 1880,

pero hoy todavía no hay acuerdo sobre su calidad. En general, se reconocen su riqueza melódica, sus vivos ritmos y su destreza para combinar unas y otros, pero muchos encuentran difusa su forma, su expresión ampulosa y sus ideas faltas de dramatismo». En *Los grandes compositores de la época romántica*, uno de los libros de mi biblioteca infantil, Adolfo Salazar habla, al referirse a Bruckner, de las «extensiones artificiosas y baldías que llevaron su terrible peso muerto a la sinfonía postbeethoveniana», de las «informes divagaciones ecológicas»... Sus obras raramente se tocaban y apenas se grababan.

Yo siempre he sido un solitario. Fui hijo único, un niño solitario y obsesionado con la música y los libros. Desde que Cristina y yo nos separamos, tras mi marcha a Estados Unidos, siempre he vivido solo. Mi casa de Oakland es la casa de un solitario. Los olmos de Oakland conocen bien mi silueta al caer la tarde. A veces paso días enteros sin otra compañía que la de *Ballard*, mi fiel perro del Labrador. Siempre me han atraído los solitarios y los paseantes solitarios, ya sean los de Rousseau, los de Whitman, los de Wordsworth, los de Adalbert Stifter o bien los de Caspar David Friedrich, que tienen la habilidad de alcanzar siempre cimas gloriosas y de flotar por encima de las nubes. Anton Bruckner, mi compositor favorito, también era un hombre solitario y un paseante solitario que deambulaba por las aceras de Viena contando las ventanas de las casas y procurando no pisar las rayas del pavimento. Era un hombre solo y lleno de manías extrañas. Estaba aquejado de numeromanía, la compulsión de contar todas las cosas que veía, ya fueran ventanas, botones de un traje, árboles de una avenida. Era un hombre angélico. Por lo que sabemos, jamás estuvo con ninguna mujer. Se pasó la vida enamorándose de muchachas jóvenes y sencillas a las que pedía en matrimonio sin apenas conocerlas para ser rechazado por ellas, siempre rechazado, una y otra vez, y así hasta que ya era un hombre viejo de pelo blanco y a pesar de todo seguía enamorándose y declarando sus honorables intenciones a las hijas de sus amigos, a las muchachas con las que se encontraba a diario en sus paseos por las afueras de Viena, a sus doncellas y criadas. «Pero *herr* Bruckner», le dice una de ellas, «¡si es usted un viejo!». Un hombre viejo y solo. Un hombre solo que camina bajo los tilos soñando con el Emperador.

También el Emperador debía de ser un hombre solo. Pero a mí aquel Emperador nunca me cayó bien porque cuando Bruckner le dedicó su Octava Sinfonía, la música más hermosa jamás escrita, prefirió irse a una cacería a matar ciervos y bisontes en vez de asistir al estreno. ¡Estúpido!

Solus Rex. Un problema de ajedrez.

Solus Barbarinus.

Sólo escuchamos unos minutos de aquella música asombrosa, pero para mí fue suficiente, porque durante aquellos minutos supe que por fin (¡y sólo tenía diez años!) había encontrado mi camino y también mi destino. Luego llegaron los niños en el coche de los vecinos, la casa se llenó de voces y de risas y apareció en mi vida, en mi desdichada vida, la penúltima magia de aquella tarde. Era Cristina.

Entro en la Pradera

¿Es posible enamorarse cuando uno tiene diez años? Yo lo he experimentado y sé que es posible. Pero no sólo me enamoré de Cristina ese día, irremisiblemente y para siempre, sino que también, de una forma difícil de explicar, me enamoré de su madre, la fascinante, aristocrática Marianne. Es evidente que lo que sentía por ambas, madre e hija, eran emociones muy distintas. Una era un águila, otra una paloma. A Cristina la quería, a Marianne la admiraba. Lo que me uniría a Cristina a lo largo de los años era el simple amor, mientras que lo que me haría soñar con Marianne a lo largo de décadas fieras y desconsoladas era, en cambio, la complicada lujuria. ¿O quizá era al revés? No lo sé, y no lo sabré nunca, porque no está en mi temperamento poner al espíritu por encima de la carne, ni sé cómo distinguir al uno del otro.

Cristina era muy distinta de su madre. Tenía el pelo oscuro, de un color castaño acebo muy bonito que a veces parecía casi negro, y había heredado más los rasgos de su padre que los de Marianne. Era espléndida, preciosa, pero no tenía los huesos grandes de Marianne, su estructura monumental de valquiria o de Anadiómena, ni poseía tampoco su aire de reina. Marianne era una belleza, Cristina era simplemente bonita. Marianne era Venus, Cristina era un hada. Y no estoy hablando sólo de cómo eran madre e hija en aquellos momentos, cuando Cristina era una niña de apenas nueve años, sino más tarde, Cristina con dieciocho, con veintitrés, con veinticinco años. Nunca llegaría a ser tan alta como su madre, y era bajita comparada con las dos torres en que llegarían a convertirse sus hermanos, Edgar y el más pequeño, Sebastián, que cuando yo conocí a Cristina no era más que un renacuajo que dormía dentro de la placenta de Marianne. Cristina no poseía la exuberancia física de su madre, aunque sí algo de lo que Marianne carecía en absoluto: una inmensa dulzura, una bondad sin límites. Algunos pensarán que estoy comparando cualidades heterogéneas, la anaranjada irradiación venérea de la mirada con la azulada irradiación de la bondad. Pero todo lo físico es espiritual y todo lo sentimental es también sensual, o al menos esto es lo que yo siempre he creído porque, como acabo de explicar, siempre he sido incapaz de separar carne y espíritu, que para mí son como el haz y el envés de una misma tela.

Salimos a jugar al jardín. Los niños Villar tenían en esa época una mascota exótica. Cuando la vi, erguida sobre las cuatro patas en mitad del jardín creí que era un perrito. Pero había algo enormemente extraño en aquel perrito. Tenía la cabeza demasiado grande, el morro demasiado cuadrado y las patitas demasiado cortas y terminadas en tres dedos palmeados que en nada se parecían a las pezuñas de un perro. Estaba cubierto de un espeso pelo castaño rojizo y tenía unas orejas pequeñas y puntiagudas. Los niños le llamaban *Trixie*, y le habían enseñado a sentarse. También le habían puesto un pequeño collar azul con un lazo de pajarita azul que le daba un

aspecto un tanto ridículo. ¿Quién le pone un lazo de pajarita azul a un animal? «Siéntate, *Trixie*», decían, y el extraño perrito que no era un perrito se sentaba. Luego echaba a correr a través del jardín, y Cristina y su hermano corrían detrás de él. Era asombroso ver a un animal tan corpulento y patiocorto correr tan rápido. Vi cómo *Trixie* cruzaba el huerto como una exhalación, trotando como un caballito en miniatura, vi cómo rodeaba una piscina llena de agua de lluvia y marrones hojas caídas que había detrás del huerto y cómo luego desaparecía por un agujero que había en el seto de arizónicas.

—¡Ven! —me gritó Cristina—. ¡Ven, vamos con *Trixie*!

Vi cómo ella y su hermano Edgar se metían también por el agujero del seto y desaparecían de mi vista. Yo era un niño urbano y tímido, y aquello me pareció una irresponsabilidad intolerable. ¿No deberíamos decirles a nuestros padres que nos íbamos del jardín? ¿Qué sucedería si salían a buscarnos y no nos encontraban? A pesar de todo les seguí y me metí por el agujero del seto haciéndome daño con las afiladas arizónicas y rozándome las rodillas en el suelo, ya que yo era algo más voluminoso que ellos. ¡Qué remedio! No quería parecer un cobarde. Además, estaba en el territorio de mis amigos, y supuse que si ellos se metían por allí, entonces yo debía hacer lo mismo.

El jardín de al lado estaba abandonado y completamente invadido por las plantas parásitas. No sé cuándo comenzamos a llamarlo «la Pradera» ni quién se había inventado ese nombre. Es posible que Cristina y su hermano llevaran llamándolo así desde hacía tiempo. Estaba completamente cubierto de una hierba espesa y silvestre que nadie cuidaba ni segaba jamás, de modo que el nombre no parecía del todo absurdo. Sea como sea, el jardín de al lado de los Villar fue siempre para nosotros tres la Pradera.

Estaba dividido en dos niveles separados por un escalón de piedra en el centro que lo cruzaba de parte a parte. En la parte superior había una casita en ruinas con los muros densamente cubiertos de madreselvas y a ambos lados de la casa crecían dos grandes árboles, uno muy oscuro y uno muy claro. No sé qué árboles eran, quizá un pinsapo y un haya, aunque no estoy seguro de que puedan crecer hayas tan al sur. No sé cómo, *Trixie* había conseguido saltar el escalón de piedra que dividía el jardín en dos niveles (el escalón tenía casi un metro de altura, y no era posible que aquella criatura gordezuela y patiocorta hubiera podido dar un salto tan grande) y ahora corría por la parte superior. Mis amigos corrían detrás, intentando atraparlo. Luego el animal se refugió en la casa en ruinas, pero mis amigos no querían entrar allí dentro y le llamaban desde la entrada.

—¿Por qué no entráis? —les pregunté extrañado cuando me uní a ellos. Si eran capaces de escapar de casa, atravesar el seto e invadir una propiedad privada, ¿por qué no entrar en una casa en ruinas?

—Esa casa está embrujada —me dijo Cristina—. Nosotros no entramos ahí.

—¿Y vuestro perrito? —pregunté.

—¿Qué perrito?

—*Trixie* —dije yo.

Los dos hermanos se echaron a reír.

—*Trixie* no es un perrito —me dijo Edgar—. Es una capibara.

—¿Una capibara? ¿Qué es una capibara?

—Es parecido a un conejo. Es como un conejo gigante, aunque con las orejas cortas y sin rabo. Es un roedor que habita en los ríos de Sudamérica —me dijo Cristina—. Tiene que vivir en una zona húmeda. La piscina que hay en el jardín es para él. Si no está siempre mojado, se pone enfermo y se muere.

Esa noche, yo no podía dormir. Demasiadas emociones, demasiadas imágenes, demasiada información. Luego me venció el cansancio y entré en uno de esos sueños llenos de sueños que son como un laberinto y que sólo producen ansiedad y agotamiento. Soñaba, entraba en sueños y salía de sueños a otros sueños, y luego me encontraba en un estado intermedio entre la vigilia y la inconsciencia tan desagradable como los efectos del alcohol o de la anestesia. En mi sueño aparecían Marianne, la música de Bruckner (y la imagen de Bruckner que yo tan bien conocía, muy digno, con su pequeña pajarita, su bigotito casi invisible, su cabecita de pájaro), Cristina corriendo por el césped de la Pradera con un pequeño vestido azul que dejaba al descubierto sus piernas esbeltas y pálidas, la capibara inmóvil en medio del césped húmedo y brillante, la Pradera de la casa de los fantasmas dividida en dos niveles, con los tensos tallos de los hinojos balanceándose en la brisa. Y todo se confundía en una única criatura, en un único lugar extraordinario y sagrado. Los pechos de Marianne, la piel tirante de sus pómulos suavemente hinchados y teñidos con un rubor rosáceo, su sonrisa al descubrir mis ojos fijos en ella, un nuevo ofrecimiento de tarta de cereza y de helado de vainilla, el retrato de Bruckner, la pajarita de Bruckner transformada en la pajarita de *Trixie*, *Trixie* convertido en Bruckner en una foto en blanco y negro, sus ojillos vivaces ocupando el lugar de los ojos melancólicos y cansados de Bruckner, la Pradera como cuerpo de Marianne, cuerpo inmenso, maternal, rosado, turbadoramente desnudo aunque enmascaradas y transformadas sus formas femeninas en evónimos, macizos de hinojos salvajes y sinuosos ríos de madre selvas trepando por las paredes, el rostro de Cristina flotando como una nube sobre el jardín lleno de plantas silvestres, sus ojos tiernos, su voz de hada, sus pantorrillas pálidas, su agilidad inesperada, la música del Adagio de la Octava Sinfonía flotando entre sus piernas igual que la elevada hierba salvaje de la Pradera. Y todo se mezclaba, todo era lo mismo. El Adagio de la Octava Sinfonía era la Pradera, y la Pradera era Cristina, y la capibara era un mensajero del mundo inferior, como el perro que saluda a la entrada del país de los muertos. El jardín de la casa abandonada era el Adagio y era imposible salir de allí. Lo intentábamos y era imposible. Corríamos de un lado a otro, de un seto a otro, de una melodía a otra, de un coral de las tubas a un pasaje polifónico de las cuerdas, Cristina, su hermano, la capibara con su lazo de pajarita y una cuarta presencia que no llegaba nunca a ver con

claridad, saltábamos el escalón de piedra, llegábamos a la casa en ruinas, y era imposible salir de allí. Y la música sonaba, envolviéndonos, arcos de música, caminos de música en el aire, sendas que se perdían entre los sonidos, ventanas abiertas entre los sonidos a través de las cuales era posible ver otros paisajes del mundo de los sonidos, vistas del fondo de la mente. Luego los pechos de Marianne se transformaban en dos redondas cabecitas de capibara y Bruckner y Cristina se fundían en una única criatura prodigiosa que tenía la cabecita de pájaro de Bruckner y el vestido corto y las piernas esbeltas de Cristina y flotaba sobre la hierba de la Pradera sin pisarla, dejando un rastro de luz en el aire.



Tengo celos

A partir de entonces, las dos familias comenzamos a vernos a menudo. Casi siempre íbamos nosotros a Pozuelo a pasar la tarde, aunque algunas veces ellos nos visitaban en Madrid. Pero yo prefería ir a Pozuelo porque cuando íbamos allí jugábamos con los vecinos de Cristina, que vivían justo al otro lado de la calle, y que eran hijos de un compositor muy famoso en la época, Dionisio Recalde. Así fue como conocí a Ignacio Recalde y a su hermana Yvonne. Mis padres decían que Recalde era del Opus y que Villar cultivaba tanto su amistad porque quería tener amigos bien situados. Yo no sabía lo que era el Opus, pero me maravillaba la capacidad que tenían mis padres para arruinar siempre todas las diversiones y encontrarle defectos a todo el mundo. Después de cada una de nuestras visitas a Pozuelo se pasaban horas criticando minuciosamente todo lo que hacían y decían los Villar y los Recalde (sí, a menudo nos reuníamos las tres familias), la forma en que educaban a sus hijos, el hecho de que Patricia, la esposa de Recalde, tuviera un Simca Mini y fumara sin parar, que al llegar la cena pusieran a los niños en una mesa en la cocina como si fueran criados, que llevaran a los hijos a un colegio privado, el Langlam, un liceo «angloespañol» donde mi padre había sido profesor de inglés unos años atrás, que Marianne y Patricia pertenecieran a un club al que iban a jugar al tenis, que jugaran al tenis con una faldita blanca y una gorra de visera. Todo les parecía mal. Todo les irritaba. Decían que los Villar eran bastante esnobs, que los Recalde eran unos enchufados del régimen y que Juan Villar era un trepa. Qué personajes, mis padres. Estaban en guerra con todo. Quizá por esa razón yo he salido tan acomodaticio, tan blando, tan manejable. Un hombre sin personalidad ninguna. Encantador, quizá seductor a veces, pero secundario en todo.

A veces coincidíamos también en Pozuelo con Joaquín, el único primo que Cristina tenía en Madrid. Era un chico moreno y delgado, de la edad de Cristina, hijo de unos primos de Juan Villar. Siempre le recuerdo pensativo y con las manos en los bolsillos, un muchacho tímido que ya entonces llevaba gafas. Tenía un hermano más pequeño, que siempre estaba jugando con los hermanos pequeños de Cristina.

En cuanto a Ignacio, el hijo mayor de los Recalde, era de mi edad y decía que Cristina era su novia y que se iba a casar con ella cuando fueran mayores. Esto creaba entre él y yo un continuo estado de rivalidad. Una rivalidad que a mí me ponía enfermo, porque él vivía en la casa de enfrente de Cristina y podía verla todos los días, mientras que yo sólo podía disfrutar de la compañía de mi amada durante nuestras visitas a Pozuelo, que nunca eran suficientes ni duraban tanto como yo hubiera deseado. Fue Yvonne la que me contó un día que su hermano y Cristina se escapaban muchas veces al jardín de la casa abandonada para besarse en la boca. Yo debí poner unos ojos como platos. Me aseguró que lo había visto con sus propios

ojos, y no una vez ni dos, sino muchas. A mí aquellas palabras me cayeron como pez ardiendo. ¡Besarse en la boca! ¿Cómo se atrevían a hacer una cosa así? Envalentonada al ver el efecto de sus palabras, Yvonne me contó que Ignacio y Cristina no sólo se escapaban a la Pradera para besarse, sino que a veces se quitaban toda la ropa y se quedaban desnudos uno al lado del otro.

—¿Desnudos? —pregunté yo extrañado.

—Sí.

—¿Y luego?

—Luego nada.

—¿Pero qué hacen?

—Se miran.

—¿Se miran?

—Se miran a los ojos y se besan en la boca.

—¿Desnudos?

—Sí, desnudos.

—No me lo creo —dije yo.

—Te lo juro —dijo Yvonne—. Palabra de niño Jesús. Que me caiga muerta si miento.

—¿Tú les has visto? —pregunté yo temblando.

—Sí. Cuando les veo que se escapan a la casa abandonada, me cuelo yo también y les espío. Están allí en la Pradera y mi hermano le quita toda la ropa a Cristina, y ella se deja. Y luego él se quita toda la ropa.

—Pero ¿para qué se desnudan? —pregunté yo, desconsolado, destruido—. ¿Para qué?

—Porque están enamorados —dijo Yvonne—. ¿No sabías que a los enamorados les gusta estar desnudos cuando están juntos?

—No me lo creo —dije yo—. Te lo estás inventando. Si Ignacio intentara desnudar a Cristina, ella le daría un bofetón. ¡Qué idea tan absurda! Conozco a muchos enamorados, y nunca están desnudos. Además, Cristina no está enamorada de Ignacio.

—Bueno, me da igual si me crees o no.

—Júralo.

—Lo juro —dijo Yvonne.

—Júralo por Dios, y que se muera toda tu familia si mientes.

—Jurar por Dios es un pecado —dijo Yvonne.

—No quieres jurar por Dios porque es mentira.

—No, porque es un pecado mortal.

Es obvio que Yvonne estaba enamorada de mí y deseaba apartarme de Cristina, pero con sus invenciones fabulosas sólo lograba excitar mis celos y hacer que me obsesionara con mi pequeña hada todavía más. A pesar de todo, yo sabía que Cristina e Ignacio se gustaban y que algunas veces se besaban, porque Ignacio era un seductor

profesional y sabía cómo hablar a las mujeres y lograr que abandonaran todas sus defensas. Además él era más alto que yo y también más apuesto. Un día les vi cruzar la calle cogidos de la mano y mirándose muy acaramelados. Cuando me vieron asomado a la puerta del jardín de Cristina, se separaron muy azorados. Y otro día, en la Pradera, Ignacio le dijo a Cristina que tenía que elegir entre los dos y decidir de una vez quién de los dos era su novio, y ella dijo que nos elegía a los dos. Y nos besó a los dos en la boca, primero a Ignacio, luego a mí. Éstos eran nuestros juegos cuando éramos niños. Creo que ella disfrutaba dándome celos, porque años más tarde me aseguró que jamás había sentido el menor interés por Ignacio, que en realidad era yo quien le gustaba. Pero yo creo que él sí le gustaba, y que siguió gustándole durante muchos años.

Mi encuentro con Marianne. Los Villar regresan a Inglaterra

Siempre he sido una persona sensual. La sensualidad ha sido mi facilidad y también mi perdición. Durante esos años, cuando yo estaba enamorado de Cristina, también estaba enamorado de su madre. Quizá utilice la palabra «enamorado» un tanto a la ligera, pero no se me ocurre qué otra podría usar. Quizá no fuera amor lo que sentía por ella, no el amor tierno y romántico que sentía por Cristina, sino más bien algo parecido a la admiración. La admiración que siente un niño por una mujer madura. Después del parto, Marianne había recuperado su figura. Para mí, verla tan esbelta era casi una desilusión, porque me parecía que estaba mucho más hermosa y radiante cuando estaba embarazada. Pero quizá esto se debiera simplemente a que la primera vez que la había visto estaba embarazada, es decir, a la fuerza que tienen siempre las primeras impresiones.

Pasaron dos años. Cristina estaba preciosa, y las formas femeninas comenzaron a asomar en su cuerpo. Mi pene crecía y una pelusa oscura adornaba mi labio superior. Ahora Cristina ya no me dejaba que la besara como hacíamos cuando éramos niños y escapábamos al jardín de la casa en ruinas, el jardín dividido en dos alturas que llamábamos «la Pradera». Por lo que yo sé, tampoco dejaba que la besara Ignacio. La propiedad vecina se vendió, y los nuevos propietarios limpiaron el jardín de hierbas parásitas y comenzaron a reconstruir la casa en ruinas. Eran la familia de Juan Luis Panur, el poeta. Cuando Villar se enteró de que su nuevo vecino era un escritor importante, se sintió feliz. Y además un poeta del régimen, decían mis padres. Y exfalangista. Ya tiene cubiertos todos los frentes. La capibara murió, seguramente porque no se bañaba lo suficiente, o quizá porque el clima de Madrid no le sentaba bien.

Marianne tenía entonces treinta y dos años, y estaba entrando en esa época de plenitud dorada que suele envolver a las mujeres en la tercera década de su existencia y que, en algunos casos, se prolonga hasta bien entrada la cuarta. Vestía ropa cara, seguramente de marcas inglesas (sus flores y encajes, sus prendas transparentes y ceñidas en el busto, no se parecían a nada que yo hubiera visto nunca), y siempre la recuerdo maquillada, con el rostro empolvado, los labios pintados de color rojo oscuro o simplemente brillantes de cacao y de *glaze* (ya que, al igual que su hija, tenía los labios siempre reseco) y con la raya del ojo discretamente dibujada. Tenía el pelo graso y brillante, una cabellera rubia entremezclada de castaño que llevaba siempre cortada por encima de los hombros y perfectamente peinada en dos bloques a ambos lados del rostro, normalmente sujeta con una banda de tela o un grueso sujetapelo por encima de la frente. Tenía la piel tensa, de ese color rojizo que tienen a veces los cutis británicos, los pómulos prominentes, los ojos siempre ligeramente

hinchados y rojos, como si acabara de llorar, y el labio inferior torcido en un gesto de desilusión. Aquella desilusión me llamaba la atención y me inquietaba. ¿Sería posible que fuera un hábito del pasado, la herencia de una infancia con las mandíbulas apretadas (como lo son, según luego me contaría Cristina, tantas infancias inglesas) y que ya no siguiera reflejando la realidad de su vida? Ella siempre parecía triste, y más que triste, desilusionada, y más que desilusionada, aburrida.

Un día sucedió algo. No recuerdo las circunstancias, pero mis padres me habían dejado en casa de los Villar para pasar la tarde. Juan Villar no estaba, y se ocupaba de nosotros Jeanne, una muchacha irlandesa que los Villar habían contratado para cuidar de los tres niños y especialmente para ocuparse de Ian, el pequeño. Tampoco estaban los hermanos Recalde, de modo que Cristina y yo decidimos distraer a los pequeños y nos pusimos a jugar con ellos al balonvolea en una red que Villar había colocado en el jardín y luego al bádminton. Oí a Marianne decirle a Jeanne en inglés que iba a tomar un baño y que se ocupara de la merienda de los niños. Ahora el recién nacido tenía un año o dos, y caminaba por la casa como un muñequito animado, agarrándose a todas partes y metiendo los dedos en los rincones oscuros.

A pesar de que yo había oído la voz aguda y desfallecida de Marianne decirle a la cuidadora que se iba a dar un baño, lo que sucedió después fue un accidente. Ni siquiera estoy seguro de haber entendido bien las palabras de Marianne. Yo no sabía mucho inglés en esa época, y había sido una frase dicha dentro de la casa, en otra habitación, entre el pasillo y la cocina, o quizá entre la cocina y el cuarto de la plancha. El hecho es que en un momento determinado entré en la casa para buscar algo que estaba en la habitación de Cristina. Se trataba de un boomerang con el que jugábamos a veces, un auténtico boomerang australiano que Juan Villar les había traído a los niños unos años atrás después de un viaje a Sidney, que volvía, verdaderamente, si uno lo tiraba bien, y con el que esperábamos distraer a los pequeños.

Al pasar frente a la habitación de los padres de Cristina, vi a Marianne a través de la puerta entreabierta. Fue una visión fugaz y no premeditada. Yo caminaba por el pasillo y la puerta estaba entreabierta y mis ojos se fueron solos. Ella sabía que yo estaba en la casa y sabía que podía perfectamente entrar y a pesar de todo no se había molestado en cerrar bien su puerta. Supongo que fue un descuido. Estaba de espaldas a mí, mirándose en el espejo de su cómoda. Estaba completamente desnuda, y su cuerpo dorado resplandecía en medio de los tonos oliváceos de la habitación. Sólo llevaba puesto el sujetador blanco, cuya banda elástica le cruzaba la espalda bajo los omóplatos y cuyos tirantes se hundían suavemente en la carne mullida de sus hombros. Pero yo la veía reflejada en el gran espejo oval de su cómoda. Había tenido tres hijos, pero su cuerpo seguía siendo un milagro. Tenía efes de violonchelo por encima de los glúteos, en el nacimiento de la espalda blanquísima, y unas nalgas grandes y pálidas, más pálidas aún por la marca dejada por el bikini, que marcaba con una diferencia de matiz en la piel el dibujo de la parte prohibida. Me quedé

paralizado. Nuestros ojos se encontraron en el espejo. Nos miramos durante unos segundos sin decir nada. Cualquiera hubiera murmurado una excusa y hubiera salido de allí disparado, pero yo no me moví de donde estaba. Pensé en sonreír, pero no podía sonreír. Me dolían los huesos y la piel se me había tornado de cartón. Algunas veces, cuando me vuelve a la memoria la imagen, tengo la sensación de que ese instante (porque no pudo ser más que un instante) todavía no ha terminado, y que todavía seguimos allí los dos, atrapados en ese momento del tiempo, contemplándonos el uno al otro en silencio a través del espejo. Entonces ella tuvo una reacción verdaderamente sorprendente. Se volvió así como estaba, sin intentar cubrirse. Me miraba sin sonreír, con gesto serio, quizá pensando rápidamente. ¿Cuántos años tenía yo entonces? Supongo que trece o catorce. Nunca he sido bueno con el tiempo, con las fechas ni con las secuencias temporales. Jamás he sido capaz de decir «eso sucedió en 1983» a no ser que tenga alguna referencia externa e inequívoca. Pero si Ian, el hermanito pequeño de Cristina, tenía entonces dos años o casi dos años, entonces yo tenía catorce. Ella se dio la vuelta, me miró directamente a los ojos y avanzó unos pasos en dirección a la puerta entreabierta. Parecería que se dirigía hacia la puerta para cerrarla, pero no fue eso lo que hizo. Se quedó inmóvil en mitad de la habitación, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, y me miró gravemente. Por un instante pensé que estaba enfadada, aunque lo que hacía, de hecho, era permitirme que contemplara su cuerpo y comprobar, al mismo tiempo, el efecto que causaba en mí. Y el efecto era devastador. Ni siquiera hubiera yo reconocido aquel cuerpo como un cuerpo de mujer, como un hermoso cuerpo de mujer, porque no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. Lo percibí como un golpe de realidad en estado puro. Una revelación súbita del sentido de todo, la razón de que existamos, la razón de que suframos y que nazcamos y que nos matemos y nos odiamos y nos amemos y nos deseemos. Belleza, violencia, luz, sangre, realidad, amor, sueño, batallas, sufrimiento. Todo eso era el cuerpo que ella me ofrecía, y más cosas todavía. Una mujer desnuda. La primera mujer desnuda. Las piernas doradas y esbeltas como el largo tallo que sostenía la copa de su cuerpo, una copa en forma de V de la cual surgía, como la rama de un rosal que brotara del interior de la copa, la sirena de largos brazos caídos y de simétricos pechos todavía protegidos por su blanco estuche de encaje, la altiva barbilla y los ojos verdes y la espesa cabellera dorada, la cabeza inclinada ligeramente hacia la derecha, como si el pelo fuera de algún material muy pesado, quizá de oro o de mármol, y le costara mantener la cabeza erguida; el rosado triángulo de su vientre y sus ingles, de un intenso y conmovedor color blanco tierno y vulnerable, que continuaba y completaba el dibujo pálido que ya había visto en sus nalgas, y el vértice de su cuerpo, adornado de un espeso triángulo de vello oscuro que parecía, ahora que se revelaba a mis ojos por vez primera, y a pesar de haber estado siempre oculto, o quizá precisamente por haber estado siempre celosamente oculto, como el centro de su cuerpo y también de su persona completa, la verdad secreta de lo que ella era, la explicación, por fin, la

realidad.

Luego sus labios sonrieron imperceptiblemente. Entonces comprendí, para mi infinito asombro, que ella no sólo no estaba enfadada, sino que me estaba invitando a entrar en su cuarto. Lo hizo sin una palabra, sin un gesto. De pronto, comprendí que aquella puerta no iba a cerrarse, sino que se abría para mí, que me estaba permitido entrar. Avancé, caminando con dificultad a causa de mis rodillas temblorosas, empujé suavemente la puerta y me adentré en el dormitorio de los Villar. Era una alcoba muy grande, con una larga ventana apaisada que daba al jardín, con una cama inmensa cubierta con una colcha color verde hoja, con lámparas de pantalla de pie de porcelana en las mesillas, en una de las cuales había un libro de Harold Robbins en inglés abierto boca abajo y unas gafas. Así fue como descubrí que Marianne Wilson, señora de Villar, usaba gafas para leer. Ninguno de los dos dijo ni una palabra. Ella se dirigió a la puerta, la cerró y corrió el pestillo. Sus glúteos blancos temblaban. En la rosada y dorada piel de sus caderas, la señal de la parte de abajo del bikini se movía graciosamente. Era uno de esos bikinis de la época de grandes bragas, de color amarillo, que yo le había visto puesto muchas veces cuando ella estaba en el jardín tomando el sol. Luego corrió las cortinas de la ventana. A continuación, muy pausadamente, se volvió a mí de nuevo, se desabrochó el sujetador, y lo dejó deslizarse por sus brazos hasta que cayó a sus pies. Sentí un estremecimiento al ver la blanca prenda caer como una larga pluma blanca sobre la moqueta color verde claro que cubría el suelo de la habitación. Pensé, quién sabe por qué, en ese cuento de hadas en que el cisne se desprende de sus plumas y se convierte en una mujer. Marianne tenía las uñas de los pies pintadas de color rosa carne. Tenía unos pechos grandes, perfectos. También sus pezones eran color rosa carne. En aquella época las mujeres no se rasuraban el pubis. Muchas veces ni siquiera se rasuraban cuando llevaban bañador, un detalle que yo había observado a menudo cuando la había visto en el jardín con su bikini amarillo, aunque la visión de los finos rizos de vello castaño asomando por sus ingles nunca me había causado ninguna emoción especial. El pubis de Marianne estaba cubierto de una mancha irregular y vaporosa de vello rubio castaño, a través del cual contemplé los pliegues de su vulva, que me recordaron los sexos de niñas pequeñas que yo había visto alguna vez. La blanca cicatriz de una cesárea le cruzaba verticalmente el vientre, con las líneas cruzadas de los puntos dolorosamente visibles. Marianne me tomó de la mano y me llevó a la cama. Recuerdo la sensación de sus manos, manos grandes, manos hábiles, con dominio y conocimiento de las cosas, la sensación del calor de sus manos cuando me acariciaba el rostro y me desnudaba. Recuerdo la sensación del calor de su cuerpo, su suavidad inaudita, la sensación del roce de sus cabellos sobre mi piel.

No sé cuánto tiempo duraron nuestras caricias, pero sí sé que sería imposible medir con un reloj lo que sucedió entre Marianne y yo esa tarde. Yo me sentía completamente rodeado por ella, como si su cuerpo estuviera delante de mí y detrás de mí también, envolviéndome, enlazándome. Ella me guiaba sin palabras, porque yo

estaba tan aturdido que no podía hacer nada y no sabía hacer nada. El contacto de su boca húmeda en mi cuello me producía una sensación de desfallecimiento. El calor de su cuerpo, la suavidad inconcebible de sus senos, de su vientre, de sus ingles, yo que había imaginado, quién sabe por qué, que los cuerpos femeninos eran duros. Quizá por influencia de las estatuas de piedra. Quizá por la marmórea perfección de los desnudos clásicos. La suavidad con que me acariciaba. La sensación de su lengua en mi boca, de su mano en mi ingle, de su boca en mi glande. La naturalidad con que ella besaba y lamía mi pene, como si aquello fuera algo normal que se hacía todos los días. Sus ojos verdes, fríos y felinos y la forma en que me miraba y me sonreía mientras pasaba su lenta y gruesa lengua de cierva alrededor de mi pene. Aquello que no era amor pero era misterioso y profundo y delirante como el amor. Yo jamás había sentido frente a mí, alrededor de mí, la muestra de un poder tan intenso, luminoso y conmovedor. Me parecía que ella no era realmente una mujer, sino una larga hilera de mujeres, similares a las cariátides de un templo, que fueran rodeando y sosteniendo a la verdadera mujer, inmensa como una bóveda suspendida por encima de mí. Era el poder del amor femenino, la fuerza femenina de la tierra, el aroma de la madre y de la hermana, de la novia y de la esposa. Yo era entonces físicamente un hombre, mentalmente un niño. Ella rió suavemente y me abrazó contra sus pechos suaves y cálidos, y yo sentí que me hundía en el mar, un mar tibio de verano, un mar de agua translúcida y aterciopelada. Le dije que la quería, que llevaba años enamorado de ella. Me maravillaba la plenitud tenue y rosada de sus pechos, en uno de los cuales resonaba su corazón como un reloj poderoso dentro de una iglesia. Luego se tendió sobre el lecho, me puso sobre ella, me tomó el pene y lo condujo a su interior y ella era tan suave que yo no sabía que ya estaba dentro de ella cuando estaba dentro de ella. Le dije al oído que quería estar dentro de ella y me dijo riendo muy suavemente y con los ojos cerrados que ya estaba dentro. Sí, ya estaba dentro de ella, y la sensación era delicada, remota como un sueño. Todo aquello me sorprendía sobremanera. Estaba convencido de que la penetración debía de ser dolorosa para el hombre, teniendo en cuenta la sensibilidad extrema de la piel del glande, y no estaba preparado para ser recibido y envuelto con esta suavidad. Pensé que ella había tenido tres partos (en realidad sólo dos, porque el tercero había sido una cesárea) y que su canal vaginal estaba muy abierto y eso le impedía a ella gozar y a mí sentir la penetración de la forma debida, pero era la primera vez que estaba con una mujer y no tenía ninguna forma de saber si lo que estaba sucediendo entre ella y yo era un episodio menor y fallido o bien un intenso encuentro sexual lleno de pasión. Creo que en cierto modo fue las dos cosas. Yo deseaba besarla en la boca, pero ahora que estaba dentro de ella se negaba a besarme. Cuando todo terminó, me dio un suave beso en los labios y luego se incorporó, cogió su sujetador caído en el suelo y comenzó a ponérselo de nuevo. En ese momento, mi deseo era intolerable, y yo hubiera matado por hacerla volver al lecho, pero ella me dijo que aquello no volvería a repetirse. Intenté hablar con ella a solas en otras ocasiones, pero encontraba en ella,

en sus ojos, en su educada y helada sonrisa, algo así como una pared de piedra que me cerraba el paso.

No, aquello nunca volvió a repetirse, y quizá por esa razón el episodio en que un jovencito y una mujer madura hacen el amor en mitad de la tarde de primavera, con voces distantes y cantos de pájaros colándose a través de las cortinas corridas, se convirtió para mí en una obsesión y en un mito. Un deseo insaciable, la sensación de una necesidad física y emocional imposible de satisfacer. La sensación de que existe un círculo del amor, algo así como un mundo radiante de belleza y de placer al que pocos son admitidos. El Mundo de las Mujeres Hermosas. El Gineceo de las mujeres-rosa. El Serrallo de los Deseantes y las Deseosas. El cielo del amor sexual.

Ahora sé que aquella tarde fatídica en que Marianne me llevó a su cama, ella ya sabía que se iban a volver a Inglaterra. No fue sólo el hastío, la sensualidad, la que le hizo abrirme su puerta esa tarde, sino también la sensación de impunidad de saber que nuestras vidas pronto se separarían, probablemente para siempre.

Villar había recibido una oferta de la universidad de Oxford que no podía rechazar. Unos meses más tarde, la familia Villar se trasladó a Inglaterra de nuevo, y yo perdí por primera vez a Cristina.

Salimos de expedición

Salimos al alba, cuando la selva estaba aún llena de niebla. Rizos algodonosos entre las hojas de taro (que nosotros llamábamos «orejas de elefante») y los troncos pálidos de los cocoteros, filamentos de nube entre las raíces delicuescentes de los ficus y las alargadas hojas de las *Cordyline fruticosa* o «plantas de la buena suerte», que crecían en la isla por todas partes. El cielo estaba claro, aunque hacia el este se ensombrecía en amenazantes nubes de tormenta. Casi todo el mundo en el poblado dormía cuando salimos caminando por la orilla del río, silenciosos como guerreros antiguos.

Wade, el gran Wade, había recuperado su aura heroica. Se veía que al lanzarse a lo desconocido con una mochila a la espalda y un fusil al hombro regresaba a su estado natural, a hacer aquello que sabía hacer mejor. Nos miraba a todos con una sonrisa silenciosa y cálida, llena de destellos de belleza y de esperanza. Oh, Dios mío, tanta esperanza había en sus ojos. Su sonrisa iluminaba sus facciones curiosamente simétricas, talladas en profundos pliegues como las del rostro de un ídolo. En estas ocasiones, sus ojos azules parecían más azules que nunca. Me recordaba a Kurtz en la película de Coppola interpretado por el gran Marlon Brando, pero un Kurtz inverso, no maldito, sino bendito, no corrompido por el mal, sino misteriosamente liberado de su peso y de su angustia. Yo presentía que aquella liberación tenía que ver con su llegada a la isla.

Antes de salir, nos reunimos en círculo, nos tomamos de las manos y Wade pronunció una pequeña oración. Una pequeña y extraña oración, porque no iba dirigida al Dios cristiano, sino más bien a una fuerza anónima y quizá ciega e indiferente. Todavía hoy me pregunto si Wade había pasado horas preparando aquellas frases o si era algo que surgía de sus labios espontáneamente.

—Todos los hombres son golpeados por el destino, pero a nosotros se nos ha entregado un destino —dijo Wade—. Que seamos dignos de nuestro destino. Y que nuestro destino sea digno de nosotros.

Comenzamos a caminar y enseguida nos vimos envueltos por la vegetación.

La selva parecía guardar todavía trozos de noche entre las plantas. Yo intentaba escuchar las voces que susurraban palabras entre las hojas, pero éstas no se manifestaban cuando uno iba en grupo. Por ese motivo me iba quedando retrasado, para ver si al quedarme solo entre los árboles podía oírlas sonar de nuevo a mi alrededor. Entonces no sabía lo que le había sucedido a Eileen, porque ella todavía no había logrado recuperar del todo el uso de la palabra. De haber sabido lo que ella tenía que contar, hubiera sido más cauto. Porque en realidad ella no había sido raptada, al menos en un principio: habían sido las voces las que la habían arrastrado a la selva. Nada más llegar, se metió entre los árboles para hacer sus necesidades y allí

fue donde escuchó las voces. Siguiéndolas se había ido internando entre la vegetación, y una vez dentro de la selva había sido capturada.

Eran las horas más frescas del día, y avanzábamos con rapidez, utilizando el machete por turnos para ir abriendo la trocha, aunque la humedad hacía que las plantas estuvieran pesadas y poco quebradizas. Los insectos estaban como adormilados a esas horas, y caminar por el bosque me traía la sensación placentera de la excursión, del paseo por el campo. Luego salió el sol, y la selva comenzó a animarse. Los pájaros, los insectos, los monos comenzaron a chillar, a gritar, a gemir, a ulular. La selva despertaba. Yo, que siempre había amado la idea de la selva, ahora comenzaba a sentir aversión, asco y miedo ante aquella abigarrada confabulación de plantas. Se abrazaban las unas a la otras para ahogarse entre sí robándose mutuamente el alimento y la vida. Voluptuosas enredaderas envolvían los troncos igual que boas constrictor envuelven a un carnero, plantas epifitas parásitas crecían alimentándose de la savia de otros árboles, raíces hidrópicas combatían bajo tierra en busca de la humedad y el sabroso alimento anudándose y estrangulándose unas a otras. Ahora miraba la selva y ya no veía su poesía ni su belleza, sino sólo una lucha sin cuartel, una batalla silenciosa en la que la fertilidad luchaba con la podredumbre.

Aquel día, la lluvia comenzó pronto. Intentábamos cubrirnos cortando con los cuchillos y el machete hojas de la planta conocida como «oreja de elefante», que sosteníamos por el grueso tallo como si fueran paraguas. Cruzamos un arroyo y luego un río de tamaño regular que debía de ser nuestro mismo río, maravillosamente bordeado de palmeras (porque en la isla todos los ríos parecían el Río del Paraíso), y luego comenzamos a ascender por caminos naturales creados seguramente por el agua en la ladera montañosa. Eran profundas zanjas de fondo de roca, sobrecubiertas de plantas que creaban un techo tan tupido que a ratos nos parecía caminar en la oscuridad, aunque la ausencia de vegetación en el fondo hacía que el atravesamiento de la floresta fuera por allí relativamente sencillo y rápido. Por encima de nosotros crecían los monumentales troncos de las acacias koa y las omnipresentes moreras de papel, cuyas raíces a veces cruzaban de lado a lado la zanja por la que ascendíamos haciendo difícil el paso. A medida que ganábamos altura los árboles hau se iban haciendo más escasos. Yo había encontrado esos árboles en los relatos de Jack London ambientados en los mares del Sur que leía cuando era niño. Los palmitos, las palmeras, los bambúes gigantes y los helechos arborescentes crecían por doquier, así como los ficus, con sus líquidas y laberínticas raíces delicuescentes que se fundían con todo lo que encontraban a su paso y se atravesaban a sí mismas. De vez en cuando pasábamos por debajo de árboles muertos aunque todavía erguidos en medio de la floresta como esqueletos pálidos, cuyas ramas estaban infestadas de murciélagos gigantes que dormían colgados boca abajo. Eran criaturas horribles de ojos rojos y grandes colmillos (Gwen los llamaba «vampiros», quizá porque éste era precisamente su nombre), que cuando se asustaban tenían la mala costumbre de vaciar el vientre, soltando una hedionda carga de excrementos, para poder así volar

más ligeros. Por esta razón, cuando pasábamos por debajo de uno de estos árboles íbamos todos tan silenciosos como si fuéramos espíritus.

Avanzamos durante horas por esta profunda zanja, siempre cuesta arriba, en una pendiente cada vez más empinada, hasta que se llenó de agua y de barro y tuvimos que abandonarla. Al ascender a la superficie encontramos dos árboles nani, uno de ellos cargado de frutos amarillentos, que arrancamos a pesar de su olor desagradable (nosotros los llamábamos «fruta del queso») y Wade comenzó a comerse uno de ellos allí mismo después de partirlo en dos con su cuchillo para asegurarse de que no estaba lleno de larvas ni de gusanos. Wade siempre estaba comiendo. Siempre que se detenía, se ponía a comer o a mascar algo. Luego dejó de llover, y salió el sol de nuevo. Desapareció el rumor de la lluvia y se reiniciaron los gritos de los monos y de los pájaros. Nos detuvimos a almorzar en un claro de la selva, y creo que evitábamos mirarnos a los ojos por lo miserables y agotados que nos sentíamos. Yo recordaba que en nuestra primera expedición, cuando encontramos la antena de comunicación abandonada, habíamos logrado salir de la selva relativamente pronto, pero estaba claro que la orografía de la isla estaba llena de incertidumbres y sorpresas. Recuerdo que yo pensaba obsesivamente en abandonar la expedición y regresar al poblado. Ojalá lo hubiera hecho.

A primera hora de la tarde logramos dejar atrás lo más espeso de la selva. Caminábamos ahora por un terreno relativamente despejado, sin apenas sotobosque y con árboles separados unos de otros, acacias koa y una especie de coníferas que me recordaban a los pinos mediterráneos, aunque carecían de la elegancia de los pinos mediterráneos. Yo tenía la sensación de que estábamos muy altos y pensaba que ya habíamos llegado a las montañas. Pero no era así. Estábamos, en realidad, en una elevada meseta, desde la cual podíamos ver, en la distancia, las montañas del interior de la isla dispuestas en sierras azules, moradas, color siena, amontonadas unas sobre otras como pilas de alfombras monocromas. La niebla llenaba algunos de los valles. Las cumbres más altas del volcán principal estaban cubiertas por un perpetuo dosel de nubes. Yo sentía que estaba viviendo una gran aventura.

Descendimos, cruzamos un valle pantanoso e infestado de mosquitos palúdicos y luego el terreno volvió a ascender y de nuevo nos encontramos en la meseta. Yo creí ver a un hombre que nos observaba de pie al lado de un árbol, pero resultó ser el tocón de otro árbol calcinado por un rayo. Nos pusimos a cantar. Wade cantó *Waltzing Mathilda*, como en una película de guerra de los cuarenta, y los demás coreábamos a pesar de que no conocíamos o no recordábamos la letra. Luego Joseph cantó algo de Bruce Springsteen que sólo Christian y él conocían, y después Sheila cantó *Like a virgin* de Madonna, y luego Wade cantó *My Way* de Frank Sinatra, y luego Joseph cantó *Karma Police* de Radiohead, y al llegar al estribillo «This is what you get» («Esto es lo que vas a conseguir») señaló a nuestro alrededor con los brazos, y luego Christian cantó *No surprises* de Radiohead, para lo cual tenía que cantar también el *obbligato* del acompañamiento, aunque la letra «no alarms and no

surprises, please» (que también parecía referirse, oblicuamente, a nuestra situación) nos dejó a todos un tanto melancólicos, de modo que Joseph comenzó a cantar temas de *bluegrass* (él era de Kentucky) y cantó *Roll in my sweet baby's arms* de Flatt & Scruggs y *Shenandoah*, que yo sólo conocía en la versión operística de Thomas Hampson y en la de *The Melody at Night with You* de Keith Jarrett, y luego cantó *Blue Moon of Kentucky* de Bill Monroe, y cantaba con la voz atiplada y nasalizada típica del estilo de las montañas de las hierbas azules y con la seguridad de un profesional. Luego comenzó a cantar *I'm Gonna Find Me a Mountain* («Voy a buscarme una montaña») de Gerald Crabb.

Moses on the mountain top, what are you doing up there?

Talking to Jehovah, I know he hears my prayer.

Elijah on Mt. Carmel, prophet, what are you doing up there?

Talking to the one true God, I know he'll hear my prayer.

Pero cuando comenzó a cantar el estribillo, «I'm gonna find me a mountain, spiritual and high» («Voy a buscarme una montaña, elevada y espiritual...»), Gwen le interrumpió ásperamente y dijo que ya estaba bien, que debíamos dejar de cantar de una vez. Yo ya había observado que ella no cantaba ni coreaba lo que cantaban los demás, y había supuesto que era una de esas personas que no tienen buen oído y a las que no les gusta cantar. Gwen dijo que estábamos locos, que en medio de la naturaleza el sonido se propaga con facilidad y que ahora nuestra presencia sería conocida en millas a la redonda. De modo que ése fue el final de nuestro improvisado concierto vocal.

El zumbido de las moscas, el hedor y el aletear de varias decenas de cuervos, gaviotas y otras aves carroñeras, nos alertó de que había algo muerto en nuestro camino. Supongo que lo lógico habría sido dar un rodeo para no enfrentarnos con un desagradable espectáculo, pero Gwen, secundada enseguida por Wade y Joseph, insistió en averiguar de qué se trataba. Se dirigió directamente al lugar donde estaba la carroña, una masa rojiza y oscura literalmente cubierta de alas y picos, y se puso a espantar a los pájaros con la culata de su rifle. Wade y Joseph se unieron a ella. Los pájaros se resistían a abandonar su preciado alimento y algunos contraatacaban con sus feroces picos abiertos. Unos instantes después, todos habían huido, aunque muchos estaban volando en círculos por encima de nosotros esperando a que nos fuéramos, y otros se habían posado en el suelo a unas decenas de metros.

Nos encontrábamos ante los restos de un cadáver humano. A pesar del olor a corrupción no debía de llevar allí más de un par de días. Los pájaros lo habían picoteado de forma salvaje dejando la carne llena de excoriaciones que la desfiguraban por completo. Le habían picado completamente la cara, sacándole los ojos y devorándole los labios hasta dejar toda la dentadura al aire, que ahora sonreía con expresión siniestra. Era el cuerpo de un hombre joven. Joseph se inclinó para

examinarlo por encima, dándole la vuelta y tocándolo por todas partes, y dijo que aquel hombre había sido desollado después de morir, y no precisamente por los animales. La verdad es que el espectáculo era espantoso. El cuerpo tenía una tonalidad negruzca, como de un rojo grisáceo. Los músculos rojos y los tendones blancos estaban a la vista, plegándose sobre los huesos como yo había visto tantas veces en los libros de anatomía. No había ni rastro de piel. Faltaban también las manos y los pies del cadáver, así como las vísceras y los órganos sexuales. La cavidad torácica había sido eviscerada limpiamente, de modo que se veía un gran hueco por debajo de las costillas y en el lugar donde debía de haber estado el estómago, el hígado y los intestinos. Tampoco había rastros de las gónadas. Yo supuse que habían sido los animales los que habían devorado todas las vísceras, intestinos, páncreas, bazo, vejiga urinaria, riñones, vesícula, hígado. Pero ¿cómo habían logrado un puñado de aves carroñeras devorar a picotazos todas las vísceras y dejar el abdomen del cadáver vacío con tal limpieza y sin dejar ni una piltrafa colgando? Y ¿cómo habían sido capaces de seccionar las gruesas articulaciones de las muñecas y los tobillos?

—Este hombre ha sido desollado, y no precisamente por animales —dijo Joseph por fin, después de examinar el cadáver a conciencia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Wade con curiosidad—. ¿Quieres decir que *alguien* le ha arrancado la piel?

—Sin duda —dijo Joseph haciendo girar el cuerpo muerto en el suelo y observando la espalda y los glúteos y luego volviéndolo de nuevo a la posición original. A mí me parecía inconcebible que fuera capaz de tocar aquella masa de carne hedionda con las manos desnudas—. Los animales no arrancan la piel para devorar un cadáver —continuó diciendo—. Alguien ha desollado este cuerpo de forma meticulosa, de la cabeza a los pies. Ha sido un trabajo lento y cuidadoso, como el de un taxidermista. No queda ni un pedazo de piel ni de cuero cabelludo en todo el cuerpo. Lo han desollado con verdadero arte, cortando un círculo alrededor de los ojos y rebanando limpiamente las orejas y otros apéndices que obstaculizarían el trabajo. Observad que no tiene pies ni manos ni órganos sexuales. Eso tampoco pueden haberlo hecho los animales. Quienquiera que hizo esto debió de comenzar cortando las orejas y los órganos sexuales, las manos y los pies, y luego fue practicando incisiones y abriéndolas como las páginas de un libro. Así es como yo lo haría, aunque es posible que el que ha hecho esto tenga una técnica mejor, porque no queda rastro de piel, ni de los órganos, ni tampoco de grasa. Debería haber restos de grasa, pero los han retirado.

—Las manos y los pies se los habrán comido los animales, tío —dijo Santiago, que estaba mortalmente pálido y parecía a punto de echarse a llorar—. ¿Por qué dices que se los han cortado?

—¿Los animales? No lo creo —dijo Joseph, que seguía arrodillado al lado del cadáver—. Primero le han cortado las orejas, los genitales, los pies y las manos, y

después... no lo sé, parece que le han arrancado la piel practicando una incisión lateral todo a lo largo del cuerpo y han tirado de la piel separándola de la carne cuidadosamente hasta sacarla en dos piezas enteras. A continuación le han vaciado las vísceras. Ése ha sido el orden.

Mostró las marcas dejadas por el escalpelo en la parte lateral del cuerpo, desde la cabeza hasta los tobillos, por ambos lados. Luego se incorporó y se puso a buscar por los alrededores. Ninguno de nosotros entendía lo que buscaba. Unos minutos más tarde volvió a aparecer sosteniendo dos manos cortadas en las manos. Estaban amarillentas, como si las hubieran bañado en azufre, y tenían las uñas negras. Parecían de mentira, como esas manos cortadas que se venden en las tiendas en Halloween.

—Estaban un poco más allá, tiradas bajo los helechos —dijo—. Los pies están también. Los genitales no los he encontrado. Se los debe de estar desayunando algún mono capuchino.

—Voy a vomitar —dijo Sheila con voz apagada. Estaba muy pálida. Se apartó unos pasos, apoyó la mano en el tronco de un pino y comenzó a vomitar violentamente. Yo evitaba mirarla, porque sabía que si la miraba, vomitaría yo también.

—Hay algo que no entiendo —dijo Wade, que se había arrodillado al lado del cadáver y lo contemplaba como fascinado, sin atreverse a tocarlo—. ¿Cómo puedes saber que lo mataron antes de desollarlo? ¿No podría ser... no podrían haberle hecho esto *cuando aún estaba vivo*?

—No hay manera de saberlo —dijo Joseph después de reflexionar unos instantes—. Podría ser. Es posible que estuviera consciente durante parte del desollamiento o durante todo el proceso. Pero aun en el caso de que siguiera vivo cuando terminaran de arrancarle la piel, cosa que dudo, el hombre moriría en cuanto le arrancaran las vísceras.

—Tío, joder, no digas eso —dijo Santiago, que estaba blanco como la cera y parecía a punto de desmayarse—. Tío, joder...

—¿Dirías... —comenzó Wade, mirando todo el rato el cadáver con gesto de fastidio— dirías que es un hombre blanco...?

—No lo sé —dijo Joseph—. No tiene piel, y casi no tiene cara. Es difícil saberlo. Por su constitución parece un oriental, o quizá un polinesio de raza maorí...

—¿Qué crees que estamos viendo aquí? —le preguntó entonces Wade, buscando las palabras con lenta deliberación—. ¿Una ejecución? ¿Un crimen? ¿Tortura? ¿Un ritual? ¿Antropofagia?

Joseph negaba con la cabeza. Luego dijo de nuevo que no lo sabía, que no entendía lo que tenía delante, que no sabía cómo interpretarlo. Dijo que él no era más que un cirujano del hospital Saint Vincent de Los Angeles, que no entendía lo que era aquello. Dijo que si era tortura, era la tortura más cruel y salvaje que nadie podía imaginar. Más que tortura, una forma particularmente cruel de ejecución, dijo, ese

tipo de actos legales que uno lee que se practicaban en la antigüedad, o bien entre los pueblos más atrasados del planeta.

—Espero por su bien que lo mataran *antes* de desollarlo —dijo buscando con manos nerviosas un cigarrillo por sus bolsillos, aunque sólo le quedaba una cajetilla vacía en la que rebuscó a pesar de todo metiendo dos dedos.

Gwen se arrodilló entonces al lado del cadáver y empezó a estudiarlo por su cuenta. Dijo que Joseph tenía razón y que aquello no lo había hecho ningún animal. Dijo que tenía la impresión de que el hombre había sido desollado cuando estaba vivo porque los que hicieron aquello seguramente no querían tanto matarlo o torturarlo como apoderarse de su piel, y la piel de un animal cualquiera está más lustrosa y manejable si se arranca en vivo, tal como hacen los fabricantes de abrigos con los zorros y las martas. Yo sentí un escalofrío en el perineo, una región de mi anatomía particularmente sensible, cuando oí estas palabras, y sentí también que se me erizaba el vello del cuello y de la espalda. Gwen continuó explicando, con una frialdad que me aterraba y me fascinaba a la vez, que si lo hubieran ejecutado antes del desollamiento seguramente habrían empleado o bien un golpe fuerte en la cabeza o bien algún arma blanca, probablemente atravesándole el corazón o cortándole el cuello, y no había ni signos de traumatismo en el cráneo ni de heridas de arma blanca ni de arma de fuego. Wade dijo que había muchas otras formas de matar a un hombre, por ejemplo estrangularlo, o ahogarlo impidiéndole respirar. Y que si le hubieran clavado un arma blanca en el abdomen, por ejemplo, tampoco habría huellas, dado que todos los órganos vitales habían sido extraídos de su sitio. Gwen no hizo ningún comentario.

Creo que yo nunca había sentido el terror de forma tan física. Tenía dificultades para respirar, y sentía cómo se erizaba el vello de mis brazos, del cuero cabelludo, del cuello, de la espalda, una sensación, es verdad, que no era nueva para mí en la isla. Sentía revuelto el estómago y veía algo así como puntos de luz moviéndose rápidamente delante de los ojos. Una extraña mezcla de calor y de frío y una sensación de extraordinaria ligereza inundaban mi cuerpo. Yo recordaba haber sentido algo parecido en la infancia cuando veía alguna imagen horrible en una revista o en una película, o cuando me contaban alguna historia morbosa de esas que alguien siempre se ocupa de contarles a los niños, historias de mutilaciones, de castraciones, de torturas y horrendas crueldades. Era una sensación de miedo, pero también y sobre todo de desvalimiento, un hormigueo por toda la piel, la sensación de sentirse expuesto y como desnudo, y también un horrible sentimiento de pena y conmiseración hacia la víctima. El miedo a que me hicieran eso mismo a mí y la piedad hacia el desgraciado que había sufrido aquellos horrores. Pero la compasión, la lástima por el dolor del otro, eran casi lo más atroz.

Entonces Santiago comenzó a decir que él no quería que le hicieran eso a él y que debíamos volver inmediatamente al poblado. Primero parecía enfadado, casi furioso. Wade le dijo que se tranquilizara y Santiago se puso todavía más furioso y se puso a

decir palabrotas, algo que no era característico de su forma de hablar, y a decir que estaba harto de aquellos caníbales prehistóricos hijos de puta que se dedicaban a raptar niños y a torturar mujeres y a arrancar la piel a la gente. Estaba tan asustado y tan furioso que las palabras brotaban de sus labios como un torrente, y a pesar de todo, lo que decía resultaba terriblemente cómico, y varios de nosotros, sobre todo Wade, Joseph y yo, no podíamos contener las carcajadas. Joseph dijo que teníamos que averiguar cuántos eran los salvajes prehistóricos hijos de puta, dónde estaban y qué querían, y Santiago chilló que a él no le importaba saber cuántos eran ni qué querían, que él no había firmado para nada de eso, que él se había metido en un avión para ir a la India porque era un puto gilipollas romántico pero que él pasaba de todo aquello y que pensaba darse la vuelta y volver al campamento inmediatamente. Estaba tan aterrado que se había puesto a llorar. Enormes lágrimas le caían por las mejillas. Enormes lágrimas brillando por sus enormes mejillas y enredándose en su barba medio castaña medio rubia. Resultaba embarazoso ver a un hombretón tan corpulento llorar sin poder contener los sollozos. Sheila también lloraba.

—Jack tiene razón —dijo de pronto Gwen—. Es una locura adentrarse en territorio desconocido con tan pocas armas y sin saber a qué ni a quién tenemos que enfrentarnos. Tenemos que replegarnos.

Estaba muy tranquila y hablaba con voz pausada, casi como si estuviera dando una clase en un hemicycleo universitario. Su tono me recordó, de hecho, al de algunas colegas mías de Rosley College.

Wade dijo que no era cierto que en el poblado estuviéramos a salvo. Que los salvajes, o quien fuera que habitaba en aquella isla, habían bajado hasta la playa en repetidas ocasiones, que allí había sido donde habían raptado a Eileen y a los niños, que no estábamos seguros en ningún sitio y que nuestra única oportunidad de sobrevivir en aquel lugar era reunir toda la *intel* que pudiéramos conseguir. *Intel*, *intelligence*, dijo, información, y de nuevo me sorprendió su léxico militar y la fluidez con que lo usaba. Discutimos. Sheila quería volverse también, porque estaba tan aterrada como Santiago, pero si Sheila volvía Christian se volvería con ella y nuestro grupo quedaría mermado y con pocas armas. Yo dije que teníamos que sobreponernos a nuestro miedo y pensar en los niños y en lo que podían estar sufriendo en aquellos momentos y pensar también que nosotros éramos la única esperanza que tenían. De modo que después de tranquilizarnos un poco, decidimos que continuaríamos todos.

Sí, creo que si seguimos adelante en aquella ocasión fue como consecuencia de las palabras que pronunció Juan Barbarín. Teniendo en cuenta todo lo que sucedería después, ojalá no las hubiera pronunciado. Alguien dijo una vez que todos los héroes son estúpidos. Probablemente tenía razón.

Al final de la tarde llegamos a un profundo corte del terreno, un farallón de roca que se abría al vacío, de modo que decidimos pernoctar allí y dejar el descenso para la mañana siguiente. La vista desde allí arriba era impresionante. A nuestros pies se

abría un valle aluvial muy amplio, inmenso y fértil, circundado de montañas por ambos lados. Un río corría por el fondo del valle, trazando amplios meandros a través del tapiz de la selva que cubría espesamente toda la cuenca.

Inmensos farallones de roca cerraban el valle hacia la izquierda, en elevados pliegues y quebradas casi verticales cubiertos de maravillosas tonalidades de verde y por los que, en diversos puntos, se veían caer cascadas. Hacia la derecha se sucedían valles de suaves colinas que iban luego elevándose progresivamente en montañas de mediana altura. El fondo del valle estaba dominado por los macizos montañosos del centro de la isla, con su fantástico amontonamiento de sierras y el gran volcán central, cuya cumbre aparecía siempre cubierta de nubes.

Wade se puso a inspeccionar el valle con los prismáticos. De pronto, le vi agacharse y agazaparse tras las altas hierbas como para no ser visto. Me acerqué a él, caminando a gatas por entre la hierba igual que hacía él. Me pasó los prismáticos y me indicó hacia dónde debía mirar. Me dijo que buscara la cascada más cercana y que luego bajara en línea recta hacia abajo y continuara por el fondo del valle. Me costó un poco descubrirlos, porque tenían la piel oscura, del mismo tono que las hojas o que la sombra que había bajo las hojas. Pero los vi. Valle abajo, caminando en hilera entre los árboles. Eran un grupo de unos quince salvajes que caminaban casi desnudos y empuñaban jabalinas, arcos y flechas. Iban vestidos con taparrabos y tenían plumas en la cabeza, collares alrededor del cuello y, según me pareció, marcas o tatuajes en la piel. Sentí terror al verlos. Pero lo más escalofriante de todo era que con ellos iban varios niños. Vi a un niño de unos cinco años que era, sin duda, Branford, y también a dos niñas vestidas de blanco, Adele y Estelle. Me pareció que una de las niñas llevaba algo en la mano, quizá un osito de peluche. No pude ver que los niños fueran atados. No había rastro de Seymour, y me cruzó el pensamiento de que quizá se lo hubieran comido ya. Tampoco había rastro de George por ningún lado. Wade y yo nos turnamos en el uso de los prismáticos para observar a la hilera de salvajes que caminaban a toda prisa por entre la vegetación. Intentamos contarlos, pero era difícil hacerlo. Aparte de los tres niños, yo conté catorce. Wade, diecisiete. Luego desaparecieron y ya no fue posible volver a avistarlos. Se lo dijimos a los otros, que intentaron buscarlos con los prismáticos sin ningún éxito. Caía la tarde y la luz se hacía cada vez más escasa. Las laderas de las montañas se iluminaban de un rutilante verde esmeralda, pero lo más hondo del valle aparecía ya invadido por la sombra.

Vemos al hombre azul

A partir de aquí, comienzan las maravillas.

Cuando me desperté, hacía tiempo que había amanecido. Encendimos un pequeño fuego para hacer café, al que añadimos abundante y deliciosa leche condensada y comimos nonis, partiéndolos en dos mitades para asegurarnos de que estaban libres de parásitos y masticando con desgana su carne blanca llena de semillas. La ausencia de hidratos de carbono, galletas, pan, bollos, cereales de alguna clase, era casi dolorosa. Creo que todos hubiéramos matado por poder devorar unas tostadas con mantequilla o unas buenas magdalenas. La fruta del pan hervida o asada tenía un sabor vagamente similar al alimento que le da su nombre, y quizá sólo por esa razón lo comíamos con tantas ganas. Teníamos una buena provisión con nosotros. Untada con Nutella era absolutamente deliciosa, pero ésta era nuestra golosina más delicada, y la economizábamos de forma casi maniática.

Estábamos recogiendo los aperos del desayuno cuando vimos que en las montañas había comenzado una tormenta eléctrica. Estas montañas del centro de la isla estaban siempre cubiertas de nubes espesas, un fenómeno que en sí no tiene nada de misterioso y que yo ya había podido observar muchas veces en otras islas y en otras montañas. Resplandecían relámpagos entre las nubes grises y las nubes moradas de más arriba, y caían rayos rectilíneos, idénticos a los que habíamos visto durante el entierro de Noboru.

Entonces sucedió algo verdaderamente extraordinario. Yo no sé exactamente de dónde salió aquello, ni cómo apareció. Me encontraba ocupado en servirme el desayuno cuando los gritos y exclamaciones de mis compañeros me hicieron levantar los ojos y dirigirlos hacia el valle, que era adonde todos miraban. Sí, entonces lo vi con toda claridad, pero lo que vi no puedo comprenderlo ni tampoco podía comprenderlo entonces. Había un hombre gigantesco caminando por el fondo del valle. Era de color azul celeste y estaba completamente desnudo. No sabría decir a qué distancia estaba exactamente de nosotros. Yo diría que a unos tres o cuatro kilómetros, pero seguramente estaba más lejos. Los rayos que habíamos visto caer aquí y allá no provenían de una tormenta de las montañas ni tampoco de una misteriosa e inexplicable columna de luz azul, sino que surgían de su frente. El gigante se volvía a mirar a un punto, lanzaba un rayo desde su frente y luego seguía caminando. Entonces comprendí que aquel coloso azul *era la columna azul* que habíamos visto durante el entierro de Noboru, y que la columna azul no era otra cosa que el coloso. Nos pusimos a observarlo con los prismáticos porque no podíamos comprender qué era aquello que estábamos viendo. No era un muñeco, ni tampoco una máquina. Parecía una fantasía de la mente, pero estaba allí, delante de nuestros ojos. ¿De qué estaba hecho? Parecía construido con luz azul celeste, pero era opaco y

parecía sólido. Por la distancia a que se encontraba y su altura con relación a los árboles de la selva, que apenas le llegaban a los tobillos, calculamos que debía de tener unos mil pies de altura. Tenía el cuerpo completamente desprovisto de vello. Los atributos masculinos colgaban en su lugar. Tenía los ojos abiertos, aunque no veíamos pupilas ni iris en ellos, pero entre las cejas tenía un tercer ojo perfectamente dibujado. Era de allí, de este ojo abierto en el entrecejo, de donde surgían los rayos.

Aquella aparición era tan absurda, tan imposible, tan quimérica, que no hicimos el menor esfuerzo por escondernos. ¿Sería él capaz de discernir nuestras figuras diminutas a aquella distancia? Vimos cómo caminaba pausadamente a través del valle, lanzando rayos desde su frente que caían aquí y allá en distintos puntos de la espesa vegetación que lo cubría. En un momento determinado se detuvo y miró en nuestra dirección. No sé si nos veía. No sé si nos miraba a nosotros. Pero sucedió algo verdaderamente terrorífico. El gigante lanzó un grito. Un grito espantoso, parecido al barritar de un elefante asustado y dolorido, una mezcla de barrito, rugido, graznido y alarido humano, cuya intensidad desconcertante parecía poseer la capacidad de atravesar la conciencia y transformarla. No sé cuánto duró ese grito. Quizá sólo unos segundos. Yo nunca lo había oído desde tan cerca y nunca me había producido una impresión tan fuerte.

El gigante azul (no tengo otras palabras para definirlo) no volvió a gritar. Giró hacia su izquierda y, moviéndose lentamente, fue caminando en dirección a uno de los valles que se abrían a la derecha de la vega, y lo vimos avanzar por detrás del rimero rocoso de la cresta del valle hasta que la altura de éstas creció por encima de su cráneo perfecto como una cúpula y se perdió de vista. Todavía vimos durante unos instantes la parte superior de su cráneo avanzando por encima de la línea del valle. Luego desapareció. Entonces se produjo un fenómeno curioso: todos los insectos y las aves, que habían quedado completamente en silencio, comenzaron su concierto de nuevo.

Nuestra confusión era completa, pero la visión del hombre azul tuvo en nosotros, no sé por qué, un efecto exhilarante. De pronto estábamos todos riendo, como en un estado de exaltación. ¿No deberíamos más bien habernos sentido aterrorizados? Joseph especuló, sin parar de reír, sobre la posibilidad de que los alimentos que tomábamos tuvieran algún componente alucinógeno. Quizá algunas de las frutas o de las hojas de nuestra dieta. Pero cualquiera que haya tomado alucinógenos sabe que las alucinaciones raramente se presentan de ese modo, con los ojos abiertos y a plena luz del día, y sabe también que no es posible que siete personas tengan exactamente la misma alucinación en el mismo momento.

Joseph especuló entonces que quizá se tratara de una especie de proyección. ¿Qué clase de proyección, doc?, le preguntó Wade de buen humor. No he visto el proyector de cine por ningún lado. Joseph dijo que estaba pensando más bien en una proyección holográfica, ya que la figura que habíamos visto era tridimensional y tenía volumen. Quedaba por explicar dónde estaban los enormes proyectores holográficos que eran

capaces de crear una imagen tan perfecta. Entonces Santiago dijo que aquel hombre azul era exactamente igual que el Doctor Manhattan. Escandalizado ante nuestra ignorancia, ya que ninguno de nosotros había oído nunca hablar de ese doctor, nos explicó que se trataba de uno de los personajes del cómic *Watchmen*, la legendaria obra de Alan Moore y David Gibbons que transformó el cómic de superhéroes a fines de los años ochenta. Dijo que era idéntico al Doctor Manhattan con una única diferencia: que el Doctor Manhattan del cómic, que lanzaba rayos achicharradores desde la frente con los que fulminaba a los soldados del Vietcong, no tenía un tercer ojo dibujado en la frente, sino un átomo. El doctor Manhattan, nos explicó Santiago, había sido un científico y ahora era un ser dotado de capacidades asombrosas: era capaz de escindirse en varias versiones de sí mismo, de manera que podía estar, por ejemplo, haciendo el amor con su novia y al mismo tiempo arreglando una complicadísima máquina, o bien transformarse en tres amantes que complacían a su novia al mismo tiempo (aunque a ella no le gustaban esos juegos), y era capaz de viajar a distantes planetas y también de conocer el futuro, aunque no el futuro de toda la humanidad sino solamente su propio futuro, que se extendía sin límites durante miles de años.

Nos pusimos en marcha. El precipicio de roca resultaba demasiado empinado para descender por él directamente, de modo que decidimos rodearlo. Fuimos hacia el oeste hasta que el desnivel disminuyó considerablemente, y luego descendimos por la pared rocosa, anudándonos con las cuerdas de alpinismo que habíamos traído con nosotros, hasta alcanzar el nivel del valle. Estaba cubierto de la selva tropical más bella y misteriosa que yo había visto nunca. Oh, aquella belleza no habíamos podido ni siquiera sospecharla cuando contemplábamos el valle desde arriba. La visión de los pájaros siempre es distante. Desde el cielo, la tierra se achata y se convierte en cartografía. Pierde su carácter cálido y acogedor. Desaparece la sombra y el verde espacio abovedado bajo las copas de los árboles, el misterio de los senderos y de las pendientes. Pero ahora que habíamos descendido hasta el valle, la naturaleza abría de nuevo su misterio para nosotros.

Alcanzamos la orilla del río que atravesaba el valle, donde llenamos todas nuestras botellas y calabazas. Pensamos ir siguiendo su curso, pero la vegetación era especialmente espesa en las orillas. Yo miraba aquel río de color chocolate y me parecía estar viendo el río del Paraíso. Pero me pasaba lo mismo con todos los ríos de la isla, todos me parecían el río del Paraíso, fluyendo turbios (era una suerte que nuestro río no fuera turbio, sino transparente), del color del té con leche o del color del chocolate con leche, por entre palmas, lianas y flores. La verdad es que durante mi estancia en la isla muchas veces me sentí en el Paraíso, aunque estuviera sufriendo, agotado, sudoroso, sediento, hambriento como entonces. Me sentía a punto de morir por el calor y sin aire para respirar por la humedad, me decía que estaba en el Infierno, pero a pesar de todo mis ojos veían el Paraíso.

Echamos a caminar valle arriba, en la misma dirección que habíamos visto

avanzar al grupo de salvajes y en dirección al lugar donde habíamos visto al hombre azul. Era una selva de gigantes de la floresta, acacias koa y ficus gigantes con los troncos cubiertos de musgo. El aire estaba lleno de lianas, de *Freycinethia arborea* y de colgantes raíces de ficus o banianos y el suelo cubierto de un espeso, casi impenetrable tapiz de helechos y de un semitecho o dosel intermedio de helechos arborescentes. La espesura era tan inextricable que llegamos a considerar la posibilidad de construir una piragua y subir por el río remando, pero no teníamos herramientas para talar un árbol y menos aún para tallar una canoa en un tronco. De modo que de nuevo tuvimos que utilizar el machete. Llovió con furia durante casi todo el día, hasta que nos empapamos todos de pies a cabeza. Nos detuvimos a almorzar y colocamos la lona entre las inmensas raíces de un ficus, que crecían como paredes ondulantes de casi un metro de altura, creando así una pequeña tienda de campaña bajo la cual nos refugiamos. Olíamos todos como animales salvajes, e hicimos varias bromas al respecto. También hicimos bromas a propósito del hombre azul y su enorme miembro circuncidado. ¿Cuál sería su tamaño? Intentamos hacer cálculos matemáticos basándonos en una altura estimada de mil pies. Resultaba difícil comparar con el tamaño de un ser humano corriente con el sistema de pies y de pulgadas, pero llegamos a la conclusión de que el miembro del hombre azul podría tener una longitud de unos sesenta pies, es decir, unos veinte metros. Santiago Reina casi no tenía fuerzas para reír. Estaba al límite de sus fuerzas, y yo temí que sufriera un ataque de corazón si seguíamos a aquel ritmo extenuante o no lográbamos salir pronto de aquel valle lleno de selva. Después de comer, a todos nos venció el cansancio. Gwen me pasó el brazo por la cintura, apoyó la cabeza en mi hombro y se quedó dormida, y yo sentía el volumen de su pecho derecho aplastado contra mi cuerpo y el calor de sus mejillas y de sus labios en mi cuello y el aroma de su aliento y de su carne. A pesar de todo, a pesar del agotamiento, de la sensación de suciedad, del barro, del sudor, sentir el calor de aquel cálido cuerpo de mujer a mi lado me hacía sentirme en el Paraíso. Siempre el Paraíso. Siempre el Paraíso en mitad del Infierno. ¿Será así el verdadero Paraíso? ¿Será así, en realidad, el Infierno?

Luego dejó de llover, se abrieron las nubes y el sol comenzó a iluminar de nuevo la floresta. Todos salieron de la tienda, pero Gwen seguía dormida a mi lado y yo cerré los ojos y fingí que dormía también. Santiago dijo que iba a ir al río a darse un baño, y a todos les pareció una buena idea. A Gwen y a mí nos creyeron dormidos y nos dejaron en paz. Cuando desaparecieron, yo rocé mis labios con los de Gwen y ella se despertó al instante. Nuestros rostros estaban pegados y su seno seguía aplastado contra mi brazo. Ella cambió de postura y se apartó un poco de mí, pidiéndome disculpas por haberse quedado dormida. Unos instantes después estábamos besándonos y su lengua entraba golosamente en mi boca. Yo le desabotoné la camisa y le besé los senos, tirando hacia debajo de las copas del sujetador blanco y lamiendo sus pezones gruesos y morados, y ella me tocaba el pene por encima del pantalón con una mezcla de atrevimiento y de timidez que resultaba muy excitante.

Pero no hicimos el amor. Estábamos los dos sucios y sudorosos y decidimos irnos también en dirección al río para bañarnos con nuestros compañeros. La poderosa corriente color té con leche estaba a unos doscientos metros de allí, pero cuando alcanzamos las orillas, formadas por amplios bancos de arena, no vimos ni rastro de nuestros amigos, de manera que nos quitamos la ropa (ella se rió a carcajadas de la forma en que yo escondía mi erección) y nos bañamos en el río como debieron bañarse Adán y Eva en el Éufrates antes del pecado original. Hundidos en el agua hasta el cuello mirábamos la floresta y descubríamos animales y rostros humanos entre las hojas. Los rostros y los animales se hacían y se deshacían, se metamorfoseaban y transformaban. Yo pensaba en sus senos rosados y en sus pezones morados y en su sexo oscuro sumergido en las aguas, invisible, y pensaba cuán inalcanzable puede llegar a resultar la mujer que tenemos a nuestro lado. De improviso, un árbol de ámbar pareció iluminarse en la orilla, como si alguien en el interior de la selva hubiera encendido las luces. Fue, quizá, un efecto del viento (y allí, en la isla, al viento lo temíamos porque, aunque nos refrescaba, también solía traer la lluvia), un efecto del viento, digo, que hizo que las hojas y las flores resplandecieran de improviso. Todas las caras y los animales y otras figuras que habíamos descubierto en la floresta se transformaron también con el viento y comenzaron a significar otras cosas. Luego salimos del río, un hombre y una mujer desnudos. Pero al vernos los dos fuera del agua, la conciencia de nuestra propia desnudez hizo que ambos nos replegáramos a una forma de relación mucho más cortés y convencional. Vi un rayo de deseo en sus ojos verdes, que me parecieron más hermosos y apasionados que de costumbre, su deseo de ser tomada, un deseo de que algo sucediera en su cuerpo, en el mundo, y vi sus pechos rojos, simétricos, mirándome como dos pupilas desde el arbol de su sangre, y su vientre compacto y musculoso y la mata de vello oscuro que surgía entre sus muslos y vi también cómo ella comenzaba a ponerse el sujetador blanco y comenzaba a hablar haciendo una broma cualquiera. Cuando regresamos al campamento, los demás ya estaban allí y capté varias miradas de inteligencia, la de Wade, que nos observaba con curiosidad indiferente y la de Joseph, en la que advertí una sonrisa reprimida. Yo suponía que Joseph también deseaba a Gwen, pero me equivocaba, porque en aquella época Joseph ya había encontrado un amor en la isla. No, por el momento no contaré de quién se trataba. Ya habrá tiempo de hablar de eso y de muchas otras cosas más.

Nos pusimos de nuevo en marcha, porque teníamos deseo de llegar hasta la zona donde habíamos visto al gigantesco hombre azul. Llegamos hasta el fondo del valle, pero no había huella ninguna de su paso ni señal alguna de proyectores holográficos. Sin embargo, sí pudimos vislumbrar el efecto de sus rayos. Encontramos varios árboles achicharrados en mitad de la floresta, y algo así como troneras abiertas en el dosel vegetal que descendían hasta calvas del suelo de forma casi perfectamente circular en las que toda la vegetación aparecía reducida a cenizas. En dos de estas calvas encontramos cuerpos humanos achicharrados, en una dos cuerpos y en la otra

uno. Estaban irreconocibles, aunque sin duda se trataba de varones. Estaban todavía tibios, pero las quemaduras eran tan profundas y extendidas que era imposible determinar la raza ni la edad de los cadáveres. Nos preguntamos si el gigantesco hombre azul tenía la capacidad de matar con los rayos de su frente, y si el hecho de que estuviera achicharrando a los salvajes quería decir que podríamos contar, de algún modo, con su ayuda.

Llegábamos por fin a las montañas. Atravesamos una región en la que había piedras flotando en mitad del aire. Eran piedras pequeñas, en ocasiones guijarros, y aparecían inmóviles a treinta centímetros del suelo, a cincuenta, a un metro, a tres metros, a diez o quince metros de altura. Era un espectáculo fascinante e inexplicable. Christian y Sheila estaban felices, porque aquellas piedras confirmaban su teoría sobre la existencia de fuerza antigravitatoria en aquella tierra. Uno podía cogerlas y luego volver a dejarlas en el aire. Eran piedras negras de un material parecido a la pizarra, aunque no se partían en lascas. Christian las bautizó como «piedras antigravitatorias».

Vimos una nube blanca por encima de los árboles, muy parecida a aquel altocúmulo que, de acuerdo con Christian y Sheila, era un platillo volante. Todos la vimos. Se movía lentamente en dirección a las montañas, y yo pensé que eso confirmaba la teoría de Christian y Sheila de que se trataba de un platillo volante y de que en el volcán de la isla había una base de naves extraterrestres. Lo cierto era que tenía una forma tan perfectamente definida y una blancura tan deslumbrante y se movía tan rápido, que uno se sentía tentado a creer que tenían razón, y que aquello que estábamos viendo no era realmente una nube, sino una nave construida por seres inteligentes y dotada de algún sistema de propulsión interna.

—Tengo ganas de llegar a esa montaña, weón —dijo Sheila.

«I'll find me a mountain, spiritual and high» («Me buscaré una montaña, elevada y espiritual»), había cantado Joseph.

Wade se subió a un árbol para intentar orientarse en el laberinto de valles y sierras en que nos encontrábamos y también para intentar descubrir alguna columna de humo que le indicara la situación del pueblo de los salvajes. Pero o bien los salvajes no encendían fuego o bien sabían cómo dispersar el humo para no ser localizados. Christian, Sheila y Joseph subieron también al árbol para unirse a él. No parecía muy difícil trepar aquel árbol, pero yo estaba tan exhausto que preferí quedarme abajo.

Desde allí arriba se veían muchas cosas, al parecer. Otro valle de aluvi3n, amplio y cubierto de selva que había m3s all3, quiz3 la continuaci3n del gran valle que hab3amos recorrido durante casi todo el d3a y en medio del cual hab3amos avistado al hombre azul. Tambi3n vieron c3mo el gran platillo volante blanco se hund3a en la masa de nubes que cubr3an las montañas del centro de la isla, lo cual demostraba, seg3n Sheila y Christian, que no era una nube en absoluto, ya que ¿c3mo va una nube a meterse dentro de otra nube? Yo estaba al lado de Gwen, al pie del árbol, pero el 3nico comentario que ella hizo fue que no deber3an chillar de ese modo. Pero se ve3a

otra cosa también en el valle que había más allá. Una autopista. Un trozo de viaducto de altas columnas de hormigón que quedaba cortado de pronto en mitad del valle.

Aquello sí que excitó poderosamente *mi* curiosidad. Según contaban los que estaban subidos al árbol, era una autopista de cuatro carriles que desaparecía en dos túneles abiertos en la ladera de la montaña. Estaba sostenida por encima de los árboles de la selva mediante pilares de hormigón que iban aumentando de longitud a medida que se separaban de la ladera, dos tramos de doble carril que surgían de la montaña y cruzaban el valle hasta la mitad aproximadamente. Wade dijo que si lográbamos llegar hasta allí, los túneles serían un buen lugar para pasar la noche. De modo que nos pusimos en marcha de nuevo.

Todos pudimos ver la autopista al asomarnos al siguiente valle, cuya vega quedaba a unos centenares de metros por debajo de nosotros. La autopista era una formidable obra de ingeniería, dos tramos paralelos sostenidos por pilares de hormigón armado de más de sesenta metros de altura, una obra completamente incomprensible en aquel lugar remoto y olvidado de Dios. ¿Quién la habría construido? ¿Los japoneses, durante la Segunda Guerra Mundial? Pero ¿para qué necesitaban una autopista que cruzara las montañas de la isla? Si necesitaban vías de comunicación, ¿no sería más práctico hacer una carretera que fuera bordeando la costa? Desde el lugar donde observábamos era difícil saber si la construcción había quedado interrumpida en el lugar donde se cortaba el impresionante viaducto o bien si había sido dinamitada o destruida por un bombardeo.

Luego descendimos al valle, y la autopista desapareció de nuestra vista devorada por los árboles, y no volvimos a verla hasta una hora más tarde, aproximadamente, cuando reapareció por encima de las copas de los gigantes de la floresta. Dios mío, qué extraño resultaba contemplar aquella orgullosa y titánica construcción humana por encima de los trabajos de la selva. Qué belleza desolada tenía aquella obra de hormigón amarilleado por años de constante lluvia. Siempre he considerado el hormigón armado un material dotado de una enorme belleza majestuosa y melancólica. Cuanto más nos acercábamos, más melancólica y lúgubre me parecía aquella autopista perdida en medio de la selva. Pero su belleza oscura me conmovía profundamente, porque hay belleza en lo delicado y encantador pero también en lo horrendo y lo dilapidado, en lo macabro y en lo inútil, sí, a menudo hay también una belleza desolada en lo abandonado y en lo inútil.

Ascendimos por la ladera para alcanzar el nivel de la calzada de la autopista. Cuando llegamos a lo alto y pisamos por fin el asfalto, nos invadió una especie de borrachera. Fuimos caminando por aquel paseo suspendido sobre el valle hasta el punto en que la autopista se cortaba en seco, en una caída libre de sesenta metros. Desde allí arriba todo parecía diferente. Estábamos ahora por encima de la selva, contemplando el valle desde lo alto de una construcción humana, aunque fuera una construcción abandonada y sometida al fuerte deterioro de los elementos. Era difícil saber cuál era la antigüedad de aquella obra de ingeniería, pero algo me decía que no

podía ser tan vieja como habíamos supuesto en un principio. Me puse a investigar en las barandillas de estaño de los lados en busca de placas, números de serie o cualquier otra cosa que revelara algo sobre la nacionalidad o el año de la construcción, y encontré en uno de los travesaños horizontales algo así como un recuadro cubierto de polvo y barro. Lo limpié frotándolo con fuerza y enseguida apareció un signo redondo con las siglas SIAR y un diseño que representaba a un león y a una cabra sentados a ambos lados de una mesa. Era la primera vez que veía aquella imagen y tardé un rato en desentrañar su sentido, porque estaba muy sucia de barro seco. El león y la cabra estaban sentados en banquetas a izquierda y derecha de una mesita sobre la cual se veía un tablero de ajedrez. Más tarde averiguaríamos que aquel diseño, el signo del SIAR, era la copia fiel de una ilustración conservada en un antiguo papiro egipcio. Mis compañeros comenzaron a explorar también la barandilla por diversos puntos y enseguida encontraron varios símbolos similares. Encontramos también números de serie que no nos decían nada, aunque muchos de ellos iban acompañados de un 75 al final, lo que nos hizo pensar que ése era el año de construcción. En cuanto a SIAR, nadie tenía la menor idea de qué pudieran significar esas siglas. Christian improvisó una traducción en español de las misteriosas siglas: Sociedad Internacional de Avistamientos Raros. Y Joseph una en inglés: Sick Imps Allowed to Reciprocate («Diablillos Enfermos con Permiso para la Represalia»), que a todos nos hizo reír. A continuación todos intentamos, con mayor o menor éxito, crear nuestras propias soluciones. Claro está que nadie dio con el verdadero significado de las siglas, Skinner Institute for Anthropological Research. Instituto Skinner de Investigación Antropológica. Es decir, el nombre oficial de los administradores del infierno.

Había algunas piedras antigravitatorias que flotaban por allí también, a distintas alturas del aire, por encima del valle. Algunas de ellas eran muy grandes, tan grandes como una televisión o como una nevera, y resultaba intrigante y delicioso verlas suspendidas en medio del aire, setenta u ochenta metros por encima de suelo. Yo intenté coger una piedra pequeña y redondeada que estaba a poco más de un metro del borde de la autopista, y estuve a punto de caerme al vacío estirando el brazo por encima de la vieja barandilla de estaño. Luego retrocedimos sobre nuestros pasos y nos adentramos en el túnel que se abría en la ladera de la montaña con la vana esperanza de que la autopista se continuara indefinidamente a través de las montañas y a través de la isla, pero unos cien metros montaña adentro el túnel aparecía cegado por un aluvión de tierra, rocas y cascotes, como si la montaña se hubiera, literalmente, desplomado en el interior.

La oscuridad era total allí dentro, pero podíamos ver gracias a la luminiscencia de Christian. Estaba comenzando a dominar su luminiscencia y sabía cómo aumentarla y reducirla a voluntad concentrándose en ciertas imágenes o emociones. Según nos dijo, tenía la sensación de que el origen de aquella luz estaba en la región del plexo solar, y concentrándose en aquella zona podía aumentar su luminosidad hasta la de

una bombilla de sesenta wátios. Nos hizo una demostración, gracias a la cual pudimos ver con claridad el aluvión de tierra, cascotes y raíces que cegaba el túnel.

Luego salimos al exterior y exploramos el otro túnel. Se adentraba también unos cien metros, o quizá más, en el interior de la montaña, y estaba igualmente bloqueado por la tierra y los cascotes. De modo que regresamos al túnel que habíamos explorado en primer lugar y nos instalamos allí para pasar la noche.

Descargamos nuestras mochilas y extendimos nuestros petates como a unos diez metros de la boca, a una distancia suficiente como para librarnos de la lluvia sin llegar a estar demasiado adentro. Era agradable hallarse bajo techado y sobre un suelo liso, sin piedras, raíces ni espinas, pero la oscuridad del túnel comenzó a producirme también miedo y desasosiego. Era un miedo completamente irracional, incontrolable. Yo intentaba decirme que estábamos mucho más seguros allí dentro que durmiendo a la intemperie en medio de la selva, pero el miedo no atiende a razones. La oscuridad absoluta que se prolongaba hacia el interior de la montaña me producía una sensación de vértigo comparable al que siento siempre en el mar al bañarme en aguas profundas.

Especulamos sobre la posibilidad de trasladar nuestro poblado a aquellos túneles. Había espacio de sobra para todos. Nos libraríamos del terrible problema de la lluvia y tendríamos un buen techo sobre nuestras cabezas, pero nos quedaríamos perdidos en el corazón de la isla, en mitad de las montañas. ¿Merecía la pena? Estábamos a dos días de la costa, de modo que trasladarnos a aquel lugar supondría algo así como establecernos definitivamente en la isla y abandonar cualquier esperanza de ser rescatados. Además, seguramente el poblado de los salvajes no andaba lejos. Después de barajar los pros y los contras, terminamos por decidir que instalarnos en aquellos túneles no parecía tan buena idea.

Caía la noche y no teníamos nada que hacer. No queríamos encender fuego para no ser descubiertos por los salvajes, de modo que cenamos en la oscuridad. La noche se precipitó, como si alguien corriera rápidamente unas cortinas en lo alto. Siempre era así en la isla. Los crepúsculos eran espectáculos inolvidables, pero breves. De pronto, ya sólo se adivinaban los contornos de las cosas. Entonces se desató la lluvia de nuevo. Dios mío, qué sombrío era el mundo desde allá arriba, el mundo y la noche y la selva, la noche llena de lluvia, la lluvia llena de soledad y de furia. No conozco nada más triste y desolador que el ruido de la lluvia por la noche en la selva. Santiago gritó que estaba harto de la lluvia, que no podía aguantarlo más. Wade le dijo, quizá para tranquilizarle, que no era probable que la estación de lluvias durase mucho más, y que en un mes, como máximo, las lluvias dejarían de caer con tanta fuerza. ¡Curiosa manera de tranquilizar a nadie! Santiago chilló que si tenía que estar un mes más en aquella isla se volvería loco. Que se moriría de desesperación y de tristeza. Que no podía soportar ni una semana más en aquel agujero inmundo. Que ya había pensado varias veces en tirarse al mar desde lo alto de un acantilado y terminar con todo.

Wade le miraba con una sonrisa cansada. Gwen le preguntó entonces a Santiago cuál era la razón de que hubiera tomado el vuelo de Global Orbit para ir a la India.

—No quieres saberlo —dijo Santiago.

—La verdad es que me gustaría saberlo —dijo Gwen.

—¿Para qué?

—Para conocerte mejor. Llevamos casi un mes durmiendo a diez metros uno de otro y no sé nada de ti.

Se notaba hasta en su voz y en su manera de moverse que se sentía más limpia, más cómoda, con ganas de charlar. Yo conocía bien esa sensación, y suponía que ella había aprovechado la oscuridad del túnel para cambiarse de ropa interior. Lo notaba en todo, en la forma en que a floraban en ella la simpatía y la seducción, en su forma de comportarse, más femenina, incluso en su tono de voz, ligeramente más agudo que de costumbre. Tal es el poder de llevar unas bragas limpias.

Santiago parecía a punto de llorar. A mí me recordaba a un niño grande, un niño inmenso y obeso. Creo que de todos era el que peor soportaba el cansancio, el calor y sobre todo el hambre. Y la lluvia, la lluvia continua, y el sudor, y la sensación de suciedad. Pero Gwen le había hecho una pregunta interesante, y ahora todos esperábamos su respuesta.

—Iba a la India siguiendo a una tía (*a chick*) —dijo Santiago lentamente—. Una tía que me gusta mucho. Para eso iba a la India.

—Ajá —dijo Gwen.

—Ella está trabajando en el orfanato de la madre Teresa, en Calcuta —siguió diciendo Santiago—. A ella le gusta trabajar con niños. Llevaba mucho tiempo queriendo ir a la India, desde que era pequeña. No sé por qué, no sé qué le contaron en el colegio, o si vio un documental o alguna historia así, el caso es que ella siempre quiso ir a la India para trabajar con los niños huérfanos o con los niños enfermos y hambrientos. Yo no sé qué tiene la India. Hay millones de niños huérfanos por todas partes. Incluso en los Estados hay niños huérfanos y enfermos, todos los que quieras. O en Guatemala, o en Santo Domingo. No hace falta irse a la India, ¿no te parece? Al fin y al cabo, los niños son igual en todas partes, son igual de desgraciados e igual de débiles en todas partes, ¿no? Un niño enfermo y hambriento es un niño enfermo y hambriento, no importa de dónde sea ni de qué color sea su piel, ni si habla inglés o indio o español, ¿no te parece? Y entonces, ¿por qué esa obsesión con ir a la India? A mí la India me da igual. Yo ya tengo una India en New Jersey. Tengo la India en mi barrio, en mi casa. Yo tengo mi propia India dentro de mí, tío.

Quedamos todos en silencio contemplando la lluvia, felices por la protección que nos proporcionaba el túnel. Más bien escuchando la lluvia, ya que ver no se veía mucho.

—¿Cómo se llama ella? —dijo Gwen.

—No quieres saberlo —dijo Santiago.

—La verdad es que me gustaría saberlo.

—¿Para qué?

—Para conocerte mejor —dijo Gwen.

—Se llama Gwendolyn —dijo Santiago—. Se llama igual que tú.

—¿Es guapa? —preguntó Gwen.

—Oh, sí, es guapa —dijo Santiago—. Demasiado guapa.

Esa noche, cuando todos dormían, busqué la compañía de Gwen. Me había fijado bien en dónde dormía, pero aun así me costó encontrarla. Me tumbé a su lado y comencé a acariciarle la mejilla y los labios. Ella estaba dormida, pero se despertó enseguida. Dijo mi nombre en un susurro y yo le dije: sí, soy yo. Y eso fue todo lo que hablamos.

Lo que vi dentro del túnel

Cuando abrí los ojos, la luz del amanecer inundaba la entrada del túnel. En un principio, no entendí dónde me encontraba. Luego vi el rostro de Gwen a mi lado. Me pareció inmenso, ahora que tenía las gafas quitadas, inmenso y muy hermoso, como Siberia. No sé por qué pensé en Siberia al contemplar su rostro dormido y profundamente relajado, los párpados, las mejillas, los labios relajados. La sensación de paz de su rostro dormido.

Salí a la entrada del túnel, estirándome y desentumeciendo los músculos, y contemplé desde allí la vista del amanecer. Las montañas del otro lado del valle me impedían contemplar el espectáculo de la salida del sol, pero la vista desde allí arriba era maravillosa. La selva seguía todavía llena de niebla, una niebla espesa y lechosa de la cual surgían las copas de los árboles más altos cargadas de lianas, como carabelas fantásticas que flotaran sobre el mar. El doble tramo de autopista que cruzaba el valle trazando una curva hacia la izquierda flotaba también sobre la niebla, y los pilares que lo sostenían desaparecían devorados por los vaporosos giros. Bandadas de grandes pájaros blancos volaban de las copas de unos árboles a otras. Entonces hice algo que hacía mucho tiempo que no hacía. Me puse a cantar.

No, aquello no era exactamente cantar, ni tampoco tararear. Era algo que yo había practicado mucho cuando era niño, y que consistía en recrear con la boca, en el interior del cráneo, los sonidos musicales de los diferentes instrumentos. Me puse a cantar la melodía inicial del Adagio de la Octava Sinfonía de Bruckner. Recordaba bastante bien este movimiento y pude cantar un largo trozo sin equivocarme, imitando con los órganos de la fonación las cuerdas, las trompas, las maderas.

De pronto, oí un ruido a mis espaldas, en el interior del túnel. Dejé de cantar y me di la vuelta. Algo se movía entre los cuerpos de mis compañeros dormidos. Me asusté, porque pensé en un primer momento que era una rata, una enorme rata. Estaba olisqueando la mochila de Wade, donde había bastantes provisiones guardadas. Pero no era una rata, aunque su aspecto recordaba vagamente al de ese animal. Era mucho más grande que una rata y no tenía rabo, y estaba cubierto de un pelo largo y espeso de color castaño oscuro. Era una capibara.

No era imposible que en una isla del Pacífico en la que había manadas de lobos canadienses y bandadas de monos capuchinos hubiera también capibaras, los roedores gigantes de los grandes ríos de Sudamérica. Sin embargo aquella capibara tenía algo especial que atrajo mi atención y que casi me hizo soltar un grito. Tenía un collar azul alrededor del cuello y un pequeño lazo de pajarita también azul exactamente iguales que los que llevaba *Trixie*, la capibara de Cristina. Yo habría dicho que era, de hecho, la capibara de Cristina. Me daba miedo y asco aquel animal, las mismas sensaciones que me habían provocado en la infancia, pero a pesar de todo

me acerqué a donde estaba. Parecía muy interesada por la mochila llena de provisiones de Wade, que olisqueaba y acariciaba con su horrible morro cuadrado y peludo. Pero cuando me acerqué hacia ella, se asustó y echó a correr hacia el interior del túnel. Yo la seguí, y entonces se puso a correr a toda velocidad. Y es sorprendente lo rápido que puede llegar a correr una capibara adulta con ese cuerpo tan regordete y esas patitas tan cortas y ridículas. Corrí detrás de ella hasta que nos fuimos hundiendo en la oscuridad del túnel, aunque los rayos del sol del amanecer comenzaban a penetrar ahora profundamente y yo veía con toda claridad la forma oscura de la capibara correteando frente a mí. Así llegamos hasta el lugar donde la tierra y las plantas bloqueaban el túnel. Vi cómo el roedor subía por la tierra a toda prisa y desaparecía en lo alto, y me puse a subir yo también. El hecho es que la tierra y los escombros no cegaban el túnel por completo, y en lo alto había un hueco estrecho por el que se podía pasar, mal que bien, al otro lado. Lo atravesé y comencé a descender por el otro lado de la montaña de tierra y escombros. Al fondo, muy lejos, veía la otra salida del túnel, un semicírculo de luz en medio de la oscuridad. Cuando llegué de nuevo al asfalto, después de tropezarme varias veces y de caer en las irregularidades de la montaña de tierra y cascotes, me puse a caminar a paso ligero. Había avanzado un buen trecho cuando descubrí a la capibara unos cien metros por delante de mí, ya cerca de la salida del túnel. Aquel lado estaba mucho menos iluminado, porque daba a poniente, pero como la salida no estaba muy lejos podía adivinar la forma de la capibara. Cuando oyó mis pasos y me vio aparecer, surgiendo de las sombras, echó a correr de nuevo. Yo la seguí, corriendo también. Salió por la otra boca del túnel y la vi desaparecer corriendo hacia la izquierda.

La carretera asfaltada sólo se continuaba unos diez o quince metros más allá de la salida del túnel. Luego el suelo volvía a ser de tierra. Ahora que estaba al otro lado de la montaña, había otra cosa que me sorprendió: corría por allí un aire fresco, casi helado, que me provocó un escalofrío de placer. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía la caricia del aire frío! Pensé que aquella frescura se debía a que estaba en el lado de la montaña donde no daba el sol del amanecer. El túnel se abría a un amplio herbazal despejado y cerrado por una espesa hilera de matorrales. Aquello no tenía el menor sentido: parecía que habían construido un trozo de autopista cruzando el valle, y luego atravesando la montaña por medio de un largo y costoso túnel, para abandonar a continuación la construcción y dejar que la carretera se deshiciera de nuevo en la selva. Vi cómo la capibara atravesaba el herbazal y desaparecía entre los matorrales. Y hacia allá me dirigí yo también.

No eran realmente matorrales, sino más bien algo así como una pared vegetal. Si no fuera porque era completamente absurdo, yo hubiera dicho que se trataba, precisamente, de un espeso seto de arizónicas idéntico a los que yo había conocido en Pozuelo durante mi infancia y que solían utilizarse para separar los jardines de los chalés. Era un seto espeso, y las leñosas ramas de las arizónicas se separaban con dificultad, pero a pesar de todo yo forcé mi paso a su través, llenándome de arañosos

las piernas y los brazos, porque tenía que averiguar qué diablos hacía allí aquella criatura imposible, salida de mis recuerdos, salida de las profundidades de mi memoria. De modo que atravesé el seto como tantas veces había hecho durante mi infancia, cuando tenía un cuerpo mucho más fino y elástico y atravesar paredes vegetales era una hazaña a mi alcance, y de pronto me encontré al otro lado, en la Pradera. Era la misma Pradera de mi infancia, la Pradera donde había jugado tantas veces con Cristina y con Ignacio, la Pradera de la calle de los Olmos, en Pozuelo, un amplio rectángulo de hierba silvestre separado en dos niveles por un escalón de piedra y rodeada de un espeso seto de arizónicas.

Me detuve y miré a izquierda y derecha. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente no podía comprender dónde estaba.

Hacia el fondo, en el nivel más elevado, había una casita de piedra en ruinas, y a ambos lados de la casita dos árboles muy altos, uno pálido y el otro oscuro. Ahora ya no veía a la capibara por ningún lado. Entré en la Pradera y avancé hacia el escalón de piedra que la partía en dos, y toqué el escalón con ambas manos. Estaba construido con los mismos largos bloques de piedra caliza que yo recordaba tan bien. Yo no podía explicarme qué era todo aquello. ¿Sería una alucinación, un sueño? ¿Sería un montaje puesto allí para confundirme y enloquecerme? ¿Se habría molestado alguien en construir allí, en medio de la isla, una réplica exacta de la Pradera de mi infancia? ¿Qué era todo aquello? ¿Una broma gigantesca?

Una broma, Juan Barbarín. Te hemos preparado una broma. Pero ¿quién? ¿Quién podría saber nada de mi Pradera? Y sobre todo, ¿a quién podría importarle?

Salté a la parte superior y fui caminando hacia la casita en ruinas. Tenía el tejado destrozado, una puerta central y una ventana a cada lado, exactamente igual que la que había en nuestra Pradera de la calle de los Olmos. Empujé la puerta, cuyos tablones también estaban rotos, y me asomé al interior. Había ventanas también en las paredes laterales aunque, al tener el tejado roto, la pequeña casita estaba llena de luz.

Estaba distribuida en tres habitaciones. La de la izquierda estaba vacía. En la de la derecha había una mesa vieja de patas muy finas con un cajón, como las típicas mesas de escritorio. Intenté abrir el cajón, pero estaba encasquillado. En la habitación del centro, que también estaba vacía, había algo pintado en la pared. Era una representación de estilo oriental de un cuerpo humano y los siete centros de energía de acuerdo con los textos tántricos. Si de algo estoy seguro es que en la casa en ruinas de *nuestra* Pradera, jamás había existido una imagen así.

La observé con atención. Parecía haber sido pintada hacía mucho tiempo, ya que estaba muy descolorida. Había siete flores de loto pintadas en el cuerpo e iluminadas vagamente con distintos colores: una en la base del tronco, otra justo encima de los genitales, otra en la región del ombligo, otra en el esternón, otra en la garganta, otra entre las cejas y otra en lo alto de la cabeza. Estaban coloreadas con los tonos del arco iris, rojo amapola, naranja caléndula, amarillo mango, verde esmeralda, turquesa verdemar, añil índigo y violeta petunia, comenzando en rojo en la flor inferior. La

figura estaba pintada de un vago tono azul celeste, y por encima de su cabeza y como flotando en mitad del aire, había una octava flor, pintada de blanco. Era un poco diferente de las demás porque no representaba exactamente una flor de loto, sino más bien una rosa, una rosa blanca.

Salí de la casita. La rodeé en busca de señales, de pistas, de claves. Observé el árbol oscuro, que era un pinsapo, y el blanco, que era un haya. Era obvio que aquellas especies arbóreas no se correspondían con la flora de la isla, como tampoco se correspondían los setos que rodeaban la Pradera ni las hierbas salvajes que crecían en ella, entre la que distinguí especies de climas templados como los tréboles, el diente de león, los hinojos, los gordolobos, e incluso alguna margarita.

Indeciso y sin saber qué hacer, me senté en el escalón de piedra que dividía la Pradera en dos. No sé, es posible que estuviera esperando algo. ¿Algo? Pero ¿qué clase de algo?, me diréis. Algo, o alguien. La llegada de algo. El advenimiento de Alguien.

En el cielo había aparecido la nube blanca con forma de platillo volante. Se movía lentamente, como impulsada por el viento, y siguió moviéndose hasta quedar justo encima de mí. Pero entonces ya no parecía un platillo volante, sino más bien la corola de una rosa blanca. La transformación se debería, supongo, al ángulo desde el que yo la miraba ahora. Vi cómo esta gran rosa blanca descendía hacia mí, y seguía descendiendo hasta quedar a unos cien metros por encima del jardín. Pero ya no era una nube, evidentemente, ya que no podría estar tan cerca y ser una nube. Yo no sabía lo que era y tampoco tenía el valor de mirar hacia arriba para averiguarlo.

Una rosa blanca flotaba sobre mí.

Un hombre solo camina por las calles

Un hombre viene caminando por la calle. Es un hombre alto, va vestido con ropa simple aunque bien cosida: unos amplios pantalones sin forma, una chaqueta oscura y demasiado corta que no se corresponde con ninguna moda y un blusón de campesino. Es primavera, y los tilos de las avenidas están en flor. En las verjas de las casas hay rosas rojas y rosadas, blancas y amarillas. Tiene el aspecto majestuoso y lejano de un anciano, aunque no es realmente anciano. Es alto, corpulento, y tiene la cabeza redonda y pequeña, muy pequeña, redonda y adornada con una nariz de pájaro. Tiene el cráneo completamente rasurado, aunque cuando se acerca, caminando lentamente bajo las sombras de los tilos del paseo, advertimos que en realidad no está calvo. Lo que sucede es que lleva el pelo muy corto. Tiene el pelo de un color rubio pálido que se pone gris, un matiz que lo hace casi invisible. También su bigotito, fino, que traza apenas una línea sobre el labio superior, resulta casi invisible. La ciudad es Linz. El año, 18... El hombre camina por las avenidas de la ciudad, y luego sale de la ciudad y comienza a caminar por entre los campos, igual que uno de esos personajes de Adalbert Stifter cuyo destino parece ser caminar y caminar por los caminos y las carreteras de Austria, siempre corroídos por misteriosas tristezas o impulsados por alegrías divinas. Camina por los campos, luego flanquea un arroyo y observa a los pescadores que se escalonan en las orillas de hierba intentando atrapar lucios, carpas y truchas. Cuenta el número de pescadores que se va encontrando. Cuenta el número de árboles que hay a ambos lados del camino, olmos de sombra, tilos, castaños. Toma un camino lateral y se pierde en el bosque. Aquí resulta más difícil contar. Camina vigorosamente a través del bosque. Tiene que caminar, porque caminar es su mejor manera de pensar. No, no es cierto: su mejor manera de pensar es tocar el órgano. Pero caminar y tocar el órgano son, para él, actividades similares. Se ha pasado todo el día tocando el órgano, todo el tiempo que le permitían las exigencias litúrgicas de la iglesia. Siempre toca el órgano cuando tiene que tomar una decisión importante, cuando tiene que resolver un problema difícil. No es mal pianista, pero su instrumento no es el piano, sino el órgano. Se sienta en el banco, abre los registros que desea utilizar, apoya los pies en el pedalero, pone las manos en el doble teclado y comienza a tocar, quizá, un coral de Bach, o un preludio y fuga del viejo maestro, pero su verdadera pasión es la improvisación. Es un virtuoso en el arte de la improvisación, una habilidad que con los nuevos tiempos se va perdiendo. Su habilidad para improvisar fugas a varias voces, su talento armónico y contrapuntístico en la repentización, comienzan ya a ser contemplados con la admiración que provoca todo lo insólito, lo propio de otra época. Sí, quizá sea el último de los grandes improvisadores en el órgano. En el piano las cosas son un poco diferentes, y todavía habrá durante un tiempo virtuosos que sean compositores-intérpretes y que tengan un

talento no pequeño para la improvisación, aunque otro tipo de improvisación, más rapsódica y fantástica, como el que corresponde a las fantasías de Liszt sobre temas de óperas o a los imaginativos melismas de Chopin. Sí, quizá sea él el único organista de Europa capaz de sentarse al órgano e improvisar de la nada una fuga a cuatro voces precedida de una sinfonía basada en el tema de la fuga, un tema que alguien acaba de silbarle y que nadie antes había oído jamás. Camina por los bosques hasta agotarse porque él ama la naturaleza casi tanto como el sonido del órgano y casi tanto como ama a su amado Dios, que tantas desdichas le envía envueltas con tantas bendiciones. El paseo le ha hecho entrar en calor. Se sienta en el tocón de un roble, y saca del bolsillo de su chaqueta un pañolón de colores con el que se abanica. Contempla los miles de hojas que le rodean, troqueladas hojas de roble atravesadas por diversas calidades de luz. Se pone a contarlas. Cuenta y cuenta, incapaz de detenerse, hasta que llega a la cifra 777. Incapaz de detenerse. No sabe por qué necesita contar todo lo que ve, no sabe qué sed secreta sacia ese deseo de contar, pero para él también esta pasión por los números está relacionada con la música, con los paseos, con el órgano, con Dios, y con la soledad. También numera obsesivamente los compases de sus partituras, partituras de órgano, partituras para coro, partituras de orquesta.

Soledad. Un hombre solo camina bajo las ramas de Mayo. No tiene amigos. Ha dispuesto en su testamento que no quiere que le entierren cerca de nadie. No quiere estar con nadie ni siquiera en el otro mundo, sino sumido en la piedra, en un sarcófago que flota en medio del aire de una iglesia. Jamás ha sido amado. Jamás se casará, a pesar de sus incontables intentos de hacerlo. «No le gusto a nadie», dirá desalentado. No sabe relacionarse con los demás. No sabe relacionarse con las mujeres. Cuando ve una muchacha que le gusta, se le acerca con una pequeña ofrenda de flores y le pregunta dulcemente y con inmenso respeto: «¿quiere usted casarse conmigo?». Ellas le miran y ven que no es más que un viejo.

Es una víctima de sus complejos, de sus miedos, de sus obsesiones. No es en absoluto un hombre simple y feliz. Es un hombre simple y tremendamente infeliz, y la infelicidad hace que la sencillez de su alma resulte aún más extraña que los caracteres torturados y sofisticados que son tan característicos de su época. Es hijo de la *Vörmatz*, la tradición austriaca campesina, respetuosa con las instituciones, sometida felizmente al emperador. La gran montaña, el emperador, el órgano, Dios, son sus fuentes de admiración incesantes. Escribe cartas llenas de giros arcaicos. Se expresa como un maestro de pueblo, con expresiones dialectales y palabras antiguas y pasadas de moda. Su padre era, precisamente, maestro de pueblo: de él aprendió a tocar el violín y el órgano, ocupaciones secundarias del maestro en los pueblos de las montañas de Austria. De él aprendió la importancia de la sumisión, el placer de cantar a coro, la obediencia a los superiores, el respeto excesivo que le producen los títulos y diplomas. Nadie ha estudiado tanto como él ni durante tantos años. Con veinte años, con treinta, con cuarenta, ha sido un alumno feliz, siempre obediente y

disciplinado. Frente al mito del compositor genial, casi autodidacta, él se ha pasado la mayor parte de su vida estudiando, estudiando armonía, estudiando improvisación, estudiando órgano, estudiando contrapunto, pasando humildemente de maestro en maestro hasta que ha llegado el momento en que ya tiene todos los títulos y ya no puede estudiar más, simplemente porque sabe más que todos los maestros del país, hacia los que sigue mostrando, a pesar de todo, un enorme respeto y devoción. Tiene un carácter simple, pero en el mundo complejo y torturado de fines del siglo XIX esta simpleza campesina ya no puede ser interpretada como un residuo idílico de la época medieval. No, es algo mucho más extraño. Tienen razón los que ven, en su carácter fuera de lugar, en su habilidad para ponerse continuamente en ridículo, en su incapacidad para establecer relaciones sociales normales con hombres y mujeres, con inferiores y superiores, con colegas o admiradores, una forma de neurosis. Su neurosis no es la megalomanía ni la paranoia ni la esquizofrenia. Su neurosis no es el deseo de gustar de Strauss, ni el desgarramiento interior de Mahler, ni el complejo de inferioridad de Zemlinsky. Aunque él también sufre las tres afecciones en mayor o menor medida (complejo de inferioridad, desgarramiento interior, deseo de gustar), lo cierto es que él no es un enano enamorado, ni un esteta torturado, ni un *bon vivant* romántico, como los otros tres. Su forma particular de neurosis no tiene nombre. Surge, en primer lugar, de una dolorosa acronía. No es que sea un hombre anacrónico: no es que sea de otra época, es que no es de ninguna época. Vive por fuera del tiempo. No es que esté anticuado. Su ropa no es exactamente anticuada. Desde hace tiempo y hasta el momento de su muerte, le encarga sus camisones y pantalones a un sastre de Saint Florian, el monasterio agustino donde creció y se hizo organista. No viste con levita como un anticuado, viste como un hombre para el cual la historia no existe. Su música no es en modo alguno reaccionaria: por el contrario, es de una asombrosa originalidad. Pero ¿por qué tanta insistencia en los corales, en los motetes, en las formas barrocas? No es reaccionario, pero parece anclado en una diáfana antigüedad. Sus sinfonías parecen música religiosa, y recuerdan el amplio espacio de las catedrales góticas. Su problema es la acronía: no es ni antiguo ni moderno, ni reaccionario ni revolucionario. Ha decidido vivir como si la historia no existiera. Es un individuo, un idiota. Sus gustos e inclinaciones no son de ninguna parte. Se siente atraído por lugares remotos como Rusia, México, el Polo Norte. Desea irse lejos, muy lejos. Lo intenta con Estados Unidos, pero sus peticiones son rechazadas en Filadelfia, en Cincinnati. Es un hombre profundamente solo, consagrado libremente al arte de ser él mismo, poseído por potentísimas fuerzas interiores que le apartan, una y otra vez, de los cauces corrientes de la vida. Potentísimas fuerzas interiores son las que determinan el movimiento narrativo de sus sinfonías. No narran la vida, sino la vida interior del alma, las luchas recónditas que tienen lugar en lo más profundo del ser humano.

Hay muchas otras cosas raras en él. Su pasión por la muerte, por los cadáveres, por los restos humanos. En las reuniones sociales, si encuentra a un médico entre los

presentes, le aparta de la conversación y le asedia a preguntas acerca de la muerte y las diversas afecciones que le obsesionan. No es un hipocondríaco, es un necrófilo. Cuando murió su maestro Johann Baptist Weiss, que le había dado sus primeras lecciones de armonía y de órgano, realizó numerosas peticiones a las autoridades eclesiásticas para que le permitieran quedarse con su cráneo. Deseaba, más que cualquier otra cosa, poder tener consigo en su habitación la calavera de aquel hombre amado y admirado. Tenerla cerca, quizá en su mesa de trabajo, o en un armario, amorosamente envuelta en una tela de felpa. ¿Para qué? ¿Para tocarla? ¿Para mirar los ojos huecos y la sonrisa helada? Cuando se trasladaron los cadáveres de Schubert y de Beethoven para colocarlos en tumbas más dignas que la que su tiempo les había otorgado, pidió permiso para contemplar aquellos huesos venerados. En este caso es el fetichismo amoroso, la intensa admiración (que, según Franz Werfel, puede alcanzar fácilmente tintes eróticos) lo que le hacía desear la contemplación de esos restos humildes y, en realidad, insignificantes. ¿Qué es, en realidad, una tibia de Beethoven o una rótula de Schubert? Pero su obsesión iba más allá: en 1881, cuando se expusieron a la vista del público los cadáveres carbonizados del incendio del Ringtheater en Viena, fue uno de los primeros en ponerse en la cola para contemplar aquellos hombres, mujeres y niños reducidos por el fuego a muñecos negros y deformes. Quizá presintiera, al ver aquellos cuerpos carbonizados, el advenimiento de una época en que millones de cuerpos perecerían de forma similar, aunque no a causa de incendios accidentales. Quizá presentía las bombas de fósforo, los hornos crematorios de Auschwitz, las bombas incendiarias que se lanzarían sobre Londres, sobre Dresde, los cuerpos calcinados de Hiroshima. El ser humano siempre, para bien y para mal, busca en su interior un equilibrio de la balanza, y su intensa espiritualidad, su celibato eterno, su soledad desesperante, parecen ansiar, por contraposición, el contacto con lo más terrenal y mortal del ser humano: la amistad silenciosa del cadáver. El deseo de elevación suele contrarrestarse, casi siempre, con muestras de intenso prosaísmo o con una atracción por lo vulgar o lo obsceno. Quizá su obsesión por ver cadáveres sea el sustituto simbólico de un deseo inconfesable de ver cuerpos desnudos.

Cuando camina por las calles, los niños le siguen y se ríen de él. Saca su gran pañuelo de colores, como el payaso de una feria, y se abanica con él como una extraña mariposa. Parece un César romano con su gran cráneo rasurado. Cuando le invitan a comer no sabe utilizar los cubiertos, y rompe los huesos del pescado con la mano. Los niños de los invitados le miran y se ríen ante la mirada severa de los padres. Cuando se reúne con amigos o colegas a beber o a festejar después de un concierto, no entiende las bromas. Come y bebe demasiado. Come como un campesino, bandeja tras bandeja. En cierta ocasión, le dio una propina al director Hans Richter después de un ensayo diciéndole que se tomara unos *bock* a su salud. Richter puso el tálero en la cadena de su reloj y lo llevó siempre consigo. Uno de sus biógrafos afirma que nunca hubo nadie con tanta genialidad y con tan poco talento

como él. «El talento entusiasma a las masas, mientras que el genio sacia el alma», escribe este hagiógrafo con sutil inteligencia. Resulta curioso, por ejemplo, que el más grande improvisador de su tiempo tuviera dificultades para leer a primera vista, una habilidad que está al alcance de innumerables talentos meramente mecánicos. Tenía genio, pero no talento. Leer a primera vista quiere decir sumergirse en la obra de otro, y eso es precisamente lo que él no sabe hacer. Este cristiano apasionado, este humilde siervo de Dios, no sabe ponerse en el lugar de otro. Es como los niños, que viven en el interior de su mundo y desconocen la existencia de un mundo más grande. Quizá por eso fue siempre rechazado por las mujeres. Intuían, dice uno de sus biógrafos, que él nunca sería una compañía a su lado, que siempre estaría remoto, en otro lugar, como si él caminara siempre en realidad por el otro lado de la tierra, y por las calles y paisajes de otra realidad distinta. Intuían que junto a él siempre estarían solas. Pero entonces, ¿por qué esa obsesión por casarse? ¿Por qué buscaba siempre muchachas muy jóvenes y muy sencillas? ¿Era en el fondo un voluptuoso? ¿Deseaba la intimidad física con una mujer joven, o buscaba, por el contrario, una especie de hija espiritual? ¿O simplemente, un ama de llaves que oliera bien y le fuera grata a los ojos? ¿O una cálida compañía a su lado, como el que tiene un perro o un gato? Sólo una mujer aceptó su proposición de matrimonio, Ida Buhz, una joven que trabajaba como doncella en un hotel. Pero cuando se hizo claro que ella nunca abandonaría su fe luterana para convertirse al catolicismo, rompió el compromiso: jamás se uniría con una protestante.

En 1887, tras el fracaso de su Octava Sinfonía, sufre un colapso nervioso. Ahora le vemos de regreso a su hogar, caminando de vuelta del bosque, de vuelta de los campos. De nuevo por las calles de Viena, pero ahora con la vista fija en el suelo. ¿Qué hace? Está contando las baldosas de la acera. No puede dejar de hacerlo. Quiere saber el número exacto de baldosas que hay desde las puertas de la ciudad hasta la puerta de su domicilio. Al pasar por una de las numerosas iglesias que adornan la ciudad detiene su cuenta y se sumerge en otra aún más compleja. Necesita saber el número exacto de gárgolas que hay en esta iglesia. El número exacto de ventanas y de pilastras. Va rodeando la iglesia, completamente abstraído, contando. Se equivoca. Vuelve a comenzar. No para de pensar en el suicidio. No sólo se trata del fracaso de su Octava Sinfonía, su obra más grande, sino sobre todo de la incompreensión de su gran campeón y amigo Hermann Levy, que no comprende la Octava y le hace saber sus opiniones negativas a través de un amigo común, Joseph Schalk. Se hunde en la desesperación, todos los síntomas de su neurosis emergen de nuevo.

El médico le aconseja una temporada de reposo en Bad Kreuzen, el sanatorio donde ya había pasado una temporada veinte años antes. Nada de tocar el piano ni el órgano. Nada de componer. Nada de trabajar. Le receta, como en la primera ocasión, baños fríos, una dieta saludable, paseos y reposo. Su doctor en Bad Kreuzen se llama Fadinger. Nada de estudiar, le dice, nada de trabajar. Revisan su habitación, su mesa, su baúl, en busca del temible papel pautado. Sufre de un estado de tremenda

excitación nerviosa a causa de la falta de reconocimiento de su obra. Tiene un enorme complejo de inferioridad. No es verdaderamente un solitario, puesto que le importa tanto la opinión de los otros. Es una nueva forma de neurosis. En el jardín del sanatorio, espanta a las señoras dedicándose a contar los botones de su vestido. Este hombre corpulento de cabecita de pájaro no puede apartar los ojos de la llamativa viuda Moser. Parece estar admirando su busto de una forma un tanto indecorosa, pero en realidad está contando botones. Oh, por favor, *herr* Bruckner, le dice ella, sintiéndose violenta. Y le manda a contar flores, a contar árboles, a contar vilanos. Así es como, una tarde, recibe una visita. Está sentado en un sillón de mimbre, disfrutando de la brisa fresca de la tarde, que trae aromas de saúco y de rosas mustias, cuando el desconocido se acerca a él, murmura su nombre con veneración y le pide permiso para sentarse a su lado. Claro, claro, musita él, siempre obsequioso, humilde y deseoso de agradar. ¿De qué nos conocemos?, pregunta con inseguridad. El desconocido afirma que en Viena todo el mundo conoce al señor compositor, al célebre organista, al improvisador incomparable, al profesor, al maestro de capilla. Él no sabe si creerle. Se siente halagado. Se siente ligeramente desconcertado. El desconocido le habla de su pasión por los números. Él sonríe con amargura. Oh, sí, dice. Los médicos le llaman «numeromanía». A mí al principio me parecía una diversión inocente, pero al parecer se trata de algo muy peligroso, le confiesa. ¿Peligroso por qué?, pregunta el desconocido. Le habla de Pitágoras, del número como realidad última de las cosas. Le pregunta (y ésta es la pregunta clave) si él sería capaz de hacer música a partir de los números. Él se siente inquieto. El señor profesor Fadinger le ha dicho que nada de trabajo, le ha prohibido incluso que tenga partituras o papel pautado en su cuarto. Nada, nada de música. El desconocido se presenta. Es el conde Balasz, un noble húngaro que sirvió al emperador en su juventud y en la actualidad se dedica (le dice) al estudio de la verdad. Con enorme respeto, le dice él, noble señor, le ruego que no olvide que la verdad sólo puede hallarse en Dios Nuestro Señor y en Jesucristo, su Hijo y Redentor nuestro. El conde Balasz ríe suavemente y le dice: sí, señor compositor, tiene usted toda la razón, por supuesto, pero ¿no ha pensado nunca que a lo mejor eso que llamamos «Dios» es, en realidad, algo compuesto de números? El conde Balasz no está alojado en el sanatorio: sus frecuentes visitas se deben a que su esposa, la princesa Wilarda Philarda, una mujer alta, morena y con un distintivo mostacho en el labio superior, ha sido internada a consecuencia de un colapso nervioso precedido por varios intentos de suicidio. La acompaña la hija de ambos, la señorita Delphine, una muchacha muy hermosa que se pasa el día escribiendo cartas y que, cuando cree que nadie la observa, habla a solas con alguien invisible, probablemente un hombre por su forma de reír y de ruborizarse y por la coquetería de sus gestos. Él la ha sorprendido haciéndolo en varias ocasiones. La ha visto sentada en una habitación vacía y hablando animadamente con alguien, y la ha visto en el paseo de alisos del río, recostada en el tronco de un aliso y abrazando a alguien que no estaba allí y levantándose la falda para tocarse entre los muslos.

¿Será la señorita Delphine la verdadera enferma? ¿O será la enfermedad de la señorita Delphine la más corriente entre las jóvenes de su edad? ¿Será una loca o simplemente una adolescente romántica? Le entornece su juventud y la limpidez de sus mejillas. Le entornece la belleza sobrenatural de sus muslos, los únicos que verá en su vida, la parte más íntima de una mujer que jamás contemplarán sus ojos. Piensa en declararle su amor y en pedirle que se case con ella, pero jamás se atrevería a imaginar un enlace con la nobleza. Todas las muchachas a las que pide en matrimonio son de origen humilde. El conde Balasz regresa al cabo de unos días, y los dos vuelven a hablar de música, de números y del misterio del universo. Dan un paseo por el parque. Los ojos de él se pierden en la visión de la fachada del edificio. ¿Cuántas ventanas hay en esta fachada?, pregunta de improviso el conde. Y él le dice, sin dudarle, la cifra exacta. El conde le habla de la sucesión de Fibonacci, del misterio del número Pi, de la cuadratura del círculo, pero enseguida descubre que él apenas puede seguirle. No es un intelectual acostumbrado a debatir temas abstractos, no sabe nada de matemáticas y, lo que es peor, no siente el menor interés. Su afición por los números no es profunda ni cultivada, descubre el conde Balasz, es simplemente una manía. Pero el conde Balasz sabe también que es un genio, y que los genios tienen formas propias de resolver los problemas. A los genios les son permitidos los atajos. Son atajos logrados a cambio de un trabajo incesante y enloquecedor, pero atajos de todos modos. Le dice: señor compositor, yo también soy católico como usted, reverencio a nuestro Señor Jesucristo y soy la oveja más humilde del pastor de Roma. Pero es evidente que Dios está muy lejos de nosotros, y que no nos habla con el lenguaje que nos es común. Dios no se presenta ante nosotros en persona para aconsejarnos, ni nos escribe una carta en buen alemán para darnos consuelo. En los tiempos antiguos lo hacía, o al menos así nos dicen los textos sagrados. Pero señor compositor, dígame, ¿cuándo siente el señor compositor con más fuerza la presencia y la realidad de Dios? Oh, humildemente, su reverencia (dice él, que siempre es demasiado ceremonioso y se confunde con los cargos y tratamientos en su deseo obsequioso de mostrar respeto), cuando estoy interpretando al órgano, y también cuando paseo por los campos. El conde Balasz asiente: el lenguaje de la música, dice, y el lenguaje del mundo. ¿Lo ve, señor compositor? Dios no tiene lenguajes directos para hablar con nosotros debido a la diferencia de naturaleza que existe entre la suya y la nuestra. Por eso ha diseñado Dios diversos lenguajes: uno es la naturaleza, que nos rodea por doquier, el lenguaje de la luna y del sol, del poder del agua y de la tormenta, del renacimiento constante de los árboles y las flores. Ése es el más elemental, y está al alcance de todo el mundo. Otro es el lenguaje de la música. Todos sentimos que nos pone en comunicación con algo más grande que nosotros. Todos, hasta los ateos. Pero ¿qué tienen en común estos lenguajes? Los que estudian la música y los que estudian la naturaleza, todos acaban hablando de lo mismo: de números. Los números, señor compositor, son el verdadero lenguaje de Dios. Gracias a ellos podemos comprender todos los arcanos, los del

mundo y los del hombre, los de la generación y los de la decadencia, los de la forma y el crecimiento. Gracias a los números podemos comprender todos los procesos que rigen nuestro mundo. Incluso nuestra propia alma se rige por los números. Leyes matemáticas rigen los movimientos de nuestras pasiones, la caída de los reyes, las revoluciones y las batallas, los rechazos y los afectos. La historia no es más que una consecuencia de leyes matemáticas, tanto como lo son el movimiento de las estrellas o las enfermedades que nos aquejan a lo largo de nuestra vida. Todo está regido por los números porque todo está regido por la Divina Providencia. Y decir que todo está regido por números es lo mismo que decir que todo está regido por música. Esto lo sabían los antiguos, señor compositor, aunque nosotros lo hemos olvidado. Oh, sí, ¡hemos olvidado tanto! Lo sabía Orfeo y lo sabía Pitágoras, su discípulo, y de ellos lo aprendió Platón. Lo sabía Dante y lo sabía Goethe, que fue el último sabio de la antigüedad y el primero de la edad moderna. Pero él ya está aturdido. Se siente halagado por las atenciones de este señor sabio y sofisticado, no está acostumbrado a ser tratado como un igual por los grandes de la tierra, pero al mismo tiempo no sabe qué hacer con esta información, ni cómo reaccionar ante lo que le dicen. De modo que reacciona de la única forma que sabe hacerlo. Me pongo humildemente a su disposición, su reverencia eminente, le dice. ¿De qué modo puede serle de ayuda este pobre servidor de Nuestro Señor? El conde Balasz sonríe interiormente. *Herr Bruckner*, le dice, le necesitamos. Estamos buscando algo, un lugar sagrado, y no tenemos forma de encontrarlo. ¿Estamos?, se asusta él. Imaginando sociedades secretas. Imaginando conspiraciones. El conde Balasz se presenta como miembro de la sociedad creada en el siglo XVI por Christian Rosenkreutz, cuyo cuerpo se mantiene incorrupto. Él mismo lo ha visto, la sonrisa dulce del fundador, las manos cruzadas sobre el pecho sosteniendo entre los dedos una rosa blanca que tampoco sufre corrupción. Él se siente inquieto. Teme al diablo. Tiene el temor supersticioso del aldeano a todo lo que no sea la Santa cruz. Pero nosotros seguimos a la cruz, somos cristianos, *herr Bruckner*. La Santa Iglesia Apostólica jamás ha tenido nada que decir contra nosotros. No somos herejes. Somos hombres de ciencia, *herr Bruckner*. Buscamos a Dios por otros modos. Y sabemos que hay un lugar en el mundo, un lugar santo, pero no sabemos cómo llegar a ese lugar. Queremos que usted nos ayude. ¿Yo?, dice él asombrado, mareado, al borde del colapso nervioso. ¿Por qué yo? Yo no sé nada, eminencia. No sé nada. Si desean un músico sabio, ¿por qué no se dirigen a *herr Liszt*, o a *herr Wagner*? Ellos son las verdaderas luminarias de nuestra época. Ya lo hicimos, dice el conde Balasz, en su tiempo. Vamos por el mundo buscando, hollamos muchos caminos, llamamos a muchas puertas. Buscamos, *herr Bruckner*, el lugar de la resurrección. Sabemos, por ciertos papiros antiguos, que hay un jardín en el mundo donde es posible el encuentro con el Salvador. Lo llamamos el jardín de la Rosa Blanca, porque el que logra entrar allí y se ha purificado lo suficiente logra ver en los aires la corola de una rosa espiritual. Esta rosa desciende sobre la cabeza en forma de halo de santidad y trae consigo la

bendición de Dios. El que recibe la luz de la Rosa Blanca se transforma interiormente, ve transformada toda la oscuridad de su interior en luz. Toda su impureza se quema, transubstanciada, y el así tocado comienza a vivir una nueva forma de vida. Ser tocado por la rosa quiere decir morir y renacer. Morir a lo antiguo y renacer en una criatura nueva. Es el Salvador el que nace entonces en el lecho del corazón. Es Cristo el que nace en nosotros. El así tocado se transforma en sabiduría y en luz, y su vida a partir de entonces es una vida de servicio a los demás. Adquiere nuevos poderes. Es capaz de remontarse sobre las limitaciones actuales del hombre, igual que el águila se remonta hasta las nubes.

No, *herr* Bruckner, no le estoy hablando de nada «místico» en el sentido habitual. Lo que quiero decir es que todas las cosas de este mundo existen no sólo en las tres dimensiones del espacio, sino en muchas otras dimensiones. De acuerdo con nuestros cálculos, producto de años de trabajo exhaustivo, existen *diez* dimensiones del espacio. Esto quiere decir que nosotros existimos ahora mismo, aquí mismo, de formas que nuestra razón no puede comprender. Cuando hablamos del alma, de las visiones, de los fantasmas, de los silfos, de la intuición, de las premoniciones, estamos haciendo referencia, en realidad, a esas dimensiones que forman parte de nuestra realidad y nos son desconocidas. Los sueños y el arte también tienen que ver con esas dimensiones. Lo que llamamos «imaginación» y esas coincidencias asombrosas que nos rodean continuamente, y que normalmente no percibimos por falta de atención, no son sino el eco de esas dimensiones escondidas. Lo que llamamos «mística» no es sino otra forma de matemáticas, *herr* Bruckner. Las leyes de la física de *Sir* Isaac Newton son falsas. Es decir: son incompletas. Son, con respecto a la realidad de las diez dimensiones, como el dibujo de una flor con respecto a la flor.

Pero déjeme hablarle de la décima dimensión, *herr* Bruckner, que es de las diez la más importante. Es muy pequeña. Es como un grano de mostaza en mitad del universo. Es como un punto infinitamente pequeño. Pero dentro de este punto infinitamente pequeño está *todo*. A esa décima dimensión la llamamos la Rosa Blanca.

Son muchos los que son tocados por la Rosa lejanamente, quizá en algún momento de su infancia, quizá porque han tenido la suerte de pasar por el jardín inadvertidamente, quizá por sus obras o por la pureza de su corazón. Yo creo, *herr* Bruckner, que usted es uno de ellos. ¿Yo?, dice él asombrado. Y le pregunta a su extraordinario amigo qué le mueve a pensar así. Oh, es muy sencillo, dice el otro sonriendo. Basta con oír su música, *herr* Bruckner. Basta con oír su música para saber que usted ya ha estado allí. Por eso deseamos que usted nos explique. Queremos que nos explique dónde está ese lugar, *herr* Bruckner. Y le daremos a cambio cualquier cosa que quiera. Oh, yo no deseo nada, miente él. Sí, sí, todos los hombres desean algo, dice el conde. Dígame cuál es el supremo deseo de su corazón. Sea alto o bajo, grande o pequeño, no importa. Dígame qué es lo que desea más que cualquier otra

cosa en el mundo. Bruckner suspira profundamente. No se atreve a confesarlo. No se atreve a decir en voz alta su deseo. Cree que desilusionará a su amigo, el gran filósofo, el alquimista, el místico, el matemático. Le admira tanto que no se atreve a pedir lo que en verdad desea. Que Hanslick, el crítico de música vienés, deje de meterse con él. Éste es su deseo. Que Hanslick deje de escribir barbaridades contra su música. No dice nada, le da vergüenza hablar de Hanslick con ese hombre tan culto y tan elegante, y su pequeño silencio se une al gran silencio del mundo. Y el silencio del mundo les envuelve a los dos, igual que la brisa que desciende de las montañas. Y pasa el tiempo. Los barcos cruzan el mar. Las sombras de las nubes atraviesan los campos de trigo. Los años agostan los robles y manchan de verdín las estatuas. Luego Bruckner muere. Luego el conde Balasz muere. Luego muere la señorita Delphine, que ha tenido un hijo en secreto aunque nadie sabe quién es el padre. Pasa el tiempo. Reverdecen los olmos. Las cigüeñas regresan a los campanarios. Los saúcos negros se ponen en flor. Los campesinos arrancan ramos de saúco para colocarlos sobre los caballos y espantar las moscas. Al atardecer, la abuela Liese hierva hojas en infusión. Llega el otoño y el abuelo recolecta las bayas para hacer licor. En la médula del árbol se guarda el secreto de todas las cosas, el misterio, el silencio profundo y aterrador. Nadie lo sabe, pero dentro del saúco hay una mujer vieja que cuenta cosas en sueños. Y dentro de uno de esos sueños vivimos nosotros.

Nuestro encuentro con los salvajes

Cuando regresé al lugar donde estaban mis amigos, entrando de nuevo por el túnel y atravesando la montaña de tierra y cascotes que casi lo cegaba por la mitad, los encontré a todos recogiendo las cosas y preparándose para marchar. Casi me dio la impresión de que estaban a punto de marcharse sin mí.

—¡Juan Barbarín! —chilló Sheila al verme—. ¿Dónde te metiste, weón?

—Estábamos empezando a pensar que te habían raptado —me dijo Joseph—. ¿Dónde estabas, tío?

—El túnel no está cegado por completo —dije señalando hacia el fondo oscuro—. Es posible pasar al otro lado.

Me disponía a contarles el descubrimiento que había hecho, pero de pronto sentí que ellos no estaban en absoluto interesados en escuchar mi historia. Algo había sucedido que les había puesto enormemente excitados. Me agarraron del brazo y me arrastraron a la boca del túnel. En la distancia, hacia el este, se veía una columna de humo negro. Wade dijo que debía de estar como a una hora u hora y media de camino. Era nuestra oportunidad de localizar a los salvajes, quizá la única que tendríamos.

Cogimos todos nuestros pertrechos y nuestras armas y abandonamos el túnel y el trozo de autopista que cruzaba el valle, los últimos restos humanos de un lugar abandonado a la desesperación de la naturaleza, descendimos la ladera y nos sumergimos de nuevo en la vegetación caminando en dirección a la columna de humo. El bosque en aquellos valles elevados no era tan espeso como en la selva que habíamos dejado atrás. Esto facilitaba nuestro avance pero también nos hacía más visibles al enemigo. Tardamos aproximadamente una hora en llegar hasta el poblado de los salvajes, un círculo de cabañas o más bien una larga cabaña que iba formando una circunferencia cubierta por un techado continuo que dejaba un amplio espacio en el centro y que tenía sólo un acceso. Todo esto lo contemplamos desde una distancia de unos doscientos metros, subidos en las ramas de un árbol y explorando con los prismáticos. La hoguera ardía en el centro del patio central. Los niños, Branford, Adele y Estelle, estaban cerca de la hoguera, atados a un palo los tres con largas cuerdas que les concedían cierta libertad de movimientos, igual que se ata a los animales. Estaban los tres sentados en el suelo, muy quietos. No se veían salvajes por ningún lado. Esperamos durante un rato, extrañados por la inactividad del poblado. No se veía a nadie, no había animales domésticos en parte alguna, ni mamíferos ni aves de ninguna clase. Parecía que los salvajes habían dejado allí atados a los niños y habían desaparecido.

Nuestra misión de salvamento era sencilla: entrar en el poblado, soltar a los niños y llevarlos con nosotros. Si alguien nos atacaba, dispararíamos. No teníamos una

estrategia mejor. Discutimos durante una media hora posibles cursos de acción. Joseph propuso que esperáramos a la noche, pero no estaba claro que en mitad de la oscuridad nuestra estrategia fuera a funcionar mejor que a plena luz del día. No conocíamos el terreno y era probable que en la oscuridad fuéramos todavía más vulnerables que a plena luz, donde las armas de fuego nos proporcionaban una clara ventaja. Además, en aquellos momentos los tres niños estaban juntos y a la vista. ¿Qué haríamos si se los llevaban de allí o los separaban? ¿Ponernos a buscarlos de cabaña en cabaña?

Estábamos tremendamente excitados, muy nerviosos. Creo que todos sentíamos que no estábamos preparados para hacer lo que íbamos a hacer. Los más templados eran Wade, Joseph y Gwen, que tenía, esta última, una calma que me resultaba completamente inexplicable. Nuestros ojos se habían encontrado varias veces y yo había buscado en ellos restos de nuestro cálido amor de la noche pasada, pero ella evidentemente no quería que lo nuestro se supiera y evitaba mirarme. Descendimos en dirección al poblado. Joseph y Wade iban delante, a continuación Sheila, Christian y yo, y después Santiago y Gwen. Las armas las llevaban Wade (un rifle de caza), Joseph (una pistola), Santiago (una escopeta) y Gwen (el revólver). Sheila, Christian y yo, que llevábamos las armas blancas, teníamos la misión de cortar las cuerdas y liberar a los niños. No sabíamos en qué estado los encontraríamos, de modo que decidimos que Sheila cogería a Branford en brazos y Christian y yo cogeríamos cada uno de nosotros a una de las niñas para poder salir de allí lo más deprisa posible.

No se veía a nadie en parte alguna. Un pájaro cantaba en la floresta con un cloqueo vagamente similar al de una gallina, y luego le respondió otro pájaro que chillaba durante el vuelo. Nos acercamos al círculo de cabañas caminando agachados y escondiéndonos en los matorrales, y luego entramos por el único acceso. Era bastante amplio, como de seis o siete metros de boca, pero era evidente que convertía al poblado en una ratonera, fácil de defender con sólo un puñado de hombres y también fácil de cerrar y de convertir en una trampa sin salida. En cuanto a las cabañas, eran en realidad un techado corrido, una armadura sostenida por gruesos troncos de árbol atados con bejucos y, según me pareció, rudimentarias sogas de cáñamo, y sostenido por una sucesión de tirantes y pares de bambú gigante con pendolones de madera roja que quizá fuera de sándalo, todo muy bien cortado y amarrado con bejucos y sogas. Las correas y cabrios, también de bambú verde, sostenían una cubierta fabricada con cortezas de árbol y hojas de palma y de yuca. Bajo este cómodo techado los salvajes disfrutarían de protección contra la lluvia y el sol, aunque la vida comunal carecería por completo de intimidad en aquellas viviendas sin paredes internas. Era de imaginar que en una sociedad tan aislada el incesto fuera inevitable, y que seguramente los niños serían comunes. Sí, aunque parezca increíble en todas estas cosas pensaba yo cuando nos adentrábamos en el poblado de los últimos antropófagos polinesios del planeta.

En el centro del círculo se veían algunas esteras de cáñamo, algunos aperos de

barro, un montón de mangos podridos llenos de insectos y de moscas y varias calabazas para almacenar agua con toscos dibujos triangulares tallados. Los niños seguían sentados en el suelo, cerca de la hoguera, completamente inmóviles. Estaban los tres atados con cuerdas a una estaca de unos dos metros de altura clavada en el suelo y pintada de blanco y de rojo, con una pequeña calavera de animal encajada en lo alto, quizá el cráneo de un varano o de una serpiente grande. Nos acercamos a ellos. Su inmovilidad era extraña y antinatural. De pronto pensé que estaban muertos, y que los habían colocado allí, sujetos con pequeños postes y varas ocultas bajo la ropa para fingir una posición sedente, aunque en realidad estaban ya emaciados, convertidos en carcasas, huecos y devorados por las hormigas. Pero la explicación era otra, como descubrimos nada más acercarnos a ellos susurrando sus nombres. Lo que veíamos no eran sino tres muñecos a los que habían vestido con las ropas de los niños raptados y habían colocado como si estuvieran sentados en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza gacha. Wade empujó con el pie a una de las falsas niñas, que se desmoronó por el suelo. La cabeza era un coco verde que habían enjalbegado de blanco y al que le habían colocado una especie de peluca rubia hecha, seguramente, con esos cabellos que crecen en lo alto de los papiros de los estanques y que recuerdan a los cabellos del maíz. El pequeño vestido blanco de encaje estaba relleno de paja. Yo empujé con el pie la figurita de Branford, que se desmoronó de forma similar.

—Es una trampa —dijo Wade de pronto, mirando a su alrededor—. Nos han tendido una trampa.

Pero era demasiado tarde. No tuvimos tiempo de retirarnos. Estábamos en mitad de un círculo, a pleno sol, completamente rodeados de salvajes. Habían surgido por todas partes. Debían de estar escondidos en las cabañas, seguramente tendidos debajo de las esteras haciéndose invisibles, esperando pacientemente a que su cebo funcionara. Y ahora nos rodeaban unos treinta salvajes de piel muy oscura, armados con lanzas, arcos y flechas, hondas y venablos, aunque me extrañó que no se mostraran especialmente amenazantes y que no enarbolaran las lanzas ni las hondas, ni nos apuntaran con las flechas ni los venablos. Instintivamente nos replegamos unos contra otros, espalda con espalda, dispuestos a disparar a la menor señal de violencia. Escuché el chasquido de los seguros de las armas.

—No disparéis —dijo Wade—. Todavía podemos salir de aquí enteros.

Gwen no se había unido a nosotros, y permanecía apartada del grupo. Entonces la vi hacer algo asombroso. Amartilló el revolver, lo levantó y lo pegó a la sien de Wade.

—Entregad todas las armas —dijo—. Ahora. Tiradlas al suelo.

—¿Qué haces, Gwen? —dijo Wade girando los ojos para mirarla—. ¿Qué coño haces?

—Están todas descargadas —dijo Gwen—. O sea que no os molestéis en intentar disparar.

Me costaba comprender lo que estaba sucediendo. La situación era tan extraña e incomprensible que pensé en echarme a reír, como si todo aquello se tratara de una broma.

—¿Y la tuya, Gwen? —dijo Joseph entonces—. ¿Está descargada también?

Gwen elevó el revólver y disparó al aire. Luego volvió a apoyar el cañón en la sien derecha de Wade. El estrépito del disparo me produjo un tremendo sobresalto. Varios pájaros salieron volando y chillando de los árboles vecinos. Se oyó también el ladrido de un perro.

—¿Qué estás haciendo, Gwen? —repitió Wade, completamente inmóvil y con el cuello rígido al sentir el cañón caliente del revólver en su sien—. ¿Quién coño eres? ¿Qué es esto?

—Dejad las armas en el suelo —repitió Gwen—. No tenemos todo el día.

Todos la obedecimos y fuimos dejando sobre la tierra los dos rifles, la pistola, las navajas y el cuchillo de monte. Gwen le hizo una seña a Wade con la punta del zapato, y éste se inclinó lentamente, se levantó la pernera del pantalón, sacó de su funda el cuchillo que llevaba atado a la pantorrilla y lo dejó caer al suelo. Varios de los salvajes se acercaron y recogieron las armas. Entonces vi que George estaba entre ellos, detrás de ellos. No le había visto al principio, y no sé de dónde había salido, pero sin duda estaba escondido también en las cabañas con los demás. Seguía vestido como cuando estaba entre nosotros, con una camiseta de algodón, vaqueros descoloridos y zapatillas de deportes, y tenía el mismo aspecto que siempre, pero de pronto le vi como otra persona completamente distinta al joven que había conocido días atrás, el muchacho amable y con poca personalidad que se pasaba el día ayudando a Lizzie a cuidar a su bebé. Algo en él había cambiado, en su mirada, en sus gestos, en su actitud. Me maravillé de sus dotes dramáticas, porque ahora veía en él una expresión fría, sensual e infantil que nunca había advertido antes. No sé, creo que su gesto me pareció característico de cierta clase de criminales, esos que tienen grandes ojos de niño y labios sonrosados e inocentes. Gwen nos dijo que nos arrodilláramos todos en el suelo y que pusiéramos las manos sobre la cabeza. También ella había cambiado. Me sorprendía su familiaridad con las armas, que uno asociaría inmediatamente con el crimen organizado o con las fuerzas armadas, aunque yo seguía convencido de que ella era, en realidad, una mujer de ciencia. No tenía aspecto de ser una mercenaria ni una criminal sino, precisamente, aquello que había fingido ser, una mujer culta, una profesional dedicada a un trabajo especializado. Sin embargo, algo había sucedido en algún momento que la había hecho cambiar. ¿Dónde habría sucedido? ¿En la isla o antes de llegar a la isla? En cuanto a las armas, es posible que supiera disparar desde niña y que siempre hubiera estado en contacto con pistolas y escopetas. Pero es diferente salir al campo a disparar botellas de cristal o incluso estar dispuesto a matar a un urogallo o a un gamo, que tener la frialdad necesaria para quitar el seguro a un revólver y apoyarlo en la cabeza de un ser humano. Los salvajes que nos rodeaban nos quitaron las mochilas,

las calabazas con agua y todo lo demás que llevábamos, incluida la abundante munición que habíamos traído con nosotros. George se paseaba a nuestro alrededor, contemplándonos con los brazos en jarras. Resultaba extraño verle en aquella postura, que en algunos hombres resulta masculina y arrogante y que en su caso resultaba blanda y casi afeminada. Era evidente que era él quien estaba al cargo, pero no me daba la impresión de que fuera el jefe de todos ellos. No tenía madera ni aspecto de líder.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Gwen, que seguía apuntando a Wade a la cabeza.

—No sé, joder —dijo George—. No sé qué podemos hacer con ellos. Me gustaría que Abraham estuviera aquí.

—Estaban dispuestos a hacer una matanza —dijo Gwen—. Estaban dispuestos a dispararnos. Estos tíos están completamente locos.

—¿Nosotros estamos locos? —dijo Santiago en voz baja—. Joder, tío...

—¿Quién coño sois? —preguntó entonces Joseph—. ¿Quién coño sois? ¿Qué os pasa?

—¡Calla! —dijo Gwen apuntándole a la cara con el revólver—. ¡No digas nada! ¡No abras la boca! ¡No quiero oír a ninguno! ¡Al que diga algo le meto un tiro!

La situación era tan extraña que creo que todos estábamos paralizados por la sorpresa. Ahora había más armas apuntándonos, sostenidas por seis o siete de los salvajes, y Gwen finalmente desamartilló el revólver y lo bajó.

—Tú tampoco ibas en el avión, ¿verdad, Gwen? —le dijo Wade, mirándola con sus ojos convertidos en rendijas—. Te colaste entre nosotros y estuviste aprendiendo nuestros hábitos. ¿Para qué? Somos náufragos. Lo sabéis perfectamente. No estamos aquí por elección. Sufrimos un accidente.

—¡Te digo que no hables! —dijo Gwen—. ¡No quiero oír vuestra voz!

—Queremos a los niños —dijo Wade—. Queremos saber qué ha sido del pequeño, de Seymour.

Entonces George sacó del bolsillo algo parecido a una ocarina y se puso a tocar. Lo hacía muy bien, e incluso con las pocas notas producidas con la ocarina lograba templar una melodía exótica y triste, una única melodía que se repetía una y otra vez. Esto duró un largo rato. Nosotros nos mirábamos unos a otros a los ojos, sin saber qué hacer. Allí estábamos, todos de rodillas en el suelo, con las manos en la cabeza, como yo había visto tantas veces en las noticias, cuando se veían imágenes de la guerrilla de Colombia o de alguna revolución en África, rodeados de nativos armados con fusiles en medio de las palmeras, escuchando a aquel tipo estafalario tocando una ocarina de barro. No entendí por qué tocó durante tanto rato. No estaba tocando para nosotros, evidentemente, pero tampoco lo hacía por mera distracción, como una forma de pasar el rato. Pensé que el sonido de la ocarina era una especie de señal, una llamada, pero el volumen del pequeño instrumento era limitado y sería ya inaudible al otro lado de las cabañas.

A nuestro alrededor, el poblado parecía haberse puesto en movimiento. Parecía que los salvajes estaban recogiendo cosas para marcharse. Yo escuchaba sus voces y sus risas, y el tono de sus voces me resultaba familiar. De pronto escuché que uno de ellos decía con toda claridad *holy cow* («¡hay que fastidiarse!»), y me di cuenta de que hablaban en inglés. Los salvajes no eran en realidad salvajes, y aunque algunos de ellos parecían de raza maorí o quizá orientales, la mayoría eran de raza blanca y tenían la piel pintada. El poblado, los trajes, las lanzas, las hondas, los venablos, los arcos y las flechas, los taparrabos, los collares, el poste con un cráneo de varano en lo alto, todo era disfraz y escenografía, todo era parte de una elaborada representación. Yo observaba fascinado el espectáculo de los falsos salvajes que se quitaban los tocados de plumas y los collares de caracoles de mar y se ponían vaqueros y camisetas. Vi cómo dos de ellos transportaban un enorme lobo que no era en realidad más que un muñeco disecado con ojos de cristal amarillo. Allí iban nuestras manadas de crueles y sanguinarios lobos canadienses. Entonces recordé lo que alguien había escrito en una pared de uno de los edificios abandonados que había al lado de la antena: nada es lo que parece.

—No hay forma con ellos —dijo Gwen hablando con George—. He estado con ellos más tiempo que tú, y te aseguro que no sé qué hacer con ellos. Son verdaderas bestias. No hay forma de detenerlos.

—¿Visteis el cuerpo despellejado? —preguntó George.

—Los llevé allí directamente —dijo Gwen—. Pero creo que sólo sirvió para encenderles más la sangre. No ha habido forma de mantenerlos apartados.

—¿Vieron a la azafata? —dijo George.

—Claro que la vieron. Llegó en el momento oportuno.

—¿Y les dio el mensaje?

—Sí. Tardó en empezar a hablar, pero luego habló.

—Y les dio el mensaje.

—Sí.

—¿Quiénes dirías tú que son los cabecillas? —preguntó George.

—Erickson y Langdon —dijo Gwen señalando a Wade y a Joseph. George asintió, como si estuviera de acuerdo con el juicio de su compañera—. Pero hay muchos cabecillas. De distintos estilos. Jamás en mi vida he visto un grupo de locos igual. Aunque el peor de todos es Erickson. Es el más peligroso con diferencia.

—Ok —dijo George.

Luego se puso frente a nosotros, de nuevo con los brazos en jarras y se puso a mirarnos de uno en uno, como buscando las palabras que iba a decirnos. En ese momento estuve seguro de que él no era el jefe de todo aquello, sino sólo un jefe menor, quizá incluso alguien puesto en aquella posición de poder por simple falta de personas con más carácter y mejores dotes de mando. Hablaba con voz firme, y sus amenazas sonaron claras como disparos en medio del silencio de la mañana, pero era evidente, al menos para mí, que la seguridad con que hablaba no provenía de él, sino

de algo mucho más grande y complejo que él.

—Quiero que me escuchéis con atención —dijo, con los ojos iluminados de pronto por aquella sonrisa que yo había atribuido a la bondad y que ahora me parecía decadente y siniestra—. Y no quiero que nadie de vosotros hable. No quiero oír vuestra voz. Aquí sólo suena mi voz. Mi voz y la de Carmen, ¿ok? —dijo volviéndose a su compañera y tocándole en la mano, un gesto que ni a mí ni a Wade, según creo, nos pasó inadvertido—. Vosotros la conocéis como Gwen. Ok, mi voz y la de Gwen. Sólo mi voz y la de Gwen. Vosotros calláis. Ésa es la primera regla.

»Lo primero que tenéis que saber es que no tenemos permiso para mataros. De hecho, no queremos mataros ni haceros ningún daño. Espero que lo comprendáis. Quiero que os deis cuenta de que queremos ser razonables. Pero no podéis seguir comportándoos como hasta ahora. Aquí hay unas reglas, y hay que seguirlas. El que no sigue las reglas, muere. ¿Comprendido?

»Todavía no sabemos cuál ha sido vuestra razón para venir aquí. Pero no os queremos aquí. ¿Entendido? Esta isla tiene dueño. El dueño somos *nosotros*. Esta isla es *nuestra*, y no habéis sido invitados a ella. Creo que esto es bastante simple de entender, y además no creo que admita discusión. Nadie os ha invitado a venir aquí, ¿verdad que no? No —dijo levantando una mano cuando Santiago intentó hablar—. No quiero una respuesta. No quiero oír vuestra voz. Estáis aquí para escuchar y obedecer. El que no obedezca, recibirá una bala. Creo que me estoy expresando con claridad.

»Vais a volver a vuestra playa, al que llamáis vuestro poblado, y os quedaréis allí. Si volvemos a veros en otro lugar de la isla, os dispararemos. De momento podéis quedaros en la zona de la desembocadura del río, pero no os está permitido entrar en el interior de la isla ni tampoco recorrer la costa. Si volvéis a entrar en la isla, os localizaremos fácilmente y os dispararemos como si fuerais piezas de caza.

»Ya habéis matado a uno de los nuestros. Ron salió una mañana de casa y ya nunca volvió. Nosotros no hemos tocado a los vuestros. Habéis matado a uno de los nuestros y en buena lógica nosotros deberíamos matar a uno de los vuestros como represalia, pero no vamos a hacerlo. No somos vengativos. No nos interesa la venganza. Es verdad que trabajamos un poco a la azafata. Es cierto. Pero nos vimos obligados a hacerlo. No somos bárbaros. No lo hicimos por diversión. Tuvimos que trabajarla un poco y hacerle un poco de daño para saber qué coño estaba pasando. La situación era excepcional. Es sólo dolor. El dolor es una cosa meramente física. No le hicimos nada de lo que no pueda recuperarse. Las heridas se curan. En unas semanas estará perfectamente.

—Ellos no te creen —dijo Gwen llevándose la mano al pecho, a la región del corazón. George miró el pecho de Gwen, en un principio sin comprender.

—Oh, sí —dijo George—. Tuvimos que operarla. Tenía un cáncer en el pecho. Le localizamos el tumor y la operamos. Espero que eso os demuestre que no somos salvajes y que somos, básicamente, buena gente.

—¿Cómo sabíais lo del tumor? —dijo Joseph—. ¿Dónde y cómo la operasteis?

—No habléis —dijo George—. Si alguno de vosotros vuelve a abrir la boca le amordazaremos. ¿Queréis estar amordazados? No quiero oír el sonido de vuestra voz. Si alguien dice algo en voz alta, os dispararemos en una pierna. ¿Está claro? ¿Queréis que dispare a uno en una pierna para demostrar que no hablo en broma?

Cogió el revólver que Gwen tenía en la mano y lo apuntó hacia nosotros, moviéndolo de uno a otro, como decidiendo a quién disparar.

—¿Y Billy Higgins? —dije yo.

—¿Quieres que te dispare en la pierna? —dijo George—. ¿Es que estás sordo? ¿Es que no entiendes inglés?

—Billy Higgins fue un error —me dijo Gwen sin mirarme a los ojos—. Pero ¿qué podían ellos hacer? ¡Les estabais disparando! Creamos una manada de lobos gigantes para asustaros y que os quedarais tranquilos en vuestra playa, pero nada es suficientemente terrorífico para vosotros. ¡Salisteis a cazar a los lobos! ¡Joder! Billy Higgins perdió un brazo, pero vosotros liquidasteis a Ron.

—¿Quién es Ron, tío? —preguntó Santiago en voz baja.

—Esta conversación se ha acabado —dijo George—. Al próximo que hable le meto una bala en una pierna. ¿Está claro?

Todos permanecimos en silencio. Gwen y George se apartaron unos pasos y se pusieron a conferenciar en voz baja entre sí. Gwen señalaba al cielo y explicaba algo mientras George asentía una y otra vez. El calor a pleno sol era insoportable, y yo me moría de sed. Pero no nos movíamos. No nos atrevíamos ni a mirarnos a los ojos unos a otros. Había siete u ocho falsos salvajes rodeándonos, todos armados con rifles. Hasta el momento ninguno de ellos había dicho ni una palabra.

—Habla con Gwen —me dijo Wade en un susurro. Estaba situado justo a mi derecha, y me hablaba sin mover apenas los labios.

—¿Qué?

—Háblale de anoche.

—¿Qué dices?

—Anoche, John. Dormisteis juntos, ¿no?

Anoche. La noche anterior. El día anterior. Nuestro baño desnudos en el río. Sus pechos rojos mirándome. Su lengua dentro de mi boca. Sus muslos abrazándome. Yo dentro de ella.

—¿Por qué? —dije.

—Hazlo —dijo Wade—. Ella durmió contigo. Eso puede traerle problemas con los suyos.

—Ha dicho que va a dispararnos.

—Nadie va a disparar a nadie —dijo Wade.

—O sea que te llamas Carmen —dije yo en voz alta.

Gwen y George estaban tan enzarzados en su conversación que creo que al principio no me oyeron.

—Carmen —repetí en voz alta—. Explícame entonces qué pasó anoche.

Ella se volvió a mirarme, como si no supiera de qué estaba hablando.

—¿Por qué hiciste el amor conmigo? —dije.

Al oír estas palabras, George abrió mucho los ojos en gesto de sorpresa. Parecía no sé si divertido o escandalizado al escuchar mis palabras, y de nuevo puso los brazos en jarras, un gesto que en él resultaba curiosamente amanerado y femenino. Gwen le cogió el revólver de la mano, se acercó hacia el lugar donde yo estaba, levantó el arma, la amartilló, apuntó con cuidado y me disparó en el pie izquierdo. La bala entró rompiendo huesos y tendones y salió por el otro lado, atravesando mi pie izquierdo a la altura del metatarso. Empecé a gritar y a revolcarme por el suelo. Supongo que gritaba y gemía como un cerdo. Sentía como si me hubieran cortado el pie, como si me lo quemaran con fuego. El dolor era tan insoportable que me desmayé.

Vuelve Cristina

Contaré cómo fue nuestro reencuentro. Pasaron cinco años. Un día mi padre contó durante la comida que Juan Villar regresaba a España con su familia. Es decir, habían regresado. Llevaban una semana en Madrid, lo cual quería decir, para mi sangre adolescente, que Marianne llevaba una semana desnudándose y metiéndose en la cama todas las noches en la misma ciudad donde yo vivía. La noticia estalló como un sol en medio de la mesa del comedor, una fuente llena de macarrones con boloñesa, cuyo aroma se mezclaba con el de los geranios recién plantados en las jardineras de la terraza. Yo no sabía adónde mirar, si preocuparme, si sonreír. Los dos aromas, el de la fuente de macarrones y el de las flores y la tierra removida, parecían dar a la escena una intensidad especial, misteriosa, como sucede algunas veces en las novelas.

Los Villar habían regresado. Pero ahora ya no vivían en Pozuelo, sino en Príncipe de Vergara, cerca de la plaza de Colombia, a unas pocas paradas de autobús de mi casa. Iban a llamarnos para quedar cualquier día, «en cuanto se instalaran». Sin embargo, yo no tenía por qué esperar a aquella hipotética reunión de las dos familias. Podía llamar a Cristina en cualquier momento. La idea de que aquello era posible, coger el teléfono, marcar un número y hablar con ella, me parecía exótica y excitante. Me preguntaba cómo sería ella ahora. Sin duda habría cambiado mucho, físicamente y también por dentro. Pero pasaron los días y las semanas y no la llamaba. La última vez que había visto a Cristina, yo tenía catorce años y ella trece. Éramos dos niños y ahora éramos casi adultos. ¿Tenía sentido volver a vernos? Era posible que ya no tuviéramos nada en común.

Ignacio y yo también nos habíamos distanciado un poco con los años, aunque los dos estudiábamos música en el Conservatorio de Madrid y nos veíamos de vez en cuando por los pasillos del viejo edificio de la Ópera o nos encontrábamos en Monje o en la Taberna del Alabardero y tomábamos unas cervezas. Ignacio tenía una novia entonces, una muchacha rubia dos años mayor que él que estudiaba violín y se llamaba Silvana. Su madre era italiana, e Ignacio se acostaba con las dos, con Silvana y con su madre. Me lo contaba sufriendo mucho y diciendo que Susanna, la madre de Silvana, le había seducido tres años atrás, cuando él aún era virgen, y que no veía la forma de cortar aquella relación. Si Silvana se enterara se quedaría devastada, me decía, pero ¿quién podría resistirse a la fascinación de acostarse con una mujer casada llena de morbo y experiencia y que se hallaba, además, en la plenitud de su belleza? Ah, Ignacio, si tú supieras. Los labios me ardían, pero a pesar de todo yo guardaba mi secreto.

Le conté que Cristina había vuelto, y mostró un cierto interés, pero es posible que fuera simple cortesía. Ignacio vivía en el presente. No era nostálgico, o la nostalgia le duraba poco tiempo.

Ahora me parece muy ridículo todo aquello, pero la verdad es que Ignacio y yo estábamos un poco peleados por tontos motivos musicales y estéticos. Él era un «moderno» y yo, de acuerdo con su descripción, un «romántico reaccionario». Para él la música comenzaba en el *Pierrot Lunaire* de Schönberg y para mí terminaba en los *Gurrelieder* de Schönberg. Para mí Anton Webern era el diablo, para él era Dios. Yo era un defensor de la tonalidad, para él la tonalidad era aborrecible. «Te gusta la música *bonita*», me decía con rabia. «Te gustan las sonoridades *agradables*». Para mí, él defendía la fealdad, el tedio y el esnobismo vanguardista, y no era un artista sino un teórico del arte.

Y entonces un día, de pronto, la llamé. Era una mañana de sol de finales del verano, esa época mágica en Madrid en que todo es turquesa y oro y en que los perros todavía son felices por las calles. Debía de ser un sábado por la mañana, porque yo no tenía clase, o quizá era que el curso no había comenzado todavía. Temía que fuera Marianne quien cogiera el teléfono, pero lo cogió Cristina. Dijo *hello*, por hábito.

—Hola, Cristina —dije intentando aparentar naturalidad—. Soy Juan Barbarín.

—Ya sé quién eres —dijo ella con una voz muy alegre.

Era su misma voz de antes, pero dotada de una musicalidad nueva. Me pareció una voz extraordinariamente simpática, cálida y femenina. Una voz que sonaba a ramas de menta y a pastel de ruibarbo, a trenes a través de Europa y a ejercicios acrobáticos en piscinas cerradas y en camas elásticas. Y había, además, tanta felicidad contenida en ese «ya sé quién eres». Me pareció imposible que aquella alegría se debiera simplemente a mi llamada, e imaginé que la había sorprendido en medio de una fiesta familiar o de una reunión con amigos. Pero ella no tenía entonces apenas amigos en Madrid.

Yo había pensado decir algo así como «¿te acuerdas de mí?», o «espero que te acuerdes de mí», o incluso algo tan penoso como la frase «viejo amigo de la infancia», pero la única frase que salió de mi boca fue:

—¿Damos un paseo?

Resultaba un poco extraño decir esto después de cinco años de silencio. Pero a ella no pareció extrañarle.

—Sí, ¡qué bien! —dijo ella—. Pero ahora no puedo. ¿Mañana?

Luego me confesó que esa tarde no tenía nada, absolutamente nada que hacer, y que se había pasado horas tirada en la cama de su cuarto cepillándose el pelo y haciéndose daño aposta para castigarse por su estupidez. De modo que quedamos al día siguiente en el parque de Berlín, en la esquina de Ramón y Cajal y Príncipe de Vergara.

Cristina había crecido. Ya no era una niña. Sin embargo, a mí me seguía pareciendo una niña. Quiero decir que cuando la vi, me sorprendió lo poco cambiada que estaba. Estaba más alta, convertida en una joven mujer de diecisiete años. Tenía la piel pálida y el cabello negro y las mejillas y los labios muy rojos, igual que Blancanieves. Era extraordinariamente hermosa. Pero seguía habiendo en ella algo de

la niña que era antes, algo infantil, ingenuo, delicado. Yo pensaba que con los años aquel aura de infancia desaparecería y ella terminaría por convertirse en una mujer adulta, pero estaba equivocado. Los años pasaron, y ella seguía siendo una niña, y siguió siéndolo hasta casi alcanzar los treinta años.

Entramos en el Parque de Berlín, y paseamos, y dimos vueltas y vueltas por entre los castaños y los laureles, y la conversación surgía con extraña naturalidad. Era como si nunca hubiéramos dejado de vernos, aunque en realidad éramos dos extraños y apenas sabíamos nada el uno del otro. Yo hablé, hablé mucho, y luego ella me dijo que me había dejado hablar mucho aposta, porque sabía que yo necesitaba hablar e impresionarla con mis palabras, ya que los hombres siempre necesitan hablar mucho y exponer largas y floridas observaciones sobre la existencia para que las mujeres les escuchen con atención. Nos cansamos de andar y nos sentamos en la hierba y nos quedamos sin saber qué decir. No era por falta de temas de conversación, sino por una especie de saturación de sensaciones y de sentimientos. Se hacía de noche, y se iluminaban luciérnagas entre los arbustos. Ella dijo que siempre había pensado que las luciérnagas eran en realidad hadas. Así fue como descubrí, ya aquella primera tarde, lo obsesionada que estaba con el mundo de la gente menuda. *Siddhe* del condado de Comarleagh, gentes del País, bolitas de luz que danzan entre las hojas. Le pregunté que por qué le interesaba tanto todo aquello, y me dijo que en España no se entendía bien lo que eran las hadas. Que las hadas no eran seres infantiles y con alitas de colores, sino una raza compleja y ambigua poblada por criaturas muy diferentes, algunas luminosas y otras oscuras, algunas bondadosas y otras salvajes y crueles. Que lo que no eran casi nunca las hadas era tiernas y dulces, porque éstas eran características puramente humanas, aunque ésta era la imagen que nos habían transmitido las películas de Walt Disney: seres altamente morales como el hada de *Pinnocchio* o pequeñas coquetas como Campanilla, el hada de *Peter Pan*. Que las hadas eran más bien traviesas, libres, revoltosas, salvajes, temibles, infinitamente hermosas y llenas de un poder que surgía de las fuerzas libres de la naturaleza. Me dijo que en Inglaterra «hada» significa lo mismo que «duende», un término que hace referencia a todo lo oculto, lo misterioso, lo que está más allá de la esfera racional, y me habló de la Morrigan y de la Banshee, de hadas mujeres y hadas hombres y de hadas niñas y de hadas viejas, y del rey y la reina de las hadas, y me habló también de maldiciones, castigos y venganzas. También me habló del *hurley*, que es un juego de pelota que suelen jugar las hadas en los claros del bosque, y del gusto que tiene la gente del País por los chalecos de cuadros, las faldas rojas y los objetos de oro y de perlas. Yo dije que las hadas me daban hambre y que fuéramos a comer algo. A ella le entusiasmó la idea, sí, entusiasmo debería ser la palabra, un entusiasmo que casi me desconcertó. Me dijo que ella siempre confiaba en las personas que tomaban decisiones claras con respecto a la comida, y que la comida era para ella muy importante. Aquella observación me pareció sorprendente, especialmente en el contexto de una disertación casi erudita sobre el mundo de los Seres del País, como

me he acostumbrado a llamarlo desde entonces (el País es siempre el País del Ayer, el País del Verano, el País Sin Muerte Ni Olvido, es decir, el País del Endrino y del Roble, el País del Viento en los Alisos, el País de la Sombra de las Flores, el Pequeño País de Detrás de la Esquina, el País de Debajo, el País de las Hadas). Me preguntó que adónde la llevaba, y de pronto sentí la carga de una responsabilidad excesiva. Le propuse un restaurante caro que estaba por allí cerca, pero ninguno de los dos tenía dinero. Me dijo que si estaba loco, que un bar cualquiera sería suficiente. Fuimos al bar Rocky, nos sentamos dentro y pedimos un par de raciones. No recuerdo exactamente qué pedimos, quizá gambas a la plancha y tortilla de patata. A ella todo le parecía delicioso. Yo pedí una cerveza y ella un mosto. Le pregunté que si el mosto era una bebida de hadas. Ella me miró muy sonriente y me dijo que si me sentía importante cuando bebía cerveza. Yo le dije que raramente me sentía importante. A ella esta declaración pareció sorprenderle mucho.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—¿Por qué iba yo a sentirme importante? —dije—. No he hecho nada importante, y no creo que haga nada importante en mi vida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó mirándome con sus grandes ojos oscuros.

—Porque no es mi carácter —dije—. Yo soy como los gatos, ¿sabes? Me gusta tumbarme al sol. Bondad graciosa —dije imitando el falso inglés de *Astérix en Bretaña*—, sólo tumbarme al sol.

—Antes no eras así, Juan Barbarín —me dijo ella.

—¿Te gustaría volver a la calle de los Olmos, a tu antigua casa? —pregunté, por cambiar de conversación.

—Ya lo había pensado —dijo ella—. Pero yo no sabría llegar sola.

Fuimos ese fin de semana, cogiendo un autobús en Moncloa y bajándonos lejísimos del lugar donde comenzaba la calle de los Olmos. No reconocíamos nada. Pozuelo había cambiado en esos años, había menos descampados y menos campo libre que antes. El monte se iba llenando de villas y urbanizaciones.

Después de mucho andar y de perdernos varias veces llegamos por fin a la calle de los Olmos y luego a la casa en la que habían vivido los Villar, pero estaba ocupada por otros inquilinos y no podíamos entrar a curiosear. Nos acercamos a la casa de enfrente, donde en tiempos habían vivido los Recalde, que ahora también estaba ocupada por otra familia. La señora de la casa nos observaba con gesto de pocos amigos desde la ventana de la cocina donde tantas tardes habíamos merendado vasos de leche y galletas de jengibre que Patricia, la madre de Ignacio, hacía en el horno con una receta que le había pasado Marianne. Luego fuimos a la casa que estaba al lado de la de los Villar, la propiedad abandonada donde estaba la Pradera, que, para nuestra gran sorpresa, volvía a estar deshabitada. Luego nos enteraríamos de que los Panur, la familia del poeta, se habían marchado de allí a la muerte del padre y que los hijos se peleaban por la herencia. Saltamos la valla y recorrimos el jardín en el que habíamos jugado tantas veces de niños, pero no pudimos encontrar la Pradera de

ningún modo. Aquello resultaba de lo más extraño, porque los dos habíamos estado en aquella Pradera cientos de veces, y porque los dos recordábamos exactamente dónde estaba y cómo era, un amplio rectángulo dividido en dos niveles por un escalón de piedra, con un pequeño edificio en ruinas en la parte superior y un árbol a cada lado del pequeño edificio. Pero la Pradera no aparecía, y después de buscarla y buscarla seguía sin aparecer. Después de dar miles de vueltas por todas partes, llegamos a la conclusión de que en algún momento habían hecho obras en la propiedad y habían cambiado la configuración del jardín. Aunque todo aquello tenía un aspecto bastante descuidado y parecía llevar largos años descuidado. El escalón construido con largos bloques de piedra caliza desmontado del lugar donde estaba con un *bulldozer*, el terreno nivelado con excavadoras, la casita de la parte de arriba derribada, los dos árboles cortados y los tocones arrancados de la tierra con un tractor. ¿Era de verdad posible que hubieran hecho todo aquello y que luego hubieran dejado que la propiedad se hundiera en el abandono y se llenara de hierbas parásitas de nuevo? Vi que Cristina miraba a su alrededor como en busca de algo.

—¿Te acuerdas de *Trixie*? —me dijo.

—Esa horrenda rata —dije yo exagerando mi asco—. Yo no podía comprender cómo la tocabas con las manos.

—Era muy simpática. Como un perrito. Y no era una rata.

—Era un carpincho.

—Una capibara.

—También se llaman carpinchos.

—No me tomes el pelo.

—Bondad graciosa, no te tomo el pelo.

—¿Por qué dices «bondad graciosa»? ¿Qué significa? —dijo ella, como anhelando todo el pasado con sus grandes ojos oscuros, en medio de los arbustos del jardín abandonado, altas matas de celindas revueltas por la brisa de principios del otoño, los dos perdidos en el tiempo, perdidos en el viento que revuelve hojas con flores, días con sueños, niños con adultos. Allí, en aquel momento, comenzó algo. Un viento, una navegación, una larga y hermosa navegación.

—¿No es eso lo que decís los ingleses, «bondad graciosa»? —dije yo extendiendo el brazo y tocando sus cabellos brillantes.

—*Funny goodness?* —dijo ella—. *Comical well meaning?* Los ingleses no dicen eso.

—Ah, bueno, no sé —dije yo—. Según *Astérix* sí lo dicen.

—Oh, dijo ella. *Good gracious!* ¿Es eso? *Good gracious!*

Ella se echó a reír. Entonces yo me acerqué a ella, rodeé su cintura con mis brazos y la besé. Supuse que ella me rechazaría o que no respondería a mi beso, pero no me rechazó. Nos besamos durante un rato, y luego cuando aparté mi rostro del suyo, vi el brillante reguero de una lágrima por su mejilla.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

Ella se encogió de hombros y bajó los ojos, y volvimos a besarnos. Ella abría los labios y me daba su lengua, y a mí me sorprendía que me besara con tanta pasión. Hubiera deseado, de hecho, que no abriera tanto la boca. Sentía como si ella fuera un animal grande, fuerte y oscuro que deseara devorarme. Lo cierto es que en esa época yo no tenía mucha práctica en el juego de los besos. Había besado a unas cuantas chicas, pero nunca de aquel modo. No cabía duda de que en aquellos momentos, ella era de los dos la que tenía más experiencia y la que controlaba la situación. Más tarde me contaría que había tenido un par de novios en Inglaterra, nada serio, novios de tardes de verano, de besos debajo del roble, de margaritas deshojadas, de blusas desabrochadas y caricias por debajo de la falda. Ella seguía siendo virgen, y nunca averigüé hasta dónde había llegado con aquellos novios suyos ni hasta dónde les había dejado llegar, aunque imaginarlo me produciría deliciosos escalofríos de celos en los meses y los años por venir.

Qué maravillosas son las mujeres y cómo logran siempre sorprendernos. Su atrevimiento, su imaginación, su realismo, siempre pueden con nosotros. Siempre van un poco más allá de lo que esperamos, igual que nuestro reflejo en un río, al que jamás podemos alcanzar. Siempre deciden. Siempre abren, siempre cierran.

Pero yo sentía su carne perfumada, el calor de su rostro frente a mi rostro, el dulce, ardiente, húmedo contacto de sus labios con mis labios y toda la vibración y la densidad turbadora de su cuerpo entre mis brazos, sentía la realidad de su lengua en mi boca y de mi lengua en su boca, la mística del beso, en que los seres humanos se convierten en materia hechizada y se atraviesan mutuamente y se gustan y se transubstancian, su sabor, el sabor de su saliva y de su aliento, el instante en que la carne se hace espíritu y en que el espíritu se hace carne, y todo en medio del jardín abandonado, con las matas de celindas sin flores agitándose a nuestro alrededor y las nubes corriendo por encima de nosotros en el deshilachado fluido del tiempo de los años por venir y de la pasión sexual por venir.

Cómo nos sorprenden siempre las mujeres. Y lo que más nos sorprende siempre de ellas es su pasión. Cuando surge, deja pequeña y casi ridícula cualquier pasión que un hombre pueda sentir. Es como el deseo: o parecen no sentir ninguno, o bien es tan avasallador que nos asusta. Yo, que había reunido todo mi valor para besarla, me encontraba de pronto casi devorado por sus besos.

—Te adoro, niña mía —le dije al oído.

—Yo siempre te he querido, todos estos años —dijo ella.

—Entonces ¿por qué no me escribías?

—Porque pensaba que yo era una niña tonta y que tú no estabas interesado en mí. Además, fuiste tú el que dejó de escribir.

—Yo también te he querido todos estos años. Pero pensaba que nunca volvería a verte.

—Yo también lo pensaba —dijo ella—. Pero pensaba volver a España cuando fuera mayor.

—¿Volver? ¿Por qué?

—Porque yo soy española —dijo ella—. No me gusta Inglaterra. No me gusta la gente de Inglaterra. Y porque tú estabas aquí.

—Pero casi no nos conocemos —dije yo.

Todavía seguíamos abrazados, y nos besábamos suavemente mientras seguíamos hablando. Yo sentía el calor y la densidad de su cuerpo entre mis brazos, y sentía que ella estaba como temblando.

—No seas tonto, claro que nos conocemos —dijo ella, que tenía todo el rato los ojos húmedos de lágrimas.

—Estás tan guapa que me pones nervioso.

—Tú también estás muy guapo —dijo ella—. Y muy alto. Antes no eras tan alto.

—¿Lo ves? No nos conocemos.

—¿De verdad me quieres?

—Siempre te he querido.

Recuerdo la primera vez que nos desnudamos completamente uno frente a otro, uno al lado del otro, en mi cama de adolescente solitario, sobre la colcha color oro viejo que tenía yo entonces, una tarde que mis padres estaban fuera. No teníamos intención de hacer el amor porque ella todavía no quería hacerlo, y creo que tampoco deseaba especialmente verme desnudo ni desnudarse ante mí. Una luz entre dorada y cobre llenaba la habitación con la placidez secreta de la tarde de marzo. Inevitablemente yo comparaba el cuerpo desnudo de Cristina con el de su madre, y me preguntaba si lo que yo buscaba en Cristina no sería en realidad volver a estar con Marianne. Pero para gran suerte de ambos, Cristina no se parecía físicamente a su madre: era morena, como Juan Villar, y no tenía tampoco el cuerpo de largos huesos de su madre. Había heredado de ella una especie de aura venérea y una enorme elegancia física, y sin duda sus ojos almendrados, esos ojos esquimales que tienen a veces las mujeres inglesas, y su pequeña nariz respingona, provenían de Marianne, pero el parecido se detenía allí.

Durante varios meses lo único que hicimos fue jugar. Caminábamos por las calles de Madrid, hablábamos durante horas y luego buscábamos refugio allí donde podíamos, normalmente en mi casa, que estaba vacía por las tardes, nos acostábamos y nos desnudábamos y jugábamos con nuestros cuerpos. Yo me sentía ligeramente decepcionado. No sólo porque nuestros juegos sexuales no fueran todavía una verdadera relación sexual, sino también porque ella, que tenía un precioso cuerpo de mujer, tan bello, tan rosado y perfumado, tan tibio y amable que me convertiría en esclavo de su sombra de por vida, seguía siendo en realidad una niña, y yo lo que deseaba con todas mis fuerzas era estar con una mujer adulta.

A ella le gustaban mucho las flores y las cosas de colores y de cristal y los pequeños objetos encantadores, las figuritas, los monederos. Le gustaban también los caramelos, no sólo las violetas y las gominolas, sino también los chupachups y las piruletas. Le gustaban tanto las piruletas que a menudo durante nuestros paseos se

compraba una y la iba chupando mientras conversábamos. Luego, si no se la terminaba, la envolvía en un papel y la guardaba para más tarde, como los niños. Cuando se comía un melocotón terminaba chupando el hueso hasta dejarlo mondo y luego se lo dejaba dentro de la boca una tarde entera y yo lo encontraba allí, dentro de su boca, cuando la besaba. Tenía, en verdad, una extraña relación con las flores y las plantas en general: las chupaba, las mordía, masticaba hojas de hierba y tréboles y se manchaba la lengua y los labios de clorofila, extraía la gota de néctar de la flor de la madreleña y luego devoraba los pétalos y los pistilos. Yo me decía que mi novia no era una persona, sino un hada, una criatura salvaje de los bosques. No tenía ninguna costumbre adulta de esas que todos intentábamos imitar. No fumaba. No bebía alcohol, ni siquiera las llamadas claras, cerveza con gaseosa, aunque ocasionalmente podía disfrutar de una copa de vino con una buena comida. No tenía el menor interés por las drogas. Se ponía perfume de bebés, que decía que era el que más le gustaba. Su pelo olía a champú infantil, su sexo a jabón de lavanda. No se pintaba los labios ni se maquillaba, y cuando lo hacía por jugar no se maquillaba bien, porque no tenía práctica, y entonces empleaba demasiado carmín, demasiado rimmel, demasiado lápiz de ojos, como les sucede a las niñas cuando juegan a maquillarse. Le encantaban los pendientes. Casi nunca llevaba sujetador, y sus pechos se movían libres bajo la blusa y sus pezones se marcaban con claridad en sus camisetas. Pero esto no era un gesto sexual sino más bien todo lo contrario, una declaración de inocencia edénica. No le gustaban las películas violentas, y seguían gustándole las películas de Walt Disney y los cuentos de hadas. Le gustaban los libros de Yasunari Kawabata. Le gustaba mucho dibujar con lápices de colores. Tenía una caja de Caran D'Ache y le gustaba pintar con lápices y acuarela, mezclando ambas técnicas, para pintar flores y paisajes. Se podía pasar una tarde entera copiando una flor o unas hojas secas. Le encantaba la pintura prerrafaelista, pintores de los que yo jamás había oído hablar como Alma Tadema y Lord Leighton, y también Gauguin, con sus perros rojos y sus árboles azules. No le gustaba la pintura barroca ni el cubismo. Adoraba todas las cosas inglesas. Adoraba a Gainsborough y a Constable (yo aborrecía a Constable) y sentía una suave desconfianza hacia todo lo francés, que consideraba demasiado intelectual y bastante esnob. No sentía el menor interés por la palabrería «interesante» y «chocante» de los franceses. Decía que los franceses no tenían cuerpo, que en ellos todo era mente y palabra, actitudes calculadas para provocar un efecto. Yo le preguntaba que si pensaba que los ingleses tenían cuerpo y ella decía que, al menos, los ingleses tenían sentidos. Adoraba *Orlando* de Virginia Woolf, un libro lleno de sensaciones y de imágenes. Adoraba todas las novelas románticas: *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas*, *Julia Lyndon*, cuyas escenas eróticas a veces leíamos juntos. Se había traído de Inglaterra muchos de sus libros infantiles: las colecciones de Enyd Blyton, de Pippi Calzaslargas, sus anuarios llenos de ositos felices y de partituras de canciones y de cuentos cuyo protagonista era un hombrecito de jengibre. Guardaba todos sus dientes de leche entre algodones dentro de una cajita de marfil

que tenía una genciana tallada en la tapa. Tenía álbumes de flores secas y de hojas secas. Tenía viales de cristal rosa, azul y amarillo en los que guardaba sus lágrimas, derramadas en ciertas ocasiones importantes de su vida, igual que el general guarda las banderas de sus batallas. Tenía flores secas guardadas en el interior de sus libros. Tenía su *teddy bear* de cuando era niña sobre su cama, un osito melancólico que tenía una oreja descosida. Cantaba, siempre estaba cantando. Cantaba canciones que existían y canciones que no existían, con una delicada voz de hada muy aguda que a mí me parecía maravillosa. Creo que mis amigos estaban sorprendidos de que yo estuviera saliendo con una chica tan infantil, aunque todos la querían porque era difícil no querer a Cristina. Creo que todos estaban convencidos de que no íbamos a durar mucho juntos y que yo me cansaría pronto de ella, o ella de mí. Las novias de mis amigos eran mucho más elegantes y sofisticadas que Cristina, y cuando se ponían guapas y se maquillaban y se ponían medias y zapatos de tacón parecían casi mujeres de treinta años. A su lado Cristina, que jamás se arreglaba, siempre parecía una niña. Ellas hablaban con el tono ligeramente grave y sarcástico de las mujeres intelectuales, mientras que Cristina hablaba como una niña, haciendo bromas y poniendo voces de duende y cantaba, siempre estaba cantando. Ellas eran irónicas, Cristina era como un payasito, siempre alegre, tan alegre como un pajarito en la ventana. Le gustaba hacerse trenzas y ponerse pasadores en el pelo, como las niñas. A mí a veces, cuando la veía con dos trenzas, lamiendo una piruleta y mirándome con una brillante sonrisa de mejillas llenas, me desesperaba que fuera tan infantil y pensaba que tenía que dejarla, que debía cortar con ella cuanto antes. Pero ella era muy joven, al fin y al cabo, sólo tenía diecisiete años, y yo me decía que pasaría el tiempo y ella se transformaría por fin en la mujer plenamente adulta que yo deseaba.

Nuestra vida en Madrid

Hay algo trágico y triste en la juventud. El eco de una batalla perdida. Nuestra historia, la de Cristina y mía, también es la historia de una batalla perdida. Mis padres se llevaron un gran disgusto cuando se enteraron de que yo no pensaba ir a la Universidad porque había decidido estudiar música y ser compositor (en esos años el título del Conservatorio no era universitario y no servía prácticamente para nada), y los padres de Cristina otro cuando su hija les dijo que quería ser cantante de ópera. Las dos familias no se veían apenas en esa época. La amistad que había entre ambas se había entibiado con el paso del tiempo.

A mis padres les parecía absurdo que Cristina quisiera ser cantante de ópera. Cristina con sus piruletas, con sus trenzas, con sus ropas de hada. «Esa niña», decía mi madre, «no tiene ni el carácter ni la personalidad necesarios para ser cantante de ópera». Además, ¿de qué ópera? En aquella época prácticamente la única ópera que existía en España era el teatro del Liceo de Barcelona. En Madrid sólo había zarzuela.

Mi estudios en el Conservatorio iban bien. Durante los veranos, asistía a los cursos de composición de Villafranca del Bierzo, en las montañas del norte de León, donde los Halffter tenían un castillo. Ignacio también estaba allí. Casi todos estábamos allí, Macías, que era unos años mayor, José Manuel López López, Santiago Lanchares, Pistolesi, Jorge Fernández Guerra, Mauricio Sotelo, Jesús Rueda, los que luego formarían la nueva generación de compositores españoles a la que yo jamás llegaría a pertenecer. Recuerdo a Cristóbal Halffter leyendo una partitura mía para orquesta, subiendo y bajando los ojos por el enorme papel pautado y mirándome de vez en cuando, sin saber qué decir. «El único problema de esta música», dijo por fin, «es que si la hubiera escrito Cesar Franck a todos nos parecería maravillosa». ¡Cesar Franck! ¡El más débil, el más limitado, el más exiguo de los sinfonistas románticos!

Por lo demás, hice todo lo que cualquier joven compositor de mi edad debía hacer. Conocí a Luigi Nono en los cursos «Manuel de Falla» de Granada y, como todos, me sentí fascinado por su personalidad ascética, magnética. Leí *El ángel necesario* de Massimo Cacciari. Leí a Theodor W. Adorno. Conocí a Franco Donatoni en Siena, en los cursos de la Academia Chigiana, y asistí también a varios cursos en el IRCAM de París, donde estaban experimentando con la música hecha con máquinas, con programas informáticos, con la descomposición física del sonido.

Lo intenté, Dios sabe que lo intenté. Me puse a componer música serial, a trabajar en «bloques» y «densidades» bajo el magisterio de Francisco Guerrero (que nunca me cobró por las lecciones) y a interesarme por la electrónica y por la microtonalidad y por la descomposición espectral del sonido, y consideré incluso la posibilidad de estudiar acústica, física y matemáticas. Lo intenté, pero fue inútil, porque aquella

música no me conmovía, no me saciaba.

Entonces hice cosas realmente temerarias: por ejemplo, decir públicamente en varias ocasiones que Theodor W. Adorno, el crítico y filósofo musical a quien todos adoraban, me parecía un cretino redomado. Adorno relacionaba la noción de «belleza» con la deshumanización capitalista, la explotación del hombre y los «mataderos humanos» y exaltaba la fealdad y lo desagradable como forma de «concienciación». La música, según Adorno, debía ser áspera e incómoda porque de lo contrario se convertía en un arma de explotación del individuo. ¿Se pueden decir tonterías más grandes?

Los dos terminamos los estudios más o menos al mismo tiempo. Yo comencé a dar clases de solfeo en el Conservatorio. Cristina se presentó a las audiciones del Coro de Radio Televisión Española y fue admitida. Ahora teníamos los dos un sueldo, de modo que alquilamos un piso por la zona de Chueca y nos pusimos a vivir juntos, para gran horror de las familias de ambos, que se sintieron desilusionados de que no quisiéramos casarnos, que no quisiéramos comprar una casa (alquilar era «tirar el dinero») y que insistiéramos en dormir en un futón japonés en vez de tener una cama con un somier metálico como todo el mundo. Poco después, la familia de Cristina regresó a Inglaterra. Sus padres nunca llegaron a entrar en nuestra casa. Mis padres tampoco venían mucho.

Nuestro fracaso se enmascaraba de prosperidad y del discreto éxito de la existencia burguesa, que consiste en obtener un puesto, tener un sueldito y poner una casa muy agradable. Hice oposiciones en el conservatorio. Ahora ya era funcionario. Cristina cantaba ahora casi todos los fines de semana en los conciertos regulares de la Orquesta de RTVE. Y los dos nos adentrábamos en una vida cómoda, perfectamente insípida, típicamente española.

Escribí una Sinfonía en Re bemol mayor a la que llamé Sinfonía número 1. Se la enseñé a dos de mis antiguos profesores, Carmelo Bernaola y Luis de Pablo. Los dos me dijeron que mi obra revelaba buen oficio y dominio del «lenguaje tradicional», pero me aconsejaron que no la mandara a ningún concurso, porque me desacreditaría para siempre. Pero me dieron buenas ideas. Bernaola me dijo que si ésa era la música que me gustaba, podía dedicarme a la música cinematográfica. Y Luis de Pablo que el único país donde podría tener un cierto futuro como compositor eran los Estados Unidos.

Nuestros planes se hundían. Cristina consiguió un papel en una zarzuela, *La del soto del parral*, pero tenía problemas para compaginar los ensayos de la zarzuela con los del coro, de modo que al final tuvo que abandonarla. Yo le dije que mandara el coro a la mierda, pero un papel secundario en una producción secundaria no parecía promesa suficiente como para abandonar un trabajo fijo con catorce pagas al año. Yo bebía demasiado. Más tarde dejé el alcohol casi del todo, pero en aquellos años me aficioné al *whisky* y al coñac, a los *gin-tonics* y al vodka con naranja, a los cuba libres de ron y al vermú, al jerez y al oporto.

Y estaban las mujeres. Nunca he conocido a nadie más naturalmente fiel que Cristina, y a nadie más naturalmente infiel que yo. En mi defensa diré que tuvieron que pasar años para que la tentación fuera más fuerte que yo, y que le fui fiel a Cristina durante mucho tiempo. Y luego mis caídas (si es que se le pueden llamar así) fueron siempre breves y episódicas. Líos de una noche cuando yo estaba fuera de Madrid o cuando Cristina se iba de gira con el coro. La razón de mis infidelidades no era que ella no fuera suficiente para mí ni que yo no la quisiera con locura. Cristina y yo teníamos una relación erótica apasionada, pero a pesar de todo yo deseaba a otras mujeres. Deseaba a todas las mujeres, ésa es la verdad. Creo que ésa es la naturaleza de muchos hombres y, sinceramente, no sé cómo es posible luchar contra la propia naturaleza. ¿Metiendo la pata en una trampa, como hizo el zorro del cuento?

Mis infidelidades pasaron desapercibidas durante mucho tiempo, y es posible que ella nunca hubiera descubierto nada de no ser por un sujetador dorado que alguien dejó escondido detrás de la cisterna del cuarto de baño con la intención, supongo, de que ella lo encontrara. No sé quién fue, porque la semana que sucedió, cuando Cristina estaba de gira por Sudamérica, estuve al menos con tres mujeres distintas, aunque mis sospechas recaen sobre una brasileña, estudiante de composición, que respondía al curioso nombre de Ontanna. Así fue como Cristina descubrió en un instante y de la peor manera a qué me dedicaba yo cuando ella no estaba. No gritó. No lloró. Su reacción me sorprendió. Cristina siempre tenía la capacidad de sorprenderme. Me dijo que si quería estar con otras mujeres podía hacerlo, pero que ella no quería enterarse. Era, supongo, el lado práctico y británico de su naturaleza. Estaba muy disgustada, y pasaron semanas hasta que me dejara siquiera tocarla o pudiera recobrar la presencia de ánimo para volver a mirarme a los ojos, pero a pesar de todo me dijo que hiciera lo que quisiera, que ella no quería ni podía quitarme la libertad. Creo que ella pensaba que el motivo de mis infidelidades era mi deseo de experimentar, el hecho de que los dos habíamos empezado a salir cuando éramos muy jóvenes y cuando no habíamos tenido otras experiencias sexuales. Pero el problema no era que yo quisiera experimentar antes de consagrarme a una relación monógama, sino que mi alma no era monógama en absoluto. El pensamiento de que ella pudiera estar con otro hombre me ponía enfermo, pero a pesar de todo le dije que ella también podía irse con otros si lo deseaba, que yo no creía en las parejas que son fieles por obligación (lo cierto era que yo no sabía en qué creía), y que tampoco creía en la represión de los deseos. Había un bajo en el coro de RTVE, el jefe de cuerda, que estaba enamorado de Cristina y se pasaba el día intentando seducirla. Ella le decía que tenía novio y él le decía que eso no tenía importancia, que él no era celoso. Estaba obsesionado con acostarse con ella, la llenaba de atenciones y de regalos imprevistos y la invitaba continuamente a pasar un fin de semana con él a una casa que tenía en Jávea. Cristina me lo contaba todo, supongo que porque no quería que yo me enterara por una tercera persona. Yo conocía al bajo en cuestión, un hombre muy alto (los bajos suelen ser más altos que los tenores) llamado Ígor, fuerte y corpulento,

de unos cuarenta años, de sienes plateadas, soltero y sofisticado. Nunca ocultaba lo mucho que le molestaba mi presencia y me dijo en varias ocasiones que era una pena y un escándalo que una mujer tan preciosa como Cristina estuviera con un chiquillo como yo. Yo le decía: tranquilízate, Ígor, si sigues insistiendo a lo mejor lo consigues. Era el tipo de hombre que enseguida hace saber que se ha hecho una vasectomía y que siempre busca la forma, elegante y bienhumorada, de hablar del tamaño de su pene en cuanto hay mujeres delante. Sé que durante una gira veraniega del coro, Ígor se consagró a Cristina y que su única obsesión era llevársela a la cama. Le preguntaba ¿por qué no quieres? Yo no quiero que seas mi mujer, no tienes que dejar a tu marido. ¿Por qué eres tan estrecha? Se lo preguntaba públicamente, la abordaba públicamente, y en una ocasión, cuando estaban en Guadalajara, México, se sacó el pene cuando estaba en la habitación de hotel de Cristina (había otras tres o cuatro cantantes presentes, todas mujeres) para mostrarle lo que se perdía. Supongo que en aquella ocasión se hizo de nuevo el manido chiste, «miembro del coro». Hoy en día su comportamiento habría sido considerado acoso sexual, pero en aquellos días se interpretaba como un signo de sofisticación y de liberalidad. Ígor se había acostado con muchas de las cantantes del coro, y todos estaban al tanto de su persecución de Cristina y esperaban con delicia el momento en que Cristina cayera por fin. Luego ella me contaba todas estas cosas cuando estábamos en la cama, y yo me sentía tan excitado que le hacía el amor durante horas. La visión de ella abrazada a otro hombre y gozando con él me hacía temblar de horror y de celos, pero aquellos celos me excitaban más allá de toda medida. Yo era joven entonces y no comprendía aquellos sentimientos, que me parecían una perversión extraña. Me decía que yo debía de ser una persona muy perturbada, y que nadie en su sano juicio podría desear que su mujer estuviera con otro ni podría sentir placer al imaginarlo.

Comenzamos a distanciarnos

Una Semana Santa nos fuimos a la playa de *camping*. Estábamos en algún lugar de Alicante o de Castellón, en un *camping* medio vacío situado en una colina llena de pinos que avanzaba hasta un acantilado que caía sobre el mar.

Leíamos durante horas a la sombra de los pinos. Yo leía *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell, y Cristina leía *El canto del inmediato satori*, un libro clásico del zen japonés y también *Lo que sé de mí*, la «autobiografía espiritual» de Shirley McLaine.

Una tarde, por curiosidad, cogí *El canto del inmediato satori* y me puse a leer. Siempre me había sentido atraído por Oriente y también por lo esotérico. Sin embargo, lo que decía aquel pequeño libro me resultó antipático e inhumano. El zen, decía el viejo tratado, es lo mismo que morir. Lo que busca el discípulo zen es morir, y cada vez que se acuesta en su colchoncito estrecho y duro es como si se metiera en la tumba. El zen busca la inacción total, la vaciedad total de la mente. Zazen es quedarse completamente inmóvil frente a una pared en blanco. Zazen es mirar una pared vacía durante horas. Entender que todo está vacío, que nada es nada, y que tú estás vacío también y tampoco eres nada.

Le dije que todo aquello me parecía morboso y enfermizo. Que no entendía por qué quería «morir» cuando era joven, hermosa, llena de vida, cuando estaba enamorada y era amada. Ella me dijo que yo no comprendía bien, que sólo había leído unas pocas páginas. Le pregunté por qué quería quedarse inmóvil durante horas mirando una pared vacía y me dijo que ésa no era más que una forma de calmar la mente y lograr que se detuviera el flujo de pensamientos. Yo le dije que estaba cayendo en las garras de la religión, que todo aquello me olía a pecado, a castigo y a apartamiento del mundo. Me dijo de nuevo que me equivocaba.

A partir de entonces, los intentos de Cristina de encontrar trabajo como cantante se hicieron más esporádicos. Sufría tanto en sus enfrentamientos con el mundo que regresaba de cada audición como un gavilán regresa de una batalla feroz en las alturas, llena de heridas. Los que no conocen el mundo artístico no pueden imaginar lo feroz y despiadado que puede llegar a ser. El formidable ego que tienen a menudo los artistas no es sino el escudo necesario para resistir los golpes brutales a los que han de enfrentarse. Cristina no tenía ni ese ego ni ese escudo y tampoco quería tenerlos. Y entonces descubrió el mundo espiritual. Era como si el Mundo de las Hadas que vivía en su interior hubiera encontrado, por fin, la forma de manifestarse.

Comenzó a ir a clases de yoga y a practicar la meditación. Nunca pretendió convencerme de que yo fuera también. Me contaba lo bien que se sentía después de hacer yoga, pero no pretendía que yo hiciera yoga también. Me explicaba lo que era la meditación. Yo me sentía interesado, pero cada vez que me ponía a leer alguno de

los libros que me recomendaba, sentía rechazo.

Todo era nuevo en la vida de Cristina. Nuevas terapias. Nuevas formas de vestir. Nuevas formas de calzar. Nuevas formas de respirar. Nuevas formas de dormir. Todo lo que pensamos influye en nuestra vida. Todo lo que comemos influye en nuestra salud. En Occidente estamos todos enfermos. Hemos perdido el contacto con la naturaleza y con los ciclos vitales del mundo. Ya no sabemos respirar, ni caminar, ni comer, ni amar, ni escuchar, ni servir. Somos egoístas obsesionados con la riqueza y el beneficio. Destruimos la madre tierra.

Comenzó a tener enfermedades extrañas, ese tipo de enfermedades que los médicos no consideran verdaderas enfermedades. Comenzó a sufrir unos picores en la piel tan intensos que tenía dificultades para dormir. Intentó varias pomadas para la piel. Fue a varios médicos alternativos, que le recomendaron distintas terapias. Una de ellas era bastante sencilla: bañarse en el mar. Pero no vivíamos en el mar. Nos fuimos un fin de semana al mar y el agua del Mediterráneo resultó ser mágica, y los picores de la piel desaparecieron al instante. Pero en cuanto regresábamos al aire seco de la meseta, los picores retornaban. Mi madre me dijo que lo que deberíamos hacer era tener un hijo, y que en el momento en que Cristina se quedara embarazada, todos aquellos problemas imaginarios que a nosotros nos parecían tan importantes desaparecerían como por ensalmo.

Cristina entró en contacto con una terapeuta que tenía mucho prestigio en los círculos en los que ahora se movía. Se llamaba Mónica, y era una mujer de unos cuarenta y cinco años, muy agradable, que hablaba con acento asturiano y tenía unos profundos ojos azules. Hacía terapias de muchos tipos, tales como reflexología e iridología, técnicas de las que yo jamás había oído hablar, había estudiado medicina tibetana y tenía un título de bioenergética obtenido en Alemania. Cristina me contó que nada más entrar en la casa de Mónica sintió que su vida, que hasta entonces había estado perdida y sin rumbo, comenzaba a tomar una dirección. En aquella primera sesión Mónica le tomó el pulso y le miró el iris. Le dijo que ella era una persona muy sensible y que se sentía atacada por el mundo exterior. Que sentía que el mundo era peligroso y que, literalmente, tenía la piel «débil», y por esa razón se le irritaba y le picaba al enfrentarse con el mundo hostil. Le explicó lo que significa la piel en términos esotéricos y también le habló de la necesidad de hacerse una piel más «dura» para poder enfrentarse al mundo implacable y salvajemente materialista de la era de Kali Yuga. Sin haber hablado nunca antes con ella, le contó a Cristina toda su vida. Le dijo que tenía problemas con su madre, que siempre había sentido que su madre no la quería y que la veía a ella como una amenaza, como una competidora, que la fuerte personalidad de su madre la había hecho siempre desear esconderse y pasar desapercibida. Le dijo que estaba viviendo una relación amorosa y sexual muy intensa, pero que a pesar de todo había en su interior una enorme tristeza que la devoraba. Le dijo que aquellos problemas con la piel provenían del hígado, que era su punto débil, y que si quería armonizar el sistema y prevenir futuras complicaciones

debería cambiar su forma de alimentarse. Le prohibió comer azúcar blanca, productos lácteos (especialmente queso, una pésima costumbre occidental), huevos, carne roja, harinas refinadas, así como cualquier producto congelado, en lata o con conservantes o colorantes de cualquier tipo. El café debía sustituirse por achicoria y el té debía sustituirse por infusiones o tisanas de hierbas calmantes tales como hierbaluisa, tila o menta. El pescado blanco y el marisco estaban permitidos, aunque sólo una vez a la semana, dado que el ideal era llevar una dieta vegetariana, y las fuentes de proteínas recomendadas eran las judías de soja, el tempeh y el seitán (en aquella época prácticamente imposibles de encontrar en Madrid) así como la combinación de legumbres con cereales.

El nuevo régimen de Cristina supuso para mí algo así como la llegada del invierno. No era que no pudiera comer *nada*, pero la comida se convirtió de pronto en una obsesión para los dos y en una fuente constante de preocupación. Comenzamos a visitar los herbolarios, cuyos productos tenían, por lo general, un aspecto triste y monástico. Galletas tristes e insípidas. Azúcar morena que ponía un desagradable sabor a tierra en el café. Hamburguesas vegetales que sabían a corcho. Cristina no tenía un temperamento fanático y enseguida adaptó la rígida dieta de Mónica a sus propias medidas. Nunca dejó de tomar té, por ejemplo, y en alguna cena especial podía tomarse una copa de vino. Disfrutaba de una porción de tarta o de un dulce de vez en cuando. Pero la prohibición de los lácteos, de los huevos y de la carne la mantuvo a rajatabla. Como ninguno de los dos tenía ganas de pasarse el día cocinando, yo terminé por adoptar más o menos su dieta.

Habíamos entrado en la esclavitud. Es cierto que es difícil no ser esclavo de algo. De la carne, o de no comer carne. Del alcohol, o de la pureza. De la sensualidad, o del celibato. Entonces no lo sabíamos. Uno raramente se da cuenta de que se ha convertido en un esclavo. Además, siempre hay una razón de peso para convertirse en esclavo. Normalmente uno se convierte en esclavo porque desea un bien mayor, o porque ha sido convencido por algún tipo de fe. La fe hace esclavos. La fe exige esclavos. Por eso, para no ser esclavo de nada, es necesario no tener fe en nada. ¿Es posible vivir así? No creer en nada conduce a la depresión y al vacío. Entre el vacío y la esclavitud, seguramente existe una senda. Es una senda tan fina como el filo de una navaja. Los que caminan por esa senda son los únicos seres libres, los únicos seres vivos. ¿Cuántos hay en el mundo?

Al cabo de un mes de su nueva dieta, sus picores comenzaron a disminuir. Nunca llegaron a desaparecer del todo, aunque Cristina atribuía todo esto a que ella nunca había seguido la dieta de Mónica al pie de la letra. Estaba mejor y dormía mejor. Pero yo la veía pálida, más delgada y más triste. Ya no hacíamos tanto el amor como antes. Ella decía que eso también era normal. Que no podíamos estar todo el día enredados como conejitos.

Ahora Cristina veía a menudo a Mónica. Iba a su consulta al menos una vez al mes. Y así pasó un año, y quizá dos. En verano, los picores desaparecían casi por

completo, pero al comenzar el otoño regresaban. Era el aire seco de Madrid, las calefacciones, el estrés del comienzo de la temporada. Seguía haciendo audiciones para zarzuelas, intentando conseguir algún papel que le permitiera iniciar una carrera como solista, pero jamás la cogían. Yo no comprendía por qué, ya que su voz era preciosa.

Mónica le dijo que para su hígado y para su piel sería bueno que hiciera ayunos y que se diera baños con arcilla. Mónica tenía un centro de terapias alternativas en la Sierra de Gredos, e invitó a Cristina a que fuera allí a hacer un ayuno de un fin de semana. Aunque sería mucho mejor todavía que hiciera un ayuno de una semana completa. Porque al ayunar durante una semana el cuerpo logra superar la sensación de hambre y comienza a utilizar las reservas de energía de que dispone, y entonces la debilidad inicial desaparece.

Cristina me preocupaba cada vez más. La sentía cada vez más lejos de mí y más lejos del mundo. Ella me decía que nosotros habíamos vivido engañados, que habíamos querido convertir el arte en una forma de expresión de nuestro ego, y que el verdadero arte debería ser una ofrenda al Espíritu, una invocación y un servicio. Enseguida comenzó a pensar que ésa era precisamente la razón de su fracaso artístico: que había entrado en el mundo del arte buscando fama, gloria, reconocimiento, y que por ésa misma razón *se lo habían negado*.

—¿Quién? —le decía yo—. ¿Quién te lo ha negado?

—Las fuerzas superiores —me decía ella.

—¿Qué fuerzas superiores?

—Las fuerzas superiores que gobiernan nuestra vida.

Yo le decía que todo aquello estaba muy bien, pero que entonces cómo explicaba que el mundo estuviera lleno de artistas sedientos de éxito y de fama que conseguían exactamente lo que se proponían y que cómo explicaba que las fuerzas superiores no les impidieran a ellos también lograr el éxito.

—Que otros puedan satisfacer los deseos de su ego no quiere decir nada —me decía Cristina—. Cada uno tiene un karma distinto y un nivel de evolución distinto. El hecho es que *a nosotros* no nos permiten funcionar con el ego. Lo que a otro puede funcionarle, a nosotros no nos funciona. Porque nosotros tenemos la posibilidad de evolucionar.

—Entonces, esos otros están tan atrasados en la evolución espiritual que da igual que tengan éxito, porque si fracasaran tampoco aprenderían nada —decía yo—. ¿Es algo así? Como son unos seres sin evolucionar les dan todos los regalos del mundo, mientras que nosotros, como somos superiores, no logramos nada.

—Nadie ha hablado de que seamos «superiores» —dijo Cristina—. Estoy hablando de que cada uno tiene las experiencias que tiene de acuerdo con su karma y con su nivel de evolución espiritual, eso es todo.

Ahora teníamos a menudo esta clase de conversaciones. Y yo veía a Cristina alejarse. La veía con los cabellos castaños llenos de ceniza, vestida con una túnica

marrón, caminando descalza montaña arriba por un camino de tierra orlado de zarzas, alejándose de mí, alejándose del mundo. Porque cuando ella decía *nosotros*, ¿a quién incluía en ese *nosotros*? ¿Éramos nosotros dos o eran ella y los que estaban con ella? Creo que ella decía *nosotros* como un simple gesto de cortesía hacia mí, para no dejarme de lado, o quizá para seguir manteniendo la ilusión de que los dos estábamos juntos en aquella nueva aventura en la que se adentraba.

Finalmente, decidió marcharse a Gredos para hacer un ayuno de una semana.

Había regresado al mundo de las hadas. Me contaba que Mónica tenía la capacidad de *ver*. Que veía seres en la naturaleza, hadas, duendes, fantasmas, muertos, desencarnados, que los veía con los ojos abiertos. Que veía la energía que rodea a las personas, que con sólo mirarte sabía qué era lo que te sucedía, en qué estabas pensando, qué tipo de vida habías tenido. Lo más curioso era que yo no dudaba que todo aquello fuera cierto, es decir, que Mónica dijera la verdad, y que de verdad viera cosas. Nunca he sido un ateo combatiente ni un racionalista fanático. Siempre he creído que el arte tiene mucho que ver con lo que los antiguos llamaban magia. Sin embargo, el giro que estaba tomando la vida de Cristina me asustaba.

Cristina en Rishikesh

Fui a visitarla a Gredos durante su ayuno. El centro de Mónica estaba en un lugar apartado de la sierra, entre Candeleda y Arenas de San Pedro. Aquella vez habría en la casa unas quince personas, algunas viviendo allí de forma permanente, otras recibiendo distintas terapias. El personal consistía en una cocinera, una mujer encargada de la limpieza y dos mujeres que ayudaban a Mónica en las terapias, una de las cuales era médico. Me sorprendió que alguien con un título universitario se interesara por aquellas prácticas propias de curanderos, y más aún oírle decir que la medicina tradicional y la alternativa no eran opuestas sino complementarias, y que en el futuro las prácticas que se realizaban allá arriba se enseñarían también en la universidad.

La conversación al anochecer era realmente de locos, o al menos a mí me lo parecía así entonces. Sólo tres o cuatro personas estaban haciendo ayuno como Cristina, de modo que nos reunimos en el comedor para cenar a la luz de velas y lámparas de gas. Los que estaban ayunando sólo tomaban un caldo de verduras muy diluido para no perder minerales. Los demás cenamos una gran ensalada llena de hojas excesivamente verdes (cuanto más verdes y más ácidas más llenas de alimento, explicaba Mónica) y unas verduras al horno que en mi opinión estaban crudas. No había sal en la mesa aunque sí salsa de soja, pero no estaba bien visto echarse demasiada salsa de soja. Había diminutas rodajas de pan integral en cestillas, pero tampoco estaba bien visto abusar del pan. De postre había cerezas recogidas en los árboles locales, tan verdes que tenían un tono rosado y algunas estaban casi amarillas, aunque Mónica decía que eran perfectamente comestibles y que tenían mucho más alimento que esas cerezas artificialmente rojas que se compran en el supermercado.

Todos habían visto platillos volantes y «seres» en el bosque y habían sentido «presencias» en la casa. Mónica aseguraba que allí arriba, en Gredos, las visitas de los extraterrestres eran corrientes. Después de cenar salimos a la pradera que había frente a la casa con la esperanza de ver algún ovni. Era una tibia noche de primavera, y el cielo estaba lleno de estrellas. Mónica nos contó, con mucho secreto, que ella había estado en Perú con Shirley McLaine en un célebre contacto con los *aliens*, el encuentro del siglo, y nos habló del momento en que la nave madre se colocó sobre ellos, y de las ciudades extraterrestres a las que fueron llevados. Yo me di cuenta de que Cristina ya conocía la historia, y también me di cuenta de que estaba completamente fascinada con Mónica. Y fue entonces cuando vi un cierto brillo en sus ojos. Creo que no había visto aquel brillo nunca antes. Tenía seguramente una causa física: el hecho de que mi pequeña Cristina llevaba varios días sin comer nada. Pero a mí me dio miedo, porque me dio la impresión de que sus ojos habían comenzado a ver algo que yo no era capaz de ver.

Cristina y yo nos alejamos del grupo para dar un paseo por los bosques de los alrededores a la luz de la luna. Ella caminaba muy despacio. Tenía una botella de agua de manantial de la que iba dando pequeños sorbos. Aquel brillo que tenía en los ojos me inquietaba profundamente y me asustaba. Yo le dije que estaba preocupado por ella, muy preocupado, y ella puso gesto de desilusión y de fastidio. Por fin he encontrado algo que me llena, que da sentido a mi vida, me dijo. Por fin he encontrado personas que me gustan, personas que buscan algo distinto en su vida. No entiendo por qué estás tan preocupado. Debería preocuparme yo de ti, me dijo, porque te veo completamente perdido. Perdido con tus copas, con tus botellas de *whisky* de malta, con tus pequeños ligués, con tu frustración creciente. Perdido por que no sabes adónde vas y porque no te gustas a ti mismo. Es verdad, le dije, no me gusto a mí mismo. Pero pensaba que a ti sí te gustaba. Mira, me dijo, he venido aquí para concentrarme en mi proceso de curación, para encontrar un poco de calma y de silencio.

Entendí que quería que la dejara en paz, y me fui a Madrid a la mañana siguiente.

Según llegué a Madrid fui directamente al Instituto Norteamericano de Cultura, que estaba entonces cerca del hotel Villamagna, y pedí una lista de universidades americanas. No olvidaba la idea que me había dado Luis de Pablo años atrás. Me pasé ese fin de semana escribiendo cartas a los departamentos de música de unas cien universidades de distintos puntos de Estados Unidos. Para mi gran sorpresa, recibí respuesta prácticamente de todas. En la mayoría de los casos me informaban de que no tenían plazas disponibles. Tanta amabilidad nos asombraba a los dos, acostumbrados a la rudeza y a la ineficacia españolas. En otros casos me enviaban documentos para que los rellenara y me pedían más información, cartas de recomendación, muestras de mi trabajo.

Ese verano, el camino de Cristina y el mío se separaron por primera vez en muchos años. Ella se marchó a la India dos meses a un *ashram* de yoga de Rishikesh, en la orilla del Ganges y yo me marché a Estados Unidos para hacer entrevistas de trabajo. Estuve en Rhode Island, en Vermont, en West Virginia, en North Carolina y en Hawaii. A mi regreso de América, tenía una oferta en firme para unirme al departamento de musicología del Rosley College, en Oakland, Rhode Island. El lugar, el campus y la ciudad de Oakland, me habían parecido paradisíacos. Las condiciones económicas eran excelentes, y viviríamos en una de esas casas de dos pisos, dos porches y un amplio jardín lleno de árboles como las que se ven en las películas, un sueño que en Europa sólo podría permitirse un millonario.

Nuestro reencuentro en Madrid después de pasar el verano cada uno en un extremo del mundo. Yo venía de Estados Unidos exultante, creyéndome portador de grandes noticias. Pero cuando nos reunimos de nuevo, mis noticias no tuvieron el efecto que yo había imaginado. Le hablé de la oferta de trabajo que me habían hecho, de los robles de Rosley College, pero todo parecía ahora pequeño e insignificante frente al gran sol de la India. Le hablé del dinero que iba a ganar y de la casa donde

íbamos a vivir, y todo parecía de pronto mediocre y estúpido. Dinero, una casa, un trabajo. Bienes burgueses, los valores de las personas vacías.

Cristina venía enamorada de la India. El brillo de sus ojos, aquel resplandor especial que yo había advertido por primera vez aquella noche en la sierra de Gredos, se había hecho más intenso, más reposado, como si sus ojos hubieran adquirido definitivamente la capacidad de ver cosas que yo no veía. Un brillo compuesto de compasión y de maravilla, pero también de renuncia y de distancia. Y quería regresar a la India. Me propuso que nos fuéramos un año juntos al *ashram* de *swami* Kailashananda en Rishikesh.

—¿Un año? —dije yo desorientado—. ¿Y Estados Unidos?

—Vámonos un año a la India y luego nos vamos a Estados Unidos —dijo ella—. Tenemos un año, ¿no?

—Sí. Mi contrato empieza dentro de un año.

—Pues entonces es perfecto.

—Y después, ¿tú querrás venir a Estados Unidos?

—Yo querré ir a donde tú vayas —dijo ella—. Aunque también podría pasar que ya no quisieras marcharte de la India, y que nos quedáramos allí.

Aquello no parecía tan descabellado. Yo le daría a ella la India y ella me daría a mí Estados Unidos. Y en ambos lugares podríamos ser felices. Y era posible que decidiéramos quedarnos en la India. Y también era posible, supongo, que no resistiéramos ni siquiera un año entero en la India y decidiéramos regresar a los tres meses. Teníamos los dos esa sensación tan engañosa de la juventud de que todo es posible.

—Pero entonces, ¿ya no quieres ser cantante? —le pregunté.

—En el *ashram* cantábamos continuamente —dijo ella—. Estoy aprendiendo otra forma de cantar. He descubierto el néctar del canto. He aprendido que el canto sirve para segregar un néctar espiritual en nosotros, que la voz humana tiene propiedades mágicas.

—Pero has decidido abandonar tu carrera profesional.

—He aprendido algo más, Juan Barbarín —me dijo, mirándome con aquel brillo extraordinario que tenía en los ojos—. He aprendido que nuestra vida *es real*. Que las cosas que nos pasan nos pasan verdaderamente, y que todo es cuestión de vida o muerte, que no hay nada fácil, ni suave ni casual. Que nuestra vida es un regalo sagrado que hemos recibido y que no tenemos derecho a malgastarla. Todo esto que nos rodea *es real*. Está sucediendo verdaderamente. La vida, la muerte, el amor, nuestro amor, todo es real, pero nosotros no lo vivimos como si fuera real. Lo vivimos como una especie de ilusión, como si fuéramos personajes en las páginas de un libro escrito hace cientos de años.

—No te comprendo.

—Quiero decir que vivimos hundidos en la inconsciencia más absoluta. Perdemos el tiempo. Perdemos nuestra vida en tonterías. En miedo, en ansiedad, en envidia, en

autocompasión, en egoísmo. Si nos diéramos cuenta de que todo es real, de que todo está aquí para nosotros y por nosotros, entonces sentiríamos la urgencia de *hacer algo*.

—¿Eso es lo que he aprendido en la India?

—Creo que sí. Creo que es lo que he aprendido. Aunque no es lo que me han enseñado.

—¿Qué te han enseñado?

—Bueno, muchas cosas. A lavar la ropa sacudiéndola sobre una piedra. A apagar una vela con los dedos. A comer lentejas con la mano. No, en serio, me han enseñado muchas cosas. Me han estirado como una cuerda mojada y me han extraído toda el agua y luego me han sumergido en agua y luego me han estirado de nuevo y me han puesto al sol y así muchas veces, purificando, limpiando, purificando, vomitando y gritando como un demonio. Durante un mes me convertí en un demonio y fui un demonio. Tenía los ojos rojos de llorar. Si me hubieras visto te habrías horrorizado. Era fea y malvada.

—Parece muy interesante.

—No seas sarcástico. Digo que me han enseñado muchas cosas, pero que uno siempre aprende cosas que no le enseñan. Hay cosas que no te dice nadie nunca.

—Te lo ocultan.

—La mejor manera de ocultar la sabiduría es exponerla con toda claridad. No, nadie oculta nada. Pero es que no todo puede enseñarse. No todo puede decirse. Hay cosas que se aprenden sin que nadie te las enseñe. Ellos dicen que el corazón tiene su propia forma de aprender. Dicen: ya estás en el corazón. Ya eres el corazón. No hagas nada. No busques nada. No visualices. No medites. No intentes. No te esfuerces. Ya estás en el corazón. El corazón está en todas partes. No es el cuarto chakra. No está en el pecho. Está en la cabeza y en los pies, está en el morro de un búfalo y en la piel de una serpiente, en el sabor de la leche y en la cera de una vela. Mira el reflejo de tus uñas, nos decían, ese brillo es el reflejo del corazón. Está en todas partes. Es el sol, es la tierra. Es lo que se oculta. Es lo que se muestra, lo que todos saben, lo que nadie sabe, lo que todos desean, lo que todos ofrecen —sin saberlo—. Es la música en la boca. Es el canto. Es la sexualidad. Es el amor. Es la vida. Es la noche. Es la muerte. Es un collar de caléndulas. Es un collar de calaveras. No hagas nada. No quieras ser. Ya eres. No quieras vivir. Ya vives. No quieras saber. Ya sabes. No busques. Ya has encontrado. Estás aquí. Eres tú. Eres yo. Estás vivo. Todo esto es real. Esta casa. Esta cama donde hacemos el amor. Este cuerpo que te ama. Este cuerpo al que amo. Todo es real. Todo está aquí. No tenemos que hacer nada, porque todo es el corazón. Eso es lo que he aprendido en la India, Juan Barbarín, que la India no existe. Que el yoga no existe. Que el Vedanta no existe. Que sólo existe el corazón.

—Entonces, ¿no piensas volver a la India?

—Pero ¿no te das cuenta de que todavía no he regresado? Todavía sigo en la India, mi amor. Ahora yo soy la India. Mira, la palma de mi mano es la India. Y aquí,

en el centro de mi mano está el corazón. Estás tú. Y está la India. Por aquí pasa el Ganges. Por aquí pasa un mono corriendo. Aquí hay un restaurante con un falso *swami* sentado en un trono. Aquí hay un robot de plástico rojo que dice el futuro por una rupia. Aquí hay una vendedora de pepinos. ¿No has visto tú también todo eso? ¿Todas las cosas locas y maravillosas que hay en Rishikesh en la orilla del Ganges? ¿Las estatuas de los dioses pintadas de colores? ¿Miles de personas en las orillas del río para el *arati* de la tarde? Cuando estaba en el *ashram* estaba todo el rato contigo. No sentía la menor separación. Tú estabas siempre a mi lado. En los buenos momentos y en los malos momentos. Le pregunté al *swami* por qué sucedía eso y me dijo: porque su corazón y el tuyo son el mismo, porque no hay distancia para el corazón. Si sientes lo mismo con todas las personas, con todos los seres vivos, y no sólo con ese muchacho al que amas, entonces, tu amor abarcará toda la tierra. Entonces tú serás la tierra, y habrás regresado a casa.

—Cristina, tengo la sensación de que te estás despidiendo de mí.

—Yo te quiero, Juan Barbarín. Siempre te querido, y siempre te querré. Y sé además que este amor que siento por ti no ha comenzado en esta vida, sino tiempo atrás, en otra época, en otro país.

—Entonces, ¿por qué te estás despidiendo de mí?

—No, Juan Barbarín, eso no es cierto —me dijo Cristina, mirándome con una expresión de amor como yo nunca había visto—. Te estoy diciendo lo contrario. Que nosotros jamás nos separaremos.

»Un día, en Rishikesh, uno de los últimos días, te vi a ti al lado del Ganges.

»Era un día de sol. Allí llueve mucho, caen tormentas tremendas que duran varias horas, pero después de la lluvia siempre sale el sol. Yo estaba sentada frente al río, debajo de un baniano. Era un maravilloso día de sol, y yo estaba allí con mi *mala* haciendo correr las cuentas de rudram y de cristal entre los dedos y repitiendo el mantra. De pronto te vi allí cerca, sentado sobre una roca, cerca del agua. Ibas vestido con unas ropas blancas, como los *saddhus* que hay por todas partes en Rishikesh. Llevabas unos pantalones blancos hasta la rodilla y un manto sobre los hombros. Los hombres santos suelen ir así, medio desnudos. Estabas sentado cerca del río, contemplando el agua. Me mirabas de vez en cuando y me sonreías. Tenías la cara quemada por el sol. Parecías muy cansado.

»Yo sabía que no podía acercarme a ti, porque aquello que estaba viendo todavía no había sucedido. Yo sabía que lo que estaba viendo era el futuro. Porque tenías poco pelo en lo alto de la cabeza, y tenías el pelo gris. Y también tenías un poco de barba. Tenías pliegues debajo de los ojos, pero tus ojos brillaban. Tenías una sonrisa preciosa.

»Luego te levantaste, me sonreíste por última vez. Y te fuiste caminando por la orilla del río, por las rocas que hay por la orilla del río. Caminabas cojeando. Yo te veía mayor y frágil. Tenías las piernas muy morenas y muy delgadas.

»Creo que fueron tus piernas tan delgadas lo que me hizo sentir tristeza. Eran

unas piernas fuertes, fibrosas, piernas de caminante, pero estaban curvadas. Además, estaba aquella extraña cojera. Usabas un cayado de madera para apoyarte. Estabas cojo, por alguna razón. No lo sé, quizá tuvieras una pierna de madera, no lo sé.

»Me sentí tan triste que me puse a llorar.

»Y lloré, lloré, lloré tanto que el cielo comenzó a llorar también. La lluvia en Rishikesh es tan natural y espontánea como el viento. De pronto comienza a llover y toda la ciudad se transforma en torrentes. Las aceras son torrentes. Las calles son torrentes. Las escalinatas son torrentes. Y hay muchas escalinatas en Rishikesh. La ciudad está construida en la ladera de las montañas. Y me quedé inmóvil debajo de aquel baniano dejando que la lluvia tibia empapara la copa del árbol y luego me empapara a mí. Durante un largo rato yo lloraba pero el baniano me protegía y yo seguía seca. Luego sus ramas y sus hojas se empaparon y comenzaron a gotear sobre mí.

Esto es lo que me contó Cristina, con sus ojos brillantes.

Esto era lo que me contó y durante un cierto espacio de tiempo yo tuve la sensación de que el gran sol de la India también pasaba lentamente sobre mí, y que yo sentía la brisa cálida en los banianos que crecen a lo largo del Ganges, tuve la sensación de haber estado también en la India y de haber visto a los peregrinos bañándose en el Ganges agarrándose de una maroma para no ser arrastrados por la fuerza de las aguas. Olía los aromas de mierda y de sándalo y escuchaba los gritos de los vendedores y de los santones como si hubiera estado allí.

Cristina quería pasar en la India al menos seis meses, y habíamos decidido que yo me reuniría allí con ella y que pasaríamos juntos una temporada, quizá la mitad de ese tiempo. Pero nunca llegué a ir a la India. Cristina dejó el coro de RTVE, porque no podía pedir un permiso tan largo, y se marchó a Rishikesh seis meses y luego alargó su estancia otros cuatro meses.

Pasaban los meses y yo retrasaba mi visita una y otra vez. Nos escribíamos cartas. Las tuyas eran encendidas y maravillosas, llenas de extraños sueños y visiones, llenas de términos sánscritos que yo no acababa de entender muy bien, como *arati*, *satsang*, *sadhana*, *puja*, *kriya*, *samskara*, *kirtan*, *satya*, *dharma*. En una de ellas me hablaba de Lucy, una amiga que había hecho en el *ashram*, y de Dave y de Eberhard, más amigos del *ashram*. El nombre de Eberhard aparecía en otras cartas, junto con informes del clima de Uttarakhand y algo que yo me había acostumbrado a llamar «las típicas historias de Rishikesh», cuyos personajes eran, por ejemplo, una vaca que vivía en uno de los patios del *ashram*, un niño del pueblo que tenía una ardilla y era hijo de un conductor de *rickshaw* o una anciana señora india que había trabajado como abogado en Chennai y había ido al *ashram* para morir cerca del Ganges. Era obvio que Cristina se sentía muy feliz en la India, y que había comenzado a adquirir un cierto estatus en el *ashram*, donde ahora era a veces la encargada de dirigir el *satsang*. Eberhard era, al parecer, uno de los músicos, un austríaco que había ido a la India a estudiar percusión y ahora tocaba la *tabla* en el grupo de instrumentistas del

ashram, que también incluía sitar, tambura y armonio. Cristina me contó que incluso había surgido el proyecto de grabar un disco juntos, con Cristina cantando mantras y Eberhard tocando la *tabla*. Yo me lo imaginaba, quién sabe por qué, como un tipo con rubia barbita de chivo, sonrisa de imbécil y un miembro enorme, e intentaba leer entre líneas las cartas de Cristina para saber si ella sentía algo por él, o incluso si se habían acostado. En otra carta, en la que había incluido unos pétalos rosados de una flor para mí desconocida, Cristina me contaba que había sido iniciada y que le habían dado el nombre sánscrito de Shakti. Me contaba que la iniciación significa que uno vuelve a nacer de nuevo y pasa a pertenecer a la familia espiritual del gurú. Ahora no firmaba la carta como Cristina, sino como Shakti, el nuevo nombre de su nuevo yo. Me pregunté si a partir de entonces ella ya no sería Cristina, sino Shakti, y si Juan Barbarín sabía realmente quién era aquella mujer llamada Shakti.

La idea de irme varios meses a la India en mitad del curso se me hacía muy cuesta arriba, de modo que decidí visitar a Cristina en vacaciones. Pero llegaron las Navidades y no me decidía a comprar el billete. Me imaginaba a mí mismo durmiendo en un jergón de paja, en una habitación desolada del *ashram*, temblando de frío. Luego llegó la Semana Santa. Nunca encontraba el momento de organizar el viaje. Finalmente, cuando llegó el verano, fui a una agencia de viajes para comprar un billete para Delhi con idea de pasar con ella Junio y Julio. Pero después de una sorda deliberación conmigo mismo y de volver loca a la chica de la agencia, acabé saliendo de allí no con un billete para Delhi, sino con uno para Boston. A fines de Junio me fui a Estados Unidos, y jamás volví a ver a Cristina.

Nos atrapan los guerrilleros

Pero contaré lo que sucedió después de que Gwen, o Carmen, o como fuera que se llamase, me disparó en el pie izquierdo y yo estaba por el suelo retorciéndome y gritando como un animal. La frialdad con que me disparó no fue menos desconcertante que la frialdad con que ella y los demás nos trataron después. La situación era en verdad extraña porque ella, aparentemente, me había disparado *porque yo no me callaba*. Claro que hay otra explicación: me había disparado porque yo había contado que ella y yo nos habíamos acostado, quizá dejándola en evidencia ante George. Pero luego, uniendo cabos, llegamos a la conclusión de que la verdadera razón era la primera. Nos habían dicho varias veces que nos calláramos, que mantuviéramos la boca cerrada, que *no querían oír el sonido de nuestra voz*, y George en un determinado momento se había puesto a tocar su ocarina (y había estado un largo rato tocando, hasta quince o veinte minutos) para mantenernos callados. Quizá ésa hubiera sido también la razón de que le hubieran cosido los labios a Eileen: mantenerla callada e impedirle que hablara y que *sonara el sonido de su voz*. Cabía preguntarse el porqué de todo aquello. Pero en aquellos momentos, con un hombre herido retorciéndose en el suelo y aullando de dolor no era el momento de preguntarse nada. Joseph les pidió a George y a Gwen ayuda médica, les dijo que aquella herida necesitaba reposo, pero ellos replicaron que no tenían intención de prestarnos ayuda de ninguna clase, que lo sucedido era culpa mía por no obedecer. Luego nos ordenaron que nos pusiéramos de pie, nos condujeron a la salida del poblado a punta de pistola y nos dijeron que regresáramos a nuestro campamento, que les explicáramos a los demás cuáles eran las normas y que bajo ningún concepto se nos ocurriera volver a adentrarnos en la isla. Lo más extraño era que nos trataban con miedo, con miedo y con asco, como si fuéramos nosotros los que les amenazábamos a ellos. No podíamos entender por qué.

Echamos a caminar, yo sostenido por Joseph y por Wade y a punto de perder la conciencia, sintiendo cómo me chorreaba la sangre caliente. Unos doscientos o trescientos metros más allá, cuando perdimos de vista a los falsos salvajes y el falso poblado aborigen, nos detuvimos, me tendieron en el suelo y Joseph me curó y me vendó la herida lo mejor que pudo. Habíamos llevado alcohol, vendas y antiséptico en prevención de posibles heridas, pero los falsos salvajes habían registrado nuestras mochilas y se habían quedado con toda la comida y con las medicinas que llevábamos. Wade cortó unas ramas de arbolitos jóvenes y con la lona que habíamos llevado para protegernos de la lluvia construimos unas parihuelas rudimentarias para poder transportarme. Nos quedaban, aproximadamente, dos días de viaje hasta el poblado, quizá tres contando con la incomodidad de tener que transportar a un hombre en camilla. Así comenzó el horror.

Tardamos casi un día entero en llegar al valle donde habíamos visto al Hombre Azul, cuyo inmenso cuerpo transparente buscábamos todos, creo, con una vaga esperanza que aún no tenía forma, o quizá con un temor también informe e innominado. Quizá porque el azul es un color esperanzador, quizá simplemente porque aquella criatura parecía el producto de un sueño. Llovía casi continuamente y no teníamos provisiones, ni tampoco protección contra la lluvia ahora que usábamos la lona para transportar mi cuerpo herido y maltrecho. Yo sufría lo indecible. Sentía un rayo de fuego quemándome el pie izquierdo, el tobillo, la pantorrilla, y la incomodidad de mi transporte hacía que me doliera además todo el cuerpo. Mi cabeza giraba de un lado a otro y rebotaba sobre la lona casi a cada paso. El traqueteo constante me aturdía y hacía que me sintiera desorientado, a veces sin acabar de saber si estaba boca arriba o boca abajo, o si avanzábamos en la dirección de mis pies o en la de mi cabeza. Me subió la fiebre y no teníamos nada con que bajarla. En estas circunstancias la lluvia era casi una bendición. Caía incansablemente refrescando mi rostro ardiente, pero yo tenía que mantener los párpados cerrados para no recibir los goterones en los ojos y para evitar que se me llenaran de agua, como a los muertos. Wade fabricó con telas, correas y bejucos unos corrajes para poder llevar la camilla colgando de los hombros en vez de tener que sujetarla a pulso agarrándola con las manos, y en los descansos veía los hombros desollados de mis compañeros de expedición, las llagas y la sangre y las hileras de lágrimas que corrían por sus rostros sucios y vencidos. Yo pensaba que no lo lograríamos, que moriríamos todos en aquel jardín enfermo lleno de insectos y lleno de lluvia, poseído por un silencio espectral sólo roto por el ruido de las aves, los chillidos de los monos, el zumbido de los insectos y el chasquido de hierbas y cañas al caer bajo el filo del machete que abría la trocha (ya que nadie decía ni una palabra en aquellas marchas extenuantes), o quizá que mis compañeros no podrían resistirlo más y me dejarían allí tirado en mitad de la selva. El único plan sensato era alcanzar el río que recorría el valle, construir una balsa y bajar río abajo hasta el mar. Con un poco de suerte, este río desembocaría en nuestro río y nos llevaría directamente a casa. Con menos suerte (que era lo esperable después de todos los desastres que nos habían acaecido), tendríamos que recorrer unos kilómetros de costa para llegar al poblado. Pero cualquier cosa era mejor que atravesar aquella selva espesa, húmeda y palúdica, llena de zonas pantanosas y de charcos de agua estancada infestados de mosquitos. A veces teníamos que vadear lagunas cubiertas de lentejas de agua y de delicadas flores flotantes blancas y rosadas, cuyas aguas oscuras y limosas les llegaban a mis compañeros por encima de la cintura. Tuvimos suerte con las sanguijuelas, aunque en una de las lagunas mordieron a Joseph y a Sheila, que tuvieron que bajarse los pantalones para quitarse Sheila una en el vientre, cerca del vello púbico, y Joseph una en el pene, quizá el único momento del viaje en que sentí que alguien estaba peor que yo. Todavía recuerdo sus gritos: *oh, shit, oh, shit, son of a godamm bitch*, y su risa histérica cuando veía el animalejo horrible agarrado a su miembro y el asco infinito con que se lo arrancaba de allí

sabiendo que, al no tener sal con que espolvorearlo (también nos la habían quitado los falsos salvajes), los dientes del parásito podían quedar dentro de la piel y provocar más tarde una infección. Cuando llegamos por fin a la orilla del río de aguas frescas y perfumadas, que fluía plácido hacia el norte, decidimos pasar allí la noche y construir la balsa al día siguiente. No teníamos nada de comer, y estábamos tan agotados que tampoco teníamos ánimos para ponernos a buscar nada comestible. Pero como era habitual en la isla, las cosas no sucedieron como nosotros esperábamos.

Ni siquiera tuvimos tiempo de buscar un buen lugar para instalar el campamento para pasar la noche. Fuimos capturados de nuevo. A nuestros asaltantes no les costó mucho rodearnos y cogernos por sorpresa, ya que lo último que esperábamos era ser atacados una vez más. En un principio todos creímos que los falsos salvajes del grupo de George y Gwen nos habían ido siguiendo y habían decidido hacernos prisioneros de nuevo, pero pronto nos dimos cuenta de que nuestros nuevos torturadores pertenecían a un grupo distinto. Iban vestidos como los típicos guerrilleros sudamericanos, con ropas militares de camuflaje, o bien de color caqui o verde hoja, y muchos de ellos llevaban gafas de sol y gorras de visera. Eran unos doce hombres y seis o siete mujeres, todos muy sucios y con aspecto salvaje y descuidado. Los hombres llevaban todos largas barbas encrespadas y algunos fumaban cigarros puros fabricados por ellos mismos con unas hojas que ellos llamaban tabaco pero que no creo que fueran realmente tabaco, ya que olían a hierba quemada, aunque a lo mejor se trataba verdaderamente de hojas de tabaco que no habían sido secadas de la manera correcta. Las mujeres tenían los rostros y los labios quemados por el sol y la piel estropeada por la vida a la intemperie. Tenían los dientes amarillos y estropeados y su aliento era fétido. Todos olían mal, y tengo la impresión (no, la certidumbre) de que no se lavaban muy a menudo. Iban armados con viejos Kalashnikov AK-47 y con subfusiles Ingram Mac-10, las armas favoritas de los terroristas, y varios de ellos, señaladamente Sebastian, que era su líder, llevaban ristas de cartuchos M-61 de ametralladora cruzándoles el pecho. De modo que o bien tenían una ametralladora en algún sitio, o bien aquellas cartucheras llenas de afiladas balas con cabeza de cobre no eran más que parte de esa exhibición de ferocidad que es característica de los guerreros de todas las épocas y también de los animales que pelean. Más tarde comprobamos que, en efecto, tenían dos ametralladoras M-60 colocadas en «nidos» camuflados en el interior de la selva, dos lanzagranadas RPG-7 rusos e incluso un lanzamisiles Mistral tierra-aire capaz de destruir un helicóptero a cuatro kilómetros de distancia.

A pesar de nuestro cansancio tuvimos que caminar casi una hora y media más antes de llegar a su refugio, que era un lugar verdaderamente espectacular. Se trataba de una serie de templos hindúes abandonados en medio de la selva, cubiertos de estatuas de Hanuman, el dios mono, y de esculturas de parejas copulando en todas las posturas posibles, recubiertas a su vez por encima de vegetación, de enredaderas y de lianas e incluso de ficus que crecían sobre muros y *toranas*. Yo contemplaba

fascinado la visión de los monos dorados que trepaban por las paredes, casi perdido en el limbo que separa la vigilia del sueño, sin saber ya si lo que me parecía adivinar por debajo de la feroz, implacable cortina de lluvia era realmente lo que estaban viendo mis ojos mortales o si se trataba de un sueño. No sé exactamente cuántos templos había, quizá seis o siete. Algunos estaban completamente cubiertos por la selva, y otros parecían haber cedido ante el progresivo avance de las tierras pantanosas y haberse colapsado y hundido en el limo, ya que eran templos muy antiguos, quizá de más de mil años de antigüedad. Eran del estilo de los templos de Orissa, en el golfo de Bengala, con enormes torres de piedra de caras curvas conexas llamadas *sikharas* rematadas con piedras ciclópeas bulbiformes llamadas *amalakas*, y yo no podía comprender qué hacían aquellos templos propios del estilo más clásico y sereno del arte hindú en una zona tan alejada de la influencia del hinduismo. Años atrás, cuando era joven, me había sentido poderosamente atraído por el arte indio y me había convertido en una pequeña autoridad en estilos y períodos, y sabía que no había muestras de arquitectura india clásica más al este de la isla de Bali. Los estilos arquitectónicos más tardíos, los de Camboya, Tailandia o Java, tampoco se parecen mucho al estilo de Orissa, de modo que resultaba inexplicable encontrar templos tan antiguos hallándonos tan al este de las Célebes. Pasamos dos semanas en aquel conjunto de templos, y creo que tuvimos ocasión sobrada de comprobar su antigüedad. No eran construcciones cómodas ni estaban pensadas para la habitación de los humanos, y nuestros captores vivían allí como animales, durmiendo en lechos de paja o bien directamente sobre el suelo. Las estancias de los templos y sus elaborados techados piramidales o bulbiformes de piedra silíceas sólo les servían para protegerles de la lluvia.

Los guerrilleros, como los llamaré de ahora en adelante, parecían muy alegres y siempre estaban en un estado de exaltación y casi de histerismo que yo no acababa de explicarme y que seguramente se debía al consumo de alguna sustancia psicotrópica que obtenían en la selva de forma natural. Zacarías, su líder, era un boliviano de unos cuarenta años bastante alto y fornido y con el rostro adornado de una rabiosa barba negra. Había además varios latinoamericanos, aunque debían provenir de países como Honduras, Perú, Nicaragua o El Salvador, cuyos acentos yo no sabía reconocer ni diferenciar, y había además varios norteamericanos, varios europeos (italianos, alemanes, un islandés, un español que se llamaba Pere y que siempre estaba mascando unas raíces blanquecinas y lanzando salivazos por el colmillo) y dos orientales, seguramente coreanos. Entre las mujeres había una rubia de grandes pechos que era la compañera de cama de Zacarías y a quien todos llamaban «Estrella Roja» y que era algo así como su lugarteniente. Digo compañera de cama porque ellos compartían a las mujeres a excepción de Zacarías, que sólo dormía con Estrella Roja, aunque tengo la impresión de que en ocasiones se la prestaba a sus dos correligionarios, un americano llamado Charlie que tenía un parche en un ojo y un italiano al que llamaban Ventimiglia y al que le faltaba la oreja derecha. Creo que

Estrella Roja era nórdica, quizá noruega o alemana. Las demás mujeres, a las que sólo era posible distinguir de los hombres por su carencia de barba y el bulto de su pecho en la ropa, eran propiedad común, con lo cual los guerrilleros querían manifestar su repudio a la hipocresía de las normas burguesas y su desprecio por las instituciones tradicionales.

Se llamaban a sí mismos Ejército Popular de Liberación, y lo primero que nos dijeron, nada más llegar a su refugio y obligarnos a ponernos de rodillas sobre el suelo de piedra, a la entrada del más grande de los templos, fue que no esperaríamos ningún trato especial, que todos nuestros «privilegios» quedaban abolidos, que éramos «enemigos de clase» y que lo más importante por el momento era nuestra reeducación política. Joseph dijo que lo más importante no era eso, sino atender al herido que traíamos con nosotros, y Estrella Roja examinó mi herida con notorio desinterés, y a pesar del aspecto espantoso que tenía el orificio de entrada, que era el único que yo era capaz de ver, declaró que era una herida limpia, que la bala había entrado y salido, y que no requería de cuidados especiales. Luego nos ataron los tobillos para que no pudiéramos escapar y compartieron con nosotros una cena frugal de raíces hervidas y de grisáceos trozos de carne asada cubiertos de moscas que me inspiraron un asco insuperable y que, a pesar del hambre que sentía, no quise ni probar. Vi que mis compañeros también miraron con desconfianza aquella carne. Wade preguntó de qué animal provenía, y los guerrilleros dijeron de muy buen humor y con muchas risas que se trataba de puerco. Pero no hay cerdos en esta isla, dijo Wade. Oh, sí que los hay, dijo Sebastian. Cerdos oscuros, una especie de cerdos salvajes muy peligrosos. Los cazamos a tiros. Como reían tanto, yo no estaba seguro de qué era lo que estaban diciendo ni tampoco si aquella carne provenía realmente de un animal comestible, quiero decir, de un animal.

Después de la extraña cena nos hicieron entrar en el interior del templo. Había varias estancias consecutivas. En la primera dormían todos ellos en jergones de paja y la siguiente la usaban como arsenal. Al fondo estaba el templo en sí, que en los lugares indios clásicos de culto no está pensado para recibir a los fieles, sino simplemente para proporcionarle una vivienda al dios, de modo que estos *sancta sanctorum* no suelen ser amplios ni acogedores ni mucho menos ventilados ni luminosos. Lo cierto es que el olor que había en el interior de aquellas paredes era indescriptible, un hedor mareante a excrementos y orines que se mezclaba con un nauseabundo olor a sangre, a carne podrida y a muerte. Para nuestra sorpresa, los guerrilleros iluminaban el interior con velas, que seguramente fabricaban ellos mismos, aunque no puedo imaginar de dónde obtenían los materiales para hacerlo. Nos condujeron directamente a la estancia del fondo, la correspondiente al templo y que se abría justo bajo la *sikhara*, la gran torre de piedra que tan impresionante resultaba desde fuera. Había allí dentro una monstruosa estatua de piedra de Hanuman, el dios mono, en una hornacina iluminada por las luces temblorosas y cambiantes de treinta o cuarenta velas, y las paredes estaban llenas de estatuas de

apsaras (ninfas celestes), de *nagas* (hombres serpiente), de elefantes con *howdahs* y de parejas practicando el *maithuna*, todas ellas vigorosamente cinceladas por las sombras producidas por la luz de las velas y danzando sinuosamente con el movimiento de las sombras, aunque a diferencia de los templos indios dedicados verdaderamente al culto, la gran escultura del dios del viento estaba limpia y no cubierta de mantequilla roja, de ceniza y de pétalos de caléndula. Pero allí también había un culto, un culto de cierta clase. A los pies del dios mono, colocadas apretadamente detrás de las velas, había un gran número de fotografías en blanco y negro de distintos tamaños, muchas de ellas grises por la lluvia o amarillas por el exceso de sol, enmarcadas en marcos dorados desconchados por los golpes. Eran todas retratos de grandes líderes revolucionarios, y en medio de mi delirio (a decir verdad, no estoy seguro de qué parte de todo esto que estoy contando corresponde a la verdad y cuál al ensueño producido por la fiebre) reconocí a la luz fantasmagórica de las velas a Stalin, a Lenin, a Trotski, a Beria, a Marx, a Engels, a Pol Pot, a Béla È, al mariscal Tito, a Ceausescu, a Che Guevara, a Fidel Castro, a Mao Zedong, entre muchos otros rostros que no conseguía reconocer. Resultaba fascinante ver todas aquellas fotografías colocadas en el altar de un templo como si se trataran de imágenes de dioses, aunque no creo que los guerrilleros captaran la tremenda ironía de todo aquello. Los rostros en blanco y negro también parecían vagamente animados por el oscilar de las llamas. Yo los veía como rostros de animales, como cabezas de monos monstruosos. Pero he pensado más tarde, al reflexionar sobre este templo que reaparece a menudo en mis pesadillas, que quizá los seres humanos no seamos más que animales y monstruos, y que aquel templo levantado en honor al dios mono estaba en realidad dedicado a aquello que lo humano tiene de monstruoso. Nos hicieron sentarnos en aquel lugar oscuro, húmedo y maloliente y contemplar los rostros de todos aquellos dioses y semidioses del culto comunista, entre los cuales se encontraban algunas de las bestias más sanguinarias que ha producido la raza humana. Nuestra «reeducación política» comenzó esa misma noche.

Nos preguntaron si habíamos leído *El manifiesto comunista*. Yo dije que sí, pero al ser interrogado al respecto sólo pude recordar la primera frase del texto, que dice «un fantasma recorre Europa», y la última, «proletarios de todos los países, ¡uníos!», y fui incapaz de contestar las otras preguntas que me hicieron, todas ellas formuladas utilizando la más recóndita y esotérica jerga marxista. Utilizaban continuamente palabras como «praxis» y «dialéctica», «lucha de clases» y «pequeñoburgués», y se llamaban entre sí «camarada» o «ciudadano». A continuación Zacarías nos preguntó si conocíamos a los retratados en aquellas fotos. Entre todos no logramos decir los nombres ni siquiera de la tercera parte, de modo que quedaba demostrado que éramos «enemigos de clase» (de acuerdo con la presuposición de que todo aquel que no es marxista-leninista es un enemigo de la clase obrera) y también perfectos candidatos para una reeducación política que nos arrancararía las telarañas que llenaban nuestra cabeza y nos haría ver, por fin, las cosas con claridad.

—¡Todos esos hombres! —gritó Zacarías señalando las fotos que brillaban a la luz de las velas, hablando en un inglés macarrónico que a veces pasaba al español—. ¡Todos esos héroes de la revolución han sido calumniados! ¡Sometidos a campañas de desprestigio pagadas con el dinero de Wall Street y apoyadas por la prensa burguesa! ¡La propaganda capitalista ha hecho un buen trabajo! ¡Mentiras pagadas con la sangre de los explotados! ¡Los llaman asesinos! ¡Los llaman dictadores! Mirad con atención la sonrisa del padrecito Stalin. Observad sus ojos tímidos y bondadosos, llenos de la paciencia del campesino georgiano. ¿Es la sonrisa de un asesino? Observad la expresión del rostro del camarada Lenin, ese gesto lleno a partes iguales de inteligencia y de esperanza. ¿Es el gesto de un carnicero? No, no eran asesinos ni carniceros, lo que pasa es que tuvieron el valor, ¡los cojones, carajo!, de atreverse a cambiar el mundo. Hicieron lo que tenían que hacer. Y si algún burgués, algún explotador, algún capitalista acostumbrado a alimentarse con sangre humana cayó en el camino, carajo, esa pérdida no hará que derramemos lágrimas. ¿Cuántos siglos llevan ellos explotándonos, tratándonos como animales, comprándonos y vendiéndonos como una mercancía? ¿Asesinos? ¡Los asesinos son ellos!

Yo le dije, con ese valor temerario que da la fiebre, que no comprendía por qué nos llamaba a nosotros «enemigos de clase», que él no sabía nada de nosotros. Le dije que yo era de izquierdas y que siempre lo había sido. Al oír aquello, soltó una carcajada. Me preguntó mi profesión y le dije que era profesor de música. Me preguntó que dónde enseñaba y le dije que en una universidad de Estados Unidos. Luego preguntó las profesiones de los demás. Joseph dijo que era cirujano, Christian dijo que era masajista y Sheila dijo que era estudiante, Santiago dijo que era camarero en un restaurante de comida rápida en Sausalito y Wade, mucho más listo que todos nosotros, afirmó que era mecánico de automóviles. Esto último pareció complacer a Zacarías, ya que si Wade trabajaba en un taller era parte de la clase trabajadora, aunque fuera un proletario sin conciencia de clase y totalmente ignorante de los mecanismos objetivos de la historia. Me maravillé de que no se diera cuenta de que Wade le estaba tomando el pelo.

—Ya sé lo que quieres decir con eso de que eres «de izquierdas» —me dijo entonces, feliz de tener la oportunidad de tener una «charla política» conmigo—. Quieres decir que a pesar de que todos tus valores son burgueses y vives cómodamente en el paraíso del capitalismo, tienes una cierta dosis de mala conciencia y sabes que eres un parásito y que todo tu bienestar proviene de la explotación inmisericorde del Tercer Mundo. Y quiere decir también que tienes ciertas «ideas» progresistas pero que en realidad no pretendes cambiar nada y deseas con todas tus fuerzas que la revolución no llegue jamás. Esa «izquierda» tuya es una mierda, hermano —me dijo luego en español, habiendo comprendido que yo hablaba la lengua en que se sentía más cómodo—. ¡Democracia! ¡Libertad! Tú serás de los que defienden la libertad —dijo con tono sarcástico. Y luego continuó en su inglés macarrónico—: ¡Libertad! ¡La libertad burguesa es la libertad de comprar y vender!

¿De qué le sirve al proletario esa libertad? ¡Teoría, carajo! ¡Eso es lo que necesitamos acá! ¡Te-o-rí-a!

Siguió así, hablando a gritos, durante mucho rato. Nosotros nos quedábamos dormidos, y los otros guerrilleros nos despertaban a bastonazos. «¡No te duermas!», nos gritaban. «¡Dormir es de capitalistas! ¡Mantente despierto!».

Todos ellos miraban codiciosamente a Sheila. Sebastian nos explicó que en el Ejército de Liberación Popular no existía la propiedad privada ni tampoco la propiedad de los seres humanos, es decir, que las mujeres eran compartidas y que podíamos acostarnos con cualquiera de sus mujeres (excepto con Estrella Roja), y que Sheila tenía que entregarse también a los camaradas que desearan yacer con ella. Al ver lo furiosos que nos poníamos ante esta idea desistieron por el momento, pero era evidente que en el caso de que desearan disfrutar de la muchachita, quiero decir violarla, podrían hacerlo delante de nuestros propios ojos, ya que éramos pocos y estábamos atados y desarmados. Varias mujeres se quitaron sus camisas de camuflaje y mostraron sus cuerpos sucios, cuerpos de sorprendente belleza en algunos casos, ya que uno siempre se puede esperar cualquier cosa cuando una mujer se desnuda, y he comprobado que muchas veces son las mujeres menos agraciadas las que tienen los cuerpos más bonitos. Claro que ninguno de nosotros estaba de humor para aceptar tan generosa oferta. De modo que nos ataron de nuevo las manos y nos encerraron a los seis en un cuartucho que se comunicaba con la sala que utilizaban de arsenal, desde donde podíamos oír su orgía, que duró horas y horas y se prolongó, creo, hasta el amanecer.

¿Estamos enfermos sin saberlo?

A la mañana siguiente, nos despertaron a gritos, nos desataron las manos (esa primera noche usaron cuerdas, pero a partir de entonces usaban cadenas, largas cadenas con grilletes para tobillos y muñecas) y nos hicieron salir a la entrada del templo, cuyas largas escalinatas de piedra eran su lugar habitual de descanso y tertulia y también el sitio donde comían. A la luz del día se confirmó lo que yo había creído entrever la noche anterior. El conjunto de templos estaba rodeado por un muro de piedra abierto a intervalos por esas grandes puertas ornamentales llamadas *toranas*, aunque el muro estaba caído en su mayor parte y las piedras talladas de las *toranas* se veían hundidas aquí y allá entre las plantas. Sólo quedaba en pie la que estaba justo frente a nosotros y por la que habíamos entrado la noche anterior. A la luz transparente de la mañana, con rizos de niebla todavía entre la vegetación de la selva, de la cual brotaban las *sikharas* parecidas a mazorcas de maíz y *amalakas* bulbiformes y las sombrillas de piedra que coronaban las otras construcciones, los templos me parecieron aún más bellos y misteriosos que la noche de nuestra llegada, cuando mi visión había estado velada por la lluvia, la oscuridad y el agotamiento. Después de la noche pasada en el interior asfixiante y maloliente del templo, poder sentarnos en el exterior para disfrutar de la frescura de la mañana y contemplar aquellas torres encantadoras surgiendo de la niebla era un placer como pocos que yo recordara haber sentido. Nos dieron tubérculos hervidos y tortas de harina de mandioca para desayunar. Estaba todo duro y correoso, y había que concentrarse en la idea de que lo que mascábamos contenía elementos necesarios para el funcionamiento del organismo para no escupirlo con asco.

Ventimiglia apareció con una maleta de cuero en cuyo interior, según pude ver, guardaba cientos de ampollas de vidrio color ámbar, esas ampollas con tapón de goma butílica y sello de aluminio que se usan para las inyecciones, y le entregó una ampolla a Estrella Roja, que tenía una jeringuilla guardada en un autoclave metálico. Enseguida comenzaron las inoculaciones. Estrella Roja iba extrayendo dosis de la ampolla ambarina e inyectándose a los guerrilleros uno por uno. Suponían que nosotros sabíamos de qué se trataba, y se extrañaron cuando nos negamos a ser inoculados. Nos creían miembros del SIAR, una palabra que oíamos entonces por primera vez y que no entendíamos, aunque más tarde recordamos haber visto esas siglas escritas en las barandillas de estaño de la autopista. También nos llamaron con desdén «hombres de Abraham», y se reían cuando les preguntábamos quién era Abraham. Abraham Lewellyn, nos decían. Ahora no sabéis quién es Abraham Lewellyn. No se creían que no supiéramos quién era aquel Abraham Lewellyn del que hablaban con odio y desprecio pero también con miedo.

—Es la vacuna —dijo Estrella Roja cuando Joseph le preguntó qué era aquello

que se inoculaban.

—¿Qué clase de vacuna? —preguntó Joseph—. ¿Contra qué os inmuniza esa vacuna? No existe ninguna vacuna que tenga que ser administrada diariamente. Parece más bien un antídoto.

—Llámale como quieras, doctor —dijo Estrella Roja con sorna—. Pero ya sabes qué pasará si dejáis de inyectaros.

—No, no lo sé —dijo Joseph—. Explícamelo.

Ventimiglia se acercó a él, descendiendo lentamente por los escalones hasta quedar frente al rostro de Joseph, y se le quedó mirando. Iba fuertemente armado, como todos ellos, y al verle frente a Joseph con los brazos en jarras, por un momento pensó que le iba a dar un par de bofetones o quizá que se iba a abalanzar sobre él. Joseph le miraba de hito en hito sin dejar de masticar su torta de harina de mandioca. Sin embargo Ventimiglia no le golpeó, sino que comenzó a explicar, en un inglés tan pésimo como el de Zacarías, que en aquella isla se habían hecho tiempo atrás experimentos de guerra biológica y que ciertas zonas estaban peligrosamente infectadas con una bacteria que producía una enfermedad degenerativa del sistema nervioso.

—¿Es que no lo sabéis? —preguntó Ventimiglia—. ¿Cómo coño no lo sabéis?

Joseph seguía masticando su torta de harina de mandioca y mirándole a los ojos sin decir nada. Ya les habíamos explicado varias veces que éramos náufragos, que habíamos caído del cielo en un avión que se había estrellado en el mar frente a la isla, pero no nos creían. Tampoco nos creían cuando les decíamos que no éramos miembros del SIAR, que no conocíamos de nada a aquel Abraham Lewellyn del que hablaban y que ni siquiera sabíamos lo que era el SIAR.

—¿Nunca os habéis puesto la vacuna? —preguntó entonces Ventimiglia acercándose a Joseph y cogiéndole los brazos en busca de marcas.

Los otros guerrilleros hacían lo mismo con nosotros, nos miraban los brazos y las piernas en busca de marcas, y dos de ellos aprovecharon para ponerse a tocar a Sheila por todas partes. La muchachita se defendió a codazos y les cubrió de insultos. Ellos se reían. Luego la dejaron en paz.

Ventimiglia quiso saber cuánto tiempo llevábamos en la isla, y al enterarse de que llevábamos casi un mes y que en todo ese tiempo no nos habíamos puesto la «vacuna» ni una vez, pareció preocupado.

—¿No os han hablado de la enfermedad? —dijo entonces—. Si lleváis un mes sin vacuna debéis estar todos enfermos. Guerra bacteriológica. Se trata de eso. Se hizo un experimento en esta isla hace doce años, pero la bacteria sigue activa. Se contagia por el aire, y afecta a los seres humanos y a los mamíferos grandes. Los primeros síntomas son las alucinaciones auditivas y visuales. Uno empieza a oír cosas, a oír voces dentro de la cabeza, voces que le hablan alrededor. Uno empieza a ver cosas extrañas. Personas que hace tiempo que no veía, personas que han muerto, seres fantásticos, un elefante azul. Uno puede encontrarse, por ejemplo, con su abuelo

muerto hace años, y hablar con él durante largo rato. Las alucinaciones son muy reales. Primero sólo son voces que se oyen y cosas que se ven, luego se hacen cada vez más reales. Luego se hacen cada vez más terroríficas. Animales grandes que atacan. Seres monstruosos.

Nosotros evitábamos mirarnos unos a otros. Ventimiglia quedó en silencio. Todos los guerrilleros se habían vuelto a mirar hacia arriba, hacia la entrada del templo. Zacarías, su líder, había aparecido en lo alto de las escalinatas, surgiendo del templo con la camisa y los pantalones desabrochados. Solveig, una muchacha negra muy atractiva, estaba a su lado, completamente desnuda y con las botas puestas. Era corriente que alguno de ellos estuviera siempre desnudo. Como lo hacían todo en común, no se ocultaban ni para defecar, ni para fornicar. Todos reconocieron la presencia de su líder de algún modo, saludándole, volviéndose a mirarle o incorporándose ligeramente. Creo que Solveig se sentía orgullosa de haber sido elegida esa noche, y que por eso no se había molestado en vestirse. Quería pavonearse frente a las otras.

—Es una enfermedad cuyo objeto es asustar y desorientar al enemigo —dijo entonces Zacarías, continuando con las palabras de su correligionario mientras se abrochaba la camisa y se subía los tirantes—. La enfermedad ataca directamente al cerebro y empieza a destruir el sistema nervioso. Primero hay alucinaciones. Luego las alucinaciones se hacen tan reales que los afectados se vuelven paranoicos y empiezan a atacarse y a matarse unos a otros. Cuando la enfermedad se extiende, hay que encerrar al enfermo en una celda y luego atarle a una cama y ponerle un freno en los dientes para que no se haga daño. Ahora el enfermo se mordería a sí mismo, se arrancarían trozos de su propia carne con los dientes, y está gritando continuamente como un animal rabioso. Lo único que queda es acabar con él inyectándole un poco de aire en el corazón. Si no se contiene con la vacuna, no tiene cura.

Mis compañeros y yo evitábamos mirarnos unos a otros.

—Decid —continuó Ventimiglia mirándonos de uno en uno con un gesto de aprensión y quizá de miedo que me sorprendió—. Decid, ¿alguno de vosotros ha tenido alucinaciones? ¿Habéis visto cosas raras? ¿Animales extraños que os persiguen? ¿Cosas imposibles? ¿Un antiguo familiar que aparece de pronto? ¿Habéis oído voces? ¿Voces que os hablan y dicen vuestro nombre?

Dios mío, ¿cuánto terror puede sentir una persona? Ventimiglia estaba describiendo exactamente lo que nos venía sucediendo a todos desde que llegamos a la isla. De pronto, todo quedaba explicado, y de la forma más simple y brutal. Los ataques de manadas de lobos gigantes, el gran Hombre Azul de trescientos metros de alto que lanzaba rayos desde la frente, el platillo volante deslizándose sobre las palmeras, la capibara con el lacito azul al cuello y el antiguo jardín de mi infancia, la Pradera en la que jugaba cuando era niño, que aparecía al fondo de un túnel abierto en la montaña, las piedras que flotaban en el aire... Sin embargo las piedras antigravitatorias, como las había llamado Christian, no eran ninguna alucinación. Los

falsos salvajes habían registrado nuestras mochilas y también los guerrilleros, las habían encontrado allí y no les habían dado importancia. Al sacarlas de las mochilas, las piedras seguían quedándose inmóviles en mitad del aire.

Los guerrilleros no iban a permitir que no nos inyectáramos la llamada «vacuna», de modo que nos resignamos a que Joseph nos pusiera una dosis a cada uno, aunque exigió que le permitieran hervir la aguja después de cada inoculación. Les divirtió tanta delicadeza pero, por fortuna, le permitieron hacerlo. Más tarde Joseph nos explicó que lo que había en las ampollas no era ninguna vacuna sino simplemente clorpromazina clorhidrato, es decir, Thorazine, un fármaco antipsicótico utilizado para combatir la esquizofrenia y otras afecciones mentales. La clorpromazina actúa en varios receptores del sistema nervioso central y produce efectos anticolinérgicos, antidopaminérgicos, antihistamínicos y antiandrogénicos, y es además un ansiolítico. Nos explicó además que los efectos secundarios eran la hipotensión, el adormecimiento y el estreñimiento, y que podía producir también un síntoma conocido como «akathisia», un estado de inquietud constante en el que el paciente camina continuamente aunque apenas tenga espacio para hacerlo. La clorpromazina clorhidrato se utiliza para prevenir los episodios psicóticos, entre los cuales pueden estar la audición de voces en el interior de la cabeza y las alucinaciones. Yo recordé haber leído tiempo atrás en un artículo de *The New Yorker*, una revista a la que estuve suscrito durante una temporada, que en los campos de concentración del Gulag soviético se había empleado esa sustancia para evitar que los reclusos soñaran, ya que uno de sus efectos es también el de anular la actividad onírica. Joseph me dijo que no conocía esos datos.

La vida de cautividad es, sobre todo, aburrida. Ahora teníamos tiempo para hablar y reflexionar. En las horas muertas y cuando no estábamos siendo sometidos a interminables sesiones de «reeducación política», especulábamos sobre nuestra situación e intentábamos imaginar qué diablos era aquella isla y qué era el SIAR. Los más devotos de las teorías conspirativas, Santiago y Christian, elaboraron toda clase de hipótesis: que el SIAR era una organización terrorista; que era, por el contrario, una agencia paragubernamental, un brazo secreto de la CIA que utilizaba aquella isla como lugar de entrenamiento de terroristas; que aquella isla era una especie de «prisión secreta» o incluso que se trataba de una isla-cárcel donde se encerraba a delincuentes peligrosos o psicóticos, o quizá incluso una cárcel psiquiátrica de alta seguridad; que la isla, en fin, era un campo de experimentación de armas químicas o bacteriológicas.

—Es lógico, tío —decía Santiago—. Ahora todo encaja, tío. Tienen islas así en el Pacífico y también en el Índico. Todos lo sabemos. Lugares donde hacen experimentos, cárceles secretas.

—Jack tiene razón —decía Christian—. Todos sabemos que los gringos tienen centros de detención y de tortura en muchos lugares del mundo. Tienen cárceles secretas en barcos que navegan siempre por aguas internacionales y en islas que no

pertenecen al territorio de los Estados Unidos, donde pueden saltarse las leyes como quieren.

—¡Todo encaja, tíos! —decía Santiago—. Eso es lo que ha pasado. Lo que jamás debía suceder, ha sucedido. Y nos ha sucedido a nosotros, tíos. Ha habido un accidente, algo que nunca debió suceder. Nuestro avión se estrelló y vino a caer, precisamente, en esta isla. Hemos caído en un lugar del que nadie sabe, un lugar del que se supone que nadie debería saber. Aquí están pasando cosas raras, experimentos ilegales, cosas superchungas, mierda de lo más rara, la mierda más rara que te puedas imaginar, y por eso nadie va a rescatarnos nunca y lo que harán con nosotros más bien es liquidarnos para que no contemos lo que hemos visto. La hemos cagado, tíos, la hemos cagado *big time*. Nadie sabe que estamos aquí porque nadie sabe que existe este lugar, porque *este lugar oficialmente no existe*. Nadie puede rescatarnos, y los únicos que saben que existe este lugar y que saben cómo llegar aquí, que son los tíos del ejército, jamás permitirán que salgamos de aquí y contemos lo que hemos visto. O sea que, sea como sea, estamos condenados. Desde el momento en que llegamos estábamos condenados, porque nada más llegar a la isla los cabrones que viven aquí se infiltraron entre nosotros y no han acabado con nosotros simplemente porque somos muchos y porque a nadie le apetece hacer una matanza de niños y de mujeres y de familias y de ancianos, eso no es una cosa que pueda hacerse fríamente, ni siquiera todos estos cabrones que hay en esta isla son capaces de hacer una cosa así fríamente. Pero estamos condenados, eso lo sé. Acabarán por encerrarnos a todos, o nos meterán a todos en un barco cárcel y terminaremos nuestros días en una celda cruzando el Pacífico de un lado a otro. Un crucero de placer sin *ticket* de vuelta.

Durante nuestra estancia con los guerrilleros nos inyectábamos torazina todos los días. Según nos explicaron, no todas las zonas de la isla estaban igual de contaminadas con la bacteria. Las zonas peores eran las más bajas, los valles y la costa. Les preguntamos que por qué no se iban entonces a vivir a las zonas altas, pero no eran personas inclinadas a dar explicaciones de sus actos.

Nuestra educación política

Recuerdo con una mezcla de horror e incredulidad los días pasados con los guerrilleros. No acabábamos de comprender qué era lo que les sucedía, por qué eran tan agresivos, por qué vivían en aquellas condiciones infrahumanas. Nos contaron que en un principio ellos también pertenecían al SIAR, que habían ido a aquella isla persiguiendo un ideal, deseosos de dar un sentido a su vida, pero que el SIAR les había traicionado y habían tenido que cortar con Abraham y con los otros y escapar a la selva para poder realizar su misión. ¿Quién era ese Abraham del que tanto hablaban? No nos contestaban, pero en sus ojos se veía que le temían tanto como le odiaban. ¿Qué misión era aquella?, les preguntábamos. Nos miraban como si fuéramos imbéciles y nos contestaban que sólo había una misión posible, la revolución mundial.

Recuerdo que la primera «lección» de reeducación política de Zacarías en marxismo-leninismo tuvo como tema las ideas de Lenin sobre la «libertad de la crítica», tal como aparecen expuestas en su opúsculo *¿Qué hacer?* El marxismo crítico, gritaba Zacarías, es una aberración. Lenin denunciaba ese deseo de «libertad de crítica» como mero oportunismo, nacido del ala socialdemócrata de tendencias burguesas moderadas. Allí aprendí que «moderado» era para Lenin (y, por supuesto, también para Zacarías) un término despectivo, tanto como «extremista» o «dogmático» significaba siempre un halago y un encomio. La «Libertad de crítica» era, pues, un principio despreciable que destruía los principios de la revolución. Los científicos, dice Lenin, no piden «libertad de crítica» para los antiguos descubrimientos con respecto a los nuevos: lo que esperan es que los viejos se abandonen y se adopten los nuevos.

Y el marxismo, no lo olvidemos, bramaba Zacarías, es ciencia. Nosotros practicamos el materialismo científico, basado en las leyes objetivas de la historia, tan objetivas como las que funcionan en el mundo de la naturaleza. ¿«Libertad de crítica» para qué?

—¡Vladímir Ilich lo veía con toda claridad! —gritaba Zacarías—. «Dogmatismo», «doctrinarismo», «anquilosamiento del partido, castigo ineludible por las trabas impuestas al pensamiento». Ésas son las críticas de los contrarrevolucionarios. ¡«Trabas impuestas al pensamiento»! Pues ¿qué deberíamos hacer entonces? ¿Permitir la expresión de la ponzoña antisoviética? ¿Quitar las trabas que «oprimen» a los defensores de la democracia burguesa? ¡Entonces nos sucedería lo mismo que sucedió en el zarismo, cuando los censores decidieron permitir la publicación y venta de las obras del marxismo revolucionario! Era aquél un gobierno reaccionario y autocrático, pero a pesar de todo era posible leer sin trabas a Marx y a Engels, y así fue como se formaron las bases teóricas de la revolución. Porque el zar

era un cabrón, pero Vladímir Ilich un cabrón cien veces más grande. Y en la historia gana siempre el más cabrón. «Sin teoría revolucionaria, tampoco puede haber movimiento revolucionario», escribe Vladímir Ilich. ¡Teoría, coño! Ya lo escribía Engels: «los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los obreros del resto de Europa. La primera es que pertenecen al pueblo más teórico de Europa». ¡Eso es lo que falta aquí, carajo, con tanto mosquito y tanta vaina! ¡Teoría!

«¡Vladímir Ilich, carajo! —bramaba Zacarías—. Cuando murió Vladímir Ilich Uliánov Lenin, el gobierno soviético encargó a unos científicos alemanes que estudiaran su cerebro a fin de determinar cuáles eran las bases biológicas de su genialidad revolucionaria. Le extrajeron el cerebro antes de embalsamarlo. Querían encontrar las células responsables de su genio, carajo, y le encargaron a un neurocirujano de primer orden, el doctor Oskar Vogt, que lo hiciera. Y el doctor Vogt, carajo, descubrió que algunas neuronas en la tercera capa cerebral del cerebro de Lenin tenían forma piramidal y eran, además, anormalmente largas. ¡Ahí lo tienen!».

Luego nos hacía preguntas. Nos preguntaba, por ejemplo, qué es el «primitivismo en el trabajo», y nosotros no podíamos imaginar que teníamos que contestar que era «una enfermedad», y que el término se refería a aquellos que se adentran en la lucha política sin la preparación, la logística y la infraestructura adecuadas. Nos pedía que le diéramos una definición exacta de «plusvalía», «superestructura» o «Estado», y nos planteaba infinidad de supuestos de la lucha política a fin de que reflexionáramos, nos decía, sobre los problemas que podríamos encontrarnos en nuestra actividad subversiva, una actividad que ninguno de nosotros se había planteado tener jamás. Finalmente, nos llevaba a las visiones mesiánicas del marxismo de un mundo sin Estado, sin clases sociales, sin dinero y sin propiedad privada.

Los guerrilleros creían al pie de la letra todas las afirmaciones del marxismo clásico, a las que sumaban la simplificación manipuladora de Lenin y de Stalin y, en un confuso maremágnun ideológico que ningún marxista cuerdo podría digerir, las ideas de Mao, las de Trotski o incluso las de un hombre tan enfermo y maligno como Pol Pot. El siniestro líder de los jemereros rojos era, de hecho, su modelo y su héroe, porque era el único, decía Sebastian en los interminables discursos que nos lanzaba, que se había atrevido de verdad a instaurar el comunismo, el único que había tenido el valor de HACER lo que los otros DECÍAN que se debía hacer. Y lo había hecho, afirmaba, muy cerca de allí, en la vecina Camboya, aunque Camboya, de acuerdo con cualquier cálculo que pudiera hacerse, estaba a miles de kilómetros de nosotros. Pero la presencia de templos hindúes en la isla y la sensación general de irrealidad y de sueño que iba cobrando nuestra estancia en aquel lugar me hacía dudar. ¿Estaríamos realmente cerca de Camboya, en alguna isla de Indonesia, quizá cerca de la isla de Célebes? Esto explicaría muchas cosas, por ejemplo la presencia de simios en las florestas de la isla. Pero ¿cómo habíamos podido llegar hasta allí?

Curiosamente, había sido el propio SIAR quien les había proporcionado la

información que había conducido al «despertar» de todos ellos. Gracias a los cursos de formación del SIAR habían aprendido a comprender la Historia, nos dijo Sebastian, y a entender la dialéctica.

—¿Ustedes comprenden la dialéctica, carajo? —nos preguntó amenazador durante uno de aquellos días, en una de nuestras sesiones agotadoras de reeducación, todos sentados en el suelo frente a la estatua gigantesca de Hanuman y las fotos de los líderes políticos—. ¡Si ustedes no comprenden la dialéctica, no comprenden nada, carajo! ¡La dialéctica es la formalización intelectual de algo que los pueblos latinos hemos sabido desde siempre! ¡La dialéctica es la ciencia que nos permite descubrir que todas las cosas son en realidad lo contrario de lo que parecen! Por ejemplo: el blanco no es en realidad blanco, sino negro. Y el negro no es en realidad negro, sino blanco. ¿Han comprendido la dialéctica?

Nosotros decíamos que sí, que ahora ya entendíamos la dialéctica, pero entonces Sebastian empezaba a hacernos preguntas sutiles y capciosas y enseguida quedaba claro que no era cierto, que no habíamos terminado de entender la dialéctica. Nos proponía pequeños trabajos de clase. Nos proponía una dialéctica de la paz, por ejemplo, o de la violencia, o de la libertad, o de la herencia, y nos embarcaba en complejas disquisiciones filosóficas que venían a demostrar siempre que lo que parecía que eran las cosas nunca era lo que eran de verdad. La paz no era paz, la libertad no era libertad, la violencia no era violencia, el amor no era amor, la justicia no era justicia, la belleza no era belleza, el placer no era placer, la guerra no era guerra, la imposición no era imposición: la libertad era esclavitud, la esclavitud era libertad, la violencia era amistad, la amistad era violencia, y todo lo demás, y todo lo anterior, libertad, paz, violencia, amor, justicia, belleza, guerra, placer, no eran más que una cosa: dinero. De todo esto podría derivarse una visión caótica y desencajada del mundo, pero curiosamente no era así. Porque aquí era donde venía la revolución, el concepto y el ideal de la revolución, a dar sentido a todo. No podía haber una dialéctica de la revolución (lo cual hubiera llevado a afirmar que la revolución no era revolución) porque la revolución era la dialéctica en sí, lo que cambia el mundo y desenmascara el engaño de la explotación.

—Todo lo que vemos es un engaño —decía Zacarías, con decenas y decenas de velas reflejadas en las pupilas de sus ojos brillantes—. La dialéctica nos permite ver más allá del engaño. Vemos algo muy hermoso, una pintura de la diosa Afrodita saliendo de las aguas. ¡Pero ella en realidad no es hermosa, ni la pintura lo es tampoco! ¡La diosa no es tal, sino una vieja prostituta sifilítica puesta allí por los dueños del burdel! Yo no creo en Dios, pero si hubiera que atribuir la creación a un Dios, no cabe duda de que se trataría de un Dios burgués, con su gusto por las flores, los pájaros de colores, las rizadas olas del mar y las ondulantes cabelleras rubias de mujeres que nos distraen con sus pechos sonrosados. ¡Un Dios burgués ha creado el mundo para estafarnos! ¡Un mundo de ilusiones que sólo podemos destruir mediante la violencia!

Normalmente nos lanzaba estos discursos en el interior del templo, donde reinaba una oscuridad perpetua, frente a las decenas de retratos de líderes revolucionarios iluminados por las velas goteantes, en sus marcos dorados, con sus sonrisas ilusionadas, sus grandes sonrisas megalómanas y malvadas de diablos, las sonrisas obscenas del que siente que ha conquistado su propio terror mediante el uso de la fuerza, los ojos iluminados por una energía que ignora la delicadeza y la ternura.

Otra de sus obsesiones eran el sueño y el despertar. El mundo, decía, estaba dormido y el marxismo-leninismo había venido a despertarlo.

—¡Antes estábamos dormidos! —gritaba Zacarías, ya que poseía una capacidad sobrehumana para hablar a gritos durante horas—. ¡Antes el bacilo burgués nos corroía los tuétanos y nos mantenía dormidos! ¡Éramos durmientes! ¡Ahora ya no dormimos!

Lo cierto es que dormían poco, prácticamente nada. Intentaban por todos los medios no dormir, y creo que las drogas que tomaban y que les mantenían en un constante estado de excitación, así como las orgías que solían celebrar por las noches, tenían como principal objeto evitar el sueño. De acuerdo con las ideas de fisiología política de Zacarías (que defendía que *todo era política*, hasta el sueño, la salud, el pulso sanguíneo, los insectos, la lluvia, la diferenciación de las especies, las branquias de los peces, el color de las flores, la reproducción por esporas: todo Política, carajo), el sueño no era necesario para los seres humanos, cuyo verdadero destino y vocación era la lucidez, y un verdadero revolucionario no debería dormir nunca. Descansar sí, por supuesto, quizá incluso cerrando un rato los ojos, pero no dormir. Esto mismo era lo que decían los guerrilleros cuando finalmente les vencía el sueño, que estaban «descansando con los ojos cerrados». Pero jamás admitían que se dormían y menos aún que soñaban, ya que el sueño era para ellos «territorio burgués», el «sangriento territorio del mito». En el sueño el ser humano abdica del sentido de la vista, clamaba Sebastian cuando descubría a alguno de nosotros durmiendo o intentando dormir, y pierde el sentido del tacto: de *sujeto* pasa a ser *objeto*, de persona pasa a ser cosa. Es decir, que en el sueño el ser humano se convierte en mercancía. El sueño nos cosifica y nos incapacita para el análisis objetivo de las relaciones sociales y del sistema de producción. El sueño es una necesidad del sistema capitalista, decía: cuando el proletario no trabaja, lo único que puede hacer es dormir. Pero si no durmiera, si se mantuviera alerta y con la facultad de análisis intacta podría utilizar esas horas para reflexionar sobre su situación y desarrollaría conciencia de clase. Por eso el capitalismo era, de acuerdo con la interpretación de Sebastian, el gran distribuidor, el gran organizador, el gran administrador, el gran dispensador, el gran promotor del sueño. El capitalismo promovía los somníferos entre los trabajadores en forma de bebidas alcohólicas y estupefacientes diversos como por ejemplo el opio (una sustancia con la que había logrado sojuzgar a millones), y también mediante diversiones y espectáculos, pasatiempos y distracciones, juegos y colores, imágenes y ritmos de baile cuyo único

objetivo era hipnotizar a las masas, y pretendía llevar las figuras de los sueños a la realidad mediante cuentos de hadas, óperas, novelas fantásticas, leyendas, explicaciones mágicas, sesiones de espiritismo, bolas de cristal, cartomancia, lectura de las manos, conocimiento de la luz astral, espiritualismo, teosofía, presentación erotizada de antiguos misterios, develación de verdades supuestamente «ocultas», pornografía disfrazada de arqueologismo, imágenes simbólicas de contenido titilante, asimilación sorprendente de redes simbólicas que identifican lo vegetal con lo animal y con lo humano mediante artificiosas representaciones artísticas que pretenden borrar la distinción lógica entre el nivel racional y el simbólico o entre los distintos reinos de la naturaleza, junto a todo tipo de técnicas, características de todas las prácticas religiosas del mundo, diseñadas para que el sujeto *cierre los ojos*: rezos, meditaciones, yoga, incubaciones, composiciones de lugar, oraciones, actos de contrición, contemplaciones, sacramentos, audiciones piadosas, satsangas, ejercicios de respiración, pranayama, cantos de himnos, visualizaciones de imágenes y escenas interiores, tanques de deprivación sensorial, drogas psicotrópicas, ingestión ritual de alcaloides, danzas místicas, *sama* sufí, *sweat lodges*, temazcales, *vision quests*, ayunos, inductores del estado Alpha, gafas de ondas cerebrales, experimentos de telepatía y telequinesia, trances, posesiones, canalizaciones...

—Cuando estoy dormido no veo lo que tengo delante y no siento lo que toca mi piel —decía aquel visionario siempre feliz, siempre feroz—. Cuando estoy dormido carezco de fuentes de información objetivas. Ya no puedo decir que «creo sólo en lo que veo y en lo que toco», porque ni veo ni toco nada. Cuando estoy dormido, el mundo se borra de mi alrededor. ¡Cuando duermo estoy fuera de la historia, carajo! ¡Maldito sea el sueño, entonces, que nos saca de la historia y nos lleva al territorio ancestral y sangriento de la fascinación y del mito! ¡Cuando duermo, dos y dos no son cuatro, sino que pueden ser cualquier cosa! Cuando duermo, la lógica desaparece, y también la visión científica del mundo. Pero ¿cómo describir un estado que no es lógico, que no es científico y que está fuera de la historia? ¡El sueño es fascista! ¡El sueño es el opio del pueblo!

Por esa razón cuando los guerrilleros «descansaban con los ojos cerrados» solían colocarse en una postura incómoda, o tumbarse sobre una piedra que les produjera una cierta molestia, a fin de no hundirse en un sueño profundo y no perder del todo el contacto con la realidad. A veces uno de ellos «descansaba» mientras otro le movía de vez en cuando o le decía cosas en voz alta para impedir que se durmiera del todo. A veces, cuando uno estaba «descansando», los otros le sacudían con fuerza y le hacían preguntas sencillas y no le dejaban en paz hasta que el otro contestaba. Yo sospecho que habían desarrollado la capacidad de contestar en sueños y sin llegar a despertarse realmente. Pero el espectáculo podía ser enloquecidamente cómico.

—Eh, Marcel —le decía Ossip, un ruso, a un guerrillero de Des Moines que dormía roncando sonoramente—. ¡Marcel, contesta!

Como Marcel seguía roncando y era evidente que estaba durmiendo a pierna

suelta, que buena falta le hacía, Ossip le sacudía del hombro con fuerza.

—Marcel, dime el número Pi. Vamos, Marcel, Pi, dime cuál es el número Pi.

—Tres con catorce —murmuraba Marcel entre sueños.

—Tres con catorce y ¿qué más? —decía Ossip agitando el hombro del desdichado durmiente—. Vamos, vamos, ¿qué más?, Marcel, ¿qué más?

—Tres con catorce dieciséis —decía Marcel pronunciando con dificultad.

Solían preguntarse cuál era el número Pi, o incluso el teorema de Arquímedes. Otras preguntas típicas eran en qué año había terminado la Segunda Guerra Mundial, quién había sido el primer hombre en llegar al Polo Sur, cómo se llamaba el activista irlandés que había denunciado el colonialismo del Congo, cuál era la fecha de nacimiento de Lumumba, la primera frase del discurso de Gettysburgh, la inscripción que se encuentra en la tumba de Karl Marx o el nombre del asesino de Trotski. Otras veces pedían al durmiente que realizara alguna operación aritmética sencilla, por ejemplo, siete por cinco, ocho por nueve, o que dijera la raíz cuadrada de treinta y seis, o le pedían que definiera el ángulo recto o la hipotenusa, o bien le preguntaban el nombre de alguna capital de algún país del mundo (Estonia, Letonia y Lituania estaban entre los favoritos), o incluso que cantara la primera línea de *La Internacional*, que puede interpretarse, precisamente, como una llamada a despertar y a saltar de la cama: «Arriba los pobres del mundo, en pie, famélica legión».

La cautividad es aburrida. Durante las dos interminables semanas que siguieron, participamos en varias «acciones» de los terroristas, acciones meramente simbólicas que se realizaban en la selva combatiendo enemigos imaginarios, sufrimos interminables sesiones de «educación política» a cargo, sobre todo, de Sebastian, pero también de Estrella Roja y de Ventimiglia; recibimos cursos de camuflaje y de supervivencia en los que mis compañeros aprendieron unas cuantas cosas útiles (cómo encontrar agua y alimento en la selva, cómo orientarse, cómo seguir rastros humanos y animales, cómo dejar marcas para recordar una senda, etc.) y tuvimos tiempo también para hablar mucho entre nosotros. Durante esos días, Wade nos contó su historia, y también Santiago, y Joseph. Pero mi herida se infectó por falta de cuidados, y se declaró la gangrena. La gangrena continuó su curso pierna arriba. Y Joseph tuvo que cortarme la pierna izquierda por debajo de la rodilla en una noche horrenda que jamás olvidaré.

Unos días después de mi amputación, cuando mi herida aún no estaba cicatrizada, nos despertamos una mañana y nos encontramos solos en el templo perdido en medio de la selva. Nunca supimos si los guerrilleros se habían hartado de nosotros y habían decidido dejarnos marchar, o si había sucedido algo extraordinario que les había hecho huir durante la noche, quizá incluso una intervención de las fuerzas secretas de la isla a nuestro favor. Cogimos nuestras pertenencias, y nos marchamos de allí lo más rápido que pudimos. Yo no podía andar, había perdido mucha sangre y estaba temblando de fiebre, y tuve que ser transportado de nuevo en camilla. Dos días más tarde, logramos llegar al poblado. Mi herida se había abierto, y existía el peligro de

que volviera a declararse la gangrena y tuvieran que cortarme la pierna, esta vez por encima de la rodilla. Pero ahora teníamos medicinas y también mejores condiciones higiénicas, de modo que Joseph pudo controlar la infección y el resto de mi pierna se salvó.

Así es como regresamos al poblado, casi tres semanas después de salir y cuando nuestros compañeros nos daban ya por muertos.

Historia de Wade

Éstas son las voces de unos cuantos hombres cansados, agotados y hambrientos, metidos en una habitación de piedra dentro de un templo de piedra, en medio de la oscuridad. El hedor es tan intenso que sólo puede provenir de un cadáver. Pero si hay un cadáver, ¿dónde está? Todo el lugar huele a muerte, no sólo a orina y a heces, sino también a corrupción, como si en algún lugar hubiera cuerpos muertos amontonados. ¿Cuerpos de animales? ¿Cuerpos humanos? La estancia está en la oscuridad más absoluta, y en medio de la oscuridad, Christian resplandece envuelto en un fulgor dorado. Gracias a él nos vemos débilmente unos a otros. Cuando los guerrilleros se callan, cuando dejan de gritar, de cantar, de jurar, de fornicar, sigue sonando el silencio delicado de la selva, el grito lejano de un pájaro. Parece el grito de la muerte. Parece el grito de la soledad. Luego se oyen explosiones lejanas, o algo parecido a explosiones, y me doy cuenta de que ya he oído esas explosiones antes, quizá en sueños, pero que sólo ahora, aquí dentro de este templo y siendo un cautivo, me he detenido a reflexionar en lo que oía. Estamos todos encadenados de pies y manos en la oscuridad. De día nos tienen libres, pero por la noche nos atan con esposas y con cadenas. Hubiera sido más cómodo que tuvieran una verdadera celda con una puerta que pudiera cerrarse. Tener que dormir con estos hierros en las muñecas y los tobillos es una tortura más que añadir a nuestros muchos sufrimientos.

—Hace tiempo que quería preguntarte algo, Wade —dije una de esas noches. Creo que fue la segunda noche de nuestra cautividad, la primera noche que nos pusieron cadenas y estábamos todos aterrados y ninguno de nosotros podía dormir.

—Tú dirás, John.

—Desde el primer momento... desde que llegamos a la isla... todos estábamos asustados, llorando, angustiados, pero tú estabas sonriendo. En el avión, justo después del accidente, todo el mundo gritaba, pero tú estabas tranquilo. Tranquilo, sereno, sonriente como un dios... ¿Por qué, Wade? Y luego, más tarde, al llegar a la isla, y al terminar de llevar a los supervivientes, al intentar ayudar a los heridos... todos estábamos asustados, nerviosos, pero tú estabas tranquilo, tú sonreías... Tú parecías feliz, Wade. ¿Por qué? ¿Tú sabías que íbamos a venir a este lugar? ¿Tú conocías la existencia de esta isla? ¿Era aquí precisamente donde venías? ¿Cogiste el avión en Los Angeles no para ir a Singapur, ni a la India, ni a ningún otros sitio, sino a esta isla?

—John, John, John —dijo Wade riendo—. Para un poco la imaginación. Claro que no conocía esta isla. Por supuesto que no venía aquí. ¿Cómo se te ocurre?

—Hemos sido traicionados antes —dije—. Primero George, el niño de Lizzie, los otros niños, luego Gwen... ¿Eres tú también un traidor? ¿Eres uno de ellos?

—Joder, tío —oí rezongar a Santiago—. Wade no es un traidor. Wade es un tío de

puta madre.

—Todo es posible, ¿no creéis? —dije yo—. Joseph, Christian, Sheila, Jack, pensad en ello. Siempre está contento, siempre está sonriente, se mueve por esta isla como por su casa, sabe hacer todo lo necesario, cortar un coco, seguir un rastro, fabricar una camilla, poner una trampa. Fue él quien encontró agua. Fue él quien encontró la torre de comunicación. Fue él quien encontró la desembocadura del río donde pusimos el campamento. Cuando nos metimos en la selva, necesitábamos un machete y de pronto apareció un machete clavado en un árbol. ¿No os parece mucha casualidad? Él encontró a los salvajes caminando por el valle con los niños. ¡Qué suerte! ¿Cómo pudo descubrirlos con unos prismáticos y a esa distancia si no es que sabía exactamente dónde mirar? Todo para que viéramos que tenían a los niños, que probablemente eran unos niños falsos, y para que nos tragáramos el cuento de que en la isla había caníbales.

Los otros quedaron en silencio.

—Creo que nada de eso era casualidad —seguí diciendo—. Creo que eres uno de ellos, Wade. Creo que probablemente eres su líder. Creo que tu verdadero nombre es Abraham Lewellyn. Creo que te diviertes moviendo los hilos de tu pequeño mundo, haciéndonos jugar a todos como marionetas. Creo que tú mismo te sorprendiste cuando Gwen levantó la pistola y me disparó. ¿O a lo mejor estaba todo planeado para que sucediera así? No, no, creo que no, creo que eso te sorprendió... pero ése debe de ser el mayor placer de ser un pequeño dios, ¿no? El placer de la sorpresa. Que tus propias criaturas tomen decisiones por sí mismas...

—Pero él venía en el avión, John —dijo Joseph—. Estás diciendo cosas raras.

—¿Qué coño pasa aquí, Wade? ¿Qué queréis de nosotros? —le pregunté—. Dime, ¿cuál es el plan? ¿Quién eres? ¿Eres Abraham Lewellyn?

—Tranquilízate, John —dijo Wade—. No grites, no despiertes a esos chiflados. Estás equivocado. Yo no soy «uno de ellos», como tú dices. Yo llegué a este lugar igual que tú, y jamás había oído hablar de este lugar antes de caer aquí. Pero te contaré mi historia. Es algo que debería haber hecho mucho antes. Pero nunca parecía el momento adecuado. Te contaré mi historia. Creo que todos deberíamos hacerlo. Creo que sería bueno que todos conociéramos la vida de los otros, porque me da la impresión de que vamos a pasar mucho tiempo en este lugar, y sería bueno que nos conociéramos mejor unos a otros. Pero también porque sabiendo quiénes somos y qué ha pasado en nuestra vida anterior podremos, quizá, descubrir qué estamos haciendo aquí. Encontrar el hilo que lo unifica todo. No sé si me explico. Encontrar qué es eso que tenemos todos en común, la razón de que seamos nosotros, precisamente nosotros, los que hemos caído en esta isla.

—La razón es sencilla, Wade —dijo Joseph—. La razón es que no hay razón. La razón es que íbamos todos en aquel avión y el avión sufrió una avería y se cayó al mar.

—Ya hemos hablado antes de esto —dijo Wade, y aunque yo no podía ver su

rostro, sentía la sonrisa en su voz y en sus ojos—. Yo nací en Indiana. Mi padre se llamaba Raymond Erickson, y era de ascendencia irlandesa y sueca. Mi madre se llamaba Pearl y era alemana, irlandesa y *native american*. Nos abandonó a mi padre y a mí cuando yo tenía cinco años, de modo que no tengo ningún recuerdo de ella. Mi padre era mecánico de coches, y uno muy bueno, además. Tenía un taller en Hammerstown, un villorrio del valle del Wabash, en el condado de Gibson, Indiana, donde la vida era tan agradable como puede serlo. Vivíamos los dos solos, y vivíamos como salvajes. A mi padre le gustaban todas las cosas que se supone que deben gustarle a un hombre. Le gustaba la caza, las armas, las navajas, le gustaba un buen *bourbon* de Kentucky, le gustaba cantar, le gustaba pelear y darse de puñetazos con otro tipo tan imbécil como él a la salida de un bar, un viernes por la noche, mientras su hijo le esperaba en casa, le gustaban las mujeres, especialmente las de color, lo cual sólo le traía problemas, porque en aquellos años no estaba bien visto que un blanco saliera con una *African American*. Cuando conoció a Ogunde y la trajo a vivir con nosotros, su vida se normalizó un poco, y desaparecieron las peleas y las borracheras, aunque muchos de sus amigos, que eran *white supremacists*, la basura más grande que ha existido en este mundo, no comprendieron cómo podía meter en su casa a aquella mujer y cortaron con él e incluso nos amenazaban a veces y nos rompían cristales a pedradas. Sus hijos, que eran basura igual que ellos, se reían de mí en el colegio y me decían que ahora tenía una *mammy* que era una *spook*. Tuve que emplear los puños a menudo, y a pesar de que era alto y sabía pelear a veces era derrotado. Tampoco entiendo cómo mi padre podía juntarse con aquella escoria racista con la atracción que sentía por las mujeres de razas oscuras. Mi madre, a la que entonces sólo conocía por unas fotos que mi padre tenía escondidas en un cajón de su despacho y que descubrí un día por casualidad, tenía sólo una cuarta parte de sangre india, pero era muy morena, alta y atlética y con la nariz y los labios y los ojos rasgados típicos de los navajos. Y ahora Ogunde. Era una muchacha de sólo veinte años que venía de Georgia y había tenido trabajos en el límite de lo que uno podría considerar una existencia normal. Había sido camarera y bailarina y había trabajado también en esos locales en que los clientes pagan por charlar con las chicas. Tenía un cuerpo espectacular, y yo siempre pensé (aunque las razones de que pensara tal cosa hoy en día no están claras para mí) que mi padre la había conocido una noche de farra en un *strip club* de carretera de las afueras de Hammerstown que se llamaba The Pink Crocodile y que era el sueño de todos los adolescentes del condado. Se contaban toda clase de cosas sobre The Pink Crocodile y las mujeres que había allí y las cosas que uno podía hacerles a las mujeres que había allí, pero todavía no teníamos la edad y no se nos permitía entrar. Todavía hoy en día no estoy seguro de que Ogunde fuera realmente una de las bailarinas de The Pink Crocodile, aunque por su aspecto y por su tipo muy bien podría haberlo sido. Era muy simpática, muy guapa y tenía un cuerpo precioso. Poseía la piel más oscura que he visto jamás, satinada y aceitosa y oscura como el petróleo, oscura como la madera de ébano más oscura, tan oscura que

cuando estaba desnuda en una habitación con la luz apagada lo único que se veía de ella eran sus dientes y el blanco de sus ojos.

Yo era un adolescente con la sangre revuelta, y Ogunde tenía la mala costumbre de andar medio desnuda por la casa. A veces bromeábamos y jugábamos y nos peleábamos como dos chiquillos. Yo era entonces muy inocente, y creo que esos juegos eran inocentes también. Mi padre tuvo que ir a Evanstown a comprar unas piezas y luego nos llamó desde allí y dijo que pasaría allí la noche, y Ogunde y yo decidimos pasar el día juntos e irnos al río Wabash. Hicimos unos emparedados y nos fuimos en el Buick de mi padre. Tenía este Buick de segunda mano, un magnífico Skylark del 53 que era su posesión más preciada, y además el *pick up truck*, que era el que usaba siempre. De modo que metimos la comida y unas sodas en el coche y nos fuimos hasta Janycen Town, tres millas río arriba, donde había una playa solitaria y una isla en medio del río, una isla llena de robles que en la región era conocida como «la Isla de las Cabezas Cortadas» no sé muy bien por qué. No teníamos bañador. Ogunde se quitó la ropa y se quedó en bragas y en sujetador, y así se metió en el agua, y yo hice lo mismo, y el agua del río estaba muy fría, mucho más de lo que uno podría imaginar. Luego nadamos hasta la Isla de las Cabezas Cortadas y nos encontramos con la fuerza majestuosa del río. La corriente no era tan vehemente en la orilla y, además, ¿quién podría imaginar que un río tan ancho tuviera la fuerza de un torrente? Pero en el centro del río, la corriente nos arrastraba irremisiblemente hacia el sur, y tuvimos que emplear toda la destreza de nuestros músculos para llegar a la isla. Cuando conseguimos alcanzarla estábamos los dos jadeantes y nos tumbamos en la hierba a descansar. Recuerdo que había una especie de felicidad en el hecho de estar en una isla, aunque fuera una pequeña isla fluvial. Un hombre se siente un rey cuando está en una isla. No recuerdo un día más feliz en toda mi vida. Allí tumbados sobre la hierba, sintiendo la caricia del sol sobre la piel helada, mirando el paso de las nubes por encima de nosotros. Eran nubes inmensas aquellas nubes de fines del verano en Indiana, nubes como barcos de vela. A mí me recordaban a esos barcos que tenían los españoles y con los que cruzaron el Atlántico. Había un silencio maravilloso aquel final del verano en Indiana. Sólo se oía el rumor del río Wabash y el viento entre las hojas de los robles y el canto de los pájaros. El Buick rojo cereza estaba en la orilla, a la sombra de un roble. Supongo que me puse a mirarlo porque me daba vergüenza mirar a Ogunde, que estaba tendida a mi lado en la hierba. Yo olía con toda claridad el olor de su carne y de su piel por encima del olor del río y de los robles, y aquel olor a mujer adulta, brava y sana, se me clavaba como un cuchillo. Me daba vergüenza mirarla, porque sus blancas prendas mojadas se transparentaban mostrando con toda claridad sus pezones negros y su vello púbico. De pronto pensé que lo que estábamos haciendo estaba mal, y que si mi padre se enteraba nos azotaría a los dos con su correa. Él jamás me había azotado, aunque en un par de ocasiones me había amenazado con hacerlo, y había empezado incluso a desabrocharse el cinturón. Pero en esta ocasión, al ver a Ogunde prácticamente desnuda a mi lado y

ver cómo ella se reía al ver la vergüenza que me daba verla así, tuve la sensación de que si mi padre estuviera allí se habría quitado la correa al instante y nos habría azotado a los dos hasta cansarse. Regresamos a la orilla, nos secamos, nos vestimos y comimos nuestros emparedados y bebimos nuestras sodas. Luego sacamos las cañas de pescar y lanzamos el sedal. Sólo pescamos un róbalo, y no muy grande, pero la diversión era la misma. Regresamos al atardecer, pero antes de llegar a casa, Ogunde me propuso que nos fuéramos al cine. Era una idea insólita, y a mí me hubiera dado mucha vergüenza ir al cine con ella, no sólo porque era una adulta, sino porque era una adulta negra. Pero ella insistió. Dijo que podríamos ir a un *drive in* que había en Rowland, unas cuatro millas valle abajo, de modo que allá que nos fuimos. Yo pensaba que estaríamos los dos metidos en el coche y que nadie nos vería, y eso me tranquilizaba un tanto. De modo que llegamos a Rowland, nos metimos en el *drive in* y vimos una película de ciencia ficción muy estúpida llena de monstruos verdes y de naves espaciales. En vez mirar la pantalla, yo me dediqué a mirar a Ogunde. Tenía los labios curvados hacia fuera, labios como los pétalos de una flor, labios hechos para besar y para ser besados. Tenía las pestañas espesas, negras y curvadas, y los ojos más bonitos que he visto jamás. Cuando sonreía, se le ponían hoyuelos a ambos lados de la boca. Le puse la mano en la rodilla y ella la apartó de allí. Le puse la mano en el vientre y ella la apartó de allí. Le puse la mano en el pecho y la apartó de allí. Luego le puse la mano entre las piernas. Ella llevaba *jeans*, ropa de faena, y a través de la gruesa tela no era mucho lo que ninguno de los dos pudiéramos sentir. Pero ella apretó los muslos, como para mantener allí atrapada mi mano y evitar que siguiera poniéndola aquí y allá, y así estuvimos un largo rato. Al cabo de un rato yo comencé a sentir sus latidos en la palma de mi mano. Era como si su corazón estuviera allí, entre sus muslos. Esa noche nos hicimos amantes, y a partir de entonces nos acostábamos juntos siempre que podíamos.

Mi padre nos sorprendió una tarde en que regresó pronto del taller, y nos dio una paliza a los dos. Es decir, más bien le dio una paliza a Ogunde, aunque yo recibí casi todos los golpes al intentar defenderla. Tenía miedo de que el viejo la matara con sus puños, miedo por ella, y por el viejo, y por mí. Miedo de que la matara y a él le mandaran a la cárcel y yo me quedara solo en el mundo. Acabamos todos en la mesa de la cocina, bebiendo *bourbon*, mi padre con la nariz ensangrentada, Ogunde con un labio roto y los dos ojos hinchados y yo con dos dientes menos. Mi padre decía que le habíamos traicionado y que tenía derecho a vengarse. Que tenía ganas de matarnos a los dos, y que no lo hacía simplemente porque no quería ir a prisión el resto de sus días. Yo esperaba que se le pasara el enfado, y seguíamos bebiendo *bourbon* y yo ya estaba muy mareado porque era la primera vez que bebía en mi vida. Finalmente, mi padre dijo que él era un hombre magnánimo y que estaba dispuesto a perdonar. Que nos perdonaba a los dos, pero que yo tenía que largarme porque ya no podría soportar ver mi cara nunca más. Creo que estaba verdaderamente enamorado de aquella muchacha, y que nuestra traición le había dolido en lo más hondo. Me dijo que no

quería volver a verme, que a la mañana siguiente quería ver mi cuarto vacío, y que todo lo que no me llevara conmigo lo quemaría de modo que yo ya no tuviera ninguna razón para desear volver allí. Yo me eché a llorar. En realidad no era más que un niño. Y también estaba enamorado de Ogunde, enamorado con una intensidad que me hacía sentir zumbidos en los oídos y que hacía que me temblaran las rodillas cuando estaba cerca de ella. Intenté hablar con mi padre. Me puse de rodillas en el suelo y le pedí perdón. Me puse verdaderamente de rodillas ante él. Creo que mi padre sintió desprecio al verme así. Me dijo que no me portara como un marica, que había actuado como un hombre y que ahora debía aceptar las consecuencias de lo que había hecho como hacen los hombres. Pero me parece imposible que él no tuviera también roto el corazón. Yo era su único hijo, al fin y al cabo, y hasta ese momento jamás me había puesto la mano encima ni yo le había dado ningún motivo para hacerlo. Creo que, a su modo, era un buen hombre.

Así comenzó mi peregrinaje. Pude llevarme pocas cosas. Cuando entré en mi cuarto, vi que mi padre había puesto su viejo petate militar sobre mi cama, el único regalo que me hizo en toda su vida, y yo metí dentro las cosas que creí más necesarias. En realidad no tenía muchas cosas, y el petate ni siquiera estaba lleno cuando me marché esa mañana. Tenía algunos ahorros, unos ciento treinta dólares, y Ogunde me dio en secreto cien más. Se escapó de casa y se encontró conmigo en la parada de autobuses. No sé cómo supo que estaría allí. Era muy temprano, y los campos estaban todavía cubiertos de una niebla color violeta. La vi aparecer por entre los robles con los brazos cruzados sobre el pecho para mantener cerrada la rebeca. Hacía frío. Se sentó conmigo unos minutos en el banco de la parada de autobús y me preguntó qué pensaba hacer. Le dije que pensaba marcharme al este para buscar a mi madre. Estaba llorando, y ella lloraba también, y el mundo parecía un lugar muy triste y muy frío, pero también lleno de ternura y de misterio, tan apasionante como el principio de una novela, en esas primeras páginas que todavía huelen a libro cerrado, cuando las vidas de los personajes comienzan a desenvolverse delante de nuestros ojos y todavía no sabemos qué esperar. Ella me dijo que viviera fuera una temporada, quizá un año, el tiempo suficiente para que a mi padre se le pasara el enfado, y que luego regresara. Pero ella no conocía a mi padre y no sabía que cuando él decía que algo se había terminado, ya no había vuelta atrás. Me recomendó que no me olvidara de que el Señor siempre mira nuestros pasos (una observación que me extrañó, porque yo no sabía que ella fuera religiosa y jamás la había visto rezar) y me dijo también que fuera respetuoso con las mujeres y que no me metiera en líos. Luego me besó en la boca y se marchó, y desde entonces no he vuelto a verla.

Estuve buscando a mi madre durante años. No fue una búsqueda intensiva, y me detuve en muchos lugares en el camino. Creo que no tenía prisa por encontrarla, que sabía que si llegaba a encontrarme con ella podría llevarme una gran desilusión y que imaginaba que quizá fuera mejor añorarla e idealizarla que conocerla en persona. Me decía que nadie puede esperar mucho de una mujer que abandona a su hijo de cinco

años. Y sea como sea, nadie puede tardar tanto en encontrar a nadie si de verdad desea encontrarle, supongo.

Me convertí en un nómada. Descubrí que sabía hacer muchas cosas, y que mi padre me había transmitido una enorme cantidad de conocimientos prácticos que yo ni siquiera me había dado cuenta de que poseía. Sabía disparar, sabía rastrear ciervos y osos en el bosque, sabía conducir, sabía beber sujetando una damajuana de un galón sobre el brazo, sabía afeitarme con una navaja y mantener la hoja bien afilada pasándola por un asentador de cuero y sabía cómo afilarla con una piedra moviéndola en la dirección del filo, sabía desmontar un motor y montarlo de nuevo, sabía reparar automóviles, sabía conducir motocicletas, coches y hasta autobuses, sabía hacer reparaciones eléctricas básicas y trabajar con madera, sabía hacer una banqueta que no bailaba y restaurar una mesa antigua hasta dejarla como nueva, sabía jugar al póker y barajar un mazo de cartas con una mano, y todo eso me lo había enseñado mi padre. De modo que podría ser conductor de camiones, ebanista, electricista, barbero, peluquero o mecánico de coches, y todo ello gracias a mi padre. Me había enseñado también otras cosas que hoy en día no parecen importantes. Me había enseñado a escupir, a maldecir y a contar chistes. Es decir, me había enseñado a hablar como hablan los hombres, con esa mezcla de arrogancia machista y de autocompasión sentimental, esa mezcla de humor y de frustración, de burla y de ditirambo que es el estilo de hablar de los hombres en todas partes del mundo. Para ustedes, espíritus puros, maricas de universidad, esto puede parecer una estupidez, pero en el lugar del que yo venía y en muchos lugares en los que he estado después, un hombre no se hace respetar ni logra que le tome nadie en serio ni puede tener verdaderos amigos ni establecer buenas relaciones sociales ni conseguir que le traten bien en los almacenes de abastecimiento ni lograr una buena reputación profesional si no sabe cómo comportarse, es decir, cómo hablar de la manera correcta.

No quiero aburrirles con todas las cosas que hice. Pasaron muchos otoños, y hubo que barrer muchas hojas. Viví en distintos lugares. Encontré una comuna *hippy* en Vermont, cerca de Burlington, y allí pasé meses removiendo mierda de vaca, y como olía todo yo, mi piel y mi pelo, a mierda de vaca y era inútil que intentara lavarme diez veces seguidas porque seguía oliendo a mierda de vaca, ninguna chica quería acercarse a mí, de modo que abandoné la comuna y busqué otra comuna *hippy* donde hubiera amor libre y algunas drogas y no hubiera mierda de vaca, y caí en otra granja en Grand Island, en las islas del lago Champlain, a unas pocas millas de la frontera canadiense. No era una verdadera granja, sino una especie de monasterio budista, un lugar donde pequeños grupos de chiflados se reunían a meditar, a comer remolachas crudas y a cantar alabanzas en sánscrito. Necesitaban un *handyman*, alguien que supiera reparar cosas, arreglar motores, aserrar tablones y clavar clavos, de modo que me quedé allí. Nunca fui a la universidad, pero en aquella granja del lago Champlain descubrí la lectura. Aquella granja fue una especie de universidad para mí. Los Feller, los propietarios, tenían allí una biblioteca impresionante, y cuando terminaba de

trabajar me iba allí, me tumbaba en un sofá de cuero rojo y me ponía a leer. El primer libro que leí en mi vida fue *La comedia humana* de William Saroyan, una recomendación de Iris Feller, la hija mayor de los Feller, y aquel libro fue el principio de todo. No me quedé mucho tiempo, sólo el suficiente para descubrir, hablando con los Feller y con los muchos visitantes suyos que pasaban por allí, que yo era un ignorante tremendo, y además un estúpido pretencioso, y que tenía que dejar de ser un ignorante y un estúpido cuanto antes. Seguí viajando, pero ahora leía todo lo que podía. Era un visitante asiduo de las bibliotecas públicas. Iba de trabajo en trabajo y de muchacha en muchacha y de biblioteca en biblioteca. Oficialmente, seguía buscando a mi madre. Luego decidí que ya estaba bien y que ya iba siendo hora de que la encontrara si es que de verdad estaba buscándola, de modo que la encontré. Se había casado con un inspector de Hacienda de St. Petersburg, Florida, tenía dos niñas pequeñas y vivía en una casita encantadora que tenía un lago con patos lleno de juncos y papiros. Un lugar realmente precioso. Cuando me vio aparecer, no se podía imaginar quién era yo. Un indio mirando a otro indio. Un coyote mirando a otro coyote en medio del desierto rojo. Me dijo que «esa parte de su vida» había quedado atrás. Ella estaba sola en casa, lo cual, supongo, fue una suerte para todos. Me enseñó una foto donde aparecían ella, su nuevo marido y las dos hijas que tenían. Ni siquiera me preguntó por mi padre. Nos sentamos en la cocina y me ofreció un vaso de limonada. Me preguntó si necesitaba dinero y le dije que no, pero de todos modos abrió la lata de las galletas y me dio doscientos dólares. El hecho de que tuviera doscientos dólares allí guardados como quien no quiere la cosa, me impresionó. Era evidente que estaba deseando que me marchara. Era una mujer alta, atractiva, envejecida prematuramente, con un gesto amargo en la boca. Yo la miraba buscando algo mío en ella, o quizá algo suyo en mí, pero ella no quería mirarme a los ojos. Le dije que me gustaría conocer a mis hermanas, y ella me dijo que sus hijas no eran mis hermanas. «No son tus hermanas, Wade», me dijo con mucha compostura. Yo hubiera querido pegarla. Hubiera querido abrazarla y pedirle por favor que me quisiera, que me diera un poco de amor, aunque fuera un poco. Pero a nadie se le puede pedir amor, el amor es justamente eso que no se puede pedir. Se puede pedir cualquier otra cosa, dinero, comida, casa, protección, la vida o incluso la muerte, pero uno no puede pedir amor por mucho que lo necesite.

Después de eso siguen todavía unos cuantos años errantes. Estuve en el ejército una temporada, pero no me gustó y me largué. Supe lo que pasaría si me quedaba en el ejército: que encajaría demasiado bien, que me ascenderían sin dificultad —hasta donde puede ascender un *redneck* que sujeta el cuchillo con los cinco dedos, claro está, pero que un día me vería mirando el vuelo de un petirrojo al otro lado de una alambrada y sabría que yo estaba en el lado erróneo de la alambrada. Elegí el petirrojo, siempre lo he hecho. Elegí el sonido del viento. Siempre lo he hecho, y el viento me ha traído hasta aquí, y es el viento quien ahora me hace hablar, el viento, sólo el viento. Trabajé de copiloto en una barcaza que transportaba alquitrán por el

río Potomac. Trabajé en una fábrica de tractores y luego en una planta de envasado de pienso compuesto para alimentar a las vacas. En cuanto podía, cogía mi escopeta y me iba al bosque tres o cuatro días a cazar. Volvía sucio y feliz, oliendo a tierra y a sangre, cargado de ardillas, con perdices, con un zorro, con un corzo sobre los hombros. Fui guardabosques en el Parque Estatal de Shenandoah y luego trabajé en una mina de carbón también en West Virginia, el lugar más hermoso del mundo. Trabajé en una planta maderera en West Virginia por el simple placer de poder mirar todos los días aquel río, aquel río de aguas negras, oscuras como un espejo. Pero siempre volvía a las máquinas, a los automóviles, a los motores. Es lo que mejor se me da, los motores de automóvil, o cualquier clase de motor, en realidad, no importa si es de motocicleta, de fueraborda o de cosechadora, y en todos he metido las manos, todos los he reparado si es que tenían arreglo. Y leía sin parar. No sé por qué leía tanto. No sé por qué sentía tanta necesidad de leer. Siempre libros de biblioteca, siempre libros prestados con las esquinas torcidas y el papel amarillento, y a veces me los llevaba a la nariz para olerlos y me sentía intoxicado con el perfume del papel, aunque fuera papel barato, porque muchas veces las ediciones baratas son las que huelen mejor. El papel usado y acariciado por muchas manos comienza a tener una textura suavemente velluda, como una piel cubierta de pelusa, como una piel humana, como la piel de una mujer. Ahora me doy cuenta de que leía novelas porque quería entender cómo era la vida. ¿Tiene sentido lo que digo? Leía poesía y también algunas veces libros de historia porque sabía que era un ignorante redomado y quería saber algo sobre los romanos, sobre los egipcios, sobre Luis XVI, pero lo que más me atraía eran las novelas. Y las leía siempre preguntándome: ¿es así realmente la vida? ¿Es así mi vida? ¿Se parece en algo mi vida a lo que cuentan estos libros? A veces encontraba libros que me fascinaban y me preguntaba si había personas que vivían de verdad vidas como las que se contaban en aquellos libros. El canto del ruiseñor y la sangre del lobo atrapado en el cepo del trampero. El calor de los ríos amarillentos y embarrados de Kentucky y las manos pegajosas de savia de pino y el olor de la madreSelva y el chisporroteo de la grasa dorada de las costillas cuando cae sobre las brasas y los niños columpiándose en una rueda de camión colgada de una soga de la rama de un eucaliptus. El canto nocturno de un búho y el ruido monótono de la voz de una muchacha loca que se golpea la cabeza en las paredes en el interior de un tráiler en un *trailer park* y el olor a glutamato de una lata de sopa de champiñones recién calentada y un solo de Charlie Parker de la forma especial en que suenan los solos de Charlie Parker cuando uno los oye en la radio a altas horas de la madrugada, con una intensidad y una certeza y una verdad que dan miedo y que parecen revelar por fin lo que se esconde detrás de las cosas, la verdad de sufrimiento y amor y maravilla que hay detrás de todo, o la voz de Carmen McRae cantando *The Sound of Silence*, algo tan grande, tan vasto y magnífico y amenazador como una esfinge en mitad del desierto, o la forma en que vemos una ciudad desde un avión que está a punto de aterrizar, parrillas llenas de vehículos y rectángulos de agua azul y

polígonos perfectos y avenidas radiales iluminadas como serpientes eléctricas, y miles de hombres aullando en un estadio iluminado con focos gigantes y uno pasando como un espíritu por encima y contemplándolo todo desde allá arriba, planeando suavemente en su avión dormido, rodeado de hombres y mujeres dormidos, ¿dónde está todo eso en las novelas? Las sensaciones del estómago, las sensaciones del deseo y del dolor, el vómito, las náuseas, el intenso placer de orinar después de llevar mucho rato sin poder hacerlo, el vértigo, el cansancio, el temblor de piernas que nos acomete después de un enorme esfuerzo físico, las arcadas, el deseo, desear a una mujer, desearla hasta la obscenidad y la locura, hasta perder la dignidad y el respeto por sí mismo, ¿dónde está eso en las novelas? Lo que me fascinaba era que las novelas raramente tratan de la vida y raramente transmiten la sensación de la vida. Pero a veces transmiten cosas más profundas que la vida, o quizá es que en las novelas la vida parece otra cosa. Algo intenso y melancólico que raramente sentimos en la vida corriente. Algo profundamente triste y significativo, algo aparentemente sencillo que significa muchas cosas y que nos conmueve y nos colma. Una especie de simetría. Un dibujo. Y sólo raramente ambas sensaciones, la sensación de la vida y la sensación de la vida como aparece en las novelas, se unen en una experiencia personal. Quiero decir que a veces uno lee un libro y siente que así es como es la vida, pero otras veces lo que siente es que así es como debería ser la vida. No hablo de los libros falsos, de los malos libros, esos que pintan la vida con tintas negras o con colores rosáceos que no son verdaderos, no hablo de los cuentos de terror ni de los cuentos de hadas. Hablo de la verdadera literatura, la que quiere describir la vida como la vida es realmente y hablo de que en realidad se trata de una tarea imposible porque la vida es como una perra que corre detrás de un hueso y es inútil pintar con todo detalle la esquina amarilla de una casa o las pequeñas manzanas rojas caídas en la sombra del manzano de la señora McGiver, porque la perra ya ha pasado la esquina y ya ha cruzado la sombra del manzano y ahora está persiguiendo a un gato por la acequia polvorienta, llena de vainas secas de algarrobo. Y si uno se detiene en las vainas secas de algarrobo se pierde otras cosas, se pierde en los detalles cuando en realidad debería reflexionar sobre los caminos, sobre el polvo, sobre la muerte. Sé que no me estoy explicando bien. Lo que quiero decir es que a veces la vida es muy hermosa y que ningún libro logra captar esa hermosura, pero que algunas veces, muchas veces, de hecho, los libros son mucho más hermosos que la vida.

Decidí que tenía que instalarme en algún lugar. Había viajado tanto que no tenía apenas amigos. Probablemente no tengo temperamento para hacer amigos. Demasiado solitario. Demasiado enamorado del vuelo del petirrojo. A lo mejor es que esa mierda de la sangre india es verdad, aunque la proporción de sangre india que corre por mis venas es mínima, pero es posible que la sangre india sea la más poderosa. Decidí instalarme, echar raíces. No sabía dónde, aunque el lugar en sí me daba igual con tal de que hubiera un bosque cerca donde pudiera escaparme de vez en cuando para cazar y para pescar. Así fue como acabé en Farber, Connecticut. Tenía

algún dinero ahorrado. Compré un taller de reparación de coches que estaba en una carretera secundaria. La ciudad era Farber, pero el taller estaba prácticamente en mitad del bosque. Era un edificio grande, de dos pisos. La vivienda estaba encima, y era suficiente para una familia grande. Tenía más espacio del que necesitaba. El taller era muy grande. Hubiera podido reparar allí máquinas de tren o helicópteros. Había dos pozos hidráulicos de los años cincuenta y yo añadí dos elevadores de coches modernos pero dejé los pozos hidráulicos. Me gustaba que estuvieran allí. Era un local muy luminoso además, con ventanales amarillentos. Teníamos siempre las puertas correderas abiertas. Es lo bueno de trabajar en un taller. Uno está siempre al aire libre, aunque protegido de la lluvia y del sol.

Decidí especializarme en transmisiones y en frenos. Puse un rótulo luminoso: ERICKSON. Tenía todo el orgullo del propietario. No era un rótulo propio de un taller mecánico, y muchos coches reducían la marcha al verlo porque creían que anunciaba un restaurante. Envié una postal a mi padre a Hammerstown diciéndole dónde estaba. Habían pasado tantos años que yo suponía que ya se le habría pasado el enfado. Ni siquiera sabía si estaba vivo o muerto. Luego le envié otra postal, a la misma dirección de siempre. No me las devolvían, o sea que yo suponía que no estaba muerto y que no se había mudado, que seguía allí el viejo cabezota, recibiendo mis postales y callado y sin decir nada. Amargado, lleno de rencor. Decidí mandarle una postal todas las Navidades, con la esperanza de que él se decidiera alguna vez a contestarme.

Enseguida tenía cuatro personas trabajando para mí. Tenía un aprendiz, Thomas, dos mecánicos, Lungren y Sapkowski, realmente buenos, aunque Sapkowski tenía mucho orgullo y mucho temperamento, y también una chica, Dinah, que se ocupaba de la recepción y de los papeles. Era una chica muy lista. Era pequeña, morena, pecosa, muy lista, y no se sentía en absoluto intimidada al estar allí trabajando con cuatro tipos duros y maleados como Thomas, Lungren, Sapkowski y yo mismo. Ponía luz y alegría en el taller. No es que aquél fuera un lugar triste. Todo lo contrario. Pero un lugar en el que sólo hay hombres nunca es del todo humano, una mujer pone siempre algo muy necesario, algo que nos hace sonreír, algo que curva las cosas y las hace ser más gráciles. Si los hombres hubieran inventado los árboles, éstos tendrían sólo tronco y ramas, hacían falta las mujeres para que añadieran las hojas, las flores y los frutos. Creo que las mujeres sacan lo mejor que tienen los hombres dentro. Sí, se podría hablar mucho del tema y a todos nos encanta ser cínicos y mostrar nuestras blancas cicatrices, pero a pesar de todo creo que es verdad. Las mujeres son la luz y la música de la vida. A mí me llamaba «señor Erickson», pero en realidad hacía lo que quería conmigo. Me reñía si me manchaba al comer, no me dejaba que tocara sus papeles con mis manos sucias de grasa y si me vestía para salir me deshacía el nudo de la corbata y volvía a hacérmelo de nuevo. Me trataba como si fuera mi hija, o mi sobrina, y supongo que a mí me encantaba tener a alguien así en mi vida.

La vida sedentaria me gustó. Yo no las tenía todas conmigo. Nunca había vivido tanto tiempo en el mismo sitio y nunca había sido el dueño de nada, pero el taller iba bien porque éramos serios, no cobrábamos en exceso, cumplíamos lo que decíamos y no engañábamos con los repuestos. Los talleres de coches son como cualquier otro negocio. Enseguida tienen buena fama o mala fama, y Erickson enseguida tuvo buena fama. Tuvimos suerte porque en los alrededores éramos prácticamente el único taller especializado en transmisiones y en sistemas de frenado, de modo que no teníamos realmente competencia. El local era muy grande y no necesitaba ampliarlo, pero hice reformas en la vivienda, cambié las ventanas, hice un baño nuevo como si la familia fuera a crecer (algo que no parecía probable en el futuro próximo), luego lo pinté todo de rojo y ahora parecía una estación de bomberos. Pero me gustaba así, pintado de rojo. Pensé en poner también un lavado de coches y una gasolinera, o en ampliar el negocio y dedicarme también a los neumáticos, pero mi naturaleza me sugería más bien que disfrutara con lo que tenía. Era mi sangre india, supongo, que me aconsejaba mantenerme ligero. Ligero como el viento.

Un día Vinny, el conductor de una de las grúas locales, trajo al taller un *jeep* bastante viejo que se había destrozado el cigüeñal al meterse en un camino de montaña. Tenía matrícula de New Hampshire, y en el interior venían un hombre de pelo gris y su esposa, una mujer mucho más joven que él. El hombre era bastante alto y tenía un rostro inusualmente alargado, recorrido por amplias arrugas verticales y adornado con una nariz poderosa, rota, como suele sucederles a los boxeadores. Había en él algo hosco, quizá hostil, quizá obstinado, algo duro y calcáreo, que me gustó. Parecía de mal humor, pero nadie está feliz cuando acaba de reventar su propio coche. Me explicó que vivía en la montaña, en New Hampshire, y que estaba harto de recorrer terreno abrupto con su *jeep* y de saltar sobre rocas y troncos caídos sin que pasara nada. Yo le dije: algunas veces una vez es justo la vez que faltaba. Le ofrecí una silla y una soda a su esposa. Ella llevaba gafas de sol negras, era pelirroja y tenía la piel más pálida que yo había visto nunca en nadie que no fuera albino. Sus piernas eran blancas como la leche. Y era realmente mucho más joven que él, quizá treinta años más joven. Miramos el coche, comentamos. Se notaba que a él le gustaban las máquinas. Puse a Sapkoswki a trabajar, llamé por teléfono para pedir piezas. Tenían que traérmelas de Stanford y tardarían un día entero. Les recomendé un motel en el pueblo, porque no me parecía que fueran gente adinerada. La mujer, que era muy simpática y hablaba con acento del Sur, me contó que venían de Nueva York y que habían hecho una parada en Cambridge para visitar a la hija mayor de él, Peggy, que estaba estudiando teología y tenía graves problemas de salud. Quién sabe cómo ni por qué, nos pusimos a hablar. Les ofrecí un café y nos sentamos en la oficina. No es algo que suela hacer con todos los clientes, pero hablar con desconocidos es algo que me agrada. Es un arte, en verdad, como puede serlo tocar la armónica o tallar la madera, el arte de hablar con desconocidos. La joven esposa hacía de intérprete y le repetía al hombre las frases que yo decía. Él estaba bastante sordo. De modo que elevé mi tono

de voz y ya no hubo necesidad de que la esposa siguiera haciéndolo por mí. Había dos libros en la oficina, un libro de relatos de Nathaniel Hawthorne y *La balada del café triste* de Carson McCullers, que Dinah estaba leyendo por aquellos días por recomendación mía. No sé cómo ni por qué, nos pusimos a hablar de libros, y yo dije, cuando él me preguntó, que no pensaba que Hawthorne fuera un gran escritor a pesar de la fama de ciertos relatos suyos como «Wakefield», «Mi pariente, el mayor Molineux» o «El gran rostro de piedra», y que no me parecía que Hawthorne tuviera un verdadero *don para la ficción*, aunque era un gran inventor de metáforas y, sobre todo, un creador de situaciones. Él escuchaba mis argumentos con interés y por algunas observaciones que me hizo, me dio la impresión de que era un hombre de letras, probablemente un autor él mismo. Era la hora del almuerzo, y les propuse acercarlos a Larry's en mi coche para tomar algo. Ellos aceptaron. Dijeron que no querían causarme molestias, pero lo cierto es que no era ninguna molestia. Nos presentamos y nos estrechamos la mano. Wade Erickson. Jerry David Salinger. Colleen O'Neill.

Después de llevar una vida entera leyendo, creo que era la primera vez que yo hablaba de literatura con nadie. Hacía buen tiempo, de modo que nos sentamos fuera, en la terraza de Larry's, y ordenamos un almuerzo, aunque Jerry tenía una extraña dieta macrobiótica o vegetariana y sólo comió una ensalada, arroz hervido y una mazorca de maíz. El *clam chowder* de Larry's es famoso en el condado, pero Jerry no quiso ni oír hablar de ello. Grasa, dijo, hidratos de carbono, colesterol. ¿Es usted escritor?, le pregunté entonces, directamente. Por alguna razón le miraba las manos, como si la forma de sus manos y de sus dedos pudiera decirme algo sobre su ocupación, sobre su oficio. Sí, respondió él. Y un escritor con un problema. Sí, le dije, su coche está en mala forma. Y esas piezas son caras, además. Pero él no se refería a su coche, sino a un libro que estaba escribiendo. ¿Le parecería muy extraño si se lo contara?, me dijo. Oyéndole hablar de Hawthorne me ha dado la impresión de que usted es una persona con bastantes lecturas. Y he pensado que a lo mejor usted tendría alguna buena idea que darme. Dios mío, a mí todo aquello me pareció muy extraño. Pero también era intrigante. ¿Por qué piensa que yo puedo darle alguna idea?, le dije. ¿Cómo se le ha ocurrido pensarlo? Porque creo que usted comprende las historias, me dijo. Porque creo que usted, al contrario de Nathaniel Hawthorne, *tiene un don para la ficción*. Me contó la historia del libro que estaba escribiendo, y también el problema. Me lo contó con bastante detalle, y su relato ocupó casi todo el almuerzo, pero era fascinante escucharle porque hablaba muy bien, con gran elocuencia y con un léxico escogido y preciso. Su esposa le escuchaba con atención y con evidente admiración, aunque me pareció que admiraba al hombre pero no sentía el menor interés por lo que contaba, y que quizá ni siquiera lo entendía del todo. Era mucho más joven que él, no treinta años más joven, sino quizá cuarenta años más joven que él. Era del sur, y poseía esa simpatía y esa alegría expansiva que tienen a menudo las mujeres del sur, pero no estaba en absoluto interesada en la literatura, y

durante el almuerzo apenas dijo un par de palabras. Creo que él la despreciaba intelectualmente y la trataba con una cierta superioridad. Habían desarrollado una relación extraña aquellos dos, como la que suele surgir entre un hombre que es prácticamente un anciano y una mujer muy joven. Él la despreciaba y la consideraba inferior, pero al mismo tiempo dependía de ella absolutamente, mientras que ella, que sin duda le veneraba, le trataba con la paciencia y la admiración distante que siente una madre por un hijo sensible e insoportable. Entonces yo dije: ¿no ha pensado que es posible que Isabel esté muerta? A lo mejor está muerta pero no se ha dado cuenta, y ése es todo el problema. Eso explicaría, por ejemplo, que pudiera meterse dentro de un armario ropero y estar allí durante varias horas. No, no, imposible, dijo él. ¿Quiere que ponga un fantasma en mi libro? Jamás he hecho nada parecido. Alguien dijo alguna vez, dije yo, y perdóneme si no recuerdo quién, que todos los libros tratan de fantasmas. Jim Joyce, dijo él. Sí, eso lo dijo James Joyce. Pero parecía estarse pensando mis palabras. Muerta, ¿eh?, me dijo, mientras Colleen abría su bolso y sacaba varias facturas de Saks, la tienda de Nueva York, y las alisaba sobre la mesa, profundamente desinteresada por las agonías estéticas de su marido, y luego sacaba un frasquito de laca y se ponía a retocarse la pintura de una uña, creo que la del índice de la mano izquierda. Entonces descubre que su conciencia no ha desaparecido con la muerte, dijo el hombre, que ahora parecía estar hablando para sí mismo. Entonces descubre que puede entrar en cualquier mente, que puede viajar a cualquier lugar. Y es capaz de regresar a la tarde en que Jim trajo el caballo negro, dije yo. Y volver a vivir la escena y ver lo que realmente pasó detrás del rosal, cuando el caballo negro pasó con Rose montada. Dios mío, dijo él, yo jamás... ¡Un fantasma! Sonrió, y fue la única vez que le vi sonreír.

Me preguntó que si había estudiado literatura alguna vez y le dije que no, que jamás había pisado una universidad y que ni siquiera había terminado la *high school*, y aquella información pareció hacerle feliz. ¿Lo ves? ¿Lo ves?, le decía a su esposa, que se retocaba la laca color rosa palo de una uña con total concentración. ¡Es lo que siempre les he dicho a mis hijos! ¡Es lo que tantas veces le he dicho a Peggy, que jamás se le ocurriera pisar un curso de literatura! Y, por Dios bendito, que jamás se matriculara en una universidad de la Ivy League. Y que jamás vaya al médico, aunque ésa es una nuez más dura de roer. La enfermedad, señor Erickson, siguió diciéndome, no es más que una ilusión, *una creencia*. Y a continuación, créanlo o no, empezó a hablarme de la Ciencia Cristiana y de la hermana Mary Baker Eddy. Sí, hablamos de muchas cosas durante aquellos dos días, aunque la parte dedicada al poder curativo de la oración no me importaría habérmela saltado.

Les llevé a Farber para que se inscribieran en el motel de Bruce Sonaris, y me invitaron a tomar una copa con ellos después de la cena. Dije que pasaría a recogerles a las ocho. Cuando salía del *drive in* del motel, después de dejarles frente al mostrador de la recepción, me pareció ver que los dos habían empezado a discutir. No lo vi con claridad, porque estaban dentro del edificio, pero eso es lo que me pareció.

Cuando conducía de vuelta al taller, de pronto tuve una revelación. «Ese hombre», dijo una voz dentro de mi cabeza, «ese hombre es J. D. Salinger, el autor de *El guardián entre el centeno*». Jerry David. Jerome David Salinger. J. D. Salinger. De pronto, todo encajaba. Cuando llegué a la oficina le pedí a Dinah los papeles que había rellenado el dueño del *jeep* y allí estaba el nombre completo, Jerome David Salinger, y una dirección de Cornish, New Hampshire. ¿Sabes quién era ese hombre que acaba de estar aquí?, le dije. ¡Era J. D. Salinger! Salinger, el autor de *El guardián entre el centeno*. Vaya, vaya, Wade, me dijo ella mirándome con conmiseración. ¿Otra vez te has olvidado de tomar tus pastillas? Lo digo en serio, le dije. Es él. Te lo juro. Es él. Lo siento, señor juez, dijo ella impertérrita. No pudimos hacer otra cosa. Empezó a decir cosas raras. Decía que los clientes que entraban en el taller eran J. D. Salinger. Pero es que es cierto, le dije. ¿No ves su nombre, aquí escrito? Dios mío, Wade, dijo Dinah releendo los formularios del taller y viendo el nombre escrito en caracteres vigorosos y claramente marcados, ese tipo nos ha tomado el pelo. ¿Cuánto dinero le has dado? Le lancé una goma de borrar a Dinah y salí de allí.

Volví a hablar con él esa noche y luego al día siguiente. Le pregunté que si él era Salinger y me dijo que sí. Le dije que me alegraba enterarme de que estaba trabajando en una nueva novela. ¿Nueva?, me dijo. ¿Qué quiere decir? Le dije que sería un gran acontecimiento que publicara una nueva novela, teniendo en cuenta que desde *Hapworth 16, 1924* del 65, no había publicado ninguna. No, no, no, señor Erickson, me dijo, que la escriba no quiere decir que piense publicarla. No pienso publicarla y no se publicará. Yo no escribo para publicar, escribo para mí. Eso es extraño, dije yo, y creo que no conozco ningún otro caso de un escritor que «escriba para él». Quizá porque se dan pocos casos de personas que deseen acabar con su ego, me dijo Salinger. Y en realidad ésa es la clave de todo, el ego, y la forma en que el ego se apodera de nosotros y de todo lo que hacemos. Me contó que había escrito varias novelas en aquellos años, diez para ser exactos, pero que la obra en que estaba enredado en aquellos días era una obra realmente extensa, que llegaría a tener unas novecientas páginas y estaba destinada a ser su obra maestra. ¿Y nunca se publicará? Pregunté. Sí, dijo él. Quizá. Si todavía siguen existiendo los libros entonces. Si todavía se siguen talando árboles para hacer papel y mezclando carbón con goma para hacer tinta, y si todavía hay personas que lean por entonces. Creo que en su testamento había establecido que las novelas póstumas no podrían publicarse hasta cien años después de su muerte. Yo no podía dejar de pensar que la publicación de esas obras podría ser de gran ayuda para su esposa y sus hijos, que podrían disfrutar de los *royalties* y tener así la vida solucionada. Parece que la lucha contra el ego puede llegar a ser muy egoísta.

Yo no sabía entonces que mi vida estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados. Yo, que poseo un ego de un tamaño normal, supongo, me sentía halagado de haber conocido a J. D. Salinger, el gran recluso, y más aún de haber recibido de sus labios el cumplido de que yo tenía «un don para la ficción». Pero no pensaba que

nada de aquello fuera a tener consecuencias.

Pasaron dos meses, quizá tres. Un día aparecieron en Farber un hombre y una mujer conduciendo un Pontiac con matrícula de Nueva York que buscaban el taller mecánico de Erickson. No les costó encontrarme. El hombre era alto y corpulento, iba vestido con vaqueros y cazadora vaquera y llevaba una gorra de béisbol encasquetada hasta las cejas. La mujer iba vestida con un estilo más ejecutivo, con una falda larga, botas caras de cuero color canela y una rebeca de punto. Pregunté que cuál era el problema, y el hombre me dijo que el coche estaba bien, que no habían venido hasta allí porque hubieran sufrido ninguna avería. ¿Entonces?, pregunté yo. Me preguntó que si yo era Wade Erickson, y le dije que sí. Y me dijo que si podría robarme, quizá, una hora de mi tiempo e invitarme a una cerveza. Pensé que quería proponerme un negocio y le dije que ni el taller ni los terrenos estaban en venta, y que tampoco había pensado en expandir el negocio añadiendo ninguna franquicia. Se notaba que el hombre no se sentía cómodo. Entonces intervino la mujer. Señor Erickson, me dijo, a lo mejor si mi marido le dice su nombre, usted entenderá mejor el tipo de negocios del que le gustaría hablarle. Sí, dijo el hombre. No me he presentado. Me llamo Thomas Pynchon.

Supongo que yo abrí mucho los ojos, y supongo que no le creí en absoluto. ¿Es usted Thomas Pynchon, el autor de *El arco iris de gravedad*? Sí, me dijo él, ese Thomas Pynchon. Cariño, le dijo su mujer, a lo mejor deberías enseñarle al señor Erickson tu carné de conducir. Lo hizo, y su nombre era, efectivamente, Thomas Ruggles Pynchon Jr. Bueno, ahora ya no podía negar que él fuera realmente Thomas Pynchon, aunque dado que ni el nombre ni el apellido son infrecuentes, es posible imaginar que en nuestro país habrá más de diez y más de veinte Thomas Pynchon por ahí perdidos, sin olvidar que cualquier chiflado puede cambiarse el nombre y comenzar a llamarse Thomas Pynchon si así lo desea. Quedaba la cuestión del *middle name*. Y también la cuestión de que ni el hombre ni la mujer parecían unos chiflados. Seguramente Pynchon trajo a su mujer con él para que la escena resultara más creíble, para que todo funcionara mejor. Un hombre que aparece de la nada es como una fiera salvaje, pero si está con una mujer, entonces le otorgamos el beneficio de la duda. De modo que nos fuimos a Larry's a tomar una cerveza, y el hombre que decía ser Pynchon me contó que había oído decir que quizá yo pudiera ayudarle con su problema. Me dijo: señor Erickson, ¿sabe qué es lo malo de la literatura norteamericana? El éxito. Tenemos mucho éxito muy pronto, y eso tiene consecuencias. Ganamos mucho dinero de pronto. Alcanzamos la gloria. Mire lo que le pasó a Salinger: su primera novela le convirtió en una leyenda y le permitió vivir sin trabajar el resto de su vida. Mire lo que le pasó a Joseph Heller: escribió una novela que fue una bomba y el efecto fue que el autor se quedara mudo durante un montón de años. Es un destino literario corriente en América. Un autor escribe un libro o dos, tiene un éxito inmenso y luego no vuelve a escribir nada más, o tarda veinte años en producir su siguiente obra. Mire lo que le pasó a Bill Gaddis. Yo

decidí cortar por lo sano, puse mi mejor sonrisa y le dije que no había leído sus libros. Acusó el golpe, pero se lo tomó bien. ¿Ninguno?, preguntó. Pensaba que era usted un gran lector. Le conté que había leído *V.*, que me había parecido un gran libro, y también *La subasta del lote 49*, que no estaba mal, aunque parecía peor por la cantidad de malos imitadores que había tenido, pero que no había podido terminarme *El arco iris de gravedad* (entonces todavía no había publicado *Vineland*, creo). El problema es *El arco iris de gravedad*, me dijo. ¿Qué libro podría escribir después de esa monstruosidad? Sólo obra residual. Sólo repetir lo mismo otra vez. ¿No le parece? Es probable que esté seco, que la fuente se haya agotado. Yo no sabía qué decirle. Sin embargo, vi en los ojos del hombre que tenía frente a mí (todavía no había podido decidir si era realmente Pynchon o un embaucador) ese brillo de desesperación que nos mueve a tomar decisiones absurdas y a cometer locuras. Y vi algo más. Vi los ojos de su mujer. Eran inquisitivos, inteligentes. Yo conocía esa mirada. Aparentemente amable, pero capaz de destruir a la persona que tiene delante con la fuerza de sus dictámenes. Seguramente ella pensaba que su marido y ella habían cometido un error conduciendo hasta allí sólo para charlar con un mecánico de automóviles vestido con un mono azul y con las manos sucias de aceite de motor. Porque ella no estaba tan desesperada como él y podía, por esa razón, ver las cosas más desapasionadamente. Pero si ella sentía que estaban perdiendo el tiempo conmigo, ¿qué diablos debería sentir yo? ¿Debería pedirle perdón por no haber leído los libros de su marido? ¿Debería sentirme culpable por no estar a la altura? Todas sus novelas tienen una trama muy complicada, le dije. Pretendía decirle, simplemente, que los libros de Pynchon (si es que él era realmente Thomas Pynchon) no eran mi taza de té, y que yo prefería a Raymond Chandler o incluso a William Saroyan. Que prefería el olor de la hierba y un caballo negro corriendo por un prado a lo largo de los postes del telégrafo que una historia de erecciones, palmeras bananeras y cohetes alemanes que caen sobre Londres. Que en mi opinión sus libros eran demasiado artificiales, que eran como grandes juegos. Pero que ni siquiera eran juegos divertidos, porque en ellos él jugaba solo, y que un juego sólo puede funcionar si todos los que participan conocen las reglas. Pero no llegué a eso. Le dije que sus novelas eran un verdadero galimatías, imposibles de desentrañar. Es como si no fueran narraciones, sino esferas, le dije. Una narración es una línea, primero pasa una cosa, luego otra. En sus novelas no hay líneas, o bien todas las líneas son curvas, se curvan sobre sí mismas. Cambie. Escriba una novela que trate de una línea. ¿Una línea?, dijo él. Sí. Una línea, como el que traza una línea en una hoja de papel. Como el que traza una línea en un mapa. Como la línea Mason y Dixon que separa Pensilvania de Maryland. No hablamos mucho más, y yo ni siquiera sé por qué recordé en aquel momento la línea Mason y Dixon. No es un tema en el que suela pensar mucho, la verdad. Supongo que fue por la idea de la línea, la línea dibujada en una hoja de papel, la línea trazada en un mapa. Años después, cuando se publicó *Mason & Dixon*, recibí una copia firmada por el autor. En la página de cortesía, había

una dedicatoria. Decía, simplemente: «Para Wade Erickson. Él sabe por qué. Thomas Pynchon».

Éste fue sólo el principio. La noticia se extendió, no sé muy bien cómo porque no sé por qué canales ni por qué medios podría extenderse una noticia así. El hecho es que a partir de entonces, comencé a recibir numerosas visitas de escritores y de aprendices de escritores que venían a mi taller no para que reparara sus automóviles sino para que reparara sus relatos, sus novelas, sus argumentos, sus tramas. Descubrí que, quién sabe por qué, era bueno haciéndolo. Tenía buenas ideas, veía con claridad los errores, se me ocurrían posibles soluciones. Dinah, Lungren y Sapkowski no acababan de comprender lo que pasaba. Pensaron que tenía problemas con el I. R. S. y que los chicos del gobierno estaban investigando mis finanzas. Pero cuando a uno le investigan recibe la visita de un inspector, no la de un río de inspectores. Me pedían consejo por correo de lugares lejanos. Aunque no quería hacerlo, me vi forzado a poner límites a mis servicios como asistente literario. Asistente literario, consejero de historias, mecánico de cuentos... Claro está que no sólo me pedían consejo autores publicados, sino también muchos estudiantes de Escritura Creativa, guionistas de cine y de televisión (aunque a éstos solía darles largas, ya que era evidente que lo mío era la literatura y no los guiones), participantes en talleres, profesores de Escritura Creativa, directores de talleres... Y uno tarda mucho en leer un original, sobre todo si se trata de una novela. Por lo demás, mis «consejos» o «ideas» tendían a ser muy breves. Contrariamente a lo que ustedes puedan creer, nunca he sido un hombre de muchas palabras. A veces, ese consejo mío tan codiciado se reducía a una frase. ¿Por qué no hace que Jenny y Henry sean tío y sobrina en vez de padre e hija?, decía, por ejemplo. Y veía una luz iluminarse en los ojos del hombre o la mujer que tenía frente a mí. Es evidente que su mujer ha muerto, le decía a otro, es evidente que esa mujer de la que habla no existe. A veces, la chispa creativa necesita muy poco para encenderse e incendiar un bosque entero. Lo más difícil consistía en dar consejos sobre una obra más o menos terminada. Descubrir qué era lo que no funcionaba y por qué, y proponer cambios. Un poco más fácil, aunque todavía difícil, era analizar una obra sin terminar, una obra que el autor no sabía cómo terminar o cómo desarrollar, el típico proyecto que avanza hasta un punto y luego se detiene. Aquí las posibilidades eran mayores, y muchas veces a mí se me ocurrían soluciones, a veces varias soluciones. Pero lo más fácil de todo, lo más interesante, era dar ideas para historias, o hacer propuestas sobre historias que todavía no habían sido escritas. Muchos de mis clientes, ya que eso es lo que acabaron siendo, venían a verme porque necesitaban historias, material, ideas nuevas. Yo podía ofrecerles una historia, o dos, o cinco, pero tenía que ser muy cuidadoso, porque no podía darle la misma historia a dos personas distintas. ¿O quizá sí? Yo podía venderle, digamos, una historia a Salinger y otra a Pynchon y otra a Thomas McGuane y otra a Denis Johnson y otra a Michael Chabon y cada uno escribiría una obra completamente distinta de las otras. Pero también podrían surgir problemas. La historia de un aparato

de radio en el que se oyen todas las conversaciones de los vecinos de una casa, por ejemplo, es tan extraña y característica que por distintos que sean los talentos de dos escritores, la historia será notoriamente la misma en las manos de Carver, en las de Cheever o en las de Coover. No, no, ésa no es mía. Es de mucho antes. Pero imaginen, por ejemplo, la historia que trata de un colegio donde todas las cosas se mueren. Se mueren las plantas, se mueren los animales, se mueren los profesores. No es posible que dos personas escriban esa historia y que sea dos historias distintas. Afortunadamente, aquella historia la escribió Donald Barthelme y no le quedó mal.

Uno de los campos más fértiles para la creatividad era, para mí, la ciencia ficción. Nunca he sentido un excesivo interés por el género como lector, pero inventar historias o terminarlas o sugerir un giro interesante para una historia convencional se convirtió en algo así como una especialidad de la casa. Una de las condiciones de los contratos que firmaba, ya que no tardaron en venir autores con sus abogados, o incluso los abogados directamente, gente a la que yo despreciaba pero a la que no podía evitar si quería seguir adelante con mi negocio, una de las condiciones, digo, era que mi labor debería permanecer anónima. El autor en cuestión podía incluir mi nombre en una nota de agradecimientos si así lo deseaba, pero yo no tendría derecho a reclamar ninguna parte de los *royalties* de ninguna obra ni podría defender nunca mi autoría. A mí aquello no me importaba porque yo no tenía ambiciones literarias ni quería ser famoso, y en realidad hacía todo aquello por pura diversión.

Mi fama, aunque soterrada, se extendió. Mis ideas florecían en relatos, en novelas cortas, en novelas. Harry Matthews vino a verme con la idea de escribir un libro sobre mí, pero se lo prohibí. Me habló de OULIPO, un grupo de ingenieros franceses completamente chiflados que se dedican a hacer juegos con las palabras, y me dijo que le encantaría que fuera con él a París para hablar con ellos. Pero ¿qué iba yo a hacer en París? ¿Comer *baguettes* untadas con hígado de oca? ¿Comprarme una boina y fumar con una boquilla de baquelita? ¿Hacerme las uñas? Vino a verme la mujer de Raymond Carver, y me dijo que Gordon Lish, un escritor y editor de enorme renombre, había editado unos cuantos relatos de su marido y que a su juicio los había destrozado, y me pidió que yo leyera los originales y los corregidos. Me bastó con leer un par de cuentos para darle mi veredicto. Le dije que ese tal Gordon Lish (de quien yo jamás había oído hablar) era un cretino, y que lo que había hecho con los cuentos de su marido era como podar un rosal en primavera cuando la planta está llena de flores y de brotes. Le dije que los originales eran infinitamente mejores que los cortados, que lo que había hecho Gordon Lish era crear una especie de telegramas absurdos, secos y amargos que debían tener que ver, quizá, con su propia visión del mundo pero no respetaban el lirismo y la complejidad del original, y que dijera a su marido que no escuchara tantos consejos y que hiciera lo que pensara que tenía que hacer aunque eso le llevara a equivocarse algunas veces. Me dijo que ella estaba de acuerdo conmigo, pero luego los cuentos aparecieron en la versión de Gordon Lish, y todo el mundo dijo que Raymond Carver era un genio y que *De qué*

hablamos cuando hablamos de amor era su obra maestra. Los había cortado de tal modo que a veces dos personajes hablaban de algo y el lector no sabía de qué estaban hablando, simplemente porque Gordon Lish había quitado una conversación anterior donde se explicaba. Todo el mundo dijo que este tipo de cosas eran una muestra de la genialidad de Carver. A veces uno tiene que reírse con los críticos literarios.

Pero entonces comencé a pensar en crear algo yo mismo. Tanto contacto con creadores había excitado en mí el deseo de construir algo también, algo hermoso y no perecedero. Pensé en escribir, como es natural, pero rechacé la idea de inmediato. Lo mío nunca han sido las letras, sino las manos. Intenté convencerme de que escribir es algo que se hace con las manos, pero no podía ni siquiera mirar una máquina de escribir con una hoja de papel en el rodillo. Teníamos dos viejas máquinas de escribir eléctricas en la oficina que ya no usábamos. Llegué a pensar en subir una de las máquinas de escribir a mi apartamento, pero no llegué a hacerlo. Antes de siquiera intentarlo, yo ya sabía que jamás podría escribir ni una página.

Tuve otra idea. Yo tenía entonces ideas continuamente, simplemente porque me dedicaba al negocio de las ideas y de las historias. Tuve la idea de construir un templo. La idea enseguida prendió en mi imaginación, y ya no podía pensar en otra cosa. El taller funcionaba bien. Lungren y Sapkowski seguían conmigo, y luego Dinah se casó con el hijo del dueño de un hotel de Farber, Jimmy O'Connell, y nos dejó. Luego engordó, tuvo tres hijos, cogió afición a los cócteles y se convirtió en una mujer de mediana edad, pero nunca dejó de ser la misma muchacha encantadora que me trataba como si fuera mi hija. ¿Conocen ese poema de Frost que dice «nada dorado permanece»? No es cierto, hay cosas doradas que siguen siendo doradas. Se oscurecen un poco, se doblan, se cuartean un poco quizás, pero siguen siendo doradas. A veces sucede así. Contraté a otra encargada de la oficina, Dorothy, y a dos mecánicos más. Yo me limitaba a vigilar y a controlar las cosas durante la mañana, y dedicaba el resto de la jornada a mi templo.

Claro está que para ello tuve que abandonar mi servicio de asesoramiento literario, del cual ya estaba cansado de cualquier modo. Así que fui declinando peticiones y reduje mis servicios al de vender historias. Pero también eso fue desapareciendo, desinflándose lentamente como un globo abandonado al sol. Todas las cosas que hace un hombre las hace con su atención, con su ambición y con su amor, y cuando uno pierde alguna de esas cosas o las tres, entonces la cosa, sea lo que sea, muere. Nada sucede por casualidad, nada depende de la suerte, nada sucede a pesar de nosotros. Todo lo que nos sucede en la vida lo hacemos nosotros, lo hacemos crecer nosotros o lo matamos nosotros. Y entonces toda mi atención, mi ambición y mi amor estaban en el templo que yo quería construir.

Pero ¿un templo dedicado a qué? Uno podría decir que era un templo dedicado a mí mismo, ya que yo nunca he sido un hombre religioso. Tampoco soy ni he sido nunca un ateo. Supongo que siempre he creído en Dios, aunque en una especie de Dios americano. No lo sé, a lo mejor el verdadero Dios de los americanos es

América, y ésa es la fuente de nuestros problemas. Nuestro Dios no es verdaderamente universal, omnisciente y todo eso, porque es en realidad las praderas, las montañas y las ciudades de América. Y el Presidente es su Único Hijo hecho carne. Decidí, pues, que aquel templo estaría dedicado a mí mismo y al espíritu de América. Para mí, este espíritu está definido por el viento. El viento que sopla en las grandes praderas y que nunca se detiene, el viento que nos hace siempre desear movernos de un lugar a otro.

El templo creció, creció, creció. Establecí un plan original, pero después de completarlo me dediqué a añadir nuevas torres y edificaciones, y luego un segundo templo, y luego un tercer templo. No busqué el modelo en ningún sitio, no consulté libros de arquitectura ni mucho menos libros de arte indio. Seguía mi intuición, algo así como unas visiones que tenía en el interior de mi cabeza. Crecían durante las noches, sombras en medio de la selva, una enorme torre parecida a una mazorca de maíz. Yo así la interpretaba, como una mazorca de maíz, el espíritu de la semilla del maíz. Sí, exactamente, una torre como ésta bajo la cual estamos ahora. Y no parecida, no vagamente similar a esta torre, sino idéntica, *exactamente igual* a ésta. ¿Con qué soñaba yo? ¿Soñaba con los templos de la India, los templos de la costa del golfo de Bengala? ¿O soñaba con esta isla y con estos mismos templos en los que ahora nos encontramos?

Tenía mucho terreno. El templo original estaba en la pradera que había detrás del taller, perfectamente visible desde la carretera, y enseguida se hizo célebre. Yo construía con cualquier material que tenía a mano y utilizaba muchas piezas viejas de automóviles, de camiones, de tractores, de maquinaria agrícola. Me pasaba el día con una capucha de soldador, en medio de un infierno de chispas. Así me pasé años. No creo que aquello fuera una «obsesión». Era una diversión, un entretenimiento, pero también el deseo de crear algo permanente que siguiera en pie cuando yo me hubiera ido. Trabajaba unas horas todos los días en mis templos, pero no «todo el día y toda la noche» como escribió algún periodista. Tardé tantos años precisamente por eso, porque me lo tomaba con calma.

Me convertí en una celebridad. Mi templo y mi rostro salieron en muchas revistas, y vinieron a verme toda clase de tipos que hablaban mediante polisílabos y palabras separadas con guiones, conservadores de museos, fotógrafos, críticos de arte. A mí no me interesaban su jerga ni sus pamplinas, aunque siempre era cortés con todo el mundo. Vinieron unos tipos de esa revista, *Raw Vision*, y fue entonces cuando oí por primera vez eso de *art brut*. Me hicieron una entrevista, hicieron cientos de fotos y sacaron mis templos en la portada del número de primavera/verano. Luego salieron otros artículos en periódicos y revistas. Hablaban de arte folklórico, de arquitectura popular de un «genio salvaje», del «arte rugoso y poderoso» de América. Otros me consideraban un *freak* y se colaban en mi casa en busca de cabezas cortadas, chicas encerradas en el sótano o cosas parecidas. Me hablaban de un cartero francés, un tal Ferdinand Cheval, muerto en los años veinte, que había dedicado

treinta y tres años de su vida a construir lo que él llamaba «El Palacio Ideal», y me mostraron fotos del palacio de Cheval, y de su mausoleo, que tenía una vaga similitud con mis templos, y también imágenes de los verdaderos templos indios de la India, especialmente los templos de Orissa. No puedo decir que yo nunca hubiera visto imágenes de templos indios, en toda una vida uno ve toda clase de cosas, pero la verdad es que no me había propuesto seguir ningún modelo, y ni siquiera había consultado los libros de arte de la Biblioteca Pública de Farber, de la que soy socio hace muchos años. Es cierto que en la película *El libro de la selva* de Walt Disney se ven templos similares a los de Orissa, pero yo tampoco había visto esa película. Claro que nadie te cree cuando dices esa clase de cosas, cuando dices que no habías visto esa película o que no habías leído ese libro. Y aunque te crean, suponen que la habías visto y no lo recuerdas. Se publicaron libros sobre mis templos, libros de mesa de café, con fotografías maravillosas que los hacían parecer mucho más bonitos de lo que eran en realidad. Venían en verano a hacer fotografías, cuando había espléndidos días de sol con nubes escénicas, y luego en otoño, cuando los arces se ponían rojos y amarillos. En la Universidad de San Diego se dio un curso sobre mis templos y me invitaron a asistir para hablarles a los alumnos, pero decliné amablemente. No quería convertirme en un objeto de feria. Sabía cuál era mi lugar.

Fama. Yo nunca había planeado ser famoso, y ahora no sólo era famoso sino que también era rico. Mis templos, de los cuales ya había cinco construidos, se convirtieron en una de las atracciones turísticas del condado, y comencé a recibir multitud de visitantes. Me vi obligado a organizar las visitas, y la franquicia y la T dentro de un círculo surgieron por sí solas. Se comercializaron camisetas, tazas, platos, llaveros, con la imagen de los templos. Les llamaban «los templos indios de Connecticut» o «los templos Erickson» y nadie sabía ni a nadie le interesaba saber que estaban dedicados al viento, y al espíritu de América y a la impermanencia. Podría haber cerrado el taller y vivir sólo de la atención generada por mis templos, pero no lo hice. De hecho, al terminar el quinto templo sentí que la obra estaba terminada y que era el momento de dejar la capucha de soldador en su sitio y regresar a mis motores. Supongo que estaba cansado. La fama puede ser agotadora, y nueve de cada diez veces sólo trae problemas.

Yo continuaba mandando una postal a casa de mi padre todas las Navidades. Y no llegaba ninguna respuesta. Hasta que un día llegó la respuesta, aunque no en forma de carta. Fue precisamente en Navidad, el día antes de Navidad. Una vez más, un vehículo se detiene frente al taller. De él se baja un hombre negro de unos treinta años. Me pregunta si soy Wade Erickson. Sí, soy yo, le respondo. Él me dice: soy Raymond Erickson. Tu hermano pequeño. Tenía una gran sonrisa en el rostro.

Al principio, no supe cómo tomarme la noticia. Raymond era hijo de Ogunde y de mi padre. Mi medio hermano. Mi mitad perdida. De modo que mi padre no había matado a Ogunde, ni ella se había escapado con alguien de su edad abandonando de una vez por todas a mi padre, de modo que el viejo había logrado retenerla a su lado,

de modo que se habían casado y seguían viviendo en Hammerstown, habían seguido viviendo en Hammerstown, Indiana, todos esos años. Raymond había traído un álbum de fotos. Todo aquello era extraño y ácido y terrible para mí. Aquel álbum de fotos me hizo daño. Allí estaba mi padre y allí estaba Ogunde, increíblemente joven, casi una niña. A mí me parecía una mujer adulta cuando la conocí, pero ahora, al ver fotos suyas de esa época, me maravillaba la inocencia líquida de sus ojos y ese gesto de inexperiencia y de inseguridad y de ternura que tienen siempre los jóvenes. Fui pasando páginas. Allí estaba mi padre con su pantalón de faena y su pipa de maíz entre los labios y Ogunde muy rolliza y con expresión feliz, con un bebé entre los brazos, los dos apoyados en el Buick color cereza. Había engordado mucho con la maternidad, y ahora tenía la cara redonda, los labios todavía más llenos, los pechos rebosantes. Y aquel monito oscuro de grandes ojos que tenía en sus redondos y mullidos brazos era Raymond, mi hermano. Le habían puesto el mismo nombre que a mi padre. Raymond Erickson Junior. No, sólo Raymond a secas. Ray. Éste era mi hermano, Ray Erickson.

Pero la historia no termina bien. Me dijo que quería empezar de nuevo, que había tenido problemas, que le diera un trabajo en el taller. ¿Qué clase de problemas?, le pregunté. ¿Drogas? No, tío, me dijo haciéndose el ofendido. Yo no toco esa mierda. ¿Has cumplido tiempo?, le pregunté. No mucho, me dijo. Un par de cosas menores. Preferí no indagar más. Si había estado en la cárcel no era el fin del mundo, y además un hombre tiene derecho a cometer errores y tiene derecho a que le den una segunda oportunidad. Le dije que se quedara una temporada si necesitaba un trabajo. Yo no estaba acostumbrado a tener un hermano. Jamás había tenido un hermano y no sabía cómo manejar la situación, pero calculé que si uno tiene un hermano, aunque sea un medio hermano, lo lógico es que le ayude en lo que pueda.

Raymond no sabía mucho de coches, ni tampoco era un buen trabajador. Demasiadas cervezas heladas en mitad de la mañana. Demasiados *breaks* para fumar un pitillo o dos. Pero era el hermano del jefe, qué diablos. Se instaló en mi casa y de pronto todo tenía sentido, las reformas que había hecho, el exceso de habitaciones. La casa era tan grande que cuando él ponía su música a todo volumen yo apenas la oía. Ahora ya no estaba solo. El petirrojo no sólo había construido un nido, sino que ahora tenía compañía.

Claro que Raymond no era compañía para nadie, y mucho menos para mí. Enseguida comenzó a hacerse el dueño del lugar. Al poco tiempo de instalarse en mi casa, aparecieron sus amigos. Eran dos chicos blancos, Montgomery y Feliciano, un chico negro llamado Lenny y una chica negra llamada Doralee, y no tenían buen aspecto. Creo que Doralee estaba con Montgomery. Es posible que Lenny y ella fueran hermanos, no lo sé. No tenían buen aspecto, pero eran sus amigos, ¿qué podía yo hacer? No podía prohibirles la entrada. A veces venían a hablar con él en mitad del día, y no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que andaban metidos en negocios, y que no eran negocios limpios. Le dije que sus amigos no podían venir al

taller a interrumpir el trabajo y que los horarios de faena había que respetarlos. Raymond decía a todo que sí, me pedía disculpas. Siempre sonriente, siempre encantador. Era muy simpático y a todo el mundo le caía bien. Empezó a ligarse a Dorothy, la chica de la oficina, y una noche se la subió a su habitación y a partir de entonces Dorothy se pasaba el día con los ojos rojos y sonándose la nariz. Hablé con ella y me dijo que estaba enamorada de Raymond, que él la había subido a su habitación una noche y le había hecho un millón de promesas y la había tratado como a una princesa y luego la había arrojado lejos como una cáscara de cacahuete vacía y ahora no quería saber nada de ella. Además, la había dejado embarazada. ¿Cómo iba a reunir el valor para tener el niño en esas condiciones? Me pidió una semana de vacaciones para irse a Massachusetts con sus padres, pero yo sabía que iba a abortar. Entendí que quisiera hacerlo, pero siempre he pensado que el aborto es algo parecido a un asesinato. No por motivos religiosos. Yo no tengo convicciones religiosas, pero hay algo que está más allá de la religión y de las creencias, y es la vida, o quizá incluso la posibilidad de la vida. Claro que yo soy cazador, me diréis. Un poco hipócrita, eso de defender la vida cuando uno tiene la pasión de matar animales. Pero cazar no es matar. Muchas personas no comprenden que los cazadores sienten un enorme amor por sus piezas, y sienten dolor también cuando las cobran. Un cazador que no siente ese amor y ese dolor no es en realidad un cazador, sino un matarife. Además, los animales no son personas. Los animales son más bien presencias, algo así como espíritus que las personas tenemos dentro. Matar esas presencias quiere decir conquistarlas. Yo siempre he pensado que el que sale al monte a cazar en realidad sale a darse un paseo por el interior de sí mismo. Pero me alejo de mi narración principal.

Ahora los amigos de Raymond estaban en el taller todas las noches. Raramente subían al apartamento, preferían quedarse en el taller, encender las luces y ponerse allí a beber y a escuchar la radio. En invierno hacía mucho frío allí, pero de todos modos se pasaban horas en el taller, y al día siguiente estaba todo lleno de colillas y de botellas y de latas de cerveza vacías. Yo les oía desde arriba. No es que me molestaran. Llegaban la música y las voces apagadas, y si cerraba la ventana no oía nada en absoluto, pero era la sensación. La sensación desagradable de estar siendo invadido, de haber perdido mi libertad. Ahora estaba serio e irritable la mayor parte del tiempo. Comencé a tener sospechas. Comencé a sospechar que Raymond no era en realidad mi hermano. Me lo imaginé leyendo sobre mí en periódicos y revistas, enterándose de mi vida azarosa, de mis orígenes en Hammerstown. Me lo imaginé entrando en la casa de mi padre por la noche y robando el álbum de fotos e inventando la historia de que él era aquel niño negro que aparecía en los brazos de Ogunde. De modo que me cogí unos días de vacaciones y dije que me iba a Canadá a pescar. Pero no fui hacia el norte, sino hacia el oeste. A Indiana.

No reconocí Hammerstown. Estaba todo muy cambiado. La ciudad de mi infancia se había desvanecido. Llegué a la casa de mi padre, que antes estaba al final del

pueblo, aparqué lejos y me acerqué caminando. Un caminante que se acerca por la carretera con las manos en los bolsillos. Un vagabundo, quizá. No sabía qué me iba a encontrar allí. Llamé a la puerta. Nadie contestaba. Me asomé a las ventanas. La casa estaba habitada, aunque no reconocía los muebles. Me senté en el porche a esperar, y me quedé dormido. Me despertó una señora de color bastante alta, pasada su juventud pero todavía con buena figura. Me clavaba su paraguas en las costillas y me preguntaba qué estaba haciendo allí. Le dije que era Wade, Wade Erickson. Ella me dijo que no conocía a ningún Wade. Pero yo me froté los ojos, la miré con atención y me di cuenta de que ella no era Ogunde. Se llamaba Rose Mary, me informó con voz cortante, Ms. Latimer para mí. Su esposo y ella habían comprado la casa siete años atrás, y no sabía nada de los anteriores dueños, ni había oído hablar jamás de ningún Erickson ni de ninguna Ogunde. Le dije que llevaba muchos años mandando postales por Navidad, y que suponía que ellos habían estado recibiendo esas postales. En efecto, las habían recibido, me dijo. Me hizo entrar en la casa, me sirvió una limonada y sacó mis postales, que guardaba allí mismo, en un cajón de la cocina. Había siete postales firmadas por Wade Erickson, con siete felicitaciones de Navidad. Me dijo que su esposo y ella no sabían quién era aquel Wade Erickson que les felicitaba todos los años, que imaginaban que era algún fiel de la parroquia. Su esposo era pastor anabaptista y tenía muchos fieles. Indiana siempre ha sido tierra de protestantes.

Cuando regresé a casa, lo primero que noté es que Raymond había estado revolviendo en mis papeles. No es que hubiera nada desordenado. Tampoco soy yo una persona obsesiva con el orden. No, fueron un par de detalles, pero me di cuenta de que alguien había abierto y examinado todos mis documentos. Quiero decir mis documentos privados, los que mantenía en mi casa. Fui a hablar con él directamente. ¿Qué buscabas, Raymond?, le dije. ¿Dinero? ¿Un testamento? ¿Qué buscabas? Por si quieres saberlo, no te he puesto en mi testamento. Creo que todavía no te lo has ganado.

Me miró con unos ojos de fiera acorralada que me dieron verdadero miedo. Me dijo que necesitaba dinero, que tenía deudas. Me dijo que necesitaba cincuenta mil dólares. Yo le dije que no tenía ese dinero, y él me dijo que era mi hermano, que tenía que ayudarlo. Que si no pagaba ese dinero le romperían las piernas, y que si seguía sin pagar le arrancarían los dedos, y que si a pesar de todo seguía sin pagar le matarían. ¿En qué andas metido? Le pregunté. Me gritó que yo era un imbécil, que estaba allí todo el día en mi taller y construyendo mis estúpidos templos y que no sabía nada del mundo. Me dijo que no era fácil ser negro en aquel mundo de mierda, que un negro está acostumbrado a que todo el mundo ponga cara de terror cada vez que entra en una tienda y a que los transeúntes se cambien de acera cuando se lo encuentran por la calle, que no es fácil ser tratado siempre como un delincuente, tener que soportar humillaciones desde niño. Me dijo muchas cosas. Yo le dije que no tenía dinero. Entonces él me hizo una propuesta. Me dijo que sabía que tenía el taller

asegurado, y también los templos. La cosa era sencilla: bastaba con quemar los templos y cobrar el seguro. Él cogería los cincuenta mil que necesitaba y desaparecería de mi vida para siempre.

No era cierto que no tuviera los cincuenta mil. Los tenía. Y pensé que si Raymond era de verdad mi medio hermano no podía permitir que le mataran. Le dije que quería hablar con las personas a las que les debía el dinero, seguramente porque no creía que tales personas existieran. Pero las cosas se precipitaron. Raymond tenía prisa, o bien sucedió algo que no debía haber sucedido. El hecho es que una noche aparecieron por el taller Raymond y sus amigos, muy nerviosos. Tenían los ojos brillantes, las pupilas muy dilatadas, y era evidente que se habían metido de todo. Crack, supongo. Metieron el coche dentro del taller, lo cual me extrañó, porque siempre aparcaban fuera. Me dijeron que tenían un problema. Me llevaron al coche, y Lenny, el otro amigo negro de Raymond, abrió el capó. Allí dentro había un hombre atado de pies y manos, con una capucha de plástico negro atada en la cabeza. Estaba muerto. Pero aquello era más aún que un asesinato: era una ejecución. Le habían metido varios tiros en el corazón y, al parecer, uno en la cabeza. Ante la vista del cadáver, o quizá al ver mi gesto de horror, todos se echaron a reír como locos. Reían y reían, y se les saltaban las lágrimas de la risa que les daba.

Pregunté quién era aquel tipo, y Raymond dijo que alguien que merecía morir. Pero la situación se había ido completamente de mis manos. Aquello era muy grave. Pasaban coches por la carretera. Cualquiera podía habernos visto. Sapkowski y Lungren estaban por allí todavía cuando ellos llegaron. Eran tan estúpidos o estaban tan drogados que ni siquiera esperaron a que se hiciera de noche y a que el taller estuviera cerrado para presentarse. La mitad del condado les había visto conducir hacia el taller y desviarse en mi *drive in*. Les dije que iba a llamar a la policía inmediatamente. Ellos dejaron de reír y se pusieron muy nerviosos. ¿Cómo la policía?, dijo Raymond. Tienes que ayudarnos. Tienes que ayudarme. Eres mi hermano. No sé si soy tu hermano o no, Raymond, le dije. Lo que sé es que en tu coche hay un cadáver. Él estaba muy nervioso, y me dijo que tenía un plan, que era un plan perfecto, que habían venido aquí precisamente porque habían tenido este plan perfecto, y que todo iba a salir bien. El plan consistía en hacer desaparecer el coche y en hacer desaparecer el cadáver. Si no había coche ni cadáver, no había caso. Si había un cadáver en un coche, había un problema. Pero si el coche y el cadáver se desvanecían, el problema se desvanecía también. Deshacerse del coche era fácil, me dijo Raymond. Yo tenía un taller mecánico, de modo que se trataba de desmontar el coche y convertirlo en un montón de piezas. Yo podría usar las piezas más tarde para las reparaciones, o incluso venderlas. Lo grandioso de la idea es que el coche que había entrado en el taller se desvanecería en el aire, ¡aunque nunca llegaría a salir de allí dentro!, o bien saldría poco a poco, pieza a pieza. Era un plan genial, y era evidente que a todos les parecía un plan genial. Y ¿qué me dices del cuerpo?, pregunté. ¿También piensas desmontarlo? Raymond me miraba con expresión

desencajada. Me dijo que lo enterrarían en el bosque y que nadie lo encontraría jamás. Que primero lo quemarían con gasolina para desfigurarlo de modo que incluso si lograban desenterrarlo nadie pudiera identificarlo, y que le romperían los dientes y todo eso. Aquello se ponía cada vez peor, y yo intentaba mantener la calma. Sin embargo, los dos amigos de Raymond, Montgomery y Feliciano, los dos blancos, ahora me cerraban el paso. No pensaban dejarme salir de allí.

¿Quieres que sea cómplice de un asesinato?, dije. Ni lo sueñes, Raymond. Lárgate ahora mismo con tu mierda, es lo máximo que puedo ofrecerte. Lárgate de aquí y no diré nada. Tú no has estado aquí y yo no he visto nada. O has estado aquí, porque medio estado te ha visto conducir hasta aquí y meter dentro el coche, has hablado un rato conmigo y te has largado. Yo no sé nada. Pero no voy a ayudarte en esto.

Me imaginaba que dirías algo así, dijo él. Sacó una pistola que tenía metida en el pantalón. Era un 45, un pistolón, y era la primera vez que le veía empuñar un arma. Mira, me dijo, entiendo que no quieras implicarte. Lo entiendo. Pero tengo un plan. No tienes que ayudarnos si no quieres. Te ataremos a una columna y mañana cuando lleguen Lungren y el polaco les contarás lo que quieras. No hay trato, Raymond, dije yo. OK, dijo él, OK, tipo duro. Lo haremos mejor, entonces.Quieres que parezca real. Tienes razón. Los polis no se van a tragar cualquier cosa que les cuentes. Te daré un par de golpes y te dispararé en una pierna. Lo haré con cuidado, una herida limpia. Así, tú quedarás al margen de todo. De modo que ése era su plan. Su plan consistía en esconderse en mi taller, quemar el cadáver y luego enterrarlo, supongo, y tener además la enorme deferencia de dispararme en una pierna y dejarme toda la noche atado a una columna aullando de dolor y sangrando, y ésta era su manera de «dejarme al margen de todo». Estaba tan furioso que me abalancé sobre él y le quité la pistola. Ahora estábamos todos apuntándonos unos a otros. Yo apuntaba a Raymond, y sus compañeros me apuntaban a mí. Además del 45 tenían una pistola de bajo calibre. Ni siquiera llegué a verla con claridad. Lenny me gritó que no iba a salir vivo de allí, que no podían dejarme marchar porque sabían que iría a la policía. Yo pensaba a toda prisa. ¿Qué puedo hacer? Me puse a hablar. Les dije que les ayudaría. Que si querían desmontar el coche había que empezar inmediatamente. Pero todo se precipitó. Era difícil controlar la situación, sobre todo cuando ellos eran varios y yo uno solo. Feliciano se situó detrás de mí y me disparó por la espalda. Yo caí al suelo. Sentí el impacto en mitad de la espalda. Intenté incorporarme, pero no pude hacerlo. Allí estaba, caído en el suelo boca abajo y debatiéndome como un escarabajo al sol. Lenny se acercó a mí y me quitó la pistola de una patada. No paraban de gritar. Yo esperaba que el estruendo del disparo atraería la atención de alguno de los residentes más cercanos, aunque el taller estaba, como ya he explicado, bastante apartado de la ciudad. Además, nadie llamaría a la policía sólo por oír un disparo lejano. Todos gritaban. Sacaron el cadáver del coche y se pusieron a buscar una lata de gasolina para quemarlo, pero en el taller no había gasolina, y si querían conseguirla tendrían que sacarla de los depósitos de los coches, lo cual tampoco resultaba muy fácil. De

modo que decidieron convertir todo el taller en una pira. Lo harían arder todo, y de este modo se consumiría el cuerpo y ardería también el coche. Oí decir a Raymond, que yo tenía un buen seguro y que al final yo me iba a sacar una buena tajada con todo aquello. Pero yo, quién sabe por qué, no podía moverme. Les grité que no me dejaran allí dentro, y me arrastraron hasta el exterior del taller. Ahora vas a ver fuegos artificiales, hermanito, me dijo Raymond. Sí, allí tirado en el suelo vi cómo ardía mi taller y mi casa. Es increíble lo rápido que se extiende el fuego y la facilidad con que arden y estallan las cosas una vez se ha generado el calor suficiente. Los bomberos tardaron una media hora en llegar desde el momento en que las llamas se elevaron poniendo una gran mancha anaranjada en el cielo, pero cuando aparecieron ya no quedaba mucho que salvar. Así fue como mi medio hermano Raymond destruyó mi casa y mi negocio. Pero había algo más. La bala seguía incrustada en mi cuerpo. Encajada en medio de la columna vertebral, en la zona lumbar para ser más precisos. Otra cosa más que me avergonzó: me había orinado encima. Había hecho de vientre también. Yo pensaba que era por el miedo, pero no era realmente por el miedo. Ni siquiera había tenido tiempo de tener miedo. Vino una ambulancia y me llevó directamente al Charles Ruggles Hospital de Foley. Después de hacerme radiografías no se atrevieron a tocarme y me trasladaron a Stanford, al hospital St. Francis, donde me operaron esa misma noche. Luego me explicaron que la bala había producido una sección medular y que en el Charles Ruggles no tenían neurocirugía. El hecho es que la bala había dañado la médula espinal. En Stanford me hicieron una operación para descomprimir la médula y lograron extraerme la bala, pero la sección medular se había producido a una altura tal que los nervios que controlan la parte inferior del cuerpo se vieron afectados. Perdí la movilidad de las piernas y también el control de los esfínteres. Paraplejia. Ésa era la razón de que mis tripas se hubieran vaciado al poco rato de recibir el balazo. La mitad inferior de mi cuerpo estaba físicamente bien, pero se había desconectado del sistema nervioso central. Los órganos y los miembros estaban allí, pero no podían recibir las órdenes del cerebro. Al cabo de un tiempo comencé a tener sensibilidad, aunque de una forma distinta, lo cual me daba esperanzas y, gracias al cielo, recuperé el control de los esfínteres. Oh, Dios, si me hubiera visto en la situación de andar por ahí con un pañal geriátrico y con una bolsa de orina pegada a la pierna, creo que me habría metido un rifle de dos cañones en la boca y me habría volado el cielo del paladar. Dentro de todo tuve suerte. Es difícil no tener suerte en algo, incluso en medio de la peor miseria. Pero mis piernas estaban muertas. Me puse a hacer ejercicios de recuperación, aunque los médicos me decían que la lesión había sido muy severa y que la recuperación de la movilidad no era posible. Ni siquiera una recuperación parcial. A pesar de todo lo intenté, lo intenté con furia, con lágrimas en los ojos. Pero no había nada que hacer. No había cura, ni recuperación posible. Ahora Wade Erickson era un inválido. Ahora Wade Erickson necesitaba una silla de ruedas para moverse de un sitio a otro. Wade Erickson era ahora un parapléjico.

El petirrojo había visto sus alas cortadas. El vuelo había terminado —para siempre.

Sí, el seguro pagó. Milagrosamente, porque lo que había sucedido no era un accidente sino un asalto, pero las pólizas de seguros a veces recogen situaciones que se suponen que no van a suceder jamás. Sin embargo yo ya no podía trabajar. Conseguí una baja permanente, algo que no es tan fácil cuando uno trabaja por cuenta propia. Ahora el tío Sam me pagaría un sueldo durante toda mi vida y hasta el fin de mis días. Tenía, además, el dinero del seguro. Alquilé una casita en Farber e intenté imaginarme cómo sería mi vida a partir de entonces. La policía atrapó a Raymond y a sus amigos al día siguiente del incendio. Parece ser que al tipo del capó lo había matado Lenny. En Connecticut hay pena de muerte, pero creo que no matan a nadie desde 1976. De modo que Lenny se libró de la inyección letal y le cayeron treinta años. A los demás diez. Diez años por destruir mi vida y estar a punto de matarme. ¿No es eso bastante barato? Con buena conducta, Raymond saldría en cinco años.

En las semanas y los meses que siguieron averigüé muchas cosas. Averigüé que Raymond era realmente mi hermano, que era hijo de mi padre y de Ogunde, y que ella ahora se había cambiado de nombre y se hacía llamar Helen Erickson. Averigüé que mi padre había muerto siete años atrás, y que Helen Erickson vivía en Wichita Falls, donde era mánager en un taller de ropa interior de señora especializado en corsés y en tallas grandes. Le escribí, pero nunca me contestó. No sé por qué, supongo que por vergüenza, vergüenza por su hijo y por lo que me había hecho. Pero me hubiera gustado volver a verla, ésa es la verdad.

Seguí viviendo en Farber. Era donde tenía los pocos amigos que había logrado hacer en este mundo, y además estaba cerca de Dinah y de su familia, que me consideraban uno de ellos. Sí, después del accidente Dinah, por así decir, me adoptó. Yo me llevaba bien con todos, con su marido, con sus hijos, con su hermana Lorna, con sus padres. Incluso me ofrecieron que viviera en el apartamento que tenían encima del garaje, pero yo no acepté porque me daba vergüenza, porque tenía mucho más dinero que ellos y porque no quería ser una carga para nadie. Podría haberles pagado el alquiler, es cierto. Estaba el problema de la silla de ruedas, aunque tenía fácil solución: bastaba con construir una rampa para poder subir al piso de encima del garaje. En la familia todos deseaban que aceptara, pero no acepté. No sólo por vergüenza, sino también por miedo a perder todavía más libertad, a hacerme más dependiente. Pensé que ahora que iba con una silla de ruedas a todas partes, si comenzaba a vivir con ellos me convertiría definitivamente en un viejo. Sin embargo, comía con ellos casi todos los días, y me ocupaba de cuidar de los pequeños, Francis y Juliet, que me llamaban *uncle* Wade. En la vida uno se encuentra ángeles y diablos. Dinah O'Connell fue uno de mis ángeles. Ahora era una mujer de mediana edad, había ganado algo de peso y a veces, como decía, se excedía con los cócteles, pero seguía siendo la misma. Encantadora, lista, animosa. Jimmy y ella se adoraban, y ahora ella había ganado treinta libras y Jimmy seguía adorándola. Su casa siempre

estaba llena de amigos y de familia, y en Navidad la casa se convertía en una fantasía de luces de colores y de adornos, de espumillón y ramas de pino y bolas doradas y renos de tamaño natural, y el tío Wade siempre andaba por allí, y siempre había grandes asados en el horno, y luces, y música, y todo era a causa de Dinah, porque a ella no le molestaba cocinar para veinte personas y siempre estaba de buen humor, siempre con un cigarrillo en los labios y con una copa de vino en la mano y yendo de acá para allá. Luego tuvo un cáncer, le dieron quimioterapia y perdió todo el pelo. Todo eso pasó en apenas dos años. Sí, muy rápido. Cuando Dinah estaba enferma yo pasaba bastante tiempo con ella. A veces la acompañaba al hospital cuando Jimmy no podía hacerlo. Llevaba un pañuelo en la cabeza para ocultar la pérdida del cabello y tenía mal aspecto. Como si se fuera a morir. Y yo maldecía el universo que hacía cosas horribles a las mejores personas y ella decía que éramos *the odd couple*, ella con su pañuelo de *amish* en la cabeza y yo con mi silla de ruedas. Los medicamentos que le daban le quemaban el cuerpo por dentro, le dejaban el esófago y el estómago en carne viva. Pero la quimioterapia funcionó. Dinah se recuperó por completo, y el pelo volvió a crecerle y volvió a ser la misma de siempre. Cuando llegaron los resultados de las pruebas del hospital que confirmaron que el tratamiento había sido un éxito y que el cáncer había desaparecido, los O'Connell hicieron una fiesta. Y yo, en mi habitación, lloré de felicidad. No he llorado muchas veces en mi vida. Ésa fue una de esas veces.

Sin embargo, ¿qué vida me quedaba por delante? Ya no podía trabajar. Ya no podía salir al monte a cazar. No podía ni subir un escalón sin ayuda. Estaba condenado a mi silla de ruedas. No era un anciano todavía, pero me sentía como un anciano. Cuando me veía reflejado en los escaparates de Main Street, en Farber, se me caía el alma a los pies. ¿Ése soy yo?, pensaba. ¿Ese señor mayor que se arrastra en una silla de ruedas? ¿Ese pobre parapléjico con aire desamparado? Los niños y las chicas jóvenes eran amables conmigo, y las señoras me sostenían la puerta al pasar. Todos conocían mi historia. Supongo que todos sentían lástima por mí, pero que todos en su fuero interno pensaban también que yo era un imbécil que me había dejado embaucar como un niño, y que se alegraban de que me hubiera sucedido todo eso a mí y no a ellos. A veces iba a mis templos y me pasaba allí una mañana o una tarde. Los que habían comprado la gasolinera no habían querido ocuparse de ellos, y de cualquier modo la novedad ya se había pasado y ya no venían tantos curiosos como antes. Además, yo tenía dinero de sobra para vivir. De modo que decidí terminar con aquello de la franquicia, las camisetas, las entradas. Los templos comenzaron a llenarse de flores y de plantas, de enredaderas y de nidos de insectos y de aves. Seguían viniendo curiosos de vez en cuando. Se hacían fotos frente a los templos, curioseaban aquí y allá y seguían su camino.

A veces pienso en la ley de la causa y el efecto. En esa hilera de fichas de dominó que van cayendo unas sobre otras, y en la posibilidad de quitar una de las fichas para evitar que toda la hilera acabe tumbada en el suelo. ¿Dónde comenzó la hilera?

Pienso que todo el problema comenzó con aquella granja donde yo era el encargado de limpiar la mierda de vaca. De haber tenido otro trabajo mejor, o que oliera mejor al menos, no habría buscado el empleo en la Gran Island del lago Champlain, y no habría caído en la granja-monasterio de los Feller y no habría descubierto la lectura. No me habría aficionado a los libros, y cuando Jerry Salinger apareció en mi taller no habría tenido nada que decirle, y no me habría dedicado a vender historias a escritores sin inspiración, y no habría deseado crear nada yo mismo, y no habría tenido la peregrina idea de ponerme a construir templos indios en medio de los bosques de Connecticut, y no me habría hecho famoso, y Raymond no habría oído hablar de mí ni habría concebido la idea de aparecer por allí y hacer la escena del hermanito para sacarme todo el dinero que pudiera y yo no sería un inválido en una silla de ruedas. Es posible, pero también pienso que yo habría encontrado la lectura tarde o temprano y me habría convertido en un lector, y también pienso en lo extraordinario que resulta que J. D. Salinger, el hombre más huidizo y esquivo que jamás haya existido, tuviera un problema con su *jeep* precisamente al lado de mi taller. Y pienso que todo lo que me ha sucedido es tan improbable y tan extraño y está unido por una lógica tan tenue, que seguramente me ha sucedido porque me tenía que suceder, porque era mi destino (dijo *my lot*, que en inglés tiene un sentido menos determinista y amenazador que *my fate* o *my destiny*), y uno no puede escapar a su destino.

Pensé que me convenía salir de Farber una temporada, y tuve la peregrina idea de viajar a la India para contemplar esos templos en los que me inspiré sin saberlo, el gran templo Lingaraja de Bhubaneswar, al que no dejan entrar a los no hindúes y que sólo se puede contemplar desde la terraza de un edificio vecino, y también los otros templos de la región. Tenía verdaderos deseos de irme muy lejos, a un lugar remoto donde nadie supiera nada de mí. Así fue como me subí al avión en el que coincidimos todos nosotros. Seguramente fue una temeridad hacer un viaje tan largo estando confinado a una silla de ruedas, pero creo que era precisamente la temeridad de la aventura que iba a emprender lo que más me atraía. Mis amigos de Farber estaban escandalizados. Dinah me dijo que no debería ir solo, que no podía ir solo. Que no podría manejar en la India yo solo con mi silla de ruedas. Pero ¿quién iba a venir conmigo? Le dije que se viniera ella conmigo, que la invitaría con mucho gusto, pero Dinah no se veía a sí misma bajándose de un avión en Calcuta y abandonando a su familia durante dos semanas. Jimmy dijo que me acompañaría, pero siempre estaba liado con el trabajo y nunca encontraba el momento adecuado. De modo que un buen día encontré una oferta de Global Orbit, llamé por teléfono y compré un billete.

Supongo que ahora todos comprenderán el porqué de muchas cosas, y también la razón de que yo haya decidido no abandonar jamás esta isla. Sí, esta isla será mi tumba. Viviré aquí todo lo que me queda de vida. Tú recordarás, John, añadió dirigiéndose a mí, lo que sucedió justo después del accidente. Todo el mundo estaba gritando. Había un hombre caído en el pasillo e impidiendo el paso. Un hombre

negro, muy corpulento, vestido con un traje azul. Tú me gritabas que te ayudara a levantarlo, que no podías hacerlo solo. Yo dije que no podía ayudarte. Tú estabas allí gritando, y todo el mundo se levantaba y gritaba, los heridos gritaban, los supervivientes gritaban. Y en medio de todo yo estaba allí callado e inmóvil. Pero ¿qué podía hacer sin mi silla de ruedas? ¿Qué podría hacer con mis piernas muertas? Si me levantaba de mi asiento y salía al pasillo, caería al suelo y tendría que salir arrastrándome, y la multitud me pasaría por encima y me patearían. De todos modos, apoyé las manos en los brazos del asiento e intenté incorporarme. Y entonces tuve una sensación asombrosa. Mis piernas estaban vivas de nuevo. Mis piernas respondían. Estaban allí en toda su longitud, en todo su peso, con su armadura de huesos y músculos, cálidas, vivientes. Mis pies descalzos se apoyaban en el suelo, y sentí de nuevo la planta de los pies, una sensación maravillosa que ya había olvidado, la sensación de pisar el suelo y sentir el fundamento del mundo. Me puse de pie. Comprendí que lo que estaba sucediendo allí era un milagro. Para los demás, una tragedia, quizá un castigo. Para mí, un regalo. Y sonreí.

El día de mi desgracia. Regresamos

Mis recuerdos del regreso al poblado se pierden en una jungla infecciosa de alucinaciones y de fiebre. No tengo forma de escribir lo que sucedió durante esos días. Joseph les pidió un hacha o una sierra a los guerrilleros para amputarme la pierna, ya que si no lo hacía la infección seguiría gangrenando mi cuerpo y terminaría por envenenarme la sangre y matarme. La gangrena se había declarado a los tres días de recibir el disparo. Había una zona eritematosa alrededor de la herida, con rubor e inflamación, que me dolía mucho. Luego la piel comenzó a ponerse negra y la gangrena comenzó a avanzar pie arriba hasta alcanzar el tobillo. Primero era una mancha roja que iba subiendo. Joseph me la miraba todos los días y me decía que aquello no tenía buena pinta. Ahora tenía el pie completamente negro, y la necrosis iba avanzando por detrás de la mancha roja que ahora estaba ya por encima del tobillo. Joseph me dijo que tenían que amputarme el pie por encima del tobillo, porque si no la gangrena seguiría subiendo y perdería toda la pierna. Que si actuábamos rápido podría cortar por debajo de la rodilla y el daño sería menor. Cuando me contó lo que tenía que hacerme, le dije que no quería pasar por eso, que prefería dejar que las cosas siguieran su curso, pasara lo que pasara. ¿Pase lo que pase?, repitió él mirándome con un gesto que me pareció tan malvado como el que pondría un diablo en el Infierno. Me dijo que si no hacíamos nada, entonces moriría, y yo le dije que prefería morir tranquilamente a pasar por el horror que me esperaba. Supongo que sólo un cobarde puede hablar así, pero así es como me sentía. Le dije, les dije a todos, ya que estábamos todos juntos todo el rato, que no tenía a nadie en mi vida, ni mujer, ni novia, ni padres, ni hijos. Que lo único que tenía en la vida era un perro de lanas, y que por mucho que apreciara al viejo Ballard, el agrado de su compañía no era motivo suficiente para hacer que deseara aferrarme a la vida. Nadie dependía de mí, nadie me esperaba, nadie me lloraría. Creo que era la primera vez en mi vida que me hacía esta reflexión: que si yo desaparecía de este mundo, nadie derramaría ni una sola lágrima por mí. Joseph me gritó. Me gritó que no podía rendirme después de todo lo que habíamos pasado. Me dijo que era un imbécil vanidoso que prefería morir a perder un pie. Pero no era el pie lo que me preocupaba, sino el dolor de tener que pasar por una amputación sin anestesia. No te preocupes, dijo Joseph, te conseguiremos anestesia.

Pero no pudieron conseguirla. Los guerrilleros no tenían medicinas de ningún tipo, sólo las ampollas de aquello que ellos llamaban «la vacuna». Para lo demás, utilizaban plantas de la selva, remedios que la mayor parte de las veces (supongo yo) no eran otra cosa que placebos. No sé, doc, le dije a Joseph, ¿no podrías hipnotizarme para que no sintiera dolor? Les rogamos a los guerrilleros que nos dejaran marchar a nuestro poblado, donde podríamos hacer la operación mejor que allí, pero jamás he

conocido personas menos receptivas ni más obcecadas. Nos facilitaron una botella de ginebra, un carrete de hilo, una navaja y un hacha. Eso fue todo. De modo que lo hicimos allí mismo, dentro del templo de Hanuman, bajo la mirada horrorizada o francamente divertida de los dioses, de las ninfas celestes, de los hombres serpiente, de los monos divinos. Joseph me explicó lo que iban a hacerme. Le dije que no quería saberlo, pero me lo explicó de todos modos. Me dijo que primero yo me bebería la botella de ginebra, o al menos media botella, y que luego me pondrían boca abajo y me atarían para que no me moviera incontroladamente. Creo que a esas alturas yo ya estaba llorando como un niño. Me dijo que antes de cortar el pie me haría una incisión en la parte posterior de la pierna para ligar la arteria y la vena poplíteas y la vena safena, que era un procedimiento sencillo y que con simple hilo lo haría en pocos minutos. Era necesario ligar estas vías principales para evitar el desangramiento. Una vez logrado esto, el peligro principal estaba controlado. ¿Y la sangre qué hará al llegar a esas arterias y venas cerradas?, pregunté. La sangre se ira por otros vasos, me dijo. No hay ningún problema con eso. Luego haremos la amputación y te coseremos. Como estarás completamente borracho no te enterarás de nada. Me dijo que no me preocupara, que era una operación sencilla. Tendría que pasar algún tiempo antes de que me contara la verdad: que estaba convencido de que yo moriría. No tenía bisturí, ni sierra, ni gasas para restañar la sangre. No tenía pinzas para coger las arterias y las venas y sostenerlas en su lugar mientras las ligaba, y tuvo que cortar la parte posterior de la pierna con la navaja y buscar la vena y la arteria con los dedos, haciendo que Wade las sostuviera mientras él las ligaba con el hilo. La asepsia era inexistente, y fue un verdadero milagro que la herida no se infectara. El hacha, por otra parte, astilló el hueso al cortarlo. Todo esto me lo contó más tarde, cuando ya había pasado el peligro y yo estaba recuperado. Me dijo que había estado a punto de darme la razón, que hacer una amputación en aquellas condiciones, sin instrumental, sin higiene, era una locura, y que no merecía la pena intentarlo. Pero lo hizo de todos modos y funcionó. Al parecer, la isla no quería que yo me fuera todavía. No, la isla aún no había terminado conmigo.

Pero no puedo contarlo. Hay algo en mí que no me permite contarlo. Lloré como un niño. Rogué. Grité. Jamás he experimentado nada parecido. Atravesé la sima del horror. Rompí las cadenas del bien y del mal. Me convertí en un animal, en un simio, en una roca, en metal, en sangre, en aire. Supongo que la ginebra ayudó, aunque beber tanta ginebra de un tirón me hacía vomitar, con lo cual mi estómago se vaciaba en violentas arcadas y la ebriedad disminuía. Todos me sujetaban. Me pusieron algo en los dientes, un bocado de cuero, para que no me los rompiera. Dejé de ser un ser humano. Me convertí en un perro, luego en un mono, luego en piel, luego en nervio, luego en tendón, luego en arteria, luego en dolor, en dolor, sólo en dolor. Yo caía a través de los mundos. Había alcanzado una consistencia tal que podía pasar a través de la lava y del plomo. Salí de las palabras. Llegué a una montaña roja que era un ser vivo, toda iluminaba por el brillo de una sangre que era un incendio. Sentí cómo todo

mi pasado se deshacía, cómo la forma de mi conciencia se deshacía mientras seguía cayendo hacia el interior de la tierra. Me convertí en hilos vivientes que tiraban en todas direcciones y en muchos animales salvajes que se mordían entre sí. Mis ojos y mis oídos y mi piel se convertían en hilos tirantes, iluminados por la electricidad del dolor. Algo estallaba en mí y lo destruía todo, una estrella negra de luminosidad inversa que arrasaba toda la materia y deshacía los enlaces de los átomos. El pasado, las creencias, el bien, el miedo, la vergüenza, el honor, la astucia, la inteligencia, los primores de la civilización, el deseo, todo se extenuaba, todo ardía. Perdí la forma humana.

Y entonces, alguien, sentado frente a una mesa, me oyó.

Alguien, vestido con ropas oscuras, oyó mi grito. Seguramente en un principio no sabía que aquel grito provenía de mí y oyó simplemente un grito. Pero luego escuchó con más atención y vio que era yo, precisamente yo quien gritaba. Y ese alguien que escuchaba estaba frente a una mesa de piedra, una hermosa mesa de malaquita taraceada de piedras semipreciosas que dibujaban árboles y pájaros y sobre la cual había muchas fichas de diferentes formas y colores. Miles de fichas de colores. Fichas de piedra, de ébano, de cristal, de plástico, de raíz, de metal, de plomo pintado.

Abrió los ojos. Y yo vi a través de sus ojos. Vi la mesa de malaquita y sus manos y los miles de fichas que había sobre la mesa de malaquita. Y era necesario remover las fichas para encontrar las fichas necesarias, y algunas veces, al removerlas, una o dos fichas caían de la mesa. Y estas fichas que caían causaban numerosos problemas. En realidad, casi todos los acontecimientos, buenos y malos, eran debidos a estas fichas que caían de la mesa de malaquita y rodaban por el suelo, y se quedaban perdidas entre la hierba.

Y ese «alguien» que me oyó, decidió que era necesario ayudarme. No porque antes no hubiera deseado ayudarme, sino simplemente porque antes *no sabía de mi existencia*.

Entonces vi (esto sucedió, creo, cuando finalmente perdí la consciencia), vi una ladera de una montaña, y entre las rocas aparecía una cabra grande, que me miraba con uno de sus ojos. No era realmente una cabra, sino una especie de antílope grande, de cuernos cortos y flancos color canela. Me miraba con su ojo izquierdo y luego doblaba una pata.

El significado de aquella pata doblada era sencillo: tienes que seguirme. Luego el antílope echaba a caminar montaña arriba. Y yo elevaba la vista y veía que se trataba de la montaña más alta de la isla, el volcán original cuya cúspide estaba siempre cubierta de nubes.

Sube a la montaña, me decía el antílope. Sube a la montaña.

Pasé varios días en un estado de sopor, de estupidez. Eran los efectos del alcohol, de la sangre perdida, del agotamiento. Yo seguía sintiendo el pie izquierdo en su lugar, y tuve que incorporarme para contemplar la pierna con mis propios ojos y

comprobar, en efecto, que mi pie, junto con la mitad de la pantorrilla izquierdos, ya no estaban en su lugar. Yo me quejaba de que me dolía el pie igual que antes de la amputación, y Joseph me dijo que era un dolor fantasma. Que el dolor de mi pie no estaba en el pie, sino en el cerebro. Unos días después de la amputación (quizá sólo dos días más tarde), nos despertamos una mañana y estábamos sin cadenas, completamente solos en el interior del templo. Salimos, titubeantes, convencidos de que nuestros verdugos estaban escondidos al otro lado de la pared de piedra que rodeaba el complejo de templos, o acucillados entre las plantas, listos para saltar sobre nosotros con jubilosos gritos de «¡sorpresa, traidores a la causa proletaria, os hemos capturado de nuevo!». Pero no era así. Un ave lira cruzó volando, la única que he visto en la isla antes o después. Era de la variedad que tiene plumas de un color azul oscuro casi negro, quizá el pájaro más hermoso que existe.

Descendimos las escalinatas lentamente (yo iba entre Joseph y Wade, saltando penosamente sobre mi pierna sana), temiéndonos una broma cruel, una trampa. Nos acercamos hacia la pared de piedra, cruzamos la puerta con su arco lleno de figuras talladas, la última *torana* que quedaba en pie. Y allí, nada más cruzar la *torana*, vimos a uno de los guerrilleros. Venía caminando hacia nosotros, con el brazo derecho levantado, el Kalashnikov colgado del hombro derecho, como hacen los zurdos. Era Estrella Roja. Pero su estado era lamentable. Horrible. Algo le había cortado un trozo del cuerpo. Algo como un hacha gigante o una hoja de acero gigante le había cortado el lado izquierdo de la rubia cabellera, la oreja izquierda, la mejilla izquierda, el hombro y el brazo izquierdo y el lado derecho del cuerpo hasta la cintura. El lado izquierdo de su cara estaba cortado limpiamente, dejando al descubierto la calavera y los dientes. Tenía los ojos desorbitados, no comprendo cómo podía seguir andando. Se oían explosiones a lo lejos, entre los árboles. Entonces oímos un horrible alarido a lo lejos, en el interior de la selva, el aullido infernal que emitía, según creo, el gigante azul. No se veía al gigante en parte alguna, pero el aullido sonaba cerca, quizá sólo a unos pocos centenares de metros. Taladraba los oídos, taladraba la materia. Doblaba el tiempo y el espacio. Entonces un rayo cayó de lo alto, idéntico al que había golpeado a Christian y a Noboru. Envolvió a Estrella Roja de un fulgor de luz dorada y blanca tan intenso que hacía daño a los ojos, y luego la hizo estallar en llamas. Llamas rojas que ardían con furia, como si fueran ferozmente alimentadas por decenas de fuelles gigantes. Durante un segundo, cuando estaba completamente envuelta en fuego, su rostro adquirió una belleza inusitada. Sus ojos azules nos miraron con un aire de tierna sorpresa, y en sus labios apareció una sonrisa. Era como si fuera muy joven de nuevo, como si fuera la mujer que había sido una vez, cuando era una joven madre que tenía tres hijos en una granja, y una noche cayó un rayo durante una tormenta eléctrica, se produjo un incendio en un granero anexo a la casa y sus tres hijos murieron ahogados por el humo. Por espacio de un segundo la vimos como realmente era, como había sido una vez. Luego cayó al suelo envuelta en llamas y rodó sobre las hojas. Ni siquiera gritó. Ya estaba muerta. Wade y

Joseph se acercaron a ella, quizá con intención de tumbarse sobre ella para apagar las llamas, pero era inútil. El cuerpo de Estrella Roja se había convertido en una masa negra y chamuscada en la cual apenas quedaban unos pocos rescoldos azules. Yo jamás había visto nada arder tan rápido ni consumirse tan completamente. Aquel cuerpo quemado y humeante que teníamos en el suelo ante nosotros era en todo semejante a los cadáveres que habíamos visto en el valle del Hombre Azul en nuestro viaje de ida. No parecía un cadáver quemado, sino más bien un cuerpo disuelto en calor. Era, pues, una víctima del Hombre Azul y de los rayos letales que enviaba con su frente. ¿Habría matado el Hombre Azul a todos los guerrilleros? ¿Era él el enemigo sin forma contra el cual iban tan armados? ¿Era él lo que pretendían destruir con sus nidos de ametralladoras escondidos, con sus lanzagranadas, con su cañón Mistral de misiles tierra-aire?

Tardamos dos días en alcanzar la costa y luego irla recorriendo hasta llegar a nuestra playa, a la laguna, a la desembocadura del río que ahora sentíamos como nuestro hogar. Nos recibieron con asombro y con llanto, porque teníamos un aspecto lamentable. Estábamos demacrados, agotados, horriblemente sucios, comidos por los insectos y por las sanguijuelas, con urticarias y sarna contagiadas por los guerrilleros, y yo venía delirando de fiebre en unas parihuelas a punto de caer hechas pedazos y con la pierna izquierda envuelta en un vendaje que goteaba sérum y sangre desde hacía horas.

A pesar de todo me alegré de haber estado en aquel estado febril y delirante y de no haber tenido que enfrentarme a los padres. A Lizzie, la pequeña Lizzie, a Bruce y a Gloria Griffin, a los padres de Adele y Estelle, que nos preguntaban si habíamos visto a sus hijos, si sabíamos algo de ellos, si estaban bien, si estaban vivos. Ya que, para nuestra gran vergüenza, habíamos regresado vencidos y engañados, sin los niños, sin las armas y portadores sólo de malas noticias.

Mi convalecencia

Después de pasar casi una semana en el «hospital» perdido en la fiebre y los delirios, mi herida finalmente comenzó a cicatrizar y a curarse. No tengo apenas recuerdos de esos primeros días en la cabaña del hospital. Me administraron calmantes, supongo que morfina, y yo me perdía en las alucinaciones. No sé de dónde había salido aquella morfina. Al parecer, Jimmy Bruëll tenía morfina, o había encontrado morfina en algún lugar, quizá entre los equipajes de los pasajeros. Viví muchas cosas esos días que jamás sabré si fueron ciertas o sólo soñadas. Veía seres de todas clases, algunos horripilantes y otros muy bellos y luminosos. Algunos me hablaban, otros simplemente me miraban y me sonreían. Un día vi a Joseph y a Sophie besándose y también creí que era una alucinación. Estaban allí mismo, a mi lado, dentro de la cabaña del hospital. Ella estaba vestida sólo con ropa interior, bragas y sujetador blanco, y Joseph la abrazaba y los dos se besaban en la boca y en el cuello. Supongo que creían que yo estaba dormido. Probablemente me pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo en esa época. Luego se tumbaron en la otra cama y corrieron la cortina de separación y oí cómo hacían el amor. Dios mío, debían de estar muy desesperados, o muy enamorados, porque la intimidad en aquellas cabañas era casi inexistente. Además, cualquiera podía entrar en la cabaña del hospital sin previo aviso. Una media hora más tarde la cortina volvió a descorrerse y vi cómo Sophie se ponía el sujetador sentada en el borde de la cama. Joseph estaba detrás de ella y seguía tumbado. Nuestros ojos se encontraron y ella sonrió y se puso un dedo sobre los labios. Me di la vuelta para no ver cómo terminaba de vestirse, porque había comprendido de pronto que lo que estaba viendo no era ninguna alucinación.

Luego le pregunté al doctor por aquello, y se mostró tan avergonzado como un adolescente. Me pidió disculpas mil veces.

—No te preocupes por mí —le dije—. Si acaso sentí un poco de envidia, nada más.

—Sophie y yo... —comenzó a decir. Pero no sabía cómo decirlo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Casi desde el principio —dijo para mi gran sorpresa, ya que tiempo atrás yo creía que él estaba interesado en Gwen—. La situación está matándonos a los dos. Ella está casada y tiene dos hijos. Yo también estoy casado, o estoy técnicamente casado. Pero hace tiempo que ella no se lleva bien con su marido y hace tiempo que yo no vivo con mi mujer. Ella me dejó por un cardiólogo. Chiste fácil, ¿eh? Un especialista en el corazón, ¿quién puede competir con eso? Y Sophie... bueno, su marido no le hace el menor caso. Y ella tampoco a él. Han dejado de quererse. Esas cosas pasan, supongo. A mí nunca me ha pasado, pero veo que pasan. La gente deja de quererse. Y aquí estamos, en esta puta isla, los dos. Los dos solos y cada uno con

su soledad auestas. Nos miramos el primer día, el día del accidente, y creo que ya en aquella primera mirada había algo. Dijo «¿qué puedo hacer?». Y se puso a ayudarme con los heridos. Josephine, Violeta, Jean Jani y ella, desde el primer momento. Les pregunté si eran enfermeras, si tenían alguna experiencia, y a excepción de Violeta no tenían ninguna. El valor de esas mujeres me admira. Metieron las manos en la carne y en la sangre, sin dudarle un instante. Yo les decía: cose, y se ponían a coser una herida apretando los dientes. Yo pensaba que no lo resistirían, pero lo resistieron.

—A mí también me admira —dije—. Esos primeros días yo no quería ni acercarme a tu hospital. Olía a muerte por allí.

—A mí nunca me había pasado una cosa así —siguió contándome—. En medio de aquel horror que estábamos viviendo, cuando uno pensaría que no había lugar en su alma para otra cosa que para rescatar a los heridos, para traerlos a la costa, para ayudarles de algún modo, para ayudar a morir a los que morían, para paliar el dolor en lo posible... En medio de todo esto ella apareció y nos miramos. Ella dijo: ¿qué puedo hacer? Y me miró como nunca me ha mirado nadie. Dios, John. ¿Has sentido alguna vez algo así? Sentir que alguien te mira y sabe exactamente quién eres sin necesidad de decir nada, y saber tú de pronto quién es esa otra persona, saber que la estás mirando y que la estás viendo como nunca has visto a nadie. Como si al mirar a las personas vieras siempre el exterior, el rostro, los ojos, el cuerpo, pero como si de pronto, al mirar a esta persona en particular, esta mujer que tienes enfrente y a la que ves por primera vez, estuvieras viéndola a ella, no su exterior, no sus ojos, sino lo que hay dentro de sus ojos, la persona que anida en el interior. ¿Has sentido alguna vez algo así? Josephine se unió a nosotros también, y luego las otras. Esa noche no dormimos ninguno. Luego ella se marchó para ocuparse de sus hijos y de su marido. Su marido estaba como en estado de *shock*, y ni siquiera les daba agua a los niños. Joder. Luego regresó. Siempre sonreía, siempre estaba animosa. Y yo sentía peligro, peligro. ¿Qué pasa, Joe?, me decía mientras estaba entablillando huesos, cosiendo heridas. ¿Te vas a enamorar de esta mujer a la que acabas de conocer? ¿Precisamente aquí, precisamente ahora? Entonces todos estábamos convencidos de que vendrían a rescatarnos enseguida. Que no volveríamos a pasar ni una noche más en la isla. ¿Y qué? Los dos éramos de Los Angeles. Pensé que a nuestro regreso querría volver a verla. Pensé que me gustaba, que me gustaría ser amigo suyo, esa clase de tonterías que uno se dice a sí mismo cuando conoce a una mujer que no puede tener, o que cree que no puede tener. Pasaron los días. Yo sabía cómo la miraba, y sabía que ella sabía lo que yo sentía. Los hombres somos transparentes para las mujeres, supongo. Ella no hacía nada, sólo me miraba. Me miraba con una sonrisa, y gracias a esa sonrisa yo sabía que ella sabía. Supongo que le complacía que yo la admirara, aunque tampoco quería darme ánimos. Ni quitarme los ánimos tampoco. Simplemente me contemplaba, veía que yo le gustaba y se dejaba llevar por los acontecimientos.

—Sí, es una maravilla poder hacer eso, estar en una situación de poder hacer

exactamente eso.

—No decir nada, no intentar nada, no hacer nada, porque algo está sucediendo por sí solo, algo que lo llena todo sin necesidad de que ninguna de las dos personas involucradas tenga que hacer nada ni decir nada —dijo Joseph—. A veces la vida es así. A veces, raras veces. Además, aquellos días había tantas cosas que hacer, tantos problemas. Yo me pasé días sin dormir.

—Creo que todos sabemos lo que te debemos, doc —dije—. Ninguno de nosotros lo olvidará nunca.

—Es mi trabajo —dijo Joseph—. Conocí a sus hijos y a su marido. Sebastian y Carl son dos niños excepcionales. Me di cuenta de que ella está totalmente fascinada con sus hijos, que les ha dedicado su vida por completo. Casi me asustaba ver el vínculo que les une a los tres. Su marido, en cambio, me pareció un tipo raro. Me lo sigue pareciendo. Un tipo alejado del mundo, ensimismado en sus problemas. A veces me da la impresión de que se pasa el día pensando en sus proyectos, en sus casas, en sus obras, que no está realmente aquí. Sophie me contó que estaba consumido por su profesión.

Estábamos los dos en la cabaña del hospital, yo tendido en la cama y Joseph sentado a los pies de la cama. En aquellos momentos yo no me sentía mal. Me interesaba lo que Joseph me contaba, sentía el placer de la conversación. El rumor de la vida normal. El recuerdo vago de la vida normal.

—John, ¿cómo se puede saber si lo que sientes es amor? —me dijo entonces.

Yo pensé un instante y luego dije:

—Si sientes el intenso deseo de que la otra persona sea feliz aunque tú no lo seas.

Joseph se quedó unos instantes meditando. Raro, que alguien le pregunte al gato sensual qué es exactamente el amor. Pero el gato lo sabe. Lo sabe porque lo tuvo y lo perdió. Oh, sí, lo perdió. Pero lo sabe.

—Un día, simplemente, sucedió —siguió contándome Joseph—. Fue algo completamente espontáneo. Estábamos los dos sentados en la playa, fumando un cigarro y contemplando el crepúsculo. Al final de un largo día de trabajo. Yo había tenido que hacer una operación en estas condiciones horribles que tenemos aquí, y después de un posoperatorio desastroso alguien había muerto. Estábamos los dos callados, cansados. Me dice: tú estás casado, ¿verdad? Y le digo: técnicamente sí, pero ella me ha dejado. ¿Recientemente?, me pregunta. Tres años, digo. Comprendo. Pero la herida sigue abierta, dice ella. No, ya se ha cerrado, digo yo. Entonces ella me dice: mi marido y yo no nos divorciamos por los niños. Hace tres años que dormimos separados. ¿Tres años?, digo yo. Pero la herida sigue abierta. Ella ríe, y dice: no, no hay herida. Nunca ha habido herida. Más bien tristeza, frustración. Una sensación de fracaso, de vacío. De que tu vida no va a ningún sitio. De que lo único que hay en tu vida son tus hijos, tus hijos, que son maravillosos sin duda. Pero que un día crecerán, volarán, se irán de casa. Y entonces, ¿qué será de ti? Le dije que la envidiaba, porque yo me sentía igual pero no tenía hijos que pudieran darme algún sentido de dirección

o de propósito. Seguimos fumando en silencio. Luego ella dijo: siempre he querido ser una mujer perfecta. Eso es un problema. Nadie debería ser perfecto ni desear ser perfecto. Pero mi obsesión siempre ha sido ser una madre perfecta y una profesional perfecta y una esposa perfecta y una amante perfecta y una hija perfecta y una amiga perfecta... Y las mujeres perfectas acaban solas. Nadie las aguanta. Bueno, le dije, a mí no me pareces tan perfecta. Tienes un ojo un poquito más grande que el otro. Y tienes los pechos pequeños para ser tan alta. Ella soltó una carcajada. No, en serio, le dije. Me gustas mucho. Ya lo sé, dijo ella. Entonces se levantó y me dijo: vamos. ¿Adónde vamos?, pregunto yo como un idiota. A hacer el amor. Dios mío, digo yo. ¿No quieres? Sí, claro que quiero. Los hombres sois tan desesperantes a veces, dice ella. ¿Cuánto más quieres esperar? No sé, dije yo, pensaba que... Cuando regresemos a los Estados nos divorciaremos los dos, ¿no te parece?, dijo ella. ¿No lo habías pensado? Sí, claro que lo había pensado, dije yo. Caminábamos de la mano, en dirección a los árboles, buscando un lugar discreto y resguardado de las miradas. No tenemos por qué vivir juntos si no quieres, dijo ella. Pero viviremos cerca el uno del otro. Podríamos empezar así, y luego casarnos, dije yo. Sí, dentro de un par de años. Los niños tienen que acostumbrarse al cambio de situación. Me gusta mucho Santa Mónica, dije yo. Santa Monica está bien, dijo ella. Me gusta Santa Monica. ¡Y todavía no nos habíamos dado ni un beso! Seguíamos caminando de la mano, hablando de nuestro futuro. Pero enseguida nos dimos nuestro primer beso. Y luego muchos más.

—Extraordinario.

—Sí.

—Echo mucho de menos la vida normal —dije yo—. Estar así como estamos ahora, pero en una terraza, sentados frente a dos cervezas heladas. Hablando como hablan las personas. Como hablan los amigos.

—En la vida normal nosotros nunca hubiéramos sido amigos —dijo Joseph.

—¿Por qué no?

—Yo no tengo tiempo de tener amigos. Trabajo todo el día en el hospital. Quiero decir trabajaba —dijo mirando a través del ventanuco abierto en la pared de bambúes de la cabaña del hospital y entrecerrando los ojos por la intensidad de la luz—. Si salimos alguna vez de este maldito lugar, si regresamos alguna vez a los Estados Unidos, mi vida será diferente. ¿Sabes por qué me dejó mi mujer? Porque yo estaba obsesionado con mi trabajo. Porque no nos veíamos. Nos pasábamos el día sin vernos, y por la noche estábamos demasiado cansados para hablar. Cenábamos, veíamos un vídeo y nos íbamos a dormir. Ni siquiera hacíamos el amor. ¿Qué clase de vida es ésa?

Tengo alucinaciones. Me visita Rosana

Tuve muchos visitantes durante aquellos días. Mi historia se hizo famosa. No es difícil alcanzar la fama en una sociedad de noventa personas.

Mis alucinaciones no me abandonaban. Habían dejado de administrarme analgésicos, pero yo no dejaba de tener alucinaciones. De vez en cuando veía un gato negro de precioso pelaje que entraba en la cabaña, se quedaba allí unos instantes atusándose sus largos bigotes blancos y luego desaparecía por debajo de la tela de la puerta tal y como había entrado. Yo sabía que no había ningún gato en aquella isla y que aquel gato sólo existía en mi imaginación. Sabía que no era posible que hubiera un gato y que yo no lo hubiera visto nunca ni hubiera oído jamás ningún comentario sobre la existencia de aquel precioso gato negro. No era un gato salvaje, sino un animal doméstico bien alimentado y bien cuidado. Su pelo negro brillaba como el terciopelo y yo sabía que aquel animal no era real, sino una creación de mi delirio. También soñaba con Rosana. Soñaba con ella a menudo.

Me iba recuperando poco a poco. La herida cicatrizaba bien. Pero mis alucinaciones no desaparecían. A veces me visitaba un hombre muy desagradable vestido con un mono negro que tenía unas orejas puntiagudas como las de un gato y una cola llena de serrín. Era un hombre pequeño, panzudo y sudoroso, y tenía un aspecto indeciblemente ridículo con aquel traje de gato desgastado por los codos y por las rodillas y con el tejido lleno de bolitas. Cuando aparecía yo me daba la vuelta en la cama y cerraba los ojos. Me aterraba, no sé muy bien por qué. Estaba siempre muy sudoroso, y me hacía gestos extraños, como invitándome a salir, como animándome a que le siguiera.

Un día apareció en la cabaña del hospital un hombrecillo vestido con un blusón azul y unos grandes pantalones sueltos, un hombre muy alto, completamente calvo y con un bigotito rubio tan tenue que era casi invisible. Se dirigió a mí con toda formalidad y me dijo que su nombre era Anton Bruckner. Bruckner, el célebre compositor austríaco. Era idéntico que en las fotografías que había visto de él. Nos estrechamos la mano y luego le dije que se sentara y él, después de mirar a su alrededor un poco confundido, cogió un taburete de madera, lo colocó cerca de la cama y se sentó a mi lado.

—Herr Bruckner —le dije—. Siempre he amado su música.

—Es usted muy amable —me dijo—. ¿Es usted músico también, sin duda?

—Sí. Compositor —dije yo—. Pero no tengo éxito.

—No se preocupe por el éxito —dijo él—. La música no tiene nada que ver con el éxito ni con los aplausos. Aunque a todos nos guste recibirlos.

—Es evidente que la música no es eso —dije yo—. Pero ¿cómo se puede componer cuando uno no obtiene ningún reconocimiento? ¿Cómo es posible

componer cuando uno pierde la fe en sí mismo?

—Usted tiene que comprender lo que es realmente la música —dijo él—. Entonces la preocupación por el éxito no se convertirá en la fuerza dominante de su vida.

Hablaba un inglés extraño, con un fuerte acento alemán, un acento alemán que también resultaba peculiar. Yo no sabía que Bruckner hablara inglés, aunque sí que había sido muy bien recibido en Inglaterra y que siempre había sentido afecto y admiración por ese país, y también que había intentado en varias ocasiones emigrar a los Estados Unidos. Aunque supongo que aquella figura que acababa de entrar en mi cabaña no era realmente Bruckner, sino una creación de mi imaginación.

—Dígame, *herr* Bruckner, ¿qué es realmente la música?

—Si se lo digo estropearé la posibilidad de que usted lo descubra por su cuenta —me dijo él—. Y eso no estaría bien. Es posible que usted haya venido a este lugar exclusivamente para eso.

—¿Es usted realmente Anton Bruckner?

Se sacó de uno de los bolsillos de su blusón una bolsa de papel llena de cerezas y se puso a comer. Me ofreció. Estaban muy rojas y tenían un aspecto delicioso. Pero yo tenía miedo a comer alimentos del mundo de los sueños, y rechacé su oferta.

—La música es una forma de alabar a Dios —dije yo—. ¿Es eso lo que usted cree?

Él frunció ligeramente el ceño. Escupió un par de huesos al suelo y luego se guardó de nuevo la bolsa de cerezas en el bolsillo de su blusón de campesino.

—Dios es una palabra que se les dice a los niños —dijo Bruckner limpiándose los labios con el dorso de la mano—. Aquí no solemos utilizar esa palabra.

—Usted siempre fue un buen católico, un hombre de fe.

—En efecto. Pero eso no me salvó de la desdicha. Siempre fui desdichado, señor Barbarín. Toda mi vida, desde niño, siempre fui un desdichado y un solitario. Nadie me quiso nunca, en toda mi vida. Jamás logré tener un verdadero amigo ni inspirar cariño a ninguna mujer. ¿Le parece fácil vivir así una vida entera?

—Dígame, ¿qué es la música realmente?

—La música tiene un lado humano y un lado que no es humano —dijo Bruckner—. La música representa al ser humano en toda su complejidad y también el cosmos en toda su complejidad, y representa el vínculo que existe entre los dos. Representa lo que conocemos del ser humano y también lo que no conocemos. La totalidad de la realidad. La totalidad del alma y la totalidad del mundo. Y el puente que une al alma del hombre con el alma del mundo.

Quedé en silencio, pensando que Bruckner jamás habría dicho cosas como aquéllas.

—Usted no es realmente Bruckner —le dije—. Usted es una creación de mi imaginación, y dice cosas que yo he pensado o que yo podría pensar.

Cuando salió, me quedé pensativo durante un largo rato. Luego descubrí que en el

suelo de la cabaña había tres huesos de cereza. Los cogí y los guardé debajo de la almohada y me dispuse a dormir un rato. Estaba convencido de que cuando me despertara, los tres huesos de cereza habrían desaparecido, pero no fue así. Los tres huesos seguían donde los había dejado, y todavía hoy, cuando escribo estas memorias, siguen en mi poder.

Yo pensaba que la experiencia traumática que había sufrido me había dejado impotente y que aquello significaba que comenzaba el declive de mi vejez, pero la primera visita que me hizo Rosana demostró que estaba equivocado. Oí su voz fuera de la cabaña y supe que venía a visitarme, y creo que por primera vez en mucho tiempo tuve la sensación de que no estaba presentable y deseé tener un peine y poder mirarme en un espejo. Se abrió la tela de colores de la puerta y apareció ella. Juan Barbarín, cómo estamos, me dijo. Yo levanté los dedos de mi mano derecha a modo de saludo, como si me sintiera mucho más débil de lo que me sentía en realidad. Se sentó en la cama con una familiaridad que me agradó. Estaba vestida con unos pantalones blancos y una de sus blusas semitransparentes. No sé cuántas traía en su equipaje de mano o cuántas había logrado rescatar (creo que ella era una de las pocas personas afortunadas que había logrado recuperar sus maletas de la bodega del avión), el hecho es que siempre que la veía parecía llevar una nueva. Su blanco sujetador se dibujaba a través de las flores, dos pechos perfectos de la talla D. Le dije que me gustaba su sujetador, ya que su presencia era tan obvia que era imposible ignorarla, y ella rió y sacó la barra de labios que siempre llevaba con ella para retocarse la boca.

Su barra de labios era algo así como su amuleto. Me gustaba ver cómo extraía aquel objeto dorado y brillante del interior de su sujetador (solía llevarlo con toda comodidad en el hueco que había entre sus senos, un lugar donde las mujeres suelen guardar a menudo objetos pequeños), lo destapaba, lo hacía girar con un movimiento hábil de los dedos y aplicaba sobre sus labios pequeños y carnosos la barra de intenso rojo coral que brotaba rotando sobre sí misma como un purpúreo órgano eréctil, una combinación de cera de abejas, polímeros que le daban el aspecto untuoso y brillante que tanto me atraía, pigmentos artificiales, polvos de caolín, derivados de la lanolina que la hacían pegajosa y adherente, hidratantes, cicatrizantes, calmantes y el aceite esencial de geranio que le daba su aroma característico. Creo que ella sabía lo mucho que me gustaban sus labios rojos, y siempre que estaba conmigo extraía discretamente la barra de labios de su blusa y se retocaba su boca pequeña, compacta y sensual, mientras hablaba. Y entonces mi pequeño amigo de más abajo reaccionó de manera inequívoca. Aquella sensación me hizo sentir vivo de nuevo. Enviaba irradiaciones eléctricas por la columna hasta la nuca, y por las piernas hasta la planta de los pies. Mi miembro despertaba como la bella durmiente.

—¿Qué pasa, Juan Barbarín? —me dijo ella guardando su lápiz de labios de nuevo en su lugar con gesto de inocencia—. ¿Por qué te ríes?

—Porque el gato no ha sido neutralizado —dije.

—¿El gato? ¿Qué gato?

Renuncié a explicárselo. Le agradecí que viniera a verme, le pregunté que por qué no había venido antes y ella me dijo entonces que había ido varias veces. ¿No me acordaba? Yo me sentía confuso. ¿Varias veces? Pero ¿cuánto tiempo llevaba yo metido en aquella cabaña? No sé, me dijo ella, cuánto tiempo crees. Vi cómo apretaba un labio contra otro para igualar el carmín y cómo luego entreabría la boca y se quitaba cuidadosamente con la yema del dedo meñique el exceso de carmín de las comisuras de los labios. Estas cosas que hacen las mujeres siempre me han parecido fascinantes.

—He estado muy confuso durante días —le dije—. Joseph me ha explicado que me han administrado opiáceos y que he tenido alucinaciones. He tenido muchos sueños. No podía dejar de soñar, hasta cuando estaba despierto. Y también he soñado contigo.

—Ah, ¿sí?

—He soñado que venías a verme. Sí, he soñado varias veces contigo.

—Pero es que he venido varias veces a verte. Eso no eran sueños, era la realidad.

—A lo mejor has venido a verme, pero yo no lo recuerdo. Sólo recuerdo mis sueños.

—Hemos hablado varias veces —me dijo Rosana—. ¿Cómo puedes no acordarte? He venido a verte cinco o seis veces en estos días, y varias veces hemos hablado. A veces estabas dormido, a veces estabas entre el sueño y la vigilia, pero otras veces estabas despierto y hablábamos. ¿No te acuerdas?

—Me acuerdo de haber hablado contigo en sueños —dije yo—. Pero eran sueños. No era la realidad.

—¿Cómo sabes que no era la realidad? A lo mejor estaba sucediendo realmente y tú pensabas que era un sueño.

Ella parecía muy divertida y quizá nerviosa, y se había puesto a morderse las uñas. Yo había observado que compartía aquella pequeña manía con su hija, aunque cuando ella veía a su hija morderse las uñas la reprendía. Pero me gustaba cuando ella lo hacía, porque era un gesto infantil que la hacía parecer joven y accesible. Y de pronto no era simplemente el despertar de mi miembro dormido lo que me hizo sentir una sensación de placer por todo el cuerpo. Era la propia conversación, el placer de estar allí hablando con Rosana.

—Sé distinguir entre el sueño y la realidad —dije mirándola a los ojos—. Y sé que lo que pasaba en esos sueños, porque sin duda eran sueños, no pasó en la realidad.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque eran cosas que, desgraciadamente, no suelen pasar en la realidad.

—Me estás asustando —dijo ella.

—¿Quieres que te los cuente?

—Prefiero que no me los cuentes.

—Te contaré uno —dije yo—. Soñé que estaba aquí, en esta misma cama, en esta cabaña. Era por la tarde. Lo sabía por los ruidos y por las voces. Era por la tarde, ya cerca de la puesta de sol, pero la cabaña seguía llena de luz. Entonces viniste tú, y te sentaste sobre la cama, más o menos como estás ahora, con las rodillas juntas y los codos sobre las rodillas. Y empezamos a hablar. Me contaste que en tu grupo de yoga había problemas, porque muchos de los del grupo eran vegetarianos estrictos y empezaban a tener serios problemas de malnutrición, porque en la isla es muy difícil hacer una dieta estrictamente vegetariana. Que se alimentaban prácticamente sólo de cocos, mangos, nonis y fruta del pan, y que algunos habían empezado a mostrar síntomas de desnutrición y de anemia.

—Pero todo eso es cierto —dijo ella riendo—. Eso no lo has soñado.

—¿No? —pregunté yo confuso.

—Claro que no. Tú me dijiste... Recuerdas lo que me dijiste, ¿no?

—¿Qué te dije?

—Que era una esclavitud. Me dijiste que desde que llegamos a la isla no pensabas en otra cosa más que en la esclavitud. Me dijiste que todo el que cree en algo, sea lo que sea, se convierte en un esclavo de sus creencias. Pero que el que no cree en nada tampoco está feliz. Que habías visto eso desde que llegamos a la isla. Que era lo que habías entendido. Me dijiste algo de Wade que no comprendí. Me dijiste que Wade pensaba que la isla quería enseñarnos algo. Hablabas como si la isla fuera un ser inteligente. Un ser dotado de conciencia y de voluntad propia. Eso sí que lo atribuí a la fiebre, Juan Barbarín. A veces sí que me parecía que estabas un poco... que habías perdido un poco el contacto con la realidad... Me dijiste: unos venimos aquí para pagar, y otros para recibir. Wade ha recibido sus piernas, a mí me han quitado mis piernas. ¿Qué querías decir con eso? ¿Qué significa eso de que Wade ha recibido sus piernas?

—Te lo explicaré otro día —dije frunciendo el ceño—. ¿De modo que dije todo eso?

—¿No lo recuerdas?

—No.

—Hablabas mucho —dijo ella—. Estabas excitado. Tenías mucha fiebre. Me dijiste que lo que les pasaba a mis amigos yoguis era que se habían equivocado. Que no habían sabido comprender a la isla. Que la isla quería enseñarnos a cada uno su propio camino, y que lo hacía de formas diferentes, a veces con suavidad, con pequeños juegos, con maravillas, con espectáculos, con platillos volantes y gigantes azules, y en otras ocasiones con crueldad, con sangre, como te había sucedido a ti. Pero que lo que no era posible en la isla era seguir manteniendo nuestras creencias y nuestra esclavitud.

—¿Dije todo eso?

—Era muy interesante —me dijo Rosana, que había vuelto a morderse los padrastros—. Yo no podía dejar de escucharte. Me tenías impresionada. ¿No lo

recuerdas?

—Recuerdo haber tenido esa conversación en sueños.

—A lo mejor es que mezclas el sueño con la realidad —dijo ella.

—¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué favor? —dijo ella—. Me da miedo cuando me pides favores. ¿Qué favor?

—No te asustes —dije yo, divertido ante sus grandes ojos de alarma—. Por favor, ¿puedes dejar de morderte los padrastrós? Me pone nervioso.

—Sí, perdona —dijo ella quitándose los dedos de los labios.

—¿No te haces daño?

—Sí, a veces hasta me hago sangre y se me infectan. Pero es que cuando empiezas ya no puedes parar.

—¿Es porque no puedes fumar? ¿Estás nerviosa por eso?

—No, yo jamás he fumado —dijo Rosana—. Dime, ¿qué más recuerdas de tu sueño?

—Ah, sí —dije yo frunciendo el ceño para intentar recordar con claridad—. A ver. Hablamos de los problemas de alimentación de tus amigos. Me contaste que varios de ellos insisten en no probar nada que no sea vegetal y que tenías miedo de que terminaran poniéndose enfermos, y que ya desde el principio, desde tu llegada a la isla, habías roto la dieta vegetariana y habías empezado a comer de todo. Tu hija y tú. Y que había algunos en el grupo de yoga que no te miraban bien.

—No, no es cierto —dijo ella—. En el grupo de yoga nadie mira mal a nadie porque no sea vegetariano. Pero sí, hay algo así como... como que no eres perfecto... y me daría vergüenza que Dharma supiera que como pescado y moluscos y que he llegado a comer carne de lagarto y de mono. No es que vaya a decirme nada directamente. Pero él insiste tanto en eso... porque para él eso es casi lo más importante, la alimentación... Y yo siempre he pensado que la alimentación es importante, pero ¿tan importante? ¿Lo más importante de todo? Sobre todo en las circunstancias en que estamos, Juan Barbarín. Y tú me decías: esclavitud, esclavitud. No parabas de repetir esa palabra. Me hablabas de los sistemas de creencias, de cómo todos estamos encerrados en un sistema de creencias. Me hablaste de cuando estabais encerrados en unos templos, dentro de la selva, cuando os capturaron los...

—Los guerrilleros, sí.

—Me hablabas de cuando estabais encerrados dentro de una habitación maloliente y oscura de un templo, todos encadenados, y me dijiste que una de esas noches habías tenido una revelación. Que aquello era horrible, un lugar horrible, hediondo, que olía a mierda, que olía a muerte, a carne podrida. Que incluso pensabais que aquella gente podían ser caníbales, y que el terror de que os tuvieran allí encerrados para usaros como alimento no os abandonaba.

—Sí.

—Me contaste que fue entonces cuando tuviste la revelación: que todos nos pasamos la vida construyendo un templo. Como Wade, ¿no es así? Porque aquellos

templos tenían algo que ver con Wade.

—Sí —dije yo cerrando los ojos y hundiéndome de nuevo en el recuerdo de aquellas noches horribles, de aquel lugar espantoso y maloliente—. Wade se pasó años de su vida construyendo unos templos en mitad del bosque de Connecticut. No sé cuántos años se pasó construyéndolos. Y fueron esos templos los que acabaron por destruirle. Le trajeron la ruina y... bueno, supongo que alguna vez él contará a todos su historia. Y luego los templos indios que nos encontramos en mitad de la selva, donde se refugiaban los guerrilleros... bueno, tal como describía Wade sus templos, parecían idénticos a los que nos encontramos en mitad de la selva. Es como si aquellos templos que encontramos fueran *los mismos* que había construido Wade en Connecticut. O como si Wade hubiera visto en sueños aquellos templos de la isla y los hubiera construido en Connecticut exactamente igual, columna por columna y cúpula por cúpula.

—Y entonces tuviste una revelación —dijo Rosana—. Me dijiste que uno se pasa toda la vida construyendo un templo. Cada uno dedica su templo a una cosa. Uno a Dios, uno al trabajo, otro al sexo, otra a su marido, a un partido político, a cualquier cosa. Y cuando termina el templo, pone a un dios dentro del templo. Y luego se mete en el templo a adorar a su dios, y se queda allí encerrado. Le ponen unas cadenas, y le dejan allí encerrado para siempre. Encadenado en una habitación oscura, dentro de su adorado templo, cerca de su adorado dios. Encerrado para siempre.

—Uf.

—Me impresionó mucho —dijo Rosana—. Me ha hecho pensar mucho. Me hablaste de los mormones, encerrados en su templo mormón. Me hablaste de Brenda Esquivias, encerrada en Ciudad Juárez. Me hablaste de Joaquín, encerrado en sus teorías conspirativas. Me hablaste de Tudelli y de Hansa, encerrados en su fe católica. Todos esclavizados. Pero la isla quiere que seamos libres, me dijiste. La isla quiere hablarnos, quiere hacernos entender, porque *hemos venido aquí para nacer*.

—¿Te dije eso?

—Sí —me dijo ella—. ¿No lo recuerdas?

—Sí.

—Entonces lo recuerdas todo.

—Creo que mezclo la realidad y el sueño —dije—. Joseph me ha explicado que he tenido una fiebre muy alta durante mucho tiempo, y que eso induce un estado alucinatorio. Ahora me doy cuenta de que he estado mezclando cosas reales y soñadas. Por ejemplo, durante todos estos días he estado viendo un gato. Un gato negro.

—¿Un gato? —rió Rosana.

—Dime una cosa. No hay ningún gato en esta isla, ¿verdad?

—No, que yo sepa.

—Nadie traía un gato en el avión.

—Jamás he visto ningún gato por aquí.

—Y tampoco has oído hablar que haya aparecido un gato. En una isla en la que hay manadas de lobos salvajes, bien puede haber un gato. ¿No es así?

—Suenan muy lógicos —dijo Rosana riendo.

—Yo durante todos estos días, a veces, veía un gato.

—¿Dónde? ¿Aquí mismo?

—Sí. Entraba por debajo de la tela de la puerta. Entraba, se paseaba por la cabaña, olisqueaba por aquí y por allá. A veces se quedaba un rato quieto, mirándome. Luego se iba.

—¿Has hablado con Joseph y con las enfermeras?

—No —dije—. Sólo te lo he contado a ti. No se lo he contado a nadie porque no quiero que me tomen por loco. Sé que ese gato no existe.

—A lo mejor ha aparecido un gato y ni tú ni yo nos hemos enterado —dijo Rosana riendo—. A lo mejor ese gato ya estaba en la isla. A lo mejor tú y yo somos los últimos en enterarnos de las cosas en esta isla y todo el mundo ha visto el gato y el gato incluso tiene nombre.

Nuestra conversación ahora se había vuelto tan agradable que yo me sentía completamente embelesado. ¿Cuánto hacía que no tenía una conversación así, una conversación donde nadie quiere nada del otro, donde nadie pretende demostrar nada?

—No creo que haya aparecido realmente un gato —dije yo—. No creo que hubiera un gato perdido en la isla y haya aparecido de pronto.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque si hubiera aparecido un gato, alguien se lo habría comido, ¿no crees?

Rosana apartó la mirada y comenzó a morderse las uñas de nuevo.

—Jolines, Juan Barbarín —dijo—. Qué cosas se te ocurren.

—Lo siento —dije—. Pero deja de morderte los padrastrós, por favor.

Ella se apartó los dedos de la boca de nuevo y suspiró profundamente.

—Bueno, ¿eso es todo? —dijo entonces—. ¿Ésas son tus terribles alucinaciones? Has visto un gato que no existe. Bien, de acuerdo. No es el fin del mundo.

—Sé que el gato no existe. Es un gato negro, muy bonito. Un gato de raza. He visto otras veces animales que no existen en la isla. No es nada nuevo para mí. Pero también he soñado y he visto muchas otras cosas. He visto...

—¿El qué?

—Bueno, no importa. Eran sólo alucinaciones.

—Puedes contármelo si quieres. Si te tranquiliza.

—Uno ve siempre las cosas que tiene dentro, supongo.

—¿Eran cosas horribles?

—Sí, a veces eran cosas horribles. Y a veces eran cosas que no eran horribles, pero que a mí me producían un terror insoportable. Y otras veces no eran cosas horribles ni cosas que me producían terror, sino cosas muy agradables, cosas maravillosas.

—¿Quieres contármelas?

—Algunas no puedo contarlas todavía —dije—. Me tomarías por loco. Pero puedo contarte alguno de los sueños que tuve contigo. Si no te molesta.

—Vaya, pensaba que te habías olvidado de eso —dijo ella.

—Tuve un sueño muy bonito contigo —dije yo—. Me gustaría contártelo.

—Me das miedo, Juan Barbarín.

—¿No sientes curiosidad?

—Sí. No.

—¿Sí o no?

—No.

—¿No?

—Siento curiosidad, pero le estás dando tanto misterio que me asustas.

—Confía en mí.

—Bueno, los sueños son sueños —dijo Rosana rindiéndose—. Vamos a ver, cuéntame qué has andado haciendo conmigo en tus sueños.

No comprendía por qué le daba a aquello tanta importancia. Me parecía un poco artificial que tuviera tantas reticencias a que yo le contara un sueño que yo había tenido con ella. Aunque fuera un sueño erótico, si es que de eso se trataba, ¿qué importancia podía tener? No comprendía su mezcla de desinhibición y de pudor, como dos cantidades que no casan en una suma. Pero más tarde comprendí a qué se debía todo aquello.

—Te contaré uno que me gusta mucho. Es mi favorito.

—Los sueños son sueños, pero confío en tu sentido común —dijo Rosana con cara de pánico—. A veces, hay cosas que es mejor no contarlas.

—Es posible que tengas razón —dije yo—. Los sueños son sueños. No significan nada. No hablemos más de ello.

—No, no, cuéntame —dijo ella.

—No te cuento si no quieres.

—Sí, sí quiero. Quiero que me lo cuentes.

—Pero es que no sé si quieres o no quieres.

—Sí, sí quiero.

—Entonces no digas que hay cosas que es mejor no contarlas.

—Es que me da miedo lo que hayas podido soñar.

—Bueno —dije—. Te he dicho que te voy a contar uno de los buenos. Mi sueño favorito. No tengas miedo. Es un sueño muy bonito. Es uno de los sueños más bonitos que he tenido nunca. Es posible que te pongas roja, pero creo que sobrevivirás.

—Uf —dijo ella poniéndose roja—. Ya estoy roja.

—Soñé que entrabas y te sentabas ahí donde estás, más o menos. Hablamos, hablamos de muchas cosas. Tú me cuentas de tus compañeros del grupo de yoga, me hablas de que muchos de ellos están mal alimentados. Hablamos de la esclavitud. Tú

me preguntas sobre nuestro viaje, sobre lo que encontramos en la selva. Yo te cuento cosas de los guerrilleros. Del miedo que pasamos con ellos. Yo te digo que jamás en mi vida habría podido imaginar que yo iba a vivir cosas como las que estoy viviendo aquí. Que yo sabía que en el mundo había cosas horribles y situaciones espantosas, pero que estaba convencido de que yo jamás experimentaríamos nada horrible ni espantoso. Que yo, por decirlo así, *estaba a salvo*. Pero que me había dado cuenta de que nadie está a salvo nunca.

—Pobre Juan Barbarín —dijo ella.

—Entonces tú dijiste que si podías hacer algo por mí. Que si tú podías hacer algo por mí, que te lo pidiera, fuera lo que fuera. Pero ¿qué podías hacer tú por mí? Ya estabas haciendo suficiente viniendo a hablar conmigo, haciéndome compañía. ¿Qué podías hacer por mí? ¿Devolverme mi pierna? ¿Borrar aquella noche horrible...? No, no podías hacer nada de eso. Entonces me dijiste que podía contar contigo. Incluso para llorar, dijiste. A veces uno necesita llorar. Y a veces uno necesita apoyarse en alguien para llorar.

—¿Yo dije eso? —dijo Rosana.

—Sí. Tú me decías: a veces uno necesita llorar, y necesita a alguien con quien llorar. Es curioso, porque yo siempre había pensado que cuando uno llora, lo hace solo. Nunca había pensado que uno deseara estar *con alguien* para llorar, o que uno necesitara a otro para llorar. Y me dijiste: si necesitas a alguien que te escuche, si necesitas a alguien que te abrace mientras lloras, aquí estoy. Me dijiste que tú habías llorado tanto en la vida que lo sabías todo sobre el llanto y sobre las lágrimas. Me parecías muy maternal. Me conmovías profundamente.

—Yo no he sido madre —dijo Rosana.

—Lo sé.

—No te lo decía como madre, sino como amiga.

—Hay algo maternal en todas las mujeres —dije yo—. Incluso en las hermanas, en las amantes, en las esposas, en las amigas. Incluso en las niñas. Es una parte de las mujeres.

—A ti te gustan las mujeres —dijo Rosana.

—Lo has adivinado.

—Bueno, sigue.

—Entonces el sueño cambia —dije yo—. El sueño cambia ligeramente de tono y entra en el mundo que pudiéramos llamar más el mundo de Juan Barbarín. Aunque yo me sentía tan conmovido que estaba realmente a punto de llorar. Entonces yo te digo: sí, perdona, pero hay algo que sí me gustaría que hicieras por mí. Si no te molesta. Tú me preguntas qué era lo que quería. Y yo te digo: me gustaría verte desnuda. Tú abres mucho los ojos. Una petición inesperada. Quizá una petición absurda, o de mal gusto. Yo te digo: no, no completamente desnuda. Desnuda de cintura para arriba. ¿Ahora?, me dices. Sí, ¿por qué no ahora?, digo yo. ¿Aquí?, me dices. Sí, ¿por qué no ahora, aquí? Pero ¿por qué?, me preguntas tú. ¿Por qué me pides una cosa así? ¿En qué te va

a ayudar verme desnuda? Me va a ayudar mucho más de lo que te imaginas, digo yo. Pero no quiero que hagas nada que te resulte embarazoso. Me da vergüenza, dices tú. Me da muchísima vergüenza desnudarme así de pronto delante de ti. Siempre me sorprende cuando alguien *dice* que le da vergüenza hacer algo. ¿Es que no le da vergüenza decir que le da vergüenza? Sí, lo entiendo, digo yo. Olvídalo. Y perdona. Y entonces tú, como hacen siempre las mujeres, insistes en hablar de ello. Las mujeres siempre quieren *hablar de ello*. Pero lo que no entiendo, dices tú, es por qué deseas verme desnuda. ¿Por qué es eso tan importante para los hombres? Ver, simplemente ver. Un poco de piel, un cuerpo. Bueno, en estos momentos no estoy muy bien, te digo. No me atrevería a pedirte otra cosa, sobre todo porque no estoy en forma. Además, yo soy un caballero y nunca me aprovecharía de tu generosa oferta. Me has dicho que te pidiera lo que quisiera, y te he pedido algo relativamente sencillo aunque importante para mí. Pero lo que no entiendo, dices tú, es por qué eso es tan importante. ¿Y oír música?, digo yo. ¿Es eso importante? ¿Y leer un poema? Un poema que habla de una rosa o de la sombra de un árbol. ¿Por qué es eso importante? Y sin embargo en un momento determinado puede ser lo más importante del mundo. Puede, incluso, salvarte la vida. ¿Sólo quieres que me quite la ropa?, preguntas tú. ¿Qué me quite la camisa y el sostén? ¿Eso es todo? Sí, eso es todo, digo yo.

—Dios mío —dijo Rosana.

—Bueno, mis sueños son así —dije yo—. Entonces, en mi sueño, de pronto, tú comienzas a desabrocharte la blusa, y te la quitas y la dejas a los pies de la cama. Y luego doblas los brazos hacia atrás y te desabrochas el sujetador, te lo sacas por los brazos y lo dejas también sobre la blusa. Y me miras a los ojos. Entonces yo te digo: gracias. Y te miro a los ojos, y miro tu pecho, y estamos así un rato. Ahora los dos estamos un poco más tranquilos. Tú te acercas a mí, y acercas tus pechos a mi rostro. Me dices: puedes tocarlos si quieres. Puedes besarlos si quieres. Gracias, digo yo. Tienes que saber, digo yo, pero sin duda ya lo sabes, tienes que saber que para un hombre, lo más hermoso que se puede contemplar en este mundo son los pechos de una mujer. Tú me has preguntado que por qué era importante, y ésa es la respuesta. Que no hay nada tan hermoso que puedan contemplar los ojos.

—¿Ésa es la explicación? —dijo Rosana.

—Sí, ésa es la explicación.

—Los pechos de una mujer son lo más hermoso que hay en el mundo.

—Para un hombre, sí.

—Vaya.

—Es un bonito sueño, ¿verdad? —dije yo—. Espero que no te haya molestado.

—Es un sueño precioso. ¿Cómo iba a molestarme, Juan Barbarín? No seas idiota.

—Hay un libro donde hay una escena idéntica —dije yo—. *Elizabeth Costello*, de Coetzee. ¿Lo has leído? Hay una escena muy parecida. Supongo que el sueño viene de ese libro. Lo acababa de leer antes de coger el avión. Tengo el recuerdo muy presente. Además, en mi sueño, y perdona que te lo diga, tus pechos eran

deslumbrantes. Redondos, perfectos, con pezones prominentes y delicados, con aréolas marrones. Eran, de verdad, lo más hermoso que un hombre puede contemplar.

—Bueno, Juan Barbarín —dijo ella—. Me ha gustado mucho que me cuentes tu sueño, pero ahora voy a marcharme.

—Espero no haberte molestado.

—Si dices eso una vez más, te doy con un palo en la cabeza —dijo ella levantándose—. No, no me has molestado.

—Era sólo un sueño —dije yo.

—Me gusta hablar contigo.

—A mí también.

—Pero espero que no vuelvas a confundir el sueño con la realidad —dijo Rosana.

Me envió un beso con la mano, y salió de la cabaña. Y yo me quedé allí solo, todavía con mi maravillosa erección, y el recuerdo de aquel sueño extraordinario. Y tardé todavía un rato, un rato demasiado largo desde cualquier punto de vista, en conectar una cosa con otra y en darme cuenta (la clave era la última frase que ella había dicho antes de salir) de que nada de aquello había sido un sueño, sino que todo había sucedido realmente.

Cuando se dio cuenta de esto, en el rostro del gato apareció una gran sonrisa.

Hablo con Syra

A partir de entonces, las visitas de Rosana se hicieron regulares. Nos estábamos haciendo buenos amigos.

Un día le pregunté que por qué le gritaba tanto a su hija.

—No lo sé, Juan Barbarín —me dijo poniendo cara de sufrimiento, y sin manifestar la menor sorpresa por la pregunta, como si llevara tiempo esperándola—. Pero no me lo digas, por favor, no me hables de eso.

—¿Por qué no?

—No sé por qué me pongo así con ella, te lo juro que no lo sé. Me saca de quicio. No sé por qué. Me saca de quicio que pase de mí completamente y que no me haga ni caso, que esté siempre como metida en su mundo y pasando completamente del mundo exterior. Va fatal en el colegio, suspende todo, absolutamente todo, no se relaciona con nadie. No tiene amigas. No habla. Nunca cuenta nada. He llegado a pensar que era autista, pero la han visto varios especialistas y me han dicho que no tiene autismo ni ningún otro síntoma parecido al autismo.

—Pero ¿por qué piensas que es autista? Es muy simpática. Siempre se está riendo. Es verdad que no habla mucho, pero se relaciona muy bien con todo el mundo. A veces no hace falta hablar tanto.

—Es muy desobediente —dijo Rosana—. Le gusta provocarme y ponerme furiosa. No hace nunca nada de lo que le digo. Me miente continuamente. Y me puede, me puede... me puede, que no haga nada de lo que le digo, que sea un desastre con sus cosas, que no recoja nada, que no piense nada ni se acuerde de nada... Suspende todo en el colegio...

—A lo mejor deberías aceptarla como es —dije yo—. Aceptar que tú eres una mujer brillante y ella no lo es. Hay personas grandes, poderosas, creativas, fascinantes y hay personas pequeñas, con una vida humilde y discreta...

—Pero si yo la acepto.

—No, no la aceptas. Te irrita. La aterrorizas. Le gritas de un modo que la dejas como bloqueada. Perdóname por hablarte así. Sé que me estoy metiendo donde no debo.

Rosana quedó en silencio y se puso a mirar través de la ventana de la cabaña y a comerse las uñas. Se veía una palmera movida por la brisa y un rizo de humo que ascendía de alguna hoguera. Parecía concentrada, pensando. Tenía los ojos brillantes de lágrimas. Pensé que estaba furiosa conmigo y que se iba a levantar de pronto y a dejarme con la palabra en la boca, que en ese momento estaría decidiendo que yo era un imbécil y un pretencioso entrometido y que estaba harta de que los hombres le dijeran lo que tenía que hacer.

Pero no dijo nada. Se quedó un rato inmóvil mirando a través de la ventana de la

cabaña. Yo también miré la palmera y el humo. Luego se levantó y se marchó. Yo pensé que se había enfadado conmigo, y me sentí tan triste y deprimido que se me llenaron los ojos de lágrimas. Yo lloraba mucho esos días. Lloré más que en toda mi vida. Al pensar que había logrado ofender y alejar de mí a la única amiga verdadera que había logrado hacer en aquella isla, me sentí tan miserable y desdichado que me di cuenta de que no era simple amistad lo que sentía hacia Rosana, y que lo que sucedía es que me estaba enamorando de ella.

Uno de aquellos días vino a verme Syra. Se sentó en la cama, me cogió la mano y se quedó callada. Luego se puso a morderse los padrastrós de las uñas, exactamente igual que hacía su madre. Le pregunté qué tal estaba. Me dijo que estaba bien. Como no sabía de qué hablar con ella, le pregunté si le gustaban los animales. Además, quería averiguar si ella también había visto al gato que yo veía de vez en cuando.

—¿Te gustan los animales?

—Algunos me gustan. Otros no.

Ésta fue su respuesta completa. Muy cautelosa. Syra siempre actuaba con decisión y hablaba con cautela.

—¿Te gustan los gatos? —pregunté.

—Sí. Pero me gustan más los perros.

—Yo tengo un perro —dije—. Un perro muy bonito. Te gustaría.

—Mi madre no me deja tener perro —dijo ella.

—¿Se lo has pedido?

—Sí, pero dice que tenemos una casa muy pequeña, que no sé qué...

—Pero si no pudieras tener un perro pero sí un gato, ¿te gustaría tener un gato?

—Juan Barbarín —me dijo ella con el tono con que se suele reprender a un niño—. ¡Ya estoy harta de tus tonterías!

—Te lo pregunto de verdad —dije.

—No tengo perro ni gato ni nada, o sea que ¡basta ya! —dijo Syra.

Su estilo de hablar me hacía mucha gracia.

—Si encontrara un gato en esta isla, te lo regalaría —dije—. Para que tú lo cuidaras.

—En las islas no hay gatos —dijo Syra.

—Bueno, en algunas islas sí hay gatos. Fíjate en Inglaterra, por ejemplo. Es una isla, y está llena de gatos.

Ahora Syra estaba confusa y no sabía qué decir. Seguía sujetándome la mano con su mano derecha. Siempre que estaba cerca de mí me cogía la mano. A mí me gustaba el contacto con su mano pequeña y de largos dedos, siempre caliente y sudorosa. Tenía la piel oscura, las uñas amarillentas y la palma de la mano rosada.

—Juan Barbarín —me dijo entonces—. ¡Me tienes harta!

—Cuánto lo lamento —dije yo.

—Juan Barbarín. ¿Tú estás enamorado de mi madre?

Aquella pregunta me cogió completamente desprevenido. Creo que incluso di un

respingo dentro de la cama.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente. ¡Ya basta de tonterías!

—¿Por qué me preguntas eso?

—Hombres, hombres —dijo Syra soltando mi mano—. Estoy harta de los hombres.

—No te hartes tan pronto de los hombres —dije yo divertido.

—Bueno, contéstame a lo que te he preguntado.

—¿Por qué quieres saberlo? —dije yo—. Y sobre todo, ¿cómo se te ha ocurrido preguntarme una cosa así?

Syra hizo un gesto de desesperación, murmuró algo más sobre lo insoportables que eran los hombres y salió de la cabaña.

Veo cosas raras en una palmera. Roberto B. recita un poema

Wade y Santiago colocaron dos de las butacas del avión frente a la laguna, en una zona sombreada de palmeras, y ahora me pasaba allí sentado la mayor parte del tiempo, recuperándome de la fiebre y de la debilidad y leyendo los libros al azar que me traían mis amigos tomándolos prestados de la biblioteca de Jimmy Bruëll. La laguna ya no estaba tan animada como antes ahora que casi no había niños en el poblado, pero seguía siendo un lugar muy agradable, a medio camino entre las cabañas del poblado y la playa, un lugar tranquilo y refrescado por los vientos alisios, que me traían el aroma medicinal de los alcanforeros que crecían al otro lado. Leí mucho durante esos días. La temporada de lluvias iba quedando atrás y las temperaturas descendían. Ahora ya no llovía todos los días, y los chaparrones que caían eran breves y poco intensos.

Allí, sentado en mi butaca frente a la laguna, también recibía visitas. El gato me visitaba de vez en cuando. A veces soltaba un débil maullido. Me miraba a los ojos y ladeaba la cabeza. Yo le decía mentalmente ¿qué quieres?, ¿quién eres?

Un día estaba solo, sentado en mi butaca en mi lugar habitual, intentando leer una novela de ciencia ficción de Philip José Farmer, cuando de repente vi a Roberto B. caminando rápidamente en dirección a una de las palmeras más altas de la playa. Vi cómo se acercaba al tronco de la palmera y cómo empezaba a trepar por el tronco largo y pálido con la agilidad de un mono. Me quedé francamente sorprendido. No esperaba tanta fuerza física ni tanta ligereza en un intelectual que, por lo que a mí se me alcanzaba, tenía una existencia de lo más sedentaria. Vi cómo trepaba por el tronco a toda velocidad y luego desaparecía entre las hojas balanceantes de la copa. Pero ¿qué hacía aquel hombre allí arriba? Un rato después vi aparecer a Sheila, vestida con un exiguo bikini negro, y también la vi trepar por el tronco de la palmera y desaparecer entre las ramas de la copa. Pasó una media hora. Yo estaba sorprendido, y aún más, escandalizado. ¡Sheila y Roberto B. subidos los dos a una palmera! ¡Un encuentro secreto! Las grandes palmas rizadas del cocotero ocultaban lo que sucedía en el interior. El viento movía las palmas y hacía oscilar el largo tronco de quince metros de altura. Luego vi el rostro de Sheila aparecer entre las hojas de la palmera. Se había deshecho el moño, y la larga cabellera oscura le caía por los hombros. Bajó torpemente por el tronco hasta el suelo, miró a todas partes con aprensión sin llegar a verme, y desapareció. Unos minutos más tarde descendió Roberto B.

Él sí miró en mi dirección. No sé si me vio en un principio, pero yo levanté el brazo empuñando el libro que tenía en la mano y lo agité a modo de saludo. Él levantó el brazo y me saludó también desmayadamente. Luego echó a andar hacia

donde yo estaba. Venía mascando un trozo de mandioca.

—¿Cómo se encuentra, compadre? —me dijo—. ¿Te queda tabaco, compadre?

—No fumo —dije—. En respuesta a la primera pregunta, tengo que decir que sin novedades, gracias.

—Philip José Farmer. *A vuestros cuerpos dispersos* —dijo leyendo el título de la novela que yo tenía en las manos—. No lo leí. ¿Es bueno?

—Dime una cosa, Roberto —dije—. ¿Qué andas haciendo tú con Sheila?

—¿Cómo? ¿Yo con Sheila? —me dijo subiéndose las gafas redondas sobre el tabique nasal y aparentando una absoluta inocencia.

—Os he visto —dije señalando la palmera—. Cualquiera podría haberos visto.

—Ah, eso —dijo siguiendo la dirección de la mirada—. Eso no es nada, compadre. La Sheila viene a que le corrija sus poemas, eso es todo.

—¿Sheila escribe poemas? —pregunté con incredulidad.

—Sí, hermano —me dijo—. Y muy buenos. Con mucha fuerza. Es una muchacha excepcional, la Sheila.

—O sea que ella te enseña sus poemas y tú se los corriges —repetí yo fascinado—. ¿Y Christian?

—¿Christian? —dijo él sorprendido—. ¿Qué pasa con Christian?

—¿Dónde encaja Christian en todo esto?

—Christian no escribe poemas, compadre. Y si los escribe, no necesita que yo se los corrija.

Hubiera querido indignarme, insultarle, decirle que dejara en paz a aquella muchachita. Pero no me salían las palabras porque mi indignación no era sincera. En realidad, me sentía poderosamente atraído por aquel chileno desgarbado, insolente, seductor, y no servía de nada que me dijera a mí mismo que aquel tipo no tenía escrúpulos, que era un *Till Eulenspiegel* y que se merecía el mismo destino que Till Eulenspiegel. Pero en vez de continuar con mi defensa moral de la amistad y de los lazos de la pareja, esto fue lo que salió de mi boca:

—Roberto B., ¿tú recuerdas alguno de tus poemas de memoria?

—Se nota que no habéi tratado mucho con poetas, compadre, porque éstos normalmente se saben TODOS sus poemas de carrerilla.

—¿Y tú?

—Yo me sé algunos solamente —dijo—. ¿Quieres escuchar uno?

—Por favor.

—Éste lo escribí con veinticinco —dijo después de pensar unos instantes—. Es un poco ingenuo, pero todavía me gusta. Se titula «Balada de Coyoacán».

BALADA DE COYOACÁN

Lo que sabemos
es sólo una parte de la historia,
seguramente no la mejor.
Todo es triste,
todo es siempre

triste al final.
El teléfono en la mano
el semen en la mano
una carta en la mano
un naípe marcado
siempre un naípe marcado.
Y sin embargo, a pesar de todo,
recuerdo la luz
en Coyoacán.
Recuerdo el camión
que corría entre los árboles
cuyas semillas rojas eran
como el coral.
Recuerdo a mi novia de la universidad,
su cabello largo
sus labios largos
sus pechos largos
acogedores como un puerto
lleno de silbos y duraznos
suaves como duraznos.
Recuerdo el rumor de la plaza
y la estatua
de los enormes perros plateados
y el pajarito amarillo
que elige tu destino.
Ella trabajaba en la librería.
Odiaba a Octavio Paz.
Todos lo odiábamos entonces
simplemente porque él era Octavio Paz
y nosotros no éramos nada.
Éramos trotskistas.
Leíamos a Gramsci y a Pasolini.
Éramos marxistas-leninistas.
Leíamos a Mao.
Ella se entregaba a muchos,
yo no me hacía ilusiones,
pero sus largos pechos me fascinaban
y también sus largas piernas
y el lugar donde se partía su cuerpo.
Odiábamos a los burgueses
y su moral posesiva.
Fumábamos después de hacer el amor.
Sudábamos sobre las sábanas calientes.
Bebíamos cerveza.
Ella tenía a otros
y yo sufría, sufría horriblemente.
Uno casi siempre sufre
cuando es feliz.
Había entonces muchos
flamboyantes
en Coyoacán.
En primavera se abrían:
fuego morado
invadía el mundo.
Todos decían: qué hermoso.
Pero yo veía vísceras
abiertas como en una carroña.

Vestigios de noches
de otro planeta.
Reflejos de horribles
mares morados
iluminando la noche
del día de Coyoacán.
Luces de nebulosas lejanas
en el cielo de las cafeterías.
Nebulosas en Arturo o en Andrómeda
donde todos vivíamos
otras vidas
como máquinas,
o éramos esclavos
de reyes extraterrestres.
Insectos en la lámpara
borrachos de sol y de tristeza.
Insectos en tus muslos iluminados,
abiertos como en la disección
de un batracio.
Ah, tu chingada madre.
Maldita huera.
Su abuelo era alemán,
maldita huera.
Recuerdo mis dedos dentro
de ella,
igual que los gusanos blancos
dentro de un mamey.
Ella era viscosa por dentro,
cálida,
me daba un poco de asco
pensar que allí dentro había
tantos gusanos blancos.
La vi un día morder un mamey
agusanado
y no dejar de comer,
con delicia,
con vergüenza.
Yo le escribía poemas,
ella los leía,
luego subíamos a su recámara,
hacíamos el amor,
y luego llovía
y yo lloraba
y ella se lavaba la vagina
en el lavabo,
a veces lloraba ella
y yo me limpiaba el pene,
a veces éramos los dos
los que llorábamos,
no sé,
a lo mejor no llorábamos y era
México, sólo eso,
la lluvia sobre México.
A pesar de todo
recuerdo Coyoacán
y los días de entonces
y el amor

y el camión pasando
bajo los árboles de coral
y los libros del Fondo
de Cultura Económica
y ella comiendo una guanábana
sin gusanos,
llena de pepitas negras,
y las sábanas manchadas.
Porque eso es ser joven:
tener las sábanas manchadas.
Eso es ser joven:
ver *Hiroshima mon amour*,
sentirse viejo,
sentirse muerto
sentir que todo ha terminado
amar sin esperanza
mientras cae la lluvia
en la ventana.
Eso es ser joven
sentir la lluvia
sentir la muerte
sentir la vida.
Nosotros sentíamos entonces la vida,
¿te acuerdas, huera?
Maldita huera
hija de la chingada.
Bella como la muerte,
llena de gusanos,
bella como una fruta
bella como el coral.

—¿México? —dije—. Pero tú eres chileno.

—Viví mi adolescencia y mi juventud en el D. F., compadre —me dijo—. Allá me hice poeta. Allá comencé a escribir.

—Me ha impresionado mucho —dije—. Es un poema de amor. Y de odio. De odio, y de amor, y de nostalgia, y de sexo. Y tiene como colores de ciencia ficción.

—Sí, compadre. Sobre todo en esa época yo andaba loco con la ciencia ficción.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—Ahora las cosas cambiaron, compadre. Antes existía un género llamado «ciencia ficción», ¿no es cierto? A unos les gustaba y a otros no les gustaba. Pero ahora ya todo es ciencia ficción.

—¿Todo es ciencia ficción? —pregunté.

—Sí, huevón. ¿No te parece?

—Nunca lo había pensado —dije.

Roberto B. señaló la novela que yo tenía sobre las rodillas.

—A *vuestros cuerpos dispersos*, huevón. Yo pienso mucho en ese libro desde que estamos aquí. Pienso en ese libro y en *La invención de Morel* y en *Trama celeste* desde que caímos en este lugar. Ves, esto que nos está pasando a nosotros, ¿no es ciencia ficción?

—Pensaba que no lo habías leído —le dije, un poco irritado e intentando no mostrar mi irritación.

—Yo lo he leído todo —me dijo con una sonrisa triste cuando se despedía, alejándose de mí con una mano levantada como el que se aleja por la noche en una estación de tren—. Sigue bien, compadre. Sigue bien.

Me daban ganas de decirle, ¿por qué mientes siempre? ¿Por qué siempre ocultas lo que piensas y lo que sabes? ¿Por qué siempre trucos? ¿Por qué siempre máscaras, fingimiento, por qué, por qué? ¿Es ésa tu forma de salirte con la tuya? ¿Es eso lo que has aprendido, lo que te han enseñado? ¿No conoces otra manera de hacer las cosas?

Sin embargo, los árboles del coral y la luz en Coyoacán, un barrio de ciudad de México en el que yo no había estado jamás, seguían como flotando en el aire. De pronto, todo aquello había cobrado realidad para mí. No sé, quizá fuera su voz. El camión entre los árboles del coral. El mamey agusanado. Luego pensé que el «camión» del que se hablaba en el poema debía de ser en realidad un autobús.

Uno de aquellos días tuve al fin ocasión de hablar con Sheila a solas. Le pregunté casi a bocajarro qué andaba haciendo con Roberto B. y vi que la muchachita se ponía de pronto muy nerviosa y se ruborizaba y no sabía adónde mirar.

—Ay, Johnny —me dijo, porque por aquellos días casi todos los latinos del grupo me llamaban así—. No sé qué decirte, huevón. Me enamoré de él. Me enamoré de él totalmente, y no puedo hacer nada por evitarlo. Lo intenté por todos los medios, pero no puedo, no puedo. Pero no digas nada, por favor, nadie sabe nada. No lo conté a nadie, y no quiero que nadie lo sepa. Y yo al Christian lo quiero, claro que lo quiero, lo quiero hartito. Pero es que nosotros llevamos juntos casi desde que somos cabros. Desde que somos chicos... Yo siempre lo he querido al Christian, y nunca pensé en querer a otro, Johnny. Pero esto es más fuerte que yo. Cuando hacemos el amor siento cosas que no sentí nunca con ningún otro.

—Ay, Sheila —le dije—. Pero ¿qué estás haciendo muchachita? Y además en lo alto de una palmera. ¿A quién se le ocurre?

—¿La palmera? —dijo ella desorientada. Luego se puso roja—. Ay, no, Johnny. No, huevón. ¿Que tú pensaste que yo andaba garchando con Roberto B. en lo alto de la palmera? Ay no, Johnny, allá subo sólo para que me corrija mis poemas. Él sabe hartito de poesía. Sabe hartito. Me ve como en rayos X. Ve mis poemas como en rayos X. Es increíble.

—¿Tú escribes poemas? —pregunté.

—Ay, sí, desde que era cabra chica. Tú estás loco, Johnny, ¿eh? —me dijo riéndose y dándome puñetazos en el pecho y en los hombros—. ¿Pensabas que estábamos garchando allá arriba?

—¿Y qué voy a pensar?

—Eso sucede sólo en sueños —dijo Sheila—. En sueños él viene a mí y me hace el amor. Y es tan dulce, tan irresistible, Johnny. Y me dice cosas tan lindas, tan lindas. Pero es en los sueños. Es en los sueños, Johnny.

—Bueno, entonces no hay ningún problema —dije yo—. Sueñas con Roberto B. Tampoco es para ponerse así. Yo una vez soñé que hacía el amor con mi madre. Varias veces, de hecho. Los sueños son sólo sueños.

—Acá no, Johnny —dijo ella muy seria—. Acá los sueños no son sólo sueños. Acá los sueños son reales.

Me hago amigo de Noboru

Dharma, mi bondadoso benefactor brasileño, me fabricó unas muletas con las que comencé a aprender a andar de nuevo. Luego me tomó medidas y me dijo que me iba a fabricar un pie y una pierna artificiales. Yo me encontraba en un estado emocional muy alterado en esos días, y el ofrecimiento de Dharma de hacerme una prótesis me llenó los ojos de lágrimas.

Finalmente abandoné mis butacas frente a la laguna y comencé a practicar el uso de las muletas. Jamás había imaginado que utilizar unas muletas fuera tan difícil. Me caía continuamente y tenía que hacer un enorme esfuerzo con los brazos. Pero este período de torpeza pasó pronto, y enseguida comencé a moverme con soltura. Al fin y al cabo, me decía, los seres humanos suelen moverse utilizando dos extremidades, y yo ahora disponía de tres.

Seguíamos manteniendo turnos de vigilancia frente a las ruinas del avión, en la que llamábamos «la playa del avión». Yo era el candidato perfecto para pasarme allí unas horas tumbado a la sombra de las palmeras, contemplando el mar y el infinito cielo y los rimeros de nubes horizontales sobre los colores cambiantes del cielo y del mar, esperando una ayuda que todos sabíamos perfectamente que no iba a llegar nunca.

Las leyes que nosotros mismos habíamos creado exigían que hubiera siempre dos personas en el «puesto de vigilancia» de la playa del avión. Allí, en el puesto de vigilancia, se creaban amistades y enemistades, comenzaban romances e infidelidades. Uno de aquellos días me tocó hacer la vigilancia con Noboru, el muchacho japonés que había muerto entre mis brazos y a quien todos habíamos visto luego resucitar al recibir tres rayos caídos de las alturas. Como a los dos nos gustaba estar allí haciendo turnos de vigilancia (aunque cada uno tenía sus propias razones para ello), ahora pasábamos mucho tiempo juntos y llegamos a hacernos muy amigos. Y, como suelen hacer los nuevos amigos, nos contamos nuestra vida.

Noboru era un *hikikomori*, uno de esos jóvenes japoneses que se sienten agobiados por las presiones sociales y se encierran en una habitación durante años. Al parecer, antes de realizar aquel viaje a Los Angeles había pasado casi tres años sin salir de la habitación de un hotel en Yokohama. Se llamaba Hotel de la Ciencia. ¿Tres años en el Hotel de la Ciencia?, le pregunté, pensando que no había entendido bien y que quizá el Hotel de la Ciencia fuera un balneario, una residencia en las montañas, un monasterio, una universidad. Pero no, se trataba de un verdadero hotel, un edificio moderno de veintitrés plantas situado en el centro de Yokohama con vistas a la bahía y al puerto, a los rascacielos futuristas de Minato Mirai y a la noria Cosmo Clock 21, que es también el reloj más grande del mundo, aunque él mantenía todo el rato las cortinas corridas, me explicó, porque no le interesaban las «vistas» y mucho menos la

vista del reloj más grande del mundo, y además porque, por lo general, se pasaba toda la noche despierto y dormía durante el día, que es lo que suelen hacer los *hikikomori*. Dado que nunca salía de la habitación y que la luz en una habitación de hotel con las cortinas corridas es prácticamente la misma de día y de noche, aquella decisión de dormir durante el día podía parecer un poco caprichosa. Pero no era una decisión, me dijo. No tenía ningún motivo especial para pasarse toda la noche despierto y dormir durante el día. Las cosas, simplemente, sucedieron así. Le gustaba quedarse hasta tarde trabajando en el ordenador. Trabajando, jugando, comprando, chateando y haciendo los negocios que le permitían que su cuenta del banco siguiera siempre llena. El hecho era que durante la noche se sentía optimista, exultante y lleno de energía, mientras que la luz del día le producía ansiedad.

—Hay algo que se abre por las noches —me dijo Noboru, en una de nuestras largas conversaciones en la playa del avión—, algo que nadie sabe lo que es pero que permanece cerrado durante el día. Hay una luz en la oscuridad que sólo brilla cuando todo está oscuro. ¿Sabes lo que decía Thelonious Monk sobre la luz?

—Ni idea.

—«Todo es oscuridad. Si no, no haría falta la luz». Eso dijo Thelonious Monk —dijo Noboru—. Porque, mira, cuando no hay luz, hay oscuridad. Pero ¿qué sucede cuando no hay oscuridad? Cuando no hay oscuridad no hay nada. Por eso, la realidad del mundo es la oscuridad. Y en la oscuridad, aparece la luz. Atravesándola, como una raya dorada. Es entonces cuando la luz tiene valor, igual que una flor pintada sobre una superficie negra.

»Hay una flor en el interior del corazón del hombre —me dijo tocándose en el centro del pecho—, que permanece cerrada durante el día. Es *yoru no hana*. Flor de la noche. Cuando llega la noche, esa flor se abre y el hombre comienza a vivir.

—Debes de sufrir mucho aquí —le dije—. Después de estar tres años metido en una habitación sin salir nunca. Pero ¿no salías nunca, realmente nunca? ¿Estuviste así tres años enteros?

—Ellos lo llaman «agorafobia» —me dijo él—. Pero en realidad, ¿no es que los otros tienen claustrofobia? Para toda fobia hay otra fobia contraria. Lo cual quiere decir o bien que no existen las fobias, o bien que todo lo que sentimos es una fobia de una clase o de otra. Lo llaman «fotofobia», fobia a la luz, pero el dolor físico que provoca la luz, el mareo, las náuseas, el vértigo, todos esos síntomas físicos, no son ninguna «fobia». Sí —añadió, encogiéndose más en su postura, sentado en el suelo, abrazando las pantorrillas y casi hundiendo la cara entre las huesudas rodillas—, sí, desde que llegué aquí lo he estado pasando mal, muy mal, por el exceso de luz, y por esta obligación de estar continuamente expuesto al cielo y al aire. Vivir sin paredes y sin techo me parece monstruoso. Si no hubiera tantos mosquitos en la selva, me construiría allí una cabaña.

—No es sano —le dije—. El interior de la isla no es sano. Hemos visto mosquitos de la malaria en zonas pantanosas.

—Lo sé —dijo—. Pero para mí es una tortura estar días y días a la intemperie.

Estábamos los dos sentados en la playa. Había dos butacas colocadas allí para los vigilantes, a la sombra de las palmeras. A mí me venía bien el largo paseo que había que dar para llegar allí desde el poblado. Era una forma de hacer ejercicio y de practicar con las muletas, con las que ya comenzaba a moverme con cierta habilidad. Los restos blancos del avión seguían frente a nosotros, clavados en mitad del mar, en la zona donde las olas rompían contra los atolones de coral.

—¿De verdad estuviste tanto tiempo sin salir de la habitación de un hotel?

—Sí.

—Pero ¿no tenías amigos, familia?

—Los tuve —dijo Noboru—. Sí, tuve todo eso, pero lo perdí hace mucho tiempo. Me volví loco. Durante muchos años estuve loco, ¿sabes? Estuve en una secta. En Aum Shinrikyo. ¿Has oído hablar de Aum?

—Creo que sí —dije intentando recordar los titulares de los periódicos de unos años atrás—. Pero ¿no eran de Aum Shinrikyo los que hicieron los ataques del metro de Tokio con gas sarín?

—Sí, exacto.

—¿Y tú estabas en esa secta?

—Sí.

Historia de Noboru

Desde joven, me contó, había tenido anhelos místicos. Siempre se había preguntado por qué las cosas son como son, por qué existe la vida humana y si ésta tiene algún sentido. Siempre se había sentido vagamente interesado por enseñanzas esotéricas tales como el budismo zen, la astrología o la teosofía, y se había preguntado qué habría de cierto en todas esas doctrinas. Sin embargo, este interés vago sólo se concretó en algunas lecturas dispersas y en una sensación confusa de que en el interior del hombre existe un misterio inalcanzable. Desde que era niño, me explicó, sentía que el ser humano era una máquina de extraordinaria complejidad cuyo mecanismo, funcionamiento y finalidad verdaderos desconocemos por completo.

Quizá por esa razón se dedicó a investigar las máquinas más complejas que existen después de la máquina humana, y estudió ingeniería electrónica e informática en la Universidad de Electrocomunicaciones de Chofu hasta llegar a convertirse en una especie de *computer wiz*, me dijo, un mago de la informática. Al terminar sus estudios dudaba entre la posibilidad de entrar a trabajar en alguna empresa informática o bien continuar estudios especializados a fin de convertirse en programador de *software*. El oficio de programador, la posibilidad de *escribir las leyes* de esos fabulosos programas o juegos que otros utilizaban, le parecía similar al del dios creador. Por entonces cayó en sus manos un folleto publicitario de Aum Shinrikyo en el que se anunciaba un encuentro público con el líder de la orden, Asahara Shoko, en una sala de conferencias de Shibuya. «Si tienes dudas sobre la existencia», decía el folleto, «llama a nuestra puerta». La foto de Asahara ocupaba toda la portada del folleto, un hombre de rostro redondeado y aspecto vagamente mogol ornado con una espesísima melena, negra como el carbón, que se fundía en una larga barba similar a las de los genios malvados de los cuentos. Asahara miraba directamente a la cámara con una media sonrisa sardónica y sus ojos pequeños y oscuros poseían un brillo desdeñoso y altivo que parecía clavarse en el interior del alma del que los miraba. Noboru no sabía entonces que Asahara era prácticamente ciego y que por esa razón sus ojos apenas despedían luz. Vestía una amplia túnica de seda color violeta y era, me contó, «fascinante como un demonio».

Ver a Asahara en persona le impresionó más todavía. Era un hombre corpulento y de aspecto imponente. No parecía un manso líder espiritual, sino una especie de emperador, un héroe glorioso. Al verle entrar en aquella sala de conferencias iluminada por los focos, Noboru notó que en los brazos y en la nuca se le ponía la piel de gallina. Sintió además un cálido cosquilleo en los tobillos y en las plantas de los pies, como si su cuerpo se hubiera hecho de pronto más ligero y sus pies estuvieran a punto de separarse del suelo. Luego Asahara habló. Su voz, me dijo, era como una cascada solitaria que cae en lo profundo del bosque. Como el vuelo de los

gansos cuando regresan en primavera. Como el agua transparente de los carámbanos del deshielo en la ventana. No era necesario ni siquiera escuchar sus palabras. Su tono de voz lo decía todo, y parecía atravesar como un rayo de sol hasta el centro del alma.

«Todos vosotros poseéis tres fuerzas», dijo Asahara. «Una es la imaginación. Otra, la crueldad. La tercera, el instinto de supervivencia. Las tres significan lo mismo: destrucción. En sánscrito existe una palabra para expresar todo esto. Es la palabra Aum, compuesta de tres sílabas, A, U y M.

»Aum simboliza la crueldad del universo que subyace a la esencia de la verdad absoluta. Esta verdad absoluta, *shinri*, es la búsqueda que a todos nos une. El nombre Aum Shinrikyo deriva de estos términos y de estos significados. Si tienes dudas sobre tu existencia, ¿por qué no llamas a nuestra puerta?».

Nunca había sentido que Shoko Asahara fuera una buena persona. Nunca había sentido paz, ni amor al ver la imagen del líder ni al verle en persona, que era lo que sentían muchos otros, o lo que decían sentir muchos otros. No era esto lo que inspiraba Asahara, me contó Noboru, y me dijo también que estaba convencido de que estas sensaciones no eran exclusivamente suyas, sino que eran en realidad lo que le hacía tan atractivo e irresistible a tantas personas: que él no pretendía anunciar el bien y el amor sino todo lo contrario. Asahara era el heraldo del horror y del sufrimiento, un sufrimiento infinito y totalmente carente de sentido. Ahí radicaba el secreto de su fascinación, me contó Noboru. En medio de un mundo de espejismos y de grandes flores fingidas, Asahara traía la verdad. Era una verdad horripilante, pero era la verdad.

Se aproximó a una de las sedes de Aum, y comenzó a asistir a reuniones, sesiones de yoga y lecturas. Le gustaba mucho la atmósfera pacífica y amistosa del centro. Comparado con la universidad, un mundo agresivo y competitivo lleno de fiestas nocturnas y de alcohol, el ambiente de Aum le resultaba grato y placentero. Todo era allí suave y sencillo, todos eran sonrientes y amigables. Le gustaba la austera elegancia de los ordenados, todos con el pelo corto y vestidos con blancas togas de algodón que hacían casi indistinguibles a hombres y mujeres. Había fotos de Asahara por todas partes, y también velas y flores y también imágenes de divinidades hindúes, tibetanas y budistas. Las sesiones de yoga y de pranayama le hacían sentirse bien físicamente. Le enseñaron una técnica yóguica para limpiar los intestinos mediante la ingestión de agua salada y otra para purificar las vías respiratorias de mucosidades insertando por las fosas nasales un hilo de seda impregnado en leche. Dejó de beber cerveza y de fumar, y su vida caótica de estudiante universitario recién graduado comenzó a normalizarse. El *japa*, la repetición ritual de mantras, fue para Noboru todo un descubrimiento. Cantaban juntos un mantra durante una hora o una hora y media, y la mente quedaba en paz, sumida en una intensa sensación de felicidad. Era la puerta de la iluminación.

Los de Aum también mostraron pronto interés por él. Les interesaba contar con

un ingeniero informático recién salido de la universidad y que además hablaba buen inglés. Aum estaba organizado como el gobierno de un país y dividido en distintos ministerios: el Ministerio de Inteligencia, el de Ciencia, el de Educación, el de Obras Públicas, el de Comunicación... La razón era que el proyecto último de Asahara era acabar con el sistema político existente en el Japón y convertirse él mismo en emperador, al estilo de los monarcas-dioses de la antigüedad, creando una línea dinástica que luego heredarían sus hijos. Por esa razón, en Aum había muchos licenciados universitarios, técnicos, científicos y expertos en leyes, me contó Noboru. Asahara se las ingeniaba para atraer a su secta a personas brillantes que le fueran útiles en el futuro para la realización de sus planes megalómanos.

Asahara se presentó a las elecciones generales a la Cámara de Representantes en 1990 con un partido llamado *Shinri-to*, «Partido de la Verdad Suprema», e hizo incluso varias apariciones en televisión. El fracaso del Partido de la Verdad Suprema ante las urnas enfureció a Asahara y a la élite de la secta, y les hizo adoptar una actitud de rebelión e incluso de guerra contra las instituciones civiles y democráticas de Japón.

Es difícil saber cuántos miembros tenía Aum entonces. ¿Veinte mil miembros? ¿Treinta mil? En su momento de mayor esplendor, la secta afirmaba contar con cuarenta mil miembros. Había cientos de sedes en distintas ciudades, a veces edificios más o menos grandes donde vivían centenares de fieles, a veces simplemente un piso en un edificio de apartamentos. La sede central estaba situada en la villa de Kamikuishiki, en la prefectura de Yamanashi, en las proximidades del monte Fuji, una de las zonas más bellas de Japón, llena de bosques y de lagos, de balnearios y de estaciones termales y presidida por la visión sempiterna del Fujiyama cubierto de nieve.

Entrar en la orden costaba en aquella época 30 000 yens, y había que pagar además la tasa correspondiente a medio año de pertenencia a la secta, 18 000 yens, es decir, una suma de 48 000 yens en total. Noboru tenía un cierto dinero ahorrado, de manera que satisfacer aquella tasa inicial no le resultó gravoso. La decisión de convertirse en un renunciante tuvo lugar durante uno de los seminarios impartidos por Asahara en la isla Ishigaki. Estos seminarios, me contó Noboru, tenían unos precios astronómicos y costaban cientos de miles de yens, aunque a él le ofrecieron un descuento especial, sin duda porque querían animarle a que se uniera a la secta. Los días en Ishigaki, me contó, fueron tan hermosos como un sueño. Comenzaban la jornada haciendo yoga todos juntos en la playa, acunados por el rumor de las olas, bañados por el sol primaveral. Luego Asahara les hablaba del Armageddon y del fin de los tiempos y les explicaba el engaño sutil en que todos vivían esclavizados desde el momento de su nacimiento. Pero todo parecía hermoso a pesar de todo. Su voz llenaba el alma de poesía y de misterio, aunque el significado de sus palabras fuera terrorífico.

Aum Shinrikyo es una orden monástica, y sus miembros viven como monjes y

están sujetos a una regla estricta. Para entrar en Aum es necesario hacer votos, comprometerse a respetar unos mandamientos y renunciar a las gratificaciones de la carne y del mundo, es decir, los placeres de la comida, del sexo y de la fama. Cuando una persona se une a Aum, se compromete a no volver a ver jamás a su familia y también a entregar a la orden todos los bienes que posee. Fue así como Asahara logró amasar su inmensa fortuna.

En Aum no sólo ingresaban individuos, sino también familias enteras. Cuando una familia entra en Aum, sus miembros se separan y ya no vuelven a verse. El marido va a una sede, la mujer a otra. Si hay niños, las mujeres del Ministerio de Educación se ocupan de escolarizarlos y de cuidarlos. En Aum, me contó Noboru, había muchos niños, y uno se encontraba juguetes y dibujos infantiles por todas partes. En todas las sedes había zonas dedicadas a los niños. Supongo que pertenecían a los padres que habían decidido entrar en la orden y convertirse en renunciantes. Todavía hoy no puedo comprender, me dijo Noboru, cómo uno puede renunciar a sus hijos. Sobre todo cuando todos sabíamos que el propio Asahara tenía hijos y siguió teniendo hijos durante esos años. Claro que él era el *sensei*, el Maestro, un ser perfecto que había alcanzado la Iluminación Total y estaba, por definición, más allá de la ley.

Cuando vivía en Kamikuishi-mura, cerca del monte Fuji, o en la sede de Kameido, en Tokio, me contó Noboru, la imagen del líder y su voz eran omnipresentes. Su rostro, sus ojos medio ciegos, su sonrisa, su voz, lo llenaban todo. Gran parte del espacio de almacenamiento de las sedes de la orden se destinaba siempre a guardar miles de cajas y sacos de plástico llenos de fotografías de todos los tamaños de Shoko Asahara, y todas las sedes de la organización estaban llenas de casetes en los que sonaba día y noche la voz de Asahara leyendo textos, cantando mantras o explicando los enrevesados conceptos tántricos que todo adepto de Aum debe asimilar e integrar en su vida. Había casetes por todas partes. En la cocina, en los dormitorios, en las salas de meditación, en las oficinas, en los almacenes, en los garajes, todo estaba lleno de casetes donde cada uno ponía su cinta para escuchar el canto de los mantras. La voz de Asahara era reverenciada como algo sagrado.

¿Era un buen cantante?, le pregunté. Noboru quedó un largo rato en silencio, tanto que pensé que no me había oído y ya estaba a punto de repetirle la pregunta. No lo sé, me dijo al final. Es como preguntar si este océano es un buen océano. ¿Con qué podría compararlo? Este océano es el océano, no se puede comparar con nada. Estábamos todo el día oyendo su voz. El maestro sabía centenares de sutras de memoria, y los cantaba en sánscrito o en pali, pero a veces también cantaba canciones, que podían llegar a ser muy alegres. Su registro vocal era asombroso, me contó Noboru. Se decía que en un día bueno, el maestro podía entonar todas las notas de un piano. Se consideraba esto un ejemplo de las posibilidades ilimitadas del entrenamiento: al abrir el chakra de la garganta, la voz se libera de sus ataduras. En Aum todo era una cuestión de entrenamiento. Una de las frases que escuchábamos a

todas horas era: «Con el entrenamiento, todo es posible». Supongo que la historia de la organización demostró la veracidad de este principio.

Imaginación.

Instinto de supervivencia.

Crueldad.

Según Asahara, éste era el triple significado del término sánscrito Aum. Todo ello sintetizado en una idea: destrucción. Pero no estoy seguro de que Aum signifique realmente eso. Sólo un grupo de locos como nosotros podría pasarse todo el tiempo cantando himnos a la destrucción. Claro que lo que siempre nos decían era que se trataba de la destrucción del ego, es decir, de todo lo falso e ilusorio que hay en nosotros.

Dado que lo falso e ilusorio es lo que constituye la totalidad de lo que normalmente comprendemos como «vida humana», los nuevos adeptos de Aum han de renunciar a todo lo que son o han creído ser hasta entonces, y entran en terribles estados de contradicción que les producen un intenso sufrimiento psicológico. Se les dice que han de ser valientes y atreverse a ir más allá, que sus dudas provienen del hecho de que nuestro cuerpo y nuestra mente desean continuamente gratificaciones que debemos negarles para sacarlos del círculo de animalidad e ilusión en los que Samsara, la rueda de las reencarnaciones, los tiene esclavizados. El cuerpo desea comida sabrosa, desea alcohol, desea sexo, desea caricias. El ego desea reconocimiento, desea fama, desea sentirse importante y admirado. Es el círculo del Samsara, que nos hace morir una y otra vez y volver a nacer en cuerpos sucios y corruptos que sólo anhelan más sexo, fama y comida. Yo mismo, me contó Noboru, instruí a muchos nuevos adeptos en estas ideas que hoy me parecen equivocadas y nocivas.

Había vivido en tres *dojos*, me dijo, primero en el de Aoyama, luego en el del monte Fuji, y finalmente en la sede de Kameido, en Tokio.

Se decía que el *dojo* del monte Fuji estaba lleno de dioses. Pero nadie puede verlos, quiero decir que la gente normal no puede verlos. Aunque a veces toman forma de humanos, ni siquiera éstos se muestran a la gente normal. Yo no acababa de comprender lo que me contaba y le pregunté si había visto realmente a alguno de estos «dioses» y qué aspecto tenían. Oh, sí, me dijo. Yo era entonces parte de la orden, era un renunciante y llevaba una vida limpia, sin alcohol, sin comida excitante, sin deseos carnales, estaba consagrado en cuerpo y alma a mi amado maestro, Asahara Shoko, y dedicaba muchas horas al día a mi entrenamiento practicando el pranayama, el hatha yoga, el *japa* y la meditación. Por eso vi a algunos que parecían personas o que podían ser confundidos con personas de carne y hueso pero eran en realidad dioses encarnados. Eran seres muy especiales, me explicó Noboru, tenían la capacidad de ver las cavernas de tu corazón y de saber todo lo que hay en tu interior. ¿Quieres decir que podían leer tus pensamientos?, le pregunté. No, no, no se trata de leer los pensamientos, dijo él. Eso sí, también, pero es mucho más que eso. Se trata

de ver en las profundidades de la caverna del corazón. Es difícil explicar cómo es la experiencia de ser mirado y de ser *visto* de ese modo. Es como someterse a una sesión de rayos X en un laboratorio cósmico flotando en medio de la Vía Láctea. Como recibir el fogonazo de una radiografía, pero un fogonazo blanco que hace que se transparenten tus huesos y que proyecta el mapa completo de tu sistema nervioso sobre una pantalla de plata resplandeciente. Cuando uno ha sido atravesado por esa luz, ya nada vuelve a ser lo mismo. Uno se siente vacío, sin secretos. ¿Es una experiencia sublime, le pregunté, una especie de éxtasis? No lo sé, me dijo él. No lo fue para mí. Ser mirado de este modo no es una experiencia agradable. Se siente uno desnudo, pero no sólo con la piel expuesta a las miradas de los otros, sino también todo lo que está dentro de la piel. Es como si a uno le desnudaran primero y luego le arrancaran la piel y luego le arrancaran la piel del alma para mostrar a la luz toda la negrura que anida en el interior de uno mismo. No, no es nada agradable. Muchos no pueden soportarlo y pierden el sentido o caen enfermos. Si no fuera porque esos seres sublimes son tan superiores a los seres humanos, la experiencia resultaría humillante. Pero no hay humillación sino, más bien, una especie de amor. Porque te están ayudando a despojarte de ti mismo, a vaciarte, a sentir que no eres nada. Y cuando comprendes que no eres nada, cuando te sabes completamente anulado, sientes una especie de felicidad.

Pero no me gustaba el *dojo* de Fuji porque además de estar lleno de dioses, estaba lleno de ratas. Se habían instalado en los huecos de las paredes y del techo, en el interior de las vigas de cemento, y se multiplicaban a una velocidad escalofriante, porque nadie las mataba. Estaba prohibido. Había también muchas cucarachas. Nos pasábamos el día cogiendo cucarachas y metiéndolas en botes de plástico, y al final del día las sacábamos al jardín o a la calle y las tirábamos por allí, ya que en Aum está prohibido atentar contra cualquier forma de vida. Pero no es posible coger a una rata y meterla en un bote de plástico. Me daban mucho asco, y mis superiores me decían que yo tenía que ser igual que una de esas ratas, un animal inteligente, limpio, discreto y sin pretensiones. Que aprendiera de ellas. La verdad es que no sé por qué había tantas cuando teníamos tan poca comida y cuando la comida que comíamos era tan insípida y poco apetitosa.

Que fuera insípida era parte del entrenamiento. Se supone que la comida demasiado sabrosa llena la mente de deseos pecaminosos. Comíamos todos los días prácticamente lo mismo: masa de proteína de soja calentada en una sartén con un poco de aceite de girasol, arroz blanco y caldo de algas con un huevo duro, todo ello servido en contenedores de plástico e ingerido con un tenedor metálico. Se trata de una dieta muy astringente y muy rica en proteínas. Por eso, todo el tiempo que estuve en Aum, estuve estreñido. A veces me pasaba una hora intentando hacer de vientre, y las deposiciones eran duras como piedras. Se nos decía que esto tenía que ver con el estado energético de nuestro cuerpo, con los pecados acumulados en nuestras vidas pasadas, y no con la dieta.

Recuerdo una «receta» de la orden para hacer arroz con *curry*. Estaba en un papel pegado con cinta aislante en la pared de la cocina, en el centro de Kameido. Decía así: «¡Hacer arroz con *curry* es fácil! Echa el arroz en el *curry* y ¡ya está!». Comíamos simplemente para alimentarnos, para hacer que ese enemigo, nuestro cuerpo, siguiera funcionando, pero extirpando del acto de comer cualquier sensación de placer o de deleite. Cada uno comía en su puesto de trabajo, no nos reuníamos en una mesa para comer juntos y charlar, por ejemplo, y tampoco se usaban vajilla ni palillos. A veces había boles para el caldo, pero normalmente me traían la comida en dos contenedores de plástico, uno con arroz y proteína de soja y otro con un huevo duro y un poco de caldo de algas. Y usábamos un tenedor metálico. Supongo que para ti esto será una cosa normal, pero en Japón no suelen usarse tenedores. Sé que en Occidente es habitual utilizar cucharas y tenedores de metal, pero a nosotros nos parece muy desagradable meternos en la boca un frío trozo de acero. Son las diferentes costumbres de los países.

Éstas eran las enseñanzas de Aum: «Rechaza el sueño. Rechaza la lujuria. Rechaza la comida».

Había carteles por todas partes, me contó Noboru. En todas las sedes que conozco estaba todo lleno de papeles con inscripciones pegados. Había papeles y cartones pegados en las puertas, en las mesas, en las pantallas de los ordenadores, en los pasillos, en los armarios. Usábamos muchos rotuladores en Aum. Había un enorme presupuesto para comprar rotuladores. Carteles del tipo «¡Me he convertido!», mensajes del maestro del tipo «Rechaza la comida», exclamaciones de «¡Sensei, sensei, sensei!», además de todos esos carteles que aparecen siempre por doquier cuando uno hace vida en comunidad: «dejad aquí los cepillos de dientes limpios», ya que teníamos todos los cepillos de dientes juntos en un pequeño armario. «No dejes ropa sucia fuera de la cesta». Cosas así.

Pero estaban los plátanos. ¿Tú no sabes qué significa un plátano? Sí, es posible vivir una vida entera sin saber lo que significa un plátano. Quiero decir lo que significa un plátano para un vegetariano. Un plátano es la gran delicia para un vegetariano. Es delicioso, perfumado, dulce, cremoso, graso, produce una agradable sensación de saciedad, no es ácido ni amargo, y además está permitido porque es vegetal, porque es fruta y porque es nutritivo. El plátano es uno de esos placeres que puede permitirse hasta el vegetariano más estricto. Por esa razón estaban todo el rato diciéndonos que no comiéramos tantos plátanos. Se hablaba mal de los que comían demasiados plátanos. Pero en cuanto había plátanos en una fuente, a los diez minutos ya habían desaparecido.

Cuando me ordené, comencé a ver a menudo a Asahara. El contacto con un hombre tan sabio me parecía un privilegio inconcebible. Me parecía increíble que él y yo pudiéramos estar en la misma habitación, aunque en la habitación hubiera doscientas personas más realizando las prácticas. Era maravilloso oírle hablar, oírle cantar. Nos decía que nosotros éramos los únicos puros, que el mundo estaba podrido,

que la sociedad nos había traicionado, que los valores de la sociedad estaban matando el mundo, que allí, en el *dojo*, estábamos en la frontera de los dioses. Unos pasos más, y entraríamos en el mundo de los dioses. Yo a veces presentía como si por uno de los largos pasillos de la sede pudiera llegarse directamente a ese mundo de los dioses del que tanto hablaba Asahara.

Un día le vi levitar.

—¿Cómo? —dije yo, casi saltando de la silla—. Venga ya, Noboru.

—Lo juro —dijo él gravemente—. Él decía que los poderes, los *siddhi*, no tenían excesiva importancia, pero que si practicábamos y nos entrenábamos con tesón, vendrían naturalmente a nosotros. La levitación, la telequinesia, la clarividencia, la clariaudiencia, la capacidad de caminar sobre el agua...

—Pero no es cierto que le vieras levitar.

Noboru quedó en silencio un largo rato.

—Yo sí le vi —me dijo—. Lo que no sé es si lo que vi era cierto.

—Eso no tiene sentido —dije—. Si lo viste, lo viste. Uno sabe lo que ha visto con sus propios ojos. Del mismo modo que sabe lo que no ha visto.

Noboru quedó de nuevo en silencio largo rato. Luego cerró los ojos, y estuvo así otro rato. Tanto, que pensé que se había quedado dormido y que nuestra conversación se había terminado. Pero entonces abrió los ojos lentamente y se volvió a mirarme. Siempre me sorprendía la tristeza que había en su rostro.

—No sé, John —me dijo—. Lo que dices parece muy lógico. Pero de algún modo yo encuentro que no es cierto. ¿Cómo puedes estar seguro de que lo que ves existe realmente? ¿Cómo puedes estar seguro de que tus ojos no mienten? Al fin y al cabo, no son los ojos los que ven, sino el cerebro.

—Es cierto —dije—. Pero cuando ves algo, es porque *hay* algo.

—A veces ves algo y no hay nada —dijo Noboru—. Y a veces hay algo ahí delante y no lo ves.

Había hombres y mujeres en la sede de Kameido, y las relaciones entre chicos y chicas, me contó Noboru, eran cordiales. La ropa propia de la orden es una especie de toga blanca de algodón que cubre hasta los muslos y oculta las formas del cuerpo. Las mujeres llevan el pelo muy corto, como las monjas de todas las religiones, y no se ponen ningún adorno, por supuesto, ni tampoco maquillaje, pero a pesar de todo comencé a sentirme atraído por una muchacha de la sede de Kameido que también trabajaba en las oficinas como yo. Estaba en el otro extremo de una habitación muy grande dividida en muchos compartimentos e iluminada por tubos fluorescentes. En las sedes de Aum todo es funcional, ¿comprendes? Los muebles, la luz, la ropa, los cubículos para dormir. Suele haber lámparas fluorescentes en todas partes porque son más baratas, consumen poco e iluminan bien todo el espacio. Era una muchacha de veintiséis años que se llamaba Kumiko. Era químico, creo, especializada en combustible para cohetes, y estaba adscrita al Ministerio de Ciencia. Era miope y llevaba unas gruesas gafas de pasta, aunque estaba trabajando en el sexto chakra para

abrirlo y mejorar así su visión. A pesar de que llevaba gafas desde los trece años, se había autoimpuesto la tarea de mejorar su vista mediante el entrenamiento y dejar de usar las gafas en un plazo de seis meses. Este tipo de propósitos o pequeñas metas personales eran característicos de la vida en Aum. A veces me acercaba a su mesa con cualquier excusa y charlaba un rato con ella. Era muy bonita, tenía una nariz pequeña y redondeada, grandes ojos oscuros adornados con largas pestañas y unos labios muy bonitos y sensuales. Me gustaban sus labios y sus orejas delicadas, cuyos lóbulos eran casi transparentes, como si fueran de cera rosada. Casi como una gota de agua congelada, colgando del extremo de sus pequeñas orejas rosadas. Me gustaban sus manos y sus dedos largos y elegantes y la forma en que su mano sostenía la taza de té apoyándola contra su pecho como para sentir su calor. Era delicada y preciosa como una pequeña reina de la nieve. Solía estar sentada en su silla con las piernas cruzadas. Como todos en Aum, llevaba en los pies unos gruesos calcetines blancos. Una noche tuve un sueño erótico con ella, y pensé que me estaba enamorando. En el sueño ella me besaba toda la cara y el cuello y yo acariciaba sus senos a través de la toga. Ella me murmuraba al oído: «sí, gatito mío, sí, apriétamelos con fuerza, son para ti». Y la idea de que ella dijera esas palabras y de que me ofreciera sus senos y me permitiera acariciarla de este modo me producían una sensación de calor y de vida de tal intensidad que esa noche tuve una polución nocturna. Tuve que levantarme a limpiar la ropa de la cama y el pijama. Al día siguiente estaba tan avergonzado que no podía ni mirarla a la cara. Intensifiqué mi entrenamiento, aterrado al comprobar que había caído de nuevo bajo las garras de la lujuria. Su voz llamándome «gatito» en el oído me perseguía. Luego comprobé que Kumiko tenía en su ordenador un dibujo de un gatito blanco. Le pregunté qué era aquel dibujo, y me dijo que se lo había hecho su hermana pequeña, que tenía sólo nueve años. Era un precioso gatito que su hermanita debía de haber calcado del cartel de una película o de algún manga, porque era perfecto. Tenía una cinta rosa al cuello, y una inscripción donde se leía «para mi hermana Kumiko». Aquello era raro, porque ninguno de nosotros teníamos objetos personales de ningún tipo. Un dibujo como aquél sólo serviría para reforzar el ego de Kumiko, y lo que intentábamos en Aum era, precisamente, librarnos del ego que nos hace sufrir y buscar gratificaciones sin medida. Pero el hecho de que le hubieran permitido conservar aquel dibujo la hacía todavía más fascinante a mis ojos, como si ella fuera una verdadera princesa, un ser aparte de todos. Ahora casi no podía mirarla a los ojos, y cuando adivinaba el volumen de sus senos bajo la toga, me ponía rojo.

Para combatir la lujuria, me impuse un régimen severísimo de hatha yoga y de ejercicios de retención del aliento. Hacíamos constantemente ejercicios de yoga, canto de mantras, repetición de sutras y pranayama. Me propuse hacer las posturas más difíciles durante horas a fin de castigar el cuerpo, basándome en el principio de que si uno siente dolor no puede sentir lujuria. De modo que cogí dos cinturones de cuero, los uní entre sí, y los utilizaba para anudar los miembros en las posturas más

difíciles y quedarme así inmóvil durante horas. Me ponía, por ejemplo, en la postura del loto, que en su versión completa yo puedo hacer a duras penas y que no puedo mantener más de diez minutos, me ataba las piernas con la correa y me pasaba así dos horas, completamente inmóvil. Pasados veinte minutos, el dolor comenzaba a ser intolerable. Músculos, articulaciones, tendones, nervios, huesos, todo parece comenzar a desencajarse. Los músculos se tensan dolorosamente, las articulaciones parecen a punto de ceder y los tendones a punto de romperse, y los nervios retorcidos envían mensajes desesperados al cerebro para que los liberen de su sufrimiento. Estuve a punto de crearme varias lesiones graves con esta práctica, y todavía hoy tengo dolores a veces en las rodillas y en los tobillos. Pero hay una especie de delectación en la sensación de dolor físico y de autodestrucción voluntaria cuando el cuerpo no puede obtener gratificaciones sensuales normales. Aquellas experiencias me hicieron reflexionar que el dolor físico es, quizá, el mejor sustituto del placer que existe. Porque yo sentía aquellos dolores insoportables como una especie de voluptuosidad. No sé si comprendes lo que quiero decir. Hay que experimentarlo para poder comprenderlo. Voluptuosidad, una caricia a los nervios, ¿comprendes?, aunque no sea una caricia erótica, sino una caricia de tormento.

—Me sorprende que hicierais tanto yoga —dije yo entonces—. No parece una cosa muy japonesa.

—No lo es. Pero es la base de la enseñanza de Aum Shinrikyo. El maestro se inspiró sobre todo en los textos tántricos, que adaptó e interpretó a su manera. Mucha gente entraba en Aum simplemente para practicar el yoga, como en una escuela de yoga cualquiera. Como ese grupo de practicantes de yoga que se reúnen en círculo aquí, en la isla, para hacer ejercicios de retención del aliento. ¿Les has visto?

—Sí —dije—. Tengo varios amigos entre ellos. Y me he hecho bastante amigo de su líder.

—¿Amigo? No, no, estás equivocado —dijo Noboru—. Uno nunca puede ser «amigo» del jefe de una secta.

Le expliqué que me parecía que lo que hacían mis amigos no tenía nada que ver con una secta, y que no me parecía que Carlos, el bondadoso carpintero brasileño que era su líder, tuviera tampoco alma de manipulador ni de Mesías. Le conté que era él quien me había fabricado las muletas, y que me había tomado medidas para hacerme una pierna de madera.

—Estás equivocado —me dijo—. Alguien ha fabricado las muletas por orden suya y te las han entregado como si fueran un regalo personal. Son formas que tienen de captarte, de irse metiendo dentro de tu cabeza, de hacerte sentirte especial. Son todo engaños, todo mentiras.

Sabía que Noboru se equivocaba, y me di cuenta de que su experiencia con Aum le había hecho perder su fe en la humanidad. Ahora cualquier acto bondadoso le parecería calculado y falso.

Te contaré lo que sucedió con Kumiko, siguió diciendo Noboru. Volví a tener

sueños con ella, y cada vez que esto sucedía, manchaba mi pijama y mi futón. Yo me sentía avergonzado, ¡era como si de nuevo volviera a tener catorce años! Durante la jornada diaria, me acercaba para hablar con ella con cualquier excusa, y un día le puse la mano en el hombro y ella puso su mano sobre mi mano. Yo estaba detrás de ella. Los dos estábamos mirando la pantalla de su ordenador, en la que aparecía un diagrama de una máquina copiadora de vídeos (al parecer, había un problema con estas máquinas, ya que en Aum el copiado de cintas de vídeo era una actividad constante) y entonces yo puse mi mano sobre el hombro derecho de Kumiko, cerca de su cuello. Y ella puso su mano sobre mi mano y estuvimos así un rato. Luego ella levantó la mano y yo aparté la mano de su hombro, pero los dos sabíamos que aquel contacto no había sido casual y creo que los dos deseábamos que volviera a producirse. Pensé consultar a alguno de los maestros de la sede sobre la situación que estaba viviendo, de manera que hablé con una de las señoras que estaban en el círculo de Asahara, la señora Matsumoto, una mujer muy dulce y afable con la que había tenido antes varias entrevistas. Ella me dijo que sentir deseos sexuales era algo normal, y que no debía preocuparme en exceso. Que eran parte de las *samskaras*, las tendencias latentes de mi psique, y que mediante el entrenamiento estos deseos irían desapareciendo paulatinamente. Unos días más tarde, le propuse a Kumiko que hiciéramos hatha yoga juntos, y una vez nos encontramos a solas, la abracé. Ella no se resistió, pero estaba inmóvil como si fuera un trozo de madera. Le dije que estaba enamorado de ella, que me pasaba el día pensando en ella y que soñaba con ella todas las noches, que me sentía muy desgraciado y que no podía hacer nada para dominar lo que sentía. Ella me dijo que debía controlarme, que lo que estábamos haciendo era un gran pecado. Luego se echó a llorar. Yo no entendía por qué lloraba, y no me parecía que lo que acababa de confesarle fuera motivo suficiente como para que rompiera en sollozos. Entonces me dijo que la disculpara y me preguntó si yo era su amigo. Le aseguré que podía contar conmigo para lo que quisiera, y entonces me contó algo que me dejó helado. Me explicó que desde su entrada en Aum, el Maestro había estado cortejándola, otorgándole entrevistas privadas y llamándola continuamente por teléfono. Ella nunca había visto nada raro en ello, aunque había disfrutado lo indecible del gran honor que se le hacía, pero se había preguntado a menudo cuál era la causa de que el Maestro la distinguiera de tal modo y se interesara tanto por su vida espiritual. Me contó que unas semanas atrás, Asahara la había hecho llamar y le había dicho que había sido seleccionada para pertenecer a la élite de Aum, para lo cual debía pasar una ceremonia de iniciación especial. Kumiko había hablado con la señora Matsumoto y le había comunicado las dudas que sentía después de su entrevista con el Maestro. Es decir, que le preguntó abiertamente en qué consistía aquella ceremonia de iniciación especial. La señora Matsumoto le explicó con toda dulzura que se trataba de tener relaciones sexuales con el Maestro, y añadió que se trataba de una antigua ceremonia tántrica, y que ella misma y otras señoras de Aum la habían recibido también. Que no había nada pecaminoso en unirse sexualmente al

Maestro, y que debía sentirse feliz por haber sido distinguida con aquel honor. A partir de entonces, la vida de Kumiko se había convertido en un infierno. Fue entonces, me explicó, cuando tú apareciste en mi puesto de trabajo y me pusiste la mano en el hombro con tanta dulzura, me contó Kumiko. Era como si tú, mi dulce Noboru, fueras capaz de sentir mi sufrimiento y hubieras venido espontáneamente a consolarme. Me explicó que ahora Asahara la llamaba por teléfono a su puesto de trabajo todos los días, y que esa misma tarde la había llamado y le había preguntado cuándo había tenido su período menstrual.

Kumiko me dijo que no sabía qué hacer, que se debatía entre la lealtad que debía al Maestro y la repulsión física que Asahara le producía como hombre. Le pregunté que si era virgen y me dijo que antes de entrar en Aum había tenido una vida disipada y había estado con muchos hombres, que no era su virginidad lo que le preocupaba, sino la sensación de que aquello que Asahara pretendía no estaba bien. Yo le dije que él era un Ser Completamente Realizado y estaba, por tanto, más allá del bien y del mal y que, de cualquier modo, nosotros no podíamos comprender todas las sutilezas de las enseñanzas tántricas. Sí, en Aum uno aprendía a hablar así, diciendo exactamente lo contrario de lo que sentía, escondiendo la verdad con frases y conceptos aprendidos. Al hablarle así, supongo, yo ocultaba la tremenda frustración que me producían las revelaciones de Kumiko e intentaba, además, justificar el acoso sexual a que se veía sometida mi compañera.

Kumiko era una muchacha preciosa, y no era extraño que Asahara se sintiera atraído por ella. Quién sabe, supongo que un ciego también puede disfrutar de la belleza de una muchacha, aunque sólo la conozca a través del tacto. El período menstrual de Kumiko terminaba dos días más tarde, de modo que al tercer día, Asahara la llamó por teléfono y le dijo que todo estaba listo para su iniciación. Kumiko dijo que no estaba preparada para recibir la iniciación, pero a pesar de todo no podía desobedecer una orden directa del Maestro. Fue a los aposentos que ocupaba cuando estaba en la sede de Kameido, y una vez allí, el Maestro la recibió hablándole con enorme dulzura e interesándose por sus progresos dentro de la orden. Asahara tenía la capacidad de ver dentro de uno, me explicó Noboru, no había nada que le quedara oculto. Él sabía lo que pensabas, sabía lo que habías hecho, sabía lo que pensabas hacer. Esto resultaba fascinante, y también muy halagador. También terrorífico, ciertamente, sobre todo si uno tiene secretos o ha cometido pecados que le avergüenzan. Asahara intentó besar y acariciar a Kumiko, pero ella se mantuvo quieta y fría como una estatua. Igual que cuando la abrazó el pequeño Noboru, supongo, el más insignificante gusano de toda la familia de insignificantes gusanos. Rígida como un trozo de madera, sin responder a los avances del Maestro. Después de un rato, Asahara se cansó de insistir y la despidió.

Me contó todo esto a la noche siguiente. Yo me sentía confuso. Kumiko me pidió que no hablara con nadie del tema, ya que Asahara le había advertido que todo lo que sucediera entre ella y él debía de permanecer secreto. Creo que la mandó llamar otra

vez y que Kumiko se quedó de nuevo fría como una estatua para evitar sus avances, hasta que Asahara, finalmente, abandonó la persecución.

A partir de entonces, Kumiko se convirtió en una persona muy extraña. Intenté volver a hablar con ella, pero ahora me recibía con frialdad y ya nunca volvió a abrirse a mí. En una ocasión volví a poner la mano sobre su hombro, como para hacerle saber que yo estaba a su lado, que seguía ofreciéndole mi amistad y que podía confiar en mí. Pero ella no hizo nada en absoluto. Permaneció inmóvil como una estatua, y yo tenía la sensación de que ni siquiera notaba mi presencia, ni tampoco mi mano sobre su hombro. La dejé tranquila unos días y luego volví a intentarlo. Pero ella estaba muy rara. No es que se mostrara enfadada conmigo o que me evitara. Seguía sentada frente a su ordenador, pero a veces pasaban las horas y ella permanecía sin moverse y sin apretar ni una sola tecla. Estaba inmóvil frente al ordenador, sin ver las estrellas que avanzaban en el salvapantallas, como perdida en un viaje hacia el fondo del cosmos. ¿Recuerdas esos salvapantallas que había hace unos años, que representaban estrellas moviéndose hacia ti, como en un viaje a la velocidad de la luz a través del cosmos? Yo le preguntaba qué le pasaba, le recordaba que una vez me había preguntado si yo era su amigo. Pero era inútil. A veces parecía salir de su abstracción y me contestaba cualquier cosa, en otras ocasiones decía cosas sin sentido. Algo muy extraño le estaba sucediendo que le impedía hacer su trabajo. Yo noté que tenía unas señales en el cuello, una hilera de marcas parecidas a quemaduras. Le pregunté qué eran aquellas marcas y ella me miraba como si no entendiera lo que le decía, como si no me reconociera.

Poco tiempo después, la transfirieron al Ministerio de Asuntos Sociales, donde se dedicaba a tareas tales como hacer la limpieza o encargarse de la colada. Yo no podía comprender lo que sucedía. Me entrevisté con uno de los Maestros, el señor Ryuku, y le dije que estaba preocupado por Kumiko. El señor Ryuku me preguntó, de forma un tanto cortante, si yo había roto los mandamientos con ella, y le aseguré que ése no era el caso. Luego me dijo que lo que le sucedía a Kumiko no tenía nada que ver conmigo. Que Kumiko era una víctima del *karma de la ignorancia*, que sufría de un resurgimiento de *samskaras* de su karma animal y que se habían visto obligados a tomar medidas especiales con ella.

Más tarde supe en qué consistían aquellas «medidas especiales». En realidad, habían comenzado a aplicarle a Kumiko sesiones de electroshock. Ése era el origen de las marcas que yo había visto en su cuello, que le dejarían, supongo, cicatrices de por vida. Los que sufrían electroshock de forma continuada se quedaban en un estado de amnesia casi total. No recordaban lo que les sucedía y no eran muy conscientes de lo que pasaba a su alrededor. En esas circunstancias, no era raro que Kumiko no pudiera seguir haciendo su trabajo y hubiera tenido que ser transferida a otras ocupaciones más bajas.

Ignoro dónde se aplicaban estas sesiones. La sede poseía un hospital en Nakano, quiero decir, un verdadero hospital con personal médico cualificado, pero creo que

las sesiones de electroshock que le administraban a Kumiko eran excesivas y no tenían un verdadero sentido terapéutico, sino que eran un castigo y también otra forma de humillación y de dominio.

Poco después, fui enviado en una misión especial fuera de Japón, y ya no volví a ver a Kumiko.

A veces me pregunto qué habrá sido de ella.

Mis años en Aum son como un sueño, continuó contándome Noboru. Un sueño iluminado por falsos techos de los que cuelgan tubos fluorescentes. Un sueño envuelto en esa luz láctea y fría de los fluorescentes. La secta compró un trozo de tierra perdida en Australia Occidental, una de las regiones más desoladas y abandonadas del planeta. Se llamaba Banjawarn Station, aunque cuando llegamos allí no había nada, absolutamente nada. ¿Qué sentido tiene ponerle un nombre tan sonoro a un lugar donde no hay nada? Supongo que Banjawarn es un viejo nombre maorí, aunque por allí no había ni un solo maorí, sólo carreteras que se pierden por una interminable llanura roja salpicada de arbustos grisáceos y eucaliptus retorcidos. Banjawarn Station era una propiedad de medio millón de acres, a quinientas millas al norte de una ciudad llamada Kalgoorlie. El pueblo más cercano era Leonore. Allí sólo había tierra roja, arbustos y ovejas, muchas ovejas. Yo nunca había visto tantas ovejas juntas, ya sabes que en Japón apenas hay ganado ovino. Y me daban miedo aquellos animales, si te digo la verdad. No conozco ningún animal tan espantosamente feo como las ovejas. Su rostro, esa mezcla de pasividad y crueldad, su berrear lastimoso, una queja que no es una queja, un chillido que no es un chillido, ese abandono totalmente inconsciente a su destino. Por comparación con las ovejas, las vacas y los bueyes parecen animales majestuosos e investidos de una especie de dignidad real. Los cerdos son sucios, pero al menos tienen personalidad y son, además, peligrosos y violentos. Pero ¡las ovejas!

Sí, yo también fui a Banjawarn Station. Fui seleccionado porque hablaba bien inglés, no porque mi ministerio estuviera relacionado con lo que iba a hacerse allí, un proyecto del Ministerio de Ciencia. Estuvimos en total un mes en Australia, dedicados a pedir permisos, legalizar contratos y formalizar los planos de los edificios diseñados por los arquitectos de Aum, aunque pronto descubrimos que en Australia Occidental uno puede hacer prácticamente lo que quiera sin explicarle nada a nadie, sobre todo si es dueño de una propiedad de medio millón de acres. En un principio estábamos todos muy contentos de salir de la rutina, vestirnos con ropas normales (yo incluso me puse chaqueta y corbata durante el viaje, tenía ganas de estar elegante), ir al aeropuerto y volar a Sidney y luego de Sidney a Perth. El aire libre, la sensación de estar en un mundo nuevo, ¡incluso en un nuevo continente!, todo eso me producía una intensa sensación de felicidad. En Perth alquilamos varios coches y fuimos conduciendo hasta Kalgoorlie y luego hasta la propiedad adquirida por la orden. No recuerdo cuántos días tardamos. Creo que tres días, quizá cuatro, conduciendo sin parar a través del paisaje más monótono que puedas imaginarte: una

llanura de tierra roja que se extiende en todas direcciones y una carretera recta, completamente recta, que atraviesa la llanura de tierra roja. Me dijeron que en Australia hay rectas de hasta seiscientos kilómetros. No entiendo cómo puede uno conducir en línea recta tanto tiempo sin salirse de la carretera, dormirse o, al menos, entrar en éxtasis. ¡Dios mío! ¿Puedes imaginarte una recta de *seiscientos* kilómetros? ¡Si conduces en Japón durante seiscientos kilómetros, recorres la mitad del país! Es una suerte que en Australia se condujera por la izquierda. Al menos eso era igual que en nuestra patria, porque lo demás era todo completamente diferente.

Las medidas, las extensiones, el gasto inconcebible de tierra baldía, la cantidad de espacio vacío. ¿Es que a Dios se le olvidó Australia cuando creó el mundo? ¿Se le olvidó poner cosas allí dentro del mismo modo que llenó Japón de valles, de montañas, de flores, de animales, de fuentes termales, de castillos, de cascadas? Hacía mucho calor, y al tercer día de conducir en línea recta por aquel desierto rojo creo que todos empezábamos a sentirnos un poco desanimados. Además, no podíamos conducir de noche para hacer más breve nuestro viaje. En Australia no se puede conducir por la noche, porque al caer el sol los canguros salen a las carreteras para calentarse con el asfalto y es muy fácil tener un accidente. Son muy grandes, los canguros. Yo había pensado que eran animales un poco mayores que un gato, pero un canguro adulto es tan alto como una persona.

Nuestro trabajo consistía en contratar trabajadores locales para que construyeran los edificios donde íbamos a vivir, como te he explicado, además de formalizar todos los permisos con las autoridades locales. El terreno estaba dedicado a la cría de ganado lanar, pero en realidad a Aum no le interesaban las ovejas. En el centro de aquella inmensa propiedad construimos un par de edificios con una amplia planta subterránea mucho más grande de lo que podía verse desde el cielo y desde los satélites de observación, llevamos la luz y el teléfono y abrimos pozos artesianos. Mi trabajo como intermediario e intérprete terminó pronto, y una vez las obras estaban en marcha, me volví a Japón, aunque en aquella ocasión cogí una avioneta de Leonora a Kalgoorlie, y desde allí un vuelo local a Perth. Los australianos se reían al enterarse de que habíamos venido conduciendo desde Perth. Yo les dije, intentando ser amable, que queríamos admirar el paisaje, y ellos estallaban en carcajadas.

Tuvo que pasar bastante tiempo para que llegara a saber para qué quería la secta aquella instalación remota. En la planta subterránea de Banjarn Station se instaló un laboratorio químico cuya finalidad era fabricar armas de destrucción masiva. Fue allí donde la secta fabricó por primera vez el gas nervioso que utilizaría en los ataques en el metro de Tokio. La secta tenía también la intención de fabricar bombas atómicas, y creo que poseía minas de uranio o que había estado extrayendo uranio directamente en un yacimiento de Hokkaido, e incluso que había contratado a dos científicos rusos especializados en armas nucleares. Allí, en el corazón de Australia, mis amables compañeros de Aum, que tenían prohibido matar a las ratas y aplastar a las cucarachas que infestaban sus viviendas, que eran vegetarianos y consideraban

que los que comían pescado o filetes de vaca eran asesinos, se dedicaron a fabricar gas sarín y a experimentarlo con las ovejas de la propiedad. Soltaban gas sarín en medio de un rebaño y veían cómo las ovejas caían muertas una tras otra. Otras se ponían a jadear y a babear. Algunas quedaban ciegas o inútiles. Como eran ovejas y además no entendían lo que les estaba sucediendo, ninguna de ellas escapaba. Mataron exactamente 29 ovejas en Banjawarn Station. En el metro de Tokio murieron 13 personas, aunque hubo 54 afectados graves, algunos de ellos reducidos a un estado vegetativo, 1000 intoxicados y más de 6000 personas afectadas. Supongo que la diferencia entre los seres humanos y las ovejas es que los seres humanos intentan escapar cuando presienten un peligro. Aunque esto no sucede todas las veces, de modo que podríamos decir que, en muchas situaciones, las ovejas y los seres humanos son animales parecidos.

Quizá por eso me resultaban tan feas las ovejas, porque me parecía que tenían rostro de personas. Tienes que recordar que yo nunca había visto ovejas de cerca. Si me perdonas, amigo John, me parecía que tenían cara de occidentales. Sí, porque a los japoneses nos extraña mucho que las caras occidentales sean tan... ¿cuál sería la palabra? ¿Protuberantes? Quiero decir que las caras orientales son planas, mucho más planas que las occidentales, mientras que los blancos tienen una nariz muy grande, y pómulos pronunciados, y una boca prominente con grandes dientes que salen hacia adelante, igual que los morros de las ovejas. Por favor, discúlpame, espero que no te ofendas. Muchos orientales piensan que los blancos tienen cara de animales, y a veces los niños, cuando ven a un blanco por primera vez, se ponen a llorar de miedo. Antiguamente, a los occidentales se les llamaba «diablos», porque la gente pensaba de verdad que tenían caras de diablos. Esas enormes orejas, las grandes cejas, abultadas como las de los simios, los ojos redondos y saltones, la piel roja y curtida, la nariz enorme y con las fosas nasales levantadas hacia arriba, como las de los cerdos... Sí, para muchos orientales los blancos tienen cara de puerco. Especialmente cuando se ríen a carcajadas mostrando los dientes y la lengua, abriendo la boca de forma que se puede ver casi hasta la glotis. Además, los blancos tienen pelos en la nariz, en las orejas, en las manos... Son feos como monos. Entiendes lo que estoy diciendo, ¿verdad? Los orientales, y los japoneses en particular, pueden ser tremendamente racistas. Bueno, como todo el mundo, supongo. Los japoneses suelen considerar que los occidentales, por ejemplo los americanos (la verdad es que no conocemos a muchos occidentales), son toscos, ruidosos, sucios y carecen de educación. También existe la extendida creencia de que son estúpidos. Pero los japoneses somos demasiado superiores, demasiado refinados, como para dárselo a entender, y siempre los tratamos con exquisita cortesía.

—Ya veo —dije.

En Banjawarn Station sucedió algo más. Al poco tiempo de instalarse Aum allí y de construir sus instalaciones, se produjo un incidente. Sucedió el 28 de Mayo de 1993. Una perturbación sísmica de gran intensidad que fue percibida en Australia por

numerosos observatorios, y cuyo epicentro estaba, precisamente en Banjawarn.

Nadie sabe qué es exactamente lo que pasó. Varios camioneros que viajaban por la zona afirmaron que en el momento del incidente, vieron algo así como una explosión brillante en el cielo. De modo que los adictos a las teorías de la conspiración comenzaron a afirmar que lo que había sucedido era que la secta Aum había logrado construir una bomba atómica y la había hecho detonar. La explosión que tuvo lugar fue *ciento setenta* veces más potente que la explosión más fuerte jamás detectada en Australia, lo cual dejaba a un lado, por supuesto, la posibilidad de que se hubieran usado explosivos convencionales tales como la dinamita o la nitroglicerina.

Las otras explicaciones posibles eran que se trataba de un meteorito o bien de un simple terremoto. Pero un meteorito que produjera una conmoción tan grande debería haber dejado un cráter de unos 270 metros de diámetro. Y en caso de que hubiera sido un terremoto, ¿no era demasiada casualidad que su epicentro estuviera, precisamente, en el mismo punto remoto y abandonado de Australia Occidental en el que Aum Shinrikyo había decidido construir un laboratorio? Y además, si se trataba de un terremoto, ¿cómo explicar las luces en el cielo?

Se realizaron investigaciones, y la noticia de que la explosión podría haberse debido a una bomba atómica fabricada por Aum llegó a aparecer en el *New York Times*. Pero no se encontraron evidencias de que en Banjawarn se hubiera trabajado con materiales radiactivos, y finalmente la División de Geociencia Urbana de la Organización Geológica Australiana determinó que el incidente encajaba con el perfil habitual de la actividad sísmica de la zona, de modo que había sido, con toda probabilidad, un terremoto.

Era como si Australia hubiera sentido la picadura del mal sobre su inmensa piel roja y se hubiera estremecido.

A partir de aquí, Aum fue entrando poco a poco en la locura más absoluta. Nosotros no sabíamos nada de esto entonces, por supuesto, y muchos de los que siguen perteneciendo a la secta, que ahora se llama Aleph y cuyos líderes actuales reniegan del pasado violento de Aum y del legado de Asahara, lo siguen ignorando hoy en día.

Parecería que los ataques con gas sarín en el metro de Tokio fueron un episodio aislado, una especie de locura momentánea que surgió de un grupo de mentes enloquecidas. Pero no es así. Hay muchas historias sórdidas relacionadas con la secta. Por ejemplo, el asesinato de la familia Sakamoto. Tsutsumi Sakamoto era un abogado especializado en sectas que comenzó un proceso contra Aum. Después de una intervención en la televisión, Sakamoto, su esposa e hijo desaparecieron. Tuvo que pasar mucho tiempo para que la policía descubriera que habían sido raptados y asesinados por miembros de Aum.

Aum planeó el asesinato de muchas otras personas o miembros de organizaciones que les criticaban o les ridiculizaban. Intentaron asesinar al caricaturista Yoshinori

Kobayashi, por ejemplo. También amenazaban de muerte a los que intentaban abandonar la secta. O a sus parientes. En una ocasión, una mujer que pertenecía a Aum escapó, y la secta raptó a su hermano, un hombre de sesenta y nueve años llamado Kiyoshi Kariya, y le llevó al *dojo* del monte Fuji, en Kamikuishiki. Le raptaron en las calles de Tokio, cuando el pobre hombre iba caminando por la acera, después de acosarle durante semanas con llamadas telefónicas amenazantes, diciéndole que si no les decía dónde se escondía su hermana lo pagaría muy caro. El señor Kariya dejó escrito: «Si desaparezco, he sido raptado por Aum Shinrikyo». Y eso es lo que sucedió, le raptaron, le mataron, quemaron su cuerpo en un incinerador de microondas y luego tiraron sus restos al lago Kawaguchi.

La lista de extorsiones, amenazas, asesinatos e intentos de asesinato de la secta es interminable. La secta fabricó gas sarín y gas VX y los utilizó en varios asesinatos e intentos de asesinato, sobre todo en el incidente de la villa de Matsumoto, que no fue otra cosa que una especie de ensayo general para los ataques al metro de Tokio. La secta liberó gas sarín y VX en la población de Matsumoto y consiguió asesinar a ocho personas e intoxicar a unas doscientas. Después de este éxito, se pensó que al liberar el gas venenoso en un espacio cerrado como el metro, el número de víctimas mortales sería de cientos o quizá de miles.

El gas sarín es un arma química. Ataca directamente al sistema nervioso. Es un gas altamente volátil y se absorbe directamente a través de la piel. Algunos suponen que su nombre proviene del de una estrella que se encuentra a 79 años luz de la tierra, pero no es así. El gas sarín fue inventado en Alemania en 1938 por un grupo de científicos que intentaban crear un pesticida muy potente, y su nombre deriva del de sus inventores: Schrader, Ambros, Rüdiger y Van der LINDé. Al año siguiente, en 1939, el ejército alemán lo adoptó como arma química y comenzó su producción en masa. Sin embargo, los nazis no llegaron a utilizarlo en la Segunda Guerra Mundial.

Saddam Hussein lo utilizó en sus ataques contra poblaciones kurdas del norte de Iraq. Fue uno de los elementos químicos con los que Alí «el químico» bombardeó la ciudad de Halabja, en la que murieron cinco mil personas.

Los síntomas del envenenamiento con gas sarín son mucosidad, rigidez en el pecho y constricción en las pupilas. Poco después la víctima tiene dificultades para respirar, experimenta náuseas y comienza a perder el control de las funciones del cuerpo, de modo que comienza a babear, a vomitar, a defecar y a orinar. A continuación comienza a retorcerse y a sufrir sacudidas. Finalmente, entra en coma y fallece en una serie de espasmos convulsivos. Existen antídotos contra los efectos del sarín, que pueden salvar a la víctima afectada si se administran nada más notar los primeros síntomas. Si el tratamiento médico no es el adecuado, la víctima, aun habiendo recibido dosis no letales de sarín, puede sufrir daños neurológicos permanentes.

Aum se estaba armando. Kiyohide Hayakawa, ministro de la Construcción de Aum, comenzó a hacer viajes a Rusia para comprar armas, sobre todo rifles

Kalashnikov AK-47 y también un helicóptero militar Mi-17, que luego sería encontrado en la sede del monte Fuji, aunque la secta también se propuso la fabricación de rifles de asalto en sus propias instalaciones. Entre los miembros de Aum había algunos exmiembros del KGB, algunos de los cuales fueron detenidos. No sé cuántos de estos rifles consiguieron montar. La verdad es que yo jamás vi ni una sola arma en las sedes de Aum que visité. Por eso al principio pensábamos que todo era mentira, un montaje del gobierno para desautorizar a Aum y encarcelar a Asahara.

Cuando la policía comenzó a investigar las sedes de Aum, salieron a la luz todo tipo de detalles macabros. En Kamikuishiki, «la frontera de los dioses», en el mismo lugar donde yo había conocido a dioses encarnados en seres humanos, la policía descubrió explosivos, armas químicas, muestras de ántrax, cultivos del virus de Ébola traídos desde Zaire, y también laboratorios para fabricar metanfetaminas, LSD y una forma rudimentaria de «suero de la verdad», además de componentes para fabricar cantidades ingentes de gas sarín. Supongo que la secta planeaba el asesinato de miles o decenas de miles de personas, quizá lanzando el gas desde el aire. Encontraron además una caja fuerte donde se guardaban millones de dólares en billetes y en oro. Y había también celdas, pequeños cubículos sin apenas ventilación, en las que había prisioneros encerrados. Y muchas otras cosas inexplicables: jeringas para caballos, decenas de perros encerrados... Nadie sabe todavía para qué eran esas jeringas equinas ni para qué querían a todos esos perros. Quizá para probar en ellos los efectos de las armas químicas que estaban fabricando.

Dios mío, dijo Noboru abrazándose las entrañas, balanceándose de atrás hacia delante, Dios mío, Dios mío. ¡Armas, drogas, virus de Ébola, veneno, gas nervioso, prisioneros, en la misma casa en que no se nos permitía aplastar a las cucarachas y se nos decía que el que mata a una rata es un asesino! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Los mismos que nos decían que tocar a una mujer era condenarse al infierno!

Le pregunté qué había sucedido después de los ataques al metro.

Yo no supe nada de esos ataques, me dijo casi poniéndose a la defensiva. Yo no sabía nada. Estaba en el Ministerio de Inteligencia.

Los ataques con gas sarín al metro de Tokio se produjeron el 20 de Marzo de 1995. La organización del atentado fue bastante simple, aunque se ensayó hasta la saciedad en la sede de Kamikuishiki. Se prepararon varias bolsas llenas de gas sarín en estado líquido y se taparon con periódicos para darles un aspecto inofensivo. Había cinco personas encargadas de ir a cinco paradas de metro y cinco conductores que les llevarían en coche al lugar decidido y luego les recogerían cuando salieran a la calle. El procedimiento para romper las bolsas también era sencillo. Se compraron cinco paraguas de punta metálica y se afilaron las puntas lo más posible. Los cinco encargados de liberar el gas entraron cada uno en un vagón en su estación correspondiente. Y esto era lo que tenían que hacer: colocar las bolsas de sarín envueltas en periódicos en el suelo, esperar a que el tren se acercara a una estación y

en ese momento pinchar las bolsas varias veces con las puntas afiladas de los paraguas y salir del vagón, caminando tranquilamente. Un coche les estaría esperando en la calle para llevarles a un lugar seguro.

En la práctica las cosas no resultaron tan fáciles. A pesar de las muchas pruebas y ensayos, algunas bolsas se resistían a romperse. En algunos casos los propios miembros de Aum se vieron afectados por las emanaciones tóxicas del gas. Todos tenían jeringuillas con antídoto por si se producía esta eventualidad, y algunos se vieron obligados a usarlas al notar los primeros síntomas de envenenamiento.

El efecto nocivo del gas era casi instantáneo. Al contacto con el aire, el líquido se convertía en vapor y comenzaba a afectar a todos los que estaban cerca. Enseguida los viajeros comenzaban a moquear y a sentir dificultades respiratorias. Se produjeron muchas escenas de histeria. Aquél fue un día de caos en el metro de Tokio.

Todos fueron detenidos, me contó Noboru. Los cinco que liberaron el gas y los cinco cómplices que conducían los coches. Todos menos uno, Katsuya Takahashi, el conductor de uno de los vehículos, que sigue desaparecido. Y otra persona, un undécimo miembro de Aum que iba en uno de los coches y que realmente no sabía nada de lo que estaba sucediendo allí pero que, a pesar de todo, estaba sentado al lado de uno de los conductores que sí lo sabían. Y aunque esta undécima persona nunca fue localizada y aunque nadie buscaba a esta undécima persona porque nadie sabía que estaba allí, ¿cómo podría demostrar este undécimo ocupante que realmente no sabía nada de lo que estaba sucediendo? ¿Quién le creería? Uno de los conductores pidió a esta undécima persona que le acompañara para que comprara los periódicos con los que cubrieron las bolsas de sarín. Creo que esto no estaba en el plan inicial, y el hombre que me lo pidió tenía miedo y no quería abandonar el vehículo en ningún momento. Ésa fue mi participación en los atentados, de los cuales yo no sabía nada. Sólo sabía que la secta iba a hacer algo importante ese día, una acción memorable. Yo compré unos periódicos, como me dijeron, y luego me subí al coche, en el que había un conductor y otro hombre en la parte de atrás, al que le entregué los periódicos. Luego nos detuvimos al lado de la parada y el hombre que estaba atrás bajó y se metió en el metro llevando un paquete entre las manos y un paraguas.

Los autores intelectuales y los perpetradores directos fueron condenados a muerte. Los conductores de los vehículos, a cadena perpetua. ¿Comprendes? Si llegaba a saberse alguna vez que yo iba en uno de los cinco coches, mi vida se habría terminado. Iría a juicio, me declararían miembro de Aum Shinrikyo, seguidor incondicional de Shoko Asahara y parte activa del Ministerio de Inteligencia, se descubriría además que había estado en Australia trabajando en la Banjawarn Station, me acusarían de ser cómplice de los asesinatos y sería condenado también a cadena perpetua. Sentí pánico.

Supongo que lo más lógico habría sido escapar. Pero ¿escapar a adónde? Yo no tenía adonde ir. Aum era toda mi vida, mi familia, mi trabajo, mi hogar. De modo que

me quedé en el *dojo* de Kameido, en Tokio, intentando seguir mi vida de siempre, manteniendo, como se dice en inglés, *un perfil bajo*, mientras la organización Aum Shinrikyo se desmoronaba a mi alrededor.

Después de los ataques y de las detenciones, todos los miembros de Aum estábamos como replegados, escondidos en nuestras sedes y *dojos*, rodeados de barreras policiales rodeadas a su vez de periodistas. Y allí, dentro de nuestros refugios iluminados con tubos fluorescentes, nosotros seguíamos venerando la imagen de nuestro pequeño dios, Shoko Asahara, seguíamos recitando mantras y escuchando al Maestro murmurar el *Sutra del diamante* en nuestros casetes, seguíamos comiendo proteína de soja con arroz blanco. También nos pasábamos el día viendo las noticias y leyendo los periódicos. Era asombroso que tanta gente supiera tantas cosas de nosotros. Después de vivir reclusos como monjes durante años, todo lo relativo a Aum había saltado a la luz pública. Y así nos fuimos enterando de los asesinatos, de las armas, del helicóptero de Asahara, del Mercedes Benz que utilizaba, de los millones de dólares, del ántrax... Pero a pesar de todo nuestra fe seguía firme. Te preguntarás cómo.

Es muy sencillo. Seguíamos creyendo en Aum porque no éramos nosotros, los miembros de Aum, los que interpretábamos las cosas que sucedían a nuestro alrededor. *Era la secta la que interpretaba las cosas por nosotros*. Así dicho, puede resultar muy crudo, muy tosco. Puede parecer muy estúpido. Pero así era como funcionaban las cosas en Aum. Leíamos que cinco miembros de la secta habían soltado gas sarín en el metro de Tokio y que había doce muertos y mil intoxicados, y aunque ya no dudábamos de que todo eso hubiera sucedido realmente (ya que al principio, y durante mucho tiempo, estuvimos convencidos de que todo era mentira), y aunque todo aquello que había sucedido nos parecía escalofriante y terrorífico, seguíamos esperando a que Asahara, o al menos alguien importante en la organización, nos explicara qué era lo que había pasado y por qué. Es decir, que nosotros conocíamos *los hechos*, pero no *su interpretación*. Recuerdo una frase de uno de los ordenados, un muchacho que había trabajado en un matadero durante años liquidando con una pistola automática vacas y cerdos y estaba convencido de que era un asesino y tenía las manos manchadas de sangre y que ahora cargaba con el karma de todas aquellas vacas y cerdos que había matado. Este muchacho dijo en cierta ocasión, con una gran sonrisa: «En realidad, los atentados del metro de Tokio no son más que una prueba que nos ha puesto el Maestro para comprobar la fe de los discípulos. Si abandonáramos ahora, le fallaríamos». Ésta era una idea corriente entre los de la secta: que en realidad todo aquello no era más que una especie de prueba para nosotros, una especie de «truco» del Maestro para probar nuestra fe, y que pronto Asahara nos lo explicaría todo y todo volvería a tener sentido. Había otra ordenada, una mujer que también pertenecía al Ministerio de Inteligencia y que al entrar en Aum se había separado de su marido y de sus dos hijas y había jurado no volver a verlos jamás, que decía: «Sólo el Maestro puede mostrar la interpretación

final». Esta frase me impresionó más que ninguna otra. *Sólo el Maestro puede mostrar la interpretación final.*

Pero Asahara jamás habló. ¿Lo sabías? Shoko Asahara, el de la voz hipnótica, el que había abierto el chakra de la garganta y era capaz de entonar todas las notas de un piano, se quedó completamente callado después de su detención. No habló en su celda. No habló con sus seguidores. No habló en el juicio. No hizo ninguna declaración a la prensa. No contestó ni una sola pregunta del fiscal. No dijo nada, ni a los jueces, ni al mundo, ni a nosotros.

El silencio de Asahara se parece al silencio del mundo. Gritamos, llamamos a Dios, imploramos, y sólo encontramos el silencio del mundo.

Pasó el tiempo. Rodaban las estaciones. Pasaban los meses y nosotros seguíamos allí encerrados en la sede de Kameido, con nuestras cucarachas marrones, nuestras fotos de Asahara y nuestros tubos fluorescentes. Se produjo entonces el traspaso de poderes. Asahara tenía seis hijos, pero los cuatro mayores eran mujeres. De modo que el liderazgo de la orden recayó en dos de los hijos menores de Asahara, su excelencia Akiteru Rinpochi y su excelencia Ryokko Rinpochi, dos niños de unos cinco o seis años de edad, cuyas fotos aparecían ahora en todos los altares. La hija mayor de Asahara salió también a la luz y comenzó a dar ruedas de prensa en la sede de Kameido. Era una adolescente de gesto confuso y con la cara llena de acné, una mujercita muy furiosa y completamente superada por los acontecimientos. Los periodistas le preguntaban su edad y ella se negaba a revelarla. Odiaba a la prensa, miraba a todos con odio. Tenía siempre los ojos bajos y la mandíbula apretada, y se veía que estaba consumida por la furia y el resentimiento. No es común en Japón ver a nadie, especialmente una mujer joven, dejar que sus sentimientos más íntimos salgan de este modo a la luz. Supongo que estaba aterrada por todo lo que estaba sucediendo y quizá también furiosa por no haber heredado ella el trono de Asahara en vez de sus hermanos menores, que eran tan pequeños que ni siquiera eran mostrados en público.

Pasó el tiempo, y yo comencé a tranquilizarme. Parecía que la opinión pública y la policía habían comenzado a olvidarse de nosotros. Pero cuando comenzaron los juicios, la atención pública regresó una vez más a Aum. Durante los juicios, salieron a la luz todavía más cosas oscuras de Aum, y se hizo pública la frialdad inhumana con que habían sido planeados los atentados del metro de Tokio. En muchas sedes de Aum había manifestaciones de los vecinos pidiendo que nos fuéramos. Las sedes de Aum eran nidos de suciedad, de cucarachas, de ratas, de mal olor. Los vecinos temían nuestros productos químicos. Éramos universalmente odiados. Mis temores volvieron. Me pasaba el día aterrado pensando que alguno de los acusados hablaría y contaría que el ordenado Shambhala, es decir, Noboru Endo, se encontraba también en uno de los coches que habían llevado y recogido a uno de los encargados de liberar el gas. No tenían nada que ganar al involucrarme, de modo que no había razón de que lo hicieran, pero uno nunca puede estar seguro con un miembro de Aum. A lo

mejor sentían un deseo insensato de decir la verdad a toda costa. A lo mejor Asahara les ordenaba en sueños que lo hicieran. Yo no estaba tranquilo, y había pensado que a lo mejor sería buena idea desaparecer de Kameido. Pero ¿adónde podía ir? Todas las sedes de la orden estaban vigiladas y sometidas a escrutinio. La del monte Fuji había sido destruida por los *bulldozers* y reducida a escombros. Hacía años que no veía a mis padres ni a mis abuelos, pero si alguien me buscaba, las casas de mi familia serían el primer lugar que visitarían.

Araki, un muchacho de mi edad de la sede de Kameido, fue nombrado portavoz de Aum ante los medios de comunicación. Creo que fue una elección inteligente por parte de las autoridades de la orden, porque Araki era joven, de aspecto inocente, con gafas de miope y expresión bondadosa, y no había tenido nada que ver con ninguna de las acciones violentas de Aum. Araki era un muchacho tímido, y el trabajo de enfrentarse con las cámaras de televisión y de hablar con los periodistas le producía una enorme carga de angustia, que él lograba soportar porque lo tomaba como parte de su «entrenamiento». Era uno de los convencidos, uno de los inocentes, una de las muchas buenas personas que uno podía encontrar en Aum.

Una tarde de verano, una de esas tardes húmedas y ardientes del verano del sur de Japón, al salir de la sede de Kameido con Araki y con otros miembros de la orden, sucedió algo. El edificio de Aum era bien conocido, y muchas veces al salir a la calle la gente nos gritaba o nos decía cosas desagradables. Estábamos acostumbrados. Además, todos reconocían a Araki, que salía a menudo por televisión. El edificio de Kameido está en un cruce de calles con bastante tráfico cerca de una gran avenida, la Keiyo Road. Fue allí, en la Keiyo Road, donde fuimos detenidos por un grupo de policías. Recuerdo que estábamos frente a una tienda de fotografías y que a medida que se iba haciendo de noche, los rótulos luminosos amarillos y rojos de la tienda parecían brillar con más y más y más fuerza. El cielo se oscurecía y los luminosos rojos y amarillos resplandecían como grandes flores nocturnas. *Yoru no hana*.

Mis compañeros llevaban la toga blanca típica de Aum, pero yo llevaba chaqueta y corbata. Cuando salíamos de la sede yo solía vestir ropas normales. Todos nosotros teníamos trajes, aunque raramente los usábamos. Era una noche de agosto muy calurosa, y ninguno de nosotros iba vestido adecuadamente, pero mi traje de verano era más ligero que la gruesa toga de Aum. Al llegar a la Keiyo Road, fuimos detenidos por un grupo de policías, tres o cuatro de uniforme y dos de paisano, uno de ellos de unos cincuenta y cinco años, con traje y corbata, gafas metálicas redondas y pelo gris, y el otro de unos treinta y tantos. Este policía más joven vestía zapatos negros, pantalones vaqueros ajustados y un polo blanco muy ceñido que marcaba claramente los músculos de sus pectorales y sus hombros. Tenía la frente despejada y el pelo muy negro, engominado y peinado hacia atrás, el típico detective joven con una impresionante hoja de servicios que es el mejor tirador y el mejor karateka de su promoción, y que puede acertar a un ladrillo escupiendo a tres metros. El típico jovencito arrogante y violento, de los que disfrutaban más golpeando a un sospechoso

que practicando el sexo. Nada más verle, presentí el peligro. Llevaba una pistola metida en el pantalón e irradiaba agresividad y violencia.

Los policías nos rodearon y no nos dejaban avanzar. No estaba muy claro qué era lo que querían de nosotros. La sede de Kameido había sido inspeccionada mil veces por la policía y había vuelto a ser inspeccionada durante los juicios. Todos habíamos sido interrogados hasta la saciedad. La fiscalía, junto con muchos periódicos y organizaciones ciudadanas, había pedido que se le aplicara a Aum la Ley Antisubversiva, pero la petición había sido denegada y la orden seguía estando protegida por la ley de libertad religiosa de Japón y seguía siendo legal. De modo que aquellos policías no tenían nada contra nosotros. No sé, quizá habían tenido un mal día o alguno de ellos tenía a un familiar afectado por los atentados. Quién sabe. Araki intentó dialogar con ellos, pero su suavidad y su buena educación servían de poco con unos agentes de policía frustrados y recalentados al final de una larga jornada de trabajo. No se atrevían a meterse con él, pero tampoco nos dejaban en paz. Pero entonces el policía más bajo, el joven del polo blanco, se me puso delante y me dijo: «tu grupo está bajo sospecha; sé que estás en el culto». Yo no sabía qué hacer. El policía estaba frente a mí, tan cerca que su pecho y el mío estaban en contacto y me miraba directamente a los ojos. Resultaba muy violento que estuviera tan cerca. Yo intentaba separarme un poco, pero él se acercaba de nuevo, y se me ponía delante, pegado a mí y mirándome directamente a los ojos con una expresión de enorme agresividad contenida. «Quiero tu nombre», me dijo. «Dime tu nombre». Yo no podía hablar. Estaba aterrado. Araki intentó dialogar, pero los policías de uniforme se interponían entre él y yo sin llegar a tocarle siquiera. «Quiero tu nombre», repetía el policía más joven. «Todos los que están en el culto tienen que decirme sus nombres. Si tú no lo haces, parecerás sospechoso». Entonces yo dije que no tenía por qué hacerlo, que aquello era completamente arbitrario. La acera era muy estrecha frente a aquella tienda de fotografía, y había mucha gente a aquella hora pasando por allí. Pasaban señoras, jubilados, gente en bicicleta, muchachas con mochilas a la espalda. Muchos se detenían para averiguar qué era lo que estaba pasando. Reconocían al instante las togas blancas de Aum y el rostro de Araki, que todos habían visto muchas veces en la televisión. La policía les decía que no obstaculizaran, que se alejaran, que circularan. Pero a pesar de todo había varios curiosos que observaban la escena a cierta distancia. Y todo el rato pasaban ciclistas por la calzada que se detenían a curiosear. Había dos señoras en la acera que empezaron a hablar con Araki y con los otros. Eran señoras de mediana edad, quizá de la edad de mis padres, esa generación obsesionada con el trabajo duro y con el dinero. Le decían a Araki que debía abandonar la secta. «Busque un trabajo apropiado», le decía una señora, «encuentre un empleo normal y trabaje duro». «Conviértase en hombre de negocios», le decía la señora. A mí me parecía una señora muy amable, y me gustaba lo que le decía a Araki y cómo se lo decía. No creía que tuviera razón, pero me gustaba su actitud y su forma de hablar porque percibía en ella verdadero amor. Se notaba que no hablaba

con nosotros por odio ni por resentimiento, sino por verdadero amor. Porque uno sólo puede sentir verdadero amor por aquellos que no conoce y de los que no espera nada. «Únase a una compañía», le decía la señora. «Entre a trabajar en una empresa. No ha de ser un sitio grande. Sude un poco y trabaje duro. Los muchachos brillantes como ustedes no necesitan estar en una secta y malgastar su vida de ese modo. Conviértase en jefe. Tome gente a su cargo». Araki le dijo: «yo trato de trabajar como misionero». Hablaban también del negro y del blanco. Los japoneses hablamos a menudo del negro y del blanco. El negro es lo malo y el blanco es lo bueno. «Aum es negro», decía la señora, «y lo que es negro nunca puede volverse blanco. Tú quieres convertir lo negro en blanco, y eso no es posible». «Pero es posible actuar como filtro», dijo Araki. «Puedes ser un filtro, puedes filtrar lo negro y dejar que sólo pase lo blanco». «¿Un filtro?», le dijo la señora. «¿Eso es lo que eres tú?». «Sí, eso es», dijo Araki. «¿Tu vida entera es un filtro?», le dijo la señora. «¿Eso es lo que es tu vida?». «Sí, tengo que ser un filtro», dijo Araki. Creo que, a pesar de todo, él también percibía que aquella mujer le estaba hablando con amor. El amor, el verdadero amor, es la cosa más rara del universo. La cosa más rara que uno puede encontrar en una calle de Tokio una húmeda noche de Agosto. La cosa más rara, John. Hay afecto, hay deseo, hay afinidad, hay muchas cosas, pero verdadero amor no hay casi nunca. Por esa razón, el verdadero amor, cuando aparece, debería destellar como un sol en mitad de la noche. Debería resplandecer igual que el luminoso rojo y amarillo de una tienda de fotografía. Pero no es así. Precisamente porque es tan raro, muchas veces ni siquiera lo reconocemos cuando lo tenemos delante. El verdadero amor es muy apagado, casi invisible, muy humilde. No grita, no se hace notar. Es como una gota de agua en mitad de un bosque. Es como una pequeña aguja de hielo en un glaciar. A veces es sólo una mirada, un gesto, una mano que se posa en un hombro. A veces es una larga conversación serena, o un golpe fuerte entre los hombros con un bastón, o una frase aparentemente cruel que te deja tan aturdido como si te hubieran golpeado con una piedra, o una mano que coge la tuya sin decir palabras. El verdadero amor tiene muchas formas. A veces lo encontramos en un viejo vendedor de fruta, o en la dueña de un restaurante de *soba*, o en un funcionario que está detrás de una mesa y que muestra verdaderos deseos de ayudarte. El verdadero amor es raro, pero está también muy extendido. Es imprevisible. Es invisible. Es lo que nos hace seguir vivos a pesar de todo. Siempre está lejos pero al mismo tiempo siempre está cerca. Es imposible apartarse completamente de su influencia, porque si lo hiciéramos, moriríamos. Nos rodea por todas partes, aunque rara vez lo veamos. Es lo que mueve nuestros nervios y nuestra imaginación, aunque rara vez lo sintamos.

El policía joven no me dejaba en paz. La había tomado conmigo. Ignoro si habían recibido instrucciones de sus superiores para presionarnos, pero yo tenía todo el rato la sensación de que aquello era algo personal. Tampoco sé por qué me había elegido precisamente a mí. A lo mejor porque iba vestido con traje y chaqueta y me distinguía de los otros. «Estás avergonzado de algo», me decía. «Por eso no me dices tu nombre,

porque tienes algo que esconder. Dime tu nombre. Dime tu nombre. Dime tu nombre». Me lo preguntaba una y otra vez, sin parar. Yo intentaba apartarme y él se movía conmigo. Siempre le tenía delante, siempre pegado a mí, siempre mirándome a los ojos. Yo sabía que todo aquello era ilegal. Aquel policía no me había pedido que le acompañara. No me había acusado de nada. No me había detenido ni había dicho que iba a detenerme. Simplemente, se ponía delante de mí sin dejarme avanzar por la acera y me preguntaba mi nombre una y otra vez. Yo intentaba seguir andando, y él me decía: «¿estás tratando de esconder algo? ¿Estás ocultando algo?». Yo me aparté y seguí caminando por la acera. Sin correr, sin prisa, caminando normalmente. Entonces él me agarró por detrás. Yo me volví, y entonces él me puso la mano en la garganta y me hizo caer hacia atrás, derribándome sobre la acera. Como no pude amortiguar el golpe de ningún modo y caí de espaldas, todavía con la mano del policía sobre la garganta, me di un golpe terrible en la parte posterior de la cabeza. Me quedé en el suelo boca arriba, completamente inmóvil. Pensé que me había roto el cráneo por el violento choque con el pavimento. Entonces el policía se levantó y le vi que cojeaba, que se retiraba unos pasos cojeando y se sentaba en el escalón de entrada de la tienda frente a la cual estábamos. Se frotaba la pierna y el tobillo y hacía muecas de dolor, como si yo le hubiera hecho algo, como si yo le hubiera agredido y le hubiera herido. Los otros policías de uniforme se acercaron y me preguntaron muchas veces que si estaba bien. Yo dije que me dolía la cabeza. El policía del traje y la corbata se arrodilló a mi lado y me preguntó si estaba bien, mientras el otro hacía muecas de dolor y decía que yo había intentado escapar, que le había empujado y le había herido y que era un caso de obstrucción a la justicia. Luego sacó su móvil y llamó a la jefatura. Dijo que necesitaba una ambulancia porque había sido agredido por un sospechoso que se había dado a la fuga cuando estaba siendo interrogado. Y seguía tocándose la pierna y haciendo muecas de dolor, y fingiendo que no podía levantarse. Un gran autobús verde se detuvo a nuestro lado. Luego siguió su camino. Se hacía de noche, y los carteles luminosos de las tiendas brillaban cada vez con más fuerza. Araki le dijo al policía joven que lo había visto todo, que dejara de fingir, que yo no le había hecho nada. El otro policía le dijo que se alejara y Araki dijo: «pero él está mintiendo. Está fingiendo que le han hecho daño, es una cosa indigna». «¿Cómo te atreves a decir eso?», le decía a Araki el policía de traje levantando el índice. «Estás en un error. Hay un policía herido, ¡muestra respeto!». Yo seguía inmóvil en el suelo. Araki intentó ayudarme, pero no pudo hacer nada más. Enseguida llegó una ambulancia y se llevó al policía, que caminaba cojeando y haciendo gestos de dolor. En cuanto a mí, me llevaron a la comisaría y me detuvieron, acusado de atacar a un policía y de resistirme a la justicia.

Me encerraron en un calabozo. Yo estaba muerto de miedo, pero Araki y los otros vinieron a verme y me dijeron que tenían buenas noticias. Al parecer, todo lo sucedido había sido filmado por un documentalista que estaba haciendo una película sobre Aum y que iba siguiendo discretamente a Araki a todas partes. Araki se había

reunido con las gentes del documental y les había pedido la cinta para utilizarla como prueba de mi inocencia, pero el productor y el director del documental dijeron que su obligación era ser neutrales y mantenerse al margen. Sin embargo, la situación era complicada. En Japón, la policía tiene un enorme prestigio. Todo nuestro sistema social se basa en el respeto a la autoridad y a sus representantes. Si eres acusado, hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que serás declarado culpable. Y resistirse a la autoridad y causarle lesiones a un policía es un delito grave. Podrían enviarme a la cárcel por eso. Me pregunto cómo justificaría el policía sus supuestas lesiones. Él era un policía mentiroso, pero tendría también que encontrar a un médico mentiroso que comprometiera su prestigio y su dignidad profesional declarando y firmando que el policía tenía unas lesiones que no tenía. ¿Existiría un médico así? Aum contrató a un abogado para hacerse cargo de mi caso. Era un tipo peculiar. Iba por ahí con un maletín barato y un paraguas de plástico, y vestía una camisa de manga corta y deportivos. Supongo que en la sala de juicios llevaría un aspecto más formal. No sé qué hicieron exactamente Araki y los demás. Creo que le dijeron a la policía que tenían una cinta de vídeo donde estaba todo grabado, y que finalmente lograron que los documentalistas se la entregaran y se la enviaron al fiscal, de modo que el juez sobreseyó el caso y a mí me dejaron en libertad.

Pero ahora estaba verdaderamente aterrado. Quién sabe por qué, la policía de Tokio estaba interesada en mí. Ya habían intentado detenerme por un cargo falso. ¿Qué sucedería si se ponían a investigar un poco o si alguien hablaba demasiado y revelaba que yo había estado en el interior de uno de los vehículos que habían participado en los atentados del metro?

Así fue como decidí escapar.

Yo sabía que había un lugar secreto en la sede de Kameido donde había dinero en metálico. Los *dojos* de Aum estaban llenos de dobles paredes, de habitaciones secretas, de dobles suelos, de cajas fuertes invisibles y de todo tipo escondrijos. A la policía le costó encontrar al Maestro porque se encontraba en una de estas habitaciones secretas e incomunicadas en el *dojo* del monte Fuji. Creo que por eso lo destruyeron completamente y lo redujeron a escombros, porque era un laberinto imposible de recorrer y de dilucidar. Hicieron lo mismo que hizo Alejandro Magno con el nudo gordiano: cuando no pueden deshacerse, se cortan.

No planeé mi huida en exceso. Me puse ropas de civil, me metí el carné de conducir en el bolsillo y bajé a la planta inferior, donde sabía que había un escondrijo con dinero. Era una especie de armario secreto en el que yo sabía que se guardaban documentos y también bolsas de billetes. Estaba en una de las plantas desocupadas, donde antes estaban los niños. Salas y salas llenas de juguetes y de dibujos de los niños que representaban a Shoko Asahara levitando rodeado de pájaros y flores. La caja fuerte secreta estaba en uno de los cuartos de baño. Era necesario quitar uno de los paneles de la pared del fondo de una de las cabinas, que había sido pintado por encima para que no se notara que estaba suelto. Es posible que lo pintaran por encima

cada vez que se extraía el panel, no lo sé. Yo sabía que cualquiera que entrara en aquella cabina vería al instante el panel suelto, pero no me importaba, porque mi única obsesión era desaparecer. En el interior había todavía tres bolsas de plástico llenas de billetes. En una había yens, en otra dólares americanos y en otra dólares de Singapur en fajos de billetes nuevos, junto con otras divisas. Yo sabía que los dólares de Singapur valen aproximadamente la mitad que los dólares americanos. Había billetes de veinte y de cincuenta. Preferiría haber cogido yens, pero entonces el dinero habría abultado diez veces más. De modo que cogí doscientos mil dólares de Singapur, cien mil dólares americanos y unos veinte mil yens para ir tirando. Me preguntaba qué sucedería si alguien me descubría allí robando. ¿Qué sucedería si Araki o cualquiera de los otros se extrañaban al ver las luces de aquella planta encendidas y se acercaban hasta donde yo estaba y me descubrían? Pensé que daría un empujón a quien fuera y saldría corriendo. Estaba muy nervioso, me temblaban las manos y tenía la frente cubierta de sudor. Estaba cometiendo un pecado, y además un pecado contra la propia orden que me había acogido y me había ofrecido la posibilidad de convertirme en un dios viviente. Sentía que caía por un pozo oscuro y me hundía hacia lo más hondo, hacia lo más negro, hacia lo más negro de lo negro. Pero no podía parar. Había allí tanto dinero, quizá millones de dólares en billetes de dólares americanos, dólares de Singapur, libras esterlinas y dólares australianos, que pensé que era posible que la sustracción no fuera notada. ¿Llevaría alguien la cuenta exacta de la cantidad de dinero que se guardaba en aquellas bolsas? Volví a colocar el panel de la pared en su sitio asegurándome de que todo estuviera como antes y que la violación del lugar secreto no fuera aparente a simple vista. De pronto me di cuenta de que tenía que salir inmediatamente del *dojo*, que no podía coger nada de lo que tenía arriba ni despedirme de nadie. En realidad, no tenía nada que llevarme. No tenía nada mío en el *dojo*, nada personal, ningún objeto, ningún recuerdo, ni siquiera una foto, ni una postal, ni una carta. El único documento personal que tenía, mi carné de conducir, estaba en mi bolsillo. Tenía algo de ropa en mi cubículo, pero no necesitaba ropa. Por suerte, como había dicho que iba a salir a la calle, me había puesto mi traje, una camisa blanca y una corbata oscura, y había dejado atrás también la toga de Aum, con la que sería fácilmente detectable y que marcaría mi presencia en mitad de una multitud igual que un aspa roja. El único objeto personal que tenía en mi cubículo era una piedra redondeada que había cogido en la playa cuando tenía doce años y había llevado siempre conmigo hasta entonces, pero no era más que una piedra. Tenía una marca blanca en el centro que parecía una gaviota con las alas desplegadas. Yo siempre había imaginado que era una gaviota con las alas desplegadas y que esa gaviota era yo. Pero ahora la gaviota por fin abría las alas y volaba, de modo que tenía cierto sentido que dejara la piedra atrás. Lo único que necesitaba realmente era un ordenador, pero no pensaba llevarme ninguno de los ordenadores de Aum, ya que la policía tendría las IP de todos y si lo usaba en línea podrían localizarme fácilmente y encontrarme allí donde estuviera. Pensé en Araki y en la desilusión que se llevaría

al enterarse de que yo había robado y había huido. Pero ya no había vuelta atrás. Recuerdo que todo mi cuerpo temblaba violentamente. Me temblaban las manos y las rodillas, tanto que apenas podía andar. Apagué las luces, bajé a la planta baja, me puse los zapatos que estaban colocados en el zapatero de la entrada, y salí a la calle. Era una cálida noche de Agosto. El calor era agobiante. La humedad, junto con los nervios que había pasado, me habían hecho transpirar tanto que tenía la camisa literalmente empapada.

Eché a caminar por las calles, temblando como si tuviera fiebre. ¿Qué sucedía si volvía a detenerme la policía y me encontraban con una maleta llena de dinero? Llevaba la maleta abrazada al pecho, temeroso de que me la robaran. Luego pensé que aquella actitud podía parecer sospechosa, y que debía intentar aparentar normalidad.

Sentía ansiedad al encontrarme en un espacio abierto, en el centro de una ciudad llena de millones y millones de personas. Me crucé con un grupo de muchachas con minifalda de cuadros, camisas blancas y pañuelitos al cuello, cada una de ellas hablando con un móvil. Me extrañó que sus móviles fueran de colores, uno rosa, otro fucsia, el otro violeta. En el cielo nocturno había una especie de zepelín iluminado con un cartel publicitario de Sony. Caminé por las calles de Kameido alejándome más y más de la sede de Aum. Pero no podía alejarme tan rápido como hubiera deseado. Iba caminando por los callejones, evitando las calles grandes y las aceras llenas de transeúntes. Recuerdo que pasé al lado de una peluquería que estaba en uno de los callejones, y que una muchacha que había en el interior me miró con curiosidad y luego me sonrió. Debía de estar aburrida. Tenía un peinado en forma de torre de Babel con el pelo teñido de naranja, los labios pintados de azul y los párpados de morado. Era tan extraña como una extraterrestre. Crucé una avenida mirando a todas partes, temiendo encontrarme a la policía y al joven policía del polo blanco, y luego llegué a la estación de tren de Kameido. De pronto me di cuenta de que no tenía dinero en el bolsillo, y que tendría que abrir la maleta para sacar el dinero necesario para pagar el billete. De modo que entré en los servicios de la estación, me metí en una de las cabinas, abrí mi maleta con dedos temblorosos y extraje cinco mil yens. Calculé que con esa suma habría suficiente por el momento y que ya no tendría que volver a abrir la maleta hasta que me encontrara en un lugar seguro.

Me metí en la estación sin saber adónde ir. Hay dos líneas de tren en la estación de Kameido. Opté por la línea JR Este. Me puse a mirar el mapa de trenes y de conexiones. Me sentía mareado. Como enfermo. Como borracho. Como con fiebre. Las líneas de colores cruzaban en todas direcciones. Se mezclaban las líneas del metro subterráneo con las del ferrocarril elevado. No sabía adónde ir. Pensé que debía salir de Tokio, pero ¿adónde ir? Debería marcharme a otra ciudad, porque una ciudad es el lugar perfecto para desaparecer y ser completamente anónimo. Pensé en Sapporo. Pensé en Kioto. Pero esas ciudades estaban demasiado lejos, y sentía un temor enfermizo a mostrarme en público, expuesto a la vista de todo el mundo. Tenía

la sensación de que todos me miraban, de que todos los que me rodeaban intuían que había algo extraño en mí. Me daba miedo que alguien pudiera considerarme sospechoso o me identificara como miembro de Aum o encontrara sospechoso el maletín que llevaba e informara de mi presencia a la policía. No creía poder soportar un viaje de horas y horas en un tren, temiendo a cada paso que alguien fuera a abalanzarse sobre mi maleta llena de dinero o que alguien me reconociera como miembro de Aum o incluso que el policía musculoso del polo blanco apareciera de nuevo y se me pusiera enfrente mirándome fijamente a los ojos y empezara a preguntarme cuál era mi nombre y qué llevaba en la maleta y a decirme que daba la impresión de que tenía algo que ocultar. De modo que decidí dirigirme a Yokohama, a unos cuarenta minutos en tren del centro de Tokio. Cogí el tren JR Este hasta Shinjuku, y allí cambié a la línea JR Shonan Shinjuku, aunque compré un billete hasta Ofuna para despistar a mis posibles perseguidores. El viaje hasta Yokohama me relajó un tanto. El ferrocarril volaba sobre las calles de Tokio, aquella inmensa metrópoli donde trece millones de almas perdidas vagaban de acá para allá, volaba en dirección al sur atravesando barrios y avenidas iluminadas y llenas de automóviles y de autobuses y de motocicletas, y de rascacielos iluminados y avenidas llenas de carteles de neón, y casi sentí algo parecido a la paz cuando dejábamos atrás la capital, aunque en realidad Tokio y Yokohama están completamente unidas. Al llegar a la parada de Yokohama, vi que la estación de ferrocarril tenía conexión con el metro local, de modo que me metí en el metro y me fui hasta la zona moderna de Yokohama, conocida como Minato Mirai. Tenía que encontrar un lugar para dormir. Era una noche ardiente, de calor y humedad insoportables y yo me sentía completamente agotado. Ahora que me encontraba lejos de Tokio, en una ciudad en la que jamás había estado, donde nadie me conocía y donde a nadie se le ocurriría buscarme, me sentía más tranquilo. Así fue como llegué al Hotel de la Ciencia. El edificio apareció ante mí, como un sueño materializado, una torre de veinticinco pisos brillantemente iluminada como si fuera una nave espacial lista para despegar. Me sorprendió el nombre, porque hoy en día es difícil encontrar un hotel grande y moderno que no pertenezca a alguna cadena multinacional. En el inmenso *lobby* había aire acondicionado y música suave, y hombres de negocios elegantemente vestidos conversaban en grandes sofás de cuero negro en medio de suelos de madera antigua y preciosos arreglos florales. Recuerdo que iba avanzando a través de aquel *lobby* dividido en salones y en diferentes niveles separados por escalones como el que se adentra en un sueño. El estilo era occidental, pero lleno de detalles del Japón tradicional, todo decorado con un lujo extravagante y exquisito. Había enormes peceras con peces de colores, dragones chinos de piedra como los que se encuentran en las entradas de los templos y camareras vestidas con cofia, delantales blancos, minifaldas negras, medias color humo y zapatitos de tacón, que me parecieron impúdicas como prostitutas. Un pianista vestido con un traje de terciopelo azul celeste y gruesas gafas como las que llevan los ciegos tocaba *My Way* en un piano de

cola blanco. Había zonas casi en tinieblas iluminadas con diminutos halógenos incrustados en el techo y un bar inmenso negro, blanco y dorado con enormes columnas negras que se perdían en las alturas y cuyas camareras iban vestidas con *qipaos* chinos rojos estampados con flores amarillas y tenían flores frescas en el pelo. Era como entrar en el fondo de la mente, en el lugar de las visiones paradisíacas. Pensé que debía salir de allí y buscar un establecimiento más barato, pero la idea de vagar de nuevo por las calles de Yokohama en busca de un hotel se me hacía insoportable. Además, tenía una maleta llena de dinero, y podía permitirme cualquier lujo. Me acerqué a la recepción y pedí una habitación en un piso alto, lo más alto posible. Tenían diferentes precios, incluso una *suite* de tres habitaciones en el piso superior, desde el que había una vista espectacular del puerto y de los rascacielos de Minato Mirai. Pero yo no quería nada espectacular, ni tampoco vistas. Opté por una habitación de precio medio en el piso 17 que, según me explicaron, tenía un cuarto de baño muy grande con un *ofuro* muy cómodo. Rellené la ficha de admisión y me pidieron una tarjeta de crédito. Dije que pagaría por anticipado y en metálico, y el empleado de la recepción me explicó que podía pagar en metálico si lo deseaba, pero que debía facilitar el número de una tarjeta de crédito de todos modos, que era un requisito exigido por el hotel. Yo llevaba tanto tiempo fuera del mundo que ya no conocía las normas de la vida corriente. Solicité hablar con el encargado y me ofrecí a pagar un depósito en metálico si fuera necesario. Finalmente, todo se arregló. Pagué los quince mil yens que costaba una noche en el hotel y me entregaron una tarjeta magnética dentro de un sobrecito de cartón. Yo jamás había usado este tipo de tarjetas y pregunté que por qué no me daban una llave. Como ves, estaba completamente fuera del mundo, y me sentía asustado, frustrado y humillado. El empleado me explicó cómo se utilizaba la tarjeta magnética. Era evidente que me consideraba un paleta, y no se preocupaba por ocultar su desdén.

Me dieron la habitación 1729, en el piso 17. Nada más entrar cerré la puerta con cerrojo y con el pasador metálico y guardé la maleta dentro de la caja fuerte después de poner una combinación sencilla de recordar: 231 955, la fecha de nacimiento de Asahara Shoko. Luego examiné la habitación. Era muy amplia, mucho más grande que el cubículo en el que había dormido durante años en el *dojo*. Había dos camas, una mesa grande de trabajo en uno de cuyos extremos estaba la televisión, varias sillas, un rincón con una mesita baja de cristal y dos butacas, un armario amplio para colgar ropa, y un mueble con una nevera en la parte inferior y una cocina y una pequeña pila en la parte superior, con un pequeño armario de cocina en el que había vajilla, cazos, una plancha, cuchillos, una tabla de cortar, una licuadora, batidora, tetera y calentador de agua. Había un pequeño balcón, también, con dos sillas plegables y una mesita metálica. Desde allí arriba se veían los rascacielos iluminados de Minato Mirai, la noria gigante del Cosmo Clock y los muelles y las grúas del puerto, pero a mí no me interesaban las vistas y corrí las cortinas. Lo mejor de todo era el cuarto de baño. El *ofuro* era muy grande: una familia entera había podido caber

allí dentro. El *ofuro* tradicional no es como una de vuestras bañeras, sino más bien como una pequeña piscina. Lo primero que hice fue llenarlo de agua caliente, quitarme la ropa, y después de darme una buena ducha y enjabonarme con un frasquito de gel del hotel con aroma de flor de melocotón y de quitarme de encima la suciedad y el sudor, hundirme en el agua tibia del *ofuro* para dejar que todas mis preocupaciones y temores se disolvieran. Hacía años, muchos años, que no tomaba un baño como aquél. Uno en la vida siempre dice demasiadas veces la frase «eso lo cambió todo» y siempre piensa que las cosas han cambiado cuando en realidad todo sigue igual que antes, pero a veces pienso que aquel baño fue verdaderamente el punto de inflexión, lo que lo cambió todo. Cuando salí, puse el aire acondicionado a una temperatura agradable, pedí por teléfono una sopa de langosta y una ensalada al servicio de habitaciones y esperé la llegada de la cena envuelto en el albornoz blanco del hotel. Tienes que comprender que para mí todo aquello era tan fascinante y asombroso como si hubiera muerto y hubiera llegado al paraíso. Te aseguro que mi primer impulso, al abrir el menú del servicio de habitaciones, fue buscar algún plato de tofu, o quizá unos fideos de alforfón con salsa de sésamo, es decir, algo que no contradijera en exceso la dieta de un devoto de Aum. Pero yo ya no estaba en Aum y me había convertido, de hecho, en un enemigo de Aum. Después de cenar me tendí en la cama desnudo, ya que no tenía pijama de ninguna clase, y dormí durante diez horas.

Así comenzó mi vida de *hikikomori*.

Salí pocas veces de mi habitación a partir de ese día, y no volví a salir a la calle.

El hotel tenía varias *boutiques* en la planta baja y en la primera planta, y estaba comunicado mediante escaleras mecánicas con un extenso *mall* subterráneo en el que era posible encontrar prácticamente cualquier cosa que uno necesitara. Decidí que me quedaría un par de semanas en aquel hotel, y pregunté en la recepción si me harían un precio especial al prolongar mi estancia. La empleada de la mañana era bastante más simpática que el de la noche y me dijo que, en efecto, si permanecía dos semanas en el hotel, la tarifa se reduciría a siete mil quinientos yens por día. Pregunté si podría pagar en dólares americanos o singapurenses y me dijo que el hotel aceptaba divisas y que podían incluso cambiármelas por moneda nacional si lo deseaba. De modo que pagué una semana por anticipado, cambié dólares singapurenses por yens y luego me fui a comprar ropa en las *boutiques* del hotel. Compré dos pantalones, dos camisas, ropa interior, calcetines, unos deportivos, unas sandalias, cinco polos de distintos colores, dos corbatas, camisetas de algodón, dos pijamas ligeros, un *blazer* azul, una mochila de tela y dos pantalones de deportes. Compré además una guía de los ferrocarriles japoneses, una libreta, tres rotuladores negros y un pequeño mapa de Yokohama. Llevé toda la ropa a mi habitación, la desenvolví y la coloqué en las perchas y en los cajones del armario. Necesitaba también una maleta para el momento en que me marchara de allí, pero no era urgente. Tardé, de hecho, tres años en comprarme aquella maleta. Esa primera mañana hice además otra compra

importante: adquirí un magnífico ordenador Apple con todas las dotaciones técnicas *state of the art* que existían en ese momento y lo instalé en la mesa de trabajo de mi habitación. Así fue como comenzó mi vida de *hikikomori*. Ni que decir tiene que tuvieron que pasar tres años para que usara por primera vez el traje y el *blazer* que acababa de comprarme. Con el resto de la ropa podía arreglarme teniendo en cuenta que enviaba ropa a lavar una vez a la semana. El mapa de Yokohama y la guía de ferrocarriles japoneses no llegué a usarlos jamás, pero estaban siempre encima de mi mesilla. No sé por qué, me gustaba verlos allí. A veces, antes de dormirme abría el mapa de ferrocarriles y consultaba los itinerarios y horarios de las líneas. También solía llevármelo al baño para consultarlo mientras hacía mis necesidades. Llegué a aprenderme muchos itinerarios de memoria.

Cuando decidí instalarme definitivamente en el Hotel de la Ciencia, hice algunas compras más. Compré varios aparatos de gimnasia para mantener la forma física, y a lo largo del tiempo adquirí más ropa, algunos libros (aunque en la web podía encontrar prácticamente cualquier lectura que deseara) y muchos accesorios informáticos. Todo lo compraba en las *boutiques* del hotel o en el *mall* subterráneo y lo cargaba a mi cuenta del hotel, que pagaba mensualmente, dado que todas las tiendas asociadas al hotel tenían ese trato preferente para los huéspedes del Hotel de la Ciencia. Lo hacía todo a través de la red, consultar los catálogos de las tiendas, hacer los encargos e incluso chatear con los empleados preguntándoles detalles técnicos de las máquinas que deseaba adquirir. Era maravilloso pensar que estaban allí mismo, diecisiete pisos más abajo, y que los artículos sobre los que charlábamos existían realmente y pronto serían entregados en mi puerta, y que nadie sabía quién era yo. Yo era, simplemente, la habitación 1729.

No sé cuándo tomé la decisión de quedarme indefinidamente en la habitación 1729 del Hotel de la Ciencia. Supongo que no fue realmente una decisión. Después de pasar dos semanas allí escondido, había llegado el momento de decidir qué hacer a continuación. Entonces descubrí que no quería abandonar mi refugio. Me daba miedo salir de allí, enfrentarme otra vez a las calles, a la policía, a Aum. Ahora era un sospechoso, un ladrón, un prófugo. Podrían meterme en la cárcel por conspiración en los crímenes de Aum y los propios responsables de Aum podrían buscarme, torturarme y matarme. Claro que no me imaginaba a Araki torturándome con electricidad, ni a ninguno de los ordenados a los que conocía en la sede de Kameido, pero poco a poco me iba enterando de todas las cosas que había estado haciendo la secta a lo largo de los años y he de decir que me sentía aterrado. Extorsiones, asesinatos, raptos, torturas, armas químicas... De modo que me refugié en mi habitación del Hotel de la Ciencia, y mi conexión con internet sustituyó al mundo. Pregunté cuánto me cobrarían por una estancia indefinida en el hotel, y me ofrecieron un precio mensual que ascendía a unos veinticinco mil dólares al año. Tuve que hablar con el gerente del hotel, lo cual me puso bastante nervioso. Sin embargo, no había nada irregular en lo que yo pretendía, aunque fuera muy poco habitual. Hay

muchas personas que viven en hoteles, incluso durante años. Algunos viven en un hotel toda su vida. El hecho de que yo no saliera nunca de mi habitación no entraba en la discusión, porque una persona es libre de entrar o salir de su casa como mejor le parezca. También resultaba extraño que yo no tuviera una tarjeta de crédito, aunque, que yo sepa, todavía no existe en Japón ninguna ley que obligue a los ciudadanos a tener tarjetas de crédito. El mánager me explicó que las normas del hotel exigían que hubiera siempre un número de tarjeta de crédito *por seguridad*, y que pedían tarjetas de crédito incluso a los numerosos hombres de negocios que se hospedaban en el Hotel de la Ciencia con todos los gastos pagados. Le dije que entendía su situación, pero que yo podía pagar por anticipado cada mes de estancia y dejar además una suma a modo de depósito de seguridad. El mánager no parecía convencido. Era un hombre de unos cincuenta años, vestido de forma muy elegante, con una corbata plateada que llevaba anudada al estilo inglés. Me dijo, como si estuviera hablando consigo mismo, que la vida privada de sus clientes no le concernía, y que quizá a Hacienda le interesaría saber por qué razón tenía yo tanto dinero en metálico, pero que tener dinero en metálico no era ningún crimen y que, por otra parte, él era sólo el mánager de un hotel y no un inspector de Hacienda. Me ofreció un puro y le dije que no fumaba. Luego me ofreció un *whisky* de malta y le dije que no bebía. Creo que, en general, y a pesar de estos pequeños desaires que me vi obligado a hacer (en Japón no se considera de buena educación rechazar una invitación a beber), la entrevista fue muy satisfactoria. Dejé un depósito de dos mil dólares, equivalente al límite mensual habitual de una tarjeta de crédito, y eso fue todo. A partir de entonces, nadie volvió a molestarme. Una vez al mes, un empleado subía a mi habitación con un recibo por duplicado. Yo le entregaba un sobre con el dinero, firmaba ambos recibos y me quedaba el mío. Aparte de la mujer de la limpieza, que era una señora de unos treinta años que se llamaba Kameko, ése era todo mi contacto con el mundo exterior.

Le pregunté qué hacía todo el día metido en aquella habitación.

Bueno, lo habitual, me dijo.

Me despertaba al atardecer. Tomaba un desayuno ligero. Hacía unas dos horas de ejercicio en mis aparatos de gimnasia. Tenía un corredor, una bicicleta estática y un aparato de pesas. Solía correr al menos una hora todos los días. Hacía unos diez kilómetros diarios, aunque algunos días llegaba a hacer cincuenta kilómetros uniendo el corredor y la bicicleta. Hacía pesas, brazos, piernas, abdominales. Si Aum me había dejado algo bueno era el sentido de la disciplina, la idea del entrenamiento. Al final de mi ejercicio tomaba suplementos alimentarios, glucosa, líquido y barritas energéticas.

Luego me daba una ducha, y dedicaba una hora a mi práctica espiritual. Me sentaba en la postura del loto y cantaba el mantra durante una hora. A veces durante dos horas. Hacía posturas de yoga y meditaba.

—Ah, ¿sí? —pregunté—. ¿Seguías con tu práctica a pesar de todo?

—Es difícil abandonar la práctica de golpe —me dijo—. Se siente un horrible

vacío, una tremenda sensación de fracaso. La práctica religiosa no es una cosa externa. Se convierte en el corazón de tu vida y en la razón de tu existencia. Yo había borrado a Asahara de mi corazón. Estaba convencido de que era un hombre malvado. Pero sus acciones o su persona no me importaban. Yo podía incluso quitar Aum de mi vida, pensando que la obra de un hombre malvado debía de ser malvada también, pero lo que no podía quitar era mi práctica, las experiencias maravillosas que había tenido durante mis años en Aum. Las personas maravillosas que había conocido. Todo eso seguía viviendo dentro de mí. En realidad, no tenía otra cosa.

—Entonces, ¿tuviste experiencias maravillosas dentro de Aum?

—Claro —me dijo Noboru—. No todo era sufrimiento y comida insípida. En Aum estábamos en contacto con los dioses. Y no te olvides de que yo vi a Asahara levitando, suspendido en el aire en mitad de una habitación, a dos metros del suelo. Esas cosas no se olvidan fácilmente.

Con todo esto, me contó, llegaba la hora del almuerzo. Comía algo ligero, una sopa y una ensalada, o algo de marisco. El hotel tenía cinco restaurantes distintos, uno de ellos francés, y la oferta gastronómica era variada, aunque yo pedía a menudo platos muy sencillos. Al principio compraba alimentos frescos en un supermercado a través de la web y cocinaba yo mismo en la habitación. Rallaba un rábano, troceaba cebolletas y salteaba unas gambas en la sartén añadiendo un poco de salsa de soja, hacía sopas de fideos o platos de pasta al estilo italiano. Pero poco a poco abandoné la costumbre de cocinar, dado que pedir comida al servicio de habitaciones resultaba mucho más cómodo.

Después del almuerzo, que solía tomar cuando ya era noche cerrada, comenzaba la verdadera vida para mí. Sí, te aseguro que todo lo que hacía durante las pocas horas de luz que pasaba despierto no era más que una preparación para el momento en que me sentaba delante del ordenador, que estaba siempre encendido y siempre *on line*. Mi verdadera vida era mi vida dentro de la red.

Me pasaba toda la noche frente al ordenador, hasta que comenzaba a apuntar el amanecer. Entonces pedía la cena. Era una suerte que el hotel tuviera un servicio de restaurante de veinticuatro horas. Después de cenar seguía todavía un rato frente a la pantalla, hasta que comenzaba a sentirme verdaderamente agotado. Entonces llenaba el *ofuro* con agua caliente y me daba un buen baño relajante. Cuando el sol estaba bien alto en el cielo, me metía en la cama y me dormía.

Como sabes, yo estudié electrónica e informática en la universidad, y dentro de Aum estaba dedicado a cuidar de los ordenadores y de la red interna, aparte de trabajar en las páginas web de la secta. Pero yo nunca había sido un obseso de la red. Nunca había pensado que yo pudiera convertirme en un adicto a la red.

Cuando me hice *hikikomori* todo aquello cambió. El equilibrio de mi vida se rompió por completo, ¿comprendes? Como cuando uno cae en el alcoholismo. Como cuando uno cae en la locura, y se deja devorar, literalmente, por sus visiones nocturnas, sus miedos y sus obsesiones. Mi vida real desapareció, y mi vida virtual

creció tanto que lo ocupó todo.

La verdad era que aquella vida era apasionante. Me convertí en un *hacker*. Lo hice por pura necesidad. Como sabes, todos los ordenadores tienen una IP y dejan un trazo en la web. Todas las páginas web que visitas quedan registradas en algún lugar, y cada vez que visitas una página, aparece tu IP. Busqué maneras de esconder mi IP, de manera que mi paso era indetectado, o bien proporcionaba IP falsas. Hay maneras de hacerlo. Eso es lo más terrorífico de la red: hay maneras de hacerlo todo, porque todo son números, ¿comprendes? Todo son ceros y unos. En la red nada está seguro. No hay puertas. No hay lugares inaccesibles. En todas partes se puede entrar. Se puede tardar más o menos tiempo, puede hacer falta más o menos habilidad, pero todos los códigos pueden deshacerse y en todas partes puede entrarse y todo puede modificarse y todo puede destruirse porque todo son ceros y unos. Todo, absolutamente todo, las imágenes, las cuentas bancarias, los códigos militares.

La única forma de dejar algo fuera de la red es desconectar el cable USB de tu ordenador. Yo ni siquiera estaría tranquilo con un ordenador apagado y con el cable de conexión metido en el *socket*. El cable USB debe de estar fuera del *socket*. Sólo así puedes estar completamente seguro de que el flujo de información electrónica no circula, de que nada entra que no desees que entre, de que nada sale que no desees que salga. Quizá incluso esto cambiará con el tiempo, cuando nuestra conexión a internet se haga mediante chips que llevaremos dentro de la piel, o quizá incrustados en el cerebro, cuando la conexión con la red sea universal y a través del aire. Ahora el aire también está lleno de líneas *WiFi* y de líneas Bluetooth, es verdad, pero todavía necesitamos una máquina para conectarnos a internet. Llegará un momento en que la máquina sea nuestro propio cerebro. Entonces ya nada, ni siquiera nuestros pensamientos ni nuestros sueños, podrán quedar dentro de nosotros mismos. Y dará igual que estemos en lo más hondo de la selva, o en el interior del cráter de un volcán. En esos tiempos será necesario montarse en un cohete e irse a la luna para encontrar un lugar verdaderamente solitario, para estar solo de verdad.

Pero aún falta tiempo para eso.

También en mis actividades ilegales intenté pasar desapercibido. Pero ¡era tan divertido! No podía parar. Hice cosas inconfesables. Un demonio me poseía. No, una congregación de demonios.

No te contaré todas las cosas que hice en la red durante esos años. Me convertí en un adicto a la pornografía de la red. Me pasaba horas todas las noches visitando páginas pornográficas de todas clases, acumulando cientos de miles de fotos de mujeres desnudas y de vídeos de parejas haciendo el amor. Reuní una colección de casi cien mil fotos sólo de la revista *Playboy*, y me convertí en la máxima autoridad mundial en *playmates*. Poseía colecciones completas de todas las *bunnies* de *Playboy* jamás aparecidas, además de colecciones completas de todas las series de *Lingerie*, *Nude Girls*, *Vixens*, *College Girls*, *Summer Girls*, *Girls on Girls*, *Book of the Year*, *Beach parties*, *Housewives*, *All Natural*, *Exotic Beauties*, así como de las colecciones

completas de *Playboy* de los distintos países, desde Hong Kong a Venezuela y desde Italia a Brasil, pasando por Corea, Japón, España, México, Alemania... En realidad, me poseía la obsesión del coleccionista, aunque con la aparición de las *Cybergirls* el número de modelos aumentó de tal modo que resultaba imposible pensar en tenerlas *todas*. Sea como sea, mis favoritas eran las *playmates* de los años ochenta. Sentía verdadera adoración por algunas de ellas, por ejemplo por Sharry Konopski o por Cher Butler. Creo que estas dos eran mis favoritas. Pero había muchas que me gustaban. Sobre todo imágenes individuales de mujeres tan bellas que parecían criaturas sobrenaturales. Por ejemplo, una de Lisa Welch envuelta en una especie de bata de muselina transparente. Dorothy Stratten completamente desnuda, recién salida del baño y con la piel resplandeciente llena de espuma. La verdadera representación de Venus.

Lo malo de la pornografía de la red es que es enormemente variada. Uno se harta de acumular fotos de mujeres bellísimas desnudas. Entonces busca fotos de mujeres reales, fotos colgadas por maridos y por novios morbosos. Luego busca películas reales. Luego siente curiosidad por las mujeres negras, por las embarazadas, por las jovencitas que se fotografían a sí mismas en su cuarto de baño o en su dormitorio, por las películas rodadas por maridos cornudos que disfrutaban viendo a su mujer con otro, por las orgías, por las despedidas de soltera en que montones de chicas y mujeres normales se dedican a mamársela a los boys de una discoteca, por fiestas de estudiantes, por vídeos de jóvenes sin moral que violan a chicas borrachas. Siempre hay cosas nuevas. También practiqué a menudo el sexo virtual utilizando webcams, seduciendo a amas de casa aburridas que colocaban la cámara de modo que se viera todo su cuerpo desnudo hasta la barbilla sin revelar su rostro. Tuve varias novias. Con algunas hablaba durante horas y no tenía relaciones sexuales, con otras era sólo sexo. Todo esto se terminó cuando conocí a Ariko.

También me encontré con fantasmas. ¿No has oído hablar de los fantasmas de la red? Algunos son hombres, otros mujeres, otros son las dos cosas y otros no son ninguna de las dos cosas sino algo completamente diferente. Había una muchacha fantasma que me perseguía, me perseguía de sitio en sitio y de IP en IP y yo no podía comprender cómo era capaz de trazar mis pasos. A veces la veía atravesar rápidamente la pantalla.

Algunos piensan que estos fantasmas son usuarios. Pero no lo son. Están *dentro* de la red, ¿comprendes? No hay usuario.

No te podrías creer la cantidad de cosas que hice a lo largo de los años. Mi vida digital era como un viaje asombroso por paisajes llenos de flores y ciudades brillantes pobladas de mujeres exóticas y fiestas con música atronadora. Creé una ciudad digital Yorunohana City, YNH City, y comencé a crear allí negocios y a vender apartamentos y pronto YNH City se convirtió en una gran metrópoli del mundo virtual. En YNH City casi siempre era de noche. Hice un día que duraba sólo cuatro horas. Tres horas y media, y el cielo ya se llenaba de rojo y comenzaba el crepúsculo. Ciudad de la Flor

de la Noche. A través de YNH City gané mucho dinero. Sólo con las ventas de dinero virtual de YNH, con el que sólo se podían comprar cosas virtuales, amasé una pequeña fortuna. Abrí varias cuentas en bancos *on line*, siempre con IP y perfiles falsos. De este modo, mis ingresos se hicieron prácticamente ilimitados. Aparte del dinero que había robado en Aum, y que me permitiría mantener aquel modo de vida durante un número indefinido de años, ahora tenía fuentes de ingresos y cuentas con dinero por todas partes. El dinero, al fin y al cabo, ya no es otra cosa que ceros y unos. Y el que domina los ceros y los unos domina el mundo.

Al principio tenía una imagen de Asahara como fondo de pantalla. Luego la cambié por una foto de una galaxia. Y sin embargo, cuando veía la galaxia brillante en medio del negro absoluto del cosmos, me parecía seguir viendo los ojitos ciegos de Asahara brillando por debajo. No sé. A lo mejor era el reflejo de mis propios ojos sobre la pantalla de cuarzo líquido. Pero tenía la sensación de que Asahara me contemplaba todo el rato, que me miraba todo el rato y que sabía de mí. Tenía la sensación de que Asahara sabía perfectamente dónde estaba yo y qué hacía a cada instante, que su carita redonda, parecida a la de un rey mogol, me observaba día y noche con su sonrisa contenida. Y también tenía la sensación de que, lejos de sentirse desilusionado o irritado conmigo, contemplaba mis acciones con aprobación y con orgullo.

Crueldad.

Imaginación.

Instinto de supervivencia.

Es decir, destrucción.

¿No era esto lo que, según Asahara, significaba el término sánscrito «Aum»?

¿No eran estos mismos preceptos los que yo había seguido, de forma implacable, en mi huida al Hotel de la Ciencia?

Una noche vi a Asahara. Le vi allí, a mi lado. Yo estaba sentado frente al ordenador. Por la noche sólo dejaba encendida una pequeña luz halógena en una esquina de la mesa a fin de ver bien el teclado, pero el resto de la habitación quedaba sumido en la oscuridad. De pronto me volví, y vi a Asahara sentado al fondo de la habitación, sobre la mesilla de la cama que yo no utilizaba. Estaba allí sentado, vestido con una de sus túnicas color violeta. Me miraba, y sonreía. Yo no me asusté. De pronto, ver allí a Asahara me parecía lo más natural. Era como un milagro, ciertamente, pero ¿acaso no era natural esperar que Asahara obrara milagros? Mi corazón saltaba de felicidad. Hice girar mi silla lentamente y luego me dejé caer hasta el suelo, donde quedé de rodillas. Sin dejar de sonreír, Asahara se puso un dedo sobre los labios, indicándome silencio. Yo sólo dije: «¡Sensei!», y junté ambas manos sobre el pecho a modo de saludo devocional.

Yo sabía que Asahara no estaba realmente allí. Sabía que estaba en Tokio, en una prisión de alta seguridad, aguardando a que se cumpliera su sentencia de muerte. Pero sabía también que Asahara tenía el poder de la bilocación, y que podía estar en

distintos lugares a la vez. Aunque mantuvieran su cuerpo físico encerrado en una celda, él podía crear cuerpos energéticos a voluntad e ir a cualquier lugar que deseara. Por eso no me extrañó que apareciera de pronto en mi habitación. Dije otra vez «sensei» en voz alta.

—Shambhala San —dijo él, llamándome por mi nombre de iniciado.

—¿Por qué, Maestro? —pregunté—. ¿Por qué?

Asahara me miraba con una expresión verdaderamente divertida. Tenía las manos sobre las rodillas, como si pensara ponerse de pie en cualquier momento.

—«Por qué» —repitió él con la voz que yo había oído tantas veces, su voz más grave y armoniosa—. «Por qué». ¿Tiene derecho Shambhala a preguntar por qué?

—Sensei —dije yo, haciendo muchas reverencias en señal de respeto.

—Todo es un juego —dijo Asahara—. ¿Comprendes, hijo mío? Toda la vida humana no es más que un gran juego.

—Sí, Maestro.

—No podemos hacer otra cosa más que jugar. Nos obligan a hacerlo.

—¿Nos obligan, sensei?

—Somos obligados a hacerlo, sí.

—Pero ¿quién nos obliga? —pregunté—. ¿Quién, sensei? ¿Quién nos obliga?

—Los dioses —dijo Asahara—. Los dioses nos obligan a jugar, hijo mío. Nosotros somos las piezas de su juego. Eso es todo.

—¿Quiénes son los dioses, sensei? —pregunté.

—Los dioses son ratones y polvo —dijo él mirando a lo alto con gesto soñador—. Son odio y miedo... son insectos, insectos que viven en las venas y en los nervios...

—Pero ¿por qué, sensei? ¿Qué quieren de nosotros?

—¿Qué quieren? —dijo Asahara—. ¿Qué quieren, pregunta Shambhala San? Quieren vivir. Quieren sentir. Quieren nuestra luz.

—¿Y nosotros qué somos para ellos?

—Alimento.

—¿Alimento?

—Sí, hijo mío, somos su alimento.

Entonces Asahara se levantó de la mesilla, y desapareció. Se levantó y caminó hacia el fondo de la habitación, y se perdió en la oscuridad, simplemente se hundió en la oscuridad del fondo de la habitación. Yo me quedé esperando unos minutos. Luego encendí todas las luces y me acerqué al lugar donde había visto a Asahara. No había ni rastro de él, como era de esperar. Yo buscaba alguna señal de que lo que había visto era real. No sé qué buscaba. Un rastro de polvo de oro. Una flor milagrosa. Una palabra flotando en el aire. Una gema misteriosamente aparecida en el suelo. Una perla. La huella de un pie descalzo sobre la moqueta. Pero no había nada, nada, nada. Examiné el fondo de la habitación por donde había desaparecido Asahara. Busqué, con pasión inútil, una puerta secreta. Aparté las cortinas, rocé las paredes con los dedos, busqué resortes escondidos que abrieran un panel movedizo. Intenté ver restos

de ectoplasma en el aire, aspiré para registrar la presencia de algún perfume extrasensorial. No había nada, nada, ningún signo físico de que lo que había visto no fuera una alucinación.

Y sin embargo, no era una alucinación.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. ¿No eras tú mismo el que me decía que a veces ves cosas que no están ahí?

—Sí, es cierto —dijo Noboru bajando la cabeza.

Y luego, como solía hacer, quedó callado un largo, largo rato, con los ojos fijos en el mar.

Sí, continuó al cabo de un rato, ésa es mi vida. Me pasé media vida dentro de una secta religiosa siendo un monje, observando el celibato y dedicado a la práctica espiritual más extremada, y luego robé doscientos mil dólares, me escondí en un hotel de lujo de Yokohama y me pasé tres años viendo pornografía en internet.

¿Es ésa mi vida? ¿Es eso lo que he hecho con mi vida? Cuando pienso en ello, me dan ganas de llorar.

Sólo queda una cosa que contar, dijo Noboru. Sólo una cosa. Ariko. Es un nombre de mujer. Ariko. Hice muchas cosas en esos años, John. Mi vida se hundía en la negrura más absoluta. Hasta que conocí a Ariko.

Ariko me salvó. Porque Ariko me hizo, por primera vez, conocer el amor.

Ariko fue la razón de que saliera de mi habitación del Hotel de la Ciencia. Ella fue la razón de que comprara un billete de avión de Global Orbit y me fuera a Los Angeles para conocerla en persona. Sí, ella era japonesa pero, como te digo, viajaba mucho. Nuestro encuentro tuvo lugar en el Palacio de la Ciencia de Los Angeles, en un congreso internacional de neurociencia. Sí, ella también venía en el avión de Global Orbit. Volvíamos juntos a Japón, ¿comprendes? Estábamos enamorados, John. Yo nunca había estado antes enamorado. Volvíamos juntos a Japón para vivir los dos en la habitación 1729 del Hotel de la Ciencia y ser felices para siempre. ¿Comprendes? Y entonces el avión sufrió un accidente y cayó al mar y yo lo perdí todo, absolutamente todo.

Llega Ariko

—Noboru —dije—. Durante los primeros días me preguntaste si habíamos visto dentro del avión un sarcófago dorado.

—Sí.

—Tengo curiosidad. ¿Qué había dentro de ese sarcófago?

—No lo entenderías —dijo.

—Soy capaz de entender muchas cosas —le dije.

Noboru se puso de pie y avanzó unos pasos en dirección al mar. Se detuvo en el borde de la sombra de las palmeras. Más allá comenzaba la infinita extensión de sol, la resplandeciente arena de la playa que se fundía imperceptiblemente con el mar dorado cien metros más allá y luego las extensiones de espuma, y las hileras de olas que avanzaban lentamente en dirección a la tierra, y luego el mar abierto, con sus colores irreales, cuya intensa hermosura tenía algo de castigo implacable, de melancolía infinita, de jardín falso y encantador. Era como el principio falso y encantador de las bellas historias de la infancia aquel color del mar, aquel azul, aquel verde, aquel turquesa, como la entrada de un bosque lleno de promesas, de pájaros con cabeza de mujer y estatuas que recitan hermosos poemas. El chillido sempiterno de las aves marinas, su circunlocución constante en busca de peces en los verdes valles de calma que había entre las olas rompía el encantamiento, y al cruzarse sus sombras sobre las olas y sobre la arena, el salvajismo regresaba una vez más al mundo y el verde jardín desaparecía. Y sólo quedaba lo que es realmente el mar, una máquina ciega, un inmenso músculo que late pausadamente, una fábrica de medusas y de actinias, una cúpula de cristal azul celeste bajo la cual se esconde una noche eterna, puntuada por el brillo de los calamares bioluminiscentes y poblada de horrendas criaturas ciegas.

Quedó en silencio, mirando obstinadamente en dirección a la playa y a las olas que rompían en la arena una tras otra, y yo no seguí insistiendo.

Unos días más tarde volví a coincidir con él en el turno de vigilancia de la playa. No era raro, porque yo pedía muchos turnos y porque Noboru y yo nos habíamos hecho amigos. Estábamos charlando de cualquier cosa cuando vimos que algo grande se dirigía hacia la playa flotando entre las olas. Parecía un cuerpo humano, pero luego vimos que era demasiado blanco y demasiado grande para ser un cuerpo humano. Nos acercamos hacia el agua, Noboru curiosamente encogido y encorvado, como si temiera una explosión y yo dando esos saltitos característicos de los que usan muletas. Se trataba de un tiburón muerto, un impresionante ejemplar de cuatro metros de largo. Era un tiburón blanco, un devorador de hombres. Con ese tamaño tenía la capacidad de partir un cuerpo humano por la mitad con un solo bocado. Noboru corrió al poblado para avisar y vinieron un grupo de hombres para trocearlo y llevarlo

a nuestra despensa, pero llevaba demasiados días en el mar y había comenzado a descomponerse. Estaba lleno de diminutos cangrejos y de toda clase de parásitos repugnantes.

A partir de entonces, quién sabe por qué, el mar comenzó a escupir toda clase de derelictos en la playa del avión. Al día siguiente fue una tortuga gigante. Estaba viva todavía cuando llegó a tierra. Pensamos que a lo mejor venía a poner huevos, lo cual hubiera sido una buena noticia, ya que una tortuga pone cientos de huevos en una sola noche. Pero no era así. Venía a las playas de nuestra isla a morir, y a la mañana siguiente la encontramos ya medio devorada por las aves marinas. Yo recordé aquel sueño que tuve cuando estaba en el círculo de los meditadores. Hemos venido aquí a nacer, decía mi sueño. También la tortuga había venido a nuestras costas a nacer.

Dos días más tarde, fue una botella sellada con cera y con un mensaje en el interior. Dios mío, ¡una botella con un mensaje! Aquello sólo podía ser una broma. Yo me encontraba con Santiago en la playa en esa ocasión, y mi corpulento amigo no lo dudó un instante: rompió el cuello de la verde botella y extrajo el mensaje del interior con los dedos. Estaba escrito en un alfabeto incomprensible para nosotros, y contenía un pequeño mapa de la isla con una localización en algún punto de las montañas. A decir verdad, las letras escritas en aquel trozo de papel no parecían corresponderse con las de ningún alfabeto de los existentes en el mundo, y el mapa era tan esquemático que parecía difícil que a nadie le sirviera para encontrar nada. Más tarde lo mostramos a los otros náufragos y nadie reconoció los signos, aunque Roberto B. y Óscar Panero cogieron el trozo de papel para intentar desentrañarlo. Hovorka, el profesor de iconología, dijo que aquellos caracteres atractivos y exóticos pero poco convincentes le recordaban a los de la falsa escritura del Manuscrito Voynich, aparecido en Europa central a principios del siglo XVI y probablemente obra del mago renacentista inglés John Dee. Después de mucho trabajar, Roberto B. y Óscar Panero propusieron la siguiente traducción del texto, que estaría en una mezcla de francés, mapuche, italiano y náhuatl:

«El mundo es lo que es el caso. De lo que no se puede hablar, es mejor callar. Adolf Hitler».

Los argumentos con que defendieron su traducción eran tan ingeniosos y convincentes que muchas personas carentes de formación filosófica y que jamás habían oído el nombre de Ludwig Wittgenstein, quedaron convencidos de que aquella era la traducción correcta. A partir de entonces comenzó a florecer la teoría de que en realidad Hitler no había muerto y que después de la victoria aliada había logrado huir de Alemania (dejando atrás dos falsos cadáveres de Eva Braun y de sí mismo para despistar a sus enemigos) y se había refugiado en aquella isla, y que estaba allí, escondido en algún lugar del interior, junto con un grupo de fieles miembros de las SS. Todos aquellos falsos salvajes y «guerrilleros» que nos habíamos encontrado en el interior de la isla serían entonces descendientes de aquellos nazis refugiados en aquel confín del mundo. Roberto y Óscar, como es natural, se divertían de lo lindo

con su *hoax*.

El extraño mensaje de Adolf Hitler fue entendido como una justificación del Holocausto.

No fue éste el último derelicto llegado a la playa. Como siempre, las posibilidades bordeaban entre lo imposible y lo improbable, entre la casualidad y el milagro, entre el cero y el infinito. Noboru y yo estábamos de nuevo en el puesto de vigilancia cuando vimos que entre las olas venía algo flotando. Pero esta vez no era ni un tiburón muerto ni una tortuga avejentada ni mucho menos una botella con un mensaje. Se trataba de una enorme caja dorada que tenía la forma de un sarcófago.

Corrimos los dos en dirección al agua, y Noboru se lanzó a las olas para sacar el sarcófago a la arena. Jamás le había visto tan nervioso y excitado. Emitía ruidos salvajes de felicidad, extraños sonidos que estaban entre el gemido y el grito. Yo no podía ayudarle, porque a duras penas podía mantenerme en pie sin caer rodando, de modo que tuvo que ser él solo el que tirara del enorme sarcófago hasta sacarlo del agua. Era muy grande, pero no parecía excesivamente pesado. Debía de tener un metro de altura aproximadamente por más dos metros de largo, y tenía una forma muy elegante, con incisiones paralelas a lo largo de las caras más largas y un bonito moldeado en la tapa, que estaba atornillada al cuerpo del sarcófago mediante diez palometas. No sé de qué material estaba construido, probablemente de algún metal muy ligero que luego había sido laqueado con una pintura metálica de tono amarillo dorado muy brillante. Tenía dos asas a cada lado, también laqueadas en amarillo metálico, y una quinta asa en la parte delantera, que era la que utilizaba Noboru para tirar del sarcófago y arrastrarlo sobre la arena.

—¡Mira! —se puso a gritar, dando saltos como un loco—. ¡Mira, John, mira! ¡Ha salido del avión! ¡Ha encontrado su camino ella sola! ¡Ella sola ha salido de la bodega y ha venido a mí! ¡Ella sola!

Yo no acababa de entender qué significaba aquello de «ella». ¿Se refería al sarcófago?

Sin dudarle un instante, se puso a desatornillar las palometas, una por una. Cuando estuvieron todas sueltas, buscó en la parte delantera del sarcófago y abrió un pequeño panel que hasta entonces resultaba invisible. En el interior había dos botones y una especie de llave. Noboru apretó uno de los botones, luego el otro, dejó pasar unos segundos y a continuación hizo girar la llave. Se oyó un soplido poderoso, como el que suelen emitir los sistemas hidráulicos, y la tapa se elevó, separándose dos o tres centímetros del cuerpo del sarcófago. A continuación, Noboru la cogió y fue tirando de ella hasta deslizarla por el lado derecho del sarcófago y dejarla apoyada sobre la arena. Ahora el sarcófago estaba destapado, pero yo no me atrevía a acercarme para mirar en el interior. Lo único que veía era algo así como un forro color violeta oscuro, quizá de terciopelo. Noboru tampoco se acercaba, y después de dejar la enorme tapa dorada caída sobre la arena y apoyada en el costado del sarcófago, se retiró unos metros y se quedó inmóvil y con los ojos bajos. Dije su

nombre en voz alta y él me hizo señas con la mano de que esperara unos instantes. Entonces oímos unos sonidos en el interior del sarcófago. Algo se movía allí dentro.

Enseguida pudimos ver de qué se trataba. Una muchacha japonesa como de veinte años, perfectamente maquillada y con un uniforme de azafata de congresos, acababa de incorporarse en el interior del sarcófago. Miró a su alrededor, y al ver a Noboru sonrió. Luego se puso de pie. Llevaba un traje de chaqueta color azul cobalto muy elegante, chaqueta con solapas y botones dorados, falda corta muy entallada y un bonete azul sujeto con un par de alfileres a su negra cabellera, guantes blancos y una plaquita plateada con su nombre en letras rosadas en la solapa izquierda de la chaqueta. Era una muchacha bellísima, con una piel color melocotón y un rostro intensamente delicado, con labios perfectos pintados de rosa palo y unos ojos grandes y oscuros. Se acercó al borde del sarcófago y Noboru la ayudó a salir. Llevaba medias oscuras y zapatos negros de tacón. El nombre que se leía en la placa de su solapa era Ariko. Pensé que hacía mucho tiempo que no veía a nadie tan limpio y aseado. Su maquillaje era perfecto. Su peinado era perfecto. Sus negros cabellos lisos y resplandecientes eran perfectos. Su atuendo era perfecto. Incluso el bolsito que llevaba colgado del hombro izquierdo era perfecto.

Comenzaron hablando en japonés, pero enseguida Noboru regresó al inglés. Ariko hablaba un inglés excelente, con sólo una sombra de acento.

—Querida Ariko —dijo Noboru—. Cuánto tiempo.

—Señor Yamatori —dijo ella sonriendo tímidamente y haciendo una ligera inclinación de cabeza—. Kamarai Corporation está encantada de darles la bienvenida a su Congreso Anual y espera que disfruten durante su estancia en nuestro... en nuestro... Vaya —agregó mirando a su alrededor—. Vaya... ya no estamos en el Congreso, ¿verdad?

—No, Ariko —dijo Noboru—. Y no tienes que llamarme señor Yamatori. Mi nombre es Endo Noboru, pero puedes llamarme simplemente Noboru. Este caballero de aquí se llama John Barbarin.

—Oh —dijo ella volviéndose a mí y haciéndome una reverencia—. Encantada, señor Barubarin. Mi nombre es Ariko. Será para mí un placer atenderle en todo lo que... en todo lo que...

—Ariko —dijo Noboru—. Síguenos, por favor.

Regresamos a nuestro puesto de observación, y Ariko nos seguía caminando con cierta torpeza sobre la arena. Yo no podía apartar los ojos de ella. Era tan hermosa, tan perfecta, que me parecía casi un ser sobrenatural. Cuando mis ojos se cruzaban con los suyos, ella bajaba el rostro y sonreía tímidamente. Me pareció que una de las veces se ruborizaba. Luego nos sentamos de nuevo a la sombra de las palmeras, y Ariko quedó de pie al lado de Noboru con las manos cruzadas en la espalda y las rodillas juntas. Parecía casi una niña en aquella postura.

—Dime, Ariko —le dijo Noboru—. ¿Qué piensas de este lugar?

—Es muy bonito —dijo Ariko mirando a su alrededor con curiosidad y guiñando

un poco sus bellos ojos oscuros—. Sin duda un lugar perfecto para pasar unos días de descanso. Fuera de las obligaciones y de la rutina.

—¿Te gustaría bañarte? —preguntó Noboru.

—¡Oh, señor Yamatori! —dijo ella soltando una risita, ruborizándose intensamente y cubriéndose la boca con una de sus manos enguantadas—. Usted sabe que yo no sé nadar.

—¿De verdad? No lo sabía —dijo Noboru suspirando—. No sabes nadar. Sí, supongo que hay muchas cosas que no sabes hacer.

—Puedo cantarle una canción si lo desea —dijo Ariko—. Sé muchas canciones, tradicionales y también modernas. O recitarle un poema.

—No, no, gracias —dijo Noboru—. Y no me llames Yamatori. Mi nombre es Endo Noboru.

—Pero usted dijo que era el señor Yamatori —dijo la muchacha con extrañeza.

—Mentí —dijo Noboru—. Mi verdadero nombre es señor Endo. Endo Noboru. Noboru.

Luego quedó en silencio. La muchacha cruzó las manos sobre el regazo y quedó inmóvil y en silencio también. A mí me parecía extraño que estuviéramos los dos sentados y ella de pie a nuestro lado. Una falta de educación.

—Noboru —dije por fin, hablando en voz baja para que la muchacha no pudiera oírnos—. Esa mujer estaba dentro del sarcófago.

—Sí —dijo él—. En efecto.

—Pero lleva semanas herméticamente cerrada, sin comida ni bebida ¡ni aire! ¿Cómo es posible?

—Es posible porque no está viva —me dijo Noboru susurrándome al oído para que Ariko no pudiera escucharnos—. Por eso es posible.

—¿Es una autómatas? —pregunté sorprendido.

Noboru asintió, murmuró las palabras «inteligencia artificial» y luego apartó el rostro. Pareció pensar algo intensamente y luego le dijo a Ariko que fuera al sarcófago y trajera la maleta que encontraría en el interior. Le dijo que encontraría una maleta metálica amarilla y otra azul, y que debía traer la amarilla. Ariko hizo una pequeña reverencia y echó a caminar en dirección al sarcófago. Balanceaba ligeramente las caderas al andar.

—Sí —dijo entonces Noboru sin mirarme a los ojos—. Un modelo V-5000 diseñado específicamente para trabajar como azafata de congresos, para hacer presentaciones, sostener conversaciones intrascendentes, asistir a cenas, reír ante cualquier cosa que le digan y sostener con elegancia una copa de champán. La robé en una exposición sobre Inteligencia Artificial celebrada en Los Angeles. Vale millones de dólares, ¿sabes? Es un prototipo.

—¡Un prototipo! —dije yo.

—Vale millones —insistió Noboru—. Si me atrapan, me sacarán las tripas. Mi intención era vivir con ella en mi cuarto del Hotel de la Ciencia y ser felices para

siempre. Pero ya ves, hemos acabado aquí, tomando el sol y sufriendo picaduras de mosquitos veinticuatro siete.

—¿Felices? —dije yo escandalizado—. ¿Pensabas ser feliz con una máquina?

—Pero ¿qué dices? —dijo él muy enfadado—. ¡Si es perfecta! Y no te puedes imaginar cómo es el sexo con ella. Es una amante maravillosa. Jamás te niega nada. Jamás tiene «dolor de cabeza».

Yo le miré con gesto de extrañeza.

—Sé que esto te sonará muy machista —dijo Noboru bajando los ojos avergonzado—. Lo siento. No quería que sonara de ese modo. Yo la respeto, ¿sabes? Siento amor por ella, verdadero amor. No es mi esclava sexual. No la humillo. Ella y yo no fornicamos, hacemos el amor. Si la tratas mal, si le hablas mal o le das un bofetón, se echa a llorar o corre a encerrarse en el baño. No, no está programada para ser la esclava de nadie.

—Y sin embargo lo es —dije.

—Tengo que pedirte algo, John —me dijo con gesto de tremenda angustia, mirando a Ariko que regresaba ya del sarcófago con una pequeña maleta amarilla en la mano—. No le digas a nadie lo que es Ariko en realidad. Es muy importante. Y otra cosa: no se lo comentes a ella.

—¿Qué no le comente qué?

—No le digas que es una autómatas. Ella no lo sabe. Cree que es una persona real.

—¿Que ella *no lo sabe*?

—No, no lo sabe. Y no quiero que lo sepa.

Santiago la encuentra también

Uno de aquellos días, Santiago tuvo una experiencia verdaderamente intrigante. Había decidido ir caminando por la costa para coger huevos de los nidos de las aves marinas que a veces encontrábamos en la playa. No entiendo cómo se alejó tanto del poblado. Supongo que el hambre hace milagros. Se marchó por la mañana y regresó cuando caía la noche, sin haber encontrado huevos pero con una historia que contar.

Alrededor del fuego nocturno estábamos los habituales: Wade, Joseph, Rosana, Christian, Sheila, Joaquín, Xóchitl (ahora los dos iban siempre juntos a todas partes), Sophie, Noboru, Alphée y Lougarou y también otros que querían oír la historia de Santiago.

Nos contó que se había ido caminando por la costa en busca de huevos. Nos habló de las playas que había a continuación de la nuestra, y muy especialmente de la cala de las medusas, que yo recordaba bien de nuestra expedición anterior por esa costa. Nos habló de la zona pantanosa y de una costa de rocas rojas que revelaba el origen volcánico de la isla, arcos de roca y columnas de roca saliendo del mar y calas resguardadas de agua tan transparente que era posible ver a los cangrejos gigantes en el fondo de arena, nueve metros más abajo, aunque en ninguna parte había visto medusas como las de la cala de las medusas. Y más allá... Más allá, nos contó con ojos brillantes en los que había un destello de maravilla y de miedo, había una larga playa de arena, y frente a la playa había una propiedad. Un *estate* dijo.

Le preguntamos qué quería decir exactamente. Una propiedad rodeada de un muro de piedra, nos dijo. Sí, parecía increíble, pero era cierto. Era un muro de piedra de unos dos metros y medio de altura, con unas hornacinas semicirculares cada diez metros más o menos, que formaban algo así como bancos de piedra donde uno podía sentarse. ¿Un muro de piedra en mitad de la playa?, pregunté intentando imaginármelo. No, no, no estaba *en* la playa, dijo Santiago. El muro estaba frente a la playa, aunque no había selva en aquella zona. Había árboles, pero no árboles como los de la isla, no estos árboles locos que hay aquí, sino robles y álamos, como los que hay en Norteamérica... Lo primero que pensé, dijo Santiago, era que la propiedad pertenecía a un norteamericano, que había plantado allí los árboles que le recordaban a su país. Pero al otro lado del muro de piedra no había árboles. Sólo dos, dos árboles muy grandes, nos contó.

Había ido rodeando el muro de piedra en busca de una hendidura o de una puerta. El muro parecía rodear una propiedad bastante grande y desde fuera no se veía lo que había dentro. Le pregunté si había visto alguna nube de forma especial en el cielo, y él me miró entrecerrando los ojillos y con gesto de sospecha.

—Sí —dijo—. Sí, tío, el platillo volante estaba allí encima. Algunos dicen que es una nube, pero yo sé lo que es una nube y sé que *eso* no es una nube. Sí, estaba allí

arriba observándolo todo. Pero tú, ¿cómo lo sabes?

Caminando a lo largo del muro, que estaba cubierto de hiedra, había descubierto una pequeña puertecita metálica muy oxidada que no tenía cerrojo. La había empujado y había conseguido abrirla, aunque estaba muy enredada en las zarzas...

—Un momento —dijo Wade levantando una mano—. ¿Hiedra? ¿Zarzas? ¿En esta isla?

—No sé, tío, había zarzas. Sí, tienes razón, era la primera vez que veía zarzas en la isla... ¿Es eso tan raro?

—No hay zarzas en las islas tropicales —dijo Wade—. Las zarzas crecen en los climas fríos.

—Y ¿qué me dices de la zarza de Moisés? —dijo Santiago frunciendo el ceño—. Crecía en medio del desierto. La zarza que estaba ardiendo sin consumirse, ya sabes a cuál me refiero, ¿no?

—Tienes razón —dijo Wade riendo—. Pero, sea como sea, en esta isla nunca he visto zarzas.

Nos contó que había logrado abrir la puerta metálica y entrar, y que lo que había al otro lado era tan asombroso, tan increíble... Luego quedó callado, con los ojos bajos, como un gran bisonte melancólico que de pronto hubiera perdido el impulso y la determinación de contarnos aquello que había visto. Le pedimos que siguiera, pero creo que tenía miedo de que le tomáramos por un mentiroso o un loco.

Esto era lo que había visto Santiago: una pradera. Un amplio rectángulo de hierba verde. Una pradera fresca, dijo, como la que hay en los parques en América, ¿sabes? O en los campos de golf. Un prado, un pasto, un césped, dijo. Un gran césped verde. Pero lo más asombroso, nos dijo, es que aquel césped tenía aspecto de haber sido cortado hacía pocos días. Una semana como mucho. Parecía, de hecho, *recién segado*.

—No hacía calor allí dentro —nos contó Santiago, casi con lágrimas en los ojos—. Hacía casi frío, tío. Corría un aire fresco, tío, como en el otoño en Nueva York, como si de pronto estuviera en la orilla del Hudson y fuera Octubre. Casi podía sentir el olor del río un poco más allá. Pero no era un césped salvaje —repitió una vez más—, aquel césped lo había segado alguien no muchos días atrás. Era una especie de parque dividido en dos alturas separadas por un escalón de piedra, con una escalera de piedra a cada lado para alcanzar el nivel superior.

—Y en la parte superior había una casita —le pregunté, casi temblando.

—Sí, tío, una casa de piedra —dijo Santiago—. Como si fuera medieval, o algo así, como si fuera muy vieja... europea o algo así, ¿entiendes?

—Y estaba abandonada y con las ventanas rotas —dije yo—. Y tenía una puerta en el centro y una ventana a cada lado de la puerta. Y tenía un árbol a cada lado de la casa, un árbol claro y otro oscuro.

—Sí, tío —dijo él de nuevo aturdido—. Era así. Sí, exacto, había dos árboles. Pero la casa tenía dos pisos. ¿Cómo sabes todo eso? ¿Has estado allí también?

Le pregunté si había entrado en la casa, y me dijo que no, que de pronto había sentido miedo de estar en aquel lugar tan extraño. ¿Miedo?, pregunté. Le pregunté que si había visto algún animal extraño corriendo por allí. ¡No, joder, tío!, me dijo. ¿Un animal, tío? ¿Qué animal? Me estás poniendo la carne de gallina, se quejó Santiago. Joder, tío, allí no había ningún animal. Allí no había nadie, y además la casa estaba abandonada, con las ventanas rotas y el tejado roto, ¿sabes? Allí no había nadie aunque alguien había segado el césped hacía poco, y eso ya es la hostia de raro, tío, jodidamente raro, la hostia de raro. Luego me dijo en español: *¿tú comprendes lo que yo te estoy contando? Era la cosa más rara que yo vi en toda mi vida.* Pero ¿de qué tenías miedo?, le pregunté. No había nadie, no había nada amenazante. ¿De qué tenías miedo? Y yo vi que mi buen amigo no sabía expresarse, que se debatía angustiosamente en busca de palabras. No sé, tío, me dijo, del frío. Allí hacía frío. Era como estar de nuevo en New Jersey, en otoño, en las orillas del Hudson. Tenía miedo de que si no me iba de allí enseguida, la puerta metálica se cerraría y ya no podría volver a salir, ¿comprendes? Como en un episodio de *The Twilight Zone*, cuando te quedas aislado dentro de una franja de tiempo o te quedas atrapado dentro de un espejo... Como cuando estás en una casa de la que no puedes salir y en realidad esa casa está dentro de tu cabeza y tú en realidad estás en coma en un hospital... Algo raro, raro de verdad. Salí de allí disparado, tío, crucé la puerta metálica y me alejé de allí, y con las prisas y con el miedo, dejé mi arco y mis flechas allí dentro. Pero cuando me di cuenta ya estaba casi a medio kilómetro del muro de piedra y por nada del mundo habría vuelto.

Le pregunté a Santiago qué estaba haciendo cuando encontró aquel lugar. Me miró sin comprender y le pregunté si estaba cantando.

—Sí, tío —me dijo—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Estabas cantando?

—¡Sí!

Ahora todos me miraban con curiosidad.

—Tú sabes algo, tío —me dijo Santiago—. ¿Cómo sabes que estaba cantando? ¿Cómo sabes lo que había en aquel lugar? ¿Cómo sabes que había una casa y dos árboles?

Ahora todos me miraban expectantes. Joseph me preguntó si yo había estado allí. Si conocía aquel *estate* del que hablaba Santiago. Yo dudaba si decirles la verdad. Pero finalmente abrí la boca y se lo conté todo. Les hablé de la Pradera de mi infancia. Les hablé también del lugar al que había llegado cuando estábamos en los puentes de la autopista, en el interior de la isla. Les dije que había encontrado una Pradera allí que era idéntica a la descrita por Santiago, aunque no estaba rodeada por un muro de piedra, sino por un seto de arizónicas.

Ahora todo el mundo tenía cara rara. Joseph me miraba con gesto de preocupación. Sabía que yo no estaba mintiendo, y sabía que Santiago tampoco estaba mintiendo. Pero entonces, ¿qué pasaba en aquella isla?

Se organizó una expedición para regresar a aquel lugar e investigarlo con más detalle. Pero fue imposible. Jamás logramos encontrarlo. Recorrimos la costa siguiendo los pasos por donde había ido Santiago, pero la Pradera rodeada por un muro de piedra que él había encontrado jamás volvió a aparecer.

Wade encuentra un fantasma

Como ahora todas las armas estaban en manos de Kunze y los suyos, que se negaban a compartirlas, habíamos tenido que fabricar toda clase de armas primitivas para cazar: hondas, arcos y flechas, lanzas. Uno de aquellos días, Wade se adentró en la selva para cazar con un arco y unas flechas fabricados por él mismo. Teníamos tanta hambre que nos hubiéramos comido casi cualquier cosa, un pájaro, un lagarto, una ardilla. A mí me resultaba repugnante la idea de comerme una ardilla, pero sé que en algunas zonas de Estados Unidos se han comido ardillas en el pasado y que quizá se sigan comiendo en zonas rurales.

Wade encontró el rastro de un animal grande, quizá uno de esos cerdos salvajes de los que nos habían hablado los guerrilleros, y lo había estado siguiendo durante varios kilómetros. Así fue como llegó a las colinas donde estaba la antena, y había decidido acercarse de nuevo a las instalaciones abandonadas para ver si encontraba allí algo que pudiera servirnos de utilidad. La antena y los edificios que la rodeaban estaban situados en lo alto de una colina despejada y sin apenas vegetación. Cuando estaba sólo a unos centenares de metros del lugar, Wade creyó ver algo que se movía en el interior de uno de los edificios pasando de una ventana a otra. Se quedó inmóvil. Sin duda se trataba de algún animal que se había metido allí dentro, y si era un animal podría ser comestible. Pero ¿qué clase de animal podría meterse dentro de una edificación y ser visible a través de las ventanas? Tenía que ser un animal grande, y los únicos animales grandes que había en la isla eran los lobos. Wade llevaba un arco y diez flechas con las que podría, con suerte, matar algún pájaro o quizá a un mono capuchino, pero suponía que resultarían inútiles con un animal tan fuerte y corpulento como un lobo, a no ser que tuviera mucha suerte y mucha puntería. De modo que puso una flecha en el arco y se acercó lentamente hacia el edificio para intentar descubrir qué era lo que había allí dentro. Entonces lo vio con toda claridad: era un hombre, y empuñaba un rifle de dos cañones.

En un principio sólo vio el doble cañón azul asomando por una de las ventanas. El hombre estaba acurrucado detrás de la escopeta, y de él apenas se veían los cabellos oscuros y rizados y unas gafas de sol. Parecía aterrado. Le gritó a Wade que se detuviera si no quería recibir un disparo. Wade se quedó inmóvil, pero seguía empuñando el arco. El hombre le gritó que tirara el arco al suelo, y luego le preguntó quién era. Sólo un tío dando un paseo, dijo Wade. Nada más que eso. Disfrutando del aire libre. Una broma más como ésa, gilipollas, y te vuelvo la cabeza, dijo el hombre de la ventana. ¿Quién coño eres? Wade dejó calmosamente el arco y las flechas en el suelo y le dijo que era uno de los náufragos, y que había salido a buscar algo de comida. Suponía que el que estaba en la casa era uno de los *Insiders*, quizá incluso una especie de vigía colocado allí para vigilar los movimientos de los náufragos y

asegurarse de que no se adentraban en el interior de la isla. Suponía, también, que aquel punto marcaba algo así como el límite de la línea prohibida, y que el vigilante le diría que se volviera a la costa y no volviera a adentrarse en el interior. Pero no era así. El hombre le pidió, siempre hablando a gritos y jurando como un presidiario, que le dijera su nombre. Wade no tenía especial interés en decirle su nombre a un hombre oculto que le apuntaba con una escopeta, de modo que dijo que su nombre no importaba. Entonces el desconocido le dijo: tú eres Wade Erickson, ¿no es así? Luego se dejó ver, todavía apuntándole, y salió del edificio pasando primero una pierna por encima de la ventana y luego la otra y sin dejar de apuntarle. Era un hombre negro, vestido con una camiseta blanca y unas bermudas vaqueras y calzado con unas zapatillas de deportes muy sucias. Le reconoció al instante: era Raymond, su medio hermano. Raymond, le dijo atónito, pero ¿qué estás tú haciendo aquí? ¿Y qué estás tú haciendo aquí?, dijo Raymond. Se supone que andabas en una silla de ruedas. Sí, dijo Wade, así es, en efecto, gracias a ti. No, hermano, no me culpes a mí de aquello, dijo Raymond. Yo no planeé nada de aquello. Fue un accidente. Yo estaba muy colocado en esa época, y mis amigos lo estaban más todavía. Descontrolábamos mucho en esa época, pero lo que sucedió en el garaje fue un accidente. Querías quemarlo todo, chilló Wade, ése era tu plan maestro. Y luego uno de tus amigos me disparó con una pistola. ¿Cómo puedes llamar a eso «accidente»? Entiendo que estés cabreado, dijo Raymond. De todas formas, ahora todo está *cool*, ¿no, hermano? Ahora puedes usar las piernas de nuevo. Me alegro, tío, le dijo, me alegro de que puedas usar tus piernas y todo eso. Ahora ya está todo *cool*, ¿no, tío?

La situación era realmente incomprensible, nos contaba Wade más tarde. Le pedí que dejara de apuntarme, nos contó, y entonces él bajó el arma, pero no se acercaba a mí. Parecía asustado. ¿Tú no estabas en la cárcel, Raymond?, le pregunté. ¿Te has escapado? ¿Cómo un zoquete como tú ha logrado burlar al primer sistema penitenciario del mundo? ¿Qué ha pasado? ¿No se te ha ocurrido pensar, dijo Raymond, que podría estar en libertad condicional? ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor me han dado la condicional por buena conducta? No, dije yo, jamás se me ocurriría pensar tal cosa. Primero, porque yo jamás pienso en ti. Segundo, porque a una escoria tan grande como tú jamás le darían la condicional habiendo pasado tan poco tiempo.

Raymond se sentó cautelosamente en el suelo cruzando las piernas y con la escopeta sobre las rodillas, y yo hice lo mismo. Estábamos a unos ocho metros el uno del otro, y parece que ninguno de los dos quería acercarse más. Pensé que aquélla era mi oportunidad para matarle. Me sentía como un animal asesino, calculando, respirando, observando de reojo, oliendo. Si me abalanzaba sobre él podría quitarle el arma sin dificultad y matarle allí mismo, igual que a un perro. Pero a esa distancia él tendría tiempo de levantar el arma, amartillarla y descerrajarme dos tiros en el pecho antes de que lograra caer sobre él. Sin embargo, ahora que le tenía frente a mí, me di cuenta de que la intensidad de mi odio disminuía, que jamás podría matarle y que ni

siquiera podía aborrecerle con todas mis fuerzas. Era mi medio hermano, al fin y al cabo, el hijo de Ogunde y de mi padre.

—Te gustaría matarme, ¿verdad? —me dijo Raymond, con un extraño dejo de melancolía—. No te culpo, tío. Te he puteado bien. Pero te voy a decir por qué no vas a matarme. Te voy a decir por qué jamás me harás daño.

—¿Por qué, Raymond? —dije hablando suavemente, todavía calculando cuáles serían mis oportunidades de lanzarme sobre él y arrancarle el arma de las manos antes de que tuviera tiempo de reaccionar—. ¿Qué motivo puedo tener para no querer hacerte daño?

—Porque yo no soy tu medio hermano —dijo Raymond meneando la cabeza y riendo—. Viejo loco. Lo tienes delante y no lo ves. Viejo chiflado.

—Hice averiguaciones —dije yo—. Recibí varias cartas de tu madre. Sé que eres su hijo. Ogunde me lo dijo. Durante un tiempo pensé que me habías mentido, que habías robado aquel álbum de fotos y te habías hecho pasar por aquel pequeño bastardo negro que había en las fotos y te lo habías inventado todo. Pero al final resultó que era verdad. Eres el hijo de Ogunde. Ni siquiera tú puedes quitarme eso.

—Sí, soy hijo de Ogunde —dijo Raymond—. Soy el hijo de Ogunde, viejo loco. Pero tú no eres mi medio hermano. Eres mi padre.

Aquella noticia, nos contó Wade, me dejó conmocionado. Raymond me dijo que no era tan joven como había pretendido ser. Que siempre había sido un *babyface*, pero que acababa de cumplir cuarenta y tres años. Me dijo que me había buscado porque sabía desde el principio que yo era su padre, que lo había descubierto por casualidad, leyendo una carta de su madre que había encontrado perdida al fondo de un cajón. Una carta que Ogunde le escribió a una amiga de Georgia y que debió de caerse de la caja donde estaba. Así fue como me enteré, nos contó Wade, que cuando yo desaparecí de casa, Ogunde estaba embarazada. Ella no lo sabía entonces, y cuando lo descubrió ni siquiera sabía dónde diablos andaba yo. Es posible que llevara sólo unos pocos días embarazada cuando yo me marché de casa, o incluso unas pocas horas. Cuando descubrió su estado, se limitó a fingir que el hijo era de mi padre, y Raymond creció toda su vida llamando *dad* a mi padre y mi padre vivió toda su vida creyendo que Raymond era su hijo.

Todo aquello era excesivo. Le dije a Raymond que no le creía, que todo lo que me estaba contando era mentira, que no tenía ningún motivo para creerle. Pero lo cierto es que le creía. Quizá porque deseaba creerle más que nada en el mundo. Le dije que no le creía pero que no pensaba hacerle daño, que en aquella isla yo había encontrado la paz y que no quería tener más deudas con nadie. Luego le pregunté qué diablos hacía en aquella isla, y si estaba con los *Insiders*, con los de dentro. Que si le habían enviado a espiarnos. ¿Qué *Insiders*?, me preguntó. ¿Quieres decir los salvajes? Sí, dije yo. Pero no son verdaderos salvajes. Están disfrazados. Raymond me miraba como si me hubiera vuelto loco. ¿Disfrazados?, dijo, y repitió la palabra varias veces, muchas veces. ¿Disfrazados? ¿Disfrazados? Se le ponían ojos de loco, y miraba

inconscientemente hacia atrás, como si los salvajes pudieran surgir en cualquier momento por detrás de los edificios de hormigón que había un poco más arriba. Pero no quería apartar los ojos de mí. Me contó que los salvajes eran verdaderos salvajes, una tribu de aborígenes polinesios que no vivían de manera permanente en esta isla, que provenían de un archipiélago que estaba situado a unas setenta millas al sudoeste y que venían a esta isla en ciertas épocas del año para practicar rituales sagrados, porque esta isla era para ellos un lugar mágico, una tierra llena de espíritus, me dijo, y también que creían que el volcán del interior de la isla era la morada donde vivían los dioses. El ritual, me contó, consistía, simplemente, en una cacería humana. Traen víctimas con ellos, me contó, las sueltan en la isla y luego les dan caza, las desuellan, las cocinan y se las comen. Pero a veces también vienen para cazar a los que viven aquí. Todavía no lo he entendido bien, me dijo. Es posible que hayan dejado aquí a unos cuantos, quizá miembros de una tribu enemiga, y que vengan aquí un par de veces al año para cazarlos y comérselos de manera ritual. No es que sean verdaderamente caníbales, me dijo. No comen carne humana *para alimentarse*. Es simplemente un acto mágico, tío. Es un rito. Yo les he visto hacerlo, tío, me contó, y es bastante asqueroso, pero también tiene una cierta belleza. Vienen guerreros y también mujeres, los hombres hacen la cacería y arrancan la piel de la víctima, y las mujeres trocean el cuerpo y lo cocinan. Esas zorras van completamente desnudas, dijo Raymond riendo. Llevan cosas en el pelo y colmillos metidos en la piel, se cortan la piel para hacerse dibujos, pero la única ropa que llevan son collares, pendientes, pulseras, y un cordón alrededor de la cintura. ¿Para qué quieren un cordón alrededor de la cintura si llevan el culo al aire? Son putas salvajes, dijo, con un odio, con un desprecio que me maravillaba. Me contó que se había follado a unas cuantas y que se dejaban hacer lo que fuera sin rechistar. Uno simplemente las cogía por detrás, y ellas se ponían de rodillas y se quedaban quietas, dejaban que entraras en ellas y te vaciaras dentro y luego se ponían de pie y seguían caminando. Putas salvajes, dijo otra vez, y entonces empecé a pensar de nuevo en matarle.

Le pregunté que si estaba solo y me dijo que sí, que se había quedado solo. Que había llegado a la isla con un grupo de trece hombres, y que todos habían ido muriendo uno tras otro hasta que sólo había quedado él. Comenzó a contarme la historia. Los trece hombres iban en una avioneta cruzando el golfo de México en dirección a Nassau. Iban allí a trabajar, me dijo, en un complejo hotelero recién inaugurado. A limpiar la mierda de los ricos, me dijo. La historia prometía ser larga y complicada, pero me dispuse a escucharla porque no podía imaginar cómo habían aparecido en esta isla si iban volando sobre el golfo de México. Iban en un avión hacia las putas Bermudas, dijo Raymond, y yo estaba acojonado porque pensaba que si entrábamos en el puto triángulo de las Bermudas el avión podría saltar a otra dimensión o podríamos ser capturados por los *aliens*, o qué sé yo. Y tuvimos problemas técnicos, contó Raymond, tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso en la playa de una isla. Los motores dejaron de funcionar o no sé qué mierda y tuvimos que

aterrizar en una playa, en el primer sitio que encontramos. En esta isla, ¿comprendes? Caímos en esta isla. Yo le dije que la isla en la que nos encontrábamos estaba a miles de kilómetros de las Bermudas, que estábamos en el sur del océano Pacífico y que su historia no tenía pies ni cabeza. ¡Lo sé, tío!, chilló Raymond mirándome con ojos de loco. ¡Estamos en la puta Polinesia! ¿Es que no escuchas lo que te digo, tío? ¡Caímos en el puto triángulo de las Bermudas! Desaparecimos dentro de un vórtice espacio-temporal y toda la mierda, tío.

Quedamos los dos en silencio. Seguíamos los dos sentados en la hierba, a una cierta distancia uno del otro, yo con mi arco en la mano y él con su escopeta. Ninguno de los dos estaba relajado en absoluto, pero los dos fingíamos estarlo, nos contó Wade. Un padre y un hijo charlando de sus cosas en la ladera de una montaña. Un padre y un hijo, dijo Wade. Mi hijo. Raymond, mi hijo. Él estaba un poco más arriba, yo un poco más abajo, los dos sentados en el suelo. Y en ese momento sucedió algo. Había una tormenta a lo lejos, en las montañas. Pero no era realmente una tormenta. Eran esos rayos que hemos visto a veces, esos rayos que parecen caer de las nubes. Raymond dio un salto al verlos. Dijo que eran esos rayos los que habían matado a la mayoría de sus compañeros. Pensaba que habían sido los salvajes, le dije calmamente. No, no, a los salvajes no les tengo miedo, dijo Raymond. Mataron a dos de los míos con sus cerbatanas, pero luego hicimos con ellos un buen escarmiento y nos cogieron miedo ellos a nosotros. ¿Sabes lo que hicimos?, dijo riendo. Cogimos a dos de sus mujeres, y las violamos hasta hartarnos. Luego las atamos a unos árboles y las abrimos en canal. Las dejamos allí, con los intestinos colgando, y vivas. Gritaban como cerdas, dijo Raymond. Después de eso, los salvajes no volvieron a acercarse a nosotros.

¿Por qué me cuentas eso, Raymond?, le pregunté sintiendo que se me revolvían las tripas. ¿Te sientes orgulloso de lo que hiciste? Sólo son salvajes, dijo Raymond. Desollaron a uno de los nuestros. ¡Empezaron a desollarle cuando aún estaba vivo! Ni siquiera se molestaron en matarle antes. Son como animales, y recibieron lo que se merecían.

Los rayos estaban ahora más cerca. Los veíamos acercarse en la dirección donde, según creo, está el valle en el que nosotros vimos al gigante azul. Rayos de luz que caían del cielo a la tierra.

Raymond estaba aterrorizado. Me preguntó si había visto al gigante. Me dijo que había sido el gigante el que había destruido al resto de sus compañeros. Los había quemado vivos con sus rayos, me dijo. ¿Qué gigante, Raymond?, le dije fingiendo que no sabía de qué me estaba hablando. No es más que una pequeña tormenta eléctrica. Me estás mintiendo, dijo él, ¿cuánto tiempo llevas en esta isla? Tienes que haber visto al gigante. Tranquilízate, le dije. No hay ningún gigante. Se levantó, mirando a lo lejos con gesto de terror. Me apuntó con la escopeta, diciéndome que no le siguiera y que no me moviera de donde estaba. Fue retrocediendo colina abajo, caminando hacia atrás, sin dejar de apuntarme para asegurarse de que no le seguía.

Yo había venido del norte, de la costa. Los rayos se veían hacia el sudoeste. Raymond se movía ahora en dirección al este-nordeste, hacia el territorio donde están los guerrilleros. Cuando estaba a unos ciento cincuenta metros, colina abajo y todavía apuntándome con su escopeta, se dio la vuelta y echó a correr. Poco después le perdí de vista. No tenía ninguna intención de seguirle. De modo que me quedé allí, en lo alto de la colina, nos contó Wade, lleno de preguntas, absolutamente confuso, y con los ojos abiertos como platos.

—Pero ¿era Raymond de verdad? —dijo Joseph—. ¿Pudiste verle bien?

—¿Eres tú Joseph de verdad? ¿Soy yo Wade? —dijo Wade—. Sí, era Raymond, o al menos era alguien igual que Raymond.

—¿Crees que estaba diciendo la verdad? —le preguntó Christian—. ¿Crees que lo que te contó era cierto y que él no está con los *Insiders*?

—No sé qué creer —dijo Wade—. Mi hermano Raymond está en la cárcel en Connecticut, y seguirá allí dentro durante bastante tiempo. Es imposible que un idiota como él se haya escapado y haya logrado salir del país y haya terminado en esta isla. Si por un milagro del cielo Raymond hubiera logrado escapar de la cárcel, le habrían encontrado a las pocas horas y le habrían vuelto a encerrar.

—No es *imposible* —dije yo—. Es, simplemente, muy difícil de creer. Pero no imposible.

—A lo mejor hizo un trato —dijo Joseph—. Si estaba metido en líos de drogas pudo hacer un trato, dar unos nombres de peces gordos y lograr una reducción en la pena. Incluso podría haber entrado en un programa de protección de testigos. Un destino de limpiasuelos en un hotel de Nassau no parece lo peor del mundo.

—No lo entendéis —dijo Wade mirándonos a todos con sus ojos azules muy abiertos—. No es eso lo que sucede. No hay nada de eso. *No era él realmente*. Eso es lo que intento decir. Todo lo que me dijo eran idioteces. Lo de los salvajes que viven en un archipiélago a setenta millas de aquí y vienen a esta isla a practicar rituales antropófagos. Lo de los trece hombres, muertos y desaparecidos uno a uno. Lo de mi supuesta paternidad... No, no, eso no es posible. Es sólo lo que yo deseo, lo que yo invento. No era él. No puede ser cierto.

—¿Quieres decir que era una especie de fantasma? —dijo Violeta.

—Sí, señora, algo así —dijo Wade—. Eso es lo que creo. Un fantasma. Una especie de fantasma. Creo que era una creación de la isla. Creo que la isla crea cosas para nosotros. Creo que la isla es un ser inteligente. Probablemente, ni siquiera sea una isla. ¿No era eso lo que decían aquellas palabras escritas en una pared: «esto no es una isla»?

—Pues si no es una isla, ¿qué es? —dijo Joseph—. Lo siento, Wade, pero yo me niego a creer en fantasmas y en islas inteligentes. Todo eso está muy bien para alguien que tenga un alma de poeta. Pero apliquemos la navaja de Occam, ¿OK? Supongamos que Raymond no es un fantasma, sino una persona de carne y hueso. Supongamos que realmente está con los *Insiders*, que es lo más lógico, porque su

historia de caníbales y de hombres quemados vivos parece más una película de terror que algo que pueda suceder realmente. Todo lo que te ha dicho tenía un solo objetivo: asustarnos. «Los salvajes son verdaderos salvajes. Los salvajes son caníbales. Los rayos matan a la gente. No entréis en la isla. Quedaos en la costa». Es el mismo mensaje de siempre.

—Es imposible que eso que vi fuera Raymond —dijo Wade—. Eso que vi no puede ser *mi hijo*. Eso que vi no era más que un demonio.

Noboru dijo que eso que había visto Wade era, en efecto, un espíritu. Dijo que la isla estaba llena de espíritus, que no era el primero que veíamos y no sería el último.

Wade también la encuentra

A pesar de todo, al día siguiente Wade regresó a la antena con la esperanza de volver a encontrarse con Raymond. Yo no podía quitarme de la cabeza lo que el propio Raymond le había dicho que había hecho con aquellas indígenas. ¿Cuánto tardaría un ser humano en morir en esas condiciones? Seguramente muchas horas. Me ponía enfermo sólo de pensarlo, y lo cierto era que no podía dejar de pensarlo. Si Raymond era el tipo de persona que hacía cosas así y luego alardeaba de ello y era capaz de relatarlo con un brillo de orgullo y satisfacción en los ojos, ¿quién desearía siquiera acercarse a él? Yo no he sido padre, pero imagino que incluso para los vínculos de sangre existen límites, y que saber que mi hijo es capaz de violar a una mujer y luego atarla a un árbol y cometer con ella las atrocidades que había relatado Raymond, me haría desear, como poco, no volver a verle jamás. No sé cuál era exactamente el motivo de que Wade quisiera volver a encontrarse con Raymond. Si era verdad lo que le había contado, estaba completamente solo en la isla, pero su plan no podría ser que se uniera a nuestro grupo, ya que con lo que sabíamos de él, jamás le habiéramos admitido entre nosotros.

Wade salió muy temprano y regresó muy tarde, cuando ya había caído la noche. Al día siguiente le vi y le pregunté si había logrado encontrar a Raymond de nuevo. Me dijo «esta noche» y se puso un dedo en los labios.

Permaneció un día entero sin hablar. Al atardecer se unió al círculo de los meditadores, en el que ahora yo participaba también. En algún momento tendré que contar el resto de mis experiencias de meditación. Dharma, como siempre, conducía la meditación. Recuerdo que la meditación de esa noche fue sobre los nadis, los sonidos interiores. Al concentrarse en estos sonidos la mente se iba calmando y era posible acercarse a la esfera de no-pensamiento donde comienza la claridad. A esto se le llama *Nada Yoga* o «yoga de los sonidos interiores».

Cuando cayó la noche, Wade hizo un pequeño fuego en la playa y los habituales, sin que nadie nos llamara, fuimos dejándonos caer por allí uno tras otro. Joseph, Santiago, Violeta, Joaquín, Xóchitl, Christian, Sheila, Rosana y vuestro seguro servidor, Juan Barbarín. Wade estaba sentado frente al fuego y lo alimentaba de vez en cuando con raíces y trozos de corteza de un árbol muerto que había ido arrastrando hasta allí por la arena, tan devorado por las termitas que se deshacía en pedazos. Madera vieja y porosa que ardía demasiado rápido y que provocaba fantásticos chasquidos y retorcidos arabescos de chispas rojas al consumirse. Por encima de nosotros, el cielo estrellado era tan espectacular como siempre.

Entonces Wade comenzó a hablar y nos contó lo que había sucedido.

Había cogido su machete, su arco y sus flechas y su mochila y se había dirigido hacia la estación de la antena. Gastó cinco flechas intentando cazar varios pájaros que

se cruzaron en su camino, dos blancos, uno negro, uno pardo y otro dorado, con una cola larga y pesada como la de los faisanes. Quizá porque este último era más grande y volaba más pesadamente, logró acertarle en el pecho, pero el pájaro no cayó, sino que siguió volando en dirección al este, con su flecha clavada, hasta desaparecer entre los árboles. Wade se puso a seguirlo, convencido de que pronto caería a tierra. Ningún ave es capaz de mantener el esfuerzo físico del vuelo indefinidamente con una flecha clavada en el tórax y partiéndole uno de los pulmones. Se puso a correr por la selva abriéndose paso a rápidos machetazos. Pero enseguida perdió la visión del pájaro, que volaba lentamente bajo el dosel de árboles de la selva. Siguió a pesar de todo avanzando en la misma dirección durante un par de kilómetros con la esperanza de que el pájaro cayera a tierra tarde o temprano. No logró encontrarlo y supuso que el pájaro había huido definitivamente o quizá había logrado regresar a su nido, donde se habría refugiado para morir a solas. De modo que abandonó la búsqueda y retrocedió sus pasos, avanzando ahora en dirección sudoeste, para dirigirse al objetivo inicial de su expedición, la colina de la antena.

Enseguida llegó a las colinas. El terreno era despejado por aquella zona, y el horizonte de visión se ampliaba, pero a pesar de todo no conseguía ver la antena en ninguna dirección, lo cual resultaba extraño, porque está situada en el punto más elevado de la región y es visible a una distancia de muchos kilómetros.

Dado que por aquella zona la antena siempre había sido su referencia principal, Wade se sentía desorientado y le costaba reconocer la forma de las colinas. No conseguía saber exactamente dónde estaba. Supuso que la persecución del pájaro herido le había llevado mucho más lejos de lo que él suponía y que se había perdido. Extraño, porque era un cazador con larga experiencia y además llevaba muchos días recorriendo aquella zona de la isla. Comenzó a subir y bajar una sucesión de colinas poco elevadas que le recordaron a los *knobs* del sur de su nativo estado de Indiana, caminando hacia el oeste y retrocediendo sus pasos con la esperanza de que la antena apareciera a cada nueva loma que ascendía. Pero no fue la antena lo que vio, sino otra cosa. En lo alto del cielo había aparecido el platillo volante. Redondo, brillante, moviéndose lentamente hacia él, a una altura, diría Wade, de no más de ochocientos metros.

—Alto, alto, alto —dijo Joseph—. Creo que estábamos de acuerdo en que no había ningún platillo volante.

—Doctor, ¡eso es lo que vi! —dijo Wade con su gran sonrisa en el rostro.

—Tíos, yo también lo vi —dijo Santiago—. Todos lo hemos visto.

Cuando vio aquella aparición blanca en mitad del cielo de la mañana, contó Wade, sintió, quién sabe por qué, una inmensa sensación de felicidad. Pero ¿felicidad por qué? Acababa de perder una presa. Acababa de perder un rastro. Acababa de perderse él mismo entre las colinas, algo que jamás le había pasado antes en un terreno conocido. Triple humillación para un cazador veterano. Y de pronto aquella cosa blanca aparecía en mitad del cielo y se sentía feliz como un niño. Pero a partir

de aquí le cederé su propia voz a Wade para que cuente en primera persona el resto de la historia.

Me sentía feliz, nos contó Wade. Me senté en la hierba para descansar un rato. Me había llevado un poco de pescado seco y me puse a mascararlo. La situación me hacía gracia por lo estúpida, por lo humillante. ¿Cómo podía haberme perdido de aquel modo? No había ninguna explicación. La única explicación posible era el platillo volante que había aparecido en lo alto y que ahora parecía estar dando una vuelta alrededor de mí, lentamente. Las nubes, doc (añadió dirigiéndose a Joseph y mirándole con sus expresivos ojos azules), no giran en el cielo. Seguramente que hay nubes de formas muy extrañas, pero dudo que haya nubes que se muevan en círculos. Pensé en ponerme de pie en la ladera de la colina y hacerles señales a los de allá arriba, algo del tipo, «¡eh, *folks*, estoy aquí!, ¡diablos, por qué tardáis tanto!». Pero ¿para qué, si ya sabían de mi presencia? Sí, ellos, los del platillo volante, sabían que yo estaba allí. Eso me parecía evidente. Pero si sabían de mi presencia allí, de la presencia de todos, entonces ¿por qué no nos ayudaban? ¿Qué sentido tiene contemplar desde lo alto sin intervenir? Ahora que tenía aquello justo encima de mí y trazando un círculo en el cielo, lo veía con más claridad que nunca. No parecía exactamente un platillo como los que estamos acostumbrados a ver en las revistas de ciencia ficción, o quizá era que su forma estaba cambiando por alguna razón. Ahora parecía más bien algo así como una rosa blanca, con varias formas que se separaban del cuerpo central como si fueran pétalos. Estaban contruidos de algún material intensamente blanco, aunque a mí, desde aquella distancia, no me parecía metal sino algo así como porcelana.

Luego el platillo comenzó a moverse de nuevo en dirección al oeste, y yo guardé los restos de mi pequeño almuerzo en mi mochila y me puse a caminar también en esa dirección. Subí a lo alto de la loma. Al otro lado vi un valle por el que corría un río muy ancho trazando amplias curvas. Aquello sí que me dejó perplejo. ¿Qué diablos hacía allí aquel río? No era nuestro río, desde luego, que corre muchos kilómetros hacia el oeste para dirigirse al valle que lleva a las montañas del centro de la isla, quiero decir el valle donde vimos al hombre azul. ¿De dónde había salido aquel río entonces? Pensé que a lo mejor estábamos equivocados y que el río que habíamos encontrado en el interior de la isla no era nuestro río, sino otro, y que este que yo tenía ahora a mis pies era verdaderamente nuestro río. Otra posibilidad era que el río que tenía a mis pies desembocara en el otro. Aunque no tenía sentido que fuera un río tan ancho, dado que si se unían dos ríos con tanto caudal, al alcanzar la desembocadura el río debería ser mucho más ancho que nuestro río. Los caudales se suman, no se restan.

En mitad del río había una isla de forma alargada cubierta de árboles y de vegetación, y en la isla vi una forma cuadrada, como si hubiera allí una construcción, un muro, quizá edificios en ruinas, quién sabe qué. No se veía con claridad qué era aquel cuadrado, pero me trajo a la memoria una pintura del siglo XIX que había visto

de niño en la escuela, donde se representaba una imagen de la ciudad de New Harmony, una comunidad ideal fundada en las orillas del río Wabash por un filántropo llamado Robert Owen. Dios mío, ¿cuántos años hacía que no recordaba yo todo eso, aquel episodio pintoresco de la Historia del orgulloso estado de Indiana? Muchas veces de niño había soñado con llegar a New Harmony en medio de los bosques, cruzar los muros de la ciudad y encontrarme en un país ideal donde todos van descalzos y todos sonríen. Fui descendiendo en dirección a la orilla, y vi que la vegetación cambiaba y sobre todo que la temperatura cambiaba. Por alguna razón, aquel valle era muy fresco. Soplaba una brisa tibia, como la del principio del otoño en Indiana o como la de fines del invierno, cuando se siente que va a empezar la primavera. Aquella frescura me parecía lo más mágico, lo más extraordinario de todo. Pensé llamarle a aquel valle «Valle del Frío» y pensé que si era cierto que, por alguna extraña razón, las temperaturas eran en aquel valle mucho más moderadas que en el resto de la isla, podríamos pensar en la posibilidad de trasladar nuestro campamento a aquella zona.

Llegué enseguida a la orilla del río. El platillo volante estaba ahora muy alto, y las nubes se habían ido moviendo hacia el sudeste poniendo amplias sombras sobre el valle. El platillo estaba por encima de las nubes y brillaba con mucha más intensidad que las nubes. Era casi un punto brillante, dotado de un brillo metálico tan intenso que casi parecía un pequeño sol. Eché a caminar por las orillas del río. La vegetación era escasa, amplias praderas en las que crecían especies arbóreas que jamás había visto en la isla, robles, sicómoros, castaños, cornejos, enebros, árboles propios de climas templados. El aire era fresco y el nivel de humedad había descendido, y yo sentía con nostalgia la claridad mental y la ligereza que traen el frío y el aire seco.

La isla del río estaba allí frente a mí, con sus árboles moviéndose lentamente en la brisa. Sentía curiosidad por averiguar qué era aquel cuadrado que había visto desde lo alto. Si eran edificios, o restos de edificios, podrían muy bien servirnos de refugio. Estaba temblando con la sensación del descubrimiento. Pensaba que por fin la isla se abría para nosotros, que ya había tenido suficiente de nosotros, que ya nos había torturado lo suficiente —o lo necesario—, y que ahora nos permitía llegar hasta aquel Valle del Frío donde la naturaleza parecía suavizarse y acompasarse a la medida humana.

Me lancé al agua para alcanzar la isla. Me sorprendió lo helada que estaba el agua, mucho más fría de lo habitual en los ríos de por aquí. La corriente era fuerte y me arrastraba hacia el norte, y me costó alcanzar la isla. Debería haber subido más hacia el sur para poder aprovechar la fuerza de la corriente, pero a pesar de todo logré llegar a la playa de arena de la isla. Ahora estaba en una isla dentro de una isla, lo cual me producía una curiosa sensación de placer. ¡La sensación de la isla! Siempre hay algo especial, algo que cambia, al llegar a una isla. Eché a caminar entre los árboles. Enseguida llegué a la edificación que había visto desde lo alto de las colinas. Había una pared de piedra de unos tres metros de altura, con hornacinas

semicirculares cada ocho o diez metros exactamente iguales que las que describió Santiago. El silencio era maravilloso. Quiero decir que allí no se oían las voces que suenan siempre cuando uno se queda solo en la selva. Cuando voy de caza, suelo ponerme un pañuelo atado en la cabeza y me cubro con él los oídos para no escuchar esas malditas voces. Saben cosas de mí, esas voces. Me dicen lo peor, lo que no quiero oír. O a veces todo lo contrario, aquello que más deseo oír. Supongo que todos sabemos de qué estoy hablando. Pero allí, en la isla que estaba dentro de la isla, el silencio era perfecto. Sólo se oían insectos y cantos de pájaros. Me quedé inmóvil aposta en un par de ocasiones, esperando que al cabo de un rato de inmovilidad los susurros comenzarían a sonar, pero no era así. No había voces ni susurros en aquella isla. Fui rodeando el muro en busca de una entrada. Era muy largo, quizá tuviera doscientos metros por el lado más largo. Llegué hasta la esquina sin encontrar ni puerta ni portón ni puertecita, doblé a la derecha y seguí caminando por espacio de unos cien metros más y luego doblé otra esquina y seguí caminando, diciéndome que era muy extraño construir un muro para rodear un terreno tan grande y no abrir ninguna puerta. Pero finalmente la encontré. Seguramente tiempo atrás había habido una puerta metálica de dos hojas que la cerraba, pero ahora la entrada estaba libre. Se abría en el centro de la pared norte, es decir, muy cerca del lugar donde yo había comenzado mi recorrido. Mala suerte.

El muro de piedra rodeaba un recinto muy extenso, de forma rectangular. Estaba cubierto de hierba, aunque en esta ocasión no estaba segada. Pero lo extraño era que, a pesar de que estaba bastante crecida, era simplemente hierba. En cualquier otro lugar de la isla, las especies vegetales y las plantas parásitas lo habrían invadido todo, pero aquel inmenso rectángulo estaba relativamente limpio. Era una enorme pradera rectangular, dividida en dos alturas por un escalón de piedra. Yo había entrado por la altura inferior. En lo demás, ya sabéis cómo era. Había dos escaleras a ambos lados del escalón central para subir al nivel superior, que estaba a una altura de un metro y medio aproximadamente. Y en el nivel superior había una pequeña casa de piedra, y un árbol a cada lado. No recuerdo las especies, pero uno era oscuro y el otro claro. Sí, exactamente igual que los lugares que han descrito John y Santiago. La casa de piedra estaba medio en ruinas, con el tejado hundido y las ventanas tapiadas con tablones, pero las paredes de piedra estaban en pie. Tenía tres pisos. Estoy seguro de ello. Tres pisos. Sé que la casa que vio John era mucho más pequeña, sólo con una ventana a cada lado de la puerta y que la que vio Santiago tenía sólo dos pisos. De modo que hay por lo menos tres Praderas en la isla, cada una siguiendo el mismo diseño pero con proporciones diferentes, la que vio John, la que vio Santiago y la que vi yo.

Miré a lo alto. El platillo volante seguía allá arriba, muy alto, brillando como un pequeño sol. Yo había ido avanzando hasta llegar al centro, aproximadamente, de la Pradera inferior. Aquel lugar era enormemente placentero. No recordaba haberme sentido tan a gusto desde hacía mucho tiempo. La sensación de estar en un lugar humano, civilizado, aunque no hubiera nadie allí y aunque el lugar llevara muchos

años abandonado. La sensación de la hierba, del muro que rodea y que protege del exterior, la sensación de estar en un jardín más que en una selva, aunque fuera un jardín abandonado, todo aquello era delicioso. Y además el frío. El maravilloso frío. La tibieza del aire. Dios mío, todo aquello casi me daban ganas de llorar. Soplaba la brisa, y movía ligeramente los tallos de hierba.

La Pradera. Sé que John la llama así, la Pradera. Sí, yo también había llegado a la Pradera. Me quedé inmóvil en el lugar donde me hallaba, sabiendo que estaba viviendo un momento sagrado. Sabía que aquella Pradera no *existía* del mismo modo que existen los otros lugares de la isla o del mundo en general. Sabía que llegar allí no era fácil, y que lo que estaba viviendo era un regalo. Una especie de milagro. Sabía que la isla se estaba abriendo para mí, del mismo modo que se había abierto antes para John y para Santiago y quería que la isla supiera que era consciente del don que estaba recibiendo. Dije en voz alta: «gracias». Luego dije: «Soy Wade Erickson, de Hammerstown, Indiana».

—¿Con quién hablabas, tío? —le preguntó Santiago mirándole con gesto compungido—. Yo no dije nada, tío. Me quedé callado como un ratón.

—Wade hablaba con la isla —dijo Joseph con helado sarcasmo.

—No sé con quién hablaba —dijo Wade—. Pero diez centavos de modales te dirán que lo primero que debes hacer al entrar en una casa que no es la tuya es saludar y presentarte. Aunque no sepas dónde estás ni quién vive allí.

—Sigue —dijo Rosana—. ¿A todos os pasan cosas así en la isla? A mí nunca me pasan esas cosas. Creo que yo estoy de relleno en este grupo. Creo que yo a la isla le doy igual.

—Yo no creo que nadie esté «de relleno» en este grupo —dijo Wade—. Creo que probablemente no ha llegado tu momento, eso es todo.

No sabía qué hacer, dijo Wade. Lo primero que hice fue mirar a mi alrededor, para determinar con claridad el lugar donde estaba. Estaba completamente expuesto, en el centro de una extensión de terreno completamente abierta, en algún lugar indeterminado del interior de la isla, pero a pesar de todo no sentía miedo. Tenía la sensación de que estaba a salvo, y que ni los *Insiders*, ni los guerrilleros, ni los salvajes ni mucho menos Raymond con su arma y sus ojos de loco podrían llegar hasta allí aunque lo intentaran. Miré a mi alrededor. Los muros de piedra, el escalón del centro y las escaleras que había a ambos lados estaban contruidos con piedras antiguas que se habían ido poniendo verdes con los líquenes y con la humedad. En América no es corriente ver piedras tan antiguas ni tan estropeadas por el tiempo. Habría que irse a algún lugar como Boston, e incluso allí, sólo en algún edificio histórico. Recuerdo el cementerio de Baltimore, o el cementerio de Trinity Church en Nueva York. Sólo en lugares así pueden encontrarse piedras tan viejas. En el escalón del centro había además una balaustrada de piedra como las de los palacios ingleses. Creo que Santiago olvidó mencionar ese detalle. O quizá es que en su Pradera no existía tal balaustrada.

—¿Qué es una balaustrada, tío? —dijo Santiago, pronunciando *ballus trade* como si fueran dos palabras.

Había otra cosa más, continuó Wade. Una escultura de piedra de un pájaro colocada en lo alto de una columna de piedra. Estaba hacia la izquierda, a unos treinta metros de donde yo me encontraba. Me sorprendió no haberla visto desde un principio, porque era bastante grande. Estaba en lo alto de una gruesa columna de unos tres metros de alto, colocada sobre un capitel cuadrado que servía de pedestal, y tenía aproximadamente un metro de altura. Parecía representar a un halcón perchedo (*roosting* fue la palabra que usó Wade) en lo alto de una rama y avizorando el mundo. Sus ojos eran ciegos, como suelen serlo los de las estatuas, pero a pesar de todo la imagen de aquel pájaro era inquietante y terrorífica, y de ella parecía emanar una infinita capacidad de mal. Ni siquiera sentía deseos de acercarme a ella para observarla con más detalle.

No había ninguna señal de lo que debía hacer en aquel lugar, siguió contando Wade. Pensé que a la estatua de aquel halcón terrorífico que observaba el mundo desde lo alto de su imaginario árbol de piedra debería corresponderse otra estatua que representara la paz y la concordia, pero no había otra estatua. En esto también parecía mi Pradera, quiero decir, la Pradera a la que yo llegué, ligeramente distinta a la de John y a la de Santiago.

¿Qué se podía hacer en aquel lugar? ¿Qué debía hacer yo en aquel lugar? Decidí subir al nivel superior por una de las escaleras y entrar en la casa de piedra. Pensé que quizá allí dentro pudiera encontrar alguna pista para resolver el misterio y averiguar algo más de aquel lugar. Eché a caminar lentamente. La brisa soplaba moviendo la hierba. Entonces sentí algo, algo así como un toque, el roce de algo. No fue un roce físico. Llamadlo un mensaje del inconsciente. O del infinito. Una llamada de mi sangre india. De pronto sentí que había algo allí que iba mal. Una sensación de alarma en la boca del estómago. Me volví. No había nadie. Nadie en parte alguna. Miré en el suelo a mi alrededor. Serpientes. Un ejército de seres diminutos armados hasta los dientes, rodeándome, miles y miles de seres diminutos. No, nada de esto. Sólo brisa, sólo la brisa moviendo la hierba y las pequeñas flores que crecían entre la hierba. Sólo las nubes moviéndose lentamente en el cielo. Sólo el canto de los pájaros. Instintivamente me había agachado, doblando un poco las rodillas. Me incorporé de nuevo. Seguí avanzando en dirección al centro de la Pradera. Había ido girando hacia la izquierda, para subir por la escalera de ese lado al escalón superior, pero entonces vi que justo en el centro de la Pradera, al pie del escalón de piedra, había una trampa que se abría en el suelo. Me dirigí hacia allí. Era una trampa cuadrada, cubierta con una puerta metálica muy oxidada que se abría con un asa. La empuñé y tiré. Pensaba que me iba a costar abrirla, que el metal habría quedado soldado a la piedra después de los largos años de abandono, pero no era así. La abrí con facilidad. La trampa daba a un pozo cuadrado, en uno de cuyos lados había una hilera de asas metálicas que formaban una escalera por la que era posible descender.

Me coloqué el arco atado a la mochila para que no me molestara al descender ni se enredara en las asas metálicas, probé las primeras asas para asegurarme de que estaban firmes, y, sin dudarlo más, comencé a bajar.

El pozo era muy profundo. Jamás me habría imaginado que pudiera ser tan profundo. Descendía, y descendía, y siempre había otra asa metálica a continuación, jamás el suelo. El cuadrado de cielo que tenía encima se iba haciendo cada vez más pequeño. Y de pronto, cuando ya era un cuadrado azul diminuto, desapareció. Simplemente, se borró. Como si alguien hubiera cerrado la puerta metálica desde arriba.

Sentí terror. Pero ¿qué otra explicación podía haber? La tapa metálica era muy pesada y no podía haberse cerrado por el viento. Tampoco era posible que se hubiera hecho de noche de pronto. Ni que un animal la hubiera bloqueado, ningún animal podría bloquear una entrada tan grande. De modo que alguien tenía que haberla cerrado. Luego pensé que quizá las nubes hubieran cubierto el trozo de cielo azul que yo veía todo el rato y que a lo mejor ésa era toda la explicación del misterio.

Tenía ya los brazos y los dedos de las manos agarrotados cuando llegué por fin al fondo del pozo. Encendí el mechero que llevo siempre conmigo. Frente a mí se abrió un túnel de un metro de anchura aproximadamente y dos y medio de alto. Este pequeño túnel tenía apenas ocho o diez metros de longitud, y desembocaba en uno más ancho y más alto, que corría a ambos lados. Era un amplio pasadizo, bien construido, con el suelo ligeramente inclinado hacia el centro y registros metálicos para recoger el agua. Tendría unos cuatro metros de anchura por tres de alto, y por la pared corría una tubería metálica dentro de la cual iban los cables eléctricos. En el techo había una hilera de lámparas separadas unos veinte metros una de otra. Daba la impresión de tratarse de una construcción militar, realizada con solidez y diseñada para durar. Allí mismo, en la pared, había un viejo interruptor de cuchillas, de los que tienen un mango de madera y se suben y bajan con la mano. Creo que desde los años cincuenta ya no se hacen interruptores así. Parecía surgido del laboratorio del doctor Frankenstein, en una vieja película de la Hammer. Lo subí sin pensarlo dos veces, más para tener la sensación de activar uno de esos viejos aparatos que por otra cosa, ya que en ningún momento pensé que funcionaría. Por eso me di un susto tremendo cuando al ponerlo en la posición vertical sonó un chasquido y todas las luces del túnel se encendieron de golpe.

—Joder, Wade —dijo Joseph—. ¿Hay túneles subterráneos en la isla? ¿Hay fuentes de electricidad dentro de la isla? ¿De qué estás hablando?

Apagué el mechero, siguió contando Wade, y simplemente miré a mi alrededor. No es que el pozo estuviera inundado de luz. Las lámparas eran escasas, y tenían poca potencia. Lo justo para ver el camino y no tropezarse. Pero el milagro era estar en un lugar iluminado con luz eléctrica. No creía que el milagro fuera a durar mucho. Supuse que si quedaba algo de electricidad en los viejos acumuladores, se gastaría en unos pocos minutos. A pesar de todo, decidí seguir avanzando por el túnel. Cuando la

luz se apagase, simplemente regresaría tocando la pared con la mano hasta encontrar la entrada del túnel lateral que me llevaría al pozo por donde había entrado. Así que caminé, y caminé, y caminé. Calculé que hacía tiempo que había cruzado por debajo del río, y seguía caminando y caminando en dirección al este. Había tomado aquella dirección sin reflexionar, pero ahora era demasiado tarde para regresar. Hubiera sido más lógico ir en dirección al oeste, es decir, en dirección a nuestro poblado, pero muchas veces no pensamos tan rápido como debiéramos. Además, yo me sentía como borracho con la secuencia de acontecimientos que me habían llevado hasta allí. Caminé y caminé, y cada veinte metros había una bombilla en el techo, y la intensidad de la luz no disminuía. Algunas de las bombillas estaban fundidas y algunas parpadeaban, a punto de fundirse. Pero la mayoría funcionaban bien. Me hubiera gustado desenroscar alguna de las fundidas para averiguar algo más sobre aquel lugar y las personas que lo habían construido, pero el techo estaba demasiado alto y no tenía ningún lugar donde encaramarme. Una bombilla puede dar mucha información: país y año de fabricación, voltaje, watios, amperaje, materiales utilizados, tipo de tungsteno usado en el filamento, etcétera.

Continué caminando por el túnel hasta que vi una puerta que se abría a la derecha. Era una puerta de madera con un picaporte de latón. Tenía el signo que ya hemos visto otras veces, un león jugando al ajedrez con una cabra, y las siglas SIAR pintadas. Apoyé la oreja en la madera, pero no se oía nada al otro lado de la puerta. Entonces agarré el picaporte y abrí lo más lentamente que pude. La puerta se abrió más o menos silenciosamente. Daba a una pequeña habitación que tenía el aspecto de ser algo así como un centro de comunicaciones. No era muy grande, quizá de cuatro metros por seis, y estaba iluminada con un par de lámparas colocadas en el techo y que daban una luz amarillenta, macilenta. Toda la pared del fondo estaba llena de máquinas, de equipos llenos de diales y de muebles metálicos donde se amontonaban papeles, carpetas y también muchas pantallas de televisión, algunas de ellas encendidas. Había una mesa metálica corrida, y sobre la mesa más aparatos, y también muchos papeles, y también dos lámparas con pantallas de cristal pintado de verde, como las que hay a menudo en las bibliotecas. Había una silla frente a la mesa, de espaldas a mí, una de esas sillas de despacho con un respaldo alto y brazos de cuero y patas con ruedas. Y había alguien sentado en la silla. Yo sólo podía ver sus brazos, a ambos lados del respaldo, y también sus piernas, cubiertas con unos pantalones color caqui, que tenía cruzadas por los tobillos por debajo de la mesa. Debía de estar muy encorvado, fuera quien fuera, porque no veía su cabeza. Me quedé completamente inmóvil. Toda la escena era intensamente irreal. La persona que estaba sentada frente a la mesa debía de haber oído cómo se abría la puerta, sin duda. ¿Por qué no se volvía para mirar quién era el que entraba? Me quedé inmóvil, esperando. Pensé en retirarme de allí sigilosamente, antes de ser descubierto, y regresar por donde había venido. Al mismo tiempo, todo aquello resultaba absurdo. ¿Por qué no hablar con aquel hombre, fuera quien fuera, explicarle que era un

náufrago, que habíamos sufrido un accidente aéreo y que necesitábamos urgentemente un medio de ponernos en contacto con el mundo exterior? Sí, esto sería lo más lógico, pero bien sabemos que este tipo de lógica no suele funcionar en la isla.

No sabía qué hacer. El hombre que estaba sentado frente a la mesa parecía ocupado con algo que había sobre la mesa. Quizá estuviera escribiendo algo en un papel, o maniobrando con algún aparato. Se oían pequeños ruidos similares a crujidos que no podía identificar, pequeños chasquidos irregulares. Los brazos del hombre, que era lo único que podía ver de él con claridad, se movían ligeramente como si estuviera haciendo algo con las manos. Decidí abordarle, confiando en que quizá en aquella ocasión en vez de recibir disparos o amenazas hubiera encontrado a alguien deseoso de ayudarnos. Pero entonces, mi mirada se fijó en las pantallas de televisión que estaban colocadas en los muebles metálicos que cubrían la pared de enfrente. En una de las pantallas se veía a un grupo de mujeres lavando ropa a la orilla del río. Distinguí a varias de las mujeres indias del grupo, a Nicollette Sheridan, a Matilde, a Idoya y a Rosana. En otra se veía a Jimmy Bruëll con su rifle al hombro hablando con Lougarou y su novia. Ella tenía dos cocos en la mano, y él negaba con la cabeza. Lougarou parecía furioso y apretaba los puños. En otra se veía un grupo de cabañas del poblado sin que hubiera nadie a la vista. En otra, varios de los chilenos sentados en la arena y jugando a ese juego raro que tienen, el que es como la Segunda Guerra Mundial. En otra, se veía la zona de baño de las mujeres. Había dos o tres mujeres metidas en el agua, una de ellas por la cintura, desnuda. En otra, se veía el interior de una de las cabañas, donde había dos cuerpos tendidos sobre un camastro de hojas de palma. Creo que eran dos hombres, pero no se les distinguía bien. En otra se veía un trozo de playa, con palmeras moviéndose con la brisa.

Todas aquellas cámaras estaban observándonos *a nosotros*.

De modo que no sólo sabían de nosotros, sino que nos observaban. Estaban todo el rato observándonos. Sabían todo lo que hacíamos las veinticuatro horas del día. Ignoro si podían escuchar nuestras conversaciones, pero si habían sido capaces de colocar cámaras tan cerca, sin duda también podían escuchar lo que decíamos. Quizá tuvieran expertos en la lectura de labios, quién sabe.

Aquello me pareció tan absurdo, tan increíble. Pensé que me estaba volviendo loco. Sentí que me mareaba. Aquello era verdaderamente demasiado. Pero ahora sabía que estaba en peligro, e instintivamente cogí mi arco, que llevaba atrás, colgado de la mochila, y cargué una flecha y tensé la cuerda.

Entonces el hombre que estaba sentado en la mesa habló, con voz lenta y calcárea, pesada como una roca, brumosa, lejana.

—¿Abe? ¿Eres tú?

Me quedé inmóvil y tenso.

—¿Abe? —repitió el hombre—. ¿Lewellyn?

Ante mi silencio, comenzó a hacer girar la silla. Primero vi su mano derecha, muy pálida y cubierta de un ligero vello castaño. Luego vi su rostro. El perfil aguileño. La

nariz curvada y brillante. No era exactamente un rostro humano. Parecía fabricado con piezas unidas de forma irregular. Uno de sus ojos, el derecho, carecía de párpados, y era posible ver el globo ocular entero girando en la cuenca del cráneo, con los rojos músculos que lo movían de un lado a otro claramente visibles. Un trozo de sus maxilares quedaba también a la vista, de nuevo en el lado derecho, como si le faltara el trozo correspondiente de la piel y del rostro que cubriera esa parte. El resto del rostro parecía compuesto por parches de cuero gastados. La frente se componía de cuatro partes mal encajadas. Parecía un hombre viejo. Tenía pelos rubios, casi blancos, muy ralos, en lo alto del cráneo. Pero no era realmente un hombre, sino un autómatas. No era verdaderamente un ser humano, sino una máquina.

—No, no eres Lewellyn —dijo al verme.

—Si dices algo te mato —dije, apuntándole con mi arco.

—No puedes matar... a quien no está vivo —dijo el hombre.

Hablaba despacio, con cierta dificultad. Las eses y las efes las pronunciaba con un silbido desagradable, y parecía tener dificultades para pronunciar las erres. El aire se escapaba por sus maxilares expuestos al aire y hacía que la pronunciación de las palabras le resultara costosa.

—Puedo dejarte ciego —dije—. Puedo hacerte muchas cosas que no te gustarían, te lo aseguro. Quiero ver tus manos. Date la vuelta, déjame ver tus manos.

El hombre hizo girar su sillón de oficina por completo, moviéndolo lentamente con los pies. Tenía las manos apoyadas en los brazos del sillón, manos largas y sarmentosas. Era muy delgado, y parecía hundido en su asiento como si llevara allí sentado tanto tiempo que su cuerpo hubiera comenzado a fundirse con el cuero del sillón. Vestía una camisa blanca sin botones en las mangas y unos pantalones color caqui, muy arrugados y desgastados por las rodillas. Su cuerpo era aparentemente humano, con arrugas en la garganta y pronunciadas venas en las manos y con vello en las pantorrillas y en el torso.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo el hombre artificial.

—Quiero saber lo que pasa —dije—. Quiero saber qué pasa en este lugar, quiénes sois, por qué nos observáis. Quiero saber qué coño es todo esto.

—Quieres *saber* —dijo el hombre artificial—. No hay nada que saber.

—¿Quiénes sois? —pregunté—. ¿Qué hacéis aquí?

El hombre no contestó, como si mi pregunta no tuviera ningún sentido, como si no hubiera nada que decir.

—¿Estás solo aquí abajo? —pregunté entonces.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde mil novecientos setenta y dos.

—¿Llevas aquí metido desde mil novecientos setenta y dos?

—Sí.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Vigilar —dijo el hombre artificial.

—¿Vigilarnos a nosotros?

El hombre no se dignó contestar. Parecía infinitamente cansado, tan infinitamente cansado como yo empezaba a sentirme. No apartaba los ojos de mí, sus ojos horribles, su ojo sin párpados, pero no parecía asustado ni tampoco curioso. Solamente cansado.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Por qué nos vigiláis?

—Para prevenir. Vigilar es prevenir.

—Somos náufragos —dije yo—. No hay nada que vigilar. Sufrimos un accidente. Ninguno de nosotros está aquí por elección.

—En realidad, los accidentes no existen —dijo el hombre.

Entonces tuve la sensación de que en verdad estaba hablando con una máquina, que no había verdadera inteligencia en las respuestas del ser que tenía frente a mí, que se limitaba a pronunciar mecánicamente frases que tenía guardadas en un repertorio.

Supe también que aquella máquina extraordinaria era incapaz de mentir, y que contestaría cándidamente a todas mis preguntas.

—¿No comes? —pregunté—. ¿Llevas aquí treinta años metido sin comer?

—Sí como —dijo el hombre artificial—. Una vez a la semana salgo a comer.

—¿De qué te alimentas?

—De carne.

—¿Carne de animales?

—No —dijo el hombre.

—¿Qué clase de carne?

—Carne —dijo el hombre artificial—. Carne como tú.

—¿Por eso nos observáis? —pregunté—. ¿Para eso nos necesitáis? ¿Para alimentarnos? ¿Somos eso para vosotros? ¿Somos comida?

Entonces sucedió algo verdaderamente horrible. Sin duda la cosa más horrible que me ha sucedido en mi vida.

El hombre artificial *me sonrió*.

Y eso es todo, contó Wade. Después, mi memoria se borra. No sé exactamente qué es lo que sucedió. No sentí nada. Simplemente, mi memoria se desintegra en ese instante, ante esa horrible sonrisa de unos ojos sin párpados y de una boca sin labios.

Me desperté dentro del edificio principal de la antena, calculo que unas cuatro o cinco horas más tarde. Estaba muy mareado, con la boca pastosa e incapaz de hablar. Supongo que me inyectaron una droga. Estaba tan mareado que tardé todavía una hora aproximadamente en ser capaz de mantener el equilibrio y poder caminar. Cuando lo logré, ya caía la tarde. Llegué al campamento cuando era entrada la noche.

Hasta aquí el relato de Wade.

Después de aquello nos dedicamos intensamente durante varios días a buscar cámaras de vídeo escondidas entre los árboles, especialmente en las zonas que Wade

había visto en las pantallas de los monitores. No encontramos absolutamente nada. También hicimos varias expediciones en busca de aquel lugar que había visto Wade, el «Valle del Frío» donde crecían cornejos, castaños y robles y por cuyo fondo corría un río tan ancho que podía alojar una isla en el centro de su corriente. Tal y como imaginábamos, tampoco logramos encontrarlo.

Kunze impone su ley

Pero debo hablar ahora de uno de los episodios más molestos y absurdos de la historia. Se trata del golpe de estado de Kunze. Sucedió durante nuestra ausencia del poblado. Kunze había quedado encargado de la defensa y seguridad del poblado y también, como consecuencia, en posesión de todas las armas. En cuanto se vio en una posición tan ventajosa, decidió llevar sus atribuciones un poco más lejos de lo que ninguno de nosotros podría haber imaginado.

Lo primero que hizo fue crear un «Consejo», formado por él mismo, su mujer y el obispo Tudelli. Este órgano tripartito tenía unas funciones claramente establecidas. Kunze era el jefe supremo y el encargado de la seguridad y del orden público; Brigitta, su esposa, se encargaba de la organización, intendencia y contratos, y Tudelli era el encargado de mantener la convivencia, la salud espiritual y el «diálogo con otras confesiones».

Lo segundo que hizo este Consejo fue crear una policía. Nombraron *sheriff* a Jung Fei Ye, también conocido como Michael, exfuncionario de prisiones del sistema penitenciario de Singapur, experto en artes marciales y oficial de policía retirado. Los oficiales a su cargo eran Jimmy Bruëll, que era además guardaespaldas personal de Kunze, y el señor Kim. Ahora los tres iban siempre armados, Jimmy con la escopeta de caza, Jung Fei Ye con la pistola y el señor Kim con el revólver. Kunze no dejaba a nadie tocar su rifle, que guardaba en su cabaña. Ésta era, pues, la distribución de las armas dentro de nuestra pequeña sociedad. Kunze organizaba regularmente batidas de caza en el curso de las cuales se utilizaban las armas de fuego largas, pero estas armas no se prestaban a otros, por mucho que entre los que no pertenecían al grupo de Kunze hubiera buenos cazadores como Wade y Joseph. Kunze declaró que un soldado jamás puede perder su arma, y que Wade y Joseph se habían dejado robar cuatro armas en perfecto estado y se las habían entregado a nuestros enemigos, con lo cual habían perdido el derecho a seguir portando armas de fuego.

Lo tercero que hizo Kunze fue instaurar el dinero. Redactó unos contratos en los que se comprometía a pagar ciertas sumas tan pronto fuéramos liberados de la isla. Los contratos eran legales desde cualquier punto de vista, estaban redactados en dólares USA y se acogían a la ley de Singapur, algo bastante corriente, al parecer, en el mundo de las altas finanzas. Había dos tipos de contratos: los de las personas que estaban en nómina y tenían ganancias semanales fijas y los de los trabajadores por horas. Enseguida hubo un grupo de personas en la nómina de Kunze que harían cualquier cosa por mantener su estatus. Kunze pagaba a sus asalariados entre mil y dos mil dólares americanos semanales libres de impuestos. No eran sumas desdeñables.

Lo cuarto que hizo Kunze fue redactar una Ley, que enseguida comenzó a ser

conocida como «Ley Kunze» aunque en teoría había sido redactada por los tres miembros del Consejo y el *sheriff* con el asesoramiento legal de Billy Higgins, el abogado de Los Angeles que había perdido un brazo al ser atacado por un lobo. Lo cierto es que la huella de Jung Fei Ye era claramente visible en sus artículos. Y también la de Tudelli, que había impregnado la ley de Kunze de toda suerte de obsesiones mojigatas. En cuanto a Billy Higgins, que era la única persona de todos ellos que tenía una formación en leyes, fue nombrado juez. Entre los náufragos había un verdadero juez, el doctor Masoud, un hombre de aspecto venerable que había sido juez en Delhi y en Lucknow, su ciudad natal, y ahora estaba retirado. En un primer momento Kunze ofreció a Billy Higgins el puesto de fiscal y al doctor Masoud el de juez, pero después de enterarse del contenido de la Ley de Kunze el doctor Masoud dijo que aquella ley era una sarta de insensateces con la que no pensaba colaborar. Le dijo a Kunze que lo que hacía falta en nuestra pequeña comunidad era un juez de paz que dirimiera pacíficamente los conflictos y que contara con el apoyo de la mayoría de los náufragos, y que él estaría dispuesto a presentar su candidatura y a ejercer el puesto si resultaba elegido. Pero Kunze no quería un juez de paz, y el doctor Masoud no volvió a tener ningún trato con el millonario ni con su Consejo.

Kunze hizo grabar la Ley en una serie de tablones de madera que luego se colocaron con mucha solemnidad en el centro del poblado, donde todo el mundo pudiera verlos. Decía así:

«Nosotros, el pueblo soberano de la Isla de las Voces, establecemos las siguientes leyes para gobernarnos en ausencia de otra instancia legal, e invocando la ayuda de Dios Nuestro Señor para que ilumine nuestras decisiones y nos dé justicia.

»Será castigado por la ley:

»El asesinato y homicidio. Pena de muerte.

»La violación o agresión sexual. Pena de muerte, o bien 24 latigazos y destierro permanente.

»El canibalismo. De 12 a 24 latigazos y destierro permanente.

»El rapto o abuso sexual de menores. Pena de muerte, o bien 24 latigazos y destierro permanente.

»El tráfico de drogas. 24 latigazos y tres meses de destierro.

»El consumo de drogas. De 10 a 16 latigazos y un mes de destierro.

»El robo de comida. De 3 a 12 latigazos, una o dos semanas de encarcelamiento sin comida (sólo agua).

»Tener comida escondida. De 3 a 12 latigazos, una o dos semanas de encarcelamiento sin comida.

»Ayudar a un desterrado dándole comida. 10 latigazos.

»Encontrarse con un desterrado. 6 latigazos.

»El escándalo público. De 3 a 10 latigazos, una semana de encarcelamiento y Curso de Reeducción en Valores Morales a cargo de monseñor Tudelli.

»El adulterio. 10 latigazos, una semana de encarcelamiento y Curso de

Reeducación en Valores Morales.

»El aborto. De 12 a 18 latigazos, destierro permanente.

»Ayudar a practicar un aborto. De 12 a 18 latigazos, destierro permanente.

»El divorcio. Curso de Reeducación en Valores Morales.

»La eutanasia. Pena de muerte. De 16 a 24 latigazos, destierro permanente.

»La pornografía. De 3 a 16 latigazos. Entre tres días y dos semanas de encarcelamiento. Curso de Reeducación en Valores Morales.

»La prostitución. De 6 a 12 latigazos. Dos semanas de encarcelamiento.

»Las conductas contrarias a la dignidad humana. Entre 3 y 16 latigazos, una o dos semanas de encarcelamiento y Curso de Reeducación en Valores Morales. (Estas “conductas contrarias a la dignidad humana” se referían sobre todo a las actividades sexuales “fuera del matrimonio” y “no destinadas a la procreación” como, por ejemplo, la masturbación, la sodomía, el sexo oral, el travestismo, la “obscenidad” en el vestir, en la conducta o en la “actitud”, vestir con las ropas del sexo contrario, etc.).

»La desnudez pública excepto en las zonas de baño designadas y siempre respetando la separación de sexos. Tres latigazos. Limpieza de letrinas.

»Hacer gestos obscenos y blasfemar. Entre uno y tres días de encarcelamiento.

»Mancillar el buen nombre de una persona. Entre tres y siete días de encarcelamiento sin comida.

»El vandalismo. Destrucción de propiedad pública o privada. De uno a tres días de encarcelamiento. Trabajo comunitario.

»No respetar el código de vestido (ir cubierto desde la mitad de los muslos hasta los hombros a excepción de las zonas designadas de baño en la playa). De uno a tres días de encarcelamiento. Limpieza de letrinas.

»Hacer ruido a partir de las 10 de la noche. Limpieza de letrinas, trabajo comunitario.

»Tirar basura. Limpieza de letrinas. Trabajo comunitario.

»Resistencia a la autoridad. Rebelión. Insurrección. De 10 a 20 latigazos para todos los participantes en la insurrección, y para el cabecilla 24 latigazos y destierro».

La Ley de Kunze no sólo castigaba, como vemos, el robo, la violación y el asesinato. También perseguía con saña el «escándalo público» y las ofensas al «pudor» y a la «moral». Se requería estar siempre «correctamente vestido», estaba prohibido desnudarse en público a no ser en las zonas de baño establecidas, separadas por sexos, y estaba prohibido bañarse desnudo en el mar o practicar el *top less*. La Ley incluía normas y prohibiciones absurdas, como la de consumir pornografía (¿de dónde diablos íbamos a obtener pornografía en la isla?), la de fornicar en público o la de traficar con drogas, y otras que parecían anhelar, con melancolía, una forma de vida más civilizada, como la prohibición de tirar basuras. Algunas normas resultaban decididamente cómicas, como la prohibición de hacer ruido después de las 10 o la que establecía «zonas de baño designadas» para unos desdichados perdidos en medio de una isla desierta.

Las penas eran aplicables tanto a hombres como a mujeres, y el número de azotes era igual en ambos casos, aunque en los delitos de «escándalo público», «conducta contraria a la dignidad humana» (términos lo suficientemente vagos como para incluir casi cualquier cosa que no gustara a las autoridades) y «adulterio», las penas eran notoriamente más duras para las mujeres que para los hombres. En realidad, de acuerdo con la ley de Kunze, el «adulterio» sólo podía ser perpetrado por la mujer. El hombre era acusado de una simple falta de «infidelidad», que no era grave y no conllevaba castigo físico.

Los castigos físicos eran públicos, y la asistencia a las flagelaciones era obligatoria para todos los mayores de catorce años. Habían levantado un cadalso en el centro del poblado, cerca de los tablones donde se recogían las leyes de Kunze. Era una simple X formada por dos troncos de palmeras jóvenes hundidas en la tierra y atadas por el centro. Su función era la de disuadir posibles conductas delictivas o antisociales. A mí la visión de aquella X en mitad del poblado me llenaba de horror y de rabia. Me hubiera gustado acercarme a aquel cadalso siniestro y tirarlo por tierra, pero mis amigos me aconsejaban que no me metiera en líos.

Kunze había hecho construir además dos celdas, situadas en sendas grutas halladas entre las rocas de la playa. Las dos eran estrechas y las dos se inundaban parcialmente cuando subía la marea. Una de ellas tenía diez metros de profundidad, y contenía al fondo una pequeña cámara en la que era posible ponerse de pie. La otra era más pequeña, tendría unos cinco metros de profundidad y no era posible ponerse de pie en su interior. Esta celda era considerada «de castigo» y reservada para las penas más severas. Cuando subía la marea, el agua subía hasta la altura de los tobillos, de modo que el que estaba dentro no podía sentarse ni dormir. Se habían construido unas puertas de tablones que se sujetaban a las rocas de la boca de cada una de las cuevas mediante cadenas atadas con candados. Estar allí dentro era una verdadera tortura, y los desgraciados que eran forzados a pasar allí dentro más de tres días, salían tambaleándose y con un aspecto miserable. Se veían obligados a hacer sus necesidades en el interior de la cueva, que eran por tanto lugares hediondos que olían como letrinas, y eran pobremente alimentados con restos, espinas de pescado o cáscaras de fruta.

Ahora Tudelli celebraba la misa diariamente, y en sus homilías hablaba siempre de la dignidad humana y de los valores universales. Wade y Joseph se entrevistaron con él para pedirle que retirara su apoyo a Kunze y que les ayudara a terminar con los abusos. Pero Tudelli no estaba de acuerdo con el análisis de la situación que hacían Wade y Joseph y no le parecía que en las leyes de Kunze hubiera abuso alguno.

—Las penas son un poco duras, es cierto —dijo el manso Tudelli con sus modales untuosos y su voz de pájaro—. Pero el señor Kunze tiene razón al afirmar que nos hallamos en circunstancias excepcionales. La labor de la Iglesia está clara en este caso: consiste, como siempre, en defender la dignidad humana y los valores humanos universales. Valores como la propiedad privada, la vida, la dignidad, la integridad de

la familia... Nadie puede estar en contra de tales valores. Y si alguien lo está, es que no desea vivir en sociedad o no es un hombre de bien, y en consecuencia puede abandonar el poblado y vivir en la selva como un salvaje. A nadie se le obliga a vivir en el poblado. El que lo desee puede abandonarnos. ¡A nadie retenemos aquí! —añadió con una sonrisa donde se hicieron visibles dos dientes de oro.

—Pero los castigos físicos, monseñor —dijo Joseph—. Hacer flagelaciones públicas. Es de bárbaros. Es como volver a la antigüedad. ¿Luego me los enviarán a mí para que les cure las heridas?

—Tenemos que ser tolerantes con todos —dijo Tudelli—. Nuestros socios de oriente dan gran valor a los castigos físicos, que son parte de la cultura y de la legislación de países como Singapur, Malasia o Indonesia, países soberanos de pleno derecho que son todos miembros de las Naciones Unidas.

—Ciertamente no países cristianos —murmuró Wade.

—Nuestra obligación es defender a los inocentes, a los débiles, a los que no pueden valerse por sí mismos —dijo Tudelli—. Los castigos se aplican a personas que han sido encontradas culpables en un juicio justo. El papel de la Iglesia, en estos casos, es apelar a la benevolencia de los jueces, interceder para que las penas sean más suaves. Pero la Iglesia no puede apoyar el crimen ni los delitos contra la vida humana. El adulterio, la eutanasia, el aborto. ¿Acaso ustedes apoyan este tipo de conductas, estos crímenes?

—¿Le parece un crimen el adulterio? —dijo Wade—. ¿No cree que eso es una cuestión privada?

—Señor Erickson —dijo Tudelli—. Vivimos en un mundo que se desmorona. No, no me refiero a esta isla. Me refiero al mundo del que venimos. Vemos con desesperación cómo nuestra sociedad se hunde en la dictadura del laicismo. El laicismo que destruye la familia y que pudre todo el tejido intelectual y humanista de nuestra sociedad con la enfermedad del relativismo posmoderno. Pero aquí, en esta isla, hemos recuperado la libertad. Aquí, en nuestra pequeña sociedad, se nos ha dado la oportunidad de construir un mundo a la medida del hombre, un mundo donde la libertad y la dignidad pueden ser vividas con plena consecuencia. ¡Libertad! Eso es lo que deseamos los cristianos. Una vida humana, una vida digna, una vida que merezca la pena ser vivida. Una vida limpia, honesta, una vida sana. ¿No es eso lo que desearía cualquiera?

—¿Libertad? —preguntó Joseph—. ¿Usted llama a eso libertad?

—La libertad de no vivir bajo una dictadura implacable —dijo Tudelli.

—¿Y esa dictadura es...?

—El laicismo, doctor Langdon —contestó Tudelli—. El relativismo. Una nueva forma de dictadura, perversa y refinada.

Tuve ocasión de conocer la Ley de Kunze el primer día que salí del hospital y pude darme mi primer paseo. Entonces era muy torpe con las muletas y me costaba avanzar sin caerme, pero el ejercicio me sentaba bien. Me acompañaban mis amigos

españoles, Ignacio, Idoya, Julián y Matilde, que parecían haberse propuesto dedicarse a cuidarme y que me trataban como si fuera un pajarito con un ala rota. Bajamos hasta la playa, y me mostraron una de las celdas, situada en una cueva que se abría entre las rocas. En el interior había un hombre al que habían sorprendido robando comida. Al parecer, más tarde habían descubierto que el hombre tenía una pequeña despensa oculta en la selva donde iba guardando todo lo que robaba. Le habían castigado a estar una semana allí encerrado, alimentándole sólo con agua, y con un puñado de espinas de pescado al día. Las espinas de pescado eran una fuente de calcio y de proteínas. El único problema era la dificultad de comerlas: había que masticarlas durante largo rato y con cuidado para destrozarlas completamente y evitar que se quedaran clavadas en la garganta o en el esófago. Estaba allí dentro, metido como un animal en la jaula de un zoológico. Le pregunté cómo se encontraba, pero mis amigos me dijeron que estaba prohibido hablar con los «condenados». Yo dije que nadie podía pretender tener una cárcel sin cerradura, y que no me parecía que aquellos tabloneros resistieran un par de patadas. Pero todo el mundo tenía miedo.

Fuimos a hablar con la esposa del hombre. Estaba disgustada y rabiosa, pero no contra Kunze. Nos dijo que su marido era un puerco y que habían hecho muy bien en encerrarle. Al parecer, ella no sabía nada de la pequeña despensa de la selva, que el hombre había guardado sólo para él. Como sucede muchas veces en las parejas, sobre todo las que llevan largo tiempo conviviendo, estaba poseída por la sed de venganza.

Todo aquello me parecía tan delirante, que me fui a ver a Kunze directamente.

Me recibió con mucha amabilidad dentro de su cabaña, que había ido ampliando añadiendo habitaciones y verandas y que empezaba a parecer una pequeña mansión, o quizá un palacio. Brigitta Kunze me ofreció una copa de vino rosado. Luego salió, y nos quedamos solos. Le dije que no me gustaba su Ley, que él no tenía ningún poder para establecer ninguna Ley ni atribuciones para hacerlo y que tenía que liberar inmediatamente al desgraciado que estaba encerrado en la cueva de la playa. Que el agua del mar entraba cuando subía la marea, y que iba a acabar con fiebres reumáticas o con una pulmonía. Que era humillante tener a un ser humano encerrado y obligarle a pasarse el día masticando espinas de pescado para no morir de hambre.

—Querido John —me dijo Kunze—. Usted es una buena persona. Es usted un idealista. Pero no conoce la naturaleza humana como yo.

—Yo no quiero hablar de la naturaleza humana —dije yo—. Quiero hablar de cosas más básicas. Usted no tiene atribuciones para hacer lo que está haciendo. No tiene ningún derecho a imponernos ninguna ley. Usted no es nadie. Es igual que los demás.

—Está equivocado, John —me dijo Kunze—. Usted dice que no tengo «atribuciones». Tengo tres atribuciones. Tengo todas las armas. Y tengo dinero. Y tengo además otra, más importante. Tengo a Dios. Mi conciencia está limpia, porque sé que lo que estoy haciendo está bien. Usted piensa que yo soy un cínico. Pero no es ése el problema. El problema es que usted es un hipócrita, como todos los liberales, y

como a todos los liberales le gusta creer cosas que son mentira sólo porque son bonitas, o porque a usted le parecen bonitas.

»Ese hombre está encerrado allí dentro por lo que él ha hecho. Por lo que ha hecho él, no yo. Yo no le he encerrado. Se ha encerrado él mismo. Fue juzgado y encontrado culpable. Estaba robando comida, quitándoles comida a los niños, a los enfermos, a los ancianos. ¿Le parece que eso no es nada? ¿Le parece que eso no merece un castigo? Su propia mujer está de acuerdo con que esté encerrado. ¿Sabe que le escupió en público? ¡Su propia mujer!

»Espere —me dijo levantando la mano cuando intenté hablar—. Sé todo lo que me va a decir. Sé exactamente cuáles son sus argumentos. Los he oído un millón de veces. Estamos en una situación extrema. Piense, John, piense. Piense que somos noventa personas forzadas a vivir indefinidamente en una isla donde no hay comida. Piense que estamos rodeados por una bandada de criminales que parecen dispuestos a todo, hasta la tortura y la mutilación, con tal de mantenernos a raya. No podemos luchar contra ellos porque no estamos organizados, no conocemos el terreno y no tenemos armas. Y la situación será cada vez peor. Tenemos que prever los problemas antes de que se presenten. ¿Qué pasará cuando se termine la comida que conseguimos sacar del avión, todas esas latas de las que nos hemos estado alimentando hasta ahora? Estamos agotando todas las fuentes vegetales naturales, y la pesca es cada vez más escasa. Y somos noventa personas que tienen que comer todos los días.

»Es posible que mi Ley le parezca dura. Es posible que lo sea. Pero no voy a permitir que nos hundamos en el caos sólo por sus ideas utópicas y socialistas y por su creencia en la bondad innata del hombre. Tenemos que mantener la civilización y el respeto a los débiles. Y la civilización sólo puede existir cuando hay ley. Y la ley sólo se puede imponer mediante una cosa. ¿Sabe usted qué cosa?

—Supongo que la razón —dije yo.

—No, John, la razón no tiene nada que ver en esto. La ley sólo puede imponerse mediante el miedo.

»Si empezamos a andar desnudos y a pintarnos la cara de colores y a hacer orgías acabaremos pronto en la antropofagia. ¿Usted no sabe que hay ya mujeres que se acuestan con hombres por comida? Eso ya está pasando. Venden su cuerpo a cambio de una ración de pescado ahumado o una ración de leche condensada. Hay un caso de una señora casada.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —dijo Kunze—. Imagínese lo que sucederá si el marido se entera. He hablado con ella, pero lo ha negado todo. Incluso se me insinuó. Una bellísima mujer, por cierto. Estamos todos con los nervios de punta. Si el marido se entera de lo que hace su mujer, puede matarla. No le culparía si lo hiciera. Sería juzgado por asesinato, claro está, aunque tuviera atenuantes. ¿Y qué haríamos con el cuerpo de la mujer? Ahora mismo cavaríamos una tumba más, ya tenemos unas cuantas, y la enterraríamos. Todavía no estamos lo suficientemente hambrientos. Pero ¿qué pasará

dentro de un mes? ¿No les parecerá a algunos de nosotros que lo más racional es comérsela? ¿No es eso lo que hicieron aquellos supervivientes que cayeron en un avión en los Andes, comerse a los muertos?

Yo estaba mareado por la copa de vino rosado. Estaba muy débil y con el estómago vacío, y con un par de sorbos había notado ya el efecto letárgico del vino. Y ahora tenía la cabeza completamente turbia, y ni siquiera recordaba para qué había ido a hablar con Kunze ni qué esperaba conseguir de aquella entrevista.

—¿Y qué me dice de los castigos físicos? —le pregunté—. ¿Eso también es civilizado?

—Tenemos que ser respetuosos con otras culturas —me contestó con una sonrisa cínica—. No podemos pretender imponer la ley occidental y nuestro sistema de valores a las personas que provienen de otros lugares del planeta. Quiero decir que la Ley que hemos establecido se basa en los derechos de la ley natural, en los derechos humanos universales, derecho a la vida, a la integridad física y moral, derecho a la propiedad privada, pero que la forma de aplicar esa ley universal puede variar según las culturas.

El vino rosado nublaba mi entendimiento y mi lengua. Me resultaba imposible contestar ni replicar.

—Nuestros amigos orientales no son tan blandos como nosotros —dijo Kunze—. Para ellos, el que la hace la paga. Y de la forma más directa. Le atan a un cadalso y le golpean con una caña de *rattan* —dijo riendo y poniéndose rojo por la risa que aquello le producía—. Latigazos, John. Es barato, fácil y eficaz. El que los sufre, ya no vuelve a delinquir.

Rattan. Yo tenía muebles de *rattan* en la veranda de mi casa, en Oakland. Aunque lo cierto es que nunca me había parado a pensar qué era exactamente el *rattan*. ¿Una especie de junco? ¿Un tipo de bambú?

En realidad, el *rattan* es un tipo de palmera parecida a una liana que crece abrazándose a los troncos de los árboles. Sus tallos, de donde se extrae la célebre madera de *malacca* con la que se construyen bastones elegantes, están divididos en segmentos, lo que les da una similaridad superficial con el bambú. Pero no son cañas y no tienen nada que ver con el bambú. El bambú es hueco y muy quebradizo, mientras que los tallos de *rattan* son macizos y tan duros como el hierro. La mayor parte del *rattan* del mundo crece en Indonesia, pero Jung Fei Ye logró encontrar varias palmeras de *Calamus adspersus* en los bosques de la isla y sobre todo varias plantas de *Daemonoropes draco*, una de las variedades más grandes y exuberantes de *rattan*, cuyos tallos, convenientemente descortezados, le proporcionaron herramientas de castigo de calidad profesional.

Nos las mostró una tarde, muy orgulloso. Había preparado tres varas de *rattan* de distinto grosor. Las tres tenían un metro y medio de longitud aproximadamente y contaban además con una empuñadura hecha con cuerda de cáñamo, para poder agarrarlas con firmeza.

La ejecución de las penas seguía casi al pie de la letra la ley del estado soberano de Singapur. Al condenado se le desnudaba completamente y se le ataba a un cadalso de madera de manera que las piernas quedaran juntas e inmóviles, protegiendo de este modo los órganos sexuales, y se colocaban los brazos estirados hacia arriba curvando el tronco ligeramente hacia adelante a fin de que la parte posterior del tronco quedara en posición para recibir el castigo. El cadalso en forma de X que habían construido no permitía que el cuerpo del reo se curvara hacia delante, pero sí mantener al prisionero en la postura deseada, con los brazos separados, la cintura inmovilizada para prevenir posibles movimientos y las piernas juntas a fin de proteger los genitales.

De acuerdo con las leyes de Kunze, las flagelaciones podían administrarse desde los catorce hasta los sesenta y cinco años, y se aplicaban por igual a hombres y a mujeres. Se ataba al reo por las muñecas a las aspas de la X y luego se le ataba la cintura al centro de la X y se le ataban los tobillos. A continuación, se dejaban al descubierto sus nalgas, que eran la única parte del cuerpo que debía recibir los azotes, aunque en ocasiones la caña golpeaba por accidente los muslos o la parte baja de la espalda. Los azotes los propinaba un especialista en artes marciales de acuerdo con un ritual perfectamente ensayado y escenificado siempre de manera idéntica. Jung Fei Ye nos hizo una demostración de cómo se hacía, ya que se sentía orgulloso de su trabajo. Se empuñaba la caña por la empuñadura, se blandía en el aire llevándola hacia la izquierda y luego hacia la derecha en toda la extensión del brazo a fin de lograr el máximo impulso, se avanzaba un paso y se propinaba el golpe blandiendo la caña de nuevo hacia la izquierda con toda la fuerza del brazo del verdugo, de modo que la punta de la caña cortara la piel del reo como una navaja. Antes de cada golpe, el verdugo preguntaba al reo que si estaba listo y el reo tenía que decir que sí. Después del latigazo, el reo tenía que dar las gracias al verdugo. A continuación, el médico examinaba al preso, le auscultaba y le ponía el termómetro, y dictaminaba si estaba en condiciones de seguir recibiendo el castigo. Si el dictamen era negativo, se le desataba y se posponía el castigo al día siguiente, y así hasta que se completaba el número de latigazos establecido. El dolor de los latigazos era indescriptible, y las cicatrices que dejaba la caña eran permanentes. Tres latigazos dejaban tres marcas horizontales en las nalgas, un recordatorio de por vida de la humillación recibida, pero esta humillación, explicaba Jung Fei Ye, la vergüenza de tener las nalgas marcadas, era precisamente la parte más eficaz del castigo. A mí me resultaba difícil imaginar los efectos de doce latigazos dados en una sola sesión en la misma zona del cuerpo, por no hablar de las indescriptibles penas de dieciséis o veinticuatro latigazos, que debían de abrir las carnes hasta el hueso y dejarlas dilaceradas y abiertas en una horrenda carnicería. Jung Fei Ye nos contó que los que eran azotados tenían que recibir luego tratamiento médico por las heridas y pasar días o semanas tumbados boca abajo para recuperarse. Se les proporcionaban antisépticos, pero no se les administraban calmantes de ningún tipo, ya que se consideraba que el dolor era

parte de la pena, pero era falsa la leyenda de que se empapaban las cañas en salmuera para hacer que las heridas resultaran más dolorosas.

—Los que prueban la vara de *rattan* ya no vuelven a cometer delitos —nos explicó Jung Fei Ye—. Se convierten en personas sumisas y obedientes. Se convierten en personas respetuosas. Lo he visto infinidad de veces. El sistema funciona. Es cruel, es cierto, pero funciona.

Sophie, encarcelada

Los ataques de asma de Sebastian eran cada vez más angustiosos. Hacía tiempo que los inhaladores que usaba se habían terminado, y ahora el niño se pasaba las noches en vela. Durante el día, los ataques remitían, pero nada más tenderse el muchacho para dormir se presentaba el horror de la disnea, los silbidos en el pecho, la dificultad respiratoria. Los bronquios se contraían y no permitían la entrada del aire. Ahora Sebastian y Sophie se pasaban las noches en blanco, y muchas veces el niño estaba tan débil y cansado que se quedaba dormido durante el día mientras estaba sentado.

El clima de la isla, aquella humedad pegajosa, no le sentaba bien.

Ahora Syra estaba siempre al lado de Sebastian. Simplemente se sentaba a su lado, le cogía de la mano y se quedaba callada y quieta junto a él. A veces yo les veía sentados en la playa, uno al lado del otro. Una vez les vi allí sentados mirando el crepúsculo y me pareció que estaba contemplando el principio de una historia de amor.

Sophie no sentía simpatía por Syra, pero era amable con ella porque veía que a su hijo le gustaba su compañía. Los dos niños apenas hablaban. Yo nunca les vi hablar. Y Sebastian no siempre estaba con asma. Durante el día solía estar bien, los peores ataques tenían lugar durante la noche. Joseph le recomendó que durmiera semiincorporado, pero a pesar de todo sus noches eran infernales.

Dharma, el profesor de yoga de mis amigos, habló con los Leverkuhn y les dijo que la condición del niño mejoraría si tuviera una dieta estrictamente vegetariana y les enseñó varios ejercicios de respiración que los Leverkuhn, dotados de una mentalidad científica e incrédula, no se tomaron en serio y ni siquiera intentaron poner en práctica.

De modo que Sophie se fue a hablar con Jimmy Bruëll y le preguntó si podría conseguir algún medicamento para el asma. Jimmy le dijo que a lo mejor podría ayudarla, pero que eso iba a costarle algo más que un racimo de plátanos o una docena de ostras frescas.

—Pero ¿de dónde diablos sacas todas esas cosas que vendes? —le preguntó Sophie furiosa—. No puedes tener medicamentos escondidos. Yo no tengo que pagarte por un medicamento. Si tienes medicamentos, tienes que entregárselos a Joseph y a Roberta.

—Yo no soy socialista, señora —dijo Jimmy muy sonriente—. Creo en lo que dijeron los padres fundadores, la búsqueda de la felicidad, el uso de armas y la propiedad privada.

—Podemos obligarte a que nos des las medicinas —dijo Sophie.

—No, no pueden —dijo Jimmy—. Porque yo no tengo ninguna medicina. Yo no tengo nada, señora arquitecta. Yo soy un intermediario. Un *entrepreneur*. Un *hustler*.

Yo voy de aquí para allá. Soy ese amigo que consigue que se hagan las cosas. No soy el dueño del *mall*, no tengo un almacén lleno de existencias. Soy más bien una especie de buhonero como los de antes, señora. Un cazador furtivo, ¿me comprende?

—Vamos, Jimmy —dijo Sophie—. No me cuentes historias. No hables como el personaje de una serie de televisión. Para eso ya tenemos a Wade.

—Puedo intentar conseguir su medicina —dijo Jimmy.

—Bien —dijo Sophie—. Mi hijo se ahoga, no puede respirar. Espero que la consigas pronto, Jimmy.

—Eso te costará bastante —dijo él guiñándole un ojo.

—Vamos, Jimmy, no es más que un niño.

—Cariño, me partes el corazón pero ¿alguna vez has usado ese mismo argumento al recibir la factura del médico? ¿Al pagar en la farmacia? ¿Al contratar un seguro médico? Yo llevo un negocio. Esto es un negocio, nada más.

—No tengo dinero. Te pagaré lo que quieras cuando salgamos de aquí. Te lo firmaré ante testigos. Te daré mil dólares por la medicina, ¿es suficiente?

—El dinero aquí no vale —dijo Jimmy—. Vamos, señora arquitecta. Incluso tú debes saber que a veces hay cosas mejores que el dinero.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Sophie—. ¿Pretendes que me acueste contigo? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres follarme a cambio de medicinas?

—Ni se me había ocurrido pensar en algo así —dijo Jimmy.

Después de esto, Sophie se fue a visitar a Joseph y a Wade. Joseph le dijo que no podía imaginar cómo lograba Jimmy encontrar todo lo que le encargaban, y que la única posibilidad era que sacara las cosas del avión. Pero ¿cómo? La balsa de salvamento hacía tiempo que estaba desinflada e inservible, y de cualquier modo no era probable que quedaran muchas cosas útiles en el interior de la panza del avión. Lo más probable era que durante los primeros días, cuando nos pasábamos el tiempo viajando al avión y sumergiéndonos para vaciar la bodega, Jimmy se hubiera dedicado a apoderarse de toda clase de mercancías y las hubiera ido escondiendo en algún almacén secreto. A instancias de Sophie, se formó un pequeño grupo que se presentó en la cabaña de Jimmy para registrarla en busca de medicinas. Jimmy protestó y bufó y habló de sus derechos «constitucionales». No necesitaba de ninguna constitución, dado que tenía un arma de fuego y contaba además con el apoyo de Kunze, pero de todos modos permitió con una sonrisa irónica que Joseph y Wade entraran en su cabaña y lo revolvieran todo en busca de un escondrijo secreto donde guardara aquellas cosas tan codiciadas por nosotros, el tabaco, el alcohol, las medicinas, los preservativos, pero no lograron encontrar nada. Seguramente el depósito secreto de Jimmy estaba en el interior de la selva, en algún lugar seguro que sólo él conocía.

De modo que cuando cayó la noche, Sophie se fue a la cabaña de Jimmy y se metió en su cama y le dejó que hiciera lo que quisiera con ella. No sé, imagino que estaba convencida de que las cosas no llegarían tan lejos, y que en el último momento

Jimmy se echaría para atrás y le daría las medicinas sin llegar a consumir la transacción comercial. Supongo que pensaba que ni siquiera Jimmy caería tan bajo, que aprovecharse de la enfermedad de un niño para poseer a su madre era algo que ni siquiera Jimmy sería capaz de hacer. Pero los criterios morales de Jimmy eran sorprendentemente amplios, y al ver a Sophie dentro de su cama se limitó a quitarle la ropa, a ponerse encima de ella y a montarla. De acuerdo con los pequeños espías que se acercaron a la cabaña para intentar enterarse de lo que sucedía allí dentro, Sophie le había exigido que se pusiera una goma. Jimmy no quería, y habían discutido y negociado largo rato, pero finalmente había accedido. Al final, Jimmy le entregó a Sophie varios inhaladores para el asma de terbutalina y salbutamol y varias cajas de budesonida para tratamiento con corticoides a largo plazo. Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, Sebastian pudo conciliar el sueño y dormir hasta bien entrado el día.

Esa mañana Joseph fue a buscar a Jimmy a su cabaña. Yo estaba por allí cerca, pasando con mis muletas y con una toalla al hombro en dirección a la zona de baño para darme mi baño matinal, y me detuve al ver a Joseph frente a la cabaña de Jimmy gritando su nombre y ordenándole que saliera. Jimmy apareció detrás de la tela que hacía de puerta masticando un trozo de mango y sosteniendo con la otra mano un ejemplar de *Little Dorritt* con un dedo metido entre las páginas, y Joseph se abalanzó sobre él y le derribó de un puñetazo. Dios mío, pegaba bien, el doctor. Jimmy se incorporó con gesto reflexivo, tocándose la mandíbula en el lugar donde había sentido los nudillos de Joseph y escupiendo amarillos trozos de mango sin masticar. Todavía tenía el dedo metido entre las páginas de *Little Dorritt*. Luego dejó el libro en el suelo, abierto boca abajo por la página donde estaba leyendo, se limpió la boca con el dorso de la mano y se incorporó.

—¿Ya estás tranquilo, Doc? —dijo—. ¿Puedo seguir con mi libro?

Joseph se abalanzó sobre él de nuevo, y los dos rodaron sobre la arena. Creo que yo nunca había visto una pelea igual. Sólo en las películas había visto a dos hombres pelearse dándose puñetazos. Joseph pegaba bien y se notaba que había practicado el boxeo o el *quick boxing*, pero Jimmy tenía unos enormes brazos llenos de músculos y seguramente había aprendido a boxear en la cárcel y sabía todos los trucos sucios y todos los ganchos y todos los golpes ilegales que dejan al contrario sin respiración y enseguida derribó al doctor, que ya sangraba por la nariz y por la boca. Además, Joseph estaba furioso y Jimmy no lo estaba. Joseph volvió a levantarse, pero era evidente que Jimmy era el mejor luchador de los dos. Era más fuerte, más frío, más cruel. Cada vez que Joseph caía al suelo, Jimmy levantaba las dos manos en el aire y le decía que lo dejara, que lo que había sucedido no tenía nada que ver con él, que no sacara las cosas de quicio. Finalmente les separaron. Wade se acercó a Joseph y le dijo que ya era suficiente. Le dijo que la lucha había tenido lugar y él había sido derrotado, y no tenía sentido luchar hasta quedar inconsciente o hasta lograr que Jimmy le hiciera daño de verdad. Él había sido derrotado, pero la lucha había sido

honorable, y el honor de una mujer había sido defendido. No hacía falta más. Yo no podía creer que Wade estuviera diciendo aquellas cosas. Me sentía como en medio de un duelo medieval, perdido en una selva heráldica de leyes de la sangre y de la honra. ¿El honor de una mujer? Entonces apareció Leverkuhn. Tenía el rostro atravesado por una expresión de profundo disgusto. Cuando le vimos acercarse, se hizo un silencio general. Leverkuhn raramente se dejaba ver, y jamás hablaba en público.

—Exijo una reunión general esta noche —dijo Leverkuhn, y luego señaló torpemente a Jimmy sin mirarle a la cara directamente—. Este individuo debe ser expulsado de la comunidad.

—¿Necesitas a todo el grupo a tu alrededor para enfrentarte a mí? —le dijo Jimmy recogiendo calmadamente su libro del suelo—. ¿No quieres resolver las cosas de hombre a hombre?

—Voy a hacer que te expulsen —dijo Leverkuhn—. Te tendrás que largar a la selva, hijo de puta. Te morirás allí intentando comer monos.

La reunión solicitada por Leverkuhn tuvo lugar esa misma noche, pero los acontecimientos no se desarrollaron tal y como él había esperado. Sí, recuerdo bien aquella reunión, y supongo que los monos capuchinos y los lobos gigantes y las cacatúas blancas de la selva la recuerdan también, porque pocas veces en aquellas costas remotas se habrían oído declaraciones y diatribas como las que se pronunciaron aquella noche al borde del río y alrededor de la hoguera que habíamos encendido para la ocasión. Recuerdo las llamas de la hoguera iluminando rostros rojos y salvajes, y recuerdo las chispas de la hoguera crujiendo y elevándose en el aire en dirección a las estrellas, y el brillo del fuego rojo y anaranjado reflejado en las aguas del río y en las hojas de los árboles circundantes. Recuerdo la sensación envolvente de la corriente del río, del fuego, del cielo, de los árboles alrededor de nuestros gritos furiosos, y el estupor de todos los animales salvajes que nos rodeaban al descubrir que, de todas las criaturas naturales, ninguna es más salvaje que el hombre.

Leverkuhn pidió formalmente que se expulsara a Jimmy Bruëll de nuestra sociedad después de hacerle revelar dónde guardaba todas aquellas cosas con las que negociaba y que eran tan necesarias para la vida de todos. Afirmó que era una vergüenza que tuviéramos que «pagar» por cosas que eran necesarias para la subsistencia, y que Bruëll, que era un criminal con una larga trayectoria de pequeños y grandes delitos y que, por lo que él sabía, había estado varias veces en la cárcel, no merecía los beneficios de la vida en común. Dijo que era una sanguijuela, un explotador, un sinvergüenza, un chantajista, un inmoral, casi un violador, y que debía prohibírsele que volviera acercarse a nuestro poblado.

Kunze le dijo a Leverkuhn que entendía su frustración y su incomodidad, pero que los problemas que estaba planteando eran más bien de índole doméstica. Fue suave, como siempre, y al mismo tiempo inconcebiblemente brutal. Dijo que lo que planteaba Leverkuhn equivalía a una especie de revolución bolchevique, que lo que él

pretendía era abolir la propiedad privada, prohibir el comercio y crear un estado colectivista que distribuyera los bienes. Le preguntó con tono calmado y estudiadamente civil que si era comunista y Leverkusen, comenzando a perder los estribos, le dijo «por supuesto que no soy comunista, viejo imbécil», lo cual no sirvió para mejorar las cosas. Kunze dijo que él creía en la libertad, en la propiedad privada y en la iniciativa individual, y que creía también que hay que pagar por las cosas que uno desea tener, y que el que trabaja gratis no es un idealista, sino un esclavo. Joseph pidió la palabra (lo cual no resultaba fácil, porque los ánimos estaban muy alterados) y le dijo a Kunze que hablaba como si estuviéramos en un club de hombres de negocios del Upper West Side de Nueva York, y parecía como si no se hubiera dado cuenta de que nos encontrábamos abandonados en una isla desierta, en circunstancias excepcionales, y que nuestra única oportunidad de sobrevivir era ayudarnos unos a otros y trabajar desinteresadamente por el bienestar del grupo. Dijo además que estaba de acuerdo con Leverkusen en que Jimmy debía poner todas las medicinas que tuviera (al menos las medicinas) a disposición de la comunidad. Todo aquello resultaba tan razonable que yo pensaba que no merecía la pena siquiera discutirlo. La moción de Leverkusen de expulsar a Jimmy de la comunidad me parecía algo excesiva, pero estaba seguro de que en caso de que hubiera una votación, Leverkusen perdería, con lo cual el asunto quedaría zanjado. Pero Kunze no tenía la menor intención de someter el problema a ninguna votación. Había un sistema legal, un poder judicial, un brazo ejecutivo. No hacía falta nada más.

Kunze dijo que en caso de expulsar a alguien del poblado, ésta debería ser la señora Leverkusen. La llamada «señora Leverkusen», dijo Kunze, subrayando con mucha ironía la palabra «señora», había cometido adulterio, lo cual de acuerdo con el código legal de la isla era un delito penado con la flagelación. Sophie Leverkusen había utilizado su propio cuerpo como moneda de cambio en una transacción comercial, dijo Kunze, y esto no sólo era adulterio, sino también prostitución. Dos delitos. Dijo también que no cabía duda de que Jimmy Bruëll estaba lejos de ser un modelo de comportamiento, pero que el culpable de lo sucedido no era él, que tenía todo el derecho del mundo a explotar su negocio como mejor le pareciera, sino la mujer que le había seducido. Aquello levantó voces de protesta, gritos e incluso carcajadas, pero Kunze disparó su rifle dos veces al aire y dijo que no estaba dispuesto a tolerar desórdenes y que estaba hablando muy en serio.

A continuación ordenó al *sheriff* que detuviera a Sophie Leverkusen y que la encerrara en una de las celdas de la playa. Después de consultar unos instantes con Tudelli y con Billy Higgins, que asentía con fuerza a todas sus palabras, Kunze volvió a hablar y dijo que en atención a las circunstancias atenuantes que se daban en aquel caso, el Consejo había determinado que la pena se vería reducida a seis azotes, que le serían administrados a la detenida a la mañana siguiente, a las doce en punto. Le preguntaron a Sophie si quería decir algo y ella dijo que no. Luego Jung Fey Ye y el señor Kim se acercaron a ella, le ataron las manos a la espalda y se la llevaron.

Joseph se abalanzó sobre ellos para intentar detenerles, pero le pusieron el cañón de una pistola en el pecho, y Jimmy amartilló la escopeta y le apuntó con ella a la cara. Joseph levantó las manos y quedó inmóvil.

A nuestro alrededor, la noche lo devoraba todo. Era como una gran araña, la noche, una araña inhumana y gigantesca.

Sufrimos un ataque

A la mañana siguiente me despertaron gritos a mi alrededor. Me puse unos pantalones, agarré las muletas y salí lo más rápido que pude de mi cabaña para contemplar lo que señalaban todos levantando los brazos y mirando en dirección a las nubes. Había un avión que sobrevolaba la isla. Se trataba de un avión no tripulado. Lo vimos con claridad cuando pasó sobre la playa, su forma reflejada de forma fugitiva sobre el gran espejo de la arena húmeda, una especie de juguete dirigido mediante algún tipo de control remoto. Todo el mundo corrió a la playa para contemplarlo. Noboru y Ariko aparecieron cogidos de la mano. Wade surgió de la selva con un par de palomas torcaces, que solía cazar con lazos y con trampas, colgadas del cuello. Roberto B. y Sheila descendieron de lo alto de una palmera. Swayla se asomó de entre las olas donde tomaba un baño matinal. Jimmy Bruëll apareció sosteniendo su rifle sobre los hombros.

Vimos cómo el avión daba una amplia vuelta sobre el promontorio cubierto de selva que dominaba el poblado, y luego regresaba otra vez en dirección a la playa. En su pase de regreso descendió mucho más, y creo que todos pudimos verlo con toda claridad. Tenía dos motores de hélice, uno en cada ala, y en el costado llevaba escritas las palabras «Keep cool forever!» y un dibujo que, me pareció, representaba a un cerdito rojo con máscara negra y pañuelo de filibustero en la cabeza. El aparato parecía muy viejo, y tenía la pintura desconchada y varias soldaduras vivas. Ahora iba volando por encima del río, y justo cuando pasó a la altura del poblado, comenzó a lanzar una especie de nube de polvo amarillento. Como miles de caléndulas de cristal descendiendo lentamente sobre el espejo negro del río. Era difícil saber si se trataba de gas o de una espesa suspensión de polvo. Enseguida alcanzó al poblado. Luego el avión se dirigió hacia la laguna, cuyas orillas estaban llenas de náufragos que saltaban y bailaban y gritaban y hacían señas al avión a pesar de que probablemente todos sabían ya que el avión no estaba tripulado y no había nadie a quien saludar, y la nube amarillenta que iba brotando de su panza los envolvió a ellos también y se enredó entre los troncos de las palmeras y en las inmensas hojas de los árboles del viajero, que se movían lentamente en la brisa como saludando la destrucción y el fin del mundo, porque aquella nube amarilla tenía el color amarillo de la destrucción y del fin del mundo y luego el avión siguió en dirección a la playa, lanzando su nube de polvo amarillento sobre los grupos de curiosos que saltaban y corrían persiguiendo su sombra sobre la arena, descendiendo hasta apenas diez o doce metros de altura del suelo y luego elevándose y adentrándose en el mar para trazar una curva y volver a pasar sobre la playa de nuevo en dirección a la laguna y al poblado. Y uno por uno iban cayendo todos dormidos. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes. Primero cayeron los más jóvenes y las mujeres, luego los ancianos, luego

los hombres más altos y corpulentos. Todos respiraban el humo amarillo y caían dormidos. Algunos no tuvieron suerte. Sandy Pollock, una joven de veintisiete años que era ingeniero químico, cayó dormida al borde de la laguna y se ahogó. Su hermana, Sibyll Pollock, de veinticuatro, que había tenido problemas con las drogas y solía trabajar como modelo en escuelas de arte del valle, estaba subida en lo alto de una palmera cuando apareció el avión y contemplaba desde allí arriba las evoluciones del aparato. Dado que la nube amarilla tenía tendencia a descender hasta el suelo, podría haber tenido suerte y haber quedado por encima de los jirones de niebla que nos dormían a todos. Pero no tuvo tiempo ni siquiera de agarrarse bien a las ramas donde se encontraba, cayó desde una altura de doce metros y se partió el cuello. Otros intentaron huir corriendo hacia el interior de la selva para esconderse entre la vegetación, pero no tuvieron tiempo. Sólo dos criaturas no se durmieron entre todos los naufragos, y las dos tuvieron el buen sentido de disimular y de dejarse caer al suelo como todos los demás. Esos dos seres que, por distintas razones, resultaron inmunes al somnífero fueron Ariko y vuestro seguro servidor, Juan Barbarín. En el caso de Ariko, su resistencia al veneno es sencilla de explicar, ya que la muchacha carecía de sistema nervioso. Pero vuestro seguro servidor no era un autómatas, sino una persona de carne y hueso. ¿Cómo era posible, entonces, que resistiera sin dormirse cuando todos a su alrededor caían fulminados?

En efecto, vi con estupor cómo todos a mi alrededor iban cayendo a tierra. Los ojos se les cerraban, la cabeza caía vencida por su peso, las rodillas se doblaban, el cuerpo se colapsaba sobre sí mismo como si fuera de papel. Yo había ido avanzando en dirección a la playa como todos los demás, pero sólo pude llegar hasta el extremo del poblado, en el punto donde comenzaba la laguna. Vi cómo Omotola, vestida con una de sus túnicas africanas roja y amarilla, caía dormida sobre la arena dejando caer un montón de nueces Kukui que llevaba en un trapo y que rodaron pendiente abajo, y vi a Gloria Griffin, con un bañador blanco, metida hasta la cintura en el agua color turquesa de la laguna, que se volvía a mirarme con gesto de terror y vi cómo sus párpados caían como las de una muñeca al inclinarla y cómo su cabeza se doblaba hacia un lado, y seguramente hubiera muerto ahogada de no ser porque yo me metí en el agua, la agarré del pelo y tiré de ella hasta poder cogerla de las axilas y dejarla con medio cuerpo sobre la arena. El avión había vuelto a pasar, ahora viniendo desde el mar, y una nueva nube amarillenta volvió a caer sobre la selva y la orilla, resplandeciendo como miles de cristales dorados sobre el agua de la laguna. Yo respiraba aquella niebla amarilla con asco y con disgusto. Tenía un amargo olor a ricino, similar al que solemos identificar con los insecticidas, pero no provocaba irritación en los ojos ni dificultades respiratorias. Entre los girones amarillentos vi a Jimmy Bruëll empuñando su rifle. Me miró y abrió la boca intentando decir algo, pero cayó de rodillas sobre la arena y luego boca abajo, igual que una ficha de dominó empujada hacia delante, para quedar incrustado en la arena. Pero me parecía que antes de caer dormido él había visto algo. Me volví y descubrí en la lejanía varias

figuras oscuras que avanzaban. Era difícil distinguirlas entre las nubes amarillentas. Eran tres, luego cuatro, cinco. Siete, ocho. Ni siquiera estaba seguro en un principio de que fueran personas. Podrían ser monstruos, o simios, o robots. El viento del mar arrastraba rápidamente los jirones de niebla hacia la selva revelando más figuras, hombres armados que avanzaban. Yo no sabía qué hacer. A mi alrededor, todos estaban caídos. Me dejé caer yo también, fingiendo que estaba dormido como los demás.

Venían caminando entre los árboles, por entre las hojas oscuras, avanzando por la orilla del río. Habían surgido de la selva. Recuerdo que me pareció inexplicable que hubieran llegado hasta nosotros tan rápido, una idea absurda, ya que yo no podía saber cuánto tiempo llevaban acercándose hacia nosotros. Los que yo pude ver eran entre quince o veinte (no sé si había otros grupos), iban fuertemente armados y llevaban todos máscaras antigás negras de uso militar, con el filtro a un lado para poder acercarse el rifle a los ojos, máscaras fabricadas con silicona y látex y con dos cristales circulares de policarbonato que daban a los que las llevaban el aspecto de enormes insectos. Uno de ellos llevaba en las manos una especie de aparato metálico con una larga antena. Se trataba del mando a distancia del avión. Debía de disponer de una pantalla GPS que ayudaba al operario a controlar los movimientos del aparato cuando se situaba fuera de su vista. Vi cómo los insectos humanos, todos ellos armados con rifles, fusiles e incluso unos cuantos rifles de asalto K-52, se pusieron a inspeccionar las cabañas del poblado. Seguramente era la primera vez que estaban allí físicamente, y sentían curiosidad. Entraban en las cabañas y cogían cosas o daban patadas a los cacharros o a los toscos muebles que encontraban, reían y decían cosas en voz alta, aunque con las máscaras sobre la boca era difícil entenderles. Les oí destrozar a culatazos y a patadas muebles de bambú que habían sido contruidos sin apenas herramientas y con infinita paciencia, romper o rasgar toldos de lona y tejados trenzados con hojas de palma, destrozar a puntapiés cacerolas de barro. Estaban lejos y no entendía sus voces, pero sentía un terror inconcebible al oírles y luego, cuando salieron por fin de las cabañas y se dirigieron hacia la laguna, pasando muy cerca del lugar donde yo me encontraba (y uno de ellos, creo que una mujer, pasó por encima de mis piernas), sus horribles cabezas de insecto me produjeron todavía más terror. Todo su comportamiento resultaba incomprensible. Iban caminando por entre los cuerpos caídos, y a menudo pisoteaban con sus botas militares los rostros o los estómagos de los desgraciados que dormían, dándoles de vez en cuando puntapiés en las costillas o en la entrepierna por una especie de placer sádico de hacer el mal sin ninguna razón. Vi cómo levantaban a Robert Frost, el mormón tonto (así lo llamaba yo para distinguirlo de Robert Kelly, «el mormón listo»), le bajaban los pantalones entre risotadas dejando al aire sus nalgas rosadas y lampiñas y le colocaban encima de una de las mujeres, que había caído tendida boca arriba y con las piernas separadas. Yo me hacía el dormido, pero tenía los ojos entreabiertos. Una de las mujeres que había entre ellos les increpó por lo que habían hecho con Robert Frost y

les dijo que no perdieran el tiempo, pero era la pérdida de tiempo lo que parecía molestarle y tampoco ella parecía sentir un excesivo respeto por los desgraciados náufragos, a los que pisoteaba sin la menor consideración. Hasta esos momentos yo no estaba seguro de si nuestros asaltantes pertenecían al grupo de los *Insiders* o al de los guerrilleros, pero enseguida pude ver por sus ropas y por las armas que llevaban que no eran los guerrilleros.

Uno de ellos, el que parecía su líder, dijo algo en voz alta, y todos se quitaron las máscaras antigás. Tal y como había imaginado, la mujer que había gritado y que acababa de pasar a mi lado era Gwen. Agitó la cabeza de un lado a otro para liberar sus cabellos aprisionados, y su melena salvaje y ondulada le cayó sobre los hombros. Llevaba ropa militar, botas Cordura de combate en la jungla, pantalones verdes de camuflaje, una cartuchera llena de munición, almohadillas de protección en las rodillas y en los codos, una camiseta caqui bajo la cual se marcaba la forma de un sujetador deportivo, y una pesada mochila en la espalda cuyas gruesas correas acolchadas se le clavaban en los hombros haciendo resaltar el volumen de sus pechos. Iba armada con un Kalashnikov, y tenía un aspecto tan salvaje y terrorífico que temblé al pensar que un día había albergado sentimientos románticos hacia ella, que la había besado, que nos habíamos bañado juntos desnudos, que habíamos hecho el amor. No conocía a los otros miembros del grupo, entre los que no vi a George, aunque como mi radio visual era limitado es posible que estuviera también entre ellos. Todos tenían mal aspecto. Iban mal afeitados y muchos tenían tatuajes en los brazos musculosos y rojizos por el sol. Tenían aspecto de piratas, de delincuentes habituales, de mercenarios de los que van vendiendo sus servicios de guerra en guerra. El que había dado la orden de que se quitaran las máscaras, empero, se diferenciaba de los demás. Tenía el pelo corto, era bajo y poco corpulento, y tenía una carita pequeña y pálida en la que resaltaban unos enormes ojos azules fríos e inteligentes, y una boca pequeña de labios rojos rodeada de tensiones y de falsas cortesías. Sin duda era el que estaba al mando. Le oí decir algo más, y entonces de las oscuridades de la selva salió una nube de salvajes armados con lanzas y con arcos y flechas. Eran hombres de piel oscura, probablemente de raza maorí, e iban ataviados con plumas de pájaro y con fíbulas de hueso que les atravesaban las narices. Cuando digo una nube quiero hacer referencia no sólo a su número, sino también a la ligereza y al sigilo con que aparecieron de pronto y parecieron llenar todo el espacio. Iban descalzos, cargados de collares, adornos de hierba y de plumas y tenían la piel llena de tatuajes y adornos. Creo que jamás había visto seres humanos de apariencia tan primitiva. Parecían llevarse bien con los blancos que, aunque eran muchos menos en número, eran los que tenían las armas de fuego y evidentemente los que estaban al mando. El hombrecillo de los ojos saltones iba de un lado para otro contemplando los cuerpos caídos de los durmientes. Oí que alguien le llamaba Abe, y luego Abraham. Abraham Lewellyn, el líder de los *Insiders*. Los aborígenes le seguían, esperando con paciencia sus órdenes. Hablaba en su lengua nativa o utilizando términos sueltos en

inglés, a veces pronunciándolos de la misma forma en que debían de hacerlo ellos. Hablaba, hablaba mucho, y también reía, y los otros blancos reían también. Los aborígenes no reían ni hacían ningún comentario. Estaban inmóviles, esperando. Finalmente, los aborígenes comenzaron a moverse por entre los cuerpos caídos. Vi cómo dos de ellos levantaban el cuerpo de Syra y se la llevaban. Más tarde nos enteraríamos de que nuestros extraños torturadores se habían llevado a Syra, a Carl y a Sebastian. Es decir, a los tres niños que quedaban en el poblado. Y también a muchas mujeres jóvenes.

Yo intentaba observar lo que pudiera sin mover ni un músculo, girando los ojos de un lado a otro y moviendo el rostro imperceptiblemente en los momentos en que no hubiera nadie cerca. En aquellos momentos mi preocupación principal era averiguar si aquellos salvajes eran verdaderos salvajes o falsos salvajes. Pero era evidente que aquéllos eran verdaderos aborígenes y no nativos disfrazados. No sólo por su forma de moverse, por la especial cualidad de su atención, sino también por la extraordinaria complicación de sus tocados, de sus adornos de plumas y de caracolas marinas, de los tatuajes y marcas al fuego que cubrían sus cuerpos y de las inserciones en orejas, labios y otros apéndices con que buscaban convertir su cuerpo en una obra de arte. Todos los que pude ver tenían el tabique nasal perforado para alojar allí un hueso de pájaro o un diente de tiburón, llevaban gruesos collares de dientes de animales alrededor del cuello, aros metálicos en los brazos y complicados tocados capilares. Al mismo tiempo iban prácticamente desnudos, con sólo un hilo de cuero alrededor de la cintura que sostenía una funda de madera con la que se protegían el pene. Se afeitaban la parte delantera de la cabeza dejando toda la frente desnuda y el resto del pelo lo convertían en una maraña de finas trenzas que les llegaban hasta los omóplatos o hasta los codos, en algunos casos simplemente atadas en el extremo y en otros minuciosamente entretejidas de cuentas de colores, conchas marinas, colmillos, plumas, cuentas de coral o aros metálicos y entretejidas a su vez unas con otras para formar complejos dibujos, todo ello coronado por tocados realizados con plumas de ave que parecían coronas fantásticas. Uno de los que pude contemplar, un hombre de anchos hombros y vientre prominente que debía de ser de los mayores del grupo, quizá el hechicero, llevaba una máscara en el rostro similar a las que encontramos en los museos de Antropología en la sección de Oceanía, coronada de una especie de peluca de paja y de plumas. Se acercó tanto a mí que por un instante de terror estuve seguro de que había notado que yo estaba despierto. Quizá la máscara que llevaba, cuyos orificios debían de ser simples ranuras, no le permitían ver con claridad. La máscara se volvió hacia mí durante unos segundos y yo intenté permanecer completamente inmóvil, mientras mi corazón me saltaba dentro del pecho. Luego alguna otra cosa llamó su atención y se olvidó de mí.

Vi cómo los aborígenes se movían entre los cuerpos caídos eligiendo a los que necesitaban. Vi cómo cogían a Swayla entre dos y cómo uno se la cargaba al hombro mientras el otro le ataba las muñecas con una soga y vi también a otros aborígenes

cargando en sus hombros otros cuerpos inertes, todos ellos de mujeres jóvenes. Se llevaron a Alphée, a Xóchitl, a Di Di, la camarera-secretaria de Wilhelmina Kunze, a Pam Brunner, a Hélene Dupont-Ardanzin, y a dos mujeres jóvenes del grupo de los indios, Leelavati y Vrajavala, esta última la esposa del doctor Sutteesh.

Mientras los aborígenes elegían a las mujeres que pensaban llevarse, los *Insiders* destruían muchas de nuestras posesiones más preciadas y nos robaban las pocas armas que nos quedaban. También en esto su forma de actuar resultaba incomprensible, porque no lo destruían todo ni se llevaban todo lo que podían llevarse. Daba la impresión de que no querían destruirnos por completo, sino sólo hacer nuestra vida más miserable y difícil. Nos robaron gran parte de la comida que guardábamos, el pescado ahumado, la carne seca de lagarto y de serpiente y muchas de las latas de carne, de pescado, de mermelada y de frutas en almíbar que nos quedaban y que guardábamos celosamente para el momento en que no pudiéramos obtener alimentos frescos directamente de la naturaleza. Gwen había vivido con nosotros y conocía todos los escondrijos. Les iba dirigiendo aquí y allá, trabajando codo con codo con el líder de todos ellos, el hombre pequeño de ojos saltones y labios muy rojos llamado Abraham Lewellyn. Visitaron también nuestra cabaña hospital, donde en vez de molestarse en robarnos el poco alcohol y los pocos analgésicos que nos quedaban, dejaron un maletín lleno de dosis de torazina y varias jeringas de cristal, ya que debían de tener algún motivo interesado para que nos inyectáramos aquella droga. Por lo demás, su labor de destrucción fue, como digo, descuidada y arbitraria. Destruyeron todos los arcos y flechas, cerbatanas, hondas y lanzas que encontraron, y tiraron al río dos navajas de barbero y una de las hachas de que disponíamos (que luego pudimos recuperar buceando). Afortunadamente no encontraron el resto de los instrumentos de carpintería, ni las otras navajas, ni los cuchillos que nos quedaban o bien Gwen se olvidó de su existencia. También hay otra posibilidad: que ellos estuvieran, en el fondo, *jugando*, y que supieran que si nos dejaban sin herramientas de ninguna clase y sin comida nos condenaban a muerte o, quizá, a intentar una acción desesperada que les hubiera obligado a matarnos a tiros. Sí, creo que preferían dejarnos vivir a verse en la obligación de exterminarnos, pero que su sentido de la crueldad les obligaba a hacernos la vida lo más difícil posible.

En cuanto a Sophie, Joseph la sacó de la cueva de la playa donde había pasado la noche y luego se dirigió, junto con Wade, Santiago y muchos otros más al poblado. Una vez allí tiraron por tierra el cadalso y rompieron las tablas donde estaba escrita la Ley de Kunze. Había muchos con ellos. Yo estaba allí, y también mis amigos españoles, y Dharma y su mujer, y varios de los indios, el doctor Sutteesh y el doctor Masoud.

Kunze y sus fuerzas armadas se acercaron a nosotros. Nos apuntaron con sus armas. Nos gritaban que estábamos cometiendo un delito de insurrección. Kunze nos ordenó que volviéramos a construir el cadalso que acabábamos de romper. Dharma Mitra le preguntó muy dulcemente si pensaba dispararnos y matarnos a todos. Creo

que era la primera vez que le veía hablar en público. Ahora la mayoría de los naufragos estaban en nuestro lado. En el lado de Kunze estaban Jung Fei Ye, Pei Pei Je, Billy Higgins, Roberta, Bentley, Tudelli, Hansa, Jimmy Bruëll y muchos de los que estaban en la nómina de Kunze. Entonces Dharma hizo algo sorprendente. Se sentó en el suelo y juntó las manos sobre el regazo. Eva, que estaba a su lado, hizo lo mismo, y luego todos los demás comenzamos también a sentarnos en el suelo tranquilamente. No hicimos nada más, sólo sentarnos en el suelo. Pero aquello bastó. A mí me recordaba la escena aquel episodio en que Gandhi y los suyos se tumbaron en el suelo sabiendo que los caballos de los ingleses no les harían nada. Aquél fue el final de la Ley de Kunze.

Mujeres de Oakland

Ésta es la lista de las mujeres con las que me acosté durante mi primer año en Oakland.

1. Rose Vindeland. Era camarera en el Blue Ohio, un bar de Oakland. Tenía maravillosos tatuajes en los brazos que representaban algo así como retorcidas llamas azules. Una noche, con un *whisky* de más, le pregunté cómo continuaban aquellos tatuajes y hasta dónde llegaban, y me invitó a su casa para mostrármelos. Continuaban por sus hombros y por su pecho, rodeaban sus senos y eran devorados por un sol de rostro amenazante sobre la boca del estómago, que vomitaba más rayos de fuego azul que descendían luego hasta su pubis y bajaban por sus caderas y por sus muslos. Justo encima del pubis tenía tatuado un pequeño avión biplano rojo como los que se usaban en la Primera Guerra Mundial.

2. Gala Moorehead, esposa del rector Moorehead. Era una mujer muy atractiva de cuarenta y dos años. La conocí en una fiesta en el decanato de la facultad y me confesó allí mismo, mientras bebíamos vino blanco y mordisqueábamos tostadas untadas con pasta de anchoas, que era ninfómana y se dejaba manosear y bajar las bragas por cualquiera. Yo pensé que no la había entendido bien o que tenía un extraño sentido del humor, pero me citó en los servicios de las pistas de baloncesto diez minutos más tarde, donde me demostró que hablaba completamente en serio.

3. Vinezia Hilton, la primera alumna con la que me acosté, una muchacha muy alta, casi sin senos, con grandes ojos melancólicos y un extraño olor corporal (olía a aceite de nueces y a trementina) con la que pasé una tarde inolvidable. La cité en mi casa para entregarle una carpeta de ejercicios y ella asumió que la había invitado para follarla. Creo que gracias a ella comprendí que todas las mujeres de Rosley College estaban, por alguna razón, dispuestas a acostarse conmigo con tal de que yo se lo pidiera o incluso sin necesidad de que se lo pidiera. Era la hija de un juez de Boston y su madre había sido primera bailarina en el *ballet Joffrey* de Nueva York.

4. Aida Everett, *Puffy*. Dueña de una pastelería en Oakland donde yo desayunaba algunas mañanas. Tenía una hija de seis años que dormía tranquilamente en su cuarto mientras nosotros hacíamos el amor. Su sexo sabía a vainilla y olía a pan tierno. Se lo dije, y ella me dijo que yo era *cute*.

5. Amanda Shaftesbury, una alumna británica que me confesó que desde su llegada a América estaba soñando con hacerlo con un negro, con un latino y con un nativo americano. Tardé en darme cuenta de que yo era el latino. Me dijo que jamás había probado ningún pene que supiera tan bien como el mío, y me preguntó si utilizaba algún tipo de producto, crema o loción para aromatizarlo. Qué estúpida era. Me preguntó que si su sexo olía bien y yo le dije que olía a queso Cheddar muy curado y a cerveza *lager*, dos aromas perfectamente atractivos. Pero en vez de reírse,

se ofendió.

6. Cheyenne Joan. Una loba hambrienta, maravillosa, compañera sentimental de un *biker* local llamado Billy *Bighorn* Hunsen, que estaba por esa época en el hospital Trinity Memorial de Oakland a consecuencia de una pelea. Bebía el *bourbon* como agua y fumaba mariguana sin parar, pero había en ella algo patricio, lento, majestuoso, que me hacía admirarla. Durante muchos años pensé que era la mejor amante que había tenido nunca.

7. Linda Slonim, esposa del profesor de armonía Ezequiah Slonim. Tenía los pechos operados, lo cual no resulta muy atractivo. Su sexo olía a piel de mandarina y sus muslos estaban aquejados de «piel de naranja».

8. Sandy Brucelay, una alumna de composición. Le pregunté qué instrumento tocaba y me dijo, mirándome con sus lípidos ojos azules y dejando la lengua en un lugar donde yo pudiera verla, que su instrumento principal era el piano, pero que lo que más le gustaba era tocar el clarinete. Le dije, totalmente fascinado por la cualidad meretricia de mis alumnas, especialmente de las más pijas y elegantes, que me encantaría que tocara algo para mí alguna vez, y ella me dijo que podía pasarse por mi casa al caer la tarde. Muchas veces me he preguntado si habría algo en los olmos de Oakland, algún perfume afrodisíaco, o quizá en la composición del agua...

9. Liebe Rossbaud, alumna de armonía. Pertenecía a una próspera familia de Newport de origen alemán y vivía en Oakland en un piso de estudiantes con sus dos hermanos, Leben y Frieden. Leben era uno de los genios del Departamento de Música de Rosley y tenía un enorme talento para improvisar en el órgano. Frieden estudiaba administración de empresas y tocaba la tuba de forma no profesional. Liebe, la más joven de los tres, estudiaba percusión. A pesar de que era alumna del *college*, la conocí una tarde en las orillas de Andeoni Park, dormida con un libro sobre el pecho debajo de un sauce y con las gafas caídas en la hierba. Era una preciosa escena. Liebe era una muchacha muy alta, con una cabellera rubia cortada por encima de los hombros, e iba vestida con una rebeca malva de ganchillo, pantalones de camuflaje y botas militares. Incluso sus enormes botas militares color calabaza añadían encanto a la escena. Había una familia de ocas a su alrededor, curioseándola. Una de las aves cogió sus gafas con el pico y se alejaba con ellas cuando yo intervine, dando unas voces que despertaron a la muchacha. No pude evitar que la oca se tragara las gafas a toda prisa. Por esa razón, la tarde que me conoció, Liebe me veía ligeramente desenfocado, como si fuera el personaje de un sueño. Comenzamos a hablar de ocas, de animales, de ataques de animales, de la fauna de Nueva Inglaterra, de si había o no había lobos en New Hampshire y, por extraño que pudiera parecer, aquellos temas absurdos nos mantuvieron entretenidos un largo rato. Terminamos comiendo ostras fritas y *New England Chowder* en el Pier 51, un restaurante de viejos lobos de mar con paredes de madera ahumada adornadas con cuadros de pesca de ballenas al que, según me contó, solía llevar a todos sus posibles amantes. Y, como dice el poeta, «Upon this hint, I spake». Comenzamos a vernos esporádicamente. Era una gran

chica, y nos llevábamos bien en la cama. Pero ella tenía un novio en Newport, un poeta de cincuenta y cuatro años llamado Daniel Webster, como el creador del famoso diccionario, un hombre intenso y desgraciado con el que le unía una relación larga y tortuosa. Y finalmente el poeta, o más bien su fantasma, se interpuso entre nosotros. En aquella época yo era joven, y las alumnas eran casi mis iguales. Pero luego comenzaron a pasar los años, y las alumnas cada vez me parecían más jóvenes.

10. Ann Pratchett, profesora de Historia del Contrapunto. Tenía cincuenta y dos años, un divorcio reciente y muchas ganas de sexo.

11. Sigourney Britt, una alumna de armonía, negra, excepcionalmente atractiva. Era una de esas mujeres que no sólo disfrutaban haciendo el amor, sino que tienen la capacidad de poner alegría en el sexo y de hacer sentir a su compañero de juegos que es un gran amante. No tuvo un orgasmo hasta la tercera vez que nos encontramos, algo que yo atribuí a su juventud. Luego he aprendido que para la mayoría de las mujeres es muy difícil llegar al orgasmo la primera vez que están con un hombre, y le agradecí retrospectivamente a Sigourney que no hubiera fingido como hacían tantas otras.

12. Lesley Malina, alumna de composición, también negra, corpulenta y musculosa como una guerrera massai. Yo nunca había conocido a una mujer negra de raza tan pura. Tenía la piel de un color próximo al morado, pero todo su interior, comenzando por el interior de sus labios y terminando por el interior de los dedos de sus pies, era de un precioso color rosado similar al de los pétalos de los ciclámenes. Insistió en ponerme nata en el pene y lamérmelo e insistió en buscar nata montada en la nevera de mi cocina, gracias a lo cual fue vista desnuda en mi cocina por mis vecinos, los Warren, que luego me miraban de una forma rara cuando nos encontrábamos. Por supuesto, Lesley no encontró nata montada en mi nevera, pero regresó con un tarro de mermelada de cerezas y otro de gelatina de ciruelas, un bote de miel en forma de osito, una botella de sirope de arce canadiense y un yogur de vainilla y plátano.

13. Alicia Harundey, profesora de danza, nacida en Maracaibo, Venezuela, y casada con Alex Broomfield, diácono presbiteriano de Oakland. Fuimos amantes durante un mes entero, hasta que me dejó por un remero llamado Austin que participaba en las regatas del río Sommier y era sobrino de su marido.

14. Frances Paul, decana de la Facultad de música. Con sesenta años, la amante de más edad que había tenido hasta el momento. Una excelente cocinera y una excelente amante, además de una excelente conversadora. Tenía el rostro amable y simpático de una mujer de sesenta años, pero su cuerpo era grande, rotundo, sin apenas arrugas, muy bonito, con apenas algunas venas azules en los senos. Ella se recortaba el vello púbico hasta dejarlo reducido a un diminuto rectángulo castaño, lo cual le sentaba muy bien y le daba una apariencia aún más juvenil. Yo le decía que su cuerpo era el secreto mejor guardado de Nueva Inglaterra. Ella se reía, creía que estaba siendo amable. Le decía que su cuerpo olía a manzanas y a rosas y se reía

también. No me creía, pero creo que debía saber lo mucho que me gustaba. Además, era cierto que olía a manzanas. No es imposible que una mujer huela a manzanas, y es posible que la piel femenina y la piel de las manzanas compartan algún elemento químico. Le propuse que fuéramos amantes siempre, o bien hasta que ella se cansara de mí. Me encantaba la sensación de estar dentro de ella, mucho más que con la mayoría de las mujeres con las que había estado en mi vida. Hacer el amor con ella me producía una curiosa sensación de ternura, la sensación de haber llegado por fin a un lugar deseado. No una sensación de angustia y de soledad cuando el coito por fin se producía, como tantas veces, sino una sensación de paz. La sensación de estar haciendo algo bien, algo que llena y completa. Pero aquello no podía seguir. Ella estaba casada y tenía cinco nietos. Era además decana de la Facultad de Música, a la que yo pertenecía. Solíamos encontrarnos en un hotel de Warwick Island, una isla unida al continente mediante un puente levadizo por el lado de Oakland y mediante un sistema de *ferry* desde Ocean View, donde ella vivía. Vestida parecía mi madre, pero desnuda sobre los mullidos cuadrados de la colcha azul celeste era la verdadera diosa del amor. No, no puedo decir que estuviera *enamorado* de ella, pero la atracción que sentía hacia ella y el placer que me producía estar con ella y más aún estar dentro de ella, la ponían muy por encima de todas las demás amantes ocasionales y anónimas que desfilaban por mi cama. Cuando estaba con ella sentía que no deseaba a más mujeres, que con ella me bastaba. Ella me decía bromeando: si quieres, dejo a mi marido y me voy contigo. Entonces yo pensaba en ir con ella a un restaurante de Oakland a cenar y me daba cuenta de que no deseaba ser visto con ella en público. Un hombre joven saliendo con una señora mayor. Ella era el secreto mejor guardado de Nueva Inglaterra, pero yo deseaba que siguiera siendo un secreto. Una vez lo hicimos en su casa, en Ocean View, observados por las sonrisas adorables de sus nietos, cuyas fotos llenaban su habitación. Me sentí intimidado, y además entre sus propias sábanas noté que el olor a manzanas había desaparecido.

15. Paula Robinson Jeffers, sin relación con el poeta. Mujer de la limpieza en Rosley College. La sorprendí un día en su hora del *lunch* con un canuto de proporciones gigantescas. Me invitó a compartirlo, y terminamos en un armario de productos de limpieza.

16. Lee Hyapathia Adler, una alumna de Ciencias Económicas, de madre coreana y padre de origen griego y alemán, una fascinante mezcla de razas, que hacía el amor como un perrito. No me refiero sólo a la conocida postura erótica, sino a su costumbre de ladrar, jadear como un perrito y menear su precioso trasero de un lado a otro. Dios mío. Una de esas veces en que al llegar el momento de la verdad, uno desearía salir corriendo, o bien pedirle en voz baja a la mujer en cuestión que, por favor, desaparezca lo más rápido posible.

17. Luba Sorensen, alumna de arte, mitad noruega mitad mexicana. Pintaba falsos retablos renacentistas llenos de figuras obscenas al lado de los santos y de los ángeles. Bebía tequila sin parar. Me desagradaba intensamente su olor de borracha.

Hasta su sexo olía a alcohol.

18. Inmaculada Solís Izaguirre, una joven turista española de Zaragoza que se me acercó con un mapa abierto en la mano. Me contó que su fantasía era hacer el amor con un equipo de fútbol americano completo, y me describió con todo lujo de detalles la *suite* del hotel donde sucedería, y cómo los jugadores esperarían en el salón, donde aguardarían su turno, e irían entrando uno tras otro, sin llamar a la puerta. Luego me confesó que yo era el primer amante que tenía después de su novio, un chico de Calatayud llamado Javier que estudiaba para ingeniero agrónomo. Me escribió postales durante unos años, e incluso me mandó una foto de su boda, una foto de su perrito, llamado *Barbie*, y una tercera foto de ella en bikini en una playa fluvial con su marido y con su suegra.

19. Mary Louise Hillier, profesora de clarinete (*no pun intended*). Me confesó que era la primera vez que engañaba a su marido.

20. Cicely B. Sillarka, esposa de Adolf Sillarka, profesor de Análisis Musical. Un delicioso espécimen del género esposa, cálida como un cojín sedoso y esponjoso, llena de melindres, batas y braguitas con flores y hambrienta de sexo. Sólo nos vimos una vez.

21. Allary Simancas, camarera en el Blue Ohio. Recordando una técnica de seducción del legendario director Leopold Stokowski, escribí en la cuenta un gran signo de interrogación. Al devolvérmela ella había escrito: OK.

22, 23. Glenda O’Gilvy y Bradley Preston, dos jóvenes que hacían *jogging* y llamaron a la puerta de mi casa. Creo que Glenda se acababa de torcer un tobillo y querían llamar por teléfono. Oh, época divina en que todavía los móviles no estaban universalmente extendidos.

24. Helen McCurdy, esposa del profesor McCurdy, catedrático de Dirección. Según me explicó, Cicely Sillarka hablaba maravillas de mí, y no debía extrañarme si recibía invitaciones a «tomar el té» de otras esposas de miembros de la facultad.

25. Grace Mosby, ama de casa (creo), una mujer muy agradable a la que conocí en una playa en Warwick Island. Lo hicimos allí mismo, en el edificio desierto de los servicios. Me contó que los padres de su marido estaban pasando unos días en Oakland y que estaba desesperada y se había escapado de casa diciendo que tenía que hacer unas compras. Más tarde la acompañé a la zona de tiendas de Warwick Island, donde compró tres sujetadores, una falda roja y un albornoz para la ducha. Yo me di cuenta de que jamás había tenido un albornoz para la ducha y me compré uno también.

26. Leisa Santayana, alumna de Derecho. Chica fácil, estúpida y con un tatuaje en el culo. Sólo se acostó conmigo para añadirme a su lista, y creo que yo ni siquiera le gustaba. Me sentí utilizado. Pobre John Barbarin.

27. Sonia, prostituta negra contratada a partir de un anuncio en un periódico. Costaba doscientos dólares, y mereció la pena cada penique. Su entrepierna olía a espliego y abelmosco. Hundir allí el rostro era como recostar la mejilla en la ladera

de una colina suavemente salpicada de hierbas aromáticas, respirando las brisas secas y frescas de algún lugar de clima continental como Segovia o Sedona. La parte más íntima de su cuerpo era su nuca, donde sólo olía a sudor. Era amable y sensual y tenía bonitos ojos. Pero no me gustó cómo me sentí después. Me sentí como un adulto que ve las cosas con claridad y no se hace ilusiones. Y no volví jamás a llamar a una prostituta.

28. Camila Mendes, esposa brasileña de un alumno, Conrad Letterman. Prácticamente se me arrojó a los brazos, aunque yo apreciaba a Conrad y jamás habría hecho nada para humillarle. Su sexo olía a marisco. Tenía un olor dulzón de gambas rojas a la plancha. Y dejó todo mi dormitorio impregnado de ese olor durante días.

29. Dylan Folla, esposa del profesor Daniel L. Folla. Tremendo apellido que yo me esforzaba por pronunciar con fonética italiana y gesto imperturbable. El profesor Folla tenía cincuenta y cuatro años y Dylan treinta y dos. Era republicana, defensora de las armas y de la pena de muerte y afirmaba que Bush hijo había sido lo mejor que le había sucedido al país en muchos años. Pero me acosté con ella de todos modos. Además, era una preciosidad pelirroja con labios color cereza.

30. Rialto Patterson, alumna. Rialto cometió el error de enamorarse de mí. Pasamos una noche juntos y ya quería quedarse allí a vivir en mi casa, organizar mis discos, tirar mis pufs turcos a la basura y quitar de las ventanas mis maravillosos visillos ibicencos, que ella (como muchos americanos) consideraba de mal gusto. Luego me escribía cartas de amenaza y decía que iba a destruir mi carrera revelando «lo que yo hacía». Fue a visitar a la decana de la Facultad, mi querida Frances Paul, que logró mitigar su enfado y consiguió que no me denunciara. Luego Frances habló conmigo y me dijo que acostarme con alumnas era peligroso y que debía dejar de hacerlo. También tú eres peligrosa, le dije. Me dijo que hablaba muy en serio.

La noche antes de salir

Sólo dejamos pasar un día entre el ataque con gas somnífero y nuestra segunda expedición al interior de la isla. Lo justo para prepararnos, juntar algunas provisiones y tallar unas cuantas gruesas y sólidas estacas de acacia koa con las que defendernos en caso de un ataque cuerpo a cuerpo, ya que casi todas nuestras armas, incluso las más toscas, habían sido destruidas por los atacantes. De modo que nos decidimos por los palos, las armas de los pobres. Las armas de los campesinos que no tienen nada. Eso éramos nosotros entonces, los desheredados, la escoria de la tierra. Seguramente, de acuerdo con una conocida teoría, también la sal de la tierra. Pero no nos sentíamos la sal de la tierra.

Éstos son, si la memoria no me falla, los que nos marchamos en aquella ocasión: Wade Erickson, Joseph Langdon, Bruce Griffin, Christian, Henry y Diffy (Daffodil) McCullough, Lizzie, Rosana, Roberto B., Óscar Panero, Jimmy Bruëll, Lougarou, Vijay Balakrishnan, Jung Fei Ye, el señor Lee, Udo, Arno y Sophie Leverkus, el doctor Sutteesh, Mike Garson, Lily Whittfield, Joaquín, Ignacio, Siddhi, un joven sueco del grupo de meditadores, y quien os habla, Juan Barbarín, bajo su propia cuenta y riesgo y con el compromiso de darse la vuelta y regresar si no era capaz de seguir el ritmo de los otros.

En aquel pequeño ejército de desarrapados atemorizados y pobremente armados iban casi todos los afectados directamente por la reciente incursión de los *Insiders*. Vijay Balakrishnan era primo hermano de Leelavati. El doctor Sutteesh, el esposo de Vrajavala. Lougarou era el novio de Alphée. Lizzie, la joven madre de Seymour. Bruce Griffin el esposo de Gloria Griffin y padre de Branford, uno de los niños desaparecidos. Rosana, la madre de Syra. Henry y Diffy McCullough, los padres de Adele y Estelle. Óscar Panero y Roberto B., amigos de Xóchitl, la muchacha mexicana raptada por los salvajes. Udo el novio de Di Di, la camarera de Brigitte Kunze. Arno y Sophie Leverkus, los padres de Sebastian y Carl. ¿Qué fuerza podría tener un ejército así, formado por padres, por madres, por novios? Aparte de los incondicionales, Wade, Joseph y quien os habla, este extraño ejército contaba con la presencia insólita de Jimmy Bruëll, que hasta el momento no se había destacado precisamente por su altruismo.

Decidimos seguir el rastro de nuestros atacantes e ir todos juntos. La estrategia no estaba a nuestro alcance, ni tampoco podíamos contar con el efecto sorpresa. McCullough, el padre de Adele y Estelle, un diplomático australiano que había sido embajador en diversos países (en Bolivia, y luego en Líbano, y después en Sri Lanka), sugirió que quizá pudiéramos hacer valer nuestros derechos razonando con los raptos. Dijo que la situación que estábamos viviendo no tenía sentido, que aquellos llamados *Insiders* no tenían ningún motivo para temernos ni para atacarnos,

y que si averiguáramos qué querían exactamente de nosotros quizá pudiéramos llegar a un acuerdo.

—El embajador sigue creyendo en la bondad innata del individuo —dijo Jimmy Bruëll—. ¿Le molestaría demasiado si le llamara Panurgo?

—Me da igual lo que me llame —dijo él—, con tal de que me ayude a encontrar a mis hijas.

Aquel Jimmy Bruëll me parecía un tipo curioso. Me preguntaba qué le había movido a unirse al grupo de búsqueda. ¿Le habrían influido de algún modo los acontecimientos de los días anteriores? ¿Habría también él, en alguna medida y de acuerdo con sus propios términos, tocado fondo? Joseph y él se evitaban, pero creo que después de los puñetazos del día anterior había aparecido entre ellos una especie de vínculo, algo salvaje y atávico que yo no acababa de entender pero que intuía más allá de mis razonamientos de hombre civilizado.

La noche antes de partir me encontré a Wade sentado en la playa a la luz de las estrellas, contemplando el mar, alejado de los fuegos que se habían encendido aquí y allá y aparentemente, como suele decirse en las novelas, «sumido en cavilaciones». Cuando me vio (más bien cuando me oyó, ya que mi nueva pierna de madera hacía un ruido inconfundible sobre la arena y denunciaba mi presencia a muchos metros de distancia) me pidió que me sentara un rato para charlar con él. Tenía de nuevo aquel brillo en los ojos. Aquel brillo. Aquella sonrisa. Le pregunté en qué estaba pensando.

—Estoy pensando que a lo mejor nos estamos equivocando, John. Que a lo mejor no estamos reaccionando de la manera adecuada.

Sentado en el suelo, dibujaba runas y espirales en la arena con las yemas de sus dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Tú has estado allí —me dijo—. Tú lo sabes. Tú sabes que en realidad es allí adonde deberíamos ir.

—¿Adónde? ¿Qué quieres decir?

—A ese lugar que tú llamas «La Pradera» —dijo Wade—. La expedición de mañana es inútil. Es inútil entrar en la isla y ponerse a perseguir a esos fantasmas que corren por el bosque. Tienen controlados todos nuestros movimientos. Nos observan con sus cámaras. Conocen la isla, disponen de armas, tienen aliados. No tenemos nada que hacer contra ellos. Jamás encontraremos a los niños si ellos no quieren que los encontremos.

»Hay un río, John. Al otro lado de las colinas —dijo, señalando hacia la oscura forma de la isla, que se elevaba a nuestra espalda—. Hay un gran río. Es una región templada. No hay selva por allí. Hay praderas a la orilla del río. Podríamos trasladarnos todos a vivir allí. Podríamos crear New Harmony allí, en las orillas del río. ¿Tú sabes lo que es New Harmony?

—Sí, lo sé. Nos lo contaste. Nos hablaste de Indiana y del río Wabash. Hay una isla llena de robles y de olmos. Hay una isla, y en la isla hay una pared de piedra. Y al

otro lado de la pared hay una Pradera...

—Exacto, John, exacto. Mañana cuando salgamos yo no iré con vosotros. Tengo que regresar allí. Ahora he comprendido cuál fue mi error, John. Cometí un error. A lo mejor por esa razón he sido castigado.

Sostenía en la palma de la mano un poco de arena blanca, como si la arena fuera la prueba de su pecado. Polvo de crustáceos prehistóricos pulverizados, brillando a la luz de Orión y de las Pléyades.

—No has sido castigado, Wade —le dije, viendo cómo mi mayor esperanza se desmoronaba frente a mis ojos igual que la arena se desvanecía entre sus dedos entreabiertos. Viendo cómo la locura de la isla y cómo la injusticia profunda y el absurdo salvaje que estábamos viviendo habían empezado a minar su carácter de soñador y de héroe.

—¿No he sido castigado? —dijo Wade mirándome con su gran sonrisa—. Yo diría que todos estamos siendo castigados, John.

—Para que haya castigo tiene que haber culpa —dije yo—. Y tiene que haber un sistema de justicia, aunque sea un sistema perverso. Aunque sea cruel. Pero aquí no hay ninguna de las dos cosas. No hay culpa. Y no hay justicia. Por tanto, no hay castigo.

—No estoy de acuerdo contigo, John. Creo que cometí un error. Ya estaba dentro de la Pradera. En la Pradera hay dos niveles, uno más alto y el otro más bajo. Y en ese nivel más elevado hay una casa, con un gran árbol a cada lado. Tú lo sabes mejor que yo. Conoces ese lugar desde que eras un niño. Entrabas allí de niño y ni siquiera le dabas importancia. La casa está medio destruida. Los techos hundidos. Las ventanas rotas. ¿Es así como lo veías tú? ¿Era así también cuando tú estabas allí?

—Sí.

—Yo debería haber subido al nivel superior y debería haber entrado en la casa —dijo Wade mirándome con sus brillantes ojos azules—. Eso es lo que debería haber hecho. Eso es lo que uno debe hacer en la Pradera. Es también lo que debería haber hecho Santiago cuando encontró la Pradera. Debería haber subido a la parte superior y debería haber entrado en la casa. Sin embargo, hay distracciones. Hay trampas. La Pradera está llena de trampas. Parece que no hay nada, que está vacía. Eso es lo que nos maravilla de la Pradera, que está vacía. Pero *no está vacía*, John. Ahora lo comprendo.

—¿No está vacía?

—Está llena. *Está llena de sí misma*. Siempre llamamos «vacío» a un sitio donde no hay personas. En la Pradera no hay personas, pero está la propia Pradera. La Pradera en sí. Se trata de un lugar inteligente, John. Es un lugar lleno de trampas. Es *un ser inteligente* que se deleita engañándonos. Nos pone pruebas, una tras otra, y todos fracasamos, nunca logramos pasar las pruebas. Por ejemplo, la trampilla que hay justo en el centro, al pie del escalón que separa los dos niveles. ¿La recuerdas?

—Claro.

—¿Tú también la has visto, esa trampilla?

—Sí, creo que sí. Y también estaba cuando Santiago encontró la Pradera. Pero esa trampilla nunca me ha llamado especialmente la atención.

—Yo debería haber ignorado esa trampilla. Debería haber seguido hacia arriba, subir las escaleras que comunican con el nivel superior y entrar en la casa. Pero no lo hice. Me entretuve. La Pradera me engañó, y yo caí en el engaño. Me metí en la trampilla, bajé por aquella escalera hasta las entrañas de la tierra. Tenía el Paraíso a mi disposición, John, y me metí en el infierno. ¿Por qué?

—Cuando yo encontré la Pradera —dije yo, buscando las palabras cuidadosamente para intentar hacer entrar a Wade en razón—, quiero decir, cuando la encontré aquí en la isla, al fondo del túnel de la autopista, subí al nivel superior y me metí en la casa. No bajé por la trampilla. En mi Pradera también había una trampilla metálica en el mismo sitio. Pero yo no abrí la trampilla. Subí al nivel superior y entré en la casa, y no sucedió nada. No sucedió nada. Recorrí todo el interior de la casa, fui entrando en una habitación tras otra. La casa no es el Paraíso, Wade. La casa es sólo una casa. Es una casa en ruinas, con el techo hundido y las ventanas rotas, como tú mismo has dicho.

—No, no, no, John, no —dijo él agarrándome con fuerza de la mano y apretando la mandíbula con frustración y con furia—. Te engañó. Nos engaña todo el rato. Toda esta isla debe de ser su mayor engaño. Es posible que su capacidad de engaño y de ilusión alcancen a todo el planeta. Es posible que todo el planeta Tierra no sea otra cosa que una creación de la Pradera. Un laberinto de engaños para conducirnos a ella sutilmente y al mismo tiempo para evitar que la encontremos.

»Tú entraste en la casa... Interesante —añadió mirando al vacío con sus grandes ojos azules—. Sí lograste entrar... Pero no viste nada, no encontraste nada. Recorriste toda la casa y no encontraste nada.

—No *había* nada, Wade —dije yo.

—Sí, sí, tenía que haber algo en esa casa, algo que pasaste por alto. Seguramente viste algo, encontraste algo. Mira, hay sólo tres personas en esta isla que hayan encontrado la Pradera, y de los tres, sólo tú has podido entrar en la casa. Sólo tú lo has logrado, John.

—No había nada, Wade. Ya te lo he contado. Había unos cuantos muebles rotos. Un hombre azul pintado en la pared.

—Un hombre azul, sí.

—Ahora dime tú qué significa.

—Y el platillo volante. Estaba allí, ¿verdad?

—Sí, estaba allí.

—El platillo volante flotando por encima de la Pradera.

—Es una nube, una pequeña nube blanca.

—Llámalo nube si quieres —dijo Wade—. Eso no cambia nada.

—Wade, sabes que no es posible volver a ese lugar, porque ese lugar no existe.

No existen ni ese río, ni ese valle lleno de olmos donde hace frío, ni la isla, ni la pared de piedra.

—Pero tú estuviste allí. Entraste por el túnel de la autopista y llegaste allí.

—Sí. Pero si ahora volviera a entrar por ese túnel no llegaría otra vez a ese lugar. Y si tú buscas ese valle donde estaba el río con su isla tampoco lo encontrarás. Esos lugares no existen, Wade. Son sueños, proyecciones. No sé qué son. Es posible que la isla tenga la capacidad de conocer nuestra alma y hacer realidad lo que ve en nuestro interior. No lo sé.

Cuando regresaba al poblado, me encontré con Rosana en uno de los fuegos. Estaba, como dice el poema clásico, «sola en medio de la multitud», sentada en el suelo y mirando al vacío. Quizá esa noche estuviéramos todos así. Me senté a su lado y le pregunté qué tal estaba.

—Estoy muerta de miedo —me dijo, mirándome con una expresión de horrible tristeza y con los ojos enrojecidos de llorar—. No puedo parar de pensar, Juan Barbarín. No puedo parar de pensar en lo que le puede estar pasando. No sé cómo voy a sobrevivir a esta noche. Nunca me he sentido tan mal. Nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

—Iremos a buscarla —le dije—. La encontraremos y la rescataremos.

—No pienso volver sin ella —dijo Rosana con determinación—. Tendrán que matarme, porque no pienso volverme sin ella. Juan Barbarín, nunca he tenido más miedo en toda mi vida. Creo que me voy a volver loca.

—Háblame —le dije—. Cuéntame cosas. Háblame de cosas. No sirve de nada que te obsesiones.

—¿De qué quieres que te hable?

—De lo que sea —dije yo—. De cualquier cosa que no tenga que ver con esta isla. De tu vida en Madrid. De tus amantes. De lo que quieras.

—¡Mis amantes! —dijo ella—. No tengo amantes. Y a lo largo de los años, desde mi divorcio, he tenido muy pocos. Casi me da vergüenza que hayan sido tan pocos.

—Eso es raro —dije—. A lo mejor es que eres demasiado selectiva. A lo mejor es que no querías tener amantes, sino sólo un gran y verdadero amor.

—Al principio era así —dijo Rosana—. Luego, con el paso de los años, las cosas fueron cambiando. Ahora creo que ya no tengo edad para buscar ningún gran amor.

—Qué tontería. El amor puede aparecer a cualquier edad.

—¿Es ésa tu experiencia?

—No.

—Estoy todo el día pensando en que si la recupero, jamás voy a volver a gritarla —dijo Rosana después de una pausa—. Haga lo que haga. Por desastre que sea, por mal que vaya en el colegio. Aunque me mienta, aunque me oculte cosas, nunca volveré a gritarla. Estoy todo el rato pensando en las cosas que he hecho mal y en las cosas que puedo arreglar.

—Piensa también en las cosas que has hecho bien. La has adoptado. Ella no tenía

padres ni casa y tú le has dado todo eso. ¿Qué habría sido de su vida si no la hubieras adoptado?

—Probablemente habría muerto. Tiene una salud muy frágil. Coge todas las enfermedades, todas las infecciones. Tiene toda clase de virus, de pólipos. Tiene un sistema inmunitario desastroso.

—Háblame de tu vida en Madrid. Háblame de tu exmarido.

—No, no, prefiero hablar de otra cosa.

—Deberíamos dormir. Mañana nos espera un día agotador.

—Yo no puedo dormir. ¿Tú puedes echarte a dormir ahora?

—No.

—Mira —dijo señalando los fuegos de la playa—. Nadie duerme esta noche.

—Sí, es difícil dormir —dije yo.

—Tengo mucho miedo, mucho mucho miedo, Juan Barbarín.

—Ven —dije—. Vamos a hablar con los otros. Vamos con los latinoamericanos.

—Sí, buena idea —dijo ella—. Sí, vamos con los latinoamericanos.

—Siempre andan contando historias. Son divertidos.

—Sí, son divertidos.

Nos acercamos a la hoguera donde estaban los latinoamericanos, Christian, Roberto B., Brenda Esquivias y Óscar Panero, y mis viejos amigos, Ignacio e Idoya, Julián y Matilde, además de Joaquín y unos cuantos americanos. El tema de conversación era la muchacha mexicana desaparecida, Xóchitl, de la cual ninguno de nosotros sabía mucho.

Joaquín y ella habían llegado a hacerse muy amigos y últimamente se les veía juntos en todas partes. Pero tampoco Joaquín sabía mucho de ella, y tampoco conocía la historia de Xóchitl. No todas las personas tienen una «historia», pero Xóchitl sí tenía una. Resultó ser, además, una gran historia.

Fue Óscar Panero el encargado de contarla. La conocía bien, porque Xóchitl y él eran viejos amigos.

Historia de Xóchitl

Lo primero que teníamos que saber de Xóchitl, explicó Óscar, o al menos de la Xóchitl original, de la primera Xóchitl, por así decir, es que era una niña fresa, nos dijo, igual que él era un niño fresa. Los españoles le preguntamos qué diablos significaba aquello de ser «niño fresa». Él decía *strawberry kid* en inglés, a sabiendas de que aquello en inglés no significaba nada. El padre de Xóchitl, nos contó, era comisario de Abastos en el gobierno municipal del D. F., una gente que tenía mucha lana. Que tenían mucha plata, pues. Mucho dinero. Nos contó que Xóchitl y él eran chilangos, otra categoría humana que no conocíamos, y que los dos se conocían de chicos. Venían los dos de la misma colonia, la colonia San Cristóbal, dentro de la colonia Condesa, y habían ido juntos a la prepa y luego a la universidad. Le pregunté qué significaba aquello de «chilango». Chilangos nos dicen a los que vivimos en el D. F., nos explicó. Somos chilangos, y muy orgullosos de serlo. Chilango quiere decir una gente dinámica, moderna, vital. Todos los chilangos están orgullosos de ser chilangos y consideran que ser chilango es padrísimo y que los que no son chilangos están como un poco dejados de la mano de Dios, ¿no?, como un poco tiznados con esto de no ser del D. F., que viene siendo como el mero centro del mundo, güey, pues ¿qué hubo? Ya no mames más... «No hay que llegar primero, hay que saber llegar»...

Entonces, chilango significa nativo de la ciudad de México, le preguntamos Rosana y yo, muertos de risa.

Nativo, o que vive allá, dijo Óscar. Allá uno se diferencia por la colonia de donde viene, porque el D. F. es inmensamente grande. Nosotros venimos de Polanco, que es un barrio de la burguesía, con grandes centros comerciales y hoteles de estilo californiano, que le dicen, que son mansiones de principios de siglo con jardines al frente. Un barrio de embajadas, de galerías de arte, de restaurantes caros... Más allá de Polanco está el Bosque de Chapultepec, que es un barrio de gente de lana, pero de lana de verdad, y luego las Lomas de Chapultepec, donde te puedes encontrar verdaderas fortalezas futuristas colgando de las montañas, verdaderos palacios protegidos por ejércitos de hombres armados. En Polanco éramos más normales. Gente de clase media, pues. Nos la pasábamos haciendo bromas y chistes sobre los niños fresa pero la verdad es que nosotros éramos tan fresas como el que más.

Están los fresa y están los nacos. Y siempre hay discusión y ditirambo entre fresas y nacos. Los niños fresa visten ropa de Louis Vuitton, American Eagle, Chemise Lacoste, y los nacos playeras de color limón y tenis con luces intermitentes. Los niños fresa dicen «sale, vale», «o sea tú sabes, ¿no?». Dicen «o sea» todo el rato. «Tú me entiendes, ¿no?», «o sea, compréndeme».

Son los pijos, dijo Rosana.

¿Pijos los dicen allá?, dijo Roberto B. Pijo le decimos en Chile a otra cosa. Y no se lo explico porque hay damas delante.

En España es la pija, dije yo. La pija, también el pijo, la picha, el nabo, el rabo, la cola. La polla, vamos.

¿La polla? ¿Así le dicen?, preguntó Óscar.

Así le decimos, buey, dije yo.

Suena bien chido, «la polla». Es como decirle «el cisne». «La paloma». Tan poéticos los pinches españoles. Sácate el cisne, mi amor. Que mero mero te voy a hacer volar.

El pajarito también se le llama, dije yo. Rosana me agarraba del brazo, doblada por la risa.

La polla en México es el nombre de un ave, dijo Óscar. Ay, se sacó el cisne pero era mero colibrí. Y bueno, dejemos de hablar de pájaros, que parecemos maricones.

Los mexicanos, siempre tan machos, dijo Roberto B.

Pues ándele, dijo Óscar.

Pues jójole, dijo Roberto B.

El niño fresa, siguió diciendo Óscar, es el que se santigua diciendo «en el nombre del papi, del *junior*, palomita buena onda, amén». Una niña fresa dice «whatever» y dice en general frases en inglés porque habla (o se le supone que lo habla) un inglés perfecto. Dice «I'd rather not» cuando no se le antoja hacer algo. Un niño fresa tiene una cita en el *spa*. Y en un bar pide «un *ice cream* de perdido» y si la llevan a un establecimiento que no considera de su clase dirá «cómo me chocan estos lugares». Sin embargo, la niña fresa o el niño fresa no se ven a sí mismos como fresas, del mismo modo que los nacos a veces están bien orgullosos de ser nacos, y lo consideran un gran honor, y otras veces son la pura naquez destilada y andan diciendo que no son nacos y haciendo bromas con los nacos, e incluso dicen cosas como «soy banana, pérame, ¿no?» o «escudo protector, actíivate», como si no fueran nacos, que es lo que son en realidad.

Porque con el tiempo las categorías se han ido mezclando, y antes naco era un término insultante, pues, y ahora se considera que ser naco es chido. Chido, que está *in*, ¿tú me comprendes?

Chido, «guay», dije yo. Chido es «guay».

¿Así le dicen allá?, dijo Óscar. Guay. Hablan bien raro los españoles, carajo, hablan como pendejos, cabrón. Hacía un acento mexicano tan exagerado y lleno de manierismos que Rosana y yo llorábamos de risa. Roberto B. también reía.

O sea, «naco», tú me entiendes, es una gente que no tiene cultura. Y que viste de una forma rara. Y se hace cortes de pelo bien raros. Y habla raro. Habla como mero naco. La palabra «naco» significa indio. Viene del término «totonaco», que ya tiempo atrás tenía un matiz insultante. Es parte del complejo racial mexicano, saber que no eres blanco y odiar al blanco, y llamarlo gringo, español, huero, pero odiar todavía más al indio, al indígena, y llamarlo indito, indígena, naco, indio, lo peor que se

puede ser es ser un indio. Y todo eso porque no nos miramos en el espejo, cabrón, que todos tenemos sangre india en las venas.

Entonces, ¿qué sois?, pregunté yo. Si no sois gringos y no sois indios, ¿qué sois?

Pues mexicanos, pues. Somos mexicanos. El mexicano es una gente orgullosa.

Pero tenéis mucha sangre india. Quiero decir que para un europeo, para uno que no sea de allí, ve que la mayoría de los mexicanos en realidad son indios. Quizá más que en otros países de Latinoamérica, ¿no?

Tú le dices a un mexicano que es un indio y es peor que si le mientas a la madre. Te mata, dijo Óscar. Pero te mata. Nos avergüenza la sangre indígena. Los indígenas, pero los indígenas puros, son una gente muy maltratada en México. Hay mucho racismo, mucho desprecio contra ellos. Son pobres y mugrosos. Son una gente que van descalzos y algunos ni siquiera hablan español. Hay muchos en Chiapas que no hablan español, o lo hablan muy mal, con un acento raro. La policía los mata, violan a las mujeres...

Joder, dijo Rosana.

Bueno, sigue.

Estamos con los nacos y los fresas. Un naco es una gente que lleva el carro lleno de calcomanías. Uno que pone un peluche en la parte de atrás del carro. Uno que ve pasar a una chava y le dice de barbaridades. Tienen una forma de vestir así bien rara, como para llamar la atención. Un naco es uno que pone en la puerta de su tienda un cartel que dice «Abrido. Bendo Varato», «bendo» con be grande y «varato» con be chica.

Una vez, dijo Roberto B., en un bar de Tlalpán vi un cartel que decía: «Los menores de 18 no pueden sacar tabaco. Al que le pillemos le partimos las piernas».

Los dos reían a carcajadas.

Yo vi uno en Tepoztlán, pintado en un muro, que decía: «STOP. Prohibido chocar», dijo Óscar, y otro en Taxco que decía: «Prohibido entrar y salir del consultorio».

Yo vi uno en el D. F. que decía «Doctor Reynaldo Oropeza. Ginecólogo. Especialista en mujeres».

Ése es bueno, dijo Óscar. Y uno que vi en un cartón amarrado a una verja en San Ángel, todo con las ces y las zetas y con las bes grandes y chicas cambiadas. «Varataz. Ce benden telebicionéz y ci no la ay ce la conciguemos ha colores».

Yo vi uno en un papel en una parada de camión que decía: «Como lo vio en TV. Tarot, runas, carta astral. Luchador y astrólogo profesional».

Sólo en México, mano, dijo Óscar, puede un chavo ser al mismo tiempo luchador y astrólogo. Había un cartel en un campo de piedras en la universidad que decía «No pise el pasto». Aquello estaba cagadísimo. Cada que pasábamos por allá nos moríamos de la risa.

Éste es un clásico, dijo Roberto B.: «Si la bebida perjudica tu trabajo, deja tu trabajo».

Y luego están los tautológicos, dijo Óscar, que, son toda una clase en sí mismos.

Por ejemplo éste, en un negocio en Ciudad Juárez: «20% en toda la juguetería de importación (excepto nacional)».

O ese que dice en una estación de gasolina, dijo Roberto B.: «Bolsas de hielo frío».

Yo vi carteles de hielo frío en varios lugares, dijo Óscar. Y este que vi en la entrada de una alberca, impreso en metal, no te vayas a creer: «Por favor no pasar. Si no sabe leer, pregunte en boletería. Gracias».

Otro tautológico, dijo Roberto B., «Empuje. Puede jalar si quiere, pero esta puerta es muy terca y no se va a abrir». Y otro más, visto en Tenancingo: «Pintamos casas a domicilio». Órale, cabrón, ¿cómo vas a pintar una pinche casa si no es a domicilio?

¿Fuiste a Tenancingo?, dijo Óscar. Yo tuve una novia que era de Tenancingo. Muy guapa chava. Su papá era ingeniero. Me gustaba porque siempre llevaba falda.

Las chavas siempre debieran llevar el pelo largo y vestir faldas, dijo Roberto B.

A algunas mujeres no les sientan bien las faldas, dijo Rosana.

Ay, hermana, te equivocas. A todas las mujeres les sientan las faldas, dijo Óscar. Hasta las que dicen que no tienen las piernas lindas, no saben qué lindas las tienen.

Roberto B.: Había un cartel en el cristal de un restaurante barato, en las afueras de Michoacán, que decía, «Jueves Viernes y Sábado el Hueso tiene: Tacotes bien chingones, Bistek, longaniza, chuleta, suadero, cesina enchilada, bien servida, no miserias. Micheladotas bien frías. Póngase hasta la madre por poco dinero. Ay, buey».

Ése te lo inventaste, dijo Óscar. Dilo otra vez.

Roberto B. lo repitió palabra por palabra, incluido ese mágico «ay, buey» que lo coronaba. Los dos lloraban de risa.

Óscar: Visto en un autocinema, estado de Guerrero, «Gel Boy», ¡es el chico que se da en los cabellos de champú del infierno...!

Roberto B.: «Exclusivo discapacitados de a pie» en el D. F.

Óscar: En un callejón, con el muro pintado de rojo y al lado de una imagen de la virgen de Guadalupe con su altarcito con flores y velas y qué sé yo, pintado con vigorosos brochazos blancos: «Chingue su madre el que tire basura acá».

Roberto B.: Y otro en Tlalpán. «Mucho ojo. Zona de no fumar. Si le vemos humo pensaremos que ud. se está quemando y le echaremos un valde con agua».

Óscar: Y un cartel de apoyo a Madrazo, portado por una señora, madre de familia: «Madrazo, de ti yo me embarazo».

Roberto B.: En un cartoncito colocado sobre una reja que cierra un negocio, «No orinar ni cagar aquí. Atte. Vicente», y debajo, en letra más pequeña: «Se partirá la madre al que lo haga».

Óscar: Te lo inventaste también.

Roberto B.: No, te juro que no.

Óscar: Nunca oí prohibir cagar con tan exquisita educación.

Roberto B.: Era un naco bien educado.

Óscar: En un negocio, cerca de la Alameda Central, «Prohibido robar. El gobierno no acepta competencia». Ése se ve en muchos lugares.

Roberto B.: Estado de Morelia, no recuerdo exactamente el nombre del pueblo. «Sr. ladrón, prohibido robar en este mercado. Hay acuerdo de desnudar, colgarlo y entregarlo a la PNP».

Óscar: Estado de Morelia: «El que salte esta valla y yo lo pille se va arrepentir de haber nacido hijo de puta el que salte esta valla y maricón».

Roberto B.: En Michoacán, en una iglesia, «Garaje parroquial. Pecado parquear».

Óscar: Robertico, ningún sacerdote puede poner eso frente a una iglesia.

Roberto B.: Te juro que es cierto.

Los otros, los que no entendían español, nos miraban con cierta admiración al escuchar nuestras carcajadas.

Había muchos murciélagos gigantes. Quién sabe por qué precisamente entonces, precisamente esa noche. Los veíamos volar, recortados contra el cielo, en la radiante noche con luna. Sabíamos que eran inofensivos, pero a pesar de todo nos daban miedo sus inmensas alas y sus horribles cuerpos peludos.

Así es México, pues, dijo Óscar.

Así es México, dijo Roberto B.

Estábamos con los nacos y los fresas, les recordé yo.

Sí, bueno, dijo Óscar. Al final todo se confunde un poco, ¿no?, y luego continuó imitando un desmadejado acento fresa: Al final los nacos también sacan ropa American Eagle, Louis Vuitton o Chemise Lacoste. Sales a un antro, a un *outlet*, y cualquier persona trae esa ropa. O sea, por ejemplo, vas pasando y una persona trae Chemise Lacoste pero, o sea, en vez de ser un mini lagarto, o sea, está enorme, casi casi que abarca toda la camisa o blusa. O sea, ¿qué les pasa? ¿Qué está pasando con el mundo, o mejor dicho con la moda? En serio, o sea, en serio, esas personas que usan ese tipo de ropa ya tienen la «L» de *looser* marcada en la frente. O sea, *hello!* me tapo un ojo, me tapo el otro, o sea ¡nada que ver! En serio, por favor, ¡no sean nacos! Se ve tan mal que digan «qué onda con esa vieja», o sea, es que, en serio, se escucha tan vulgar que digan eso, neta, por favor, deberían de meter a los nacos a un lugar donde no puedan salir...

Pues ándele, dije yo.

Pues jójole, dijo Óscar.

Les cuento todo esto para entender de dónde viene Xóchitl y cómo es la Xóchitl que entra en la universidad. Una linda niña fresa con su gorrito de ganchillo y sus *shorts* color cereza y su chemise Lacoste blanca. Que no se parece en nada a la que sale de la universidad. Como les digo, nosotros nos conocíamos de la prepa y también fuimos juntos a la universidad para estudiar la carrera de Sociología.

Nunca hubo nada romántico entre nosotros. Se equivocan los que dicen que hombres y mujeres no pueden ser amigos. Nosotros platicábamos durante horas, nos contábamos de los novios y las novias que teníamos, platicábamos de libros, de

política, de todo lo divino y lo humano. Yo pronto descubrí que la carrera de Sociología no me gustaba, sobre todo por la estadística, esa obsesión de medirlo todo con gráficos, y a mitad estuve pensando en cambiarme a Antropología, pero no lo hice porque en realidad lo único que me interesaba de verdad era escribir, y me pasaba todo el día escribiendo poemas al estilo de Macedonio Fernández y José Gorostiza y escribiendo relatos en la onda de Cortázar y de José Arreola y de Borges y de Bioy Casares y andaba por las librerías del centro, por la calle Bucareli, por la Librería del Fondo de Cultura Económica de Coyoacán, donde conocí a este chileno indeseable de acá, que estaba de novio con una chava que trabajaba allá y era la chava más deslumbrante que ninguno de nosotros había visto nunca. Una huera de ojos asesinos que se llamaba Patricia. Y acá mi cuate se enamora de ella no más. Y empieza a salir con ella, y yo sentía una admiración... Este chileno piojoso con ese cuerazo de mujer.

Es la del poema que me recitaste, dije yo.

Sí, compadre, es la del poema, dijo Roberto B.

Yo anduve por la universidad como ave de paso, siguió contando Óscar. Mi verdadera universidad fue la calle Bucareli y las conversaciones con Abel Fiaco y con Fadrique Barrios Posada y con Lucía Elorrieta Camargo y con Robertico, los integrantes del proyecto *Línea Dura*, una revista de poesía experimental que hacíamos con ciclostil.

Xóchitl, en cambio, fue de esas personas a las que la universidad las transforma. Xóchitl venía de un hogar liberal, moderno, con una ideología claramente de izquierdas. Ya ven que hasta le pusieron un nombre náhuatl. Su mamá tradujo a Simone de Beauvoir y a Vita Sackville-West al español y era bien feminista, y Xóchitl creció escuchando todo aquello de que vivíamos en una democracia nominal y que no podría haber verdadera democracia hasta que no cesaran la violencia, la corrupción y las desigualdades sociales, pero todo ello asentado en una vida cómoda y burguesa, con una villa en Acapulco y viajes a Los Angeles, a París y a Madrid, con fines de semana en *spas* de lujo y en estaciones de esquí. De modo que al entrar en la universidad se encontró un ambiente decididamente radical, que le hizo sentirse avergonzada de todo lo que había sido su vida hasta entonces. Cuando entró en la universidad, *lo invisible se le hizo visible*. Es una historia bien conocida que los niños fresas acaban siendo los más revolucionarios de todos, como el famoso subcomandante Marcos, el del Ejército Revolucionario Zapatista de Chiapas, que fue identificado finalmente como un estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México y profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana. Xóchitl empezó a interesarse por el destino de las gentes humildes del país, especialmente de los indígenas, especialmente de las mujeres indígenas, y empezó a aprender cosas que nunca había sabido y a oír cosas que nunca había oído y a hablar con gentes con las que nunca había hablado y a enterarse de cosas pues que no sabía que pasaban en nuestra bienamada República. Porque es diferente saber que hay cosas y que pasan

cosas y saberlo y aceptarlo como en sordina, como en segundo plano, que de verdad ponerse a pensar pero qué está pasando con este país, y por qué cuando voy a Los Angeles o a Madrid no pasa lo mismo que acá y por qué allá las cosas tienen un aspecto tan diferente que acá y por qué en Madrid la gente sale por la noche y pasea por las calles sin miedo de que los raptan o los maten y por qué allá uno no piensa cuando se sube a un taxi si el taxista lo llevará a un descampado para robarle ni se caga de miedo cuando ve un carro de policía cruzado en la vereda.

A mí me extrañaba el giro que iba tomando la vida de Xóchitl. Estaba un poco como obsesionada con el tema de las desigualdades sociales y de la injusticia, y apenas hablaba de otra cosa. Yo no le conocía novios, y había muchos chavos que hubieran matado por salir con ella, porque era un cuero, una mujer hermosa, lo sigue siendo, hasta que ella me confesó que estaba viéndose con uno de sus profesores, un tipo de cuarenta y cuatro años, casado y con hijos, con el que se encontraba todas las semanas en un hotel pequeño y discreto en el Pedregal, cerca de la Ciudad Universitaria. Era un hotel secreto, que ni siquiera tenía signo de hotel afuera, donde los dos tenían su nidito de amor. Creo que este tipo influyó mucho en Xóchitl, hablándole del problema social de México, del problema racial, de la situación de las mujeres, del México invisible, él que tenía esposa oficial y se chingaba a una chavita de veintidós años todos los jueves y se chingaba a todas sus alumnas en general como haría cualquier Pedro Páramo de este mundo, éste, éste era el más revolucionario y el más radical de todos. Y le decía tú eres mi princesa, y ella le decía pero Manuel, ¿tú no crees en un mundo sin princesas? Bueno, pues eres mi presidenta de la República. Y le regalaba el perfume de Dolce & Gabbana que se ponía su esposa para que su legítima no fuera a sospechar nada.

Xóchitl se metió de lleno en el mundo de los estudios poscoloniales y ahora andaba usando una terminología bien complicada. Palabras como «segregación socioespacial», de la profesora Cristina Oemichén, otro de sus ídolos en la UNAM, «aporofobia», «endorracismo», «sociología de las emergencias» y «sociología de las ausencias» le venían a los labios como quien dice «nieve de mamey». Citaba a Maurice Barrès: «¿qué es la patria? La patria es la tierra y los muertos». Citaba a Zygmunt Bauman: «La patria no es materia de elección. No se puede “elegir libremente”...». Citaba a Michel Foucher: «El acto de trazar fronteras remite, de modo terrible, a lo sagrado». Citaba a Wallerstein en aquello de que debemos «impensar las ciencias sociales». Leía *El cambio social en América Latina* de François Loutard, de la teología de la liberación, otro de sus héroes; *Estado, derecho y luchas sociales*, de Boaventura de Sousa Santos; *Los grupos étnicos y sus fronteras* de F. Barth, un clásico; *Identidad y etnicidad en América Latina*, de Roberto Cardoso Oliveira; *Oppressed But Not Defeated*, de Silvia Cusicanqui... Estaba fascinada con el concepto de «etnia», que se opone al concepto decimonónico de «raza», con sus connotaciones de limpieza de sangre, y que es un ideal consensuado y definido libremente por sus miembros. Fascinada con el problema del mestizaje, el mito y el

ideal del mestizo, tan necesario en nuestros países para la creación de una identidad nacional. Fascinada con el concepto quechua del *sumak kawsay*, el «buen vivir», que pretende incorporar la Naturaleza a la Historia y se opone tanto a la instrumentalización del ser humano por parte del neoliberalismo como al desprecio que profesó siempre el marxismo por la sabiduría ancestral...

Xóchitl tuvo que hacer un trabajo de campo para escribir su tesis de licenciatura y había que salir a la calle, hablar con la gente, hacer entrevistas. Salgan a las calles, nos decían, hablen con las gentes. La sociedad no está en el aula ni en los libros, está en las calles, en las oficinas, en los mercados, en las familias, en las pulquerías, en las lonjas. Xóchitl tenía una amiga unos años mayor que ella que se había hecho trabajadora social en Pahuatlán, en el estado de Puebla, donde operaba en colaboración con la Secretaría de Asuntos Indígenas del estado. La llamó por teléfono y le preguntó si ella podría orientarla sobre un trabajo de campo que tenía que hacer para su tesis de licenciatura. Ana María le contó que andaba trabajando con las mujeres indígenas naguas, y que con mucho gusto la acogería en su casa el tiempo que ella deseara. Que allí tendría material de sobra para escribir una tesis y también cien tesis sobre la pobreza, el desarraigo y la pinche situación de las mujeres indígenas en la sociedad mexicana. A Xóchitl le sorprendió que Ana María le dijera que se quedara en Pahuatlán el tiempo que deseara, dos semanas, un mes, pensó qué generosidad, y ni siquiera somos amigas íntimas, ya que imaginaba que Ana María tendría algún departamento chiquito o una casita chiquita quizá, y pensó que tendrían que estar las dos casi durmiendo juntas y se imaginaba a las dos tomando café de olla en la cocina y platicando durante horas, como dos estudiantes. De modo que Xóchitl hizo su petate, metió varias *chemise* Lacoste con su lagartito no de tamaño extra sino de tamaño normal, el libro *Tristes trópicos* de Claude Levy-Strauss, un librito de poemas de José Gorostiza o de Pablo Neruda, una chamarra con cierre relámpago para el frío y una gabardina roja para la lluvia y se fue para las montañas.

Pahuatlán le pareció majestuoso, un pueblo blanco de calles empedradas incrustado entre montañas cubiertas de niebla espesa. Largos caminos de piedra que se transformaban en caminos de grava y luego en caminos de tierra roja que corrían entre macizos de flores silvestres. Altivos pinos oscuros, ocotes resinosos asomándose por entre las nubes de lluvia. Palmeras revolviendo sus hojas en la brisa tras las bardas de las tapias blancas.

El camión se detuvo en una plaza grande, de pavimento empedrado, frente al edificio del ayuntamiento. A un lado había un campo de baloncesto y otro de fútbol donde jugaban los niños dando gritos. Varios perros vagaban por la plaza, alrededor de los campos, entre las tapias, perros grises, amarillos, blancos, perros hambrientos. Hacía mucho frío y el ambiente era húmedo. El pueblo estaba lleno del olor de la lluvia y del olor de los tamales que las mujeres vendían en la puerta de sus casas al caer la tarde, y le pareció que aquel olor era como la juventud. Era el olor del alimento joven y sencillo, el maíz de la tierra, el oro del atardecer. Xóchitl se sentía

feliz, como si algo grande y blanco despertara en su interior. Era el frío y la pureza del aire de la Sierra Madre, el misterio de la aventura en el abrirse del país indígena, región de las flores y de las aguas termales. No veía a Ana María en parte alguna, y aquellos perros hambrientos y mojados por la lluvia la inquietaban tantito, de modo que subió por unas escaleras hasta unos arcos desde los cuales se dominaba la plaza en la que paraba el camión, se sentó en una mesa y ordenó un chocolate caliente y una torta de queso. Torta le decimos en México a los sándwiches. La mujer que servía en el café era una otomí de largas trenzas negras que se movía muy despacio. Cuando la vio, la miró atentamente y le dijo con una voz muy fina, como de pájaro, que le hizo sentir un escalofrío:

—¿Llegaste en el camión? Ay, a ti se te van a comer los espíritus.

Ana María tardó casi una hora en aparecer. Luego se disculpó con ella diciendo que había tenido una emergencia en un pueblo de la sierra. Se había roto el puente de la carretera principal y había tenido que dar un rodeo de varios kilómetros por pista de tierra para vadear el río. Xóchitl le contó lo que le había dicho la mujer que servía las mesas y Ana María rió y le dijo que ya se iría acostumbrando a Pahuatlán y al mundo de los indígenas. Le dijo que allá la población era de 16 000 gentes y de 32 000 espíritus. Vio a Ana María muy cambiada. Más fuerte, más segura de sí misma. Se había cortado el cabello y llevaba gruesas botas de agua. Conducía con soltura un Chevy *pick up* color hielo, un vehículo muy grande y muy alto. Parecía agrimensora más que trabajadora social.

Para su gran sorpresa, Ana María vivía en una casa muy espaciosa y bastante fea de las afueras del pueblo que compartía con un chavo llamado Miguelito. Era una casa de dos plantas construida con hormigón sin pulir y sin pintar y coronada con un tejado a dos aguas hecho con planchas de aluminio. El piso inferior, que era donde estaba la cocina y donde dormía Miguelito, carecía de ventanas, y por eso habían puesto en el techo que separaba las dos plantas unos tragaluces para que entrara la luz del piso superior. Como no los habían hecho bien, es decir, que los tragaluces no estaban al nivel del resto del piso, cuando uno caminaba por el piso superior por la noche tenía que ir casi tanteando para no romperse la madre con los tragaluces que se hundían en el piso. Miguelito ocupaba el piso inferior junto con otro chavo, un suizo que se llamaba Hermann y estaba allá pasando unos días antes de regresar al D. F., y Ana María y Xóchitl ocupaban el superior, pero el único baño estaba en la parte de arriba, de modo que Miguelito y Hermann tenían que subir allá también. En la parte superior estaban el baño, dos recámaras, la de Ana María y la suya, y una especie de sala o de zona común donde había un par de sofás y una pequeña estantería con libros, figuritas de barro pintado y minerales (carnita, ojo de tigre, amatista, malaquita, pirita, cornalina, obsidiana). Las paredes estaban decoradas con pinturas en papel amate, con una imagen de la virgen de Guadalupe, que es raro que falte en una casa mexicana, y con un gran mapa a colores del estado de Puebla. No había televisión, y había pocas lámparas y pocas bombillas. Ninguna de las habitaciones

tenía puerta, y habían colocado trozos de tela anaranjada sujetas con tachuelas a los marcos para cubrir los huecos. Así que Xóchitl cuando utilizaba el sanitario estaba siempre incómoda pensando que cualquiera podría entrar allá en cualquier momento y tampoco podía cerrar la puerta cuando se daba un baño de regadera, ni tampoco por la noche mientras dormía, simplemente porque no había puerta. Creo que Xóchitl nunca se había sentido tan incómoda en toda su vida. La cocina estaba en la planta baja, pegada a la casa. Es la estructura típica de las casas indígenas, que dejan la cocina separada del cuerpo principal. Ana María y Miguelito pagaban el mínimo de acometida a la compañía eléctrica, de modo que la potencia que tenían no les llegaba para tener refrigerador. La puerta de la cocina no cerraba bien, y de noche allá se metían las ratas y devoraban cualquier resto de comida que quedara. No sé si Xóchitl había esperado encontrar en Pahuatlán la inocencia de la naturaleza y la paz del idilio campesino en vez de aquella vida de incomodidades y sobresaltos. Además, había grandes tlacuaches que caminaban por el techo de aluminio de la casa armando un mitote tremendo cada mañana. Los tlacuaches son como una especie de ratas gigantes que viven silvestres en las montañas del centro de México. Son grandes como gatos. Supongo que se ponían en las planchas metálicas porque estaban recalentadas por el sol, o a lo mejor bajaban allí de los árboles colindantes, el hecho es que Xóchitl oía el retumbar de aquellos animales asquerosos por encima de su cabeza pensando que un día una plancha se iba a doblar y un tlacuache gris y peludo le iba a caer en la cama. Son como zarigüeyas, las llaman ustedes, ¿no es así? Tienen una cola prensil muy larga, y se cuelgan de los árboles enrollando la cola. Y así es como se aparean, el señor tlacuache y la señorita tlacuache, colgando cabeza debajo de la rama de un árbol. Cuando están en temporada de celo dan unos chillidos muy desagradables. Y así se despertaba Xóchitl por las mañanas, oyendo por encima de su cabeza los chillidos de los tlacuaches en celo y las peleas feroces de los señores tlacuaches partiéndose la madre a dentelladas para chingar con alguna señorita tlacuache que andaba por allá contemplando la pelea, pensando que todo aquello era cagadísimo y pegando chillidos horribles a su vez.

Miguelito, el compañero de casa de Ana María (en realidad era el dueño de la casa y también el que la había construido) era un tipo bien curioso. Era un mexicanito muy pequeñito, con aspecto de campesino, muy dulce, muy distante, muy suave. No vivía con Ana María, eran sólo amigos. Era un tipo muy solitario. Como Ana María se pasaba el día fuera yendo de un pueblo a otro en su Chevy *pick up*, porque su área de trabajo como funcionaria del gobierno era muy extensa, a Xóchitl le tocó platicar mucho con él. Este Miguelito era del mismo Pahuatlán, pero había vivido en distintos lugares de México y de Europa. Le interesaba el conocimiento, le dijo. Pero qué conocimiento, le preguntó Xóchitl. El conocimiento ancestral, le dijo Miguelito, el conocimiento que teníamos antes de la llegada de los españoles. Le contó que había vivido cuatro años en los altos de Chiapas, en San Andrés Larráinzar y en San Juan Chamula, aprendiendo con los ancianos del lugar y estudiando su lengua *tzotzil* para

poder comunicarse. Pero ¿aprendiendo qué?, le preguntó Xóchitl. Allá en las montañas de Chiapas esos tzotziles mantienen el conocimiento del corazón, le dijo Miguelito. Ellos han preservado su vieja lengua maya, y también sus rituales, y llenan las iglesias con espuma de pino, y cuelgan espejos en las imágenes de los santos de las iglesias, y se miran en los espejos de los santos hasta que ya no se ven. Algunas veces andan tan pedo que ya no se ven. Se ponen pedísimos con pulque, con tequila, dijo riendo. Pero el objetivo no es andar pedo, sino borrarse el ego de tal modo que llega un momento en que te miras en el espejo y ya no ves tu propia cara. Le contó que en los altos de Chiapas el conocimiento ha sido preservado en forma de artesanía, de pintura, de música, especialmente de música, y que los viejos lo enseñan en la forma de tañer el arpa. Tienen allí muchas orquestas con arpas, que hacen una música muy delicada y misteriosa, algo que jamás oirás en ningún lugar del mundo. También tienen orquestas con marimbas, pero estas tocan para los gringos en los hoteles de San Cristóbal de las Casas. En los altos, en los pueblos de la sierra, son las orquestinas de arpas las que tocan en los bautizos y en las comuniones y en los aniversarios y en las bodas. Y él estuvo años y años aprendiendo con ellos, pero nunca llegó a entrar, no le admitían. No le admitían porque no era indígena. Tocar el arpa tampoco se le daba. Él era más hombre de imágenes, de colores, de palabras, de historias. No podía tocar el arpa, no le respondían los dedos, no lograba aprender, era torpe.

Eran duros estos mayas de los altos de Chiapas, le contó con un brillo de admiración en los ojos. Preferían la pobreza a perder su libertad, decía Miguelito, que idealizaba a los indígenas como nadie que ella hubiera conocido antes. Pero ¿qué libertad puede haber en la pobreza?, le decía Xóchitl, fascinada con las historias de Miguelito pero forzada por sus convicciones marxistas a salir del ensueño. Miguelito sonreía sin decir nada. Tenía esa maravillosa educación que es propia de las personas humildes. Era muy discreto. Muy suave, remoto como un espíritu. Cuando se convenció de que jamás sería admitido entre los mayas, se fue al otro extremo del país, al estado de Nayarit, al país de los huicholes. Y estuvo viviendo cuatro años con los huicholes. Aquéllos sí que le impresionaron por su fuerza. Fuertes como raíces, como rocas. Los huicholes, saben, son los herederos de la cultura vernácula, que huyó al norte después de las guerras de exterminio de los españoles. En México se les tiene un respeto muy especial por esa razón, como si ellos fueran los verdaderos herederos de Cuauhtemoc y del conocimiento ancestral. Allá, en lo alto de la Sierra Huichola, conservan la lengua náhuatl y mantienen los viejos dioses disfrazados de vírgenes y de santos. Allí los maarakames huicholes, algo así como sus sacerdotes, o sus chamanes que les dijéramos, dan la comunión no con una hostia, como el sacerdote en la iglesia, sino con un poco de peyote, y levantaban el peyote al sol y dicen «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» exactamente igual que hace el sacerdote en la misa. Así que Miguelito se subió a la Sierra Huichola y habló con los ancianos de los pueblos y se ofreció a ayudarles a vender su artesanía en el D. F. y en

otras ciudades grandes donde hubiera *boutiques* y tiendas de arte popular, pensando que así se ganaría su confianza y su aprecio y que a los huicholes les interesaría tener a una persona que les sirviera de intermediario con la gran ciudad. Pero los huicholes no querían tener ningún intermediario con la gran ciudad. Los huicholes son muy cabrones, le contó Miguelito a Xóchitl. Te llevan al campo, te meten en una cueva y te enseñan un hueso de dinosaurio que han encontrado allá. Te dicen: mira, éste es un hueso de dinosaurio que encontramos en esta cueva. Tiene millones de años, el pinche hueso de dinosaurio. Luego te regresan al pueblo. Y el 99% de la gente al día siguiente se vuelven solos a la cueva a buscar el hueso de dinosaurio para llevárselo y vendérselo a un museo y hacerse ricos y famosos. Sólo que cuando llegan a la cueva, allí no hay nada más que un pinche huichol muerto de risa. Y el hueso de dinosaurio es falso, claro está. Y tú no pasaste la prueba y ya no volverán a hablar contigo.

Son orgullosos, los pinches huicholes. Son duros, son correosos. Pero son la gente del corazón. Son la gente de la flor del cacao. Miguelito le contó algunas de las cosas que había aprendido con ellos. A respetar a la Madre Tierra. A no comer jamás pescado, un alimento que los huicholes consideran repugnante, basándose en la idea de que todos los excrementos van al agua y que los pescados viven en el agua y se alimentan, precisamente, del agua. Y otras cosas más importantes. A conocer la energía. A curar con la energía. A ver la energía con los ojos abiertos. A hacer curaciones energéticas y a limpiar el cuerpo y el espíritu, y a deshacer maleficios y maldiciones y mal de ojo, y a ver todos los chaneques y las porquerías energéticas que tiene una gente y ser capaz de jalárselos y dejarlo limpio. Y a hacer temazcales. Y a entrar en los sueños a voluntad, y a transformarse en espíritus de animales y a volar como un cuervo sobre las montañas y a ser un puma y un venado. Y a cazar el venado y sacrificarlo de manera ritual, el venado que es el sol y que eres tú. Sí, aprendió muchas cosas de ellos con el paso de los años, pero los huicholes no confiaban en él porque no era huichol. Era lo mismo que le había sucedido en los altos de Chiapas. Y una vez más, intentó convertirse en uno de ellos. Vivía con ellos, comía con ellos, trabajaba con ellos. Si había que talar un árbol agarraba la sierra y lo talaba. Si había que arreglar una valla, se iba con su rollo de alambre espinoso y la arreglaba. Si había que reparar un tejado roto, allá que se subía en la escalera y se ponía a repararlo. Si había que matar un guajolote, agarraba el hacha y mataba al guajolote. Si se perdía una res se metía en el monte a buscarla. Pero a pesar de todo no confiaban en él. Llegaron a darle un nombre huichol. Había una muchacha que le gustaba, y pensó en pedirla en matrimonio, pero el padre de la muchacha le dijo que no, que era imposible, que ellos no se casaban con españoles. Pero yo no soy español, decía Miguelito, ni siquiera soy huero. Soy mexicano. Pero para ellos sólo existían los huicholes, y los demás eran españoles o gringos. A veces iban extranjeros a ver su pueblo, a comprarles artesanía. Si eran gringos de verdad, si eran del Norte, entonces podían encontrarse cualquier broma, cualquier maldad. Les engañaban, se reían de ellos. Les pedían precios astronómicos por su artesanía, y no la vendían y se

quedaban tan felices porque no querían venderles nada a unos pinches gringos. Iban italianos, austríacos, suecos, y para ellos eran todos gringos. No distinguían. Si no eran huicholes, eran gringos. Y si eran hueros, para qué hablar. El anciano que era el jefe de la comunidad le adoptó como hijo. Pero a pesar de todo, él seguía sin ser huichol. Y esperaba, con paciencia, con infinito amor, esperaba que algún día finalmente sería admitido en la comunidad como uno más. Hasta que llegó un momento en que se dio cuenta de que eso jamás iba a suceder. El plan de vender la artesanía en el D. F. tampoco funcionó, porque los huicholes no querían que sus creaciones salieran de su comunidad. La verdad es que todo México está lleno de artesanía huichola, que es la más bonita de la República. Los cuadros donde pintan las visiones del mezcalito, esos venados de colores y esos animales y flores y paisajes de colores, y los collares, las pulseras, las sonajas. Miguelito les decía que había mucha gente haciéndose rica con la artesanía huichola y que lo que él pretendía era que ellos recibieran la parte que les correspondía de aquella riqueza, pero era inútil. No confiaban en él. No confiaban en nadie. Seguían su vida en sus ranchos, con su ganado, con sus guajolotes, con sus puercos, con sus ancianos, con sus mujeres, con sus chamacos. Con todo su conocimiento, con sus tradiciones, con sus relatos de poder. Una vez al año peregrinaban al desierto de Wirikuta, en San Luis Potosí, y tomaban el mezcalito y bailaban en El Quemado, que es el cerro sagrado de los huicholes, y luego regresaban a Nayarit, a sus ranchos, a sus mujeres, a sus chamacos. Y vivían en la miseria. Algunos eran ricos, pero igual vivían en la miseria. No llevaban a los chamacos al médico, y muchos se les morían. No confiaban en la medicina del blanco. No les ponían nombre hasta que tenían dos o tres años de edad, por si no lograban sobrevivir los primeros años. Y Xóchitl decía que entonces para qué les servía tanto conocimiento. Que para qué les servía ser la gente de la flor del cacao, la gente del corazón, si no podían ni cuidar a sus niños. Miguelito le decía que ella no comprendía. Que el mundo de los huicholes nada tenía que ver con el nuestro, porque ellos vivían *en el ensueño*. Que las normas del hombre blanco no tenían nada que ver con ellos. Que no las aceptaban. Que no querían verse limitados por esas normas. Le contó que algunos maarakames tenían diez, doce mujeres, que esa limitación burguesa de tener sólo una mujer toda la vida que había inventado el hombre blanco, a ellos no les interesaba. Le habló de un maarakame de nombre Don Andrés que tenía setenta y cinco años y se había casado con una chavita de quince, a la que había dejado embarazada. Ésa es la fuerza del amor, la esplendorosa energía de la flor del cacao, flor del corazón. Estaba completamente ciego este maarakame, y tenía los ojos cubiertos de cataratas. Miguelito le decía: Don Andrés, ¿por qué no se opera de cataratas? Usted va al hospital y sale viendo de nuevo. Y no quería. No quería. No quería. Pero hacen bien en desconfiar del hombre blanco, porque el hombre blanco lo destruye todo. Es la fuerza destructiva más dañina del planeta. Pero eso es una bestialidad, le decía Xóchitl, un hombre de setenta y cinco años con una niña de quince. Eso es una violación. Una niña tan joven no puede querer andar con

un hombre viejo. Eso son tus prejuicios, le decía Miguelito. Todo lo ves como los blancos. No puedes entender que haya otras formas de vivir que no sean las de los occidentales. Xóchitl salía frustrada y confusa de estas conversaciones. No sabía qué pensar. Era como si se le hubiera roto la vara de medir y ahora ya no supiera exactamente dónde estaba el bien y dónde estaba el mal, qué era dulce y qué salado.

Finalmente, Miguelito había conocido a otras personas también interesadas en el conocimiento, y también a algunos gringos que venían a México a estudiar, e incluso a españoles que venían a México a tomar peyote siguiendo los pasos de Carlos Castaneda, o a tomar los honguitos a Oaxaca siguiendo los pasos de María Sabina. Y la verdad, empezaron a gustarle los hueros, le contó. Empezaron a quitársele los prejuicios que él mismo tenía ante ellos. Eran gentes diferentes. Traían un aliento nuevo, un estilo nuevo. Eran grandes, torpes, ruidosos, no comprendían bien las cosas, pero deseaban aprender. Venían de su mundo muerto a nuestro mundo vivo, le decía Miguelito. Venían de su mundo sin corazón para conocer al pueblo del corazón. Tenían toda su energía descompuesta, ya no sabían qué era lo importante, habían perdido el sentido del orden natural de las cosas, el sentido del sol y de la luna, del hombre y la mujer, del amor y de la vida, pero precisamente por eso iban a México a buscarlo, aunque muchas veces no sabían muy bien lo que buscaban y estaban tan confusos que entraban en tremendas catarsis y a veces la pasaban mal, pero mal de verdad. Siempre hablando de los que tenían una búsqueda auténtica, no de los pachecos, le decía Miguelito, esos que vienen a México para tener «la experiencia». «Pachecos» le decimos en México a los que fuman mucha marihuana y andan así todo el día, ¿no?, con los ojos rojos y una sonrisa de pacheco en la cara, porque son puros pachecos nomás. No, los gringos que llegaban allá arriba eran gentes que tenían un verdadero deseo de comprender y de llenar un vacío que tenían en el centro del alma. Y las gringas le gustaban, aquellas mujeres altas como caballos y con aquellos muslos fuertes y desnudos y aquellas melenas doradotas como cabellito de elote. Tan fuertes y tan débiles al mismo tiempo. Tan hermosas, tan mujeres y tan poco mujeres al mismo tiempo. Tan poco femeninas al lado de las mujeres mexicanas. Tan atractivas y tan poco seductoras, al mismo tiempo, desconocedoras del arte de la seducción y del coqueteo que las mujeres mexicanas dominan a la perfección. Mujeres que eran mujeres y hablaban como hombres, pero no porque fueran masculinas en modo alguno, sino porque habían perdido la esencia de su feminidad, le decía Miguelito con su voz suave y apenas destacada del silencio. Tan deseosas de encontrar hombres de verdad, ya que en Europa los hombres de verdad ya no existen, le contó Miguelito. Y esto se debe a que el hombre blanco ha olvidado el camino del corazón, y por eso en Europa ni los hombres son hombres ni las mujeres son mujeres, ni los hombres son masculinos ni las mujeres femeninas y todo anda confundido y lo único que hacen allá todo el tiempo es trabajar y ganar dinero. Y descubrió también que para todos ellos, y especialmente para ellas, para las gringas, las europeas, las españolas, él era un ser fascinante y mágico, y que cuando se ponía a hablar de los

huicholes y a contarles Historias de Poder a la noche, alrededor del fuego, y les hablaba del venado y cómo el venado es el sol que muere cada noche y el sol que nace cada mañana y cómo el venado eres tú, y cómo dentro de cada mujer hay una diosa, y cómo el hombre piensa con el cerebro y la mujer piensa con el cerebro y además con la matriz, de modo que la mujer tiene realmente dos cerebros y entiende cosas que el hombre no puede entender, se quedaban todos embobados escuchándolo, especialmente las mujeres, que le miraban con sus ojos verdes, con sus ojos azules, como tocadas en lo más hondo. Ahí Miguelito se perdía, le contó Miguelito a Xóchitl. El ego le traicionaba. El deseo de agradar. El deseo de gustar.

Y conoció también a una señora del D. F., llamada María Teresa Eloísa, que llevaba muchos grupos de europeos y de mexicanos y de norteamericanos a los lugares de poder de México, a Teotihuacán, a Tula, a Monte Albán, a Malinalco, y Miguelito y ella se entendieron bien y él comenzó a acompañarla en sus viajes y a veces se encargaba de hacer temazcales con los grupos que traía la señora María Teresa. Así fue como, gracias a la influencia de la señora María Teresa, fue terminando su experiencia entre los huicholes y como regresó al mundo cotidiano, le contó, gracias a la señora María Teresa, que le dijo que ahora todas aquellas cosas que había aprendido conviviendo con los indígenas podía compartirlas con otros que también andaban buscando lo mismo que él buscaba. De modo que comenzó a acompañar a María Teresa en sus viajes y en sus paseos y hacía temazcales bien poderosos, como había aprendido a hacerlos con los huicholes, y muchos de los españoles y los europeos casi no los resistían. Les entraba miedo, o flojera, qué sé yo. ¿No saben lo que es un temazcal? Un *sweat lodge*, como los que hacen los indios americanos. Una sauna ritual, en la que uno se purifica y se limpia, normalmente antes de tomar el peyote, o como ritual de purificación para entrar en el mundo del ensueño y tener visiones. Se hacen calentando piedras en el fuego toda una tarde hasta que están al rojo vivo, y luego se ponen en un agujero de la tierra y se coloca una tienda de campaña encima con ramas y con telas para cerrarlo todo bien y que no se escape el vapor, y se meten todos dentro, desnudos si se hacen de hombres y mujeres separados o en bañador si se hacen juntos, y alguien, el que conduce el temazcal, va echando agua perfumada con hierbas sobre las piedras calientes y va guiando las visualizaciones, los viajes interiores. Hay tres puertas. Cuando termina una puerta, se abre la tienda y todos salen, o si se hace en una cueva o en un lugar bajo tierra se abre la puerta y todos salen y se dan un baño de agua fría durante un minuto. Luego se vuelve a entrar inmediatamente y comienza la siguiente puerta.

Pero déjenme que les platique tantito sobre esta señora María Teresa.

Había estado en diversos caminos de conocimiento, con los alquimistas, con el Cuarto Camino, con Aurobindo, con Richard Moody y toda aquella historia de las Experiencias Posteriores a la Muerte, con el nagual Carlos Castaneda. Desde niña había sido vidente y durante años había trabajado para la policía en casos de desapariciones y de asesinatos. Le daban una frazada de una muchacha desaparecida

y ella se concentraba y decía: está enterrada en el kilómetro 47 de la carretera tal y tal. Luego conoció a un español y se casó con él, y tuvo tres hijos. Y vivió la peor parte de su vida siendo ama de casa y amante esposa de aquel español jugador y bebedor que al final dejó a la familia en la ruina, hasta que ella pidió el divorcio y se puso a trabajar y de nuevo reanudó su vida, su búsqueda. Durante una temporada vivió en Acapulco, donde puso tres neverías. ¿No saben lo que son neverías? Son establecimientos donde se venden nieves y licuados de fruta, sí saben lo que son nieves, ¿no?, como *ice cream* de frutas, de tamarindo, de flor de Jamaica, de piña, de guanábana, y se pasaba el día viajando en moto de una nevería a otra hasta quemarse la piel y llenársela de pecas y estropeársela para siempre, y luego regresó al D. F. a la casa familiar y continuó con sus reuniones, con sus grupos. Vivía en Polanco, en la Colonia Irrigación, y su casa era un centro de encuentro de todo tipo de gentes y siempre estaba abierta a todo el mundo. Grupos de meditación. Grupos de mujeres. Grupos del Cuarto Camino. Y su búsqueda la iba llevando cada vez más a las raíces del conocimiento tolteca, la antigua sabiduría de México, hasta que conoció al nagual Carlos Castaneda en aquellos años en que vivía completamente oculto y en que nadie le había visto jamás y lo único que se sabía de él era que escribía aquellos libros fascinantes que la mayoría de la gente leía como si fueran novelas.

La señora María Teresa estuvo muchos años en el grupo del nagual Carlos Castaneda. En esos años, el nagual (ellos jamás le llamaban «Carlos» ni «Castaneda», siempre le llamaban «el nagual», porque era su parte mágica lo que les interesaba de él, no su personalidad social, y la señora María Teresa decía incluso que él no siempre era el nagual, que a veces era el nagual y a veces no lo era), en esos años, pues, el nagual tenía dos grupos, uno en México y otro en Madrid. Quién sabe por qué se decidió a formar aquel grupo de Madrid. Iba a Madrid un par de veces al año y les hablaba y les contaba cosas y practicaba con ellos, y llegó un momento en que ambos grupos se encontraron, los del grupo de Madrid fueron a México y ambos grupos se conocieron.

Los años de María Teresa cerca del nagual, junto con las otras brujas, Florinda Donner, Taisha Abelar, Carol Tiggs, que era «la mujer nagual». La señora María Teresa estuvo muchos años con el nagual. Cerca de él aprendió muchas cosas y vivió muchas cosas. Su vida se transformó completamente, y a partir de entonces siempre consideró que él era su nagual. Su guía, por así decir, no su maestro, en el linaje de los brujos nunca se habla de maestros ni de discípulos. Pero ésa es otra historia. Otra historia distinta. La cosa es que cuando el nagual desapareció, entonces la señora María Teresa se concentró en sus cursos, cursos de silencio, de meditación, de energía femenina, de concienciación femenina, de recapitulación, de manejo de la energía, de despertar interior, de crecimiento personal, vaya, y pensó además que había que hacer algo con la pinche situación de las mujeres indígenas y de las mujeres pobres en México y fundó una asociación sin ánimo de lucro llamada «Las Beguinas», inspirada en el movimiento religioso medieval y en la obra de la abadesa Santa

Hildegarda de Bingen, una asociación cuya finalidad era ayudar a las mujeres mexicanas sin recursos, y especialmente a las madres abandonadas, un fenómeno muy corriente en las zonas rurales, y también a los niños y especialmente a las niñas de las zonas rurales y de los barrios pobres de las grandes ciudades. Niños y niñas que tienen que vivir una cotidianidad llena de carencias, llena de violencia, niños que abandonan la escuela, niños maltratados...

Ahora María Teresa impulsaba a sus Beguinas en todos los lugares a los que viajaba, Nueva York, Madrid, Valladolid, Cádiz, Bilbao, Viena, Constanza, Berlín, Hamburgo, Budapest, y había Beguinas en España, en Alemania, en Hungría, en Austria, en Estados Unidos. No era el centro de su trabajo. El centro de su trabajo era el trabajo en la evolución del ser humano, el trabajo en la conciencia. Pero lo que me parece admirable es cómo ella logró trabajar y desarrollar ambos lados, ¿no es cierto?, el trabajo interior y también el trabajo exterior. Como en México las Beguinas trabajaban a menudo en colectividades de mujeres indígenas, uno de los proyectos de María Teresa era vender en Europa los manteles, camisas y bolsos fabricados por estas mujeres de acuerdo con los diseños mexicanos tradicionales. Con el dinero obtenido María Teresa tenía la intención de crear casas de acogida para madres sin recursos y centros donde los niños y las niñas pudieran aprender oficios, hacer las tareas escolares o incluso hallar un refugio para un mundo hostil en el que sólo podían encontrar drogas, enfermedades y padres alcoholizados que les sacudían la madre todos los días. Era un proyecto que parecía un sueño, pero que misteriosamente, quizá milagrosamente, se iba concretando en actos y en cosas tangibles. En Madrid, por ejemplo, entró en contacto con un sacerdote mexicano que era dueño de unos terrenos en la zona de Teotihuacán. Cerca de las pirámides, le contó, en realidad, *dentro* del territorio de las pirámides, porque gran parte de Teotihuacán sigue todavía sin excavar y hay innumerables pirámides todavía cubiertas de tierra y de hierbajos. Y María Teresa se entrevistó con él y le pidió que se lo cediera para construir allí un colegio para las niñas indígenas a fin de enseñarles oficios para que tuvieran recursos para ganarse la vida. El sacerdote le preguntó que de dónde venía, si era católica, qué pensaba de Dios y de la Iglesia, y después de asegurarse de que en aquel colegio suyo jamás entrarían ningún cura ni ninguna monja y que María Teresa no tenía nada que ver con la Iglesia católica, le regaló los terrenos. Así nomás. Se los cedió a la organización de las Beguinas.

Miguelito comenzó a acompañar a María Teresa en sus viajes por Europa. María Teresa llevaba muchos años viajando y creando grupos a los que les hablaba del camino del guerrero, del camino del corazón, de las enseñanzas del nagual Carlos Castaneda. Daba cursos de concienciación de la mujer, de recapitulación (una técnica que Don Juan había enseñado al nagual y gracias a la cual uno podía limpiar los hilos energéticos que le mantenían apegado al pasado), de silencio, de limpieza de relaciones tóxicas, de percepción extrasensorial, y Miguelito se encargaba de hacer el trabajo de campo, de sacar a los grupos a la naturaleza, de hacer «marchas de poder»

para parar el diálogo interno de la mente, de organizar temazcales de purificación, de contar historias de poder alrededor del fuego. Siguiendo a María Teresa en sus viajes llegó a quedarse a vivir dos años en Viena, donde se echó una novia vienesa que se llamaba Uta y estaba completamente loca y que un día llegó a amenazarle con un cuchillo por puros celos infundados, una mujer que le duplicaba en corpulencia, decía Miguelito riendo, y con la que nunca había podido comunicarse muy bien porque ella no hablaba bien español y él, desde luego, no hablaba ni palabra del pinche alemán, y luego había vivido en Guadalajara, España, en un pueblecito cerca de Hita, con una norteamericana que estaba allá perdida que se llamaba Anne Cadenasso, aunque sin ser novios, sólo como amigos nomás, hasta que finalmente había decidido que México era su patria y que no tenía sentido vivir en ningún otro lado, y había regresado a Pahuatlán, con idea de colaborar allá con las Beguinas y con Ana María, a la que había conocido también a través de María Teresa, y que por esas casualidades de la vida trabajaba ahora en Pahuatlán, precisamente en Pahuatlán.

Miguelito tenía una casita pequeña en Pahuatlán, una casita como la de los indígenas, con suelo de tierra y con un agujero en el techo para dejar salir el humo de las ramitas que quemaba para calentarse, sin agua corriente, nomás con un caño de agua en el patio, pero María Teresa le había dicho que ya tenía que arreglar lo de su casa y que tenía que tener una casa de verdad, y así fue como se había construido aquella casa en la que estaban ahora, donde tenía agua corriente y regadera y espacio para trabajar con grupos y también lugar suficiente para que durmieran bastantes gentes si hacía falta, aunque la idea de la comodidad de Miguelito estaba tan lejos de la idea de la comodidad citadina que finalmente la casa no llegó nunca a usarse para llevar a grupos, aunque siempre había alguien que andaba por allá durmiendo arriba o abajo, como aquel chavo, Hermann, el suizo, que había ido a pasar allá un par de días y ya llevaba dos semanas.

Miguelito llegó a casarse con una española a la que conoció en alguno de los cursos, una muchacha de nombre Paloma. Según pudo deducir Xóchitl de las discretas palabras de Miguelito, aquella Paloma era una mujer apasionada y sensual, muy hermosa e incluso un poco más alta que él. Era de Carabanchel, un pueblecito cerca de Madrid. ¿Porqué se ríen? ¿Dónde está Carabanchel? Ella, cuando le preguntaban de dónde era, decía que era española, y si le preguntaban de dónde, de Madrid, de Barcelona, decía «de Carabanchel». Miguelito le explicó a Xóchitl, con sencillez, sin fanfarronear, que tal como les sucedía a la mayor parte de las mujeres europeas, su esposa, Paloma, jamás había tenido verdaderas experiencias sexuales. Que había tenido una sucesión de amantes mediocres y poco viriles que no habían logrado despertar en ella su verdadera feminidad y jamás había tenido un verdadero orgasmo. Pero ¿te casaste con ella de verdad? Le preguntó Xóchitl, que no podía imaginar a Miguelito en una iglesia con un traje oscuro. Miguelito dijo que sí, que se habían casado de verdad, con todas las de la ley, de acuerdo con el rito huichol. Que ahora eran marido y mujer, y que el rito huichol era tan bueno y tan sagrado como

cualquier otro, para él mucho más sagrado que la boda por la Iglesia. Aunque estaban separados, y no era probable que volvieran a verse.

Paloma también había estado en varios cursos en España y en México y estaba enamorada de México y del camino tolteca y se sabía los libros de Castaneda de memoria. Pero no había podido resistir la vida en México. Tenía dentro la intranquilidad, esa especie de serpiente furiosa que devora por dentro a los blancos, le dijo Miguelito. Una tremenda importancia personal, esa enfermedad que consiste en pasarse el día diciendo «yo, yo, yo, yo...». Cuando iban a la Sierra Huichola, Miguelito le decía que tenía que comportarse como el resto de las esposas huicholas. Paloma en un principio estaba encantada, incluso fascinada con aquello de comportarse como una esposa huichola y con ser parte de la comunidad huichola. Pero lo primero que le dijo Miguelito es que mientras estuvieran con los huicholes ella no podía caminar a su lado, que tenía que caminar detrás de él, a unos metros de distancia. Para mí tú y yo somos iguales, le dijo Miguelito. Yo sé que esto son costumbres antiguas y que no tienen ningún sentido. Pero aquí, entre los huicholes, así es como se hace y así es como lo haremos nosotros. Tenía que caminar por detrás de él como si fuera su criada. Servirle en la mesa. Retirarle el plato. Ir a lavar la ropa con las otras mujeres huicholas. No lo resistió. Se marchó a España a los tres meses de su boda. Otra víctima del feminismo, dijo Miguelito. Las españolas están locas, dijo Miguelito. Con tanto feminismo han castrado a sus machos, y ahora andan desesperadas porque los hombres son como niños, porque no son hombres de verdad. ¡Pero si fueron ellas las que los castraron!

Es increíble lo que me estás contando, le dijo Xóchitl. ¿De veras esperabas que una chava europea aguantara una cosa así? Ni siquiera una mexicana educada aguantaría una cosa así. Yo no lo aguantaría. ¿Por qué voy a ir yo caminando por detrás de ti?

Son las costumbres huicholas, decía Miguelito con voz muy suave, sonriendo apenas. Yo no creo en eso, creo en la igualdad de hombres y mujeres tanto como tú, pero son sus tradiciones y hemos de respetarlas.

Xóchitl se dijo que había ido a Pahuatlán a aprender, y que debía abstenerse de juzgar apresuradamente. Que dejaría como en suspenso todo lo que le había contado Miguelito, y que se limitaría a escuchar, a impregnarse de las voces y los colores del lugar. Que el momento de hacer juicios y de establecer límites ya llegaría más tarde. Si es que llegaba alguna vez.

Le preguntó que a qué se dedicaba, cómo se ganaba la vida, y Miguelito le contó que hacía un poco de todo. Que hacía curaciones y sanaciones, que hacía limpiezas energéticas de habitaciones y de casas, que limpiaba males de ojo y maldiciones, que hacía temazcales, aunque esto sólo cuando venían grupos de gringos o de europeos, nunca para los de allá, y que también realizaba pequeñas reparaciones, pequeños trabajos caseros, y que además pintaba dibujos en papel amate y los vendía en los mercados. El papel amate es uno de los principales productos de Pahuatlán y él

conocía aquella artesanía desde que era niño. Le enseñó los papeles amate, los oscuros y los claros, y los dibujos de flores y de animales que hacía, algunos de los cuales estaban clavados en las paredes y eran como son siempre los dibujos tradicionales en papel amate, ni más bonitos ni más feos, ni mejores ni peores que los típicos dibujos en papel amate, que siempre representan flores, pájaros y venados y pueblos en fiesta y danzas y voladores y nopales y soles y ángeles y lunas y ahuehuetes y pirámides. Más tarde, Xóchitl comprendió que aquellos pocos dibujos clavados en las paredes con tachuelas, no más de cinco, eran *todos* los dibujos que había hecho Miguelito en su vida y llegó a enterarse de que su proyecto de venderlos aún no se había hecho realidad y que no había llegado a vender ni uno solo. De modo que Miguelito no hacía prácticamente nada. Vivía sin trabajar. Igual que los espíritus. Igual que las flores.

Miguelito no fumaba, no tomaba, hablaba con voz muy suave, sonreía siempre y era siempre muy discreto, como si en vez de gente fuera sólo una sombra. Una sombra sigilosa, un espíritu sonriente. Tenía algo de angélico y también algo de misterioso y oscuro. Era como un hombrecito salido de ninguna parte, imposible de clasificar. Todos somos algo, fresas, nacos, pijos, como dicen ustedes, gringos, indígenas, o bien tenemos una profesión, una carrera. Miguelito no era nada. Era sólo él. Era imposible saber si alguna vez había leído un libro o si alguna vez había ido al cine. Esas cosas no le interesaban, aunque sí le interesaban las historias y se pasaba el día escribiéndolas con una pluma azul en un cuaderno escolar grande, historias mágicas de transformaciones de animales, historias de amor y de sexualidad sagrada, historias de enamorados y de brujos. Xóchitl le oyó contar a Hermann que cuando Miguelito se ponía a leer sus historias en voz alta, todo el mundo *entraba en el ensueño*. El ensueño es una cosa de los brujos, algo así como vivir dentro de los sueños o soñar despierto. Algo así como el *dreamtime* de los aborígenes australianos. Que era muy difícil escuchar una de las historias de Miguelito y permanecer en esta realidad. Que al escucharlas uno saltaba sin darse cuenta a la *segunda atención*. Xóchitl no había leído los libros de Carlos Castaneda y no sabía lo que era la *segunda atención*. Pero se lo imaginaba.

Segunda atención. Atención que nos lleva a percibir otro mundo que está detrás de este mundo. Algo así se imaginaba. De una forma vaga, indecisa, porque no tenía un temperamento místico ni le interesaban en absoluto los temas esotéricos. Uno de los temas que obsesionaban a Miguelito era el de la «fijación» de algo llamado «punto de encaje», que hace que todos percibamos esta realidad como si fuera una realidad sólida e inmutable y como si fuera la única realidad. Todo esto lo había aprendido a través de la señora María Teresa, en los cursos de la señora María Teresa.

Era el *dreamtime*. Era vivir en el ensueño. Era vivir soñando, dijo Xóchitl. Pero Miguelito le decía: no, es lo contrario. Es despertar dentro del sueño.

Había que bajar por una larga pendiente de barro y piedras para llegar al poblado indígena donde vivían las mujeres de la comunidad de bordadoras. Lo llamaban San

Barros, aunque el nombre oficial era San Pablito. Había allá una casa de costura donde las mujeres se reunían a tejer y a bordar juntas, porque ésta es la actividad principal de las indígenas. Se pasan la vida tejiendo y bordando, y luego van a los mercados a vender la ropa que tejen. Hacen blusas, blusones, camisas, faldas, manteles, servilletas, adornos para la mesa. Hacen figuras geométricas y también bordados libres, flores y animales de colores muy vivos, todo muy florido, muy alegre y muy bello.

Las primeras veces, Xóchitl iba con Ana María, que conocía a todas las familias. Las mujeres la apreciaban y le tenían respeto, y aceptaron a Xóchitl sin problemas. Les hacía gracia que tuviera nombre nahua y no supiera hablar su lengua. Eran todas muy simpáticas, muy listas, muy vivas. Luego Xóchitl visitó sus casas. Algunas vivían en cabañas de adobe con el techo de paja, otras en casas de cemento, aunque todas las viviendas tenían piso de tierra. No tenían agua corriente ni baño, y muchas no tenían luz eléctrica, aunque algunas tenían un cable que venía de algún lugar, quizá de un poste de la luz del que salían decenas y decenas de cables, y disponían de una bombilla colgada del techo en el centro de la habitación. Para hacer las necesidades corporales salían al campo o iban al corral, los que tenían corral, donde los excrementos humanos se juntaban con los de las gallinas, y donde los niños vivían siempre con el terror de que una gallina les diera un picotazo en las pompas mientras defecaban. La cocina era de carbón o de leña, normalmente una estancia con una puerta metálica que daba directamente a la calle. Cuando llovía, todo aquello se convertía en un barrizal. Y en Pahuatlán llovía continuamente, de modo que tenían siempre los zapatos llenos de barro. Colocaban piedras planas en la calzada para ir caminando por las piedras y evitar el barro, pero a menudo las piedras no bastaban, y al final era inevitable caminar por el barro. Le pregunté que si ésa era la razón de que llamaran al pueblito «San Barros» y me dijo que nunca lo había pensado, que nunca había relacionado el nombre del pueblo o de la barriada, porque quizá San Barros fuera el nombre sólo de una zona de San Pablito, que nunca había relacionado el nombre con el barro de la vereda.

La lluvia en Pahuatlán.

El aire estaba siempre húmedo y el cielo siempre envuelto en nubes. Grandes frazadas de niebla colgaban sobre los árboles como manos blancas de ángeles gigantes. Ángeles de la lluvia, ángeles cuya única muestra de compasión eran la niebla y la lluvia. Agua y gas caídos del cielo. No se sabía si era compasión o era un castigo. En verano, durante la visita de Xóchitl, las lluvias eran verdaderamente torrenciales. No llovía continuamente, porque en México nunca llueve continuamente. Por lo general llueve a la tarde, pero entonces es como si el cielo se vaciara, como si cayeran cataratas de las nubes y todo queda completamente inundado en cuestión de minutos. Verdaderos ríos corren por las calles, pendiente abajo, ladera abajo. Salir o entrar en el poblado era entonces un problema, porque había que ascender una larguísima pendiente que se convertía en un aluvión de barro

y rocas, casi como una cascada. Se compró unas botas de goma para caminar por el barro, iguales a las que le había visto llevar a Ana María el primer día, y a veces subía y bajaba la cuesta de barro hasta en tres y cuatro ocasiones en un mismo día. Había carros que subían y bajaban, y a veces tenía suerte y la llevaban, aunque Ana María y Miguelito le advirtieron que tuviera mucho cuidado con los carros que pasaban y que se detenían amablemente para ayudarla, y que mejor que no se subiera en el carro de ningún desconocido aunque fuera sólo para hacer un pequeño trayecto.

Xóchitl no podía comprender aquel mundo miserable y agonizante. No podía entender cómo aquellas familias numerosas podían vivir en una casa con el suelo de tierra. No podía comprender cómo dormían todos en la misma estancia, de modo que las mujeres y los hombres se veían forzados a tener relaciones sexuales prácticamente frente a los niños. Y cómo no tenían para calentarse más que una fogata en un rincón con un agujero en el techo para que saliera el humo, de modo que cada vez que encendían un fueguito la casa se llenaba de humo, y eso no era bueno para los bebés, ni para los niños, ni para nadie en general. A veces tenían frío y encendían un fueguito para calentarse y dejaban los leños por la noche y Xóchitl pensaba que un bebé podía ahogarse respirando tanto humo. Y tampoco entendía por qué tenían que andar siempre por el barro, y llenar la cocina de barro y la casa de barro y tener siempre los bajos de los vestidos manchados de barro. Se indignaba hablando con Ana María y Ana María le decía que tenía que respetar la forma de vivir de los indígenas, y que no podía llegar allá de pronto y ponerse a cambiarlo todo. Xóchitl dijo que había cosas básicas, cosas que tenían que ver con la higiene. Que aquellos niños no estaban bien cuidados. Que vivían en mitad de la porquería. Muchas familias tenían animales en casa y dormían al lado de un guajolote que lo llenaba todo de excrementos. Ana María le decía que si dejaban el guajolote fuera de casa a la noche venía una raposa y se lo comía, o se lo robaban nomás. Y Xóchitl insistía en la limpieza, en la higiene. Que aquellos niños tenían liendres porque no se bañaban jamás, y que había que acostumbrar a aquellas madres a que tenían que bañar a sus hijos todos los días y Ana María le decía: ya habló la gran mujer blanca. Ya llegó la gran mujer blanca a resolver todos los problemas. Le dijo que los indígenas pensaban que lavarse todos los días era una insensatez y que tenía que respetar la cultura indígena. Y Xóchitl se pasaba noches llorando, noches de furia y de impotencia. Hablaba con Miguelito y él le decía lo mismo, con su voz muy suave, muy delicada. Que había que respetar los modos de vida de los indígenas. Que ella no era quién para inmiscuirse. Y ella le decía a Ana María: Miguelito y tú sois unos hipócritas. Tenéis una regadera en vuestra casa y tenéis botas de agua y al llegar a casa os descalzáis y tenéis los pies limpios y usáis champú para el pelo, pero os parece bien que esas pinches viejas indígenas estén viviendo en el barro y cocinando en una cocina llena de excrementos de ratón y de tlacuache. Aunque la propia cocina de la casa de Miguelito estaba llena también de excrementos de rata y de ratón y de tlacuache y de todo lo que se le antojara, porque la puerta no encajaba y allá podían meterse hasta

perros y gatos y casi puercos y vacas si quisieran. Y ellos, que llevaban años viviendo y trabajando allá, la miraban con cansancio, abrumados por su fervor de recién llegada. Y ella se sentía incomprendida y pensaba que ellos eran insensibles e hipócritas, y que Ana María era una simple funcionaria del estado de Puebla, una asalariada, y que para ella aquello no era más que su chamba, una forma de ganarse la vida como cualquier otra, y que en realidad a los dos se les daba un pedo lo que les pasara a las indígenas. Pero no era cierto, no se les daba un pedo. Era todo lo contrario, que admiraban en exceso a los indígenas, su modo de vida, sus tradiciones, su cultura nagua, sentían tal admiración por ellos que pensaban que su trabajo consistía en lograr que el resto del mundo admirara a los indígenas tanto como ellos y los aceptaran y los respetaran así tal como eran, analfabetos, con los zapatos llenos de barro y con una carga de leña a la espalda, depositarios de una tradición milenaria, hablantes de una lengua preservada milagrosamente del exterminio, herederos de Cuauhtemoc y Netzahualcoyotl.

Se hizo muy amiga de una de las mujeres de la comunidad de bordadoras, que tenía veintiocho años y tenía tres hijas de diez, ocho y seis años. Se llamaba Malinalli y era muy simpática. Era una de las más jóvenes de todo el grupo de bordadoras, y Xóchitl, que se sentía distanciada de Ana María, descubrió que se entendía bien con ella por diferentes que hubieran sido sus vidas. Creo que también le enorgullecía ser capaz de sentir afecto y admiración por una pobre indígena analfabeta. Malinalli le contó que las tres niñas eran hijas de un padre, que se llamaba Simeón, un malnacido que le había hecho aquellas tres hijas y luego la había abandonado. «Semenón» le llamaban, le contó Malinalli, por lo mucho que le gustaban las viejas. Viejas le decimos en México a las mujeres, no me pongan esa cara de extrañeza, que no es que al Semenón le gustaran las mujeres de la tercera edad. Le gustaban, de hecho, bien jovencitas. Hacía tiempo que no aparecía por allá, le contó. Y ella estaba feliz, y deseaba que no volviera a aparecer nunca más, porque aquel Simenón era un malnacido y un hijo de la chingada. Y sin embargo le pareció que cuando platicaba sobre él se le ponía como un brillo de orgullo en los ojos. Al fin y al cabo, era el hombre que le había hecho tres hijas. Le decía malnacido y lo añoraba al mismo tiempo. Bueno, se decía Xóchitl, ése es el metal de las mujeres. Así de idiotas somos.

También hizo otras amistades. Conoció a un chavo que venía del D. F. como ella, y era farmacéutico, aunque su pasión era la zoología y especialmente las serpientes, y el chavo le hablaba a Xóchitl de las serpientes venenosas y de los efectos de los venenos y de los venenos para los que existía antídoto y los venenos para los que no, y de cómo reconocer si una culebra era peligrosa o no. A veces lo visitaba en la farmacia y charlaban largo rato, y a ella le gustaba la farmacia, que era una estancia grande, fría, algo oscura. Pero incluso la oscuridad le gustaba, el ambiente de calma, de estudio, de civilización que había allí dentro, los olores medicinales, perfumes de salvia y de alcanfor, de regaliz y de mentol, y a veces pensaba que si él la rodeara con sus brazos y empezaba a besarla ella no ofrecería la menor resistencia, pero él no se

decidía, aunque le sorprendía a menudo mirándole las piernas y el pecho. Se llamaba Miguel Andrés y era alto, pálido, con gafas de pasta y con un aspecto muy educado, muy varonil a pesar de ser tan tímido. Xóchitl esperaba que un día la invitara a salir o a dar un paseo, pero Miguel Andrés no se decidía. Xóchitl comenzó a enamorarse y a la noche soñaba que él la llevaba en brazos a través de los árboles y de la niebla y la llenaba de besos y luego se tendían sobre la espuma de pino húmeda y seguían besándose con desesperación y él desnudaba sus pechos y se los besaba. Soñaba que se encontraba con él en el hotel del Pedregal donde se encontraba con su profesor de la universidad, y que ella estaba desnuda sobre la cama y él, en vez de abrazarla, se ponía a hablarle de las serpientes venenosas de México y de los efectos de las mordeduras y de los antídotos, y ella no se atrevía a decirle que se olvidara de todo aquello y le hiciera el amor, y de pronto sentía tremenda vergüenza de estar así, desnuda ante él y con las pantaletas bajadas mientras él disertaba de temas de ciencia y de zoología y pensaba que debía cubrirse, que a él no le gustaba que se mostrase de aquella forma impúdica, pero no había ninguna sábana en la cama, no podía cubrirse con nada. Había empezado a sentir el deseo de acariciarse, algo que hacía años que no le sucedía, y ahora lo hacía a menudo cuando se acostaba. Y había empezado a enamorarse también, y ahora se descubría pensando en él en los momentos más inesperados. Pero sabía que no merecía la pena enamorarse de un hombre al que probablemente no volvería a ver en su vida y que además parecía pasivo y delicado, remoto y poco interesado en ella, de modo que no se enamoró.

Se aproximaba el final de su estancia en Pahuatlán. Xóchitl regresó al D. F., escribió su tesis de licenciatura y se recibió como licenciada en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México, y ahora ya no era Xóchitl la niña fresa, sino la licenciada Vargas Guzmán. Y la licenciada Vargas Guzmán cortó con su profesor, que estaba dispuesto a seguir encontrándose con ella un día a la semana en aquel hotel del Pedregal hasta el fin de los tiempos, y decidió trasladarse a vivir a Pahuatlán durante una temporada. Sí, el recuerdo de Pahuatlán la perseguía. Se había quedado enamorada de aquel lugar. San Barros, Malinalli, las niñas, la niña Flor, que era la mayor de las tres, Miguel Andrés, el aroma de regaliz de la farmacia, las historias de Miguelito, las cenas de los tres al final de la jornada, cuando Ana María aparecía con un pollo y Miguelito traía un aguacate y dos jitomates y Xóchitl traía unas sodas o unos tamalitos comprados en la plaza. La lluvia, la niebla, los perros amarillos de Pahuatlán. Las flores, el olor de los ocotes. Los tlacuaches.

Había pasado, no sé, un año, o quizá dos, desde su primera visita. Sí, había decidido regresar a Pahuatlán para quedarse allí una temporada, pero a veces las cosas toman su tiempo. Y no sé exactamente cómo ni por qué, antes de viajar para Puebla de nuevo Xóchitl decidió ponerse en contacto con la señora María Teresa Eloísa, la amiga de Ana María y de Miguelito de quien tanto había oído hablar, y la llamó y María Teresa la invitó inmediatamente a su casa a tomar el té, como si llevara ya tiempo esperando su llamada. Creo que Xóchitl nunca supo exactamente por qué

llamó a la señora María Teresa y creo que fue una fuerza bondadosa la que la movió a hacerlo, una energía amiga que la llevó hasta la casa de la Colonia Irrigación, no muy lejos de su propia casa, y la señora María Teresa la recibió amorosamente como si la conociera de toda la vida y finalmente no le sirvió té sino café de olla, con orejas y pan de dulce de Los Agustinos, y las dos estuvieron platicando como viejas amigas aunque era la primera vez que se veían. ¿Que no saben qué son orejas? Son una especie de pan de dulce que tiene la forma pues como de una oreja muy grande. Son muy buenas.

No sé qué le vio aquella mujer a Xóchitl. Debía de tener de verdad capacidades para ver a las personas por dentro. Le dijo: tienes que tener mucho cuidado con el terreno que pisas. Tienes que saber cuál es tu centro, sólo entonces podrás saber exactamente cómo moverte. Pero tú todavía no encontraste tu centro, mi amor, y te veo que tienes poca protección, estás demasiado expuesta, demasiado abierta. No te lances así nomás a lo desconocido, porque la puedes pasar muy mal. Miguelito nació en Pahuatlán, y Ana María tiene un trabajo y lo lleva haciendo muchos años. No te digo que no sea noble que quieras ayudar a las mujeres indígenas, mi amor, las mujeres en México somos ciudadanos de cuarta categoría pero yo te veo todavía que estás demasiado en este mundo como para saltar al otro. A lo mejor puedes hacer más por las mujeres de Pahuatlán acá en el D. F. que yéndote allá. No te digo que no te vayas a Pahuatlán, amor, Miguelito y Ana María son gentes de primera, son maravillosos, pero ándate con cuidado, aprende poco a poco cómo son las cosas, porque si te dejas devorar por Pahuatlán ya no podrás ayudar a nadie y mucho menos a ti misma. Un guerrero tiene que conocer bien el campo de batalla, mi amor, esto le dijo la señora María Teresa a Xóchitl. Un guerrero tiene que saber cuándo tiene que dar batalla y cuándo tiene que retirarse. Y tampoco puedes idealizar a las gentes de Pahuatlán ni a los de San Barros. El mundo indígena no es un mundo idílico. Esas mujeres son todas mujeres violadas, mi amor. Muchos de esos niños nacieron de violaciones.

Xóchitl escuchó con atención a María Teresa, pero sólo la creyó a medias. María Teresa no era una «gran señora» porque no pretendía serlo, al contrario que sus hermanas, que se habían casado las tres con gentes de mucho dinero y tenían a los hijos estudiando en Suiza y se iban a París a comprarse la lencería y qué sé yo. Y la hermana mayor heredaría el título de su madre, que era condesa de Vézelay nada menos, y familia del príncipe Rainiero de Mónaco. No, María Teresa no era una gran señora y vestía siempre con ropa *sport*, me contó Xóchitl, y durante los cursos se metía en el barro y dormía en un colchón en el suelo y era una más entre todos y sabía diferenciar entre las cosas importantes y las pendejadas, pero a pesar de todo, Xóchitl pensó, viendo la casa de María Teresa en Polanco, con su reja para que no entraran mugrosos a robar y su jardincito donde crecían yucas y un aguacate y una florida buganvilla, que al fin y al cabo María Teresa era una huera, una española, que por sus venas no corría realmente sangre mexicana, y que en el fondo María Teresa,

tal como le pasaba a su amiga Ana María, sentía un profundo desprecio por los indígenas. Y pensó también que todo aquello de andar con cuidado, y de mirar el campo de batalla, y de tener tanta cautela, era cosa de gente mayor y burguesa. No creyó a María Teresa quizá porque hay cosas que son imposibles de creer, y que parecen invención o fantasía hasta que uno se encuentra con ellas en el camino y las sufre en su propia carne. También tenía cierta desconfianza de las afinidades esotéricas de María Teresa, todas aquellas historias de chamanes y de brujos y de naguales, que su estricta formación marxista le hacía mirar con mucho recelo, aunque María Teresa le había impresionado sobremanera, y me habló de ella en varias cartas y me contaba que había algo que le intrigaba profundamente en aquella mujer y que sentía el deseo de conocerla mejor.

De modo que se fue a Pahuatlán y se puso a vivir con Miguelito y con Ana María. Les dijo que todo aquello era provisional, que se buscaría un cuarto en cuanto pudiera. Pero cómo si no tienes chamba, le dijo Ana María. Le dijo que no se preocupara, que podía quedarse allá, en la casa de Miguelito, todo el tiempo que quisiera. Eso me lo tendrá que decir Miguelito, dijo ella. A Miguelito le agrada la compañía de las mujeres, le dijo Ana María. No te preocupes por Miguelito. Él es como un indio, no necesita casi nada para vivir. Un trozo de suelo para dormir, unos tamales para comer, un leño para hacer un fueguito. El baño y la regadera los puso en atención a mí, le dijo. Es la primera vez que él vive en una casa con regadera. Aunque, como ves, no ha llegado a poner las puertas. Claro que entre nosotros no necesitamos puertas. Pero vosotros no sois pareja, dijo Xóchitl sorprendida. Somos una pareja rara, dijo Ana María, casi poniéndose roja. No dormimos juntos, es verdad. Pero a veces sí dormimos juntos. Ah, no sabía, dijo Xóchitl. Miguelito hizo voto de celibato, le dijo Ana María. Por eso no dormimos juntos. ¿Por qué?, pregunta Xóchitl, sorprendida, ¿por qué hizo voto de celibato? Son cosas de él, dice Ana María. Son cosas de los huicholes. Le marcó mucho, su estadía con los huicholes de Nayarit. Después de su matrimonio fallido, le pusieron en celibato, o quizá se puso él, no lo sé. Muchas veces se me hace que en realidad él sigue pensando y viviendo como huichol. Y que la gran tragedia de su vida es que no le dejaran casarse con aquella muchacha huichola y convertirse en uno más de su comunidad. Pero los huicholes no son célibes, dijo Xóchitl, él me habló de un maarakame que tenía doce mujeres. Es una cosa muy profunda de su vida espiritual, dijo Ana María. No es fácil de explicar, y tampoco él pretende explicarlo ni yo pretendo que él me lo explique. Yo estoy bien así. No tengo tanta necesidad de sexo. Ay, pero todos tienen necesidad de sexo, dijo Xóchitl. Es cierto, dijo Ana María poniéndose roja de nuevo. Y cuando nosotros la tenemos, nos encamamos toda una semana. Y nos sacamos las ganas de encima.

Así fue como Xóchitl comenzó a vivir en Pahuatlán. Con su título de licenciada en Sociología no le costó encontrar alguna chamba en el ayuntamiento, o en la Secretaría de Asuntos Indígenas. Pero al contrario que Ana María, que ponía siempre

una distancia entre su trabajo y su vida, Xóchitl quería sumergirse completamente en la vida ancestral y tradicional de México. Visitó otros pueblos, otras comunidades indígenas, otras casas de bordado. Se obsesionó con la idea de hacer rentables las ropas que tejían las mujeres, que hubieran hecho furor en las *boutiques* de la Zona Rosa con sólo hacer unos pequeños cambios en el diseño de las camisas, por ejemplo, que las mujeres cosían al estilo tradicional, con brazos excesivamente ceñidos, o en los tamaños de los manteles, que no se correspondían con los que requerían las mesas de las señoras del D. F. que podían desear adquirirlos. Se compró un *pick up*, que era el vehículo favorito en aquella zona, un Chevy de segunda o tercera mano, e iba con él a todas partes. Ahora no tenía que destrozarse zapatos ni que gastar tiempo y sudor en subir y bajar la gran rampa de barro que separaba Pahuatlán de San Barros, y podía visitar otros pueblos de la sierra poblana e incluso bajar al D. F. cuando se le antojaba para ver a la familia y a los amigos.

Se había hecho muy amiga de Malinalli y de su hija mayor, Flor, que tenía ahora doce años y ya era como una pequeña mujercita de grandes ojos oscuros y una sonrisa muy linda y muy triste. Flor tejía y bordaba tan bien como su madre, y se ocupaba de sus hermanos pequeños con la misma gravedad y paciencia con que lo haría una auténtica madre. Ahora era Flor la encargada de las donas de azúcar, el negocio secundario con el que la familia sacaba un poquito más de lana. Las hacían en la casa, donas, sí saben lo que son las donas, ¿no es cierto? Donas de azúcar. *Donuts* es el nombre americano. En México las hacen algunas mujeres en casa para venderlas. Veía a Flor en aquel mundo pequeño y miserable que Miguelito y Ana María habían revestido de la dignidad imaginaria de una vida tradicional y pura, y sentía tremenda lástima. Sus tradiciones, sus ocupaciones tradicionales, sus viviendas tradicionales, sus recetas tradicionales. Flor era callada y sigilosa como eran en general los niños indígenas, pero no parecía infeliz. Aquella era la vida que había conocido desde chamaquita, la única vida que había conocido. Como sucedía por lo general con los niños indígenas, no iba al colegio, y Xóchitl le enseñó a ella y a las dos hermanitas siguientes, Minerva y Lucía, a leer y a escribir y también a sumar y a restar y a multiplicar. Ellos le enseñaban canciones en la lengua náhuatl y reían cuando Xóchitl no sabía pronunciar correctamente las palabras de su lengua. Les extrañaba que teniendo un nombre náhuatl no supiera hablar el idioma.

Comenzó la temporada de lluvias. En Pahuatlán llueve todo el año, pero durante el verano las lluvias son torrenciales. Un día a Xóchitl se le quedó el carro atorado en unas piedras que había en mitad del camino. La riada se había llevado la tierra del camino y había dejado al descubierto unas piedras redondas como los huevos prehistóricos del río que corría por Macondo, y allí, saltando por encima con su Chevy, una rueda se le quedó atorada entre dos piedras y el vehículo ya no podía avanzar ni retroceder. Lo intentó y lo intentó hasta estar a punto de quemar el motor, pero no había caso. Se bajó del carro. Buscó la posibilidad de introducir algo entre la rueda y las piedras para lograr que la fuerza del motor la sacara de allá, pero no

parecía posible. No podía hacer otra cosa que seguir caminando ladera arriba. Pero entonces ve otro carro que desciende, un *pick up* verde como la primavera. El vehículo se detiene. El que maneja, un joven de aspecto agradable y simpático le pregunta desde la ventanilla qué pasó, escucha su historia, ve su *pick up* atorado entre las piedras y se ofrece a subirla a Pahuatlán para que pueda telefonar a un mecánico. Pero usted va para abajo, le dice ella. Son cinco minutos, dice él. Siempre un placer servir de ayuda. De modo que Xóchitl se sube al carro. Le pregunta al joven que si es de por allá, y le dice que sí, que es de Pahuatlán pero que ha estado haciendo unos trabajos en Morelia y qué sé yo. Siguen bajando por la rampa hasta llegar a un lugar donde pueden dar la vuelta para cambiar de dirección. Allá aguardan otros dos chavos, también jóvenes como el conductor. Se saludan. No, no, dice Xóchitl, viendo que los otros dos chavos también se van a subir al carro. Yo me bajo acá, dice Xóchitl. Tres son multitud. Tú no te bajas madres, le dice el conductor. Si no que antes nos vas a mamar a los tres la verga. Los otros dos se suben al carro, Xóchitl intenta abrir la puerta y escapar, pero la agarran de los brazos. Le tocan el pecho, se ríen. Le suben la falda. Todo ha sucedido tan rápido que parece mentira. No comprende de dónde apareció ese carro verde, y cómo diablos ella se subió en él tan fácilmente, y cómo fue que unos centenares de metros más abajo otros dos hombres aguardaban en la curva del camino. No podían estar aguardándola a ella, aquello no podía ser una encerrona, porque nadie podía saber que ella subiría hacia Pahuatlán en ese preciso instante ni tampoco que su carro quedaría inservible. ¿O quizá sí? ¿La habían visto desde más arriba? Pero entonces, ¿cómo es que los otros hombres aguardaban más abajo? Todo es tan raro, tan rápido, tan absurdo, que le cuesta reaccionar. Cabe la posibilidad de que sea todo una broma, que estos jóvenes tengan un humor un tanto rudo, pero no parece una broma, porque le mantienen los brazos agarrados con fuerza para que no intente abrir la puerta ni agredir al conductor. Podría gritar, pero ¿quién iba a oírla allá, en mitad de una carretera vacía en medio de la montaña? A pesar de todo les grita déjenme salir, pendejos. A ellos les valen madres sus gritos. Saben que nadie puede oírla.

El conductor pone el coche en marcha otra vez, y se mete por un camino lateral, conduce unos centenares de metros y se detiene, en medio de los pinos. Bueno, licenciada, dice, de modo que la conoce, sabe quién es, ahora sea buena y háganos una mamadita a los tres y la dejamos marchar nomás. La pasaron al asiento de atrás y le arrancaron la ropa, la blusa y la falda, y la dejaron en pantaleta y en brasier. Le decían ya te pusiste esta lencería sexy para nosotros. Ya te pusiste perfume en el chango. Ya te esperabas que a algún macho te ibas a encontrar, reputa. Le decían amorcito, pichoncito, chatita, y le decían pinche puta. El conductor se saca la verga y le dice: tranquilízate que no te vamos a violar; mama, nomás. Le enseña también un machete pequeño que tiene, con una hoja como de treinta centímetros, y un revólver, para intimidarla. Aunque para ellos aquello no era una violación, simplemente una diversión. De modo que Xóchitl se la mamó a los tres, y cuando todo acabó por fin y

después de vomitar dos veces, y de que la golpearan con los puños por vomitar y manchar el coche, cuando pensó que la iban a dejar en paz y que todo había acabado, el conductor dijo: qué bien que la mamas, reputa, cómo se nota que vienes del D. F. y aprendes porquerías francesas. Y qué bien que se nota que te ponen caliente los machos mexicanos. Ahora sí que te vamos a violar. Ella se puso a gritar y le dijeron si gritas te partimos la madre, reputa. El que iba al volante puso el coche en marcha de nuevo, subieron montaña arriba por el serpenteante camino de barro rojo, la sacaron del coche desnuda como estaba y se adentraron con ella entre los árboles. Ella les dijo que al menos se pusieron gomas para no dejarla preñada, y ellos rieron y dijeron que un macho mexicano jamás se pone una goma, que eso es para los maricones. Le dijeron: aquí tiéndete nomás, puta, y ella se tumbó en el suelo. No la trataban con violencia innecesaria. La trataban como a un objeto, con la misma indiferencia con que uno trata a una silla. Y ella hacía todo lo que ellos le decían por el mero terror que sentía. Terror a sus puños, que ya había probado en el coche después de vomitar, terror al machete y al revólver, terror de que la cortaran o que la mataran. De modo que la violaron, uno detrás de otro. Y mientras uno estaba encima de ella los otros estaban allí de pie, mirando y fumando tranquilamente y haciendo comentarios y riendo. Y la dejaron allá, tendida en el suelo. Ni siquiera se molestaron en tirarle la ropa. Tuvo que regresar a Pahuatlán caminando desnuda.

Algo cambió en ella a partir de entonces. Nada más llegar a las primeras casas de Pahuatlán las mujeres del pueblo la vieron y le ofrecieron una manta para cubrirse. Ni siquiera le preguntaron qué había sucedido. Alguien fue a buscar a Ana María, que la llevó a la policía para que denunciara la violación. Les hizo a los agentes una descripción de los tres hombres, del vehículo y de todo lo sucedido. Le leyeron su declaración, que transformaba sus palabras gimoteantes y entrecortadas en un lenguaje estereotipado y burocrático lleno de términos arcaicos y pomposos, y ella la escuchó a medias y la firmó a pesar de que no estaba segura de haber entendido bien todo lo que le habían leído. La asistió una psicóloga, y luego la llevaron al médico para que certificara la violación y los malos tratos. Ana María estuvo con ella todo el tiempo. El médico le dio unos comprimidos de Valium para que pudiera descansar a la noche, y la psicóloga estuvo hablando un rato con ella. Le dijo que en los días siguientes iba a pensar mucho en aquello y que iba a pensar que había sido culpa suya, que casi todas las mujeres que son agredidas sexualmente se sienten culpables de lo que les sucedió, sienten que o bien lo han provocado o bien que, de algún modo, lo merecían. Que tenía que tener muy claro que lo que le había sucedido no era culpa suya y que no había nada de lo que debiera avergonzarse. Que había sido muy valiente al ir directamente a la policía para denunciar, que muchas mujeres no se atreven a hacer tal cosa porque sienten que no tienen derecho a reclamar por lo que les sucedió, o bien sienten que si lo hacen se reirán de ellas o harán todavía más grande su vergüenza. Que haber denunciado lo sucedido era ya un buen principio. Luego se fue a casa con Ana María, se dio un largo baño de regadera y se metió en la

cama. Al día siguiente fue directamente al médico y le pidió una receta para la píldora del día después, una forma de interrumpir cualquier posible embarazo a consecuencia de lo sucedido. Pensar que podía haber quedado embarazada de cualquiera de aquellos changos horribles le daba ganas de vomitar.

Todos pensaban que éste era el fin de la aventura de Xóchitl en Pahuatlán, pero no fue así. Pensaban que se regresaría al D. F., pero no fue así. Se obsesionó con conseguirse un arma, porque tenía miedo y había oído decir, además, que una mujer a la que no han violado nunca está más segura que una a la que han violado una vez. Que las mujeres violadas quedan como marcadas de algún modo, como si hubiera un sello que hubiera sido roto, y que era más probable que ahora volvieran a intentar violarla que si nunca hubiera tenido ningún percance. Todo esto se lo explicó Ana María, que había tenido que tratar en muchas ocasiones con mujeres violadas. Le dijo que ahora ella tenía miedo, y que ese miedo emitía una especie de señal que el violador era capaz de captar, porque lo que perseguía el violador, más que obtener una gratificación sexual, era el placer de humillar y doblegar a una mujer. Pero ¿qué podía hacer Xóchitl entonces? ¿Dejar de tener miedo? Lo que le contaba Ana María le hacía tener todavía más miedo. Y le decían que lo mejor era que regresara al D. F. Pero ella no quería regresar al D. F. Quería un arma.

Conseguir un arma de forma legal en México no resulta tan fácil. México no es como los Estados Unidos. En la policía le dijeron: licenciada, si usted se consigue un arma lo único que va a lograr es que la maten. Olvídense del arma.

Sucedieron más cosas. Su amiga Malinalli apareció con un labio roto y los dos ojos amoratados. Le contó que se había caído por una escalera. Ella, por supuesto, no la creyó. Le habló a solas y le dijo: Malinalli, ahora yo también pasé por eso y sé lo que se siente y puedes contármelo. Contarte qué, dijo Malinalli con un tono cortante y adulto que la tomó por sorpresa. Eso te lo ha hecho algún pinche pendejo. Te intentó violar. Quizá te violó. Puedes contármelo. Malinalli le dijo que a ella no la había violado nadie y que se había caído por una escalera, y que aquello que le había pasado a Xóchitl era por meterse en aquel mundo que no era el suyo y por llevar blusa transparente y el brasier a la vista, que iba siempre calentando a los hombres y que si ella no sabía que los hombres ya se calientan solos y que no hay que darles más taco de ojo, es decir alimento para la vista. Aquella reacción le extrañó.

De pronto, todo le extrañaba. De pronto, todo era nuevo. Lo invisible se hacía visible. Despertaba dentro del sueño. Era como si los perros grises y amarillos que corrían por las calles mordisqueando restos de elotes de las cunetas y hociqueando en las basuras cruzaran en realidad por las calles de su alma desolada. Los pájaros oscuros que se posaban en las bardas de las tapias, tan oscuros que parecían azules, se posaban en ella. El velo de nubes que coronaba Pahuatlán y el mundo era ella, y la mirada resignada de las otomíes era ella. Todo era ella. El empedrado de las calles, el barro de los caminos, las flores silvestres. Percibía cosas que jamás había percibido. Presentía algo grande, inmenso, como una especie de gigantesco ídolo de barro y de

hielo enterrado en las montañas de Pahuatlán, del cual Pahuatlán sólo era una pequeña parte, una boca que sonrío, una oreja que escucha. Presentía algo gigantesco enterrado en su propio cuerpo, enterrado en el barro que pisaba. Algo inmenso que tomaba su forma de un millar de detalles que antes le habían pasado desapercibidos. El aroma de las taquerías. El rosa de las nubes al atardecer. El perfume de los ocotes. El roce de las patas de los tlacuaches en el techo de aluminio. Las miradas de los hombres que esperan apoyados en las esquinas con los brazos cruzados. ¿A qué esperan? ¿Qué miran? ¿Qué vigilan? El labio partido de Malinalli, la forma en que los golpes que había recibido en su rostro hubieran tenido el efecto como de aplastarle la piel contra el hueso desnudando la evidencia de la calavera. Ojos grandes, llenos de lágrimas abstractas. Las flores de Pahuatlán ya no le parecían alegres señales de la tierra, sino engaños, como los encantos de las mujeres, como las sonrisas varoniles de los hombres. Todo un vasto engaño de barro y de nubes, de manos humanas y ojos flotantes que espían en las esquinas de las calles de adobe. Y todo era ella, todo se refería a ella. Una mujer afanada en una milpa, con un sombrero de ala ancha para protegerse del sol y con una criatura colgada de la espalda. Un puerco en un corral. Un muchacho cacarizo mirándola desde debajo del ala de su sombrero, poseído por la lujuria y los complejos. Chaquetero, pensó ella automáticamente, y luego recordó una canción de Molotov. Los cocuyos que salían al atardecer, resplandeciendo en las vastas zonas de sombra que quedaban en el lado de los huertos, como luces led con alitas. La suave brizna que moja sin mojar. El viernes por la tarde, chavizas en los cruces de las calles, los chavos machitos tomando sus chelas, chimisoleando pendejadas y diciendo groserías a las muchachas: «qué buenas chichis pa acabarme de criar», y ellas asustadas, ofendidas, complacidas. Los coheteros armando su negocio de ruido para un cumpleaños. Un chilindrero con su organillo al que le fallan dos o tres notas, transformadas en quejidos. Los pachecos con su Juanita. Los enamorados con sus rancheritas. Unos mariachis cantando. Escuincles llorando, muchachas exhibiendo, pendejos admirando, jotos de ojos verdes, tlacuaches en los tejados, nutrias en el río, el águila en la nube, el tigre en la espesura, Tlaloc llorando por encima de las montañas, alimentándose del sufrimiento y las lágrimas de los humanos, campeando por la morada celestial. Tlaloc, hecho de gotas de lluvia. Pero esa lluvia no cae sobre las montañas, no cae sobre Pahuatlán. Cae en la sangre del mundo, que es mi sangre y es tu sangre.

Otros sentidos se abrían en ella lentamente, otra capacidad de hambre y de sed. Flor, la hija mayor de Malinalli estaba muy rara. Se había puesto a engordar mucho y comía muchas golosinas. Apenas acababa de comenzar a menstruar, y parecía que tenía todas las hormonas revueltas. Una tarde se acercó a la casa de Malinalli, donde últimamente tenía la sensación de que no era tan bien recibida como antes, aunque no conseguía comprender por qué, y se encontró a la entrada un *pick up* color verde esmeralda. Se le revolvieron las tripas nada más verlo, y estuvo a punto de orinarse encima. Se abre la puerta, y aparece Flor y sus hermanitas. Y Malinalli. Y el hombre

que la violó unos meses atrás. Y Malinalli dice: mire, licenciada, éste es Simeón. Y él le sonríe y dice: la licenciada y yo ya nos conocemos, ¿no es cierto, licenciada? Entonces Xóchitl comprende lo que está sucediendo. Comprende que Simeón ha vuelto. Comprende que el hombre que la violó es Simeón, el padre de los hijos de Malinalli. Comprende que la niña Flor está embarazada. Comprende que Simeón ha violado a Flor y que Flor está embarazada de su padre. Contempla la escena con horror, no puede moverse, no puede hablar. Simeón se acerca a ella, la toma del brazo y le dice: ya deje estar las cosas, licenciada. No las remueva más. Ya no se exprima más el chayote. Ella está tan aterrada que no puede ni hablar. La mano del hombre sobre su piel, sobre la piel desnuda de su brazo. Se aparta de allá ante la mirada de incredulidad de Malinalli, que no dice nada, que no la llama, que no pregunta, se mete en su *pick up* sintiéndose mareada, con cocuyos flotándole ante los ojos, con las piernas como de algodón.

Xóchitl va a la policía y dice que ha reconocido a su violador. Que se llama Simeón y está en esos momentos en San Barros en casa de una mujer llamada Malinalli y que tiene razones para creer que ha violado a su propia hija y que la ha dejado embarazada. Y los policías se miran entre sí cuando oyen el nombre de Simeón, y suspiran. Y le preguntan si está segura de que fue él, que con los nervios a lo mejor se confunde, con la poca luz. Qué poca luz, oficial, dice Xóchitl mordiéndose los labios para no decirle pendejo de la chingada madre, qué poca luz, si fue a pleno día. Es una acusación muy grave, le dice uno de los policías. ¿Quiere poner una denuncia? Ya puse una denuncia, dijo Xóchitl. Ahora les digo que lo vi, que está acá mismo, ya móntense en una julia y vayan a detenerlo. No es tan sencillo, licenciada, le dice el policía. ¿Qué pruebas aporta usted? Es su palabra contra la de él. El doctor había recogido muestras de semen. Bastaría con una prueba de ADN, ¿no es cierto?, y Xóchitl insiste, y entonces hacen una prueba de ADN para determinar si fue Simeón verdaderamente su atacante, todo esto con amenazas de muerte y con carros que rondan la casa de Ana María en mitad de la noche, y con Simeón siguiéndola en su *pick up* y mostrándole el machete y diciéndole con los labios: te lo voy a meter hasta la madre. Pero las muestras se han perdido, o se pierden en el laboratorio, o no valen, resultan inservibles, no otorgan resultados concluyentes. La prueba de ADN es complicada, y con frecuencia las muestras se estropean. Si las muestras no son debidamente conservadas, se vuelven inservibles. De modo que las muestras se han perdido, o se han estropeado en el laboratorio y el laboratorio pide nuevas muestras, pero ya no hay más muestras. ¿Qué pruebas aporta, licenciada?

Un día le da el alto la policía judicial en un camino apartado de la sierra. Y la pobre Xóchitl se orina en las pantaletas. Literalmente, como lo oyen. Del miedo que le da, se aflojan los esfínteres y no hay forma de contenerse. Se orina en las pantaletas, y le dicen papeles, por favor. Les da su licencia y su cédula y le dicen los de la judicial: licenciada, ya déjela estar. El Simeón es un tipo muy peligroso. Pero ustedes están de acuerdo con él, dice ella. Ustedes lo protegen. No nos falte al

respeto, licenciada, le dice el oficial de la policía judicial, con esa pinta de asesinos o de carniceros que tienen siempre. Yo le estoy hablando como amigo. Dándole un buen consejo. Ese Simeón anda con los sicarios. Lo que le hizo a usted no es nada comparado con lo que podría hacerle. Al fin y al cabo, usted no era virgen cuando sucedieron los hechos del día de autos. No, dice Xóchitl con un hilo de voz, comenzando a pensar que son los de la judicial los que la van a violar ahora. Ni siquiera la golpearon, le dijo el agente de la judicial, mirándola de arriba abajo y calibrando su boca, sus pechos, sus caderas, imaginándola desnuda, imaginándola mamándole su verga de judicial. Sí me golpearon, dijo ella. La golpearon por guacalearse en el carro nuevo, pues, le dijo el agente. Le arruinó usted la tapicería nueva de piel de carnero, licenciada. Los otros judiciales reían discretamente. Tuvo un mal encuentro, nada más. Ahora váyase a casa y viva su vida. No se haga más mala sangre.

Era cierto que Simeón se había metido con los sicarios. Había entrado en la Familia, el cártel de la droga del estado de Michoacán, donde se encuentran algunos de los asesinos más sanguinarios de México.

Y ahora permítanme tantito una pequeña digresión sobre la ley y el crimen.

Creo que el horror más indescriptible sólo es posible cuando existen la organización, la burocracia y la disciplina. La violencia instintiva y salvaje se agota pronto en sí misma. Un hombre violento o un grupo de hombres violentos también están sometidos a la entropía, al cansancio, al tedio. Todos los seres humanos requieren de períodos de descanso y de sueño. Sólo la organización social jerarquizada y presidida por leyes e ideales es capaz del horror a gran escala y de una crueldad sin límites. Sin ideales, un ser humano no puede llegar muy lejos, ni en el bien ni en el mal. Todo esto es discutible, por supuesto. Ustedes pueden no estar de acuerdo.

Después de una vida de pequeño criminal, el personaje conocido como Simeón, un muchacho ligeramente corpulento, atractivo, de rasgos claramente mexicanos, piel atezada, cabello oscuro y liso, nariz ligeramente aguileña, pequeña, todo hueso y apenas cartílago, pómulos altivos, labios pequeños y sensuales, bigote bien recortado que denota una masculinidad tan evidente que no requiere de mayor énfasis, se va acostumbrando a sentir indiferencia hacia sus víctimas a medida que logra convencerse de que lo suyo es realmente una rama del mundo laboral, una chamba. Las cosas que hace las hace por dinero, y el dinero es necesario para vivir, eso no se discute. Sin embargo, la avidez del dinero ha de compensarse por un cierto sentido de la justicia, ya que el ser humano no puede vivir sin ideales ni sin justicia. Estos ideales se basan siempre en una serie de creencias. En el caso de Simeón, creencias en la hombría, en el honor, en el valor. Quizá el valor sea la clave. Ser un hombre. Y ser un hombre es ser valiente. Tener cojones.

Lo que la víctima vive como horror, el agresor lo vive como valentía. Porque en el acto violento no sólo la víctima está aterrada: también lo está el agresor. El asesino

y el ladrón sienten tanto miedo en el acto violento como la víctima inocente que sufre sus consecuencias. El violador y el atracador han de ser *valientes*, y aunque su valor tenga como objeto un acto moralmente reprobable, incluso moralmente repugnante, el hecho de que para perpetrarlo sea necesario el coraje tiene el efecto de dar al delito una cierta aura de heroísmo e incluso de entrega. Hay que ser valiente para ser un héroe, pero también para ser un delincuente. El miedo a ser capturado, el miedo a la cárcel, el miedo al fracaso, el miedo a ser un cobarde, el miedo a ser despreciado por los compañeros, el miedo a la sangre y a los propios sentimientos de compasión, han de superarse mediante una lucha interna que existe incluso en los delincuentes más inconscientes y más brutales. También el soldado debe aprender a acallar sus sentimientos de compasión y de miedo. Ha de convencerse a sí mismo de que su lucha es *justa*, del mismo modo que el delincuente se convence de que es *necesaria*, una diferencia que puede parecer sustancial pero que no lo es en la práctica, ya que la clave que explica la actuación del soldado no es la justicia o la bondad de lo que hace, sino el hecho simple de que está obligado a obedecer sin cuestionar las órdenes. Los delincuentes por eso se organizan de una forma similar a los militares en corporaciones, grados, mandos, cabezas, partidas, rangos.

Cuando Simeón entra en la Familia michoacana, todavía no ha matado a ningún hombre. Es fuerte, sabe pelear, ha dado buenas madrizas, sabe usar un cuchillo y un arma de fuego, pero no ha matado. Sabe que en la Familia tendrá que mancharse las manos de sangre, que es un prerrequisito para entrar, pero está dispuesto a superar la prueba. Sabe que hay muchos que no lo logran, que matar no es fácil. Pero cree que él sí logrará hacerlo. También en esto tienen un lugar importante las creencias. La creencia en una descripción de la vida. En este caso: que la vida es dura, una lucha implacable, una perra rabiosa. Que sólo los fuertes sobreviven. No se considera un desalmado. Es decir, sabe que es un desalmado, pero se considera un hombre de principios. Le gustan mucho las mujeres. Es muy macho. Es tan macho que incluso se ha culeado a algún chavo y ha dejado que se la mamen un par de jotos. Sabe que es su masculinidad lo que le hace atractivo a los jotos, y ocasionalmente les permite disfrutar de su verga igual que un dios benévolo reparte el maíz y la lluvia a ambos lados de la cordillera. Cubre a las mujeres igual que un toro: no sólo quiere parchar, quiere dejarlas preñadas. Quiere esparcir su simiente. Siente que tiene derechos sobre todas las hembras que caminan en dos pies. Aunque parchara todos los días no sería suficiente. Siempre está caliente. Siempre la tiene dura. Pero en una estructura sociovital como la suya, quizá esta calentura permanente sea su rasgo más humanizador. Ve en las mujeres vaginas que penetrar y vientres que hacer florecer para que su simiente llene el mundo de pequeños Simeones y Simeonitas, pero incluso estos rasgos primitivos e instintuales son quizá, en su caso, señales de una personalidad más compleja y redonda que la del mero *natural born killer*. Los asesinos a sueldo suelen ser seres solitarios que sólo copulan con putas. Los verdaderos sádicos nunca disfrutaban del coito. Él, sin embargo, sabe ser seductor y

romántico. La admiración asoma en los ojos de muchas de las hembras que se cruzan en su camino. Sabe que a las hembras no les gustan los suaves, sino los machos, y que los malos les gustan más que los buenos. Sabe que a las hembras les fascinan los hombres valientes más que cualquier otra cosa, los que no les tienen miedo, aunque la ley del cortejo exija rosas y canciones, y que las hembras parecen muy débiles y delicadas pero están hechas para abrirse lo necesario y para recibir lo que merecen y desean, y considera además que una hembra es presa legítima desde el momento en que su aroma despierta la sangre del macho. Parecen duros los hombres, pero se sienten atraídos por muchachas tímidas de ojos de ciervo, mientras que las muchachas, que parecen delicadas como perlas, están dispuestas a abrirse de piernas y a dejarse penetrar por una verga dura. ¿Quién de los dos es más fuerte? La mujer es capaz de la penetración y del parto. El hombre, por el contrario, se aniquila entre los brazos de una mujer. Después del coito se queda manso como venado, pero ella anda llena de simiente como una diosa del maíz.

Cuando pienso en la vida de Simeón, pienso en un torrente de estímulos nerviosos de intensidad brutal, relámpagos, sensaciones, sin hilo conductor. Eyacular, comer, fumar, ponerse una camisa limpia, cagar, oler el rocío mañanero.

Enseguida logró ganarse la estima de sus jefes de plaza. Su centro de trabajo ahora era Morelia y también los pueblos de la serranía michoacana. El territorio estaba dividido en plazas, cada una llevada por un jefe. En la Familia la estructura de mando está bien organizada, pero permanece en gran medida desconocida para los de abajo. El de arriba conoce a los de abajo, pero no al contrario. La discreción es fundamental. Cuanto menos sepas, mucho mejor para ti. Las reuniones de altos mandos son discretas y rápidas. Mejor no dejarse ver juntos. Simeón entró a trabajar para un tal Don Facundo Ávalos Monegal, y eso es todo lo que supo en un principio de la Familia. No sabía nada más de la organización, y durante los años que estuvo con ellos tampoco averiguó mucho más. Todo lo que sabía era que trabajaba para Don Facundo Ávalos Monegal, a quien jamás había visto, y que Don Facundo vivía en una mansión rodeada de un muro gris de hormigón electrificado y protegido por un ejército de hombres armados.

Su primer trabajo fue en una plaza de la serranía de Michoacán, la que correspondía a Don Facundo. Simplemente se trataba de vigilar a los que entraban y salían de la población. Un trabajo fácil, pues, sin riesgos, sin complicaciones. Simeón estaba tranquilo, si bien algo decepcionado. Como que él se esperaba más aventura, más riesgo. Aquello era casi como ser agente de la vial. Se trataba de identificar los carros que entraban en la población exactamente igual que lo haría un control policial convencional. Controles policiales convencionales los había también, de hecho, aunque la Familia y la policía se arreglaban para no molestarse mutuamente. Se detenía al vehículo, se le pedía la licencia al conductor. Si era conocido, se le dejaba pasar. Si no era conocido se daba la filiación, el nombre y el número de la licencia por el teléfono celular. Los civiles ya estaban acostumbrados a que una cosa así podía

pasar y normalmente no había problemas. Algunos se cagaban de miedo o se ponían nerviosos y entonces había que actuar, pero normalmente todo el mundo había sido bien aleccionado y mantenían la calma. A veces un padre de familia o un turista les mentaba la madre o les reclamaba si eran policías o qué, o bien alguno tenía tanto miedo que intentaba pasarles sin detenerse y entonces había que actuar, detener el vehículo y darle una calentadita al pendejo, una calentadita nomás, pero lo normal es que los videos de información del gobierno hubieran advertido a todo el mundo de lo que debían hacer en caso de encontrarse con un control de carretera, fuera de la policía, del ejército, de los sicarios o de los paramilitares. Una vez una chava les andaba sacando fotos con una cámara diminuta, una periodista de una cadena de televisión de Morelia, y uno de los hombres la hizo bajar del coche, se la llevó detrás de una tapia, se sacó el cinturón y le dio una madriza golpeándola con la hebilla, y luego se ganó una reprimenda del mando, porque ese tipo de comportamiento no estaba permitido y era malo para la moral de los otros hombres y también para la imagen social de la organización. Lo que debía haber hecho era requisarle la cámara a la chava, o incluso quitarle la *memory card*, y como mucho registrar a todos los ocupantes y luego hacerles regresar por donde habían venido. Los excesos y la violencia gratuita no estaban permitidos. En una ocasión un compañero de trabajo recibió una reprimenda por hacerle manita de puerco a un civil que andaba nervioso y se negaba a mostrar la licencia de conducir. Parece que el cuate andaba bastante inflado, porque si no, no se explica que quisiera meterse en problemas con los sicarios. Manita de puerco nomás, sí saben lo que es, ¿no?, le retuerces el brazo por detrás para inmovilizar a la persona. Y Simeón mientras tanto miraba, aprendía, calculaba. Intentaba no destacar, no achicoparse pero no pasarse de la raya tampoco. Mantenerse en el justo medio, ahí, pero no allá, no sé si me entienden. En el mero, mero filo, como siempre un poco menos que más, siempre seco pero no raído, mojado pero no blando. Se me figura que ya entonces había aprendido que en aquel negocio la calma y el buen juicio eran lo más importante.

Los que entraban en la Familia recibían una especie de cursillo de formación que supuso una sorpresa para Simeón, que siempre había vivido sin norte, sin ley, sin principios ni valores de ningún tipo. Les daban pláticas de superación personal en las que les explicaban que debían tratar a la gente lo mejor que pudieran, que no había que ser prepotentes ni abusadores. Las pláticas eran de dos tipos, de superación personal y de concientización. Las de superación personal tenían casi una orientación *New Age*, y animaban a los miembros de la organización a capacitarse y a autocapacitarse, a valorarse a sí mismos y a valorar a la Familia, que era ahora su nueva familia, a la que debían lealtad y fidelidad absolutas. En las pláticas de concientización les explicaban que había que atorarle, meterle ganas, pero que no había que ser prepotente, que uno no podía andar por ahí tirando balazos, que no podías ir matando gente, y que tampoco se podía andar en exceso de velocidad ni conducir en estado de ebriedad, ese tipo de cosas. Había que ser respetuoso con la ley

dentro de lo posible, no llamar la atención, ser disciplinado. Tampoco estaba permitido traficar con ningún tipo de drogas sin pedir permiso. Claro que algunos de los compañeros de Simeón tenían permiso y traficaban por su cuenta y disfrutaban de pequeñas redes de tráfico de las que obtenían muy buenos beneficios aparte del sueldo. Que no estaba nada mal: era de 2500 pesos a la semana. Les pagaban, además, 3000 pesos por muerto. Cuando había que matar a alguien, claro. Les señalaban a la víctima, iban a buscarlo y lo mataban. Normalmente de dos balazos, uno en el cuerpo y otro en la cabeza para asegurarse. Los jefes sabían que Simeón todavía no había matado a nadie y no le encargaban esas misiones, o a lo más iba como chofer. En algunas ocasiones no lograban encontrar a la víctima, y entonces elegían a algún taxista o a un albañil, lo baleaban y llevaban su cuerpo para cobrar la prima.

Pero Simeón todavía no era un sicario, todavía no había recibido su bautismo de fuego en la organización, la prueba ritual que demostraría a los jefes que tenía lo que hay que tener, la prueba que le obtendría la membresía de por vida de una poderosa organización que se convertiría en algo más importante para él que su familia de sangre. Estas pruebas solían tener lugar en rancherías, que es como llaman en el estado de Michoacán a los ranchos, en lugares apartados de la sierra. En un lugar donde había un cerro llamado Jesús del Monte, ahí era donde se entrenaba a los sicarios, allí era donde los sicarios se hacían sicarios. Llegaban niños y salían hombres. Llegaban ñangos y salían bien chiludos. Algunos no podían superar el entrenamiento y acababan en una zanja o de alimento para los puercos. Era difícil salir entero una vez y uno se había introducido tanto. Había que meterle ganas, meterle valor. Eran pocos los que se achicopalaban llegado el momento. Sabían a lo que iban. Pero algunos no podían superarlo.

El que se ocupó del entrenamiento de Simeón era un tal Alisio Montero, alias el Chipotle, uno de los jefes de plaza de Morelia. Según le contaron, el Chipotle había sido inspector de policía en Morelia, y durante sus años dentro del cuerpo había ido estableciendo fuertes vínculos con la Familia. Las relaciones con la policía, así como con el poder ejecutivo y el poder judicial, eran fundamentales para el buen funcionamiento de la organización, y gracias a sus contactos y las relaciones de amistad y compañerismo que había establecido con industriales y políticos, Alisio Montero había logrado ascender muy rápido dentro de la Familia. Era un tipo bajo, fuerte, de mirada fría, de pocas palabras. No parecía gran cosa cuando uno lo veía por primera vez, no parecía capaz de hacer ni la mitad de las cosas que se le atribuían. Parecía un sicario más, un hombre de a pie. Por su aspecto no se veía que hubiera sido policía y que hubiera llevado galones y que hubiera cenado con alcaldes y con concejales y que fuera capaz de sacarle un ojo a un hombre sin romperle el nervio óptico, para hacer que se viera a sí mismo, que era una de las leyendas que corrían sobre él. Este Alisio Montero les habló un poco, una plática de quince minutos como mucho. Les dijo que tenían que acostumbrarse a la sangre, que tenían que perder el

miedo. Que puede que al principio les costara un poco, pero que enseguida aprenderían y lo harían sin pensar. Que tenían que jalarse el miedo, que no tenían que ponerse nerviosos. Los nervios son la peor fregadera, les dijo Alisio Montero, hacen que un hombre se comporte como un escuinle llorón y lo llevan derecho al tambo. Controlen los nervios. Cántenle a la Muerte Santa. A la virgen de Guadalupe. A su mamá. Lo que sea. A lo mejor la primera vez guacalean. No se preocupen. Nos pasó a todos. Aquí estamos para ayudarlos. Respiren hondo. Respiren profundo. Eso ayuda. Nunca se hizo nada bueno dejándose llevar por los nervios. Sean fríos.

Luego salieron a uno de los patios de la ranchería, uno en el que crecían varios olmos de sombra muy grandes. Había allí unos veinte hombres desnudos o vestidos sólo con un calzoncillo, atados y amordazados, todos de rodillas bajo la sombra de los olmos. Estaban debajo de los árboles para que los satélites no pudieran fotografiarlos, aunque la verdad era que los satélites les valían madres a la Familia, se sabían impunes allá en mitad de la serranía, en un territorio al que nadie, ni siquiera el ejército, se atrevería a adentrarse. El Chipotle les dijo que aquellos hombres que estaban allí tenían que ser ajusticiados. Eran chivos, soplones, o bien no habían cumplido sus compromisos o no habían pagado sus deudas, y era necesario acabar con ellos. Estaban curiosamente quietos y callados, como lo suelen estar los animales que llevan al matadero. Sabían que los iban a matar y no se movían, no chillaban, no se retorcían, no lloraban siquiera, aunque Simeón observó que muchos se habían orinado y notó que olía a mierda, olía claramente a mierda porque varios se habían cagado encima.

Matar era lo más sencillo, les dijo el Chipotle. Cuántos acá han matado a un hombre, preguntó. Algunos levantaron la mano. Uno de ellos había matado a tres, dos hombres y una mujer. ¿Cómo?, preguntó el Chipotle. Con cuchillo, dijo el chavo. Degollándolos. Vamos a practicar con bala y con cuchillo, les dijo. Con bala se dispara en la cabeza o en el pecho. Es más fácil en la cabeza, en el pecho hay que saber dónde está el corazón, y es fácil cometer un error y dejar a la víctima con vida. Se acercó a uno de los amordazados y lo agarró del cabello. El hombre empezó a llorar y cerraba los ojos con fuerza. Parece que estaba rezando, aunque no podía hablar porque tenía un trozo grande de cinta adhesiva gris sobre la boca. El Chipotle se sacó la pistola que llevaba en el cinto, le quitó el seguro y se la clavó al hombre en el pecho. Esto es por chivo, le dijo, y por hijo de mala madre. Disparó, y el hombre sufrió una fuerte sacudida y quedó inerte, aunque el Chipotle todavía le mantenía sujeto por los cabellos. Luego le soltó y el hombre cayó al suelo. Le decimos por qué va a morir, explicó, y luego lo matamos. Luego pidió voluntarios para ir matando a los que quedaban. Cuando le llegó el turno, Simeón notó que estaba muy tranquilo, y que no le temblaba la mano. ¿Cuál es tu nombre?, le preguntó el Chipotle. Simeón Sánchez Sepúlveda, para servirle, dijo él. Jíjole, dijo el Chipotle entregándole la pistola, ándele pues. Simeón se dirigió a uno de los que estaban arrodillados, un hombre grueso. Se puso frente a él y le dijo: te voy a matar. Ya no mames, y muere

como un hombre. Ni siquiera le tocó. Le apoyó la pistola en la frente y disparó. Después, cuando se apartó, sintió que le temblaban ligeramente las rodillas y que tenía un poco de vértigo. Respiró profundamente como les habían recomendado y rogó a la Muerte Santa no sufrir un vértigo ni una vomitera. A algunos les había pasado, habían tenido que vaciar las tripas. Y eso que casi ni comenzamos, dijo el Chipotle, y los otros comandantes se reían, porque sabían lo que quedaba por delante. Había algunos que ya andaban con la cara blanca como papel, y nomás acababan de comenzar el entrenamiento.

Los mataron a todos, uno por uno, a unos con pistola, a otros cortándoles la garganta con navaja o cuchillo. Simeón pensaba que la prueba había terminado y que todos la habían pasado, pero en realidad la prueba no había hecho más que comenzar. Ahora viene lo difícil, les dijo el Chipotle. Pero no se acobarden, impresiona la primera vez pero no es para tanto. No es nada, es sólo sangre. Tienen que acostumbrarse, no más. Hay que destazar los cuerpos para que luego el cocinero pueda cocinarlos, puede decirse así, dijo, el cocinero los cocina y así desaparece el cuerpo sin dejar rastro. Y eso es importante, porque si no hay cuerpo pues no hay crimen. Y si no hay crimen no hay prueba y no hay quien acabe en la cana. Les voy a mostrar cómo se hace, dijo. Luego ustedes agarran un cuchillo y prueban a hacerlo ustedes mismos.

Lo hizo con uno de los cuerpos. Entre dos lo colocaron sobre una mesa de madera que había allí mismo, que parecía banco de carpintero. En contra de lo que hubieran podido pensar, no usaba ni machete ni hacha, sino un simple cuchillo de carnicero con una hoja de unos treinta centímetros. Les voy a mostrar qué rápido y fácil puede hacerse cuando uno tiene práctica, dijo. Se puso un delantal de plástico que le cubría de la barbilla a los pies para no estropearse su remera de marca y sus zapatos italianos, y se puso a cortar. Cortó la cabeza, los brazos, las piernas, luego cortó por las rodillas y los codos, abrió el vientre, sacó las vísceras, partió el tórax en trozos. Ahora el cuerpo era un montón de trozos de carne sanguinolenta, similar a los que se ven en una matanza o en una carnicería. En total, había tardado unos tres minutos. Tres minutos intensos de trabajo duro, especialmente al partir las articulaciones, al separar los huesos. Olía a sangre y a excrementos, y los insectos empezaban a llegar de todas partes.

Algunos de los sicarios estaban blancos, algunos vomitaban. Simeón notó que se le revolvían las tripas, que le subían las náuseas. Se dijo calma, Simeón, calma, respira hondo, cabrón, tienes que pasar la prueba. Luego les tocaba el turno a ellos. El Chipotle les decía cómo hacerlo, les decía que no se pusieran nerviosos, que aquello no era nada, sólo carne, sólo sangre. Así fue como Simeón aprendió a destazar un cuerpo. Aprendió también que era sorprendentemente fácil. El Chipotle lo había hecho en tres minutos. Él tardó unos diez. Los trozos de carne eran luego llevados a la cocina, donde había enormes cacerolas en las que el llamado «cocinero» los hervía y luego separaban la carne y los huesos, y se los daban a comer a los puercos o bien

los enterraban en el campo, de modo que del cuerpo sólo quedaban restos imposibles de identificar. Sólo quedaban los huesos, pero a veces hasta molían los huesos, los reducían a polvo. Ya no quedaba nada.

Así fue como Simeón se convirtió en sicario. Le perdió el miedo a la sangre, como les sucede a los cirujanos, a los matarifes y a los médicos forenses. Ahora él también era capaz de destazar el cuerpo de un hombre corpulento en apenas unos minutos. Se había convencido de que aquello sólo era un cuerpo, sólo materia inerte, sólo carne y huesos. Lo peor eran los olores, especialmente al desventrar el cuerpo, y especialmente en los hombres gruesos era asqueroso ver la grasa brillante y amarilla saliéndose por debajo de la piel, pero uno aprendía a controlarse.

Le fue bien en la organización. La vida de un sicario no es una sucesión ininterrumpida de crímenes. Todo lo contrario. La mayor parte del tiempo se la pasaban en una inacción casi total. Horas interminables esperando. Vigilando una casa. Siguiendo a alguien. Llevando algo a una ranchería. Trayendo algo de vuelta. A las veces, una entrega en mitad de la noche. Una valija llena de lana que cruza el estado de un extremo a otro. De vez en cuando había acción de verdad, había que sacar las armas, una balacera. Un rapto. Una ejecución. Un interrogatorio. Entonces surgía la violencia, que normalmente era breve, precisa, eficaz. Pero a veces había episodios de locura en los que uno podía dejar volar la imaginación. Existían la vejación, la mutilación y la tortura, aunque Simeón no era de los que disfrutaban con esas cosas. Si había que hacerlo, lo hacía. Hacía cualquier cosa que le pidieran. Si había que cortarle las yemas a un hombre se las cortaba, pero no lo hubiera hecho por diversión ni por propia iniciativa. No tenía prejuicios, no tenía límites, y si los tenía, jamás había llegado a conocerlos. Seguramente si le pidieran que violara a su mamá lo haría sin pensarlo. Era un soldado. Era un sicario.

No me pregunten cómo fue que Xóchitl averiguó tanto sobre la vida de este individuo. Estaba obsesionada con él. Supongo que preguntando acá y allá, así se aprende casi todo lo que puede saberse en este mundo. Y claro, cuando uno se informa de oídas también escucha muchas mentiras. Es borrosa la neta, ya lo dijo el poeta.

Mientras tanto, Simeón seguía haciendo de las suyas. Después de violar a Flor, su hija mayor, violó a Minerva, que tenía sólo diez añitos de edad. Xóchitl ya no se acercaba a la casa de Malinalli, donde por lo demás tampoco habría sido bien recibida, pero le llegó la noticia a través de las otras mujeres. Que Simeón había hecho daño a su hija mediana. Que la niña había estado sangrando.

Entonces Xóchitl decide que va a acabar con la vida de ese mal nacido. Si la policía y la justicia no se ocupan, se ocupará ella. Se va al D. F. y consigue una licencia de armas. Se compra un revólver, que entiende que es el arma más segura y que menos fallos mecánicos procura, y aprende a usarlo. Dispara cien balas en una sala de entrenamientos, aprende a sostenerlo de la manera correcta y a controlar el retroceso, a amartillarlo y a desamartillarlo, a cargarlo y a descargarlo. Se da cuenta

de que con un revólver apuntar es muy difícil, y que a más de seis o siete metros, dar en el blanco entra en el territorio del azar. Se da cuenta de que sólo tendrá una oportunidad y que si quiere matar a ese hombre de un disparo no puede dudar ni un momento y además tiene que estar muy cerca de él. Se imagina estar frente a él, levantar el revólver y disparar una, dos, tres, cuatro veces, y finalmente, cuando ya esté en el suelo, dispararle una vez más en la cabeza. Lo ensaya mil veces en su imaginación. Cada vez que dispara el revólver en la sala de entrenamiento se imagina que es él quien recibe los impactos. Se quita los cubreorejas para acostumbrarse al sonido real de los disparos y para no quedarse aturdida por el estampido cuando dispare al hombre en la realidad. Poco a poco, se da cuenta de que de este modo jamás logrará matarle. Ya que por mucho que lo ensaya en su imaginación, ni siquiera en la imaginación puede hacerlo. Levanta el revólver y él la mira con su rostro dulce e ingenuo, con sus labios sensuales y delicados, con sus ojitos oscuros y brillantes de tlacuache. Y está inmóvil frente a ella, y ella intenta apretar el gatillo y hay una voz que le dice: no puedes disparar, no puedes matar así a un hombre. Intenta apretar el gatillo en su imaginación, borrar aquella cara odiosa, pero ni siquiera en su imaginación es capaz. Y ahora él le sonrío, primero una sonrisa insinuada, y luego abiertamente. Y ella piensa ahora, malnacido, ahora te voy a dar balacera, pero ni siquiera entonces es capaz.

Regresa a Pahuatlán, donde ahora tiene que convivir con su violador. Se endurece por dentro, o se dice a sí misma que tiene que endurecerse por dentro. Piensa en envenenarle. Piensa en emborracharle en su casa y quemar la casa con él dentro. Y un día él desaparece. Tiene que trabajar en el estado de Morelia. Desaparece durante tres meses. Ella llega a pensar que es posible que con el tiempo llegue a superar lo sucedido. Intenta convencer a Malinalli de que lleven a Flor al D. F. para que le practiquen un aborto. Pero ella es muy católica, dice que eso es un pecado, que no se debe hacer. Xóchitl le dice que la niña está embarazada de su propio padre, que si tiene un niño nacerá con malformaciones o posiblemente con una seria discapacidad, y Malinalli se enfada con ella, como si la estuviera insultando. Finalmente, Malinalli lleva a la niña a una curandera de la sierra para que le practique un aborto. Y la niña muere.

Imaginen el entierro de la niña. El ataúd blanco debajo de la lluvia, el agujero en el suelo, el sacerdote diciendo unas palabras, las flores. Malinalli llorando abrazada a sus hijas pequeñas, todas vestidas con sus ropas de domingo. El pequeño ataúd bajando a la tierra. La lluvia entrando también en el talud, como para limpiar los pecados y los dolores de este mundo.

Éste es el fin para Xóchitl.

Pasan tres meses, o seis meses, sin ver ni la sombra de Simeón. Pero un día regresa. Viene a ver a su mujercita, dice, aunque quién sabe cuántas mujercitas tendrá el pinche cabrón por ese ancho mundo. Y de nuevo Malinalli aparece con signos de maltrato, con un labio partido, con una ceja rota. Es lo que le gusta hacer a Simeón:

matar, destazar cuerpos, violar niñas, golpear mujeres. Ha regresado con un carro mejor y ha ganado algo de peso. Está más corpulento, y da la impresión de que ha subido algún escalón dentro de la organización. Le va bien, tiene lana. Lleva ropa buena, zapatos nuevos. Está bien rasurado. El bigote bien recortado. Fanfarronea con los cuates, les dice que ahora gana tres mil pesos a la semana. Hay brillo de envidia en los ojos, aunque cuando Simeón les cuenta las cosas que le obligan a hacer, sus cuates se cagan de miedo. Les compra un televisor a Malinalli y a las niñas y también instala unos candados en la puerta porque dice que la zona donde viven no es segura. Malinalli y las niñas marchan un día a un bautizo en el pueblo de al lado, todas con sus mejores vestidos y con lazos en el pelo y con los zapatos buenos, que raramente se ponen por no estropearlos. Y él se queda sólo en la casa, bebiendo cerveza y mirando *sports* en la televisión. Entonces ella se presenta allá, llama a la puerta, oye la voz de él que pregunta quién es. Y dice soy la licenciada Vargas Guzmán. Él abre la puerta. Está sin pantalones, con una remera verde, unos *boxers* grises y unos calcetines negros. Tiene una cerveza Bohemia en la mano. Qué se le ofrece, licenciada, dice. Me encuentra usted en Junta, como quien dice hasta el cuello de trabajo. Ella dice: traigo una botella de Cuervo. ¿Usted y yo bebiendo?, dice él. ¿Quiere hacer las paces? Puede ser, dice ella. ¿Me da chance? Pues pásele, dice él. Que no se diga que Simeón no es hombre de paz. Ella entra en la casa. La televisión sigue encendida. Carreras de motos en Michoacán. Libio Arrostarí, el pollo de Querétaro, va en cabeza. Él rompe el sello de la botella, la abre y saca dos vasitos y los sirve. Se sienta en un equipal, un sillón de madera rústica y cuero de chancho que está colocado frente a la televisión y ella se sienta en una silla. Él dice: salud, y se bebe el tequila de un trago. Ella se bebe el suyo de un trago también. Él sirve otro tequila, y luego un tercero. Y entonces él le dice: y ahora quítate la ropa, reputa, que te voy a dar lo que has venido a buscar. Ella está temblando, toda ella temblando. No puede moverse. No puede levantarse de la silla porque le tiembla todo el cuerpo. Él se pone de pie. Y se cae al suelo. ¿Qué pasa?, dice. ¿Qué me hiciste, chingada? Intenta moverse, pero apenas puede extender los brazos en dirección a ella. Estás lleno de veneno de serpiente coral, dice ella. Simeón, vas a morir. Ahora él ya no puede ni siquiera hablar. No le obedecen los músculos. Quiero que pienses por qué vas a morir. Vas a morir por todo lo que hiciste, lo que yo sé que hiciste y lo que sólo tú sabes que hiciste. Vas a morir por lo que me hiciste a mí, y por lo que le hiciste a Malinalli y por lo que le hiciste a Minerva y sobre todo vas a morir por lo que le hiciste a la niña Flor. Él jadea en el suelo, sin poder casi moverse, sin poder hablar. Ella entonces sale de la casa, moviéndose también con dificultad a pesar del antídoto que se ha inyectado una hora antes. Saca una lata de gasolina del carro, la vacía por el interior de la vivienda, sobre la cama, sobre la ropa, sobre el cuerpo del hombre. Cierra la puerta con los candados instalados por el propio Simeón, de cuyas llaves no le ha sido difícil procurarse una copia. Echa más gasolina por las paredes, por la pequeña ventana de barrotes. Nadie ve lo que hace gracias a la tapia de la altura de un

hombre que rodea la casa y al bardal que la cubre. Pero al salir al carro a coger otra lata de gasolina, ve a varias mujeres que se asoman en las puertas. Caritas de niños. La ven bajar del carro otra lata de gasolina de cuatro litros y nadie dice nada, nadie la detiene. Enciende un cerillo y lo arroja por la ventana de la vivienda. Espera unos segundos. No sucede nada. Arroja otro cerillo. Espera unos instantes y oye el fuego combatiendo con el aire y le llega el olor de la gasolina quemada. Finalmente ve el brillo del fuego.

Unos minutos más tarde, la casita está envuelta en llamas.

Así aparece la noticia en la prensa local:

«Una persona quedó calcinada dentro de su vivienda ubicada en la colonia San Pablito, sobre la 12 Poniente 22, Pahuatlán, Puebla. El percance ocurrió durante las primeras horas de la tarde de este domingo, en lo que parece una venganza del crimen organizado, dado que el finado, Simeón Sánchez Sepúlveda, era sicario a sueldo de la Familia michoacana. Otra versión apunta a que la familia se dedicaba a elaborar donas de azúcar y que al trabajar con el aceite éste alcanzó cortinas que derivaron el fatal accidente.

»De acuerdo a un reporte emitido por la Secretaría de Seguridad Pública del Municipio de Pahuatlán, el incendio ocurrió a las 03:18 horas p. m. de este domingo en la casa habitación de la 12 Poniente a la altura del número 22 de la colonia San Pablito, un enclave indígena adscrito a la municipalidad de Pahuatlán, Puebla. En calidad de presentada ante el Ministerio Público quedó para rendir su declaración Malinalli Serrano Bello, de 29 años de edad, compañera sentimental del finado, que en el momento de los sucesos se encontraba asistiendo con sus hijas a un bautizo en Tlualco. El cadáver fue levantado por el Ministerio Público a las 06:18 de la tarde».

«La vivienda incendiada constaba de dos pequeñas habitaciones en una zona apartada de la colonia San Pablito, también conocida como San Barros. La inseguridad que predomina en la zona hace que los lugareños aseguren puertas y ventanas con candados, lo que hizo que a la hora del accidente fuera complicado abrir el lugar para intentar salvar la vida del ahora finado. De la misma forma vecinos no se percataron del incendio, debido a una enorme barda y zaguán que impiden la visibilidad de la calle hacia el interior.

»Acudieron unidades del Heroico Cuerpo de Bomberos a bordo de la unidad 2002, y en la motobomba 337; también arribaron elementos de Protección Civil del municipio de Pahuatlán, aunque llegaron una hora después del trágico incendio que cobró la vida de una persona».

A partir de entonces, la vida de Xóchitl se convierte en una pesadilla, en un mal sueño. La Familia michoacana no tolera tan fácilmente que anden ejecutando a sus sicarios con total impunidad, y se presentan en San Barros para averiguar qué sucedió. Hablan con la policía, con la que los sicarios siempre tienen excelentes relaciones, y ellos les dicen que no tienen ninguna pista, que desde un principio se imaginaron que la muerte sería un asunto interno de la Familia y que por esa razón no

quisieron inmiscuirse. Política de amistad, de compañerismo. Tú no te metes en mis asuntos internos y yo no me meto en los tuyos. Así vivimos bien todos, nomás. Pero aquello no tiene nada que ver con la Familia, todo lo contrario, Simeón era muy estimado por los comandantes y les han encargado que averigüen qué es lo que pasó y que encuentren al responsable. Preguntan a la policía si Simeón tenía algún enemigo en el pueblo, y la policía ni siquiera se para a pensar en Xóchitl. No, que nosotros sepamos, dicen. Todo aquello resulta muy extraño. Los sicarios bajan a San Barros y preguntan acá y allá. Preguntan a los vecinos si alguien sabe algo. Pero allá nadie vio nada. Cómo es posible, dicen los sicarios, ¿se quema una casa entera con una gente dentro y nadie vio nada? Cuando vimos el fuego avisamos a los bomberos, dicen los de las casas próximas. Vimos las llamas, nomás. La puerta estaba cerrada con candado y no se podía abrir. Los bomberos tampoco podían. Fue todo muy rápido. Pero los sicarios no tienen que preguntar más, ni andar en más averiguaciones, porque Malinalli les cuenta lo sucedido. Les dice: fue una pendeja del D. F. que trabaja acá con la Secretaría de Asuntos Indígenas, ella fue quien me lo mató. Les da su nombre, su filiación, todo. Pero los sicarios en un principio no la creen. Piensan que la mujer está rabiosa y que tiene celos de Xóchitl por alguna cosa y que quiere aprovechar la circunstancia para vengarse. Les parece imposible que una licenciada del D. F. que acaba de salir de la universidad pueda ser capaz de matar sin más a un hombre entrenado y armado. ¿Cómo logró reducirlo? Uno no puede simplemente echar gasolina a una casa y prender el cerillo. La autopsia revela que el finado había ingerido cierta dosis de alcohol pero, milagrosamente, no revela la presencia de veneno de serpiente. Pero la dosis de alcohol no era tanta como para dejar inconsciente a un hombre adulto. Sin embargo, Malinalli jura y asegura que fue Xóchitl la autora del crimen, que le hizo algo a Simeón para dejarlo inconsciente y luego lo quemó y quemó su casa y la dejó a ella y a sus hijas sin hombre y sin casa, y que ahora ha perdido una hija, un hombre, una casa y les dice a los sicarios que la maten a Xóchitl y que si pueden que la maten despacio, que sufra antes de morir. Pero ¿cómo logró Xóchitl meterse en la casa de Malinalli, cómo tuvo el valor de enfrentarse al hombre que la violó y la golpeó sólo unos meses atrás, cómo pudo sorprenderle hasta el punto de dejarlo inconsciente y cómo tuvo la presencia de ánimo de prenderle fuego? Imaginan la posibilidad de que contratara a alguien para que lo hiciera, pero tampoco resulta creíble que alguien que trabaja con los indígenas se meta con el crimen organizado para planear una venganza sangrienta. Simplemente no tiene sentido. Además, Malinalli no estaba allá cuando ocurrieron los hechos, no pudo ver nada de lo que había sucedido. ¿O es que acaso los vecinos vieron algo y se lo contaron? ¿Vieron los vecinos a esa mujer en las proximidades de la casa? Sí, los vecinos la vieron. Finalmente, el silencio se rompe. Las mujeres de las casas cercanas comienzan a hablar. Esa tarde la licenciada Vargas Guzmán se acercó a la casa y parqueó su carro enfrente y luego la vieron salir del carro con una lata de gasolina y volver a meterse en el zaguán y luego se marchó de allá y al poco rato comenzaron a

verse las llamas. Sin embargo, los sicarios no acaban de creerse nada de esto. Quizá porque les resulta intolerable pensar que una mujercita joven, desarmada, indefensa, sea capaz de matar a uno de los suyos como quien pisa a un insecto en el suelo. Sospechan que las mujeres de San Barros mienten, o que se dedican a corear un rumor. Sin embargo, a partir de entonces, comienzan a vigilar a Xóchitl. Averiguan todo lo de la violación, la denuncia, la petición de un permiso de armas. Ahora la historia comienza a tener sentido.

Éste sí es el fin. Los carros oscuros de los sicarios aparecen en lo alto de los bordos, se asoman por detrás de las tapias, aguardan a la sombra de los ocotes, pasan por delante de la casa de Miguelito y de Ana María y la siguen a una distancia discreta cuando va por los caminos de la sierra. Sin hacer siquiera la maleta, un día Xóchitl le mete fierro a la *pick up*, se mete en la libre, quiero decir en la autopista, regresa al D. F. y se encierra en la casa familiar. Primero no le cuenta a nadie lo sucedido, y los papás no entienden qué es lo que pasa. Creen que tiene una depresión. Su mamá intenta hablar con ella y le pregunta si le pasó algo malo en Pahuatlán, y Xóchitl le dice que sí, que le pasó algo muy malo. La mamá le pregunta si la violaron, y ella dice que sí, que la violaron tres hombres unos meses atrás. Pero que eso no es todo. Los padres de Xóchitl también despiertan del sueño. También para ellos lo invisible se hace visible. Xóchitl llama por teléfono a la señora María Teresa y le pregunta si puede venir a su casa a verla, que tiene que platicarle de algo muy grave. María Teresa viene a la casa, y Xóchitl la recibe en su recámara y le cuenta todo lo sucedido. Todo, con todo detalle, como no se lo contó nunca a nadie. María Teresa está aterrada, tan aterrada que Xóchitl tiene la sensación de que está todavía más aterrada que ella misma. Mira, mi amor, le dice María Teresa, lo que tenemos que hacer ahora es ver cómo te sacamos de acá y cómo hacemos para llevarte lejos y mantenerte con vida. Lo primero que tienes que hacer es contarle a tus padres. Ellos tienen que saber cuál es la situación porque ellos también están en peligro. Además, no puedes salir de la casa. Porque en el momento en que pises la calle, éstos te raptan, te meten en un carro y te matan. Xóchitl le dice que sabe que la casa está vigilada. Que hay varios carros que se turnan frente a la puerta de entrada las veinticuatro horas. Tenemos que ver la manera de sacarte de acá, dice María Teresa, y llevarte a un sitio seguro. ¿Cuál sitio seguro?, pregunta Xóchitl. Tengo familia en Mérida. Puedo irme a Mérida. No, no, mi amor, le dice María Teresa, en Mérida tampoco estás a salvo. Le dice que tiene que irse de México. Que se vaya fuera, a Estados Unidos o a Europa. Le pregunta si tiene familia o amigos fuera de México, y Xóchitl le dice que tiene una prima en Harvard estudiando *Business administration*, un tío materno que vive en Holanda y unos primos de su madre que viven en Madrid. Pero allá será donde primero me busquen, dice Xóchitl, en las casas de la familia. Así es como decide salir del país e irse a Los Angeles, donde nadie la conoce ni ella conoce a nadie.

La forma de salir de la casa parece sacada de una novela de Roberto Bolaño, nos

cuenta Óscar. Xóchitl hace una gran fiesta en la casa de los papás, un reventón memorable que será recordado durante años, en el que invita a toda su promoción de la universidad a pasar un fin de semana, sesenta o setenta gentes junto con novios y novias y primos y primas y novios y novias de los primos y las primas. Es una cosa bien loca. Almuerzan y comen en el jardín, se bañan en la alberca. Se la pasan en bikini, con música, con farolitos de colores. Hacen barbacoa en el jardín, ponen una carpa como en las bodas. Hasta rompen una piñata. Y así hasta el lunes a la tarde, cuando los últimos invitados van dejando la casa. Los que vigilan en la calle andan bien ocupados, porque todo el tiempo están entrando y saliendo gentes de la casa. Hasta traen a unos mariachis de la plaza Garibaldi. Y ¿cómo ven? Los mariachis entran y salen. Y los amigos entran y salen. Y los distribuidores entran y salen. Xóchitl es la única que no sale. Sin embargo, cuando acaba el reventón, Xóchitl ya no está en la casa. En algún momento se aventó y ahora está en Los Angeles, California.

Pero ¿cómo salió?, preguntó Rosana.

¿Salió disfrazada de mariachi?, pregunté yo. Entraron cuatro mariachis y salieron cinco, uno de ellos con un bigote postizo.

Ése sería un buen detalle, dijo Óscar. Sí, un detalle bien chido. Pero no, no fue así como salió.

Bueno, pues ¿cómo lo hicieron?, preguntó Rosana ahogando un bostezo.

Excavaron un túnel por debajo del jardín, dijo Óscar. Tardaron una semana entera. La Xóchitl se metió en el túnel con un pequeño *backpack* donde llevaba merito una muda, un pasaporte, la *credit card* y un sobre con dólares USA. Salió de la tierra en el bloque siguiente, en la calle trasera, donde había un carro esperándola.

¿Un túnel?, dije yo. ¿Un túnel por debajo del jardín? ¿Cómo es posible?

Es posible, dijo Óscar. Es agotador, es duro, pero es posible. No podía simplemente saltar la tapia trasera, porque la habrían visto. No sabíamos cuantas gentes tenían vigilando la casa.

Pero ¿no se tarda mucho en cavar un túnel así?

No sé, compadre, el caso es que lo lograron. Supongo que abrieron un túnel como madriguera de conejo, y que la Xóchitl tuvo que ir a gatas la mayor parte del recorrido. Cuando salió de allá estaba negra de tierra. Hasta lombrices tenía en el pelo.

¿Quién conducía el carro que la esperaba?, preguntó Rosana, que a pesar de sus bostezos seguía la historia con atención.

Un buen amigo de Xóchitl, dijo Óscar guiñando un ojo.

Era Óscar el que conducía el carro, dijo Brenda entonces. Fue él quien sacó a Xóchitl del D. F. y la llevó al aeropuerto. Y Roberto B. también iba en el carro. Andaban allá los dos, metidos en el carro muertos de miedo, con el motor encendido, fumando Lucky Strike y filtrando Johnny Walker. ¿Cómo ven? Dos poetas metidos a hombres de acción. ¡La línea dura de la poesía mexicana!

No estuvo mal aquello, dijo Roberto B. bajando los ojos, como si de pronto le

avergonzara recordar que un día había realizado un acto de valor.

Aquí mi carnal tenía la tez verde como limón, dijo Óscar señalando a Roberto B. Y me decía: Óscar, Oscarizo, creo que esta vez sí la fregamos. Lo decía una y otra vez. Una y otra vez. Chileno de la chingada.

Aquí mi carnal se puso a recitar a Thomas Stearn Eliot para sacarse los nervios, dijo Roberto B. llorando de risa. Allá estábamos esperando que apareciera la Xóchitl y Óscar decía: «April is the cruellest month, breeding lilacs out of the wet land, mixing memory and desire...»

Era para no escucharte decir aquello de «esta vez sí la fregamos», «esta vez sí la fregamos...».

Y luego apareció la Xóchitl y era como mujer de las cavernas. Venía llena de tierra negra, se metió en el carro y yo le decía a Óscar que no le metiera mucho fierro, que no acelerara, que condujera normal, sin prisa.

Sí, mano, así fue. Y la Xóchitl decía ¿por qué está hablando en inglés? Y Robertico le dice: está recitando a T. S. Eliot.

De modo que ya la salvasteis una vez, dije yo. Y por eso ahora vais los dos juntos a salvarla de nuevo.

Para eso están los amigos, ¿no es cierto?, dijo Óscar.

Ándele, dijo Roberto B.

Órale, dije yo.

La segunda expedición. Descubrimos un silo

A la mañana siguiente, la mañana de nuestra salida, Wade vino a verme y me dijo que lo había pensado bien y que era posible que yo tuviera razón. Que pensaba posponer su búsqueda de la Pradera para más adelante, y que estaba dispuesto a encabezar el grupo de búsqueda, dado que él era el mejor rastreador de todos nosotros. Me dijo además que probablemente yo también acertaba cuando suponía que uno no puede encontrar la Pradera a voluntad, y que no le cabía duda de que si estaba en su destino volver a llegar a aquel lugar, lo haría, independientemente del camino que tomara.

No me extenderé, en esta ocasión, sobre los detalles de nuestro viaje a través de la isla. Creo que ya hemos tenido demasiado de árboles y plantas, de insectos y de pájaros, de marjales y de arañas, de cuevas y barrancos. ¿Qué diferencia hay, por otra parte, entre contar que nuestro grupo ascendió con dificultad o que se encontró tal o cual especie vegetal —o no contarlo? Nada más salir, por ejemplo, contemplamos una mona capuchina avanzando por el dosel de ramas con un monito de apenas una semana de vida agarrado del pelo abundante de su vientre. Estaba como a unos diez metros por encima de nosotros, y alguien levantó el arco para intentar cazarla. Y entonces el doctor Sutteesh dijo «¡stop!» en voz alta y clara.

—No se dispara a las madres que crían —dijo el doctor. Y la mona con su pequeño monito siguió avanzando por las ramas y así ambos salvaron su vida.

El doctor Sutteesh debía de tener poco más de treinta años, y era doctor en Literatura Inglesa por la universidad de Calcuta y una eminencia en la obra dispar de Samuel W. Coleridge y William Wordsworth. Era además un gran aficionado al críquet y un buen cantante de melodías indias tradicionales y de baladas irlandesas, que entonaba con una dulce voz de tenor. Era un hombre muy moreno, no muy alto, de cara redonda y olivácea adornada con un fino bigote bien recortado. Un hombre muy culto y refinado que era al mismo tiempo extraordinariamente simpático y cálido. Llevaba sólo cuatro años casado con Vrajavala, y en una de las pausas del viaje me contó que estaba muy enamorado de su mujer y que estaba dispuesto a morir, o incluso a matar, por ella. Que siempre había sido una persona pacífica, un estudioso de los antiguos poetas, que el olor de los libros (me dijo), la goma arábiga y la tinta china, le gustaba aún más que el de las rosas. Pero que se sentía tan desesperado que estaba dispuesto a todo. Y esto me lo decía sin perder su amable sonrisa, y moviendo la cabeza con esa ligera inclinación lateral tan típica de la gestualidad india y que a los occidentales nos sorprende siempre por lo que nosotros consideramos su blandura afeminada. Pero no había nada de afeminado en el pequeño y exquisito doctor Sutteesh, devoto de los poetas de los lagos.

Hay momentos, pequeñas acciones de la vida, que parecen revelarnos a una persona de una vez y para siempre. El grito «¡stop!» del pequeño doctor Sutteesh ante

la aparición de la mona capuchina con su bebé, y la afirmación rotunda de que «no se dispara a las madres que crían», fue uno de esos momentos.

Bastará con decir que las huellas de nuestros captores nos llevaron hasta la meseta que ya conocíamos, una región despejada y poco arbolada que conducía hasta el farallón de roca que abría sobre el valle del Hombre Azul, y que cuando calculo que faltarían ya pocos kilómetros para llegar al farallón, Wade encontró que el rastro que íbamos siguiendo se separaba en tres caminos diferentes, uno que continuaba en dirección al sur, otro en dirección sudoeste y otro en dirección sudeste. Parecía necesario separarse, de modo que nuestro pequeño ejército se partió en tres.

Se decidió que cada uno de los grupos iría dirigido por alguien que tuviera experiencia como rastreador o, en su defecto, que conociera bien la isla. Los únicos cazadores que había entre nosotros eran Wade y Jimmy Bruëll, de modo que se decidió que Wade dirigiría el grupo que iba hacia el sudoeste y Jimmy Bruëll el que se dirigía al sudeste. Joseph quedaría al cargo del que iba hacia el sur, suponiendo que este rastro conduciría al Valle del Hombre Azul, que Joseph conocía todo lo bien que podía conocerse nada en la isla. Como mi deseo era estar al lado de Rosana para encontrar juntos a Syra, me uní al grupo al que ella decidió unirse, que fue el de Wade. Estaba formado por Roberto B., Óscar Panero, Joaquín, el Doctor Sutteesh, Lizzie y Lily Whittfield.

Bastará con decir que al tercer día de nuestra marcha, y al segundo después de que el grupo se partiera en tres, llegamos a un valle de verde paradisíaco donde las aguas de un río se extendían en una multitud de islas entre las cuales las aguas brillaban con una intensidad especial. En aquel valle inundado Wade perdió definitivamente el rastro que íbamos siguiendo. Hubo voces que sugirieron que regresáramos, pero Wade dijo que lo que debíamos hacer era seguir hacia adelante, y que era posible que al salir de la zona pantanosa volviéramos a encontrar el rastro perdido.

Llegamos así a una región rocosa y sin apenas plantas.

El terreno se elevaba y descendía. Rocas rojas surgían de la tierra. Las cordilleras del centro de la isla iban quedando a nuestra izquierda. El pico del volcán seguía, como siempre, cubierto de nubes. ¿Cuál será la razón de que los picos de las montañas atraigan de tal modo las nubes? Estoy seguro de que existe una explicación científica. Una montaña, una cresta, incluso un picacho no muy elevado, aparecen muy a menudo coronados de una masa nubosa, incluso en los días o en los climas más bien secos. Es como si el volumen de la montaña creara la masa nubosa, o bien como si el pico de roca enredara a la nube en su marcha volandera y no la dejara partir. He observado el fenómeno muchas veces en distintas partes del mundo, y siempre me fascina contemplar una cordillera montañosa y el mar de nubes que parece acumularse sobre ella, sobrepasándola en ocasiones y comenzando a derramarse por la ladera como una ola lentísima que nunca acaba de caer, o bien contemplar una roca aislada en mitad del paisaje y la forma en que incluso en un día

de viento una nube, en ocasiones tan tenue como una masa de vapor, parece pegada a su cima como una especie de ondeante cabellera que nunca acaba de borrarse, o bien que se borra para ser sustituida inmediatamente por una nueva cabellera que surge, en apariencia, de la nada. Lo mismo sucedía con el pico del volcán central de la isla, que yo jamás había visto descubierto, y cuya forma completa desconocía.

Yo miraba todo el rato al cielo, pero el platillo volante, o la formación nubosa que nos habíamos acostumbrado a llamar «platillo volante», no aparecía en parte alguna.

El final del cuarto día nos deparó una nueva sorpresa. Avanzábamos por un valle lleno de rojas piedras volcánicas, algo que millones de años atrás debió de ser un río de lava vomitado por el volcán abriéndose paso en dirección a las olas del mar, cuando la vimos, netamente dibujada en mitad de las rocas. Se trataba de una escotilla de acero similar a la que uno esperaría encontrar en un submarino. Se abría con una gruesa manivela circular y tenía aspecto de encontrarse en buen estado. En uno de los lados del bloque de hormigón donde se abría encontramos el símbolo del SIAR, marcado en relieve. Después de un buen rato de intentarlo, logramos hacer girar la manivela y levantar la pesada puerta circular de la escotilla. Estaba muy sucia. El barro la había sellado y tanto el polvo como el barro cubrían el engranaje que la abría. Era evidente que hacía mucho tiempo que nadie abría aquella puerta que parecía conducir al interior de la tierra. Pensamos en un refugio antiaéreo de la Segunda Guerra Mundial. Pero ¿allí perdido, en el interior de la isla?

Cuando logramos abrirla por fin, después de ímprobos esfuerzos, nos asomamos todos al pozo oscuro que se abría allí mismo, sin decidirnos ninguno a descender por la escalera metálica que corría por uno de sus lados.

Wade gritó: ¿hay alguien ahí abajo? ¿Alguien puede oírme? Por supuesto, nadie contestó. Wade dijo que era mejor no arriesgarse a bajar por allí, que era evidente que hacía años que nadie abría aquella escotilla y que era obvio, por tanto, que las personas a las que seguíamos no estaban allí dentro. Sin embargo, todos queríamos entrar. ¿Cómo pasar por alto un descubrimiento como aquél? ¿Cómo no desear averiguar lo que habría allá abajo? Era posible que diéramos con un silo lleno de comida, o quizá con una armería llena de rifles y municiones.

—Es una trampa —dijo Wade con un indefinible gesto de asco o de miedo—. Esta isla está llena de trampas. No desea que avancemos. Desea detenernos, entretenernos. No debemos entrar ahí. Los niños que buscamos no están ahí abajo. Ni tampoco las mujeres raptadas.

A pesar de todo, decidimos bajar. Simplemente, bajar por la escalerilla, ver qué había allá abajo y continuar.

Lo que había allá abajo era lo que más tarde nos acostumbraríamos a llamar el Silo. Se trataba de una estación subterránea construida a unos cincuenta metros de profundidad. Estaba compuesta por varias salas de paredes, suelo y techo de piedra, en las que un grupo de unas veinte personas podría vivir durante un año completo sin necesidad de salir al exterior. Nos preguntamos por qué los constructores del Silo

habrían profundizado tanto en la tierra. Dudo que siquiera en tiempos de guerra y en un territorio sometido a severos bombardeos, hubiera habido ningún ejército que construyera búnkeres tan profundos.

Había cuatro zonas en el Silo, comunicadas entre sí mediante largos corredores de piedra: la cocina, los dormitorios, la biblioteca y la sala de controles. Para sorpresa de todos, la luz funcionaba en todas las salas perfectamente.

En la cocina había una despensa llena de comida. Todas las latas y paquetes estaban caducados, pero los víveres que probamos se encontraban en perfecto estado. De pronto teníamos arroz, aceite, tostadas, pasta, salsa de tomate, galletas, sopa, lentejas, garbanzos, dulce de guayaba, leche condensada y en polvo, jamón dulce, codornices, gallina en pepitoria, atún, sardinas en aceite, mejillones en escabeche, alubias, frijoles, salsa de ostras, *ketchup*, salsa de tamarindo, cuscús, melocotón en almíbar, piña en almíbar, mostaza de Dijon, arenques en salmuera, zumo de fresa, de fruta de la pasión, de naranja, de pomelo, de melocotón, uvas pasas, orejones de albaricoque, carne de cerdo, salsa boloñesa, albóndigas en salsa, ravioli de carne, de ricotta, de hongos y de calabaza con salsa marinara, salsa pesto, salsa de cuatro quesos y salsa de champiñones, gelatina con carne, pepinillos agridulces, cebollitas, pimientos, guisantes, almejas, ostiones, paté de hígado de cerdo, crema de cacao con avellanas, cacao soluble, café, té, manzanilla, además de *whisky*, *vodka*, *brandy*, ron añejo, armagnac, tokay, jerez, oporto rubí, Coca-Cola, soda, azúcar, sal, pimienta, harina de trigo y de maíz, preparado para gofres y para tortitas y muchas muchas cosas más. Lo primero que hicimos aquella noche, he de confesarlo, fue prepararnos una cena opípara en la enorme mesa de la cocina, un tablón de tales dimensiones que a su alrededor podrían sentarse veinticinco personas sin miedo a rozarse la rodilla con el comensal más cercano. Creo que jamás he comido una comida más deliciosa que la que hicimos esa noche con las latas caducadas encontradas en la despensa del Silo. Todos comimos demasiado, y luego yo me sentía mal, y algunos tuvieron indigestión y se pusieron enfermos y vomitaron. No creo que se debiera a que las latas estuvieran en mal estado, sino al exceso de comida y a la poca costumbre que tenían nuestros estómagos de ingerir alimentos tan grasos.

Las otras secciones del Silo no eran tan inmediatamente atractivas, aunque una vez nos llenamos el estómago comenzamos a recorrerlas con un interés creciente. La zona de vivienda del Silo nos proporcionó, por ejemplo, un placer casi comparable al de comer verdaderos alimentos con verdadero sabor a comida. Me refiero a las duchas de agua caliente que, para nuestro infinito deleite, también funcionaban. En la despensa encontramos papel higiénico, champú, jabón líquido, espuma de afeitar y cuchillas, desodorante y todos los demás regalos de la civilización, y pronto estuvimos todos desnudos en las duchas, dando gritos de felicidad al sentir los chorros de agua caliente sobre la piel y al disfrutar el placer de hundir las manos en el cabello untuoso de champú perfumado. Había dos baños, de hombres y mujeres, pero yo me sentía tan feliz que después de darme una ducha interminable fui a visitar las

duchas de mujeres, donde encontré a Lily, a Lizzie y a Rosana cada una en una cabina, en medio de una espesa nube de vapor. Me gritaron que me marchara de allí, pero enseguida se olvidaron del pudor, que nunca ha sido importante entre los salvajes.

Después de cenar opíparamente y de darnos una ducha con champú nos sentíamos, todos nosotros, casi como personas de nuevo. Nos pusimos entonces a recorrer el resto de las estancias del Silo. La biblioteca debía de contar con unos veinticinco mil volúmenes, colocados en muebles de madera de roble de algo más de dos metros de altura, distribuidos en una parrilla simétrica que ocupaba una amplia sala circular de techo abovedado que tenía pintado un mapa del cielo en el que las constelaciones estaban representadas mediante los animales y figuras mitológicas que les daban nombre. En el centro de la sala había una mesa rectangular con seis sillas y lámparas con pantalla de cristal verde, como las que suelen encontrarse en las bibliotecas americanas. Había también varios rincones con sofás y butacas para poder leer cómodamente. Me puse a caminar por entre los pasillos llenos de libros, la mayoría de los cuales habían sido encuadernados en piel, tal y como se hacía en el pasado en las bibliotecas públicas y privadas, cogí un volumen al azar y resultó ser una biografía de Anton Bruckner. ¿Lo llamaríais casualidad? Era una biografía que no conocía, escrita por un tal Andrew Munger, que corría por cerca de 500 páginas y parecía densamente documentada. Encontré además libros de poesía, de apicultura, de escultura griega, de derecho, de ingeniería, clásicos grecolatinos, biografías. Había un anaquel entero dedicado a Stalin. En otros anaqueles estaban todos los tomos de *La ciudad de Dios* de San Agustín. Colecciones de atlas antiguos. Libros de historia del arte. Las obras completas de Joseph Conrad. *El Viajero Universal* de Laporte. Libros de zoología, de anatomía, de numismática. Roberto B. y Óscar se perdieron entre los libros y yo escuchaba sus voces cada vez más alejadas entre los muebles de roble llenos de volúmenes, lanzando exclamaciones de delicia y de sorpresa.

En cuanto a la sala de control, estaba ocupada por una serie de mesas llenas de aparatos cuya finalidad y funcionamiento se nos escapaban. Supongo que algunos eran emisores y receptores de radio, así como amplificadores de señal y mesas de sonido. Sí, eso era lo que supusimos entonces, que la misión de todos aquellos trastos era la de comunicarse con el mundo exterior, algo que no parecía tan fácil en aquella isla. Algunos de los aparatos contaban con pantallas esféricas de vidrio similares a las de los radares que yo había visto en las películas de los años setenta y ochenta. Otros no se parecían a nada que yo hubiera visto nunca. En la pared del fondo de esta estancia, que era rectangular y estaba construida a un nivel un poco más elevado que las demás, había unos cuarenta monitores de televisión. El signo del SIAR estaba por todas partes, en los gruesos manuales de instrucciones, en los soportes metálicos de los monitores de televisión, en los respaldos de las sillas de plástico.

Después de varios intentos y de descubrir un panel de fusibles con varios conmutadores en posición cerrada, logramos encender parte de los aparatos de la sala,

así como unos cuantos monitores de televisión. Mostraban imágenes en blanco y negro de baja calidad que debían de provenir de cámaras de vídeo situadas, en muchos casos, en lugares pobremente iluminados.

Roberto B., Óscar y el doctor Sutteesh se habían quedado en la biblioteca, maravillados ante las rarezas bibliográficas que se guardaban allí. Lily Whittfield y Lizzi se habían puesto a hacer un inventario de los víveres que se guardaban en la despensa. De modo que en aquel cuarto de control estábamos solamente Rosana, Joaquín, Wade y yo.

En uno de los monitores se veía un parque infantil al borde del mar. Se veía un tobogán, una rueda giratoria y un sube y baja, y varios niños de entre cuatro y diez años jugando acompañados de sus madres y cuidadoras. Lily dijo que ese parque estaba en San Francisco, y que una sombra que se veía hacia la derecha sobre el agua del mar era la del Golden Gate.

En uno de los monitores se veía un campo de arroz en algún lugar del sur de Asia, quizá en una isla de Indonesia. Hombres y mujeres semidesnudos y con la cabeza cubierta con amplios gorros de paja trabajaban en el campo hundidos en el agua hasta las rodillas. Había también un búfalo de agua con un niño como de unos nueve años subido en su lomo.

En uno de los monitores se veía nuestro poblado. Se veía el humo de una hoguera y varias cabañas, algunas de ellas con paredes destrozadas. No se veía a nadie en parte alguna.

En otro de los monitores se veía una habitación similar a aquella en la que nos encontrábamos, donde había cinco o seis hombres y mujeres vestidos con monos blancos. Estaban todos mirando en la misma dirección, unos de pie y otros sentados, quizá viendo algo en la televisión.

En otro de los monitores se veía el Despacho Oval de la Casa Blanca, o al menos una réplica exacta del Despacho Oval. En ese momento, la mesa presidencial estaba vacía, y una mujer de la limpieza pasaba la aspiradora sobre la alfombra.

En otro de los monitores se veía lo que parecía un campo de vacaciones de unos niños. Estaban todos en bañador a la orilla de un río, escuchando lo que les decía un instructor vestido con ropa militar.

En otro de los monitores se veía a una mujer desvistiéndose en su habitación. La mujer se quitaba el vestido y se quedaba en bragas y sujetador, y luego comenzaba a caminar por la habitación entrando y saliendo de la imagen. Estaba fumando.

En uno de los monitores se veía una película en blanco y negro de Mickey Mouse. Luego saltó a una selección de escenas de Buster Keaton.

En otro de los monitores se veía un campo rodeado de alambradas y a varios hombres armados de pie al lado de las alambradas. Llevaban ropa militar de camuflaje, y uno de ellos fumaba. El paisaje bien podría ser de nuestra isla. Se veían palmeras al fondo.

En otro de los monitores se veía una sección de un túnel subterráneo con muros y

suelo de piedra y tenuemente iluminado mediante lámparas en el techo.

En otro de los monitores se veía un dormitorio en el que había una enorme cama de matrimonio con dos lámparas de lectura a ambos lados. Rosana dio un grito cuando vio aquella imagen, y dijo que aquélla era su habitación de su casa de Madrid. No había duda posible. Sobre el cabecero de la cama, que había comprado en una tienda de antigüedades en Bruselas, había una tela india que representaba el episodio de Krishna con las gopis y que ella misma había hecho enmarcar.

En otro de los monitores se veía un jardín con una piscina. Una mujer de unos cuarenta años estaba sentada en una tumbona tomando el sol, y cerca de ella había varios niños jugando a mojarse con una manguera.

En otro de los monitores se veía una celda, o una habitación que parecía una celda. Había una mesa metálica a un lado y un camastro al otro. Al fondo, un retrete sin tapa. En el camastro había una mujer tendida, vestida con una especie de pijama, y con la larga cabellera rubia recogida en la nuca. Otra mujer, vestida con un uniforme similar, estaba sentada frente a la mesa, comiendo un yogur directamente del envase con una cucharilla. Intentamos averiguar si era alguna de las mujeres raptadas, pero no conseguíamos reconocer a ninguna.

En otro de los monitores se veía el salón de una casa, una estancia amplia y luminosa con el suelo cubierto de moqueta, muebles de madera estilo Reina Ana pintados de blanco y cortinas estampadas de flores. ¿De quién sería aquella casa? ¿Dónde estaría? ¿En qué continente?

En otro de los monitores se veía una casa antigua con un porche de madera en el que había dos mujeres vestidas con saris sentadas en sendas sillas de mimbre. El doctor Sutteesh dijo que era la casa de sus padres en Calcuta. Una de las mujeres era su madre; la otra, la hermana de su madre, que también vivía en la casa desde que murió su marido. Vi el brillo de una lágrima en los ojos amarillentos del pequeño doctor Sutteesh. A mí aquello me parecía imposible, inconcebible. Pero el doctor Sutteesh nos aseguró que era cierto, que aquélla era su casa y que aquella señora de la izquierda era su madre. ¿Acaso un hombre no es capaz de reconocer a su propia madre?

En otro de los monitores se veía un dormitorio que tenía un vago aire marino. Paneles de maderas oscuras, el cuadro de un bergantín inclinado sobre las olas en la pared, una brújula de latón. Sobre la cama había una repisa llena de libros y también varias botellas llenas de caracolitos blancos cogidos en la playa. Era el dormitorio de mi casa de Oakland. Mi dormitorio. Y había alguien durmiendo en la cama, en mi cama. Dos figuras, durmiendo plácidamente bajo las sábanas.

—¡Es mi habitación! —grité—. ¡Es mi cama, mi habitación, es mi casa de Oakland!

—Hay alguien en tu cama —me dijo Rosana—. ¿Tiene alguien la llave de tu casa?

—Martha, la señora de la limpieza —dije yo, contemplando la imagen fascinado

—. Sólo ella.

Los que estaban en la biblioteca vinieron al escuchar nuestras voces y se pusieron a mirar los monitores de televisión a su vez.

En algunos de los monitores, las imágenes iban cambiando de minuto en minuto, y aparecía en la esquina superior derecha el número de la cámara correspondiente. Mi habitación pronto dio paso a otro dormitorio, y luego a otro, y luego al salón de una casa, y luego a otro dormitorio, hasta que finalmente volvió a aparecer mi dormitorio de nuevo, con las dos figuras todavía bajo las sábanas en la misma posición.

—Todo esto es una trampa —murmuraba Wade mirando a un lado y a otro con aire de sospecha—. Deberíamos salir de aquí cuanto antes. Cargar las mochilas con todos los víveres posibles, y salir de aquí.

—¿Por qué dices que es una trampa? —preguntó Rosana—. ¿Cuál es la trampa?

—La trampa consiste en impedirnos avanzar. En disuadirnos de que vayamos a donde deberíamos ir.

Estábamos todos como hipnotizados. Rosana miraba su dormitorio. Yo el mío. El doctor Sutteesh había creído descubrir a su esposa en el monitor donde se veía una celda. En realidad, la imagen iba cambiando de unas celdas a otras. No se trataba de Vrajavala, sino de Leelavati. Estaba con Gloria Griffin en una celda. En otra celda estaban Alphée y Di Di. En otro de los monitores, la imagen saltó a la de los templos indios perdidos en medio de la selva donde habíamos estado bajo el poder de los guerrilleros. Yo no podía ver aquellas imágenes sin temblar. Se veía con claridad la escalinata de entrada del templo principal, donde habíamos estado prisioneros.

—No, John —me dijo Wade—. Ésos no son los templos donde tú estuviste.

—Yo creo que sí —dije yo.

—Te equivocas —dijo Wade—. Eso que ves no es esta isla sin nombre. Es Farber, Connecticut. Ésos son los templos que yo construí. Pero no quiero mirarlos. No quiero ponerme a mirar en esa triste pantalla en blanco y negro y medio desenfocada mi pasado desenfocado y en blanco y negro.

—¿Estás seguro? —pregunté—. ¿Eso es Connecticut?

—Completamente seguro —dijo Wade.

Óscar Panero dio un grito. En uno de los monitores se veía una habitación con una cama y muchas estanterías llenas de libros. Sobre la cama, en el lugar donde otro hubiera tenido un gran póster de Madona o una foto de Prince o de Silvio Rodríguez, había una enorme foto de James Joyce en blanco y negro.

—Es mi recámara en la casa de mis padres —dijo Óscar—. Pero ¿dónde carajo está esa cámara de video? ¿Quién la puso allá?

—Ay, buey —dijo Roberto B., que podía hablar español mexicano con la misma soltura que un nativo—. Imagínate, nada más.

—Ay, si la Brendita se entera de esto —dijo Óscar, que se había llevado las manos a la cabeza—. Cuántas cosas no habrán pasado en esa cama.

En ese momento, una mujer entró en la habitación que se veía en la pantalla, la

atravesó en diagonal, cerró la ventana y corrió las cortinas.

—Es mi mamá —dijo Óscar—. Ventila mi recámara todos los días.

—Llevan observándonos desde hace años —dije yo—. Observan todos nuestros movimientos, con quién nos acostamos, qué libros leemos, qué comemos... ¿Quién es esta gente?

—No sabemos cuánto tiempo lleven observándonos —dijo Óscar—. ¿Por qué dices que llevan años? No lo sabemos.

—Imagínate que llevan observándonos desde que nacimos —dije yo—. Que todas nuestras vidas han sido estudiadas, examinadas con todo detalle desde el principio.

Joaquín, que llevaba un rato investigando en los armarios y archivadores metálicos que había al fondo de la habitación, se acercó a nosotros con ojos brillantes. Había encontrado varios vídeos de VHS en sus cajas, que nos mostró con aire de misterio.

—Son vídeos de instrucciones del SIAR —dijo—. Mirad, están marcados como «Vídeo de instrucciones» número uno, dos, tres...

—Deberíamos visionarlos —dijo Wade cogiendo uno de los cartuchos y contemplando en la carátula de la caja el signo del SIAR, el conocido león jugando al ajedrez con la cabra—. En esos vídeos puede haber información que nos resulte útil.

Ahora también él está atrapado, pensé yo. Ha resistido la prueba de mirar su propio hogar, los templos que él mismo construyó con sus manos en Connecticut, pero no ha resistido esta prueba.

—Hay aquí varios lectores de VHS —dijo Joaquín—. Y aparentemente funcionan.

Fuimos todos al fondo de la sala, donde había varios aparatos para reproducir VHS y también, creo, para copiarlos. Joaquín encendió uno de los lectores y metió en el cargador el cartucho marcado como «Vídeo de instrucciones # 1». Después de unos segundos de ruidos mecánicos en el interior del viejo aparato, apareció en la pantalla el signo del SIAR. Salieron unas rayas horizontales que hicieron temblar toda la imagen. Luego el *auto tracking* se puso en marcha y las corrigió.

La Memoria de la Isla Purgatorio del conde Cammarano.

Las Tablas de Oriente y Occidente. Creación del Skinner Institute

Vídeo de instrucciones # 1

«¡Hola! Soy el doctor Rudiard Kipling McCoy, phd. Soy doctor en Física por la Universidad de Harvard y ocupo el cargo de director de Comunicaciones en el Skinner Institute for Anthropological Research. Seré su anfitrión en esta serie de cintas que hemos grabado para ayudarle a comprender un poco mejor este lugar en el que ahora nos encontramos.

»La historia de esta isla se remonta al siglo XVI, cuando Prospero di Tesla, conde Cammarano, un noble de la República de Venecia, quedó aquí atrapado con su hija Angela a consecuencia de un naufragio. Arrastrado por una tormenta, el barco de Cammarano se estrelló contra las rocas frente a la costa norte. Todos los marinos murieron a excepción del conde y de su hija, que lograron llegar a tierra atándose a unos barriles vacíos. Era el invierno del año 1580».

El vídeo consiste, simplemente, en un hombre hablando frente a la cámara. Se trata de un hombre oriental de unos cuarenta años, vestido con una camisa tropical color caqui de las que en Centroamérica se llaman guayaberas. El hombre habla un inglés correcto sin marcas de acento de ningún lugar. Tiene la piel oscura. Podría ser malayo o filipino. La imagen de su busto parlante se va alternando con breves inserciones de documentos antiguos (la primera edición de la *Memoria*), imágenes ilustrativas (Orfeo representado en un vaso griego, un grabado alquímico en acero), retratos de la época (del conde de Cammarano, de Pietro Pomponazzi, de Angela di Tesla, de Richard Kelly) e imágenes modernas de los lugares mencionados (Venecia, Istria). Al principio del vídeo, el hombre malayo se ha presentado a sí mismo como Dr. Rudiard Kipling McCoy, director de Comunicaciones del Skinner Institute for Anthropological Research. En el bolsillo izquierdo de la guayabera lleva cosido el conocido símbolo del SIAR: el león y la cabra jugando a las damas o quizá al ajedrez.

«El conde Cammarano era un mago. No es extraño, porque en aquella época casi todos los hombres de ciencia, los sabios, los filósofos, los médicos, los artistas e incluso los religiosos, eran magos y practicaban la magia. “Magia” no tenía entonces el sentido negativo o infantil que tiene hoy en día. Magia implicaba la creencia en los espíritus elementales de la naturaleza y en el poder creador de las palabras, así como la práctica de la retórica y el canto. Se consideraba que Orfeo, el creador de la música y maestro de Platón, había sido el primero de los magos. No veían a Orfeo como un

dios, ni como el personaje de un mito, sino como un filósofo, un *autor* al estilo de Homero o de Aristóteles, ya que atribuían a los tardíos *Cantos órficos* una gran antigüedad. Magia quería decir el estudio de los números y de las estrellas, de los órganos del cuerpo y de sus funciones, de las propiedades medicinales de las hierbas y de los ingenios mecánicos tales como los relojes o los astrolabios. Magia quería decir medir y también relacionar, el arte del péndulo y la investigación de la influencia de la luna y de los otros cuerpos celestes en el cerebro y en el cuerpo humanos. La magia incluía el estudio del magnetismo de la piedra imán y también de las series de números, así como la elucidación de problemas matemáticos tales como el número Pi, el número Phi (también llamado “número áureo”) o la cuadratura del círculo. La magia del renacimiento suponía, en fin, un cosmos ordenado en el que las distintas partes o aspectos están siempre relacionados con todas las otras partes o aspectos. De aquí surge la curiosa idea, por ejemplo, repetida tantas veces, de que la música y las matemáticas son lo mismo. Es uno de los pocos restos que quedan en nuestra cultura del sistema de vínculos y relaciones de la magia del Renacimiento. Para los magos del renacimiento no sólo la música y las matemáticas son lo mismo, sino también la medicina, la astrología, el estudio de los caracteres, la arquitectura, el arte de la guerra o la quiromancia. Todo es “lo mismo” porque todo está relacionado, lo que pensamos, lo que nos pasa, lo que hacemos, el lugar donde vivimos, las enfermedades que tenemos, nuestras vidas pasadas, el animal que nos posee y la conferencia de dioses que habita en nuestra psique y que en el pasado se manifestaba como “politeísmo” y en el presente como “psicología”.

»Al verse aislado en esta isla sin sus libros y sus instrumentos, sin su biblioteca y su laboratorio, el conde Cammarano decidió dedicar su vida a la educación de su hija Angela. Ella tenía sólo doce años cuando alcanzaron las costas de la isla. El conde la instruyó en todas las materias que conocía, desde la música a la numismática, pasando por la filosofía, la oratoria, la numerología, la geometría, el latín, la composición de epigramas, la mecánica o la gramática. La instruyó utilizando el Arte de la Memoria para que su hija recordara todas las cosas, ya que carecían de libros y de papel, aunque le enseñó a escribir trazando letras en la arena húmeda de la playa. Así Angela se acostumbró a pensar que la escritura es un arte efímero, y que todo lo que uno escribe dura, como máximo, lo mismo que una marea.

»En el año 1592, cuando padre e hija llevaban viviendo doce años en la isla, otro barco embarrancó en los arrecifes próximos a la costa. Diez hombres y dos mujeres sobrevivieron al naufragio, entre ellos el conde Pomponazzi, Isabela Diaconisa III, reina de Istria, su tía, y el mago inglés Richard Kelly.

»El nuevo náufrago, el conde Pomponazzi, era joven y ardiente. Angela era una muchacha espléndida que caminaba, por otra parte, medio desnuda o quizá desnuda del todo, dado que era una niña cuando padre e hija llegaron a la isla y no tenía ropa alguna que ponerse ni tampoco forma de fabricársela. En la isla apartada del mundo, lejos de los refinamientos de la vida civilizada pero también de sus limitaciones,

pronto surgió el amor. De acuerdo con el canon de belleza de la época, que primaba la languidez y blancura mórbida de la piel, Angela era demasiado atlética y estaba demasiado morena. Sin embargo, se había convertido en una mujer bellísima que, aparte de poseer una enorme cultura, era capaz de hazañas aparentemente sólo al alcance de las diosas de la mitología: volar entre los árboles agarrada de una liana, cazar un jabalí con un arco y unas flechas, nadar agarrada a la aleta de un delfín. El conde Pomponazzi recordó el pasaje del Cantar de los cantares donde el rey Salomón hace decir a la sulamita: “morena soy, pero hermosa”, y se dio cuenta de que en aquella exótica mezcla de Diana, Afrodita y Minerva había encontrado una joya secreta y la única mujer que podría hacerle feliz. Él también era un mago y creía en el poder de las piedras, de la música y del canto. Su tío abuelo había sido Pietro Pomponazzi, el célebre filósofo aristotélico que corrigió la doctrina tomista de la inmortalidad de las almas y escribió un tratado sobre la influencia de los cuerpos celestes en la vida humana, y él mismo había recibido una educación exquisita y, aunque no era clérigo, hablaba latín con fluidez. Las primeras conversaciones amorosas que tuvo con Angela se desarrollaron precisamente en latín, una lengua que ella también dominaba a la perfección, ya que ambos jóvenes encontraron que en aquella lengua extranjera la timidez de ambos desaparecía.

»Después de unos dos meses de estancia en la isla, y tras varios intentos fallidos, los nuevos naufragos fueron capaces de reflotar su nave, gracias a lo cual el conde Cammarano y la joven Angela Cammarano regresaron a la civilización. El conde de Pomponazzi se casó con Angela di Tesla y ambos se fueron a vivir a Pula, en Istria, donde la reina tenía un palacio al borde del mar. Angela di Tesla, condesa de Pomponazzi, duquesa de Cammarano y princesa de Istria, murió a los treinta y cuatro años, en el parto de su quinto hijo, bautizado como Salvatore Sebastiano.

»En cuanto al conde de Cammarano, tras recuperar los estados y posesiones que un hijo bastardo de su padre había intentado arrebatarse durante su ausencia, volvió a casarse, en esta ocasión con su prima, Adelina Teresa Mompiani, duquesa de Bertoldi, que tenía entonces diecinueve años y, según todos los indicios, padecía epilepsia, y escribió un libro titulado *Memoria de los hechos acontecidos en la Isla Purgatorio durante los días que van desde San Silvestre hasta San Bucardo, relatadas por Prospero Vincenzo Carlo Cosimo Enrico Edgardo Ludovico di Tesla, conde de Cammarano*. Apareció publicado en Venecia en el año 1600, dos años después de la muerte del conde, sin que se tenga noticia de más ediciones. El libro es hoy en día una rareza bibliográfica, y no se conserva en ningún ejemplar completo. De los tres que existen, al de la Biblioteca del Vaticano le faltan los folios que van del 120 al 170, al de la Biblioteca de Uppsala los folios que van del 120 hasta el 135 y al del British Museum, los que van del 120 hasta el 143. De modo que los folios que van desde el 120 hasta el 135, es decir, treinta páginas (ya que los folios sólo se numeran en el anverso), se han perdido para siempre. No deja de resultar extraño que en los tres ejemplares falten aproximadamente las mismas páginas, y que la ausencia

se inicie siempre en la página 120.

»El día de San Silvestre es el 31 de Diciembre, y San Bucardo se conmemora el dos de Febrero. De modo que los “hechos” relatados por el conde Cammarano deberían haber tenido lugar en el espacio aproximado de un mes. En cuanto al nombre “Purgatorio” con que se bautiza a la isla, se trata de una designación que no vuelve a aparecer en ningún otro lugar, ni tampoco en el interior del libro mismo.

»Con todo, no es esto lo más extraño del libro del conde Cammarano. En contra de lo que pudiera esperarse, la *Memoria* no es un relato de la vida de los náufragos en la isla al estilo de *La tempestad* de Shakespeare, ni es en modo alguno un precedente del *Robinson Crusoe* ni cuenta tampoco “hechos” de ningún tipo. Tampoco es una descripción de una isla real o imaginada, como *El criticón* de Gracián o la *Nueva Atlántida* de Bacon. La *Memoria de los hechos acontecidos en la Isla Purgatorio* es en realidad una colección de juegos, descritos con todo detalle y ordenados en tipos o categorías de acuerdo con una clasificación taxonómica.

»Se describen en el libro unos tres mil juegos de la índole más diversa. La clasificación de Cammarano, un continuo atentado al sentido común, parece más producto de la mente de un coleccionista de curiosidades que de la de un filósofo. El autor mezcla categorías, amontona categorías claramente diferenciadas en una sola y dedica en ocasiones una categoría entera a un solo juego. Éstos son los epígrafes de las categorías de juegos recogidos y descritos por el conde Cammarano:

1. Juegos donde se emplean fichas o tableros.
2. Juegos donde se emplean bolas o esferas.
3. Juegos que requieren el uso de un campo, un bosque o una cascada.
4. Juegos de la memoria y de la lógica.
5. Juegos con dados.
6. Juegos que requieren el uso de uno o varios armarios. Juegos que requieren el uso de uno o varios espejos.
7. Juegos de apariciones, desapariciones y transformaciones de objetos, animales o personas. Juegos de levitación, suspensión sobre el agua y atravesamiento de paredes y otros elementos sólidos.
8. El Filetto o Juego del Molino.
9. El Chaturanga, el Ajedrez Chino y el Juego del Ajedrez.
10. Juegos realizados en parques y en ciudades, en puertos y bazares, en antecámaras y salones, en pasillos y buhardillas, en escaleras y despensas, en abadías y pontones, en paraninfos y bibliotecas.
11. Juegos en los que se utiliza una esfera de cristal para invocar a los espíritus.
12. Juegos musicales, o bien que utilizan la música, las rimas o la danza. Juegos danzados. Danzas jugadas.
13. Juegos de fuerza y de equilibrio. Juegos de lanzamiento y de distancia. Juegos de salto, de ascenso y de descenso.
14. Juegos de la memoria. Juegos para ser practicados en el desierto, en prisión,

en un naufragio.

14 b. Juegos para solitarios. Juegos para melancólicos. Juegos para paseantes solitarios.

14 c. Juegos para cortesanas abandonadas, para monjas, para abadesas, para mujeres inteligentes, para mujeres doctas en filosofía. El juego de la Papisa. El juego doble. El juego triple. El juego cuádruple. El juego quíntuple.

15. Juegos que toman en consideración la posición del sol o de los astros. Juegos de adivinación o de descripción del carácter mediante salamandras, corazones de liebre, cartas astrológicas, piedras Bezoar, péndulos, *caliris oxyrrincas*, lenguas de oro, panoplias, arboretos, tapices venecianos, péñolas de halcón, cibrastis, exhibiciones de atrocidades, mulascos, cartas de navegación, fíbulas, tibias, líneas de la mano, eldorados, melusinas, trofeos, gámbaras, elucidaciones vespérales, teodiceas, sombras, *hypnerotomachias*, equinodermos, medusas, lúminas, granos de mostaza, huevos de garceta, plumas de pato, frutos de anís estrellado, libros sagrados, vuelo de pájaros, huesos de cereza y ojos artificiales.

16. Juegos en los que los maridos intercambian a sus esposas.

17. Juegos con los nombres y con las palabras.

18. Juegos con bastones, con cintas, con cuerdas, con palas, con raquetas, con hilos, con cadenas, con lanzas, con arcos y flechas, con cajas, con cestas, con redes.

19. Juegos de decir la verdad. Juegos con castigos humillantes, prendas, penalizaciones y misiones ultramontanas. Juegos de persecución y de castigo. Juegos de humillación y sabiduría. Juegos de tortura. Juegos con látigos y máscaras. Juegos de miedo, de pudor y de vergüenza.

20. Juegos de valor y cobardía.

21. Juegos de esclavitud. Juegos de compra y venta de personas reales o figuradas.

22. Juegos de ilusiones y panoramas, de engaños continuados y realidades ficticias. Juego del invitado número trece. Juego del Rayo que no es de Dios. Juego del Burro Enamorado. Juego del Día sin Tarde. Juego del Ángel Falso. Juego de San Ignacio y la reina de Saba. Juego de Eldorado. Juego de Martín Vázquez Calapeñas. Juego de Rimburtín y Rimburtina. Juego del Olivo de Oro. Juego del Diente Azul. Juego del Perro de Cristal. Juego del Oidor de Rávena. Juego de Mitrídates, rey de Ponto. Juego de Eudoxia. Juego del Emperador Ciego de Bizancio. Juego de las Barbas Rapadas. Juego del Caballo Volador. Juego de Merlín el Encantador. Juegos de ejecuciones, tormentos, cadalsos, decapitaciones, sambenitos, cepos, quinteros, mazmorras, leyes, ponderaciones, licitaciones, juicios, campañas militares, derrotas, desastres, ejecuciones, destierros, victorias y apoteosis.

23. Juego de las damas egipcias. *Ludus latrunculorum*.

24. Juegos de abalorios y de cuentas. Juegos de collares y rosarios. Juegos con platos y con copas. Juegos con perros y con gatos, con caballos y con hipopótamos.

25. Juegos de novelas vivientes. Juegos de batallas, de campañas y de

conquistas. Juego de Dios. Juego del Demonio. Juego de Cristo. Juego del Príncipe de la India. Juego de las Doce Mujeres Perfectas. Juego de la Rosa Blanca. Los ciento ocho Juegos Secretos de la Sociedad de la Rosa Blanca.

26. Juegos de tontos y de locos. Juegos con espíritus y con hadas. Juegos con seres del cielo. Juegos con ángeles y con amigos incorpóreos. Juegos con señoras de la dulzura. Juegos con ventanas flotantes. Juegos con días inventados. Juegos con divinidades encerradas en retortas, redomas, viales y clepsidras.

27. Juegos del Teatro del Mundo.

28. Juegos de la Duquesa de Amalfi. Juegos de la Princesa de Navarra.

30. Los Treinta y Nueve Juegos de Giovanni Paolo Paolino.

31. Juego de la oca.

32. Dilema del prisionero. Juego del dictador. Juego del ultimátum. Juego de la caza del ciervo y del conejo.

33. Juegos universales. De lotería. De máquinas. De balanzas. De péndulos. De resortes y de muelles. De abalorios. De efigies. De amuletos. De monedas. De ánforas. De huesos.

»El libro del conde de Cammarano fue muy leído en los círculos intelectuales y filosóficos de Venecia, Florencia y Roma. Fue considerado un tratado filosófico especulativo, cuando no una novela fantástica en clave, al estilo de la *Hypnerotomachia Poliphili* (*Sueño de Poliphilo*), o un libro esotérico al estilo de los *Hieroglyphica* de Horapollo, ya que la mayoría de los juegos que aparecían descritos en sus páginas jamás habían sido jugados en ningún lugar y muchos de ellos implicaban problemas lógicos o dilemas morales.

»Luego el libro cae en el olvido, hasta que en 1651 Caspar Tamerarius, un alquimista de Basilea, lo encuentra en una librería del barrio judío de Praga perdido entre volúmenes hebreos de numerología y lo impone como lectura obligada en el Curso Áureo que hace seguir a sus discípulos y discípulas. Éste es el momento en que el libro de los juegos, la *Memoria de los hechos ocurridos en la Isla Purgatorio*, comienza a ser leído de nuevo y éste es también el verdadero inicio de su influencia en Occidente.

»Tamerarius concebía la alquimia como una actividad que atañe a la totalidad del hombre, y hacía que sus discípulos estudiaran música, que practicasen el tiro con arco y la equitación y que leyeran a poetas antiguos como Dante, Virgilio, Ovidio, e incluso a modernos o contemporáneos como Ludovico Ariosto y Torquato Tasso. Sin embargo, la lectura del libro de Cammarano comenzó a ocupar cada vez más tiempo en las discusiones de sus discípulos, muchos de los cuales terminaron por abandonar la búsqueda de la *lapis philosophorum* o “piedra de los filósofos” y se dedicaron, en cambio, a la práctica de los juegos del libro de Cammarano.

»Hemos de aclarar que la idea de dedicarse a *poner en práctica* los juegos nunca entró en la mente de Tamerarius. También imponía a sus discípulos la lectura de Homero, por ejemplo, sin que por ello pretendiera que éstos viajaran a Turquía ni se

pusieran a navegar por el Mediterráneo. En una de las cartas de Tamerarius al obispo de Vézelay, François Tusselain, leemos que “un grupo de discípulos míos, embriagados por los mil y un juegos del conde de Cammarano, han decidido partir a la ciudad de Burdeos para instituir allí una sociedad dedicada íntegramente al estudio de ese libro peculiar. Mucho me entristece ver cómo mis hijos abandonan la Obra, que es también la tarea suprema que puede emprender un filósofo”.

»Aparece así en Burdeos la *Tabula*, es decir “La mesa”, una sociedad semirreligiosa cuyos adeptos no sólo se dedican a estudiar el libro de Cammarano, como prescribía Tamerarius, sino que se persuaden a sí mismos de que a través de la práctica de los juegos del libro lograrán alcanzar una suerte de iluminación espiritual. Es decir, a través de la práctica sistemática de *todos los juegos del libro*. La *Tabula*, o Mesa, se dividirá más tarde en otras Mesas. Tras la aparición de la Mesa de Oriente en Ginebra, la Mesa de Burdeos comenzará a ser conocida como Mesa de Occidente. Luego aparecerá una Mesa del Norte en Estocolmo y una Mesa del Sur en Trieste. Y poco a poco las diferentes Mesas irán adquiriendo cada una un carácter peculiar. La Mesa de Burdeos será mística y casi fanática. La Mesa de Ginebra, de tipo intelectual y erudito. La Mesa de Estocolmo, libertina y desenfrenada hasta extremos inconcebibles. La Mesa de Trieste, por su parte, intentará adentrarse en la política, en el derecho, en los negocios, en la universidad, en la Iglesia, en las academias literarias, en las cámaras de comercio, en los gremios profesionales, en las celebraciones patrias y en las casas nobiliarias *sin dejar de perder por ello su carácter secreto*. En estas cuatro Mesas podemos cifrar el origen de la sociedad que llamamos moderna.

»La práctica de TODOS los juegos que aparecen en el libro del conde Cammarano exige un largo tiempo, vastos recursos económicos y, en no pocas ocasiones, circunstancias sobrenaturales. Exige, por ejemplo (entre muchas otras cosas) el viaje a Antioquía, la inmersión en el mar durante horas (lograda en la época mediante el uso de campanas colgadas de cadenas, aunque no pocos murieron ahogados realizando estas prácticas), la comunicación con seres inmateriales, la invocación de demonios y de demonias, prodigios del arte mnemotécnico no al alcance de cualquiera, un extenso conocimiento de la música y de las matemáticas, un amplio vocabulario, destreza y resistencia física sólo posibles por medio de una larga práctica, una enorme habilidad con las manos, valor, capacidad de superar el vértigo, el asco, el miedo, el mareo y el sentido del ridículo y una gran imaginación. Algunos de los juegos exigen acciones aparentemente imposibles, como por ejemplo los Juegos de Atención de la Duquesa de Amalfi, que consisten en modificar el sonido de un arpa o de una flauta, o los colores de las llamas de varias velas, o la orientación de unas rosas, o el camino de una serie de insectos, mediante la atención. Otros sólo pueden completarse mediante acciones simbólicas, como por ejemplo el juego del Mausoleo de Halicarnaso, un edificio hoy desaparecido. Otros no pueden realmente practicarse porque son ininteligibles. Algunos juegos exigen estar casado. Uno de los

juegos presupone que el jugador está muerto.

»Las distintas Mesas interpretaron las Reglas del Juego de manera diferente. Las Mesas, de hecho, comenzaron a denominarse también “Reglas del Juego”, la “Regla del Norte”, la “Regla de Oriente”, etc. La Mesa de Burdeos, por ejemplo, tendía a la interpretación esotérica de los Juegos de Intercambio de Esposas, entendidos como un fraternal intercambio de regalos o incluso de conocimientos. Hay que tener en cuenta que muchos de los participantes eran clérigos que no podían estar formalmente casados, o bien que no estaban dispuestos a intercambiar a sus concubinas. La Mesa de Estocolmo, por su parte, decidió llevar a sus últimas consecuencias el Juego de Intercambio de Esposas, sin duda una de las partes más extraordinarias y sorprendentes del libro de Cammarano. La relajada actitud hacia la pareja de los pueblos nórdicos, la facilidad con que adoptaron el matrimonio de los eclesiásticos y la institución del divorcio, podría provenir, quizá, de la influencia del libro del conde de Cammarano.

»Las Mesas se multiplicaban y, paradójicamente, cuanto más crecían, más secretas se hacían. Aparecieron mesas en Manheim, en Ostia, en Londres, en La Rochelle, en La Haya, en Valencia, en Siracusa, en La Valeta, en Lisboa. Pero con la diversidad, las Mesas se hicieron menos estrictas. Dado que llevar a la práctica los tres mil juegos del libro de Cammarano era una tarea prácticamente imposible, comenzaron a aparecer otras Reglas del Juego.

»Estas Nuevas Reglas, como comenzaron a llamarse, abandonaron el nombre de *Tabula*, la Mesa proverbial alrededor de la cual se reúnen los jugadores con sus naipes, sus fichas o sus dados y comenzaron a adoptar otros nombres que incluían palabras tomadas de los muchos juegos de Cammarano, tales como “cruz”, “rosa”, “senda”, “montaña”, “nube”, “martillo”, “sol”, “yugo”, “lanza”, etc. Por lo general, las Nuevas Reglas no tenían nada de nuevas. La única novedad con respecto a las *Tabulae* consistía en que antes se intentaban practicar todos los juegos, mientras que las Nuevas Reglas se concentraban sólo en unos pocos; en ocasiones sólo en los juegos de una categoría, en otras, en un cierto número de juegos elegidos aquí y allá.

»Mientras tanto el libro original, un formidable volumen escrito en un estilo arcaizante y excesivamente prolijo que llevaba años circulando en forma de copias manuscritas o muchas veces transmitido de forma oral o epistolar, quedó finalmente olvidado y sustituido por innumerables imitaciones, resúmenes y analectas en los que ya no aparecía ni el título original ni tampoco el nombre del autor. Pero al desaparecer de la vista y al borrarse del conocimiento superficial de las gentes, la influencia de Cammarano y su *Memoria de los hechos ocurridos en la Isla Purgatorio* se hizo universal. A partir de las cuatro mesas originales, la de Burdeos, la de Ginebra, la de Estocolmo y la de Trieste, los juegos se inmiscuyeron en la política, en el arte, en las costumbres sociales, en la filosofía, en los entretenimientos, en las leyes, en la ciencia, en la religión, en la educación, en las ceremonias públicas, es decir, en todas partes.

»La práctica de los juegos se ha extendido y complicado de tal modo que hoy en día no hay nada en nuestra vida que no esté dominado por alguna variante de alguno de los juegos del conde Cammarano.

»En nombre del Skinner Institute for Anthropological Research, gracias por su atención. Por favor, continúe ahora con el “Vídeo de instrucciones # 2”».

Vídeo de instrucciones # 2

«¡Hola! Soy el doctor Rudiard Kipling McCoy, phd. Soy doctor en Física por la Universidad de Harvard y director de Comunicaciones en el Skinner Institute for Anthropological Research.

»La información contenida en este Vídeo de instrucciones es altamente confidencial, y sólo es accesible para aquellos que, como ustedes en el búnker 122, tienen un nivel de acceso A2 o A3. Cualquier otra persona ajena al SIAR o que carezca del nivel de acceso A2 o A3, deberá interrumpir el visionado de esta cinta ahora mismo. De no hacerlo, incurriría en una acción legalmente punible que podría resultar en penas de hasta tres años de cárcel.

»El Skinner Institute for Anthropological Research fue creado a fines de los años cincuenta en la Universidad de Harvard como proyecto de investigación para la tesis de licenciatura de tres alumnos de último grado, Paavo Pohjola, Emmerich Rickenbecker y Jukka Likkendala. El título de su proyecto quería ser un homenaje a Burrhus Frederic Skinner, Edgar Pierce Professor of Psychology de Harvard, creador de la psicología conductista, filósofo, utopista social y autor del célebre *Walden 2*, una de las mentes más brillantes y lúcidas del siglo xx.

»De acuerdo con las teorías de B. F. Skinner, la psicología debe de ser una ciencia tal y como lo son la química, la física o la astronomía. Frente a la idea romántica de que en el interior del ser humano existe un “alma”, una “mente” o una “conciencia”, los psicólogos conductistas afirman que la forma de actuar del ser humano viene determinada por el medio, las circunstancias y los condicionamientos negativos y positivos. No existe, por tanto, un “espíritu dentro de la máquina”, tal y como lo expresaba la filosofía clásica. No existe el “hombre interior” de San Pablo, ni la “personalidad”, ni la “conciencia”, ni el “yo”. No existe la “mente”. Lo que existe es la conducta del individuo, que viene determinada por factores externos y que depende absolutamente de estos factores. Modificando esos factores externos, que incluyen sobre todo los refuerzos negativos y positivos, así como diversas formas de “recompensas” y “castigos”, es posible modificar la conducta del ser humano. A esto se le llama “ingeniería de la conducta” y es la base de la visión utópica del Skinner Institute, cuyo objetivo último no es otro que el mejoramiento de la sociedad y la erradicación de las conductas dañinas y negativas. Somos utopistas sociales y no nos avergonzamos de manifestarlo. El mundo necesita la utopía.

»La isla en que se encuentran ahora es el mayor experimento de Ingeniería de la Conducta jamás llevado a la práctica. El objetivo de este experimento es el estudio de la conducta humana

(a) en condiciones extremas

(b) en condiciones perfectas, es decir, artificialmente aisladas, tal y como se investigan los fenómenos físicos o químicos en el laboratorio.

»El proyecto inicial del SIAR consistió en la creación de una prisión en los sótanos del llamado Edificio B de Harvard como parte experimental de la memoria de licenciatura de los tres creadores, Pohjola, Rickenbecker y Likkendala. Se construyeron celdas realistas cerradas con puertas acorazadas o bien con barrotes, se encargaron uniformes de guardianes y de presidiarios, etc. A continuación se reclutaron voluntarios, entre los cuales habría prisioneros y guardianes. Es importante notar que los voluntarios fueron sometidos a tests psicológicos y que se rechazaron los candidatos con problemas de drogas y alcoholismo o con un historial violento o vandálico, pero que la distribución entre “guardianes” y “prisioneros” fue hecha al azar, otorgando a cada candidato un número y haciendo rodar un bombo lleno de bolas. Es decir, que nadie determinó que una persona concreta fuera guardián o fuera prisionero, y que los voluntarios tampoco tuvieron la capacidad de elegir su situación dentro de la Prisión B.

»El experimento debía durar dos semanas. Los presos se comprometían a permanecer durante ese período de tiempo “encarcelados” y a comportarse como les pareciera, aunque el incumplimiento de las normas de la prisión conllevaría los castigos correspondientes (en realidad, sólo había un castigo posible: el aislamiento sin comida durante un día completo). En cualquier momento podían abandonar el “experimento” si así lo deseaban, pero su abandono quedaría reflejado en sus notas y en sus expedientes académicos. En cuanto a los guardianes, recibirían penalizaciones académicas similares aunque no en el caso de abandonar el experimento (eran libres de hacerlo en cualquier momento sin consecuencias de ninguna clase), sino en el caso de no mantener las normas de la prisión o de realizar acciones prohibidas tales como, por ejemplo, confraternizar con los presos, permitir objetos prohibidos en las celdas, tolerar que no se respetara el horario de silencio, etc.

»El experimento era sorprendentemente simple. Los presos podían hacer lo que les diera la gana, pero no podían marcharse. Los guardianes podían marcharse cuando quisieran, pero tenían que respetar y hacer respetar unas ciertas normas. Como es fácil de advertir, se trataba de experimentar con distintos tipos de condicionamientos y refuerzos positivos y negativos.

»Otro de los objetivos del experimento de aquel proto-SIAR era investigar en la oposición clásica “amo” y “esclavo”, partiendo de la noción dialéctica de que el esclavo es en realidad más libre que el amo, ya que el esclavo no tiene libertad pero tampoco tiene responsabilidades, mientras que el amo tiene libertad pero tiene además responsabilidades.

»El experimento no se desarrolló de acuerdo con lo previsto. A pesar de que todos los participantes en la Prisión B, que era el nombre que recibió el experimento, eran estudiantes de Psicología de Harvard, y a pesar de que todos sabían que estaban participando en un experimento científico que se consideraba parte del currículo escolar y tenía validez académica, los casos de maltrato y abuso de poder comenzaron ya en los primeros días. El experimento, de hecho, no pudo completarse. Al cabo de una semana, las torturas y las violaciones se habían convertido en la norma dentro de la Prisión B, y los tres directores del SIAR se vieron obligados a cerrar la Prisión B y dar por concluido el experimento. Dos mujeres fueron violadas, una de ellas apaleada y torturada con electricidad, un hombre fue violado por tres de los guardianes, dos fueron torturados con electricidad y otros dos recibieron palizas. Todo ello sin contar un sinnúmero de vejaciones, insultos, humillaciones y maltratos físicos y verbales, así como vejaciones sexuales o de otro tipo, tales como obligar a un preso y a una presa a practicar el sexo delante de los guardianes o a obligar a las presas a hacer sus necesidades delante de los guardianes o delante de los otros presos.

»En cuanto a los resultados del experimento, hay diferencia de opiniones. ¿Por qué unas personas aparentemente sanas, con un buen nivel socioeconómico y cultural y sin que medie situación alguna de estrés, peligro o violencia, comenzaron a comportarse como bestias salvajes? ¿Por qué un estudiante de élite de una de las mejores universidades del mundo se convierte, tan pronto como se le da la oportunidad, en un torturador y en un violador?

»Cada uno de los miembros del SIAR interpretó el resultado del experimento Prisión B de forma diferente.

»Para Emmerich Rickenbecker, la explicación era que los participantes *sabían* que estaban participando en un juego. El problema fue que se metieron demasiado en el juego, y que torturar a un ser humano no parece tan espantoso cuando se sabe que en realidad el otro puede marcharse cuando quiera, que uno no es realmente un torturador y que el preso no es realmente un preso.

»De las tres, la valoración de Rickenbecker era la más negativa. Su interpretación venía a decir que los resultados del experimento no eran válidos porque no se había logrado una réplica fidedigna del entorno que se deseaba estudiar. Y sugería que lo más conveniente sería estudiar el comportamiento de personas que no sabían que estaban siendo estudiadas. Una idea que, como veremos, tendría repercusiones.

»Para Likkendala, la razón de que los guardianes actuaran con sadismo no fue que estuvieran “jugando” y se les hubiera ido la mano. Actuaron con violencia y crueldad *porque tenían la oportunidad de hacerlo*. Likkendala propuso la existencia de un “Factor Likkendala” que predice que cualquier persona hará cualquier cosa si tiene la oportunidad de hacerla, especialmente si se dan tres elementos: (1) Circunstancias Favorables; (2) Autoridad para Actuar, y (3) Impunidad. El Factor Likkendala explica por qué una persona pacífica y civilizada se convierte en un asesino en cuanto le ponen un arma en la mano, le dan un rango militar y lo sitúan

delante de un “enemigo”. Para Likkendala, lo sucedido en la Prisión B demuestra que los participantes *estaban deseando* tener la oportunidad de agredir, violar y torturar. De no haberse encontrado en las circunstancias propiciadas por el experimento, aquellas personas probablemente jamás habrían agredido a nadie en toda su vida ni habrían soñado siquiera con hacerlo. Al presentarse el Factor Likkendala, había aflorado la verdadera naturaleza humana, y el deseo soterrado de matar, de violar y de agredir se había manifestado de inmediato.

»“No existen ‘buenas personas’”, decía Likkendala en el *paper* que escribiría a continuación, “existen personas que no tienen la oportunidad de actuar de forma violenta o que temen el castigo. Eso es todo”.

»Para Likkendala, en contra de Rickenbecker, el experimento había sido un éxito precisamente porque los participantes *sabían* que lo que hacían era un juego. Que la violencia, el sadismo y el deseo de dominación (así como la sumisión inexplicable de los presos) hubieran surgido tan rápidamente en un contexto ficticio y artificial nos decía muchas cosas sobre la naturaleza humana.

»Para Pohjola, la valoración del experimento no era ni tan negativa como para Rickenbecker, que lo consideraba un experimento fallido, ni tan positiva como Likkendala. Para Pohjola, lo sucedido en la Prisión B sólo podía explicarse mediante los uniformes. Su tesis, en su versión más simplificada, venía a decir que si los guardianes no hubieran llevado un uniforme completo de guardia de prisión y si los presos no hubieran llevado monos anaranjados como los que se llevan habitualmente en las prisiones americanas, nada grave ni significativo hubiera sucedido. Naturalmente, el concepto de “uniforme” alcanza también a toda la elaborada escenografía: las celdas, las literas metálicas, el timbre que señala la hora de oscuridad, las duchas comunes, las bandejas compartimentadas de plástico para la comida, idénticas a las utilizadas en las prisiones, etc. Para Pohjola, lo sucedido no se debía a que los participantes supieran que estaban jugando (Rickenbecker) ni a que actuaran con crueldad porque tenían “la oportunidad de hacerlo” (Likkendala), sino porque se habían visto obligados a actuar así a causa de una situación y una escenografía que les había convertido en algo diferente de lo que eran en realidad. Pohjola utilizaba un dato significativo para reforzar su tesis: que la distribución de papeles entre guardianes y prisioneros había sido hecha al azar, y aun así los sujetos se habían identificado completamente con sus respectivos papeles. En realidad, afirmaba Pohjola, cuando uno se pone un traje de prisionero, empieza a pensar como un prisionero, a sentirse como un prisionero y a actuar como un prisionero.

»A pesar del escándalo del experimento de la Prisión B, y a pesar de las durísimas palabras de B. F. Skinner en el *Wall Street Journal* condenando el experimento como arbitrario, temerario y acientífico, los tres miembros iniciales del SIAR, Pohjola, Rickenbecker y Likkendala, lograron que les fuera financiado un segundo proyecto. La fuente real de la financiación del proyecto, sin embargo, no surgió de las arcas de Harvard, sino de un patrocinador anónimo. En el SIAR solemos referirnos a este

patrocinador anónimo como El Filántropo o bien *Mr. X*.

»Con el nuevo proyecto del SIAR, se intentó algo muy diferente. En la Prisión B todos los participantes habían firmado documentos diversos y *sabían* que estaban participando en un experimento. En el nuevo proyecto, se trataba de investigar el comportamiento de personas que no sabían que estaban participando en ningún experimento.

»Se creó, de este modo, un Departamento fantasma en la Facultad de Psicología de Harvard: “Psicología de la Música”, destinado a atraer a un número (reducido) de personas dotadas de un alto grado de sensibilidad psicológica. Enseguida este departamento, en el que se enseñaban asignaturas imaginarias inventadas sobre la marcha y sin la menor base científica, comenzó a atraer a alumnos de todas partes del país.

»Muchos de los miembros actuales del SIAR son graduados en Psicología de la Música de la Universidad de Harvard, así como graduados de otros programas universitarios fantasma igualmente creados y controlados por el SIAR, tales como los departamentos de Náutica Experimental del Massachusetts Institute of Technology, el de Dietética Aplicada de Brown, el de Teoría de la Complejidad de la Universidad de San Diego o el de Física de Fractales de Sarah Lawrence.

»Con el paso del tiempo, el SIAR comenzaba a resultar demasiado visible. Era necesario encontrar un lugar donde poder continuar nuestras investigaciones antropológicas de ingeniería de la conducta, y por esa razón el Filántropo decidió, en 1967, comprar la isla en la que ahora nos encontramos.

»Se preguntarán ustedes por la identidad de este misterioso “*Mr. X*”.

»Este anónimo Filántropo son en realidad tres personas, tres millonarios filántropos, los señores Mikala Alto, Craig Lewellyn y Aarvo Pohjola, padre de Paavo Pohjola. Ellos son el espíritu dentro de la máquina, la verdadera inspiración del Skinner Institute for Anthropological Research.

»De los tres, sólo Craig Lewellyn, magnate australiano de las comunicaciones, es conocido del gran público. El señor Lewellyn vive en la actualidad en Londres y dirige su vasto conglomerado de periódicos y cadenas de radio y televisión desde la sede de L Entreprises de Canary Wharf.

»Mikala Alto, el segundo de los millonarios que financian el SIAR, dueño de varias compañías aéreas y navieras, vive recluido en un hotel de Dallas (Texas), el Garter, donde ocupa (aunque esto quizá no sea más que una leyenda) toda la planta superior del edificio.

»En cuanto a Aarvo Pohjola, el único documento gráfico en que puede verse su rostro es una filmación de 1961 bastante borrosa y que dura unos veinte segundos, en la que se le ve vestido con un uniforme de las Fuerzas Aéreas Finesas subiendo a un avión de combate. El señor Pohjola participó en la Segunda Guerra Mundial como miembro de las fuerzas armadas de su país y fue condecorado dos veces, con la Orden del León de Finlandia y la medalla de Caballero de la Orden de la Rosa Blanca

de Finlandia. Hombre esquivo y misterioso, es dueño de diversas explotaciones mineras de uranio, de plutonio, de oro, de diamantes, de selenio, de bauxita, de tungsteno, que le han permitido situarse en una posición de liderazgo dentro del mercado de la producción energética del mundo.

»El descubrimiento de la isla se debió a un mero accidente. Aarvo Pohjola, un aficionado a la aeronáutica y piloto *amateur*, se estrelló en la isla durante un vuelo deportivo a través del Pacífico.

»El avión que pilotaba el señor Pohjola quedó destrozado en el interior de la isla, pero el señor Pohjola y su copiloto, Enno Kuiliammi, los únicos tripulantes de la nave, lograron saltar en paracaídas. Cayeron en la zona conocida como cuadrante 16, cerca de la Columna Negra. El intenso magnetismo de esa zona no sólo tiene el efecto de volver locos todos los instrumentos eléctricos, sino que ejerce una influencia dañina, potencialmente letal, en el organismo humano. Afortunadamente, el señor Pohjola y su copiloto tuvieron el buen sentido de alejarse rápidamente de esa zona y de dirigirse a la costa con la esperanza de encontrar ayuda. Por supuesto, no la encontraron, porque la isla estaba entonces, como lo está ahora, deshabitada.

»El señor Pohjola tuvo que pasar tres meses en la isla antes de lograr salir de allí. Nunca fue encontrado por los servicios de rescate. De no haber logrado él mismo encontrar una manera de salir de la isla, hubiera muerto en el lugar donde ahora nos encontramos y el SIAR nunca hubiera podido llegar a la isla. La isla es como una trampa: es prácticamente imposible salir de ella, y es imposible también sacar a nadie de ella porque es imposible encontrarla. Si uno logra salir de ella (lo cual es extremadamente difícil), ya no puede volver a ella. Sin embargo, como decimos, el señor Pohjola aprendió la forma no sólo de *salir* de la isla, sino también de *regresar* a ella.

»Según explicó más tarde, el señor Pohjola pasó todo el tiempo de su estancia en la isla sin dormir. No se trató de una decisión, por supuesto. El hecho es que el sueño no acudía a sus ojos, y que tampoco sentía el menor cansancio por esta vigilia continuada. Durante los dos primeros días atribuyó su falta de sueño y de cansancio a lo extraño de la situación, a la preocupación y el nerviosismo. Pero cuando ya llevaba cuatro días sin dormir y sin sentir el menor cansancio, comenzó a pensar que estaba viviendo algo extraordinario. No es posible mantenerse despierto tanto tiempo sin sufrir serios trastornos de salud. Pero el señor Pohjola no sólo no se sentía cansado, sino que observaba que su estado de ánimo y su forma física resultaban inmejorables. Enseguida entró en contacto con los Wamani, los nativos que visitan la isla desde tiempos inmemoriales, que le ofrecieron alimento y cobijo. Fueron ellos, los Wamani, los que le explicaron cómo entrar y salir de la isla. Hasta la fecha, ellos y el señor Pohjola son los únicos que conocen el secreto. Para todos los demás seres humanos, la isla es un sueño o una prisión. O bien un lugar intuido, anhelado e inalcanzable, o bien una roca en medio del mar en la que nadie oye los gritos de socorro.

»No es difícil adivinar la razón de que los Wamani, un pueblo tan primitivo que

todavía no han abandonado del todo ciertos rituales que incluyen la ingestión de carnes prohibidas, se sintieran tan predispuestos a ayudar al señor Pohjola. No cabe duda de que el señor Pohjola es un líder nato, un hombre intensamente carismático acostumbrado a lograr hazañas imposibles para un hombre corriente. Es posible también que les impresionara el hecho de que fuera el Hombre Que No Necesita Dormir. Pero seguramente hubo algo del señor Pohjola que impresionó a los Wamani más que cualquier otra cosa: el hecho de haber estado en el cuadrante 16, cerca de la Torre Negra, y haber sobrevivido. Esto le convertía, a sus ojos, si no en un dios, sí en un amigo de los dioses.

»Los Wamani llevan visitando esta isla desde hace siglos. De acuerdo con sus tradiciones, ésta es Talu Na Monani, “La isla del Sonido”, o también Mana Na Monani “La Isla de las Voces”, ya que al adentrarse en sus selvas se oyen voces que hablan en susurros, un fenómeno debido a la acción de los élitros de ciertos insectos. Para los Wamani, la isla es territorio sagrado, el lugar donde habitan Mani, Arani y Erere, sus dioses. Sólo vienen aquí para realizar sus Cacerías Sagradas y el ritual sagrado de renovación del Rey y la Reina, ceremonias sin las cuales, de acuerdo con sus creencias, el sol dejaría de salir y la luna caería sobre el mar levantando una ola gigante que inundaría el mundo —“el mundo”, es decir, el puñado de islas que ellos habitan, que ellos llaman “la tierra firme”, ya que los Wamani están convencidos de que las islas que ellos conocen son las únicas tierras emergidas de las aguas en todo el planeta.

»Para los Wamani, dejar de practicar la Cacería Sagrada y el ritual del Rey y la Reina supondría que el mundo llegaría a su fin. La “tierra firme” se hundiría en el mar, todos los seres humanos se ahogarían y las aguas serían las dueñas absolutas del mundo. El salvajismo de estos rituales convenció al señor Pohjola de que los Wamani eran un pueblo sin contacto alguno con el mundo moderno, y le ratificó en su idea de que había caído en el último paraíso y la última *terra incognita* del planeta.

»Sin embargo, el señor Pohjola y su ayudante no eran los primeros hombres blancos que contemplaban los Wamani, y los más viejos entre ellos todavía recordaban la visita de otros blancos, muchos años atrás, a los que llamaban “*doichu*”. *Doichu* es, probablemente, una pronunciación aproximada de la palabra *Deutsch*. ¿Habrían sido los alemanes, quizá los alemanes del Tercer Reich, los anteriores visitantes de la isla? Los Wamani afirmaban que los *doichu* venían del cielo, una creencia derivada de su convicción de que sus islas eran las únicas tierras emergidas del agua. Si no venían de sus islas, tenían que haber bajado de lo alto.

»Los Wamani viven en unas islas situadas a unas setenta millas náuticas al sudoeste de Mana Na Monani. Puede parecer una gran distancia, pero los pueblos del Pacífico han viajado distancias mucho más largas en sus piraguas dobles desde tiempos inmemoriales. Se cree, por ejemplo, que algunas de las variedades agrícolas cultivadas en la Polinesia fueron traídas hasta la región por navegantes incas, y muchos de los pueblos polinesios tienen, de acuerdo con los estudios genéticos, un

origen melanesio. Lo extraordinario, por tanto, no es que los Wamani lograran llegar a la isla, sino que hayan sido los únicos capaces de hacerlo.

»Gracias a los Wamani el señor Pohjola pudo, finalmente, salir de la isla. Fueron ellos los que le explicaron la “técnica” o el “secreto” para lograrlo. Y, lo que es más importante, le explicaron también la manera de volver. Ya que deseaban que aquel “amigo de los dioses” regresara para visitarles en el futuro.

»Así fue como el señor Pohjola se convirtió en la persona más poderosa de la tierra.

»Hasta entonces había sido, simplemente, un hombre muy rico. Pero en la isla se convirtió en algo más que un hombre rico.

»Durante su estancia en la isla, el señor Pohjola tuvo ocasión de conocer los diversos fenómenos que tienen lugar en la isla. Seguramente ustedes habrán oído rumores acerca de estos fenómenos, historias que incluyen la presencia de espíritus, seres mágicos, muertos que regresan a la vida y extraterrestres. Para anticiparnos a sus preguntas y preocupaciones, les diremos que en la isla NO hay una base extraterrestre y que ustedes NO han muerto y han llegado al Paraíso... o al Infierno, según lo prefieran. Es posible que en la isla vean sucesos y lugares extraordinarios. En la mayor parte de los casos, estas visiones, similares a los “espejismos” de los desiertos, son debidas al estrés, a la pérdida de líquido producida por la fuerte evaporación y a las elevadas temperaturas.

»Algunos de los fenómenos que tienen lugar en la isla, y que es posible que ustedes mismos hayan podido presenciar, son los siguientes:

—la nube azul

—la nube dorada

—la nube blanca

—presencia de un intenso magnetismo que perturba el funcionamiento de los aparatos eléctricos

—alteraciones del campo gravitatorio

—sonido de “susurros” producidos por el *cucuro*, un pequeño insecto parecido a un saltamontes, que vive en el envés de las hojas de muchos árboles de la isla.

»Todos estos fenómenos, por singulares que resulten, pueden ser explicados científicamente. No hay nada “sobrenatural” en la isla.

»Seguramente ustedes han oído hablar también de ciertas “zonas” o lugares de la isla:

—el monolito negro

—el mar de agua sólida

—la bahía de las medusas

»Todas éstas son zonas restringidas ya que implican graves riesgos para la seguridad y la salud.

»Todo el interior de la isla, especialmente las montañas centrales, son zonas restringidas que deben evitarse a toda costa. El señor Pohjola cayó en la zona interior

durante su azarosa llegada a la isla, y pudo sobrevivir gracias a una constitución inusualmente resistente. La incapacidad de dormir fue un efecto secundario de su estancia en esta región peligrosa. El copiloto del señor Pohjola, Enno Kuiliammi, no tuvo tanta suerte y murió en la isla. Enloqueció, y se arrojó al mar desde lo alto de un acantilado.

»Repito: el interior de la isla debe evitarse a toda costa. En general, en la isla, cuanto más alto se encuentra uno, más grande es el peligro. Por esa razón, el SIAR decidió construir el sistema subterráneo de búnkeres, en una de cuyas instalaciones ustedes se encuentran en estos momentos.

»El subsuelo es absolutamente seguro. Siempre que salgan al exterior deberán inmunizarse antes con una dosis de Xitofel. El Xitofel no es necesario en la Central, en los búnkeres y en la costa, pero una altura de diez metros sobre el nivel del mar ya resulta peligrosa.

»Gracias por su atención y por su entusiasmo. En el Vídeo de Instrucciones # 3 les explicaremos con detalle cuál es su misión dentro del búnker 122.

»En nombre de los señores Pohjola, Alto y Lewellyn y del Skinner Institute for Anthropological Research, muchas gracias. Y buena suerte».

Yo estaba muy cansado y los ojos no se me mantenían abiertos. Me sentía abrumado por el exceso de información y sólo deseaba descansar. Sin decir nada ni despedirme de nadie, me dirigí a la zona de la vivienda, donde había literas con verdaderos colchones y verdaderas almohadas, me tendí en una de las literas y me quedé dormido al instante.

Llegamos a la Central

Al día siguiente salimos del Silo con las mochilas llenas de víveres, y seguimos caminando en la dirección del último rastro. No soy capaz de describir nuestro estado de ánimo en aquellos momentos. Recuerdo que hablábamos sin parar de todo lo que habíamos encontrado en el Silo. Sin duda lo que más nos asombraba había sido descubrir que las gentes que vivían en aquella isla llevaban largo tiempo espionándonos y escudriñando nuestras vidas.

Se nos ocurría que no debía de haber sido una casualidad que coincidiéramos todos en aquel avión de Global Orbit, que en realidad habíamos sido traídos a propósito a la isla. Pero ¿con qué intención? ¿Para ser a continuación ignorados, torturados, maltratados? Nada de aquello tenía sentido.

Íbamos avanzando paralelamente a los sistemas montañosos del centro de la isla, que quedaban siempre a nuestra izquierda, adentrándonos en la región sur por una zona de valles pedregosos y casi desérticos donde crecían especies propias de climas con pocas precipitaciones, plantas leñosas, retorcidos arbolillos similares a mezquites y grandes cactus erizados de espinas. A veces las largas espinas violáceas circundadas de cerdas doradas se nos clavaban en la piel. Extraerlas de la carne era un sufrimiento, ya que penetraban hasta dos centímetros con toda facilidad. En un desfiladero de piedras volcánicas por el que todos hubiéramos agradecido que corriera un río, descendíamos laboriosamente en dirección a lo que parecían las verdes llanuras del sur de la isla.

Wade, que iba en cabeza, dio un grito y vimos a una mujer caída entre las piedras unos cien metros más abajo. Estaba vestida con unos pantalones cortos y una camiseta color fucsia que destacaba entre los ocres y los morados de las rocas. Varias aves negras de grandes alas volaban en círculo en el cielo, vigilando su posible almuerzo. Descendimos hasta donde se encontraba la mujer, suponiéndola muerta. Pero no estaba muerta, y tampoco se trataba de una mujer. Era Swayla, la pequeña Swayla, agotada y deshidratada.

Cuando se recuperó, nos contó su odisea. Ella y las otras mujeres habían sido llevadas a través de la selva colgadas de largas pértigas y luego, una vez despiertas, caminando, aunque atadas con sogas en una larga hilera, igual que transportaban antaño a los esclavos para que no escaparan. Las llevaban a todas amordazadas, y ni siquiera cuando se encontraban a varios días de distancia del poblado les quitaron la mordaza. Los salvajes e *Insiders* que las transportaban nunca les dirigían la palabra y apenas hablaban entre sí. Los salvajes eran especialmente silenciosos. Comían, caminaban, trepaban a un árbol para otear la distancia, hacían un fuego, todo en silencio. Los *Insiders* se comunicaban con ellos mediante gestos o bien utilizando unas pocas palabras en inglés o en la lengua nativa, que el jefe de todos ellos, el

llamado Abraham Lewellyn, parecía conocer bastante bien. Sólo les quitaban la mordaza para darles de comer, con la advertencia de que si hablaban o gritaban las amordazarían de nuevo y las dejarían sin comer, de modo que todas las mujeres se alimentaban en silencio y luego permitían dócilmente que las amordazaran de nuevo. Aquella obsesión no era nueva entre los *Insiders*, y algunos de nosotros habíamos tenido que aprender por las malas lo importante que parecía resultar para ellos mantener el silencio cuando se encontraban en el interior de la isla.

Swayla no sabía adónde habían llevado al resto de las mujeres. Les había costado tres días a sus raptos descubrir que ella no era en realidad una mujer, sino un hombre, aunque ella se agachaba como las mujeres para hacer sus necesidades. Pero no tenía consigo las hormonas que solía tomar, y le había empezado a salir la barba. Aquello les había dado la clave. Los salvajes se habían reído mucho al contemplar sus genitales, y los *Insiders* le habían dicho que no la necesitaban y que iban a soltarla, que regresara por el mismo camino y no tendría problemas, pero que por ningún motivo se le ocurriera adentrarse en las montañas del interior de la isla.

—¿Qué hay allá dentro que es tan terrible? —alcanzó a preguntarles Swayla.

—Para que te lo imagines —le dijo el hombre llamado Abraham Lewellyn—. En esta isla, nosotros y nuestros aliados Wamani somos los buenos de la película. Los de las montañas son verdaderos animales.

Aquel hombre le daba terror, nos contó. Era un hombrecillo, es cierto, una especie de monigote de grandes ojos saltones, pero aquellos ojos saltones irradiaban una fuerza y un poder que producían escalofríos.

Los demás le llamaban «Abe» o «Abraham», pero le trataban con enorme respeto y deferencia. También los Wamani le trataban con respeto. Todos dependían absolutamente de él, de sus decisiones, de sus órdenes. Por lo demás, nada parecía haber en él de terrible. Tenía un tono de voz ligeramente aflautado, y cuando hablaba era suave e irónico. Se notaba que tenía sentido del humor y que era inteligente, muy inteligente, más inteligente de lo normal. Le preguntamos qué le hacía pensar eso y no supo explicarlo. Es una sensación, dijo Swayla. La sensación de que no es una persona como las demás. Alguien capaz de casi cualquier cosa, con una mente que ve por adelantado lo que las demás personas no ven ni siquiera cuando lo tienen encima.

Le preguntamos por los niños. Nos contó que no los había visto, que en su grupo iban sólo las mujeres, y que tampoco les había oído comentar nada de los niños.

El doctor Sutteesh le preguntó por Vrajavala y Roberto B. y Óscar le preguntaron por Xóchitl, y Swayla les dijo que hasta el momento en que ella había seguido a la expedición estaban todas bien, y que todas le habían parecido unas mujeres muy fuertes y resistentes.

Le dijimos a Swayla que le daríamos víveres para que regresara al poblado, pero le aterraba la perspectiva de pasar días y días cruzando sola la isla, de modo que se unió a nosotros.

Al atardecer de ese día llegamos a una zona descubierta en la que no crecían

árboles. En medio de un paisaje ondulado cubierto de hierba y de helechos bajos, vimos una extraña columna metálica de tinte cobrizo coronada con una esfera de unos dos metros de diámetro que parecía de estaño. La columna era de sección cuadrada, con los bordes biselados y estaba recorrida por dibujos similares a runas, que parecían grabadas con un buril sobre la plancha metálica que la recubría. Tendría unos diez metros de altura, y sus lados brillaban con la luz del sol. La esfera de estaño que la coronaba brillaba todavía más, y reflejaba igual que un espejo. Al contrario de los otros restos, ruinas y edificaciones que habíamos encontrado en la isla, parecía reciente y bien cuidada. Enseguida descubrimos otras dos columnas iguales, una a la izquierda y otra a la derecha, y luego una larga hilera de columnas, todas coronadas con brillantes esferas de estaño, que recorría el paisaje subiendo y bajando por las laderas de hierba.

A lo lejos, hacia la izquierda, vimos el mar. Aquéllas eran las costas del sur de la isla. De modo que habíamos logrado cruzarla de un extremo a otro.

Nos acercamos con prevención a una de las columnas. Joaquín dijo que aquella hilera de columnas y de esferas debía de tener una función protectora de alguna clase y que quizá fuera peligroso cruzarla. Hicimos diversas pruebas lanzando cosas a través de la imaginaria pared de energía que uniría una columna con la siguiente, y llegamos incluso a capturar varios seres vivos, un lagarto, dos ranas príncipe y un tritón hallado en las aguas de un arroyo cercano, y los arrojamos también al otro lado sin que sufrieran daño alguno. Luego nos enteraríamos que aquella línea de columnas creaba, en efecto, un muro de energía cuyo objetivo era impedir que el gigante azul entrara en aquella parte de la isla, una extensa península cuyo istmo nosotros estábamos ahora a punto de cruzar, la península donde los *Insiders* tenían su cuartel general.

Ignoro la razón de que el muro de energía estuviera desactivado en aquellos momentos. ¿Lo habían desactivado a propósito para que nosotros pudiéramos cruzarlo?

Un par de kilómetros más allá, la vegetación comenzaba de nuevo. Más tarde nos enteraríamos de que era la propia pared de energía que creaban las columnas la que tenía el efecto de despejar el paisaje de especies vegetales grandes. Cruzamos una profunda depresión del terreno y luego ascendimos y los árboles comenzaron a aparecer de nuevo, así como las herbáceas gigantes y los arbustos con flores. A nuestras espaldas quedaba ahora el macizo montañoso de la isla y el volcán central, que no estaba realmente situado en el centro geográfico de la isla, sino más bien hacia el sur, ya que yo nunca lo había visto tan alto e imponente como ahora. Su cima estaba, como siempre, cubierta por las nubes. Yo recordé esa famosa nube de la poesía, la nube que oculta al Cristo que asciende. Y la representación de Cristo, en consecuencia, como una nube. Como una sombra.

Sombra de la nube, cúbreme.

Sombra de la nube, dame cobijo.

Ahora que la península crecía en amplitud, había desaparecido la visión del mar, que habíamos podido entrever apenas a lo lejos. Alrededor de dos horas después de cruzar la hilera de columnas metálicas, sin contar una hora dedicada al descanso y al almuerzo, llegamos hasta una pared de unos tres metros de altura, completamente recubierta de enredaderas, raíces aéreas y plantas de todas clases. Comenzamos a recorrerla hacia el sudeste, esperando encontrar una abertura o incluso una puerta que nos permitiera pasar al interior del recinto vallado. Íbamos todos, lo recuerdo con claridad, en un absoluto silencio. Cuando llevábamos unos veinte minutos caminando a lo largo del muro, oímos voces al otro lado. Se trataba de gritos apagados, acompañados de golpes repetidos rítmicamente, como de una pieza de madera golpeando algo hueco, quizá una caña de bambú, o quizá una caña de bambú gruesa golpeando una cuerda muy tensa. Nos detuvimos para escuchar mejor. Parecían gritos de mujeres, quizá de mujeres aborígenes. Encontramos un lugar en el que un enorme ficus, que había crecido pegado a la pared, había dejado caer sus ramas líquidas sobre lo alto de la construcción, proporcionando una especie de red de ramas-raíces que caían hasta la tierra y por las que no parecía demasiado arduo trepar. Ni siquiera a mí me costó demasiado hacerlo, gracias a la ayuda de mis compañeros de expedición. Y así, uno por uno, nos fuimos asomando a lo alto de la pared.

Había bastante espacio entre las ramas-raíces, y muchos lugares para agarrarse. La copa del baniano proporcionaba un buen camuflaje para no ser vistos por los del otro lado, aunque permitía al mismo tiempo la visión de una zona de al menos trescientos metros a la redonda.

Al otro lado de la pared de piedra había una inmensa pradera de césped bien cortado, que descendía en una suave pendiente ondulada. A menos de cien metros del lugar desde donde observábamos había un campo de tenis en el que cuatro mujeres jóvenes, vestidas con equipos de tenis blancos, gorra de visera, camiseta, falda corta plisada, muñequeras, calcetines y zapatillas de tenis, jugaban un partido de dobles. Jugaban muy bien, casi como profesionales. La pista estaba rodeada de alambradas metálicas muy altas para impedir que las pelotas se fueran lejos. Más allá se veían otras dos pistas de tenis vacías y una espesa hilera de árboles de sombra, al otro lado de los cuales se adivinaban más edificaciones. Estuvimos allí una media hora, contemplándolas jugar, incapaces de movernos, hasta que las cuatro mujeres terminaron el partido y comenzaron a retirarse, secándose el sudor de la cara y bebiendo agua de botellas que tenían en sus bolsas de deportes y guardando sus raquetas en sus fundas y las pelotas color lima brillante en sus tubos de plástico.

Sus voces se oían con toda claridad. Hablaban en inglés, una de ellas con acento australiano.

—¿Qué hora es? —preguntó una.

—Las cinco y media —dijo otra.

—Tenemos tiempo para un baño —dijo otra.

Cuando desaparecieron las cuatro, charlando muy alegres y haciendo comentarios

sobre el partido y también sobre alguien llamado Jeffrey, nosotros descendimos por las raíces que crecían también del otro lado de la valla, y pusimos de nuevo los pies en el suelo.

Lo que teníamos frente a nosotros parecía algo así como un lujoso *resort* de vacaciones. Detrás de los dos campos de tenis había una masa de árboles oscuros, al otro lado de los cuales se veía un edificio bajo de ladrillo. Las ondulaciones cubiertas de césped eran el extremo de un campo de golf, cuyos palos con banderitas blancas señalaban la posición de varios hoyos aquí y allá. A lo lejos se veía un vehículo cortacésped ascendiendo lentamente por una ladera, y mucho más lejos otro vehículo cortacésped descendiendo lentamente por otra ladera. A través del aire límpido de la tarde nos llegaba el distante rumor de sus motores.

Más allá de los campos de tenis había una piscina muy grande, rodeada por una zona de cemento en la que había hamacas y sombrillas. Unas veinte personas, hombres y mujeres, se bañaban en la piscina y algunos estaban tendidos en las hamacas o sentados bajo las sombrillas tomando bebidas en vasos altos o copas de cóctel. Había mesas redondas de aluminio, y del edificio de ladrillo salían y entraban camareros con bandejas. Nos fuimos acercando caminando discretamente pero sin escondernos, primero porque no había cómo hacerlo, y segundo porque parecía absurdo suponer que aquellas buenas gentes quisieran hacernos ningún mal.

La piscina y las instalaciones deportivas estaban construidas en una zona elevada, desde la que, volviendo la mirada hacia el sur, se dominaba perfectamente el perfil de la península en la que nos encontrábamos. Sí, allá a lo lejos, a unos siete u ocho kilómetros, estaba el mar, una recortada costa de calas y penínsulas, lagunas e isletas. La ciudad estaba allí mismo, ladera abajo, varias decenas de edificios prefabricados distribuidos irregularmente en medio de un paisaje verde de grandes árboles, barrizales y huertos recorrido de caminos blancos. Era una ciudad al estilo americano, con casas deslindadas unas de otras que no formaban plazas ni calles. Edificios pintados de diversos colores, con prevalencia del amarillo calabaza y el rosa coral, casi todos de una planta. Postes de la luz que llevaban gruesos cables negros de un punto a otro. Una amplia extensión de pasto en la que se veían varios *jeeps* aparcados en fila. Postes de madera con altavoces asegurados en lo alto. Un edificio más grande que los otros, alargado y recorrido de una larga veranda, que parecía albergar oficinas. Un edificio blanco, alargado, con una cruz roja pintada en la pared, seguramente un hospital o una enfermería. Otro edificio redondo que parecía un granero. Hacia el fondo, una sucesión de barracones pintados de verde, cinco o seis filas iguales, una tras otra. Alguna palmera. Palmas del viajero moviendo sus grandes abanicos. Hibiscos arborescentes. Charcas aquí y allá, algunas con garzas o con flamencos paseando pensativos entre juncas. Huertos. Terrenos baldíos que seguramente eran huertos puestos en barbecho. Una empalizada con varias reses grandes. Grandes árboles de sombra en los jardines.

Estábamos paralizados por la sorpresa. Creo que todos habíamos supuesto que los

Insiders vivían en la selva, seguramente en condiciones mejores que los guerrilleros, probablemente en cabañas. Habíamos supuesto que tenían armas, que disponían de alimentos. Pero creo que ninguno de nosotros imaginaba que al tiempo que nosotros nos veíamos forzados a vivir en la intemperie, sin agua, sin comida, sin medicinas, había otros, sólo unos pocos kilómetros más allá, que disfrutaban de todas las comodidades de la civilización.

Esto que veíamos era la Central. «*Central*», la llamaban. Likkendala City era su nombre oficial. Había unas sesenta viviendas en Likkendala City, varios edificios de oficinas, un hospital, un colegio, almacenes donde se guardaban los vehículos y las herramientas, un silo subterráneo donde se almacenaban provisiones y armas, el edificio circular que nos sorprendió la primera vez, que ellos llamaban «el templo» y que era una especie de centro de reuniones (no había iglesias ni templos de ninguna clase en Likkendala City) y luego los verdes barracones del fondo, donde se instruía al personal y donde vivían los trabajadores no especializados, que debían de rondar el centenar. En total, una población de unas cuatrocientas personas, con una media de edad de treinta y cinco años. El mar, como digo, estaba sólo unos pocos kilómetros más allá. No entiendo por qué no habían construido su ciudad en la costa, que siempre es más fresca que el interior. Sea como sea, las elevadas temperaturas de la isla no eran un problema para los habitantes de Likkendala City, ya que casi todas las viviendas tenían aparatos de aire acondicionado. Una carretera conectaba la ciudad con el puerto, situado en una bahía naturalmente protegida del oleaje. La ciudad disponía también de un aeropuerto que llevaba muchos años abandonado y con la pista de asfalto invadida de brañas, dado que era prácticamente imposible entrar o salir de la isla por el aire. La única comunicación de Likkendala City con el mundo exterior se realizaba a través de un submarino. Todos estos detalles los iríamos conociendo más tarde, claro está. En aquel momento lo único que podíamos hacer era contemplar la ciudad que se extendía a nuestros pies, mirando a un lado y a otro como sin poder creer lo que estábamos viendo.

Un camarero se nos acercó y nos preguntó amablemente si éramos miembros de aquel club. Nosotros le mirábamos sin saber qué contestar. Pero aquella situación duró apenas unos minutos. Enseguida aparecieron varios *jeeps* subiendo por la pendiente y nos rodearon. Saltaron a tierra hombres armados que nos hicieron subir a los vehículos a punta de pistola. Luego nos condujeron hasta la zona de los barracones que estaban situados al fondo de la ciudad. Al cruzar por entre los *bungalows*, contemplábamos con mudo asombro escenas de vida civilizada. Un columpio colgando de la rama de un árbol. Un hombre con un sombrero de paja recortando un seto. Un grupo de hombres con monos azules de trabajo acodados en lo que parecía la barra de un bar abierta a la calle. Un grupo de mujeres con leotardos haciendo yoga en una pradera. Cuando llegamos a la zona de los barracones, nos sacaron de los vehículos, siempre sin dirigirnos la palabra, y nos encerraron allí, dos por habitación. Así fue como caímos prisioneros de los *Insiders*.

A mí me colocaron en una habitación (en realidad debería decir «en una celda») con Wade. Era un cuarto muy sencillo de techo y paredes blancas pintadas de color verde hoja hasta una altura de un metro veinte, con una cama a cada lado cubierta con una colcha de algodón, una mesa de formica blanca con dos sillas metálicas en el centro, una ventana enrejada cubierta con una persiana, un ventilador en el techo y un pequeño excusado donde había un espejo, un lavabo y un retrete. Comodidades espartanas para el mundo, pero para nosotros aquello era como estar en un hotel de cinco estrellas. Uno abría el grifo y salía agua. Uno encendía el interruptor y se encendía la lámpara. Con sólo pulsar un botón en la pared, el ventilador se ponía a girar en el techo. La cama era una cama de verdad, y las sábanas estaban limpias, y uno tenía un techo sobre la cabeza, un verdadero techo, y verdaderas paredes, aunque fueran las paredes de una celda. Recuerdo haberme sentido feliz de estar allí dentro, y recuerdo que Wade me miraba con gesto de pocos amigos.

—¿Estás feliz de haber sido hecho prisionero, John? —me dijo.

—No seas tan negativo —le dije—. Esta gente no puede ser tan mala. Mira cómo viven. Tienen piscinas, campos de tenis, luz eléctrica... Aquí viven familias. ¿No has visto columpios y juegos de niños? Es posible que nuestros problemas se hayan terminado.

Cuando se hizo de noche nos sirvieron la cena: ensalada, pasta de mandioca, arroz, frijoles negros en salsa y pescado hervido, y de postre gelatina verde. Todo me resultó delicioso.

Media hora después de retirar las bandejas de la cena, se apagaron las luces.

Conocemos a Abraham Lewellyn

Teníamos dudas de que los habitantes de aquella ciudad fueran realmente los mismos que nos habían perseguido y hostigado durante meses, los mismos que nos habían gaseado igual que a animales y habían raptado a nuestros niños y a nuestras mujeres. Pero las dudas se disiparon a la mañana siguiente.

Nos despertaron a las seis y media y nos condujeron a unas duchas que estaban situadas al final de los barracones. Una vez allí nos dieron pastillas de jabón y toallas y nos permitieron asearnos, tras lo cual nos entregaron ropas nuevas, que bien necesitábamos, ya que las que llevábamos estaban prácticamente inservibles. Nos hicieron ducharnos a todos juntos, hombres y mujeres. Nosotros nos limitamos a darnos la espalda. A continuación, dos hombres armados nos dijeron a Wade y a mí que les acompañáramos. Nos esposaron las manos a la espalda, nos sacaron de los barracones y nos condujeron al poblado. Íbamos caminando tranquilamente, de modo que tuve ocasión de examinar con cierto detalle el lugar.

Seguía causándome una impresión muy favorable. Las casas prefabricadas eran de buena calidad, y muchas de ellas tenían jardines bien cuidados. A la sombra de los árboles, ficus y acacias de enormes copas por lo general, había mesas y sillas, y también algunos bancos donde quizá grupos de amigos o familias se sentaran a conversar al caer la tarde. En las verandas había hamacas colgadas y móviles de cristal, nácar o bambú, cuyas piezas entrechocaban y hacían ruido con la brisa. En los altavoces clavados en altos postes sonaba en aquellos momentos la Sexta Sinfonía de Beethoven. Estos altavoces no sonaban continuamente (creo que sólo los ponían a primera hora de la mañana y a la caída de la tarde) pero siempre emitían por ellos música clásica. Nunca oí que sonara otra cosa por ellos, de modo que es posible que los hubieran instalado sólo con esa finalidad. Nos cruzábamos con furgonetas que llevaban a los trabajadores enfundados en monos azules o grises y con *jeeps* a bordo de los cuales viajaban hombres y mujeres con casco de obra y batas blancas. No era raro ver hombres armados con largos rifles. Vimos a un grupo de niños entrando en el colegio en una doble hilera, algunos de ellos vestidos con sombreros con plumas y con capas verdes o rojas. Entre ellos no logramos ver a ninguno de nuestros niños. Vimos una especie de galpón con las puertas abiertas en cuyo interior había dos camiones del estilo de los que se usaban después de la Guerra Mundial. Los que se cruzaban con nosotros nos miraban con curiosidad, pero no parecían especialmente extrañados de que camináramos esposados ni de que fuéramos escoltados por dos hombres con fusiles.

Nos llevaron al edificio de oficinas que ya habíamos visto el día anterior. Tenía dos plantas, y estaba pintado de color amarillo calabaza. Recorrimos un largo pasillo con puertas a ambos lados, subimos al piso de arriba y nuestros dos escoltas nos

hicieron entrar por fin en un despacho amplio y cómodo, en el que había dos sofás de cuero y una mesa de café en un lado y una amplia mesa de despacho en el otro. Las paredes estaban forradas de paneles de madera oscura de no muy buena calidad (seguramente contrachapado, aunque el efecto general era agradable y acogedor), y había numerosas macetas con plantas tropicales en el suelo y a lo largo de las ventanas, que estaban cubiertas con persianas entornadas que tamizaban agradablemente la intensa luz de la mañana. En la pared del fondo, detrás de la mesa de despacho, había un cuadro al óleo muy grande donde aparecía retratado un hombre alto, de rostro pálido y enjuto, vestido con un traje color azul marino. En la placa de latón que había en la parte inferior del marco leí el nombre: Aarvo Pohjola. Los hombres que nos habían llevado hasta allí colocaron dos sillas frente a la mesa de despacho y nos dijeron que nos sentáramos y esperáramos.

Les obedecimos y quedamos solos en el despacho. Wade me miró de reojo y vi que sus pupilas se movían hacia arriba, izquierda y derecha. Seguí la dirección que me indicaba y vi sendas cámaras situadas en el techo, en ambas esquinas. Nos vigilaban. Nos escuchaban. Permanecimos en silencio. Yo estudiaba con curiosidad las facciones del hombre del retrato. Parecía tener unos sesenta años. Era un hombre alto, fornido y apuesto, de pelo gris e intensos ojos oscuros. Intenté descubrir quién era, o quién había sido, aquel misterioso Aarvo Pohjola, pero las pinceladas del retrato no quisieron revelarme nada.

Al cabo de unos instantes, se abrió una puerta lateral, y entró el mismo hombre que yo había visto dirigiendo las operaciones durante el episodio del gaseamiento. Se presentó como Abraham Lewellyn, un nombre que ya estaba en todas nuestras conciencias grabado de una forma o de otra, y por un instante pareció incluso que iba a acercarse a nosotros para estrecharnos la mano, lo cual hubiera sido imposible porque tanto Wade como yo teníamos ambas esposadas a la espalda. De modo que se sentó en la butaca de su mesa, suspiró profundamente y nos miró con una extraña sonrisa. Era un hombrecillo de apariencia insignificante y al mismo tiempo, quién sabe por qué, intensamente carismático.

—Por fin estamos aquí, ¿no es así? —dijo con tono nervioso, como si no supiera cómo empezar.

—¿Dónde están las mujeres? —preguntó Wade con un tono de voz maravillosamente calmo—. ¿Dónde están los niños?

—Usted no ha venido aquí para hacer preguntas —dijo el hombrecillo abriendo una carpeta de cartón que tenía en el escritorio y comenzando a examinar documentos.

—¿Por qué nos tratan como a criminales? —dije yo—. Somos náufragos. ¿Por qué nos tratan así?

No me hizo el menor caso. Tenía la mesa llena de papeles y de carpetas, y se entretuvo abriendo carpetas anaranjadas y hojeando papeles, fotocopias de documentos y hojas mecanografiadas, supongo que para ganar tiempo, o para

hacernos perder los nervios. En un principio yo pensaba que todo esto era teatro. Luego me fui dando cuenta de que las carpetas que tenía sobre su escritorio eran realmente informes pormenorizados sobre cada uno de nosotros.

—John Barbarin —dijo mirándome—. Nacido en Madrid, España. *Tenior* en Rosley College, cátedra de Composición, Oakland, Rhode Island. Compositor notado por sus afinidades tonales y neorrománticas. Autor de una ópera, una ópera de cámara, tres cuartetos de cuerda, cinco sinfonías, ninguna de las cuales ha sido estrenada... ¿Es correcto?

—Uno de los cuartetos sí fue estrenado —dije yo—. Y por el cuarteto Emerson, además.

—Wade Erickson —dijo, pasando a la carpeta de Wade—. Mecánico de automóviles. Dueño de un taller en Farber, Connecticut, retirado a causa de un atraco en el curso del cual resultó herido. El atacante fue su hermanastro, Raymond Erickson, actualmente en prisión. Recibió un impacto de bala en la columna vertebral de resultas del cual quedó parapléjico y confinado en una silla de ruedas.

Wade le miraba sin decir nada.

—Le ha ido bien en la isla, ¿verdad Wade?

Wade no contestó. Yo admiraba el dominio de sí mismo que mostraba.

—¿No tiene nada que decir? Le digo que le ha ido bien en la isla. La isla ha sido generosa con usted. Más que con nadie que yo haya conocido nunca. Con una excepción, naturalmente.

—No puedo quejarme —dijo Wade.

—Bien —dijo entonces Lewellyn—. Hablemos ahora de lo importante.

Quedó en silencio. Miró a su alrededor. Se levantó, se acercó a la ventana e hizo girar la varilla de las persianas para permitir que entrara un poco más de luz. Luego volvió a sentarse. Yo observaba la habitación en busca de pistas, en busca de claves. En la pared había un cartel con instrucciones para los casos de ahogamiento por ingestión de alimentos como los que se suelen encontrar en los restaurantes americanos. Había también fotos firmadas de Aldrin, el astronauta, de Ronald Reagan, de Art Pepper, de Bobby Kennedy, de Nancy Sinatra y de otras personas a las que yo no conocía.

—Suponga —dijo Wade—, suponga que nos dice qué estamos haciendo aquí.

—¿Por qué no me lo dicen ustedes? —dijo Lewellyn—. Son ustedes los que han aparecido de pronto sin haber sido invitados. Nadie les ha llamado. ¿Qué diablos hacen aquí?

—Ya se lo hemos dicho un millón de veces —dije yo—. Sufrimos un accidente.

Lewellyn suspiró profundamente y se recostó en su sillón de cuero. De pronto, la imagen me resultó cómica. El sillón era demasiado grande, demasiado solemne para él.

—Carmen y George me lo dijeron —dijo al fin—. Me dijeron que ustedes no sabían nada en absoluto, y yo no les creía. Lo que no puedo comprender es que hayan

sobrevivido tanto tiempo en estas condiciones. La isla suele ser implacable. Eso es lo que no logramos entender.

»El señor Pohjola parece tenerles en muy alta estima. Para ser sincero, no puedo comprender por qué. Un mecánico de coches de Connecticut y un compositor de tercera categoría que se dedica a seducir a sus alumnas... Sí, es extraño, pero sabemos que ustedes dos han alcanzado, cada uno a su manera, una cierta... una cierta sintonía con la isla...

Wade y yo continuamos callados.

—En esta isla... —dijo entonces mirando hacia la luz que entraba a través de las lamas de plástico de la persiana—. ¿Cómo es posible explicárselo para que lo entiendan? Digamos que en esta isla, en un cierto lugar, hay una caja... no, digamos mejor que hay una habitación... Una habitación, ¿comprenden? Y dentro de esa habitación está TODO.

»Digamos, también, que tres de ustedes, quién sabe cómo, han logrado encontrar esa habitación. Digamos que tres de ustedes, quién sabe por qué razones, han logrado establecer una cierta sintonía con la isla, de modo que la isla les ha permitido encontrar la habitación. Esas tres personas son ustedes dos, Wade Erickson, John Barbarin, y también una tercera, Santiago Reyes.

—Oh —dijo Wade.

—Espero que eso responda a su pregunta, señor Erickson —dijo Lewellyn—. Ésa es la razón de que hayan sido traídos hasta aquí.

—¿Traídos? —dije yo—. No hemos sido «traídos aquí». Vinimos hasta aquí por nuestra propia voluntad. Además, si querían traernos, ¿por qué no nos cogieron cuando asaltaron el pueblo? Se llevaron a muchos otros.

Abraham Lewellyn me miró con ojos vidriosos y brillantes.

—Ustedes tenían que venir por propia voluntad —dijo—. En la isla las cosas han de ser hechas siempre de una cierta manera. Si no se hacen las cosas de la forma debida, los resultados son impredecibles. El señor Pohjola nos dijo que debían venir ustedes por su propio pie. El señor Pohjola tiene su propia forma de hacer las cosas. Él es el único que conoce y comprende verdaderamente la isla.

—Usted no deja de hablar del señor Pohjola —dijo Wade—. Es de Aarvo Pohjola de quien estamos hablando, ¿no es así?

—Desde luego.

—Por su forma de hablar —siguió diciendo Wade—, usted parece querer dar a entender que no es usted el que da las órdenes, sino el señor Pohjola.

—Así es.

—Vamos, Lewellyn —dijo Wade—. No le mienta a un mentiroso. Usted es el jefe de todo este tinglado.

—¿Yo? —casi chilló, casi rió Lewellyn, como si la idea fuera fantástica o absurda—. No, no, se equivoca. Yo sólo soy el brazo ejecutivo.

—¿Pretende usted decirme que no es usted quien da las órdenes aquí?

—¿Es eso lo que piensan? —dijo Lewellyn como si todo aquello le divirtiera mucho—. ¿Qué yo soy el líder de toda esta gente? ¿Algo así como el Rey de esta isla?

—Todo el mundo habla de usted como jefe.

—Yo soy sólo un intermediario —dijo Lewellyn—. Yo no soy quien da las órdenes. Es el señor Pohjola quien da las órdenes.

—Entonces, ese famoso señor Pohjola, ¿se encuentra en la isla? —pregunté.

—Sí —contestó con sequedad—, el señor Pohjola está en la isla.

—Vamos, Lewellyn —dijo Wade—, ¿de qué diablos está hablando? Pohjola era ya un viejo en los años setenta. No puede estar en esta isla. Aarvo Pohjola debió de morir hace veinte o treinta años.

—De modo que Pohjola está en la isla —dije yo fascinado—. ¿Y usted habla con él?

—Pues claro que hablo con él —dijo Lewellyn—. Él es nuestro líder. Él es nuestro guía. Él es quien nos dice lo que tenemos que hacer.

—De modo que ¿todas esas cosas insensatas que hacen ustedes, esas cosas absurdas y dementes, los ataques al poblado, los raptos de los niños, las escenografías, los disfraces, todo eso... lo hacen por orden de Pohjola?

Lewellyn suspiró profundamente y se recostó en el sillón. Parecía aburrido y cansado, como si estas mismas cuestiones hubieran flotado muchas veces por encima de aquella mesa de despacho.

Wade y yo nos miramos de reojo.

Yo pensaba en el mago de Oz.

—Vamos a ver —dije yo—. No sé si le he comprendido bien. Al parecer, en esta isla hay una habitación que ustedes están buscando. Y tres de nosotros, quién sabe cómo, hemos logrado llegar a esa habitación.

—Exacto —dijo Lewellyn.

—Y ustedes quieren que les digamos cómo llegar hasta allí, ¿no es así? Pero eso tiene fácil solución. Yo les diré cómo. Se lo diré ahora mismo. No tengo ningún interés en ocultárselo. Sólo tienen que entrar en uno de los túneles de la autopista abandonada. Sabrán cuál es porque uno de los túneles está completamente bloqueado. El otro está también casi cegado por un alud de barro y plantas, pero se puede pasar fácilmente al otro lado.

Abraham Lewellyn me miraba ahora con una vaga sonrisa, como si lo que yo estuviera contando tuviera para él sentidos ocultos que yo ni siquiera sospechaba.

—¿A qué llaman ustedes exactamente «la autopista abandonada»? —preguntó.

—Bueno —dije yo—, es difícil describirlo de otra forma, ya que no es otra cosa más que una autopista abandonada. Un doble viaducto que cruza uno de los valles, sostenido por columnas de hormigón. No creo que haya más de una construcción como la que le estoy describiendo.

—En esta isla no hay ninguna autopista abandonada —dijo Lewellyn, mirándome

con gesto maravillado—. Pero ¿de qué diablos está hablando?

—Todos lo vimos —dije yo—. Todos los que íbamos en aquella expedición. Pasamos la noche allí.

—Eso es algo que puso allí el señor Pohjola para ustedes —dijo Lewellyn mirándome, a lo que me pareció, con envidia—. Sí, es un escenario del señor Pohjola. Completo en todos sus detalles, totalmente real, oxidado, viejo, con manchas de líquen, sólido como si llevara allí cincuenta años, o cien años, o mil años. Ustedes tocaron las columnas, y subieron a la vieja autopista abandonada, y se metieron en los túneles que atraviesan la montaña, supongo...

—En efecto.

—Y sin embargo, *nada de eso existía*. Son espectáculos creados por el señor Pohjola. Espectáculos. Sólo eso. El señor Pohjola los construye con los materiales que tiene a su disposición, que son virtualmente infinitos, inagotables. Puede utilizar sus recuerdos, o sus propios recuerdos, o crear recuerdos de cosas que jamás existieron. Para él toda la materia de la tierra es la sustancia de su sueño.

—¿Dice usted que el señor Pohjola «crea espectáculos»? —dije yo, fascinado con las palabras de Lewellyn—. ¿Cómo diablos podría nadie crear una autopista de la nada?

Abraham Lewellyn suspiró de nuevo antes de contestar, como buscando la forma de explicarse.

—Había tres hombres poderosos detrás del SIAR —dijo por fin—. Uno de ellos fue el que descubrió esta isla. Luego los tres se enfrentaron, pero el señor Aarvo Pohjola, el descubridor de la isla, venció a los otros y se hizo con el control de todo. Todo esto es agua pasada. El SIAR desapareció hace tiempo. Sus juegos no eran nada para la isla. La isla destruyó el SIAR, lo desmembró, lo redujo a nada. Pero el señor Pohjola estuvo cerca de la Columna Negra. Cuando cayó en la isla, estuvo semanas viviendo en las proximidades de la Columna Negra y no murió ni enloqueció, que es lo que le hubiera sucedido a cualquier ser humano corriente. «Columna Negra» es el nombre que dan los nativos a una de las montañas del interior de la isla, un pico basáltico realmente, que tiene la apariencia de una columna que brota de la tierra. El magnetismo es tan intenso en esa zona que todos los aparatos eléctricos se vuelven locos. Ni siquiera la gravedad funciona de manera normal en las proximidades de la Columna Negra. Las piedras flotan en el aire...

Wade y yo intercambiamos una mirada de reojo.

—En realidad, la Columna Negra es una tremenda fuente de energía. Alberga una energía desconocida. Un mineral desconocido.

»Sea como sea, el señor Pohjola se transformó en algo muy poderoso cuando llegó a esta isla. Algunos dicen que ya no es humano. Otros dicen que se volvió loco. Su poder nos sobrepasa a todos. Sus capacidades actuales son inimaginables.

—Se transformó en un gigante azul —dijo Wade entonces.

Abraham le miró a los ojos con gesto pensativo durante unos segundos. Luego

bajó la mirada y suspiró profundamente.

—Ustedes no saben nada... —dijo una vez más, como constatando una verdad tan inconcebible que uno se niega a aceptarla—. ¿Cómo han podido sobrevivir tanto tiempo entonces? Esta isla es implacable... ¿Cómo no los ha matado a todos?

—¿Está él en este edificio? —preguntó Wade—. ¿Nos está escuchando en este momento?

Abraham Lewellyn miró a los lados con inquietud, como si las palabras de Wade le produjeran terror.

—El señor Pohjola no está *aquí* —dijo entonces mirando a Wade con ojillos furiosos—. Nadie puede hablar con él.

—Pero usted sí puede.

—Sí.

—¿Habla con él telepáticamente? —preguntó Wade.

—Cuando tengo que hacerle una consulta, voy a verle.

—¿Sólo usted?

—Sí, claro —dijo Lewellyn.

—¿Dónde vive?

—Eso no es asunto suyo.

—¿Y los demás lo permiten?

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no van otros a hablar con Pohjola, si es que verdaderamente existe? ¿Por qué le permiten ir a usted solo? ¿Por qué sólo usted puede disfrutar de ese privilegio?

—Hablar con el señor Pohjola es verdaderamente un privilegio —dijo Lewellyn—. Pero es un privilegio que nadie querría por nada del mundo. Si yo no fuera a hablar con él, nadie más iría.

—¿Por qué no?

—Porque les daría demasiado miedo hacerlo —dijo Lewellyn.

—¡Pohjola! —dijo Wade en voz alta—. ¿Dónde se esconde? ¡Quiero hablar con usted! ¿Nos está escuchando?

—Cállese —dijo Lewellyn—. ¡Cierre la boca! ¡Cállese ahora mismo!

En ese momento la puerta se abrió y entraron varios de los hombres armados que nos habían llevado hasta allí. En aquella ocasión no se anduvieron con chiquitas. Nos amordazaron de forma brutal, poniéndonos en la boca un bocado de madera como los que se usaban antiguamente con los criminales y con los esclavos, y nos sacaron de allí apuntándonos con sus rifles y clavándonos los cañones en las costillas. Luego nos llevaron de vuelta a nuestra celda.

Bruckner en la Pradera

Esa noche, cuando apagaron las luces, intenté practicar de nuevo la meditación que había aprendido de Dharma. Me senté en una silla, puse las manos sobre las rodillas y cerré los ojos. Y fui siguiendo los pasos que nos habían dado en aquella ocasión, poniendo la atención en la respiración y relajando todo el cuerpo, observando los movimientos de la mente y luego concentrando la atención sólo en un punto.

Me venían imágenes, pensamientos, recuerdos. Preocupaciones, voces.

Con paciencia, puse la atención en la respiración e intenté que todos esos pensamientos molestos y envolventes se disolvieran por sí solos y me dejaran en paz. Luego volví a poner la atención en el entrecejo. Entonces tuve la imagen de una habitación oscura. En el centro de la habitación estaba Dharma, vestido como tantas veces le había visto en el poblado, descalzo, con unos pantalones ligeros y una camiseta negra. Llevaba un rosario de semillas de rudram terminado en una gruesa borla de hilo rojo colgando del cuello.

«Dharma», dije, «¿qué puedo hacer para salir de aquí?».

«Sigue meditando», me dijo. «Sigue meditando».

Entonces él se sentó en el suelo frente a mí, cruzó las piernas y colocó las manos sobre las rodillas haciendo el mudra típico de los yoguis (índice y pulgar unidos, los otros tres dedos extendidos, palmas mirando hacia arriba). Luego dijo:

«Imítame. Haz como si tú fueras yo. *Pretend you are me*».

Hice lo que me decía.

Casi al instante comencé a notar que algo cambiaba en mí. La sensación de mí mismo, la forma en que yo estaba dentro de mi cuerpo. Porque ahora había entrado en el estado de Dharma. Me pareció sentir un hálito, una fuerza imperiosa que me elevaba sobre mí mismo. Sentí cómo mi cuerpo físico se transformaba en miles y luego en millones de partículas de luz, algo así como las partículas de un gas que inmediatamente se pusieran en movimiento diluyéndose en el espacio (durante unos instantes tuve la visión, o quizá la sensación, de ser yo mismo uno de esos dibujos de Escher en que un castillo se transforma en cientos de golondrinas que se deshacen en el aire), y cómo mi conciencia adquiriría, al mismo tiempo, una enorme luminosidad. Perdía la conciencia del cuerpo físico, que se desvanecía a mi alrededor, y adquiriría la conciencia de un cuerpo muy sutil que parecía hecho de luz o de energía y cuyos límites parecían no del todo definidos.

De pronto toda la habitación se desvaneció, y me vi caminando por el campo, por la ladera de una colina cubierta de hierba. Rosana estaba allí mismo, un poco más arriba en la ladera de hierba. Me tendía la mano.

«Juan Barbarín», dijo. «Me alegro de verte por aquí. El señor Pohjola desea hablar contigo».

«¿Tú conoces al señor Pohjola?», le pregunté.

La seguí, y fuimos caminando ladera arriba hasta entrar entre los árboles, árboles oscuros y espesos, y ramas y matorrales de grandes hojas oscuras, y luego salimos de los árboles y de las hojas oscuras y estábamos caminando por las calles de Pozuelo.

«Estamos en Pozuelo», dije. «Éstas son las calles de Pozuelo».

«Eso parece», dijo ella.

Estábamos, de hecho, en la calle de los Olmos, en el Pozuelo de mi infancia. Rosana abrió la cancela del jardín de la casa de Cristina y entramos y atravesamos el césped. Caminaba por delante de mí y llegó enseguida a la pared de arizónicas que separaban el jardín de los Villar del jardín siguiente, y una vez allí se detuvo.

«Tienes que entrar ahí dentro», dijo. «El señor Pohjola te espera».

Avancé en dirección al muro de arizónicas. No era muy tupido, y se podía atravesar sin dificultad.

Así fue como, por segunda vez durante mi estancia en la isla, entré en la Pradera. Atravesé las arizónicas y allí estaba, en el viejo jardín de los juegos de mi infancia. En la parte superior había dos grandes árboles, uno oscuro y uno claro, seguramente un algarrobo y un sauce, y entre los dos árboles había una pequeña casita de piedra con el tejado roto.

Subí a la parte de arriba de la Pradera y pude ver entonces que frente a la casita, que tenía también las ventanas rotas, algunas parcialmente tapiadas por tablones, había una mesa de madera y dos banquitos de madera colocados sobre la hierba. Era una mesa como las que suelen encontrarse en las tabernas de cerveza de Alemania y Austria. También los banquitos eran del mismo estilo. En la mesa había, de hecho, dos jarras llenas de cerveza dorada que brillaban al sol y que me produjeron una sensación de sed y de deseo insoportables. Al lado de la mesa había un hombre bastante alto, calvo, vestido con ropas de campesino del siglo XIX, un blusón color azul celeste grande y de largos faldones, unos pantalones sueltos de un indeterminado color pardo y gruesos zapatos aptos para caminar por el campo. Me sonrió tímidamente al verme, y extendió su mano en un gesto de cortesía. Yo ya le había reconocido. Su pelo era tan tenue y tan claro que se hacía casi invisible, tanto el muy ralo y recortado de su cabeza como el de su labio superior, que componía un bigotito sólo visible a escasa distancia. Era un hombre alto, con un cuerpo voluminoso sin llegar a ser grueso, con una cabecita pequeña y huesuda en la que destacaba una nariz similar al pico de un pájaro del estilo de los loros o las cacatúas. Sus ojos eran diminutos y brillantes, muy expresivos. Estreché su mano.

«Siéntese, por favor», me dijo con una voz aguda y parecida a un gorjeo. «Beba un *bock* conmigo».

Me senté en uno de los bancos, y él hizo lo mismo. Cogió una de las jarras y la levantó en el aire. Yo tenía miedo de comer o beber la comida de los sueños, de modo que cogí la jarra y la choqué con la suya en el aire y luego me la llevé a los labios con intención de fingir que daba un sorbo, pero el contacto de los labios con el líquido

helado se me hizo irresistible y di un trago. Un largo, largo trago de cerveza dorada, amarga, deliciosa, fría como el hielo.

«¿Quién es usted?», pregunté. «¿Es usted el señor Pohjola?».

«¿Cómo, perdón?», dijo el hombre.

Le repetí la pregunta.

«Mi nombre es Bruckner», me dijo, «su seguro servidor».

Me costaba entenderle por su acento y también por su estilo anticuado de hablar.

«¿Cuándo terminará su novena sinfonía, señor Bruckner?», le pregunté.

«Oh, estamos trabajando, estamos trabajando», me dijo. «Ahora mismo estoy ocupado en una cantata, una cantata para coro y gran orquesta sobre la isla de Helgoland...»

Aquello no me convencía. Lo que me decía Bruckner era información al alcance de cualquiera.

«Señor Bruckner, este jardín donde estamos... Esta Pradera, esta casa, estos árboles, ¿qué es todo esto?».

«¿Perdón?», me dijo. «Le pido disculpas, estimado señor. Temo no haber comprendido bien su pregunta».

«Este lugar en el que estamos», dije yo. «No es verdaderamente un lugar, ¿no es así?».

«Estamos en Toblach», dijo. «Toblach, cerca de la casa de *herr* Mahler».

«¿También *herr* Mahler está por aquí?», pregunté. «¿*Herr* Gustav Mahler?».

«Es un joven muy brillante», me dijo. «Quería tomar lecciones conmigo, pero enseguida, nada más oírle tocar cinco minutos, supe que no tenía nada que enseñarle. Me visitaba a menudo en Viena, y cuando se despedía yo siempre bajaba con él hasta la puerta de la calle. Un joven muy notable. Podría poner más interés en el contrapunto, es la verdad. Pero el contrapunto parece interesar ya sólo a los viejos...»

«Toblach», dije. «¿De modo que estamos en Austria?».

«En efecto, mi dilecto amigo», me dijo riendo. «¿Dónde si no?».

«No podemos estar en Toblach», le dije. «No podemos estar en Austria. No podemos estar cerca de la casa de *herr* Mahler. No podemos estar usted y yo aquí hablando porque yo vivo en el siglo XXI y usted y Mahler hace cien años que murieron».

Bruckner asintió apaciblemente, y luego dio un largo trago de cerveza y se limpió los labios con el reverso de la mano, ahogando discretamente un eructo.

«Éste es el Jardín de la Resurrección», me dijo. «Este lugar está en todas partes y en ninguna. Para mí está en Toblach. Para usted puede estar en otro lugar. Eso no importa. Tampoco el tiempo importa mucho en este lugar. Usted y yo estamos hablando, y yo hablo a menudo con Mahler. Sí, veo muchas veces a *herr* Mahler, a su distinguida esposa y a sus niñas. Me llaman “tío Bruckner”, y la señora Alma me llama Anton, y a veces “Antonio”, en italiano, o “Tonio”, bromeando, porque me trata como si yo en verdad fuera de la familia. La señora Alma es una mujer

realmente hermosa. A mí me parece que es demasiado bella para ser una esposa, y creo que *herr* Mahler sufre mucho de celos a causa de su belleza. La señora se quedó embarazada antes de casarse, aunque Mahler se apresuró a legalizar la situación de ambos con un rápido matrimonio, pero esa clase de conductas no me parecen recomendables ni dignas de encomio. No me malinterprete, yo la quiero como si se tratara de mi propia hija, pero me temo que dos temperamentos tan parecidos como el de ellos dos no puedan llegar a formar una pareja estable y que les cueste ser felices. Porque ella también es artista, ¿sabe usted?, toca bien el piano, y escribe bonitos *lieder*. Un poco como Clara Schumann... Unos *lieder* que nunca le ha enseñado a su marido, y que ella y yo tocamos y cantamos en secreto. Sí, al parecer ella le hizo la promesa de que abandonaría toda actividad artística después de casarse con él, y si él se enterara de que ella a veces sigue escribiendo música se pondría furioso. Tiene mucho temperamento, el señor Gustav. Es judío, ¿sabe usted?, tiene sangre caliente en sus venas. Proviene de Bohemia. No es que yo tenga nada contra los judíos. Pero creo que los austríacos tenemos otro carácter, somos más reposados, más tranquilos. Si hubiera una guerra entre alemanes y judíos, los alemanes serían aniquilados en pocas semanas, ¿no le parece a usted? *Herr* Mahler parece tener un volcán en su interior. Pero la señora Alma también tiene un volcán dentro del pecho. Le dice a su marido: “yo admiro a los hombres por las cosas que logran; cuantas más cosas logran, más les admiro”. Y *herr* Mahler responde: “entonces, ¿qué sucedería si conocieras a alguien que logra más cosas que yo?”. Y ella le dice: “si sucediera tal cosa, me enamoraría de él y te abandonaría, eso está claro”. Esta clase de cosas las dice medio en serio medio en broma, pero bastan para poner a mi amigo tremendamente celoso. Él le dice: “en ese caso estoy tranquilo, no creo que en esta época haya nadie que logre más cosas que yo”. Pero no está tan tranquilo como dice. En cuanto ve que Alma habla con otro hombre, o lee un libro de algún poeta, o escucha la música de algún compositor que no sea él, se pone enfermo de celos. Creo que si pudiera encerrarla en una jaula, en una preciosa jaula forrada de terciopelo y llena de plumas y de joyas, lo haría. La tendría sólo para él, dentro de una habitación cerrada. A veces los dos están muertos de celos, el uno del otro. Yo les envidio, se lo confieso, porque eso significa que se quieren. Yo jamás he conocido emociones parecidas. No puedo imaginar que una mujer sienta celos de mí. La señora Mahler es una mujer muy inteligente, mucho más inteligente que Mahler y mucho más inteligente que yo, ciertamente. Cuando se casaron, una de las cosas que ella aportó al nuevo hogar, ¿sabe usted lo que fue? ¡No podría ni imaginárselo! ¡Libros! Ella traía consigo sus libros. Entre ellos, las *Obras Completas* de un autor impío que Mahler rechazaba de plano».

«¿Un autor impío?», pregunté por curiosidad. «¿Qué autor era ése?».

«Friedrich Nietzsche. No sé si ella llegó a conocerle en persona. Ella siempre se ha sentido atraída por los hombres famosos e importantes. Nietzsche. Supongo que le conoce, todo el mundo le conoce. Acabó enfermo, recluido en un asilo. Pobre

Nietzsche. Quiso matar a Dios. Y sólo logró volverse loco. La señora Alma tenía una edición de sus obras completas, y quiso traerlas al nuevo hogar de los Mahler, y el señor Gustav se negó de plano. Le dijo que le prohibía que tuviera aquellos libros y le exigió que los quemara. Y entonces la señora Alma sacó su carácter, y le dijo que eso de quemar libros era de bárbaros y que no pensaba hacer tal cosa. Al final, él tuvo que transigir. Toleró que los libros de Nietzsche entraran en la casa, pero le exigió a su esposa que no los abriera jamás. Y ella aceptó el trato. Creo que con esta sencilla anécdota podrá ver usted la clase de pareja que son. ¿Puede haber un verdadero matrimonio entre dos personas así, entre un hombre que no es capaz de dominar a su esposa y una esposa que no está dispuesta a complacer a su marido en todo? Imagine una orquesta en la que todos los instrumentos quisieran tocar al mismo tiempo y llevar la melodía principal. No, no es así. Cuando uno calla, el otro habla. Cuando uno toca una melodía, el otro se siente feliz de tocar un bajo, o añadir quizá un pequeño comentario en los compases de silencio. La música es como la vida, y también la vida debe ser como la música. La belleza de la música surge de la armonía de las partes. Y para que haya armonía, cada parte debe conocer su papel dentro del conjunto. Perdóne si me expreso así. Espero no haberle molestado con mis opiniones. Perdóne mi insolencia. Soy un hombre viejo, es cierto, y seguramente lo que digo le resultará muy anticuado. También es cierto que no tengo ninguna experiencia en temas de matrimonio. Ninguna experiencia».

Quedó en silencio.

«Señor Bruckner...», dije, buscando las palabras. «Seguramente no me ha hecho venir hasta aquí para hablarme de las rencillas matrimoniales de Mahler, ¿no es así?».

«¿Cómo, perdón? ¿Decía usted, estimado amigo...?».

«Hábleme de este lugar», dije. «Hábleme del Jardín de la Resurrección».

«Hablar, hablar», dijo Bruckner suspirando profundamente. «Yo nunca he sido hombre de muchas palabras. Hablar... para eso está la música, ¿no?, para hablar. Quiero decir, para dejar que ella hable».

«¿Este Jardín donde estamos es el Adagio de su Octava Sinfonía?», pregunté.

Bruckner se puso a mirar a su alrededor, pero me pareció que la idea no le sorprendía en exceso. Seguía agarrando el asa de cristal de su jarra de cerveza, y la acariciaba lentamente con el pulgar en un movimiento inconsciente.

Luego se metió la mano en uno de los bolsillos de su blusón y sacó una bolsa de papel llena de cerezas. Se puso a comer cerezas pensativamente, e iba dejando los huesos dorados sobre la mesa, al lado del *bock* de cerveza.

«Sí, es posible», dijo por fin. «Es posible que sea el Adagio. O el Finale, no lo sé. No, probablemente el Adagio. En todo caso, es obviamente la Octava Sinfonía».

Quedamos los dos en silencio.

Siempre he sentido que el Adagio de la Octava Sinfonía describe un jardín. El jardín tiene la forma bien conocida de la Pradera, una forma que yo he encontrado en mi vida en numerosos lugares. Los elementos pueden variar ligeramente, así como las

dimensiones. La Pradera puede estar rodeada por un alto muro de piedra o por una simple pared de plantas, puede estar dividida por un simple escalón o por todo un muro de contención que se salva mediante escalinatas. Los árboles pueden ser pequeños o muy grandes, y entre ellos puede haber una casa, una cabaña de madera o una casa de piedra de dos pisos. Frente al escalón, en la parte inferior, hay una trampa o una trampilla que se abre en el suelo. La Pradera siempre es así, y la Pradera en que yo me encontraba en aquellos momentos también era así.

«Señor Bruckner», pregunté. «¿Por qué estamos aquí? ¿Qué significa este lugar? ¿Representa el misterio de la música? ¿Es un mapa de la Realidad? ¿Una representación del Alma?».

Mi interlocutor seguía mirando a su alrededor. Me pareció que miraba el campo y las plantas como los miran los campesinos, de manera directa, no idealizada. Aquello me extrañó, porque siempre había creído que Bruckner era, junto con Beethoven y Mahler, uno de los grandes idealistas de la naturaleza. Dejó sobre la mesa el hueso de la última cereza que había comido, arrugó el borde de la bolsa de papel y volvió a metérsela en el bolsillo de su blusón. Luego se levantó de la silla apoyándose en sus propias rodillas, como a menudo hacen los ancianos, y se puso a caminar en dirección a la casa. Caminó unos pasos y se detuvo.

«Cuando comencé a escribir el Adagio de la Octava Sinfonía», dijo Bruckner, «estaba pensando en el dúo de amor del acto segundo de *Tristán e Isolda*... Un hombre, una mujer, una mujer, un hombre... Esa figura sincopada del principio, que en Wagner está en La bemol mayor y en mi Adagio, en Re bemol... Ésa es la música de la Pradera, *herr Barbarin*, de lo que usted llama “la Pradera”, la música de los dos amantes... La lucha de dos fuerzas... Una que desciende, una escala descendente en Re bemol mayor, y una música que asciende... Y el sinuoso, cromático motivo de la serpiente... La música del Adagio representa el Paraíso, quizá... El aire soplando en la Pradera en la que un hombre y una mujer yacen abrazados... ¿Nunca se le ha ocurrido pensar que los dos árboles, uno oscuro y uno claro, uno fuerte y uno tierno, representan a un hombre y a una mujer?».

«¿Un hombre y una mujer?», dije yo. «No, la verdad es que no. Siempre había pensado en algo más místico...»

«¡Pero si no hay nada más místico!», dijo Bruckner. «Siempre me pareció que *Tristán e Isolda* contenía la música más mística jamás escrita... Lo dije, y se reían de mí... Oh, sí, creo que las carcajadas todavía se escuchan... ¡*Tristán* es la representación del amor sensual!, decían. ¡La pasión! ¡Nada de mística! ¡El viejo Bruckner no entiende nada! ¡Pobre tonto entrañable! ¡Es ingenuo como un niño! Y yo digo que no han entendido el *Tristán*...»

»Un árbol hombre y un árbol mujer. Los dos están separados, pero sus raíces se unen debajo de la tierra. Y sus hojas y sus ramas también se unen en lo alto, quizá. Pero donde ambos se unen sin duda es en la sombra, cuando llega el atardecer. Las sombras crecen, y se unen sobre la Pradera. ¿Se da cuenta, *herr Barbarin*?

»Yo siempre he amado las sombras de los árboles. Sombras de los árboles por las aceras de la ciudad de Linz. Sombras de los tilos en las avenidas de la ciudad imperial de Viena. Sombras de los saúcos en un amado camino por los campos. La sombra de los árboles es el cobijo contra el sol y contra la lluvia. Y de la sombra de los árboles, ¿ve usted? surge una casa...

»Podríamos decir que la casa representa al hijo. A Cristo, que es el Hijo y también la sombra, la sombra de la nube sobre la superficie de la tierra. Usted ha visto la nube algunas veces. Pero no ha buscado la sombra de la nube. ¿Qué somos nosotros, pobres ovejas que llevan al matadero, más que parte de la sombra de la nube? Lo que la nube deja sobre la superficie de la tierra. Una huella. Una sombra. Y de la sombra de los árboles surge una casa...

»La música es Cristo porque Cristo es “el sonido hecho carne”. ¿Comprende usted?

Yo me levanté también de mi silla, pero él me detuvo con un gesto.

«Usted no es realmente Anton Bruckner», dije yo entonces. «Usted es un filósofo, quizá, un místico. ¿Es usted Aarvo Pohjola?».

«Mírese los pies», me dijo entonces con autoridad.

En un principio yo no entendí lo que quería decirme. Luego me señaló con la mano en dirección a los pies, y yo bajé los ojos aturdido, sin entender todavía qué era lo que debería ver. Miré mis pies, y lo que vi no tenía nada de extraordinario. Nada de extraordinario.

«¡Dios mío!», grité de pronto. «¡Tengo mis dos pies!».

«No es posible estar en este lugar y no estar completo», dijo Bruckner. «Usted dice que no entiende, que no sabe qué hace aquí. La respuesta es sencilla. Usted ha venido aquí a crear. Para eso sirve la música, para crear. Debe crear una casa, y entrar en la casa y habitarla. Debe crear una sombra y habitar esa sombra, y permitir que otros la habiten también. ¿Para qué sirve la música? Para abrir una flor dentro de su cerebro. De esta flor nacerá un árbol. Del árbol, nacerá una criatura. Y esa criatura se pondrá a caminar. Usted es una pluma del gran pájaro de Dios. Cuando todas las plumas estén vivas, el gran pájaro abrirá los ojos y emprenderá el vuelo. Hasta ese momento, el gran pájaro no es más que un sueño, una colección, una lista, una biblioteca, un museo, un osario...

»¿Comprende usted que le estoy hablando de una transformación, de una transformación interior? ¿Comprende usted que le estoy diciendo que si usted ha llegado hasta aquí es porque usted desea esta transformación?».

«Una transformación», dije yo. «¿En qué debería transformarme?».

«En una estrella», dijo Bruckner. «¿En qué otra cosa?».

Señaló a lo alto, al cielo azul del mediodía en el que no era visible ningún astro. Y yo miré a lo alto, al cielo limpio y azul, imaginando las invisibles estrellas, e imaginando entre ellas a mi estrella, la que me aguardaba desde siempre, la que desde siempre *sabía de mí*.

«Pero ¿para qué?», pregunté. «¿Para qué?».

«Para qué», dijo Bruckner, o fuera quien fuera aquel ser que me hablaba. «Ésa es una gran pregunta. Muchos han buscado esa “estrella en el hombre”, pero no sabían para qué. Deseaban evolucionar en la escala del ser, pero todavía no sabían para qué».

—Para ayudar a los otros, quizá —dije—. Para ayudar a los que sufren.

—Ésa es la respuesta —dijo Bruckner—. Para realizar la gran tarea del amor. Para ayudar a los otros. Para ayudar a los que sufren.

Intenté ponerme de pie de nuevo, pero no lo logré. Vi cómo el hombre que no era Bruckner y que quizá fuera el señor Pohjola se dirigía hacia la casa caminando lentamente, y cómo a medida que se acercaba a la casa, ésta, que en un principio me había parecido muy pequeña, casi como una pequeña caseta, crecía y crecía. Me pareció entonces que la casa volvía a la vida, que las enredaderas florecían y aparecían cristales y visillos en las ventanas, y vi cómo el hombre llegaba por fin a la puerta de entrada, agarraba el picaporte y la abría. Y luego desaparecía en el interior, cerrando la puerta tras de sí.

Vrajavala y Xóchitl escapan

Cuando llevaban cuatro días caminando a través de la isla, una noche, Xóchitl y Vrajavala escaparon de sus captores mientras todos dormían. Las prisioneras llevaban varios días encadenadas, y tenían heridas en las muñecas, de modo que Abraham Lewellyn había ordenado que las desataran durante la noche. De cualquier modo, siempre había alguien vigilando. Hacían turnos de tres horas a lo largo de la noche para poder mantenerse despiertos, pero Peter, un gigante de ojos claros y cara de niño, que tenía el segundo turno de la noche, se quedó profundamente dormido durante su guardia. Xóchitl se dio cuenta, y pudo despertar a Vrajavala, que dormía a su lado. No se atrevieron a despertar a las otras cautivas. No dormían todas juntas, y era crucial no hacer el menor ruido para no ser descubiertas, de modo que optaron por deslizarse lo más sigilosamente que pudieron lejos del campamento.

Cuando se habían alejado unos centenares de metros, comenzaron a darse cuenta de que su situación era ciertamente difícil. Estaban agotadas después de un día entero caminando, sin agua ni provisiones, perdidas en medio de la selva, en mitad de la noche. No sabían hacia dónde dirigirse y sus huesos y sus músculos les pedían descanso a gritos, pero sabían que si no avanzaban rápido y se alejaban lo suficiente serían capturadas de nuevo. De modo que se pasaron casi toda la noche caminando. Intentaban regresar por donde habían venido. Pero orientarse en mitad de la noche no resultaba fácil. Cuando comenzó a clarear el alba, se encontraron en lo más profundo de un valle lleno de niebla. De la niebla surgían sus cinturas y también ramas de helechos cuajadas de diminutas gotitas de rocío. Y grandes flores anaranjadas y rosáceas. Y pequeñas mariposas blancas. Olía a plantas y a tierra húmeda. Los pájaros cantaban y los insectos añadían su contrapunto de chirridos y zumbidos.

Llegaron a un arroyo que corría entre piedras cubiertas de musgo, donde pudieron beber y lavarse. Discutieron si habían pasado antes por aquel arroyo o si era la primera vez que lo veían. Encontraron un nido lleno de huevos, y discutieron si serían de ave o de reptil. El hambre les hizo olvidar sus prejuicios, y desayunaron cada una un par de huevos crudos, bebiéndolos directamente después de hacer un pequeño orificio en la superficie calcárea.

Estaban en una zona bastante alta, entre las montañas.

Mientras descansaban, se pusieron a hablar, y comenzaron a contarse su vida. Luego hablaban mientras caminaban, siguiendo el valle y luego el valle siguiente, caminando en dirección al norte y adentrándose, en realidad, en las montañas del centro de la isla, ya que su verdadera dirección era nordeste. Cuando el sol se levantó pudieron modificar su dirección, pero para entonces ya estaban muy dentro de las montañas. Ahora ya estaban cansadas y habían dejado de hablar. Se limitaban a caminar, esforzándose por poner el pie un paso por delante, un paso por delante, y

otro más, y otro. Llegó un momento en que el cansancio las rindió, y se quedaron las dos dormidas. Un animal despertó a Vrajavala, un pequeño mamífero que huyó al instante y que ella no llegó a ver con claridad. Por la posición del sol comprendieron que habían dormido apenas un par de horas, pero querían seguir alejándose de sus captores. De modo que se pusieron de nuevo en marcha.

Estaban en una selva de laurisilva, muy húmeda, aunque el calor no era tan agobiante como en las tierras bajas. Quién sabe por qué, sentían mucho miedo de caminar por aquellos lugares. La región era oscura y lúgubre, y presentían fantasmas y maldiciones entre las sombras de los árboles. Luego llegaron a terrenos más despejados, y el sol se introducía fácilmente hasta las ramas e iluminaba las cosas. Iban avanzando siguiendo el dibujo de los valles, ya que no era posible caminar en línea recta subiendo riscos y paredes de roca. Era el paisaje lo que determinaba la dirección de su marcha.

Hacia la mitad del día, llegaron a una torca, una profunda depresión entre las montañas, en cuyo fondo había un lago de un intenso color azul celeste. Al lado del lago había una construcción, una pequeña casa de hormigón de dos pisos. Se acercaron hacia allá, y a medida que descendían por el terreno cárstico, el lago, que desde arriba había parecido apenas un charco, parecía aumentar de tamaño y también aumentaban las dimensiones de la casa. Era un edificio indistinguible, coronado por un tejado a dos aguas cubierto con planchas de zinc, y que sólo tenía ventanas en la planta superior. Parecía abandonado, aunque no estaba en muy mal estado. Vrajavala se dio cuenta del miedo que había en los ojos de Xóchitl y le preguntó cuál era la razón de su inquietud. Pero seguramente Xóchitl no se lo explicó enseguida. No le explicó que aquella casa era idéntica a la de Miguelito y Ana María en Pahuatlán, estado de Puebla, México. Seguramente se estaba preguntando por dentro cómo diablos podía haber allí una casa que era en todos sus detalles idéntica a aquella en la que ella había vivido los peores momentos de su existencia. O quizá no se lo preguntaba. En la isla, la mente, los recuerdos, los reflejos, los instintos, no funcionaban como en el resto del mundo. Lo que en otros lugares podía parecer normal allí resultaba extraordinario, y viceversa: lo que en cualquier otro lugar hubiera parecido algo imposible y delirante uno allí lo aceptaba como algo normal.

Era extraño contemplar aquella casa en aquel lugar, en medio de un terraplén de tierra gris que descendía hacia una laguna, ella que siempre la había visto incrustada en la ladera de Pahuatlán, entre otras casas, entre palmeras y álamos.

Entraron en la casa. Les costó abrir la puerta metálica de la cocina, en la que no encontraron víveres. La puerta de la edificación principal, por el contrario, estaba abierta y desencajada. Subieron a la planta superior por las escaleras de ladrillo y cemento construidas por Miguelito, las escaleras a las que nunca había llegado a añadirles pasamanos y que nunca había llegado a pintar ni a pulir. El piso de arriba estaba bien iluminado y resultaba acogedor. Las habitaciones estaban vacías, pero en la sala principal había dos sofás, y también varias pinturas de papel amate en las

paredes, así como la imagen de la virgen de Guadalupe. Xóchitl le explicó a Vrajavala quién era la virgen de Guadalupe y lo que significaba para los mexicanos.

—Entonces, ¿esta casa en la que estamos es tu casa de México? —preguntó Vrajavala mirando a su alrededor con temor.

A eso me refiero cuando digo que en la isla uno se acostumbraba a aceptar con naturalidad lo extraño y lo monstruoso. Xóchitl le dijo que no, que no era su casa, pero que aquella casa era idéntica a otra en la que había vivido durante una temporada unos años atrás, la casa de unos amigos, situada en las montañas del centro de México. Se sentaron en los sofás para descansar. Xóchitl le explicó lo que era el papel amate que decoraba las paredes y le habló por encima de Miguelito y de Ana María y de su tesis de sociología. Y entonces fue cuando las dos oyeron el ruido que provenía del baño. Era un ruido de agua, como de una fuente. Como si alguien se hubiera dejado un grifo abierto. Seguramente aquel ruido llevaba sonando un largo rato y sólo entonces se daban cuenta. Los ruidos monótonos tienen la cualidad de meterse como por debajo de nuestros pensamientos y permanecer allí escondidos e inadvertidos. Sólo nos damos cuenta de su presencia cuando se interrumpen, o cuando quedamos en silencio.

Las dos se miraron con miedo. ¿Un grifo abierto? Se acercaron al cuarto de baño. No había puertas, ni tampoco telas colgadas de los marcos de madera como en la casa original. A través del vano de la puerta del baño vieron un lavabo con los dos grifos cerrados. Se acercaron un poco más, y Vrajavala asomó la cabeza para mirar al interior. Le hizo señales a Xóchitl y las dos se retiraron al salón. Luego Vrajavala descendió por las escaleras y salió de la casa, seguida de cerca de Xóchitl. Una vez fuera, Vrajavala le dijo que las cortinas de la ducha estaban corridas, y que pensaba que había alguien dentro de la ducha. Que era el grifo de la ducha lo que estaba abierto, y que le daba la impresión de que había alguien debajo del chorro.

—Vámonos de aquí —dijo Xóchitl—. Vámonos lo más lejos posible.

—Espera —dijo Vrajavala—. Tenemos que averiguar quién hay allá dentro.

Esperaron una media hora fuera de la casa, escuchando atentamente los sonidos del interior, pero no oían nada. Finalmente, subieron de nuevo las escaleras cautelosamente. La estancia de arriba seguía completamente vacía, y el ruido del agua seguía sonando igual que antes.

—No es posible que haya nadie tanto tiempo debajo del chorro —dijo Xóchitl.

Preguntaron en voz alta si había alguien allá dentro. Y entonces, para su gran sorpresa, el sonido del agua se cortó, como si alguien finalmente hubiera cerrado el grifo. Oyeron movimiento dentro del baño. Oyeron cómo se descorrían las cortinas. Alguien salía de la ducha, alguien pesado que se movía con parsimonia. Enseguida le vieron en el vano de la puerta del baño. Era un hombre bastante corpulento, no muy alto, completamente desnudo y brillante de agua, con el grueso pene colgante. Estaba empapado de pies a cabeza. Tenía el pelo negro y muy corto, y un fino bigote sobre el grueso labio superior.

—Simeón —dijo Xóchitl.

Él le hizo una señal llevándose dos dedos a la frente y le sonrió.

—Licenciada. Qué sorpresa verla por acá.

Pero no parecía excesivamente sorprendido.

—Sé que no eres tú —dijo Xóchitl temblando de miedo—. Sé que todo esto es una creación de mi mente.

—¿De su mente, licenciada? —dijo el hombre—. No lo creo. Su mente no vale madres. Su mente no puede crear ni una verga floja. Y mire qué duros que están estos muros. Este suelo. Mire qué reales parecen.

—¿Quién es este hombre? —preguntaba Vrajavala—. ¿Le conoces?

—Sí, le conozco muy bien —dijo Xóchitl, suponiendo que Simeón no entendería inglés—. Este hombre me violó, junto con otros dos amigos suyos. Este hombre es un asesino profesional, que se divierte violando y golpeando a las mujeres. Cuando se emborracha golpea a la mujer que tiene más cerca hasta cansarse. Violó a su propia hija, que sólo tenía trece años, y la dejó embarazada, y luego la niña murió cuando su madre la llevó a una curandera para que le hiciera un aborto. Y luego violó a su hija de diez años, a su propia hija. Y después de eso yo le maté.

—¿Tú? —preguntó Vrajavala espantada.

—Sí. Con veneno de serpiente. En realidad no murió a causa del veneno. El veneno lo único que hizo fue inmovilizarle. El fuego hizo el resto. Y no estoy arrepentida de lo que hice. Lo volvería a hacer.

—¿No estás arrepentida? —dijo el hombre en español—. ¿Lo volverías a hacer, hija de la chingada? Tú eres lo peor de lo peor. Debí matarte la primera vez. Ya estabas muy usada, reputa, ya no valías madres. Estabas ya bien abierta, pues, ni te dolió. ¿A qué tanta pena?

—Sé que estás muerto —dijo Xóchitl temblando violentamente de pies a cabeza, casi incapaz de hablar—. No me das miedo.

—No estoy muerto —dijo el hombre—. Si estuviera muerto, ¿qué iba a estar haciendo acá? Mira —añadió empuñando su grueso miembro y agitándolo obscenamente en el aire—, ¿te parece ésta verga de muerto? Si quieres y te la doy a probar otra vez.

Luego se detuvo, se soltó el pene y suspiró profundamente. Parecía cansado, o aburrido, mortalmente aburrido. Entró en el baño y volvió a salir con una toalla con la que se secaba el cuello y la nuca.

—¿Por qué no me hacen unos huevos rancheros y cenamos tranquilamente? Hay jamón y huevos en la despensa, y también una botella de tequila.

—¿Dónde está la despensa? —preguntó Xóchitl.

—Abajo, mi amor —dijo el hombre que era idéntico a Simeón—. La puerta que hay al lado de la entrada. Mientras ustedes arreglan la cena yo me pongo los pantalones.

De modo que Xóchitl y Vrajavala descendieron, buscaron la puerta de la

despensa, y la encontraron, para su gran deleite, llena de víveres. Podían haber escapado entonces, pero no lo hicieron. Xóchitl temblaba, le temblaban las piernas y las manos y la boca, y sentía que había estado a punto de orinarse encima, como ya le había sucedido una vez al encontrarse con la policía judicial en un camino de la montaña. Se abrazó a Vrajavala y lloró un poco, convulsivamente, y Vrajavala le decía tranquila, *darling*, yo estoy contigo. Podían haber escapado, pero en cambio llevaron víveres a la cocina e hicieron huevos rancheros con lonchas de jamón, queso frito con jalapeños, arroz blanco, tomates verdes a la parrilla y abrieron una lata de piña en almíbar y unos refrescos de fresa. De pronto, el deseo de comer, la felicidad de contar con todos aquellos alimentos, se superponía a cualquier otra consideración y se hacía más fuerte que cualquier temor o precaución. Xóchitl se repetía una y otra vez: está muerto, ya no puede hacerme daño. Pero no estaba del todo convencida. Simeón no parecía estar muerto en absoluto. Cenaron los tres en silencio, en una mesa de tabla que había en la planta de abajo, disfrutando de los exóticos sabores y dejando la puerta de la casa abierta para que entrara la luz de la tarde. Vrajavala no tocó el jamón, pero devoraba los jalapeños como si no sintiera el picor. Xóchitl le preguntó a Simeón cómo había acabado en aquel lugar, y él dijo que había sido reclutado. Había tenido que irse al Norte, dijo, a los Estados Unidos, para hacer un trabajo para sus jefes de la Familia michoacana, y una vez allí le habían dicho que no podía regresar a México por el momento, que había una nueva jefa de Policía en Morelia que estaba poniéndoles las cosas difíciles a la Familia y que había varias investigaciones en curso. Posteriormente, la jefa de Policía sufrió un atentado del que logró salir ilesa aunque en el tiroteo murieron tres policías y dos transeúntes y se produjo una docena de heridos. Ella declaró a la televisión que no pensaba abandonar su puesto y que no se iba a dejar intimidar por las balas de los sicarios, pero tres meses más tarde abandonó su puesto aduciendo razones familiares. Mientras tanto, en los Estados Unidos, Simeón había hecho nuevas amistades. Vivía en Cedar Rapids, donde un cuate le presentó a un hombre del Este que andaba buscando jóvenes con formación militar, le dijo, para trabajar como guardias de seguridad en una explotación minera del sur de Asia. La paga era muy elevada, y Simeón calculó que si trabajaba un par de años en aquella explotación minera regresaría a México convertido en un hombre rico. Pidió permiso a sus jefes en la Familia, convencido de que le dirían que no, ya que él había jurado lealtad de por vida. Pero para su sorpresa, su jefe directo, al que apodaban el Simpson, le dijo que Don Facundo Ávalos Monegal en persona había dado el visto bueno. El Simpson le dijo también que la Familia tenía intereses en aquella explotación minera y que les convenía tener un hombre de confianza para ir conociendo el lugar y establecer contactos, ya que los contactos, las amistades y el compadreo son la clave de su negocio. Nunca le habían dicho qué diablos se extraía en la explotación, y él tampoco había preguntado. Sabía que cuanto menos supiera de todas las cosas mucho mejor viviría. Y así fue como se trasladó a Los Angeles, y de allí a un pequeño islote situado en algún lugar del

Caribe, donde había recibido un entrenamiento de dos semanas, tras lo cual había sido llevado a la isla en cuestión en un submarino. Un largo viaje, largo y aburrido. Y para qué madres ir en submarino, les dijo a las dos mujeres que constituían su audiencia, si los radares y los satélites localizan todo lo que se mueve por debajo del agua igual que localizan lo que flota. Nunca había firmado ningún documento, lo cual era habitual en su línea de trabajo, les dijo, donde las relaciones se basan en el honor de las personas y no en un pedazo de papel, y donde las faltas de lealtad se pagan con trozos del propio cuerpo. Les enseñó las manos, diciendo: ya ven que tengo todos mis dedos completos. Ya ven que yo soy leal.

Luego se puso a pensar en algo.

—Dentro de una hora llegarán mis compañeros —dijo Simeón en español—. Si las encuentran acá, se van a poner bien felices de tener a dos hembras como ustedes, tan limpias y tan jóvenes. Ésos sólo piensan en dos cosas: en hembras y en hembras. Y por acá hay poquitas. Las atarán cada una a una cama, y las tendrán aquí encerradas para violarlas cuando quieran. Si yo fuera ustedes, me aventaría no más tantito.

Las dos quedaron en silencio. Simeón bebía vaso tras vaso de tequila, y ahora estaba tan borracho que le costaba hablar. Saltaba del español al inglés.

—En mi línea de trabajo, la venganza es esencial —le dijo entonces a Xochtil, mirándola con una suave sonrisa perversa, como si aquella situación le provocara un intenso deleite—. Tú intentaste matarme, y ya sabes qué es lo que yo debería hacer. Violarte, hacerte daño y luego degollarte. O algo peor. Raptar a tu hermana pequeña y violarla y torturarla delante de tus ojos. Y luego matarla y a ti cortarte la nariz y los labios y dejarte viva. Sí, dejarte fea, sin nariz y sin boca. Eso sería mucho peor que matarte. Pero no voy a hacerte madres. No voy a hacerte nada.

Xóchitl le miraba con terror. Estaba tan aterrada que no podía moverse ni tampoco hablar.

—No voy a hacerte nada —repitió Simeón.

Xóchitl estaba temblando. Sintió que Vrajavala le cogía la mano por debajo de la mesa. En la otra mano, Vrajavala sostenía un grueso cuchillo que había cogido de la cocina. Era poco probable que Simeón no se hubiera dado cuenta de la presencia del cuchillo y que no supiera en aquellos instantes exactamente dónde se encontraba.

—Voy a quedarme aquí bebiendo tequila —dijo Simeón—, mientras ustedes limpian la mesa y me hacen un buen cafecito de olla, ¿sí? Luego lavan los trastes y se marchan antes de que lleguen mis cuates. Pero lávenlos y séquenlos y colóquenlos de nuevo en su lugar. Si ven que hay tres platos sucios o tres platos lavados van a empezar a hacerme preguntas.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Vrajavala—. ¿Por qué te preocupas por nosotras?

Simeón la miró con sus ojillos oscuros y brillantes. Seguía bebiendo tequila. Llevaba ya más de media botella y seguía bebiendo.

—¿Y tú de dónde eres, mujercita? —le dijo.

Vrajavala le miraba directamente a los ojos. Sin expresión alguna en el rostro.

—De Calcuta. De la India.

—La India, nada más —dijo él—. ¿Casada?

—Sí.

—¿Y tú hombre te deja salir solita? —le dijo Simeón—. ¿No tiene miedo de que le raptan a una chavita linda como tú?

—Contesta a mi pregunta —dijo Vrajavala.

Simeón suspiró profundamente. Había en él algo solemne y majestuoso, algo casi sublime. Era difícil explicarlo. Xóchitl lo sentía con toda claridad. La certeza de hallarse sentada frente a algo excepcional llenaba sus venas y ponía en sus oídos un continuo rumor como de hojarascas y de pájaros. Distancias del pasado. Intimaciones del asombro y del horror. Sabía que él no era nada, pero intuía que dentro de él había algo grandioso, algo que imponía respeto y que hacía callar a los seres más pequeños. Quizá se tratara simplemente de que él era un asesino, que podía matar con las manos, que sabía hacerlo y que no tenía miedo a la sangre. La capacidad de matar. La ausencia de miedo. Cualidades casi divinas. Cualidades que ella no poseía y no llegaría a poseer jamás.

—Cuando yo era niño, nos divertíamos matando pájaros, y ranas, y tlacuaches, y lagartos y serpientes —comenzó a decir entonces Simeón, hablando a ratos en inglés y en español cuando le faltaban las palabras—. Los matábamos con hondas, con piedras, con escopetas de perdigones. A veces éramos muy crueles. Le arrancábamos las patas a una rana, o dejábamos ciego a un pájaro clavándole alfileres en los ojos. Y luego mirábamos qué era lo que hacía el animalito. Hacíamos verdaderas bestialidades.

«Nos gustaba hacer daño a los animales. Todo tipo de cosas. Una vez robamos un conejo en el pueblito donde vivíamos, en el estado de Puebla, y le clavamos alcayatas con un martillo. Le clavamos las patas a una tabla, como si fuera animal disecado. Uno siente placer cuando el que siente el dolor es otro. ¿A poco no? Me choca si me golpeo con el martillo en el pulgar, pero si te golpeas tú, pues como que está cagadísimo, ¿no? Porque sí lo sientes tú, pues no lo siento yo.

»Luego uno crece, y luego empieza a hacerle esas mismas cosas a las personas. Como si las personas fueran tlacuaches o pájaros o lagartos. Uno comienza destazando tlacuaches y termina destazando personas.

»Pero uno tiene que hacer lo que tiene que hacer, ¿no? A veces es duro. A veces la vida es dura, y uno tiene que tener el valor de hacer cosas difíciles. Hay que perderle el miedo. Hay que tener coraje... Hay que echarle ganas... Porque si vives con miedo, pues no puedes vivir... Hay que ser hombre... Hay que ser macho...

»Una época me dediqué al negocio de los raptos exprés. Era un buen trabajo, fácil, y daba mucha lana. Teníamos una casa en Morelia, una casa con muchas recámaras. Íbamos raptando personas y las llevábamos a la casa, hablábamos con

ellos para preguntarles cuánto podríamos pedir por su rescate. Llamábamos a la familia. En dos, tres días, una semana máximo, todo estaba resuelto. Nosotros teníamos nuestro dinero, y la familia tenía a su ser querido de vuelta. Nuestros jefes nos decían que no tocáramos a los panes. Los llamaban así, una especie de clave, panes en el horno. Es como un negocio donde se hornea el pan, tú tienes el pan en el horno el tiempo necesario, y estás deseando sacarlo de allá pues *pa* meter otro pan. Cuanto antes salga de allá, mucho mejor.

»Nos decían que no tocáramos a los panes, a los raptados, que no les hiciéramos daño a no ser que fuera necesario. Pero no era necesario porque todos se achicopalaban. Todos, hombre o mujer, joven o viejo. Todos. Es que una persona raptada ya no es una persona. Se achicopalan. A menudo raptábamos chavas, es más fácil, a veces eran jóvenes y hermosas. No las tocábamos. Era sólo un negocio, un trabajo. Era nuestra chamba. Ya saben lo que dicen, no cagues donde comes. Algunas veces teníamos la casa llena de chavas jóvenes. Ni las mirábamos. No cagues donde comes. Pero a veces había una chava, ni más guapa ni más fea que las otras, ni más joven ni más vieja, ni más provocativa ni menos, y a ésa la violábamos todos, uno tras otro. Chico, grande y mameluco, así le dicen. Tres días estaba en la casa, y tres días estaba siendo violada. Y a la de la recámara de al lado, que pues estaba bien culo y era más mujer que ella, ni la mirábamos, pues.

»Yo no sé por qué pasaba esto. Pero muchas veces me pregunto. ¿Qué es lo que hace que a uno lo maten y al de al lado no lo toquen siquiera? Ya saben cómo le dicen: es la ley de Caifás, al fregado fregarlo más. Y la ley de Herodes: o te chingas o te jodes.

»A veces pasa con los rayos. Una vez, se los juro, cayó un rayo en la casa donde yo vivía, y mató a dos guajolotes, y a la totola que estaba entre los dos pues ni la tocó. Órale. El rayo elige a su víctima, no hay cómo esconderse. Y si eres un amigo del rayo, el rayo ni te toca. O te cae encima y no te mata. Allá, en mi tierra, hay hombres que recibieron un rayo, y dos y tres... Y siguieron vivos.

»Los rayos salen de las cuevas, de lo hondo de la tierra. No caen del cielo como dicen.

»Una vez raptamos a dos chavas que iban las dos con el uniforme del colegio. Estaban en la prepa, eran hermanas, hijas de un industrial importante. Le pedimos un chingo de lana a su papá si quería volver a verlas enteras. Digo, eran hermanitas, casi gemelas. Las dos crecitas, las dos bien chichonas, tendrían quince o dieciséis años, las dos bien culo. A una de ellas, nada más verla, pensé: pobrecita chancluda, cómo te va a quedar el tamal. Esa noche mi compadre me dice “me voy para allá, hay que romper el precinto”. Fue él primero, luego la violamos todos. No se crean que esto era común. No cagues donde comes. Era un negocio, nada más. Y tampoco era algo premeditado. Simplemente, a aquella chava, nada más mirarla a los ojos, uno quería violarla. Pero a la hermana ni se nos pasó por la cabeza. Y eran casi gemelas. Eran casi idénticas. No sé, es como si aquella chancluda chichona lo estuviera pidiendo. O

como si le diera tanto miedo, pero tanto tanto, que diera más gusto hacérselo sólo por esa razón. A su hermanita ni la tocamos.

»En veces teníamos que matar a los panes, cuando la familia no pagaba. Lo hacíamos discretamente. Los llevábamos al monte y los degollábamos. Eso enviaba un mensaje. Si no pagan, ya saben lo que pasa. Si se retrasan en el pago, ya saben lo que pasa... Yo entonces no había matado a nadie todavía. Tenía las manos limpias de sangre, como aquel que dice. Pero sabía que tarde o temprano me tocaría a mí también. Pues pa eso estamos, ¿no?

»Era sólo un negocio. Una chamba...

Xóchitl y Vrajavala escuchaban en silencio, esperando el final de la historia. Esperando la explicación, la moraleja. Esperando el argumento final que daría sentido a todo lo anterior. Los animales muertos, los pájaros con alfileres clavados en los ojos, la necesidad de ser valiente, la liebre clavada en una tabla, el hecho de que unos sean víctimas y otros no... Esperando para entender el significado de la historia, ya que el significado está al final, o al menos eso es lo que siempre suponemos, que es el final de una historia lo que dará sentido a todo lo anterior. Pero no hubo final porque Simeón estaba ahora tan borracho que no podía ya ni levantar el vaso de la mesa. Se le caía la cabeza. Finalmente se quedó dormido en la silla, con los labios entreabiertos, la gruesa lengua brillante asomando entre los labios y la barbilla clavada en el pecho.

Vrajavala y Xóchitl salieron de la casa para conferenciar. Finalmente decidieron coger todas las provisiones que pudieran y alejarse del lugar. Dado que habían pasado toda la noche caminando y que apenas habían podido dormir dos horas en dos días, se hallaban en un estado de absoluto agotamiento, pero no podían quedarse en aquella casa ni tampoco en las proximidades. No estaban seguras de que aquellos «compañeros» de los que había hablado Simeón existieran realmente, pero no podían correr el riesgo.

De modo que volvieron a entrar, recogieron la mesa e intentaron dejarlo todo como lo habían encontrado a fin de no dejar huella de su presencia. Luego registraron la planta baja. Encontraron varios camastros y un armario lleno de ropa sucia de hombre, en uno de cuyos estantes encontraron unos prismáticos y un mapa doblado varias veces. Debajo de uno de los lechos encontraron un rifle, un cuchillo de monte en su funda y varias cajas de munición para el rifle. Ninguna de las dos había disparado nunca un rifle, aunque Xóchitl sí sabía cargar y usar una pistola. Después de conferenciar un rato, decidieron coger sólo los prismáticos y dejar allá lo demás para que los ocupantes no notaran la falta del rifle y se echaran al monte para intentar recuperarlo. Fabricaron un hatillo atando varias de las camisas encontradas en el armario y pusieron en el interior todos los víveres que pudieron. Si los habitantes de la casa llevaban un estricto control de los víveres, podrían notar que faltaban latas, pero con tal de tener comida estaban dispuestas a correr cualquier riesgo. Además, no era probable que notaran la falta nada más llegar a la casa. Luego se alejaron de la

cabaña, ascendieron por la torca y entraron entre los árboles. Una vez allí buscaron un refugio desde el que pudieran contemplar bien la casa y decidieron dormir unas horas haciendo turnos para vigilar la casa. Lo más sensato hubiera sido seguir caminando y alejarse lo más rápidamente posible, pero estaban completamente exhaustas. El primer turno le correspondió a Xochtil. No pudo resistir el sueño y se quedó dormida varias veces. Una de las veces que se despertó de golpe, era ya noche cerrada. Vio que había un grupo de siete u ocho hombres que se dirigían a la casa caminando con linternas por la orilla del lago. Despertó a Vrajavala y las dos los observaron con los prismáticos, pero no reconocieron a ninguno de ellos. Había una luz encendida fuera de la casa, gracias a la cual pudieron verles bien a medida que entraban. Iban todos armados, y había varios que podrían ser malayos o filipinos además de varios blancos de cabello claro. Sabían que estaban en peligro, de modo que se pusieron en marcha de nuevo. Caminaron toda la noche, deteniéndose sólo para hacer sus necesidades y para comer. Cuando llegó el amanecer estaban tan cansadas que las piernas se les empezaban a poner negras. Vrajavala dijo que había oído decir que uno podía gangrenarse las piernas e incluso perderlas si era sometido a un ejercicio constante y agotador. De modo que buscaron un rincón protegido entre las rocas y encontraron una pequeña cueva, o más bien una abertura entre dos rocas en la que apenas cabían las dos tumbadas. Después de asegurarse de que estaba limpia de ofidios y de escorpiones, cubrieron la entrada con ramas de helecho para permanecer completamente invisibles, se metieron en el interior, que era estrecho y húmedo, y se durmieron. Cuando despertaron, seguía siendo de día, y el sol seguía estando muy bajo en el este. Les costó un cierto tiempo comprender que habían dormido veinticuatro horas ininterrumpidas.

Se sentían físicamente bien. Es más, se sentían poseídas por una sensación de exaltación. Habían logrado huir de sus captores, habían logrado huir de Simeón y de su grupo de sicarios. Tenían comida. Se encontraban entre las montañas, en una región de valles llenos de flores y cubiertos de abetos, píceas y cedros. La vegetación había cambiado, y comenzaba a ser alpina. Aquí y allá se veían piedras suspendidas en el aire, un fenómeno que era nuevo para ellas, y también sentían la sugestión de que su propio cuerpo era más ligero, como si la gravedad se comportara en aquella zona de una forma diferente a la habitual. La magnitud de los abetos y las otras plantas que crecían allí por todas partes podía deberse, también, a este fenómeno gravitatorio de ausencia de peso. Las dos reconocieron plantas de marihuana que crecían silvestres por todas partes, a menudo más altas que un hombre. Xóchitl se puso a recolectar hojas y las enrolló para hacer cigarros. Llamaba a la planta «Doña Juanita». Tenían cerillas, de modo que pudieron fumar toscos cigarros de marihuana fresca que les hicieron toser y cuyo sabor ácido parecía taladrarles la garganta y las narices, pero la planta enseguida hizo efecto. Al cabo de un rato estaban las dos con los ojos rojos e hinchados y riendo a carcajadas. Era la primera vez que Vrajavala fumaba marihuana en su vida. Le contó que en la India también había, sobre todo en

las montañas, en el norte, pero que ella nunca la había probado. ¿Por qué me estoy riendo?, decía Vrajavala. ¿Por qué nos reímos? Xóchitl la escuchaba y reía más todavía. Esta Doña Juanita es muy buena, decía Xóchitl. Esta hierba está bien chida, decía en español. Tú sí que eres buena onda, le decía a Vrajavala, tú sí que eres buena leña. Vrajavala reía más todavía, sin entender una palabra.

Decidieron descansar unos días en aquel valle. La cueva que habían encontrado era muy pequeña, pero sólo la necesitaban para dormir, ya que el cielo no amenazaba lluvia. Tenían comida en abundancia y estaban a salvo en aquel lugar, aunque ellas entonces no sabían que los hombres del grupo de Simeón nunca las habrían seguido hasta aquellas alturas donde las piedras flotaban en el aire, ya que se encontraban en las proximidades de la temible Columna Negra, la montaña magnética que enloquece y mata a aquellos que se atreven a acercarse siquiera a su base. Pasaron aquel primer día fumando marihuana y hablando y contándose sus vidas con la sinceridad y la emoción con que sólo pueden hacerlo los desconocidos, aunque al final de aquel día ya no se sentían desconocidas, sino casi como viejas amigas, casi como hermanas. Vrajavala le contó riendo, con una de esas risas parecidas al llanto o al grito de dolor, que toda su vida había deseado tener sensaciones y aventuras, y que su matrimonio con el doctor Sutteesh, Ranji, como ella le llamaba, había sido concertado por las familias de ambos. Que siempre había tenido una vida fácil y cómoda, que había pasado de vivir con sus padres a vivir con su marido, y que aunque su padre y su marido eran los dos hombres muy dulces y cariñosos, lo cierto era que ella nunca había tenido ocasión de vivir por su cuenta ni de tomar sus propias decisiones.

—Yo añoraba las aventuras y la emoción —decía Vrajavala, con los ojos muy rojos por el efecto de la marihuana—. ¡Y aquí me tienes! ¡En medio de la selva huyendo de un grupo de asesinos!

Xóchitl le preguntó con curiosidad si no quería a su marido. Vrajavala no comprendía su pregunta. Quiero decir, dijo Xóchitl, que fueron tus padres los que organizaron vuestra unión.

—Claro que le quiero. Estamos muy enamorados —dijo Vrajavala—. Los europeos soléis creer que sois los únicos que sentís amor en el mundo. Que los matrimonios sean concertados no quiere decir que no exista el amor.

—Amiga, yo no soy europea —dijo Xóchitl.

—Perdona. Nunca había conocido a nadie de América del Sur.

—Tampoco soy de América del Sur —dijo Xóchitl riendo a carcajadas—. México es Norteamérica.

—¡No sabemos nada la una de la otra! —dijo Vrajavala, también riendo—. Es un milagro que las dos pertenezcamos al mismo planeta.

—Las dos somos mujeres —dijo Xóchitl—. Ése es nuestro planeta. El planeta de las mujeres.

Vrajavala le dijo que no estaba de acuerdo, que ella creía que las mujeres de las diferentes culturas eran diferentes entre sí, y Xóchitl pensó que probablemente ella

también pensaba lo mismo, aunque muchos de los libros que había leído afirmaban que las mujeres poseen una especie de cultura y una especie de lenguaje propio y una forma de relacionarse con la vida, con el sexo, con los hombres, con la familia, con los hijos, que era común en todas las partes del mundo.

Las familias de Vrajavala y del doctor Sutteesh habían hablado de un posible matrimonio entre los hijos de ambos cuando ellos eran apenas adolescentes. Sin embargo, ella sólo conoció a Ranji cuando el compromiso se hizo firme. Por supuesto, dijo, los matrimonios concertados por los padres no son obligaciones dictatoriales, al menos no lo eran entre las gentes de su clase. No son una imposición de los padres, sino una sugerencia que proviene de las personas que mejor te conocen y que más te quieren en este mundo. Personas que conocen además la vida, el amor, la familia, la paternidad y la maternidad, las dificultades y los problemas que puede experimentar una pareja, mientras que dos jovencitos que se conocen en un bar o en una piscina no saben nada de estas cosas y están además cegados por el deseo sexual. Todo esto le dijo Vrajavala, y Xóchitl pensaba que tenía razón. O al menos algo de razón, porque nadie puede tener toda la razón ni tampoco carecer de razón en absoluto. Las dos familias eran de Calcuta, las dos pertenecían a la clase media alta, las dos madres habían estudiado en la universidad y los dos padres habían tenido cargos en la Administración Pública (el padre de Vrajavala) y en la política nacional (el padre de Ranji). Ranji había terminado la carrera y se iba a marchar dos años a Oxford para completar sus estudios y trabajar en su tesis. Sin embargo, nunca llegó a viajar a Inglaterra, ya que le ofrecieron un puesto de lector en el Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad de Calcuta, en el campus de College Street. De modo que las dos familias decidieron que no había motivo para retrasar la boda y que había llegado el momento de que Ranji y Vrajavala se conocieran a fin de que el compromiso pudiera sellarse. El primer encuentro tuvo lugar en casa de la familia de Vrajavala. Ranji acudió con sus padres, todos con ropas elegantes. Ranji fue vestido como un príncipe y le trajo de regalo un reloj Cartier. Llevaba un turbante blanco con una pluma de pavo real, le contó, y parecía un tanto cohibido por su atuendo. Ella se había ido a la peluquería y se había puesto su mejor sari y muchas joyas, algunas de ellas prestadas por su madre. Fue una reunión un tanto estirada, muy formal. A partir de entonces, Ranji y Vrajavala salieron juntos unas cuantas veces. En su primera cita, fueron a tomar un helado. En la segunda, se fueron al club a jugar al tenis, y Vrajavala ganó a su futuro marido por tres sets. Él no era muy atlético, no era un gran deportista. Sin embargo, le caía bien. Le parecía dulce, simpático y buena persona. Les dijo a sus padres que Ranji le gustaba, y que se casaría con él.

¿Dos citas?, preguntó Xóchitl escandalizada. ¿Os visteis dos veces antes de casaros? Antes de comprometernos formalmente, sí, dijo Vrajavala. Pasó algún tiempo hasta la boda, y durante ese tiempo nos vimos varias veces más. Fue entonces cuando nos enamoramos. Quiero decir, cuando yo me enamoré de él, porque Ranji se enamoró de mí la primera vez que me vio. No me extraña, dijo Xóchitl, eres una de

las mujeres más guapas que he conocido. Oh, pero seguramente él no se enamoró de mí sólo porque fuera guapa, dijo ella riendo.

Habían encontrado una poza de aguas profundas y tranquilas, y fueron allí a darse un baño. Xóchitl fabricó una especie de cigarro puro de hojas de mariguana enrolladas y se lo fumaron entre las dos, aspirando el humo espeso y caliginoso entre toses guturales, ya que las hojas estaban muy verdes y rezumaban savia. Luego se quitaron la ropa, con los ojos tan rojos como los de las ratas blancas, y se metieron en el agua dando voces y riendo despreocupadamente. El agua estaba muy fría, y no estuvieron dentro mucho rato. Lo que resultaba absolutamente delicioso después de la inmersión en la poza helada era tenderse en la hierba de la orilla y dejar que el sol tibio que se filtraba entre las ramas de los abetos las secara. A su alrededor, las piedras y las flores y pequeñas plantas nacidas de parches de tierra flotaban en el aire a distintas alturas. Era curioso ver cómo un pájaro se posaba sobre una piedra flotante o cómo las avispas visitaban las flores que crecían en pequeños parches de tierra suspendidos en el aire. Al ver aquello reían como locas. La mariguana les hacía reír y también les hacía no desear volver a ponerse la ropa, que estaba sucia y acartonada después de varios días de llevarla sin poder cambiarse. Lo que hicieron en cambio fue lavarla golpeándola contra las rocas. Luego la tendieron al sol y volvieron a fumar mariguana desnudas. Xóchitl dijo que no pensaba volver a vestirse nunca. Que jamás se había sentido tan bien como se sentía en aquel momento, completamente desnuda en mitad de la naturaleza. Vio cómo Vrajavala colgaba su sujetador y sus bragas blancas de las ramas de una píceas, y cómo el encaje de las piezas de lencería capturaba la luz del sol. Le gustaba el cuerpo de Vrajavala, moreno, rotundo. Tenía la espalda satinada, y las nalgas fuertes y alargadas. La larga cabellera negra le caía hasta la mitad de la espalda. Tenía los pezones grandes y casi negros, del color de los granos de café, y el pubis cubierto de un vello muy oscuro y espeso, como es característico en las mujeres morenas. Le ofreció el cigarro de mariguana a Vrajavala y ésta se acercó a donde estaba su amiga, se arrodilló a su lado, lo cogió y dio una larga calada. Ahora estaban las dos sentadas sobre la hierba con las piernas cruzadas, una frente a otra. Vrajavala tosió un poco, porque no tenía costumbre de fumar. Volvió a inhalar y luego le devolvió el cigarro a Xóchitl. Xóchitl se lo llevó a los labios e inhaló, sintiendo cómo el humo ardiente entraba en sus pulmones. Lo mantuvo en los pulmones todo el tiempo que pudo y finalmente comenzó a exhalarlo lentamente por la nariz y por la boca. Entonces Vrajavala hizo algo que le sorprendió: desdobló las piernas, apoyó las manos en el suelo, y acercó su rostro hacia el de Xóchitl. Xóchitl sintió con sorpresa el contacto de la nariz de su amiga contra su nariz y el roce de los labios cálidos y rugosos de Vrajavala contra sus labios. Vrajavala tenía los ojos cerrados, y de pronto Xóchitl comprendió que la estaba besando.

A Xóchitl aquel beso la cogió por sorpresa. Vrajavala era una mujer extraordinariamente atractiva. Tenía el rostro alargado, la nariz grande, aplastada por

los lados y arqueada hacia delante, los labios cremosos y sensuales, los ojos almendrados y aceitosos, preciosos ojos oscuros ribeteados de espesas pestañas negras, la piel marrón y tensa como la seda. Vrajavala separó su boca de la de Xóchitl y luego volvió a besarla, esta vez más despacio y acariciando los labios de Xóchitl suavemente con sus labios. Torcía el rostro hacia un lado para besarla mejor y cerraba los ojos. Al tercer beso, Xóchitl sintió el roce suave de la lengua de Vrajavala en sus labios, y entreabrió los labios ella también y permitió que las lenguas de ambas se tocasen. Luego dejó que la lengua de Vrajavala entrara en su boca y jugara con su lengua. Sintió que sus pezones se ponían duros, y que un relámpago de placer le corría por las ingles y por la espalda. Quizá fuera un efecto de la hierba que habían fumado, pero Xóchitl sintió que jamás había sido besada de este modo y que jamás había disfrutado tanto besando a nadie. Sabía que la mariguana tenía el efecto de acentuar los sentidos, y pensó que el placer que le proporcionaban aquellos besos se debía, seguramente, a la hierba. Siguieron besándose durante un rato, y Xóchitl pensó que estaba dispuesta a dejarse llevar a cualquier sitio por aquellos besos. Los largos dedos oscuros de Vrajavala rozaban su mejilla. Sintió que amaba a Vrajavala y que haría cualquier cosa por ella. Luego Vrajavala se puso de pie y dijo que era hora de comer. Las dos estaban hambrientas. La mariguana hacía todavía más intensa la sensación de hambre.

Abrieron su precioso hatillo lleno de alimentos y comieron intentando no llenarse demasiado para hacer que los víveres les duraran más días. Luego volvieron a hablar. Vrajavala le habló de sus hermanas, y de su vida en Calcuta, y de sus intentos infructuosos de quedarse embarazada, y de la vergüenza que le daba llevar años casada y todavía no tener hijos. Ése había sido el motivo de su viaje a Los Angeles, le contó, someterse a un tratamiento especial de fertilidad que duraba un mes. Pero ni siquiera así había logrado todavía quedarse embarazada. Xóchitl le preguntó si habían seguido intentándolo en la isla y ella le dijo que sí, que nunca habían dejado de intentarlo. Pero ¿no sería una locura que te quedaras embarazada aquí?, preguntó. Sí, sería una locura, dijo Vrajavala riendo. Sería una verdadera locura. ¿Entonces?, dijo Xóchitl. No sé, dijo Vrajavala, los niños han nacido siempre en todas partes y en todas las épocas, ¿no? También en las islas. No hay nada más natural que tener un niño. Entonces ¿no tienes miedo?, le preguntó Xóchitl. Yo siempre tengo miedo. Siempre tuve miedo, incluso antes de que me atacaran, mucho antes, desde niña, desde siempre. ¿Miedo a qué?, preguntó Vrajavala. Miedo a todo, dijo Xóchitl. Miedo a todo. Al amor, a la sociedad, a los exámenes, a no resultar interesante a los hombres, a ponerme enferma si bebo agua de la llave... ¡hay tantos motivos para tener miedo! Le habló de sus padres, de su vida en México, de Miguelito y de los indios huicholes, y de la forma en que Ana María y Miguelito idealizaban la vida indígena, de sus experiencias con las mujeres de San Barros. Vrajavala le dijo que, por lo que contaba, México y la India se parecían en muchas cosas. Que la gente pobre de la India también era muy desgraciada, y que había también mucha violencia

contra las mujeres. Que había miles de mujeres a las que les quemaban el rostro con ácido. Que en Calcuta había un hospital dedicado a tratar sólo casos de mujeres quemadas con ácido, mujeres que habían sido repudiadas por su esposo o por la familia del esposo, que habían sido infieles o habían sido acusadas de ser infieles o bien que eran simplemente desfiguradas por una familia que querían evitar que se casara con un joven que consideraban un buen partido.

Ahora la ropa ya estaba seca, pero ninguna de las dos tenía deseos de vestirse. No hacía calor ni frío. Tenían el estómago lleno. No había amenazas. No había prisa. Hablaron de religión y de creencias. Vrajavala se sorprendió al enterarse de que Xóchitl no era cristiana.

—Pensaba que los mexicanos eran católicos —le dijo.

—No *todos* los mexicanos son católicos —dijo Xóchitl.

—Pero tú adoras a la virgen de Guadalupe —dijo Vrajavala—. Yo también, ¿sabes? Pero en la India la llamamos Durga.

—Yo no *adoro* a la virgen de Guadalupe —dijo Xóchitl—. Lo de los mexicanos y la virgen de Guadalupe es un poco difícil de explicar. Se trata de una especie de símbolo, ¿comprendes? Hay mucha gente que no es religiosa y no va jamás a la iglesia pero a pesar de todo tienen en su casa y en su vehículo una imagen de la virgen de Guadalupe.

—Supongo que si tienes a la virgen en tu casa, ya no necesitas ir a la iglesia —dijo Vrajavala—. Entonces, tu casa es ya una iglesia.

—No, no, no es así —dijo Xóchitl riendo—. Para nosotros una iglesia es una iglesia y una casa es una casa.

—Ah, comprendo —dijo Vrajavala—. Para nosotros cualquier cosa puede ser un templo. Hay templos del tamaño de un horno de pan. Y templos grandes como una ciudad. La India está llena de templos.

—Para nosotros la virgen de Guadalupe es una especie de símbolo nacional. No, no exactamente nacional, porque no tiene nada que ver con la política. Una especie de símbolo de buena suerte —dijo tentativamente, sin saber cómo explicarse.

—Claro —dijo Vrajavala—. Todos los dioses son símbolos.

—La virgen de Guadalupe no es una «diosa» —dijo Xóchitl.

—¿No? ¿Por qué no?

—Es la madre de Cristo...

—Pero Cristo es Dios, ¿no? —dijo Vrajavala riendo—. Entonces, su madre tiene que ser una diosa también.

—Los cristianos no creen en «dioses» y en «diosas» como sabes muy bien —dijo Xóchitl—. Creen sólo en un dios, sólo en uno, que es viejo y es hombre.

—Sí, lo sé —dijo Vrajavala—. Pero me da la impresión de que los cristianos no entienden muy bien estas cuestiones.

—Son monoteístas —dijo Xóchitl—. Eso es lo que pasa.

—Todos creemos que sólo hay un Dios —dijo Vrajavala—. Uno, lo Uno. Pero

tiene distintos aspectos, distintas manifestaciones. En la India, Shiva y Krishna, Shakti o Hanuman, no son dioses distintos. Son manifestaciones distintas del *atman*. No hay nada distinto. Sólo hay una cosa. Ni siquiera tú y yo somos personas distintas. Somos la misma persona.

—Nunca lo había visto así —dijo Xóchitl.

—En el hinduismo, todo es divino —dijo Vrajavala—. Para nosotros, la virgen de Guadalupe es una diosa, y también tú para mí eres una diosa. Todo lo que admiramos y amamos y nos parece más grande que nosotros, lo consideramos un dios o una manifestación de dios.

—¿Yo soy una diosa? —dijo Xóchitl ruborizándose—. ¿Todo lo que amamos y que admiramos? ¿Podría entonces decir que Claude Levy-Strauss es un dios?

—Si es alguien al que admiras y que te inspira pensamientos sublimes, no cabe duda de que es un aspecto de Dios. Podrías adorarlo, igual que adoras a Krishna, a Jesús o a un santo. Podrías poner una foto suya en un altar y ponerle flores frescas y velas perfumadas, igual que se hace con Cristo, o con un gurú, o con Mahatma Gandhi.

—Pero Levy-Strauss y Gandhi son personas, seres humanos.

—Los seres humanos son Dios —dijo Vrajavala—. Para el hinduismo todo lo que existe es una forma de la divinidad. Hasta el *lingam* y el *yoní* son divinos.

—¿Qué es eso? —preguntó Xóchitl.

—¿No sabes qué es el *yoní*? —dijo Vrajavala.

—No.

—¿Nunca has oído esa palabra?

—Creo que no.

Estaban las dos sentadas en el suelo, como a un metro una de otra. Vrajavala se acercó hacia ella y le puso la mano suavemente entre las piernas.

—Esto es el *yoní*.

Se había limitado a apoyar con naturalidad la palma de su mano entre los muslos de su amiga, pero Xóchitl se sobresaltó tanto ante esta caricia inesperada que casi dio un salto. Vrajavala ahogó una risa y se tapó la cara con la mano.

—Perdona.

Quedaron las dos en silencio. Llevaban todo el día desnudas, bañándose, comiendo, charlando, descansando a la sombra de los abetos, contemplando las piedras y las flores flotantes, fumando mariguana y riendo hasta que les dolía el vientre y Xóchitl se sentía cansada, con ese tipo de cansancio que sólo se mitiga con la acción física. Se puso de pie y fue caminando hacia el agua, hasta meter los pies dentro del agua transparente. El frescor del limo oscuro de la orilla en la planta de los pies le hacía bien.

Sentía que el cabello se le erizaba. El vello de todo el cuerpo, también el vello púbico, también los cabellos. También sentía que los senos apenas le pesaban. No es que tuviera los senos muy grandes, pero le daba la impresión de que allí flotaban

suavemente del mismo modo que flotan cuando uno se sumerge en el agua.

—Aquí todo flota —dijo Xóchitl—. Se me levanta el pelo por el aire. ¿Será la electricidad estática?

—No lo sé —dijo Vrajavala.

—¿Te has dado cuenta de que en esta zona de la isla no hay voces?

Dijo, y luego quedó en silencio. Cerró los ojos y los apretó con fuerza.

Oh, Dios, pensó. Lo pensó con palabras, como si lo estuviera diciendo. Como una exclamación, como una plegaria.

Se sentía excitada, sexualmente excitada. Llevaba todo el día excitada. No habían vuelto a hablar de ello, pero seguía pensando en la forma en que se habían besado esa mañana. Sintió que una fina gota viscosa le resbalaba lentamente por entre los muslos. Oh, Dios, pensó. Dios, Dios que estás en todas partes, Dios que estás en los ojos de los que amamos, en los libros que admiramos, en el *lingam* y en el *yoni*. Apretó un muslo contra otro y contrajo los músculos internos de su cuerpo. El fluido viscoso rebosaba de su vagina húmeda. Recordó la noche que había descubierto lo placentero que era apretar los muslos uno contra otro, una noche de verano cuando era sólo una niña. Años antes de saber nada, años antes de conocer siquiera la palabra «masturbación» y de sentir la menor curiosidad por los chicos. Regresó hacia donde estaba Vrajavala. Cuando caminaba hacia ella pensó que tenía los muslos húmedos y que debería limpiarse, pero no sentía ninguna vergüenza. Vrajavala seguía sentada sobre la hierba, con las piernas cruzadas y la espalda curvada hacia delante.

—Perdona —repitió Vrajavala con los ojos bajos, tapándose de nuevo la cara con una mano.

—No pasa nada.

—Lo siento.

—¿Habías besado antes a otras mujeres? —preguntó Xóchitl.

—No, nunca —dijo Vrajavala—. ¿Y tú?

—No.

Se sentó al lado de Vrajavala. Un pájaro gritó con fuerza en lo alto, y luego otro, como si los dos estuvieran luchando en las alturas.

—Tú también eres una diosa para mí —dijo Xóchitl.

Le cogió la mano, la mano alargada y oscura, la mano caliente, y se la besó. Le besó las yemas de los dedos y luego la palma de la mano. Vrajavala la miraba con una sonrisa temerosa.

—¿No estás enfadada?

—¿Me ves enfadada?

—Tenía miedo de haber hecho algo incorrecto —dijo Vrajavala.

—No puedes hacer nada incorrecto —dijo Xóchitl—. Una diosa no puede.

—Sé que es muy raro decir esto —dijo Vrajavala bajando los ojos—. Pero siento que te quiero. Siento que te quiero.

—No es raro.

—Es raro sentir esto por una mujer.

—Bésame —le dijo Xóchitl, tirando de la mano de Vrajavala y llevándola entre sus muslos—. Acaríciame.

Se tendió sobre la hierba a su lado, sosteniendo todavía la mano de Vrajavala, y sintió cómo los largos cabellos oscuros de Vrajavala se derramaban sobre ella, sobre su rostro, sobre su cuello y su pecho. Cuando sintió la lengua de su amiga entre los labios, al mismo tiempo que sentía sus dedos cálidos comenzando a acariciarla, pensaba: yo también siento que te quiero. Te quiero, te quiero, te quiero. Soy tuya. Haz conmigo lo que quieras. No sabía a quién iban dirigidas esas palabras que repetía como un cántico en su imaginación. ¿A Vrajavala, a la mujer india junto a la cual había escapado? ¿Al ser extraordinario y oscuro cuyos besos recibía como si fueran cayendo lentamente del cielo uno tras otro? ¿Al viento? ¿A los árboles? ¿A sí misma? ¿A la vida impersonal?

Un mensaje del señor Pohjola

Ahora mis compañeros eran llevados todos los días a una cantera de piedra situada a unos doce kilómetros de la Central, donde eran obligados a trabajar como esclavos. Se llevaban a Wade todos los días por la mañana para trabajar en la cantera y lo devolvían a la celda a últimas horas de la tarde, completamente agotado, con los labios resecos por la sed y el rostro y los brazos quemados por el sol. Me contó que era evidente que aquella cantera llevaba muchos años abandonada, y que el trabajo que les obligaban a realizar allí no tenían ningún propósito práctico. Cinco días después de nuestra llegada a la ciudad, los del grupo de Jimmy Bruëll fueron también capturados, y también fueron encarcelados en los barracones y obligados a trabajar en la cantera durante todo el día. No llegué a ver a ninguno de ellos, porque yo no iba a la cantera a causa de mi condición física, pero Wade me traía todos los días las noticias de las brutalidades a que eran sometidos. Me contaba que el trabajo era agotador incluso para un hombre joven y fuerte, y que obligaban a todos a realizar las mismas tareas, romper la piedra con enormes martillos de cabeza metálica cuyos mangos desollaban las manos después de unas pocas horas de trabajo y luego a cargar carretillas que era necesario empujar a través de los caminos abruptos y resbaladizos de la cantera hasta el lugar donde estaban los camiones. Algunos se resbalaban con las carretillas por el borde de la cantera y caían rodando por la ladera abierta en la montaña y eran obligados a volver a cargar las carretillas y a empujarlas de nuevo ladera arriba hasta regresar al camino, incluso con heridas abiertas. Los que se negaban a trabajar eran azotados. Los guardianes habían instalado un travesaño de madera horizontal al que le habían unido dos esposas: esposaban al reo con los brazos levantados, le desnudaban la espalda y le azotaban con un látigo de cuero. Le pregunté si también habían azotado a mujeres y me dijo que hasta el momento sólo habían azotado a Jimmy y a Jung Fei Ye, y las dos veces a causa de una mujer. Al parecer, la primera vez a causa de Rosana, que en un momento determinado había dicho que se negaba a trabajar más, había tirado el martillo al suelo y se había sentado en una roca. Era una actitud valiente, no cabía duda. Wade no sabía qué era lo que Rosana tenía en la cabeza. Quizá pensaba que si todos se negaban a trabajar, los guardianes serían incapaces de obligarles. Tres o cuatro guardianes se acercaron a ella y le dijeron que si no se ponía a trabajar inmediatamente la azotarían. Rosana les dijo con mucha calma que era una ciudadana de la Unión Europea y que lo que estaban haciendo era completamente ilegal. Que todos nosotros éramos náufragos, que habíamos sufrido un accidente, y que su obligación era prestarnos asistencia humanitaria y ayudarnos a ponernos en contacto con el consulado más cercano de nuestro país de origen a fin de ser repatriados lo más rápidamente posible. Dios mío, supongo que lo tenía bien pensado. Creo que los guardias estaban un poco confusos.

Tuvo que venir el jefe de todos ellos, un tipo rudo llamado Brady. Déjame decirte una cosa, no te gustaría encontrarte a Brady en un callejón en medio de la noche. Es un tipo alto, fuerte y con panza de bebedor de cerveza. Con barba de minero australiano y un aliento maloliente a fuerza de fumar un puro tras otro. Brady le mostró un látigo que lleva siempre al cinto y le dijo: señora, si no se levanta ahora mismo va a tener que oír hablar a mi amigo, Jiminy Cricket. Le llama «Jiminy Cricket», Pepito Grillo, a su látigo. Entonces aparece Jimmy y empieza a insultarles con su estilo suave, lento, sonriente. Siempre hay que inclinarse ante el talento de un maestro, y Jimmy es un maestro del insulto. Nunca es brutal, siempre sonrío. Es suave, inteligente, inesperado, erudito. Siempre ataca por donde uno menos se lo espera, y siempre acierta en lo que más duele. De modo que los guardianes se olvidaron de Rosana y se ensañaron con él. Le dieron una buena paliza. Primero con las culatas de los rifles, luego a patadas. Los demás nos acercamos hacia allá gritando, pero los guardianes rodearon a Jimmy apuntándonos con sus armas. Creo que Jimmy estaba casi inconsciente cuando le colgaron del poste para azotarle. Le dieron diez latigazos y acabó con la espalda llena de líneas de sangre. Ahora está en el hospital. En cuanto a Jung Fei Ye, se ofreció para recibir los latigazos en lugar de Lizzie, que tenía las manos ensangrentadas y se había negado también a seguir trabajando. Aquella actitud tan noble en el expolicía de Singapur, al que yo consideraba un torturador sin sentimientos, me dejó francamente sorprendido. Respetuosamente, Jung Fei Ye había inclinado la cabeza y había pedido que le concedieran el honor de recibir el castigo en lugar de Lizzie. Brady le dijo que prefería ver a Lizzie desnuda que a Jung Fei Ye, y entonces éste le había dicho que para ver los pechos de Lizzie no necesitaba azotarla, y que podía obligarla, simplemente, a que se quitara la camiseta sin necesidad de hacerle daño. Brady pensó que Jung Fei Ye le estaba tomando el pelo, de modo que le ataron a él en la barra horizontal y le soltaron diez latigazos. Diez latigazos son muchos latigazos, John, dijo Wade. Piénsalo. Un latigazo. El hombre se retuerce, todos los músculos de su cuerpo se tensan involuntariamente, y aparece una banda roja en la espalda. El verdugo enarbola el látigo, se prepara, coge impulso y asesta otro latigazo. El hombre se retuerce de nuevo. Y así diez veces. El chino no emitió ni un quejido, y al final tenía la espalda cubierta de sangre. Ni el menor gemido, me dijo. Ese tipo es recio como un trozo de madera de roble. Después de aquello le iban a llevar al hospital, pero él se negó. Dijo que seguiría trabajando. ¿Qué te parece? Siguió trabajando, pero no pudo resistirlo. Tenía la camisa empapada de sangre. Se cayó redondo, y lo llevaron al hospital.

A mí todo aquello que me contaba Wade me parecía un misterio inexplicable. ¿Por qué dos de las peores personas de nuestro grupo, un criminal y un torturador, se convertían de pronto en defensores de los débiles? ¿Por qué Jimmy Bruëll, a quien yo consideraba el más egoísta de todos los náufragos, se ofrecía voluntariamente para ser castigado en lugar de otro, especialmente en lugar de una mujer, él que llevaba toda la vida viviendo de las mujeres, engañándolas y robándolas? ¿Sería por un sentido de

culpa? ¿Se sentiría Jimmy culpable por lo sucedido con Sophie Leverkusen? ¿Y Jung Fei Ye, que llevaba toda la vida aplicando castigos con la vara? ¿Qué le había movido a ofrecerse a recibir el látigo en lugar de Lizzie? ¿Un sentido de la justicia? ¿Habían sido, en su caso, las creencias lo que le habían movido a comportarse de una manera desinteresada y noble, las mismas creencias que en otras circunstancias le habían movido a ser un verdugo? ¿Eran las creencias todo lo que teníamos, tanto para el bien como para el mal? Claro que el comportamiento de Jimmy no podía explicarse como resultado de ningún sistema de creencias. Jimmy no creía en nada. ¿Será entonces que la compasión está por encima de las creencias, y que los que no creen en nada pueden o bien convertirse en meros animales depredadores que acechan en busca de alimento o bien encontrarse, en el momento menos esperado, con la ley de la compasión? Pero ¿cómo es posible descubrir esa ley? ¿Mediante el dolor? ¿Se encuentra mediante un accidente fortuito? ¿Es un rayo de luz de origen desconocido? ¿Es el desbordamiento interior de algo que pertenece desde siempre a nuestra naturaleza? ¿Es la consecuencia de una maduración interior? Yo siempre había pensado que el dolor embrutece y me había rebelado contra la idea de que los sufrimientos de la vida fueran algo así como «pruebas» que encierran profundas enseñanzas. Siempre había pensado que era mejor tener al placer y a la belleza como maestros que tener al dolor y la desdicha. Pero ya no sabía lo que creía. Ya no sabía lo que sabía. Ya no sabía nada, ni entendía nada.

Lo que sé es que el hombre no puede vivir sin ley. Nadie hace deliberadamente el mal, ya que todo el mundo se comporta de acuerdo con un sistema de creencias. Todos esperamos que el mundo responda, de algún modo, a nuestros requerimientos. No puede existir un ser humano que no crea merecer una oscura forma de justicia y de retribución a cambio de la espantosa humillación que supone vivir. Todos los seres humanos creen en una forma de Dios. Los bajos tienen un dios bajo, y los anchos tienen un dios ancho. Los verdes tienen un dios verde, y los fríos un dios frío. Sólo los que se preguntan verdaderamente cuál es la realidad de las cosas, sólo los que desean conocerse a sí mismos, se arriesgan a la vida sin creencias. Vivir sin creencias quiere decir ir más allá de las leyes para investigar por sí mismo. Quiere decir poner en cuestión las leyes aprendidas. Quiere decir confiar en el amor del mundo, sentir dentro del corazón el calor de una estrella lejana. Pero seguramente no es posible hacer tal cosa si uno no siente de algún modo ese amor y no sabe otorgarle al menos un poco de confianza.

No sé cuántos días llevaba encerrado en mi celda cuando una mañana se presentaron en mi puerta dos hombres sin armas que me dijeron que Abraham quería verme. Me condujeron a través del poblado caminando tranquilamente, y pude examinar el lugar con más detalle. Me asombraba comprobar que los que vivían en la Central parecieran personas corrientes. En las verandas se veían familias desayunando, o quizá almorzando. Había niños en los jardines. Vi un estanque con patos y con juncos. Habían construido una especie de puente japonés sobre el

estanque, que habían dejado a medio pintar. Había muchas libélulas azules por todas partes, quizá a consecuencia de las charcas que abundaban en el lugar. Vi un elefante indio, conducido por dos hombres como si se tratara de una vaca. Les pregunté a los hombres que me guiaban qué diablos hacía allí un elefante, pero no me contestaron. Los operarios y personal no cualificado vestían largos monos grises. No sé cómo resistían llevar tanta ropa con aquel calor. El sol tropical parecía aplastarlo todo contra la tierra. Se percibía un aire de pueblo fronterizo, quizá de Far West, en Likkendala City. A pesar de todos los esfuerzos, la Central seguía pareciendo más un campamento que una verdadera ciudad.

Lewellyn me esperaba en su residencia, un *bungalow* con aspecto agradable rodeado por un jardín lleno de flores bien cuidadas. Aquél fue el primero de una serie de encuentros con Lewellyn que, más que ayudarme a comprender al personaje y a entender mejor el lugar donde nos encontrábamos, sólo sirvieron para confundirme más. Lewellyn estaba en la veranda bebiendo té helado, que se servía de una alta jarra de cristal cubierta con un trapo para que no cayeran insectos en el interior, y leyendo una novela de Nancy Mitford. Me invitó a sentarme con él y a compartir un vaso de té helado. De pronto parecía un anfitrión obsequioso, un hombre civilizado y educado que recibe en su casa a otro hombre civilizado y educado.

Me senté en la silla que me indicaba y le pregunté que por qué me trataba tan bien mientras a mis compañeros les obligaba a trabajar como esclavos.

—Esclavos —dijo entonces Lewellyn abriendo mucho los ojos—. Esclavos, dice usted. Sería como decir que yo soy un esclavo de mi estómago, porque tengo que trabajar para él. O que mi estómago es mi esclavo, porque se traga sin rechistar lo que yo arrojo en él. Somos esclavos del tiempo. No podemos pararlo, ni invertir su sentido. Somos esclavos de la respiración. No podemos librarnos de ella. Mis ojos son esclavos de la luz. Mis uñas son mis esclavos. ¿Qué significa eso de ser esclavo? Éste es un mundo de esclavos. Porque hay leyes, unas leyes que no se pueden evitar. Todos servimos a algo. Todos somos esclavos de algo, o de alguien, ¿no le parece?

—Y usted es el esclavo del señor Pohjola.

—No se llama esclavitud cuando uno sirve a algo que está muy por encima de uno mismo, algo que es mucho más grande, mucho más grande que uno mismo.

Me hacía señales de que nos levantáramos para irnos. A veces me recordaba a un pájaro —por sus ojos saltones, por su gran cabeza y su nariz prominente y picuda, por sus gestos apresurados.

En aquella ocasión me llevó al edificio redondo que ellos llamaban «el templo» y que a mí me seguía pareciendo un granero, para asistir a un ensayo de orquesta. Sí, para mi gran sorpresa había una orquesta sinfónica completa en Likkendala City, lo cual implicaba que uno de cada cuatro habitantes, según nuestros cálculos aproximados, tenía que ser un músico profesional. Según me explicó Lewellyn la Filarmónica Likkendala estaba ensayando las obras que tocarían en un concierto que se celebraría unas semanas más tarde con motivo del cumpleaños del señor Pohjola,

al parecer una fecha importante en la isla.

En la sala habría unas diez personas, como máximo, escuchando el ensayo. Lewellyn me presentó a una de ellas, una mujer alta y rubia, como de unos cuarenta años, muy atractiva, que se llamaba Jill Dunhill y era médico. Nos dimos la mano y ella me dijo que estaba encantada de conocerme, una de esas frases que en la civilización decimos a diario sin que signifiquen nada y que en aquella ocasión me pareció muestra de una educación exquisita y de una calidez casi conmovedora. Luego la sorprendí mirándome en un par de ocasiones, y apartando la vista cuando nuestros ojos coincidían, lo cual me extrañaba y me confundía sobremanera. Me sorprendió todavía más descubrir que el director de la orquesta no era otro que George, ladrón de niños y aparente jefe de facinerosos, y que la primera violín era Gwen Heller, también conocida como Carmen Aoristadis, aventurera, falsa bióloga y responsable de que yo hubiera perdido mi pierna izquierda. Creo que Lewellyn disfrutó de lo lindo al observar mi sorpresa cuando aparecieron una y otro en el escenario y ocuparon sus puestos. Me explicó que George y Carmen eran marido y mujer, y que se habían conocido en Londres, en una serie de clases magistrales impartidas por *Sir Georg Solti* cuando ambos eran jóvenes promesas, y añadió, un tanto críticamente, que muchos de los que habitaban en la isla habían sido en su tiempo jóvenes promesas.

Pero lo que más me sorprendió era la música que estaban interpretando. Creo que al oír el inicio, esa larga melodía escrita para viola y dulcemele de los Apalaches, di un salto en el asiento. Se trataba de mi Tercera Sinfonía, dedicada a la memoria de Anton Bruckner, una obra inmensamente ambiciosa que no había sido publicada ni estrenada y que dormía apaciblemente en forma de manuscrito en uno de los cajones del escritorio de mi estudio. ¿Cómo diablos se habían hecho con aquella partitura? Se lo pregunté mil veces a Lewellyn, pero él se limitaba a sonreír y a mover sus pobladas cejas de duende mientras se ponía el dedo sobre los labios para pedirme silencio.

En otra ocasión, me llevó al puerto, una pequeña ensenada natural que tenían que mantener, según me explicó con sorprendente detalle, constantemente libre de plantas acuáticas y en la que habían construido un largo muelle de madera. No estaba protegido, ya que los *Insiders*, según me pareció, no tenían nada que temer que viniera del mar y ya habían protegido bien su península del resto de la isla mediante las torres que creaban el muro de energía. Contaban con pocas embarcaciones: dos lanchas pequeñas, un yate con capacidad para unas quince personas y un gran velero de tres palos que, según me explicó Lewellyn, habían encontrado abandonado y al paio tres años atrás frente a las costas de la isla. Tenían también un submarino, fondeado al extremo del muelle, que era al parecer su principal medio de comunicación con el exterior. No me pareció muy grande, pero es bien sabido que las dimensiones de las naves resultan engañosas, y que todos los barcos parecen más pequeños vistos desde fuera que vistos desde dentro. Me pregunté para qué me

enseñaba todo aquello y si no sería consciente de que me estaba mostrando, en realidad, la principal vía de escape de Likkendala City.

Volví a ver a Jill Dunhill unos días más tarde, durante uno de mis paseos con Lewellyn. En esta ocasión me estaba mostrando la hilera de columnas que cortaba la península donde se encontraba la Central y la separaba del resto de la isla. Según me explicó, cuando las columnas estaban activadas se creaba una pared de energía entre ellas que servía para protegerles de los peligros del interior de la isla. Le pregunté de qué clase de fuerza se trataba y me dijo que se trataba de una nueva fuente de energía descubierta unos cuantos años atrás en las montañas del interior. No me dio más detalles, ni yo necesitaba saber más, pero colegí que se trataba de la fuerza antigravitatoria que, según nos había revelado, aumentaba a medida que uno se acercaba a la llamada Columna Negra. Lewellyn siguió explicándome que aquella energía revolucionaría el mundo, y que la energía atómica era un juego de niños a su lado.

—¿Por qué me enseña todo esto, Lewellyn? —le preguntaba yo—. ¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Quiere usted convencernos de que jamás lograremos salir de aquí? ¿Me está enseñando la solidez de los barrotes de la cárcel?

—Usted está lleno de sospechas y prejuicios —me contestó—. En todo cree ver intenciones ocultas.

En ese momento vimos una furgoneta que se acercaba por el mismo camino que habíamos ascendido nosotros en nuestro *jeep*. Era una furgoneta azul claro de las que solían usar en sus desplazamientos por los caminos de la isla. Se detuvo a nuestro lado y vimos que Jill Dunhill iba en su interior, sentada al lado de un hombre joven que conducía.

—Ha habido una alarma —nos dijo—. Al parecer, un grupo de hombres se han encontrado con Omé. Hay tres quemados y dos muertos.

—Dios mío —murmuró Lewellyn—. Tengan cuidado. ¿Ya han avisado a Burt para que recoja los cadáveres?

—Sí —dijo el conductor—. Viene detrás de nosotros con dos hombres más.

Vi cómo el chófer de la furgoneta hablaba a través de un *walkie talkie* y luego le decía a la doctora Dunhill que podían seguir. Enseguida se pusieron en marcha y fueron siguiendo por el camino hasta pasar a la altura de la columna. Una vez al otro lado de la línea imaginaria que unía a esta columna con las otras, el conductor aceleró y enseguida vimos cómo la furgoneta desaparecía tras la loma.

—En la Central le han dicho que han desconectado este sector —me dijo Lewellyn, refiriéndose a la cautela con que la furgoneta había pasado a la altura de la columna—, pero a pesar de todo uno siempre va con precaución. Ahora lo conectarán de nuevo.

—¿Qué es Omé? —pregunté.

—Ustedes lo llaman «el gigante azul» —me dijo Lewellyn—. Omé es el nombre que le dan los Wamani.

—Entonces, la función del muro de energía es protegerles contra Omé —dije.

—Contra Omé principalmente, pero también contra otras cosas.

—Dígame, Lewellyn, ¿qué diablos sucede en esta isla? —le decía yo una y otra vez en nuestras conversaciones—. Usted no parece un criminal, es un hombre educado, dirige este lugar, cuya función no entiendo, pero donde viven trabajadores y familias y profesionales diversos. Hasta tienen una orquesta sinfónica completa. Y a pesar de todo se comportan con nosotros como si fuéramos delincuentes. Nos persiguen, nos azotan, nos disparan. No sólo no nos ayudan, sino que nos maltratan.

—¿Y por qué deberíamos ayudarles? —me decía él.

—Si usted se tropezara y se cayera, yo le ayudaría a levantarse de forma espontánea —decía yo—. Ayudar al que tenemos al lado es un reflejo humano. Es parte de nuestra naturaleza.

—Un reflejo, sí —decía él con una risa sardónica—. Entonces es un instinto. No pertenece a nuestra naturaleza moral.

Por la noche yo le contaba a Wade lo que iba averiguando de la isla y le resumía mis conversaciones con Lewellyn. Él me preguntaba si imaginaba por qué Lewellyn había decidido darme a mí un trato tan diferente que a los demás. Pero mi capacidad de imaginar hacía tiempo que había quedado superada por los hechos.

Ya habíamos diseñado un plan de huida más o menos completo que incluía el robo de una de las embarcaciones del puerto cuando, una mañana, vinieron dos hombres a buscarnos a Wade y a mí y nos llevaron a la oficina de Lewellyn. No llevaban armas y tampoco nos esposaron en aquella ocasión.

El hombrecillo parecía muy excitado. Sabía controlarse y mantenerse frío, pero yo había empezado a conocerle (al menos eso había llegado a creer) y creía percibir en él en aquellos momentos una enorme exaltación interior. Wade le miraba con ojos asesinos. Yo sabía que tenía que contenerse para no saltar al cuello del responsable de casi todas nuestras desgracias. Lewellyn nos ofreció agua, llenando dos altos vasos con una jarra de plástico amarillo en la que había abundante hielo, y los dos aceptamos. En la isla uno nunca rechazaba una invitación a beber. En su oficina había varios ventiladores encendidos, pero el calor era insufrible. Supongo que el aire acondicionado estaba estropeado aquel día.

—A partir de mañana, dejarán de ir a trabajar a las minas —nos dijo Lewellyn, que se abanicaba desmayadamente con un paipái de palma—. Supongo que esa noticia les alegrará.

Wade y yo quedamos inmóviles, sin manifestar ninguna reacción. Lewellyn nos observaba con cuidado, como quien examina a unos insectos exóticos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No se alegran?

—¿Qué nueva tortura nos tiene reservada? —preguntó Wade—. ¿Dónde están las mujeres que raptaron? ¿Dónde tienen a los niños?

—Siempre lo mismo, una y otra vez —dijo Lewellyn con impaciencia—. Los niños... ¿qué importancia tienen los niños? No son sus niños, no son nada suyo.

¿Cómo consigue convencerse a sí mismo de que de verdad le importan? ¿Por qué insiste tanto en eso? ¿Por qué no lo deja de una vez?

—Bueno, ya sabe cómo funciona —dijo Wade respirando profundamente y obligándose a sí mismo a relajarse e incluso a sonreír—. Las personas establecen vínculos y entonces empiezan a preocuparse las unas por las otras.

—Así es como funciona, ¿no es así? —dijo Lewellyn.

—Sí, me parece que sí.

—Cuánto lamento no estar a la altura de sus altas expectativas morales —dijo Lewellyn.

—Yo también lo lamento.

—Lamento no ser un santo bondadoso —dijo Lewellyn.

—Lo que a usted le parece ser un santo, a mí me parece ser normal —dijo Wade—. Una persona normal y decente, como hay millones.

—A lo mejor es que *usted es* un santo —dijo Lewellyn.

—No, amigo, sé bien que no soy un santo —dijo Wade—. Soy un tipo como cualquiera. Pero si veo a un niño perdido le cojo de la mano y le llevo a su casa. Ustedes le vacían los bolsillos y le roban los zapatos.

—Debe de pensar que soy un ser humano altamente defectuoso.

—Es usted bastante feo, amigo —dijo Wade mirando a Lewellyn con atención—. Si se refiere a eso, sí, en efecto, eso es lo que pienso. Está lejos de ser perfecto.

—Lejos de ser perfecto —dijo Lewellyn con lentitud—. *Lejos de ser perfecto*. Ése será el título que ponga a mi autobiografía cuando la escriba.

Wade me miró y yo me encogí de hombros.

—Ustedes no entienden —dijo Lewellyn—. Ustedes no se dan cuenta de que han llegado a una propiedad privada. Han llegado a un lugar que tiene dueño, y que lo tiene desde hace mucho tiempo. Desde siempre, desde el principio. No es un jardín público, abierto para todos, por el que se puede corretear de un lado a otro.

—Eso lo entendemos —dijo Wade—. Entendemos que esta isla pueda ser una propiedad privada.

—No me refiero a esta isla —dijo Lewellyn—. Me refiero al mundo.

Miré a Wade de reojo, pero él no apartaba los ojos del hombrecito que estaba al otro lado de la mesa.

—Me refiero al mundo —dijo Lewellyn con calma—. Ustedes, liberales, izquierdistas, revolucionarios, *hippies*, ecologistas afeminados, niños malcriados, defensores de fracasados, vagos, inútiles y cobardes. ¿Quién les contó que el mundo era un jardín de infancia y que debía ser así y que era indignante e intolerable que no fuera así? El mundo tiene amos, y los que no son amos han de ser siervos y servir. ¿Cómo podría ser de otra manera?

—En muchos lugares es de otra manera —digo yo.

—Eso es provisional. Los amos del mundo a veces pierden una batalla, o pierden durante unas décadas o unos lustros un país, una región. No importa, porque su poder

es absoluto y tienen todas las cartas en la mano. Tienen la tecnología, los medios de comunicación, la fabricación de medicinas, el control del grano y de los alimentos, el control de las fuentes de energía. Incluso comienzan a tener el control del clima. Incluso comienzan a concebir una forma de controlar la conciencia, de desviar la atención de poblaciones enteras, de crear sociedades de seres sumisos y obedientes. De ahí su interés por esta isla. De ahí el papel crucial que juega esta isla en sus planes.

»Pero nos estamos desviando de lo que nos interesa. No les he hecho llamar para hablar de ética ni de filosofía política. Les he hecho llamar porque tengo noticias del señor Pohjola que les incumben a ustedes. El señor Pohjola —añadió con un suspiro de cansancio—, parece sentir una enorme predilección por ustedes. No me pregunten por qué.

—Vamos, Lewellyn —dijo Wade—. *Cut the crap* («déjese de chorradas»). Si quiere decirnos algo, díganoslo. Pero deje ya de escudarse en ese fantasma que se ha inventado.

—El señor Pohjola no es ningún fantasma —dijo Lewellyn.

—¿Dónde está ese tal Pohjola? —preguntó Wade señalando a nuestro alrededor—. ¿Está aquí? ¿En una de estas casas?

—No, no está *aquí* —dijo Lewellyn haciendo gran exhibición de paciencia y condescendencia con nosotros.

—¿Está aquí en Likkendala City?

—No, ya le he dicho que no está aquí.

—Es cierto, el señor Pohjola no es un fantasma —dijo Wade—. El señor Pohjola *es usted*. El amo y señor de toda esta pandilla de chiflados. Usted ha creado un culto en esta isla, un pequeño mundo en el que usted es el dios absoluto, escondido detrás del fantasma de un misterioso «señor Pohjola» al que sólo usted ve y al que sólo usted oye.

—El señor Pohjola no es el mago de Oz —dijo Lewellyn—. Cállese y escuche. El señor Pohjola es muy real, se lo aseguro, muy real. Quiere hablar con ustedes. Ésa es la razón de que les haya hecho traer aquí hoy. Eso es lo que quería contarles.

—¿Quiere hablar con nosotros? —pregunté yo.

—Sí, con ustedes dos.

—*Holy cow* —dijo Wade.

—El señor Pohjola desea hablar con ustedes dos cara a cara —dijo Lewellyn—. Quiere que les lleve a su casa.

—De modo que tiene una casa —dije yo, admirado.

—Todo el mundo tiene una casa, señor Barbarín —dijo Lewellyn.

Miré a Wade, que reía y se acariciaba la barbilla con el pulgar y el índice abiertos. Miraba a Lewellyn con un destello de admiración, la misma que puede sentir un jugador fullero por otro más fullero todavía.

—¿Vamos a ir a su casa? —dijo mi amigo—. ¿Vamos a conocer al gran hombre

en persona?

—Así es.

Wade reía.

—Está lejos de aquí —añadió Lewellyn—. En el interior de la isla. Es un gran honor el que se les otorga. Espero que sean conscientes de ello. Espero que sepan dar el valor que corresponde a este acontecimiento... George, por ejemplo, mataría por poder acompañarme a visitar al señor Pohjola. Lleva aquí un montón de años y jamás ha tenido la oportunidad.

—Entonces, ¿no vendrá nadie más? —preguntó Wade—. ¿Nada de hombres armados?

—No iremos armados.

—¿Quiere decir que iremos *los tres solos*? —dije yo entonces—. ¿Wade, usted y yo?

—Sí —dijo Abraham mirándome con atención—. Nosotros tres. Tardaremos un par de días en llegar. Es arriba, en las montañas. Dos días de subida y dos días de bajada. Quizá tres y tres, contando con sus dificultades físicas. Sin embargo —añadió, observándonos todo el rato con sus ojos saltones y enrojecidos—, no piensen que ésta es su gran oportunidad para «escapar». Y espero que comprendan que tampoco les conviene pensar en hacerme ningún daño una vez estemos solos allá arriba. Tenemos un montón de rehenes. Si a mí me pasara algo, espero que comprendan que sus compañeros sufrirían las consecuencias. No, no me miren así. Lo único que quiero es protegerme, quizá proteger mi vida. Si creen que me causa placer subir a las montañas con ustedes dos, se equivocan. Pero una orden es una orden, y uno no desobedece las órdenes del señor Pohjola. Uno no sueña con desobedecer al señor Pohjola. Iremos los tres, y ustedes se portarán como personas civilizadas.

La idea de salir de aquella ciudad los tres solos me parecía de pronto una gran oportunidad no sólo para escapar, sino también para hacer preso a Lewellyn y utilizarle como mercancía de intercambio con nuestros amigos. Pero pensé que tenía que forzar la negociación al máximo.

—Muy bien —dije—. Pero quiero que venga una persona más.

—Sí, lo sé —dijo.

—¿Lo sabe?

—Saber las cosas es mi trabajo —me dijo—. Y el trabajo del señor Pohjola, por supuesto.

—Usted no sabe nada —dije.

—El señor Pohjola me lo advirtió. Me dijo que usted pediría que nos acompañara también otra persona. Está bien, no hay problema. Estaba previsto.

—¿De qué persona está hablando? —pregunté, confuso.

—De la misma que usted.

—No es posible que sepa de quién estoy hablando —dije.

Abraham Lewellyn me miró con sus grandes ojos saltones, en los que ahora se leía una sonrisa sardónica. Entonces dejó el paipái sobre la mesa, abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un papel doblado. Me lo entregó y me pidió que lo abriera y que lo leyera. Esto es lo que estaba escrito en el papel, con un bolígrafo azul y una de esas típicas letras americanas que imitan con claridad y decisión los tipos de imprenta.

«Quiero que venga una persona más.

Sí, lo sé.

¿Lo sabe?

Saber las cosas es mi trabajo.

Usted no sabe nada.

Está bien, no hay problema. Estaba previsto.

¿De qué persona está hablando?

De la misma que usted.

No es posible que sepa de quién estoy hablando.

Está hablando de Rosana. Quiere que nos acompañe Rosana».

—Está hablando de Rosana —dijo entonces Lewellyn—. Quiere que nos acompañe Rosana.

Extendió la mano para recuperar su papel, y yo, después de mirarlo una vez con incredulidad, se lo entregué automáticamente. Ahora pienso que no debería haberlo hecho y que debería haberlo guardado como prueba. Pero prueba ¿de qué exactamente? ¿De la existencia del señor Pohjola? El hecho era que Lewellyn llevaba en el bolsillo guardado un papel en el que tenía escrita, palabra por palabra, parte de la conversación que estábamos teniendo en esos momentos él y yo. ¿Sería yo tan previsible? ¿Sería cierto que él podía saber qué frases diría yo en respuesta a sus frases? ¿Sería el caso, quizá, que *cualquiera*, o al menos un elevado tanto por ciento de las personas, respondería precisamente esas frases en respuesta a unos ciertos estímulos verbales, del mismo modo que el noventa por ciento de las personas contestan «carpintero» cuando les preguntan, después de haber puesto su atención en otra cosa, el nombre de una profesión? ¿Cuál era el truco? ¿Estarían las frases de Lewellyn especialmente diseñadas para provocar en mí ciertas respuestas automáticas de manera que luego, al mostrarme el papel, diera la impresión de que él podía saber por adelantado lo que yo iba a decir? ¿Somos todos máquinas previsibles? ¿O es que la gran obra de teatro de nuestra vida ha sido previamente escrita y somos todos actores que ni siquiera recuerdan que están interpretando un papel? ¿Era ésa la razón de que los *Insiders* parecieran ir siempre dos o tres pasos por delante de nosotros? Claro está que había otra explicación posible: que quien había escrito o dictado aquellas palabras tuviera la capacidad de ver el futuro.

Los sueños del conde Balasz. Salomé, Maestra del Juego

La Sociedad de la Rosa Blanca, también llamada Hermandad de los Contempladores del Cielo, surge en Viena a fines del siglo XVIII como consecuencia de la difusión por Europa de las Mesas o *Tabulae*, sociedades más o menos secretas dedicadas a la práctica de los juegos del libro del conde Cammarano, en muchas ocasiones relacionadas con la masonería o con el movimiento Rosacruz.

La Sociedad de la Rosa Blanca se dedicó a la práctica obsesiva y continua de tres de los juegos incluidos en el libro de Cammarano: el Juego de la Isla (un juego de números de Alta Matemática), el Juego de la Rosa Blanca y el número XVII de los «Juegos de Silencio», incluidos entre los Ciento Ocho Juegos Secretos. Con esto la Sociedad no hacía sino seguir las tendencias de la época, ya que los adeptos a las Mesas hacía tiempo que habían desistido de la obligación inicial de practicar todos los juegos del libro.

Algunos adeptos se consagraron, de hecho, sólo al juego número XVII de los «Juegos de Silencio», llamado sencillamente (aunque su práctica, por simples que sean las instrucciones, no tiene nada de sencilla) «Contemplación del cielo», de donde proviene el nombre con que suele denominarse a esta sociedad. A fines del siglo XIX la Sociedad de la Rosa Blanca o Hermandad de los Contempladores del Cielo estaba regida por el conde Balasz, un noble húngaro de inmensa fortuna, zoólogo, botánico, músico aficionado, místico, alquimista, matemático, masón y aficionado a las antigüedades egipcias, que llegó a la conclusión, después de toda una vida de estudio y de contemplación, que el Juego de la Rosa Blanca, el Juego de la Isla y el Juego número XVII de los Juegos de Silencio eran en realidad el mismo, y que hacían referencia a un lugar que existía físicamente en el mundo.

De este modo, la isla aparecía de nuevo, después de siglos de olvido, en el horizonte de la imaginación moderna.

El nombre «Sociedad de la Rosa Blanca» surgía directamente de uno de los juegos del libro, dentro del cual también se mencionaba una supuesta «Sociedad de la Rosa Blanca» cuyos adeptos practicarían 108 juegos que estaban entre los más extraños y esotéricos de todos. Pero el conde Balasz comenzó a pensar que la Rosa Blanca y la Isla existían realmente en el mundo. Y dedicó el resto de su vida a buscarlos.

«La Rosa Blanca, si es que existe», escribe en uno de sus diarios, «ha de estar en la Isla Purgatorio, a la que otros llaman Isla Cammarano o Isla de las Voces. He llegado al convencimiento de que esta isla, que para muchos es tan simbólica como el Grial, Nibelheim o Avalón, existe realmente en algún punto del océano Índico o bien del océano Pacífico».

Son los diarios del conde los que nos permiten reconstruir la epopeya de su

búsqueda de esa que él llama Isla Purgatorio, Cammarano o de las Voces, y también las condiciones extraordinarias de su «encuentro» con la isla.

Este encuentro tuvo lugar durante la noche, a lo largo de muchas noches.

Durante el otoño de 1877, el conde Balasz tuvo una serie de sueños en los que una sociedad de monjes que vivía en una remota montaña le instruía sobre todo tipo de cuestiones esotéricas. En los sueños, los monjes le explicaban el verdadero significado de los juegos, el de la Isla, el de la Rosa, el de la Contemplación del Cielo, y le aseguraban también que el Jardín del Edén que se describe en la Biblia y que aparece nombrado o evocado en tantas tradiciones antiguas no era un mito, ni tampoco un símbolo de un «estado interior», sino un lugar real. El Jardín del Edén o Jardín del Paraíso, también llamado Jardín de la Resurrección, le decían, *existía realmente* en la tierra.

En el primer sueño, el conde Balasz se veía a sí mismo en un paraje de rocas, en medio de las montañas. Echaba a caminar por un sendero que ascendía entre árboles y plantas frondosas y enseguida llegaba a las puertas de un monasterio. Había allí un grupo de monjes esperándole que le saludaban por su nombre y le invitaban a pasar con suma amabilidad. Su voz había sido oída, le dijeron. Las altas autoridades de la Universidad habían decidido aceptarle como alumno oyente *in somnii*, es decir, alumno en sueños.

¿Una Universidad?, se dijo el conde Balasz. ¿No un monasterio? ¿No un convento? Luego recordó que en la Edad Media la figura del estudioso y la del clérigo eran intercambiables, y se imaginó que aquellos frailes llamaban Universidad al lugar donde vivían por la sencilla razón de que habían decidido consagrar su vida al estudio.

Durante los primeros sueños, el conde Balasz habló con monjes jóvenes y viejos que le hacían preguntas y le instruían sobre distintas materias. Se llamaban «hermanos» unos a otros, como en las órdenes religiosas, pero no conseguía adivinar el sentido de sus jerarquías ni tampoco conseguía entrevistarse con el padre prior que dirigía aquella institución.

Otras veces sus interlocutores eran mujeres, aunque el conde entendía que no se trataba de monjas, sino de diaconisas, ya que tenían las mismas atribuciones y capacidades dentro de la orden que sus compañeros masculinos. Iban vestidas con largas túnicas color marrón bajo las cuales se hallaban desnudas, y al quitarse las túnicas (cosa que hacían a menudo) se ponían al mismo tiempo grandes máscaras cubiertas de pelo como de bisonte o de león, adornadas con plumas de faisán y cuernos de búfalo, de modo que cuando estaban desnudas sus rostros quedaban cubiertos por aquellas máscaras velludas e imponentes, y cuando se quitaban las máscaras, era su cuerpo el que quedaba cubierto por la túnica color marrón.

Era evidente que esta doble orden de hombres y mujeres tenía muy poco que ver con la iglesia habitual. Sus rituales y costumbres dejaban a veces al conde profundamente confundido. Por ejemplo, los rituales del baño, que realizaban en

grandes piscinas de aguas termales y durante los cuales hombres y mujeres se bañaban juntos, ocasiones en que las diaconisas ni siquiera utilizaban sus máscaras monstruosas y que muchas veces terminaban con jóvenes parejas practicando la cópula entre las flores.

El conde Balasz contemplaba estas escenas mortificado, preguntándose si no estaría siendo objeto de una broma. Pero ¿quién ha oído de alguien a quien le gasten una elaborada broma *en sueños*?

Había un monje llamado Filemón, un hombre anciano, muy docto, de rostro apacible y ojos ligeramente irónicos, que le explicaba cosas sobre los números que el conde Balasz jamás había encontrado en ningún libro y que le llenaban de asombro. El monje Filemón le decía: «Dios ha hablado a los hombres a través de tres lenguajes, el de las matemáticas, el de la música y el tercer lenguaje». ¿Cuál es el tercer lenguaje?, preguntaba el conde Balasz infatigablemente. Pero Filemón no le contestaba. Cuando despertaba, el conde Balasz intentaba poner por escrito la solución de los grandes enigmas matemáticos que le habían sido mostrados durante el sueño, pero era incapaz de hacerlo. No es que no recordara los números vistos durante el sueño, sino que ahora que estaba despierto, esos números no tenían el menor sentido.

En uno de los sueños, una mujer de grandes ojos y largos cabellos castaños y rizados le decía que los tres juegos, el de la Isla, el de la Rosa, el de la Contemplación del Cielo, eran en realidad (como lo eran todos los juegos del libro del conde Cammarano) formas de encontrar un lugar que existía realmente en el mundo. Le decía que el conde Cammarano había escrito su libro bajo la forma de un enigma que permitiría al que lo leyera correctamente encontrar el lugar en el que ahora ellos estaban y en el que él había sido admitido como alumno *in somnii*. Este lugar estaba situado en una isla remota.

La isla tenía varios nombres. Isla Purgatorio la había llamado el conde Cammarano. Isla de las Voces, la llamaban otros.

Le decía también que la práctica de los números nunca podría llevarle por sí sola a la isla donde estaba el Jardín del Paraíso. Esta mujer se llamaba Salomé, y era delgada, hermosa, suave, imponente, muy femenina y al mismo tiempo dotada de un aire entre hierático y maternal. Tenía una abundante cabellera rizada que rodeaba su rostro como una especie de aureola de rico y cálido color caoba, y los ojos muy bellos, ligeramente almendrados y de color avellana. Tenía unos cuarenta años, iba vestida con una fina túnica de lana marrón que moldeaba su pecho como un peplo griego y luego caía en largos pliegues hasta el suelo, y aparecía siempre solemnemente sentada frente a una mesa en la que había diversos objetos simbólicos: una rosa roja, una azucena blanca, una clepsidra, una espada, una calavera, un gallo de bronce, una granada partida, un montón de sal, un libro...

El conde Balasz interpretó esa mesa como una de las antiguas *Tabulae* de juego, y a Salomé, por tanto, como la Maestra del Juego. Era difícil saber cuál era

exactamente la posición de esta mujer dentro del monasterio, pero pronto comenzó a sospechar que Salomé bien pudiera ser la de Madre Abadesa, que regía no sólo sobre las diaconisas, sino también sobre la entera población de hombres y mujeres de la Universidad. En cuanto a los símbolos que aparecían en la mesa (que cambiaban de sueño en sueño, o bien eran siempre los mismos aunque a él le parecían siempre diferentes), su elucidación e interpretación, que ocupó innumerables sesiones de la Hermandad de los Contempladores del Cielo, resultó imposible. La rosa roja y la azucena blanca podían ser interpretadas como el amor y el conocimiento (es decir, la *filosofía*), pero ¿qué representaba el montón de sal? ¿Y qué era el montón de sal en relación con el libro? ¿Y el gallo? ¿Un antiguo símbolo gnóstico?

El conde Balasz se obsesionó con la idea de encontrar en el mundo de la vigilia el Jardín del Paraíso o Jardín de la Resurrección, como también habían comenzado a llamarle, pero no lograba hacer progresos. Los miembros de la Sociedad de la Rosa Blanca habían logrado un dominio perfecto de los tres juegos, el de la Isla, el de la Rosa Blanca y el de la Contemplación del Cielo, y a pesar de todo, ninguna puerta se abría, ninguna senda se mostraba ante ellos. Sin embargo, noche tras noche Filemón y Salomé aseguraban al conde que aquel lugar existía realmente y que era posible llegar hasta allí.

Ahora soñaba todas las noches con la mujer llamada Salomé, pero ella, que aparecía siempre sentada ante su mesa, mirándole gravemente con sus hermosos ojos, ya no hablaba. No hablaba, pero sí cantaba. Sólo se dirigía a él cantando. Sus melodías eran intrigantes y tenían un aire oriental y remoto. Él a veces entendía las palabras de sus cantos con toda claridad, en otras ocasiones entendía las palabras pero no conseguía encontrarles el sentido. Otras veces no las entendía en absoluto.

Soñaba con Salomé sentada frente a su mesa, con una fila de diaconisas vestidas con túnicas marrones a un lado y una hilera de monjes vestidos con túnicas color marfil al otro. Ahora en vez de hablarle, los dos coros cantaban. Primero cantaban las diaconisas. Luego los monjes. Luego las voces de unos y de otros se entrelazaban en algo que no se parecía en nada a la polifonía que el conde conocía tan bien. Luego Salomé comenzaba a cantar. Su voz era inolvidable, aunque una vez despierto el conde no podría decir si se trataba de una contralto natural, de una mezzo, de una soprano dramática, de una *soubrette* o de una soprano coloratura. Salomé cantaba y él se esforzaba por comprender las palabras. A veces ella cantaba en latín, una lengua que el conde comprendía bien. A veces cantaba en griego, del que sólo podía entender palabras sueltas. A veces cantaba en egipcio. En el sueño, el conde sabía que era egipcio sin necesidad de que nadie se lo explicara. A veces cantaba en hebreo. A veces cantaba en sánscrito, una lengua cuyo estudio había estado de moda en Alemania desde fines del siglo XVIII y de la cual el conde conocía unos cien términos. Pero por lo general, el significado de las palabras de los cantos de Salomé le resultaba indescifrable. Ella, sin necesidad de palabras, le explicaba en comunicación directa, hablándole directamente al corazón, que tampoco era mediante las palabras ni

mediante el significado de las palabras como lograría llegar a la isla. De modo que el conde se veía obligado a escuchar el puro sonido del canto, la música y muy especialmente *la voz* de Salomé. Cuando ella cantaba, los elementos simbólicos que había en la mesa comenzaban a flotar y a danzar por el aire. Luego comenzaban a transformarse.

Después, todos los monjes y las diaconisas se desnudaban. Lo hacían con movimientos eficaces y ligeros, dejando caer al suelo las túnicas marrones y las túnicas color marfil. Eran casi todos jóvenes y esbeltos, aunque también había entre ellos cuerpos maduros y adiposos. Las mujeres se ponían sus máscaras de animales feroces, adornadas con pelo de león y cuernos de búfalo, y los hombres se colocaban guirnaldas de flores en el pelo. Y comenzaban a bailar unos con otros. Una de las mujeres y uno de los hombres se acercaban a Salomé, y le quitaban la túnica, haciéndola descender desde sus hombros hasta dejarla caída en el suelo y dejándola a ella también completamente desnuda. Y ellos seguían cantando mientras bailaban en parejas de hombre y mujer, dando vueltas y vueltas alrededor de la sala, y Salomé seguía cantando. De todas las mujeres, era la única que se mostraba desnuda sin cubrir su rostro.

El conde comprendía que la voz de Salomé escondía el mensaje más profundo y misterioso que había recibido hasta la fecha. Pero era incapaz de desentrañarlo. Se esforzaba por lograrlo, se esforzaba hasta las lágrimas, y entonces descubría que en realidad no había nada que desentrañar. El mensaje era la voz. No las palabras. No las notas. No los números. *El mensaje era la voz*. Así lo comprendió el conde por fin, y aquella noche despertó en mitad de su sueño y lloró de felicidad porque al fin había logrado desvelar el misterio.

Sentía tanto respeto ante esta mujer imponente que cuando los dos ayudantes le quitaban la túnica, el conde bajaba los ojos. Ahora este ritual se repetía noche tras noche, y cada vez que llegaba el momento en que los acólitos dejaban caer la túnica de Salomé, el conde bajaba los ojos respetuosamente y mortalmente confundido. Un día había vislumbrado los senos de Salomé antes de bajar los ojos, senos maternales y perfectos, y la visión luego le perseguía durante la vigilia, como si hubiera contemplado un misterio prohibido. A la noche siguiente Salomé le dijo, hablándole directamente al corazón, que no bajara los ojos, que no tuviera vergüenza de mirarla. Cuando los dos ayudantes le quitaron la túnica, el conde se forzó a mirarla a pesar de la violencia que sentía. Y vio por primera vez el cuerpo desnudo de Salomé.

Entonces pensó: el mensaje no son las palabras. No son las notas. No son los números. El mensaje no es ni siquiera la voz, su vehículo. *El mensaje es el cuerpo*.

Entonces los objetos simbólicos que flotaban en el aire y se transformaban unos en otros descendieron suavemente y se posaron en la mesa. Salomé terminó su canto. Los danzantes terminaron su canto también, se detuvieron, se besaron en los labios y regresaron cada uno a su lugar para ponerse las túnicas. Un monje y una diaconisa subieron la túnica de Salomé desde los pies hasta hacer que entrara por sus brazos y

se colocara sobre los hombros.

Entonces Salomé volvió a hablarle. Le dijo que aquélla era la penúltima vez que soñaría con ella. Le agradecía sus esfuerzos y le llamaba «hermano espiritual», algo que al conde Balasz le emocionaba profundamente.

A continuación Salomé le dijo que le iba a pedir que hiciera algo en el mundo de la vigilia. El siguiente día 18 de Diciembre debía asistir al estreno de la última sinfonía de *herr* Anton Bruckner, que sería interpretada por la Orquesta Filarmónica de Viena bajo la dirección de Hans Richter. El conde preguntó varias veces para asegurarse que había oído bien. Pero las instrucciones de Salomé eran precisas y no dejaban lugar a dudas.

Era la primera vez que Salomé hacía referencia al mundo de todos los días. Intrigado, el conde Balasz consiguió entradas para el concierto a pesar de las dificultades (era un concierto por suscripción, en los que se venden las entradas por anticipado) y el día señalado se dirigió al Musikverein. Se trataba de la Octava Sinfonía de Anton Bruckner, cuyo estreno llevaba años posponiéndose por las más variadas razones, en unos casos porque los directores la consideraban una obra absurda y sin sentido y en otros porque las orquestas eran incapaces de dominar sus dificultades técnicas. Bruckner la había revisado varias veces para intentar subsanar sus supuestos errores. Claro que el conde Balasz no conocía estos detalles. Era amante de la música, pero no seguía de cerca las incidencias de la música contemporánea. Tampoco había oído nunca música de Bruckner.

Al escuchar aquella música infinita, apasionada, fabulosamente simple y al mismo tiempo dotada de una extraordinaria complejidad psicológica; grandiosa y banal; sublime como la arquitectura de piedra de una basílica y tierna como las flores de la orilla de un arroyo; majestuosa hasta el exceso y al mismo tiempo transida por una misteriosa nostalgia, el conde creyó haber encontrado por fin el camino. Cuando regresaba a casa, todavía con la música de Bruckner resonándole en la memoria, se sentía poseído por la exaltación y arrastrado por un maravilloso vuelo interior que le hacía elevarse, como en una amplia espiral ascendente, por dentro de sí mismo. No quiso hablar con nadie después del concierto, ni participar en ninguna reunión ni en ninguna ocasión social que pudieran borrar la impresión que había dejado en él la música de Bruckner. De modo que se fue directamente a su casa y se encerró en sus aposentos ordenando que no le molestara nadie. Practicó los tres Juegos, el de la Isla, el de la Rosa Blanca y luego el de la Contemplación del Cielo, y a continuación se acostó para dormir.

Esa noche fue la última vez que soñó con la montaña, con el monasterio, con los monjes, con las sacerdotisas y con Salomé. Fue el sueño más extraño de todos.

En el sueño, los monjes le recibían a la entrada de la montaña sagrada, le conducían hasta el monasterio y le hacían pasar a las estancias del templo, llenas de guiraldas de flores y de velas encendidas, como en una gran celebración, y le conducían hasta la *Tabula* de Salomé. Ella le preguntaba si había escuchado lo que le

había pedido que escuchara. El conde contestaba que sí, y preguntaba a su vez si la respuesta a sus cuestiones estaban en aquella música, y si debía intentar comprender aquella música por medio de los números, ya que estaba convencido, a pesar de todo, de que la solución del enigma estaba en los números.

Salomé le dijo: «La solución del enigma es ésta: no hay enigma. Todo es lo que se muestra, tal y como es».

«Señora», dijo el conde bajando los ojos respetuosamente, «el otro día os contemplé desnuda, y escuché dentro de mi corazón una voz que me decía: “el mensaje es mi cuerpo”. Pero yo no puedo comprender que el cuerpo sea superior a la música o a los números».

«El cuerpo es el vehículo», dijo Salomé. «Es lo que nos hace humanos. Es lo que nos permite evolucionar y comprender. Es el centro de nuestro trabajo espiritual. Odiar o temer el cuerpo nos conduce al infierno. La belleza y la dignidad del cuerpo son un reflejo de la belleza y la dignidad de nuestra parte invisible. Honrar el cuerpo es honrar nuestra alma. Trabajar en el cuerpo es trabajar en la parte invisible. Tres cosas hemos de trabajar: el cuerpo, la emoción y la atención. Pero todo comienza con el cuerpo».

El conde Balasz bajó la cabeza, intentando asimilar las palabras de Salomé.

«Muy bien», dijo Salomé. «Ahora contempla esta representación teatral que hemos preparado para ti».

Salomé hizo una señal y entonces todos se apartaron a los lados de la gran sala en que se encontraban para dejar espacio libre en el centro.

La representación teatral era de un realismo y una crueldad indescriptibles. Se componía de tres cuadros: el primero se titulaba «La juventud de Isolda». El segundo, «El nacimiento de Afrodita». El tercero, «La anunciación a María». Había una muchacha rubia, muy alta, dotada de uno de esos cuerpos grandes y como sin acabar de desbastar que poseen a veces las mujeres alemanas, que interpretaba a las tres mujeres, Isolda, Afrodita, María. Aquella muchacha, una de las diaconisas más jóvenes, le conmovía intensamente. Había algo tierno y grácil en ella, en la ternura rosácea de su piel y en la rotundidad de los signos de su feminidad. Estaba seguro de que sus hombros y su cuello olían a leche, igual que los de un cervatillo joven.

Un coro masculino y otro femenino iban comentando y explicando alternadamente la acción. Cantaban en latín.

En «La juventud de Isolda», la princesa de Irlanda aparecía como una mujer sabia dedicada a la curación mediante las hierbas. La actriz aparecía vestida con una peluca de largos cabellos blancos que cubrían por completo su larguísima cabellera rubia, y con un manto de druida lleno de ramitas de árboles diversos, flores secas, plumas de pájaro y conchas marinas. Aunque debía representar a la joven Isolda, a causa de los largos cabellos blancos parecía en realidad una Isolda anciana. Dos grandes perros amaestrados, o bien dos lobos, uno de piel oscura y otro albino, se acercaban hasta ella y se ponían uno a cada lado de la joven. Entonces el lobo de piel oscura se ponía

a cantar con la voz de un hombre joven, y luego la loba de piel blanca se ponía a cantar con la voz de una mujer humana, y finalmente Isolda se ponía a aullar como aúllan los lobos. El lobo cantaba en latín, la loba en alemán antiguo e Isolda cantaba en el idioma de los animales. Entonces se oía una voz que decía: «Isolda jamás había olvidado su mitad salvaje». El conde no sabía exactamente dónde sonaba esa voz ni de dónde provenía. ¿Era él el único que la oía? ¿Sonaba en el aire? ¿Era Salomé la que pronunciaba aquellas palabras?

A continuación venía la escena del «Nacimiento de Afrodita». El coro cantaba hermosas melodías alternas celebrando la aparición de Afrodita de la espuma del mar de Chipre, y la joven actriz se quitaba el manto y la peluca blanca y se mostraba desnuda, avanzando desde el fondo de la sala encaramada a una enorme concha tirada por dos niños que parecían arrastrar la valva calcárea y a su ocupante sin la menor dificultad. La muchacha se cubría púdicamente los pechos y el sexo, sin llegar a contener la rosada opulencia ni a ocultar del todo el tenue vello castaño. Al llegar al centro de la sala, apartó las manos y entonces el coro femenino y luego el masculino cantó: «Gloria a ti, Afrodita, diosa del amor». Entonces aparecieron varias figuras vestidas de silenos por ambos lados, armadas con largos vergajos, y comenzaban a azotar a la muchacha. La azotaban con tanta furia que pronto estuvo completamente cubierta de sangre, y a pesar de todo los verdugos seguían azotándola. La actriz tenía la piel tan fina y la carne tan tierna que los vergajos cortaban su piel y su carne, y a pesar de todo la muchacha seguía inmóvil en la misma postura, sin intentar protegerse, mientras los vergajos caían sobre su espalda, sobre su vientre, sobre sus muslos. La visión de un cuerpo tan joven y tan hermoso castigado de tal manera era casi imposible de soportar, pero el conde Balasz se forzó a mirar a pesar de su horror y su compasión. Entonces la voz decía: «¡Mirad lo que habéis hecho con Afrodita!».

La muchacha, a punto de desmayarse por el dolor y por la pérdida de sangre, se disponía entonces a interpretar la última escena, la de «La anunciación de María». Dos mujeres se le acercaban, la ayudaban a sentarse en un escaño de madera que habían movido hasta el centro de la estancia y le cubrían los cabellos con un velo que le caía por los hombros pero no llegaba a cubrir su cuerpo desnudo y ensangrentado. El sufrimiento de la muchacha era bien visible, ya que sus heridas y su sangre eran reales, y el conde Balasz se sentía emocionado hasta las lágrimas. Aparecía el ángel y el coro cantaba las conocidas palabras: «María, yo te saludo en nombre del Señor; vengo a anunciarte que tendrás un hijo». Entonces algo tremendamente extraño sucedía. La muchacha que ahora representaba a la virgen María se incorporaba en su escaño y su vientre comenzaba a crecer y a hincharse. Enseguida rompía aguas y le llegaban las contracciones del parto, y la muchacha volvía a sentarse en el escaño, separaba las piernas al máximo y todos los presentes podían observar cómo su pequeña vulva juvenil comenzaba a abrirse y dilatarse por el empuje de algo así como una esfera que brotaba del interior de su cuerpo abriendo la entrada vaginal, cuyos labios se estiraban y abrían sin aparente esfuerzo, aunque la muchacha comenzaba a

gritar de dolor. La vulva se abría al doble, al triple, al cuádruple de su volumen habitual y seguía creciendo, y pronto se hacía visible la cabeza de un bebé, la frente, los ojos, la nariz, los labios, y luego los hombros, los brazos, el cuerpo, el cordón umbilical. La muchacha gritaba y gemía como un animal, y al mismo tiempo cogía al bebé que surgía de su interior brillante y húmedo, cubierto de sangre y de líquido amniótico, y una vez todo el cuerpo del niño estaba fuera, lo levantaba en sus brazos y lo estrechaba contra su pecho, todavía con el retorcido cordón umbilical blanco y violeta sin cortar. Entonces los dos niños volvían a aparecer por el fondo de la habitación arrastrando la enorme concha, mientras desde las galerías superiores de izquierda y derecha lanzaban al aire puñados de polvo dorado y pétalos de geranio y de ciclamen sobre la madre y el niño cubiertos de sangre, y el polvo dorado y los pétalos se quedaban pegados a la piel de ambos. El escaño se iba hacia atrás, alguien retiraba el velo de los cabellos de la muchacha y ésta, todavía con el niño unido a ella mediante el grueso cordón umbilical que surgía reluciente y retorcido de su vulva, avanzaba tambaleante y se subía a la concha de Afrodita. Una especie de lluvia finísima comenzaba a caer entonces del centro de la bóveda, empapando las figuras de la madre y del niño y arrastrando consigo toda la sangre de la flagelación y del parto y dejando a ambas figuras casi completamente limpias. Y la voz decía: «No habéis entendido que María y Afrodita son una».

En ese momento, el conde se despertó en su cama, sudando como si tuviera una fiebre altísima. Las últimas palabras seguían resonando en su memoria. «No habéis entendido que María y Afrodita son una». El conde estaba sólo en su cámara. A través de la ventana, la luz de la luna brillaba sobre los tejados de Viena. Quiso volver a dormirse para contemplar el final de la representación, si es que quedaba algo que contemplar. Pero no conseguía volver a dormirse.

¿Qué es lo que he visto?, se preguntaba el pobre hombre, confuso y desorientado. ¿Qué significa? «¡No habéis entendido que María y Afrodita son una!». Todas las cosas que he visto atentan contra la verdadera religión. Son un escándalo, y si las relatara públicamente terminaría por ser excomulgado. ¿Cómo es posible que la práctica de un juego de Alta Matemática me haya llevado hasta este país onírico?

Se preguntaba si se había enamorado de aquella mujer a la que veía en sueños. No lograba comprender lo que sentía hacia ella, ni tampoco si ella era una especie de santa o bien una vulgar meretriz carente de la menor modestia femenina. ¿Qué era Salomé? ¿Era la hierática abadesa de un convento o la Gran Ramera de Babilonia? ¿A qué dedicaba su vida? ¿Al amor de Dios o a la lujuria? ¿Era una paloma del amor o una diablesa?

Él era un hombre de ciencia, un sabio riguroso y consagrado al estudio. Estaba casado con la princesa Wilarda Philarda, una mujer piadosa, de rostro caballuno, que provenía de una rancia familia prusiana y le había dado una hija a la que adoraba, pero hasta aquel momento jamás había imaginado que una mujer pudiera causarle la impresión que Salomé le había causado.

Hasta aquí llegan las anotaciones de los diarios del conde Balasz. Sabemos que poco después la hija del conde sufrió una crisis nerviosa y hubo de ser internada en el sanatorio psiquiátrico de Bad Kreuzen, precisamente en el mismo donde *herr* Bruckner estaba pasando una temporada de reposo tras la depresión que siguió al estreno de su Octava Sinfonía. Sabemos que el conde Balasz se encontró con Anton Bruckner en Bad Kreuzen, y que habló con él en varias ocasiones. No sabemos mucho más.

Lewellyn nos lleva a la casa de Pohjola

Salimos al día siguiente al amanecer en una pequeña furgoneta conducida por un muchacho pelirrojo llamado Burt. Cuando llegamos al muro de energía todos descendimos. Todos, incluso Burt, que se quedó allí mirando con los brazos en jarras, muy cómico con su mono color verde pistacho y su gorra roja (al parecer, todos los que trabajaban en las proximidades de la pared de energía llevaban colores chillones para ser vistos con claridad en las cámaras). Lewellyn se acercó a una de las columnas, abrió una pequeña puerta en la pared metálica con una llave que llevaba en el bolsillo y desactivó esa sección del muro. Nos dijo que teníamos exactamente un minuto para pasar al otro lado de la pared invisible.

Pasamos rápidamente y nos volvimos para mirar cómo Burt regresaba a la furgoneta y la ponía en marcha y cómo el vehículo se alejaba luego en dirección a la Central.

Wade, Rosana y yo nos miramos. Estábamos libres, lejos del alcance de los *Insiders*. De nuevo solos nosotros y la isla.

Recuerdo aquella sensación de felicidad y de alivio al encontrarme de nuevo en el territorio libre y salvaje. ¡Felicidad por estar en la isla! Cuando echamos a caminar, Wade se puso a recitar un poema:

*Out of the night that covers me,
Black as the pit from pole to pole,
I thank whatever gods may be
For my unconquerable soul...*

Se trataba de «Invictus», de William Ernest Henley.

Caminamos durante dos días adentrándonos en las montañas y ascendiendo hasta valles cada vez más frescos donde la vegetación cambiaba y se hacía más propia de los bosques alpinos. La aérea palmera daba paso al rumoroso roble oscuro. Hacían su aparición las coníferas cargadas de agujas verdeazules. Las flores se hacían más pequeñas y delicadas. En los matorrales había un palpitar de abejas. El misterio del mundo se abría de nuevo ante nosotros después de la tediosa cautividad y el espantoso trabajo de los esclavos. Me preguntaba cómo reaccionarían mis compañeros de viaje, Rosana y Wade, cuando nos encontráramos los tres a solas con Abraham Lewellyn, perdidos en medio de las montañas. ¿Se tornarían vengativos y violentos? Pero el misterio del mundo, la posibilidad de las montañas con sus senderos abiertos e interminables parecía haberse apoderado de todos nosotros. Ahora la lógica del camino, de los insectos, de los despeñaderos, de las espectaculares vistas de la isla Purgatorio se había apoderado de nosotros. Apenas hablábamos. Apenas nos mirábamos a los ojos. Cruzábamos arroyos frescos donde bebíamos y nos

mojábamos la cara y el cuello, y yo sentía que aquel agua pura que bajaba de las alturas nos bendecía y nos limpiaba de las culpas del pasado. En los valles soplaba el viento y al atravesar los árboles arrancaba sonidos a las hojas y a las ramas, a las rocas y a los matorrales. No había voces por aquellas alturas, y ni siquiera cuando uno se quedaba a solas era posible escuchar el coro de murmullos que sonaba siempre en la selva. Se lo dije a Lewellyn, que se limitó a observar que, en efecto, en las montañas no había voces.

Aprovechando la situación, intenté hacerle más preguntas a Lewellyn durante las paradas y los descansos de nuestro viaje. Parecía inusualmente comunicativo, y me contó muchas cosas sobre la isla y la historia de la isla. Me habló del conde Cammarano y de los alemanes y sus experimentos durante la Segunda Guerra Mundial. Al parecer, los nazis encontraron la isla durante su búsqueda de fuentes de caucho, que necesitaban en cantidades ingentes para los neumáticos de sus vehículos, aunque los ingenieros alemanes lograron resolver el problema creando un caucho sintético, con lo cual desapareció la necesidad de tener que importar el material de Malasia y otros países del Pacífico. Me habló incluso del SIAR y de sus experimentos conductuales. Manifestaba un tremendo desdén por la utopía. ¿De qué está hablando?, le dije, todos ustedes son el resultado de la utopía. Oh, no, no, no, dijo casi poniéndose de mal humor, se equivoca. Nuestro trabajo en la isla no tiene nada que ver con la creación de ninguna utopía social, ni con los experimentos psicológicos. Nosotros lo que hacemos es explotar los recursos energéticos de la isla. Eso que llama usted «nuestra ciudad», la Central, no es más que la base de una explotación minera situada en el interior de la isla. La mayoría de las personas que viven en la Central son ingenieros, físicos, químicos o bien personal de baja cualificación, operarios, personal de limpieza, mineros, obreros, capataces, vigilantes, personal de oficinas, cocineros. Aquí no trabajamos con impalpables. Somos hombres prácticos. Trabajamos con energías, con fuerzas, con metales.

—Pensaba que buscaban una «habitación» —le dije—. Una habitación en cuyo interior está «TODO».

—Eso es sólo una metáfora —dijo Lewellyn.

—¿Una metáfora? No lo creo —dije.

—Puede creer lo que quiera.

—Me pregunto, además, para qué diablos necesitan físicos en una explotación minera —le dije—. Pero dejando a un lado a los físicos. ¿Qué me dice de los músicos? Tienen aquí una gran orquesta. ¡Aquí, en medio del océano Pacífico! Y con músicos de primera fila, además. Y dígame, ¿para qué necesitan una orquesta en una explotación minera?

Los otros nos veían conversar con cierto asombro. Pero Lewellyn no quiso contestar a mi observación, y quedó en silencio.

—Una explotación minera —dijo Wade—. Una explotación minera, en verdad. Y los niños, ¿qué son? ¿Los canarios? ¿Los usan para asegurarse de que no haya gases

peligrosos? ¿O quizá para que se metan por los túneles más estrechos?

Lewellyn le lanzó una mirada terrible con sus ojos saltones y enrojecidos. Yo ya me había temido que aquel momento llegaría tarde o temprano. El odio y el resentimiento que llevábamos meses acumulando tenían que acabar por saltar. Hasta el momento, los cuatro nos habíamos mantenido dentro de los límites de la civilidad. Pero yo sabía que aquello no podía durar, y no cabe duda de que Lewellyn lo sabía también. Y allí estaban Juan Barbarín y Abraham Lewellyn, el líder de nuestros torturadores, conversando plácidamente sentados en una roca al borde de un valle desde el que se disfrutaba de un maravilloso paisaje alpino. Wade se había levantado y había avanzado dos pasos en dirección a Lewellyn. Tenía las dos manos abiertas, como si se preparara para saltar sobre él para estrangularle.

—Erickson —dijo Abraham sin moverse ni un milímetro—. Recuerde a todos los compañeros suyos que siguen en la Central. Recuerde que tenemos además a un grupo de mujeres jóvenes y a unos cuantos niños arriba en las montañas. Es posible que ustedes no lo entiendan, pero si yo desapareciera, en la Central podría desatarse el caos. Quiero decir que yo estoy de su parte, y que he hecho más por ustedes de lo que pueden imaginarse. Sé que no me cree, pero es la verdad. Y que si ustedes me hicieran cualquier daño, lo primero que sucedería es que los de allá abajo tomarían represalias con los suyos. Estoy seguro de que comprende de qué estoy hablando. Sé que ése es mi seguro de vida, y que simplemente por esa razón ninguno de ustedes intentará hacerme el menor daño durante los días que vamos a pasar juntos.

Wade se quedó inmóvil, cruzó los brazos y se acarició la barbilla. Sonreía, intentando calmarse para actuar con astucia, no con ira.

—Se me ocurre otra cosa, Lewellyn —dijo entonces—. Ahora que estamos aquí los cuatro solos, podemos muy bien atarle de pies y manos y hacerle prisionero. Uno de nosotros bajará a la Central y negociará. La libertad de los nuestros a cambio de la suya. Si es usted realmente tan valioso y tan importante como dice, creo que accederán.

—No sea imbécil, Erickson —dijo Lewellyn—. Ustedes no tienen capacidad para llevar adelante una acción así. No tienen ni la disciplina ni el temple necesario. No harían lo necesario para conseguir lo que se proponen.

—¿Lo necesario? —dijo Wade. Y noté que algo se oscurecía en su interior, como si una gran luz azul se apagara en el mundo y todo comenzara a llenarlo la noche—. ¿Lo necesario? ¿Quiere decir que si los de abajo se niegan a negociar, no nos atreveríamos a cortarle un dedo, o una oreja, para llevárselo y decirles: seguiremos trayendo trozos de ese bastardo hasta que negocien?

—¿Y quién iba a cortarme un dedo? —dijo Lewellyn con una risa de desdén—. ¿Usted, Wade? ¿Alguna vez ha atacado a alguien con un cuchillo? No dudo que sabe usted usar los puños, y sé que es cazador y que sabe destazar un jabalí y desollar un zorro. Pero ¿cortar un dedo de una persona? Una persona no es un zorro, Wade. Usted no puede. Ustedes jamás harían eso. Podrían hacerme prisionero, sí. ¿Sabe lo que

pasaría? Simplemente, vendría un grupo de hombres armados y me liberarían. Y a ustedes les azotarían a los tres.

—Es posible que tenga razón —dijo Wade—. Negociar sería muy difícil, y puesto que ustedes son unos animales salvajes, si yo llevara una oreja suya, ustedes empezarían a cortar orejas a los míos. Ya lo han hecho antes. Ya sabemos todos la clase de escoria que son, y es posible que tenga razón. Nosotros no somos esa clase de escoria.

—¿Ya lo hemos hecho antes? —dijo Lewellyn sorprendido—. No comprendo, Erickson, ¿de qué habla?

—Eileen —dijo Wade—. Ella fue la primera. Mutilada, torturada, con los labios cosidos. La pobre mujer no ha recuperado la capacidad de hablar.

—Eileen se perdió dentro de la isla —dijo Lewellyn hablando con fuerza, quizá en este punto ya comenzando a asustarse y pensando que había calculado mal la intensidad de nuestro resentimiento—. Se perdió, y habría muerto si no la hubiéramos rescatado. La trajimos a la Central. Estaba en unas condiciones físicas lamentables, ya que llevaba días sin comer y apenas sin beber, se había caído y tenía varias heridas, algunas infectadas, había recibido picaduras de insectos, de sanguijuelas... Sí, la isla se ensañó bien con ella. En el hospital le hicieron un reconocimiento médico y fue entonces cuando le encontraron el tumor en el pecho izquierdo. Había que operarla. Y la operamos. ¿Qué cree que habría sucedido si no lo hubiéramos hecho? Era maligno, se hubiera extendido por todo su cuerpo. Después de aquello, su única obsesión era escapar. Nos hacía preguntas, preguntas, preguntas, preguntas sin cesar. No esperó ni a estar recuperada del todo. Sólo quería escapar de allí. Y lo hizo, se escapó. Tuvo la suerte de atravesar el muro de energía en un momento en que la potencia estaba al mínimo por cuestiones de mantenimiento. Es posible atravesar el muro de energía en esas condiciones, pero se producen múltiples heridas y lesiones internas. Supongo que lo atravesó corriendo, y que de este modo las heridas y las lesiones fueron menores. Pero jamás fue «torturada». ¿Para qué íbamos a torturarla? ¿Acaso queríamos algo de ella? Lo único que hicimos fue ayudarla. Le dijimos que no abandonara la Central, que era muy peligroso, pero no nos hizo el menor caso. Cuando andaba por el interior de la isla huyendo de nosotros e intentando regresar a su playa, fue capturada por los Wamani. Los Wamani son un pueblo muy atrasado. Es cierto que tienen una especie de acuerdo con nosotros. Nos respetan a causa de nuestra tecnología superior y nuestras armas, y nosotros no interferimos en sus ritos ni en sus tradiciones. ¿Me comprende, Wade? No interferimos porque nosotros no estamos aquí en una gran misión humanitaria. Además usted es un hombre culto, supongo que ha leído a Montaigne. El ensayo sobre los caníbales. ¡Un texto que da que pensar! ¿Cómo podemos asegurar que nosotros somos civilizados y los caníbales son salvajes? ¿Acaso ellos no piensan lo mismo de sí mismos, que nosotros somos salvajes y ellos los verdaderos seres civilizados de este mundo? ¡Todo es relativo, amigo! No hay verdades absolutas. Fue capturada por los Wamani que, supongo, se

divirtieron un poco con ella. No, no quiero decir que abusaran de ella sexualmente. No es el estilo de los Wamani. El estilo de los Wamani es, más bien, arrancarle un trozo a su víctima, un trozo de muslo, por ejemplo, y cocinarlo. O matarla y arrancarle la piel. Sí, ellos fabrican capas y atuendos con piel humana. Son salvajes. No sé exactamente qué le hicieron. Marcas en la piel, supongo. Esos dibujos insensatos que se hacen ellos mismos, marcándose la piel con puntas de carbón al rojo vivo y clavándose arpones y dientes de tiburón. No lo sé con exactitud. A lo mejor la estaban honrando y demostrándole su admiración. Todos ellos pasan por rituales semejantes. Se infligen dolor voluntariamente para lograr, de este modo, abolir los dolores involuntarios que trae el mundo. Es un acto mágico. Un extraño mecanismo psicológico compensatorio. Si yo me mutilo de forma ritual, anulo la posibilidad de que el mundo me mutile en el azar salvaje del accidente o la enfermedad. Controlo la vida controlando la muerte. Mato para poder vivir. ¿No ha leído a Joseph Campbell? Y le cosieron los labios. Sí, esto es algo que hacen los Wamani. Les hacen cosas horribles a sus víctimas. Pero no a todas les cosen los labios. Seguramente a Eileen le cosieron los labios *para que se mantuviera callada*. Seguramente ella no se callaba de ninguna manera. Hablaba, gritaba, lloraba, gemía, imploraba, les insultaba. Pero ella tenía que callar. Tenían que hacer que callara. Y la manera más drástica y eficaz para hacer que alguien calle es coserle los labios. De modo que eso es lo que hicieron.

Quedamos todos en silencio. Yo suspiré profundamente y fui consciente, entonces, de la tensión que había ido acumulando a lo largo del relato de Lewellyn.

—De modo que ustedes no son culpables de nada —dijo Wade—. Encontraron a Eileen en la selva herida, deshidratada y enferma. La cuidaron. Le hicieron una operación en un hospital moderno con todas las garantías sanitarias y, por supuesto, con anestesia, y le salvaron la vida.

—Así es.

—Y luego escapó. Se lesionó al atravesar el muro de energía, y luego fue capturada por los wamani, que se dedicaron a tatuarle la piel y que para no oír sus gritos le cosieron los labios.

—Más o menos eso es.

—De modo que ustedes no son los malos de la historia, en realidad son los buenos de la historia —dijo Wade.

Lewellyn le miró con cara de pocos amigos. Parecía verdaderamente ofendido con la testarudez de Wade, con la obstinación que mostrábamos todos nosotros.

—Dígame una cosa —dije yo entonces—. ¿Por qué esa obsesión con el silencio? ¿Por qué esa obsesión con mantenerse callado? A mí me dispararon por esa razón. Porque no me callaba. George lo decía una y otra vez: no quiero oír vuestra voz. No quiero oír vuestra voz. ¿Por qué?

—¿Todavía no lo sabe? —dijo Lewellyn mirándome con aquella sonrisa despectiva y sarcástica suya que yo tanto odiaba—. Dígame, ¿todavía tiene que

preguntarlo?

Wade avanzó hacia él caminando lentamente. Lewellyn se levantó impulsivamente y retrocedió un par de pasos.

—Vamos a simplificar las cosas —dijo Wade—. Creo que este gusano miserable tiene razón. Si le hacemos prisionero nunca podríamos negociar con los suyos. Pero ya me he hartado de ver su cara de gusano de ojos saltones. Me he hartado de oír su vocecilla de profesor de secundaria con ínfulas. Su tono de sabiondillo. Su ironía. ¡Se siente tan inteligente! Me he hartado de que jamás conteste a una pregunta. John te ha hecho una pregunta sencilla, escoria, y vas a contestar.

—Sólo digo que él mismo debería ya saber la respuesta —dijo Lewellyn bajando los ojos como si la conversación le aburriera enormemente.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Rosana, que hasta ese momento había estado callada, viendo la mirada de odio de los ojos de Wade.

—Voy a darle una paliza a esta escoria —dijo Wade—. Por los niños, por Eileen, por John, por ti, por todos nosotros. Por tratarnos como a perros cuando podrían habernos ayudado. Voy a partirle la cara.

—Eso es muy masculino —dijo Rosana—. Arreglarlo con los puños. Que haya un poco de sangre y unos dientes rotos. Sí, eso sería realmente sensato. ¡Al fin lograríamos algo!

Estaba muy nerviosa, pero no levantaba la voz y ni siquiera movía un músculo. Me maravillé del control que tenía sobre sus emociones, y también de la tremenda claridad que pueden alcanzar las palabras cuando se pronuncian en voz muy baja y en un tono muy calmado en medio de una situación violenta.

—¿No crees que se lo merece? —preguntó Wade.

—Sí, se lo merece —dijo Rosana—. Se lo merece mil veces. Pero creo que podemos utilizarle para algo más útil. Vamos a hablar en serio. Vamos a concentrarnos en lo importante. Ahora ya estamos un poco alejados de la ciudad y podemos ponernos a hablar en serio de lo que vamos a hacer aquí —añadió, levantándose de la roca en que se había sentado y poniéndose frente a Lewellyn—. Lewellyn va a decirnos dónde están los niños. No, mejor nos va a llevar hasta el sitio donde están. Una vez allí, rescataremos a los niños y dejaremos que Lewellyn se vuelva a la Central sin hacerle ningún daño. Eso es lo que va a pasar.

—Señora —dijo Lewellyn con calma—. Nuestro objetivo es la casa del señor Pohjola. Ahí es donde vamos y no iremos a ningún otro lugar. Además —añadió con una sonrisa cínica—, no pueden obligarme a que les lleve a un lugar que no saben dónde está. ¿No ha pensado en eso?

Rosana le miraba atentamente, intensamente. Yo sabía que ella estaba muy nerviosa, quizá a punto de estallar, y me admiraba de su autocontrol.

—La verdad es que me siento algo decepcionado con ustedes —dijo Lewellyn—. No son en absoluto como yo imaginaba. No son inteligentes, ni astutos, ni tienen reflejos, ni malicia, ni ingenio de ninguna clase. Uno tiene la sensación al estar con

ustedes de ir de excursión con un grupo de colegiales algo crecidos, bienintencionados y muy disciplinados. No entiendo cómo han logrado sobrevivir tanto tiempo en esta isla.

Rosana se acercó a él. Y de pronto, y para sorpresa de todos, le dio un bofetón en el rostro. Fue un gran bofetón, cuyos ecos resonaron por todo el valle y espantaron, incluso, a algunos cuervos en unos árboles lejanos por debajo de nosotros. Lewellyn no se lo esperaba y se quedó con la boca abierta, tocándose la mejilla y sin poder hablar. Wade reía. Se había puesto en cuclillas, había sacado una manzana de su mochila y se la había empezado a comer, porque era de esas personas que siempre tienen que estar haciendo trabajar a las mandíbulas. Masticaba su manzana y reía.

—Zorra —murmuró Lewellyn con incredulidad.

Wade dijo que el plan de Rosana le parecía bien, pero que lo mejor sería visitar primero al misterioso señor Pohjola y ver qué podíamos averiguar de él. Si realmente existía y era realmente él quien controlaba los destinos de la isla, entonces, dijo, nos convenía conocerle. Después de visitar a Pohjola, haríamos que Lewellyn nos llevara al sitio donde estaban los niños, tal como había sugerido Rosana. Los rescataríamos y regresaríamos al poblado.

Parecía un plan razonable. Pero a Rosana no le gustaba. No tenía el menor deseo de visitar al misterioso señor Pohjola, ni tampoco sentía curiosidad. Dijo que ir a la casa de Pohjola le parecía un riesgo innecesario, que era posible que al llegar allí fuéramos capturados y encerrados de nuevo, y que sería estúpido meterse voluntariamente en la boca del lobo ahora que nos encontrábamos en libertad y podíamos ir a donde nos viniera en gana.

Finalmente, decidimos ir con Lewellyn hasta la casa de Pohjola, hablar con el misterioso Rey de la Isla y después, y de acuerdo con la forma en que se desarrollara nuestro encuentro con él, tomar la decisión que consideráramos adecuada. Por supuesto, ninguno de nosotros había pensado nunca en regresar con Lewellyn a la Central. Una vez libres de las cadenas, ¿para qué volver a ellas voluntariamente? Supongo que esto era algo que el propio Lewellyn sabía ya desde el principio. ¿Cómo pensaba entonces hacernos regresar a la Central? ¿Por qué razón íbamos a regresar con él ahora que nos encontrábamos libres y al otro lado del perímetro del muro de energía? ¿Cómo pensaba convencernos de que regresáramos con él? ¿Usando el argumento de que si no volvíamos les harían daño a nuestros compañeros? Claro que cabía otra posibilidad: que el señor Pohjola existiera realmente y que Lewellyn se limitara a cumplir sus órdenes sin cuestionarlas.

Pero ¿existía Pohjola o no existía? Quiero decir, ¿creíamos nosotros entonces en su existencia o no creíamos? Creo que a Rosana el señor Pohjola le daba igual, que yo dudaba de su existencia y que Wade sentía una verdadera fascinación por aquel personaje misterioso y que deseaba con todas sus fuerzas encontrarse con él.

Sin embargo, después de un par de días de caminar por las montañas, la existencia de Pohjola, la sensación de Pohjola, la certidumbre de que Pohjola nos

esperaba, comenzó a crecer en los tres hasta convertirse en algo casi físico, algo así como un rumor distante o una vibración soterrada. Ahora mirábamos hacia lo alto, hacia las cumbres y los valles que nos rodeaban y oteábamos ansiosamente deseando encontrar signos de la propiedad de Pohjola: una pared de piedra, una casa, una torre entre los árboles.

Una cabaña en el bosque

Pasamos el día siguiente caminando. Lewellyn nos dijo que llegaríamos a las proximidades de la casa a primera hora de la tarde, y que a partir de entonces deberíamos seguir sus instrucciones al pie de la letra, sin cuestionarlas y sin hacer preguntas. Que no podríamos acercarnos directamente a la casa, que hacer tal cosa estaba prohibido y podría causar la muerte de los tres. A mí todo aquello me intrigaba profundamente. Le hacíamos preguntas sobre la casa, si era grande o pequeña, si era de piedra o de madera. Le preguntábamos cómo lograba Pohjola abastecerse viviendo tan lejos de la Central, y también por qué había elegido vivir tan apartado, pero él no contestaba a ninguna de nuestras preguntas.

Llegamos a una región donde había piedras y trozos de tierra con hierba y flores suspendidos en mitad del aire, y Lewellyn pareció muy nervioso al contemplar aquellos desajustes gravitatorios, que a nosotros nos llenaban de una alegría infantil. Sacó de su mochila un frasco con pastillas azules y tomó varias pastillas. Le preguntamos qué eran y nos dijo que era simple melatonina para combatir el mareo. Caminábamos por rocas y valles de rocas, rodeando abismos por senderos que ondulaban sobre el vacío. Yo pensaba que Lewellyn quería despistarnos para que no lográramos aprender el camino, ya que me resultaba increíble que aquélla fuera la única forma de llegar al lugar donde alguien había decidido construirse una casa. ¿Cómo habían subido hasta allí los materiales? Claro que cabía la posibilidad de fuera una casa de madera, y que hubieran talado los árboles allí mismo. Alrededor del mediodía llegamos a un lugar misterioso y beatífico donde había una fuente. Era un simple caño metálico colocado en la piedra del que manaba un grueso hilo de agua que caía en una pileta de piedra rectangular. Al lado de la fuente crecían dos cipreses. Eran los únicos cipreses que yo había visto hasta entonces en la isla, y supuse que habían sido plantados allí de forma deliberada. Los tres nos dirigimos hacia la fuente para beber agua fresca y limpia y para rellenar las cantimploras y botellas, pero Lewellyn nos gritó que no se nos ocurriera ni siquiera acercarnos, y mucho menos beber de aquella agua. Creo que sólo entonces comencé a darme cuenta de lo extraño que resultaba encontrar allí, en mitad de la isla, aquella fuente. Un manantial de la montaña había sido canalizado para que manara por un caño, y habían construido luego debajo una pileta para recoger el agua, que rebasaba el borde y caía luego por la hierba creando un río de pequeñas flores blancas y amarillas ladera abajo que se alimentaban del hilo de agua que manaba sin cesar. La pileta estaba llena de algas verdes y de limo, como las viejas fuentes de piedra de los lugares de Europa que yo había contemplado tantas veces desde que era un niño, y cuyo misterio apacible y melancólico siempre me había atraído. Pero ¿quién podría haberse detenido en aquellas alturas remotas del fin del mundo para construir una fuente?

—¿Qué tiene de malo esa agua? —preguntó Rosana.

—Esa fuente no es real —dijo Lewellyn—. No beban de ella. Si beben no podrán regresar.

—¿Qué quiere decir eso de que «no es real»? —preguntó Wade.

—Es parte de un sueño. Es parte del sueño del señor Pohjola —dijo Lewellyn.

Continuamos durante todo el día caminando y adentrándonos en el Sueño del Señor Pohjola. Pensé que si aquello fuera una novela de Joseph Conrad, «El Sueño de Pohjola» sería en realidad el nombre de una casa o de una propiedad, la simple designación de los terrenos que pertenecen a un hombre. Un hombre viejo, muy rico, hundido en los misterios, al que yo imaginaba vestido con unos pantalones de faena y un camisón azul, con un sombrero de paja en la cabeza y un fusil en la mano, caminando por entre las rocas en busca de ciervos o de cabras.

Nos acercábamos al Sueño del Señor Pohjola. ¿Cuánto tiempo llevábamos, en realidad, caminando dentro de ese sueño, alimentándolo o quizá alimentándonos nosotros de él?

Pohjola. Desde la primera vez que había oído el nombre, no había podido dejar de pensar en el personaje del *Kalevala*, la obra épica finesa compilada por Elias Lönnroth en el siglo XIX, y en el poema sinfónico de Jean Sibelius *La hija de Pohjola*, una de sus grandes obras maestras, música grave, grande y sombría como la tierra donde fue engendrada. Quizá era aquélla la razón de que el señor Pohjola hubiera elegido las remotas alturas para poner allí su casa: porque no soportaba el calor tropical de la costa, porque deseaba vivir en un clima que le recordara a su gélida tierra natal.

Las palmeras de los valles se habían convertido en un recuerdo distante. Ahora veíamos gentiles abedules, laureles, rosales silvestres, manzanos indios, endrinos. Vimos una cascada de agua azul. Es raro ver una cascada de un agua tan puramente azul, ya que al caer el agua se llena de aire y se torna blanca, pero aquella cascada era de un precioso color turquesa. Lewellyn tampoco nos dejó acercarnos a ella. Encontramos un banco de madera colocado sobre la hierba, un banco como los que suelen encontrarse en Europa en los bulevares, bajo los tilos, pero también tuvimos que pasar de largo sin sentarnos. Encontramos un semáforo oxidado, de pie en mitad del pasto, con una enredadera salvaje rodeando su mitad inferior. Encontramos una escultura de piedra que representaba a una ninfa desnuda que se cubría el pubis y los senos con las manos. Luego durante un largo rato no encontramos nada. Subíamos por laderas y descendíamos por laderas, cruzábamos zonas de rocas y precipicios y luego llegábamos a zonas de pasto salpicadas de piñas, y muchas de las piñas estaban flotando en el aire, y vimos una ardilla flotando en el aire mordisqueando una piña. Aquella imagen de un ser vivo suspendido en mitad del aire me produjo, quién sabe por qué, una extraña sensación de repugnancia y horror. Comenzó a descender la niebla de las montañas. Yo veía cómo nos adentrábamos en la niebla. Estábamos hundidos en la niebla hasta las rodillas, luego hasta la cintura. La niebla traía consigo

la humedad y la noche. Lewellyn se puso a maldecir por lo bajo.

Estuvimos recorriendo la zona, un alto valle de montaña que se extendía entre dos verticales paredes de rocas grises, en un radio de unos cinco kilómetros durante un par de horas, hasta que cayó la noche y tuvimos que encender las linternas, aunque con la niebla las linternas resultaban inútiles. Finalmente, Lewellyn se dejó caer al suelo, agotado, y nos confesó que le resultaba imposible encontrar la casa.

—Quiere usted decir que está perdido —dijo Wade—. Nos hemos perdido con la niebla.

—No, no nos hemos perdido —dijo Lewellyn—. La casa debería estar aquí, pero no está.

—Explíqueme eso mejor, por favor —dijo Wade—. ¿Cómo puede ser que *no esté*?

—No se lo puedo explicar mejor —dijo Lewellyn—. La casa debería estar aquí mismo —añadió, señalando con las manos al lugar donde nos encontrábamos—. Por ahí, detrás de esas rocas, corre un arroyo. La casa debería estar aquí, más o menos donde nosotros estamos ahora.

Nos sentamos todos en el suelo. Estábamos agotados, y la hierba estaba húmeda a causa de la niebla. Lewellyn abrió su mochila con un suspiro y después de rebuscar un rato sacó una pequeña ocarina de barro. Se puso a tocar. La ocarina producía sólo cinco notas, que él repetía en una melodía sinuosa y triste. Tocó durante unos diez minutos, y nosotros nos limitábamos a escuchar. Luego la niebla comenzó a levantarse. Lewellyn siguió tocando y tocando, hasta que el cielo estrellado comenzó a hacerse visible sobre nuestras cabezas. Unos quince minutos más tarde, el cielo estaba completamente despejado. Por encima de nosotros se veía el perfil oscuro de los abetos y el resplandeciente mar de estrellas. Un búho ululó a lo lejos y otro búho pareció contestarle desde otro lado del bosque. Me pregunté entonces (hoy todavía me lo pregunto) si Lewellyn realmente logró dispersar la niebla tocando su ocarina, o si ambos fenómenos se limitaron a coexistir en el tiempo y en el espacio como una de esas casualidades o «supersticiones» que volvían locas a las palomas de Skinner, en uno de los más célebres experimentos del filósofo conductista. Sin duda fue una casualidad, o quizá Lewellyn supiera que aquella niebla se dispersaría tan pronto cayera la noche. Sin embargo, la sensación de que había sido él quien había dominado el clima mediante el uso simpático de la música era demasiado irresistible como para ser ignorada. Yo me preguntaba, por ejemplo, por qué también George llevaba una ocarina y por qué precisamente una ocarina, un instrumento tan primitivo y limitado. Me ponía a pensar que la ocarina debía de ser el instrumento que usaban los Wamani desde tiempos inmemoriales para defenderse de los peligros de la isla y que habían sido ellos los primeros en descubrir, hace quién sabe cuánto tiempo, que la única forma de moverse a través de la isla o de controlar sus advenimientos y apariciones era la música.

Lewellyn nos dijo que tendríamos que ensayar otra forma de encontrar la casa,

que nos pondríamos en fila india y que a partir de ese momento iríamos avanzando de este modo. Primero iría yo, luego Rosana, luego Wade y finalmente él. Yo le dije que no entendía por qué debía ir yo delante si no sabía adónde ir, y él me respondió que era evidente que él no era capaz de llegar a la casa, de modo que debía intentarlo yo. Hicimos lo que decía y nos pusimos en marcha. Lewellyn me dijo que no pensara en nada y que fuera caminando «a donde me llevarán mis pasos». Aquello era de locos, es cierto, pero le obedecimos de todos modos. Caminamos así durante una media hora. Yo intentaba caminar «a donde me llevarán mis pasos» y mis pasos nos llevaron ladera arriba, por entre los árboles y luego de nuevo a la zona despejada. Lewellyn dijo que teníamos que parar, e hizo que Wade tomara ahora la cabeza de la marcha. Si yo había estado dando vueltas de acá para allá intentando caminar «a donde me llevarán mis pasos», Wade en cambio fue caminando en línea recta, adentrándose más y más entre los abetos. Caminamos así durante una media hora más. Wade iba en cabeza iluminando sus pasos con una de las linternas. Por indicación de Lewellyn, yo llevaba la otra linterna, que no era tan potente. De pronto Wade se detuvo tan abruptamente que casi nos chocamos unos contra otros. Dijo que había algo más adelante. Una pared de tablones. Una casa.

Todos nos asomamos a mirar, sacando la cabeza de la fila. Al final del larguísimo rayo de luz de la linterna de Wade se veía algo, en efecto, aunque yo no distinguía qué era exactamente. Había mucha vegetación en aquel bosque, grandes helechos y zarzas y endrinos y toda clase de matorrales. Lewellyn parecía ahora muy nervioso y le dijo a Wade que siguiera avanzando muy despacio, y que a la mínima señal se detuviera. A la mínima señal de qué, pensé preguntar, pero no lo hice porque sabía que no obtendría ninguna respuesta. Enseguida vimos con toda claridad la pared de una casita de madera y el foco de la linterna de Wade bailando sobre ella.

—¡Pohjola! —gritó Wade entonces, dándonos a todos un susto de muerte—. ¡Estamos aquí! ¡Eh, Pohjola! ¡Aarvo Pohjola!

—¡Cállese, imbécil! —dijo Lewellyn—. ¡Va a conseguir que nos maten a todos!

—Sólo es una cabaña vieja —dijo Wade—. ¿Es ésta la casa del gran Aarvo Pohjola? ¿Es aquí de verdad donde vive el gran hombre?

Se trataba de una pequeña cabaña de madera que parecía abandonada. Estaba construida entre los árboles y como apoyada en una enorme roca de granito. Una vieja cabaña del bosque en la que quizá un viejo eremita un poco mal de la cabeza había vivido veinte o treinta años atrás bebiendo vino de arándanos y alimentándose de ardillas asadas. Estaba un poco torcida, quizá porque con el paso de los años las vigas habían ido cediendo, y parecía apoyarse toda ella en la gran roca junto a la que había sido construida. Estaba cubierta de polvo y de telarañas. Las enredaderas silvestres crecían por sus paredes. Hongos cenicientos nacían, superponiéndose unos a otros, en la base de los tablones. La vieja cabaña estaba siendo lentamente devorada por la naturaleza, todos sus materiales regresando poco a poco al lugar del que habían sido obtenidos. Tenía un tejado de tablones cubierto con hojas secas de palma sujetas

con piedras, una ventana cuadrada y una puerta. El cristal de la ventana estaba intacto, un detalle que me pareció curioso en una casa que llevaba tanto tiempo deshabitada, aunque se hallaba tan sucio que era imposible ver nada a su través. Es probable que los cristales no se rompan solos, y que en un lugar en el que no hay niños que se diviertan rompiéndola a pedradas una ventana pueda mantenerse intacta durante mucho tiempo. Le preguntamos a Lewellyn, con cierta ironía desesperada, si era aquélla realmente la «casa» del señor Pohjola, pero no nos contestó. Yo tenía la impresión de que era la primera vez que veía la vieja cabaña.

—Que nadie se acerque —ordenó abriendo los brazos y avanzando hasta ponerse delante de Wade—. Que nadie toque la puerta.

Le pidió la linterna a Wade y comenzó a acercarse muy despacio a la puerta de la cabaña. Paso a paso, moviéndose con una lentitud exquisita. Altas hierbas crecían alrededor de la cabaña y hasta el mismo dintel de la puerta. ¿Qué podía temer Lewellyn? Me pareció que se encogía instintivamente, igual que un animal asustado, a medida que se iba acercando a la cabaña. Al final estaba tan encogido que parecía casi arrodillado ante la casa, del mismo modo que uno se arrodilla ante un ídolo o ante un padre benévolo y majestuoso.

Las bestias del silencio abandonaron la selva,
clara y liberada de cuevas y de nidos

Wade se había puesto a recitar con voz suave pero clara. Pensé que Lewellyn se iba a volver e iba a hacer señas para que callara, pero no lo hizo, y Wade siguió recitando.

y entonces pareció que ni la astucia
ni la angustia los tornaba a tal punto silenciosos

Lewellyn se sentó frente a la puerta de la cabaña, ligeramente inclinado sobre el lado izquierdo de su cuerpo y con las piernas dobladas, en una postura casi fetal. Apagó la linterna y se quedó allí completamente inmóvil, y nosotros le observábamos iluminando la escena con la otra linterna. Cerró los ojos. Tenía los labios entreabiertos, y aunque no los movía, imaginé que en su interior estaba repitiendo palabras, palabras, palabras. Quizá una oración, una súplica, una invocación. Quizá pedía perdón. No lo sé. Ahora estaba casi completamente tendido en la hierba frente a la puerta de la cabaña, con la cabeza rozando apenas los tablones de la puerta. Parecía un niño, o quizá un viejo casi moribundo, o quizá ambas cosas, un viejo casi moribundo que se transforma en un niño limpio e inocente. Me pareció que en aquellos momentos, Lewellyn era feliz. No sonreía, es cierto, pero hay estados de la felicidad que están más allá del contento y de la risa, incluso más allá de las lágrimas. Estaba tendido frente a la puerta de la cabaña igual que un perro se agacha,

agradecido y feliz, frente a la puerta de su dueño. Igual que un perro se agacha frente a la puerta de su dueño incluso cuando su dueño ha muerto, porque el perro no comprende la muerte y por eso jamás abandona la esperanza.

Las bestias del silencio abandonaron la selva
clara y liberada de cuevas y de nidos,
y entonces pareció que ni la astucia
ni la angustia los tornaba a tal punto silenciosos
sino que era el deseo de escuchar. Rugidos, gritos y bramidos
parecían débiles en sus corazones. Y allí donde hasta entonces
apenas había una choza para acoger tal canto,
un pobre refugio nació del más oscuro deseo
con una puerta cuyos montantes temblaban...

Wade quedó en silencio. Entonces Lewellyn abrió los ojos, se incorporó ligeramente y tocó en la puerta con los nudillos. Pasaron unos segundos. Estábamos todos en silencio, expectantes. *Y allí donde hasta entonces apenas había una choza para acoger tal canto, un pobre refugio nació del más oscuro deseo, con una puerta cuyos montantes temblaban...* Era el primero de los *Sonetos a Orfeo* de Rilke, unos poemas que yo había leído obsesivamente durante mi adolescencia hasta aprenderme muchos de ellos de memoria en alemán cuando todavía no sabía ni una palabra de alemán. *Una puerta cuyos montantes temblaban*. Yo siempre me había preguntado, al leer ese poema, por qué temblaban de aquel modo los montantes de la puerta. Siempre había sentido que aquella puerta estaba viva, que toda la casa temblaba con el palpitar vehemente y monstruoso de la vida. Y que en el interior de la casa había algo que era maravilloso y horrible a la vez, el mayor regalo que puede recibir el hombre y también su peor castigo.

Oh, alto árbol en el oído.

Entonces sucedió algo realmente extraordinario. Una luz se encendió en el interior de la cabaña. Rosana, que estaba a mi lado, ahogó un grito y me apretó el brazo con fuerza. Lewellyn había levantado los nudillos para llamar de nuevo a la puerta, pero su mano había quedado inmóvil en el aire. También él había visto la luz que se había encendido dentro de la cabaña y que ahora iluminaba suavemente la hierba con un rectángulo de luz dorada en el que se dibujaba la cruz de los travesaños de la ventana. Pero la visión de la luz pareció aterrorizarlo sobremanera. Se apartó de la puerta, moviéndose muy lentamente y todavía muy encogido, casi como un gato sigiloso, y se reunió con nosotros.

Le pregunté qué estaba sucediendo y me dijo con voz temblorosa que todo aquello era muy extraño. Oh, Dios mío, ten piedad de nosotros, decía Lewellyn temblando como una hoja. Oh, Señor, ten piedad de mí. Dijo, hablando con voz muy baja y como si tuviera miedo de que el que estaba en el interior de la cabaña le oyera, que estábamos todos en peligro y que teníamos que retirarnos de allí. Wade y yo nos miramos.

—Lewellyn —dije yo, aunque no podía evitar hablar en susurros—. Llevamos tres días caminando para llegar hasta aquí, ¿y ahora quiere que nos demos la vuelta sin entrar?

—Esto nunca había pasado antes —dijo Lewellyn—. Estamos en peligro.

—Es un gran actor —dijo Wade—. El truco de la cabaña es muy impresionante. La cabaña abandonada, llena de telarañas, medio en ruinas, y la luz que se enciende en el interior. Muy impresionante.

—Idiotas —dijo Lewellyn—. ¿Qué creen? ¿Que es un truco?

—No existe el señor Pohjola —dije yo—. Eso creo yo. Ahí dentro no hay nadie. Sólo hay una bombilla que usted mismo ha encendido cuando estaba al lado de la puerta.

—Idiotas —dijo Lewellyn—. Una pandilla de idiotas, de cretinos... sólo eso me envían. Idiotas crédulos que se convierten en idiotas incrédulos. Será que no hay otra cosa mejor en el mundo... Será que la raza humana no tiene solución... Idiotas esclavos que se convierten en idiotas tiranos. Idiotas que no comprenden... idiotas que destruyen... sólo eso me envían...

»Han sido usted y Wade los que nos han traído aquí —siguió diciendo Lewellyn—. Yo no había estado jamás en este lugar. Yo no era el que dirigía la marcha. Yo no iba en cabeza. ¿Cómo puede ser un “truco” si yo ni siquiera sabía adónde íbamos?

Wade me miró con aquella media sonrisa que tenía siempre en su hermoso rostro, sonrisa que era mitad preocupación y preguntas interiores y dudas e incertidumbre, y vi que estaba pensando algo así como *guy has a point* («tiene algo de razón»). Y vi en él también el deseo irreprimible de creer, la ilusión infinita, aquel irresistible abandonarse a la posibilidad abierta del momento, fresca como una fruta o como el rocío de primeras horas de la mañana o como la entraña palpitante de una trucha recién arrancada de su arroyo, ese abandonarse a la posibilidad que es propio de los jóvenes, de los valerosos, de los ignorantes, de los desdichados y de los felices.

Vi cómo miraba la cabaña, y supe al instante lo que iba a hacer, y supe que no debería hacerlo y que yo debería impedirselo y que no lograría impedirselo aunque intentara hacerlo. Le agarré del brazo y le dije no, no, Wade, no. Pero él me apartó suavemente y se dirigió hacia la cabaña. Lewellyn me decía: dígame que vuelva, a mí no me hará caso pero a usted sí, porque usted es su amigo. Dígame que vuelva, dígame que si no vuelve morirá. Le vimos avanzar lentamente, como un gigante que se transformaba en un niño. Su cabeza perfectamente calva, sus anchos hombros, su espalda oscura. Se dirigió a la puerta y, sin llamar, agarró el picaporte y lo hizo girar lentamente. Luego empujó la puerta. Se volvió a mirarnos, todavía empuñando el picaporte. Creo que ésa fue la última vez que le vi. Ésa fue la última vez que sentí en mí el azul de sus ojos. La luz del interior iluminaba su brazo y su rostro y hacía brillar todavía más sus ojos. Lewellyn le dijo que por favor no entrara, pero por alguna razón no se separaba ni un paso de nosotros y hablaba con una voz tan tenue que es posible que Wade ni siquiera le oyera. Wade me miró, y en ese momento me

transmitió algo. Sí, algo pasó de él a mí. No sabía explicar exactamente qué. Yo diría que se trataba del azul de sus ojos, un color que nunca había estado en realidad en los iris de sus ojos sino más bien en su interior, y que ahora él me transmitía para que yo lo guardara dentro de mí como el que encarga a un amigo que se ocupe de un documento, de una joya o de un niño. Me regalaba su color azul para que yo lo tuviera dentro de mí, y desde entonces ese color azul nunca me ha abandonado como no me abandona el recuerdo de mi amigo. Y sé que parte de él vive en mí para siempre, mi amigo de las montañas, Wade, el dios del rocío, el gigante que conocía los secretos de la floresta y sonreía a las nubes.

Wade entró en la cabaña y cerró la puerta tras de sí. Y entonces la luz que veíamos a través del cristal de la ventana se apagó de golpe. Pasaron varios minutos. Lewellyn temblaba visiblemente y decía Dios mío, apiádate de mí, Señor, ten piedad de mí. Estaba blanco como un fantasma. Le pregunté qué era lo que pasaba y por qué estaba tan aterrado. Pasaron varios minutos más y no se oía nada en el interior de la cabaña y Wade no aparecía. Finalmente dije que iba a entrar yo también. Lewellyn me agarró con fuerza del brazo, pero luego me soltó.

Me acerqué a la cabaña, apliqué el oído a la puerta e intenté escuchar lo que sucedía dentro. Luego dije en voz alta el nombre de Wade. Wade, Wade, dije. Finalmente abrí la puerta y la empujé. En el interior de la cabaña sólo había una mesa, y sobre la mesa un plato de estaño y un vaso de estaño. Había una silla frente a la mesa y otra silla a la derecha y una tercera silla caída en el suelo, llena de telarañas. Al fondo había un camastro y una alacena de esquina con algunos cacharros en los estantes. A la derecha, justo debajo de la ventana, había una pequeña cocina de carbón llena de telarañas. Sobre la mesa había también una vela apagada, pegada a una palmatoria. La cabaña estaba vacía. Allí no había nadie. Dije el nombre de Wade un par de veces más. Luego me di la vuelta y salí por donde había entrado.

Adiós, hermano del viento

No sé cómo terminó la noche. Nos alejamos de la cabaña hasta llegar al límite de los árboles altos, buscamos un refugio entre las rocas donde pudiéramos estar protegidos de la lluvia y nos dormimos allí. Yo estaba tan agotado que me quedé dormido nada más tenderme en el suelo, sin siquiera quitarme el zapato derecho.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, vi que el cielo estaba cubierto. Pero no eran realmente nubes, sino niebla. Era una niebla tan espesa que no se veía a más de diez metros a la redonda. Rosana seguía a mi lado, durmiendo hecha un ovillo. Se había quedado dormida con las gafas puestas y tenía los labios apretados, como en un puchero infantil. Tenía la cabeza apoyada sobre su mochila, y el gesto de sus labios parecía pedir, u ofrecer, un beso.

Lewellyn no estaba, ni tampoco su saco ni su mochila. Me di cuenta de que había desaparecido durante la noche y que no volveríamos a verle. Supuse que estaba ya de vuelta a la Central, y que iría saltando por las rocas como alma que lleva el diablo, alejándose de la región peligrosa de las rocas flotantes. De modo que Rosana y yo estábamos libres. Estábamos abandonados en mitad de las montañas, pero libres.

Pensé alejarme unos metros para hacer mis necesidades y fui descendiendo por la ladera. Todavía podía ver a Rosana dormida bajo el reborde de roca donde habíamos instalado el campamento. Me puse en cuclillas entre los perfumados rododendros y evacué mis entrañas y luego me quedé unos instantes disfrutando del maravilloso silencio de la mañana. A lo lejos, muy lejos, gritaban los pájaros. Pero no había voces. Las voces de la Isla de las Voces habían callado para siempre.

Me puse de pie para regresar al campamento, pero entonces vi algo ladera abajo que me sorprendió. Era algo así como un muro o una pared de piedra, entrevisto entre los rizos vaporosos de niebla. Debía de tratarse de un efecto óptico producido por la niebla, pero a pesar de todo fui caminando hacia allá. Sí, para mi gran sorpresa, había allí una pared de piedra. Piedras antiguas, oscuras por la humedad y el líquen. Un muro de sillería bien construido, de unos tres metros de altura. ¿Sería aquélla la verdadera casa de Pohjola, la propiedad que llevábamos dos días intentando encontrar sin éxito? Fui caminando a lo largo del muro. Por aquella zona había muchos helechos, tan altos y espesos que dificultaban el avance. Luego aparecieron los zarzales cargados de moras. Deliciosas moras oscuras, brillantes de sazón y de jugo. Yo iba caminando por entre las hojas oxidadas y rojizas de los helechos y rodeando el avance de las ramas llenas de espinas de los zarzales. El muro era muy largo, y yo seguía caminando y caminando con la esperanza de que en algún lugar se abriera una puerta. El muro hacía una esquina y continuaba avanzando por entre la niebla, y yo continuaba avanzando entre los helechos, pisando el terreno húmedo e invisible, vadeando el espeso mar de hojas de helechos que me llegaban al pecho y a veces

tropezándome por las irregularidades del terreno que no podía ver. El terreno se encharcó, y sentí cómo el agua fría me calaba un zapato. Entonces el muro de piedra desapareció. De pronto, me encontré perdido en medio de un helechal de tonos cobrizos, como en medio de un mar de humedad, empapado de pies a cabeza por la niebla y por el rocío, perdido, indefenso. Esperé a que la niebla se adelgazara para poder ver de nuevo el muro de piedra, pero el perfil del muro no se hacía visible por ningún lado. Esperé y esperé, porque sabía exactamente dónde debía estar el muro y no podía comprender cómo había desaparecido de aquel modo. Pasaron unos minutos y empecé a pensar que me había despistado, que había perdido la orientación y que el muro no estaba realmente donde yo creía. Rodeado de niebla y de helechos por todas partes, carecía de puntos de referencia. Sabía que el muro de piedra debía quedar a mi derecha, pero empecé a pensar que quizá me hubiera equivocado y que, intentando evitar lo más espeso de los helechos y los zarzales, lo había dejado en realidad a mi espalda. Pero ¿cómo podía haber sucedido todo tan rápido? Yo iba siguiendo el muro de piedra, y de pronto el muro de piedra había desaparecido y yo estaba perdido en mitad del bosque. Tenía tanto frío que me puse a tiritar. Decidí quedarme inmóvil y no dar ni un paso por el temor de caminar en la dirección equivocada y perderme todavía más. Me quedé inmóvil. Y después de pensarlo unos instantes, me puse a cantar.

Cantaba el Adagio de la Octava Sinfonía de Bruckner.

La niebla mañanera comenzó a levantarse. La luz del sol caía ahora como fanales de lluvia, como cascadas difuminadas de luz amarillenta. La niebla se coloreaba de amarillo, de dorado y de rosado. En el bosque cantó un cuclillo y luego un ruiseñor. Pensé que faltaba una codorniz, y en ese momento escuché el canto de una codorniz. Claro que todo aquello no venía de la sinfonía de Bruckner, sino de otra sinfonía anterior, una sinfonía de maravillosa hermosura escrita por un compositor de Brabante cuyo nombre también comenzaba por B, en la que las voces de los pájaros habían quedado cuidadosamente anotadas en la partitura: ruiseñor, flauta; cuco, clarinete; codorniz, oboe.

Seguí cantando, y la niebla se retiraba a mi alrededor. Mi campo visual se ampliaba, y nuevos helechos iban quedando al descubierto en todas direcciones. Finalmente, pude ver el muro de piedra de nuevo. Seguía allí mismo, frente a mí, donde siempre había estado, donde siempre debería haber estado, abierto en una puerta coronada a ambos lados con esferas de piedra. Avancé hacia allí. Era una vieja puerta de madera de doble hoja, muy estropeada. Las hojas, que tiempo atrás debieron de estar pintadas de un color azul celeste, no estaban ni siquiera encajadas y era fácil pasar entre ellas. De este modo entré, y todavía seguía cantando.

Pero una vez dentro del recinto mi deseo, o mi necesidad de cantar, desaparecieron. Por encima de mí apareció el cielo azul. La niebla se retiraba, y me encontré una vez más dentro de la Pradera. Era muy grande, más grande que la Pradera de mi infancia, más grande que la Pradera a la que llegué a través de los

túneles de la autopista, más grande que la Pradera de mi sueño. Una gran extensión de césped dividida en dos alturas, aunque ya no por un escalón de piedra caliza, sino por un muro de contención de unos dos metros de altura, un muro de sillería construido con piedras oscuras como las de la pared que rodeaba la Pradera y coronado por una balaustrada de piedra similar a las de los palacios ingleses del barroco. Había dos escalinatas a ambos lados, también con pasamanos de piedra sostenidos por balaustres, que permitían el acceso a la parte superior. En esta parte más elevada había una casa de piedra de estilo Tudor. A uno de los lados de la casa crecía un inmenso cedro. Al otro lado un roble varias veces centenario, con un tronco tan grueso que habría sido posible tallar en él una puerta por la que bien podría cruzar un carro tirado por dos bueyes. El césped estaba bien recortado, como si aquella pradera estuviera atendida por varios jardineros. Una nube en forma de platillo volante había aparecido en el cielo mañanero. Era de un blanco resplandeciente, y parecía inmóvil en mitad del cielo, aunque yo habría jurado que unos instantes antes no estaba allí. Pero ya sabemos lo sigilosos que son los trabajos de las nubes. Yo estaba inmóvil en mitad de la Pradera, en la parte inferior, sin saber qué hacer, abrumado por la felicidad. El tibio sol de la mañana me calentaba y comenzaba a secar mi pelo y mis ropas húmedas. Dejé de tiritar. Una deliciosa tibieza me llenaba. Sobre mí descendía la claridad. Suspiré profundamente, y aquella inundación de aire limpio en mis pulmones pareció limpiar también mi capacidad de oír, mi capacidad de ver. Las cosas resplandecían. Los perfiles de los objetos, la nitidez asombrosa de los miles de hojas del roble, que a pesar de la distancia me parecía contemplar una por una en todas sus nervaduras. Los alineamientos de la casa, las manchas del liquen en la vieja piedra, las líneas paralelas de las cornisas, el erizado perfil de las tejas y de las chimeneas, los marcos de piedra y los alféizares de piedra de las ventanas sostenidos por ménsulas acanaladas. Dios mío, qué maravillosa claridad. Qué mágica precisión.

Fui caminando hacia la escalinata de la izquierda, y subí al nivel superior de la Pradera. Vi la sombra de la nube sobre la Pradera. Estaba delante de la casa. Avancé unos pasos, y entré en la sombra de la nube.

Me volví a observar la casa. Pensé que debía entrar, que todo lo que había hecho durante toda mi vida no había sido otra cosa más que dirigirme hacia aquella casa, y que por fin había logrado llegar hasta ella, esa misma casa que Wade había buscado y que Lewellyn había buscado y que todos buscábamos, quizá, de un modo o de otro, y que ahora que estaba allí lo que tenía que hacer era entrar en la casa. Y sin embargo no sentía el deseo de hacerlo, porque no me imaginaba qué era lo que podría esperarme allí dentro, y porque el sol que había en aquel jardín era maravilloso y me llenaba de una sensación de calor que no quería perder de ningún modo. Me acerqué a la puerta de la casa, saliendo de la sombra de la nube pero sabiendo que ahora que había sido tocado por la sombra de la nube estaba de algún modo protegido contra cualquier cosa que pudiera sucederme, y entonces vi que la puerta se abría, y me

detuve, y esperé. La puerta se abrió del todo y vi que era Wade quien aparecía en el interior. Estaba allí en el umbral, sonriéndome. Me pareció muy alto, más alto que nunca.

—John.

—Wade.

—¿Qué te ha pasado? —dije—. ¿Qué pasó dentro de la cabaña?

—Todavía no es tu tiempo, John —me dijo—. Antes tienes que subir a la montaña. Todavía no puedes entrar aquí.

—¿Qué montaña?

—Cuando salgas de aquí la verás —me dijo—. Sube a la montaña. Tendrás que hacerlo solo. Sube a la montaña.

No acababa de comprender qué hacía Wade en aquella casa. Parecía muy cómodo en aquel lugar, como si lo conociera de mucho tiempo atrás. Como si, en cierto modo, aquélla fuera su casa. Se recostó en el marco de la puerta y contempló el sol de la mañana con una ligera sonrisa que ponía pliegues a los lados de sus ojos. Tenía su cuchillo de monte en su estuche de cuero colgando del cinturón y era como el Wade de los primeros tiempos, los tiempos en que todavía teníamos grandes esperanzas. Iba vestido con sus pantalones verdes del principio y las botas militares que había encontrado entre los restos del naufragio del avión y que le sentaban como si fueran suyas aunque en realidad no eran suyas.

—Wade —dije—. ¿Eres tú? ¿Eres tú Wade Erickson, mi amigo?

—Todos nosotros —me dijo Wade— no somos más que sombras del señor Pohjola. Formas diversas y personalidades distintas que en realidad son coberturas externas, máscaras o impersonaciones del señor Pohjola. ¿Comprendes?

—Quieres decir que el señor Pohjola utiliza tu forma para hablarme —dije—. Quieres decir que se transforma en ti para ponerse en contacto conmigo.

—No sólo «utiliza mi forma» —dijo Wade cruzándose de brazos y mirándome como solía hacerlo, levantando ligeramente la barbilla como hacen los miopes incipientes, aunque sé que él tenía una mirada tan aguda como la de una rapaz—. No sólo «se transforma en mí» para hablarte. Todos somos formas y personajes del señor Pohjola. Yo soy Wade, tu amigo, pero también soy Pohjola. ¿Lo entiendes? Podrías verme bajo otra apariencia, ver aquí a tu padre, por ejemplo, o a algún viejo amigo, o a tu madre, o a alguien de tu pasado, una mujer, hombre, no importa, y seguiría siendo Pohjola, ¿comprendes?

—Creo que sí —dije—. Creo que comprendo lo que quieres decir.

—No, no, no comprendes —me dijo Wade, si es que era Wade el que hablaba—. Yo soy el señor Pohjola. Pero tú también lo eres. Somos formas de su sueño. Somos caracterizaciones suyas. Personajes de su imaginación. Meras formas. ¿Lo comprendes?

—¿Tú y yo? ¿Los dos?

—Correcto.

—¿Yo también soy una forma, un personaje del señor Pohjola?

—Me temo que sí.

—Entonces, cuando tú y yo hablamos, el señor Pohjola habla consigo mismo.

—Correcto de nuevo —dijo sonriendo.

—¿Y la Pradera? ¿Y la isla?

Wade quedó en silencio. Las decenas de pliegues paralelos de su frente formaban algo así como olas onduladas cuando levantaba los ojos para mirar el cielo, para mirar a su alrededor como queriendo absorberlo todo, la luz, la frescura tibia de la hierba, la balaustrada de piedra con sus amarillentas manchas de liquen antiguo, la sombra de los dos árboles gigantes que flanqueaban la casa, el quejido de un pájaro lejano.

—¿También son Pohjola esta Pradera, la isla entera? —pregunté yo—. El señor Pohjola no es un ser humano, ¿verdad? En realidad se trata de la isla.

—Sí, eso es —dijo Wade—. Pero una isla sólo puede ser uno. Una isla es uno, del mismo modo que uno es una isla. Ésta es tu isla, hermano —añadió guiñándome un ojo—. Esta isla eres tú.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Te la entrego, amigo. Es tu isla. Es para ti.

—Yo siempre había pensado que esta isla era tuya, hermano —le dije—. Tu isla, hermano Wade. Tu isla, hermano del viento. La isla del hermano del viento.

—Sí —dijo Wade sonriendo y descruzando los brazos y estirándolos a lo alto con placer—. Es cierto. Soy el hermano del viento. Tienes razón, Johnny boy.

—Claro que lo eres. Siempre lo has sido.

—Siempre moviéndome de aquí para allá. Siempre siguiendo el vuelo del petirrojo. Siempre cuidando de estar del lado correcto de las alambradas. Ser el curioso que mira desde fuera, no el pollo encerrado. Sí, hermano de la lluvia, tienes razón. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—¿Hermano de la lluvia? —dije riendo—. ¿Ése soy yo?

—Sí, hermano —me dijo Wade—. Nunca he tenido hermanos, John Barbarin. Pero tú has sido como mi hermano.

—Yo tampoco he tenido hermanos, Wade Erickson —dije yo—. Tú también has sido como mi hermano.

—Hermano de la lluvia —me dijo Wade como si por fin hubiera encontrado un nombre por el que llamarme—. Caes del cielo y te pierdes en la tierra, hermano de la lluvia. Vienes de las alturas y te conviertes en barro. Tú lloverás sobre mi tumba, hermano de la lluvia, y yo soplaré sobre la tuya. Tú limpiarás los viejos huesos y yo los arrojaré para que se mezclen con las hojas del bosque.

—Todavía queda tiempo para eso —le dije—. Todavía quedan muchas cacerías, hermano del viento, muchas excursiones por el bosque, muchos paseos por la orilla de los arroyos. Muchos días de pesca y de dormir al raso.

—Sí —dijo Wade cubriéndose los ojos con la mano y mirando al cielo para

comprobar el tiempo—. Esta tarde lloverá, pero ¿qué importa? Podemos salir de todos modos. Lo importante es no construir templos, ¿comprendes hermano de la lluvia? Lo importante es no construir templos.

—No construir templos, ¿eh?

—Hay que tener cuidado de no hacerlo —dijo Wade guiñándome un ojo.

—Sí, uno tiene que tener cuidado.

—Nunca se es suficientemente cuidadoso.

—Puedes apostar.

—Seguro que puedes.

—No construir templos —repetí yo.

—Así es.

—Tú los construiste —dije yo—. Yo también los he construido.

—Todos lo hacemos —dijo él—. Lo hacemos porque tenemos deseos de morir. Por eso construimos templos, porque nos hemos cansado de vivir y deseamos ser esclavos y buscamos un amo, cuando sólo deberíamos buscar sendas y perfumes y nuevas canciones que cantar.

—Perfumes —dije yo—. Yo no he buscado perfumes ni sendas, he buscado mujeres.

—Mujeres —dijo Wade con un suspiro—. Sí, tienes razón. Mujeres. Madres, hermanas, amantes. Yo pasé años buscando a mi madre.

—Lo recuerdo —le dije—. Y cuando la encontraste vivía en Florida y no quería saber nada de ti.

—Me dio doscientos dólares —dijo Wade sonriendo—. Sacó doscientos dólares de la caja de galletas. Por un momento pensé que me iba a dar galletas. Pero esos billetes eran la golosina más dulce que estaba dispuesta a darme. John, ésa es la cosa más triste que me ha sucedido jamás. Es lo que me rompió el corazón.

—¿Todavía piensas en ella?

—Sí. Imagino que quizá por eso nunca quise tener una familia, para no partirla yo el corazón a otro.

—Pero no todos... —comencé a decir—. Quiero decir que no siempre... No todos los padres...

—Todos terminamos por partirnos el corazón unos a otros —dijo Wade—. Eso lo he aprendido. No puede evitarse. Los padres a los hijos, los hijos a los padres, los padres entre sí... los amantes, los hermanos, los amigos... no puede evitarse...

—Pero un corazón puede sanar. ¿No crees que es posible que un corazón sane?

—Creo que no —dijo Wade—. Creo que una vez roto ya no puede sanar.

—¿No crees que el viento puede sanar tu corazón? —pregunté yo.

—El viento... —dijo Wade pensativo—. El viento no sabe de esas cosas. El viento cura, es cierto, pero lo hace a su manera. Lo que hace el viento es escribir historias. Ésa es su forma de curar. Ésa es la tarea del viento. Es el gran contador de historias. Es el que mueve a los hombres a través del paisaje.

—Nos mueve a todos, supongo.

—A unos más que a otros —dijo Wade—. El viento no es amigo de todos. No todos responden a su estímulo viajero y plumoso. Pero todos necesitan sus historias.

—¿Crees que las historias sirven para eso? ¿Para sanar el corazón roto?

—¡Qué sé yo! —dijo Wade de buen humor—. No lo sé. No soy un profesor. Yo no sé nada. Sólo estoy hablando.

—Como el viento.

—Exacto, como el viento.

—Contando historias.

—Sí —dijo Wade—. Supongo que eso es lo que hace el viento. Contar historias. Historias y poemas. En realidad son lo mismo las historias que los poemas. Son todo historias, ¿no crees?

Quedamos los dos en silencio. Wade sacó una nuez del bolsillo. No sé dónde la había conseguido, pero ya en muchas ocasiones me había maravillado su habilidad para encontrar algo que masticar prácticamente en cualquier situación en que se encontrara. Se sentó en los escalones de la entrada, sacó el cuchillo de monte de su funda y partió la nuez introduciendo la punta del cuchillo en el hueco que hay entre las dos mitades, extrajo los trozos de carne de nuez y se los metió en la boca. Las cáscaras las tiró a la hierba. Pensé que le había visto muchas veces en aquella misma postura, sentado en el suelo y con los brazos sobre las rodillas y partiendo algo de fruta y comiéndola mientras miraba a su alrededor, o bien sentado en cuclillas, o con sólo una rodilla en tierra, comiendo una nuez de cola, o un noni, o un trozo de coco.

—¿Ya no comes cerezas? —le pregunté.

—¿Cerezas?

—Una vez te vi comiendo cerezas.

—¿Cerezas?

—Sí.

—No, ése no era yo —dijo Wade negando con la cabeza.

Sacó otra nuez y me la ofreció sosteniéndola con dos dedos. Yo negué también con la cabeza.

—¿Crees que yo podría ir contigo? —pregunté—. ¿Crees que yo podría entrar ahí también?

Él se volvió y miró al interior de la casa. Yo sólo veía una pared pintada de blanco, un suelo de madera rojiza y bruñida, nada más.

—Nah —dijo negando de nuevo con la cabeza—. Ya te he dicho que todavía no, Johnny boy. Todavía no estás listo. Tienes que subir una montaña. ¡Tienes una buena montaña que subir!

—¿Por qué?

—¿«Por qué»? —repitió él, como si mi reacción le divirtiera en extremo.

—Sí, ¿por qué?

—Si hubiera un porqué, habría un sentido —dijo él.

—Si no hay sentido, no hay razón para hacerlo —dije yo.

—Eso es cierto —dijo él.

Partió la nuez como había hecho con la otra, se la comió y volvió a tirar las cáscaras a la hierba.

—Simplemente hazlo, ¿ok? —me dijo.

—Ok —dije.

Contemplé cómo partía y se comía una tercera nuez.

—Los distintos hermanos hacen distintas cosas —dijo entonces Wade, moviendo el cuchillo de monte en el aire como para ayudar a su razonamiento, y mientras seguía masticando la nuez—. El hermano del viento camina siguiendo a los pájaros. El hermano de la lluvia une el cielo con la tierra. El hermano del fuego quema las cosas. Y la hermana de las piedras sostiene el mundo.

»Y todos tienen voz, pero una voz particular. El hermano de la lluvia hace sonar las cosas. El hermano del viento habla con palabras. La hermana de las piedras canta. El hermano del fuego escucha. Ésas son las cuatro voces.

»Luego los cuatro hermanos deben aprender aquello que no les es natural. ¿Comprendes? Quizá algún día yo aprenda a cantar. Quizá algún día la tierra se mueva y el agua escuche. Quizá algún día el viento se quede inmóvil.

—¿Ya no volveré a verte, Wade Erickson? —pregunté.

—Oh, sí, nos veremos, volveremos a vernos. Te lo aseguro.

—¿Cuándo? —pregunté.

—En primavera —dijo, ocupado ahora con otra nuez que no se dejaba abrir, quizá porque estaba demasiado cerrada y carecía de la fisura que tienen casi todas—. Cuando la primavera regrese a las orillas del Wabash. Ve a Hammerstown, sube unas tres millas río arriba. Busca un nido de petirrojo entre los olmos. Allí estaré yo.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—No sientas pena, Johnny boy —me dijo—. Éste es un mundo de lágrimas. No sientas pena.

—Mis viejos amigos los perdí para siempre —dije—. Me he reencontrado con ellos, estaban todos en el avión. ¡Los amigos de mi adolescencia! ¿Cómo es posible? ¿De dónde habían salido? Estaban todos allí, y ni siquiera puedo hablar con ellos. Me he convertido en un extraño para ellos y ellos en unos extraños para mí. He roto todos mis vínculos con el pasado, y ni siquiera sé por qué. Mis padres han muerto los dos, pero antes de que murieran me pasé años sin hablar con mi padre y luego años enfadado con mi madre no sé muy bien por qué causa. No tengo hermanos. Sólo he amado a una mujer en la vida, y la abandoné. La abandoné, Wade. Sin decirle ni una palabra. Escapé como un ladrón. Ella se quedó esperándome y supongo que me esperó durante un tiempo hasta que comprendió que yo no volvería y siguió con su vida y me olvidó. Todo me olvida, todo se aparta de mí. Todo lo he perdido, todo lo he abandonado, y lo he hecho a cambio de nada. Me he vendido a cambio de nada. Dime, ¿qué sentido tiene mi vida?

—El sentido de tu vida está en el momento en que tu corazón se rompió —me dijo Wade; y luego añadió, señalando las cáscaras de las nueces caídas en la hierba—: Pero mira estas cáscaras, ¿podrías con ellas hacer la nuez de nuevo?

—No lo sé, amigo, ¿podría?

Wade se puso a observar con atención la nuez intacta que tenía entre los dedos. Luego se incorporó y se sacudió de los pantalones y de la camisa los restos de cáscaras de nuez.

—Toma —me dijo—. Guárdala, y sé completo de nuevo.

Me acerqué, estiré la mano y cogí la nuez. Estaba caliente.

—Gracias —dije.

—Adiós, hermano de la lluvia —me dijo Wade.

—Adiós, hermano del viento —dije yo—. Jamás te olvidaré.

—Si alguna vez sales de este lugar —me dijo Wade—. Si alguna vez vas al sur de Indiana...

—Dime.

—Nah, no importa —dijo—. No importa. Sólo recuerda lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

—Me has dicho muchas cosas.

—Es cierto —dijo él riendo, pero me pareció que tenía también los ojos llenos de lágrimas.

Me pareció que se volvía ya para entrar en la casa y para desaparecer para siempre, pero en ese momento comenzó a soplar la brisa, y Wade se detuvo y se volvió para disfrutar de la caricia del viento.

Comenzó a soplar la brisa, y eso es algo que nunca olvidaré, la sensación de la brisa sobre la hierba de la Pradera y la forma en que esta brisa parecía erizar toda la hierba como si miles de manos arrancaran de su sueño a las verdes cuerdas de un arpa, la tristeza y la sensación de desolación de todo aquello y la belleza de todo aquello, como si aquella brisa estuviera soplando en realidad en un distante osario de las montañas de México, en Pahuatlán, un osario lleno de cuerpos de mujeres jóvenes, o en la orilla de un lago, cerca del monte Fuji, donde los asesinos arrojan al agua las cenizas de un hombre viejo, o en una isla llena de robles en el río Wabash, en Indiana, donde un Impala rojo contempla desde la orilla el nacimiento del amor en la Isla de las Cabezas Cortadas, una ciudad en ruinas, el escenario de una batalla, o en Rishikesh, en la orilla del Ganges, entre los templos con forma de pagoda y las estatuas azules del dios mono o entre los olmos de Oakland, Rhode Island, por donde asoma la torre del reloj de la Facultad de Ciencias, por el camino de losas de piedra amarillenta que yo recorría todas las mañanas contemplando las piernas de las muchachas jóvenes... La brisa soplaba sobre la Pradera y traía el recuerdo de todas las cosas tristes del mundo y traía también el recuerdo de todos los muertos porque la pradera era en realidad un cementerio, un inmenso osario en el límite del mundo, y entonces comprendía yo por qué era una pradera, y por qué estaba vacía y solitaria y

por qué estaba rodeada de una gran pared de piedra y por qué crecía en ella la hierba: verde hierba de oleadas de millones, millones y millones de hojas verdes, una por cada hombre y por cada mujer que vivieron alguna vez. Dudé si preguntarle a Wade acerca de todo aquello por miedo a que me contestara que estaba en lo cierto, que por fin había adivinado la verdad, que aquel jardín maravilloso cubierto de verde hierba que yo llevaba toda la vida buscando era en realidad un camposanto, que la Pradera era en realidad un cementerio. Y que eso es la vida en el fondo, un peregrinaje que acaba siempre entre cipreses, un paseo que termina al atardecer frente a una puerta en la que se lee: «Muchos entran, ninguno sale». Me volví para mirar la extensión de la Pradera diciéndome que bajo aquella hierba tan bien cuidada los muertos debían llevar varios siglos acumulándose y que probablemente ahora que había descubierto lo que era aquel lugar en realidad, sería al fin capaz de ver las lápidas y las cruces. Pero no había nada, sólo hierba. Y había comenzado a soplar la brisa.

Aquella brisa lo cambiaba todo y me orientaba al verdadero sentido de la Pradera. Porque aquella brisa era en realidad la vida de la Pradera, la conciencia que la Pradera tenía de sí misma. La Pradera revivía y no era en realidad un cementerio sino un jardín que guardaba el dulce sueño de los muertos, el lugar de los milagros, el Jardín de la Resurrección que había buscado la Sociedad de la Rosa Blanca, y la nube no era una nube ni menos aún un platillo volante sino la Rosa Blanca que flota por encima de nosotros y que abre nuestra mente a la mente del cosmos, y todo esto se me hacía inteligible en un parpadeo cuando la brisa soplaba, la brisa que era la conciencia de la pradera, su inteligencia, su memoria, y esa brisa sigue soplando ahora, en este mismo momento, en algún lugar del mundo, haciendo que la esperanza todavía sea posible.

—El viento —dijo Wade extendiendo una mano para sentirlo en la palma—. Mira, John, viene a despedirse de mí.

—¿De veras? —dije yo—. ¿No sientes, más bien, que sopla desde algún lugar?

—¿Desde algún lugar? —dijo él—. ¿Qué quieres decir?

—Siento que sopla desde otras Praderas. Siento que éste es viento que viene de otro mundo.

—Qué sé yo —dijo Wade—. Morir no le hace a uno más listo. Ha sido un placer conocerte.

Me di cuenta de que iba a marcharse, que no podía quedarse más tiempo conmigo, y supe también que ya no volvería a verle.

—Adiós, hermano del viento —dije levantando mi mano derecha.

—Adiós, hermano —dijo él—. Yo tampoco te olvidaré.

Se dio la vuelta lentamente, entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

Encontramos a los lobos

Ahora Rosana y yo estábamos solos en medio de las montañas. Por supuesto, no volvimos a ver a Abraham Lewellyn. Rosana y yo estuvimos buscando la cabaña en la que había desaparecido Wade, pero no pudimos encontrarla. Aquello era absurdo, porque no estábamos tan lejos y los dos recordábamos perfectamente dónde estaba la cabaña, y yo había tenido ya muchas pruebas de lo bien que se orientaba ella en medio de la naturaleza. Yo le describí varias veces lo que había dentro de la cabaña, y lo viejo y sucio y abandonado que estaba todo, pero ella seguía preguntándome una y otra vez, en busca de una explicación racional de lo sucedido. ¿No había una puerta trasera? ¿No había una trampilla en el suelo por donde Wade pudiera haberse metido? Pero no había nada, sólo cuatro paredes con una mesa donde había un plato, un vaso y una vela. Llamamos a Wade dando voces por el bosque, pero yo sabía que era inútil y ella, creo, lo sabía también. La cabaña había desaparecido y Wade había desaparecido con ella. No le conté nada de la Pradera ni de mi conversación con Wade, si es que era Wade aquel ser con el que había hablado, no por un deseo de guardar un secreto ni por temor a que me tomara por loco, sino porque hay ciertas cosas que no pueden contarse.

Decidimos seguir caminando por las montañas hasta dar con la Columna Negra y poder así encontrar a los niños. Y a partir de ese momento ya no volvimos a dormir. Perdimos la sensación y la necesidad del sueño. Nos fabricamos dos largos cayados de caminante y ahora marchábamos el uno al lado del otro por los senderos de la sierra como dos romeros. Rosana me convenció de la utilidad de estos cayados para las zonas escarpadas y también para protegernos contra posibles animales hostiles, especialmente lobos. Me dijo que cuando ella practicaba el senderismo por las montañas del norte de España siempre iba con un bastón, y que no se le ocurría salir al campo si no lo llevaba. Así caminamos durante tres días, uno al lado del otro, recibiendo la lluvia sobre nuestras cabezas y descansando el uno al lado del otro durante la noche sin poder dormir, a veces abrazados el uno al otro para darnos calor. Así hasta el día en que encontramos a Syra.

La luz del alba nos encontró, un día más, temblando de frío y empapados por el rocío mañanero. Yo me puse a encender un fuego, y de pronto nos vimos rodeados por los lobos. No sé de dónde habían surgido, ni cuándo ni cómo. Estábamos en la linde de un bosque de abetos muy altos, y los lobos parecían una materialización de las sombras del bosque. Debían de ser unos cincuenta individuos, y eran tan enormes que no parecían animales reales. Con sus cuartos delanteros en tierra, su morro afilado quedaba notoriamente por encima de nuestras cabezas. Llamé la atención de Rosana, que seguía acostada y que dio un grito al incorporarse y ver a los lobos. Nos rodeaban por todas partes, en un círculo de unos veinte metros de diámetro. No

parecían agresivos ni amenazantes. Algunos estaban sentados sobre sus cuartos traseros. Otros tenían la lengua colgando, lo cual, según Rosana, denotaba ausencia de agresividad. Parecían vigilarnos, como a la espera de recibir una señal.

Rosana y yo nos incorporamos lentamente, espalda con espalda. No teníamos armas de ninguna clase. Sólo disponíamos de nuestros cayados. Pero ¿qué podrían contra una manada de lobos gigantes?

—Los lobos no atacan a la gente —dijo Rosana hablando en voz baja—. No tengas miedo. Si se acercan a nosotros, no hagas movimientos bruscos. Nos olerán un poco y se largarán. No parecen agresivos y tampoco parece que estén hambrientos.

—¿Qué sabes tú de lobos? —le dije temblando de miedo.

—Llevo toda la vida caminando por la montaña —me dijo—. Me he encontrado con lobos varias veces. Los que son peligrosos de verdad son los perros. Ésos sí que pueden atacarte y morderte, pero no los lobos.

Lo decía como algo que se ha repetido muchas veces y que se sigue repitiendo por el placer que uno sintió al decirlo por vez primera, pero yo no estaba seguro de que siguiera creyendo que lo que decía era cierto.

De la oscuridad del bosque descendió un lobo enorme, quizá el macho dominante, el rey de la manada. Aunque luego nos enteramos de que en realidad no era un rey, sino una reina. La reina de la manada. Tenía el pelaje muy claro, no blanco como la nieve pero sí blancuzco. Era una loba inmensa, con grandes masas de pelo creciéndole en el cuello y en los costados y con esos preciosos ojos afilados e inteligentes que suelen tener los lobos, ojos que parecen sonreír y bajo los cuales uno presiente pensamientos grandes y fríos. Llevaba una niña montada a horcajadas en su lomo. Una niña de unos doce años, delgada, muy morena, completamente desnuda. Tenía el pelo negro y muy largo, que le caía en espesas crenchas sobre los hombros y sobre los senos, que apenas le abultaban. A pesar de que iba desnuda, llevaba gafas. Unas gafas de pasta color violeta que yo conocía bien. El espeso pelaje del lobo le cubría las caderas y las ingles. En realidad no iba completamente desnuda, sino que llevaba alrededor de la cintura una prenda wamani consistente en piezas de cuero tejidas con conchas marinas que le cubrían las ingles y las nalgas. Me fijé que también llevaba varios collares wamani colgando sobre el pecho.

—¡Syrá! —dijo Rosana.

El gran lobo blanco se detuvo a unos cinco metros de nosotros. Tenía las fauces entreabiertas y mostraba una larga lengua rosada. La visión de sus largos colmillos amarillentos me producía escalofríos. Syra se cubrió los senos con los antebrazos y lanzó una pequeña carcajada. Aquella señal de pudor me sorprendió. Sin duda se cubría por mi causa.

—Syrá —dije yo—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los otros niños?

Ella rió de nuevo y se subió las gafas sobre el tabique nasal. Como se cubría los senos con los antebrazos, con las muñecas realmente y no con las manos, podía subirse las gafas sin dificultad con sólo bajar un poco la cabeza.

—Syra, hija —dijo Rosana—. ¿Estás bien?

Syra tosió con fuerza. Era su tos característica, seca y ronca. Luego volvió a soltar una carcajada.

—¡Syra, joder, contesta! —dijo Rosana perdiendo la paciencia.

Los lobos del círculo se pusieron a gruñir. Los que tenían la lengua fuera cerraron las fauces y los que estaban sentados sobre los cuartos traseros se incorporaron.

—¡Bájate de ese perro! —dijo Rosana con tono autoritario.

—Es mejor que te calmes —le dije—. Estás poniéndoles nerviosos. Y no son perros precisamente.

—Lobitos a mí —dijo Rosana apretando la mandíbula e inclinándose para coger su bastón de caminar, que luego enarboló con las dos manos—. A ver, ¿quién quiere recibir un palo?

—Estás loca —le dije—. ¡Estate quieta!

Me maravillaba su valor, pero también su osadía y su temeridad.

—Mamá, deja el palo —dijo Syra con su voz de siempre—. ¡Que estás asustando a los lobos!

El gran lobo blanco también gruñía y mostraba los colmillos.

—¡Que dejes el palo! —dijo Syra—. ¡Jolín, es que no haces ni caso!

—Rosana, deja ese palo en el suelo —dije yo.

Vi cómo la niña acariciaba el cuello y la cabeza del gran lobo blanco y luego le acariciaba las orejas y cómo el lobo recibía con evidente placer esas caricias y se tranquilizaba.

—Tienes que dejar el palo en el suelo y decir que se termina la ley del palo —dijo Syra—. A los lobos no nos gusta la ley del palo. A nosotros nos gusta la ley de los lobos, no la ley del palo.

Rosana bajó el bastón y poco a poco lo apoyó en el suelo.

—Tienes que decir que se termina la ley del palo —dijo Syra—. A los lobos no nos gusta la ley del palo. ¿Es que no te enteras de lo que te digo? Tienes que decirlo.

—¿Decir qué? —dijo Rosana.

—Tienes que decir que se termina la ley del palo. Si no, no dejarán que me vaya contigo.

—Se termina la ley del palo —dijo Rosana—. Ya está. Ya lo he dicho.

—Juan Barbarín también tiene que decirlo —dijo Syra soltando una de sus carcajadas características. Nos miraba muy divertida desde lo alto del lobo, subiéndose las gafas sobre el tabique nasal de vez en cuando—. ¿Habéis hecho el amor? ¿Os habéis hecho novios? Seguro que ya habéis hecho el amor.

—¡Syra! —dijo Rosana.

—No puedes gritarme —dijo Syra—. Has dicho que terminaba la ley del palo. Ahora Juan Barbarín tiene que decirlo también.

—¿Qué tengo que decir?

—Tienes que decir que termina la ley del palo.

—Se termina la ley del palo —dije.

—No lo has dicho de verdad —dijo Syra comenzando a mordisquearse los padrones de los dedos—. No te creemos. O sea, que los lobos no te han creído. Tienes que decirlo de verdad, Juan Barbarín.

Yo volví a decir que se terminaba la ley del palo. No sé qué diferencia había entre la primera vez que lo dije y la segunda. El hecho es que una vez pronunciada la frase, Syra descendió del gran lobo blanco deslizándose por el pelaje de su costado derecho y echó a caminar en dirección a nosotros. Seguía cubriéndose los senos con las muñecas. Tosió con fuerza varias veces. Rosana se acercó a ella y la abrazó.

—¿Dónde estabas? —le decía, hundiendo el rostro en la cabellera oscura de la niña—. ¿Dónde estabas, mi niña?

Por encima del hombro de su madre, Syra me miraba. Estaba muy seria, y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero yo no sabía si lloraba de alegría porque al fin la habíamos encontrado o lloraba de tristeza porque ahora se vería obligada a abandonar a los lobos.

Nos encontramos con Joseph y su grupo

Creo que fue al día siguiente cuando nos encontramos con Joseph y los suyos. Syra nos contó que habían llevado a todos los niños a un campamento en lo alto de las montañas y que por allí había muchos niños huidos que estaban organizados en bandos y se dedicaban a pelear entre sí, y que usaban a los niños para que trabajaran en una especie de mina de donde sacaban un mineral que era como piedras oscuras, pero los adultos no podían subir hasta allá arriba porque enseguida les dolía mucho la cabeza y también a los niños comenzaba a dolerles al final del día, y por eso muchos niños se volvían locos y escapaban y se dedicaban a pelearse unos con otros y había dos ejércitos, nos contó, uno liderado por un niño que se hacía llamar Colmillo Rojo y otro liderado por una niña que se llamaba La Bruja Taylor, y eran horribles, se mataban entre sí, se clavaban lanzas y flechas y cuchillos y a los prisioneros los crucificaban. Sí, nos dijo, los clavaban en cruces fabricadas por ellos mismos con tablones y ramas. Les ataban los pies al tronco de la cruz y les clavaban las manos al travesaño, nos contó, con clavos y con martillos, y también nos contó que los que subían hasta la Columna Negra eran capaces de volar y se tiraban desde lo alto de algo que yo entendí que era un gran circo de roca en medio de las montañas y volaban sobre los valles como pájaros y que todas las guerras de los niños tenían como objetivo hacerse con el control de la Columna Negra para poder volar, y que por eso estaban los niños en guerra y se había declarado en las montañas el gran ciclo de las Guerras de los Niños, por el control y el dominio de la roca desde la cual es posible volar. Ella no había visto nada de esto, sólo lo había oído contar, ya que el primer día, cuando regresaban al campamento después de una jornada de trabajo en las minas, se había perdido de los demás y así había sido como se había encontrado con los lobos. Rosana pareció desilusionada al enterarse de que Syra no había escapado sino que simplemente se había perdido, y me pareció que estaba a punto de empezar a reprenderla por ser tan despistada y estar siempre metida en su mundo. Syra nos contó que los lobos la habían encontrado enseguida, que habían aparecido en el bosque y se habían acercado a ella y ella se había puesto a acariciarles el lomo y las orejas porque había pensado que eran perros, una manada de perros grandes y a ella siempre le habían gustado los perros y siempre había querido tener un perro aunque su madre no le dejaba. Rosana repitió monótonamente que tenían una casa demasiado pequeña para tener un perro y que además si tenían un perro sería ella la que tendría que cuidarlo y no estaba dispuesta. Le preguntamos a Syra cuánto tiempo había estado con los lobos y ella dijo que mucho mucho tiempo. Que llevaba muchos días con los lobos, que hablaba con ellos y que ellos la entendían y ella les entendía a ellos. Y que los lobos eran igual que las personas. Creo que nunca había oído hablar tanto rato a Syra sobre ningún tema, y notaba lo difícil que le resultaba poner en

palabras todo aquello que había vivido. Muchas cosas teníamos que reconstruirlas a partir de sus palabras escasas y entrecortadas, y yo pensé que probablemente aquella dificultad que Syra tenía con las palabras humanas y con las formas de explicar las cosas de los humanos le habría servido de ayuda para comprender el lenguaje de los lobos y vivir y viajar con ellos. Siempre subida en el lomo del gran lobo blanco. Volando sobre el gran lobo blanco por las laderas, saltando con él sobre los precipicios. Aprendiendo a aullar como ellos y a beber como ellos y a alimentarse como ellos.

Cuando nos encontramos con Joseph y los suyos nos confirmaron muchas de las historias que nos había contado Syra. Sí, ellos habían llegado hasta la Columna Negra y habían visto a los niños volando como cuervos en lo alto de los aires, decenas de niños volando en círculo por el circo de roca donde se elevaba la Columna Negra, que no era más que una gigantesca roca oscura que sobresalía de la pared del circo, y habían sido testigos también de las guerras de los niños y habían visto a La Bruja Taylor, que era una niña de trece años que sólo se alimentaba del metal que se extraía en las proximidades de la Columna Negra y había adquirido poderes especiales y habían salvado a innumerables niños clavados en cruces, agotados, casi al borde de la muerte por inanición y deshidratación y en cuanto se recuperaban de sus heridas y recobraban un poco las fuerzas todos huían de nuevo a las montañas para unirse a La Bruja Taylor y a Colmillo Rojo, los dos ejércitos que luchaban por apoderarse de la Columna Negra, que estaba desde hacía años en poder de un tercer ejército cuyos miembros se hacían llamar a sí mismos Pájaros del Infinito, un grupo de niños salvajes que hacía mucho tiempo que no comían alimento humano y que estaban liderados por un ser de sexo indeterminado llamado Tremal Naik. No habían llegado a ver de cerca a ninguno de estos niños voladores, pero los niños que todavía hablaban inglés (ya que los niños de las Guerras de los Niños habían olvidado casi por completo su lengua natal y ahora hablaban un idioma que les enseñaba la isla que, al parecer, era similar al de los wamani), los niños que todavía hablaban inglés les habían contado que esos niños apenas parecían humanos, que la posibilidad de volar les producía una especie de euforia que les enloquecía y que vistos de cerca eran verdaderamente horribles, que tenían ojos parecidos a los de los gatos o los reptiles, brazos finos y huesudos y excesivamente largos y dedos similares a zarpas, y que a muchos había comenzado a salirles plumón en la piel.

Rosana y yo contamos, por nuestra parte, todo lo que nos había sucedido en la ciudad de los *Insiders*, Likkendala City, la Central, como la llamaban ellos; les hablamos del muro de energía que mantenía la península a salvo de las incursiones del gigante azul, a quien ellos llamaban «Omé», y les describimos cómo era la vida en la Central, la comodidad de las casas, la electricidad, el agua corriente, las villas ajardinadas, la escuela, el hospital, las piscinas y campos de golf que había allí, y les hablamos también de Abraham Lewellyn, de las canteras de roca, de los trabajos forzados, y Joseph, Sophie, Leverkuhn y los demás nos miraban como si

estuviéramos locos, como si no pudieran creer lo que les estábamos contando. Joseph dijo que tendríamos que ir a la Central para intentar rescatar a aquellos de los nuestros que seguían allí prisioneros, y hablamos sobre las dificultades de llevar a cabo la expedición. Nos preguntaron cómo habíamos logrado escapar y Rosana y yo nos miramos consternados, ya que contar lo que nos había sucedido no era fácil e implicaba, sobre todo por mi parte, comenzar a hablar del señor Aarvo Pohjola, de la historia de la isla, de barcos cruzando el mar en el siglo XVI, de todo lo que habíamos encontrado en el silo subterráneo, y describir aunque fuera someramente lo que nos había sucedido cuando buscábamos la casa de Pohjola. Finalmente lo hicimos, de algún modo. Joseph nos preguntaba qué quería decir eso de que Wade «había desaparecido» y luego, cuando escuchó el relato de nuestra búsqueda de la casa de Pohjola en las montañas, se puso de mal humor y dijo que Lewellyn nos había manipulado como a unos niños, que las casas no cambian de lugar, que él no creía en luces que se encienden en medio de la noche y que nadie puede desaparecer de la forma en que supuestamente había desaparecido Wade. Llegó a insinuar que era posible que Wade se hubiera puesto de acuerdo con Lewellyn, y que toda la historia tenía la apariencia de un elaborado montaje teatral. Que era más que evidente que el famoso «señor Pohjola» no era más que un McGuffin, un mago de Oz inventado por Lewellyn, y que todo lo que había sucedido era que nosotros habíamos aceptado con demasiada candidez unas reglas del juego inaceptables.

—A estas alturas —dije yo, humillado por las palabras de Joseph y notando que las mejillas me ardían—, ¿todavía no has aceptado que en esta isla suceden cosas inexplicables?

—No, John, no lo he aceptado ni lo aceptaré, porque ni en esta isla ni en ningún lugar pueden suceder cosas «inexplicables». Las cosas siempre son explicables de un modo o de otro.

—Si te sirve de consuelo —dije—, Lewellyn me aseguró en varias ocasiones que la nube blanca *no* es un platillo volante y que *no* hay extraterrestres en esta isla.

—Oh, bueno, eso me tranquiliza mucho —dijo Joseph con amargura.

—Hace unos meses —dije yo—, hubiera estado de acuerdo contigo. Hubiera dicho, por ejemplo, que esa historia de Pohjola que nos contó Lewellyn es un clásico delirio paranoico y que historias clínicas similares aparecen meticulosamente descritas en las obras de Sigmund Freud...

—Bueno, yo soy cirujano —dijo Joseph con cierta socarronería—. No he leído a Sigmund Freud. Pero no creo que ese tal Pohjola sea una creación de una mente paranoica. Seguramente ese Abraham Lewellyn no es más paranoico que tú ni que yo. No, no es paranoia, es manipulación, escenografía. ¿Cómo puedes no verlo, John?

—Bueno, tú no estabas allí —dije yo.

—Dios, John, ¿una casa que cada vez está en un lugar? ¿Una casa que cambia de aspecto cada vez que vas a buscarla? ¿Una cabaña en ruinas en cuyo interior de pronto se enciende una luz brillante? ¿Caminar en fila india «a donde te lleven tus

pasos»?

—En esta isla suceden cosas inexplicables —dije yo—. Tú mismo has sido testigo de muchas de ellas.

—Al final, Wade ha empezado a convencerte —dijo Joseph con una sonrisa cansada—. Ese viejo místico loco de Indiana...

—Creo que no has entendido bien a Wade —dije yo—. Wade no era un místico. Era un caminante, un amante de la naturaleza, un hombre de acción.

—¿Por qué hablas de él en pasado? —dijo Joseph—. ¿Crees de verdad que ha desaparecido? ¿Entró en una cabaña abandonada en medio de la noche y desapareció, devorado por el agujero negro que hay en el interior de la isla? Por lo que contáis, me da la impresión de que Wade hizo algún tipo de acuerdo con Lewellyn. Parte del acuerdo, supongo, era liberaros a vosotros dos. No, John, no te preocupes por Wade, seguro que ahora está en ese poblado de los *Insiders* del que habláis sentado en un sillón de mimbre y bebiendo una cerveza bien fría.

—No sabes lo que dices —dije—. ¿Por qué iba a querer Wade hacer un acuerdo con Lewellyn?

—No lo sabemos, John. A lo mejor es algo que nos beneficia a todos. A lo mejor pensó que tenía la oportunidad de hacer algo bueno por los demás. No le estoy juzgando. Me reservo mi juicio hasta que volvamos a encontrarle. Entonces sabremos qué es lo que ha hecho Wade, y si lo que ha hecho era en propio beneficio o en beneficio de todos.

Yo guardé silencio.

Adiós, hermano del viento.

—¿Sabes? —dijo Joseph—, una de las fuentes de desesperación de todos los científicos, un motivo de batalla constante a lo largo de toda nuestra vida, es la obsesión que parecen tener casi todos los seres humanos por creer en fantasías y en quimeras. La ciencia no es fácil. Entender incluso la cosa más sencilla requiere muchos años de estudio, e incluso así, siempre hay miles de cosas que se nos escapan, porque la realidad es increíblemente compleja. Sin embargo, la ciencia es el instrumento más fiable de que disponemos.

Suspiró profundamente. Yo sentí que estaba cansado, y que yo conocía ese cansancio. Era el cansancio que produce intentar explicar las cosas, intentar defender una postura.

Quedamos los dos en silencio.

—Joseph —dije—. Wade ha muerto.

—¿Estas seguro de eso?

—Sí, estoy seguro.

—No puedes estar seguro. ¿Viste su cadáver?

—No.

—Entonces no puedes estar seguro.

—Es cierto, no puedo estar seguro.

—Pero lo estás.

—Yo ya no estoy seguro de nada —dije—. Pero estoy prácticamente seguro.

—Joder —dijo Joseph—. ¿Cuándo se acabará esto?

—¿El qué?

—No sé. Esto. Todo esto.

Estábamos los dos solos, sentados en las rocas, contemplando el valle que se abría a nuestros pies. Como dos viejos amigos que no se ven hace tiempo. Como dos viejos soldados que se cuentan uno a otro las batallas en que han estado.

—Una situación bastante tensa, la de estar los tres juntos, ¿no? —dije yo entonces.

—¿Cómo?

—Sophie, Leverkusen y tú.

—Oh, sí, bueno —dijo riendo—. No te lo imaginas. Han tenido varios enfrentamientos terribles durante estos días.

—Y vosotros ¿estáis bien?

Joseph suspiró.

—No lo sé, John —dijo—. No lo sé.

—Vamos, doc. Tenéis que superar esto.

—Se acostó conmigo —dijo Joseph—. Estaba casada con Arno, pero se acostó conmigo. Y luego se acostó con ese tío, John. Algo así te da que pensar.

—Son circunstancias excepcionales —dije yo—. Tú ya sabes lo que pasó y por qué pasó. Deja de pensar en eso. Olvida lo que ha pasado.

—No puedo dejar de pensar en eso —dijo Joseph.

—Eso puede destruir vuestra relación —dije yo—. Tienes que borrar y olvidar. Ahora. Ya. De una vez y para siempre.

—Eso es fácil decirlo.

—Aprieta los dientes —dije—. Sigue adelante. Joder. Y no me digas que es fácil decirlo —añadí, señalando a mi pierna izquierda—. Si eres capaz de hacer esto, de cortar una pierna y que el tipo siga andando y hablando, entonces también puedes hacerlo en ti mismo.

Joseph quedó en silencio.

—Un hijo enfermo, Joe. Un niño de trece años que no puede respirar. Así, día tras día, noche tras noche.

—Había otras maneras —dijo Joseph.

—A lo mejor no las había —dije yo.

Esa tarde les vi hablando, sentados en unas rocas apartadas. Estaban uno sentado al lado del otro, de espaldas a mí. Luego Joseph le pasó el brazo por la cintura a Sophie y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

Hacía frío en las montañas, y tampoco era agradable. Cuando estábamos en la costa yo pensaba en el frío con nostalgia. Ahora que sufría el frío, pensaba en el calor con la misma nostalgia.

Decido subir a las montañas

De acuerdo con la información proporcionada con Syra, a la mañana siguiente el grupo decidió regresar a la región de la Columna Negra para intentar encontrar el campamento donde mantenían a los niños. Syra dijo que ella subiría allí con los lobos, que los lobos eran amigos de los niños y además no tenían ningún miedo a las minas, al mineral ni a la Columna Negra. Los niños bajarían rodeados por la manada y nadie se atrevería a atacarles. Era un plan algo loco, es cierto, pero su locura se adaptaba perfectamente a las condiciones del lugar.

El plan era rescatar a los niños, regresar con ellos a Villa Naufragio y una vez allí reunir un nuevo ejército con los hombres que quedaran para intentar rescatar a los que seguían prisioneros en la Central.

Creo que a Rosana le sorprendió y le dolió enterarse de que yo había decidido no acompañarles. Joseph me dijo que lo mejor era que regresara a Villa Naufragio y que me quedara en la costa, que ya había hecho mucho más de lo que nadie podría exigirme. Pero mi plan no era regresar a Villa Naufragio.

La verdad es que hasta esa mañana yo no había decidido cuál sería mi curso de acción. Supongo que, tal y como llevaba haciendo desde la salida del poblado, mi plan original era seguir con los otros e ir en busca de los niños. Pero entonces, esa mañana, sucedió algo que me hizo cambiar de opinión. Al despertarme y dirigir la vista hacia lo alto descubrí que el manto de nubes que solía cubrir el volcán no había aparecido en esa ocasión, y que por vez primera desde mi llegada a la isla podía ver la cima de la montaña.

La contemplación de una montaña es uno de los actos supremos de la vida. Yo así lo comprendí esa mañana al observar el espectáculo que se ofrecía ante mis ojos. Normalmente las montañas, las montañas altas y significativas, las montañas *vivientes*, están ocultas a la vista por las nubes. Es poco lo que se nos permite ver desde el valle. Pero entonces, un día, el velo desaparece y podemos contemplar las alturas.

Me senté en una roca a mirar la cumbre y sentí de pronto una sensación íntima y poderosa, como si me estuviera mirando a mí mismo en un espejo y, al mismo tiempo, como si fuera un águila capaz de contemplar el mundo desde lo alto. Jamás he sido montañero ni he sentido atracción por las cumbres. Nacido en una ciudad situada en el centro de una extensa meseta, siempre he tenido la nostalgia del mar. Jamás he sentido la pasión de las montañas como muchos de mis amigos, que se dedicaban al esquí, al alpinismo o a aquello que años más tarde llegaría a ser llamado «senderismo». Siempre me he definido a mí mismo como «un hombre del valle, no de la cumbre». Me disgustan el frío, la nieve, las pendientes rocosas, los sabañones, los abrigos gruesos, las botas de caminar, las mochilas, el peso, el sudor, el cansancio

que torna a los montañeros carneros jadeantes y pobres conversadores y he sido siempre un devoto partidario de las riberas, las praderas y los paseos marítimos. Nada en mi vida ni en mi carácter me ha orientado nunca a las montañas, y antes de ese día, nunca había sentido la necesidad de subir una montaña.

«Tienes que subir una montaña, John». Recordaba, por supuesto, las palabras dichas por Wade en la Pradera. También recordaba aquella pequeña gacela o corza o cabra, quizá, que me señalaba con la pata en dirección a una montaña, el día de mi desgracia (así era como llamaba yo interiormente al día en que me amputaron la pierna).

Tienes que subir a una montaña.

Se me unió Rosana al cabo de un rato y me dijo: es una montaña impresionante, ¿verdad? Algún día tenemos que subirla. No parece muy difícil. Yo sabía que ella había subido montañas a menudo y le pregunté cómo podríamos subir aquella montaña sin cuerdas ni clavos ni esas cosas que suelen usar los alpinistas. No, no, me dijo ella, yo no soy alpinista, jamás me he encordado. Yo subo montañas andando. Hay muchos picos a los que se puede llegar a pie. Los alpinistas buscan la cara más difícil, dijo ella, los que caminamos buscamos la senda más fácil. Le pregunté cuánto calculaba que se tardaría en subir y bajar aquella montaña. Dos días para subir, me dijo, y dos para bajar. Quizá tres. Es difícil saberlo. Probablemente tres días para llegar hasta lo alto, aunque uno nunca sabe los rodeos que tendrá que dar. Puede haber cortadas, chimeneas, paredes que haya que rodear para buscar un camino accesible. Puede haber tormentas, lluvias, vientos fuertes, que retrasan la marcha. Entonces le dije: esa montaña soy yo. Ella pensó que estaba hablando metafóricamente. Pero seguramente la isla era un lugar donde las metáforas no eran toleradas. Sí, me dijo, yo también he tenido a menudo esa sensación en las montañas. Lo que pasa es que yo no me gusto a mí misma, y cuando pienso «esa montaña soy yo», pienso que voy a subir hasta lo alto y la voy a conquistar para siempre. Yo tampoco me gusto a mí mismo, le dije. Y tampoco sé si me gusta esa montaña. La verdad es que me da miedo, pero siento que me está llamando. Y siento que soy yo. La desconozco, la temo, pero soy yo. Por eso voy a subir hasta su cima.

Rosana me dijo que era una temeridad que quisiera subir yo solo, que necesitaría provisiones y agua y que tanto peso me dificultaría todavía más la marcha, y me pidió que esperara unos días para preparar mejor la expedición y acompañarme. Pero yo no quería que me acompañara nadie. Le dije que era algo que debía hacer yo solo. Nos abrazamos en el momento de mi despedida, y los dos estábamos llorando. Ella me dijo una vez más que no estuviera más de tres días subiendo, porque si no no tendría provisiones para regresar, y yo le dije que le agradecía que se preocupara por mí, pero que no me pasaría nada. Y que si no volvía, tampoco se habría perdido mucho. Un compositor de tercera fila que muere perdido en unas montañas, en una isla perdida en el océano. Esto último no lo dije en voz alta, pero era lo que pensaba en realidad.

Como para compensar la ausencia de nubes en la cumbre del volcán, los valles

aparecían esa mañana llenos de niebla. Crestas cubiertas de pinos surgían de las embravecidas olas espumeantes del pálido mar inmóvil que inundaba el valle. De modo que cuando me despedí de mis compañeros, que marchaban a buscar a los niños, les vi a todos descender por la verde ladera e irse hundiendo en la masa de niebla. Era un espectáculo extraño ver cómo iban desapareciendo uno tras otro. Rosana no se volvió a mirarme. Syra sí lo hizo, me sonrió y me saludó con la mano. Cuando todos desaparecieron en la niebla empuñé mi cayado y comencé a caminar ladera arriba.

Mi ascenso al volcán

Llevaba provisiones para seis días y agua para dos días, suponiendo que en el camino encontraría abundantes arroyos, y que podría rellenar las botellas varias veces. Sophie me regaló un chal grande de lana blanca que me coloqué sobre los hombros por encima de las correas de la mochila, Leverkusen un cortaplumas y Rosana un par de calcetines limpios y una caja casi llena de tiritas, uno de los artículos más codiciados por los caminantes, cuyos pies acaban siempre llenos de ampollas y rozaduras.

Durante la primera mañana no tuve en ningún momento la sensación de estar ascendiendo a ningún lugar, sino más bien de estar salvando obstáculos naturales. Ríos, barrancos, lodazales, estanques, despeñaderos de roca. Me sorprendía la cantidad de estanques de intenso color verde, atestados de mosquitos, cucarrones de agua y libélulas grises que había por aquella región. La vegetación y la calidad del aire cambiaban a medida que ascendía. El territorio se hizo muy rocoso y pedregoso. El camino, o bien la rambla de desagüe de la vertiente por la que caminaba, que en aquellos andurriales pasaba por camino, discurría por entre dos inmensos mogotes de piedra rojiza y tuve la sensación, al rebasarlos, de haber cruzado una puerta que se abría a un mundo nuevo dominado por cañones de roca, cauces de antiguos ríos de lava y avalanchas volcánicas llenas de tefra. También la flora cambiaba. Había arbustos retorcidos y leñosos cubiertos de líquenes grises de una especie como no había visto nunca en la isla, y también un árbol extraño que me recordaba a los baobabs por su tronco monstruosamente hinchado. El primero apareció en lo alto de un repecho de roca, como un centinela extraordinario. No tenía ramas como los baobabs, sino que estaba coronado por una especie de tentáculos al extremo de los cuales brotaban preciosas flores rosadas que capturaban la luz del sol y olían (cuando pude olerlas) a mandarina y a rosa. Eran adeniums, una planta que uno encuentra a veces en las floristerías de América y que suele cultivarse como bonsái. Los que había por allí alcanzaban más de tres metros de altura y tenían dimensiones arbóreas.

Ahora iba avanzando por el cauce de un río seco. Transcurría entre elevadas paredes de roca que iban creando cuevas sombreadas en la parte inferior. Aquí y allá crecían adeniums de troncos hinchados, siempre coronados de flores rosadas. Entre las piedras corrían lagartos del mismo color gilvo o melado que las piedras. El sol me castigaba, pero la brisa era fresca y el aire más limpio que en la costa y en las selvas del interior. Yo observaba las cuevas que había a ambos lados, poseído por la incómoda sensación de que estaban habitadas.

El desfiladero se fue desvaneciendo a ambos lados hasta dejarme en la base de un inclinado canchal de piedras y rocas sueltas que ascendía hacia el volcán sacudido por una brisa constante. Me senté en una roca redondeada a descansar y a comer un poco. Entre las rocas de piedra pómez que había a mis pies vi salir una enorme

escolopendra negra con cientos de patas ondulantes. Me aparté instintivamente, temiendo la mordedura venenosa de sus forcípulas, pero el animalejo se alejó de mí y volvió a esconderse enseguida. Yo sabía que las escolopendras, como su variedad más pequeña, el ciempiés, son depredadores que inyectan veneno en su picadura. Me puse a mover las piedras que tenía cerca con la punta de mi cayado, temblando de asco y de miedo, pero no aparecieron más miriápodos.

El terreno cambiaba. Descendía. Luego ascendía de nuevo. Llegué a una especie de meseta de rocas y piedras blancas, rosadas y ocre, aunque seguía teniendo frente a mí la cumbre del volcán hacia el que me dirigía. Luego descendí y el volcán desapareció, y ascendí una montaña y volví a ver el volcán y luego descendí y había otra montaña ante mí y el volcán desapareció, y comencé a desesperarme, porque ascendía una montaña y descendía y siempre había otra montaña frente a mí. Esa tarde, cuando ya estaba agotado y listo para buscar un buen lugar donde pasar la noche, llegué a un valle muy bonito flanqueado de cóncavas paredes de roca, por el que corría un arroyo entre piedras, y el agua se reflejaba en las rocas cóncavas creando reflejos azules y verdes, móviles y ondulantes como fantasías o espejismos. En las partes más profundas del riachuelo se veían ondulantes ovas, algas y berros sumergidos. Me parecía ver rostros de niños en el fondo de las aguas oscuras. Rostros que hablaban, que reían, que lloraban. De pronto, observando las aguas, creí ver una ondina que nadaba por debajo de la brillante cobertura de berros en flor. Pensé en una niña desnuda, pero al acercarme afanosamente a las aguas vi que se trataba de una salamandra gigante, un animal de más de un metro de longitud, cuya moteada piel color carne parecía como de cuero mal curtido. El animal flotaba por entre los tallos sumergidos e investigaba las ondulantes algas del fondo en busca, supongo, de huevos de insecto, larvas de anfibio y pequeños crustáceos. Tenía una cabeza desproporcionadamente grande y una cola larga y gruesa, y flotaba perpendicular por encima de su sombra, suspendido en su mundo de luz azul y arena esmeralda, totalmente ignorante de las grandes cuestiones que preocupan a la humanidad. La envidié y también pensé si sería comestible y si yo sería capaz de atraparla, pero cuando lo intenté, dio un coletazo y desapareció en las sombras de las plantas del agua como si fuera un espíritu.

Era aquél un valle serpenteante en el que crecían abundantes arbolitos rectos de hojas verdeamarillas, parecidos a los álamos, en lo alto de las cornisas de roca. También vi algunos áloes y más adeniums coronados de flores. La presencia de los áloes me recordó al sur de España, aunque aquéllos eran de una variedad más pequeña y con las gruesas hojas más estilizadas y las espinas blancas. Era aquél un paraje delicioso donde en otra época me habría encantado ir de pícnic con alguna amiga, una botella de vino y un libro de poemas. El agua corría muy extendida por las piedras blancas y era como un espejo negro adornado con gemas. Los álamos de hojas tiernas traían el encanto del idilio y del lugar secreto. Yo pensaba en caballeros y en vírgenes, en dragones y en unicornios. Los juegos del agua se reflejaban en las

cóncavas paredes de roca en misteriosos encantamientos y resplandores, siempre cambiantes y siempre en movimiento.

Al atardecer, busqué una cueva para pasar la noche. El diatrofismo intenso de la región y las paredes en desplome producían abundantes refugios, hornacinas, recovecos y abrigos, muchos de ellos con lecho de arena fina, que en aquel mundo calcáreo me parecía tan mullida y acogedora como un colchón de pluma. Instalé el campamento en una hornacina de la pared de roca, hice un pequeño fuego para calentarme y alejar a los animales y después de cenar me acosté y sentí, para mi sorpresa agradecida, que el deseo de dormir me hacía cerrar los párpados. No sé cuántos días llevaba sin dormir y sin desear dormir. Nada más cerrar los ojos vi tres unicornios blancos cabalgando uno tras otro entre altas flores amarillas y comprendí, un segundo antes de perder la consciencia, que ya estaba soñando.

Me desperté poco antes del alba a causa del chillido de un pájaro. Lo vi enseguida, enhiesto sobre una roca, al pie de un adenium, picoteando en el suelo. Era un estornino, una especie corriente en la zona. Luego vi otros más. Eran pájaros de tamaño mediano, de pico color amarillo huevo y un plumaje negro espolvoreado de manchitas blancas y dotado de reflejos de un color que era al mismo tiempo verde y morado. Pensé en la posibilidad de cazar alguno para comérmelo, pero no sabía cómo hacerlo.

Cuando salí de mi covacha y miré hacia las alturas comprobé que la cumbre había aparecido de nuevo cubierta por las nubes. No me pareció que estuviera mucho más cerca que cuando comencé la ascensión, y me pregunté si no sería aquella montaña otro de los extraños juegos de la isla, uno de esos en los que uno sube y sube y jamás llega a ningún sitio.

La ascensión, me dije, es como el recuerdo.

Uno no sube hacia el futuro, sino hacia el pasado.

La ascensión es como un descenso.

Ascender es desprenderse. Ascender es renunciar.

Aquél era mi segundo día de viaje, pero era evidente que no lograría llegar a lo alto del volcán en esa jornada ni probablemente en la siguiente. El valle se cerraba en el fondo en una U que se concretaba en una empinada ladera de roca por la que el río caía en forma de cascada escalonada o escorrentía que iba erosionando las rocas. Volver sobre mis pasos habría supuesto un retraso intolerable, de modo que me puse a ascender la pared de roca por donde caía la cascada. En las hornacinas húmedas de liquen había charcos de agua verde, tibia como caldo, en los que bullían renacuajos. Luego encontré una cornisa por la que se podía seguir caminando, que ascendía oblicuamente entre áloes perfumados y que, unos doscientos metros más arriba, se adelgazaba hasta un achar que permitía, con cierta incomodidad, rebasar la cresta.

A partir de allí, el terreno se hacía muy irregular y a veces me costaba decidir cuál sería la ruta mejor, ya que los pasos practicables entre las rocas parecían desviarme en exceso de mi objetivo y me veía forzado a dar rodeos.

Llegué a una zona árida y sin vegetación recorrida de ásperos vientos en la que sólo había escolopendras y lagartos. Todo lo que podía ver a mi alrededor eran montañas violáceas recogidas en ondulantes pliegues y, sobre todo, profundos cañones de roca. Yo no podía comprender cómo había tantos cañones y tan profundos. Parecían extenderse en todas direcciones hasta el horizonte, con paredes cortadas a pico e hilos de agua resplandeciendo en el fondo. Se veían muchos cuervos volando sobre los cañones, aunque quizá no fueran cuervos, sino aves mucho más grandes, quizá buitres o zopilotes.

Llegué a un valle colgado entre las montañas flanqueado de rocas calcáreas moldeadas y perforadas por las lluvias, en el que crecían aquí y allá áloes dispersos, adeniums y también un árbol extraño de tronco nervudo y espesa copa de hojas verdes y gruesas que identifiqué como un dragón, el árbol de la sangre del dragón. La aparición de aquella especie en aquellas latitudes me extrañó. Lo consideré una rareza, ya que yo relacionaba aquel árbol con las Islas Canarias (y también, por cierto, con el barniz mágico que Stradivarius usaba para sus violines), pero enseguida vi otro, y otro más, y al cabo de un rato me encontré rodeado de un verdadero bosque de dragos.

Las especies arbóreas de la zona no dejaban de sorprenderme. Justo cuando yo pensaba que había rebasado la línea de la vegetación, el paisaje se llenaba de una flora nueva e inesperada. Además de dragos y de áloes crecían por aquellos valles árboles de la mirra, cuyas hojas tenían un sabor amargo y dulce a la vez, y también unos árboles de apariencia salvaje y extraña dotados de ramas erizadas que salían en todas direcciones y cuya corteza, que me recordaba a la piel de la cebolla, tenía un intenso sabor a incienso. Se trataba precisamente de boswellias, el árbol del incienso.

Incienso, mirra, sangre de dragón, áloe. El aire se perfumaba de aromas sabeos.

Llegué a una zona de elevados alcores desde los cuales se disfrutaba de una amplia visión de la isla, el confuso y laberíntico mundo de montañas por el que llevaba días internándome, pero también el verde de las selvas que comenzaban a lo lejos, mucho más abajo. En la distancia se veía con claridad el perfil de la costa este de la isla, una zona totalmente desconocida para nosotros, y luego la inmensidad del mar.

A mi izquierda se abría ahora un espectacular cañón de roca violeta y magenta, quizá el más amplio y profundo que había encontrado hasta entonces. Por el fondo corría un río color verde guisante, tan fino y retorcido como un vaso sanguíneo, cuyas curvas delicadas iban siguiendo el dibujo de los inmensos farallones. Los repliegues y faldones verticales de las paredes del cañón creaban intrigantes juegos de sombras superpuestas hacia el este y se iban inundando de luz dorada hacia el oeste. Las nubes sueltas que flotaban en el cielo moviéndose lentamente hacia el este ponían óvalos o verticales manchas de sombra sobre el paisaje. En el abismo que se abría a mi izquierda había puntas de roca aisladas que formaban algo así como elevadas mesetas flotantes, parecidas a las «mesas» de Monument Valley o a los tepuyes de la selva

venezolana, aunque mucho más finas y estilizadas, en las que crecían a veces pequeñas florestas de dragos suspendidas sobre el vacío en las que ponían sus nidos los buitres. Al contemplar aquellas islas del aire sostenidas por largas agujas de roca sentía el vértigo en las entrañas, una sensación que me producía una mezcla de repulsión y de placer. Me imaginaba vivir allí, en una de aquellas mesas, algunas del tamaño de una habitación, otras, las más grandes, del tamaño de un campo de tenis. Me imaginaba cómo sería asomarse al borde y dejarse caer en medio de aquel paisaje del fin del mundo y caer, caer, hasta estrellarse en las rocas del fondo. Me imaginaba el sonido lejano y casi indistinguible que provocaría mi cuerpo al estrellarse en el fondo, y el modo en que la majestuosa indiferencia del mundo recibiría aquel despeñamiento anónimo como un episodio más de su vida de roca, de luz y de fuerza. Las aves descenderían para alimentarse de mi cuerpo, y de este modo yo regresaría, en carne y sangre, a los tepuyes, a las altas crestas, a los cielos.

Llegó la tarde. Encontré una zona bien resguardada del viento donde crecían dragos y boswellias, y mirando hacia arriba vi un búlder rocoso tras el cual descubrí una pequeña cueva de paredes y suelo lisos, apenas un abrigo cóncavo y acogedor entre las rocas, ideal para pasar la noche. Hice un fuego a la entrada de mi nuevo hogar y comí la ración que me correspondía y luego una ración más, porque estaba hambriento.

Sufro un accidente

La mañana del tercer día fui testigo de un espectáculo asombroso. Me desperté cuando amanecía y vi que el manto de nubes que cubría siempre la cima de la montaña había desaparecido de nuevo. Ahora veía con claridad el perfil de la cima y me daba cuenta de que, en efecto, se trataba de un volcán, y que en el interior debía de haber un cráter muy grande.

Los pensamientos suicidas del día anterior, mis fantasías de dejarme caer por un barranco de mil metros, me habían abandonado. Me sentía de excelente humor y lleno de energías. Tenía el cuerpo dolorido, es cierto. La pierna izquierda me dolía mucho y también la parte baja de la espalda. En cuanto al pie derecho, lo tenía lleno de llagas y heridas, y me lo curé aplicando sangre de dragón en las heridas, por el recuerdo de haber leído en algún sitio que aquella savia había sido utilizada por árabes y romanos por sus propiedades curativas. Apenas me escoció, pero al cabo de unos cinco minutos de aplicármela comencé a sentirme mucho más aliviado. Me dije que sería útil llevar conmigo algo de aquella sustancia medicinal y gasté la primera parte de la mañana en extraer savia de los dragos que crecían un poco más abajo con el cortaplumas que me había regalado Leverkusen, a fin de guardar la mayor cantidad posible de aquella sustancia pegajosa.

Estaba engolfado en esta curiosa ocupación, hiriendo la corteza con el cortaplumas, extrayendo savia roja de los troncos de los dragos y guardándola en uno de los cocos partidos que usaba para beber de los arroyos, cuando de pronto sentí algo parecido a una cuchillada en el pie derecho. Grité y dejé caer el coco al suelo. Me volví a mirar y vi una escolopendra que se deslizaba entre las piedras. Acababa de clavarme sus forcípulas en el talón, inyectándome una doble dosis de veneno. Grité de furia e insulté al animal por atacar el único pie sano que me quedaba. El dolor era intenso, y no haría sino aumentar en las horas siguientes. Apliqué sangre de dragón a las heridas e intenté convencerme de que el bálsamo me proporcionaba alivio, aunque al cabo de una media hora aparecieron edemas en ambas picaduras, lo cual hacía la aplicación de la savia cada vez más difícil y dolorosa.

Regresé a la cueva donde había pasado la noche, recogí mis cosas y me puse en marcha. Me pareció que había seres que se movían entre los troncos de los dragos. Parecían niños y niñas vestidos con ropas de flores. Tenían la cara pintada de negro y los labios pintados de colores. Dios mío, ¿es que la picadura de la escolopendra me estaba produciendo alucinaciones? Cuando me fijaba bien, los niños desaparecían.

El dolor de los edemas era ahora abrasador, aunque me parecía que la cumbre estaba muy cerca y que con un esfuerzo de un par de horas lograría al fin llegar al cráter del volcán. Ahora veía caras y formas humanas por doquier. Las veía en las rocas, en los troncos de los dragos con los que me cruzaba, en la corteza quebradiza

de los árboles de la mirra, incluso en las nubes. Rostros grandes y melancólicos me miraban desde las nubes, sonreían, lloraban. Otros fruncían el ceño y abrían la boca para advertirme. Unos me maldecían. Una mujer me gritaba. Un joven soplaba con los carrillos llenos, como impulsando una nube-carabela sobre una vasta extensión dorada. A veces me descubría mirándome con insistencia la mano derecha, como si las líneas de la mano fueran un mapa. A veces me daba la impresión de que podía ver a través de la mano, como si mi mano fuera en realidad una lente.

La pendiente era ahora pronunciada y continua. La brisa era fresca incluso a pleno sol, pero yo sudaba como un condenado a causa del esfuerzo. El cayado me resultaba de gran utilidad, y me daba cuenta de que no habría podido llegar tan lejos de no haberlo tenido. Ahora me apoyaba en él con fervor, casi con furia. Comenzaba a presentir que tampoco aquel tercer día iba a ser capaz de alcanzar la cima del volcán tal y como me había propuesto, y el mero pensamiento de un fracaso me ponía furioso. Pero el dolor del pie derecho iba en aumento, y cada paso que daba era una tortura. Ahora sentía espasmos musculares en la pierna derecha. De vez en cuando me detenía para untarme con savia de drago, pero veía que las mordeduras se iban poniendo rojas y me temía que de seguir así acabaría por declararse la necrosis. ¿Qué haría entonces, con un pie cortado y el otro necrosado? ¿No sería lo más sensato dar la vuelta y regresar antes de que fuera demasiado tarde? Pero mi determinación de llegar a la cumbre era inquebrantable. Inquebrantable y suicida, me diréis. Inquebrantable y estúpida. Es posible. Uno no puede decidir a quién ama ni con quién sueña, pero a veces es posible decidir la propia muerte.

En la montaña, como en la vida, uno es la víctima de sus propias decisiones. Haber tomado la senda de la izquierda o la de la derecha, buscar el atajo o dar un rodeo, determina los peligros que uno irá encontrando. Sobre todo cuando el caminante carece por completo de experiencia, como era mi caso.

Durante varias horas avancé por una cornisa muy estrecha que corría paralela al abismo. No sé cómo acabé allí ni tampoco cómo al encontrarme en aquella angostura no decidí dar media vuelta e intentar el ascenso por un lugar menos peligroso. La cornisa comenzaba como un camino bastante ancho y cómodo que parecía ir rodeando la montaña, pero poco a poco la inclinación de la pared se hizo más acusada y el camino se hizo más estrecho hasta que terminó por convertirse en una cornisa de menos de medio metro de anchura, con una caída al vacío casi vertical, por la que vuestro amigo avanzaba cojeando penosamente con su pierna de palo, su cayado y su pie edematoso lleno de veneno. Creo que todo el rato pensaba que si el camino se hacía demasiado estrecho o demasiado inseguro (había muchas rocas sueltas, y a veces tenía que tantear las rocas con el cayado antes de pisarlas para asegurarme de que no se soltarían) retrocedería, pero el camino se estrechaba cada vez más y las rocas estaban sueltas y muchas veces se desprendían y caían al abismo, y a pesar de todo yo continuaba, como si detenerme me resultara imposible. Era como si el vértigo y el miedo a morir que sentía, en vez de paralizarme, me exaltaran.

Más tarde me he preguntado cómo podía existir un camino así. No podía ser un camino artificial, tallado en la roca quién sabe cuánto tiempo atrás, ya que se encontraba en una zona casi inaccesible de una montaña abandonada y por la que no había, ni seguramente había habido nunca, tráfico ninguno. No podía ser un camino hecho por los hombres, o por el paso de hombres y bestias. Tenía que ser una formación natural, un reborde que recorría la falda de la montaña en una zona donde ésta era casi vertical, seguramente el borde superior de una inmensa laja de roca.

Me preguntaba qué sucedería si el reborde por el que avanzaba se hacía todavía más estrecho, o si quedaba cortado por un desnivel ascendente o descendente que me fuera imposible de superar. Una voz me decía que me diera la vuelta, que si seguía avanzando por aquella ínfima cornisa suspendida sobre el vacío acabaría por matarme, pero la fuerza que me había llevado hasta allí seguía impulsándome. Llegó un momento en que el reborde por el que avanzaba era tan estrecho que tuve que hacer lo que tanto me había temido: tuve que ponerme pegado a la pared de roca y avanzar de lado, moviendo un pie y luego el otro, ya que no había anchura suficiente para caminar de frente. El reborde era ahora tan estrecho que las puntas de mis zapatos sobresalían sobre el vacío.

Intentaba no mirar hacia abajo, pero al mismo tiempo me resultaba imposible no hacerlo. Era aquél el lugar más hermoso del mundo. Ni siquiera el terror y el vértigo que sentía lograban mitigar la sensación de la belleza de aquel lugar. Estaba por encima de las nubes, alguna de las cuales flotaban sobre los barrancos, cañones y quebradas que me rodeaban, moviéndose lentamente hacia el nordeste.

Desde allí se veía gran parte de la isla. Me maravillaba encontrarme en un lugar desde el que podía contemplarla, si no en su totalidad, ya que la montaña por la que ascendía me impedía ver todo el lado occidental, sí de un extremo al otro, desde el océano del norte al océano del sur. Me maravillaba que fuera posible verla entera, abarcarla de una sola mirada. Veía también a los buitres volando por debajo de mí con sus alones pardos extendidos, oteando posibles presas en los valles y en el fondo de los cañones, y me dije que si aquellos animales enormes se decidían a atacarme, con sólo el roce de una de sus alas perdería el pie y caería al abismo. En lo alto, como surgiendo de la invisible cumbre, vi la nube blanca moviéndose lentamente, como un nenúfar blanco a la deriva en el inmenso estanque del cielo. Su movimiento no seguía el de las otras nubes, quizá debido a que se hallaba a mucha más altura. Estaba por encima de mí, pero no mucho más alta, me pareció, del punto donde yo me encontraba. Parecía estar realizando un viaje de reconocimiento por encima de la isla. Giró, siguiendo la forma del despeñadero y pasó por encima de mí y enseguida la perdí de vista a causa del desplome de la ladera.

El movimiento de la nube en lo alto, el movimiento de los buitres que planeaban sobre el valle con sus grandes alas extendidas, el movimiento de las sombras de las nubes sobre el paisaje, el movimiento de los ríos hacia la llanura y hacia el mar, el giro pausado del planeta. Movimientos que sucedían todos a la vez y eran, sin

embargo, totalmente independientes unos de otros. Un concierto de voces pero una composición musical ausente. Heterofonía. Voces que suenan al mismo tiempo, sin verdadera relación entre sí. Había una desolada belleza en todo ello. Una belleza extraña que no solemos atrevernos a considerar, la belleza de lo que está ahí quién sabe por qué, la belleza de la vastedad de las cosas y también de su indiferencia, la belleza de la inmensidad anónima del mundo.

Creo que jamás había sentido de forma tan salvaje y pura la soledad. Recordé la sensación de Robinson cuando asciende a una altura y contempla por primera vez su isla. Me poseía esa especie de frenesí que debe ser común a los suicidas y a los santos. La sensación de haber llegado a un límite, eso que nunca sentimos en la vida y que siempre buscamos oscuramente. La sensación de la verdad, de vivir verdaderamente y de estar verdaderamente allí donde estamos y de *ser* verdaderamente, y de experimentar la existencia como la existencia debería ser, como sospechamos alguna vez que debería ser. Una sensación de águilas y de tiempo, de celebración y de vacío.

Esplendor, sensación de estar vivo. Por fin, por fin experimentar la existencia, por fin poder decir: soy yo, soy Juan Barbarín, y estoy aquí, y estoy vivo.

Grité al vacío que estaba vivo, y grité mi nombre, y nada en el vasto paisaje se conmovió de ningún modo. Mi grito de plenitud fue acogido por el mundo con serena aquiescencia.

Continué caminando por la cornisa durante mucho tiempo, no sabría decir cuánto. A mí me parecieron horas, pero es posible que fueran sólo treinta o cuarenta minutos más, porque el peligro y el miedo deforman nuestra sensación del tiempo. Llegó un momento en que el paso se hizo más ancho y pude seguir caminando de frente, poniendo un pie frente a otro y me di cuenta de que lo peor había quedado atrás y que había logrado superar el paso peligroso. La pared casi vertical que llevaba quién sabe cuánto tiempo rodeando se terminó. De nuevo pude acceder a una ladera por la que era posible ascender caminando. Al verme fuera de peligro, caí de rodillas sobre el suelo y di gracias a los poderes que me habían llevado hasta allí. No sé con quién hablaba ni a quién le daba gracias. No lo recuerdo.

Me encontraba en un canchal de rocas sueltas por el que el ascenso no era fácil, pero a mí me parecía cómodo como una avenida en una ciudad después de la cornisa estrecha por la que había llegado hasta allí.

La pendiente era bastante pronunciada, una cuesta de tierra morada salpicada de tefra, lágrimas de lava petrificadas en el aire millones de años atrás. Se habían creado en un día, durante una violenta explosión de lava y de rocas, y seguían en su lugar a través de los millones de años, y así seguirían, inmóviles en su lugar, durante millones de años más.

Alcancé la otra vertiente de la cresta por la que ascendía y pude comenzar a contemplar los valles y quebradas del lado occidental de la isla. La isla era más pequeña por este lado, y vi hacia el sur una amplia península que, supuse, era donde

vivían los *Insiders* y donde se encontraba la Central. Vi una manchita blanca cerca de la costa, y supuse que aquello era Likkendala City.

La pendiente caía en derrota, casi vertical, en dirección a unas rocas de esas que suelen llamarse «chimeneas de las hadas», y que son creadas por la erosión del viento. Fue entonces cuando sucedió. Ya me había caído otras veces, pero nunca había experimentado una caída como aquélla. Supongo que tropecé con una piedra por no mirar con atención o que pisé con demasiada confianza una laja desprendida. De pronto mis piernas fallaron y me encontré volando por los aires y luego aterrizando dolorosamente sobre mis cuartos traseros y cayendo pendiente abajo. Caía y caía por una pendiente que me parecía casi vertical, compuesta por tierra y guijarros que caían conmigo levantando nubes de polvo violeta y sin poder agarrarme a ningún lado para detener mi caída. Veía confusamente que me acercaba a un abismo y me esforzaba por incorporarme y mirar hacia abajo para ver dónde podría agarrarme a fin de no ser arrojado al vacío y despeñarme. Vi que el terraplén terminaba en las erectas «chimeneas de las hadas» que acababa de admirar desde arriba, cada una coronada por su piedra suelta, y que más allá se veía el paisaje del valle en una caída libre de mil o dos mil metros. Pensé que iba a morir, y todavía seguía intentando agarrarme a algún sitio sin lograrlo. Finalmente, llegué a las rocas. No sabía cómo protegerme del impacto. Iba cayendo con las piernas por delante, que mantenía ligeramente dobladas. El choque con las rocas lo recibieron, pues los pies y las piernas. Sentí un violento tirón en la pierna izquierda, y noté que las correas que unían la pierna de madera al muñón se soltaban con fuerza y que la pierna de madera salía volando. Era como si verdaderamente me hubieran arrancado uno de mis miembros, aunque no había ninguna sensación de dolor. Vi cómo la pierna de madera saltaba por los aires, pasaba por entre dos «chimeneas de las hadas» y caía por las rocas. En el silencio que siguió la oí rebotar un par de veces más en las rocas, ladera abajo. No sé dónde cayó exactamente. A lo mejor sólo estaba a unas decenas de metros por debajo del lugar donde yo me encontraba, pero descender por aquel abismo con sólo una pierna y sin siquiera una soga para poder asegurarme hubiera sido un acto suicida. Era más que probable, por otra parte, que se hubiera destrozado en la caída. De modo que mi pierna izquierda había desaparecido, y ahora yo era un inválido perdido en mitad de la montaña.

Evalué rápidamente mi situación. Mi mochila seguía sobre mis hombros y había servido además para amortiguar posibles golpes en la cabeza y en la espalda. Me había dado un golpe tremendo en el coxis, tenía las manos desolladas y ensangrentadas por mis esfuerzos de frenarme durante el resbalamiento y la pierna derecha llena de arañazos, pero no tenía ningún hueso roto. La piel de los edemas de la picadura de la escolopendra no se había roto, como yo temía. Me incorporé ligeramente para contemplar mi situación, apoyándome en las manos y levantando el torso hasta poder poner en el suelo el pie derecho e impulsarme con él hacia arriba, y pude comprobar que más allá de las rocas y las «chimeneas de las hadas» que me

habían detenido en mi descenso, se abría un abismo casi vertical. La pierna de madera estaba perdida.

Me volví a mirar el terraplén por el que había caído. Podría tener muy bien unos cien metros de caída, y me pregunté cómo diablos iba a poder subir por allí, dado que eran todo tierra y guijarros y no había puntos en los que apoyarse.

Grité de furia. Dije palabrotas, las peores que conocía en español y en inglés y luego en español de nuevo. Le grité a la isla. Le grité al Pohjola. Llamé a Wade a gritos. No había ninguna respuesta. Por encima de mí, los buitres volaban en círculos en busca de carroñas. El aire silbaba. Llamé a la nube. Llamé a Omé, el gigante azul. Le grité a Dios. Le dije cosas horribles, yo que jamás he creído en ningún Dios, pero a pesar de todo le grité a Dios, como si Dios fuera alguien y pudiera oírme.

Luego, con la garganta ronca de tanto gritar, temblando, sin aliento, decidí que si no intentaba salir de allí me vería sorprendido por la noche. Me di la vuelta y me enfrenté a la larga pendiente de guijarros. Curiosamente, y en contra de lo que había esperado, ascender por allí no resultaba muy difícil. Avanzaba con cuatro miembros, apoyando los antebrazos, la rodilla derecha y el muñón izquierdo y dejándome caer sobre el abdomen cuando me resbalaba a fin de apoyar la mayor cantidad posible de superficie corporal y detener la caída. Pero con tan poca inercia, cuando resbalaba y caía, apenas descendía unos metros. Y todo el rato seguía repitiendo insultos e inventando nuevos insultos. A veces lloraba de desesperación. A veces me reía, y las carcajadas me sacudían con tanta fuerza que tenía que dejarme caer al suelo y esperar a tranquilizarme, y luego volvía a ponerme a cuatro patas y a ascender y a soltar insultos a todo, a Pohjola, a Lewellyn, a Marianne, a Kunze, a Omé, a la isla, a la nube, a Dios, a la India, a Rishikesh, a los Estados Unidos de América, a Pierre Boulez, a Theodor W. Adorno, a los Cursos de Darmstadt, al serialismo integral, a las jotas, a la tuna, a España, a todas las cosas que he odiado en mi vida.

Logré llegar a lo alto de la rampa cuando se hacía de noche. Mi cayado estaba allá arriba, en el lugar donde yo había resbalado y caído. Me abracé a él como si se tratara de un viejo amigo. Avancé todavía a cuatro patas unos metros para apartarme de la peligrosa pendiente, y luego me incorporé con dificultad, apoyándome en el cayado y en mi dolorido pie derecho. El dolor que me causaba estar de pie era tal que me temblaba todo el cuerpo.

Estaba agotado y dolorido, pero tenía que buscar un lugar para pasar la noche. Avancé penosamente por entre las rocas, siempre hacia arriba. Olía a agua y a árboles del incienso y olía a hierba. Ya era casi noche cerrada cuando descubrí el brillo del agua de un pequeño estanque entre las rocas. Me maravillaba que a tanta altura y ya tan cerca (o al menos eso creía yo) de la cumbre del volcán, el agua pudiera brotar de la tierra de aquel modo. Por un momento pensé que se trataría de una poza mefítica llena de agua de lluvia estancada, pero olía a agua limpia. Había grandes rocas planas alrededor del estanque. Todavía conservaban el calor del sol. Me arrodillé al borde del agua, llené las botellas y bebí golosamente el agua fría, que tenía un ligero sabor

mineral. Busqué un lugar con hierba cerca de las rocas. Me tendí en el suelo y me unté una vez más la picadura de la escolopendra con resina de drago. Estaba cada vez más espesa, y calculaba que al día siguiente estaría sólida y ya no podría utilizarla. El dolor no disminuía, y los edemas habían crecido de tamaño. Yo sentía el veneno circulando dentro de mi sangre, alcanzando el corazón, subiendo hasta el cerebro, deslizándose por las venas y por el sistema nervioso. No creía que el veneno de la escolopendra pudiera matarme, y tampoco parecía posible que después de tantas horas pudiera producirme parálisis, pero tenía convulsiones y me sentía muy mal, con fiebre, con frío. Estaba asustado, tanto que pensé en la posibilidad de rezar. Pero ¿a quién podría yo rezar?

Me acurruqué en el suelo, me cubrí como pude con el chal y a pesar de mis dolores y del frío y del miedo que sentía, enseguida me quedé dormido. Estuve toda la noche soñando con Cristina y con caballos blancos y con ciervos que entraban y salían de una casa muy grande que no tenía puertas.

75

Sacerdotisas

A la mañana siguiente me despertó el rumor distante de unas voces. Eran voces de mujer, y cantaban una melodía que parecía canto gregoriano. Creo que estuve un rato escuchando las voces en mi cabeza sin acabar de despertarme y sin acabar de comprender lo extraño que resultaba estar oyendo aquello en el lugar y en la situación en que me encontraba. De pronto abrí los ojos y ya estaba completamente despierto, y las voces seguían sonando a lo lejos.

Me rodeaban matas de helechos cobrizos, brillantes de rocío. Por encima de mí, el cielo estaba azul. A la izquierda había una roca redondeada. Tenía frío y me dolían los huesos y las heridas de la noche anterior. Instintivamente busqué mi pierna de madera para ponérmela, y entonces recordé que ya no la tenía. El tobillo derecho seguía muy hinchado y tenía mal aspecto. Alrededor de la picadura, las marcas rojas habían aumentado de tamaño. A mí me recordaban a las marcas dejadas por la gangrena, aunque suponía que la pierna no podía gangrenarse sólo por una picadura. Me senté en el suelo, respirando profundamente para intentar combatir la sensación de terror. Luego me incorporé en la roca y me puse de pie. El estanque en el que había bebido la noche anterior estaba a unos treinta metros más abajo, un óvalo de agua que reflejaba el cielo entre grandes rocas redondeadas. Hacia la izquierda, por donde seguía descendiendo la pendiente de la montaña, tenía más campo de visión, pero aparecía todo invadido por la niebla. Entonces comprendí que lo que veía no era niebla, sino la nube que ocultaba siempre la cima de la montaña.

Las voces se oían ahora con más claridad. Cantaban una melodía gregoriana o una secuencia medieval que me recordaba a las del *Ordo Virtutum* de Hildegarda de Bingen. Parecía que las voces venían de más allá de las rocas que había por encima del estanque. Me quedé muy quieto con sólo la cabeza asomando por encima de los helechos, esperando. Al cabo de unos instantes, vi una cabeza aparecer entre las rocas, y luego otra, y otra más. Una hilera de mujeres venían caminando y cantando por entre las rocas. Caminaban en fila india e iban vestidas con túnicas color marrón oscuro recogidas en la cintura con sogas o cintos de cuero. Algunas eran rubias, otras castañas, otras morenas, y casi todas, con dos o tres excepciones, parecían occidentales. Algunas llevaban el cabello corto, pero otras mostraban largas cabelleras que les caían por los hombros. Llevaban algo colgando a la espalda, medio cubierto por sus cabellos y por las capuchas de sus ropas talaras, algo que en un principio no reconocí o que tomé por una pequeña mochila de cuero. Fui contándolas a medida que aparecían por entre las rocas e iban descendiendo en fila india en dirección al estanque. Eran doce.

Fueron descendiendo hasta llegar a la orilla del estanque, y una vez allí dejaron de cantar y comenzaron a quitarse la ropa. Casi todas llevaban mocasines de cuero o

sandalias, aunque algunas llevaban deportivos. Se descalzaron y luego se quitaron aquello que llevaban a la espalda y lo dejaron en el suelo, se desabrocharon los cinturones que ceñían sus túnicas y los cordones que las cerraban en el pecho y comenzaron a sacárselas por la cabeza. Estaban completamente desnudas bajo las túnicas, y pude comprobar entonces que eran de edades diferentes, quizá entre veinte y cincuenta años, aunque la mayoría de las mujeres debían de rondar los treinta. Los doce cuerpos desnudos eran muy diferentes entre sí, algunos esbeltos y sensuales, otros maduros y exuberantes, unos sólidos y marmóreos, otros voluptuosos y turgentes, unos pálidos, otros oscuros, unos hirsutos en el pubis y otros con apenas un rizo de vello vaporoso, pero todos me parecieron revestidos de una extraña dignidad y de una belleza atemporal como la que solemos identificar con los desnudos clásicos y las escenas de ninfas o de diosas. Los rostros apenas pude contemplarlos, porque nada más quedar desnudas las mujeres se pusieron todas en la cabeza aquellos objetos que traían colgando de la espalda, que no eran sino grandes máscaras wamani de madera adornada con conchas, cuernos, pelo y plumas que representaban rostros de animales monstruosos. Una vez todas se hubieron atado sus máscaras por detrás de la cabeza, la primera mujer, cuyo cuerpo esbelto y rosado yo había observado con admiración y quizá con asombro, comenzó a cantar de nuevo, y todas fueron entrando en el estanque hasta que el agua les cubrió por la cintura, y ahora sólo la primera mujer, que seguramente era su líder, cantaba mientras todas hundían las manos en el agua y luego se las llevaban a la frente, a la garganta, al centro del pecho, al estómago, al vientre, en lo que era seguramente un baño ritual.

Salomé.

Comprendí que lo que estaba viendo era otro más de los muchos espectáculos de la isla.

El sueño del conde Balasz.

El sueño del señor Pohjola.

«Todos somos formas de su sueño», había dicho Abraham Lewellyn.

«Son espectáculos creados por el señor Pohjola», había dicho Abraham.

El mundo entero es la materia de su sueño.

Me sentí engañado de nuevo. ¿Seré yo, me dije, la única persona real en esta isla de fantasmas y fantasmagorías? ¿Sería yo también parte del sueño de Pohjola como había insinuado Wade en mi último encuentro con él? Pensé que a lo mejor era cierto que los que subían a las montañas se volvían locos, y pensé que estas visiones que ahora aparecían ante mí, estas mujeres desnudas con los rostros cubiertos con máscaras primitivas, eran simplemente el síntoma de que estaba perdiendo la cabeza.

Quise gritar de desesperación y de rabia. Quizá grité, no lo sé. De pronto, la mujer que cantaba se quedó en silencio, y las otras once mujeres que estaban en el agua tenían todas vueltas las máscaras en mi dirección. Me habían oído, quizá me habían visto. No tenía sentido seguir allí escondido, de modo que decidí enfrentarme a las creaciones de mi propia imaginación. Me incorporé apoyándome trabajosamente en

el cayado y eché a caminar en dirección al estanque. Luego me detuve y ellas y yo nos observamos mutuamente. Durante unos instantes ni ellas ni yo hicimos ni dijimos nada. Algunas de las mujeres se cubrieron el pecho con un brazo, como hacen a veces las ninfas en las estatuas. Otras tenían los brazos caídos. Salomé me contemplaba sin cubrirse.

Eché a caminar de nuevo. Me costaba avanzar apoyado sólo en el bastón, y cuando estaba a unos diez metros de la orilla perdí el equilibrio y caí sobre la hierba dura y reseca. Me quedé en el suelo, semiincorporado y contemplando a las mujeres. Era terriblemente extraño que estuvieran desnudas y llevaran al mismo tiempo el rostro cubierto con aquellas máscaras adornadas con plumas, pelambreras y cornamentas. El efecto era de terror y de violencia. Un ser humano no parece humano si no podemos ver su rostro.

—¿Quiénes sois? —pregunté—. ¿Qué queréis de mí? Sé perfectamente que sois un sueño. ¿Podéis darme comida de los sueños? ¿Puedo yo también convertirme en un sueño como vosotras? ¿Es ésa la razón de que haya venido a esta isla, para convertirme en un sueño y vivir aquí una existencia irreal hasta el fin del mundo?

Ellas seguían mirándome paralizadas por la sorpresa. Entonces pensé con terror que había cometido una imprudencia, y que no cabía duda de que aquellas mujeres eran reales y bien reales, otro más de los muchos grupos de locos que habitaban la isla, quizá, al igual que los guerrilleros, un grupo del SIAR original, resultado de alguno de sus bizarros experimentos de conducta. Pensé en un grupo de monjas salvajes, viragos de las rocas que odiaban a los hombres y que ahora me atraparían y me convertirían, una vez más, en chivo expiatorio de sus obsesiones o de las leyes delirantes que se habían impuesto a sí mismas. Pero era demasiado tarde para huir, y además ellas eran muchas y yo un simple inválido al límite de sus fuerzas.

La mujer que había cantado, la que yo había identificado con la Salomé de los sueños del conde Balasz, comenzó a avanzar en dirección a la orilla, vadeando lentamente las aguas del estanque. Salió del agua sin hacer el menor intento por cubrir su cuerpo desnudo y se acercó a mí, observándome con fascinada curiosidad a través de las aberturas de su máscara salvaje. Se acercó a donde yo estaba y se arrodilló en la hierba frente a mí.

—Juan Barbarín —dijo en español—. ¡Qué delgado estás!

Entonces se quitó la máscara y pude ver su rostro. Su rostro inmenso como la superficie del sol. Su rostro, que se transparentaba y a través del cual yo veía escenas de otras vidas. Ella me miraba con un intenso gesto de compasión en sus ojos castaños. Me miraba con un rictus de profundo dolor en sus labios, tan intenso que pensé que se iba a echar a llorar. Y entonces vi, en efecto, que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Eres tú de verdad? —pregunté con voz ronca, porque me costaba hablar—. ¿No eres un sueño?

—No, no soy un sueño —dijo riendo y llorando al mismo tiempo.

—No es posible —dije—. No puedes ser tú.

—No soy un sueño. Mira —dijo, y me cogió la mano derecha y la llevó sobre el nacimiento de su pecho izquierdo—. ¿Sientes mi corazón?

—Sí.

Luego se llevó mi mano a los labios y la besó. Miré sus manos. No eran las mismas manos. Quiero decir que aunque eran las mismas manos, no me parecían las mismas manos. Los años habían pasado por aquellas manos como habían pasado por el resto de su cuerpo y ahora ella, por primera vez, ya no me parecía una niña. El aire de niña todavía no la había abandonado del todo, pero ahora ponía en su rostro y en sus ojos un aire de juventud y de ternura que me conmovían profundamente. Su madurez era su esplendor y no, como sucede con otras mujeres, el principio de su declive, precisamente por aquel aire de infancia o de adolescencia perpetua que la acompañaba y que nunca la abandonaría, aun cuando ella fuera una viejecita llena de arrugas.

—Cristina —dije—. ¿Eres tú de verdad?

—Sí, soy yo —dijo ella.

—Cristina Villar, mi Cristina, ¿qué estás haciendo aquí?

—Soy yo, Juan Barbarín, soy yo.

—¿No eres una visión? ¿No eres un sueño?

—No, no soy un sueño —dijo ella riendo—. Soy de carne y hueso. Soy de verdad.

Ella me miraba con una expresión de tristeza y de compasión que casi me asustaban. Le brillaban los ojos como si los tuviera llenos de lágrimas.

—Pero ¿qué estás tú haciendo aquí? —me preguntó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Es una larga historia —dije con voz temblorosa.

—¿Estás solo? —me preguntó. Las otras mujeres se habían ido acercando y me miraban con expresión de miedo y miraban también a su alrededor, como si temieran un ataque o una emboscada.

—Sí, estoy solo —dije—. He subido solo hasta aquí.

—¿No hay nadie más contigo?

—No, no hay nadie.

—Dios mío, Juan Barbarín —dijo Cristina viendo el muñón de mi pierna izquierda—. ¡Dios mío!

—Tenía una pierna de madera —dije—. La perdí mientras subía. Ayúdame, Cristina, ayúdame. Necesito ayuda.

Las lágrimas caían por mis mejillas, y temblaba tan violentamente que no era capaz de afianzarme sobre la pierna sana y el cayado para incorporarme. Los sollozos me sacudían. Después de ponerse la túnica, Cristina se arrodilló de nuevo a mi lado y tomó mi cabeza y la apoyó contra su pecho. Me decía que me tranquilizara con una voz tan dulce como agua corriendo por debajo de los sauces. Me hablaba, y su voz

sonaba como agua corriendo por debajo de los sauces, por fuera del tiempo. Como niños que caminan desnudos por entre arbustos tibios. Como niñas y adolescentes que llevaran pájaros en las manos y guirnaldas de flores de yuca en los cabellos. Como manzanas reflejadas en el agua. Como gotas de lluvia cayendo en un charco en un lugar apartado y silencioso.

Lluvia antigua de Madrid sobre las losas grises.

Hierba en los solares.

Un coche quemado en un solar.

Las margaritas. Las amapolas. El olor de la tierra mojada de las tormentas primaverales.

¡*Trixie*, vamos, *Trixie*!

¿Dónde se ha metido vuestro perrito?

¿Qué perrito?

Vuestro perrito. ¿Dónde se ha metido?

Trixie no es un perrito. Es una capibara.

Voces antiguas sonando en el umbral del sueño.

La lluvia en Madrid.

Una infancia en Madrid.

Tienes que aprender las cosas poco a poco. De nada sirve querer correr.

¡Juan Barbarín, estate quieto de una vez!

Vamos, bajad ya. La cena está en la mesa.

No debéis meteros en esas cuevas. Puede haber animales. Es peligroso.

¡Está muerto! ¡Está muerto!

¡Mamá!

¡Mamá!

¡Cristina!

Es sólo un sueño. Estabas soñando.

Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Estabas soñando.

Hay muchos, hay demasiados. Nadie podría con tantos.

Tranquilo, tranquilo. Primero uno, luego otro. Uno cada vez. Iremos poco a poco.

No voy a poder. No soy capaz. No voy a poder.

Pero abajo otra vez, y ahora desde arriba. Todos, todos juntos, con todas nuestras fuerzas. ¡Ahora! ¡Ahora!

¡Juan Barbarín!

No dejes las cosas fuera. ¿No ves que puede venir cualquiera y llevárselo?

¿Puedo besarte ahí?

Bésame donde quieras.

Quiero besarte en todas partes.

Puedes besarme donde quieras.

Llovió durante todo el fin de semana, y al comenzar el lunes volvió a salir el sol.

¿Sólo tomas Coca-Cola?

Bueno, una cerveza.

Quien dice una cerveza dice dos cervezas.

¿Tienes frío?

Yo siempre tengo frío. Mira mis manos. Mira mis pies. Siempre están fríos.

¿Por qué?

Juan Barbarín, ya has vuelto a hacerla.

Siempre igual. ¡Siempre igual, una y otra vez!

Es de locos. Es verdaderamente de locos. Yo es que no lo entiendo.

Yo tampoco lo entiendo. Es que es absurdo.

Es totalmente absurdo.

Totalmente absurdo.

Pero a ellos les da igual.

Ten cuidado. Mira antes de cruzar.

Mira dos veces a los dos lados.

Sí, mamá, sí.

A los dos lados.

Ya, ya, ya lo sé.

Estamos en Abril.

¿Ya estamos en Abril? No me digas.

Cómo pasa el tiempo, ¿verdad?

Antes para nosotros Valencia estaba muy lejos. Era un sitio exótico, con otro clima, otros olores, otros alimentos. Viajar a Valencia era casi como ir a otro país.

¡El aroma del azahar!

¡Y los jazmines! Por la noche, los jazmines.

Aquí no se puede dormir.

Mamá, me ha picado un mosquito.

¿Te pica?

Sí, me pica mucho. Dame Fenegrán.

Algunas veces era así, todo muy extraño y lleno de rabia, pero luego hacíamos las maletas, nos íbamos a otra ciudad y todo parecía comenzar de nuevo.

¡Está lleno de agua! ¡Ha llovido durante la noche!

Salid de ahí. Seguro que hay ratones. Salid de ahí.

Esa mujer está loca. Está en medio de la calle gritando. Alguien debería ir allí y apartarla. La va a atropellar un autobús. Es peligroso.

Llegaron durante la noche. Nos pillaron desprevenidos.

Otra vez, pero ahora haciendo las ligaduras como están escritas.

Cuidado con el sol sostenido. Con el tres, no con el dos.

Mozart es mi compositor favorito.

El mío es Brahms.

Brahms era alemán.

Está loca. La van a atropellar. Ha bebido. Está borracha.

Esto no volverá a repetirse.

Ven, ven a la cama conmigo.

No, no, esto no volverá a repetirse.

Te deseo. Te deseo tanto que podría matar.

Sol sostenido. Siempre tocas el sol natural.

Ligado, ligado. Fíjate bien. No te fijas.

¿Puedo besarte?

No se pide permiso para besar a una chica.

¿No?

No, la besas y ya está.

¿Y si ella no quiere?

Si ella no quiere te da un bofetón.

¿No es mejor preguntarle antes?

No.

Llueve.

¿Ya llueve?

Sí.

¡Ay, la ropa!

¿Está fuera?

Sí, está toda fuera.

Buenas noches, señoras, buenas noches a todas.

Buenas noches, buenas noches.

Vuelvan pronto.

Adiós, adiós.

Abre el paraguas.

Ya voy, ya voy.

¡Qué impaciencia!

La Universidad

Su rostro sobre mí. Rostro inmenso, inmenso pensamiento. Ojos inmensos, labios inmensos.

Juan Barbarín. La memoria lo inventa todo, la memoria lo destruye todo. Somos el producto de las invenciones y destrucciones de la memoria. Supervivientes de los naufragios de la imaginación. Productos fantasmales de la imaginación de los dioses.

Salomé, dime cuál es el misterio.

Sí, te lo diré. El misterio es la nube y lo que se esconde debajo de la nube.

Comprendo. La montaña soy yo...

Sí, la montaña eres tú, y la nube...

La montaña soy yo y la nube eres tú.

Tú y yo somos lo mismo, fragmentos...

Fragmentos de la imaginación de los dioses.

Hubo una vez, un día, en que los dos comenzamos, de pronto, a vernos el uno al otro como un reflejo transformado del otro. Ya no veíamos al otro, sino que nos veíamos a nosotros mismos en el otro. No es que viéramos en el otro nuestra propia imagen, sino que al ver la imagen del otro no nos parecía ver a otro, sino a nosotros mismos. Entonces comenzó la estación más álgida del amor. El apogeo y la plenitud del amor.

Salomé, Salomé...

Estoy aquí.

¿Dónde?

Aquí, detrás de ti.

No te veo.

Aquí, debajo de ti. Encima de ti. Alrededor de ti.

¿Por qué no te veo?

¿No ves un brillo, un brillo por encima de ti?

¿En el cristal?

Sí, un brillo en el cristal. Un brillo que resbala.

Sí, sí, lo veo. Gotas que brillan. Agua que resbala. Es la lluvia.

No, no es la lluvia.

¿No es la lluvia? Entonces ¿qué es?

Soy yo.

¿Tú eres la lluvia?

Tengo miedo de abrir los ojos.

Los abro poco a poco. Estoy solo en la montaña, solo entre las rocas. Me estoy muriendo de debilidad, de hambre, de sed. Mi conciencia parpadea, se va y luego regresa. Soy como un rescoldo que se apaga.

Un rescoldo en la imaginación de los dioses.

No te preocupes, yo estoy contigo.

¿Quién eres? ¿Eres Cristina?

Cristina murió.

No te creo.

Sí, murió hace tres años.

No es posible, yo acabo de verla. Está aquí. Acabo de verla.

Cristina está muerta. Murió por culpa tuya. Murió pensando en ti.

No, no es cierto. Ella me olvidó, me dejó atrás. Rehízo su vida, conoció a otro hombre.

Sólo somos fragmentos, fragmentos de sueños, sombras de fragmentos de sueños...

Abro los ojos. Estoy en una pequeña habitación de paredes encaladas, tumbado en una cama, cubierto con una manta de colores de estilo peruano. Hay una ventanita cuadrada en la pared a través de la cual entra la luz del día. Me parece que es la luz del atardecer, pero entonces, ¿qué ha pasado con el resto del día? ¿Cómo ha podido evaporarse así? Y sobre todo, ¿cuándo me he quedado dormido? Entonces recuerdo, recuerdo cómo Cristina, si es que se trata de Cristina, y las otras mujeres me trajeron hasta aquí, el largo túnel que atraviesa la pared de la montaña, la salida del túnel, la visión del cráter, los hombres que descienden con unas parihuelas de lona, los edificios blancos entre los pinos, las laderas del cráter cubiertas de coníferas. Creo recordar que me dieron algo de beber, una infusión caliente. Supongo que contendría alguna hierba calmante, o incluso un somnífero.

Estoy vestido con un pijama de algodón. Mi tobillo derecho está vendado y noto que huelo bien, a jabón de lavanda y a espliego y a abelmosco. Me han bañado, han curado mi herida, me han puesto un pijama y me han metido en esta cama para que descanse. No sé qué hora es, ni cuánto tiempo llevo durmiendo.

La habitación es muy sencilla. El suelo es de baldosas irregulares de tierra cocida. En el techo hay vigas paralelas de madera. Al lado de la cama veo una pequeña mesilla de madera pintada de verde claro sobre la cual hay un vaso con varias flores rosadas de adenium puestas en agua. Al fondo de la estancia hay un arcón de madera de pino bien lijada y pulida pero sin barnizar. En la pared, cerca del ventanuco que se abre a la luz de la tarde, un pequeño espejo circular con marco de latón. Mi cayado está en el suelo, al lado de la cama. Han colocado a su lado tres pequeñas corolas de flores, como si un cayado fuera una cosa santa.

Cuando me incorporo en el lecho y me apoyo en el bastón me doy cuenta de lo cansado y dolorido que en verdad me encuentro. Me dirijo al arcón, me arrodillo en el suelo y abro la tapa. En el interior encuentro ropa limpia y planchada. Hay ropa interior de algodón que parece hecha a mano, unos pantalones de algodón de color

crudo de estilo ibicenco que se atan con un cordón del mismo material, una camisa larga de seda color azul con diminutos botones anaranjados de nácar y mi chal blanco, lavado y doblado. Al lado del arcón hay unas sandalias de cuero. Me pruebo la ropa y todo me está bien. No encuentro el resto de mi ropa. Como estaba toda vieja, sucia y rota, supongo que la han tirado.

Empuño mi cayado y salgo de la habitación caminando con dificultad. Hay un pasillo con suelo de losas de barro en el que se abren varias puertas de madera como la mía. ¿Dónde estoy? ¿En un monasterio? ¿En una lamasería? A la izquierda, el pasillo conduce directamente a un arco que se abre a la luz del día. Voy caminando trabajosamente hacia allí y veo una extensión de losas, una balaustrada de piedra amarilleada por la humedad y un macetón de barro cocido en el que crece una buganvilla de esplendorosas flores color fucsia cuyas ramas se van enredando a la balaustrada. Tras los balaustres no se ve nada más que el cielo, y en el cielo dos nubes grandes como ballenas, y por encima de la balaustrada una palmera datilera y la copa de dos cipreses gigantes. Cuando salgo por fin, veo que se trata de una terraza larga y ancha que recorre toda la fachada del edificio y desde la que se puede contemplar el paisaje del cráter que se abre a mis pies. Es un paisaje calmo, verde, pero no tropical como en la parte costera. Me parece que tiene algo de meridional, de mediterráneo.

Es un cráter muy amplio, todo verde, rodeado de un inmenso circo de rocas. No puedo comprender cómo es tan grande. Parece un mundo en sí mismo, con sus propias zonas y países, sus propias nubes, sus propias sombras de nubes. Me pregunto cuál será su diámetro. ¿Diez, quince kilómetros? No es posible que sea tan grande. Pero los ojos no pueden engañarme.

La vegetación asciende por las laderas del cráter en solemnes bosques de coníferas e inclinados prados de montaña en los que se adivinan diminutos animales blancos pastando, tan lejanos que no distingo si son vacas u ovejas, y deja más arriba una franja sin vegetación de unos cuatrocientos metros de roca violácea. Estas paredes casi verticales hacen del valle un refugio prácticamente inexpugnable. La cueva por la que hemos llegado hasta aquí puede, además, inundarse o bloquearse con facilidad. Me pregunto si los que viven en las tierras bajas de la isla conocen la existencia de este lugar fértil y plácido.

El fondo del cráter lo ocupa una amplia llanura dividida, hasta donde alcanza la vista, en bancales y huertos, interrumpidos por terrenos baldíos y zonas arboladas. Hay varias nubes inmóviles en el cielo, que ponen aquí y allá sólidas sombras sobre los campos. Adivino, en el teselado de campos de labranza de distintos tonos y matices, el verde intenso del maíz, el oro del trigo y el cobre dorado del centeno, y en unas lomas onduladas me parece distinguir hileras de viñedos. Una palmera crece aquí y allá, al borde de un camino o en medio de un campo de trigo, fuera de lugar, aislada y magnífica. Hay también zonas silvestres y, me parece, regiones pantanosas y, si la vista no me engaña, un río que se mueve en zigzag entre los sembradíos,

flanqueado de árboles de grandes copas rizadas que parecen árboles del pan. En el centro del cono invertido del cráter hay un extenso lago de forma irregular que brilla como si estuviera hecho de espejo. Más allá, todo se torna abstracto a causa de la lejanía.

El edificio en el que estoy se halla situado en una zona bastante elevada de la ladera norte del cráter, y está rodeado de pinos y abetos. Entre los árboles veo otros edificios a distintas alturas. Me recuerdan, por su estilo, a los templos tibetanos, que se construyen unos encima de otros trepando por las laderas y unidos entre sí por terrazas, rampas y escalinatas y van formando algo así como una pequeña ciudadela, un edificio-ciudad, pero el estilo no es uniforme. Los tejadillos con ménsulas de madera labrada y las ventanas cubiertas de artísticas celosías parecen tibetanas, pero otros edificios que descubro aquí y allá parecen tener un aire griego. Esculturas blancas asoman entre floridas matas de azaleas, paraninfos abandonados, una columna jónica iluminada por el sol entre los pinos, balaustradas con los balaustres enredados de rosales silvestres.

—Hermano —dice una voz a mis espaldas.

Es una muchacha joven, alta, muy rubia, va vestida con una túnica de color crema bajo cuyos pliegues se marcan claramente sus senos, su vientre y sus muslos. Parece una diosa antigua, exultante de salud y de sexualidad.

—Salomé quiere verte —me dice, en un inglés teñido de acento sueco o noruego—. Acompáñame, por favor.

—Me llamo John Barbarin —le digo, para que no se le ocurra volver a llamarme «hermano».

—Yo soy Tulla Sjöstrom —dice.

—Tulla. ¿Eres noruega?

—Sí.

—¿Qué es este lugar?

—¿Cómo? —dice la muchacha desorientada.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? ¿Un monasterio?

—Esto es la Universidad —dice ella—. La Universidad Blanca.

—¿La Universidad Blanca? ¿Así es como se llama este sitio?

—Sí.

—Pero no es realmente una Universidad —digo.

—Sí, sí lo es —dice Tulla.

—Me gustaría ver a Cristina —digo—. ¿Cristina Villar? ¿Christine?

—No conozco a nadie con ese nombre —dice Tulla.

—Es la mujer que me encontró. La que me trajo aquí, a través del túnel.

—Fue Salomé quien te encontró y te trajo aquí —dice Tulla.

—¿Salomé?

—Ven conmigo y le podrás hacer todas las preguntas que desees. Salomé te está esperando.

Caminamos, descendemos escalinatas, cruzamos terrazas, entramos y salimos de edificios. Yo me siento débil y terriblemente cansado. No tengo ninguna práctica de caminar apoyándome sólo sobre un pie y un bastón. Algunos de los edificios parecen abandonados. Hay glorietas y terrazas inundadas por las hierbas. En unas escalinatas de piedra muy amarillentas por la humedad e invadidas de plantas parásitas, veo a una cabra embarazada que lleva una esquila en el cuello y mordisquea con furia las flores blancas que crecen en las juntas de las piedras. Le pregunto a Tulla qué flores son aquéllas y me dice que son asfódelos, y que esta cabra, cuyo nombre es *Amaltea*, sólo se alimenta de esas flores funerales.

Desde lo alto de una de las terrazas veo una piscina rectangular en medio de un césped bien cuidado en el que crecen yucas en flor y grandes macizos de hortensias blancas y rosadas. Hay muchos hombres y mujeres bañándose en la piscina o tomando el sol en la hierba. Una chica con un bañador deportivo color azul marino salta en esos momentos del trampolín. Por una de las escaleras otra muchacha enfundada en un bikini color naranja sale del agua contoneando ligeramente las caderas al ascender por los peldaños de aluminio. Un hombre grueso y barbudo se seca con una toalla. De detrás de una yuca de espléndidas flores blancas aparecen una muchacha y un muchacho desnudos cogidos de la mano.

Entramos en otro edificio en el que hay amplias salas con suelo de madera y grandes ventanas redondas. Vamos caminando por las galerías, y a veces las puertas están abiertas y puedo curiosear lo que sucede en el interior de las salas. Hay muchas salas, algunas muy amplias, todas con suelo de madera, casi todas con grandes ventanas redondas. En una sala veo a un grupo de mujeres de distintas edades vestidas con túnicas, que bailan con una música de dulcémeles muy tenue y delicada. En otra veo a un grupo de unos cuarenta hombres y mujeres sentados todos en el suelo de madera y con el brazo derecho levantado. Sobre ellos hay una burbuja transparente e irisada que flota en mitad del aire, y ellos van siguiendo el lento movimiento de la burbuja con el brazo. En otra sala, hay hombres danzando y siguiendo con sus movimientos una serie de líneas y figuras geométricas pintadas en el suelo. En otra sala veo hombres y mujeres vestidos con túnicas alrededor de mesas llenas de amarillentos pliegos de papel desplegados llenos de cifras y figuras geométricas, que conversan amigablemente con un hombre de barba blanca que va de mesa en mesa. En otra, adornada con caléndulas anaranjadas, se estudia sánscrito. En otra hay un piano de cola y muchos otros instrumentos musicales, y un grupo de instrumentistas tocan el quinteto «La trucha» de Schubert mientras un grupo de cinco jóvenes vestidas con túnicas sueltas danzan cogidas de las manos sobre una gran alfombra persa. En otra sala, un círculo de hombres y mujeres sentados en el suelo con las piernas cruzadas meditan en torno a una vela, cuya llama cambia de color del verde al rosa y luego del rosa al azul. En otra sala una muchacha que tiene las manos cruzadas sobre el vientre canta, acompañada por una pianista de largos cabellos rojos, bajo la mirada de su profesora. Me sorprende comprobar que está interpretando el

Viljalied de La viuda alegre. ¿Qué sucede en este lugar? ¿Adónde he llegado? ¿Quién es toda esta gente?

Salomé me espera en una sala pequeña de suelo de madera y altas ventanas rectangulares. En las salas por las que he pasado apenas había muebles. En algunas he visto mesas o sillas, en otras pequeños pupitres alargados y bajos. En la mayoría de las salas la gente se sienta en el suelo sobre cojines o pequeños taburetes o se reclinan en apoyabrazos de estilo japonés. En esta sala hay alfombras en el suelo, estanterías llenas de volúmenes antiguos y bancos encastrados en los huecos de las ventanas, de apariencia muy cómoda y realizados en una madera muy alisada y bruñida cuyo tinte se parece al del té cargado. Salomé me espera sentada en uno de estos bancos. Está vestida con una larga túnica de algodón color azul aciano que se pega discretamente a las formas de su cuerpo. Uno de sus pies, tenso y arqueado, asoma descalzo al extremo de la túnica. Tiene las uñas pintadas de rosa claro. No se me escapa que se ha maquillado ligeramente para la ocasión. Ojos, labios, pestañas.

Pero Salomé es Cristina. Debería haberlo imaginado. Salomé es Cristina y Cristina es Salomé. Pone una mano sobre el banco de madera indicándome con una sonrisa que me sienta a su lado. Tiene un anillo con una piedra roja en el anular de la mano izquierda, y me pregunto si será un anillo de matrimonio. Me siento con torpeza, apoyándome como puedo en mi cayado, y adopto la misma postura que ella, doblando una pierna y apoyando el brazo en el alféizar de la ventana.

Hablamos. Me explica que en la Universidad todos la llaman Salomé, una tradición del lugar, y que muchos de los que están allí ni siquiera conocen su verdadero nombre. Entiendo que el nombre Salomé es algo así como un título. Le pregunto que si es ella la que dirige la Universidad y me dice que sí, que le ha correspondido a ella ser la rectora de la Universidad, un cargo, me dice, que es *primus inter pares*. Lleva siete años en este lugar, me explica, y cuatro años siendo la rectora o Maestra del Juego, ya que ése es realmente su título. Le pregunto entonces qué es en realidad aquel lugar al que llaman Universidad Blanca y qué están haciendo todos ellos allí. Me explica que la Universidad es un centro de investigación dedicado a la ciencia. Me sorprende oír la palabra «ciencia» en conexión con las actividades que he entrevisto en mi camino hacia aquí. Salomé me dice que el trabajo que realizan en la Universidad es empírico, y que su objeto es la investigación en el ser humano, la conciencia y la evolución. Me repite que se trata de un estudio empírico, alejado de cualquier filosofía, ideología o religión, y que por eso ellos lo consideran una ciencia.

Mi pequeña Cristina ha crecido. Mi pequeña Cristina de belleza juvenil y adolescente se ha convertido en la majestuosa Salomé, culminación radiante de aquella muchachita venida del País de las Hadas que yo amé una vez. Me sorprende comprobar lo mucho que ha cambiado y al mismo tiempo lo poco que ha cambiado. ¿Me sigue pareciendo hermosa? Lo cierto es que me parece todavía más hermosa que antes, porque ahora ella se ha convertido para mí en un misterio. Me pregunto si

habrá tenido hijos, me la imagino embarazada, con los pechos grandes y los labios hinchados. Me digo que ahora debe de ser la mujer de otro, y que habrá sido de otros a lo largo de los años, que se habrá entregado a otros y se habrá desnudado para otros y habrá besado a otros y siento una punzada de dolor y de celos. El aire juvenil y luminoso que tenía entonces no la ha abandonado, pero ella ya no es una niña, sino una mujer en su plenitud. Lo que yo tanto esperaba se ha hecho realidad por fin. Pero ahora ella ya no es mía.

¿Y ella? ¿Siente dolor al verme? Parece muy tranquila, suavemente emocionada por este encuentro inesperado, pero tranquila. Todo en ella respira tranquilidad, igual que este lugar, igual que esta habitación, igual que estos bancos de las ventanas en los que estamos sentados, igual que el aroma a madreselva y a abelmosco, a jazmín y a hierbabuena que penetra a ráfagas por las ventanas abiertas. Hay en ella algo calmo pero al mismo tiempo profundamente tierno que me conmueve. Algo limpio. Una persona limpia. Una mirada limpia, llena de inteligencia y de ternura. Pero ¿existen de verdad las personas limpias, las miradas limpias? ¿Es posible vivir en este mundo y estar limpio?

Entonces me hace una pregunta que me deja más que sorprendido. Me pregunta si yo soy realmente yo. Le aseguro que sí, que yo soy realmente yo, e intento hacer una broma, pero ella me pregunta si recuerdo cómo llegué a la isla y me dice que debo comprender que lo que ha sucedido es muy extraño, tan extraño como para alcanzar el territorio de lo imposible. ¿Cómo puede ser, me dice, que hayas venido a caer, por mero azar, en este lugar remoto del mundo?

Le cuento mi historia. Le hablo del accidente aéreo, del avión que se estrelló frente a la costa norte de la isla hace unos tres meses. Se asombra al enterarse de que había más gente conmigo, nada menos que noventa supervivientes. Me pregunta dónde están los otros y le explico que construimos un poblado en la playa y que la mayor parte de ellos siguen allí, que nadie ha venido a rescatarnos en todo este tiempo. Me dice que eso no debe extrañarme y que era de esperar, ya que la isla es prácticamente indetectable. Que nos buscarían durante semanas y terminarían por concluir que el avión se había hundido en el mar. Me pregunta por las condiciones de vida de los naufragos, por la forma en que nos las hemos arreglado para sobrevivir. Yo le cuento, por encima, algo de nuestros trabajos y sufrimientos. Le pregunto si ellos podrían, de algún modo, ayudar a mis amigos y me dice que se ocupará de ello inmediatamente. Luego me pide más detalles sobre las condiciones vitales de los naufragos y también que le describa con más detalle la situación del poblado a fin de poder encontrarlo fácilmente.

Y a pesar de todo, tengo todo el rato la sensación de que me cree a medias, de que la existencia de Villa Naufragio y todas nuestras desdichas y tribulaciones le parecen algo más que dudoso.

—Pero dime —dice ella bajando los ojos, y como decidiéndose por fin a abordar la cuestión que más le intriga o que más le preocupa—. ¿Cómo se te ocurrió subir

hasta aquí? ¿Y por qué tú solo? Si estás con un grupo extenso y queríais, por alguna razón, explorar la cumbre del volcán, ¿por qué no habéis venido en grupo?

—No queríamos explorar la cumbre del volcán. Subir aquí ha sido cosa mía.

—Pero ¿por qué se te ha ocurrido hacer una cosa así?

—Es lógico que me hagas esa pregunta —digo mirándola a los ojos—. Pero me temo que mi respuesta no será nada lógica. He subido hasta aquí porque me dijeron que lo hiciera.

—¿Te dijeron que lo hicieras? ¿Quién te dijo que lo hicieras?

—Bueno, en primer lugar, creo que fuiste tú.

—¿Yo?

—Sí. Te vi en un sueño.

—Un sueño —dice ella—. Cuéntame.

—No era un sueño normal, sino más bien una visión, una alucinación. Te llamé pidiendo ayuda. No sé por qué te llamé. No sé cómo, te vi. Te vi vestida con una túnica marrón, sentada frente a una mesa llena de objetos. Entonces tú me enviaste un mensaje, una imagen: un corzo, o una cabra, que señalaba con la pata a lo alto de una montaña.

—¡Una cabra! —dice Cristina riendo—. Era *Amaltea*. Era la cabra *Amaltea*.

—¿Quién es la cabra *Amaltea*?

—Ya la verás por ahí. Es una cabra, tiene una esquila en el cuello y va por ahí comiendo asfódelos. Está preñada. Sólo se alimenta de asfódelos, que en la Universidad crecen por todas partes, y por eso la consideramos un poco como un animal sabio... algo así como un animal sagrado...

—Creo que ya la he visto.

—Ella fue la que te trajo aquí.

—Ella y tú, supongo.

Cristina me mira con curiosidad. Luego cierra los ojos, y se queda inmóvil durante unos segundos. Entonces abre los ojos y me cuenta que hace unas semanas ella también me vio en un sueño.

En su sueño, me veía dentro de una cueva oscura, una cueva pobremente iluminada con esculturas monstruosas en las paredes. Yo estaba tendido boca abajo en una mesa y había un grupo de hombres que me sujetaban, y un hombre con una barba negra y ojos brillantes que tenía un hacha en la mano. Yo gritaba y lloraba y pedía por favor que no me hicieran daño, y el hombre me cortaba la pierna a hachazos. Entonces ella entraba en la cueva y me sacaba de allí, me sacaba a la luz, me llevaba a las alturas, lejos de aquel lugar horrible. Y en la ladera de la montaña, aparecía *Amaltea* señalándome el camino hacia lo alto de la montaña, y ella me enviaba su imagen para que me guiara.

Le digo que es así, exactamente así como sucedió y no me comprende. Le explico que la cueva que vio en su sueño era en realidad el interior de un viejo templo indio abandonado, las esculturas monstruosas, representaciones de Hanuman, el dios mono,

y que así fue, precisamente así, como Joseph me amputó la pierna. Cristina me mira con horror al oír estas palabras, y veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Quieres decir que te cortaron la pierna *con un hacha*?

—Sí. Joseph, mi amigo Joseph, no tenía ningún instrumento mejor. Y tampoco teníamos anestesia de ningún tipo. Éramos prisioneros en esos momentos. Suerte que nos dieron el hacha y nos permitieron realizar la operación. Si no, estaría muerto.

—Dios mío, Juan Barbarín, ¿te amputaron la pierna en vivo, sin anestesia?

—Así es.

—Entonces, ¿has perdido la pierna hace poco? ¿Hace unas semanas? ¿La has perdido aquí, en la isla?

—Sí.

—¡Pero eso es una barbaridad! ¡Lo que me estás contando es una barbaridad!

Los sollozos brotan solos de mi pecho sin que yo pueda contenerlos, y Cristina se acerca a mí y me abraza, y lloro apoyado en su pecho. Me da vergüenza llorar de ese modo, sollozar y gemir como una mujer o como un niño, pero no puedo evitarlo.

—Lo siento.

—Llora todo lo que quieras —dice ella en un susurro—. No te preocupes.

Pasa un minuto. Pasa una hora. Pasa un año.

Hay un camino entre los saúcos, en Carintia, y en el interior de uno de los troncos de los saúcos vive una mujer muy vieja que sueña el mundo.

Esa mujer vieja es Cristina. Pero no es vieja, es muy joven. Es joven, como una mata de espliego llena de flores.

El viento mueve la hierba de la Pradera.

—¿Cómo puede ser que vieras en un sueño lo que me estaba pasando? —digo—. ¿Cómo es posible que viéramos los dos lo mismo? Lo que cuentas es imposible, no puede suceder.

—¿Por qué es imposible?

—Porque los sueños suceden dentro de la cabeza. No pueden compartirse. No es posible ver el sueño de otro, o entrar en el sueño de otro.

—Bueno —dice ella con sencillez—. Ya ves que sí es posible.

Nos separamos. Me sonrío. Me dice que ahora tiene que abandonarme, que tiene clases que dar y asuntos que resolver. No puedo ocultar mi desilusión.

—Te veré esta noche, a la hora de la cena —dice—. Me gustaría quedarme hablando contigo, Juan Barbarín, pero hay varias cosas que tengo que atender ahora mismo.

—Bien.

—Más tarde vendrán a tomarte medidas para fabricarte otra pierna artificial. ¿Te parece bien? Tenemos carpinteros muy buenos aquí. Seguro que podrán hacerte una pierna que te esté bien.

—Te lo agradezco mucho.

—¿Sabes montar a caballo?

—Nunca he montado.

—Bueno, entonces te buscaremos un caballo manso. Uno que sea muy tranquilo, ¿te parece? Así podrás darte paseos por los caminos, o bajar al valle si quieres.

—¡Un caballo! Nunca se me habría ocurrido.

—Tenemos uno que se llama *Aurelianus*, que me parece que te vendrá muy bien.

—Gracias.

—Dios mío, Juan Barbarín —me dice Cristina—. Han pasado tantos años...

—Sí, muchos años.

—Le voy a decir a Filemón que se ocupe de ti —dice.

—¿Filemón? ¿Se llama así de verdad? ¿Y no está Mortadelo por aquí también?

—Son nombres de la Universidad —dice ella riendo a carcajadas—. Le voy a decir que te lo enseñe todo y que te lo explique todo. Te caerá bien, Filemón. Creo que te caerá bien. Espérale aquí, enseguida te lo mando.

Se inclina sobre mí y me besa en la mejilla. Luego me deja solo.

Escribo sobre el silencio

La vida en la Universidad es asombrosamente apacible. El silencio que hay en este lugar me parece un milagro. Sobre todo teniendo en cuenta que llevo meses viviendo a la intemperie y sin oír otros ruidos que los de la naturaleza, el mar, las aves, la lluvia. Pero el silencio que hay aquí arriba es de otra clase.

Siempre que hablamos del silencio hablamos, en realidad, de alguna clase de sonido. Hablamos del silencio pero pensamos en el mar, en el viento o en los pájaros. Cuando hablamos de silencio hablamos, en realidad, de espacio.

Espacio es posibilidad. Las cosas suceden cuanto tienen espacio, espacio en el espacio y espacio en el tiempo. Espacio en nuestra atención, en nuestra voluntad en nuestra vida. Cuando hablamos de espacio y de silencio hablamos en realidad de nuestra vida. Del silencio y el espacio que son necesarios para que las cosas sucedan.

Un hombre ha de combatir duramente por conquistar ese espacio y por ser merecedor de eso que ha conquistado. Construir una casa o lograr ser dueño de una casa es una de las tareas más arduas de la vida. Pero poseer una casa no es otra cosa que poseer espacio. Poseer una casa es también poseer silencio.

Es lo mismo que sucede con la música. La música, la verdadera música, sale siempre del silencio. La música sólo es posible cuando se ha logrado el silencio. Entonces hay algo que se diferencia, algo que brota. *Eso que brota es la música.*

La música no es nada si uno no percibe en todo momento al escucharla que no es más que una especie de máscara o símbolo del silencio, que el silencio está debajo de todos y cada uno de sus sonidos, igual que el tallo que se hunde en el agua oscura está por debajo de la corola del nenúfar indio.

Cuando decimos «qué silencio» es, normalmente, porque oímos el canto de los pájaros o el sonido del viento. Al sonido del viento le llamamos silencio. En tiempos muy antiguos, los seres humanos quisieron imitar el canto de los pájaros. Quizá fuera así como aprendieron a hablar. Sí, es posible que ésta haya sido la misión que ha correspondido a los pájaros dentro del reino de los animales y de la naturaleza, y que ésa sea la remota explicación de la leyenda de Adán y Eva. Una serpiente abrió la conciencia de Eva, la elevó de la condición de los animales. Pero consideremos que la serpiente era, al principio, un pájaro. Sólo al final Yahvé condena a la serpiente a arrastrarse por la tierra. Sólo al final la serpiente es como ahora la conocemos. La condena de Yahvé es doblemente dolorosa porque antes la serpiente tenía alas. Un animal que habla y está en un árbol no puede ser otro que un pájaro.

Las diversas culturas recordaron esta leyenda en la figura del dragón, que es la unión de una serpiente y un pájaro, o por medio de símbolos como la serpiente emplumada.

La imitación de la voz de los pájaros nos ayudó a desarrollar los órganos de la

fonación. La palabra, el canto. No, yo no creo como algunos filósofos dieciochescos que antes de hablar el ser humano cantara, aunque ese mito sería una hermosa justificación al arte de la ópera. Lo cierto es que la voz y la música siempre han estado unidas, y que los hombres que hablan, cantan. *Ésta* es la explicación del arte de la ópera, donde los que cantan fingen estar hablando.

Comienza a sonar la música. ¿Qué hacemos? Quedamos en silencio. Es necesario. Sin ese silencio, la música no es posible. Es necesario callar esas voces que suenan siempre dentro de nuestra cabeza para escuchar la música y también para interpretarla. Les decimos: calla, calla un momento, tengo que escuchar. La música nos invita a callar. La música crea silencio.

Cuando la música termina, el silencio es todavía más intenso. Pero queda algo en el aire, porque no es posible un silencio completamente vacío: queda el recuerdo de la música. El recuerdo de la música en las moléculas del aire. Y en las células del cuerpo.

Entramos en el silencio cada noche, y al amanecer regresamos del silencio. El silencio nos nutre. El silencio es nuestro padre. El sonido, en cambio, es nuestra madre. La voz de la madre vibra en todo el cuerpo y alcanza plácidamente al feto en su sueño amniótico. Cada vez que cantamos, cantamos a la tierra y a la madre. Cantamos para que nuestra madre nos escuche. Cantamos cuando tenemos miedo. La tierra nos protege. La madre nos ampara.

Toda la vida humana es una combinación de esta presencia y esta ausencia. Una ausencia plena, luminosa, llena, del mismo modo que el sonido llena siempre, misteriosamente, el silencio.

Somos dueños de lo que tenemos y también de los huecos que hay entre las cosas que tenemos. Pero los huecos, el silencio, son lo más importante. En la respiración, el momento más importante es el que sigue a la exhalación. Durante un instante, la respiración se detiene y, por espacio de apenas un segundo, vivimos sin necesidad de respirar. Durante ese instante, somos inmortales. Durante ese instante no somos animales, estamos libres de los ciclos de la naturaleza. También la mente se detiene durante ese instante, y de pronto podemos *ver*. La claridad desciende sobre nosotros. La conciencia se hace ilimitada. Luego el mecanismo, el cuerpo, comienza a respirar de nuevo.

Si pudiéramos estar tres minutos sin respirar, nuestra conciencia alcanzaría una ilimitación asombrosa. Veríamos y sentiríamos y comprenderíamos cosas que no hemos visto, sentido ni comprendido jamás.

En el silencio de la mente, se abre la puerta del recuerdo.

Nuestra posesión más importante es aquello que no tenemos y jamás podremos tener. El hueco que hay entre las cosas. El vacío. El silencio. Nuestros pensamientos ocurren en nosotros de manera ajena a nuestra voluntad, pero el silencio que hay entre los pensamientos, eso es lo verdaderamente nuestro. Es en este silencio que hay entre la manifestación de un pensamiento y de otro pensamiento donde puede surgir

la verdadera sensación del yo.

Porque el yo verdadero vive en el silencio y sólo puede manifestarse en el silencio.

Enseñanzas de la Universidad

El silencio de la Universidad no es sólo el silencio de las alturas, el silencio del viento, el silencio de la música, el silencio que crea la música a su alrededor cuando comienza a sonar. Es también el silencio del amor. Cuando las personas se quieren, ya no dicen nada. A veces, en las terrazas de la Universidad, veo a dos personas cogidas de las manos y mirando el paisaje del valle. A veces veo a dos personas caminando cogidos de las manos. A dos personas bañándose desnudas o caminando desnudas por entre las yucas en flor.

Me da la impresión de que ésta es una Universidad de enamorados. Se lo digo a Cristina y se muere de risa.

Pero apenas la veo. Está siempre ocupada. Tiene que estar en mil sitios, organizar mil cosas. Tiene clases de canto. También danza, danza todos los días. Los días aquí suelen terminar con una danza después de la cena, especialmente los viernes y sábados. Tienen músicos aquí, muchos músicos, y tocan música de baile, música india, o brasileña, o latina, o incluso música disco, casi todas las noches después de la cena, y todo el mundo se pone a bailar durante horas. Le digo a Cristina que jamás he visto juerguistas como ellos en toda mi vida. «Es la Ciencia de la Felicidad», me dice.

La Ciencia de la Felicidad. ¿Es eso lo que enseñan aquí en la Universidad?

Filemón es un hombre de unos sesenta años, bastante alto, huesudo y fuerte. Tiene los cabellos espesos y grises. Va vestido con una larga túnica color marfil y calza sandalias de cuero. Nariz aguileña de emperador romano, barbilla poderosa. Un rostro fuerte, grave, curtido por el aire. Tiene aspecto de monje medieval. Es nervioso y nervudo, duro como una raíz, pero ligero. Desde la primera vez que hablamos he sentido por él una simpatía instintiva.

—Soy Filemón —me dijo el día que nos conocimos—. Salomé me ha pedido que me encargue de usted y le enseñe la Universidad.

—Encantado —dije yo—. Supongo que Filemón no es su verdadero nombre.

—Me llamo Ciran —dice él riendo—. Filemón y Salomé son nombres tradicionales de la Universidad. Una especie de títulos simbólicos.

—Es usted irlandés —digo.

—De Sligo, como William Butler Yeats.

—Nunca he estado en Irlanda.

—*This land of Saints* —declama él con voz de actor teatral—, *of plaster Saints!*

—¿Cuál es su especialidad? —pregunto, suponiendo que me va a decir que es actor y que trabajó muchos años en el Abbey Theatre.

—Soy físico teórico —me dice—. Estudié en el Trinity College de Dublín, y luego en Oxford y en Harvard, y luego enseñé en Harvard durante unos cuantos años. No me tome por un místico mariquita o por uno de esos iluminados de la New Age

—dice de buen humor—. Soy un científico de alma dura y correosa, capaz de llenar de fórmulas una enorme pizarra. Uno de esos chiflados que creen en la teoría de cuerdas y en la teoría M.

—Todo eso me interesa mucho —le digo.

Ciran me muestra la Universidad y me explica algunas de las actividades que se realizan allí. El lugar es grande, las dependencias, muchas. La Universidad, me explica, se basa en siete premisas. La primera es que un ser humano no puede evolucionar por encima de sí mismo sin ayuda. La segunda, que la conciencia no está «dentro» del cerebro, sino que todo el ser humano es un mapa y una expresión de conciencia, cuyo origen se encuentra fuera del cuerpo físico. La tercera afirma que todo lo que sabemos de nosotros mismos y del mundo es una creación de la mente, y que a fin de evolucionar hemos de ir más allá de la mente y el mundo de categorías que la mente crea. La cuarta, que no es posible comprender con la mente, ya que la mente sólo comprende secuencias y sólo comprende mediante exclusiones. La quinta, que el principal vehículo de comprensión de la realidad es el cuerpo y la expresión del cuerpo a través de las percepciones, la danza, la música y el canto. La sexta, que la búsqueda ha de ser empírica, es decir, basada en la constatación personal. La séptima, que a través de la meditación, entrando en el interior de uno mismo, se puede conocer toda la realidad interior y exterior, presente, pasada y futura, y que la práctica de la meditación ha de ser constante. Y que la distinción «subjetivo» y «objetivo» es inexacta, ya que entrando en el interior, me dice Ciran, también se puede acceder a realidades objetivas y a la realidad objetiva en general.

Las enseñanzas de la Universidad, me explica Ciran, se dividen en tres grandes grupos: las Previas (que consisten sobre todo en materias artísticas), las Paralelas (sobre todo materias científicas o humanísticas) y las Centrales (cuyo objetivo es el autoconocimiento y el desarrollo de la conciencia).

Comencemos con las Enseñanzas Previas.

La primera es la Danza, que consideran la asignatura más importante de todas, la que todos sin excepción y cada uno en la medida de sus posibilidades, debe practicar. Morwen, una de las profesoras, me explica que las Danzas Sagradas, que son las que todos practican (dejando aparte los estudios especializados de *ballet*, danza contemporánea, Graham, Dalcroze, etc.), son muy sencillas y se basan en las formas del círculo y la espiral. Son, me explica, formas de ponerse en contacto con la Tierra y de abrir ciertos «centros de conciencia» dentro de nosotros. Le pregunto a Morwen cómo es posible abrir un «centro de conciencia» dentro de mi cabeza por el mero procedimiento de bailar en círculo. En realidad se lo pregunto porque me gusta, porque tiene treinta años y es pelirroja y porque lleva una túnica color trigo que marca con claridad las formas de su vientre, de sus caderas, de sus muslos. Me replica de buen humor que quién me ha dicho que esos «centros de conciencia» están en mi cabeza. ¿Dónde, si no, puede estar la conciencia?, pregunto. Ella apoya las dos manos sobre los ovarios y me habla con toda naturalidad del útero, de las caderas y

de la energía femenina. Mover las caderas en círculos libera la energía sexual, la dirige hacia arriba por la columna, nos torna vitales, optimistas y creativos, me explica mirándome provocativamente y mostrándome mientras habla, como quien no quiere la cosa, una lengua grande y rosada que me recuerda a la de una cierva. Ah, divino lenguaje corporal. Le pregunto si se trata de algún tipo de ritual celta, algo que tenga que ver con Stonehenge y con los druidas, y se ríe de mí descaradamente, flirtea conmigo, me toca en el brazo.

Nos lleva a una pradera que está un poco más allá, donde un grupo de mujeres bailan desnudas adornadas con guirnaldas amarillas en la cabeza. Aunque la desnudez es algo relativamente habitual en la Universidad, nos mantenemos a una respetuosa distancia. Morwen me explica que realizan danzas distintas de acuerdo con la diosa que influye en cada momento, y que existen danzas de mujeres, danzas de hombres y también danzas mixtas en las que participan todos. Las siete diosas son Afrodita, Hera, Artemisa, Hestia, Atenea, Perséfone y Deméter. Los dioses son Zeus, Poseidón, Hades, Hermes, Apolo, Dionisos, Ares y Hefesto.

Pregunto qué danza están interpretando en esos momentos, y Morwen me dice que se trata de la danza básica de la enseñanza, llamada Danza del Ser Interior. En ella, los movimientos vienen determinados por un impulso interior que nace en la región del plexo solar. Yo miro a estas mujeres desnudas que bailan sobre la hierba y me parece contemplar una escena de Grecia de hace tres mil años. ¿Qué ha cambiado en todo ese tiempo? Ni los cuerpos de las mujeres ni las formas de las flores silvestres ni la luz ni la brisa han cambiado. Me parece que nunca he visto nada tan hermoso como estas mujeres bailando desnudas en medio de la naturaleza. Me pregunto por qué no hacemos cosas así continuamente en nuestra vida corriente.

El Ser Interior es algo a lo que se refieren a menudo. Para ellos es algo tan definido y específico como una mano o un diente. Yo lo imagino como una especie de animal maravilloso que habita dentro de cada uno de nosotros, bien en la matriz, en el plexo solar, en el lado derecho del corazón o en el interior de la cabeza, el dios interior, una criatura libre y luminosa que despierta y se pone a caminar, me dicen, que al ser estimulado o recordado abre los brazos y comienza dentro de nosotros su propia danza.

La Voz y el Canto son también importantes en la Universidad Blanca. Estudian técnica vocal, ópera y *lied*, y también canto ortodoxo, canto oriental e improvisación. El canto de *lieder* de la tradición germánica (especialmente Schubert, pero también Schumann, Brahms, Hugo Wolf, Strauss, etc.) se considera una de las vías principales del Camino de la Melancolía, pero también son importantes para ellos la ópera y la opereta, incluso en sus manifestaciones más sentimentales, ya que la finalidad principal del canto, de cualquier canto, me dicen, es abrir el corazón.

En el edificio principal de la Universidad realizan todos los viernes satsanga, cantos rituales de mantras, en sesiones que pueden durar varias horas. Están convencidos de que el sonido de estos mantras (el sonido, no su sentido) afecta a la

vibración de las células y tiene efectos curativos tanto en el cuerpo denso como en el sutil. Morwen y Ciran me llevan a una de estas sesiones, en el curso de la cual cantamos por espacio de una hora y media, en el estilo de canto y repetición coral, el mantra «om bhūr bhuvah svaḥ tat savitur vareṇyaṃ bhargo devasya dhīmahi dhiyo yo naḥ pracodayāt». Cuando salimos de la sala siento una felicidad que no puedo comprender, y me parece que un velo gris ha desaparecido de mis ojos. Contemplo los cuervos sobre la hierba y un alto adelfo que mueve lentamente sus flores en la brisa y siento un amor y una paz incomprensibles.

Pero siento también algo más. Una fractura. Un dolor.

Dios mío, tengo el corazón roto. Lo siento roto, herido. Lo noto fragmentado dentro del tórax y unido sólo por la fuerza de los huesos y los tejidos que lo rodean. Entonces lloro. ¿Por qué lloro? Me alejo de Morwen y de Ciran, caminando dificultosamente con mi cayado.

La luz del sol cae sobre el mundo y me envuelve. La felicidad está aquí. La felicidad y todo su enigma se hacen de pronto evidentes para mí. La felicidad, el calor, la vida, la existencia, el mero hecho de estar vivo, de estar aquí, en este lugar, ahora, en este momento. Morwen y Ciran me miran desde lejos. Pero ¿cómo explicarles a ellos?

Tenía la felicidad entre mis manos, y la lancé al aire, y mi felicidad abrió las alas y se fue lejos, muy lejos. Así fue como la perdí.

La música es central en la Universidad Blanca. Estudian distintos estilos y distintas tradiciones, por ejemplo, la música india dravídica, pero hacen especial énfasis en la música tonal europea, que ellos llaman «Camino de la Melancolía», a la que también se refieren como la música de los Grandes Maestros del Pasado, y en la música atonal, microtonal y espectral, que llaman el «Camino de la Totalidad Sonora», que consideran heraldo de una nueva apertura de la conciencia. ¿Será posible que aquí, en la Universidad, comience a amar esa música que siempre he temido y odiado? Ellos estudian apasionadamente a Nono, a Stockhausen, a Morton Feldman, a Saariaho, a Haas. Filemón profesa un amor a la música de Georg Friedrich Haas que me resulta sorprendente. Me habla de *In vain* y de *Natures mortes*. Yo no salgo de mi asombro.

Son pitagóricos, y para ellos la música lo penetra todo y lo explica todo. Usan la música para la curación, para calmar el dolor, para resolver problemas cosmológicos, para calmar la mente y para entrar en el terreno de la emoción, ya que el mundo de las emociones, que ellos llaman «Cordura», tiene una realidad definida y casi física para ellos.

Cordura tiene tres niveles, las emociones inferiores, basadas en afinidades; las emociones superiores, basadas en el amor incondicional a la tierra y a los seres, y las emociones del nivel multidimensional, que resultan (al menos para mí) completamente incomprensibles.

El nivel multidimensional responde a las curiosas leyes de su anatomía, que a

veces parece también una geografía de la psique o una hierofanía de la tierra. Por explicarlo con un ejemplo, yo diría que nosotros consideramos que el ser humano es como una flor, mientras que para ellos el ser humano es la flor, la rama, el árbol, la raíz y también el bosque y la nube y el sol, y también el pasado del sol y el futuro del sol, y la relación del sol con los otros soles.

Ciran es muy amigo de Giovanni, el bibliotecario, un hombre italiano de ojos verdes, gafas de pasta y ojos de pillo que me resulta muy simpático. Es especialista en poesía neolatina medieval y renacentista y tiene un viñedo que cuida en sus ratos libres y con cuyas uvas hace un vino rosado que no está nada mal y sabe parecido al Mateus Rosé portugués. Almorzamos los tres juntos en la terraza de la Biblioteca. Giovanni se limita a colocar un facistol frente a la puerta de entrada que quiere decir que la biblioteca está cerrada por ser la hora del almuerzo y nosotros comemos ensalada de ortigas, lentejas estofadas y calabacines gratinados con salsa de tomate, todo ello regado con el vino rosado de Giovanni.

Me cuentan muchas cosas de la Universidad. Me hablan de los tres monjes azules, cuya misión es cultivar y recoger plantas medicinales, y a los que esa misma tarde veremos, vestidos con sus ropas características, discutiendo sobre variedades de alheñas en uno de los jardines abandonados.

Luego están los tres monjes dorados, cuya misión es recoger esencias de flores y agua de rocío. Con estas esencias fabrican filtros con los que trabajan en las afecciones del espíritu. Me explican que los tres monjes dorados realizan un trabajo muy importante dentro de la Universidad, y que cuando están trabajando nadie debe acercarse a ellos para que no pierdan la concentración y la comunicación con el mundo de Cordura gracias a la cual los filtros adquirirán la vibración espiritual necesaria para que sean activos.

Los filtros florales, me dicen, tienen luz. Y esta luz es un hada. Me enseñan viales dentro de los cuales hay un hada. Les digo que no me parece bien que encierren a las hadas en viales de cristal y ellos me aseguran muy serios que nadie puede encerrar a un hada si ésta no lo desea, y que no debo considerar a un hada como un ser psicológico sujeto al tiempo y al espacio, que las hadas son elementales y además son seres inmortales.

No sé si es que el vino me afecta, pero de pronto todo lo que me cuentan comienza a tener pleno sentido para mí. No sólo tiene sentido, sino que todo aquello me pone tan feliz que me echo a reír. Me río al oír hablar del reino de Cordura y al pensar en las plantas y los árboles y las muchachas que hay allí. Y ellos me preguntan (es una pregunta bien curiosa) si es que yo, quizá, he estado en aquel lugar alguna vez.

Visitamos los teatros. En la Universidad hay muchas celebraciones y espectáculos. Disponen de dos teatros, uno al aire libre que es una copia exacta del de Epidauro, y otro cerrado, en un precioso edificio blanco coronado por una cúpula pintada de azul, cuya arquitectura me recuerda al estilo Sezession. Allí representan

obras de teatro, óperas y *ballets*. No todas estas obras, me parece, tienen un sentido meramente artístico.

El teatro es también parte de la enseñanza, sobre todo porque ven en este arte una forma de acceder a la emoción y también un importante vehículo de autoconocimiento. A esta Universidad, me dice Bianca, una de las profesoras de interpretación, uno no viene a estudiar nada, sino más bien a estudiarse a sí mismo. Parte del estudio teatral consiste en el descubrimiento de la propia mecánica, en aprender a verse a sí mismo, en descubrir la forma en que interactúan cuerpo, memoria y emoción.

Estudian Técnica Actoral, Memoria Sensorial y Memoria Emocional y también practican algo llamado Constelaciones Familiares, por medio de las cuales recrean de forma escénica la familia presente y pasada de una persona concreta, que es capaz así de comprender no sólo su situación dentro de su epopeya familiar, sino también la red de relaciones simbólicas y narrativas que existen en el interior de ésta, así como la influencia de los parientes ya fallecidos. Se descubren así, en medio de muchas cosas hermosas que transforman, en muchas ocasiones, la comprensión de la vida de los implicados, todo tipo de crueldades, maltratos o abusos.

Entramos en el edificio principal, que es una especie de palacio formado por distintos cuerpos, uno sobre otro, algo así como una ciudad en miniatura, y me muestran las distintas sendas: el Camino de la Melancolía, el Camino del Desierto, el Poema de la Urraca, El Camino de los Peces, El Sueño de San Eustaquio, la Hermandad de la Rosa Blanca.

Están convencidos de que las obras de arte tienen la capacidad de despertar en nosotros el recuerdo y la intuición del Ser Interior y que tienen, además, capacidades curativas y regenerativas. El arte sórdido y el cultivo deliberado del horror les parece un sinsentido, ya que para ellos el arte es aquello que trata de la belleza. No desconocen, por otra parte, las distintas caras de la belleza, que son para ellos la Venusina (belleza de lo sensual y luminoso), la Ciclópea (belleza de lo gigantesco y descomunal), la Convulsa (belleza de lo rítmico, lo roto, lo fragmentario, lo irónico, lo moderno), la Medusea (belleza de lo horrible), la de Nictimene (belleza de lo nocturno, lo solitario, lo apartado y remoto), la de Apolo (belleza de la claridad, la proporción y el orden), la de Nefertiti (belleza del rostro, de la mirada y de la personalidad), la de Dionisos (belleza del éxtasis, de la velocidad, del vértigo y de la embriaguez) y la de Vertumno (belleza de las formas naturales, de lo tierno y de lo cotidiano). Practican la pintura, la escultura, el dibujo, el retrato, la pintura surrealista o informalista, la poesía lírica y épica, la novela, la novelamundo, la novela río, la novela isla, la novela desierto, el relato breve y otros géneros literarios, muchas veces en combinación con vastos e intrincados proyectos donde se mezclan la Danza, la Música y el Teatro.

Practican también un Arte de Mirar que tiene curiosos efectos terapéuticos, y hay algunos de ellos que pueden pasarse tardes enteras contemplando unas rosas o unos

fresnos movidos por el viento, ya que, según aseguran, pasamos por la vida sin ver prácticamente nada de lo que tenemos frente a nosotros.

Apenas veo a Cristina. Está siempre ocupada en miles de cosas diversas. Pero una tarde me la encuentro, por ejemplo, entretenida en la importante tarea de fijar un columpio en el bosque de Gardalis.

Gardalis es una zona situada por encima de los edificios de la Universidad, en la que crecen inmensos abetos azules, los árboles más grandes del valle, algunos de los cuales pueden alcanzar los ochenta metros de altura. La encuentro allí con un grupo de mujeres, algunas vestidas con túnicas de flores, otras con vaqueros y camisetas, dos o tres en bikini. El columpio pende de dos gruesas cintas doradas que cuelgan de lo alto. Alzando la vista descubro a varios muchachos trepados en las ramas del abeto, a unos cuarenta metros del suelo, afianzando el columpio a una rama muy gruesa y arrojando piñas a las de abajo por jugar. Una de las muchachas en bikini es la primera en probar el columpio. Como las cintas son tan largas, incluso sin impulsarse con mucha fuerza uno tiene la sensación de que vuela, ya que el recorrido es muy largo pero también muy lento. Veo las desnudas piernas paralelas pasar sobre mí, tensas en dirección al cielo, y luego de vuelta, dobladas por debajo del asiento del columpio.

Cristina y las otras ríen como niñas y se van montando una tras otra en el columpio. Ella me saluda cuando me ve y me invita a subir. Pero yo no quiero subir a ningún sitio, y ella me mira con extrañeza y se da cuenta de que estoy de mal humor.

Vayamos a continuación a las Enseñanzas Paralelas.

La ciencia no se descuida en la Universidad, aunque dado que el objetivo de los Blancos (así he empezado a llamarles) es el conocimiento interior, no se estudia por sí misma, sino siempre en relación con otra cosa. Tienen clases de Física, de Matemáticas, de Geometría, de Fractales y de Teoría del Caos, que ellos relacionan de formas asombrosamente quiméricas con la psicología y con algo que llaman el Mar de la Conciencia.

También estudian Biología, algo llamado Estudio General de los Sistemas Vivos, que incluye desde los protozoos hasta la biosfera. La Teoría Gaya es importante para ellos así como los estudios sobre el Ecosistema. Estudian varios tipos de Ecosistema, y consideran anticuada la noción de ecosistema natural, ya que para ellos la distinción natural/artificial es obsoleta. Le pregunto a Ciran si siguen a Vladímir Ivanovich Vernadski y su «noosfera», pero me dice que la noción de noosfera o la de cristosfera de Teilhard de Chardin son para ellos demasiado simplistas y limitadas. Para ellos todo es energía, todo lo que existe variaciones de la vibración. La cultura y las máquinas son para ellos también parte del ecosistema, como lo son las flores, los gases, las ideas, los sistemas, las costumbres, las leyes y el arte. Estudian también las teorías de Varela y Maturana, la Autopoyesis y la Autoorganización de los Sistemas Vivos.

La anatomía y fisiología del cuerpo es también un tema al que dedican mucho

tiempo, dado que el cuerpo humano es, en su sentido más amplio, el centro de su campo de investigación.

Otra rama inesperada que también se toca en la Universidad Blanca es la Lingüística, que algunos de los profesores (todos ellos pertenecientes al Departamento de Lingüística) consideran central dentro de las enseñanzas paralelas de la Universidad. Estudian Lingüística general, Principios de Estructuralismo, Aplicaciones del Estructuralismo a las Ciencias Humanas, Posestructuralismo y Deconstrucción. Ellos relacionan la Deconstrucción con la filosofía oriental, y pretenden explicar el deconstruccionismo a la luz de la filosofía tántrica, védica y budista, imbricando así ambas culturas y trasladando el nihilismo filosófico al que parecen llevar las visiones filosóficas posmodernas al territorio empírico de la meditación. La «destrucción del sujeto» de la que tanto se hablaba en Occidente hace unos años no es para ellos más que uno de los primeros estadios de la meditación, y no tiene esas implicaciones trágicas o destructivas que ven en ella algunos filósofos. La desaparición del sujeto es, para ellos, un estadio intermedio entre la ficción del sujeto, en la que hemos vivido, y la aparición del yo real.

Estudian también otras materias que, sinceramente, me han parecido muy aburridas. Tienen que ver con las llamadas Ciencias Humanas. Entre ellas dan gran importancia a la Teoría de Sistemas y a la Semiótica, cuyos practicantes consideran la enseñanza más importante de todas.

Así llegamos a las llamadas Enseñanzas Centrales.

Estudian algo llamado Ciencia de la Respiración. Creen que la atención humana mueve ciertas energías, y creen también que con la respiración se mueven energías invisibles que afectan al estado psíquico y que tienen además un efecto regulador sobre los órganos del cuerpo, la presión sanguínea y, sobre todo, el funcionamiento de las glándulas. La Ciencia de la Respiración sirve para activar los centros energéticos del cuerpo, limpiar los canales sutiles, regular el funcionamiento de los órganos y estimular la producción de serotonina y dopamina y constituye además una eficaz preparación para la meditación. Mediante el Pranayama efectúan también lo que ellos llaman «curación pránica», que a veces practican extendiendo las manos.

Yo les pregunto si creen de verdad en esas cosas, y me responden siempre lo mismo: que ellos no creen en nada.

Practican también la Autoobservación, que incluye el Conocimiento del funcionamiento de la mente, el Conocimiento de la mecanicidad y el Estudio de la relación cuerpo-mente-emoción. El conocimiento de la mecanicidad implica una investigación práctica en los propios patrones de comportamiento, los patrones de pensamiento y las acciones mecánicas. Éste es el Cuarto Camino, me dicen, ese que puede practicarse en cualquier lugar, en cualquier momento, y no necesita ni silencio, ni posturas ni ropas especiales. Es, por eso mismo, también el más difícil y el más duro de todos.

El cultivo de la Atención lo realizan de muchas maneras. Están convencidos de

que la Atención tiene un efecto determinante en lo que llaman Capacidad Creativa de la Conciencia. La Concentración, o cultivo consciente de la Atención, les permite ampliar los períodos de consciencia. Dado que produce agotamiento en la mente inferior, resulta una forma eficaz de acallar lo que ellos llaman «diálogo interno», producto del funcionamiento automático de la mente. Según me explica Ciran y también Cristina, la Atención es la herramienta que permite el control de la mente y también la que permite poder dirigir a voluntad la energía de la consciencia. La Atención reúne los rayos dispersos de la consciencia en un solo haz de luz, y entonces el poder del pensamiento puede actuar sobre la materia densa.

Los No Haceres o el Desacostumbramiento son técnicas que se usan en la Universidad para romper los hábitos de la percepción que mantienen al ser humano encerrado en una visión fija o en una forma cristalizada, de manera que deja de sentir la vida y pierde el recuerdo de sí mismo. Llamamos No Haceres a las acciones que buscan romper los hábitos, por ejemplo, comer con la mano izquierda si se es diestro, llevar un garbanzo dentro de la boca, cambiar de estilo de vestir, poner continuamente la atención en el hueco que hay entre las respiraciones, etc. De este modo uno es capaz de descubrir las propias mecanicidades, los propios prejuicios, el sistema de creencias y presuposiciones en el que vive.

Siloé, una encantadora muchacha mexicana, me explica que el término «Desacostumbrarse» está tomado de un libro de Julio Cortázar, el escritor argentino. Ella escribe poesía, y fue la escritura, me dice, lo que le llevó a la Universidad Blanca, aunque aquí ha descubierto la meditación, la visualización, y sobre todo la danza. Ahora bailar se ha convertido para ella en el centro de su vida. Le digo que cuando yo tenía su edad el amor era el centro de mi vida. Me dice que en la Universidad también ha encontrado el amor, un muchacho español llamado José Luis Olmedo. Es cierto, le digo, había olvidado que ésta es una universidad de enamorados.

Trabajan mucho las posturas de Hatha Yoga, gracias a las cuales logran una enorme flexibilidad. Trabajan especialmente el estiramiento de los músculos y la flexibilidad y fuerza de las articulaciones, en las cuales, según aseguran, se acumula el pasado. El Hatha Yoga sirve para calmar la mente, abrir los centros energéticos del cuerpo (que llaman «chakras», una palabra que en sánscrito significa «rueda») y acceder a otros estados de consciencia, ya que creen que cada postura trae automáticamente un determinado estado de consciencia. Las asanas sirven además para limpiar los canales sutiles, invertir el proceso de envejecimiento, estimular el riego sanguíneo y armonizar el trabajo de los órganos y glándulas del cuerpo.

Subo de nuevo hasta el jardín de Gardalis, poseído por el recuerdo de su belleza singular. No es realmente un jardín, porque ningún jardinero lo cuida, pero parece un jardín. El césped crece mullido y espeso, con abundantes macizos de trébol de un verde más oscuro. Los troncos de los abetos brotan de la hierba como columnas rectilíneas. Una ardilla roja con la cola en forma de S me mira sorprendida en mitad

del césped y luego corre hasta uno de los troncos y trepa hacia arriba a toda velocidad. El columpio sigue en el mismo lugar, colgado de sus larguísimas guirnalda doradas. Me siento en él, dejo el cayado en el suelo y me balanceo ligeramente. Basta un pequeño empujón para ponerlo en movimiento. Me deslizo sobre la hierba y sobre mi propia sombra que corre sobre la hierba y luego comienzo a separarme del suelo y el columpio sigue y sigue avanzando. Luego me da la impresión de que me elevo por los aires como si fuera a seguir, volando, por encima de las copas de los abetos, pero llega un momento en que comienzo a descender de nuevo. Comienzo a deslizarme sobre la hierba. Mi sombra está ahí abajo, corriendo sobre la hierba, sobre las margaritas, las dentadas hojas del dandelión, el trébol, el asfódelo silvestre, y luego voy hacia atrás, como succionado por la verde inmaterialidad del bosque, y cuando llego al límite posterior de mi recorrido y comienzo a avanzar de nuevo, me impulso todavía más para llegar en esta ocasión mucho más arriba. Una voz me dice al oído: suéltate cuando llegues a lo más alto. Pero me aferro con fuerza a las guirnalda de tela que sostienen el columpio. No pienso soltarme.

Dentro de las prácticas de Atención, practican la Visualización e Imaginación Activa, técnicas para el control de la mente y reprogramación de la mente mediante la creación de imágenes mentales y de colores mentales. Los colores, bajo cualquiera de sus formas, son importantes para ellos, y les atribuyen toda suerte de poderes y propiedades. Disfrutan inmensamente de los colores de las flores, de las frutas, de las hojas y de los animales, especialmente del plumaje de los pájaros. Disfrutan también de los colores de las obras de arte, ya sean frescos indios, vitrales góticos, retratos renacentistas o paisajes de David Hockney. Pero les interesan sobre todo los colores psíquicos. Aseguran que afectan al estado físico y al estado de ánimo y estimulan y despiertan las zonas dormidas de la psique que proporcionan el acceso a la Gran Mente y también a los niveles espirituales superiores.

Llaman «Gran Mente» a una suerte de Mente Transpersonal que contiene una casi ilimitada reserva de información respecto a las materias más diversas, el futuro, el pasado y todos y cada uno de los seres humanos. La Mente Transpersonal no es el Yo real, que según ellos sólo puede comenzar a manifestarse cuando se detiene el diálogo interno y desaparece el «pequeño yo» o «mente inferior», ya que la Mente Transpersonal es transpersonal y el Yo real sigue siendo individual y yo lo sigo experimentando como mi yo verdadero y real, lo más real que jamás haya experimentado y fuente y razón de toda realidad. La Gran Mente es, al parecer, un nivel de la conciencia en el que es posible entrar por medio de la meditación. Dentro de la Gran Mente uno puede inquirir acerca de cualquier materia, resolver problemas de todo tipo, técnicos, científicos, emocionales, psíquicos, prácticos o artísticos, entrar en contacto con entidades espirituales, ver el futuro o el pasado, entrar en contacto con personas que están alejadas en el espacio, observar el estado de salud y la energía de otra persona por distante que se encuentre, realizar curaciones

energéticas a distancia, obtener ideas o inspiración bajo la forma de historias, símbolos, voces, palabras, conversaciones con seres de luz, imágenes, etc.

Casi todas las prácticas de la Universidad, tales como la Danza, el Canto, el Hatha Yoga, la Ciencia de la Respiración, etc., son utilizadas como preparaciones para la Meditación, que es considerada la práctica más importante y definitiva de todas. El estado de meditación se produce cuando se logra una concentración perfecta, un total silencio de la mente y un estado de atención ininterrumpida. No es algo que pueda «hacerse», me explican, porque el estado de meditación surge cuando uno abandona toda acción, toda intención, toda tensión, todo querer, todo intentar, todo esperar, y se concentra sólo en ser. En el estado de meditación se accede al siguiente estado de conciencia y hace su aparición el Yo real. Éste es el principio de lo que ellos llaman Vida Real. Para ellos toda la vida humana tal y como la conocemos, no es más que un vago recuerdo, una sombra difusa, de la Vida Real. Sólo en muy raras ocasiones a lo largo de nuestra existencia, me aseguran, tenemos experiencias de Vida Real. Sin embargo, si el Yo Real se manifiesta, aunque sea sólo una vez y durante un breve espacio de tiempo, la experiencia puede bastar para transformar nuestra vida.

Por si todo esto fuera poco, trabajan también con los sueños. Tratan de mantener la lucidez durante los sueños, de despertar dentro de los sueños (a esto le llaman «Ensoñar») y de utilizar los sueños para tener experiencias «objetivas» tales como entrar en contacto con entidades energéticas o visitar distintos lugares, planos o dimensiones. También engloban en este apartado los viajes astrales, las experiencias fuera del cuerpo y las llamadas «experiencias cercanas a la muerte» o ECM. Para ellos las ECM son algo relativamente corriente y no están necesariamente vinculadas a la muerte, a los estados de muerte cerebral o paro cardíaco o a los estados de *shock* o asfixia, tal como se han descrito a menudo. Suceden también, me aseguran, durante las meditaciones, durante paseos por el campo o mediante la experiencia artística.

Las actividades de Ensueño me intrigan poderosamente. Me enseñan varias técnicas para despertar dentro de los sueños y para salir del cuerpo aunque, me explican, en ocasiones son necesarios muchos años de preparación para lograr una experiencia de este tipo. Los Ensueños son más «fáciles», por así decir, y comienzan a producirse de forma más o menos regular cuando uno practica técnicas castanedianas de manejo de la energía tales como la Tensigridad o la Recapitulación.

Me quedo maravillado con las cosas que me cuentan acerca de los viajes astrales. Al parecer, algunos de los maestros de la Universidad son capaces de volar de manera consciente a lejanos planetas, que me describen con todo lujo de detalles.

Estudian también algo llamado Sexualidad Sagrada. Se trata, en un principio, del estudio de la energía, de la realidad como energía y del ser humano como energía, dado que para ellos todo es energía, y también los pensamientos, la mente o las emociones son energía. Estudian la «energía sexual», que ellos centran en el segundo chakra. Celebran la dignidad esencial del cuerpo humano (por eso, según creo, a algunos les dan como tarea el pasarse uno, dos o tres días completamente desnudos) y

estudian la sexualidad como centro de la vida, dado que es en verdad lo único universal a todos los seres humanos. Ven en la sexualidad placer, diversión, juego, comunicación con otro ser humano, expresión de amor, capacidad generativa y vehículo hacia la comprensión del vínculo con la vida, con la naturaleza, con la especie y con la divinidad. Estudian formas de estimular y prolongar el placer sin llegar al orgasmo y formas de hacer más intenso el orgasmo, y ven el placer sexual como expresión de amor y descubrimiento del ser de luz del otro, medio de conocimiento místico y vehículo para experiencias transpersonales. La sexualidad humana entendida como simple método de procreación, dicen ellos, no tiene el menor sentido, y considerar que la sexualidad es un simple método para la procreación es poner al hombre en el nivel de los animales. Para ellos gran parte de los problemas de los seres humanos surgen del inexplicable odio al cuerpo que llena muchas culturas: la prohibición del placer sexual en el cristianismo; la castración femenina en las culturas africanas; la represión del elemento femenino dentro del islam; la exaltación del celibato del vedanta; las prohibiciones jainistas de los placeres sensuales (comida, bebida, sexo) que luego pasarían al budismo y más tarde al cristianismo; la prohibición de la ebriedad o de ciertos alimentos en muchas culturas (la prohibición del cerdo o del alcohol, el vegetarianismo, los alimentos que son «impuros» ciertos días); la prohibición de la exhibición de la piel femenina en el islam y el judaísmo ortodoxo; las leyes universales que existen contra la homosexualidad; la proscripción de la danza, del canto o incluso de la música en ciertas versiones extremistas del islamismo; la identificación de bailarinas, cantantes o actrices con prostitutas; el desprecio de la Ilustración por el arte, la danza, la ópera, la novela, la poesía, lo lírico, la emoción; la defensa a ultranza de un modelo masculino y puramente Mental frente al modelo emocional femenino, basado en el cuerpo, su movimiento, expresión, sensaciones... Sí, parece que toda la historia del hombre, me dice Cristina en una de las raras conversaciones que tenemos, que toda la historia del hombre es una lucha no sólo contra las mujeres y su papel en la sociedad, sino contra algo mucho más profundo y que engloba todo el arquetipo femenino: el cuerpo, la danza, la sexualidad, el placer, la belleza, a favor del poder, el orden, la mente, las clasificaciones, la guerra, el castigo, el control.

Diré, finalmente, que para ellos la Sexualidad Sagrada permite tener experiencias que nosotros llamaríamos «místicas» —ellos apenas usan esa palabra, que consideran imprecisa— y sirve también para conocer la naturaleza de luz del amante, que en los casos de intensa entrega amorosa se revela como una criatura ajena al tiempo y al espacio que existe más allá de su presente forma y encarnación.

Hay todavía otras asignaturas. La Anatomía, por ejemplo, que consideran muy importante para la comprensión global. Estudian una anatomía muy particular en la que el cuerpo físico es sólo una parte del diagrama. Se incluyen cuerpos sutiles, centros energéticos dentro y fuera del cuerpo (seis dentro del cuerpo y dos por encima de la cabeza), representan los diversos niveles o envolturas pránicas o

energéticas del ser humano, el ser humano como huevo energético, el ser humano como parte del Ser Completo, que tiene en los diagramas forma de pirámide, forma de pájaro o forma de esfera, de acuerdo con distintas aproximaciones.

Practican también la Curación Energética por medio del canto, la danza, la música, la meditación, la pintura, la visualización, el pranayama, etc. Resulta sorprendente la cantidad de cosas y prácticas heterogéneas que ellos relacionan con la medicina y con la curación. Casi diría que el objetivo principal de la enseñanza de la Universidad es la curación. Más tarde he comprendido que la curación constituye una rama independiente de las enseñanzas de la Universidad.

Hay, en realidad, tres grandes ramas en la Universidad: Curación, Arte de la Felicidad y Realización. La Curación, adscrita simbólicamente al dios Asclepio, dios de la medicina y de los sueños, utiliza numerosas técnicas chamánicas, tales como encerramiento en cuevas, enterramientos simbólicos, viajes de poder, *vision quest* y todo tipo de pruebas físicas designadas para llevar la percepción más allá de sus límites. También ingieren plantas sagradas que inducen estados visionarios en ceremonias cuidadosamente preparadas que suelen durar toda una noche y van precedidas de al menos tres días de purificación. Ignoro qué plantas son capaces de cultivar o encontrar aquí, pero me han hablado de varias: una liana que encuentran en la selva, una flor y unos hongos, que quizá sean *Psilocybe cubensis* (me pregunto si la liana será ayahuasca), aunque todas estas plantas alucinógenas crecen, generalmente, en América y no en otros continentes. Los que se interesan principalmente por la curación aplican todas las enseñanzas de la Universidad, desde la música al hatha yoga, a la curación. También estudian con los Monjes Azules el uso, cultivo y recolección de hierbas medicinales y con los Monjes Dorados la fabricación de filtros y elixires florales, para lo cual han de profundizar extraordinariamente en el trabajo sobre sí mismos y en la meditación.

Todas las enseñanzas de la Universidad convergen, todas confluyen.

Estudian y practican con toda seriedad algo que ellos denominan Magia, o también «Trabajo con la Forma», ya que para ellos «magia» es «el trabajo con la energía mediante la forma»; un concepto extraño y elusivo para mí, que implica la aceptación de una visión curiosamente armónica de la realidad basada en algo así como estados mutuamente resonantes. Si pinto una flor roja, por ejemplo, me explica Filemón, estoy activando en mí todo lo que yo relaciono con lo rojo, por ejemplo el amor, el éxito, la felicidad. El principio de la magia implica, pues, la creencia en un vínculo objetivo entre lo psíquico y lo físico que no consigo acabar de aceptar (ni de comprender). Ellos hablan de «campos morfogenéticos» o estudian la Ciencia de los Vínculos, y afirman que la forma influye, de modo que no crecerán del mismo modo las plantas de un jardín redondo que las de un jardín de planta triangular, ni tendrá uno los mismos sueños en una habitación con techo abovedado que en una con techo piramidal.

De aquí surge el teatro mágico, la música mágica, la pintura mágica y la

psicoterapia mágica.

Pero el «trabajo con la energía mediante la forma» tiene muchas otras vertientes más misteriosas y, al menos para mí, difíciles de aceptar. El trabajo directo con la energía supone la comprensión de todo lo que existe y todo lo que sucede como simple energía. Los que trabajan directamente en la energía aprenden a Ver directamente la energía. Ven los seres vivos rodeados de su aura, y ven los distintos cuerpos sutiles con sus diferentes formas y colores, ven la forma de los sentimientos y de los pensamientos, los maestros espirituales y los parásitos espirituales, las sombras y los seres de luz. Ven el huevo luminoso que es la realidad de la Forma Humana y los miles de haces de luz que provienen de todos los rincones del cosmos y confluyen en cada Huevo Luminoso.

Mediante todas estas prácticas, el yoga, los no-haceres, la autoobservación, la práctica con los sueños, además del cultivo consciente de la atención, la audición, la danza, el canto, etc., desarrollan partes del cerebro que están normalmente inactivas. De este modo alcanzan poderes psíquicos tales como la transmisión del pensamiento, la telequinesia, la premonición o la visión directa de la energía. Por lo general, en la Universidad no se da importancia a estos «poderes» y se aconseja a los alumnos que constaten su existencia como señales de que su progreso es real pero que no los practiquen ni intenten utilizarlos.

Alcanzan además algo más importante: la paz interior, un estado de maravilla y felicidad constantes y el deseo de ayudar a los otros.

Hay un momento de la Enseñanza, me dice Filemón, en que uno se ve a sí mismo. Otro, en el que uno ve el mundo. Otro, en que el Yo real se manifiesta. Cuando uno vive un instante, aunque sea un instante, en la Realidad, me dice, todo se transforma. Ya nada vuelve a ser lo mismo, y la Enseñanza comienza, por fin, a tener sentido. Comienza la Realidad. Comienza la Libertad.

Éste es el momento en que algo nuevo se ha formado en nuestro interior, una especie de centro, un imán, una piedra, una llama. En este momento podemos ya regresar al mundo, porque hemos adquirido algo permanente en nosotros. Podemos, también, seguir aquí, me dice, continuar la tarea de la transformación.

Pero de lo que sucede a continuación, me dice, no se puede hablar.

Mis paseos por el valle

Estoy aprendiendo a montar a caballo. Ha sido idea de Cristina. Me ha sugerido que utilice un caballo para desplazarme mientras los carpinteros terminan de hacer mi pierna artificial.

Me han dejado uno muy manso, un rucio que camina lentamente y jamás se pone al trote. Se llama *Aurelianus*, el buen animal. Con él desciendo por los caminos hasta llegar al valle. Aquí lo llaman así: el valle, aunque en realidad se trata del fondo del cráter de un volcán. El valle, como ya he explicado, es bastante amplio, y gran parte de su extensión está dedicada a la agricultura. Aquí cultivan maíz, café, tomates, arroz, cebollas, patatas, avena, lentejas, melones, repollo, borrajas, lúpulo, y hay además manzanos, almendros, nogales, perales, higueras, papayos, aguacates, cerezos, ciruelos. Nunca habría imaginado que todas estas especies pudieran darse juntas. También disponen de colmenares de donde extraen miel y cera para fabricar velas, y de una nada despreciable cabaña de ganado bovino y ovino, un pequeño rebaño de vacas y dos o tres rebaños de cabras. Muchos de ellos son vegetarianos, pero incluso los que no lo son evitan el sacrificio de animales y sólo se los comen cuando mueren. Aprovechan su leche, con la que hacen distintas variedades de queso y mantequilla. También tienen pavos y gallinas, de manera que disponen de productos lácteos y de huevos como fuentes de proteínas. Como el lúpulo se da bien en estas tierras, fabrican cerveza de dos variedades, una rubia y otra tostada, y también disponen de café, que tuestan muy poco y que tiene un sabor suave. Apenas toman leche fresca. La utilizan para fabricar mantequilla y queso y también algunos productos frescos como yogur, requesón, queso fresco y nata agria. Tienen dos toros y unas veinte vacas, todos aparentemente sanos y fuertes. Los usan también como animales de tiro, para arrastrar los carros, que son el principal vehículo de transporte pesado, y para arar la tierra. Son vacas de la variedad charolesa, de pelaje blanco, cuernos cortos y enorme tamaño. Me dicen que el toro más grande, a quien llaman *Zeus*, pesa mil cuatrocientos kilos, mientras que las vacas adultas andan alrededor de los novecientos kilos. Son animales fuertes para el trabajo, crecen rápido, dan mucha leche y son además muy fértiles, ya que suelen parir gemelos. No es época de cría y no se ven terneros, pero sí bastantes vacas jóvenes. Me maravilla la belleza de estos animales resplandecientes y perfectos y también la nobleza de su figura. Uno nunca piensa en una vaca cuando busca una efigie de la nobleza, pero estos ejemplares de bóvidos charoleses me parecen tan nobles y majestuosos como el león, el caballo o el ciervo. Tienen la cabeza grande y cuadrada, con una apretada mata de pelo rizado entre los pequeños cuernos. Los toros son muy fuertes, y sus músculos hinchados y tirantes se transparentan con arrogancia a través del pelaje. Claro que los que las cuidan no hablan de «piel» ni de «pelaje», sino de «manto» (*coat*). Su manto, pues, es

velludo y de un color tan blanco que resulta casi deslumbrante. En mis paseos por el valle no me canso de mirar a estos animales formidables y pacíficos. Me digo que nunca había reparado en la belleza majestuosa de las vacas. Quizá nadie lo haga para poder comérselas sin remordimientos. Tendemos a admirar a los animales que nos dan miedo y a despreciar a aquellos a los que aterrizamos nosotros.

Ignoro de cuántas cabras disponen: creo que hay tres o cuatro manadas que se van moviendo por los bosques y prados de las laderas. El queso de cabra que fabrican es delicioso. No hay nada mejor que una merienda casual de queso de cabra, higos secos, pan de avena y cerveza rubia.

El valle está dividido en bancales y en zonas de pasto separadas por pequeñas paredes de piedra como las que son corrientes en España. Las de aquí están bien construidas y tienen abundante líquen, lo que atestigüa su antigüedad. En el valle hay abundantes vías de agua, pero además han trazado numerosos canales que cortan y redirigen mediante compuertas de madera que abren y cierran a voluntad. Tienen además abundante agua guardada en embalses. Aquí arriba llueve a menudo, pero las precipitaciones no son tan abundantes como en las tierras bajas, y a veces, según me cuentan, puede pasarse semanas sin llover.

La temperatura aquí arriba es muy agradable. Durante el día, el calor es fuerte cuando uno se pone al sol, pero por la tarde refresca enseguida; las noches son templadas y las albas frías. Muchas noches uno agradece una manta ligera. El clima, además, no es tan húmedo como en el resto de la isla.

Ahora tengo ropa limpia y nueva, como bien todos los días, dispongo de un lecho y de un techo sobre mi cabeza y me he librado del calor espantoso de la selva, de la humedad asfixiante y de los insectos. *Aurelianus* y yo nos hemos hecho buenos amigos. Con él recorro los caminos y exploro lentamente este lugar. Y sin embargo no soy feliz. Hay una sombra que me persigue día y noche. Se llama Cristina. Se llama Salomé.

Pienso avanzar más allá, adentrarme más en el valle, alcanzar ese lago salpicado de islas verdes que he visto desde lo alto y que debe de señalar el centro del cráter, pero no logro encontrar caminos que vayan más allá de un cierto punto. Hay cabañas y cobertizos en los que a veces me encuentro con alguien. Si está meditando o durmiendo, no le molesto. Pero si está trabajando en el campo u ordeñando una vaca, me detengo y le pregunto cómo ir más allá. La respuesta siempre es vaga y poco satisfactoria.

Hay granados sin cultivar, y rosas salvajes, y manzanos silvestres. Pregunto que por qué dejan que se estropeen las granadas, y me dicen que les sobra la comida, que si se pusieran a recolectar todo lo que crece en todos los frutales, serían incapaces de consumirlo y terminaría por estropearse. Hacen muchas mermeladas, chutneys y conservas además de uvas y ciruelas pasas e higos secos, que guardan en las despensas, pero los recursos agrícolas del valle podrían alimentar a una población diez veces mayor de la que lo ocupa en el presente.

Pregunto qué hay más allá y nadie me lo sabe explicar. ¿Más allá de dónde?, me preguntan. Les hablo del lago. Ah, el lago. Hay varios lagos, me dicen. Sí, pero hay uno mayor que todos los demás. No sé si es que de verdad no saben de qué les hablo o si es que fingen no entenderme.

Un día, paseando por el valle a lomos de mi rucio, me adentro entre los árboles, alejándome de los campos y los huertos, y me encuentro con lo que parece el cauce seco de un arroyo, un cauce de tierra oscura que cruza el camino. Me salgo de la senda que traía y convengo a mi buen *Aurelianus* de que siga avanzando por aquel camino que no es un camino, sino el lecho de un río, ahora sin agua (supongo) por que han redirigido su caudal mediante canales para regar los cultivos. Los árboles son muy altos por esta zona, una densa floresta de alisos como los que suelen crecer en Europa al lado de las vías de agua. Continúo por este camino por espacio de unos dos kilómetros, y finalmente llego de nuevo al paisaje abierto, grandes praderas separadas por hileras de árboles. No se ve ganado por aquí, ni tampoco tierras cultivadas, pero hay caminos entre los prados y huellas de antiguos canales para organizar el regadío o el apacentamiento. Pero es evidente que esta zona, estos pastos, han sido abandonados. Las zarzas crecen alrededor de las vallas de piedra, algunas de las cuales han empezado a desmoronarse sin que nadie las repare. Las canalizaciones para conducir el agua están secas y llenas de hierba, las esclusas rotas.

Intento buscar los antiguos caminos, pero la maleza lo invade todo. La sensación de soledad y lejanía resulta placentera. Hay arboledas bajo las cuales es muy agradable pasear. Hay olmos, robles, fresnos, alisos, árboles de climas templados, bajo los cuales evolucionan antiguos senderos sombreados ahora invadidos por la hierba a causa de la falta de uso. Enseguida presiento el olor del agua y el grito de las aves acuáticas.

El lago brilla hermosamente bajo la luz del sol, en el descenso de la loma. ¡Aquí está por fin! La sábana de agua parece comprender distintas regiones y distintos climas, cada uno dotado de su color propio y de su propio tiempo: plata escintilante para la zona donde brilla el sol, azul ultramar en las zonas profundas, verde cieno en las orillas, violeta oscuro a lo lejos. Hay varios islotes en el lago, todos llenos de árboles altos, que impiden la visión de la orilla opuesta.

Me digo que un lago sin salida que recibe a través de los siglos los minerales y sedimentos de diversos arroyos debe de estar corrompido y envenenado, pero no es así.

El agua parece limpia, y en las orillas crecen cañas y papiros que se mueven acompasadamente con el viento. El dibujo de la orilla es agradablemente irregular, con pequeñas calas, playas de arena blanca en forma de media luna y penínsulas verdes que se adentran en las aguas. Guío a mi caballo hasta la orilla y el animal bebe con sed. Hay cisnes y patos en el lago, y también garcetas y grullas. Si las aguas no son venenosas, como así parece por la presencia abundante de vida vegetal y voladora, debe de haber pesca, quizá truchas o róbalo, aunque nunca he visto que los

habitantes del valle coman pescado.

Avanzo por las orillas del lago, cubiertas de hierba en amplias praderas salpicadas de flores primaverales, dientes de león, margaritas, narcisos diminutos blancos y amarillos, pequeñas orquídeas leopardo de pétalos blancos punteados de fucsia, anémonas. Más allá comienzan los árboles. Entre los árboles diviso una cabaña de tablones, oscura y vagamente amenazante. Va apareciendo, surgiendo de entre dos grandes cipreses de copa muy baja y muy densa. Son cipreses grandes y oscuros, espesos como columnas. Alrededor, irregularmente distribuidos por el prado, hay robles, olmos, fresnos, árboles templados de sombra, pero ¿los cipreses no son árboles meridionales? No sé mucho de árboles, y la variedad de especies que encuentro en aquel lugar me recuerda a la fantasía a veces casi insensata de los jardines ingleses, ya que sólo en un jardín pueden convivir, como aquí, una palma del viajero, un ciprés y un olmo. Pero no es eso lo que más me alarma, sino la cabaña que ha aparecido entre los dos cipreses.

Hago que *Aurelianus* se detenga. Es una cabaña vieja, polvorienta, que lleva muchos años abandonada. Pero siento terror al verla, porque creo que es idéntica a la cabaña de Pohjola, la cabaña que encontramos una noche entre las montañas y en la que desapareció mi amigo.

Me acerco con precaución. ¿Es igual que la cabaña de Pohjola o no es igual? En aquella ocasión era de noche, y veíamos la cabaña iluminada de forma oscilante por los focos de dos linternas. Estábamos todos agotados después de un largo viaje, sometidos a una intensa presión emocional. No puedo estar seguro de que esta cabaña que veo ahora y aquélla sean idénticas, es decir, que sea la misma cabaña, pero tiene, como aquélla, una puerta con un escalón de madera, y una ventana a la derecha con los cristales intactos aunque cubiertos de un manto de polvo y telarañas.

Voy dando la vuelta a la cabaña, sin acercarme mucho, y oigo unas voces. Mi corazón comienza a latir con fuerza. En la parte de detrás hay una zona de hierba sin árboles, y hay allí varias niñas jugando. Juegan a esos juegos de las niñas, que unen una especie de danza con una canción, aunque no entiendo las palabras que cantan, ni tampoco reconozco el juego. Deben de tener unos diez años. Algunas son rubias, otras tienen el pelo castaño o rojizo, una de ellas tiene el pelo negro. Llevan vestidos cortos de estilo antiguo, con bordados y diseños de flores, y medias largas de distintos colores.

—¡Hola! —digo para no asustarlas—. ¿Qué hacéis aquí?

Las niñas se detienen y me miran sobresaltadas. Una de ellas tiene algo en las manos. Lo sostiene con cuidado entre las dos palmas de las manos curvadas.

—¿Qué hacéis? —pregunto—. ¿Vivís por aquí?

La niña abre de pronto las manos liberando lo que encerraba en ellas. Se trata de una polilla grande y parda, que agita con fuerza las alas y desaparece volando torpemente en dirección a la cabaña. Otra de las niñas, la que tiene el cabello rojo, arranca una flor de la hierba y se acerca a mí.

—Oh, un regalo —digo, intentando parecer amable.

Jamás he sabido hablar a los niños. No los entiendo y, como les sucede a muchos solteros, he de confesar que me dan un poco de miedo.

La niña se acerca y me entrega la flor. Es una amapola, pero una amapola extraña, porque tiene dos pétalos rojos y dos pétalos blancos. Creo que jamás he visto una amapola así.

—Gracias —digo cogiendo la flor.

—Guárdala —me dice la niña, haciéndome señas de que me la meta en el bolsillo de la camisa—. Guárdala bien.

Habla de una forma muy extraña, como cantando. Tiene un acento que no consigo distinguir.

—Ok, lo haré.

—Guárdala —dice la niña—, para dentro de cien años.

—¿Para dentro de cien años?

—Sí. Para dentro de cien años.

—Muy bien —digo.

La niña se aparta de mí caminando hacia atrás y sin dejar de mirarme con expresión grave. Luego, todas echan a correr y se pierden entre los árboles.

Tiro de las riendas de *Aurelianus* para hacer que se acerque un poco más a la cabaña, pero el animal no quiere moverse, y se queda con las patas clavadas en el suelo.

—¡Hola! —grito—. ¿Hay alguien ahí?

Pienso que la ventana se va a abrir de pronto y que va a aparecer allí Wade sonriendo y comiendo algo, una nuez, una manzana, una pera salvaje.

—¡Wade Erickson! —grito—. ¿Estás ahí?

El silencio de la naturaleza sigue a mis palabras, el coro de los insectos, los lejanos gritos de los pájaros, el rumor del viento en los árboles.

—¡Pohjola! —grito entonces, con un temblor de miedo en la voz—. ¡Aarvo Pohjola!

Nadie responde. Nada se mueve en la vieja cabaña.

Me alejo de allí, cabalgando lentamente. Paso tras paso de mi cabalgadura, siento cómo la cabaña y su influencia se alejan de mí. Siento la atracción poderosa de la cabaña, su fascinación, como un corazón oscuro que latiera en el centro del mundo, o quizá en la esquina del mundo, en el rincón del mundo lóbrego y oscuro. Todavía tengo la amapola en la mano. Me la meto en el bolsillo de la camisa con cuidado, diciéndome que al llegar a la Universidad la prensaré dentro de un libro para poder conservarla.

Vida de Cristina

—Después de pasar un año en el *ashram*, en Rishikesh, me fui a Nueva York —me dice Cristina—. El hecho es que de vez en cuando aparecían por el *ashram* alumnos de un discípulo de *swami* Kailashananda que tenía, desde hacía bastantes años, un pequeño estudio de yoga en Nueva York. Casi siempre se quedaban desilusionados o confundidos con su experiencia en Rishikesh. El *swami* les parecía muy altivo, muy distante. La vida en el *ashram* les parecía muy dura. Era todo karma yoga, karma yoga, karma yoga, ¿comprendes? Servicio al gurú, servicio al *ashram*, servicio desinteresado, trabajo continuo, siempre a los pies del gurú, siempre convertidos como una mota de polvo o un mosquito insignificante frente a la magnificencia luminosa del gurú.

»Sin embargo, cuando hablaban de Dharma, su maestro de Nueva York, se les iluminaban los ojos. Me decían que Dharma era totalmente diferente de su maestro. Apenas insistía en las cuestiones teóricas que eran gran parte del aprendizaje del *ashram*, todos aquellos términos sánscritos, todos aquellos apuntes sobre piedras, sobre planetas y sobre números que tomábamos y que llenaban cuadernos y cuadernos. Dharma hablaba poco, y cuando lo hacía decía cosas muy sencillas y con mucho sentido del humor. Me contaban que era un hombre muy humilde, y que aunque tenía muchos seguidores y estaba comenzando a hacerse muy conocido, afirmaba que él no era ningún maestro, que era “sólo un instructor”. “Yo no soy un gurú”, decía, “sólo un instructor”. Y me sentí poderosamente atraída por esta voz que me llegaba de lejos, por este hombre que afirmaba que no era un maestro —en un mundo en el que todos se sienten maestros y todos se comportan como tales.

»Estaba cansada de la India. La experiencia fue muy dura. Todo era duro: el clima, la dieta, la soledad, la suciedad, los insectos, los animales por todas partes, el verano abrasador y el gélido invierno, cuando todo se cubría de nieve. Las experiencias interiores eran de gran intensidad, pero después de unos meses dejé, incluso, de experimentar alegría. Tenía que volver a Occidente. Quería conocer a Dharma. Y me fui a Nueva York, y conocí a Dharma, y se convirtió en mi maestro de yoga durante tres años.

—¿Dharma es un nombre corriente en los círculos del yoga? —pregunto.

—Sí, supongo que sí —dice Cristina—. Es un nombre sánscrito que significa «ley». ¿Por qué lo preguntas?

—Cuando hablas de Dharma, el profesor de yoga de Nueva York, supongo que no te refieres a Dharma Mitra...

—Dharma Mitra, sí —dice Cristina.

—Dharma Mitra, que tiene un centro de yoga en Nueva York, casado con una mujer judía que se llama Eva y también se dedica al yoga... Un hombre de origen

brasileño, fuerte, moreno, de pelo rizado...

—Pero bueno —dice Cristina riendo—. ¿Tú conoces a Dharma?

—Le he conocido aquí, en la isla. Venía en el avión con su mujer.

—No es posible —dice Cristina—. Me estás tomando el pelo.

—Está aquí, en la isla —le digo—. Está aquí en estos momentos, en el poblado de la playa. Fue él quien me fabricó la pierna de madera que perdí durante la ascensión al volcán.

—No es posible —dice Cristina.

—Sí, es otra coincidencia asombrosa.

—¿Él te fabricó una pierna de madera?

—Sí. Perfecta, y con una articulación en el tobillo.

—Dharma siempre ha sido muy mañoso con la madera. En el centro de Nueva York se pasaba el día construyendo cosas, muebles, paredes, armarios, mostradores...

—Fue él también quien me ayudó a construirme mi cabaña, a los pocos días de llegar. En un principio yo pensaba que era un simple ebanista.

—¿Dharma está aquí, en la isla?

—Sí.

—No me lo puedo creer —dice llevándose las manos a la cara.

Así es como descubro que un año después de regresar de Rishikesh, ella se marchó a América y se instaló en Manhattan, a unas ciento setenta millas de donde yo me encontraba en aquellos momentos, y que vivió allí nada menos que tres años. Por espacio de tres años yo viví en Oakland, Rhode Island, y ella vivió en el East Village de Nueva York. Por espacio de tres años, la ventana de su apartamento de Saint Mark's Place, Lower Manhattan, estaba a unos doscientos kilómetros, a vuelo de pájaro, de la ventana de mi estudio de mi casa de Oakland. Tres horas y media en coche. Unas cinco horas cogiendo un tren en la Penn Station y luego un autobús Greyhound desde Midway.

De pronto, toda mi vida me parece absurda.

Estamos sentados en una de las terrazas contemplando el paisaje del valle. Éste ha llegado a convertirse en mi lugar favorito de la Universidad Blanca. La baranda de la terraza es un banco corrido de piedra blanca, que va trazando una línea ondulante. La piedra está tan pulida que tiene el lustre graso de la seda. Una higuera crece en un círculo abierto en las losas. En la pared más cercana trepa una frondosa buganvilla cuyas flores de intenso color rosa o morado (hay, en realidad, dos buganvillas diferentes entrelazadas) son visitadas por diversas jerarquías de avispa y mariposas. Hay algunas flores de buganvilla secas caídas en el suelo. Parecen falsas flores de papel. Nos sentamos en el banco de piedra y contemplamos el valle. Las paredes del cráter, cubiertas de bosque, van trazando una larga, majestuosa circunferencia. Las nubes, inmóviles a distintas alturas en el cielo azul, parecen flores que flotan en un estanque. Como todas las tardes, las golondrinas giran en el cielo.

Le costó mucho tiempo olvidarme, me dice, muchos viajes, muchas lágrimas.

Finalmente conoció a otro hombre, y se enamoró de él. Y entonces comenzó de verdad el largo, difícil negocio del olvido. Esto sucedió cinco años después de nuestra separación. Le conoció en México, me cuenta, en un curso. Éstos fueron los años en que estuvo explorando el mundo del chamanismo. Años de viajes a Perú y a México, de breves estancias en México que luego se harían estancias más largas. En México D. F., en San Miguel Allende, en Real de Catorce, en Oaxaca. Este hombre era amigo de una señora mexicana que era amiga, a su vez, de las personas con las que ella estaba trabajando. Esta señora vivía en México D. F., en Polanco, en la Colonia Irrigación, y organizaba en su casa todo tipo de reuniones esotéricas. Casi toda la actividad espiritual de México D. F. pasaba por su casa, ya fueran monjes budistas, alquimistas, gentes de Aurobindo o de Carlos Castaneda, y ella misma, me cuenta Cristina, conocía a Castaneda y pertenecía a su grupo. Le pregunto el nombre de esta señora y me dice que se trata de María Teresa Eloísa, y al ver mis ojos de sorpresa me pregunta riendo con incredulidad si la conozco, si también la conozco, si también estaba ella en el avión que se estrelló. No, no estaba en el avión, le digo, y tampoco la conozco en persona. Pero hay una muchacha mexicana en el grupo que sí la conoce. Una muchacha llamada Xóchitl, y le hablo de Ana María y de Miguelito. ¿Miguelito de Pahuatlán?, pregunta Cristina. Sí, Cristina también conoce a Miguelito, también estuvo en Pahuatlán en varias ocasiones, aunque al principio Miguelito tenía una casa muy sencilla, de piso de tierra y paredes de cemento y para calentarse tenía que encender un fueguito y el humo se iba por un agujero del techo. Conoce a Miguelito, con él aprendió a hacer temazcales, a escuchar las historias de la flor del maíz y de la flor del cacao, a tener paciencia, a tener humildad, escuchó sus historias a la luz de un fuego, en la montaña, esas historias que llevaban a todos a la Segunda Atención, al mundo del ensueño. En su relato, Miguelito parece muy diferente a como aparecía en el relato de Óscar Panero, más grande, más misterioso, pero no cabe duda de que es la misma persona. ¿Cómo son posibles tantas casualidades?, le pregunto. ¿Cómo es posible reunir a un puñado de personas de todo el mundo al azar y que tantos se conozcan entre sí? ¿Cómo es posible?

—La idea de que en el mundo hay miles de millones de seres humanos nos hace perder la perspectiva —dice ella—. A lo mejor lo que sucede es que todos somos, en realidad, una familia. Una pequeña familia.

—Esta muchacha, Xóchitl, tuvo una horrible experiencia en Pahuatlán. Y esa señora mexicana se lo advirtió, le dijo que no volviera allí, que era peligroso. No sé qué vio en ella, o en lo que ella le contaba, que le hizo percibir un peligro.

—María Teresa es muy sorprendente —dice Cristina—. Es una mujer de conocimiento.

—La admiras.

—Es mi maestra, y también mi hermana —dice Cristina—. Si ella estuviera aquí, yo desearía que ella fuera Salomé.

Pero no quiero desviarme del tema que más me interesa. Ella me contaba que

conoció a este hombre que sería su marido en casa de la señora María Teresa Eloísa, una noche, durante una reunión informal de amigos, y que al salir de la casa de María Teresa, caminando por las aceras en dirección a una avenida grande para coger un taxi, en una de esas noches verdosas de México, me dice, aunque no entiendo por qué las noches de México son verdosas y no azules o rosadas, se pusieron a charlar y se pasaron casi toda la noche hablando y caminando por la ciudad de México, por calles solitarias flanqueadas de jardines donde crecían grandes mimosas dormidas y árboles del coral y luego cafés nocturnos y locales decorados como en los años setenta y así terminaron, arrostrando todos los peligros de la noche mexicana, en la Alameda Central, hablando sentados en un banco y contemplando la aparición del amanecer por encima de los cristales azules de la Torre Latinoamericana. Él era bastante mayor que ella, un hombre maduro, me contó, lleno de humor y de experiencias, un hombre recio y apacible, gran caminador, con una larga vida a sus espaldas, con hijos ya crecidos y un par de esposas y alguna tragedia en su pasado, sin una fibra de imprecisión en su alma, sin nieblas ni rencores, con una mirada directa y tranquila, al tiempo realista y soñador. Y seis meses más tarde ya estaban casados. Se casaron en Baltimore, me dice, donde él estaba viviendo en aquellos momentos, en la iglesia de St. Stephen, un diecinueve de marzo. Me sorprende que el hecho de casarse, la fecha, el momento de la boda, sean importantes para ella. Cuando nosotros vivíamos juntos, en nuestra larga e intensa relación, nunca surgió el tema del matrimonio, y creo que para ninguno de los dos, al menos entonces, era importante sellar nuestra relación con un documento legal. Le pregunto si ella iba de blanco y me dice que sí, aunque no llevaba un traje de novia convencional. Le pregunto si llevaba algo azul, algo prestado, algo nuevo, y me dice que sí, sí, sí, claro que sí. De modo que Cristina se casó por la Iglesia vestida de blanco y con un ramito de flores de azahar en la mano. No, no eran de azahar, eran flores de endrino, me dice, preciosas y diminutas flores blancas de endrino. Le pregunto si sigue casada con él y me dice que sí. Sé que no tengo derecho a sentir dolor, pero a pesar de todo siento dolor. El dolor nunca pide permiso. Siento dolor y miro sus dedos, y vuelvo a ver en su anular el anillo que ya observé el primer día.

—Yo nunca te he olvidado —le digo.

—¿No?

—Creo que no ha habido ni un solo día, en todos estos años, que no haya pensado en ti.

—Pero había otra mujer —dice ella.

—¿Qué quieres decir?

—Entonces. Cuando yo estaba en Rishikesh.

—No. No había otra mujer.

—¿No?

—No había otra mujer. Nunca hubo otra mujer.

—¿No?

—No.

—Yo estaba convencida de que habías conocido a alguien. Siempre pensé que yo había sido la culpable de nuestra separación por dejarte tanto tiempo solo en Madrid. De pronto me marché, desaparecí, y estuve fuera casi un año. Y yo sabía que tú no sirves para estar solo. Sabía que no podrías estar solo tanto tiempo. Fue una irresponsabilidad por mi parte. Yo tuve toda la culpa de lo que pasó.

—En una cosa te equivocas —le digo—. Al final ha resultado que soy un verdadero maestro en eso de estar solo.

—Ah, ¿sí?

—He vivido solo desde entonces.

—¿Sí?

—Sí.

—Entonces, ¿no conociste a nadie mientras yo estaba en la India?

—No.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa —dice.

—¿Por qué crees que conocí a alguien?

—Siempre he supuesto que eso fue lo que pasó.

—Nunca hubo nadie, ni entonces ni después.

—Pero habrás tenido relaciones.

—Muchas —digo—. Es decir, ninguna.

—Quiero decir que te habrás enamorado.

—No, nunca he vuelto a enamorarme.

—Pero habrás vivido con alguien, aunque sea una temporada.

—Pues no, la verdad es que no.

—¿No? ¿Nunca has vivido con nadie?

—No más de una semana.

—¡Una semana! —dice ella poniéndose las manos en la cara con cómica sorpresa.

—Siempre he sido un gato solitario —digo—. Un gato en busca de sensaciones.

—Entonces no te has casado, no tienes hijos —me dice.

—No.

—Pensaba que estarías casado y que tendrías hijos y que serías muy feliz en algún lugar de Estados Unidos. Siempre he pensado eso.

—No, Cristina. No tengo mujer, no tengo hijos. No tengo nada. Sólo tengo a mi perro *Ballard*. Él es el único que me espera.

—¿Tienes un perro? —ríe ella—. Jamás habría imaginado que tú tuvieras un perro. A ti no te gustaban nada los animales...

—No.

—¿Y entonces? ¿Cómo acabaste con *Ballard*? ¿Te lo regalaron?

—Lo heredé, por así decir. Pero enseguida me gustó tener un perro. Tener un alma que depende de mí, que me busca, que me espera, que me necesita. Oír su

ladrido al llegar a casa.

Ella queda en silencio y se pone a mirar al valle, a lo lejos. Estamos envueltos por la sombra y por el perfume dulzón de la higuera. Pienso que sería muy fácil encaramarse al borde y saltar al vacío y terminar con todo.

—Cristina —le digo—. Tu marido... Ese hombre al que conociste en México y con el que te casaste...

—¿Sí?

—Es Ciran, ¿verdad?

—Sí —dice ella—. Es Ciran.

Ahora soy yo quien queda en silencio.

—Me gusta mucho Ciran —digo finalmente, sintiendo que me tiemblan los labios y las manos—. Nos hemos hecho buenos amigos.

—Sí, lo sé.

Ciran es su marido. Sí, lo sabía, lo intuía. Sin que nadie tuviera que decírmelo ya lo sabía. Pero las cosas no duelen de verdad hasta que no se manifiestan y las podemos decir con palabras. Lo que hace más daño no son las cosas, sino los nombres que les ponemos a las cosas. Ciran es su marido. Cristina es su esposa. No es mi esposa, sino la esposa de otro.

Entonces, ¿para qué he subido hasta aquí? ¿Por qué debía ascender hasta lo alto de la montaña?

Dos amigos conversan

Filemón me cuenta una mañana que hace varios días que han encontrado Villa Naufragio. Con mis indicaciones no les ha costado en exceso. Al parecer, sólo hay un río grande que desemboca en el norte de la isla, lo cual, por cierto, contradice ciertas nociones que habíamos llegado a tener sobre la geografía del lugar. Goran y Matvei, profesores de danza india y de cosmología respectivamente, han bajado a la costa con herramientas y con dos de los carpinteros de la Universidad y han explicado a los náufragos cómo construir varias embarcaciones grandes que les permitirán, siguiendo un cierto curso, ponerse en un par de días en la ruta de los cargueros. Goran y Matvei llevaban además la carta que Salomé me pidió que escribiera, que ambos considerábamos necesaria para que los náufragos les creyeran. Filemón me cuenta que el trabajo de los carpinteros será más fácil de lo que habíamos supuesto, y que sólo tendrán que ponerse a construir dos embarcaciones, porque mis amigos tenían ya un velero con capacidad para alojar aproximadamente a la mitad de los náufragos. ¿Un velero?, pregunto asombrado. No sé de dónde han podido sacar un velero. De todos modos, me dice Filemón, sólo con el velero nunca habrían sido capaces de salir de la isla. Se habrían puesto a navegar y la isla habría vuelto a atraparles una y otra vez. Con las instrucciones que les han dado y siempre que las sigan al pie de la letra podrán encontrar el pasillo, me dice, un pasillo marítimo muy estrecho por el que es posible salir del embrujo magnético de la isla y alcanzar el mar abierto.

Pero la excesiva alegría con que Filemón me cuenta todo esto me dice que hay algo más.

—No todos han querido marcharse —me dice—. Algunos de tus amigos han decidido venir aquí.

—¿Cómo? —digo, exaltado.

—Sí —dice Filemón—. Para todos ha sido una sorpresa. Era de suponer que después de tres meses siendo náufragos y pasando penalidades lo único que desearían es regresar a casa.

—Pero entonces, ¿algunos han querido venir aquí, a la Universidad?

—Sí, así es.

—Entonces, ¿vienen hacia aquí?

Ciran señala al suelo con el índice, muy divertido.

—¿Están aquí ahora? —pregunto con incredulidad.

—Sí —dice—. Les hemos traído. Han llegado hace un par de horas.

—Pero ¿quién? —pregunto—. ¿Quién de ellos ha venido?

Me dice que vaya a verles. Han llegado esa mañana temprano y ya han tenido ocasión de darse un buen baño, que necesitaban con urgencia, me dice con una sonrisa, y de ponerse ropa nueva. Ahora, me dice, deben de estar almorzando en el

jardín de las palmeras. Voy caminando allá a toda prisa. Son muchos muchos más de lo que imaginaba, lo cual me sorprende. ¿Quién iba a decidir venir aquí voluntariamente teniendo la posibilidad de regresar a casa con sus seres queridos? Quizá aquellos que no tienen seres queridos, o los que no tienen casa, o los poseídos por una curiosidad infinita. Están todos vestidos con las ropas claras típicas de la Universidad. Allí están mis amigos, mi familia. Joseph, Sophie, Sebastian, Carl, Rosana, Syra, Dharma Mitra, Eva, Julián y Matilde, Joaquín, Xóchitl y dos más del grupo de Dharma, Mike Garson y Lily Whittfield, y también, para mi sorpresa, Jimmy Bruëll. Les saludo a todos efusivamente, y abrazo a Joseph y a Sophie, y a los niños, y luego abrazo a Rosana y a Syra, que durante el abrazo se mantiene todo lo apartada de mí que puede. Ellos ya sabían que yo estaba allí arriba, pero todos se alegran de verme. Joseph me examina la picadura de la escolopendra, que sigue causándome dolores, y dice que tiene mal aspecto, que sería mejor que la dejara descubierta. Les han servido té, zumo de pomelo, leche, frutas, queso de cabra, miel, higos secos, castañas hervidas en azúcar, pan, pimientos fritos y huevos revueltos con setas, un desayuno de lujo que mis amigos disfrutaban con una unción y una emoción casi religiosas. Comen como los mendigos, mirando fijamente el plato y devorando hasta la última miga.

Veo a Joaquín y a Xóchitl juntos, cogiéndose de las manos y mirándose a los ojos y riendo. ¿Cuándo ha sucedido eso?, les pregunto con curiosidad. No sabría decir si hacen buena pareja. Joaquín parece demasiado frágil, demasiado delicado al lado de la esbelta y bonita muchacha mexicana. Xóchitl es preciosa, una muchacha morena de intensos ojos aztecas y larga cabellera que le cae por encima de los hombros, pero hay en ella algo trágico, algo oscuro y terrible que yo intuía vagamente, pero que ahora que conozco su historia puedo comenzar a entender. Quizá sea esa tragedia, esa tremenda oscuridad, lo que le atrae a él de ella, y quizá sea la bondad de Joaquín, esa aura suya de elfo de los bosques, la conjunción en un hombre del carácter viril y una enorme delicadeza, lo que le atrae a ella de él. Quién sabe, quizá hayan encontrado el complemento perfecto el uno en el otro. Xóchitl, una carga de realidad para Joaquín; Joaquín, una balsa de suavidad para Xóchitl.

—Desde el principio —dice Joaquín—. Desde los primeros días. Para mí, por lo menos.

—Nos hicimos amigos enseguida —dice Xóchitl mirando a Joaquín—. El amor surgió después.

Le pregunto a Joaquín que si ya ha saludado a Salomé, la mujer que dirige este lugar, y me dice que no, que les han hablado de Salomé pero todavía no la han visto. Bueno, le digo, te espera una buena sorpresa cuando la veas. Le pregunto también si hace mucho tiempo que no ve a su prima Cristina. Hace años, me dice. Hace años que casi todos le hemos perdido el rastro. Pero él no sabe por qué saco a colación el tema de Cristina. Por fin te decides a hablar de ella, me dice. Yo no quería mencionar su nombre, porque sé que no terminasteis bien. Pero me parecía antinatural que durante

todo este tiempo no hayas mencionado su nombre ni una sola vez. Que no me hayas hecho ni una sola pregunta sobre ella. Sí, tienes razón, le digo. Pero ahora hablaremos de ella a menudo. Ya lo verás. Yo siempre he querido mucho a Cristina, dice Joaquín. Mi prima inglesa. Mi prima inglesa, hija de su guapísima madre inglesa. Le digo que es difícil no querer a Cristina. Le digo también que me alegro mucho de tenerle allí, y también a Julián y a Matilde. Mis viejos amigos. Mis viejos amigos y mis nuevos amigos.

Pero ¿cuál es la historia? ¿Por qué han decidido venir aquí? Dharma contempla con interés mi nueva pierna de madera. Le cuento cómo perdí la que él fabricó para mí y cómo me han hecho la que llevo.

—Bueno —dice sujetándose la barbilla, como siempre que piensa en algo con concentración—. A lo mejor podría mejorarse un poco. ¿Aquí tienen herramientas?

—Tienen una ebanistería completa —le digo.

Veo que Rosana y Jimmy Bruëll están sentados el uno al lado del otro y que se hacen bromas. Ella es pequeña y él muy alto, casi un gigante a su lado. Ella debe de ser diez años mayor que él. Pero me doy cuenta de que se han hecho amantes. Están envueltos en esa aura cálida que impregna a los que han compartido las sábanas, incluso cuando no hay sábanas. Supongo que Rosana descubre mis ojos de sorpresa.

—¿Sorprendido, Johnny boy? —me dice Jimmy guiñándome un ojo.

—La verdad, sí, un poco —digo.

Rosana se ha puesto roja.

—Jimmy se dejó azotar para salvar a mi madre —dice Syra riendo y mordiéndose los padrastrós de las uñas.

—¡Syra! —dice Rosana. Pero no le reprende por las uñas, sino por hablar de ella.

—Tiene todavía las marcas en la espalda —dice Syra.

Luego se pone a toser con fuerza.

Wade, Joseph, Rosana. Quizá nunca haya habido personas con las que me haya sentido más unido. Mis mejores amigos. Las tres personas con las que he compartido las experiencias más intensas de mi vida, por las que me he puesto en peligro de muerte, que se han puesto en peligro de muerte por mí. Pero ahora la hermandad del anillo se ha deshecho. O quizá no se haya deshecho, después de todo. Quizá Wade siga en la isla, en algún lugar, de algún modo.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos —le digo a Joseph más tarde, hablando aparte con él—. Por ejemplo, Rosana y Jimmy Bruëll.

—Rosana y Jimmy son ahora pareja —me dice Joseph—. Ya casi nada me sorprende, pero a pesar de todo, me sorprende. Ella es una mujer atractiva, no cabe duda, pero uno se imaginaría a Jimmy más bien con una modelo de *Sports Illustrated* con los labios llenos de Botox.

—A lo mejor es que está harto de las modelos de *Sports Illustrated*.

—¿Y ella? ¿Qué puede ver Rosana en Jimmy?

—A mí no me sorprende tanto —digo yo, mintiendo y por puro hábito de

polemizar—. Es muy guapo. Un *ladie's man*.

—Estás diciendo que es un capricho.

—No lo sé.

—Pareces celoso —dice riendo.

—¿Yo celoso?

—Pensaba que Rosana te gustaba.

—Es mi amiga —digo—. Somos amigos, nada más. Además, es posible que Jimmy cambie. Sé que esta isla a mí me ha cambiado. Él puede cambiar también.

—Vamos, John, nadie cambia.

—Algunas personas sí cambian —digo—. Es posible empezar mal y terminar bien. ¿No te parece?

—Sí, bueno, es posible —dice él, con evidentes deseos de hablar de otra cosa.

Han pasado un par de días desde la llegada de mis amigos al valle. Joseph y yo estamos sentados en un banco frente a una mesa de madera, bajo una higuera, contemplando el valle y bebiendo dos vasos de cerveza rubia, como dos viejos amigos. Hay abejorros azules que visitan la higuera y zumban entre las flores, y estorninos que cantan por encima de nosotros. Estamos como hundidos en la sombra perfumada por las hojas de la higuera, contemplando el paisaje resplandeciente de sol a nuestros pies. Los edificios de la Universidad, la gran pared de piedra llena de hileras de ventanas y terrazas y escalinatas, comienzan un poco por encima de nosotros. Y yo recuerdo una conversación que tuvimos algún tiempo atrás, sobre la posibilidad de que nos encontráramos algún día en un lugar civilizado, tomando una cerveza en la terraza de un café. Pero todas las cosas son así: remotas e imposibles, o bien fáciles y casi evidentes. Las cosas son sueños o son costumbres, no hay término medio.

Quedamos en silencio. La cerveza que hacen en este lugar nunca llega a estar tan fría como uno desearía, pero es de buena calidad. La sensación de estar allí bebiendo al aire libre, el sabor amargo de la cerveza, el calor del sol, el suave adormecimiento de los nervios, todo resulta delicioso.

—¿Qué es este lugar, John? —me pregunta Joseph—. ¿Hemos cometido un error al venir aquí?

—No sé lo que es —digo—. Quedan muchos misterios por resolver. Hay muchas cosas que no entiendo. Pero me gusta.

—Pero ¿qué es lo que hacen aquí?

—Creo que lo que intentan es vivir de otra manera. Están convencidos de que una humanidad distinta es posible.

—Y no tienen médico —me dice.

—Oh, sí, tienen muchos —digo guiñándole un ojo—, pero no de los que curan de verdad.

—No entiendo dónde estamos —me dice señalando al paisaje que nos rodea—. ¿Estamos en otra isla? ¿Qué es esto?

—Estamos en el cráter del volcán.

—¿En el cráter del volcán? ¿Qué volcán?

—En el cráter del volcán de nuestra isla.

—De modo que seguimos en nuestra isla.

—Sí, claro. ¿Cómo os trajeron aquí? ¿Es que no viste que no salíais de la isla?

—No lo sé —dice Joseph—. Me quedé dormido y me he despertado aquí. A todos nos ha sucedido lo mismo. No sé cómo nos durmieron. No nos dieron nada.

—¿Y a Jimmy? ¿Cómo lo sacaron de la Central?

—No lo sacaron de la Central. Jimmy y los demás estaban ya en el poblado.

—¿Ah, sí? ¿Lograron escapar?

—Al parecer ese tipo, Abraham Lewellyn, regresó a la Central y los soltó a todos. Después de aquellas aventuras que tuvisteis Wade, Rosana y tú en las montañas...

—Ah, ¿sí?

—Cuando bajó de las montañas, lo primero que hizo fue liberar a todos los nuestros.

—Vaya.

—Sí. Les dio un velero y provisiones, y navegaron hasta el poblado circunnavegando la costa. Ese velero que tenían en el puerto. Tú ya nos habías hablado de él. Un barco muy bien equipado, por cierto.

—¿Les dio el velero? ¿Les soltó a todos, así, sin más?

—Así, sin más. Nadie nos dio ninguna explicación.

—Pero ¿por qué lo hizo?

—Amigo, si tú no puedes contestar esa pregunta... —dice Joseph—. Tú eres el que mejor conocía a Lewellyn. Eras el único con quien hablaba, ¿no es así?

—Sí.

—Hablabais casi a diario, mientras los otros estaban en una mina picando piedra.

—No, no a diario, pero sí en varias ocasiones. No sé por qué. Me llevaba a sitios, me mostraba cosas, me hablaba de la Central. No sé por qué.

—¿Y no puedes imaginarte por qué decidió soltarles a todos y entregarles el barco?

—No.

Quedamos los dos en silencio, saboreando la cerveza.

—Pasaron cosas muy extrañas cuando estuvimos en las montañas —digo.

—Sí, me contaste.

—Es posible que el señor Pohjola le dijera que liberara a los nuestros y les entregara el velero —digo con tono inocente, mirándole de reojo para observar su reacción.

—El señor Pohjola —dice Joseph suspirando profundamente...

—¿Qué otra explicación hay? —digo—. Si Lewellyn decidió soltarles nada más bajar de las montañas sería por algo que pasó en las montañas.

—Bueno, tú sabes qué es lo que pasó en las montañas.

—Pasaron cosas muy extrañas.

—Pero no encontrasteis a ese Pohjola.

—No.

—Buscabais su casa y su casa no apareció por ninguna parte y encontrasteis una vieja cabaña abandonada y al día siguiente Lewellyn desapareció.

—En efecto.

—Entonces ese Pohjola no existe, y si existe no pudo decirle nada a Lewellyn porque no estaba allí.

—Eso es lo que parece.

—Wade no ha vuelto —dice entonces Joseph.

—¿Esperabas que volviera?

—No sé.

—Joe, Wade está muerto.

—No lo sabes. No puedes estar seguro. No le viste morir. Nadie le vio morir. Nadie puede morir sólo por entrar en una cabaña.

—Desapareció.

—Nadie puede desaparecer así en el aire.

—¿Sigues pensando que está en la Central con Lewellyn?

—Ya no pienso nada, John. He dejado de pensar.

Quedamos en silencio de nuevo. Los dos damos otro sorbo de cerveza. Joseph me mira y asiente como diciendo: no está nada mal.

—Por lo que veo, encontrasteis a los niños —digo.

—Sí, los recuperamos a todos.

—¿Estaban bien?

—Sí, estaban bien. Al principio les costaba dormir, pero poco a poco han ido volviendo a la normalidad. Sebastian tenía muchos dolores de cabeza, pero al bajar a la costa le desaparecieron. Lo único extraño es que Seymour ha empezado a hablar.

—¿Y eso es malo?

—Es demasiado pequeño para empezar a hablar. No es imposible que un bebé tan pequeño empiece a pronunciar palabras, pero Seymour tuvo daños cerebrales graves al nacer. Los médicos le dijeron a Lizzie que probablemente no lograría hablar nunca.

—Ya.

—Sé lo que me vas a decir —dice Joseph—. Que en este lugar ocurren milagros.

—Tú lo has dicho, no yo.

—¿Tú crees eso de verdad? —me dice—. ¿Crees que aquí ocurren milagros?

—No lo sé —digo—. A lo mejor ocurren milagros en todas partes pero no nos damos cuenta.

—Ya sabes que yo no creo en milagros.

—Nadie puede creer en milagros —digo yo—. Un milagro es algo imposible de creer. Lo que yo pienso es que a lo mejor no son milagros.

—¿No? ¿Entonces qué? ¿Excepciones?

—No lo sé. Cosas inexplicables.

—Sí, cosas inexplicables.

Joseph queda en silencio. No le interesan estos temas, y seguramente nunca le interesarán.

—Pero ¿qué os contaron Goran y Matvei? —pregunto—. ¿Qué fue lo que te hizo desear venir aquí?

—Nos enseñaron tu carta, claro. De otro modo no les habríamos creído. Y hubo muchos que no creyeron que tu carta fuera realmente tuya. Pensaban que era otro truco de los *Insiders*. Pero nos contaron cosas... nos hablaron de este lugar —dice Joseph—. Tú también nos hablabas de este lugar en tu carta. Goran y Matvei me dijeron que tenían una comunidad de unas quinientas personas y que no tenían cirujano ni médico alopático. Médico alopático. Me hace gracia esa expresión. Al parecer, el último que tuvieron se marchó hace dos años. Me ofrecieron venir aquí a conocer este lugar y ser su médico, si es que me sentía a gusto con ellos. Lo consulté con Sophie y me dijo que nada se perdía con probar.

—Me sorprende que ella no deseara volver a L. A.

—Sí, a mí también. Es una mujer muy aventurera, John. Le gustan los retos, las cosas nuevas.

—Pensaba que todos habíamos tenido suficientes aventuras para toda una vida.

—Sí, yo también pensaba eso.

—¿Y Leverkusen? ¿Cómo ha aceptado apartarse de sus hijos?

—No sabemos dónde está Leverkusen —dice Joseph suspirando profundamente—. Ha desaparecido. Es otro de los motivos de que Sophie no haya querido marcharse de la isla.

—¿Ha desaparecido?

—Desaparecido.

—A lo mejor los *Insiders* han empezado ahora a raptar a los arquitectos.

Joseph ríe. Los dos reímos.

—No deberíamos reírnos —dice Joseph.

—No, no deberíamos.

Mi penúltimo intento

Pero hay algo que no encaja. Desde el principio, desde que llegué aquí. Sé que Cristina y Ciran no viven juntos. Ella tiene sus aposentos en un edificio que está en la parte más alta de la Universidad y que funciona como residencia de profesores. Sé dónde vive porque la he seguido en un par de ocasiones. Ignoro la razón de que no me invite a conocer el lugar donde vive. Que no me invite a tomar un té, o incluso a cenar. ¿Se temerá que yo interprete su invitación de una forma incorrecta? ¿Desea mantener las distancias? ¿Tiene miedo de que yo desee iniciar de nuevo una relación de intimidad con ella? Sí, no cabe duda de que tiene miedo, de que no desea alentar mis posibles esperanzas y que por esa razón me ha mentado. No ha mentado literalmente, ya que Ciran y ella siguen legalmente casados, pero la realidad es que hace muchos años que no viven como pareja. ¡Es una cosa tan inglesa, ese prurito de no faltar literalmente a la verdad! ¡Ese escrúpulo meramente mecánico, que produce siempre un gesto tenso, una sonrisa forzada!

Me lo cuenta Ciran cuando se lo pregunto. Me dice que se apresuraron demasiado al casarse. Que a los seis u ocho meses de vivir juntos descubrieron que no eran en realidad una pareja y que el afecto que les unía era más bien amistad que amor. Una amistad fraternal, una intensa comunidad espiritual, pero no amor. Después de México se fueron a vivir a Baltimore, y más tarde a Taos, Nuevo México. Para entonces ya habían descubierto que no estaban realmente enamorados. Pero se llevaban bien, les gustaba estar juntos. Les gustaba hablar al final de la jornada, les gustaba viajar juntos, tenían muchos intereses comunes, muchos amigos comunes. De modo que decidieron seguir viviendo juntos pero dejar de dormir juntos. No, no es cierto: de hecho, seguían durmiendo juntos, en la misma cama. Nunca vieron razón para no hacerlo. Pero ya no vivían como marido y mujer. Compartían la cama como lo hacen dos amigos, o dos hermanos.

Le pregunto a Ciran si eran una «pareja abierta» y me dice que no, que no se trataba de eso, aunque, dado que ahora ya no eran realmente marido y mujer sino dos amigos que viven juntos, parecía sobreentendido que los celos no tenían lugar en su relación. Él decidió algo así como tomar un voto personal de celibato. No era una decisión definitiva, y desde luego no la tomó ante nadie ni le contó a nadie que la había tomado. Ni siquiera Cristina lo supo en un principio. Seguían viviendo juntos y durmiendo juntos simplemente porque les iba bien, pero suponían que más tarde o más temprano aparecería alguien en el horizonte, otra mujer para Ciran, otro hombre para Cristina, y entonces tendrían que tomar una decisión sobre su vida común.

Mientras tanto iban pasando los años. Cristina tuvo varios encuentros con otros hombres durante ese tiempo, no sé cuántos, no sé cómo de intensos, aunque me gustaría saberlo, no sé exactamente por qué, no sé qué me daría ese conocimiento, o

qué me quitaría, o de qué podría salvarme, pero desearía saber exactamente con qué hombres se relacionó durante esos años y qué sintió por ellos y qué hizo en la cama con ellos. Ciran me habla por encima de esa época y enseguida se arrepiente, siente que está contando cosas de la vida privada de Cristina. Me cuenta que no eran una «pareja abierta», pero que dado que no eran realmente una pareja se sobreentendía que ambos tenían libertad para iniciar relaciones sentimentales o tener encuentros sexuales con otras personas. A pesar de haber tomado la decisión de ser célibe, ni siquiera Ciran excluía la posibilidad de conocer a alguien y enamorarse, en cuyo caso abandonarían su celibato, pero no se dio el caso, ese alguien no apareció (Ciran, como bien me recordó varias veces, era quince años mayor que Cristina, y había pasado ya la edad del gran fuego amoroso) y su vida de monje continuó, pues, igual de tranquila, aligerándose con el paso del tiempo en una curiosa sensación de libertad y de alivio, como si renunciar al sexo hubiera sido renunciar a un problema. Cristina, por su parte, sí había tenido varias relaciones con otros hombres, no muchas por cierto, pero sí algunas. Interrogo a Ciran y él me dice que ellos no hablaban mucho de eso, que a veces Cristina le comentaba que estaba saliendo con alguien o que había conocido a alguien, y que cree que ella se enamoró de alguien durante un viaje a San Francisco, pero que todas esas cosas no son temas de conversación de caballeros y que si me interesa conocer la vida de Cristina debería preguntarle a ella directamente.

La idea de que Cristina haya estado «saliendo» y acostándose con otros hombres me perturba profundamente, pero eso de que se había «enamorado» de alguien en San Francisco parece algo mucho más serio.

—Háblame de ese hombre de San Francisco —le digo a Cristina uno de esos días, cuando caminamos en dirección a las praderas de Gardalis.

A nuestro alrededor, los mirlos descienden planeando hasta la hierba. Ardillas rojas trepan por los troncos de los cedros. En los zarzales, brillan las moras maduras.

—¿Qué hombre? —pregunta ella—. ¿De qué hablas?

—Cristina, ¿por qué me has mentado?

—¿Yo te he mentado?

—Bueno, ya sé que *técnicamente* no has mentado...

—Si no he mentado técnicamente, entonces no he mentado. No digas que he mentado si no he mentado.

—A veces eres cien por cien británica —le digo—. Las cosas en la vida no se dividen en verdaderas y falsas como en los exámenes de conducir. Hay cosas falsas que son en realidad verdad y hay verdades que no responden a nada que nadie sienta que es cierto, y hay verdades que se dicen para que parezcan mentira, y ésa es una forma de mentir, y hay cosas verdaderas que se dicen a sabiendas de que el otro no las entenderá o entenderá algo que no es verdad, y ésa es también una retorcida forma de mentir. Tú me hiciste creer que estabas con Ciran, y no es cierto.

—Sea como sea, ¿qué importancia tiene eso?

—Me dijiste que estabas casada con Ciran.

—Estoy casada con Ciran. Es absolutamente cierto.

—Lo sé, pero hace tiempo que no vivís juntos.

—Sea como sea, ¿qué importancia tiene eso?

—He estado hablando con Ciran, pero él no quiere contarme nada. No quiere hablar de ti.

—Hace muy bien —dice ella—. No se debe hablar de la vida de otras personas.

—Bueno, entonces cuéntame tú.

—¿Por qué, Juan Barbarín? ¿Qué derecho tienes tú a preguntar nada? ¿Por qué ese súbito interés por mi vida?

Quedo en silencio, porque sé que ella tiene razón.

—Me gustaría quedarme aquí —digo.

—¿Aquí, en la Universidad? —pregunta ella.

—Sí.

—¿No deseas regresar a tu vida, a tu casa?

—Nadie me espera —digo—. En realidad, no tengo vida, y no tengo casa.

—Tienes las dos cosas —me dice ella—. Tienes una casa muy bonita y agradable, según tú mismo me has contado. Tienes la casa con la que soñabas. Y tienes una vida, claro que la tienes, lo que pasa es que no te gusta.

—No seas cruel.

—No puedes quedarte aquí, Juan Barbarín —dice ella.

—¿Por qué no?

Ahora caminamos por Gardalis, altas praderas alpinas salpicadas de gencianas desde las que se domina todo el valle. Hay diminutos robots metálicos entre la hierba recogiendo las piñas azuladas de los cedros. Hemos ido ascendiendo insensiblemente, y hemos llegado al jardín sagrado, o lo que yo percibo como un jardín sagrado, ya que no hay aquí jardín alguno, sino la ladera abierta de la montaña.

—No va a suceder nada entre nosotros —dice Cristina después de unos instantes de silencio—. No vamos a volver a ser amantes. No vamos a volver, Juan. Eso no va a pasar.

—Yo nunca... yo no pensaba...

—Sé cómo eres —dice ella—. Eres como un niño caprichoso, que quieres lo que tienes delante, y cuando lo que tienes delante desaparece, lo olvidas al instante... Ahora me ves, estoy delante de ti, y de pronto me quieres para ti. Te llenas de sueños románticos, piensas que después de este encuentro mágico volvemos a estar enamorados otra vez... eres así, un típico hijo único, un pequeño rey, lo quieres todo, y lo quieres ahora... Eres egoísta, Juan Barbarín, y tremendamente inmaduro, y los años no te han cambiado. Ni siquiera esta isla te ha cambiado.

—Dios mío, Dios mío —digo yo, abrumado por el dolor—. No me has perdonado. Nunca me has perdonado.

—Sí, te he perdonado —dice Cristina—. En realidad, nunca pensé que debiera perdonarte. Ya te he dicho que siempre pensé que lo que sucedió fue culpa mía.

—No, no es cierto, no me has perdonado.

—A lo mejor no —dice ella.

Hemos llegado al lugar donde está el columpio colgado de una alta rama. Ahora parece un objeto sin sentido. Ella está agitada, conmovida, poseída por emociones encontradas. Nunca la había visto así desde mi llegada a la Universidad. De pronto ya no parece Salomé, la Maestra del Juego, sino sólo una mujer llena de dolor, próxima a las lágrimas.

—Siempre he pensado —me dice— que la causante de nuestra ruptura fui yo por abandonarte y marcharme a Rishikesh. Pero la verdad fue que marcharme a Rishikesh fue lo primero que hice para mí desde que te conocí.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo explicarlo bien en español. Yo siempre puse nuestra relación por delante de cualquier otra cosa. Me vine de Inglaterra por ti, poniendo furiosos a mis padres, que querían que me quedara allí estudiando.

—Pero tú me dijiste...

—Sí, te lo dije y a lo mejor yo lo creía, o intentaba hacerme creer a mí misma que lo creía. Pero compara la vida musical en Inglaterra y en España. Compara las posibilidades de hacer una carrera como cantante en Inglaterra, llena de festivales, teatros de ópera y salas de concierto, y en España.

—Pero en esa época...

—Pronto se hizo evidente para mí que si quería tener una carrera como cantante, tendría que irme a Inglaterra. Pero no quería separarme de ti, y tú no querías ir a ningún sitio. Hiciste un par de cursos en Venecia, en Berlín, volviste a casa muy asustado y ya no querías ir a ningún sitio.

—Volví muy asustado, como tú dices, porque no me gustaba la música que se hacía en esos cursos a los que todo el mundo asistía. Sciarrino, Nono, Donatoni, Berio, Boulez, ¡esos no eran mis ídolos!

—No importa. Sea como sea, te propuse que nos fuéramos los dos a Inglaterra y tú no quisiste. Y me pareció bien, porque nuestra relación era para mí lo más importante, y si hubieras decidido irte a vivir a Arabia Saudí, donde cantar está prohibido, me habría ido contigo.

—Lo sé.

—Siempre te puse a ti por delante, a nuestra relación por delante, y a mí en segundo lugar. Siempre.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No lo sabes porque nunca lo has pensado —dice ella—. Tú te acostabas con todas las mujeres con que te encontrabas, primero a escondidas, y luego, ya que yo te descubriría una y otra vez, sin ni siquiera intentar esconderlo. Yo me decía a mí misma que eso se te iría pasando. Me decía que seguramente tenías cosas que demostrarte a ti mismo, complejos, qué sé yo. Una mujer enamorada es por definición una mujer estúpida. Siempre te dejé que hicieras lo que quisieras.

—No sé por qué lo hacías —digo débilmente—. Me comportaba como un salvaje. Sin ningún respeto por ti.

—Te permitía que hicieras lo que quisieras porque yo siempre he creído que uno tiene que ser libre, libre de decidir lo que quiere y de decidir lo que no quiere. Además, ¿qué podría hacer yo? ¿Prohibirte que te acostaras con otras? ¡Como si tú necesitaras el permiso de nadie!

—Pero todo eso debía de ser muy humillante para ti.

—Sí, era humillante. Pero nosotros somos libres, Juan Barbarín. Yo sólo te amaba, no era tu dueña. Nadie puede ser el dueño de otro. Tenía la libertad de abandonarte, pero no quería abandonarte porque sabía que tú me amabas, y esperaba que con el paso del tiempo te darías cuenta del valor de nuestro amor.

»¿Qué podía hacer? Yo sabía que si tú deseabas a otras mujeres entonces las buscarías hiciera yo lo que hiciera y dijera yo lo que dijera y por muchas promesas que me hicieras, y pensaba que no quería cargar con mentiras y pensaba también que prefería que las cosas estuvieran en claro... *in the open*, ¿comprendes? Dices que no me tenías respeto. ¿Y qué sería tenerme respeto? ¿Serme infiel en secreto? ¿Procurar que yo no me enterara?

—Sí, incluso eso habría sido más respetuoso.

—Yo pensaba que lo único que podía hacer era abandonarte, cortar contigo para siempre, pero no quería hacerlo porque te amaba. Te quería tanto, Juan Barbarín, te quería tanto. Yo nunca he amado a nadie así. Me habría dejado morir por ti. Habría saltado al fuego por ti.

—Y yo por ti.

—No lo dudo —dice ella—. Sé que tú me querías. Sé que me querías de verdad, y por eso seguía contigo. Pero yo ponía nuestra relación por delante de cualquier cosa, y tú te ponías a ti mismo por delante. Nuestra relación funcionó mientras yo acepté quedar en un segundo plano y seguirte siempre en todas tus decisiones. Cuando tomé una decisión por mi cuenta, cuando hice algo que no era en primer lugar para nosotros, sino en primer lugar para mí, tú desapareciste. Además, tú sabías que yo había aceptado irme contigo a Estados Unidos después de pasar un año en Rishikesh. Sólo te pedí un año para mí, Juan Barbarín. Te pedí un año para luego abandonarlo todo y marcharme contigo, pero fue demasiado. No funcionó.

Quedamos los dos en silencio.

—Cristina, yo te quiero.

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te quiero. Te quiero como entonces. Nunca he dejado de quererte. Nunca he querido a nadie más.

Ella se sienta en el columpio y se agarra a una de las cintas que lo sostienen, como si de pronto estuviera muy cansada.

—Hay algo que quería decirte —dice ella mirando a lo lejos—. Dentro de unos días los carpinteros que están trabajando abajo, en el poblado de tus amigos, terminarán las barcas. Junto con el velero que tenéis, y con las instrucciones que os daremos, conseguiréis alejaros de la isla lo suficiente como para llegar a la ruta de los cargueros, a un par de días de aquí. Es casi como una autopista que cruza el mar. Tarde o temprano un barco os avistará y seréis rescatados. Llevaremos a la costa a los que quieran irse, y creo que tú deberías irte también.

—¿Crees o me lo ordenas?

—Yo no puedo ordenarte nada —dice ella—. Aquí no existen las órdenes. Es más bien un ruego, una petición. Te ruego que te vayas con los demás.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido que te quedes aquí. Porque si te quedas nos harás daño a los dos. Porque pronto descubrirás que quieres marcharte, que no resistes el aislamiento y el silencio. Porque nada de lo que hacemos aquí te interesa.

—Te equivocas, sí me interesa.

Ella mira al vacío obstinadamente. Tiene la mandíbula apretada.

En la primavera de la vida abrimos los ojos al dolor y al misterio de este mundo y no podemos ni siquiera imaginar lo que nos aguarda. Ya que dolor y misterio significan, para el mundo, lo mismo que claridad y belleza. El misterio del mundo es también su claridad. El mundo nos presenta siempre su evidencia. Se muestra tal y como es, en todo su esplendor. Y nosotros buscamos, anhelantes, un significado.

Dolor y belleza son lo mismo para el mundo porque el mundo no desea de nosotros que lo comprendamos. El mundo ni siquiera desea que seamos felices. Desea, tan solo, que alcancemos una sensación de plenitud, y no le importan los medios que deba utilizar para lograrlo.

Todo lo que vivimos y lo que comprendemos es fragmentario. Grandes trozos incandescentes de tiempo flanqueados de sueño y oscuridad, eso es una vida humana. ¿A qué clase de plenitud podemos aspirar?

La plenitud surge cuando a la sensación de realidad se une la certidumbre de un propósito. El despertar comienza con el cuerpo. Cuando se produce la plenitud de la percepción, el alma comprende que su destino está unido al destino del mundo. Surge entonces una emoción muy intensa que es también una certidumbre y un deslumbramiento. Un deslumbramiento de amor y de gratitud. Cuando uno siente ese amor y esa gratitud, todo lo demás hielga.

La última cabaña

Cristina se equivoca, sí me interesa. Me doy cuenta de que la verdadera Universidad Blanca ha comenzado para mí al poco tiempo de llegar a la isla. Llego a pensar que toda la isla es en realidad parte de la Universidad. ¿Cuándo comenzó todo? Es difícil decirlo. Quizá al conocer a Rosana, quizá todo comience siempre para mí con una mujer que me atrae y a la que trato de interesar. Me acerqué a eso que yo llamaba «el círculo de los meditadores» para estar cerca de ella. Luego la experiencia me resultó intrigante y seguí participando. ¿Ejercerían algún tipo de influencia en mí las palabras, la presencia, la práctica, aunque fuera una práctica tan breve y rodeada de tantas inclemencias?

En cuanto al resto de las cosas imposibles sucedidas en la isla, las que me sucedieron a mí y a los otros, prefiero no entrar a pensar en ello. ¿Qué significan? ¿Cuál es su explicación? Al parecer, hay algo en esta isla que tiene que ver con el sonido, con la música y también con la voz. Cantar, hablar. «Cantar y bailar es lo más importante que puede hacerse en la vida», me dijo Wade en la Pradera, si es que era Wade aquel con el que yo hablaba, pero aunque no fuera Wade, sino Pohjola, en aquel momento sí era Wade el que me hablaba de un nido de ruiseñores en la orilla del río Wabash. Un diablo, un dios. Una conferencia de diablos y de dioses. Ratones y polvo. Y un camino para librarse de los dioses: la Universidad Blanca.

Mi época de las alucinaciones. Un hombrecillo (en realidad era muy alto, casi imponente) que afirma llamarse Anton Bruckner. Mi sueño con Rosana, con Dharma, con Bruckner, cuando estaba en una celda en la Central. ¿Fue sólo un sueño? Pero hay sueños que uno sabe que no son sólo sueños. Las cosas que me dijo Bruckner en aquel sueño jamás las olvidaré. ¿De dónde vienen? ¿De quién era esa voz? ¿Quién, o qué, me hablaba dentro de mi sueño?

Quiero subir a Gardalis, pero no encuentro el camino. A medida que asciendo, la pendiente es cada vez más inclinada. Encuentro una escalera de piedra. *Amaltea*, la cabra preñada, asciende por los escalones mordisqueando las flores. ¿Fuiste tú?, le pregunto. ¿Fuiste tú la que me señaló el camino de la montaña? ¿Eres tú la cabra que vi en mi visión? Paso a su lado y sigo ascendiendo. El cencerro de *Amaltea* suena lánguidamente a mis espaldas. Entro en el sol. La naturaleza reverdece, húmeda y feliz. Las nubes corren en el cielo.

¡Mi nube!

Allí está, en lo alto.

Resplandeciente.

Se mueve hacia el nordeste, y la sigo.

Camino por entre los cedros. Veo un hombre a lo lejos, entre los troncos. Y luego otro más. Y un tercero. ¿Es esto Gardalis? Busco el columpio para encontrar una

referencia, busco un cedro con una rama horizontal muy alta. Luego me digo que quizá hayan quitado el columpio. Hay cinco o seis hombres de pie entre los troncos. Uno de ellos se parece a Wade. Me acerco a él. Está inmóvil, en la sombra de los árboles, y cuando me acerco más, veo que se trata realmente de Wade. Está con los brazos en jarras, las piernas separadas, el peso apoyado en la pierna izquierda. Lleva una mochila a la espalda, un cinturón grueso con un puñal en su funda de cuero y otro cuchillo más en el tobillo derecho.

—Wade —digo—. Pero ¿qué haces tú aquí?

Me sonrío y se lleva un dedo a los labios.

—Pero Wade, ¿estás vivo?

Señala hacia su izquierda. Me indica que siga andando.

Un poco más allá hay terreno descubierto. Otros hombres, mujeres y niños me sonrían, me saludan y me indican que me dirija hacia allá. Salgo de la sombra de los cedros y me encuentro con una pradera de forma rectangular dividida en dos alturas por un escalón de piedra. En la parte superior, que queda al fondo, hay una cabaña de madera con un tejado a dos aguas.

Me recuerda a la cabaña que tenía Gustav Mahler en Toblach, en el Tirol italiano, la pequeña cabaña donde escribió *La canción de la tierra* y la Novena Sinfonía. Tiene, como aquélla, una puerta con una ventanita flanqueada por dos amplias ventanas en la fachada que da al sur, y dos ventanitas en las paredes laterales.

Así es como llego de nuevo, quizá por última vez, a la Pradera.

Pero hay algo diferente en esta Pradera. Está llena de tumbas. Lápidas y cruces de piedra leonada se distribuyen por el nivel inferior. Es el cementerio donde desde hace siglos se entierra a los que fallecen en la Universidad Blanca. Voy caminando entre las lápidas, la mayoría de las cuales son muy antiguas. Leo nombres y fechas, nombres de estilo antiguo y cadencioso que no me dicen nada. Busco vagamente la tumba de Wade. Busco una tumba que tenga mi nombre. Pero no reconozco ninguno de estos nombres. No sé quiénes son estos muertos, aunque supongo que no importa. ¿Qué son los muertos una vez muertos? Los muertos no son nada. Las palabras escritas sobre una piedra aspiran a durar, pero no son nada. *Amaltea* me ha seguido a distancia. Escucho la campanada triste de su cencerro. En un principio pienso que se trata de la campana de una iglesia. Me vuelvo, sorprendido, y veo al animal saliendo de la sombra de los árboles. Entra en la Pradera y se pone a mordisquear los asfódelos que crecen entre las tumbas.

Los muertos me contemplan desde los bordes de la Pradera sin atreverse a entrar. ¿Qué significa todo esto?

—Wade —digo—. ¿Qué significa todo esto?

Él se encoge de hombros.

Subo al nivel superior y después de comprobar sorprendido que la puerta se abre sin dificultad, entro en la cabaña. Es muy cómoda, y está limpia, sin rastro de polvo ni de telarañas. En el interior, al fondo, hay un piano de pared con su banqueta, y

frente a la doble ventana que mira al valle, una mesa de trabajo de madera pulida sin barnizar, y una silla. Abro el piano y toco unos acordes. Está afinado, y suena bien teniendo en cuenta que está dentro de una cabaña, expuesto a la humedad y a los cambios de temperatura. Es un Bösendorfer que debe de tener unos cuarenta años. Me siento y me pongo a tocar. Oh, si hubiera tenido un piano durante mi larga estancia en la isla. Pero esa estancia ha llegado a su fin. Pronto me marcharé de aquí, y regresaré a mi vida y a mi perro de lanas y a mi propio piano.

Toco el segundo movimiento de la Sonata número 27 de Beethoven. Luego toco la primera Balada de Chopin. Luego el principio del Concierto Italiano de Bach. Finalmente, comienzo a tocar el Adagio de la Octava Sinfonía de Bruckner. De pronto, alguien llama con fuerza a la puerta, con tanta fuerza que me llevo un susto tremendo y dejo de tocar. Los golpes se repiten. Me levanto de la banqueta del piano y me dirijo a la puerta. A través de la ventanita no se ve a nadie. ¿Se habrá agachado el que llamaba? ¿Estará allí detrás, esperando agachado? Pero ¿quién será el que ha llamado? ¿Wade? ¿Anton Bruckner? Agarro el sencillo picaporte de madera y abro. Pero no hay nadie. Salgo a mirar. Nadie, en parte alguna. Doy la vuelta a la cabaña y miro por los árboles y las laderas de hierba de los alrededores. No se ve a nadie por ningún lado.

Me digo que por fin he llegado a la Pradera. Por fin he logrado entrar. Por fin he sido admitido. En la parte inferior, las tumbas de piedra dorada se funden con la alta hierba y con las flores de los asfódelos. La visión distante de las cruces y de las lápidas no me resulta sombría, sino pacífica y reposada, una invitación al silencio y a la meditación. Por fin he sido admitido. La lucha ha terminado. La tensión que me ha lanzado hasta aquí, arrojándome de un lado a otro como entre los puños de un gigante o las orillas enfrentadas de un abismo, ha desaparecido, y ahora estoy en la Pradera, en la reposada extensión de pasto verde que hay al fondo del pensamiento. Éste es el fondo del mundo. Éste es el mundo, porque el mundo todo es fondo, todo es reposo, todo es existencia. Ahora estoy en paz conmigo mismo. He llegado al final de todas las luchas. Me acepto como soy. Acepto mi vida, mi castigo, mi iluminación, mis límites, mis bendiciones. La guerra ha terminado. Estoy en paz.

Entrego una amapola

Algunos de los que subieron hasta aquí han decidido, después de todo, regresar a Villa Naufragio para unirse a los que se marchan de la isla. Entre los que han decidido quedarse aquí, en la Universidad, están Rosana y Jimmy Bruëll. Ahora Jimmy se pasa el día metido en la biblioteca leyendo libros sobre meditación y practicando artes marciales. Rosana ha decidido trabajar en los huertos. Todos en la Universidad tienen que trabajar en todas las tareas de forma rotativa, aunque uno puede, si lo desea, dedicarse en exclusiva a algún trabajo de su elección. Me dice que siempre le ha gustado tener huerto y trabajar en contacto con la tierra, y que ha decidido quedarse al menos un año en la Universidad antes de regresar al mundo. La veo muy feliz, muy tranquila. Syra es la que no está tan feliz, porque en la Universidad hay muy pocos niños y adolescentes. En total, quizá unos treinta niños de edades entre ocho y catorce años. Sebastian y ella están peleados y no se hablan, pero no creo que sea nada grave, y pronto volverán a ser amigos. También Sophie y Joseph han decidido quedarse al menos un año. La que menos encaja en la Universidad, me parece, es Sophie. El mundo de la moda, del arte, de las revistas y de la arquitectura en las que se movió su vida profesional parece muy alejado de este monasterio perdido entre las montañas. Sin embargo, pronto encuentra cosas que hacer. Dice, además, que no quiere marcharse de la isla hasta averiguar qué ha sido de su marido, pero ¿qué va a averiguar aquí arriba? Si de verdad quisiera encontrar a Leverkuhn no se quedaría aquí, sino que organizaría alguna expedición de búsqueda. Yo tengo el presentimiento de que Leverkuhn ha muerto.

Xóchitl y Joaquín también regresan al mundo civilizado. Xóchitl regresa a Los Angeles y Joaquín ha decidido irse con ella. Julián y Matilde regresan a Madrid. Para ellos, según me explica Julián, estos meses en la isla no han sido más que la continuación de ese largo viaje en que llevaban engolfados cuando cayeron aquí, y ya tienen ganas de volver a casa. También regresan Lily Whittfield y Mike Garson, así como Dharma y Eva. Yo había supuesto que serían los que mejor encajarían aquí, pero Filemón me dice que estoy equivocado, que Dharma ya estuvo en su propia Universidad Blanca y ya salió de ella hace mucho tiempo. Además, yo no sabía que tuvieran hijos. Al parecer tienen dos, que les esperan en Nueva York.

No sé cómo se comunican a distancia en la isla, pero Filemón nos dice que dentro de un par de días las embarcaciones estarán listas y que al día siguiente los que regresan a la civilización serán trasladados a la costa para embarcarse. De pronto, aparece una cierta distancia entre los que van a quedarse y los que nos marchamos. A ellos los vemos felices, envueltos en la luz de las alturas, mientras que nosotros tenemos ya el nerviosismo del viaje. Ellos, los que se quedan, parecen haber adquirido un estatuto superior. Los que nos marchamos deberíamos sentirnos felices,

ya que por fin vamos a librarnos de esta isla infernal. Y es posible que los demás se sientan felices, pero yo no me siento así. Siento que me expulsan. Siento que no he logrado convencer a la isla, o vencer a la isla. Siento que he sido vencido.

Los que vamos a partir estamos nerviosos. Todavía queda una aventura, es cierto, la de salir al mar, la de confiar en que seremos avistados por algún barco antes de quedarnos sin provisiones y sin agua, la de ser repatriados quién sabe desde dónde, pero sea como sea la aventura termina, todos vamos a regresar a nuestras casas, a la familia, a los amigos, a los hábitos queridos, a esa vida maravillosa que todos teníamos sin saberlo.

Yo intento convencerme a mí mismo de que también estoy deseando volver, y me pinto en la imaginación todos los colores de la civilización. Los conciertos, los restaurantes, la vida social, mi estudio, mi piano, mis libros, mi cama, la torre de Rosley College surgiendo entre los olmos, las miradas sensuales de las alumnas de composición.

Llega el último día que pasaremos en la Universidad Blanca. Por la mañana cae una lluvia intensa. Suena como acordes furiosos de Fa sostenido mayor derramándose en cascada. Las gotas estallan en los alféizares y en las losas de los caminos. Yo no sé qué hacer. Salgo para dirigirme a la biblioteca y me encuentro con Joaquín y Xóchitl sentados en un banco de piedra, protegidos de la lluvia. Están tan felices que no paran de besuquearse y de hablarse al oído. Me dicen que tengo que ir a visitarles a Los Angeles. Yo digo que iré, y que espero que ellos me visiten también en Rhode Island y luego escapo de allí, huyendo de su felicidad.

Visito la biblioteca, pero Giovanni no está, de modo que salgo de nuevo a la lluvia dispuesto a empaparme, pero entonces la lluvia cesa, y aquí y allá entre las ramas de los cedros comienzan a aparecer columnas de luz. El mundo se ilumina entre las copas oscuras, las nubes se abren movidas por el fuerte viento y el sol inunda el mundo. El viento sigue soplando. Viento y sol. El viento riza las finas gotas de lluvia que aún permanecen prendidas a las agujas de los cedros. Yo camino solo bajo los cedros, por el borde del mundo. La hierba húmeda me empapa los pies. Ya nada importa. Ya todo ha terminado. Lo he tenido todo y lo he perdido todo. ¿Qué significa la vida? No lo sé. ¿Para qué vivimos? No lo sé.

Subo a Gardalis, al viejo cementerio. Antes de subir a la cabaña, paseo de nuevo entre las tumbas y descubro una, en un rincón del cementerio, adornada de jarros con rosas frescas y de otros ramitos de flores recientes. Me acerco a la lápida, que no tiene una cruz, sino tan sólo una piedra redondeada donde leo la inscripción «Prinze Mayerling Von Thymus» y las fechas 1823-1899. Me pregunto quién será este olvidado príncipe del siglo XIX, muerto en la Isla de las Voces.

Entro en la cabaña y siento que he llegado a casa, a mi última casa. No es cierto, porque esta cabaña no es realmente una casa, sino sólo un lugar de trabajo, y también porque al día siguiente me marcharé de aquí para siempre. Mi estudio de Oakland es igual de apacible, mucho más cómodo, el piano infinitamente mejor. ¿Por qué,

entonces, tengo la sensación de que es aquí donde podría realmente ponerme a componer y escribir música que valga la pena? Me siento al piano y me pongo a tocar. Improviso durante una hora, más o menos. Luego toco el primer movimiento de la Sonata número 31 de Beethoven, una de mis favoritas. Hay un pasaje, hacia la reexposición (nada es convencional en este movimiento lleno de sorpresas y cosas que aparecen y desaparecen de pronto), en que de pronto un dibujo ascendente de semicorcheas, que en su primera aparición había parecido casi una mera decoración, empieza a destrenzarse en una de esas melodías melismáticas e interminables de la última época de Beethoven, un chorro de notas muy delicado y misterioso que da vueltas y vueltas sobre sí mismo y que de pronto se detiene en un acorde suspendido. Re bemol, Si bemol, Sol, Fa, un acorde de novena dominante. Hay que tocarlo ligeramente separado de lo que viene antes, más piano, con intensa dulzura. Siempre que toco esta sonata estoy deseando llegar al largo melisma y al acorde suspendido. La dulzura, el misterio, la sorpresa de este acorde, siempre me subyugan. Algo se abre aquí, una posibilidad, una ventana. Es como la ventana de aquel relato de Lord Dunsany, a través de la cual se ve otro mundo. Es como la «ventana mágica» de la «Oda a un ruiseñor» de Keats, que se abre a la espuma de peligrosos mares en olvidadas tierras encantadas. El acorde parece sugerir otra posibilidad del tiempo, que no pertenece al arco que va del pasado al futuro. Parece sugerir otros ojos que ven otras cosas. Parece sugerir una cuarta dimensión que no podemos explicar pero en la cual, de pronto, nos hallamos viviendo. El tiempo queda suspendido en un orbe de luz y maravilla. La sonata se detiene y el mundo, en consecuencia, se detiene también. Es un acorde de dominante, que enseguida resuelve en la tónica, pero el tiempo continúa flotando suspendido. Y luego la mediantes, convertida en dominante, lleva al relativo menor y todo se oscurece y entramos en un mundo de delicada tristeza y de sombra. Finalmente suena otra dominante, como una señal de que el éxtasis sin tiempo ha terminado, y de pronto la sonata recupera su trabajo, su atareamiento. El tiempo ha regresado. El corazón vuelve a latir. Los pulmones vuelven a respirar. La visión se desvanece. La ventana se borra en el aire. Las rosas de otro mundo que habíamos entrevisto ya sólo existen como recuerdo.

El movimiento de la sonata sigue su curso, pero por poco tiempo. De pronto, sin saber cómo, estamos en una coda. Suena el tema principal en la mano izquierda, y de pronto todo acaba. Todo queda en silencio.

Escucho el silencio de la isla. El viento sopla entre las ramas de los abetos. Un ruiseñor distante canta entre las hojas y, muy cerca, un estornino lanza su grito. Las dos voces no están relacionadas.

Salgo fuera de la cabaña y me siento en el escalón de piedra que separa la Pradera en dos niveles. Más abajo, la luz inunda de tal modo las extensiones del valle que me da la impresión de que es un gran lago, un mar de oro de sol.

Cierro los ojos, y comienzo a percibir brillo. Es el brillo del valle entre los abetos, el brillo del mar entre las palmeras. Es el brillo del mar durante nuestros meses en la

costa, la asombrosa belleza del mundo que nos rodea, y que nosotros somos incapaces de ver. Nos entregan el paraíso, pero nosotros, con nuestra mezquindad y nuestros demonios, lo convertimos en un infierno.

Sigue brillando, mar del mundo, recuérdame con ese brillo la realidad asombrosa, la aventura incesante. ¡Brilla, mar del Edén! ¡La aventura del hombre apenas ha comenzado!

Entonces sucede. Entonces comienza a suceder.

Comienzo a crecer. Comienzo a elevarme sobre mí mismo. Crezco, crezco en dirección a las nubes. Soy un gigante azul, tan inmenso que puedo navegar por dentro de mí mismo. Soy un mar.

Me elevo sobre mí mismo hasta las crestas del pensamiento, hasta los límites de mi forma humana.

Experimento una ligereza, una elevación, una plenitud como nunca había experimentado. Algo comienza a respirar dentro de mí. Algo se abre, algo se suelta. Algo comienza.

Y sigo creciendo hacia lo alto, haciéndome cada vez más inmenso.

Luego, cuando todo termina, me paso todo el día en un estado de sonambulismo y felicidad. ¿Será cierto?, me pregunto. ¿Será posible?

El resto del día me lo paso buscando a Cristina, pero no consigo encontrarla. Sé que me evita. Pero sé también que la despedida tendrá que producirse tarde o temprano.

Al caer la tarde, ella viene a buscarme. Estoy en la terraza donde solemos reunirnos a la caída del sol, con un libro en las manos, cuando siento su sombra sobre mí. No la he oído acercarse y de pronto está allí, frente a mí, como un genio de caderas redondeadas. Se sienta en el banco de piedra a mi lado. Yo me muero por rodearla con mis brazos, por besar sus brazos y su cuello, pero sé que no me está permitido.

—El otro día nos dijimos cosas desagradables —dice con voz neutra—. Yo te dije cosas muy duras. Lo siento.

—Me las merezco. Me las merecía —digo.

—No, no, todo eso ya ha quedado atrás. No sé por qué volví al pasado con tanta fuerza. Te pido disculpas de nuevo. No tengo ninguna cuenta pendiente contigo, Juan Barbarín. Todo está limpio. Todo está bien.

—¿No tienes cuentas pendientes conmigo?

—Si tenía alguna la limpié y la quemé hace mucho tiempo. Pero me parece que había una parte de mí que seguía deseando decirte todas esas cosas.

—Me voy mañana, Cristina —digo.

—Eso parece.

—¿De verdad vamos a decirnos adiós otra vez?

—No nos dijimos adiós la primera vez.

—¿Estás contenta de que me vaya?

—No.

—Entonces, ¿quieres que me quede?

—No.

—Esta mañana he descubierto un lugar —le digo.

—¿Un lugar?

—La Pradera, nuestra pradera.

—¿Qué Pradera?

—Nuestra Pradera.

—¿La de la calle de los Olmos?

—Sí.

—¿Ése es el lugar que has descubierto?

—Sí. Tú ya lo conoces.

—Sí, lo conozco.

—¿Cómo puede estar aquí?

—No lo sé.

—Es un cementerio.

—Sí. Allí está la tumba de Mayerling. ¿La has visto?

—Sí.

—No sabemos si es de verdad su tumba o sólo un cenotafio.

—Y hay una cabaña en lo alto.

—Siempre hay una cabaña en lo alto.

—Podría quedarme y trabajar en esa cabaña, ¿no te parece? —digo.

—Te marchas mañana, Juan Barbarín.

—Déjame que me quede.

—No puedo prohibirte que te quedes.

—Entonces me quedaré.

—No, te marchas mañana.

—No quiero marcharme.

—Y yo no quiero que te quedes.

—Dios mío, cuánto me odias. Nunca has dejado de odiarme.

—Si te quedas, si insistes en quedarte, haré todo lo posible para no verte. Organizaré las cosas para no coincidir contigo. Aquí hay mucha gente y muchas cosas que hacer.

—¿Ni siquiera hablarás conmigo?

—Ya hemos hablado, Juan Barbarín. Hemos hablado de los viejos tiempos, nos hemos enfadado, nos hemos reconciliado. ¿Qué más queda?

—Dios mío, cuánto me odias.

—No te odio, Juan Barbarín.

—Sí, me odias, y lo merezco. Merezco todo lo que me ha pasado. Todo.

Quedamos en silencio.

—Cristina, esta mañana he tenido una experiencia en esa Pradera, en ese cementerio.

—¿Una experiencia? —dice ella.

—Me he visto a mí mismo como nunca me había visto.

—Oh.

—He visto un inmenso mar azul, un mar que brillaba.

—Ajá.

—¿No te interesa? ¿No quieres que te lo cuente?

—Ya sabes que los oídos no tienen párpados.

—¿Crees que estoy mintiendo? ¿Crees que es un truco para convencerte? Dios mío, qué concepto tan horrible tienes de mí.

—Cuéntame tu experiencia. Llevo años y años escuchando experiencias. Una más no me matará.

—Ahora me doy cuenta de que desde mi llegada a la isla he tenido otras muchas «experiencias». No sólo ese sueño compartido que tuvimos tú y yo, y que ya de por sí es bastante asombroso. Otras experiencias inexplicables. Pero esta mañana ha sido diferente. Mucho más intenso.

»He comprendido lo que soy. He comprendido lo que puedo llegar a ser. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sí.

—He comprendido que llevo toda la vida viviendo dentro de una habitación muy pequeña. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sí.

—Encerrado en una habitación muy pequeña, sin darme cuenta de que la puerta está abierta, y de que es posible salir de allí e ir a donde uno quiera. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sí.

—Quiero volver a esa cabaña.

—Has recibido un regalo —dice ella suspirando.

—Sí, es cierto.

—Pero el regalo no suele repetirse. Se da una vez o unas cuantas veces a lo largo de una vida, y suele ser la consecuencia secreta de un proceso del que no somos del todo conscientes. Si vuelves mañana a la cabaña, no sucederá nada. Ahora lo que tienes que hacer es comenzar a trabajar.

—Eso es lo que deseo.

Ella respira de nuevo profundamente, y por espacio de unos instantes me da la impresión de que está haciendo algo. No sé exactamente qué. ¿Contar por dentro, repetir un mantra, hacer algún tipo de ejercicio? Cierra los ojos, y luego su respiración se hace todavía más acompasada. Luego abre de nuevo los ojos.

—Mira, Juan —me dice entonces—. Yo no siempre soy Salomé. A veces soy simplemente Cristina, y soy muy estúpida y obstinada. Pero a veces tengo que ser

Salomé, y como Salomé te hablo ahora. Si quieres quedarte, puedes quedarte. Nadie tiene derecho a impedírtelo. Todos los que llaman a la puerta son admitidos, es una ley de la Universidad, una ley del conocimiento. Quédate y sé uno más entre nosotros. Investiga, busca, medita. Eres bienvenido.

—Estás diciendo que puedo quedarme.

—Sí. Has llegado hasta aquí. Has encontrado el camino, y por eso te recibimos con los brazos abiertos. Pero debes entender que este amor que te ofrecemos no es un impulso psicológico basado en la afinidad o el rechazo, sino un tipo de amor distinto, incondicional y también impersonal.

—Entiendo —digo—.Quieres decir que es Salomé quien me da la bienvenida, pero que Cristina ya no volverá a verme.

—Esa Cristina ya no existe, Juan —dice ella—. Afloró el otro día, *samskaras* que quedan por ahí ocultas. Pero no volverá a aparecer.

—Quieres que me quede porque deseo quedarme, no porque desee estar a tu lado.

—Sí.

—Quiero quedarme por las dos razones.

—Entonces sufrirás, y me harás sufrir a mí.

—¿No hay ninguna posibilidad de que Cristina cambie de idea? —pregunto.

Pero ella ya ha hablado, y permanece en silencio. Conozco bien ese gesto, esa actitud tan anglosajona, la satisfacción de cortar de plano las quejas plañideras y de mostrar, con una actitud inflexible, que insistir es inútil. Los ojos convertidos en espadas, la boca cerrada con el gesto adusto de la balanza de la ley.

No sé qué hacer. Cierro el libro que tengo entre las manos. Noto que hay algo entre las páginas. Es una flor que yo mismo puse allí hace unos días para que se secase. La busco, la extraigo de allí con dedos torpes, con dedos temblorosos. Ni siquiera sé por qué la puse dentro del libro. Está seca, aplastada, con los colores intactos. Es la amapola que me entregó una niña en el valle hace unos días, una extraña amapola con dos pétalos rojos y dos pétalos blancos.

—Toma —le digo a Cristina—. Un regalo de despedida. Guárdala para dentro de cien años.

—¿Qué? —dice ella.

Mira la flor que le entrego y la sostiene con delicadeza en la palma de la mano, observándola atentamente. Veo que le tiemblan los dedos.

—¿Es una amapola? —me pregunta.

—Sí.

—¡Una amapola con dos pétalos blancos y dos pétalos rojos!

—Sí —digo yo, extrañado de que le sorprenda tanto.

—¿Qué has dicho? —me pregunta—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Que la guardes para dentro de cien años.

Entonces ella cierra los ojos. Se lleva la amapola blanca y roja al corazón. Cierra los ojos y me parece que sonrío. Me parece que la luz fucsia de las buganvillas que

crecen en la pared de al lado se refleja en sus párpados rosáceos, y en sus labios que sonríen. Y entonces su sonrisa ya no parece una sonrisa, sino un gesto de extremado sufrimiento. Y luego las lágrimas empiezan a brotar entre sus pestañas espesas y oscuras. Lágrimas que corren por sus mejillas como antes, cuando teníamos veinte años y a mí me maravillaba lo fácil que era para ella llorar, la forma en que brotaban de sus ojos las lágrimas como si fueran lluvia, una suave, tibia lluvia de primavera...

Senderos bajo los sauces

Una joven, casi una niña, está sentada en un *ghat* en la orilla del Ganges. El gran río color té con leche corre con fuerza por entre las dos orillas cubiertas de árboles recios y oscuros y delicados templos blancos. Los templos con forma de pagoda parecen flotar entre las nubes de verdor tropical que cubren las laderas de las colinas. Las escaleras amarillentas del *ghat* descienden en dirección a las aguas. Han colocado allí varias cuerdas atadas a argollas de hierro para que los que se adentran en el río para darse los baños rituales no sean arrastrados por la corriente. Ella sabe que tiene que bañarse vestida. Son las costumbres indias. Los hombres se quitan la camisa y se quedan en *dhoti*, pero a las mujeres no se les permite quitarse la camisa. Quizá pudiera bañarse en bañador, dado que es una mujer occidental, pero sería considerado una irreverencia y ella misma lo consideraría una irreverencia. Aunque hace calor, un calor pesado y húmedo, el agua está helada. Baja de los glaciares del Himalaya, cuyas faldas comienzan allí mismo, y apenas ha tenido ocasión de caldearse. Conserva todavía esa energía salvaje y joven del torrente montañoso, aunque a estas alturas el Ganges es ya un río muy ancho. Es un río joven y alegre que se prepara para su larga travesía a través de la llanura india. La niña desciende por las escaleras y se acerca a una de las cuerdas, se agarra al grueso cáñamo y entra en el agua. Las escaleras continúan invisibles bajo la superficie opaca y ella sigue descendiendo y siente el agua helada en los tobillos, en las pantorrillas, en las caderas. Cuando el agua alcanza la cintura, coge aire y se sumerge completamente sin dejar de agarrarse a la soga. Luego saca la cabeza del agua. Repite la inmersión tres veces mientras canta el mantra. Madre Ganges, dice interiormente, limpia mi pasado. Madre Ganges, llévate mi karma, déjame ligera y renovada. No quiero sostener nada ni mantener nada, no quiero atarme a nada. No quiero defender nada. Rompo todas las ataduras, todos los vínculos, todo lo que me limita y me esclaviza.

Ella sabe lo que le han costado estas palabras. No quiero atarme a nada. Rompo todas las ataduras. Rompo todas las ataduras. Hace una semana que él debería haber llegado y todavía no ha aparecido. Sabe que desde Delhi a Rishikesh se tardan unas horas en coche. Quizá diez o doce horas, aunque apenas hay una distancia de doscientos kilómetros, pero en un día o dos él debería haber sido capaz de llegar hasta allí. Pasan los días y él no aparece, y ella siente un horrible presentimiento. De pronto lo sabe: él no va a aparecer. Le ha perdido para siempre. Por si acaso llama a Madrid. Llama a la casa de ambos, a la casa donde él y ella han vivido durante los últimos años, pero nadie coge el teléfono. Finalmente llama a los padres de él. Habla con su madre, que nunca ha sentido excesiva simpatía por ella. La mujer parece sorprendida, casi conmovida de que ella la llame desde tan lejos. Le dice que él no ha ido a la India, y que no va a ir a la India. Que se ha marchado a Estados Unidos. Ella

dice que no es posible, que debe de haber un error. No, le dice la madre de él, que quizá sólo entonces comienza a comprender, no hay ningún error. Lo que sucede es que él no se atreve a decírtelo directamente. No se ha atrevido a decírtelo. ¿A decirme qué?, pregunta ella. ¿A decirme que no piensa venir a la India? No, dice la madre con paciencia, quizá con placer, a decirte que quiere romper contigo. Que ya ha roto contigo. Eso no es posible, dice ella. No es posible. Si no ha pasado nada. Ni siquiera hemos hablado de romper. No hemos discutido. ¿Cómo va a romper conmigo así, de pronto, sin dar ninguna explicación? ¿No ha pasado nada?, dice su madre. Su voz aguda y chillona se hace más aguda y chillona a través del auricular de este teléfono indio, una voz humana saltando de repetidor en repetidor y de allí a un satélite en órbita y luego del satélite de nuevo a la superficie del planeta. ¿Te parece que no ha pasado nada? Tú le has abandonado, le dice. Te has ido de casa. ¿Cuánto tiempo llevas en la India? Llevas allí casi un año. Tú has abandonado a Juan. Esperabas que él se fuera detrás de ti como si fuera tu perrito faldero. Que lo dejara todo igual que tú, que abandonara su trabajo y su carrera y se fuera allí a la... al sitio donde estés, que no sé cuál es ni me importa. Tenías un buen trabajo, Cristina, teníais una situación privilegiada los dos, y de pronto lo has tirado todo por la ventana y has desaparecido dejándole solo durante meses y meses. ¿Qué esperabas que pasara? ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Pensabas que iba a abandonarlo todo y a seguirte? Si pensabas eso es que no conoces a los hombres en absoluto. Ella no sabe qué decir. No está acostumbrada a escuchar voces tan agresivas, tan llenas de recriminaciones y de resentimiento. Hasta el acento de Madrid le extraña. Ese estilo español agresivo y sin contemplaciones, que se adentra casi físicamente en el otro con total falta de consideración. Te has metido en una secta, le dice la madre de él. Deberías volver inmediatamente. No sé cómo tus padres no van allí y te sacan del sitio donde estás. No estoy en ninguna secta, dice ella débilmente. Si yo fuera tu padre cogería un avión y te sacaría del sitio donde estás y te traería a España, le dice la madre de él. No estoy en ninguna secta, repite ella una vez más. ¿Por qué me hablas así?, dice casi llorando. ¿Por qué me hablas así? ¿Qué te he hecho yo a ti para que me hables de ese modo? Has hecho infeliz a mi hijo, dice ella. Cristina, ¿cómo quieres que te hable? Has abandonado a mi hijo. Teníais una vida perfecta en Madrid. Teníais una casa, que en vez de tirar el dinero alquilando podríais estar pagando una hipoteca, pero ése es otro tema, teníais un trabajo estupendo los dos, teníais la vida resuelta. ¡Y tan jóvenes! ¿Por qué has tenido que meterte en una secta?

Las conversaciones tan largas resultan carísimas. Cristina tiene que pagar montones de rupias por estas conversaciones transcontinentales. Le llama a él, pero nunca contesta el teléfono. La madre de él le da, un poco a regañadientes, su teléfono y su dirección en Estados Unidos, y ella llama una y otra vez. Las comunicaciones no son buenas. Hay ruidos, y a veces uno oye su propia voz en forma de eco al hablar. Esto le pasa cuando habla por teléfono con su padre o con su hermano. Con Juan Barbarín nunca llega a hablar. Una vez él coge el teléfono y dice: *hello?* Y ella dice

su nombre, y entonces, después de un titubeo, él cuelga. Entonces ella le escribe una carta, dos, tres cartas, a su dirección de Oakland, Rhode Island. Pero no hay respuesta.

Se va a la orilla del Ganges con la esperanza de que el gran río, la gran Madre, le dé una respuesta. Se mete en el agua helada, hace las abluciones. Luego regresa a lo alto de las escaleras, tiritando de frío. Tiritando de miedo, de desolación. Y se pone a llorar. A pesar del frío que siente, vuelve a entrar en el Ganges y hace de nuevo el baño ritual. Y le pide a la madre Ganges que la ayude, que le dé luz, que no le arrebate a su amor. Por favor, madre Ganges, dice la niña llorando, mezclando sus lágrimas con las lágrimas del río de los muertos. Por favor, no me arrebates esto. Sólo esto, madre Ganges, sólo esto déjame. Te entrego todo lo demás. De lo demás no deseo nada. Pero esto no me lo arrebates.

Pero las ataduras... ¿no dijiste que querías librarte de todas las ataduras?

Sólo esta atadura, sólo ésta. Por favor, no me quites esto. Quítame todo menos esto... Por favor, madre Ganges...

Sale del agua tiritando de frío. Se sienta un poco más arriba en el *ghat*, incapaz de contener las lágrimas.

Y entonces le ve, caminando por la orilla del río, en medio de un grupo de peregrinos. Es él, va vestido con ropas blancas, un pantalón blanco, una blusa blanca, un chal blanco sobre los hombros y un largo cayado en la mano, pero es él sin duda. Lleva sandalias en los pies, y cojea visiblemente. ¿Por qué cojea tanto? Ella tiembla sentada en las escaleras con toda la ropa mojada y se abraza las rodillas para entrar en calor, y observa como él, Juan Barbarín, camina entre un grupo de peregrinos indios. Luego los otros se van todos juntos y él queda solo al lado del agua. Ve cómo él contempla el agua obstinadamente y parece imposible pero es él, es él. Corre hacia el lugar donde está. Pero no es él. Es un hombre indio que se parece vagamente a él. Un hombre con la señal de los shivaítas en la frente. Un hombre moreno, delgado, con unos almendrados ojos oscuros que le recuerdan a los de Juan Barbarín. Y una sonrisa preciosa. Ella le mira. Él la mira y sonrío. Como ella sigue mirándole, él junta las manos a la altura del corazón y dice «namasté». Ella hace lo mismo. Está temblando, tiene el sari empapado y ahora sopla la brisa y es muy desagradable estar con una ropa empapada que se pega a todo su cuerpo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta al hombre.

—¿Cómo? —dice él—. ¿No me reconoces? ¡Soy yo!

—¿Yo? —ríe ella en medio de las lágrimas—. ¿Cómo «yo»?

De pronto le asalta la duda. ¿Será realmente él? Porque este hombre se parece mucho a Juan Barbarín, aunque no es Juan Barbarín porque es unos cuantos años mayor, y además, cojea y parece que tiene una pierna artificial. Y porque además es indio, un hombre indio de mediana edad que tiene sólo un vago parecido con Juan Barbarín, y al que ya ha visto en un par de ocasiones en las orillas del río. Ya en otras ocasiones ha pensado que este hombre le recuerda a su novio, y seguramente ya han

intercambiado miradas y ya se han sonreído, o al menos él le ha sonreído a ella ya varias veces en las orillas del río, en los *ghats* o en las rocas que hay al pie del *ashram* o en el *arati* de la tarde, en la orilla opuesta, cuando todos ponen ofrendas con flores y velas encendidas en las aguas del Ganges y el agua del río se lleva las luces flotantes hacia Benarés. Y ella le ha sonreído también, y entonces él se ha hecho vagas ilusiones y por eso ha regresado y la ha buscado. ¿O es realmente un encuentro casual?

—¿No me recuerdas de otra vida? —dice el hombre sin dejar de sonreír. Tiene ese delicado, precioso acento de los indios al hablar inglés. Esa música caprichosa, esas extrañas erres que recuerdan vagamente a las españolas.

—No, no te recuerdo.

—Entonces, ¿por qué me miras y me sonríes? ¿Por qué me saludas si no me conoces?

—¿Tú me recuerdas de otra vida? —pregunta ella.

—Pues claro —dice él—. No de una, sino de muchas. Hemos vivido muchas vidas juntos, dice él.

—¿Muchas vidas?

—Muchas —dice él—. Muchas muchas.

—¿Éramos marido y mujer?

—Sí, señora —dice él—. Con todo respeto, hemos sido marido y mujer muchas veces en otras vidas.

El hombre cojea dolorosamente y ha de apoyarse en su cayado para andar. Es esbelto, fuerte, atlético, pero la cojera le da el aspecto de ser un pobre inválido. Y eso es precisamente lo que es, un pobre inválido. Un peregrino shivaíta inválido que ha subido hasta Rishikesh para pasar algunas noches en el patio de un *ashram*, bañarse en el río, comer lo que le den y luego seguir su peregrinaje al siguiente *ashram*, al siguiente festival sagrado, a la siguiente celebración shivaíta.

Un mendigo caliente, como están todos los mendigos, como están todos los que se aburren. Por eso quiere hablar con ella. Desea acercarse a ella y tocarla un poco, como intentan hacer tantas veces los indios. Ven a una occidental y se acercan a ella y le tocan en las piernas, en el pecho. Esto sucede en el cine, en los trenes por la noche. Están convencidos de que a ellas no les importa, de que las occidentales son impúdicas. En estos momentos a ella tampoco le importaría, aunque él sea un mendigo, aunque esté sucio. Lo cierto es que, a pesar de su pobreza, no parece sucio. Parece misterioso y encantador, y ella adivina debajo de su cansancio y de sus ropas usadas un antiguo refinamiento de jardines de polvo y rosas en lugares de sol. Le pregunta si es un mendigo o si tiene un trabajo. Él le dice que fue durante muchos años abogado en Nueva Delhi, y que finalmente decidió abandonar su carrera y convertirse en un *sadhu*, en un renunciante. Le pregunta si está casado, si tiene hijos. La pregunta es casi ociosa en la India, donde todo el mundo se casa y donde se considera algo muy extraño que alguien, especialmente un hombre con una carrera,

no tenga esposa. Le dice que sí, pero que su esposa murió, y que no tuvieron hijos porque ella era estéril. Ella le dice que lo siente mucho.

—Pero tú —le dice él—. ¿Por qué estás tan triste? ¿Por qué esos ojos tan tristes, Deepali? ¿Dónde está tu esposo?

—No tengo esposo —dice ella.

A él le extraña y le pregunta por qué. No comprende cómo ha podido ella viajar tan lejos estando sola. No comprende que una mujer esté sola en un país extranjero, completamente sola. A todos los indios con los que se encuentra les extraña.

—Estoy sola —dice ella—. Estoy sola.

—Eres muy hermosa —dice él—. No lo comprendo. ¿Eres muy pobre?

—No, no soy muy pobre.

—¿Entonces? ¿Estás enferma?

—No, no estoy enferma —dice Cristina, casi riéndose a pesar suyo.

—Perdóname, Deepali —dice él. Cuando sonrío, ella observa que tiene una punta de uno de los incisivos rota.

—¿Deepali?

—Ése era tu nombre antes. Cuando éramos marido y mujer.

—Me estás tomando el pelo.

—Es la verdad. Ahora tienes otro nombre porque eres cristiana, sólo por eso.

—Yo no soy cristiana.

—¿Cómo que no?

Ella no quiere discutir.

—¿De verdad tú no me recuerdas? —dice él—. Nos hemos visto más veces cerca del río. Y tú me has sonreído. Pensaba que me recordabas, igual que yo a ti. Pensaba que me sonreías por eso.

—No, es que me recuerdas a un amigo.

—¿Lo ves? —dice él—. Yo sabía que tú también me recordabas.

—No, no —dice ella—. Quiero decir que tu cara me resulta familiar. Que te pareces a un hombre que conozco.

—Así es como se produce el recuerdo —dice él—. Si observas con atención a las personas con las que te encuentras, siempre te parece reconocerlas. Casi todos los rostros son familiares, incluso los que nunca habías visto antes. Eso se debe a que los conoces de otras vidas.

—Nunca me ha pasado una cosa así —dice ella.

—¿No? Mira. Mira a tu alrededor. Elige a una persona, hombre o mujer, no importa, y obsérvala con atención. Verás como enseguida empiezas a reconocerla. Enseguida tienes la sensación de haberla visto antes. Si profundizas más, verás que es tu hija, tu madre, tu hermana, tu padre, tu tío, o la persona que te mató, o la persona a la que mataste. La persona a la que engañaste, la persona que te engañó...

—Y eso ¿no será porque todos somos seres humanos? —pregunta ella—. ¿No se deberá eso a lo parecidos que somos unos y otros?

—No lo sé —dice él encogiéndose de hombros de forma muy cómica—. ¡No lo sé!

—O a lo mejor es que todos somos realmente de la misma familia. Que todos somos, en realidad, la misma persona, multiplicada millones de veces bajo diferentes aspectos.

—Así es, Deepali —dice él—. *Atcha. Atcha.* Así es.

Quedan los dos en silencio.

—Querida Deepali —dice el hombre poniéndose serio—. Ahora soy un *sadhu* y practico *brahmacharya*. He renunciado a los placeres y a la familia. No tengo bienes. Ni siquiera tengo casa. Me gustaría ser capaz de ayudarte en tu tristeza, pero no puedo.

—Lo comprendo.

—Pero te propongo algo —dice él—. Ahora no puedo estar con una mujer, ni tampoco pensar en desposarte. Pero en el futuro te buscaré.

—¿En otra vida? —dice ella.

—Espero que no sea en otra, porque tú me olvidarás, Deepali —dice él—. Siempre me olvidas. Siempre, una y otra vez.

—Lo siento —dice ella.

—Pero nunca me olvidas del todo, Deepali.

—Como ahora —dice ella.

—Te llevaré una señal para que sepas que soy yo. Te llevaré una amapola blanca y roja. ¿Lo recordarás?

—Sí. Una amapola blanca y roja.

—Te la pondré en la mano y te diré: guárdala para dentro de cien años. Así sabrás que soy yo.

Ella se pone a llorar. Él le dice que no llore, que no debe llorar. Y ella le cuenta que no llora por lo que él le ha dicho, sino por otra razón muy diferente. Le habla de su novio, de cómo la ha abandonado, de las llamadas, de las cartas sin respuesta. Él no le hace preguntas. La escucha con atención, pero no hace comentarios. Quizá porque no entiende bien la historia, o porque las cosas que ella le cuenta tienen para él un significado distinto del que tienen para ella.

—A veces hay que esperar, Deepali —dice él, finalmente, mirándola con un inmenso afecto—. Querida esposa. A veces hay que esperar muchos años. Pero yo volveré a ti, y entonces sí me recordarás. Pero tienes que recordar la flor, Deepali.

—¿La flor?

—Una amapola blanca. Blanca y roja. ¿Te acordarás?

—Sí, me acordaré.

Un loco más de las orillas del Ganges, se dice ella cuando regresa al *ashram*. Un loco más. Las orillas están llenas. Las orillas, los *ghats*, los callejones aledaños, los patios de los *ashrams*, están llenos de *sadhus* un poco locos o locos del todo, fakires con ojos desorbitados, ancianos de barba blanca y bigotes tan largos que han de

atárselos por detrás de la cabeza y que duermen en el suelo, entre los excrementos de las vacas y las travesuras de las ratas, locos sagrados que caminan con un tridente de bronce y una escudilla de aluminio. Algunos son verdaderos renunciantes que buscan la iluminación y desean conquistarse a sí mismos; otros son simples mendigos con disfraces estrafalarios; otros, pobres locos que repiten cosas sin sentido y gritan sin parar. Muchas veces es difícil distinguir a unos de otros.

Al día siguiente baja al río para buscar al desconocido y seguir hablando con él. No le ve en parte alguna. Ya no vuelve a verle. Y ni siquiera sabe su nombre.

—¿Por qué lloras? —le pregunto—. Cristina, ¿por qué lloras?

Ella suspira profundamente, se seca los ojos, me mira, pero no puede dejar de llorar. Me mira y sigue llorando, y sus ojos se contraen en un gesto de dolor tan intenso que me recuerda al de las piedades antiguas. Sus labios se pliegan en una expresión de dolor de tal patetismo que siento como si me clavaran un cuchillo en las entrañas. Ella intenta hablar, pero no puede. Entonces me acerco a ella y la rodeo con mis brazos. Sólo deseo abrazarla, tenerla cerca de mí, estrecharla contra mí con todo el amor que me inunda y que ya no puede contenerse. Estamos así un rato, hasta que ella deja de llorar y yo siento cómo su respiración se acompasa, y siento la forma en que el aliento entra y sale de su pecho. Tomo su rostro caliente de lágrimas y la beso en los labios, y ella me besa también.

—Mi amor —dice ella—. Mi amor, mi amor.

—Entonces tú también me quieres.

—Siempre, siempre. Mi amor, siempre.

Nos besamos largamente, apasionadamente. Cualquiera puede vernos en esa terraza, pero es evidente que eso a ella ya no le importa lo más mínimo. Una mujer, un hombre. Isolda, Tristán. Una boca, otra boca. Un rostro, otro rostro. Pasa el tiempo, se deshace el tiempo. Los perfumes de la tarde y los cantos de las golondrinas giran y danzan sobre nosotros. Las nubes pasan sobre el mar. Las bestias de la selva se preparan para la noche. Una nueva estrella se anuncia en el firmamento. Nosotros hablamos en murmullos, nos besamos y hablamos, utilizamos alternativamente la boca y la lengua para hablar y para besarnos, para besarnos y para hablar. Hablamos de amor. Nos besamos y nos decimos una y otra vez que nos amamos, que no volveremos a separarnos. Y respiramos y a veces respiramos el uno de la boca del otro.

Ahora ella está más tranquila y su mejilla ardiente y húmeda reposa apoyada en mi hombro. Acaricio su hombro. Acaricio su pecho. Acaricio su vientre. Todo se llena y se hincha en ella con la respiración: su vientre, su pecho, su brazo. Entonces me cuenta la historia, la historia de lo que le pasó un día en Rishikesh cuando, en un momento de intensa desolación, cuando se sentía sola y abandonada y lejos de todo y perdida y hundida en la oscuridad, encontró a un peregrino en la orilla del Ganges que se parecía a mí, un peregrino al que ya había visto el año anterior y del que, de hecho, ya me había hablado. Era igual que tú, me dice, igual que cuando apareciste

entre los helechos, en la fuente que está fuera del cráter, cuando te encontramos, ¿te acuerdas?, el chal blanco sobre los hombros, el largo cayado torcido, la pierna de madera, incluso tienes partido un trocito de un incisivo, igual que él. ¿Cómo son posibles tantas casualidades? Me pregunta de dónde he sacado esa amapola blanca y roja y le digo que un par de días atrás me la dio una niña en el valle. Esta noticia parece alterarla mucho. Me hace muchas preguntas sobre la niña, sobre su aspecto, sobre su ropa, su pelo, si tenía anillos, pulseras o signos de alguna clase, y también me pregunta si me dijo ella que le entregara la amapola y le dijera esa frase, la frase de los cien años.

—Me dijo que la guardara —digo—. Me dijo que la guardara para dentro de cien años.

—¿Eso fue lo que dijo?

—Sí. Hablaba de una forma muy extraña. No recuerdo en qué idioma me habló, pero hablaba con mucha dificultad, como si no fuera su idioma.

—Apareció, te dio la flor, te dijo que la guardaras para dentro de cien años, y desapareció.

—Sí.

—¿Había otros con ella?

—Sí, había unas cuantas niñas. Estaban jugando, y luego se marcharon corriendo.

—¿Has visto otras veces niños en el valle? —me pregunta, mirándome con atención, quizá con alarma, mientras yo sigo rodeando sus hombros con mis brazos y besando su frente, sus cabellos oscuros, su sien palpitante, y recorriendo con ternura las formas de su cuerpo, como para asegurarme de que ella es real.

—Claro que he visto otras veces niños en el valle —digo—. El valle está lleno de niños, sobre todo en la zona deshabitada, por los alrededores del lago. ¿Por qué te extraña tanto?

—Porque no hay niños en el valle —dice ella—. Eso que has visto no eran niños.

—¿No? Pues ¿qué eran?

—Dioses.

—¿Dioses? —digo con incredulidad.

—Dioses, demonios, démones, duendes, *siddhe*... pensamientos, complejos, pulsiones... cada uno los llama de una forma... aquí, gracias al trabajo de la Universidad, es posible *verlos*...

»Están en el mundo intermedio. Son parte de nosotros, dimensiones desconocidas de nosotros. Al mismo tiempo, nos vinculan unos a otros. Habitan las dimensiones paralelas, saltan por el espacio y el tiempo, establecen vínculos, crean visiones, sincronicidades, casualidades. A veces nos ayudan, otras veces nos atacan, la mayor parte de ellos se alimentan de nuestra atención... Pero dime, ¿qué significa para ti la frase “guárdala para dentro de cien años”?

—He pensado que nos hemos pasado la vida encontrándonos y separándonos, pero que la siguiente vez que nos encontráramos ya sería demasiado tarde y

estaríamos los dos muertos. O quizá que dentro de cien años, cuando los dos estemos muertos, podremos encontrarnos en otra vida y esta vez hacer las cosas bien y lograr no separarnos nunca.

—Entonces es verdad que me quieres —dice ella.

—Sí, es verdad.

Contemplamos el vuelo de las garzas sobre el valle. Las nubes y las garzas se mueven en la misma dirección, y este detalle, por alguna razón, me llena de felicidad.

—Te ha costado mucho encontrarme —dice Cristina.

—Pero te he encontrado.

—Esta vez no vamos a separarnos —dice ella atrapando mi mano y llevándosela a los labios—. Esta vez eres mío para siempre.

—Pero dime —le digo—, ¿si no te hubiera entregado esa flor...?

—Necesitaba un signo —dice ella—. Una señal.

—¿Una señal? ¿Y si la señal no hubiera llegado?

—La señal llega cuando tiene que llegar.

—Pero ¿es así como vivís? ¿Esperando señales?

—No siempre. No para decidir si me tomo la sopa o no. Pero en los momentos importantes...

—Estás loca —digo—. ¡Siempre has estado tan loca...!

—Cállate.

Luego nuestras bocas se encuentran de nuevo, y tienen tanta familiaridad una con la otra que siento que hace sólo unas pocas horas o unos pocos días que no nos besábamos. Siento que no ha pasado el tiempo, que yo soy el mismo de siempre y ella es la misma de siempre, y que nos estamos besando en el jardín de su casa, en Pozuelo, al otro lado del muro de arizónicas, en medio del esplendor de gordolobos, de margaritas y de hinojos en flor del jardín abandonado. Y huelo el perfume de madreselvas de la primavera de Madrid, y me parece estar rodeado por grandes matas de celindas en flor y por el distante rumor del tráfico de la autopista de La Coruña. Reconozco su lengua y la forma tempestuosa en que entra en mi boca como una invasión imposible de repeler, y lo delicioso que resulta combatir su lengua cálida con mi lengua, su lengua grande e imperiosa, suave y redondeada. ¿Por qué son tan dulces los besos? ¿Por qué no nos cansamos de ellos? ¿Qué hay en un beso? Ahora ella entra en mí y yo entro en ella, y nuestros cuerpos se unen en sus partes cálidas e íntimas. Pero estas sensaciones sirven para expresar algo infinito y conmovedor. Algo misterioso, grave y profundo. Son la expresión del amor. Su lengua entra en mi boca y yo siento que mi alma atraviesa su alma. ¿Por qué?

—Pero dime —pregunto—. ¿Quién era aquel *sadhu* de la orilla del Ganges? ¿Era yo?

—Quién sabe —dice ella—. Quién sabe lo que eres tú. Quién sabe lo que somos cada uno de nosotros.

Ahora estamos desnudos uno al lado del otro, y nos miramos con una ligera

sonrisa. Ha pasado un año desde el episodio de la amapola blanca y roja. Ella apoya el codo sobre la cama y la mejilla sobre la mano, y su larga cabellera oscura cae paralela a su antebrazo. Tiene los pechos hinchados, pálidos y recorridos por venas azules y moradas. Los pezones están hinchados y coloreados de marrón. Su vientre enorme avanza hacia mí. Es tan grande que tiene algo de cómico. Ya quedan sólo unas pocas semanas para el nacimiento de nuestro hijo. No hay ecografías en este lugar, y no sabemos si será niño o niña. Lo que sabemos es que si es niña, se llamará Amapola. Si es niño, se llamará Erick, en recuerdo de Wade. Esto es lo que hemos decidido. Joseph será quien asista el parto. Se lamenta mucho por no disponer de anestesia, pero los partos son bastante raros en la Universidad, y las pocas mujeres que se quedan embarazadas no querrían una inyección epidural de cualquier modo, sino que optarían por el parto natural. Joseph dice que esto se debe a que será el primer parto de Cristina, y que en el segundo pedirá la epidural a gritos. Ella se ríe y dice que es posible. A pesar de todo, creo que está un poco asustada. Todo lo nuevo asusta. Pero en lo nuevo está lo que deslumbra y rejuvenece.

Voy recorriendo su cuerpo con mis labios. Beso sus senos, beso su vientre inmenso, tenso, curvado como la cúpula de un templo, beso sus ingles, beso sus muslos, beso su pubis cubierto de suave pelusa oscura, cálido y suave como el rincón más cómodo y acogedor de la habitación más cálida y dichosa de una casa grande, cálida, cómoda y dichosa. Toda ella está hinchada, rosácea, madura como una cereza madura. Sus labios, sus mejillas, sus brazos, sus caderas. Sus ojos brillan. Sus cabellos brillan. Hay algo intensamente rojo en ella. También su pequeña nariz está ligeramente hinchada y rosada, así como sus párpados, hinchados y rosáceos, como si ella hubiera bebido un poco de vino. Algo intensamente rojo que me produce un deleite infinito. Una aventura cuyos episodios no cesan de cautivarme. Un gesto que siempre me conmueve y me intriga. Un sendero bajo los sauces. Una historia de amor en medio del mundo. En medio del ruido y del polvo del mundo.



ANDRÉS IBÁÑEZ (Madrid, 1961). Hombre de cultura en el más amplio sentido de la palabra, a los cinco años escribió una versión muy personal de *Don Quijote* y desde entonces la escritura y la música han marcado su vida. En 1989 se fue a vivir a Nueva York, donde residió siete años y escribió obras de teatro en inglés, alguna de las cuales llegó a estrenarse allí. Ha escrito poesía pero sobre todo novelas como *La música del mundo* (1995), *El mundo de la Era de Varick* (1999), *La sombra del pájaro lira* (2003), *El parque prohibido* (2005), *Memorias de un hombre de madera* (2009) y *La lluvia de los inocentes* (2012), además del volumen de cuentos *El perfume del cardamomo* (2008). Colabora habitualmente en *ABC Cultural* donde escribe una columna titulada «Comunicados de la tortuga celeste». *Brilla, mar del Edén* ha sido galardonada con el Premio Nacional de la Crítica 2015.